

UNIVERSIDAD DE GRANADA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Estante <u>277</u>
Tabla <u>4</u>
Num. <u>3</u>

UNIVERSIDAD DE GRANADA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
<u>19-12-1997</u>
Entrada N.º <u>3396</u>



***BASES DOCUMENTALES PARA EL ESTUDIO DEL
POBLAMIENTO NEOLÍTICO Y DE LA EDAD DEL
COBRE EN LA TIERRA DE LOJA***

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA
Nº Documento <u>618728947</u>
Nº Copia <u>20369659</u>

TESIS DOCTORAL PRESENTADA POR:
JESÚS GÁMIZ JIMÉNEZ

BAJO LA DIRECCIÓN DE:
DRA. M.^a SOLEDAD NAVARRETE ENCISO
DR. JAVIER CARRASCO RUS

A Fermina, Jesús y Sara.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: OBJETIVOS Y ESTRUCTURACIÓN DEL TRABAJO.....	1
CAPÍTULO I: EL MARCO FÍSICO.....	13
1. Complejidad geológica y diversidad geográfica: factores de zonalidad...	13
1.1. La Vega del Genil.....	16
1.2. La Sierra del Hacho.....	16
1.3. La Sierra de Loja.....	18
1.4. El Sector SW: Fuente Camacho y el Monte Hacho.....	19
1.5. El Término Norte y las Tierras de Zagra.....	20
2. El clima y los recursos.....	22
CAPÍTULO II: EL MARCO ARQUEOLÓGICO. DINÁMICA DE OCUPACIÓN. Y DISTRIBUCIÓN GENERAL DEL POBLAMIENTO.....	30
1. Historia de la investigación en la Tierra de Loja.....	30
2. La prospección.....	34
2.1. Consideraciones iniciales.....	34
2.2. Delimitación de las unidades territoriales de prospección.....	35
2.3. Planteamiento metodológico.....	38
2.4. Análisis y valoración de los resultados.....	40
2.5. Sistema de registro.....	43
3. El mapa arqueológico resultante y la ordenación del registro.....	46
3.1. Consideraciones previas.....	46
3.2. Los yacimientos y el registro arqueológico.....	49
CAPÍTULO III: EL NEOLÍTICO EN LA TIERRA DE LOJA.....	155
1. Problemática actual en el contexto de la problemática general del proceso de neolitización en la Alta Andalucía.....	155
2. La Cueva del Coquino: un enclave del Neolítico Avanzado.....	169
2.1. El marco espacial. Localización del yacimiento.....	170
2.2. Características del yacimiento. La excavación.....	172
2.3. La secuencia estratigráfica y cultural.....	173

2.4. Estudio de los restos óseos animales. Apuntes para la reconstrucción del medio.....	199
CAPÍTULO IV: EL CALCOLÍTICO EN LA TIERRA DE LOJA: UNA INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS ARQUEOLÓGICOS.....	219
1. A modo de introducción. La Edad del Cobre en el Sur peninsular. Problemática general y posicionamientos historiográficos...	219
2. El espacio geográfico y sus valores de inferencia en el proceso cultural. Factores ecológicos conformadores del medio natural.....	259
2.1. El cuadro paleobotánico.....	262
2.2. Los estudios faunísticos.....	269
3. Aproximación a los esquemas superestructurales.....	277
3.1. El planteamiento sociopolítico y las bases económicas en el Calcolítico del Sur peninsular: el marco interpretativo.....	277
3.2. Realidad subsistencial y supuestos sociológicos en la Tierra de Loja durante el Tercer Milenio.....	288
a) La agricultura.....	290
b) La explotación ganadera.....	293
c) La caza.....	295
d) La estructura económica secundaria: artesanía e intercambio.....	298
4. Dinámica de ocupación y patrones de asentamiento en la Tierra de Loja	303
4.1. La base conceptual.....	303
4.2. Criterios selectivos.....	304
a) Los amesetamientos.....	305
b) El potencial agronómico del suelo.....	307
c) Otros recursos explotables.....	312
4.3. Poblados y necrópolis.....	315
a) Los poblados.....	315
b) Las necrópolis.....	318
4.4. Las aportaciones de los yacimientos de El Manzanil, la Covacha de La Presa, la Cueva del Coquino y Sierra Martilla para la estructuración de la secuencia cultural. Aproximación al fenómeno megalítico en la Tierra de Loja: Sierra Martilla.....	328
- El poblado de El Manzanil.....	329
a) Localización geográfica y características generales del yacimiento.....	329
b) Secuencia cultural.....	330
c) Estudio tipológico de los materiales.....	336

- La Covacha de La Presa.....	349
a) Localización geográfica y características generales del entorno.....	350
b) Características generales del yacimiento y secuencia cultural.....	351
c) Aspectos rituales.....	355
d) Estudio tipológico de los materiales.....	356
e) Consideraciones finales.....	368
- La Cueva del Coquino.....	371
a) Localización y contexto geográfico.....	372
b) Características generales del yacimiento y planteamiento de la investigación arqueológica. La secuencia cultural...	374
c) Caracteres generales de la secuencia cultural.....	377
d) La cultura material de la Fase III.....	378
e) Análisis tipológico.....	380
f) Materiales de recogida superficial.....	395
g) Estudio analítico sobre el conjunto cerámico, origen de los componentes mineralógicos y proceso de manufacturación.....	397
h) Acerca de la reconstrucción paleoecológica.....	409
i) Consideraciones finales.....	411
- El poblado y la necrópolis de Sierra Martilla.....	416
a) Localización del yacimiento y aspectos metodológicos.....	416
b) Los sondeos estratigráficos.....	418
c) Las sepulturas.....	420
d) Los materiales: consideraciones previas.....	422
e) Análisis tipológico del conjunto cerámico.....	425
f) La industria de piedra tallada.....	441
g) La industria de piedra pulimentada.....	454
h) Consideraciones generales sobre la interpretación del fenómeno megalítico en la Tierra de Loja.....	455
i) Consideraciones finales.....	461

CONCLUSIONES.....468

1. El Neolítico: enclaves aislados, espacios transicionales.....	468
2. La Edad del Cobre: la ocupación del territorio.....	477
2.1. La ocupación del territorio: modelos de asentamiento en la Tierra de Loja durante el Tercer Milenio a.C.....	477
2.2. La producción económica.....	481

BIBLIOGRAFÍA.....493

FIGURAS.....524

INTRODUCCIÓN. OBJETIVOS Y ESTRUCTURACIÓN DEL TRABAJO

Iniciamos con unas consideraciones generales introductorias acerca de su contenido la exposición de un trabajo que nace como consecuencia de una larga trayectoria investigadora en un amplio marco geográfico de indudable trascendencia para el estudio de la Prehistoria en las tierras altas andaluzas. Probablemente nadie sospechaba hace algo más de una quincena de años, cuando tenía lugar la publicación del estudio de los hallazgos sacados a la luz en la Covacha de La Presa, que se estaba abriendo el camino hacia un nuevo campo arqueológico, territorialmente hablando, de gran amplitud cronológica, como hemos tenido la oportunidad de ir comprobando a lo largo de este tiempo.

Por las características del conjunto material procedente del citado yacimiento y en el fondo de las conclusiones formuladas a raíz de su estudio, comenzaba a vislumbrarse un panorama prometedor, con la certeza de que no iban a ser los testimonios de esta covacha los únicos capaces de corroborar la existencia de un poblamiento calcolítico en la zona, descartándose, por otro lado, su posible carácter de subsidiaridad con respecto a otros núcleos más o menos cercanos. Los posteriores trabajos de prospección y excavación realizados en diversos puntos de la comarca vendrían a confirmar su entidad e importancia en la configuración del mapa del poblamiento de la Edad del Cobre en las tierras interiores granadinas y en su posición de enlace con los círculos poderosamente activos del Medio y Bajo Guadalquivir.

Bajo estas expectativas fue madurando una idea de intervención sistemática en la zona, que se materializó en el diseño de un proyecto de trabajo en cuyo enfoque original no se contemplaban aún con precisión cuáles iban a ser los márgenes operativos sobre los que se centraría básicamente la labor a realizar, teniendo en cuenta la necesidad, como paso previo, de completar la carta arqueológica de un territorio que, en un plazo de tiempo relativamente corto, se venía mostrando rico en yacimientos tanto por su número como por su diversidad.

El registro parcial, obtenido de múltiples hallazgos fortuitos, evidenciaba una secuencia histórica de poblamiento que, prácticamente sin solución de continuidad, arrancaba desde unos momentos tardíos del Paleolítico Inferior para sobrepasar ampliamente las postrimerías

protohistóricas hasta adentrarse en el ámbito de ocupación romana, y de ahí a lo medieval. Tal amplitud obligaba, en un principio, a tomar partido por opciones de trabajo más próximas a la catalogación y descripción de las características de los asentamientos que al estudio más en profundidad de una zona de la que, por otra parte, sólo se venían barajando hasta el momento abundantes pero incompletas referencias, habladas y documentales, proporcionadas por los aficionados locales y gentes del campo. Era, por ello, preciso unir a la labor de recopilación de datos, la propia y sistemática prospección del territorio. Fruto del trabajo de prospección fue precisamente, como veremos más adelante, el descubrimiento de algunos de los yacimientos arqueológicos en cuyo estudio se fundamenta esta Tesis.

Comenzaba así la planificación de lo que, desde entonces, constituyó nuestro programa de trabajo; un trabajo en el que continuaremos estando empeñados a pesar de no estar exento de dificultades tanto materiales como técnicas, entendiendo estas últimas como las impuestas por el propio medio en que se desarrolla la investigación y que son, en consecuencia, consustanciales a los factores físicos configuradores de la zona. De las primeras no hablaremos, pues son sobradamente conocidas las carencias de dotación con las que suelen emprenderse estas empresas.

Insistiendo en las dificultades del medio, sí precisaremos que las características topográficas de buena parte del territorio que queda comprendido en la comarca de la "Tierra de Loja" han constituido un serio obstáculo para desarrollar un proceso de prospección convencional, condicionando en buena medida las actividades de documentación, reconocimiento topográfico y planimetría, con un alto coste en el cómputo global de horas de trabajo invertidas en su realización.

Conviene igualmente, a nuestro juicio, hacer algunas precisiones sobre el concepto de territorialidad que hemos barajado de cara a la delimitación del área contemplada como unidad de análisis y marco espacial. Prescindiendo de las interpretaciones historiográficas que pudieran traerse a colación al plantear la relación medio/cultura, cuando partimos de una premisa descriptiva del encuadre espacial creemos estar justificando, en nuestro caso concreto, una buena parte de los factores que harán de la "Tierra de Loja" un enclave especialmente idóneo para el establecimiento de grupos de población a lo largo del tiempo. Es por ello que, sin querer caer en un determinismo geográfico a ultranza, resaltaremos en alguna ocasión las cualidades de ese medio y su repercusión en el diseño del mapa de asentamientos desde el horizonte de la Cultura de las Cuevas hasta las últimas fases de la Edad del Cobre.

En primer lugar, utilizaremos la denominación convencional de "Tierra de Loja" como la manera más idónea, a nuestro entender, de englobar un amplio territorio que tiene al río Genil como eje vertebrador del extenso hinterland que lo identifica en los períodos referidos, habiéndose descartado desde el principio las habituales referencias administrativas para contemplar, en cambio, un nuevo concepto espacial que engloba no sólo al actual término municipal del partido lojeño, sino también a las tierras de Zagra y determinados sectores de Algarinejo, Rute, Huertotájar y Villanueva de Mesía. Hemos pretendido, de esta forma, ser fieles a la reconstrucción de un mundo estructurado en base a determinados caracteres culturales y geográficos configuradores de un macroespacio que asignará a este núcleo un protagonismo indiscutible.

Reiteradamente ha sido señalado el importante papel desempeñado por la orla de depresiones interiores, configuradoras del Surco Intrabético, en orden al establecimiento de relaciones entre el Levante peninsular y el Occidente andaluz. Su situación estratégica propició el nacimiento a lo largo del tiempo de una serie de núcleos de población de gran tradición como Ronda, Antequera, Granada, Guadix, Baza y Huéscar, siendo Loja precisamente uno de los más representativos.

Loja se encuentra en una posición de encrucijada realmente favorable a la hora de valorar su importancia como punto de confluencia de contextos geográficos distantes entre sí y en el propio control de las vías de comunicación. La red hidrográfica del Genil y una afloración del Triás bajo las calizas impermeables, en cuyo contacto aparece una considerable cantidad de manantiales que le han dado carácter a la zona, constituyen, sin duda, factores no menos favorables para la ocupación de su territorio por grupos humanos ya desde el Paleolítico Inferior.

La amplitud cronológica del registro, por un lado, y la significación que alcanza el poblamiento prehistórico en el período comprendido entre finales del Cuarto Milenio y los inicios del Segundo a.C., por otro, han sido las causas fundamentales que nos han llevado a centrarnos básicamente en el intento de configuración del poblamiento neolítico y de la Edad del Cobre a partir de una base documental todavía escasa para la primera de estas etapas, más elocuente para la segunda, con numerosos vacíos e interrogantes de la más diversa índole todavía planteados, muchos de los cuales se insertan, como se irá viendo a lo largo del trabajo, en el contexto de la problemática general de estos períodos en el ámbito regional de la Alta Andalucía.

Para ello hemos concebido la estructura de nuestra Tesis Doctoral en cuatro capítulos a lo largo de los cuales se han tratado de exponer las directrices generales de la investigación

llevada a cabo así como la problemática intrínseca al desarrollo de estas dos etapas cronoculturales en la zona.

El **Capítulo Primero** está dedicado al marco físico, un marco caracterizado en líneas generales por su complejidad geológica y por su gran diversidad geográfica. Su contenido responde a la óptica antes señalada, pretendiendo no caer en un mero análisis geográfico-descriptivo de las condiciones físicas que concurren en el territorio, sino teniendo en cuenta más bien que la verdadera utilidad de estas referencias en un trabajo arqueológico se manifiesta, sobre todo, cuando se estructuran según un enfoque antropológico que pueda servir de base en la explicación de ciertas condiciones de habitabilidad y subsistencia. Con este ánimo incidimos no sólo en las estructuras morfológicas de la Tierra de Loja, sino también en las posibilidades que sus recursos naturales han brindado para el asentamiento de grupos humanos desde la Prehistoria hasta la actualidad. Red hidrográfica, vegetación natural y cultivos constituyen, así, los fundamentos sobre los que se han vertebrado los mecanismos de acción antrópica que han dado a estas tierras una entidad propia a lo largo de su dilatado período de ocupación.

El **Capítulo Segundo** se inicia con una breve reseña acerca de la historia de la investigación en nuestra comarca, para centrarnos, a continuación, en el trabajo de campo realizado.

Al trabajo de prospección que hemos venido llevando a cabo en los últimos años se han sumado las intervenciones sistemáticas en algunos yacimientos, todo lo cual ha permitido enriquecer el contenido del mapa arqueológico de la Tierra de Loja al mismo tiempo que precisar su distribución espacial y su marco cronológico, sobre la base de una descripción previa de los factores confluyentes en el proceso de ocupación territorial a lo largo de los milenios cuarto y tercero a.C.

Así pues, tratamos, por un lado, de la metodología y los aspectos directrices del sistema de prospección articulado al efecto, por otro del planteamiento general y de la problemática suscitada en relación con los trabajos de excavación efectuados, detallándose los diferentes pasos seguidos en la tarea de recuperación y catalogación del registro arqueológico general, no sólo del procedente del trabajo metódico y planificado de campo, sino también del que ha sido "recuperado" a partir de las actuaciones, la mayor parte de las veces verdaderamente anárquicas, de aficionados locales. Este hecho nos ha obligado en muchas ocasiones a diseñar instrumentos

de documentación multifuncionales capaces de reponder en mayor o en menor medida a los objetivos del diseño, en orden a la solución de los problemas de contexto que lógicamente presenta una buena parte del conjunto artefactual.

Por otra parte, las características de los yacimientos excavados expresan por sí mismas la necesidad de arbitrar enfoques muy diferentes que atienden, por lo general, a variables comprendidas entre el tipo de yacimiento y el estado de conservación que presenta. De esta forma, han sido estudiadas diversas modalidades de ocupación espacial, clasificadas según su funcionalidad en sitios de enterramiento o de habitación: cuevas usadas como hábitat y sepultura, covachas naturales con enterramientos colectivos, poblados al aire libre y necrópolis megalíticas.

La relación de las áreas prospectadas, sus características y la catalogación del material arqueológico documentado, ocupan la tercera parte de este capítulo, que servirá de base para el posterior estudio de los modelos de asentamiento registrados en la zona durante los periodos Neolítico y Calcolítico.

A partir del conocimiento de la distribución y naturaleza de los yacimientos, así como de la ordenación de su registro, nuestro trabajo se ha centrado a continuación - **Capítulo Tercero** - en la documentación referente a la presencia de comunidades neolíticas en la zona, comenzando por el planteamiento de la problemática existente en nuestro territorio en relación con la problemática general del proceso de origen y evolución de las culturas neolíticas en la Alta Andalucía.

Se ha prestado especial atención a los resultados obtenidos al respecto de la excavación de la Cueva de El Coquino, ocupada con carácter estacional desde un Neolítico Medio avanzado hasta el Bronce Tardío. Aunque a través de los trabajos de prospección hemos podido localizar algunos puntos con hallazgos arqueológicos relacionados de un modo u otro con el horizonte de la Cultura de las Cuevas, sin olvidar la presencia de determinados elementos culturales en la necrópolis y el poblado de Sierra Martilla -de los que nos ocuparemos en el capítulo siguiente- con clara filiación en un momento tardío de dicho horizonte, el único enclave de entidad es el citado yacimiento cuyo conocimiento y estudio ha venido a ampliar su marco por las zonas interiores adyacentes a la Vega granadina, proporcionando, al mismo tiempo, a través del estudio de su fauna, una serie de datos interesantes en relación con el marco ecológico y subsistencial.

Tras la consideración, a modo de síntesis, de los datos generales aportados por el registro para la reconstrucción de las características del poblamiento neolítico (distribución, patrones de

asentamiento, actividades subsistenciales, evolución cultural...), abordamos en el **Cuarto Capítulo** el estudio de la Edad del Cobre en la comarca.

A la hora de enfocar la investigación, hemos querido tener en cuenta una serie de aspectos fundamentales que consideramos cruciales para dar una visión lo más completa posible de esta etapa en la región de la que nos ocupamos. No obstante, desde que iniciamos este trabajo ha podido llegarse a un conocimiento más profundo de la Edad del Cobre, gracias a un amplio abanico de estudios que han incidido sobre numerosos aspectos que, indudablemente, propician un mayor acercamiento a la realidad cultural del período en cuestión. Queremos destacar la ingente labor de documentación y análisis llevada a cabo por los diferentes programas dirigidos desde el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada en diversos puntos del altiplano granadino y zona costera del SE. Hemos querido servirnos de ellos en la medida en que determinadas conclusiones son susceptibles de transferirse a otras áreas como la nuestra, por cuanto que en sus interpretaciones sobre determinados factores constitutivos de las formas económicas, sociales, técnicas y políticas, superan los límites geográficos y pasan al plano infraestructural de la propia cultura en sí. En este sentido no podíamos obviar las consideraciones que sobre estos contenidos han venido haciéndose en yacimientos con más o menos tradición dentro del marco de la investigación prehistórica del Sur peninsular, pero que indudablemente han sido objeto en los últimos años de profundos estudios multidisciplinarios, de gran valor para el conocimiento de las comunidades calcolíticas.

Es por ello, que en el contenido de este capítulo hemos incluido una serie de apartados a modo de introducción conceptual a la Edad del Cobre meridional y los principales aspectos de su problemática interpretativa. Nos ocuparemos, en consecuencia, de aquellos aspectos que vienen configurando el contexto interpretativo de la Edad del Cobre en la Alta Andalucía, haciendo un somero recorrido desde los primeros planteamientos que proporciona la historiografía clásica hasta los estudios realizados más recientemente, incluyendo una breve referencia crítica a los principales posicionamientos historiográficos a modo de balance sobre un panorama explicativo del que se cuenta ya con varias sistematizaciones relativamente recientes, pero que, no por ello, deja de ser oportuno reflejarlo una vez más para procurar un mejor encuadre de la problemática general del período. Para este punto hemos considerado oportuno utilizar los trabajos de investigadores que reiteradamente han evaluado la trayectoria conceptual de los estudios sobre el Calcolítico en el Sureste español. Referencias, en definitiva, muy

puntuales, que han pretendido reflejar el estado de la cuestión en un tema aún no cerrado al que, en cierta forma, nos sentíamos obligados a acudir para propiciar un ambiente introductorio a los aspectos netamente estructurales de las formas de vida durante la Edad del Cobre.

De esta forma partimos, en primer lugar, de un bosquejo sobre los caracteres medioambientales que han sido rastreados a través de estudios paleobotánicos, análisis antracológicos, faunísticos, etc., buscando una aproximación a la realidad paleoecológica con la que convivió el hombre de estas regiones en el Tercer Milenio a.C. Partimos aquí de la base de que no existen estudios específicos de este tipo en la Tierra de Loja, si exceptuamos los trabajos faunísticos antes mencionados; una realidad que nos obliga necesariamente a utilizar, a modo referencial, determinadas conclusiones que han sido formuladas a raíz de la puesta en marcha de programas analíticos llevados a cabo en diversos puntos de Andalucía Oriental. Como ya se indica en su momento, estas referencias no pretenden reproducir un contenido exhaustivo de estos estudios, sobradamente conocidos, sino aprovechar algunos de los supuestos que pueden extrapolarse a otras áreas como la que ahora nos ocupa, en un intento de presentar una visión de conjunto acerca del contexto natural en que se desarrollaron las comunidades de la Edad del Cobre. Una reconstrucción del marco paleoecológico, en definitiva, de la que forman parte las revisiones de analíticas palinológicas con cierta tradición como las de la turbera del Padul, los análisis antracológicos de la Cueva de Nerja y, en el panorama paleontológico, los registros del poblado de los Castillejos de Montefrío y la Cueva del Coquino de Loja. Con el ánimo de llegar a la debida coherencia entre los resultados de estas investigaciones y nuestra inmediata tarea de reconstruir el escenario subsistencial sobre el que tuvieron lugar los procesos culturales, hemos creído conveniente estructurar el tratamiento de la información en base a un modelo explicativo que contemple un cuadro de inferencias mútuas entre el hombre y el medio. Suceden, de esta forma, a la exposición y comentario del registro otro tipo de conclusiones, que entran ya en el terreno interpretativo, como son las potencialidades subsistenciales que este medio natural brinda y de las que se tratará de forma más extensa en el siguiente apartado, así como las consecuencias de la acción antrópica en su papel de agente activo en la transformación del entorno.

Una vez definido el marco físico, hemos creído oportuno ofrecer una aproximación a la supuesta realidad sociopolítica desarrollada en el seno de las comunidades calcolíticas, partiendo de las premisas que intentan conectar el desarrollo de la complejidad social con determinados impulsos tecnoeconómicos que justifiquen la emergencia de grupos de poder/prestigio. Para ello

referenciamos, en primer lugar, el marco interpretativo general que ha venido configurándose a lo largo de las últimas décadas, particularmente reflejado en el ámbito del Sureste, con el ánimo de acotar el estado de la cuestión acerca de los principales argumentos que tratan de conectar los mecanismos de intensificación económica con el proceso de fragmentación social. Nos hacemos eco, de esta forma, de las acepciones fundamentales de un debate que trata de esclarecer diversos aspectos considerados como el origen de una trayectoria que irá abriendo el camino hacia la complejidad, y del que forman parte las teorías sobre los mecanismos que debieron intervenir en la activación de las nuevas formas de producción, el grado de incidencia que esta evolución tuvo sobre las antiguas estructuras sociales y el consiguiente organigrama sociopolítico generado desde ese momento. Conscientes, una vez más, de que este discurso explicativo ha tenido como punto de partida una realidad arqueológica y geográfica concreta, no hemos querido ir más allá del plano meramente expositivo de las actuales tendencias que, a través de la bibliografía, se ofrecen como alternativas a la definición de un fenómeno complejo en un marco subsistencial igualmente exclusivo. Sin embargo, como se ha referido más arriba, pueden desprenderse de estos planteamientos algunas conclusiones no del todo ajenas a otras realidades socioculturales dentro del mismo horizonte que nos ocupa, por lo que desarrollaremos en un próximo apartado el estudio de la realidad subsistencial y los supuestos sociológicos que de ella pudieran derivarse para las comunidades calcolíticas en la Tierra de Loja durante el Tercer Milenio.

La carencia de evidencias infraestructurales como las que han servido en el SE como punto de partida para llegar a conclusiones sobre la práctica de determinadas técnicas que expliquen la intensificación productiva, y de ahí a la estratificación social, o la inexistencia de conjuntos funerarios intactos que permitan establecer a través del ritual y la cultura material cualquier principio de estamentación, nos induce a contemplar el fenómeno desde una óptica territorial que parte de una realidad geoeconómica conectada con los planteamientos subsistenciales y la tipología de los propios asentamientos. En este sentido, pensamos que sí podría establecerse un régimen jerárquico de asentamientos, en base a una distinción entre núcleos primarios y secundarios, posiblemente conectados con algún tipo de estructura social abocada a la organización de las actividades agrícolas, comerciales y artesanales que proporcionarían, al fin, un acceso desigual a la riqueza. El planteamiento, en consecuencia, parte de la deducción de ciertos mecanismos sociopolíticos a partir de la observación de la realidad arqueológica espacial, a la que se suman ciertos vestigios materiales que sintonizan con la posesión de determinados

símbolos de prestigio, y de la que puede deducirse un evidente desarrollo demográfico en cuyo seno tendría lugar el incremento de la complejidad social y política.

Estos resortes económicos son expuestos a continuación, reflejando los estudios microespaciales realizados en cada uno de los asentamientos que han sido objeto de intervenciones arqueológicas sistemáticas, así como el balance de potencialidades subsistenciales que aportan las áreas de influencia de estos yacimientos. Como resultado de esta investigación se ha podido definir un esquema geoeconómico en el que se distinguen, de una parte, las actividades puramente subsistenciales -agropecuarias y cinegéticas- documentadas a través del conjunto artefactual y el registro paleontológico, y de otra, las catalogadas como "de segundo orden" dado su carácter complementario al mantenimiento del modo de vida de estas comunidades. En este último caso, el registro material es especialmente significativo, no tanto cuantitativa como cualitativamente, al revelar la presencia en esta zona de materiales foráneos que llevan aparejado el correspondiente grado de exotismo que les excluye del contexto instrumental cotidiano para elevarlos a la categoría de ítemes de prestigio o, cuando menos, de distinción social.

La tecnología metalúrgica, con ser uno de los argumentos que gozaron de gran crédito en la interpretación de este ambiente de transferencias y delimitación competencial progresiva en el esquema sociopolítico de las sociedades adentradas ya en el Tercer Milenio a.C., ha venido, en consecuencia, cediendo su protagonismo a otro tipo de factores que tratan de reflejar una realidad más acorde con las exigencias subsistenciales como los agentes vertebradores de la diferenciación social.

Por otra parte, nos hacemos eco de las implicaciones que este proceso conlleva para un amplio sector de investigadores, abundando en la tesis que identifica al progresivo dominio tecnológico con una creciente diferenciación sociolaboral, fundamentada en el aislamiento de especialistas que irían constituyendo con el tiempo un sector diferenciado respecto a los productores de bienes primarios. El ascenso de estos grupos dentro de una sociedad autosuficiente implicaría, según esto, no sólo la mutación de las viejas estructuras comunitarias hacia nuevos sistemas organizativos, con la formación de élites o castas preeminentes, sino también la apertura económica hacia nuevas modalidades de intercambio y acumulación de riqueza. Sugerencias, en definitiva, que configuran un amplio campo de debate al que hemos querido dedicar un espacio dentro del marco interpretativo que venimos estructurando en este

capítulo.

Una vez establecido el marco subsistencial, pasamos a incorporar las fuentes documentales que sustentan todo este complejo interpretativo, realizando un tratamiento pormenorizado de los yacimientos de la Edad del Cobre estudiados en la Tierra de Loja. De la misma forma en que fué abordado el capítulo dedicado al Neolítico, hemos partido de un análisis de la dinámica de ocupación territorial en base a aquellos factores que definen los modelos de asentamiento en la zona a lo largo del Tercer Milenio a.C. Para ello recogemos, en primer lugar, el planteamiento conceptual sobre el que hemos fundamentado el estudio de los patrones de asentamiento aplicados al territorio, para pasar posteriormente al análisis regional con la definición de las áreas nucleares de poblamiento y sus ámbitos de influencia geoeconómica.

En el estudio de todos los yacimientos se ha observado un esquema parecido a la hora de exponer sus características peculiares y el diseño de la metodología empleada para el tratamiento de sus conjuntos materiales. A modo de complemento en la documentación, se ha empleado un abundante despliegue ilustrativo, a fin de que quede reflejada fielmente la complejidad procedimental llevada a cabo en su estudio y la representación material que lo sustenta.

La influencia del medio condiciona poderosamente el proceso de ocupación territorial y, en consecuencia, los modelos de asentamiento definen un cuadro de adaptabilidad al medio, regido por peculiaridades regionales que diversifican notablemente el panorama de establecimientos en esta época. Sobre la diversidad de los mismos, los criterios que concurren en su ubicación y demás características peculiares de cada uno, versará el contenido fundamental de este apartado, recogiendo los diferentes aspectos que, a nuestro juicio, han participado en la distribución poblacional.

Finalmente, definido el contexto arqueológico, era necesario sustentar esos caracteres sobre una estructura cronológica que vertebrase la periodización cultural en la Tierra de Loja para la Edad del Cobre. Este tema es considerado en el último epígrafe del capítulo, comenzando por desarrollar el análisis de la infraestructura arqueológica que existe en el territorio, sobre la cual han recaído los planteamientos secuenciales a partir de la lectura estratigráfica y el panorama tipológico global de sus materiales. La escasez de buenas series estratigráficas será, en cambio, evidenciada como el principal problema con el que nos enfrentamos a la hora de bosquejar la matriz crono-cultural. La única estratigrafía a la que tenemos acceso, por el momento, es la proporcionada por la cueva de "El Coquino", que si bien ha resultado enormemente útil por la

aportación de datos económicos y rituales resulta menos explícita en lo referente a poblamiento, dado su carácter de hábitat en cueva eminentemente neolítico, con un desarrollo cultural muy lento y una ocupación poblacional de tipo intermitente. Este vacío estratigráfico ha podido ser paliado en parte por la proximidad del poblado y necrópolis de "Los Castillejos" de Montefrío, núcleo referencial hasta el momento del desarrollo cultural de la región desde finales del Neolítico hasta las postrimerías del Cobre.

La secuencia anteriormente citada nos ha servido como punto de partida, si bien nos permitimos proponer una ampliación de la misma en sus inicios, incorporando una Fase de Transición Neolítico/Cobre al amparo de ciertas tipologías cerámicas detectadas en numerosos yacimientos de la Alta Andalucía y que pueden representar un horizonte propio en el decurso introductorio a las primeras fases metalúrgicas. A partir de estos comienzos, y a la luz del registro material, han sido definidas dos fases más -Cobre Antiguo y Cobre Pleno- atendiendo a la evolución tipológica claramente manifestada por sus industrias, para concluir con la que hemos definido como "Sub-fase residual", en la que perviven poblaciones de tradición calcolítica coincidentes con los inicios del mundo argárico hacia el que experimentarán una evolución gradual a través de un proceso de aculturación, que llevó aparejado en sus últimos momentos una redistribución del territorio, además de la consiguiente regresión de los prototipos cerámicos "clásicos" de las fases anteriores y la generalización de los nuevos modelos. Desde el punto de vista socioeconómico se hace especial referencia a la importancia del fenómeno comercial, sustentado por la presencia de los materiales exóticos a los que nos hemos referido en otro apartado y que constituyen uno de los principales fundamentos interpretativos sobre la realidad socioeconómica del momento.

Resulta obvio, finalmente, que un trabajo de estas características reclama la participación de buen número de personas, capaces de contribuir de una u otra forma a su realización, ya sea aportando datos para las labores de documentación o bien llevando a cabo tareas concretas en el desarrollo técnico del trabajo. Sea como fuere, mis sentimientos hacia esas personas e instituciones una vez concluida la tarea, amén de los derivados de una amistad que cuenta ya en algún caso con numerosos años de existencia, no pueden ser otros que los de un profundo agradecimiento por su desinteresada colaboración.

Quiero en primer lugar agradecer a los directores de esta Tesis Doctoral, D. Javier

Carrasco Rus y Dña. M^a. Soledad Navarrete Enciso, su confianza y colaboración durante tantos años de aprendizaje y trabajo conjunto, a los que viene ahora a sumarse la paciente y atenta dedicación en la dirección de esta última tarea. A ellos se debe la iniciativa de llevar a cabo el proyecto de investigación arqueológica en la Tierra de Loja, fruto del cual ha sido el desarrollo del estudio que ahora se presenta. Inestimable resulta, en esta misma línea, la colaboración de D. Juan Antonio Pachón Romero, de quien siempre permanecerán en la memoria tantas horas de trabajo de campo compartidas y tantos y gratos recuerdos de tareas en equipo.

En gran medida, los trabajos puntuales realizados por distintos especialistas constituyen la base interpretativa sobre la cual pueden llevarse a cabo las aproximaciones contextuales que configuran las formas de vida de las poblaciones prehistóricas objeto de estudio. Tanto en los aspectos medioambientales como puramente tecnológicos, quiero destacar la participación de diversos profesionales cuyos conocimientos han supuesto un valioso aporte para el conocimiento y comprensión de los sistemas subsistenciales desarrollados en la Tierra de Loja a lo largo del Cuarto y Tercer Milenios a.C. A D. Gabriel Martínez, D. José A. Afonso y D. Francisco Carrión por sus estudios y orientaciones sobre el material lítico trabajado, y muy especialmente, con un profundo y respetuoso recuerdo, a quien con su labor ha cubierto una importante parcela de la investigación paleoantropológica granadina, D. Manuel García Sánchez.

Finalmente, mi reconocimiento a la colaboración de personas e instituciones que en algún momento han facilitado nuestro trabajo. En primer lugar, al Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, cuyo fondo bibliográfico ha sido puesto en cada momento al servicio de esta trabajo, así como la colaboración desinteresada de algunos de sus miembros en las diversas tareas relativas al estudio y documentación del conjunto material. En segundo término, mi gratitud a determinadas personas que como D. Fernando Derqui del Rosal, D. Carmelo Heras, D. Indalecio Valenzuela, D. Miguel Macías y D. Juan M. Cáceres se han ofrecido desinteresadamente en tantas ocasiones a acompañarnos en nuestras visitas de catalogación y documentación de los yacimientos.

CAPITULO I. EL MARCO FÍSICO

1. COMPLEJIDAD GEOLÓGICA Y DIVERSIDAD GEOGRÁFICA: FACTORES DE ZONALIDAD

Definir el marco morfoestructural en el que se encuentra la *Tierra de Loja* supone tener un conocimiento claro y preciso de las unidades de relieve que componen la región que denominamos Alta Andalucía. Tradicionalmente se conoce con este nombre a todo un complejo montañoso constituido por las Cordilleras Béticas que, en forma de triángulo invertido, recorren el Sur de la región andaluza en sentido SW-NE.

Originadas durante la Orogenia Alpina, y a lo largo de más de 600 km desde el Sur de Cádiz hasta Alicante, representan la formación montañosa más occidental de las que tuvieron su génesis en este periodo de la Era Terciaria. Sus dimensiones, así como el complicado geomorfismo de sus materiales, hacen necesaria una subdivisión clásica de la cordillera en dos unidades geológicas claramente diferenciadas: zonas internas y zonas externas (GARCÍA MANRIQUE, 1982). Las primeras están integradas por los ramales Prebético y Subbético, situados al Norte y Sur respectivamente. La zona interna por su parte, llamada comúnmente Bética *sensu stricto* o Penibética, se identifica como el límite más meridional de la formación. Dentro de este entramado, un conjunto de depresiones interiores, de amplitud y altura crecientes a medida que nos dirigimos hacia el Este, conforman el llamado *Surco Intrabético*: Ronda, Antequera, Loja, Granada, Guadix, Baza y Huéscar, en el que queda inserta la zona objeto de estudio.

La constitución geológica de la región manifiesta, a grandes rasgos, una dilatada fase sedimentaria de más de doscientos millones de años. Periodo éste acaecido durante la Era Secundaria, en el que todo el Sur de la Península Ibérica formaba parte del Macizo Hespérico, a la sazón, cubierto parcialmente por aguas marinas. Van a ser precisamente los detritos decantados en el fondo de este enorme geosinclinal, junto con los aportes de la red fluvial meseteña, los responsables de la formación de amplios paquetes estratigráficos, que posteriormente sufrirían las

convulsiones de la orogenia alpina. Los materiales así depositados sobre una gran plataforma carbonatada, irán progresivamente diferenciando zonas más o menos profundas, surcos y umbrales respectivamente, sobre todo a partir de la fragmentación del zócalo paleozoico en el Lías Superior.

Estos sedimentos difieren en su composición, siendo un rasgo general el hecho de que los propiamente paleozoicos no aparezcan en las zonas externas del sistema, mientras que sean en cambio habituales en las internas (GARCÍA MANRIQUE, 1982), donde además, quedaron fragmentados por los procesos alpinos, confiriendo a Sierra Nevada ese carácter *sui generis* de auténtica ventana tectónica con el que se le conoce en el mundo de la geología peninsular. En síntesis, la seriación mineralógica arranca de las formaciones calizas, margas y areniscas del Prebético, como testimonio de una sedimentación batial a escasa profundidad, con frecuentes cabalgamientos de las primeras a causa de su rigidez, y un sustrato margoso yesífero del Triás. El conjunto así definido agrupa a unidades que parten de la Sierra de Jabalcuz (Martos-Jaén) y, una vez rebasada la de Cazorla, se extingue en el Cabo de la Nao (Alicante).

El Subbético, al contrario, está constituido por materiales depositados a mayores profundidades, entre los que se distinguen margas, margocalizas, calizas y dolomías, siendo las calizas biomicríticas y nodulosas las más visibles de las cumbres, y las arcillas y margas abigarradas las que han dado lugar a depresiones aptas para los cultivos y, en otro orden de cosas, paso cómodo de unas comarcas a otras.

El aspecto accidentado de este relieve es la consecuencia directa del acercamiento entre las placas Africana y Euroasiática, al incidir sobre unos materiales que descansaban sobre un paquete subyacente y deslizante de margas yesíferas del Keuper (GARCÍA MANRIQUE, 1982). Sobre estas formaciones los bloques calizos se alternan con aberturas falladas en sentido N-S, como es el caso de la de Málaga-Antequera, o la que sirve de drenaje natural al Guadiana Menor, entre la Hoya de Baza y la cabecera de la Depresión del Guadalquivir.

El resultado de todas estas convulsiones y reajustes isostáticos ha sido la creación de diversas alineaciones de sierras, en cierto modo paralelas, que suelen estudiarse en tres conjuntos desde la región más septentrional, limítrofe con el reborde sur de la Depresión Bética, hasta su integración con el bloque Penibético. En primer lugar, nos encontramos con un Subbético Externo del que forman parte dos conjuntos de sierras, generalmente de baja cota, exponentes de la actividad tectónica antes citada, y que se ordenan en dirección W-E en las series: Estepa-Mágina

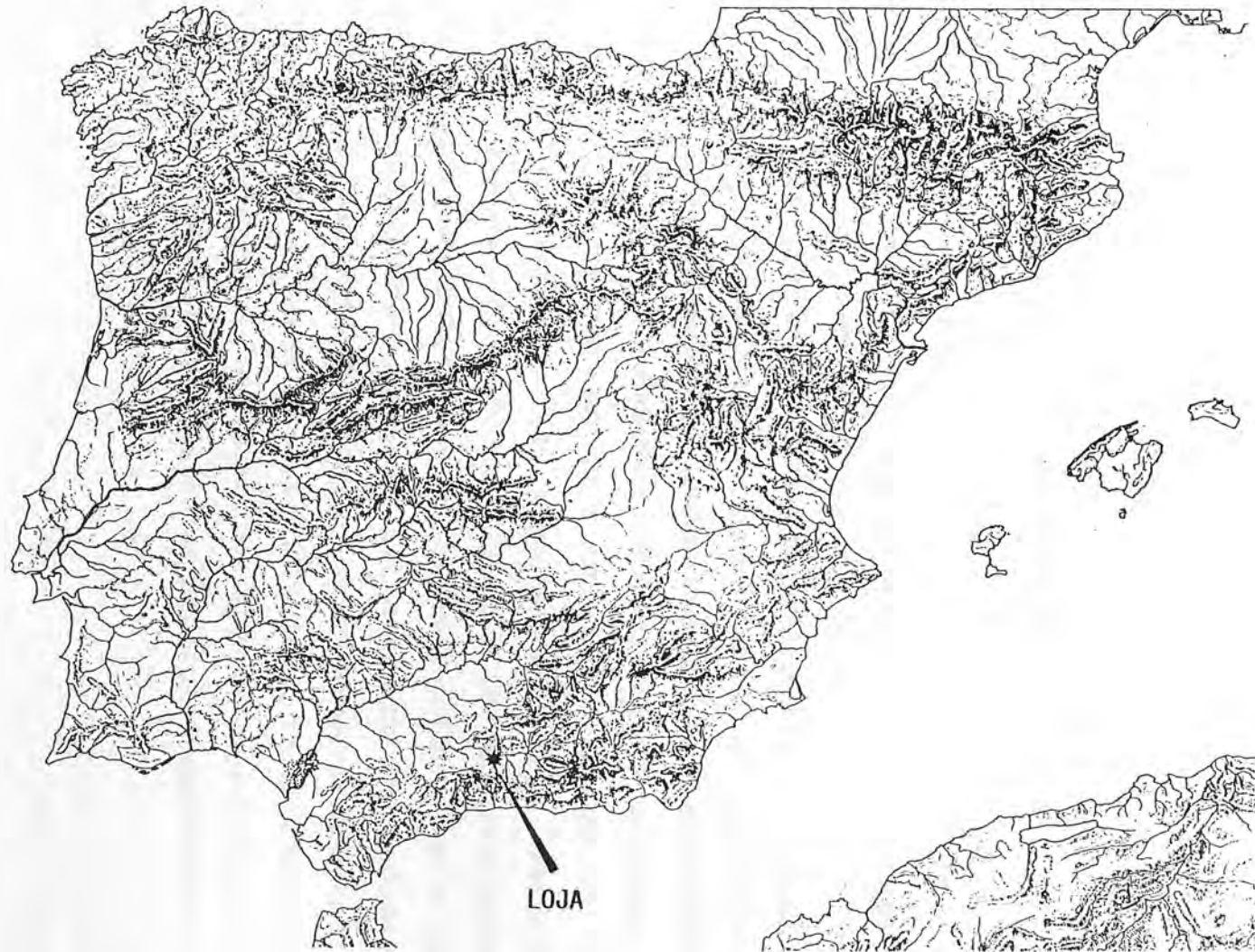


Fig. 1: Situación geográfica de la "Tierra de Loja" en la Península Ibérica.

y Jarcas-Carabuey. Más al Sur, el Subbético Medio enlaza por su límite superior a las depresiones de Antequera, Loja e Iznalloz, configurando el tras-país de la región que será objeto de nuestro estudio. Por último, en el Subbético Interno emergen las últimas estribaciones del sistema con las sierras del Torcal, Huma, Líbar y Sierra Gorda, para confundirse finalmente con las zonas internas de este relieve andaluz.

Paralelamente a la costa mediterránea se disponen, pues, las dorsales paleozoicas por excelencia de todos nuestros conjuntos montañosos. Con materiales altamente metamorfizados, herederos de una intensa actividad volcánica post-alpina, se estructuran los mantos de corrimiento de la auténtica Cordillera Bética. Alineaciones que en las cuatro series: Nevado-Filábride, Alpujárride, Maláguide y Dorsal Bética, exponen altas densidades de cuarcitas, micaesquistos, filitas y anfibolitas, junto con materiales calizos y dolomíticos del Trías. Lo más trascendente de estas formaciones, al igual que ocurría con las cordilleras Subbéticas, es la existencia de frecuentes pasillos naturales, más amplios hacia el Este, que enlazan el litoral con las depresiones intrabéticas, y que fueron en su día responsables directos de la penetración de flujos culturales hacia las comarcas interiores. Una singular red de surcos con solar miocénico, a menudo recorridos por cursos marginales como el Guadalfeo y Andarax, constituyen estas vías naturales, abiertas en abanico a través de las alineaciones pre-litorales y las propiamente costeras.

La Tierra de Loja forma parte de este marco general al participar de varias de las estructuras anteriormente descritas. En su conjunto, cabe hablar de una depresión extremo-occidental de la Depresión de Granada, estrangulada en su zona media por el desfiladero de *Puente Quebrada* y ensanchada de nuevo hacia los campos de Rute y Vega de Antequera. Rodeando esta llanura, drenaje natural del Río Genil, se encuentran una serie de formaciones geológicas que aquí consideramos, dándoles rango de **zonas** o **subsectores** de la comarca. Debe entenderse a este respecto, que las denominaciones utilizadas a partir de ahora tienen un carácter localista, con el que se persigue la valoración de una heterogeneidad geográfica, que nos será después de gran utilidad para encuadrar los distintos asentamientos prehistóricos con su propio entorno ecológico.

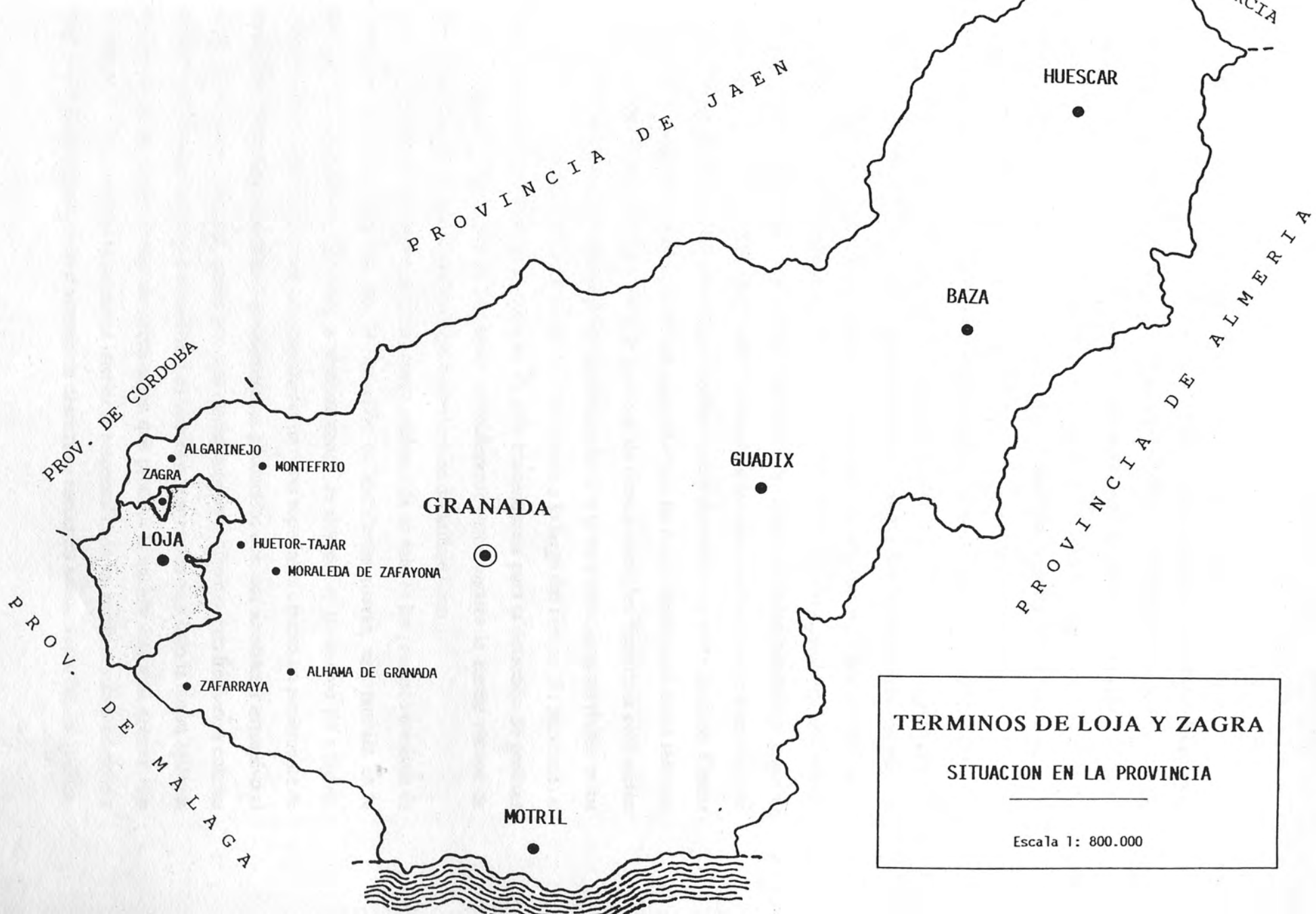
1.1. La Vega del Genil

El valle del río Genil, que serpentea entre los dos macizos de la Sierra de Loja y Monte Hacho, constituye la auténtica *espina dorsal* de la región. Su ingreso natural se hace a través de un desfiladero excavado por el río en los sedimentos calizos, en el que el paisaje adquiere un modelado pintoresco en el paraje conocido como "Los Infiernos de Loja". Es en este punto donde la depresión granadina deja de existir tras haber hecho una pequeña incursión en la Tierra de Loja. A partir de aquí el curso fluvial se abre camino a través de una llanura de colmatación, limitado por terrazas aluviales, a veces de gran extensión, que conforman la vega lojeña. Son terrenos muy aptos para el cultivo de regadío gracias a las deposiciones arcillosas pliocénicas. Sólo a partir de la citada angostura de Puente Quebrada el paisaje se torna fuertemente accidentado, conjugándose formas de glacis con escalonamientos abruptos en el piedemonte que bordea al macizo del Hacho y potentes surcos de erosión en los sedimentos blandos, encajados entre paredes acarcavadas. Habrá que rebasar ampliamente las gargantas calcáreas que impone la accidentada topografía en las quebradas del llano de Plines para que tenga lugar un nuevo y progresivo ensanche del valle, sobre todo a partir de la confluencia del Genil con su afluente principal Río Frío. Partiendo de este punto, sólo los aterrazamientos arcillosos surcados ocasionalmente por las escorrentías de los arroyos "Grajo" y "Hondo" van a constituir las estructuras básicas de la zona hasta la desembocadura del Genil en el embalse de Iznájar. El camino hacia el valle del Guadalquivir, queda así abierto a través de los campos de Rute, Lucena, Estepa y Puente Genil.

1.2. La Sierra del Hacho

Situada al NE de la ciudad de Loja, geomorfológicamente esta unidad hay que encuadrarla en el ámbito Subbético Interno, formando con la Sierra de Parapanda el complejo montañoso más septentrional del conjunto.

Aunque la elevación de más entidad es la que le da el nombre a la formación (Hacho, 1.025 m), su constitución es compleja pues se suceden una serie de lomas que forman parte de este paisaje montañoso, resultado de la misma actividad orogénica: Cerro de la Corona, Loma de Las Canteras y La Cruz de Otábal. Una acción que comenzó en el intenso período sedimentario



TERMINOS DE LOJA Y ZAGRA
SITUACION EN LA PROVINCIA

Escala 1: 800.000

del Triásico y que justifica la superposición de estratos hasta un estadio Lías Medio del período Jurásico. En su conjunto, el paisaje que se ofrece al espectador es el característico de todo macizo kárstico, en el que la erosión acuífera provoca procesos de carbonatación que horadan el subsuelo y generan a su vez fenómenos morfoquímicos en las rocas. Un estudio somero de la litología del monte Hacho nos corrobora la génesis de estas tierras antes descrita y sirve como directriz geológica en la consideración de los procesos formativos y degradatorios del medio natural, en íntima relación a veces con el asentamiento del hombre en las distintas fases prehistóricas.

Partiendo de un substrato arcilloso con margas del Triás, se levanta un grueso paquete dolomítico adscrito a un Lías Inferior, responsable de la existencia de numerosas graveras que aún hoy se explotan. La composición a base de carbonatos y magnesio será fundamental en la formación posterior de arcillas rojas *-terra rossa-* tras sufrir el correspondiente proceso de descalcificación. Van a ser, sin embargo, los niveles de calizas claras los que definan mejor la morfología del conjunto. Sobre ellas y sobre la cobertura de calizas nodulosas con sílex, hoy casi inexistente, actuó un periglaciario cuyas huellas pueden rastrearse con cierta facilidad. Cantos dispersos de pedernal y jaspe, o a menudo agrupados tras las faenas de limpieza de los terrenos agrícolas, nos recuerdan este proceso, al igual que los densos canchales, fruto de la gelifración en la última era glacial. La acumulación de nódulos de sílex se hace especialmente visible en los terrenos bajos, donde el material se ha ido depositando a lo largo del tiempo. Su presencia, al igual que en otros puntos de la zona, es de gran trascendencia para la detección de posibles asentamientos prehistóricos al constituir probablemente estos lugares la fuente natural de aprovisionamiento de materia prima para la elaboración del utillaje lítico.

La acción del agua, por su parte, queda evidenciada no sólo en los procesos erosivos de carbonatación antes descritos, con la formación de abundantes cuevas, sino también en la abundancia de drenajes primitivos, auténticos conos de deyección, testimonio de antiguos torrentes. Ladera abajo, los derrubios procedentes de cotas superiores ofrecen un piedemonte de cantos angulosos junto a arcillas y conglomerados pliocénicos que, por su carácter expansivo al contacto con el agua de lluvia, suelen provocar mecanismos de soliflucción, con frecuentes coladas de barro en los sectores más permeables. Las cuevas que aparecen aquí bajo la costra calcárea suelen presentar varios niveles de colmatación que prueban la intensa actividad erosiva. Sin embargo, será nuevamente la tectónica interior la responsable de los cambios más profundos a largo plazo, puesto que la unidad montañosa descrita se encuentra ampliamente fallada (VERA,

1969) y, al formar parte del área sísmica Alhama-Sierra Gorda, afectada por el basculamiento de los bloques internos en su reajuste isostático.

Finalmente, es importante considerar la trascendencia de estos procesos de modelado y transformación edafológica, en cuanto que las formaciones geológicas descritas en este apartado, harán de la zona uno de los enclaves idóneos para la instalación de cierto tipo de hábitats prehistóricos marginales en la dinámica de redistribución poblacional que afectará en determinados momentos al poblamiento de la vega del Genil (CARRASCO *et al.*, 1986).

1.3. La Sierra de Loja

Localizada a partir de la margen izquierda del río Genil, ocupa la práctica totalidad del cuadrante SE de la Tierra de Loja. Macizo de gran extensión, forma parte del conjunto Subbético Interno con la unidad de Sierra Gorda. Junto con su vecino el monte Hacho, constituye el otro bastión kárstico de importancia en la región. Es de destacar en este sentido, un desarrollo en altura muy superior -1.647 m. en la *Sierra de las Cabras*- que evidencia una potencia estratigráfica compleja en relación a la unidad anterior. Podría decirse que las facies de sedimentación caliza del Mesozoico están representadas casi en su totalidad.

La secuencia inferior coincide básicamente con la descrita en el Hacho; sin embargo, sobre la formación jurásica del subsistema Dogger-Malm, las calizas nodulosas sirven de base a sendos paquetes margosos que completan la seriación del Cretácico. De todo ello, se desprende una intensa sedimentación pre-alpina que conecta con lo que describíamos al principio a propósito de las áreas umbralíticas. La existencia de esta superposición de materiales convierte a la Sierra de Loja en el mejor calendario geológico para el estudio del sustrato geomorfológico de la región. Sólo los aportes post-alpinos terciarios escapan, como es lógico, a esta secuencia. La Depresión de Granada, con su completa secuencia del Mioceno Superior, a base de calcarenitas bioclásticas, yesos laminados, lutitas, margas y margo-calizas, viene a cerrar este esquema sedimentológico.

Como entidad caliza que es, presenta todas las versiones propias de un modelado agreste y erosionado, con amplios parajes de lapires y torcas. Ocasionalmente, su monotonía edáfica de litosol rocoso y de escasa potencia (PÉREZ PUJALTE y PRIETO, 1980), se ve alterada por la conservación de pequeñas parcelas de suelo orgánico primigenio, superviviente de las antiguas

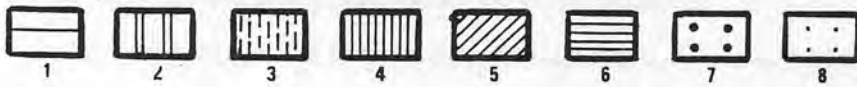
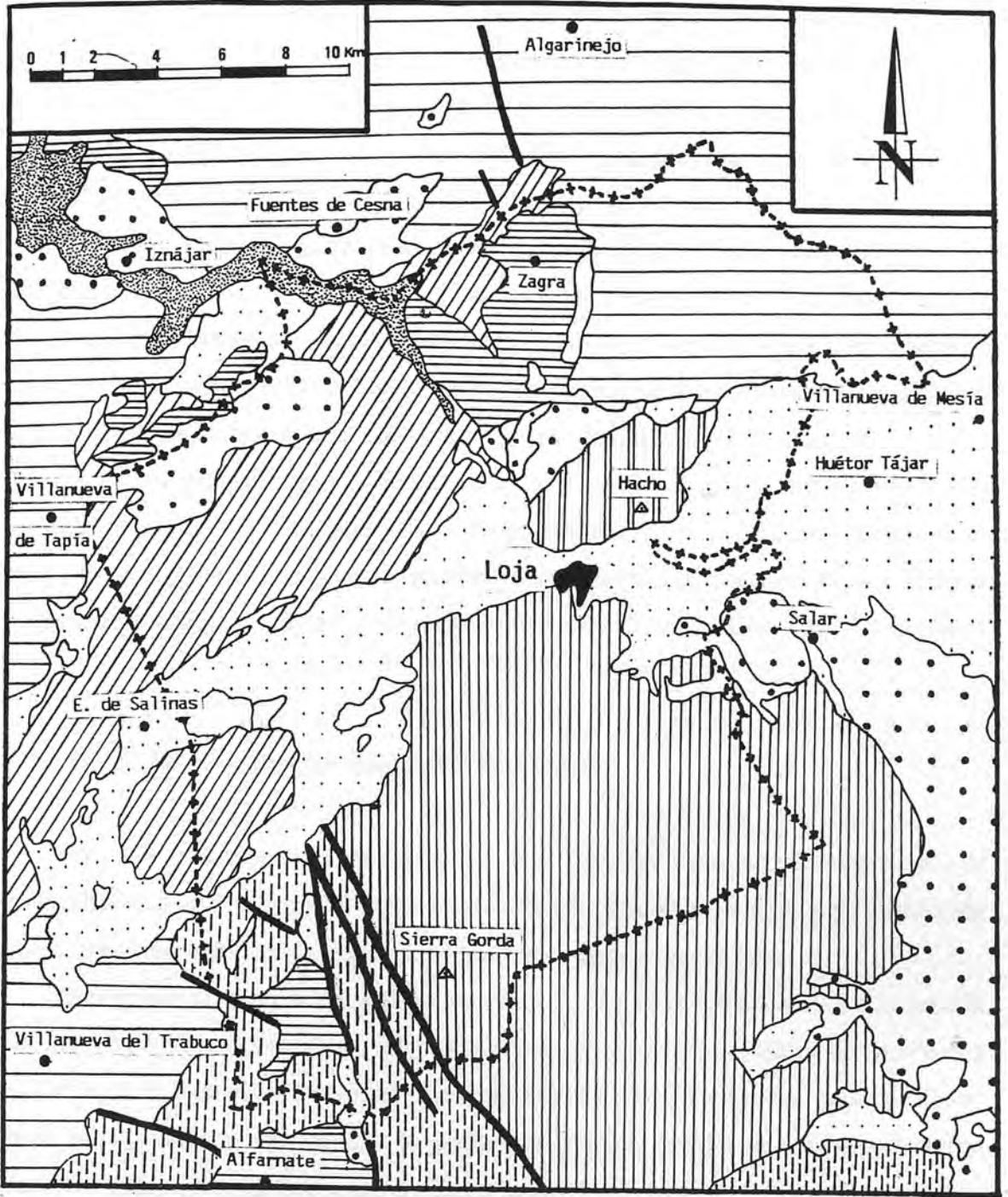


Fig. 4: Esquema geológico de la Tierra de Loja. 1: U. del Subbético Medio, 2: U. del Hacho, 3: Complejo Gibalto-Zafarraya, 4: U. de Sierra Gorda, 5: U. del Trías de Antequera, 6: Materiales del Eoceno al Mioceno Inferior, 7: Mioceno Superior, 8: Materiales Pliocenos y Cuaternarios.

rendsinas (GARCÍA CARO y SALINAS, 1986) en el fondo de vaguadas y dolinas. Los procesos de descalcificación aportan, por su parte, el componente ferruginoso que caracteriza también a esta cobertura. El agua sigue teniendo, consecuentemente, el protagonismo en el proceso de transformación geológica que venimos analizando. La densidad de los niveles calizos de estas sierras hacen que el fenómeno de cavernación sea aún más intenso que en las unidades descritas con anterioridad. A menudo predominan agrietaciones verticales de gran desarrollo; son las popularmente conocidas *simas* que, con frecuencia, desembocan en hoquedades producidas por las corrientes subterráneas del nutrido manto freático. No tendrán estas cuevas la trascendencia histórica que atribuíamos a las del Hacho; sin embargo, hay que reconocer que la investigación arqueológica no se ha llevado aquí con la misma intensidad, si exceptuamos las prospecciones realizadas en los años cincuenta y de las que, por desgracia, sólo nos han llegado breves referencias bibliográficas (PELLICER, 1964a). La prudencia aconseja, por tanto, no pronunciarse al respecto y esperar los resultados de nuevas investigaciones, sobre todo tras conocer recientemente el hallazgo de material cerámico adscribible a la Edad del Cobre en "Cueva Horá".

1.4. El Sector SW: Fuente Camacho y el Monte Gibalto

Ante todo, es importante considerar a Fuente Camacho como un interesante nudo de comunicaciones donde convergen diversos caminos, vías naturales de paso, cuya disposición reticular está configurada por la singularidad geográfica de la propia región.

Enclavada en una angosta depresión y rodeada de pequeñas elevaciones¹ se encuentra la aldea, con una altitud media de 800 m. sobre el nivel del mar, como último núcleo urbano de esta zona occidental de la provincia de Granada. La proximidad de los macizos montañosos de Gibalto y Sierra Gorda, situados al Sur y Sureste, le confieren ese carácter de *llave de paso* que comunica los accesos costeros, a través del puerto de "Los Alazores", con las llanuras de los extremos Sur y Este de la vegas de Loja y Antequera respectivamente.

Sin embargo, pese a esta excepcionalidad topográfica, su mayor trascendencia histórica va a estar relacionada con el carácter y disposición de su red fluvial. Dos son los cauces que

1

"Cerro Balcón" (860 m.) y "La Sierrecilla" (873 m.) son las alturas más destacadas.

discurren próximos a la población: el arroyo de *Las Mozas* y el *Salado*. El primero constituye el drenaje natural de la vertiente occidental de Sierra Gorda, mientras que el segundo, de menos importancia caudal, fluye en sentido perpendicular al anterior al NW de la villa. Ambas corrientes, de régimen permanente, van a confluir más al norte en lo que sería una cuenca de deyección, que circula encajonada al pie de la Sierra de Loja hasta desembocar en cauces más importantes como Río Frío, que alimentarán finalmente las aguas del Genil. Es esta concentración fluvial, unida a la estructura depresiva por la que discurre, junto con estudios sedimentológicos actualmente en curso, lo que ha dado fundamento a considerar la probable existencia en la antigüedad de un paisaje lacustre que cubriría parte de este sector. En torno a esta depresión es donde se localizan los yacimientos prehistóricos que estudiaremos más adelante. Sin embargo, al factor aglutinante que supone para la vida humana y animal la existencia de tan nutrida red acuifera, han de añadirse las posibilidades de explotación salina de las aguas del arroyo Salado, que han jugado un papel fundamental en la vida de las poblaciones que a lo largo de la Historia se han asentado en esta comarca.

El monte de Gibalto se localiza al Sur de esta población. Su altura de 1.486 m le confiere un protagonismo orográfico en la zona, junto con la Sierra de San Jorge. Ambas unidades forman parte del macizo de Sierra Gorda, constituyendo sus estribaciones más orientales. Entre las tres entidades montañosas se abren unos interesantes corredores naturales que las bordean serpenteando hacia los pasos de salida a la costa. El puerto de Los Alazores es un enclave especial a considerar por cuanto se nos manifiesta como la más estratégica comunicación natural entre las comarcas de Zafarraya y la Tierra de Loja por este sector suroriental.

1.5. El Término Norte y las Tierras de Zagra

Sin lugar a dudas, es éste uno de los sectores de mayor interés en el estudio arqueológico que desarrollaremos en los siguientes capítulos. Geográficamente presenta unas condiciones altamente atractivas para el establecimiento de poblaciones a lo largo de la Historia. Su topografía incide en este sentido, configurando un paisaje de abundantes colinas y barrancos, fruto de una génesis y degradación, ya comentados en el segundo apartado de este epígrafe a propósito de la formación de la unidad orográfica Hacho-Parapanda. En síntesis, estas tierras al norte de la Vega

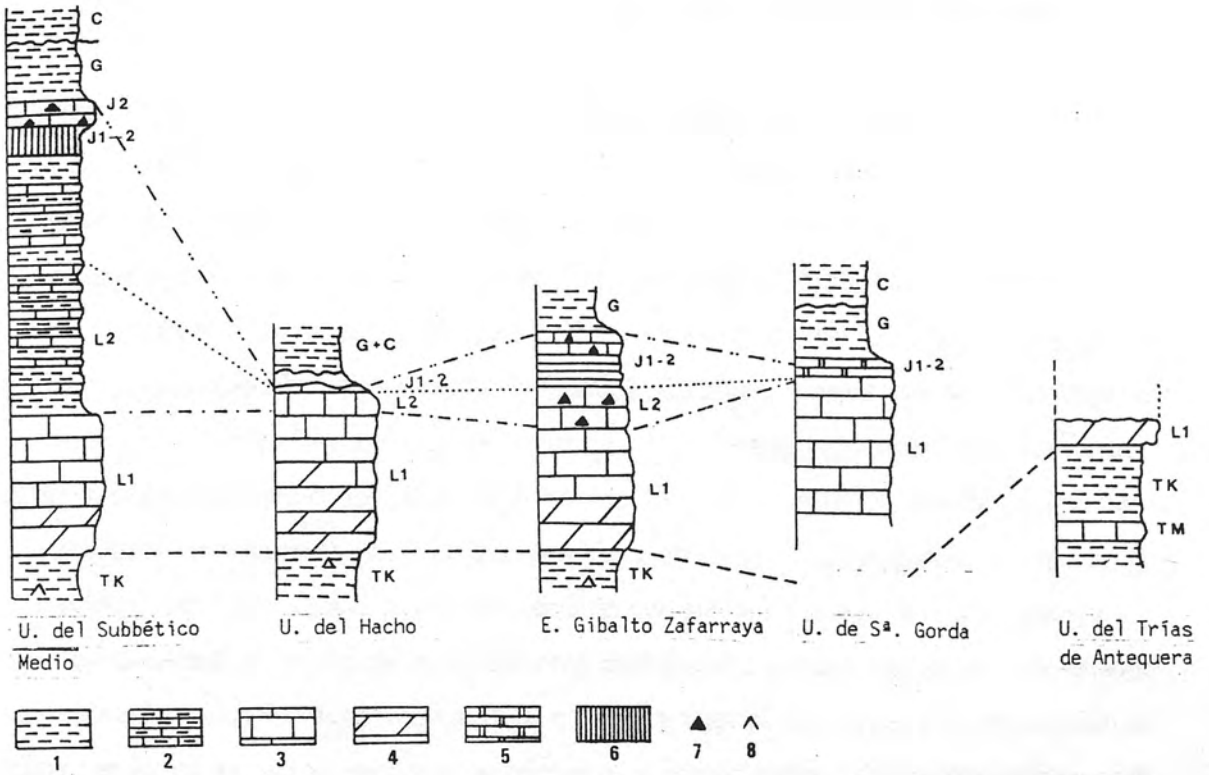


Fig. 5: Comparación de las series estratigráficas de las unidades. 1: Margas y arcillas, 2: Margocalizas, 3: Calizas, 4: Dolomías, 5: Calizas nodulosas, 6: Radiolaritas, 7: Sílex, 8: Yeso, TM: Triás Medio, TK: Triás Superior, L1: Lías Inferior, L2: Lías Superior y Medio, J1: Dogger, J2: Malm, G: Cretácico Inferior, C: Cretácico Superior.

del Genil vienen a ser el enlace entre las dos unidades kársticas citadas. Su estructura geológica presenta una fuerte concentración de lomas, en su mayor parte afloramientos calizos con formaciones bioclásticas y lumaquelas, en función del calibre de sus materiales. Son estas elevaciones las que sirvieron de base a asentamientos humanos en el pasado, manteniendo entre sí unas condiciones de defensa e intervisibilidad ya cotizadas entre ciertas poblaciones de la Alta Andalucía durante el segundo cuarto del Tercer Milenio a. C. (NOCETE, 1989b). Sus límites septentrionales los constituyen las sierras de “Ojete” y “Las Chanzas”, coincidentes con los linderos administrativos y piezas integrantes de una misma entidad geográfico-cultural que engloba enclaves como Montefrío, Fuentes de Cesna y Algarinejo. Las citadas unidades, separan al término municipal de Zagra de los de Algarinejo y Montefrío respectivamente y, en rigor, pueden considerarse fuera de lo que definimos como “Tierra de Loja”. Su estudio, al igual que el de los territorios circundantes, lo creemos de gran interés arqueológico, si bien no lo contemplamos aquí por razones puramente técnicas que afectan a la unidad de este trabajo.

La densidad en su red de arroyamientos contribuye a generar un proceso de erosión persistente sobre terrenos desprovistos de su cobertura vegetal autóctona. La acumulación de derrubios en forma de cantos angulosos en barrancos y laderas inferiores recuerdan procesos de meteorización y arrastre que resultan familiares en este tipo de relieves. Es un paisaje, en suma, que presenta la fase más avanzada en la regresión habitual de las unidades morfológicas calizas, cuyos exponentes más jóvenes en la comarca han sido ya tratados. Sería interesante, en este sentido, realizar un breve estudio de la situación edafológica y su relación con el uso y degradación de los recursos ecológicos primitivos de la zona, aspecto del que nos ocuparemos en el siguiente apartado.

2. EL CLIMA Y LOS RECURSOS

No pudiendo olvidarse que por encima de todo marco biogeográfico reina una determinada estructura climatológica, conformadora a la postre de todo el entramado ecológico, consideramos necesario reseñar brevemente las **características climáticas** de esta región, en especial en su versión bioclimática, para una mejor definición de la naturaleza de cada uno de los pisos vegetales existentes en las cinco zonas que más adelante hemos delimitado.

Como parte integrante de la zona mediterránea, la Tierra de Loja participa de unos índices termo-pluviométricos que son comunes a un amplio sector del mediodía andaluz. No obstante, su situación interior y, sobre todo, la altura y disposición de los sistemas montañosos que la rodean dan lugar a una matización importante del Clima Mediterráneo con acusados rasgos de continentalidad. En efecto, el clima de la Depresión de Granada, donde se asienta el núcleo urbano de Loja y las tierras circundantes, está fuertemente condicionado por el factor altura, a pesar de la latitud y de la relativa proximidad al mar. La media anual de las precipitaciones no supera normalmente los 500 litros, salvo en las montañas donde no suelen pasar de los 800.

A la escasez de pluviosidad se une su irregularidad, con un régimen estacional muy acusado en el que la sequía estival contrasta con el predominio primaveral e invernal de las lluvias. La aridez se une a un régimen térmico continental muy extremado, con inviernos fríos y prolongados y con fuertes heladas (6,4° de media en Enero); primaveras templadas, también con heladas (12,9° de media en Abril), muy parecidas al otoño (15,2° en Octubre) y veranos muy calurosos y largos (25° de media en Agosto) (BOSQUE, J., 1971). Los calurosos veranos y crudos inviernos delatan una amplitud térmica considerable, acompañada de una curva ombroclimática de carácter seco¹. Todo ello nos lleva a clasificar a esta zona dentro del dominio Mesomediterráneo Medio-Superior, en relación con los cinco pisos bioclimáticos definidos en la Península Ibérica (RIVAS, 1988). Como es lógico, estos valores sufren importantes incrementos a medida que ascendemos a cotas superiores, acercándonos al horizonte Supramediterráneo en las cumbres de las sierras septentrionales y en los pasos elevados como el "Puerto de Los Alazores" donde, además, la pluviosidad rebasa ampliamente los 600 mm anuales.

Frente a la escasa pluviosidad, el gran número de fuentes y manantiales existentes en la

¹

La oscilación térmica se fija entre 15° y 18°, obteniéndose temperaturas mínimas de -2° en determinadas horas durante el mes de Enero, y por encima de los 28° en Agosto. Las precipitaciones se fijan en unos 500 mm. anuales.

zona, así como su situación en el circuito hidrológico general de la vega granadina y el consiguiente aporte de los cursos permanentes como el del Genil, hacen que la abundancia de agua se constituya en una riqueza natural que ha conferido a Loja un signo de identidad desde tiempos remotos y que puede considerarse factor determinante para el establecimiento de grupos humanos en su comarca.

La mayoría de las fuentes tienen su origen en la feliz coincidencia de las capas permeables de materiales porosos, calizas y dolomías con los niveles arcillosos impermeables. Ello provoca una situación freática de primer orden, cuya manifestación más común es la surgencia de veneros a baja cota. Como quiera que la abundancia de éstos es destacable, y para evitar caer en un excesivo recuento de los mismos, nos referiremos aquí a los que, por su relevancia, inciden realmente en la estructura paisajística y medioambiental. De hecho, las corrientes que mencionaremos adquieren frecuentemente carácter de cursos fluviales secundarios y, por lo tanto, deben considerarse integrantes de la red global de la comarca.

El río Genil es el protagonista principal del sistema, iniciado en el histórico lugar de "Los Infiernos Altos". A partir de este punto sus aguas se verán continuamente alimentadas por una serie de arroyos procedentes de las sierras circundantes. El río Manzanil es probablemente el más destacable, habiéndose formado por numerosas fuentes situadas al pie de la Sierra de Loja: "La Cueva", "La Presa" y "La Cadena". La margen derecha por su parte, recibirá las aguas del arroyo de "La Esperanza" que, junto con el manantial de "El Frontil", constituyen los nacimientos más destacados del Monte Hacho. Esta confluencia hará del lugar, como veremos más adelante, uno de los puntos más emblemáticos de Loja, no sólo en lo que a la agricultura actual se refiere, sino también en relación con los singulares asentamientos calcolíticos en zonas de valle.

Rebasado el núcleo urbano lojeño, con un trazado de amplios meandros a través de las huertas², el río se hace excavador. Su obra se manifiesta con un paisaje caótico donde la erosión ha esculpido angostos cañones y cárcavas. Es especialmente interesante esta parte del curso, por cuanto supone la antípoda de la descrita al principio en lo que a la presencia de afluentes y asentamientos antiguos se refiere. El lugar, conocido como "Los Infiernos Bajos", marca el inicio de la segunda parte de este vertebrado sistema.

A través de parajes como "Las Angosturas" y "Albarracín", los caudales de "Río Frío",

2

Atrás quedan manantiales urbanos como la *Fuente de la Mora* y *Borballote*, que dan su agua al *Arroyo de La Alfaguara*, así como la conocida e histórica *Fuente Santa*, ya en las afueras del pueblo.

"Salado" y "Nebliz", se unen al Genil por su margen izquierda. Estos afluentes proceden de las estribaciones más occidentales de la Sierra de Loja y Sierra Gorda. El sector de Fuente Camacho y Gibalto se erige así en cabecera del cuadrante mejor regado de la Tierra de Loja. La densidad es especialmente intensa hacia los terrenos septentrionales, donde los "Llanos de Campodauro"³ son surcados por una auténtica maraña de arroyos de régimen permanente que finalmente desembocan en el Río Frio.

Atención especial merece el Arroyo Salado, cuyas aguas, haciendo honor a su nombre, han sido fuente de riqueza indudable a lo largo del tiempo. Muy cerca de la pedanía de Fuente Camacho aún resisten al paso del tiempo las ruinas de una factoría salinífera. Desconocemos, dada la carencia de documentación al respecto, si la explotación salina fue efectiva en la Época Antigua y, en su caso, cuál fue el alcance de la misma. La presencia, no obstante, de yacimientos arqueológicos ibéricos y romanos en las cercanías⁴ (CARRASCO *et al.*, 1986), nos hacen suponer una más que probable vinculación a la explotación y comercio de la sal desde entonces.

En la actualidad la riqueza de agua ha convertido a este sector en uno de los núcleos agrícolas más punteros de la comarca, siendo una seria alternativa de regadío al monocultivo de secano.

Los últimos kilómetros los recorre el Genil más mansamente hasta desembocar en el pantano de Iznájar, a través de una amplia llanura aluvial ya descrita con anterioridad. Queda únicamente hacer una breve referencia al "Río Pesquera", "Arroyo de Zagra" y "Arroyo de la Viña", como últimos drenajes de la red, a lo largo de un territorio marcado por la accidentalidad de sus cuencas y fuertes pendientes. Estos condicionantes físicos, unidos a la estructura geológica que les identifica, confieren a este lugar un carácter de cierta marginalidad respecto a las demás zonas, a la vez que supone un reducto para la subsistencia de ciertas condiciones medioambientales, objeto de nuestra inmediata atención.

3

La toponimia ofrece varias alternativas a la denominación de este lugar, atribuyéndosele también en determinados documentos el nombre de *Campo Abor* o *Abro*, hasta que finalmente en el siglo pasado, el afán latinizador de los cronistas locales acabó acuñando el nombre de *Campo Dauro*, o *Campo de Oro*, en clara alusión a la riqueza agropecuaria que generaban estas tierras. Con posterioridad, las deformaciones lingüísticas populares en su pronunciación, hicieron que este entorno pasase a la cartografía actual con el nombre de los montes que lo delimitan: esto es, *Sierra de Campo Agro*.

4

Estos enclaves han sido prospectados extraoficialmente por D. Carmelo Heras, profesor de EGB de la localidad, y posteriormente constatados por nosotros.

Las características climáticas y los elementos morfoestructurales e hidrológicos definidos hasta el momento en los diferentes sectores de la Tierra de Loja, determinan una **cobertura vegetal** enormemente variada, con frecuentes demarcaciones localistas de determinadas familias, constituyendo a veces reductos de nichos ecológicos en extinción.

En líneas generales, la flora silvestre se ordena en tres conjuntos: las sierras, riberas fluviales y vertientes montañosas con restos de bosque mediterráneo. En su estado actual, el paisaje de la Vega apenas si conserva elementos de su vegetación natural, pues, aún siendo poco abundantes las superficies forestales, éstas son obra del hombre, mientras que en su estado natural la vegetación se reduce a un matorral disperso propio de la *garriga*, arrinconado únicamente en las áreas que no han podido ser utilizadas para la agricultura (OCAÑA, 1974). Es una *garriga* empobrecida en la que dominan las jaras, lavandas y tomillos con algunos ejemplares arbustivos (PRIETO, 1982). El paisaje natural de la llanura y sus bordes estaría claramente dominado por el encinar, completando el cuadro de la vegetación un matorral abierto y tomillares. En los montes aún se mantiene en parte la vegetación natural aunque muy degradada.

Es, por tanto, nota común en estas sierras la práctica ausencia de arbolado, habiéndose sustituido éste por una formación arbustiva un tanto compleja que recuerda la existencia de un primitivo sotobosque de gran densidad. Una variada gama de actividades humanas es la responsable de la deforestación sistemática en el pasado. Desde la tala de amplios sectores, tratando de obtener mayores beneficios pecuarios, o la roturación agrícola de las hoyas de abrigo, pasando por los incendios forestales, todo ha conducido a la eliminación de un primitivo bosque perennifolio mediterráneo del que luego haremos cumplida reseña a propósito de las zonas que aún lo conservan. Estas sierras son básicamente reino del arbusto y el matorral. La abundancia de unos u otros estará lógicamente en función de una serie de condiciones medioambientales como son: la riqueza del suelo, las matizaciones del clima en base a la orientación de las vertientes y la mayor o menor incidencia de la actividad humana. En las cotas bajas y medias suelen abundar diversas especies de retamas que constituyen las primeras poblaciones vegetales de consideración cuando finalizan los terrenos roturados a piedemonte. La retama por excelencia, *Retama sphaerocarpa*, es la más abundante, si bien es superada en algunas zonas por otras especies de la familia como la *Cytisus reverchonii* y la *genista*.

En ambientes más húmedos la degradación del quejigar ha dado paso a masas de espinares diversos, amigos de las vaguadas con suelos profundos y de las vertientes umbrías. Especies tan

conocidas como el majuelo, el rosal silvestre y el cerezo de Santa Lucía, suelen ser los más representativos (PÉREZ PUJALTE, y PRIETO, 1980). Cuando las condiciones ambientales se recrudecen fruto de la altitud, las bajas temperaturas en invierno y los fuertes calores estivales condicionan notablemente la vida de estas especies, siendo más frecuente la versión caducifolia *Berberis vulgaris*, o *hispánica*, más conocida como *agracejo*.

El resto de la superficie serrana es cubierta por vegetación de poca talla y algunas extensiones de pastizal. La variedad de matorrales es grande, y esto se debe fundamentalmente al hecho de ser plantas poco exigentes en cuanto al clima y la calidad del suelo. De hecho, su desarrollo tiene lugar sobre los extensos pedregales calizos, donde además, la altitud les impone duras condiciones de temperatura y viento. Su leñosidad y atrofia foliácea son las mejores armas para una adaptación tan selectiva. Generalmente forman colonias en las que dominan una o dos especies, según el estado del suelo. Las más frecuentes son el tomillo y el romero. Los tomillares ocupan el pedregal propiamente dicho, y sus diversas especies representan a las plantas de menor altura dentro del sistema: tomillo común, *Thymus zygis*, la *mejorana*, *ardavieja*, *gentisca*, etc. El romero, por su parte, se reserva cotas más bajas, junto a especies de su grupo como la "oreja de liebre" -*Pholomis purpúrea*- la *salvia* y el *marrubio*.

Es frecuente encontrar en laderas pronunciadas una especie interesante por poseer unas cualidades de adaptabilidad fabulosas, que además acondicionan el suelo para posteriores colonizaciones herbáceas. Se trata de la aulaga, *Ulex parviflorum*, especie de leguminosa, cuyas hojas mutadas en espinas y su perpetua floración amarillenta la hacen muy característica no sólo de nuestras sierras sino también, como veremos, formando parte de un sotobosque mediterráneo en regresión.

Las últimas variedades dentro del matorral van a ser plantas cuyas raíces de estructura fasciculada se adhieren eficazmente a suelos menos rocosos, impidiendo su excesivo lavado y desaparición por los procesos erosivos. Se trata del "lastón" que da nombre a los, alguna vez, mal llamados espartales, puesto que ésta, *Stipa tenacissima* o esparto común, es otra especie distinta aunque también muy abundante.

Es abundantísima la seriación florística que podría hacerse en el estadio biótico que nos ocupa, si bien, no consideramos necesario extendernos en este trabajo en un estudio botánico exhaustivo. Sólo nos referiremos, por completar el entorno montaños, a una serie de especies bulbosas que salpican con su vistosa florística primaveral las formaciones antes citadas: narciso

silvestre, lirio, orquídea silvestre, lino, etc.

No obstante todo lo dicho con anterioridad, van a ser los pastizales, en cambio, los sectores que más acusen la transformación de las características compositivas del suelo. Ocupan importantes extensiones en las altiplanicies y en los claros de matorral, siempre que exista suelo desarrollado de cierta profundidad. La utilización ganadera de éste provoca un proceso de nitrogenado intenso, punto de partida para la instalación de determinadas especies que irán cambiando paulatinamente su primitiva estructura. La serie de especies nitrófilas sería enorme, pues abundan en una gran variedad de suelos removidos o fuertemente drenados. Las más comunes son las amapolas, cardos, hinojos, alfalfa, tréboles, malvas, collejas y ortigas. En cualquier caso, la extensa gama de geranios silvestres, nevadillas, carretones, ardiviejas y algunas gramíneas, sigue siendo una garantía económica de cara a la pervivencia de una ganadería extensiva de tan larga tradición en estas tierras.

El segundo gran conjunto botánico lo constituyen los humedales, patentizados aquí por las riberas fluviales y lagunas. Dada la gran cantidad de manantiales dispersos por toda la comarca, incluidos los veneros surgidos en las alturas de las sierras, nos centraremos sólo en dos de ellos, que podemos considerar como los más representativos en cuanto a la reunión de especies se refiere: los nacimientos de "La Presa" y "El Frontil".

La variedad hidrófila en estos lugares es enorme. El conjunto lo constituyen plantas en secuencia jerarquizada, dependiendo de la demanda de humedad. Los fondos de estas charcas suelen estar tapizados por berros, *lentejas de agua*, y los conocidos *botones de oro*. Los rebordes concentran a juncos, matranzos, carrizos y toda una gama variadísima que enlaza finalmente con espesos zarzales.

Sin embargo, son los márgenes fluviales los que presentan una flora de mayor porte. Forman estas especies un bosque típico que delata característicamente en el paisaje el discurrir de los ríos a través de las vegas. Chopos y álamos negros son los más frecuentes, además del olmo, el álamo blanco y diversas especies de mimbres, como se conoce popularmente aquí al sauce de ribera. Una formación, que paulatinamente ha ido perdiendo entidad ante el avance inexorable de las roturaciones. Sólo en determinados puntos, donde el curso del río describe recodos de difícil acceso, las alamedas y choperas silvestres subsisten sin problemas, testigos en definitiva de lo que fue antiguamente la vegetación autóctona de estas llanuras. Es interesante recordar que en grandes extensiones de la Vega de Granada el chopo se cultiva intensivamente,

constituyendo la base de una importante industria maderera. En la tierra de Loja no es tan frecuente, si bien se ha dado de forma ocasional.

Vamos finalmente a cerrar este capítulo con una aproximación a la comunidad vegetal más genuina de estas latitudes, generadora en sí misma de un ecosistema propio y que, pese a su antigua extensión, ha sido la más castigada por un proceso degradatorio que aún hoy continúa.

Se trata de un tipo de bosque muy apto para perfiles ombroclimáticos secos y suelos poco estratificados. La encina, *Quercus rotundifolia*, es la especie que mejor se adaptó a estas condiciones, constituyendo además el techo de una superposición vegetal perfectamente estructurada. Así, en el nivel inmediatamente inferior, hacen su aparición las modalidades de menor talla en la familia: enebro, coscoja y torvisco. Finalmente, un sotobosque xerófilo de aulagas, tomillos, romeros y cardos, entre otras especies, cierra el conjunto. En vertientes más propicias al mantenimiento de un suelo húmedo, el quejigo, *Quercus faginea*, sustituye a la encina y el sotobosque se hace más frondoso.

Intensas talas, fuerte presión ganadera e incendios, son las causas más comunes que a lo largo de la Historia han contribuido a la dinámica destructiva. Ya se ha referido en alguna ocasión la temprana actividad deforestadora llevada a cabo desde la etapa calcolítica, coincidiendo con un cierto desarrollo agropecuario, la construcción de poblados y una actividad metalúrgica que demandaba madera para las fundiciones (CARRASCO *et al.*, 1986). No obstante, van a ser las fuertes roturaciones desde el Medioevo las responsables de la crisis del encinar. El proceso humano, una vez comenzado, acelera el empobrecimiento natural del suelo, siendo más incisivos los arroyamientos provocados por la lluvia y el lavado de las sustancias nitrogenantes. La defertilización se muestra cada vez más evidente con la aparición de retamares y espinares, como últimos vestigios de lo que fue una densa comunidad esclerófila. Un proceso que ha sido pormenorizado en reiterados estudios (TOMASELLI, 1982) y que puede generalizarse para toda el área mediterránea occidental como modelo degradatorio antrópico.

Todavía, en cambio, pueden adivinarse en esta región los rasgos esenciales de aquel primitivo paisaje autóctono, relegado hoy a determinadas áreas, como son las estribaciones lindantes con las tierras de Alhama y el sector de Fuente Camacho/Gibalto, que enlaza, a través de Los Alazores, con los llanos de Zafarraya. En la zona norte, en lo que hemos definido como las Tierras de Zagra, su presencia es menor, persistiendo sobre todo en forma de los típicos *manchones* junto a las formaciones rocosas donde el arado no pudo llegar.

Se trata, en definitiva, de la agonía de un biotopo, cuya recuperación es muy improbable dada la mecánica macroclimática en que se ve inmersa la región (GARCÍA CARO y SALINAS, 1986). Por añadidura, las repoblaciones llevadas a cabo en los últimos tiempos, fundamentalmente con *pino carrasco*, no representan una alternativa eficaz, pues estas especies siempre están sujetas al acoso de plagas⁵, a la vez que generalizan una cobertura edáfica pobre y excesivamente selectiva.

Queda así brevemente esbozado un medio natural en el que tiene **actualmente** desarrollo un amplio abanico de **recursos agropecuarios**, cuyas formas más significativas podríamos anclarlas en un pasado lejano y que el transcurrir del tiempo ha definido hasta darles su fisonomía actual. Unas actividades han perdurado, tomando el relevo de la tradición, mientras otras han desaparecido para siempre, fruto de un incesante y evolutivo proceso tecnológico. La Etnología tiene aquí un campo insospechadamente amplio para trabajar. Sus conclusiones seguirán teniendo un enorme valor comparativo para el prehistoriador. Así lo hemos podido comprobar, constatando la reproducción actual de antiguos esquemas económicos, si no en un sentido cuantitativo, sí cualitativamente. La conclusión más fehaciente que se desprende de todo ello es que *el medio* pasa, indudablemente, de ser un mero escenario natural a constituirse en una compleja infraestructura, condicionante tanto como influyente, en el sucesivo aquilatación cultural de los pueblos. En este sentido, prestaremos especial atención en nuestro estudio a la incidencia de los factores ecológicos en aspectos que, como los patrones de asentamiento, jerarquización de valores en el establecimiento de sociedades agrarias, etc., constituyen actualmente una parte esencial de la investigación prehistórica.

5

Es muy frecuente en la zona la presencia de *la procesionaria* del pino.

CAPÍTULO II. EL MARCO ARQUEOLÓGICO. DINÁMICA DE OCUPACIÓN Y DISTRIBUCIÓN GENERAL DEL POBLAMIENTO.

1. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN EN LA TIERRA DE LOJA

Como prólogo al estudio arqueológico que abordamos en las páginas siguientes, consideramos oportuno incorporar una porción de memoria histórica sobre los intentos de investigación que nos precedieron en el pasado y que, con mayor o menor fortuna, constituyeron el inicio del camino ahora recorrido. Una trayectoria que ha venido marcada por dos etapas claramente diferenciadas, en las que el ímpetu romántico que caracterizó a las primeras incursiones en busca de nuestros ancestros en estas tierras, fue sustituyéndose por el trabajo metódico y planificado de las últimas décadas.

Durante la primera de estas fases, comprendida desde el primer tercio de siglo a finales de los años cincuenta, van a ser las noticias del Abate Breuil, tras su visita en 1918, las que, impregnadas de la espectacularidad y sensacionalismo habituales de la época y el tema tratado, van a marcar el primer avance en la notificación de un pasado prehistórico hasta ahora ignorado en la zona. Fue éste, sin duda, un hito informativo de gran trascendencia futura, pues la localización de la "Cueva de las Maravillas", descrita entonces mediante la correspondencia del clérigo francés a las autoridades granadinas como un extraordinario depósito de materiales arqueológicos y arte prehistórico, espoleó posteriormente los intereses de otros investigadores españoles que en la década de los cincuenta prospectaron activamente el territorio.

Fue en 1957 cuando el Prof. Pellicer Catalán, por entonces titular de la Cátedra de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada y el antropólogo Dr. D. Manuel García Sánchez, siguiendo las indicaciones de Breuil, realizaron una expedición con el fin de localizar dicha cueva. Las puntuales referencias topográficas, cifradas por otra parte en descripciones paisajísticas proclives a cierto confusionismo y ambigüedad, no fueron desgraciadamente suficiente fundamento como para facilitar el esperado descubrimiento. No obstante, existe en este tipo de acciones una segunda parte que, a la postre, da sus frutos y, en cierta medida, compensa

de la frustración. En efecto, como resultado de estas prospecciones fueron descubiertos algunos yacimientos arqueológicos de interés y buen número de cuevas en un amplio sector de los macizos montañosos del Hacho y Sierra Gorda, al parecer con evidentes signos de ocupación prehistórica: "Cueva Fonche" a 4 Km al NE. de Loja, "La Raja" a 1Km al NE. de la "Loma de la Semilla", que parecía coincidir con la "Cueva de las Maravillas" de Breuil, el "Tajo de las Zorreras" en el Cerro de la Casería Silva, "Cueva Interna" en Hambrereta, "Cueva de la Doncella" en Salar, "Cueva Horá", "Las Sepulturas" al E. de Loja, cerca de Cañalarga, "Cueva Hoyo", "Cueva Guahicos", "Cueva de Gibalto", cerca de la casilla de Charoles a 18 Km. de Loja y "Sima Rica", próxima a Alhama, que también se relacionó con la de Breuil. De estas prospecciones apenas quedó nada, si exceptuamos la noticia de su existencia.

Con posterioridad, en 1959, Dña. Ángela Mendoza, en la época Directora del Museo Arqueológico de Granada, realizó otra expedición a Loja con la misma finalidad que la anterior, visitando esta vez el pintoresco paraje de "Los Infiernos Altos", que no despertaría su interés desde el punto de vista arqueológico, la "Cueva del Caballo", conocida desde 1919 por Breuil que recogió una industria en sílex posiblemente paleolítica, y "La Esperanza", en donde localizó un yacimiento romano imperial con tumbas excavadas en la roca.

Pocas referencias caben destacarse en los años sucesivos a estas visitas, cayendo la zona en el olvido de la investigación oficial hasta mediados de la década de los años setenta. No obstante, el interés popular despertado por estos trabajos había propiciado ya en una afición hacia la arqueología, de la que nunca ha abdicado un nutrido grupo de vecinos. La búsqueda incesante de vestigios antiguos constituyó, desde entonces, una labor atractiva, a veces benefactora y en otras ocasiones no tanto, debiendo sumarse a la simple detección de posibles hábitats antiguos, la devastadora acción de saqueo en esos yacimientos mediante prácticas de excavación clandestinas. Es preciso significar en este punto el altruismo y competencia personal de algunos paisanos que en ningún momento han dudado de poner a nuestra disposición las piezas llegadas a sus manos por diversos caminos y que actualmente integran parte destacada del fondo patrimonial lojeño al servicio público.

Va a ser, sin embargo, a fines de los años setenta, cuando tenga su inicio la investigación sistemática del territorio, acometiéndose un proyecto de trabajo que comenzó a dar sus primeros frutos con la publicación de estudios parciales encaminados a divulgar los conjuntos materiales conocidos hasta la fecha. El diseño metodológico contemplado entonces preveía tres líneas

básicas de actuación que perseguían cubrir, en la medida de lo posible, las posibilidades de información sobre el poblamiento antiguo habido en la región mediante un análisis minucioso del territorio y el registro arqueológico disponible. En primer lugar, el estudio tipológico de los materiales recuperados, dibujo, catalogación, documentación geográfica de los hallazgos, etc., junto con las consiguientes tareas interpretativas de contextualización en ámbitos regionales más amplios y la búsqueda de paralelos que aclarasen algo más el panorama artefactual que dibujaban estos conjuntos, ocuparon gran parte de los primeros años de esta nueva etapa. El catálogo de las piezas previamente rastreadas entre colecciones particulares, no siempre de fácil acceso, proporcionó la oportunidad de dar a conocer los primeros avances del plan iniciado. Debemos recordar en esta trayectoria el trabajo realizado por otros investigadores como D. Eduardo Fresneda, que recogió en su Memoria de Licenciatura los conjuntos materiales del poblado de "El Manzanil", expoliado sistemáticamente por aficionados foráneos, o D. Manuel Carrilero, que incluyó en su Tesis Doctoral un estudio sobre la cerámica campaniforme de este mismo yacimiento.

La dispersión de hallazgos materiales y estructurales por todo el término aconsejaba abrir un segundo frente de trabajo, encaminado a la planificación de un programa de prospección sistemática capaz de proporcionar una correcta visión de conjunto sobre la estructura y características del mapa de asentamientos prehistóricos. De los términos en que ha sido llevado este programa nos ocuparemos en las páginas siguientes, pudiéndose señalar de antemano que, gracias al mismo, fue ampliado notablemente nuestro conocimiento sobre la realidad de ordenación territorial y uso del espacio a partir de una serie de enclaves poblacionales, hasta ahora sólo valorados en su individualidad material: "El Manzanil", "Sierra Martilla", "Los Arenales", "La Esperanza", "Iznájar", "Fuente Camacho", etc. Al mismo tiempo, el descubrimiento de nuevos yacimientos vendría a completar este positivo balance, máxime cuando alguno de ellos abría nuevas expectativas al conocimiento del perfil cultural de la zona, presentando buenas condiciones para futuros trabajos de excavación.

Con alguna distancia en el tiempo, las excavaciones de la cueva de "El Coquino" (1981) y "Sierra Martilla" (1990), constituyen las únicas intervenciones directas efectuadas en asentamientos prehistóricos, si bien hay que hacer constar la realización de trabajos, actualmente en curso, de limpieza y excavación en el recinto amurallado de la alcazaba árabe, al parecer sobre un substrato prerromano.

Indudablemente, la consecución de una secuencia estratigráfica que vertebrase en el tiempo toda esta realidad material estudiada horizontalmente, venía a ser el principal reto a superar en los próximos años. El único yacimiento que ha podido cubrir de forma parcial este objetivo ha sido la cueva de *El Coquino*. Su estudio, pese a los factores adversos que significaban las remociones clandestinas sufridas en las capas superficiales, así como las reducidas dimensiones del yacimiento y el escaso relleno que se le podía suponer, se nos planteó desde un principio como prometedor. Nos movían, en este sentido, las posibilidades de poder confirmar la extensión del poblamiento neolítico hacia esta zona, a la vez de poder obtener mayor documentación sobre la Edad del Cobre en la misma, ya que los materiales procedentes de las excavaciones clandestinas así parecían indicarlo. No obstante, el mayor beneficio obtenido en este trabajo, ha de contemplarse en función del importante cúmulo de datos económicos y medioambientales que los estudios paleontológicos han aportado, abriendo así una importante vía de conocimiento a las disponibilidades subsistenciales de la Tierra de Loja desde mediados del IV Milenio a.C. Se trata del primer estudio en profundidad realizado sobre el tema, que nos permite establecer de manera independiente respecto de otras zonas, las características paleoecológicas y los niveles de aprovechamiento del medio natural por las poblaciones aquí asentadas.

Por lo que respecta a los otros yacimientos estudiados, la documentación obtenida es considerablemente más parcial. La excepción la representa el registro de la covacha de "La Presa", primero de los depósitos arqueológicos de Loja que fue objeto de un análisis detallado arrojando importantes conclusiones sobre el carácter y ritual de los enterramientos colectivos desde época precampaniforme y las variables tipológicas adscritas a esta secuencia reflejadas, a su vez, en los materiales del poblado de "El Manzanil" con el que posiblemente se relacione. Muy al contrario, la necrópolis de "Sierra Martilla", último de los núcleos excavados, une a la espectacularidad de sus estructuras funerarias un mayor vacío material provocado por el temprano saqueo de las mismas. En este caso, ha sido posible corroborar nuestros supuestos de la existencia de un potente núcleo poblacional ubicado en este sector Norte de la Tierra de Loja desde los albores del Tercer Milenio a C., configurándose éste como uno de los entornos con más perspectivas de cara a investigaciones futuras.

2. LA PROSPECCIÓN

2.1. Consideraciones iniciales

Las características y expectativas planteadas por los sucesivos hallazgos arqueológicos que venían teniendo lugar en la zona de estudio, con especial intensidad desde los años setenta, dejaban abierto un excelente campo para la ampliación del proceso investigador. Por otro lado, la especial configuración territorial de la comarca y su posición geográfica conferían a estas tierras un posible papel trascendental desde una óptica interpretativa sobre los esquemas de relación interregional en que se veían inmersos a todo lo largo del tercer y segundo milenios a.C. destacados núcleos de poblamiento del Valle del Guadalquivir y las "Tierras Altas" del interior. La Tierra de Loja podía contemplarse, en este sentido, como un punto de relación importante en la trayectoria de acceso, a través de sucesivos pasos naturales, desde la Depresión Bética hacia la Vega granadina, el Altiplano y el SE costero. Movidos por este planteamiento de base, comenzó a tomar cuerpo el diseño de un proyecto de trabajo de prospección sistemática y de catalogación del registro que posibilitase el acercamiento a la realidad cultural de la zona desde los primeros asentamientos humanos hasta los prolegómenos de la época histórica. Por otro lado, la necesidad de una indagación sistemática sobre los recursos arqueológicos de la zona se perfilaba con acuciante necesidad, sobre todo ante el peligroso cariz que estaban tomando las actividades clandestinas en yacimientos ya catalogados y pendientes de trabajos de documentación más complejos.

El primer paso del proyecto fué la delimitación del territorio a prospectar, para posteriormente pasar al establecimiento de criterios en el diseño propiamente técnico del trabajo. La diversidad de opciones que suelen barajarse en este tipo de actividades es ciertamente prolija y existe un amplio abanico de posibilidades diferentes, condicionadas a las características del territorio y a un conjunto de variables definidas generalmente a partir del espectro infraestructural arqueológico que presenten las áreas sobre las que se centrará la investigación (RUIZ ZAPATERO, 1983 y 1988; FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 1985; SAN MIGUEL, 1992; MORENO ONORATO, 1993). Teniendo en cuenta estos extremos, resulta complejo estructurar una metodología-modelo que atienda con la misma efectividad a regiones con distinta características o, incluso, a distintas áreas dentro de una misma demarcación. En cualquier caso se trata de un problema específico cuyos matices deberemos analizar en el apartado

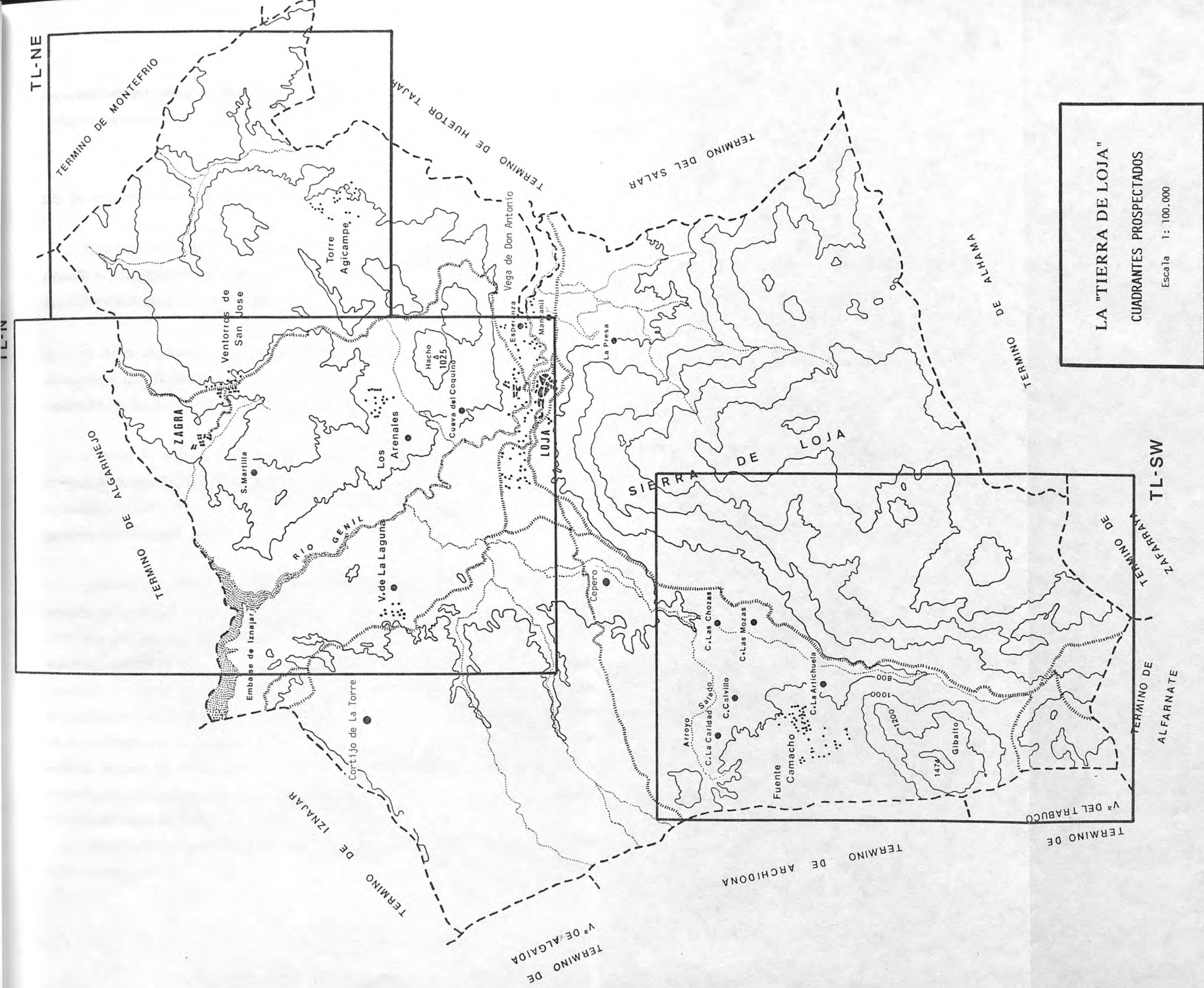


Fig. 6: Mapa de los cuadrantes prospectados.

correspondiente, pero que está estrechamente conectado con el criterio contemplado a la hora de configurar los límites de nuestro campo de trabajo.

2.2. Delimitación de las unidades territoriales de prospección

La prospección realizada en la Tierra de Loja ha partido de un conocimiento exhaustivo del medio natural y sus recursos potenciales, a partir del cual ha sido elaborado un organigrama de principios jerarquizados que configuran tres tipos de áreas fundamentales:

a) *Áreas altamente cualificadas*. Corresponderían a las tierras con posibilidades subsistenciales agrícolas de primer orden, vinculadas a los valles fluviales, vegas y zonas ricas en manantiales localizados en cada uno de los tres cuadrantes.

b) *Áreas de cualificación intermedia*. Su potencialidad subsistencial viene dada por la existencia de terrenos de baja calidad global, con menores posibilidades acuíferas y una topografía de pendientes y roquedos de piedemonte, preferentemente dedicados al cultivo de secano y a la ganadería extensiva lanar y caprina.

c) *Zonas marginales*. Corresponde contemplar aquí a una buena parte del resto del territorio, integrado por sierras y macizos kársticos que arrojan altitudes medias en torno a los 1.500 m y confieren una topografía accidentada a buena parte de la región, con abruptos descensos y *cortados* en algunos puntos de contacto con los drenajes fluviales. Como se analizará después, es obvio concluir que las posibilidades que el medio ofrece son en extremo paupérrimas, de lo que puede deducirse una baja rentabilidad global en las condiciones de habitabilidad durante las épocas estudiadas. La escasez de asentamientos prehistóricos es manifiesta y siempre se justifican, según nuestra interpretación a raíz de su estudio, en algún caso avalado por sondeos arqueológicos, por la práctica de sistemas ganaderos de migración estacional, con un componente humano reducido y vinculado a las comunidades del valle.

Basándonos en esta clasificación hemos contemplado tres cuadrantes de prospección que contienen estos supuestos zonales en proporcionalidad y distribución diferentes, que cubren un

70% del total de la comarca con un valor que supera ampliamente el 85% del solar habitado en la Prehistoria Reciente. Estos sectores (TL-N, TL-NE y TL-SW) cubren una amplia área que cierra todo el Norte de la Tierra de Loja en sus límites naturales con las estribaciones más occidentales del Subbético Medio (Sierras de Ojete, Las Chanzas y Parapanda), mientras que por el Sur, los macizos de las *zonas internas* de esta misma unidad constituyen una barrera tectónica en el acceso hacia el litoral, a través de los cursos del Guaro y Vélez (Sierras de Loja, Gorda, Gibalto y Alhama).

Es particularmente interesante contemplar a este sector como el principal campo de relación con la franja costera, dada la existencia de pasillos transversales al eje del sistema, entre los que destacaremos el Puerto de Los Alazores y el de Zafarraya. Por el Norte, los ingresos naturales en la región los constituyen el propio valle del Genil, desde la Depresión Bética, y el complejo endorreico que discurre desde las tierras de Montefrío hasta el paraje de Los Gallumbares, punto de salida a la Vega Granadina en los límites con el término de Huétor-Tájar. A partir de aquí el río Genil discurre hacia el Oeste manteniendo un perfil poco pronunciado, a lo largo de la amplia vega que desemboca en la angostura de "Los Infiernos" y permite la apertura de la Tierra de Loja al Surco Intrabético.

Considerando esta estructura periférica, la delimitación de las zonas prospectadas ha venido marcada por un seguimiento tangencial de las unidades montañosas mencionadas, describiéndose así un perímetro ovalado cuya superficie interna viene marcada por tres arcos fluviales separados por elevaciones de poca consideración. La prospección ha sido contemplada considerando a estos surcos como ejes axiales desde donde parten las diversas cuadrículas que han constituido las unidades básicas de estudio sobre el terreno. En este sentido, el trabajo fue enfocado desde el principio hacia la detección de asentamientos que respondiesen a una clara intencionalidad de aprovechamiento de los recursos hídricos y edáficos, a partir de los cuales podrían dirimirse otros criterios complementarios como podrían ser la existencia de determinadas materias primas y las posibilidades de acercamiento a los circuitos de relación interregional. Una vez localizados los centros de hábitat, se entraría en una segunda fase cuyo objetivo vendría dado por la delimitación del área de influencia primaria de los mismos y la consiguiente definición del ámbito geoeconómico de cada uno de los sectores. Un conocimiento en principio muy escaso, apoyado en una aproximación al poblamiento de la región hasta ahora muy limitada, dada la dispersión de los pocos yacimientos tratados en profundidad mediante excavaciones sistemáticas

u otro tipo de estudios de carácter tipológico sobre sus conjuntos materiales: "Covacha de La Presa", "El Manzanil", "Cueva del Coquino" y "Sierra Martilla".

Es indudable que la concentración poblacional ha venido marcada a lo largo de la Historia por la existencia de tierras feraces en las llanuras aluviales de los cursos que atraviesan el territorio, resultado de un perfil edafológico identificado por las intensas deposiciones arcillosas pliocénicas. El río Genil constituye el eje fundamental que ha venido estructurando este poblamiento, ofreciendo amplios márgenes aterrazados para un uso agrícola intensivo. A esta cuenca vienen a confluír otros cursos secundarios con un esquema infraestructural muy similar y, en consecuencia, una explotación parecida. Estos regadíos constituyen en la actualidad una de las principales potencias agrícolas de la comarca junto al monocultivo del olivar. Los límites de estas depresiones vienen marcados por zonas de piedemonte de las unidades calizas entre las que discurren los cursos fluviales, constituyendo una alternativa al régimen de baldío la explotación del almendro y el pasto para una cabaña ovicáprida que aún mantiene un censo relativamente alto en la comarca. El resto de la tierra cultivable está dedicada al cultivo cerealista y olivarero, en mayor o menor intensidad según las zonas, constituyendo, sobre todo este último, el sector agrícola de mayor proporción de cuantos han sido mencionados.

El conjunto del territorio explotado se encuentra entre cotas de altitud de 600/800 m, límite de la vegetación autóctona de bosque mediterráneo cuyos reductos pueden observarse todavía en algunos de los sectores que hemos considerado. Sin caer en una reiterativa descripción de las especies arbustivas y herbáceas que conforman el rico sotobosque de estas manchas de encinar, sí señalaremos la importancia estructural paisajística que comporta su presencia en áreas de alta densidad de asentamientos pertenecientes al Neolítico y Edad del Cobre, siendo relativamente fácil la reconstrucción del paleohábitat reinante durante estos períodos. En la actualidad, una gran parte de los asentamientos estudiados han podido localizarse con relativa facilidad al quedar situados en promontorios rocosos actualmente rodeados de tierras roturadas que un día formaran parte del bosque. La presencia de surgencias naturales de agua en estas zonas ha sido un elemento clave para definir las áreas de explotación adscritas a estos núcleos de poblamiento, así como para descubrir nuevos establecimientos con rasgos similares. Desde el punto de vista económico, la prospección y estudio de estos lugares nos ha permitido percibir que es esta circunstancia la que rige comúnmente en la elección del lugar de asentamiento. El patrón definido queda, por tanto, estrechamente ligado a una potencialidad natural vinculada al

aprovechamiento agrícola de zonas con posibilidades de riego, pasando a un segundo plano otro tipo de variables generalmente contempladas en la evaluación teórica de la UGA (CONTRERAS, 1984), según la concepción metodológica de análisis y estadística que ha venido aplicándose en diversas áreas del Alto Guadalquivir (NOCETE, 1984 y 1989b) y el Altiplano granadino (CONTRERAS *et al.*, 1991; MORENO ONORATO, 1993).

2.3. Planteamiento metodológico

Según lo expuesto hasta ahora, resultaba obvio a la hora de emprender nuestro trabajo, que el manejo de parámetros geoeconómicos desembocaría en la definición de unidades que excederían en algún caso los límites administrativos de los términos de Loja y Zagra, entre los que se prefijaba en un principio el área a prospectar. Por esta razón, se consideraba conveniente extender el trabajo de campo hacia determinadas zonas colindantes de los municipios de Algarinejo, Montefrío, Huétor-Tájar, Archidona, Villanueva del Trabuco, Alfarnate, Zafarraya y Alhama. Una amplia zona quedaba así delimitada, con una extensión aproximada de unos 450 Km² sobre un terreno complejo en diversidad paisajística y altamente heterogéneo en cuanto a su estructuración geomorfológica. Esta realidad condicionaba poderosamente cualquier propuesta de trabajo y, hasta cierto punto, limitaba nuestra capacidad de acción para cubrir de manera efectiva toda la zona. Es por ello que surgió la idea de arbitrar un sistema discriminatorio que jerarquizase de alguna forma las áreas consideradas *a priori* como fundamentales para el estudio del poblamiento prehistórico en la comarca, quedando en un segundo plano las zonas marginales, a las que siempre podría volverse en busca de información complementaria una vez concluido el grueso del estudio. Estos planteamientos demandaban, pues, un sistema más cercano al procedimiento probabilístico, ya ensayado con sugerentes resultados en otras regiones peninsulares (FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 1985; SAN MIGUEL, 1992) que a otros modelos tendentes a una intervención más global sobre el territorio. La concreción de estos planteamientos se materializó en el trazado de los tres sectores a los que se aludía con anterioridad, subdivididos a su vez en zonas de diferente tratamiento metodológico en función de las características del terreno y la valoración global de las

condiciones de asentamiento¹.

Una vez levantados los correspondientes planos y mapas de localización de las diferentes zonas, se procedió al recorrido del terreno partiendo de los puntos señalados con evidencias materiales ya recuperadas o estructuras catalogables, enlazándolos entre sí mediante líneas maestras que dibujaban un primer tejido reticular básico. Esta atención selectiva partía de la premisa de considerar como zona potencialmente densa en vestigios materiales a un entorno próximo al yacimiento. Es evidente que la extensión de esta zona circundante está sujeta a diversas variables que participan, por otra parte, en la delimitación del área de influencia geoeconómica del sitio, por lo que no pueden establecerse *a priori* los parámetros que la configuran. En cada caso, pues, se han contemplado los factores que pudieran haber intervenido en una teórica dispersión del material arqueológico, considerando la multiplicidad de circunstancias físicas y humanas confluyentes en el lugar.

Cada uno de estos grandes espacios era posteriormente subdividido en unidades más pequeñas o secciones, con una extensión idónea para cubrir cómodamente en una jornada de trabajo (5 ó 6 horas). Es preciso señalar que lo abrupto del territorio en algunos sectores obligaba a reducir estas unidades de superficie, o bien proceder a un registro más selectivo del mismo. En estos casos se prefirió aplicar un sistema de triangulación que adoptase como ejes matrices algunos puntos geográficos fácilmente identificables en la cartografía y útiles como centros referenciales sobre el terreno. El procedimiento respondía, fundamentalmente, a corregir las posibles desviaciones respecto al trazado de la marcha, cuyos índices de error pueden incrementarse progresivamente en terrenos abruptos. Dentro de este esquema ofrecían una perspectiva diferente aquellas zonas actualmente roturadas, coincidentes con los perfiles más suaves de lomas y vaguadas en altitudes medias, o los valles fluviales principales. En estos casos la explotación intensiva del suelo ha constituido el principal obstáculo para la documentación arqueológica, habiendo sido necesario visitar el mismo sector en repetidas ocasiones a lo largo del año, en un intento de salvar la lógica configuración paisajística que impone la estacionalidad de los cultivos. Los recorridos fueron realizados por un equipo de cuatro personas, distantes entre

1

No podía obviarse en esta tarea la orientación que habían supuesto en un principio las referencias de los aficionados locales, facilitando información sobre lugares ya visitados por ellos y el acceso a sus colecciones particulares. Su manifiesta y desinteresada voluntad de colaboración nos inclinó a contar con sus conocimientos como punto de partida desde el que iniciar el trabajo sistemático de campo. Queremos expresar aquí nuestra deuda de gratitud hacia los vecinos de la localidad de Loja y Zagra: D. Fernando Derqui, D. Miguel Macías y D. Carmelo Heras, que tan gentilmente nos acompañaron desde las primeras tomas de contacto con el campo arqueológico ahora objeto de estudio.

sí unos cien metros. En líneas generales, puede valorarse la intensidad de la prospección en un 40% del territorio para las zonas montañosas y en un 70% para los llanos y laderas suaves despejadas.

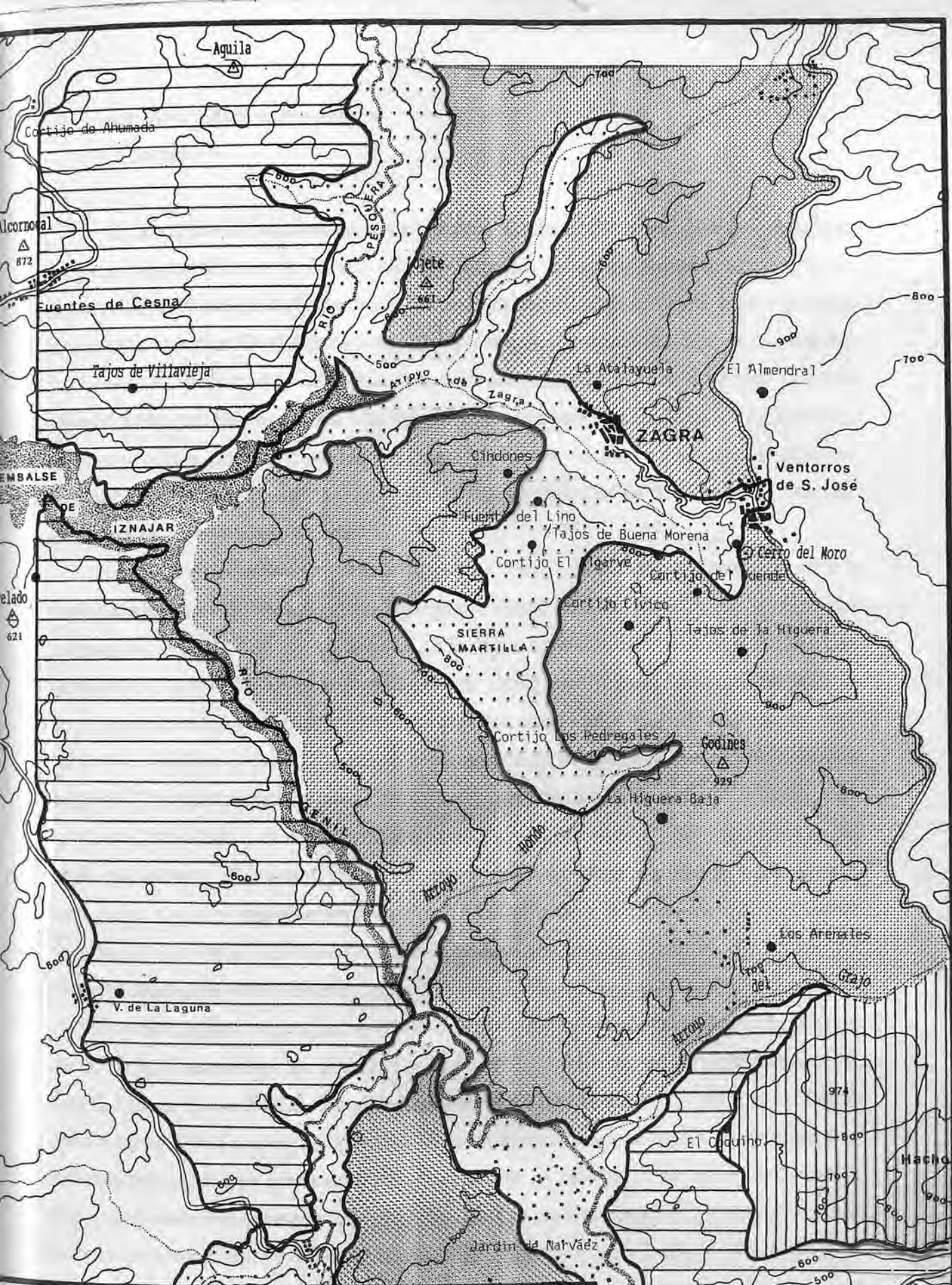
Efectuado el diseño planimétrico, se procedió al recorrido y documentación de los distintos cuadrantes, comenzando por las tierras de la mitad Norte y remontando el Valle del Genil hasta la ciudad de Loja. Una vez aislados los macizos montañosos, que serían objeto de un tratamiento específico, la zona de prospección intensiva quedaba bien definida como una franja de terreno paralela al eje del valle, en la que se incluirían los aterrazamientos y vegas contenidos en el mismo. Igualmente, el sector SW permitía un planteamiento similar, tratándose aquí de una demarcación mucho más constreñida desde el punto de vista orográfico y quedando consiguientemente más reducido el porcentaje de territorio a cubrir. Como norma general se ha considerado la cota de 1.200 m para establecer el límite entre la zona prospectada de interés prioritario y el territorio al que se le ha aplicado de forma teórica el principio de marginalidad, atendiendo a las variables de idoneidad que se vienen barajando en torno a las posibilidades de acceso, calidad del terreno, agua etc.

2.4. Análisis y valoración de los resultados

Valoración por unidades de territorio

Una vez concluido el proceso de catalogación del muestreo se impone el análisis del material, desde un punto de vista estadístico, para extraer las conclusiones pertinentes que constituirán una indudable base interpretativa sobre la que trataremos más adelante. En un intento de conectar el diseño estructurado en la delimitación de cada uno de los sectores prospectados con la realidad geográfica de la comarca, nos pareció oportuno establecer tres dominios geográficos en los que quedasen englobadas las áreas geoeconómicas definidas en cada cuadrante. Para ello, el conjunto de hallazgos ha sido adscrito, según su ubicación, de la siguiente manera:





a) Cursos fluviales y valles adyacentes



EL SECTOR NORTE

Escala 1:50.000

0 1 2 km

-  Prospección Intensiva
-  Prospección Selectiva
-  Areas de Cualificación Primaria
-  Zonas Marginales



sí unos cien metros. En líneas generales, puede valorarse la intensidad de la prospección en un 40% del territorio para las zonas montañosas y en un 70% para los llanos y laderas suaves despejadas.





Efectuado el diseño planimétrico, se procedió al recorrido y documentación de los distintos cuadrantes, comenzando por las tierras de la mitad Norte y remontando el Valle del Genil hasta la ciudad de Loja. Una vez aislados los macizos montañosos, que serían objeto de un tratamiento específico, la zona de prospección intensiva quedaba bien definida como una franja de terreno paralela al eje del valle, en la que se incluirían los terrazamientos y vegas contenidos en el mismo. Igualmente, el sector SW permitía un planteamiento similar, tratándose aquí de una demarcación mucho más constreñida desde el punto de vista geográfico y quedando consiguientemente más reducido el porcentaje de territorio a cubrir. Como norma general se ha considerado la cota de 1.200 m para establecer el límite entre la zona prospectada de interés prioritario y el territorio al que se le ha aplicado de forma teórica el principio de marginalidad, atendiendo a las variables de idoneidad que se vienen barajando en torno a las posibilidades de acceso, calidad del terreno, agua etc.

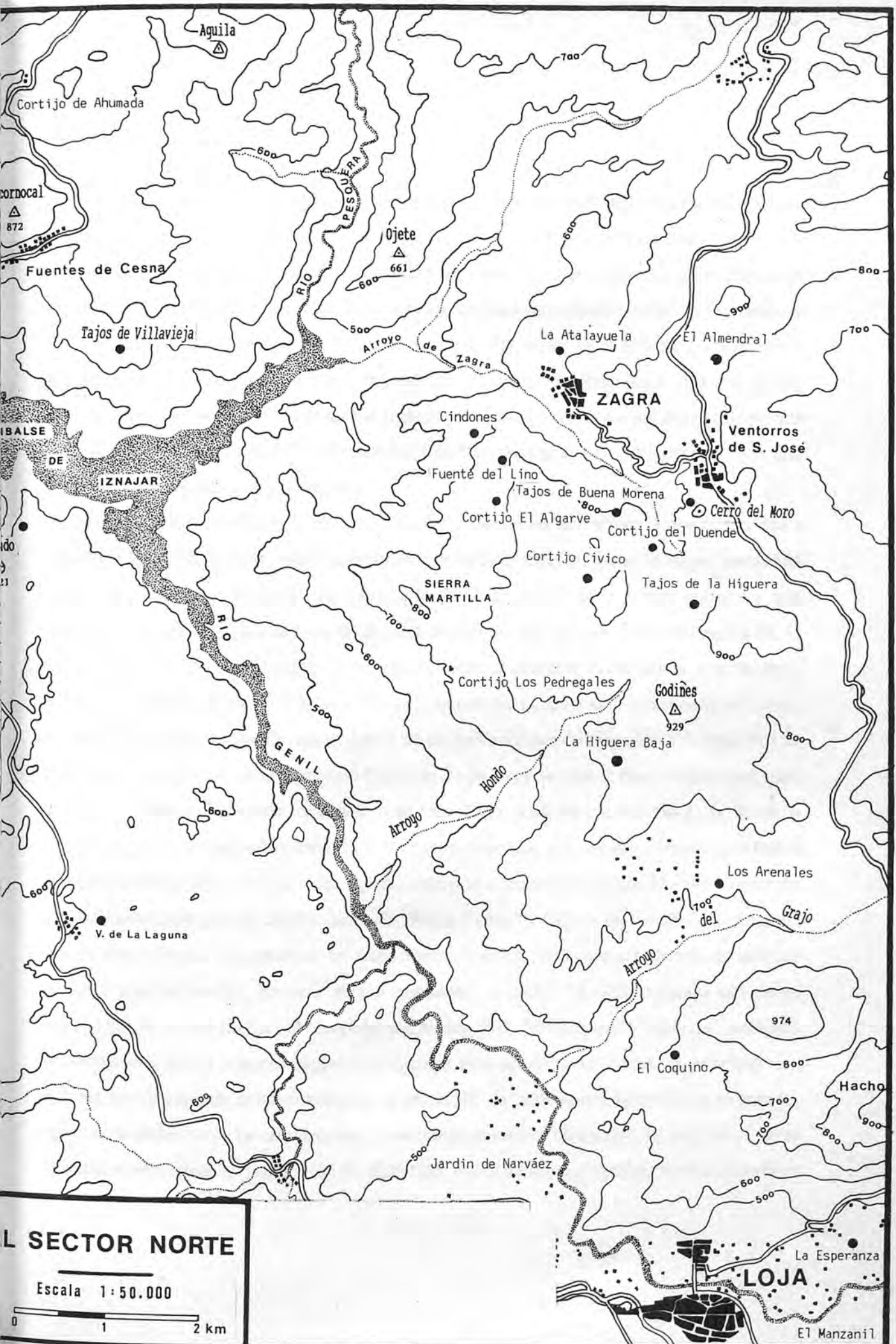
2.4. Análisis y valoración de los resultados

Valoración por unidades de territorio

Una vez concluido el proceso de catalogación del muestreo se impone el análisis del material, desde un punto de vista estadístico, para extraer las conclusiones pertinentes que constituirán una indudable base interpretativa sobre la que trataremos más adelante. En un intento de conectar el diseño estructurado en la delimitación de cada uno de los sectores prospectados con la realidad geográfica de la comarca, nos parece oportuno establecer tres dominios geográficos en los que quedasen englobadas las áreas geoeconómicas definidas en cada cuadrante. Para ello, el conjunto de mazzogos ha sido adscrito, según su ubicación, de la siguiente manera:

a) *Cursos fluviales y valles adyacentes*

Prospección Intensiva	
40	
Prospección Selectiva	
Áreas de Clasificación Primaria	
Zonas Marginales	



EL SECTOR NORTE

Escala 1:50.000



b) *Faldas o laderas montañosas*

c) *Sierras*

En una lógica correspondencia con los criterios establecidos en la planificación del trabajo, las zonas comprendidas en las llanuras aluviales, surcadas por cursos permanentes, constituyen las áreas definidas inicialmente como *de cualificación primaria*, sujetas, además, a un sistema de prospección intensiva. En el segundo caso, las laderas poco pronunciadas estarían en conexión con las mismas zonas de prospección intensiva, toda vez que, como ya se advirtió en el apartado de la definición sectorial, los accesos a las mismas son relativamente cómodos y, en algún sector, como ya se tratará, pueden representar los lugares de hábitat vinculados a las zonas explotables del valle. Finalmente, las sierras representan el ámbito territorial de tipo *marginal*, con una escasísima representación arqueológica.

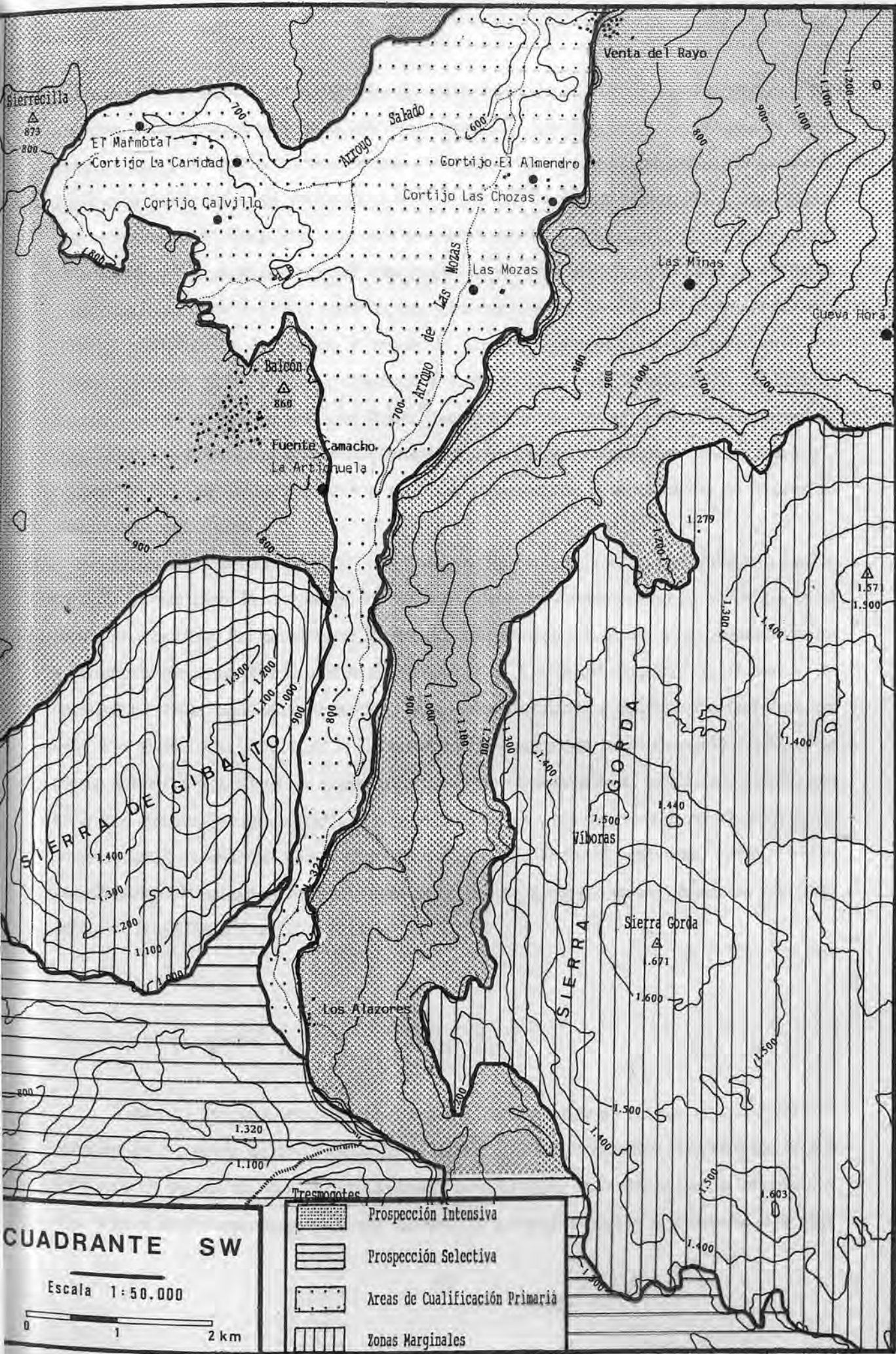
Aclarada esta zonificación, es indudable que el panorama que ofrece el muestreo viene a confirmar a los valles fluviales, según nuestro criterio inicial, como las áreas de mayor intensidad ocupacional en cada uno de los sectores, a lo largo de las distintas etapas culturales con representación arqueológica en la zona. El total de yacimientos en estas áreas asciende a 18, lo que representa el 62% del muestreo. De entre ellos destaca el sector TL-N donde, una vez más, hemos de considerar el carácter aglutinante que, en materia ocupacional, desempeña la Cuenca del Genil. El potencial agrícola que se deriva de las posibilidades de irrigación y la feracidad de las tierras, ya referidos en el Capítulo I de esta Tesis, representan el mejor argumento para explicar el fenómeno. Por contra, en aquellos sectores donde existe un predominio de los macizos montañosos, aumenta ostensiblemente el valor de las pendientes, a la vez que disminuye el índice de productividad edáfico. El caso más representativo lo constituye el sector TL-SW, dominado casi exclusivamente por las estribaciones de "Sierra Gorda" y "Sierra de Gibalto". El total del registro arqueológico documentado en estos dominios es del 34% para el territorio de ladera y del 3,4% para las sierras. Un caso similar representa el sector TL-NE, ocupado casi en su totalidad por la cuenca fluvial del complejo endorreico "Los Gallumbares"- "Milanos", encajado entre abruptas laderas y potentes roquedos marginales. Esta situación determina, en principio, una evidente precariedad de condiciones para el desarrollo de actividades agrícolas en el pasado, según puede deducirse de las conclusiones paleoecológicas establecidas a raíz del estudio de otros yacimientos relativamente cercanos (RUIZ BUSTOS, 1992) y la propia configuración topográfica

descrita. Prescindiendo de la problemática que la escasez de otros estudios más precisos pudiera plantear, la realidad es que, en materia arqueológica, este cuadrante no ha revelado otras evidencias de ocupación o uso del suelo que el hallazgo de un taller de sílex en el piedemonte del "Cerro de la Cruz". Nuevamente las características geográficas han jugado aquí un papel determinante en los resultados finales de la prospección, por lo que no puede darse por concluida la labor de documentación en este sector. Por el momento, y ante las excelentes expectativas que ofrece dicho yacimiento, nos resistimos a admitir la especialización de la zona en la obtención de una determinada materia prima, sin que existan otras posibilidades de asentamiento. Confiamos en que, con otros medios y a la vista de un programa de investigación más consolidado, se reanuden las tareas de prospección que proporcionen una reconstrucción más exacta del paleohábitat.

El cómputo crono-cultural

En primera instancia, es preciso hacer constar que, en una considerable proporción, los puntos de hallazgos arqueológicos registrados revelan una prolongada ocupación a lo largo de distintas etapas culturales, por lo que pueden considerarse como estaciones arqueológicas donde la prospección ha de planificarse según criterios de estratificación o recogida selectiva de los materiales más representativos de cada cultura. En esta situación se encuentra el 34,4% de los yacimientos inventariados. La lectura que podría hacerse de este dato no dista mucho de las conclusiones expuestas en el apartado anterior. Hemos de considerar, en consecuencia, que las cualidades geoeconómicas definidas en determinados puntos de esta región, han perdurado a lo largo del tiempo, prácticamente invariables y, por lo tanto, en estos sitios rigen las mismas pautas de asentamiento desde los inicios de su ocupación hasta el abandono definitivo. Es por ello que no vamos a incidir en el tema, si no es para ratificar la densidad de vestigios de ocupación según el orden sectorial ya especificado, señalando, además la importante concentración de yacimientos de la Edad del Cobre y del Bronce, muy por encima de la media registrada en la totalidad del territorio.





Por lo que se refiere a la relación entre la cronología de los hallazgos y las zonas en las que se ubican, resulta significativa la vinculación de los yacimientos del Neolítico y Edad del



CUADRANTE SW

Escala 1:50.000



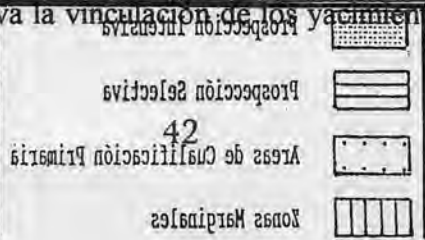
-  Prospección Intensiva
-  Prospección Selectiva
-  Areas de Cualificación Primaria
-  Zonas Marginales

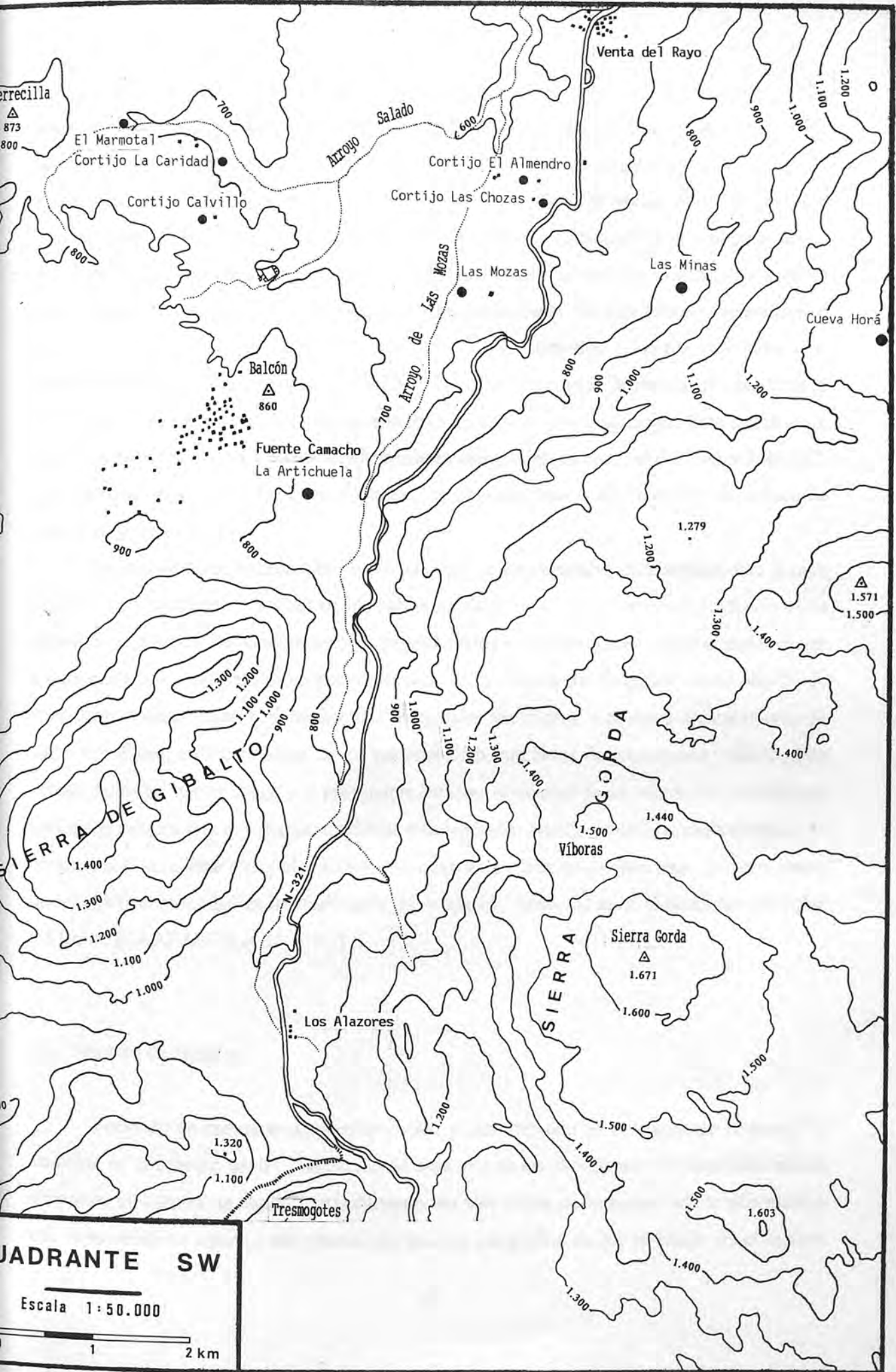
descrita. Prescindiendo de la problemática que la escasez de otros estudios más precisos pudiera plantear, la realidad es que, en materia arqueológica, este cuadrante no ha revelado otras evidencias de ocupación o uso del suelo que el hallazgo de un taller de sílex en el piedemonte del "Cerro de la Cruz". Nuevamente las características geográficas han jugado aquí un papel determinante en los resultados finales de la prospección, por lo que no puede darse por concluida la labor de documentación en este sector. Por el momento, y ante las excelentes expectativas que ofrece dicho yacimiento, nos resistimos a admitir la especialización de la zona en la obtención de una determinada materia prima, sin que existan otras posibilidades de asentamiento. Confiamos en que, con otros medios y a la vista de un programa de investigación más consolidado, se reanuden las tareas de prospección que proporcionen una reconstrucción más exacta del paleohabitat.

El cómputo cronocultural

En primera instancia, es preciso hacer constar que, en una considerable proporción, los puntos de hallazgos arqueológicos registrados revelan una prolongada ocupación a lo largo de distintas etapas culturales, por lo que pueden considerarse como estaciones arqueológicas donde la prospección ha de planificarse según criterios de estratificación o recogida selectiva de los materiales más representativos de cada cultura. En esta situación se encuentra el 34,4% de los yacimientos inventariados. La lectura que podría hacerse de este dato no dista mucho de las conclusiones expuestas en el apartado anterior. Hemos de considerar, en consecuencia, que las cualidades geoeconómicas definidas en determinados puntos de esta región, han perdurado a lo largo del tiempo, prácticamente invariables y por lo tanto, en estos sitios rigen las mismas pautas de asentamiento desde los inicios de su ocupación hasta el abandono definitivo. Es por ello que no vamos a incidir en el tema, si no es para ratificar la densidad de vestigios de ocupación según el orden sectorial ya especificado, señalando además la importante concentración de yacimientos de la Edad del Cobre y del Bronce, muy por encima de la media registrada en la totalidad del territorio.

Por lo que se refiere a la relación entre la cronología de los hallazgos y las zonas en las que se ubican, resulta significativa la vinculación de los yacimientos del Neolítico y Edad del





JADRANTE SW

Escala 1:50.000



Cobre a valles y laderas poco abruptas, en una proporción similar en los tres sectores. No obstante, deben hacerse algunas distinciones cualitativas que singularizan a algunos de estos puntos y que, en principio, pueden escapar a la frialdad de los datos estadísticos. En concreto, deberemos referirnos a los yacimientos de la Edad del Cobre del sector TL-N, localizados fundamentalmente en afloramientos rocosos de laderas abiertas y amesetamientos de poca altura. Es indudable que, aunque no responde esta ubicación al patrón observado en otras zonas, debió existir una clara conexión entre estos lugares y las zonas bajas. De esta forma, erigiéndose en enclaves adyacentes a los valles, a través de accesos cómodos y cortos recorridos, los afloramientos en ladera debieron constituir el lugar propicio para la instalación del hábitat, mientras que en las llanuras aluviales se situarían las explotaciones agrícolas. Este esquema de aprovechamiento territorial parece confirmarse en asentamientos como el de "Sierra Martilla", con evidentes signos de jerarquización zonal, en conexión con la demarcación de su área de influencia geoeconómica.

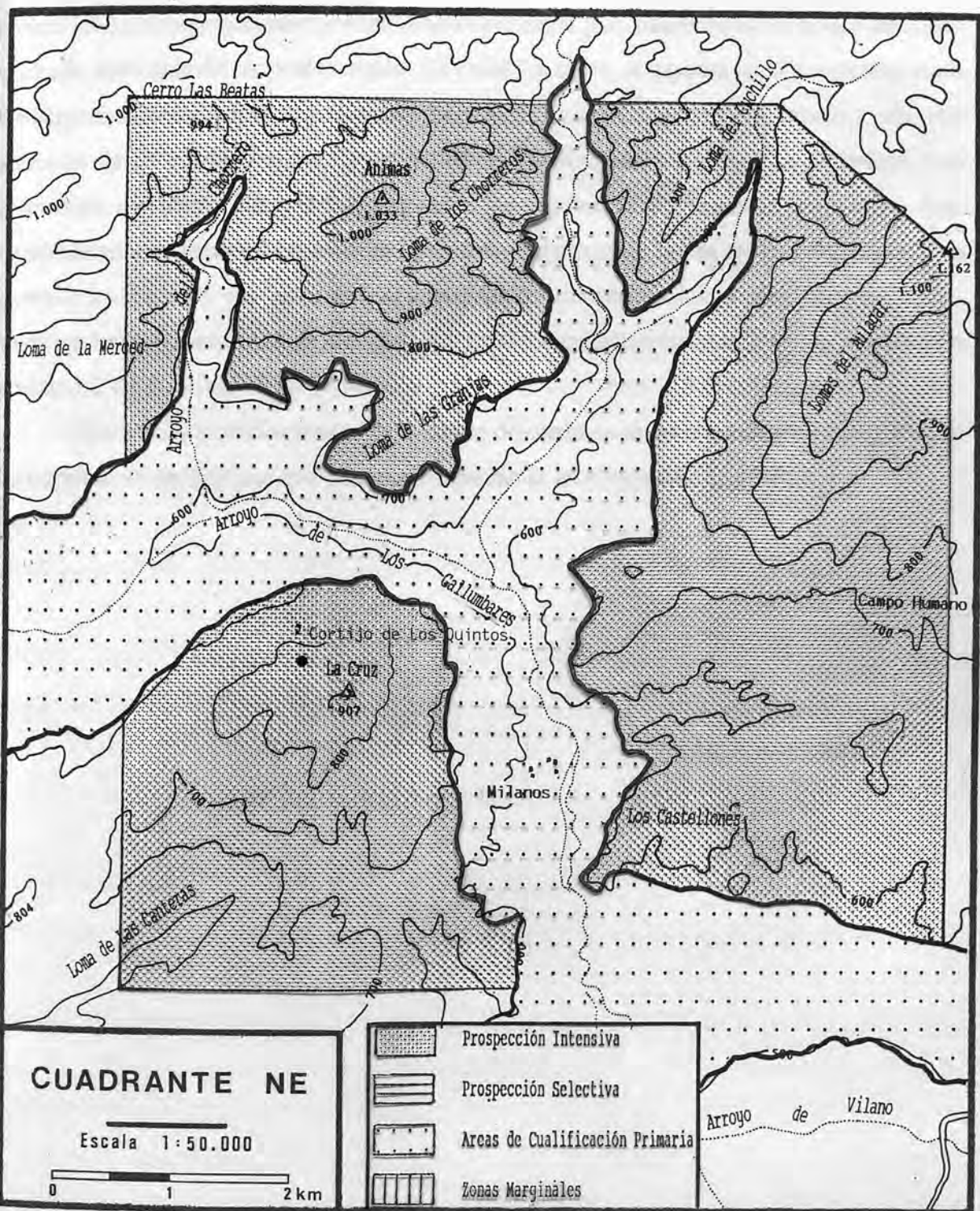
En cuanto a los yacimientos Neolíticos, podría contemplarse un planteamiento similar aunque, en este caso, la escasez de los hallazgos debe ser contemplada con prudencia en la valoración estadística. Por el momento, los escasos restos inventariados en la prospección vienen a corroborar los supuestos dirimidos del estudio de la "Cueva del Coquino", en el sentido de considerar a estos lugares como hábitats marginales vinculados a posibles asentamientos de valle. Por ahora, sólo la pobreza de los materiales inventariados, la proximidad y facilidad de acceso desde las tierras bajas, y el presumible carácter estacional de su ocupación, constituyen los únicos indicios que nos permiten arbitrar esta hipótesis. Nuevas investigaciones deberán, en consecuencia, completar este marco interpretativo, en el que parece vislumbrarse, por otra parte, una evidente continuidad en las tradiciones de ocupación territorial entre el Neolítico y la Edad del Cobre (CARRASCO *et al.*, 1993).

2.5. Sistema de registro

Teniendo en cuenta estas peculiaridades, y considerando un consiguiente conjunto de variables, en el proceso de documentación de cada uno de los yacimientos inventariados hemos articulado un sistema de registro estandarizado, no sólo capaz de contener toda la información útil, ya sea sobre los aspectos estructurales del entorno geográfico en que se encuentra el enclave

o los propios vestigios artefactuales, sino también, suficientemente operativo como para procurar un acceso rápido y selectivo a la información recogida. Este último aspecto resulta especialmente interesante de cara a la elaboración de conclusiones y el establecimiento de pautas de relación entre distintos depósitos materiales que puedan ser interpretados como integrantes de un mismo asentamiento, o incluso, su uso como fichero informativo de cara a futuros estudios de poblamiento más complejos a escala zonal. La aplicación práctica de este sistema contempla una estructura desarrollada en tres apartados que comprenden sucesivamente: los datos referentes a la ubicación del yacimiento con las características físicas del entorno, los aspectos descriptivos del mismo y el estudio tipológico de los materiales recuperados. En el primer apartado, hemos creído oportuno incluir un cúmulo de documentación gráfica que abarque de forma detallada todos aquellos aspectos físicos utilizables a la hora de evaluar las condiciones del medio en la elección y consolidación de los emplazamientos. En todos los casos se ha procedido, además de la habitual localización en el mapa de conjunto (ubicación dentro del cuadrante prospectado), al trazado de un croquis aproximativo de las características orográficas del sitio, descripción geográfica del aprovechamiento actual del terreno y una breve aproximación a la estructura geológica y edáfica del entorno inmediato. Completa este primer avance un reportaje fotográfico, escueto y a la vez ilustrativo, de los elementos morfoestructurales paisajísticos de cada una de las zonas prospectadas.

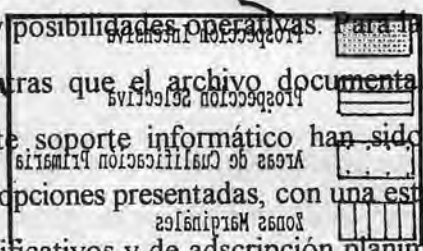
A partir de aquí, los datos recabados han sido objeto de almacenaje y tratamiento en un registro informático de amplia flexibilidad en el acceso y manejo de la información. Las necesidades en este sentido, apuntaban en una doble dirección precisándose, por una parte, un sistema de fichaje simple de todos los datos tabulables a la hora de hacer balances cualitativos sobre los caracteres definidos en cada uno de los centros estudiados y, en otro orden, la configuración de un bloque documental descriptivo, suficientemente ágil de cara a la búsqueda selectiva del material indexado. Ambas opciones requerían, por tanto, la utilización de bases de datos de diferente diseño y posibilidades operativas. Para la primera función se ha adoptado el programa DBASE4, mientras que el archivo documental utiliza la base KNOSYS 3.4.02 (Micronet S.A.). Con este soporte informático han sido confeccionados los ficheros-tipo aplicables a cada una de las opciones presentadas, con una estructura de campos que comprende, además de los datos identificativos y de adscripción planimétrica que les ha sido asignada, un conjunto complejo de referencias que contemplan valores tan diversos como: tipología del

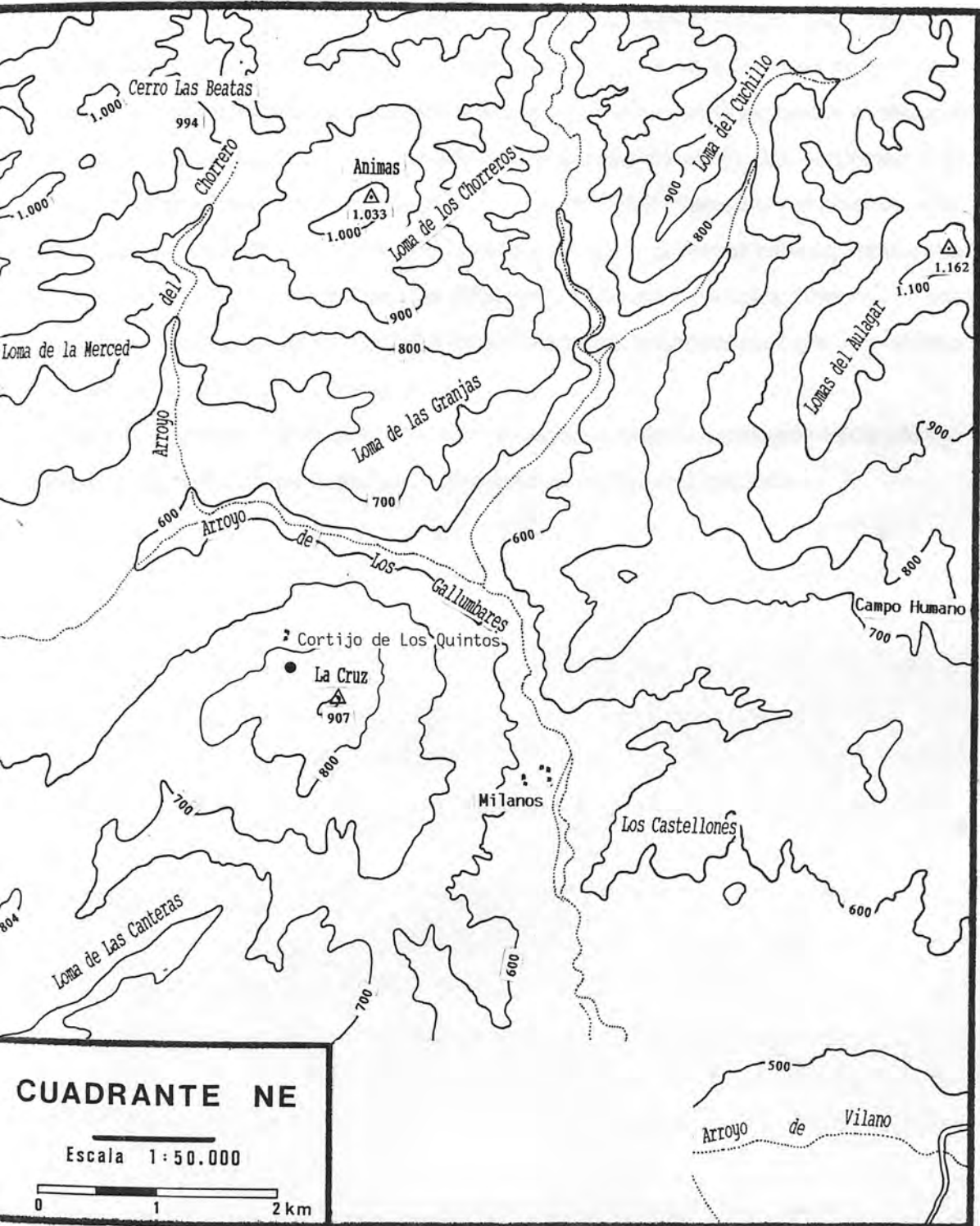


o los propios vestigios artefactuales, sino también, suficientemente operativo como para procurar un acceso rápido y selectivo a la información recogida. Este último aspecto resulta especialmente interesante de cara a la elaboración de conclusiones y el establecimiento de pautas de relación entre distintos depósitos materiales que puedan ser interpretados como integrantes de un mismo asentamiento, o incluso, su uso como fichero informativo de cara a futuros estudios de poblamiento más complejos a escala zonal. La aplicación práctica de este sistema contempla una estructura desarrollada en tres apartados que comprenden sucesivamente: los datos referentes a la ubicación del yacimiento con las características físicas del entorno, los aspectos descriptivos del mismo y el estudio tipológico de los materiales recuperados. En el primer apartado, hemos creído oportuno incluir un cúmulo de documentación gráfica que abarque de forma detallada todos aquellos aspectos físicos utilizables a la hora de evaluar las condiciones del medio en la elección y consolidación de los emplazamientos. En todos los casos se ha procedido, además de la habitual localización en el mapa de conjunto (ubicación dentro del cuadrante prospectado), al trazado de un croquis aproximativo de las características orográficas del sitio, descripción geográfica del aprovechamiento actual del terreno y una breve aproximación a la estructura geológica y edáfica del entorno inmediato. Completa este primer avance un reportaje fotográfico, escueto y a la vez ilustrativo, de los elementos morfoestructurales paisajísticos de cada una de las zonas prospectadas.

A partir de aquí, los datos recabados han sido objeto de almacenaje y tratamiento en un registro informático de amplia flexibilidad en el acceso y manejo de la información. Las necesidades en este sentido, apuntaban en una doble dirección precisándose, por una parte, un sistema de fichaje simple de todos los datos tabulables a la hora de hacer balances cualitativos sobre los caracteres definidos en cada uno de los centros estudiados y, en otro orden, la configuración de un bloque documental descriptivo, suficientemente ágil de cara a la búsqueda selectiva del material indexado. Ambas opciones requerían, por tanto, la utilización de bases de

datos de diferente diseño y posibilidades operativas. Para la primera función se ha adoptado el programa DBASE4, mientras que el archivo documental utiliza la base KNOSYS 3.4.02 (Micronet S.A.). Con este soporte informático han sido confeccionados los ficheros-tipo aplicables a cada una de las opciones presentadas, con una estructura de campos que comprende, además de los datos identificativos y de adscripción planimétrica que les ha sido asignada, un conjunto complejo de referencias que contemplan valores tan diversos como: tipología del





yacimiento, descripción infraestructural del entorno (geológica, topográfica, etc.), descripción formal de estructuras -si las hubiera- caracteres evaluables en su emplazamiento (tipo de asentamiento y valores apreciables en su ubicación), posibilidades de relación y grado teórico de conectividad con otros yacimientos relativamente próximos, para finalizar con un bloque dedicado al estudio tipológico del material recogido. En todos los casos, la muestra cerámica incluye tanto los fragmentos identificables como los amorfos, si bien con posterioridad se ha llevado a cabo una selección de cara a su clasificación en las tablas y la documentación gráfica pertinente. Los elementos metálicos han sido consignados en su totalidad, teniendo en cuenta que, invariablemente, proceden de colecciones particulares y por tanto deben ser contemplados en un apartado propio junto con las cerámicas aportadas por los aficionados locales, como materiales sujetos a ciertas condiciones de arbitrariedad en su recuperación (selección *in situ*, imprecisión respecto al lugar exacto de procedencia, etc.).

Como fruto de esta actividad ha quedado diseñado un mapa arqueológico integrado por un conjunto de yacimientos que pasamos a referenciar en el siguiente apartado.

3. EL MAPA ARQUEOLÓGICO Y LA ORDENACIÓN DEL REGISTRO

3.1. Consideraciones previas

El procedimiento empleado en la catalogación de los hallazgos se acoge a un diseño metodológico estandarizado para todos los casos, acorde con el sistema de proceso referido anteriormente. En su conjunto, todos los datos recabados en cada uno de los lugares prospectados con resultados satisfactorios, es decir aquellos en los que han podido ser documentados vestigios materiales o estructurales, quedan recogidos en una *hoja referencial* organizada en tres apartados que pasamos a comentar seguidamente. El primero de ellos contiene toda la información preliminar al tratamiento arqueológico propiamente dicho del yacimiento, especificándose su localización, cuadrante al que pertenece dentro de la sectorialización establecida para la Tierra de Loja, accesos, etc. Procurando, en este sentido, la mayor eficacia posible a la hora del proceso informático de los datos y la localización de cualquiera de los ítemes materiales indexados, ha sido adoptado un sistema de nomenclatura tripartito en el que sucesivamente se indican las iniciales TL, correspondientes a la designación territorial de la comarca sobre la que se centra nuestro estudio, seguidas de la abreviatura cardinal con la que han sido designados cada uno de los tres cuadrantes en que se divide el campo de prospección, los dígitos de orden que establecen un número de rango dentro del sector y, finalmente, el nombre completo del lugar del hallazgo, atendiendo a la denominación toponímica con la cual aparece esa propiedad en la cartografía del Servicio Geográfico del Ejército, escala 1:50.000, que ha servido de base para la ubicación de los hallazgos. Como complemento gráfico a esta información, se presentan sendas láminas topográficas de cada uno de los tres sectores prospectados en las que se indican los puntos de hallazgos arqueológicos y, mediante transparencia superpuesta, los límites de zonificación geoeconómica descritos al principio de este epígrafe.

El segundo paso es especialmente importante ya que ordena un tipo de documentación de gran valor interpretativo sobre las posibilidades del medio y las relaciones del hombre con el entorno escogido como hábitat. Una visión general de las características del emplazamiento, la riqueza acuífera y las posibilidades agrícolas del lugar, constituyen un conjunto de valores explicativos que preparan el terreno para entretejer el soporte espacial sobre el que se especulará después en el trazado de los ejes geoeconómicos del territorio. Es fundamental en este sentido,

hacer referencia a otros núcleos del registro con los cuales pudieran establecerse principios de relación, fundamentados en criterios de proximidad, ubicación en el contexto crono-cultural de la región, identidades o correspondencias en el panorama artefactual, etc.

El estudio del registro arqueológico constituye el tercer bloque de contenidos, sujeto a criterios de clasificación convencionales, reconocibles en los programas de investigación llevados a cabo actualmente en este y otros puntos de la mitad oriental andaluza (CONTRERAS, 1984; CONTRERAS *et al.*, 1991; MORENO, 1993). Las posibilidades que brinda nuestro campo arqueológico obligan a un diseño multifuncional de los esquemas de registro distinguiéndose, en primera instancia, entre vestigios estructurales o artefactuales. En el primero de los casos, han sido catalogados varios lugares en los que, pese a no darse siempre una asociación estructura-artefacto, se observan las suficientes garantías de reconocimiento como para adscribirlos a un horizonte determinado dentro del espectro cultural que se propone. Por lo que respecta a los materiales, hemos creído conveniente atender en un doble sentido no sólo a los aspectos tipológicos que vienen marcando las habituales referencias clasificatorias en las tablas de registro, sino, también, las variables cualitativas derivadas del proceso de fabricación (características mineralógicas de la pasta, tratamientos superficiales y coloraciones), consideradas de suma importancia para el establecimiento de paralelos con otros materiales estratificados y su correspondiente adjudicación a una determinada fase cronológico-cultural dentro del perfil establecido para la Tierra de Loja con los soportes secuenciales de yacimientos próximos excavados. Finalmente, a todos los fragmentos catalogados les han sido aplicados los sistemas de calibración habituales en la determinación de las características formales y grado de conservación (tamaño, grosor, fracturación, etc.), susceptibles a su vez de almacenamiento informático¹.

Como complemento documental a esta parte del trabajo han sido confeccionados los dibujos correspondientes de cada una de las piezas, además de los mapas de situación que indican los puntos exactos de los hallazgos. Debe recordarse nuevamente que un cierto número de éstos han sido recuperados por los aficionados locales y sus referencias sobre el lugar y circunstancias de la recogida carecen en muchos casos del rigor deseado. No obstante, las probables imprecisiones que pudieran derivarse de esta situación, suponen tan sólo una incidencia anecdótica

¹ Agradecemos la colaboración prestada en esta tarea descriptiva y clasificatoria por M^o.S. Navarrete, J. Carrasco y J.A. Pachón en el estudio de los fragmentos cerámicos, hueso y concha, G. Martínez y J.A. Afonso en la piedra tallada y F. Carrión en el resto de la industria lítica.

en el conjunto del proceso de catalogación que, por otra parte y con ayuda de las breves indicaciones disponibles, han podido ser subsanadas en última instancia tras una definitiva revisión de las zonas y conjuntos materiales inventariados.

En el catálogo que a continuación se expone, quedan reseñados todos los yacimientos y puntos de hallazgos arqueológicos detectados en el desarrollo de la prospección sistemática del territorio, independientemente de su filiación cultural o cronológica. Nos ha impulsado a adoptar esta determinación el interés por presentar unos resultados reales que, desde el punto de vista técnico y según nuestro criterio, deben estar contenidos en una documentación correcta del campo arqueológico. Han sido incluidos, por tanto, no sólo los vestigios correspondientes al Neolítico y Edad del cobre, fundamentos del presente trabajo, sino también aquellos otros paleolíticos, de la Edad del Bronce, ibéricos, romanos y musulmanes, con cuya referencia se completa el marco cultural de la zona. En estos últimos casos no se han desarrollado, evidentemente, todas las fases previstas en el diseño del catálogo y que sí afectan al resto de los materiales recuperados, suprimiéndose, incluso, la elaboración de dibujos y cualquier otro tipo de documentación gráfica sobre las piezas.

En cuanto al marco cronológico en el que quedan contenidos todos estos hallazgos dentro de la secuencia global que proponemos para la Tierra de Loja a lo largo del cuarto y tercer milenios a.C., hemos considerado una periodización que iremos desarrollando en los capítulos sucesivos y que se fundamenta en los datos suministrados por el estudio tipológico de estos materiales, el análisis de estratigrafías como la de El Coquino y las referencias secuenciales del cercano poblado de Los Castillejos de Montefrío. Según esto, el arranque de nuestra cronología nos lleva a considerar, en primer lugar, una ocupación neolítica en relación con el esquema definido para la Cultura de las Cuevas en la Andalucía Oriental; una fase de transición viene marcada seguidamente en los conjuntos materiales por claras alusiones al final de este horizonte y la apertura hacia el nuevo panorama metalúrgico; para finalizar en la Edad del Cobre, con la sucesión de los estadios Antiguo y Pleno, este último coincidente con la aparición de los primeros campaniformes de tipo *marítimo* en la zona.

TL-SW	Pal.	Neol.	Cobre	Bron.	Iber.	Rom.	Visig	Musul
Calvillo	*							
La Caridad		*	*					
La Artichuela						*		*
El Marmotal		*						
Las Chozas				*				*
Las Mozas	*							
El Almendro			*					
Las Minas		*						
Cepero						*		
Cueva Horá			*					
TL-N	15%	23%	23%	7,6%		15%		15%
C. del Moro			*	*	*			
El Almendral				*				
El Duende			*		*			
El Algarbe			*		*			
F. del Lino			*					
Cevico			*		*			
Higuera Alta			*					
Higuera Baja							*	
La Atalayuela			*				*	
Cindones			*					
Villavieja			*					
Los Arenales			*	*				
V. La Laguna				*				
Esperanza I	*							
Esperanza II							*	
Cerro Pelado	*							
V. D. Antonio			*					
C. La Torre					*			
TL-NE	8%		44%	16%	20%		12%	
Gallumbares		50%	50%					
GLOBAL %	10	10	37,5	12,5	12,5	5	7,5	5

3.2. Los yacimientos y el registro arqueológico

Como resultado del desarrollo del plan de prospección llevado a cabo, ha sido elaborado un registro de yacimientos que a continuación se expone. En el mismo, figuran cada uno de los puntos de recogida de material catalogable, entendiéndose por éste aquel que presenta un estado de conservación adecuado para su identificación cultural y, en su caso, clasificación tipológica. Queda, pues, admitido, un proceso selectivo en la recogida del material, sólo modificado en aquellos casos los que, por la pobreza o el alto grado de deterioro de la muestra, ha sido necesario inventariar también los fragmentos amorfos.

Llegado este punto, hemos de advertir que en la relación referida no figuran los yacimientos de "El Manzanil", "La Covacha de La Presa", "El Coquino" y "Sierra Martilla", por cuanto que, al haber sido objeto de intervenciones arqueológicas sistemáticas, constituyen la principal base documental de este trabajo y, en consecuencia, han recibido un tratamiento más exhaustivo en sus correspondientes capítulos.

TL-SW/1/ FUENTE CAMACHO

Constituye este primer enclave un complejo arqueológico en el que han sido documentados varios yacimientos pertenecientes a distintas épocas. El interés que ofrece el conjunto, en función de las características de los materiales recuperados y del lugar que ocupan en el contexto geográfico del mapa de asentamientos prehistóricos en la Tierra de Loja, hace conveniente, a nuestro juicio, tratarlos de manera individualizada.

Ya fue considerado en su momento a este punto como un interesante nudo de comunicaciones, con una singular posición de convergencia de diversos caminos, vías naturales de paso, con una disposición topográfica definida por la singularidad estructural de la propia región en el contexto montañoso de esta zona meridional de la comarca.

Una angosta depresión rodeada de pequeñas elevaciones configura el medio físico en el que se sitúa el hábitat actual, con una altitud media de 840 m sobre el nivel del mar, como último núcleo urbano de esta zona occidental de la Provincia de Granada. La proximidad de los macizos montañosos de "Sierra de Gibalto" y "Sierra Gorda", situados al Sur y Sureste, le confieren ese

carácter de *llave de paso* que comunica los accesos costeros, a través del puerto de "Los Alazores", con las llanuras de los extremos Sur y Este de las vegas de Loja y Antequera respectivamente. No obstante esta excepcionalidad topográfica, su mayor trascendencia histórica va a estar relacionada con el carácter y disposición de su red fluvial. Dos son los cauces que discurren próximos a la población, el Arroyo de las Mozas y el Arroyo Salado. El primero constituye el drenaje natural de la vertiente occidental de Sierra Gorda, mientras que el segundo, de menor importancia caudal, fluye en sentido perpendicular al anterior al noroeste de la villa. Ambas corrientes, de régimen permanente, van a confluir más al Norte en lo que puede describirse como una cuenca de deyección, que transcurre encajonada al pie de la Sierra de Loja hasta desembocar en cauces más importantes como Río Frío, que alimentan finalmente las aguas del Genil. Es esta concentración fluvial, unida a la estructura depresiva por la que discurre y la disposición geomorfológica de terrazas y hombreras que se localizan en sus flancos, lo que ha dado base a considerar la probable existencia en la antigüedad de un paisaje lacustre que cubriría parte de este sector. En torno a esta depresión es donde se localizan precisamente los yacimientos prehistóricos que detallamos a continuación. Sin embargo, al factor aglutinante que supone para la vida humana y animal la existencia de tan nutrida red acuífera, han de añadirse las posibilidades de explotación salina de las aguas del Arroyo Salado, que han jugado un papel fundamental en la vida de las poblaciones asentadas en la zona, como lo demuestran los yacimientos tardorromanos y medievales documentados en el lugar.

Considerando estas características generales, varios son los enclaves estudiados a raíz de las primeras prospecciones llevadas a cabo por aficionados locales como el sacerdote D. Carmelo Heras, profesor de EGB y, antaño, residente en el lugar, o algunos vecinos de la localidad con los que hemos tenido la oportunidad de contactar desde el inicio de nuestros trabajos.

TL-SW/1A/ Calvillo

Tratándose de un yacimiento que ya ha sido objeto de estudio en varias ocasiones desde que diera comienzo este programa de prospección, y con el ánimo de evitar una mera reproducción de los capítulos que sobre el mismo han venido publicándose desde nuestra primera comunicación en 1986 (CARRASCO *et al.*, 1986), nos limitaremos aquí a dar una breve reseña

informativa, sin otra pretensión que la de hacer constar meramente su presencia en nuestro proyecto de prospección como uno de los primeros yacimientos en ser estudiados en la zona. Junto a otros núcleos que expondremos en el desarrollo del presente capítulo, forma parte de un conjunto ajeno al contexto cultural que centra nuestra investigación en este trabajo, es decir, los periodos Neolítico y Edad del Cobre. No obstante, y en honor al rigor expositivo del programa de prospección realizado, consideramos justificada su inclusión en este catálogo, aunque sólo sea a título informativo o complementario a través de un comentario global del mismo.

Localización y características geográficas

Sus coordenadas geográficas son: 37° 7' 21" Lat. N. y 4° 15' 39" Long. W., según la Hoja 17-42 (1024) Archidona, del Mapa Militar de España editado por el Servicio Geográfico del Ejército a escala 1: 50.000. Su emplazamiento se encuentra a unos 2 Km en línea recta al NE. de Fuente Camacho, muy próximo al Arroyo Salado y a la línea férrea Granada-Bobadilla que cruza el sector en sentido paralelo a dicho cauce. El acceso más cómodo al yacimiento se efectúa a través de un camino carretero que desciende de la citada población y se dirige en dirección NE hasta enlazar con la carretera N-321 a la altura del Km 493 en las inmediaciones de la Venta del Rayo. Desde su paso por la explotación salina a la que hemos aludido con anterioridad, quedan así comunicados una serie de cortijos, entre los que se encuentra "La Caridad", que ha proporcionado un interesante asentamiento de la Edad del Cobre, del que nos ocuparemos más adelante.

Registro arqueológico

Piedra tallada

En este lugar ha sido documentado uno de los yacimientos del Paleolítico Inferior más singulares de los registrados en nuestra región. La importancia que le ha sido concedida en nuestro estudio zonal radica tanto en la cantidad de piezas aportadas como en la calidad de las mismas, manifestándose, mediante su excepcional colección de bifaces, como un hallazgo sin

precedentes entre los efectuados en la Provincia en relación con esta etapa cronológica. Por otra parte, un dato a tener en cuenta desde el punto de vista interpretativo lo constituye, sin duda, el propio encuadre de su hallazgo. Todas las piezas han aparecido sobre la superficie del terreno, en un reducido sector ubicado en una pequeña elevación situada en los bordes de lo que debió constituir una terraza marginal a la depresión antes aludida. Es evidente que la intensa roturación del terreno ha facilitado la localización del yacimiento, poniendo al descubierto una veintena de piezas, en lo que pudo haber sido con toda probabilidad una estación de caza al aire libre, en un entorno paisajístico tan favorable a esta actividad como el que ha sido descrito.

Atribución cultural

Respecto a la cronología apuntada para este yacimiento, parece evidente, a juzgar por la interesante industria lítica de bifaces, raederas, denticulados y un ingente número de lascas recuperadas en el entorno, que nos encontramos ante una nueva muestra material de las poblaciones asentadas en este extremo occidental de la Vega de Granada en un momento reciente del Pleistoceno, dentro del último interglacial Riss/Würm. Sus características tecno-tipológicas permiten situar la ocupación en correspondencia con una fase muy evolucionada de la industria Achelense, poniendo de manifiesto la importancia del poblamiento habido durante esta etapa prehistórica en la Tierra de Loja hace unos 150.000 años.

TL-SW/1B/ La Caridad

Localización y características geográficas

Forma parte del complejo anteriormente descrito de Fuente Camacho. Sus coordenadas son: 4° 15' 10" Long. W y 37° 0,7' 04" Lat. N. de la Hoja 17-42 (1024) Archidona, del Servicio Geográfico del Ejército, escala 1:50.000. Su distancia a la población de Fuente Camacho puede cifrarse en torno a unos 3 Km. lineales hacia el Norte, situándose a escasos metros de la línea férrea Granada-Bobadilla, a la altura de su Km. 55, y a no más de 1,5 Km del yacimiento

anteriormente tratado. Su acceso se realiza por el mismo camino que desciende desde las salinas, desde el que parte un carril menor en deficiente estado de conservación a causa de los abarrancamientos producidos por las aguas torrenciales.

Se trata de un yacimiento al aire libre cuyo emplazamiento se localiza en la parte superior de un pequeño cerro amesetado, próximo al "Arroyo Salado", dominando ampliamente la visión del valle a que hemos aludido al considerar las características del anterior yacimiento paleolítico. La meseta en cuestión presenta un suave declive hacia su parte SW, mientras su reborde N. y NE. acusa una pronunciada ladera, sólo amortiguada por la existencia de breves aterrazamientos, en uno de los cuales se localiza la casa-cortijo que da nombre a la finca. Al Norte, actúan de límites de esta abrupta ladera el propio "Arroyo Salado" y la vía férrea, mientras que, ligeramente hacia el Oeste, la pequeña elevación de "La Sierrecilla" ocluye la salida natural hacia los llanos de Salinas, mediante angostos barrancos de paso dificultoso. Desde esta meseta se observa hacia el Sur la escalonada subida hacia la barriada de Camacho, salpicada de numerosos cortijos y una entramada retícula de caminos y veredas pecuarias. Hacia el Este, el territorio se abre ampliamente con descensos suaves hacia el "Arroyo de Las Mozas".

Terreno igualmente roturado, se le conoce en los ambientes locales como "Cerro de los cuchillos", en una significativa referencia a la cantidad de material lítico recogido por los lugareños en los últimos años. El terreno está dedicado al cultivo de cereal de secano, habiéndose llevado a cabo una intensa roturación que ha homogeneizado considerablemente el sector desde el punto de vista paisajístico. En determinados puntos que bordean el cerro aparecen ocasionales hileras de almendros que, en algún caso, llegan a cubrir pequeñas vaguadas hacia el cauce del arroyo. Hacia el Sur y SE. pueden observarse aún algunos chaparrales que dan ingreso a los últimos restos de bosque mediterráneo que se conservan en la zona. Las laderas que se observan hacia el Este y que delimitan el drenaje del "Arroyo de Las Mozas", son en la actualidad dominio del monocultivo del olivar, sólo interrumpido ocasionalmente por pequeños huertos situados junto al cauce.

Registro arqueológico

Cerámica a mano

Está representada por un total de 35 fragmentos, de los cuales sólo 15 han sido identificados por su forma, decoración o la existencia de elementos de prehensión. Catorce de ellos son bordes pertenecientes a recipientes de distinta tipología, uno de ellos con mamelón próximo a la línea de borde (Fig.8, núm.29) y otro con decoración incisa de ocho líneas verticales paralelas (Fig.8, núm.31). Un último fragmento, presenta una pequeña asa ligeramente cortada en su extremo inferior por la línea de fractura (Fig.8, núm.30). El tamaño medio de estas piezas oscila entre los 2 cm y 3,5 cm, saliéndose de esta tónica los fragmentos 27 y 28 (Fig.7), con un tamaño que dobla al de los anteriores. Los grosores apreciados son muy variados, desde las paredes que pueden considerarse finas, en torno a los 4 mm, hasta los 10 mm de las grandes fuentes. El estado de conservación general de las superficies es bueno, aunque en cuatro de los casos comienzan a manifestarse signos de escamación y pequeñas cavernaciones provocadas por el lavado y desprendimiento de partículas gruesas de desgrasante. La coloración de las fracturas indica que no se han producido fragmentaciones recientes, a pesar de tratarse de una zona intensamente roturada.

La observación de las superficies revela coloraciones predominantemente rojizas y ocre en ambas caras, exceptuando a dos fragmentos de color beige con alguna zona negruzca en su cara externa. El tratamiento que se ha usado para el acabado de las piezas manifiesta superficies exteriores groseras y descuidadas e interiores bien cuidados con un tratamiento de bruñido o espatulado. La observación del perfil de corte en todos estos fragmentos atestigua el uso de desgrasantes que pueden ser clasificados de finos a medianos, así como una cocción con claros indicios de fuego reductor.

Las tipologías que arrojan estas cerámicas incluyen formas ligeramente cerradas, como ocurre con los cuencos 32 y 34 (Fig.8), algunos ejemplares de vasos con paredes más o menos rectas, dos de ellos con elemento de prehensión (Fig.8, núms.29 y 30), tres cuencos de labio aplanado y, sobre todo, una variedad destacada de grandes platos y fuentes, principalmente de borde engrosado, con una tipología que deriva en formas de borde saliente, almendrado, labio aplanado o biselado (Fig.7, núms.23, 24, 26, 28; Fig.8, núms.33 y 36).

Piedra tallada.

El trabajo del sílex se manifiesta con una profusión realmente importante, siendo este tipo de artefactos los que componen el conjunto material más nutrido. Entre sus formas más comunes destacan, por su buen acabado y estado de conservación, los productos laminares de gran tamaño como los cuchillos/sierras (Fig. 10, núms. 47 y 48), láminas de menor formato (Fig. 9, núms. 1-7), una lámina con retoque paralelo en uno de sus extremos, que induce a clasificarla como raspador (Fig. 10, núm. 43), elementos de hoz (Fig. 9, núms. 8-12), perforadores, uno de ellos en extremo de lámina (Fig. 9, núms. 10-14; Fig. 10, núm. 42), puntas de flecha de base cóncava, en un caso sin acabar (Fig. 9, núms. 15-18; Fig. 10, núms. 39-41) y un núcleo laminar de sección ovalada que conserva golpes de preparación en uno de sus laterales (Fig. 10, núm. 46).

Piedra pulimentada

Conforman este conjunto, en primer lugar, un total de cuatro piezas pulimentadas en diorita, cuyas dimensiones y diseño nos permiten calificarlas como azuelas votivas (Fig. 9, núms. 19-20), un pequeño cincel (Fig. 9, núm. 21) y, tal vez, lo que pudiera constituir un pequeño escoplo (Fig. 10, núm. 44). En todos los casos hay que considerar una depurada técnica de fabricación a base de un fino pulimento de ambas caras. Las azuelas presentan una forma triangular, caras plano-convexas y aristas convergentes. Aunque el estado de conservación es relativamente bueno, los dos ejemplares tienen pequeños levantamientos en su bisel, producto de un deterioro ajeno al uso que debió hacerse de las piezas. El escoplo se define como tal, teniendo en cuenta el acusado bisel que presenta en una de sus caras, eminentemente plana con respecto a la convexidad de la opuesta. Tampoco se observan huellas de desgaste o erosión en ningún sector de la pieza. Además de estos ejemplos, es preciso dejar constancia de una ingente cantidad de hachas de distintos tamaños, recogidas por D. Carmelo Heras, antiguo profesor de EGB en Fuente Camacho, de las que no disponemos en la actualidad.

Por otra parte, hemos de incluir aquí la pieza núm. 38 (Fig. 11), de piedra caliza, cuya fragmentación hace que se mantenga en el terreno de la hipótesis cualquier interpretación acerca de su utilidad original. En nuestra opinión, y tras valorar sus dimensiones, tendencia elíptica de sus caras laterales, altura de las paredes y forma del ahuecado interior, preferimos inclinarnos hacia el uso como crisol más que como una simple escudilla.

Hueso trabajado

En este apartado incluimos el pequeño colgante núm. 22 (Fig.9), muy plano y finamente pulido en sus dos caras, contorno parabólico en uno de sus laterales y recto en el otro, y pequeña perforación superior ligeramente descentrada.

Atribución cultural

El grueso del conjunto material analizado apunta hacia una adscripción cultural comprendida entre unos márgenes cronológicos que comienzan con una fase inicial de Cobre Antiguo y un Cobre Pleno, si bien podría contemplarse una ocupación más antigua durante un momento pleno de la Cultura de las Cuevas, a juzgar por la presencia de material lítico asimilado a este horizonte en la provincia (NAVARRETE *et al.*, 1985). En este caso, el yacimiento de La Caridad debería ser incluido entre los núcleos de poblamiento que marcan en la zona la transición Neolítico-Cobre.

TL-SW/1C La Artichuela

Localización y características geográficas

La tercera estación arqueológica documentada en el área Fuente Camacho/Gibalto, se encuentra en las inmediaciones de la finca denominada "La Artichuela", cuyas coordenadas geográficas son 37° 06' 04" Lat. N. y 4° 14' 10" Long. W. de la Hoja 17-42 (1024) de Archidona. Mapa del Servicio Geográfico del Ejército, escala 1:50.000. Al yacimiento se accede a través de un carril que parte de Fuente Camacho en dirección SE. camino del Arroyo de Las Mozas, en suave pendiente hasta el citado cortijo que se sitúa a unos 800 m de la población.

Por razones de uso agrícola del suelo, en las que luego entraremos, el área de dispersión de materiales arqueológicos es considerable, constituyendo éste un serio problema a la hora de acotar el yacimiento y deslindar la zona de distribución postdeposicional de restos arqueológicos respecto al núcleo fundamental de hábitat. Para llegar a una interpretación lo más coherente

posible sobre este punto, nos hemos guiado por criterios de acumulación y máxima densidad de útiles en la superficie, concluyendo así que el centro de poblamiento debió estar ubicado en un escaso radio hacia el SE. de la casa cortijo actual.

El lugar prospectado está situado en una terraza ligeramente inclinada hacia el Sur y casi cortada en su límite oriental por una brusca pendiente que desciende hasta el "Arroyo Salado". El terreno acusa una intensa roturación y habitualmente está dedicado al cultivo de cereal de secano, hecho que nos impidió en un primer momento efectuar los trabajos de prospección, obligándonos a volver al lugar una vez concluidas las tareas de siega. Los contornos que limitan con esta zona despejada están poblados, como viene siendo habitual en este sector, por olivares que se extienden en los límites del último reducto de bosque mediterráneo que otrora ocupase la región. Esta vegetación autóctona se localiza en un conjunto de sierrezuelas que se avistan al NW. Dicho conjunto orográfico, con altitudes medias en torno a los 860 m, cierra este sector a las tierras altas que ya mencionábamos en la descripción general de la zona, a la vez que propician un ingreso angosto y accidentado al núcleo poblacional en que nos encontramos. Por el lado Sur, otra enorme barrera constituida por la Sierra de Gibalto, se yergue como elevación de más entidad al piedemonte de Sierra Gorda. El espolón del "Pico de Forcales" es el responsable de que esta unidad caliza proporcione una brusca subida hacia los altos del Puerto de Los Alazores, punto estratégico varias veces referido en este trabajo como vía natural de paso hacia la costa.

Según hemos comentado con anterioridad, el estado actual del yacimiento viene marcado por la intensa actividad agrícola que sobre el solar en cuestión ha venido produciéndose a lo largo del tiempo. De ahí, la caótica distribución de materiales cerámicos tardorromanos y medievales que pueden encontrarse en superficie por un amplio sector.

Registro arqueológico

Restos arquitectónicos

Aunque no existen evidencias *in situ* de algún tipo de construcción, es muy probable que en su momento sí las hubiera, como prueba la presencia de algunos elementos arquitectónicos sueltos localizados en las proximidades. A este respecto, es preciso traer a colación las aportaciones epigráficas y arqueológicas que presentan al lugar como posible emplazamiento de

una basílica paleocristiana de mediados del s.V. Un pedestal/ara, que se conserva en la iglesia parroquial de St^a M^a de la Encarnación de Loja, constituye el principal de estos hallazgos, cuya transcripción y estudio global de la pieza ha sido reflejado en una completa reseña de las fuentes arqueológicas y documentales sobre el poblamiento tardorromano en la Tierra de Loja (PASTOR, 1986).

Otros vestigios que avalan esta hipótesis los constituyen un fragmento de estela decorada con una cenefa de róleos espiriformes en relieve, así como la basa de una tosca columna que pudimos observar aún empotrada en una de las esquinas de una era ubicada en las proximidades.

Cerámica a torno

Por lo que respecta al material cerámico recuperado en la prospección directa del lugar, hemos de circunscribirlo a un conjunto poco significativo de 15 fragmentos a torno. La mayor parte de los mismos son fragmentos amorfos de cocina, romanos, con superficies muy deterioradas y coloración parduzca. El resto ofrece una clara filiación musulmana, con tratamiento de vidriado de tonos verdes, melosos o blanquecinos.

Atribución cultural

Según todo lo expuesto, queda constancia de una ocupación tardorromana en la zona, avalada por el registro epigráfico y un material arqueológico que, aunque poco significativo, resulta suficiente para su ubicación cronológica. Junto a estas evidencias, la ocupación musulmana, muy generalizada en todo el territorio, se manifiesta con unos materiales que insinúan la existencia en el lugar de una alquería dedicada al aprovechamiento agrícola y, probablemente, ligada a la existencia de una población mayor, vinculada a la explotación de otros recursos naturales como la sal (MALPICA, 1991).

TL-SW/2/ EL MARMOTAL

Localización y características geográficas

El lugar de recogida del material se localiza a 37° 8' 5" Lat. N. y 4° 14' 10" Long. W. en la Hoja 17-42 (1024) de Archidona, del Mapa Militar de España. Escala 1:50.000.

El acceso al sector prospectado se efectúa siguiendo un camino vecinal que, procedente de la pedanía de Fuente Camacho, se dirige hacia la Venta del Rayo, una vez vadeado el "Arroyo de Las Mozas". El camino, de mal firme, cruza el Arroyo Salado en un punto de escasa profundidad. A esta altura, por la margen izquierda, un pequeño cerro poblado de olivos se eleva suavemente por el costado Sur, cayendo la pendiente de forma más brusca hacia el Oeste. Esta loma se encuentra cortada al Norte por la vía férrea Granada-Bobadilla, habiéndose considerado en el trabajo de prospección como el límite septentrional de este cuadrante. Por encima de la vía la prospección se ha limitado al rastreo selectivo de algunos puntos, allí donde la vegetación silvestre lo ha permitido, aunque con pocas esperanzas de éxito. Por el contrario, la zona situada por debajo de la línea atrajo desde el principio nuestro interés, dado que la proximidad de los arroyos y las tierras fértiles del valle constituían por sí mismos elementos a considerar, ante las expectativas presentadas por los demás yacimientos y puntos de hallazgos localizados en la zona. El lugar está muy roturado, por lo que es frecuente observar en todo su perímetro poderosas acumulaciones de cantos que han ido rodando hasta las partes más bajas. También es posible observar profundos surcos que las arroyadas han ocasionado en algunas zonas, dejando en su interior algunos de estos materiales. En ambos casos fueron registrados los derrubios, con un balance positivo aunque modesto en su conjunto, dado que el material arqueológico encontrado se localizó entre los mismos.

Registro arqueológico

Se reduce a dos piezas líticas trabajadas en piedra caliza, siendo una de ellas considerada como *útil* con ciertas reservas al no encontrarse otro material que permita corroborar su uso. Se trata concretamente de una bola, de llamativa configuración esférica, con evidentes signos de uso

en toda su superficie, que nos inducen a pensar en un posible percutor. El diámetro es de 55 mm.

La otra pieza está perfectamente documentada como un fragmento de brazalete de calcita (Fig. 12, núm.2), con la superficie externa estriada mediante una serie de seis incisiones paralelas, con evidentes signos de haber estado pintadas o rellenas de pasta roja. La anchura de la cinta es de 31 mm. y su grosor de 3,5 mm. La sección es plana con ligeras convexiones en sus rebordes superior e inferior. La porción conservada permite establecer un diámetro de la pieza en torno a los 80 mm.

Atribución cultural

El brazalete reseñado pertenece al tipo que, como es sabido, es característico del Neolítico Medio de nuestra región. Dado el carácter aislado de su hallazgo, pocas precisiones cabe hacer al respecto.

TL-SW/3/ LAS CHOZAS

Los restos arqueológicos que han sido documentados en este lugar proceden de las prospecciones efectuadas en las inmediaciones de la casa cortijo "Las Chozas", efectuadas en su mayor parte por su propietario D. Indalecio Valenzuela Valenzuela, a quien queremos expresar nuestra gratitud por las facilidades prestadas en la catalogación y estudio de las mismas, así como en las sucesivas tareas de campo que tuvimos que realizar para completar la documentación del yacimiento. Gran parte de los materiales que ahora recogemos en este catálogo han sido objeto de estudio en anteriores publicaciones, por lo que nos limitaremos a hacer un breve reconocimiento de los mismos a modo referencial, dentro del contexto general del mapa arqueológico elaborado en este trabajo.

Localización y características geográficas

Sus coordenadas geográficas son: 37° 07' 34" Lat. N. y 4° 12' 38" Long. W. de la Hoja 17-24 (1024) de Archidona, del Mapa Militar de España. Escala 1:50.000. Al lugar se accede siguiendo la antigua carretera que transcurre de Granada a Málaga por Los Montes (N-321). Pasada la ciudad de Loja y a unos 2 Km aproximadamente al Sur de la "Venta del Rayo", existe una desviación hacia la derecha, a la altura del Km 494, que conduce directamente a la casa cortijo tras un breve recorrido de unos 500 m. El acceso resulta relativamente cómodo, siendo además bien visible el área de prospección desde la carretera, lo que ha facilitado la planificación del recorrido sistemático de la zona.

La zona sujeta a prospección la constituye una amplia llanura comprendida entre la carretera N-321 y el "Arroyo de las Mozas", ligeramente inclinada hacia el W. siguiendo el perfil suave del piedemonte de la Sierra de Loja en este punto de contacto de la unidad caliza con las primeras vertientes de Sierra Gorda. Es característico de estos terrenos su dedicación al cultivo del cereal en parcelas de secano, que en ocasiones conocen un regadío eventual de primavera. En los límites de esta extensión, el cultivo del almendro ocupa las laderas más empinadas mientras que los olivares descienden por ambos márgenes del arroyo, saturando el paisaje hacia el SW con una monotonía característica que identifica a este sector de la comarca.

La observación de la zona desde este punto permite comprender la situación limítrofe que ostenta este yacimiento en el contexto general de una zona con tanta tradición de poblamiento antiguo. A las condiciones de habitabilidad que venimos arguyendo para justificar la dinámica de asentamientos que se han producido en esta parte del territorio, hay que unir necesariamente ahora la cualificación que hacíamos de esta franja sud-occidental como vía natural de penetración hacia la Tierra de Loja por su zona meridional. Desde un planteamiento explicativo de la realidad geográfica y su conexión con el devenir histórico del elemento humano en la región, el término *llave de paso* cobra especial relevancia en este caso concreto, por cuanto que es a través de estos campos que serpentean al pie de las sierras por donde se produce el ingreso en la Vega del Genil desde las regiones costeras. Al amparo de esta configuración geográfica y sin olvidar los demás factores geoeconómicos que han sido planteados, podemos, en consecuencia, tratar de explicar la presencia de los asentamientos calcolíticos detectados a lo largo de esta vía y, más aún, su pervivencia en momentos en los que ha sido detectada una reestructuración del poblamiento en

épocas más tardías, fruto de unas nuevas exigencias estratégicas derivadas de otros móviles económicos y de ordenamiento geopolítico.

Dadas las características de explotación agrícola a que está sometida esta zona, se nos plantean nuevamente los problemas que venimos considerando en estos lugares de hallazgos de cara a la definición del tipo de yacimiento, delimitación de su emplazamiento exacto, recuperación de material inventariable, etc. Por todo ello, hemos tenido que hacer un seguimiento pormenorizado de las recogidas superficiales llevadas a cabo por los lugareños, procurando correlacionar, en la medida de lo posible, todas las variables que la casuística y la prospección anárquica suelen aportar en este tipo de acciones. Afortunadamente, en el desarrollo de nuestro trabajo de campo hemos podido constatar una predisposición muy favorable de los habitantes de esta zona en lo concerniente a informaciones varias sobre el lugar, cesión de materiales para su estudio, etc., fruto de la cual es la aportación material que presentamos seguidamente.

Registro arqueológico

Los antecedentes acerca del estudio de este yacimiento hay que buscarlos en las primeras noticias dadas a conocer con motivo del descubrimiento de algunos ajuares argáricos a cargo de los Dres. Pellicer Catalán y García Sánchez, quienes depositaron los materiales en el Museo Arqueológico Provincial de Granada. Con posterioridad, el lugar fue visitado por nosotros, constatando la presencia de vestigios suficientes como para suponer la existencia de un campo de cistas sin restos de su poblado correspondiente y que periódicamente sufre el deterioro que ocasionan las continuas faenas de laboreo. Una vez recogidos los datos más relevantes aportados por los vecinos del lugar, así como efectuadas las correspondientes tareas de documentación del material recuperado por ellos, comenzó nuestra prospección según el diseño que ha venido aplicándose en los demás sectores de la comarca. En esta prospección pudimos recoger algunos fragmentos cerámicos amorfos, aunque asociados claramente al horizonte del Bronce Pleno, así como varias muestras de cerámica a torno que pudimos relacionar con el material medieval conservado en las colecciones particulares a las que tuvimos acceso. Con el ánimo de presentar de forma completa la documentación que sobre este yacimiento existe, recogemos seguidamente no sólo los materiales recuperados por nosotros o los campesinos locales, sino también los

depositados en el Museo de Granada.

Cerámica a mano

Está compuesta por tres piezas completas, conservadas en el Museo Provincial, y un pequeño conjunto de fragmentos amorfos que mantienen características de factura similares a estas piezas y una tipología que se presupone asimilable a tulipas y cuencos. El estado de deterioro de estos fragmentos, así como el tamaño de los mismos a causa de las continuas fracturas, los convierte en piezas irrelevantes en este catálogo y por tanto hemos decidido no dedicarles más atención que esta breve referencia genérica.

La primera pieza de consideración la constituye una botella de cuerpo ovoide y cuello de paredes ligeramente abiertas a partir de una suave incurvación. Sus dimensiones son: diámetro de boca 117 mm, diámetro de galbo 186 mm y altura de 193 mm. La superficie es gris oscuro y conserva un buen tratamiento de bruñido. La pasta presenta textura harinosa y las paredes tienen un grosor medio de 6,5 mm.

El segundo vaso es una tulipa de carena baja y paredes convexas con el fondo ligeramente curvado. El diámetro de boca es de 130 mm, la carena 126 mm y su altura de 90 mm. La superficie es gris con restos de bruñido. La textura es harinosa y el grosor medio de sus paredes alcanza los 8 mm.

Un último ejemplar lo constituye un cuenco de paredes globulares y borde entrante. La superficie es marrón rojiza y presenta tratamiento de espatulado. Respecto a sus medidas, el diámetro de boca es de 145 mm, diámetro máximo de galbo de 162 mm y la altura de 96 mm. La textura es harinosa y el grosor medio de sus paredes es de 6 mm.

Cobre

Este conjunto lo componen tres puñales y un pequeño punzón, recogidos en el curso de las tareas de laboreo del campo por el dueño de la finca en un escaso radio al SW de la casa cortijo.

El punzón es de sección cuadrada con los extremos redondeados y la punta muy aguzada. Sus medidas comprenden 41 mm de longitud y 2 mm de grosor. Su estado de conservación es bueno, aunque comienza a presentar síntomas de escamación en su tercio superior.

El primero de los puñales en razón de sus dimensiones, ofrece una base redondeada y tres

orificios circulares en disposición triangular que delimitan claramente la zona de empuñadura. De los elementos de sujeción originales, sólo uno de los remaches se encuentra aún inserto en el orificio superior. La hoja, de forma triangular, presenta unos filos muy aguzados con la punta rota. La longitud conservada es de 94 mm, la anchura máxima en la placa de empuñadura es de 29 mm y la longitud del remache conservado es de 10 mm. con una sección de 3 mm.

Un segundo puñal, con placa de empuñadura rota por un vértice y base ligeramente redondeada, conserva dos remaches, uno de los cuales tiene la sección cuadrada. La hoja es ancha y triangular, con la punta aguzada y en buen estado de conservación. Sus dimensiones son: longitud 90 mm, una anchura máxima en la placa de 35 mm y una sección de 3 mm.

Por último, un pequeño puñal ofrece una placa de empuñadura de base truncada semirecta y dos remaches centrales paralelos de los que conserva sólo uno. La hoja se estrecha bruscamente a partir de la línea de empuñadura y ofrece un perfil muy aguzado. Sus dimensiones presentan una longitud de 69 mm, anchura máxima en la placa de 23 mm y una sección de 2 mm.

Hierro

El conjunto está compuesto por un total de 7 piezas entre las que se distinguen 4 puntas de flecha de distinta tipología y 3 conteras de vainas de espadas o cuchillos.

La primera punta de flecha ofrece una sección romboidal, dos aletas de distinta longitud a causa de la fractura de una de ellas y empuñadura tubular. Su longitud total es de 8,5 cm, de los que 3,8 cm pertenecen al empuñadura. La aleta derecha tiene 1,7 cm de largo y la izquierda alcanza 3,5 cm. La parte más ancha de la pieza tiene 4,5 cm. El estado general de conservación es bueno, aunque el extremo presenta una rotura reciente que ha seccionado la punta de forma parcial.

Una segunda punta presenta sección triangular, hoja ovalada y empuñadura tubular. Tiene 6,2 cm de longitud, de los que 3,1 cm corresponden al empuñadura. La anchura máxima es de 1,3 cm. Su estado de conservación es bueno, si bien comienzan a detectarse signos evidentes de corrosión en algunas zonas del empuñadura. Las aristas de la hoja son pronunciadas y conserva una punta aguzada.

La pieza de mayor longitud ofrece también el más alto grado de deterioro. Tiene sección triangular en casi toda la hoja, tornándose romboidal en la punta. El empuñadura, de sección circular, está articulado sin que exista discontinuidad con el resto de la pieza. La longitud total alcanza 9,7 cm, de los que 3 cm corresponden al empuñadura. La anchura máxima de la hoja es de

1,2 cm. El aspecto de la pieza es deficiente por los efectos del óxido, estando en su mayor parte corroída. Las aristas presentan un perfil en zig-zag en su contextura, que se prolonga en parte por el empuñe.

La última punta de flecha, de menor tamaño y mejor conservación, ofrece una sección cuadrangular de 1,7 cm y punta piramidal. El empuñe es tubular, de sección circular, de 1 mm de grosor y 2,5 cm de longitud. La longitud total de la pieza es de 4,4 cm y su anchura máxima es de 0,9 cm en la base de la punta, 0,7 cm en el máximo ensanche del empuñe y 0,3 cm en el punto de unión de éste con la punta. El estado de conservación es bueno.

Respecto a las piezas identificadas como conteras de vaina, presentan una cierta homogeneidad tipológica que corresponde a la funcionalidad de este tipo de objetos, si bien ofrecen peculiaridades distintivas en cada caso que pasamos a comentar. La primera de ellas tiene forma de triángulo invertido, de sección ovoide de 0,5 cm, y acaba en un pequeño botón o apéndice redondeado de 0,6 cm. La longitud total de la pieza es de 5,1 cm, anchura máxima de 2 cm y alcanza un grosor en sus paredes de 1 mm. El estado de conservación es bueno.

Una segunda pieza, parecida en su forma a la anterior, mantiene el mismo diseño triangular, con la punta redondeada y sección ovalada de 0,4 cm de ancho y 1,3 cm de largo. En la parte superior donde se unía al cuerpo de la vaina presenta dos salientes pequeños. En su mitad superior se abre un orificio de forma rectangular de 1,3 x 0,6 cm. La pieza tiene un total de 3,5 cm de longitud, de los cuales 0,7 cm corresponden al saliente o aleta derecha y 0,5 cm a la izquierda. Su estado de conservación es bueno, aunque presenta algunas manchas de óxido distribuidas por toda la superficie.

Marca una pauta tipológica diferente en este conjunto de piezas una tercera contera de forma prismática, un tanto irregular aunque con tendencia elíptica, con puntas pronunciadas en su parte superior. La sección es ovoide de 1,2 x 0,2 cm en el vacío, donde se insertaría la hoja de acero. En el eje de simetría de la pieza se aprecia una acanaladura a modo de adorno; muy cerca del extremo hay un orificio pequeño, probablemente con la utilidad de sujetar el cuero mediante un clavo o remache. La longitud total es de 4,2 cm y su anchura máxima de 1,1 cm. No se aprecian apenas restos de óxido, siendo su estado de conservación muy bueno.

Piedra pulimentada

Se ha registrado una única pieza, singular por su rareza y estado de conservación, adscrita

al conjunto de materiales hispanomusulmanes aparecidos en la zona. Se trata de un fragmento de piedra granítica de color oscuro, en forma de paralelepípedo; sus medidas son 2,4 x 1,7 x 0,9 cm. En la cara superior tiene dos agujeros pequeños y el resto de otro que, al romperse, ha deteriorado un ángulo de la pieza. En el centro del rectángulo tiene un círculo de poca profundidad, de 1,2 cm de diámetro. La concepción global de la pieza sugiere diversas interpretaciones, entre las que ofrecen más posibilidad el tratarse de la mitad de un troquel de un cuño para la fabricación de moneda, alguna medalla con la profesión de fe musulmana a modo de amuleto o un sello de cera o lacre. Sustenta esta hipótesis la presencia de una inscripción en caracteres de escritura magrebí, grabada en el interior del círculo y rodeada por una gráfila con puntos poco marcados. La escritura, realizada con trazos finos, se distribuye en tres líneas y su transcripción no ofrece dudas respecto a la proclama coránica antes referida (ESPINAR y GÁMIZ, 1982). Los dos orificios de la pieza son de 0,4 cm de ancho y servían probablemente para apretar ambas partes del troquel. Existe otro agujero de igual anchura en uno de los laterales, comunicado con el orificio superior derecho de la cara delantera. El estado de conservación es bueno, aunque las aristas presentan roturas pequeñas.

Atribución cultural

Por lo que se refiere al material prehistórico, teniendo en cuenta el contexto arqueológico de la Edad del Bronce conocido en la Tierra de Loja, puede atribuirse a un Argar Pleno, con una cronología no superior a mediados del II Milenio. Los materiales musulmanes presentan una problemática algo más compleja al no contarse con paralelos definidos para gran parte de los mismos. El hallazgo del troquel supone, no obstante, una aportación epigráfica siempre valiosa para la deducción de cronologías, en función del tipo y estilo de la leyenda. En este caso es sugerible la época de los reinos taifas, más concretamente el período almohade, a juzgar por los datos aportados por la numismática que ha sido estudiada en relación con esta etapa de la historia andalusí (ESPINAR y GÁMIZ, 1982).

TL-SW/4/ LAS MOZAS

Localización y características geográficas

Con un emplazamiento de similares características que el yacimiento anterior, se sitúa en la margen derecha de esta pequeña cubeta sinclinal en el denominado "Cortijo de las Mozas", surcada por el arroyo epónimo que le da nombre al paraje. Sus coordenadas geográficas son: 37° 07' 04" Lat. N. y 4° 13' 10" Long. W. de la Hoja 17-42 (1024) de Archidona, del Mapa del Servicio Geográfico del Ejército. Escala 1:50.000. El acceso al lugar se realiza siguiendo un carril que arranca desde la margen derecha de la carretera N-321 (Granada-Málaga por Los Montes), procedente de la Venta del Rayo, a la altura del Km 495. Este desvío conduce directamente al cortijo, desde el cual debe seguirse una vereda hasta las mismas márgenes del arroyo, distante de la casa unos 500 m aproximadamente. Desde este punto, y siguiendo siempre la margen izquierda del cauce, se recorren unos amplios aterrazamientos en los que aparecen los materiales líticos que ahora consideramos.

Como queda referido, se trata de una zona de hallazgos definida por la estructura en terraza que se dispone en las márgenes de este pequeño caudal que constituye el "Arroyo de Las Mozas" en su corta travesía desde su nacimiento en el "Puerto de Los Alazores" hasta su conexión con el "Arroyo Barrancón" unos 10 Km. hacia el NE. El punto en que nos encontramos se localiza en el tramo final del curso, justo donde se produce un ensanche del mismo, abandonando la angostura por la que ha discurrido hasta ahora entre la "Sierra de Gibalto" y "Sierra Gorda". Se abre aquí un geosinclinal de pendientes suaves y amplias vaguadas, que describen esos aterrazamientos de los que venimos hablando en anteriores yacimientos, como prueba del intenso poblamiento acaecido en la zona desde los primeros asentamientos paleolíticos constatados en la comarca.

Es presumible, teniendo en cuenta estas condiciones geomorfológicas, que toda esta zona gozase de una configuración paisajística de tipo lacustre, como ya apuntábamos en anteriores referencias. Este hecho explicaría la ubicación de los hallazgos paleolíticos de los que vamos a tratar, dispuestos en puntos de concentración bien definidos en torno a esta pequeña cubeta, de la que forma parte indiscutiblemente el yacimiento que ahora nos ocupa. En la actualidad la zona se encuentra profundamente roturada, combinándose el cultivo extensivo del cereal con el regadío

de las áreas próximas al arroyo. La técnica de irrigación artificial ha modificado, por otra parte, de forma ostensible el aspecto general de este sector. Las tierras aledañas a estas grandes parcelas mantienen una importante extensión de olivar que cubre las tierras y lomas situadas a ambos lados de la cuenca como una enorme cuña sin solución de continuidad desde las laderas del Cerro Balcón, a espaldas de Fuente Camacho, hasta la nueva angostura del "Barrancón".

Bajo estas condiciones paisajísticas y de intervención humana, la prospección no constituye un serio problema, dado que los límites naturales de los arroyos "Salado" y "Las Mozas", así como la definida línea sobre las abruptas tierras del piedemonte serrano constituida por la carretera, permiten organizar el recorrido y registro del territorio con gran regularidad en el trazado de los sectores a cubrir. El único obstáculo a destacar lo representa la temporada agrícola, con las consiguientes derivaciones del ciclo de los cultivos cerealísticos que hacen impracticable el rastreo por los campos abiertos. Este hecho, ya referido en otros casos, obliga a posponer parte del trabajo hasta la época idónea. Una vez llegado este momento, la prospección ha sido realizada teniendo en cuenta los factores de modificación del lugar a causa de las roturaciones sucesivas, y todo lo que de ello pudiera derivarse de cara a la interpretación del sitio como antiguo hábitat paleolítico. No profundizaremos en este aspecto porque consideramos que serían necesarios estudios más complejos sobre la zona y, en particular, la representación de esta fase cultural en la misma. Por el momento escapan a los objetivos de este trabajo semejantes planteamientos, considerando que todo lo que sobrepase a la mera referencia documental de la zona y los hallazgos realizados en la misma, sería caer en el terreno de la especulación y las interpretaciones arbitrarias. En vista de ello, pasaremos a hacer una breve referencia artefactual de lo documentado hasta ahora, reflejando lo más significativo de la industria lítica que hemos podido inventariar con el material de superficie recuperado.

Registro arqueológico

Como se ha mencionado en la descripción topográfica, estas tierras ofrecen en distintos puntos de las terrazas marginales del Arroyo de Las Mozas restos de industria paleolítica. En este caso, las abundantes piezas catalogadas pertenecen a un posible Musteriense de Tradición Achelense. Avala esta clasificación un bien nutrido conjunto de artefactos líticos en sílex, acorde

con la variedad tipológica de esta industria del Paleolítico Medio. Se repiten hasta la saciedad toda suerte de útiles, entre los que destacamos: 6 raederas simples rectilíneas, 3 laterales simples convexas y 3 transversales convexas; 2 puntas levallois atípicas; 3 perforadores; 1 raspador; 6 muescas ; 3 escotaduras y 8 denticulados.

Atribución cultural

Aunque no se dispone de una seriación estratigráfica ni de otros recursos de datación que permitan precisar el encuadre crono-cultural de este tipo de yacimientos en la zona, pueden adoptarse, a título referencial, las conclusiones establecidas en otros yacimientos próximos a partir de análisis faunísticos y estudios generales del material catalogado en los mismos. En este sentido, cabe el planteamiento hipotético de considerar una fuerte ocupación poblacional de estas tierras interiores a lo largo del Interglaciario Riss-Würm y Würm I, como se desprende del carácter de asentamientos al aire libre de yacimientos -alguno de los cuales trataremos más adelante por pertenecer a esta comarca- como son "Cerro Pelado", "Pandera Pino" o "Villanueva de Mesía". Durante esta época parece admisible la posibilidad de que estas poblaciones se asentaran en campamentos ubicados en los aluviones a las orillas de los ríos, favorecidos por la benignidad climática. Este proceso de asentamiento humano se manifiesta profusamente en la abundancia de estaciones al aire libre estudiadas a todo lo largo de la cuenca media del Genil (CARRASCO *et al.*, 1978). Sólo durante el estadio Würm II, al endurecerse el clima paulatinamente, el esquema de poblamiento se vería sensiblemente modificado con un replanteamiento del hábitat, abandonándose paulatinamente las regiones abiertas de la Vega para concentrarse en los abrigos naturales de las estribaciones de Sierra Harana, al Norte de la provincia.

TL-SW/5/ EL ALMENDRO

Localización y características geográficas

Se sitúa en las coordenadas geográficas 37° 07' 30" Lat. N. y 4° 12' 16" Long. W. del

Mapa Militar de España, hoja 17-42 (1024) de Archidona, escala 1:50.000. Se accede al lugar a partir de la carretera N-321 Granada-Málaga por Los Montes, utilizando un carril que parte de la margen izquierda de la carretera, a 1 Km de la Venta del Rayo en dirección hacia Málaga. El camino conduce por una rampa suave hasta el cortijo que da nombre a la finca, tras un breve recorrido de unos 200 m.

El lugar de los hallazgos se sitúa en las proximidades de la casa cortijo, en una reducida zona que ha sido objeto de roturación, aprovechando un pequeño repecho con algo de relleno en medio del pedregal que inicia el piedemonte de la Sierra de Loja. La vegetación está compuesta básicamente de almendros, ocupando una ancha franja que corre paralela a la carretera y se pierde en torno a la cota de los 800 m, cuando las pedrizas sólo comparten el solar con una manifestación degradada de monte bajo y matorral.

Esta delimitación de los pisos vegetales sirve igualmente para establecer el margen del hábitat permanente actual en estas zonas bajas de la sierra, representado por pequeñas concentraciones o cortijadas que desde la Venta del Rayo jalonan la margen izquierda de la carretera hasta el Puerto de los Alazores.

Este yacimiento puede considerarse como uno de los más extremos dentro del contexto territorial sujeto a prospección en la Tierra de Loja. Dentro del plan de trabajo llevado a cabo, pertenece a uno de los sectores prospectados de forma selectiva, teniendo en cuenta la proximidad a otros núcleos de poblamiento prehistórico ya reconocidos como "Las Chozas" y "Fuente Camacho", además de la consideración que merece como pasillo de ingreso en el Surco Intrabético. Estas características, unidas al aprovechamiento de las tierras regables aledañas a las cuencas fluviales que discurren al pie de la sierra, han recabado nuestra atención desde el inicio de los trabajos, llevándose a cabo una selección de puntos en los que presumiblemente pudieran existir vestigios de hábitat humano antiguo o áreas de explotación, al detectarse en todo o en parte las condiciones teóricas de habitabilidad y control económico que vienen deduciéndose del estudio de los asentamientos tratados en la región.

Siguiendo estas directrices y las indicaciones de algunos propietarios de fincas de la zona, fueron registradas sistemáticamente las vagas y repechos roturados del piedemonte de Sierra Gorda hasta una cota no superior a los 900 m, a lo largo de una franja comprendida entre el puerto de Los Alazores y la Venta del Rayo. Producto de estos recorridos ha sido la localización de numerosas cuevas y abrigos sin material arqueológico, dentro de una zona estéril que confirma

los límites teóricos del poblamiento antiguo establecidos en el sector. La sola excepción por ahora la marca el lugar de hallazgos localizado en el cortijo "El Almendro", muy próximo, como decimos, a los centros de hábitat prehistórico del valle. Esta circunstancia abre la posibilidad de considerar algún tipo de relación con estos otros yacimientos, aunque por otra parte, y dadas las condiciones geográficas del territorio, no puede excluirse la posibilidad de que se trate de un hábitat aislado en tierras marginales, dentro de una panorámica ya observada en la Tierra de Loja en diversas épocas.

Un exiguo conjunto de piezas líticas y una estructura tallada en la roca a nivel del suelo, son los vestigios que justifican la inclusión de este lugar en el presente catálogo de yacimientos. El estado actual del mismo puede contemplarse dentro de un alto grado de deterioro, a causa de la constante remoción del terreno y la caótica dispersión de restos de edificaciones modernas y piedras procedentes de majanos derruidos, que cubren la práctica totalidad del espacio donde se han detectado los restos arqueológicos. Este sector queda localizado en los alrededores de la casa, hacia el NW., y está integrado por una pequeña superficie de unos 200 m², de la que participa una porción de tierra cultivada al norte del almendral antes referido y otra área inserta ya en las pedrizas, en la que se observan sobre el terreno las trazas de antiguas edificaciones de época no determinada hasta el momento y una estructura excavada en la propia roca.

Registro arqueológico

Estructuras arquitectónicas

Están representadas por una amplia oquedad excavada en la roca a ras de suelo. La boca presenta una forma más o menos circular y tiene un diámetro de 1,50 m. La profundidad estimada, teniendo en cuenta el relleno que actualmente cubre parte del fondo, es de 1,80 m desde el punto medio de la luz del orificio superior hasta el fondo. El interior es algo irregular, ofreciendo cierta concavidad en las paredes.

Piedra pulimentada

Ha sido recogida una sola pieza de piedra pulimentada, muy deteriorada, que presenta, a pesar de ello, una tipología y dimensiones bien definidas. Se trata de un hacha trapezoidal de

perfil simétrico y sección elíptica, realizada en diorita (Fig.12, núm.3). Las caras son planoconvexas y las aristas convergentes. Se encuentra algo fracturada en su zona distal y presenta en su superficie numerosos signos de deterioro producidos por el rodamiento de la pieza. El bisel presenta grandes levantamientos en ambas caras y su filo está romo a causa del uso. Las superficies han sido tratadas mediante pulimento.

Atribución cultural

Ante el escaso material arqueológico documentado, no podemos más que aventurar la posible ocupación del lugar en un momento avanzado de la Edad del Cobre. El aspecto más polémico del enclave lo constituye el hueco excavado en el suelo rocoso. Globamente este tipo de estructuras han venido clasificándose como *silos de almacenamiento*, desde su aparición en otros puntos de la comarca como son "La Caridad" y "El Duende", este último referenciado más adelante. En todos ellos la escasez de material asociado es un hecho evidente que obliga a adoptar una postura de cautela a la hora de asignar fechaciones. Por el momento, y hasta que no se tenga la ocasión de excavar un elemento de estas características en la zona, consideramos más prudente no pronunciarnos sobre su naturaleza.

TL-SW/6/ LAS MINAS

Localización y características geográficas

Sus coordenadas geográficas son: 37° 06' 45" Lat. N. y 4° 11' 58" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 17-42 (1024) de Archidona. Escala 1:50.000.

Se accede al lugar de los hallazgos siguiendo un carril que parte de la margen izquierda de la carretera N-321, Granada-Málaga por Los Montes, aproximadamente a unos 2 Km de la Venta del Rayo. El camino se dirige hacia el "Cortijo del Almendro", ya referido anteriormente, debiéndose abandonar éste a unos 100 metros de su inicio para cruzar hacia el Sur *campo a través* un olivar situado al pie de la Sierra de Loja. Una vez alcanzado el piedemonte del macizo

montañoso, una cañada pecuaria permite un ascenso relativamente cómodo hasta alcanzar los primeros escarpes rocosos.

En el momento de nuestra prospección, las últimas lluvias otoñales habían marcado con más evidencia un antiguo barranco cuyo curso permite adentrarse en la sierra hasta una posición muy cercana al yacimiento. Una vez rebasadas las últimas cortijadas y apriscos de ganado del núcleo conocido como "Pecho de la Mata", que marcan la última cota de hábitat permanente en la actualidad, es necesario trepar por una escabrosa peña en cuya cara meridional, y coincidiendo con dos rellanos o escalonamientos de reducida superficie, se abren los huecos conocidos popularmente como "Las Minas". En rigor, se trata de simas naturales a partir de las cuales han sido practicados diversos accesos hacia otras tantas concavidades de lo que parece ser uno de los importantes complejos cavernícolas existentes en este subsuelo kárstico. Una amplia terrera en las inmediaciones de ambas entradas denuncia la considerable labor de limpieza realizada en tiempos pasados y que fué la que proporcionó la ingente cantidad de material lítico y óseo, muy fragmentado, a partir del cual ha podido seleccionarse el conjunto de piezas que utilizamos para la documentación del yacimiento.

Destaca por sus dimensiones la cueva superior, en cuya entrada se observa un profundo rebaje del terreno, a modo de rampa, que deja al descubierto a ambos lados sendos perfiles estratigráficos de unos 80 cm de potencia, que reflejan los niveles de sedimentación que en su día llegarían a ocultar parcialmente la entrada de la cueva. El hueco que hoy puede contemplarse conforma una sala de reducidas dimensiones en planta, diez metros de fondo por seis de ancho, aunque de considerable altura que se estima en unos ocho metros aproximadamente. El ingreso en la cueva se efectúa descendiendo por una angosta y escalonada senda hasta una profundidad de tres metros por debajo de la superficie. Las paredes conservan aún importantes concentraciones de materiales arcillosos y calizos fuertemente compactados, entre los que se insertan numerosos y densos estratos de restos óseos de ovicápridos. Son frecuentes asimismo los nódulos de cuarzo, algunos de los cuales llegan a alcanzar dimensiones espectaculares. Por el suelo de la cueva se distribuyen algunos bloques, al parecer desprendidos del techo, contribuyendo a acentuar el aspecto irregular y caótico del mismo. El nivel de la roca madre se encuentra oculto por los sedimentos, quedando indeterminada la profundidad real de la estancia.

Resulta evidente, tras una observación general de la terrera, la identidad de los materiales que la componen respecto a los que permanecen *in situ* en el interior. Este hecho corrobora

nuestra primera apreciación de considerar que el talud formado a escasos metros de la entrada es producto de una limpieza de la sima, habiéndose vaciado parcialmente su interior de los sedimentos de colmatación acumulados a lo largo del tiempo. La simple observación de los niveles geológicos y de la cultura material recuperada no permite establecer con total nitidez el margen crono-cultural de ocupación del lugar, si bien apuntamos como más probable su carácter monofásico. Por el momento, debemos limitarnos a la catalogación del yacimiento dentro del esquema de prospección que se viene confeccionando en este sector, sin descartar futuras actuaciones que clarifiquen la situación y, tal vez, nos acerquen a una realidad de asentamientos marginales semejante a la existente en otros yacimientos de la comarca como la "Cueva del Coquino".

No resultaría descabellado plantearse este último extremo, toda vez que el enclave reproduce esquemas similares de habitabilidad y condiciones idóneas para el desarrollo de una actividad ganadera como la descrita en el capítulo correspondiente. En la actualidad continúan estas prácticas, constituyendo una de las escasas fuentes de recursos en la zona. Rebaños de ovejas y cabras pueden verse habitualmente por el entorno, destacando sobre un paisaje desprovisto ahora del bosque mediterráneo cuyos últimos reductos se localizan a varios centenares de metros pendiente abajo. Sólo el pobre pastizal y el repertorio de retamas y especies esclerófilas habituales en este medio constituyen la cobertera vegetal que salpica la enorme masa caliza.

La presencia de agua es otro de los factores que debieron capitalizar indudablemente la idoneidad del lugar para el establecimiento de hábitats más o menos permanentes. Partiendo de la base de que tanto la situación pluviométrica actual, que hace de éste un bien escaso, como la degradación vegetal a que ya hemos aludido repetidas veces, desvirtúan la configuración ecológica que este entorno debería tener, hemos de suponer que en su día se dieron las condiciones óptimas para la existencia de una nutrida red de acuíferos y que el lugar ofrecería más posibilidades de asentamiento humano que hoy. Incluso actualmente nos llegan noticias de los lugareños, que aseguran haber conocido saturadas de agua algunas de las pequeñas concavidades y simas aledañas al yacimiento que estudiamos. Todo ello nos lleva a considerar a este punto dentro de un marco natural ventajoso, del que ya se aprovecharon otros grupos humanos durante el Tercer y Segundo Milenios, con establecimientos muy cercanos que hemos venido considerando en el estudio de hábitats como Fuente Camacho, Las Mozas, Las Chozas, El

Almendo, etc.

Registro arqueológico

Consta de un total de diez fragmentos cerámicos, de los cuales la mitad han sido excluidos del catálogo formal por su condición de amorfos, otro ha sido considerado de factura musulmana y los otros cuatro restantes se contemplan en este estudio como materiales prehistóricos (Fig. 13, núms. 1-4). Existe además una ingente cantidad de material lítico (Fig. 13, núms. 5-8), entre el que predominan esquirlas y fragmentos que insinúan actividades de talla, habiéndose seleccionado un escaso aunque representativo conjunto de cuatro láminas con clara adscripción tipológica. De entre la gran cantidad de huesos de ovicápridos esparcidos por toda la superficie no ha sido reconocida ninguna pieza trabajada.

Cerámica a mano

1.- Se trata de un fragmento de un cuenco de paredes entrantes, de tendencia esférica. La pasta es de coloración media (pardo-grisácea) y de textura harinosa. Las superficies son de color parduzco; aunque el estado de conservación de la pieza es muy deficiente, en ambas caras puede rastrearse aún el tratamiento de bruñido original. El fuego es reductor. El diámetro de boca es de 180 mm.

2.- Fragmento de un cuenco profundo de paredes rectas con el labio ligeramente abierto. La pasta es media, de textura harinosa. Las superficies están alisadas y son de color parduzco. El fuego es reductor. Su diámetro de boca es de 160 mm.

3.- Fragmento de un asa horizontal de sección aplanada. Aunque no se conserva la línea de borde, la tendencia del perfil parece indicar que la fractura superior del fragmento debe corresponder a la rotura del mismo. En este caso estaríamos probablemente ante una ollita globular de galbo carenado y cuello recto con sendas asas horizontales a ambos lados, similar a la documentada en "El Coquino" (núm. 93.-E5/C2/2183,2124), perteneciente a la Fase I del yacimiento. Al igual que en aquel ejemplar, éste también presenta restos de una espesa capa de pintura roja a la almagra, tratada mediante espatulado. La pasta es media, de textura harinosa. El fuego es reductor.

4.- Fragmento del cuello alto y estrecho de una olla globular, decorado con una línea de incisiones puntiformes realizadas con un punzón romo a unos 10 mm del borde. La pasta es media, de textura escamosa. Las superficies, de color parduzco, han sido bruñida la interior y alisada la exterior. El fuego es reductor. El diámetro de boca es de 100 mm.

Piedra tallada

5.- Hojita de sílex de color gris claro. La sección es triangular, talón fracturado y bulbo suave.

6.- Hoja de sílex de color marrón claro. Sección triangular. Talón plano y bulbo marcado.

7.- Hoja de sílex de color gris claro. De sección trapezoidal. Presenta reserva de córtex en el extremo distal. El talón es puntiforme y el bulbo marcado.

8.- Hoja de sílex de color gris claro. La sección es trapezoidal. Presenta un fino retoque de uso en la zona distal biselada. El bulbo es puntiforme, rebajado y suave.

Atribución cultural

El conjunto de las piezas analizadas constituye, a nuestro juicio, una evidencia más de la ocupación neolítica constatada en la región. Como tendremos ocasión de tratar en el siguiente capítulo, cuencos profundos y ollas globulares como las de la Fase I del "Coquino", con los que mantienen claras similitudes los fragmentos que ahora presentamos, forman parte habitualmente de los contextos del horizonte de la Cultura de las Cuevas, del mismo modo que la cerámica a la almagra, de amplio desarrollo en el Neolítico Medio de la Alta Andalucía. Por lo que respecta al material lítico, las características generales que presenta esta reducida muestra son también las que generalmente ofrecen los conjuntos del Horizonte de la Cultura de las Cuevas. Baste recordar, a título de ejemplo, el carácter básicamente laminar de la industria en sílex de yacimientos como el de la "Cueva de los Murciélagos" de Zuheros en donde las pequeñas hojitas, mayormente sin retocar, son particularmente abundantes en el Estrato III, de la de los estratos del Neolítico Medio de la "Cueva de la Carigüela" de Píñar o la de la Fase I del poblado de "Los Castillejos" de Montefrío.

Localización y características geográficas

Sus coordenadas geográficas son: 37° 09' 04" Lat. N. y 4° 12' 10" Long. W. del Mapa del Servicio Geográfico del Ejército, hoja 17-42 (1024) de Archidona. Escala 1:50.000. El acceso al yacimiento se efectúa siguiendo el carril perteneciente al "Cortijo Cepero", que arranca a la altura del Km 198 de la carretera N-342 Granada-Sevilla y, tras recorrer unos 1.500 m, finaliza al pie de la elevación denominada "La Loma", lugar de los hallazgos. A partir de este punto, un camino secundario, muy accidentado, conduce directamente a una pequeña explanada poblada de olivos en donde ha tenido lugar la recogida de los materiales documentados.

Desde este lugar se obtiene una amplia visión del entorno geográfico que hemos venido describiendo en apartados anteriores. Al SW, la maciza silueta de "Gibalto" cierra la barrera montañosa que representa en toda la franja Este de la región la secuencia: Sierra de Loja-Sierra Gorda. Algunas elevaciones de cierta entidad como el "Cerro Balcón" impiden ver en su totalidad la zona SW con su centro de Fuente Camacho. Desde esta posición, una prolongada serie de pequeñas sierras y lomas por el N/NW confluye, a modo de cuña, en la desgarradura tectónica de "Puente Barrancón". En una apreciación global de la orografía de la zona, podríamos considerar a este punto como la apertura natural del cauce procedente de las tierras altas del SW hacia la última depresión del sector, antes de abrirse definitivamente el camino hacia la vega de Loja/Granada.

Esta disposición orográfica conforma un pequeño valle por el que discurre el Arroyo Barrancón y el Río Frío, a la vez que acentúa la singular posición estratégica, antes referida, de los asentamientos humanos localizados en el paso de los caminos serranos a través de Los Alazores. Es indudable que esta demarcación debió gozar en el pasado de las ventajas que tan singular posición geográfica le ofrecía. No obstante, no tenemos conocimiento de un poblamiento estable en la zona hasta época romana. La sola presencia de un hacha pulimentada triangular de filo simétrico, encontrada en una de nuestras visitas a los cortijos de las inmediaciones, no supone, a nuestro juicio y por el momento, un testimonio suficientemente explicativo de ocupación prehistórica. Por su parte, de la ocupación romana y musulmana sí existen vestigios de cierta envergadura a nivel estructural, ahora completados por el componente artefactual que ha

conseguido recuperarse.

A pesar de las ventajas topográficas señaladas, creemos que son las expectativas agrícolas que ofrece el lugar el elemento aglutinante capaz de explicar esta densidad poblacional. Una simple visión de conjunto a lo largo de esta *franja verde* que recorre el piedemonte de la sierra caliza, es suficiente para comprender la importancia que los regadíos ocupan en el balance agropecuario de estas tierras. La abundancia de surgencias de agua que a baja y media cota respecto al nivel de base del valle, vierten hacia los márgenes aterrazados del "Barrancón" y "Río Frío", potencian el valor de esta actividad hasta hacerla casi intensiva en la práctica totalidad del suelo. A partir de estas zonas inferiores los cultivos arbóreos extensivos conforman el secanal característico de la región. El terreno en estas parcelas es de calidad modesta en comparación con el valle, a menudo poblado de potentes concentraciones de cantos y nódulos silíceos que delatan su antigua posición marginal y aterrazada respecto a cauces o cuencas hidrográficas internas que debieron conformar un paisaje pleistocénico al que ya hemos aludido en otra ocasión.

El lugar de hallazgos de "Cepero" se inscribe en un contorno de unos 500 m de diámetro, en el que se distinguen dos puntos destacados por la concentración material o la presencia de estructuras muebles funerarias. Este hecho nos da pie a considerar un mismo hábitat en un territorio no demasiado extenso, con una evidente diversificación de uso del mismo en zonas de habitación, explotación agrícola y enterramiento. El conjunto de hallazgos se distribuye de forma desigual, habiéndose detectado una concentración de cerámica romana en la cima de una pequeña loma, a la que antes hemos hecho referencia, y que consideramos el punto de hábitat. El lugar está actualmente dentro de un olivar al que se accede por un camino angosto y poco transitable en época de lluvias. La intensa roturación hace que los materiales aparezcan muy fragmentados, además de acumularse en los pequeños declives del cerro por su parte occidental, zona de visibles abarrancamientos que produce el agua y en los que es fácil encontrar fragmentos cerámicos y cascotes de téglulas.

Registro arqueológico

Cerámica a torno

Se han recogido un total de 34 fragmentos de cerámica común romana, entre los que

predominan elementos amorfos. Sólo dos pequeños fragmentos de borde y un fondo se identifican dentro de este monótono conjunto. Las coloraciones suelen ser oscuras o parduzcas, ofreciendo pocos datos relevantes a lo que es normal en este tipo de vajillas. Los grosores oscilan entre los 4 y 10 mm de espesor, y los tamaños de las piezas no sobrepasan en ningún caso los 5 cm. Abundan además los fragmentos de tégulas, entre los cuales sólo se han documentado dos bordes.

Elementos funerarios

Bajo esta genérica denominación queremos dar conocimiento de dos sarcófagos de piedra caliza, encontrados en las inmediaciones en el transcurso de las faenas agrícolas. En ambos casos se trata de piezas rectangulares talladas en piedra, localizadas en una pequeña terraza junto al camino que da acceso a la finca. Sus medidas de longitud, altura y anchura son respectivamente de: 2m x 1,50 m x 0,80 m en un caso, y 1,85 m x 0,92 m x 0,74 m para el otro ejemplar. La distancia al punto de hallazgo de los otros materiales es lo suficientemente escasa como para considerar que pudieran adscribirse al mismo yacimiento. Aunque el estado de conservación es bueno en ambos casos, uno de ellos ofrecía en el momento de nuestra documentación evidentes signos de rotura por uno de sus laterales, posiblemente a causa de su exposición a las inclemencias del tiempo, además del uso que de él se había hecho en otro tiempo como abrevadero para el ganado. De las circunstancias que rodearon a estos hallazgos, así como del material que pudieron contener, no tenemos noticias, ya que no se dispone del testimonio de las personas que los llevaron a cabo, salvo las referencias generales al lugar en que fueron encontradas. En el momento de nuestra visita pudimos constatar que, tanto por el carácter de las piezas como por su localización, existen indicios más que evidentes como para hablar de la existencia de una necrópolis vinculada a más de un núcleo de poblamiento. Este extremo, no obstante, no deja de ser más que una mera hipótesis de trabajo, dada la carencia de otras evidencias en los alrededores que lo corroboren y, sobre todo, la posible desaparición del yacimiento al haberse roturado intensamente el sitio y dedicarlo a olivar.

Atribución cultural

Dadas las evidencias de que disponemos, resulta un tanto complejo proponer una

cronología precisa para este yacimiento, debiéndonos circunscribir a la generalidad del mundo tardorromano como referencia global, acorde, por otro lado, con el poblamiento de estas características en la zona.

TL-SW/8/ CUEVA HORÁ

Localización y características geográficas

Se localiza a 37° 06' 12,6" Lat. N. y 4° 10' 10,9" Long. W. según el Mapa Militar de España, hoja 18-42 (1025) de Loja, escala 1:50.000.

Se trata de un enorme abrigo horadado en su parte posterior por una gran diaclasa que, a modo de amplia *chimenea* asciende hasta una reducida meseta que conforma en su mayor parte el techo de la cueva y le otorga el nombre con el que es conocida. La configuración del hueco es de tendencia horizontal, con una amplia boca que se corresponde básicamente con la anchura del recinto (unos 50 m) y una altura no superior a los 5 m. El interior presenta un aspecto caótico ante la presencia de grandes bloques, probablemente desprendidos del techo, que dejan entre sí grandes espacios con abundante relleno de tierra suelta y estiércol de oveja. La utilización de la cueva como aprisco para el encierro de ganado justifica este aspecto, resultando por lo demás muy compleja la tarea de prospección.

Al lugar se accede a través de una pista forestal que parte de la localidad de Loja y, tras atravesar la sierra homónima, se dirige a poblaciones como Salar y las Tierras de Alhama. Aproximadamente unos 15 Km separan el lugar de la capital comarcal, por un camino angosto y serpenteante a través de cañadas y ascensos bruscos por una serie de lomas calizas y formaciones petrológicas que caracterizan el paisaje típico de estos conjuntos kársticos. El carril pasa a escasos metros de la entrada, por lo que es fácil el acceso y localización de la cueva a mitad de camino entre la "Loma de la Semilla" y la "Loma de las Cabras". El territorio en general presenta los caracteres morfológicos ya referidos en la descripción de la unidad "Sierra de Loja"- "Sierra Gorda", siendo frecuentes las simas y cuevas que resultan de la acción erosiva del agua sobre la piedra caliza. En nuestro caso estamos, sin duda, ante una formación cuya génesis hay que vincularla a un proceso de esta índole.

El terreno no posee otra vegetación que la habitual en estas altitudes y tipo de suelo, es decir, las clásicas retamas, las diversas variedades de esclerófilas de bajo porte y los pastos. Es indudable por ello que cualquier población que recale en la zona ha de vincular la subsistencia a prácticas pecuarias. Este aspecto es importante a la hora de configurar el cuadro económico y cultural de los asentamientos humanos prehistóricos registrados en estas zonas, constituyendo además el elemento clave para definir en la Tierra de Loja lo que venimos conceptuando como *hábitats marginales* durante el Neolítico y la Edad del Cobre.

Registro arqueológico

Cerámica a mano

El registro arqueológico está representado por un único fragmento de cerámica a mano, perteneciente a un cuenco plano de paredes y borde entrantes (Fig. 12, núm. 1). Presenta junto al borde dos pequeños mamelones redondeados. La pasta es oscura, de textura escamosa. Las superficies están alisadas, siendo la exterior de color pardo con algunas manchas oscuras producto de la cocción. El fuego de cocción es reductor. Dado el estado de fragmentación y deterioro general del borde, no es determinable su diámetro con exactitud aunque se le supone en torno a los 270 mm.

Atribución cultural

Considerando lo escueto de la muestra, hemos de recurrir una vez más a paralelos tipológicos que puedan contextualizar este material con una fase cultural determinada. La más cercana de estas referencias la encontramos en la "Cueva del Coquino", concretamente en la Fase III. La ubicación estratigráfica del vaso núm. 186, con el que al parecer podría emparentarse nuestro fragmento, plantea ya de por sí cierta problemática al tratarse de un nivel donde, en general, no es posible establecer una evolución clara del horizonte calcolítico que se inicia con el Estrato 3 de dicho yacimiento. En rigor, llega a ser incluso obvia la dificultad para deslindar la ocupación de la Edad del Cobre de la posterior que se manifiesta a través de determinados

elementos insertos en la parte superior del relleno y que denuncian una ocupación temporal y esporádica de la cueva a lo largo de la Edad del Bronce. Considerando estos hechos, y atendiendo al estudio del Estrato 3 y la parte inferior del Estrato 2 en los Cortes I y II, que son los menos afectados por las remociones clandestinas, puede establecerse una contextualización estratigráfica más precisa y atribuir estos fragmentos a un horizonte propiamente calcolítico, aunque dentro de un marco cronológico amplio en el que acompañan materiales que arrancan de una tradición próxima a un Cobre Antiguo junto con otros que, como éstos, marcan una evolución clara hacia formas de un momento Pleno o Reciente.

TL-N/9/ CERRO DEL MORO

Localización y características geográficas

Se localiza este punto a 37° 15' 04" Lat. N. y 4° 09' 10" Long. W. en el Mapa Militar de España del Servicio Geográfico del Ejército, hoja 18-41 (1008) de Montefrío. Escala 1:50.000.

El yacimiento se encuentra ubicado en las afueras de la localidad de Ventorros de San José, pedanía del partido lojeño, situada a 16 Km de la capital comarcal. El acceso al núcleo arqueológico se efectúa a través de un carril que se inicia desde la margen izquierda de la carretera N-321 Granada-Priego, a la altura del Km 40, unos 500 m antes de llegar al núcleo de población. El camino es fácilmente transitable y de corta trayectoria, unos 200 m en pronunciado ascenso hasta concluir al pie del paraje conocido como "Cerro del Moro", en el lugar donde existe una antigua cantera de piedra.

El lugar de los hallazgos comprende una amplia meseta situada en la parte superior de este promontorio a 921 m de altitud y unos 200 m² de extensión, así como las laderas del mismo hasta un descenso aproximado de unos 150 m a partir de este punto.

La configuración del cerro presenta un potente escarpe en sus caras S. y SE., ofreciendo un suave declive en la vertiente opuesta, que desciende casi uniformemente hacia la población, con la sola interrupción de una estrecha terraza en forma de media luna a los 50 m de iniciarse la bajada.

Las labores agrícolas han contribuido poderosamente a la transformación de este enclave,

pronunciando decisivamente el aterrazamiento y trastocando la pendiente original de la cara Norte, que debió ser mucho más pronunciada en el momento de ocupación del lugar. Actualmente esta zona se encuentra poblada de olivos, dedicándose los aterrazamientos al cultivo cerealístico. Como se verá después, la prospección ha incidido más decisivamente en esta parte por ser más practicable en lo que a recorrido del terreno se refiere, así como por ofrecer más cantidad de material en superficie. Por lo que respecta a la vertiente más escarpada, sólo merece destacarse la presencia de las únicas estructuras de construcción visibles en el yacimiento, conservadas merced a la no intervención humana desde el abandono del lugar. Estas empinadas laderas sólo ofrecen la vegetación silvestre autóctona de tomillos, aulagas y matorral, con ocasionales calveros en los que se aprecian claras huellas de erosión pluvial. Precisamente esta será una causa fundamental de que las estructuras defensivas, a las que luego nos referiremos, sean tan visibles en todo su desarrollo vertical desde su cimentación hasta las últimas hiladas de mampuestos que se conservan.

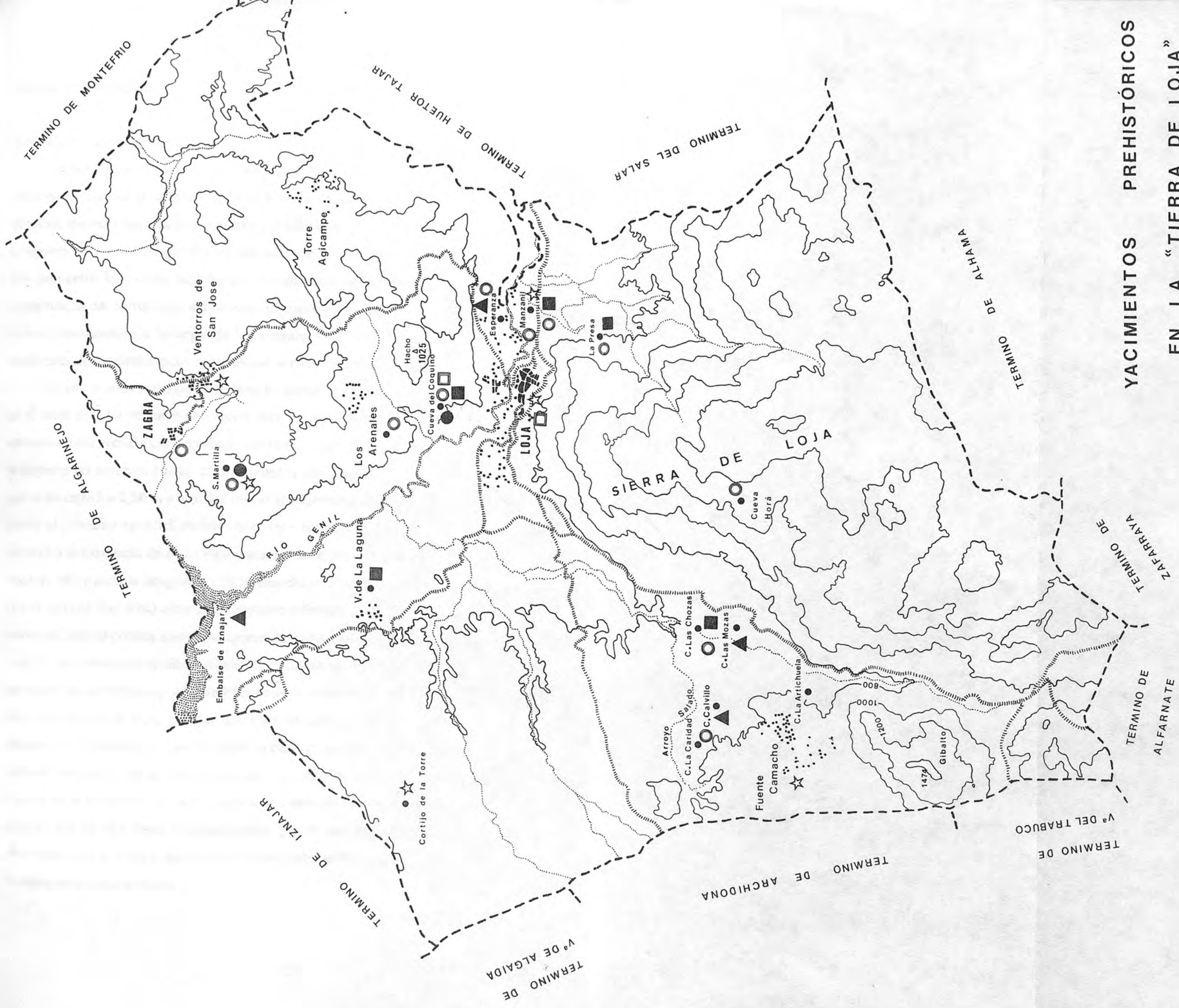
Uno de los aspectos que más reclaman nuestra atención al estudiar el lugar es, sin duda, su excelente posición geográfica en la comarca como punto de indiscutible control visual de una amplia zona circundante. Este factor de valoración estratégica, susceptible en cualquier caso de modelos interpretativos diversos ya tratados anteriormente, se ve potenciado por el hecho de que, además, puede considerarse a este enclave como un punto intermedio de paso entre áreas *matrices* de poblamiento prehistórico en la región. Es indudable que las supuestas relaciones que pudieran haber existido entre asentamientos como Montefrío, Sierra Martilla y Fuentes de Cesna, por citar los núcleos más relevantes y estudiados hasta la fecha, hubieron necesariamente de hacerse a través de un pasillo que marca el "Arroyo de los Gallumbares" a partir de un paraje de confluencia de angostos valles que proceden de las sierras septentrionales y la vega granadina al Sur. Esta zona reviste además especial trascendencia en nuestro planteamiento de la ocupación calcolítica del sector por el reciente descubrimiento de un taller de útiles de sílex, en probada relación con los establecimientos citados del Oeste a través de este paso.

Un conjunto de sierras, visibles desde el yacimiento, circundan por tanto a una depresión de indudable valor arqueológico, como lo ha demostrado nuestra prospección en este cuadrante. Por citar las más determinantes en la configuración de la zona, citaremos al Norte las sierras de "Ojete" y "Las Chanzas", que marginan la subida hacia Algarinejo; en segundo lugar, un conjunto de lomas paralelas en sentido SW.-NE. marcan los accesos a las tierras altas de Montefrío hacia

el NE.; por último, el complejo que constituyen al Sur las elevaciones de "La Cruz", "Las Canteras" y "El Hacho", representa una barrera que se antepone a las tierras bajas de la Vega del Genil.

Las posibilidades agrícolas de estas tierras, unidas a la abundancia de agua, hacen que exista una enorme dispersión poblacional en torno a los núcleos de Los Ventorros de San José y Zagra. La gran abundancia de cortijos que salpican todo el entorno es el mejor exponente de un intenso poblamiento del solar, prácticamente sin solución de continuidad, desde la Prehistoria hasta nuestros días, como lo prueba el ingente número de hallazgos de diversas épocas registrado en la zona. Desgraciadamente la mayoría de estos materiales han salido a la luz como consecuencia del laboreo agrícola y, en buen número de casos, han sufrido las consecuencias de una falta de consideración mayor por la ignorancia de sus descubridores o, lo que es más grave y común en los últimos años, la labor desaprensiva de los coleccionistas y excavadores clandestinos que contribuyen a su desaparición de la zona. En cualquier caso, nos hacemos ahora eco de esta problemática, por cuanto que es un elemento destacado en el estado final en que se encuentran estos yacimientos en el momento de nuestro estudio.

En el caso particular del "Cerro del Moro", las agresiones humanas han sido particularmente continuas y significativas desde los años setenta. De su alcance y grado destructivo hemos tenido noticia por el testimonio de algunos vecinos del lugar, cuyas explicaciones, no por simples menos ilustrativas, nos hablan de destacadas exhumaciones de material diverso, al parecer asociado a los niveles iberorromanos. Sólo nuestra propia recogida superficial y la colaboración desinteresada de los dueños del terreno han permitido ofrecer ahora una muestra significativa del complejo artefactual que documenta la secuencia cultural del yacimiento y que pasamos a referenciar en el siguiente apartado. Es preciso, asimismo, hacer constar que existen otras referencias verbales en relación con determinados materiales cuya descripción, por parte de personas que los han contemplado, no dejan lugar a dudas acerca de sus características tipológicas y filiación cultural. No obstante, ante la negativa de sus propietarios a ser estudiados, nos vemos obligados a obviarlos en este catálogo.



**YACIMIENTOS PREHISTÓRICOS
EN LA "TIERRA DE LOJA"**

(GRANADA)

ESCALA — 1:100.000

- ▲ Paleolítico
- Neolítico
- Cobre
- Bronce Argárico
- Bronce Final
- ☆ Cultura Ibérica

Registro arqueológico

Estructuras arquitectónicas

Están representadas en este caso por un lienzo de muralla de unos 50 m de largo, sólo visible en su totalidad en un tramo de 10 m. El resto del conjunto puede distinguirse, no sin cierta dificultad, gracias a las hiladas superiores que afloran en la superficie del suelo entre la maleza y la vegetación de chaparral que puebla parcialmente la zona superior del cerro. En dos puntos de este perímetro la muralla ha sido erosionada hasta el punto de haberse fracturado como consecuencia del corrimiento del terreno. El tramo visible corresponde al costado E. y SE. del recinto, insinuándose a lo largo de los laterales N. y W. lo que podría interpretarse como situaciones de derrumbe, poco precisas por la cobertura vegetal a que antes aludíamos.

Como ya se indicaba anteriormente, las partes de esta construcción que quedan expuestas en el talud oriental permiten una visión clara del sistema constructivo y la entidad global de la estructura. Es apreciable una cimentación de cantos y gravas de tamaño muy diverso, sobre la cual se levantan las primeras hiladas de mampuestos que soportan en tamaño decreciente un alzado que oscila entre los 2,50 m y 3 m del mismo aparejo irregular. Por la situación degradatoria que afecta al conjunto es difícil definir otros aspectos formales del mismo, como podrían ser la anchura o la existencia de otros elementos estructurales como bastiones, contrafuertes, etc. A pesar de ello y dada la desigual configuración del solar en que se instala el enclave, suponemos que el reborde Sur debió estar especialmente reforzado con objeto de nivelar en lo posible el amesetamiento; el potente derrumbe apreciado en este sector parece avalar esta hipótesis. En el resto de la estructura es difícil dirimir la potencia del muro, si bien las medidas y cálculos aproximativos permiten suponer grosores entre 1,70 m y 2 m. La configuración de la meseta no deja, por otra parte, lugar a dudas sobre donde estaría dispuesto el acceso al recinto. Lo más plausible en este sentido, es que existiese un camino que circunvalase el cerro por su costado E. hacia el extremo N., desde donde se iniciaría un corto ascenso rampante hasta llegar al vano de ingreso en el complejo. De la existencia de estos elementos no se ha documentado vestigio alguno, por lo que estas consideraciones parten únicamente de la lógica derivada de la observación directa sobre el terreno y las posibilidades que éste ofrece de cara a una construcción de semejantes características.

Cerámica a mano

Su representación en la muestra recuperada es muy escasa, reduciéndose ésta a un total de cinco fragmentos de calidad y tipología diversas. Su descripción se hace siguiendo el mismo orden de inventario que aparece en las láminas adjuntas (Fig. 14, núms. 1, 2, 3, 6 y 7).

1.- Fragmento del borde de un cuenco con la superficie grosera; la pasta es de coloración media, textura harinosa y desgrasante fino de origen micáceo; la superficie es de color pardo-grisácea; el fuego es oxidante; el grosor del fragmento es de 5 mm. y el diámetro de boca es de 18 cm.

2.- Fragmento del borde de un vaso de paredes entrantes, con superficie grosera; la pasta es media, de textura harinosa y desgrasante fino a medio, calizo y micáceo; la superficie presenta una coloración parda; el fuego es reductor; presenta un pequeño mamelón muy próximo a la línea de borde, su grosor es de 7 mm y el diámetro de boca es de 19 cm.

3.- Fragmento del borde de un cuenco con la superficie grosera y color pardo-grisácea; la pasta es media, de textura escamosa y desgrasante fino a medio, calizo; el fuego es oxidante; presenta una asa de pestaña vertical inmediatamente debajo de la línea de borde; el grosor es de 8 mm. y el diámetro de boca es de 12 cm.

6.- Fragmento de la pared de una vasija abierta cuya superficie presenta restos de escobillado vertical; el color de la superficie es pardo-grisácea; la pasta es oscura, la textura escamosa y el desgrasante fino de origen micáceo; el fuego es reductor; el grosor del fragmento es de 5 mm.

7.- Fragmento de la pared de una vasija de paredes abiertas, posiblemente un cuenco, con ambas superficies bruñidas; la pasta es clara, de textura harinosa y desgrasante medio, de origen calizo y micáceo; la superficie tiene un color parduzco; el fuego es reductor; presenta una perforación circular y uniforme en el extremo superior de 4 mm. de ancho.

Cerámica a torno

Está representada en primer lugar por un escaso conjunto de tres fragmentos de vasos pintados con reborde corto, bicromos, cuya tipología recuerda a las características urnas de Cruz del Negro (AUBET, 1976-78; ARANEGUI, 1980; BELÉN y PEREIRA, 1985), con cuello cilíndrico y baquetón central del que arrancan las asas. También han podido documentarse otros cuatro restos de bordes pintados con asas dobles semejantes a los *pithoi*, siendo patente cierto

grado de evolución. Es de destacar en este sentido, que las asas no se ofrecen geminadas sino simplemente acanaladas y, aunque puede encontrarse este tipo entre los conjuntos materiales de Ibérico Antiguo, es corriente que representen formas derivadas de los asideros geminados.

Se incluyen también en lo plenamente ibérico los fragmentos de ánforas que, en número superior a la treintena, han sido recogidas por diversos aficionados locales. La observación de este conjunto, además de los cinco fragmentos recuperados por nosotros, nos ofrece unas formas muy modernas que presentan sus bordes redondeados, con una incurvación de las paredes que no deja lugar a dudas sobre su no pertenencia a las ánforas de hombro marcado más antiguas.

Un fondo, por otra parte, rematado en un pivote que ya es característico de las ánforas ibéricas y púnicas (RAMÓN, 1981; MOLINA FAJARDO y HUERTAS, 1983), viene a completar este segundo grupo de cerámicas industriales.

Un tercer conjunto cerámico, de gran variedad, permite distinguir un número bastante abundante de vasos con borde ligeramente vuelto; un fondo con pie marcado que se vincula en cierto modo a los modelos importados campanienses del final del período ibérico; una fuente de labio vuelto en cerámica anaranjada, con claros precedentes en anteriores modelos de cerámica gris; y dos fragmentos pintados monocromos: uno con semicírculos concéntricos y otro con cabelleras, cuartos de círculo concéntricos y líneas rectas paralelas.

Finalmente, la cerámica gris tiene también representación en este contexto material, aunque sea mediante la tímida presencia que aporta el único fragmento registrado con esta factura (Fig.14, núm.8). Se trata de un fragmento del borde y pared de un plato con una línea de carenación redondeada y superficie bruñida; la pasta es clara, de textura harinosa y desgrasante esquistoso y micáceo; la superficie es gris clara; el fuego es reductor; presenta restos de una perforación de unos 4 mm de ancho en la línea de fractura y a 1 cm de la línea de carenación; el grosor máximo del fragmento es de 8 mm y el diámetro del plato se estima en 22 cm.

Metal

Existen entre el conjunto documentado dos piezas de cobre, un tanto novedosas en este tipo de conjuntos metalúrgicos. La carencia de otras referencias más definitivas, nos obliga a guiarnos exclusivamente por los caracteres tipológicos que ofrecen para establecer una aproximación a su posible funcionalidad (Fig.15, núms.11 y 12). Presentan una forma rectangular de 20 mm de longitud, con un talón plano y un filo aguzado en el extremo opuesto. La anchura

en ambos casos es de 5 mm y, desde esta posición, ofrecen un aspecto barquiforme o aquillado. En lo que parece su cara inferior se abre un hueco ovalado, posiblemente para su empaque. En una de ellas se observa en ambos costados un dibujo semicircular en relieve, atravesado longitudinalmente en su base por una pequeña incisión. De todas estas características, particularmente de la existencia de talón y filo, deducimos que se trata de algún tipo de instrumento relacionado con el troquelado metálico en labores de orfebrería.

Merece atención especial una pequeña pieza de cobre, muy patinada, con una longitud de 58 mm, 13 mm de anchura y 5 mm de espesor (Fig. 17, núm. 24). Su aspecto antropomorfo hace pensar en su carácter votivo, tratándose, con toda probabilidad, de un pequeño amuleto personal. Su configuración general, el ahuecado de su cara posterior y algunos puntos de rebaba bien visibles, revelan una elaboración mediante molde. El acabado de su contorno y superficie anterior se realizó mediante una técnica de limado o abrasión.

Un fragmento de brazalete de pequeñas dimensiones, junto con un punzón, ambos de cobre, vienen a completar este conjunto de piezas metálicas (Fig. 17, núms. 26 y 29). De la primera pieza se conserva aproximadamente la mitad, estimándose su diámetro en unos 38 mm. La sección es circular, de 4 mm de diámetro. La superficie presenta numerosos signos de descamación, habiéndose desprendido bastante metal en algún punto de la misma.

Respecto al punzón, ofrece un estado de conservación superficial similar a la pieza anterior, si bien se conservan prácticamente intactas sus dimensiones originales. Presenta un ligero arqueamiento y se encuentra fracturado por el extremo de empaque, conservando aún la aguzada punta en la zona opuesta. La sección es circular, de 3,5 mm de diámetro. La longitud actual es de 115 mm.

Cierran este conjunto metálico dos puntas de flecha de distintas tipología y adscripción cultural. La más antigua de ellas (Fig. 15, núm. 9) es un tipo de hoja foliácea en cobre, con largo pedúnculo de sección cuadrangular y marcado nervio central. Su estado de conservación es bueno. Mide 94 mm de longitud y 17 mm de anchura máxima.

El otro ejemplar es una punta del tipo *Barbillón*, de 42 mm de longitud entre la punta, actualmente algo desgastada, y el extremo de su empaque tubular cuya sección es de 5 mm. En esta última zona se aprecia una pequeña rotura o mella, producto de un golpe reciente. Un grueso nervio central la divide en dos aletas cuya anchura máxima es de 9 mm.

Piedra tallada

Sólo se dispone de dos piezas líticas de sílex, concretamente hojitas de pequeño tamaño, que presentan evidentes signos de talla en sus bordes. La mayor de ellas (Fig. 14, núm.4) mide 7,8 cm de longitud y 2,4 cm de ancho, es de color gris oscuro, de sección trapezoidal y bulbo poco marcado. Presenta un fino retoque de uso en la zona distal de su borde izquierdo, configurando una pequeña muesca. En el borde derecho se aprecian varios golpes de retoque más abrupto. La pieza núm. 5 (Fig. 14), es de tamaño más reducido (2x2 cm), de color gris claro y sección trapezoidal. Dada la frescura de sus fracturas distal y proximal es fácil concluir que debió tratarse de una pieza mayor, de la que sólo conservamos un fragmento finamente retocado en su borde derecho.

Piedra pulimentada

La componen un conjunto en piedra pulimentada de seis útiles, cuatro de los cuales presentan un estado de conservación bueno mientras los otros dos se encuentran altamente fragmentados. La materia prima utilizada es en todos los casos la diorita. Su tipología es diversa, encontrándose entre ellos, un cincel de forma rectangular y talón redondeado (Fig. 15, núm. 16), de caras plano-convexas y aristas paralelas, pulimentado en la totalidad de la superficie, y dos hachas (Fig. 15, núms. 17 y 18) de silueta triangular, caras plano-convexas y aristas convergentes. En los dos ejemplares el bisel y filo de uso se encuentran en óptimas condiciones de conservación. El tamaño de estas piezas oscila entre los 11 cm y 14 cm de longitud por 4,5/6 cm de anchura máxima. El perfil es muy similar en ambas, ofreciendo un desarrollo plano-convexo de unos 4 cm. de espesor, una de ellas, mientras que la otra presenta la cara inferior plana. En las dos caras están pulimentadas.

De una tercera (Fig. 16, núm. 21), de gran tamaño, sólo se conserva aproximadamente un cuarto de su totalidad. La zona conservada corresponde a una porción de su bisel, considerablemente desgastado, ofreciendo un perfil romo. El pulimento afecta a toda su superficie.

Las otras dos piezas restantes tienen secciones más redondeadas, más próximas a las que presentan los instrumentos de trituración. En un caso (Fig. 16, núm. 22) sólo se conserva la mitad superior, que acaba en un pico romo, mientras que en el otro ejemplar (Fig. 16, núm. 23) puede observarse aún su fisonomía original. Este instrumento se encuentra muy desgastado, tanto en su

talón, donde se observan restos de una fractura, como en el tercio inferior, con señales de levantamientos en el bisel, reveladoras del uso al que posiblemente fué sometido. En el primer caso el pulimento afecta a la totalidad de la pieza mientras que en este último ejemplar ha sido efectuado un trabajo de piqueteado.

Barro cocido

Bajo esta denominación han sido catalogadas siete piezas de telar de diferentes formas y tamaños. Predomina el tipo de *fusayola* de perfil bitruncocónico (Fig. 16, núms. 19 y 20; Fig. 17, núms. 28, 30, 33), existiendo un tipo de tendencia cilíndrica en su base (Fig. 17, núm. 32), a mitad de camino entre las primeras y una forma troncocónica catalogada con el núm. 27 (Fig. 17). Esta última es además la única que presenta decoración, consistente en una serie de incisiones puntiformes lineales, hasta un total de diez, en sentido radial espiriforme respecto al orificio central. La perforación en todos los casos es uniforme y paralela al eje de simetría de la pieza, presentando emboque abierto en ambos orificios de entrada y salida. Los tamaños rondan los 2 cm de altura por 2 cm de diámetro máximo. En las dimensiones de los orificios se da esta misma uniformidad, siendo éstos de unos 4 mm por término medio. Sólo la pieza núm. 20 (Fig. 16), algo mayor, se sale de esta tónica general. Sus dimensiones son de 2,5 x 3,5 cm y el orificio presenta un diámetro de 7 mm.

Hueso

Se han documentado cuatro fragmentos pertenecientes con toda probabilidad a la parte medial de otros tantos punzones, trabajados posiblemente sobre metatarsianos o metacarpianos de ovicápridos. La sección es circular en dos casos (Fig. 15, núms. 13 y 14), rectangular en el ejemplar núm. 15 (Fig. 15) y ligeramente semicircular en el núm. 25 (Fig. 17), un tanto irregular merced a una fisura longitudinal que presenta la pieza. En todos ellos se observa un fino trabajo de pulido superficial. Las longitudes oscilan entre 1,5 cm y 5 cm.

Concha

La primera de las dos piezas documentadas consiste en un fragmento de concha de molusco, muy erosionada, quedando indeterminada su configuración original, si bien pudiera tratarse de un posible colgante.

La segunda pieza la constituye un colgante de *Pectúnculus* con una perforación circular en el natis que ha sido realizada mediante abrasión de esta zona convexa (Fig. 17, núm.34). El orificio se presenta agrandado accidentalmente por rotura. Tiene un diámetro de 40 mm.

Atribución cultural

Es indudable que la variedad del registro material que se presenta denota una amplitud cronológica considerable, atestiguando una secuencia cultural que se remonta a la Edad del Cobre, de tanta repercusión en la zona, y se prolonga hasta época protohistórica. A la vista de este registro se evidencia, efectivamente, que el poblamiento del cerro tuvo su origen durante el período calcolítico, bien referenciado desde sus primeras etapas en yacimientos cercanos como "Sierra Martilla", "El Duende", "El Algarbe" y tantos otros de los que se hace cumplida referencia en este capítulo.

Especial relevancia adquieren los materiales cerámicos a mano que, en su conjunto, pueden inscribirse en la línea del cuerpo tipológico propio de los ambientes culturales del Bronce Final del Sureste. Dentro de esta aproximación crono-cultural, los materiales procedentes de los niveles arqueológicos más profundos del corte 3 del cercano "Cerro de la Mora" (Moraleda de Zafayona, Granada) (CARRASCO *et al.*, 1982) constituyen, sin duda, un claro paralelo. Sin necesidad de revisar todo el material paralelizable aparecido en un amplio hinterland meridional de esta cultura, las vasijas, tanto de superficie grosera como cuidada, encuentran paralelos notorios en el cercano yacimiento de Toscanos (SCHUBART *et al.*, 1969), fundamentalmente en sus estratos de base, donde casi toda la tipología I.1 de "La Mora" está representada, así como algunas de las decoraciones de asas de pestaña.

Dentro del conjunto de cerámica torneada, destaca por sus características especiales la denominada cerámica de superficie gris, que en "La Mora" aparece por primera vez en la subfase IIb. En este yacimiento se pone en evidencia una vez más que, dada la presencia de cerámica a torno desde el nivel IIa, estas formas grises no son, en su mayoría, sino las mismas arcillas indígenas adaptadas a las técnicas de fabricación importadas. En cuanto a las peculiaridades técnicas de esta cerámica, son bien conocidas sus pastas grises, por lo general con desgrasante de diverso tamaño, en el que encontramos a simple vista granos calizos, pequeñas incrustaciones

micáceas y, en menor proporción, esquisto. Aunque este no es el caso, suelen aparecer a veces pastas rojizas, debido a una cocción en hornos de atmósfera oxidante y no de reducción, que es lo propio de esta vajilla. Las superficies se encuentran, como en nuestro fragmento, muy bien espatuladas, pudiéndose hablar de auténtico bruñido, lo que supone otra prueba a favor de la pervivencia en los usos de los ceramistas indígenas.

Por lo que respecta a los materiales ibéricos, han de considerarse en primer lugar las evidencias evolutivas aportadas por las asas respecto de modelos antiguos, que hacen presumir un período de ocupación humana en el "Cerro del Moro" durante el s. VI a.C. y quizás parte del V a.C. Los elementos aportados, a su vez, por los fragmentos de ánforas permiten establecer una datación que, siendo variable, puede oscilar entre los siglos IV y III a.C., según ha sido constatado en yacimientos como el "Cerro Macareno" (PELLICER, 1978) o "La Mora", con cerámicas semejantes asociadas a materiales campanienses de época romano-republicana.

Por lo que respecta a las cerámicas pintadas que han sido clasificadas, pueden situarse en el contexto de las últimas representaciones en el escalón evolutivo de las producciones pintadas indígenas a torno del Sur peninsular en la época prerromana, hecho éste que viene reflejado por la máxima simplificación del cromatismo decorativo. Todavía, la relación que pueda inferirse a algunas de estas cerámicas con respecto a modelos campanienses, o el hecho de que aparezcan frecuentemente junto a esos productos, puede considerarse como el primer síntoma de la entrada de elementos romanizadores en la Península, coincidente por tanto con el desarrollo del último estadio del proceso protohistórico.

TL-N/10/ EL ALMENDRAL

Localización y características geográficas

Su situación geográfica es de 37° 16' 04" Lat. N. y 4° 10' 10" Long. W. en la hoja 18-41 (1008) de Montefrío, del Mapa Militar de España del Servicio Geográfico del Ejército, escala 1:50.000. El yacimiento se encuentra muy próximo al núcleo descrito anteriormente, hacia el Norte de las poblaciones de Los Ventorros de San José y Zagra, a 1 Km aproximadamente de la carretera N-321 Loja-Priego de Córdoba. El acceso al lugar de los hallazgos puede efectuarse

desde varios puntos a partir de esta vía de comunicación, no obstante, resulta más cómodo descender hacia uno de los carriles que corren paralelos a la carretera por su margen izquierda, y de ahí, bordear el suave declive que constituye el denominado "Pago del Almendral" hasta situarse a la altura del Km 37. El lugar está actualmente dedicado al cultivo del olivo, sometido por tanto a continuas tareas de laboreo. Esta circunstancia, unida a la configuración en pendiente del suelo, hacen que el rodamiento de los materiales constituya un factor más de alteración en el panorama del campo arqueológico que se analiza.

Dada la proximidad a las unidades descritas en el apartado anterior, omitiremos ahora la repetición de los elementos geográficos que ya han sido referidos como configuradores de la zona. Sólo incidiremos en que este lugar asume plenamente el papel estratégico al que hemos aludido en la descripción geomorfológica de este *cuello de botella* que supone el cerramiento de la cuña Sierra de Ojete-Sierra de Las Chanzas hacia las tierras altas de Algarinejo, por el reborde oriental de la sierrezuela que, una vez más, la toponimia designa significativamente como "Los Castillejos".

Son múltiples las referencias arqueológicas que poseemos de este lugar en un amplio espectro cronológico que cubre desde la Prehistoria hasta la ocupación musulmana. Consideraciones en las que, no obstante, no entraremos ahora, pues la marginalidad de la zona respecto a la Tierra de Loja excede demasiado, con ser un punto de ingreso en la misma de vital interés, de los límites que nos propusimos inicialmente para establecer el territorio sujeto a estudio.

Registro arqueológico

Está compuesto por tres piezas metálicas de cobre que, por las circunstancias que rodean a su hallazgo, podemos considerar integrantes de un mismo conjunto, posiblemente funerario, adscrito tipológicamente al mundo argárico. Las piezas fueron localizadas en el transcurso de las labores agrícolas por el dueño del olivar antes referido, al ser volteadas por el arado. No han sido encontrados hasta ahora otros vestigios materiales o estructurales que conformen un ajuar funerario clásico en este tipo de rituales, quedando tan sólo como muestra esta singular panoplia formada por dos puñales, uno de gran tamaño, y una alabarda. Las tres piezas gozan de buen

estado de conservación en lo que se refiere a la integridad formal de la pieza, lo que presupone, unido a su próxima localización en el terreno, que han permanecido en un mismo depósito casualmente destruido por la maquinaria. Como decíamos antes, y pese a nuestra insistencia por localizar otros hallazgos y obtener otras referencias de su descubridor, no ha sido posible completar más documentación al respecto.

El puñal más pequeño mide 90 mm de longitud, es de base redondeada y presenta unos filos muy aguzados. La anchura máxima en la placa de empuñadura es de 30 mm y en ella conserva tres remaches que forman un triángulo equilátero. La hoja es de forma triangular con una pequeña mella hacia la mitad de uno de sus filos. La sección de la hoja es de 3 mm en la placa y desde ahí se estrecha uniformemente hasta su aguda punta. Los remaches tienen sección cuadrada de 3 mm y una longitud de 10 mm el superior y 9 mm los dos inferiores.

La segunda pieza es otro puñal de mayores dimensiones que el anterior, hoja triangular y base de la placa de empuñadura recta con los vértices redondeados. Presenta dos remaches paralelos de sección cuadrada en disposición romboidal. Las dimensiones de la pieza son: 195 mm de longitud, 44 mm de anchura máxima en la placa y 8 mm en la punta. La sección de la pieza presenta un ensanchamiento mayor en el cuerpo central de la hoja, en torno a los 7 mm, mientras en el extremo de la placa y punto de inserción de los remaches es de 43 mm y su sección de 5 mm. El estado de conservación de la pieza puede calificarse de bueno.

Por último, la pieza más espectacular consiste en una hoja de alabarda que presenta un fuerte nervio central con dos acanaladuras que lo delimitan. La placa de empuñadura es muy ancha, como corresponde a este tipo de piezas, tiene forma triangular muy abierta y lleva tres potentes remaches próximos a cada uno de los vértices. Las dimensiones son: 230 mm de longitud y 80 mm de anchura máxima en la placa; la nervadura central ofrece una anchura de 20 mm en el punto de arranque en la placa y una sección de 10 mm. La forma de la hoja puede describirse como pseudotriangular, con los bordes asimétricos respecto al eje central de la pieza a causa de un sensible estrechamiento de uno de ellos, posiblemente por desgaste natural de uso, a partir de los 20 mm desde la base de la placa. Los tres remaches se mantienen en su lugar en buen estado de conservación, con medidas que oscilan entre los 40 mm y 54 mm de longitud y una sección cuadrada de 6 mm. Los filos y la punta de la hoja se conservan muy aguzados, en concordancia con el buen estado general de la pieza, cuya superficie ofrece amplias zonas patinadas y una mínima porción de concreciones y otros efectos erosivos.

Atribución cronológica

Existen paralelos abundantes para los objetos inventariados, tanto dentro como fuera del ámbito granadino, resultando irrelevante hacer ahora una referencia exhaustiva de los mismos. Sólo consideraremos el hecho de que existen vestigios argáricos en la Tierra de Loja ya estudiados por nosotros en otro momento y de los que nos haremos eco ahora por cuanto que existe una cronología aproximada con la que asociar los hallazgos de esta Zona Norte (CARRASCO *et al.*, 1986). En virtud de esto, y por la tipología de los ajuares y demás utensilios documentados en "Las Chozas", "Ventorros de la Laguna" y "Cueva del Coquino", puede deducirse que las relaciones argáricas con esta zona van a significarse de forma evidente en un momento avanzado del Argar Pleno, con una cronología, como más temprana, de mediados del II Milenio. Por lo que respecta a la alabarda en particular, hemos encontrado como paralelo más cercano la procedente de Baños de la Encina (Jaén) (CARRASCO *et al.*, 1980), clasificada como "Tipo A", encontrada en un contexto arqueológico carente de elementos manifiestamente antiguos y fechada en un momento avanzado de la Fase B.

TL-N/11/ EL DUENDE

Localización y características geográficas

Sus coordenadas geográficas son: 37° 14' 04" Lat. N. y 4° 10' 10" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, escala 1:50.000. El acceso al yacimiento se realiza partiendo del camino que une los Ventorros de San José con la pedanía lojeña de "Las Rozuelas", tomando una desviación hacia la derecha, localizada a unos 800 m de la salida del casco urbano. El camino es angosto y de difícil tránsito, sobre todo en época de lluvias, a causa de su desigual piso y la naturaleza arcillosa de la superficie. En el momento de nuestra visita resultaba impracticable en toda su longitud, por lo que fue preciso realizar un trecho a pie de unos 500 m hasta llegar a la zona de los hallazgos. Esta se extiende en unos 1000 m² en torno a la casa cortijo que da nombre a la finca, por un terreno en pendiente hacia el barranco por el que discurre el Arroyo de Zagra al NE. del lugar. La disposición del terreno es aterrazada y en su mayor parte

la puebla un extenso olivar que bordea la práctica totalidad del espolón de 900 m de altura sobre el que se sitúa la finca. En la cima de esta pequeña loma se conserva un degradado *manchón* de bosque mediterráneo, amenazado por un proceso de roturación incesante que ya ha afectado a las tierras con las que limita. Este hecho va a ser, como veremos, de vital importancia de cara a la conservación del yacimiento, en particular por lo que respecta a la desaparición de algunas estructuras localizadas en otro tiempo.

Estos terrenos están dedicados al cultivo del olivo y sólo en una pequeña proporción aparecen espacios abiertos alrededor de la casa, habilitados para la producción de hortalizas.

Desde el lugar de los hallazgos, localizado en una de las terrazas que miran hacia el Norte, se tiene una completa visión del territorio descrito en los anteriores apartados. La proximidad a los Ventorros de San José y Zagra proporciona a este enclave los factores de relación ya argumentados en su momento, como para inferirle una clara vinculación a los núcleos culturales y geoeconómicos principales existentes en estas zonas. Es por ello que, más que considerarlo como un yacimiento autónomo, preferimos concederle la tipificación de *lugar de hallazgos*, dentro de un contexto arqueológico que viene siendo tratado como un complejo de cierta entidad en este Sector Norte de la comarca.

Registro arqueológico

Estructuras arquitectónicas

Están representadas por varios *silos de almacenamiento* excavados en la roca a ras de suelo. De los varios elementos de este tipo, conocidos por los habitantes del lugar desde hace bastante tiempo, sólo se conserva uno en la actualidad. Las intensas roturaciones llevadas a cabo han provocado la destrucción de los otros vestigios de este tipo de estructuras -una o dos más según versiones-, posiblemente enterradas a causa de las fuertes remociones y la deforestación del chaparral que antes ocupaba la práctica totalidad del cerro.

El único que se conserva se encuentra próximo al lugar que debieron ocupar los otros desaparecidos, en los límites de la mancha forestal silvestre que aún permanece. Su boca es ligeramente oblonga, más ancha de lo que debió ser en un principio, según se interpreta de los restos desprendidos del borde, que probablemente acabarían ocluyendo aún más el orificio

superior, circular, y de los que pueden verse huellas de sus arranques. En la actualidad esta apertura es de 0,80 m x 1,10 m, con tendencia a la irregularidad, debido a la erosión que ha hecho desprenderse en buena parte el borde original. El interior se encontraba en el momento de nuestra inspección prácticamente relleno de rocas sueltas, posiblemente del derrumbe superior, así como de hojarasca y tierra suelta. Tras una limpieza del hueco pudimos observar el perfil cóncavo de sus paredes que, a modo de bolsa, cerraban hasta el fondo, ligeramente plano, un espacio casi circular de 1,50 m de profundidad y 1,40 m de diámetro en su máximo ensanche, a unos 80 cm de la boca.

Cerámica a torno

El único material cerámico recuperado en la prospección del lugar consistió en cinco fragmentos de cerámica a torno, muy grosera en su mayor parte, entre los que se distinguen tres fragmentos de borde pertenecientes a grandes orzas, un fragmento del borde de una pequeña cazuela o fuente y otro gran fragmento de galbo que presenta una especie de cordón de sección triangular como decoración. Es de destacar la tosquedad de las pastas, con desgrasantes de gran calibre, lo que unido a la falta de otro tratamiento de las superficies inducen a clasificar a estos fragmentos dentro del grupo definido como *cerámicas de cocina*, asociadas a algún hábitat aislado en este punto cercano al núcleo de hábitat del Cerro del Moro.

Atribución cultural

Lo exiguo del material analizado no proporciona muchos datos para su catalogación cultural. No obstante, dentro de la ambigüedad que las cerámicas en cuestión puedan presentar, la proximidad al enclave de "Cerro del Moro" puede, como se ha dicho antes, dar una clave importante a la filiación de los materiales. En este sentido concluimos que estaríamos ante una variante grosera de las cerámicas ibéricas que ya han sido documentadas en el vecino yacimiento.

Otro tanto podría decirse de los llamados *silos de almacenamiento*, de cuya existencia se tiene noticia además en otros puntos de la comarca y que muy bien podrían ser un reflejo más de la ocupación temprana del lugar en época preargárica. Aunque no se tienen demasiadas pruebas materiales que asimilen con claridad estas estructuras a un determinado momento cultural los

vestigios de cultura material encontrados en las inmediaciones de las mismas, tanto en el cortijo de "El Almendro" como en "La Caridad", parecen apuntar a una fase avanzada de la Edad del Cobre. Por el momento hay que mantener las debidas reservas respecto a esta atribución, hasta tanto no puedan ser estudiados elementos semejantes con una clara asociación material que los identifique.

TL-N/12/ EL ALGARBE

Localización y características geográficas

Sus coordenadas geográficas son 37° 15' 04" Lat. N. y 4° 10' 10" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, escala 1:50.000.

Si bien hemos adoptado como denominación del yacimiento el nombre de la finca en que se han producido la mayoría de los hallazgos que ahora consideramos, es preciso especificar que éstos han tenido lugar en tres parajes diferentes, muy próximos entre sí, pero pertenecientes a otras tantas propiedades limítrofes. Considerando que se trata, dadas las características del material recogido y la proximidad de los hallazgos, de una sola unidad territorial arqueológica, han sido agrupados los diferentes puntos de prospección de este complejo en los tres conjuntos siguientes: "Tajos de Buena Morena", "Huertos del Algarbe" y "Fuente del Lino". Por otra parte, estos lugares se perfilan, según los presupuestos que hemos considerado en este estudio como definidores del patrón de asentamiento, como puntos integrantes del núcleo de Sierra Martilla, del que distan unos 2 Km en línea recta, dentro de lo que podemos definir como su área geoeconómica de influencia. Toda esta zona Norte manifiesta en efecto todos los parámetros que la definen como uno de los sectores potencialmente más idóneos para el abastecimiento de recursos a un hábitat de tal entidad como el instalado en la meseta de "Martilla". Un amplio arco de tierras feraces, con posibilidad de riego gracias a una secuencia de surgencias naturales como son: "Fuente de la Encantada", "Fuente Alta", "Fuente del Algarbe", "Fuente del Lino" y "Fuente del Alamo", desciende entre los macizos kársticos y justifica este planteamiento. Sin embargo, es la documentación aportada por la prospección el mejor argumento para mantener en nuestro caso la hipotética ordenación de la unidad geocultural en cuestión. Antes de pasar a la descripción del

material arqueológico, nos detendremos en algunas consideraciones estructurales de la zona y su actual configuración.

La parte más alta de la que poseemos documentación arqueológica la constituye el paraje conocido como "Tajos de Buena Morena". Se trata de una pequeña meseta, basculante en sentido NE-SW, que presenta accesos difíciles por sus costados oriental, Norte y Sur, apreciándose un suave declive hacia el Oeste. El acceso más cómodo se efectúa desde el camino que desciende desde los Ventorros de San José a la pedanía de "Las Rozuelas", en su confluencia con el Camino de Zagra. Desde su cresta superior se tiene una amplia visibilidad del territorio circundante, incluyendo algunos de los principales yacimientos documentados en la zona: "Zagra" y "Cerro del Moro" al Norte, "Sierra Martilla" y el valle que desciende desde la "Fuente Alta" hacia la "Fuente del Lino", al Sur y Este respectivamente, y "Fuentes de Cesna", "Las Rozuelas" y "Arroyo Pesquera" al Oeste.

La vegetación es en estas alturas el típico *manchón*, con ocasionales claros de pastizal de escasa extensión. Un farallón rocoso en el costado Sur delimita un bosquecillo de chaparros con sotobosque muy tupido de maquia, que prácticamente se extiende por el resto de la meseta, principalmente en su zona Norte. La visión hacia el Sur nos resulta ya familiar, observándose en este afloramiento rocoso grandes similitudes con la misma vertiente de "Sierra Martilla", a base de grandes escalonamientos que proporcionan un paisaje más quebrado al conjunto.

Al pie de esta formación se extiende la extensión que hemos denominado "Huertos del Algarbe". Poco cabe añadir en cuanto a las características físicas ya expresadas para este subsector, si no es su consideración como la parte más humanizada del conjunto y, por lo tanto, la más afectada por las remodelaciones que la actividad agrícola viene protagonizando desde los primeros asentamientos en la zona. En la actualidad, una buena parte de este sector del valle se encuentra ocupada por el olivar, habiéndose reservado algunas parcelas de la parte superior, próxima a las fuentes, para el cultivo hortofrutícola. Es en estos lugares donde se concentra el mayor número de materiales arqueológicos, además de en las zonas más bajas junto al camino, probablemente a causa del rodamiento y acumulación de los mismos que la inclinación del terreno y su continua remoción han provocado.

El mismo planteamiento cabe expresar en cuanto al vecino sector de la "Fuente del Lino" o "Fuente del Plino", según reza en la cartografía utilizada, siendo aplicables las mismas características infraestructurales del anterior yacimiento, exceptuando la explotación arbórea que

aquí no es tan extensa. Las mismas posibilidades de riego que esta fuente proporciona durante todo el año hacen especialmente férax una pequeña franja que se extiende por debajo de la misma, entre los límites del Camino de Zagra y la foresta mediterránea que vuelve a adquirir entidad a partir de la cota de los 700 m, camino de los barrancos y drenajes permanentes como el Arroyo de Zagra. Es en estos pequeños huertos donde se han recogido abundantes utensilios de la Edad del Cobre, supuestamente vinculados a la explotación agrícola, en clara réplica tipológica a los que vienen siendo documentados en una amplia zona circundante al asentamiento de "Martilla"

Registro arqueológico

Estructuras funerarias

Están representadas por un total de 12 fosas excavadas en la roca, de dimensiones diversas y orientación NW-SE, guardando estrecha relación tipológica con las localizadas en la vecina meseta de "Sierra Martilla", en su extremo oriental. La ubicación exacta de la necrópolis se encuentra a espaldas de la casa cortijo de "El Algarbe", sobre una pequeña terraza a nivel superior conocida en el lugar como "Loma de las sepulturas" y limitada por el Norte con los escarpes de "Buena Morena" que ya han sido citados anteriormente. En las unidades funerarias se observa una misma tipología, consistente en un rectángulo en cuyo borde se aprecia a veces un pequeño rebaje de unos 15 cm de ancho y 10 cm de profundidad, posiblemente para encajar una tapa que actualmente no se conserva. Las dimensiones oscilan entre los 80 cm y 1,30 m de largo, 50 cm/70 cm de ancho, y 40 cm/50 cm de profundidad. En todos los casos su interior se encontraba alterado, presentando signos evidentes de haber sido violadas desde antiguo, según se desprende de la presencia de vegetación fuertemente arraigada en el hueco, así como tierra y piedras en sedimentación bien compactada. No se han encontrado restos de cultura material ni en el interior de las fosas ni en los alrededores inmediatos de la necrópolis.

Cerámica a mano

El primero de los fragmentos documentados consiste en un borde aplanado, perteneciente posiblemente a una gran fuente de superficie descuidada e interior finamente alisado. Tiene una coloración pardo-rojiza, pasta oscura y textura escamosa.

Un elemento de prehensión, concretamente un fragmento con mamelón perforado horizontalmente (Fig. 18, núm.7), constituye junto con otro descrito más abajo los dos únicos ejemplares que se salen de la tónica general de este monótono conjunto. La superficie exterior está muy deteriorada, presentando abundantes descamaciones, mientras que la interior ha sido alisada y se conserva en buen estado. La pasta es clara y presenta textura escamosa.

El fragmento núm. 9 (Fig. 18) pertenece a un fondo plano de características de factura muy parecidas al anterior, exceptuando el aspecto algo más cuidado de sus superficies.

Otro de los fragmentos documentados pertenece a un cuenco de casquete esférico (Fig. 19, núm.10). La pasta es clara, de textura escamosa. Las superficies han sido tratadas mediante alisado y presentan una coloración gris clara. El fuego es reductor. El diámetro de boca es de 180 mm.

El fragmento nº11 (Fig. 19) es un elemento de prehensión (mamelón) circular, ligeramente fragmentado en su extremo y en su zona inferior. La superficie del fragmento cerámico esta bruñida, la pasta es oscura, de textura escamosa.

Cerámica a torno

Está documentada mediante dos fragmentos de borde, pertenecientes a vasijas groseras de la, comúnmente conocida, *cerámica de cocina*. El primero de los fragmentos presenta un borde plano, con labio marcado exteriormente. La pasta ofrece un color anaranjado y las superficies presentan tonalidades de ocres diferentes, siendo la exterior más oscura. El otro fragmento debió pertenecer a una orza de grandes dimensiones, a juzgar por el grosor y apertura de sus paredes. Se trata también de un fragmento de borde, engrosado exteriormente mediante un marcado labio. La pasta tiene un color pardo y las superficies, muy desgastadas, ofrecen coloraciones pardo-rojizas. La superficie exterior presenta un poderoso descascarillamiento a la altura del borde, en su parte central, producido por un golpe reciente. Una fina incisión circundante, a unos 8 mm por debajo del labio, es la única muestra decorativa que ofrece el fragmento.

Piedra tallada

La industria lítica en sílex está representada por varios núcleos y productos laminares que denotan una actividad de talla *in situ*, posiblemente a partir de materia prima no local, como

tendremos ocasión de tratar más adelante a propósito del estudio sobre posibles fuentes de aprovisionamiento de sílex a estas poblaciones calcolíticas del NW de la región.

Existen dos núcleos laminares que ofrecen un grado de utilización considerable que les ha llevado a su agotamiento. Destaca el núm. 18 (Fig.20) en sílex gris oscuro, de gran tamaño, en el que se observa una cara de preparación no usada para la extracción de láminas, habiéndose optado por el trabajo parcial del mismo hasta su agotamiento por ese sector, posiblemente dadas las dimensiones del bloque. Una pista de este tipo de uso lo encontramos en el nódulo prismático núm. 15 (Fig.20), de las mismas características petrológicas, que presenta intacta su superficie tras una laboriosa tarea de preparación. De primera extracción, a partir de estas preparaciones, parece ser la lámina núm. 16 (Fig.20), en sílex gris claro, de sección triangular, que no presenta ningún otro tipo de retoque o terminación final. La mejor acabada de las piezas laminares es la núm. 17 (Fig.20), en sílex gris claro con zonas blanquecinas debido a la deshidratación parcial de la superficie, de sección trapezoidal y bulbo poco marcado, que presenta un retoque muy abrupto a base de amplios golpes en su filo derecho.

Por último, mencionaremos una gran pieza que se sale de esta configuración tipológica. Se trata de una gran lasca de sílex gris oscuro, trabajada por sus dos caras (Fig. 19, núm. 14). La anterior, presenta amplias extracciones laminares que denotan un posible origen nuclear con reaprovechamiento posterior. La zona distal está configurada mediante amplios golpes paralelos. La cara posterior presenta el bulbo rebajado mediante amplios golpes, mientras la zona distal ha sido trabajada mediante un fino retoque paralelo que hace pensar en una concepción de la pieza como raspador.

Piedra pulimentada

Ha sido documentada mediante tres piezas, dos azuelas en diorita y un fragmento de brazalete en calcita.

La azuela catalogada con el núm. 1 (Fig. 18) es la mejor conservada, tratándose de una pieza triangular de caras plano-convexas y aristas convergentes. El bisel está especialmente marcado en una de sus caras, presentando un filo muy deteriorado por una amplia fractura. El resto de la pieza se encuentra en buen estado de conservación, revelando además un fino trabajo de pulimento.

La pieza núm. 2 (Fig. 18) ha sido catalogada como azuela de forma trapezoidal, de caras

plano-convezas y aristas convergentes. Presenta algunos levantamientos en el bisel a causa del uso. El talón es romo y se observa un fuerte rebaje del mismo. La pieza ha sido trabajada mediante pulimento en toda su superficie.

Por último, completa el conjunto un fragmento de brazaletes realizado en calcita (Fig. 18, núm.4). La superficie es lisa, muy pulida. La anchura de la cinta es de 18 mm y su grosor de 9 mm. La sección es plana con ligeras convexiones en sus rebordes.

Barro cocido

Han sido documentados dos elementos de arcilla (Fig. 18, núms.6 y 8) que se interpretan como dos fragmentos de la zona media de los llamados *cuernecillos*, tan comunes en los yacimientos de la Edad del Cobre. Difieren notablemente en sus dimensiones, teniendo el primero una longitud de 38 mm y una sección circular de 12 mm y el segundo, 25 mm X 9 mm.

Atribución cultural

Por lo que a la cultura material se refiere, cabría hacer referencia en primer lugar a la cerámica a mano, que ofrece un repertorio familiar en la región dentro de los conjuntos del Cobre Antiguo/Pleno que se viene documentando. El material lítico vendría a corroborar, como sucede en otros yacimientos catalogados, el espectro artefactual de este marco cultural.

Por lo que se refiere a la cerámica a torno, la exigüidad de la muestra plantea las lógicas reservas ante cualquier posible aproximación cultural. No obstante, la presencia de materiales protohistóricos de estas características en yacimientos como "Sierra Martilla", con evidentes signos de reutilización del hábitat y de algunas de sus estructuras, nos llevan a incluirlos en el momento de la ocupación ibérica del lugar.

Por último, estructuras funerarias tardías como las que aparecen aquí, vienen una vez más a compartir el espacio de estos afloramientos calizos con los establecimientos calcolíticos. Al igual que sucede en algunos yacimientos cercanos, el ritual funerario alto-medieval contempla condiciones de ubicación similares a las observadas milenios antes por los grupos megalíticos.

Localización y características geográficas

Aunque anteriormente ha sido considerado este yacimiento como sector integrante de la unidad "El Algarbe", las características topográficas de su entorno aconsejaron realizar una prospección por separado, considerándolo como unidad de recogida independiente. Desde el punto de vista cultural hemos de reiterar, en cambio, que las características tipológicas de los materiales recogidos, su cercanía al enclave de "Sierra Martilla" y la reproducción de los caracteres infraestructurales del medio ecológico que han sido valorados en la aceptación del *área-tipo* geoeconómica aneja a los asentamientos calcolíticos de este sector, lo adscriben indudablemente a la zona de explotación capitalizada por el poblado antes citado.

Sus coordenadas geográficas son: 37° 14' 51" Lat. N. y 4° 11' 34" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, escala 1:50.000.

La zona de recogida del material se circunscribe a un radio no superior a los 200 m respecto a un punto de referencia que ha sido fijado en la fuente que da nombre al lugar y que se encuentra a unos 2 m por debajo del borde del camino que enlaza las barriadas lojeñas de Las Rozuelas y Ventorros de San José con la localidad de Zagra. La superficie prospectada describe, pues, un sector angular a partir de este punto y hacia el SW., por un terreno en pendiente suave, actualmente dedicado a cultivos de huerta. En el momento de nuestra prospección, gran parte del mismo no había sido preparado aún para las nuevas plantaciones de temporada, por lo que fue relativamente fácil efectuar un recorrido minucioso del mismo para recuperar la casi totalidad de las piezas que a continuación se describen. El resto de los materiales nos fue cedido para su estudio por el propietario del terreno, D. Miguel Macías, que tan gentilmente colaboró en la aportación de datos sobre los hallazgos de este lugar y de otros puntos de la zona.

Registro arqueológico

El conjunto material se concreta en un total de quince piezas líticas trabajadas, de las cuales nueve son de sílex y las seis restantes constituyen artefactos de piedra pulimentada.

Piedra tallada

El material de sílex lo componen siete lascas en sílex gris claro, una lámina muy bien conservada en sílex gris oscuro y un núcleo laminar en sílex gris blanquecino con evidentes signos de deshidratación y algunos levantamientos por erosión reciente en distintas zonas. Todas estas piezas ofrecen signos de retocado en algunos de sus filos, destacando los núms. 1,3,4 y 8 (Fig.21) en los que este trabajo se revela especialmente fino. En los casos 1 y 4 (Fig.21) se aprecian sendos frentes que hacen pensar en su uso como raspadores. Predominan las secciones trapezoidales, exceptuando las piezas triangulares 1 y 6 (Fig.21), de bulbo bien marcado. De estas últimas, la núm.1 presenta reserva de córtex que afecta a su zona proximal.

Destaca por sus dimensiones y estado de conservación la lámina núm.15 (Fig.22), de 130 mm de longitud y 17 mm de ancho, de sección triangular y bulbo suave.

Piedra pulimentada

Está representada, en primer lugar, por un fragmento de martillo (Fig.21, núm.7), de forma trapezoidal, de caras convexas y aristas convergentes. Ha sido piqueteado y pulido parcialmente. El talón ha desaparecido y el bisel ha sido redondeado, observándose en el mismo grandes levantamientos a causa del uso y una poderosa fractura provocada por un golpe reciente.

Una azuela de forma trapezoidal, de caras plano-convexas y aristas convergentes (Fig.22, núm.9), es la segunda pieza de más entidad del conjunto. El talón está redondeado y posee un acusado bisel con filo de uso muy bien conservado. Ha sido elaborada mediante una técnica de pulimento que afecta a la totalidad de la pieza.

Por último, completan la serie cuatro azuelas de pequeño tamaño (Fig.22, núms.10,11,12 y 13), particularmente la núm.11, de forma trapezoidal, excepto la núm.12, que por hallarse fracturada sólo permite especular sobre su forma real, quizás triangular. Todas ellas tienen caras plano-convexas y aristas convergentes. El talón está redondeado, algo aplanado en las dos mayores (fig.22, núms.10 y 13). Un fino pulimento afecta a ambas superficies.

Atribución cultural

El material descrito ofrece unas características tecno-tipológicas típicas dentro del

contexto artefactual catalogado en el área de influencia del asentamiento de Sierra Martilla. Este hecho, unido a las características de ubicación referidas al principio, permiten concluir una adscripción cultural para estos útiles dentro de una secuencia Cobre Antiguo/Cobre Pleno, tal como establece la secuencia ocupacional calcolítica del citado yacimiento.

TL-N/14/ CEVICO

Localización y características geográficas

Se localiza en las coordenadas 37° 14' 8,5" Lat. N. y 4° 9' 13,7" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, escala 1:50.000.

El lugar de los hallazgos se encuentra a unos 200 m de la casa cortijo "Cevico", ubicada a escasos metros del camino que enlaza los Ventorros de S. José y la pedanía de "Las Rozuelas", ya citada en el epígrafe anterior. Aunque no existe visibilidad de los yacimientos anteriores a causa de una suave loma que lo impide, la proximidad a éstos es notable en dirección NW.

Al igual que en otros puntos cercanos, los materiales documentados aparecieron muy agrupados en un reducido sector próximo al camino y a la casa. Actualmente puede observarse un entorno despejado y llano, dedicado al cultivo cerealístico. Sólo una pequeña agrupación de vegetación autóctona se conserva en el manchón situado detrás de la casa, formando un estrecho espolón en sentido SE.-NW., desde donde se obtiene una amplia panorámica de los lugares descritos con anterioridad.

La escueta representación material, unida a la cercanía con los otros yacimientos de mayor entidad, permiten inferirle a este punto, a nuestro juicio, un carácter de dependencia respecto a éstos y considerarle un lugar de hallazgos, posiblemente vinculado a la explotación agrícola del poblado de "Martilla", del que dista no más de 2,5 Km.

Registro arqueológico

Cerámica a mano

Está representada tan sólo por un fragmento de borde, perteneciente a un cuenco profundo de paredes entrantes y borde abierto (Fig.23, núm.1). La pasta es oscura, de textura escamosa. Las superficies, de color parduzco, están alisadas. El fuego es reductor. El diámetro de boca es de 120 mm.

Cerámica a torno

Entre el conjunto recuperado aparece un fragmento del borde de una ánfora que conserva el arranque del cuello. La superficie interior ofrece restos de una aguada oscura. Su diámetro de boca es de 140 mm.

Piedra tallada

Conocemos un conjunto de cinco piezas talladas en sílex. Dos de ellas son laminares, una de las cuales se encuentra fragmentada. Esta última está realizada en sílex gris oscuro. Tiene una sección triangular y se encuentra fracturada por ambos extremos. La fractura proximal se encuentra muy cerca del bulbo, que se revela pronunciado. La otra lámina se conserva completa, es de reducido tamaño (45mm.) y está realizada en sílex gris claro. Tiene sección triangular y bulbo muy marcado.

Una pequeña lasca en sílex blanquecino modifica la tendencia laminar de esta industria. Está muy patinada en algunas zonas, particularmente en la cara inferior. Tiene el bulbo muy marcado y probablemente se trate de una lasca de preparación.

Otra pieza bien definida es un raspador realizado en sílex gris oscuro. Tiene forma triangular y presenta su extremo distal truncado. Está trabajado mediante grandes golpes y un fino retoque de uso en ambos bordes.

Por último, un fragmento de núcleo laminar viene a completar el conjunto. Esta realizado en sílex gris claro vetado. Por la orientación y características de las extracciones que se observan en su superficie, debe tratarse de la porción distal de un gran núcleo.

Piedra pulimentada

Sólo un instrumento de piedra pulimentada ha sido documentado. Se trata de un fragmento de hacha con las caras plano-convexas y aristas convergentes. Se ha conservado la zona del bisel, romo a causa del desgaste por el uso. Las superficies han sido tratadas mediante técnica de piqueteado.

Atribución cultural

El material cerámico a mano y la industria lítica documentada no ofrece dudas en cuanto a su filiación cultural en una etapa del Cobre Pleno, acorde con los registros materiales estudiados en el sector. Del mismo modo, una ocupación tardía viene siendo habitual en los mismos solares, de forma que suele constatarse en estos yacimientos la presencia de materiales ibero-romanos que prueban la cercanía de asentamientos protohistóricos. En nuestro caso, el fragmento de ánfora vendría a corroborar este extremo, debiéndose poner en relación este hallazgo con el asentamiento ibérico de Sierra Martilla.

TL-N/15/ TAJOS DE LA HIGUERA ALTA

Localización y características geográficas

Continuando con los puntos de hallazgos significativos dentro del área de asentamiento adscrita al núcleo de Sierra Martilla, otro centro de características similares a los emplazamientos amesetados que se han descrito viene a completar el panorama arqueológico de este sector tan denso en vestigios calcolíticos. Sus coordenadas geográficas son 37° 13' 30" Lat. N. y 4° 9' 4" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, escala 1:50.000.

Reproduciendo una vez más los elementos infraestructurales del modelo de hábitat característico en esta parte de la comarca, un afloramiento calcáreo que constituye el amesetamiento de "Godines", sugiere nuevamente la existencia de una instalación humana durante la Edad del Cobre, de cuya entidad y características sólo una intervención de campo más profunda

podría facilitar el conocimiento preciso. La prospección, por el momento, sólo nos ha permitido constatar una presencia humana prehistórica mediante un conjunto artefactual de bella factura, amén de las expectativas que plantea el entorno considerando los factores teóricos geoculturales que hemos constatado en yacimientos similares.

Al lugar se accede a partir del camino de "Las Rozuelas", del que parte un carril por su margen izquierda, justo a la altura de la casa de "Cevico", de la que hemos tratado en el apartado anterior. Este camino, que desciende hacia la cortijada de "Los Arenales", permite a unos 800 m. de su inicio situarse a los pies del afloramiento rocoso a que nos referimos, en el paraje conocido como "Tajos de la Higuera Alta". A partir de este punto es preciso continuar a pie, ascendiendo por un pequeño olivar que deja paso a la vegetación de monte bajo y chaparral a medida que se asciende y el terreno se hace más abrupto. Una corta rampa serpenteante por la cara Oeste del cerro conduce con relativa comodidad a un aterrazamiento amplio, ubicado en lo que parece un hundimiento tectónico de la unidad caliza, con altas paredes muy afectadas por la erosión eólica. Es en esta primera zona de ascenso donde se han producido los principales hallazgos materiales, posiblemente relacionados con la explotación agrícola del piedemonte. En otro nivel superior, un amplio amesetamiento inclinado hacia el Este permite establecer con más claridad los límites perimetrales del solar arqueológico. Un radio aproximado de unos 200 m en la zona más alta constituye el sector de recogida de material, coincidiendo con el inicio del descenso y la única parte con suelo arcilloso. Se trata de un pequeño sector que se encuentra roturado y en el que resulta relativamente fácil detectar la presencia de material lítico trabajado. El resto de la altiplanicie, fundamentalmente la mitad Norte, ofrece a la vista la roca caliza que da lugar al escarpe antes referido.

El lugar, como los otros que han sido tratados con anterioridad, presenta excelentes condiciones de visibilidad del territorio circundante, ofreciendo una amplia panorámica de todo el sector NW. que hemos tratado, abarcándose incluso hasta los límites del término con el valle del Genil y su desembocadura en el embalse de Iznájar.

Al tratarse de un terreno sujeto a laboreo continuo, participa de las mismas condiciones que los anteriores yacimientos en lo que respecta al estado de dispersión de material arqueológico. La acción humana ha dejado particularmente visibles huellas de transformación del entorno natural, no sólo en el olivar y campos roturados de las laderas inferiores, sino en los aterrazamientos superiores del cerro. Aquí se ha llevado a cabo una exhaustiva limpieza de rocas

y cantos de pequeño tamaño, apilándolos en llamativos parapetos que refuerzan el talud de las terrazas y conforman las soleras de los olivos que ocasionalmente ocupan estas cotas superiores. Actualmente estas terrazas no se dedican a cultivo alguno, habiendo crecido en ellas una vegetación silvestre, en ocasiones de gran porte, que impide una completa visualización del suelo. Destaca entre todas estas formaciones la gran hendidura central que atraviesa el cerro de Norte a Sur, limitada por altas paredes en las que se abren algunos abrigos a varios metros del nivel del suelo, como resultado de la erosión de la roca caliza. Estos huecos no contienen vestigios humanos antiguos y sí huellas evidentes de un uso reciente como refugio, como lo demuestran las acumulaciones de cenizas, maderos chamuscados y algún que otro fragmento de cerámica actual.

Registro arqueológico

Cerámica a mano

Se compone la muestra de dos fragmentos de borde pertenecientes a cuencos profundos cuyas paredes se cierran marcadamente hacia el borde. El mayor de ellos (Fig.24, núm.1) tiene la pasta oscura, de textura escamosa. Las superficies son de color pardo y están tratadas mediante alisado. El fuego es reductor. El diámetro de boca es de 160 mm.

El segundo fragmento ofrece las mismas características tipológicas que el anterior, aunque su tamaño es menor (Fig.24, núm.2). Es de pasta clara, de textura escamosa. Las superficies son de color pardo-rojizo, presentando la exterior algunas manchas oscuras derivadas de la cocción irregular. El tratamiento de las superficies ha sido un simple alisado. El fuego es oxidante. El diámetro de boca es de 180 mm.

Piedra tallada

Han sido identificados tres conjuntos de artefactos, atendiendo a sus características tipológicas.

El primer conjunto lo constituyen diez láminas, con tamaños que oscilan entre 50 mm y 34 mm, en sílex gris claro. Existe cierta homogeneidad en su configuración, ofreciendo en la mayoría de los casos secciones triangulares y bulbos poco marcados. En dos casos la sección es trapezoidal. Merecen especial atención tres ejemplares en los que se observa algún tipo de

tratamiento en sus bordes. Destacan dos piezas con fino retoque de uso, una de las cuales presenta restos de un posible denticulado en la zona distal del borde derecho. Otra lámina ha sido alterada en su borde izquierdo mediante pequeños golpes, apreciables en su cara posterior, que han determinado una pequeña muesca.

El segundo conjunto lo componen tres pequeñas piezas que ofrecen cierta especialización en su concepción general. Es el caso, en primer lugar, de un pequeño raspador rectangular en sílex gris oscuro, con los extremos redondados por un fino retoque que proporciona tres frentes de uso. Otra pieza de mayor tamaño, efectuada en una lasca de sílex gris claro, tiene forma triangular y presenta una prominencia en su zona distal que nos inclina a clasificarla como perforador. Por último, una pequeña lasca de sílex claro, talón plano y bulbo poco marcado.

Un último conjunto lo constituyen dos núcleos en sílex gris oscuro. Uno de ellos presenta numerosas extracciones en un único plano de lascado y una poderosa reserva de córtex que ocupa la práctica totalidad de la cara posterior. El otro ejemplar está mejor conservado. Se trata de un núcleo laminar, muy patinado, con una pequeña reserva de córtex en su cara posterior.

Piedra pulimentada

Está representada por dos piezas en diorita (Fig.25, núms.15 y 16). La primera de ellas es un fragmento de hacha de forma rectangular y caras plano-convexas. Sus aristas son casi paralelas. El talón aparece fracturado y el filo está romo. Ha sido pulimentada en toda su superficie. En ambas caras se aprecian grandes levantamientos como consecuencia del intenso rodamiento post-deposicional a que ha sido sometida la pieza. El otro ejemplar es un fragmento de hacha, de forma posiblemente trapezoidal, caras planas y aristas convergentes. La superficie ha sido piqueteada y parcialmente pulimentada.

Atribución cultural

A la vista del material estudiado, puede concluirse que el yacimiento en cuestión podría asimilarse a un momento cultural Cobre Antiguo/Pleno, pudiéndose adscribir incluso, dada su cercanía, al entorno geoeconómico del núcleo de "Sierra Martilla" y participar, en consecuencia, del marco crono-cultural descrito para tal yacimiento.

Localización y características geográficas

Se localiza el yacimiento a 37° 13' 40" Lat. N. y 4° 04' 30" Long. W. en el Mapa Militar de España, hoja 18-41 (1008) de Montefrío. Escala 1:50.000.

El acceso al cuadrante prospectado se efectúa siguiendo el camino que enlaza la población de Los Ventorros de San José con Las Rozuelas, abandonando posteriormente el mismo a unos 600 m. de la cortijada de "Martilla" para seguir un carril que desciende hacia la casa-cortijo que da nombre a la finca. El terreno es muy abrupto, acusándose una pronunciada bajada que describen las vertientes del cercano "Arroyo Hondo", en cuya margen izquierda se encuentra la zona arqueológica.

El terreno está en su mayor parte dedicado al cultivo del olivar, habiéndose conservado un manchón de monte bajo y chaparral en los bordes del barranco antes referido, en la vertiente sudoccidental del "Cerro Godines", único elemento orográfico destacado en la zona con una altitud de 929 m. Es notoria además la abundancia de fuentes que salpican el sector y la consiguiente presencia de zonas verdes representadas por los huertos que, ocasionalmente, rompen la tendencia al monocultivo de secano. El poblamiento actual se hace más patente a partir de este punto, apreciándose una concentración progresiva hacia el Sur, camino de las tierras de "Los Arenales" a unos 2 Km en línea recta.

Es precisamente en el reducto de vegetación autóctona antes referido, sobre un afloramiento calizo sin roturar, donde se localizan los restos arqueológicos que documentamos en este apartado. El lugar es, en rigor, una pequeña meseta que presenta algunos escalonamientos hacia el SW. y que fueron aprovechados en su día para edificar varias unidades de habitación. El lugar, como se ha mencionado, está prácticamente poblado por una densa vegetación de monte bajo que hace muy difícil el paso por algunas zonas. Este hecho ha dificultado lógicamente la labor de rastreo y resulta determinante a la hora de valorar el resultado final de la prospección. Debido a ello, el registro ahora conocido no puede ser considerado sino como una aproximación parcial a la realidad de lo que pudo haber sido este núcleo de hábitat.

Registro arqueológico

Estructuras arquitectónicas

En la extensión que se cubrió a pie por los calveros rocosos del cerro pudieron documentarse tres unidades de habitación parcialmente ocultas por la vegetación. Las plantas están relativamente bien visibles, de forma rectangular, formadas por varias hiladas de mampuestos asentados en seco, con orientación SW-NE. Las esquinas presentan una configuración bien escuadrada, a base de bloques de mayor tamaño y regularidad. Las dimensiones pueden estimarse entre los 3 m/4 m de anchura por 5,5 m/7 m de longitud. Destaca una de ellas, la de mayores dimensiones, que se encuentra más libre de vegetación y ofrece con gran claridad una estructura interna formada por dos departamentos de distintas dimensiones, separados por un muro de mampostería en el que se abre una pequeña puerta de unos 90 cm. de ancho. El acceso desde el exterior se realiza a través de otro vano de 1,20 m, localizado cerca del extremo occidental. Desconocemos las características del resto de los materiales que compondrían estas estructuras, al no encontrarse por los alrededores otros vestigios, de no ser algunas acumulaciones de piedras sueltas que sugieren derrumbes de estos muros o materiales procedentes de otras construcciones. En este sentido es preciso hacer notar que existen notables alteraciones modernas del lugar debido a las remociones de excavadores clandestinos.

Cerámica a torno

La única muestra recuperada de material arqueológico se reduce a una veintena de fragmentos cerámicos a torno, entre los que se cuentan cuatro fragmentos de borde; el resto son amorfos. Las trazas tipológicas y las características generales de los restos permiten clasificarlos como cerámicas medievales de uso doméstico, entre los que se encuentran grandes orzas y otros recipientes de menor tamaño cuya forma no es determinable a causa de lo fragmentado del conjunto. Las coloraciones oscilan en torno a tonalidades anaranjadas y pardas, fuegos oxidantes y algún engobe de color amarillento. Hay que hacer notar que la mayoría de los fragmentos se encontraron en un área reducida y algunos de ellos formando un pequeño montículo junto a una de las construcciones. Este hecho, unido a la presencia de montículos de tierra removida, avalan la sospecha de la acción de buscadores clandestinos que debieron visitar el lugar anteriormente.

Atribución cultural

No parece haber lugar a dudas, ante las evidencias materiales documentadas, de que se estuvo prospectando un antiguo hábitat medieval, de cuya filiación exacta aún guardamos ciertas reservas debido a la inexistencia de otros indicios más esclarecedores. El tipo de vivienda, su construcción, así como el desarrollo de la vegetación que la cubre, y que incluso ha desarrollado en su interior, descartan desde luego una fechación excesivamente tardía. Considerando, por otra parte, la incidencia del poblamiento altomedieval en la zona, no resulta difícil inclinarse por la existencia de un poblado que contemporizaría con los vestigios sepulcrales tardorromanos o visigodos que han sido localizados en diversos puntos de la región.

TL-N/17/ LA ATALAYUELA

Localización y características geográficas

Se localiza a 37° 15' 9,6" Lat. N. y 4° 10' 10" Long. W. del Mapa del Servicio Geográfico del Ejército, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, editado a escala 1:50.000. El acceso se realiza a partir de la carretera de ámbito local que enlaza la población de Zagra con la carretera N-321 Loja- Priego de Córdoba a la altura del Km 36.

El yacimiento se encuentra en el paraje denominado "La Atalayuela", situado a escasos metros de la carretera y a unos 500 m de Zagra. Un corto carril con entrada desde la margen izquierda de la carretera conduce al yacimiento, emplazado en una pequeña terraza que se asoma al valle por el que discurre el "Arroyo de Zagra" en su confluencia con el "Arroyo de la Viña". Topográficamente puede describirse al lugar como un saliente del escalón rocoso que corre paralelo a la carretera de Priego, a lo largo de la cota de los 700 m y que forma parte de la unidad orográfica de "La Merced" por su vertiente occidental. La estación arqueológica se encuentra muy localizada en este pequeño afloramiento rocoso, cuya posición privilegiada en el altozano que ocupa le ha valido el sugerente apelativo con el que se le conoce. Un pequeño y joven olivar en el que han sido recopilados los materiales prehistóricos, separa la carretera de Zagra del escarpe rocoso en el que están talladas las estructuras funerarias medievales que después referiremos.

Desde este lugar la visibilidad del "Valle de la Viña" es total, descubriéndose una amplia depresión descendente en sentido NE.-SW., cuyo límite occidental lo marca la compacta Sierra de Ojete que se alza como una gran barrera frente al espectador. Detrás de nuestra posición, los quebrados perfiles de "La Merced" constituyen el farallón rocoso opuesto a la formación anterior, sólo interrumpido por algunos collados y barrancos que abren el paso hacia las tierras bajas del Sector Oriental de la comarca.

El territorio está en su práctica totalidad dedicado al cultivo del olivar, ocupando tanto las zonas bajas como las escarpadas laderas de las unidades montañosas citadas. Tan sólo en el caso de los últimos afloramientos rocosos que hemos descrito, la presencia del bosque autóctono es algo más significativa. El paisaje resulta, por estas características, altamente monótono, con la sola excepción de algunas parcelas cuyas tonalidades amarillentas en el momento de nuestra visita, delataban la presencia de cultivos cerealísticos en medio de este manto arbóreo verde-oliva que ha ganado definitivamente el espacio a la vegetación autóctona.

Como viene siendo habitual en este sector, el yacimiento que ahora tratamos mantiene relaciones de visibilidad con otros asentamientos y lugares de hallazgos arqueológicos de la misma época. Centrándonos tan sólo en la Edad del Cobre, resultan especialmente destacables los puntos de "Fuentes de Cesna" hacia al Oeste, "Cindones" hacia el SW. y "Sierra Martilla" al Sur. Otros yacimientos se encuentran asimismo en este radio, que no supera los 6 Km lineales, aunque su posición en cotas inferiores impide su visibilidad. Sería este el caso de otras estaciones arqueológicas que han sido tratadas en este trabajo de prospección y que marcan el descenso hacia los núcleos poblacionales del Valle del Genil: "Cerro del Moro", "Cevico", "El Algarbe", "Tajos de la Higuera", "Fuente del Lino" y "Los Arenales". Es notorio observar que, salvo en los casos de Los Arenales y Fuentes de Cesna, que por su relativa lejanía constituirán probablemente núcleos autónomos respecto a esta zona, la relación existente entre la distancia y el tiempo necesario en recorrer el camino de unos a otros, arroja valores suficientemente escasos como para pensar en una estrecha vinculación de cara a la interpretación de los espacios geoeconómicos afectos a las unidades de asentamiento ubicadas en la zona. Es un aspecto que hemos tratado más extensamente en el Capítulo IV de esta Tesis y que constituye indudablemente uno de los elementos claves para esclarecer la dinámica de poblamiento calcolítico en este sector de la Tierra de Loja. Por el momento preferimos mantenernos en el terreno de la hipótesis, hasta que investigaciones más profundas en la zona desvelen las características reales de algunos de estos

asentamientos y, en su caso, permitan establecer una jerarquización de estos hallazgos en función de la trama subsistencial que ha sido propuesta para las comunidades calcolíticas en la región. Por el momento parece obvio, considerando la extensión, tipo de hallazgos y características generales de puntos como "La Atalayuela", "Cindones", "El Algarbe", y alguno más que ya ha sido referido en este trabajo, que se trataría de lugares de explotación agropecuaria adscritos a un núcleo de hábitat de cierta entidad, con el que se mantienen unidades distancia/tiempo muy reducidas, aptas para ser cubiertas en una jornada de trabajo ordinaria. Este esquema en la actualidad y en la zona en que nos encontramos, únicamente sería aplicable al núcleo de Sierra Martilla, por lo que dedicaremos en el capítulo correspondiente una consideración especial a este planteamiento interpretativo.

Registro arqueológico

Estructuras arquitectónicas

No han sido apreciadas unidades de edificación a las que pueda aplicárseles *sensu stricto* esta denominación; no obstante, y como venimos haciendo en este trabajo siguiendo los criterios de clasificación adoptados para los diferentes tipos de hallazgos, incluiremos aquí las estructuras talladas en la roca, independientemente de la interpretación que de algunos de ellos pudiera realizarse.

En el caso concreto que nos ocupa, el reducido afloramiento rocoso situado en el límite del escarpe al que nos hemos referido en la descripción del lugar, ha sido aprovechado en época medieval para labrar un total de doce sepulturas de planta rectangular y tamaños muy diversos. Las dimensiones oscilan entre los 2 m x 80 cm y 70 cm de profundidad de las mayores, y 90 cm x 50 cm y 40 cm de fondo de las pequeñas. En todos los casos la tipología es la misma, existiendo un reborde de unos 15 cm en torno a la boca de la fosa, con evidente finalidad de servir de anclaje para una losa o tapadera que actualmente no se conserva. En el momento de nuestra visita, todas estas fosas estaban al descubierto y algunas parcialmente rellenas de tierra y piedras, no habiéndose encontrado en ningún caso restos humanos ni materiales relacionados con los posibles rituales funerarios efectuados en su día. El conjunto no observa ningún orden aparente, aunque sí se aprecia cierta disposición a orientarlas en un mismo sentido NE.-SW., posiblemente por

razones técnicas al buscar la disposición más idónea del veteado de la roca y así realizar más cómodamente la labor de talla.

El segundo hallazgo resulta más complejo en su interpretación y por ello más proclive a especulaciones diversas. Se trata de dos zonas claramente diferenciadas por encontrarse en distintos planos del escalonamiento y separadas por algunos metros, en las que se observa un abigarrado conjunto de huecos circulares tallados igualmente en la roca. En todos los casos los huecos no superan los 50 cm de diámetro y los 30 cm de profundidad. El fondo es semi-plano con los bordes ligeramente incurvados, como si se tratase de recipientes conquiformes encajados en el suelo rocoso. En muchos de estos elementos la erosión ha arruinado una parte importante de su perímetro, dando la sensación de que se superponen unos a otros en la superficie deforme de la roca. Destaca el primer conjunto, entendiéndose como tal el más próximo al límite de la formación rocosa y el situado en un nivel inferior sobre un escalón ligeramente inclinado hacia el interior de la terraza. Los huecos son en este caso muy distintos en cuanto al tamaño y forma, existiendo casos en los que el círculo se combina con formas ligeramente elípticas. De todos ellos destaca un gran anillo inciso, de 1,70 m de diámetro y 26 cm de ancho. El espacio interior de la circunferencia está plano y a la misma altura de la superficie en la que se ha practicado la talla.

Resulta arriesgado aventurar una interpretación sobre este tipo de elementos, al carecer fundamentalmente de paralelos que corroboren las sugerencias que, a título particular, hemos podido recabar de algunos especialistas relacionados con la época a la que adscribimos estos hallazgos. Por el momento, y conscientes de las grandes lagunas que aún existen en los todavía incipientes estudios de arqueología medieval en la zona, incluimos estos elementos, al igual que la necrópolis descrita, en el mundo tardorromano o visigodo. Por lo que concierne a estas últimas estructuras, la explicación que nos ha parecido más plausible es que pudiera tratarse de restos de algún tipo de molino o ingenio de morturación similar, relacionado con la actividad agrícola de un poblado cercano.

Cerámica a mano

El primero de los dos fragmentos recuperados representa una fuente con borde engrosado en la cara interna (Fig.26, núm.1). El engrosamiento es estrecho y ligeramente apuntado. La pared es gruesa y presenta una superficie interior espatulada, de color gris claro, mientras que la exterior tiene una coloración *beige*, con algunas manchas más oscuras que denotan una cocción irregular;

ha sido tratada mediante alisado. La pasta tiene una textura escamosa, coloración gris oscuro y desgrasante fino a mediano de tipo calizo. El fuego es reductor. El diámetro se estima en 40 cm.

El otro fragmento pertenece a una olla de paredes y borde entrantes que ofrecen un perfil de tendencia esférica (Fig.26, núm.2). La pasta es clara, de textura harinosa. Las superficies ofrecen coloraciones anaranjadas, apreciándose en la interior algunas zonas más oscuras debido a los restos de un antiguo engobe. El fuego es oxidante. El diámetro de boca es de 34 cm.

Piedra tallada

Sólo ha sido recogida una pequeña lámina en sílex gris oscuro, muy plana, de sección trapezoidal y bulbo suave.

Atribución cultural

Los elementos de cultura material recuperados proporcionan una aproximación cultural en torno a un Cobre Pleno, reforzada por la presencia en puntos muy cercanos de materiales afines propios de este momento. Problema distinto plantean los restos estructurales tallados en la roca, de los cuales, si bien los elementos funerarios conservan las tendencias tipológicas que ya han sido descritas en otros recintos alto-medievales, el conjunto de huecos y huellas en la superficie rocosa resulta totalmente novedoso en la zona. A falta de otros elementos de juicio y paralelos que sirvan de referencia, preferimos seguir adscribiéndolos a la misma época de los autores de las tumbas, considerándolos como restos de algún complejo industrial relacionado con el asentamiento visigótico que debió existir en el lugar.

TL-N/18/ CINDONES

Localización y características geográficas

Se localiza en el punto 37° 15' 5" Lat. N. y 4° 11' 08" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, escala 1:50.000.

El lugar ha sido tipificado como "punto de hallazgos materiales", en una consideración muy similar al enclave anterior de "La Artichuela", dadas las características del material arqueológico recuperado y de los rasgos generales que presenta el sitio en el contexto de la zona que analizamos. El acceso es relativamente cómodo, existiendo un camino de tierra pisada que parte de la localidad de Zagra por el SW. y, tras cruzar el arroyo del mismo nombre y recorrer algo más de 1 Km, pasa a unos 500 m de unos pequeños aterrazamientos situados a la derecha y a un nivel inferior, donde han sido recogidos los materiales que ahora se presentan.

En todo este sector el territorio es muy accidentado, siendo frecuentes los perfiles de altas pendientes y barrancos, por lo que la roturación ha sido muy selectiva, permitiendo la conservación de un paisaje natural de bosque mediterráneo abierto. En las zonas más deforestadas son bien visibles los signos de erosión por arroyamiento, amén de la propia acción humana con la construcción de caminos, muy abundantes en esta zona, y el aprovechamiento agropecuario de las laderas.

El lugar de recogida de material responde precisamente a este aprovechamiento selectivo del terreno, al tratarse de una pequeña parcela en la que las labores agrícolas se han venido desarrollando de forma prolongada a lo largo del tiempo para el cultivo del olivar. Los escasos materiales recuperados aparecieron muy agrupados en un pequeño sector, y su asociación a las tareas agrícolas es tan evidente que no dudamos desde el principio en inferirle a este punto el mismo rango económico-cultural que a otros yacimientos similares como el tratado anteriormente. De esta consideración se derivan nociones interpretativas aplicables en el mismo sentido, incluidas las apreciaciones de carácter territorial y dependencia respecto a otros núcleos fundamentales que en este caso, y aún más si cabe, responderían a los planteamientos expuestos. No entraremos por ello en mayores concreciones sobre el tema, que indudablemente nos llevarían a incurrir en reiteraciones sobre lo expuesto. De igual forma, la cercanía al yacimiento de "La Atalayuela" es tan pequeña que, salvando las características morfoestructurales del lugar, las demás referencias geomorfológicas son en gran medida coincidentes.

Es por todo lo expuesto, que nos centraremos en el catálogo del material recuperado, remitiéndonos para otras referencias a los aspectos descriptivos del entorno expresados en los capítulos precedentes.

Registro arqueológico

Está integrado por cinco piezas líticas, dos talladas en sílex y tres pulimentadas, elaboradas en diorita.

Piedra tallada

En sílex de color gris claro han sido tallados dos raspadores (Fig.27, núms.1 y 3), el primero de forma rectangular y el segundo triangular. Su estructura revela que el núm.1 ha sido elaborado a partir de un nódulo de forma prismática, mientras que para el núm.3 se ha partido de una gran lasca con el bulbo rebajado. Grandes golpes subparalelos configuran sus caras laterales y un retoque abrupto conforma sus filos de uso.

Piedra pulimentada

Los tres ejemplares de útiles pulimentados que se presentan tienen en común un deficiente estado de conservación que impide realizar una descripción tipológica completa. Las dos azuelas marcadas con los núms.2 y 4 (Fig.27), parecen insinuar formas trapezoidal la primera y triangular la segunda. En ambos casos presentan caras plano-convexas con las aristas convergentes. El talón ha desaparecido y conservan un bisel muy marcado que concluye en un filo de uso aguzado y sin restos de desgaste apreciables a simple vista. En los dos ejemplares ha sido efectuado un trabajo de pulimento que afecta a la totalidad de la pieza.

En el núm.5 (Fig.27) se intuye un fragmento de hacha de grandes dimensiones, pese a la pérdida de la mitad, aproximadamente, de la pieza por la parte del talón. La tendencia de las caras y aristas hace pensar en una forma triangular. Las caras tienen configuración plano-convexa y las aristas son convergentes. El bisel presenta cerca del filo algunos levantamientos de uso, especialmente observables en la cara inferior. El trabajo de pulimento afecta a ambas caras.

Atribución cultural

Aunque se carece de otro tipo de material más revelador para su adscripción cultural, el material presentado parece indicar, en su conjunto, unas características tecno-tipológicas propias

de un Cobre Pleno, en sintonía con los hallazgos de otros puntos cercanos que conforman el contexto crono-cultural de este asentamiento calcolítico en el sector Norte.

TL-N/19/ TAJOS DE VILLAVIEJA

Descripción y características geográficas

Se localiza a 37° 16' 04" Lat. N. y 4° 13' 12" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 17-41 (1007) de Rute, escala 1:50.000.

Representa el más extremo de los yacimientos que hemos prospectado en el ámbito territorial definido como "Tierra de Loja", a pesar de quedar fuera de los límites administrativos del partido lojeño y pertenecer al vecino término de Algarinejo. Se sitúa a 1 Km de la localidad de Fuentes de Cesna, último núcleo poblacional de la provincia de Granada por este sector noroccidental, en los límites con la provincia de Córdoba. El acceso se puede llevar a cabo por varios sitios, existiendo comunicaciones varias desde el Norte y el Este, a través fundamentalmente de carreteras angostas y de trazado sinuoso que recorren la comarca y la comunican con otras poblaciones de mayor entidad como Priego y Algarinejo. No obstante, en los últimos años ha sido habilitado un antiguo carril que parte de la misma población de Zagra y, tras atravesar el Río Pesquera, asciende hasta la población tras unos 15 Km de recorrido. Nosotros hemos escogido esta segunda ruta por razones obvias de proximidad y, sobre todo, atendiendo al orden de recorrido del territorio según el plan de prospección que había sido trazado.

El yacimiento se encuentra emplazado en una amplia meseta rocosa de unos 800 m², situada en las afueras de la población de Fuentes de Cesna por su salida oriental, en el paraje conocido como "Tajos de Villavieja". La zona es de una accidentalidad topográfica extraordinaria, existiendo un terreno muy quebrado con bruscos descensos hacia los cauces que descienden desde diversos puntos hacia el Valle del Genil, en la actualidad convertido en cabecera del embalse de Iznájar. La propia localidad de Fuentes de Cesna se extiende de forma lineal a lo largo de una angosta terraza, casi una cornisa, situada en la ladera meridional del Monte Alcornocal, sobre una pendiente que describe una caída de 300 m en poco más de 1 Km de recorrido hasta su contacto

con la orilla Norte del pantano. Esta misma configuración afecta a la meseta en que nos encontramos, formando parte de la misma unidad orográfica en la cota de los 760 m Este brusco descenso por el costado Sur se atenúa considerablemente hacia la vertiente oriental, donde tan sólo en las proximidades del Río Pesquera se observa un talud de cierta consideración. Por el Norte el acceso es, en cambio, muy suave, resultando ésta la única vertiente donde es posible practicar un ingreso cómodo en el afloramiento rocoso y en la vecina aldea.

La visibilidad que se obtiene sobre la región desde este promontorio es excepcional, ya que a la altitud hay que sumar las posibilidades que ofrece el hecho de estar situado a la altura de la confluencia de los ríos Genil y Pesquera y no encontrar obstáculos montañosos que dificulten la contemplación de todo el valle del Genil desde su salida de Loja, una vez franqueadas las angosturas de Albarracín, hasta que desaparece hacia el Oeste entre la sierras de los primeros términos malagueños en su contacto con los límites cordobeses. Indudablemente, esta situación privilegiada proporciona importantes beneficios a cualquier población que considere al control de vías de paso, como el valle del Genil, un elemento fundamental en el orden de variables participantes en la elección de sus emplazamientos. Estamos convencidos de que, en determinado momento, este criterio debió jugar con fuerza entre las poblaciones calcolíticas asentadas en la zona, resultando éste un lugar idóneo para mediatizar el ingreso en las tierras altas granadinas a partir del Valle del Guadalquivir. En este sentido, separan estos propósitos al asentamiento de Fuentes de Cesna de los planteamientos supuestos hasta el momento para el conjunto de enclaves de la Edad del Cobre estudiados en la región. Coadyuvan a esta interpretación, no sólo las características infraestructurales del lugar elegido, sino también la presencia ahora de estructuras defensivas en el sector más vulnerable del mismo. Es posible por tanto admitir, como hipótesis de trabajo, que asistamos en una etapa tardía a un replanteamiento del hábitat en la zona que relegue a un segundo plano a asentamientos próximos como Sierra Martilla, o incluso provoque su abandono, en un momento en el que primen otros intereses por encima de los meramente subsistenciales.

Registro arqueológico

Estructuras arquitectónicas

Suponen la evidencia más clara del tipo de asentamiento indicado anteriormente y el elemento que nos incitó fundamentalmente a visitar detenidamente el lugar. Una apreciación de conjunto sobre una serie de amontonamientos de piedras sueltas, con tendencia a la regularidad en el tamaño, situadas en la zona Sur de la meseta, inducía a pensar en la existencia de derrumbes pertenecientes a algún tipo de construcción. Si bien en un principio no se apreciaron evidencias materiales que aportasen datos culturales, un rastreo pormenorizado del sector permitió recuperar entre los mampuestos esparcidos por el suelo un pequeño conjunto de piezas líticas pulimentadas que abrían nuestras expectativas de considerar una posible ocupación calcolítica del lugar. La prospección indujo además a una observación meticulosa de los derrumbes, pudiéndose apreciar entonces que existía un alineamiento evidente de estos mampuestos en la zona mejor conservada, situada en la ladera oriental del cerro. En este sector pudo apreciarse una construcción longitudinal de unos 250 m, que tenía todas las trazas de ser un amurallamiento levantado en la parte supuestamente más vulnerable del enclave. Sus otras dimensiones son difíciles de establecer, dado que el caótico aspecto superficial de la construcción no permite mayores apreciaciones. No obstante, una aproximación sustentada en las medidas realizadas en varios puntos, teniendo en cuenta asimismo el desarrollo de los derrumbes en las zonas más llanas, permite aventurar anchuras que van desde los 2,30 m a los 3 m. Por lo que respecta a la altura, sólo se pueden apreciar *in situ* algunos tramos del basamento de la defensa en aquellos puntos en los que el talud ha cedido ante la erosión y ha dejado al descubierto una secuencia de hiladas de piedras comprendida entre 1,60 m y 2,10 m de desarrollo vertical.

Aunque los vestigios apreciables en la actualidad no permiten ir más allá de lo expresado, parece posible suponer la existencia de otras construcciones adosadas a la muralla, posiblemente unidades de habitación que compartirían el paramento descrito como soporte básico de su estructura. Por el momento, sólo la capacidad de los derrumbes y el material mobiliario asociado a los mismos permite establecer esta hipótesis. El lugar se perfila, no obstante, como un interesante punto de investigación en la comarca, quedando prevista una intervención arqueológica más profunda en futuros planes de trabajo.

Cerámica a mano

Está representada por un total de 25 fragmentos de vasos de diferente tipología y un pequeño resto de material de revestimiento constructivo. Este último, consiste en un fragmento de revoque arcilloso de un paramento vegetal, como lo demuestran las dos visibles huellas de cañizo u otro material similar en forma de acanaladuras paralelas en una de sus caras (Fig.28, núm.5). El fragmento tiene un grosor de 2,5 cm y en su material se aprecia un alto grado de compacidad y consistencia.

Por lo que a la cerámica se refiere, se reproducen nuevamente los tipos que vienen caracterizando al repertorio del horizonte calcolítico documentado en la zona y que pasamos a describir en cuatro agrupaciones fundamentales: platos y fuentes de borde engrosado, cuencos y vasos de formas abiertas, vasos de paredes rectas o ligeramente entrantes y vasos de formas cerradas. El conjunto ofrece una tecnología muy homogénea, predominando las pastas oscuras o de tonalidades medias, superficies parduzcas con tratamiento de alisado y texturas de aspecto, escamoso. El sistema de cocción refuerza esta uniformidad de manufacturación con un destacado uso de fuego oxidante y escasas muestras de horneado reductor.

El grupo de platos y fuentes de borde engrosado es el que ofrece mayor calidad técnica, con superficies finamente alisadas en el exterior y restos de bruñido en los interiores, especialmente constatable en el fragmento núm.1. Los tipos reproducen formas ya tradicionales en la zona, con modalidades de labio más redondeado (Fig.28, núm.1), biselado interiormente (Fig.28, núm.2), plano (Fig.28, núms.3 y 5) y engrosado en la cara interna (Fig.28, núm.4).

Entre los vasos de formas abiertas encuentran buena representación el grupo de los cuencos y las formas más altas de vasos de perfil en "S" (Fig.28, núm.7; Fig.29, núms. 2 y 14). Los cuencos pueden agruparse mayoritariamente en el tipo plano de casquete esférico (Fig.28, núm.9; Fig.29, núms.11,13 y 15). Sólo los fragmentos 8 y 10 (Fig.28) se salen de este diseño, representando respectivamente la forma de cuenco sencillo con el borde vuelto y el más hondo de borde saliente.

Los vasos de paredes rectas o ligeramente entrantes ofrecen un conjunto más nutrido, si bien sólo en el fragmento núm.22 (Fig.30) se aprecia un típico borde vertical. En el resto de la muestra existen tipos que aluden a perfiles posiblemente carenados (Fig.29, núms.16,17,18 y 19), junto a paredes entrantes y bordes ligeramente vueltos hacia el exterior (Fig.30, núms.20, 21 y 23).

Finalmente, las formas marcadamente cerradas se aprecian en ollas de paredes y bordes entrantes (Fig.30, núms.24,25 y 26), con calidad superficial especialmente cuidada en el fragmento núm.25 mediante bruñido, que además presenta un pequeño labio vuelto hacia el exterior.

Piedra tallada

No es muy numeroso este conjunto, habiendo sido catalogadas 7 piezas laminares en sílex gris claro (Fig.30, núm.27; Fig.31, núm.33), muy fragmentadas en la mayoría de los casos y con frecuentes vestigios de deshidratación en sus superficies. En solo dos casos se aprecia un tratamiento de retoque (Fig.30, núm.27 y Fig.31, núm.31), siendo éste particularmente fino en el primer fragmento, afectando los levantamientos a la cara posterior. La pieza núm.28 (Fig.31), de bulbo marcado y única que se conserva íntegra, presenta un dorso lateral con reserva de córtex que afecta a toda la longitud de la pieza.

Piedra pulimentada

Está representada por un total de seis útiles, de los cuales cuatro aparecieron entre los derrumbes del sector meridional de la meseta, unidas por una pella de tierra fuertemente compactada. Se trata, en este último caso, de cuatro hachas de caras convexas y aristas paralelas, con las superficies bien pulimentadas y el talón fracturado en dos de ellas. El deterioro general de las piezas dificulta la determinación clara de sus formas, si bien los dos ejemplares mejor conservados tienden hacia los tipos trapezoidales.

Con una tipología diferente, ha sido documentada un hacha de forma rectangular y caras convexas (Fig.31, núm.34). Presenta aristas casi paralelas. Las superficies ofrecen restos de un tratamiento de piqueteado. Se encuentra fracturada aproximadamente por la mitad, no conservándose el talón, y presentando un filo romo con profundos levantamientos en algunas zonas.

Por último, una pieza de forma redondeada, con las caras planas y bien pulimentadas, ha sido catalogada como posible martillo o percutor, fuertemente desbastado en todo su perímetro a causa del intenso uso (Fig.31, núm.35). Las trazas generales de su perfil y las huellas de lo que parece ser una gran fractura hacen pensar en una anterior configuración más rectangular, habiéndose habilitado posteriormente un fragmento de la pieza para su reutilización.

Atribución cultural

Por sus características, el material inventariado puede incluirse dentro de un horizonte propiamente calcolítico, aunque considerando un marco cronológico amplio, en el que, si unos elementos son asignables al Cobre Antiguo, otros presentan características propias del Cobre Pleno o Reciente.

Se documentan así los cuencos semiesféricos y de casquete esférico, formas muy abundantes en otros yacimientos próximos como El Manzanil, relacionadas a su vez con la secuencia del poblado de Los Castillejos de Montefrío en un Cobre Antiguo/Pleno fundamentalmente y con algún ejemplar de la cueva de El Coquino en su Fase III. Los platos, con borde engrosado y labio plano o biselado son, asimismo, muy frecuentes en el Cobre Pleno definido en Loja entre los conjuntos de El Manzanil, El Coquino y La Caridad, en donde se despliega todo un repertorio de labios salientes, almendrados, aplanados, biselados, etc. que experimentarán su propia evolución en momentos campaniformes.

Por lo que respecta a las fuentes de borde engrosado, muy abundantes en El Manzanil y similares a las del yacimiento de Montefrío, parecen establecer con claridad un arco cronológico que tendría sus inicios en un Cobre Antiguo con perduración hasta el Cobre Pleno.

Por último, amplia trayectoria señalan igualmente el grupo de las ollas, cuyos tipos en este yacimiento ejemplifican claramente los conjuntos del Cobre Inicial en la modalidad de paredes entrantes, otros más evolucionados de paredes entrantes y borde ligeramente vuelto hacia el exterior, que se manifiestan en la zona durante el Cobre Pleno, y, finalmente, algunos ejemplares con borde vertical que alargan su trayectoria hasta momentos tardíos de este horizonte.

Un material, en definitiva, de larga tradición y pervivencia a lo largo del Tercer Milenio, que encaja perfectamente con el marco cronológico establecido en la región para el poblamiento calcolítico, con un fuerte apogeo en la etapa precampaniforme y evidentes signos de perdurabilidad en el epílogo de ésta, cuando se asista en la zona a un replanteamiento en los convencionalismos de poblamiento y bagaje cultural mantenidos hasta el momento.

Localización y características geográficas

Se trata de un yacimiento situado en las proximidades de la barriada de Loja conocida con este nombre, ubicada a 37° 12' 04" de Lat. N. y 4° 10' 10" Long. W. en el Mapa Militar de España, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, escala 1:50.000. Se accede al lugar tomando un carril a la derecha en el Km. 44 de la carretera N-321, Loja-Priego de Córdoba, y tras un breve recorrido de unos 2 Km hacia el Oeste.

El yacimiento queda identificado mediante una necrópolis megalítica, de la que después de tratará, y un posible asentamiento humano en las cercanías asociado a la misma. El conjunto se sitúa sobre una suave ladera rocosa de tierras rojas muy lamidas por la erosión. En la actualidad este sector cuenta con una nutrida red de caminos, varios de los cuales confluyen en esta pedanía y comunican su disperso núcleo poblacional con las principales vías de comunicación de la zona y la propia población lojeña a través de la Sierra del Hacho.

Geográficamente puede hablarse de un pequeño llano situado entre elevaciones de cierta entidad, a modo de pasillo interior entre las unidades más destacadas de esta sierra que limita por el Norte a la Vega de Loja. El paso se dirige en sentido NE.-SW. siguiendo el cauce del "Arroyo del Grajo" que busca el río Genil a través de un terreno quebrado con angostos barrancos y descensos pronunciados. Como se ha mencionado con anterioridad, el campo arqueológico se sitúa en una suave pendiente, al Sur de la denominada "Loma del Secretario", que desciende a su vez en suave declive desde el macizo de "Godines", ya mencionado en otro apartado. Hacia el Sur, el Arroyo del Grajo separa a este paraje del Cerro de la Corona, segundo elemento orográfico de mayor altura en este ramal subbético que desciende hasta la vega lojeña por su límite septentrional.

Como viene sucediendo en la mayoría de los yacimientos estudiados en este sector, en el territorio conviven las formaciones vegetales silvestres propias de los afloramientos calizos que no han sufrido los embates de las roturaciones, junto a las grandes parcelas cultivadas. En este caso concreto, los restos arqueológicos comparten ambos paisajes, reservándose la ladera rocosa para los restos de estructuras funerarias que aún se conservan, mientras que en el olivar situado al pie del cerro han sido detectados los restos arqueológicos inventariados.

Registro arqueológico

En las diferentes prospecciones que hemos realizado en el lugar hemos comprobado cómo paulatinamente han ido desapareciendo los diferentes elementos estructurales que componían lo que, sin duda, debió ser una considerable necrópolis megalítica. La acción desaprensiva de los aficionados, unida a la fatal traza de uno de los caminos que cruzan la zona, han sido los responsables de la destrucción sistemática de la mayoría de las unidades funerarias que se conservaban hace algunos años. No hemos podido documentar en estas sepulturas ningún tipo de material ya que se encontraban violadas desde antiguo. Este hecho, unido a la escasez de material recuperado en los campos de labor de los alrededores, dificulta una completa valoración desde el punto de vista cultural y cronológico.

Estructuras funerarias

Debido a las circunstancias de deterioro expuestas anteriormente, sólo se han podido documentar de manera fiable tres construcciones megalíticas de distinta tipología y tres fosas excavadas a ras de suelo, aprovechando los entrantes naturales de la roca al pie de la colina donde se encontraba la necrópolis.

Las primeras estructuras corresponden a dos cistas megalíticas (Fig. 35) y un megalito de planta circular (Fig. 36). Las dos cistas han sido catalogadas con las siglas: AR/CM-1 y AR/CM-2, siendo su estado de conservación muy distinto. En el primer caso, la estructura sólo conserva *in situ* dos ortostatos con una longitud de 1,25 m y 87 cm respectivamente. Faltan dos lajas que probablemente han debido ser utilizadas en las construcciones modernas aledañas y que, atendiendo a la disposición en ángulo recto de las otras dos, debían configurar un receptáculo rectangular con una tapa. Esta cista, al igual que la descrita a continuación, ha sido construida aprovechando el desnivel del terreno en la parte más baja del cerro, junto al camino de reciente construcción. Esta posición ha determinado que la piedra que forma la pared menor se encuentre aún totalmente embutida en el suelo, mientras que otra pieza con la que forma ángulo aflore unos 40 cm sobre la superficie. Es muy posible que en ambos casos el conjunto estuviese totalmente enterrado, resultando ahora visibles sus paredes laterales por los efectos erosivos sobre el terreno.

La segunda cista está más completa, faltando sólo una de sus cuatro caras. La planta es ligeramente más cuadrangular y está formada por tres piezas que miden respectivamente 85 cm,

1 m y 64 cm. Falta igualmente la pieza exterior, respecto al perfil del cerro, y por las trazas del conjunto debió tener una longitud de 75 cm. Como en el caso anteriormente descrito, la pared interior está totalmente enrasada con el nivel del suelo, mientras que los laterales son visibles al exterior en unos 85 cm, con una porción calzada apreciable en el interior de unos 25 cm.

La variable a este tipo la aporta la sepultura AR/M-1, que hemos clasificado como megalito de planta circular. Está constituido por seis ortostatos verticales con dimensiones muy similares que rondan los 25 cm de ancho, 70 cm de largo y 75 cm de altura. Están dispuestos en círculo, dejando una apertura ligeramente descentrada respecto a su eje axial de 80 cm. Todas las piezas están encastradas totalmente en el terreno, habiendo desaparecido como en los demás casos la tapa que cubriría la sepultura.

Por último, tres huecos excavados a ras de suelo, muy próximos a los ejemplares descritos, han sido catalogados como "fosas", posiblemente relacionadas con la misma función funeraria. En los tres casos la configuración es la misma, habiéndose tallado en la propia roca una oquedad de boca circular, con paredes y fondo ligeramente incurvados. Se encuentran muy próximas entre sí, distando apenas 3 m entre una y otra. Sus dimensiones son asimismo similares, oscilando entre los 1,80 m de diámetro de la mayor y 1,50 m en la más pequeña, y profundidades que van desde 1 m hasta 1,50 m. Como en los anteriores casos, no hay indicios de material ni en el interior ni en las proximidades, encontrándose en el momento de nuestra última prospección bastante rellenas de derrubios procedentes de los alrededores.

Cerámica a mano

El conjunto material que acompaña a las estructuras anteriormente descritas se reduce a un total de 23 piezas, entre las cuales existe un predominio del instrumental lítico en relación a la escasa representatividad de la cerámica. Todas las piezas han sido recogidas en un área bien delimitada entre los terrenos de labor situados a escasos metros de las estructuras megalíticas, por lo que no parece plantear problemas su adscripción arqueológica al horizonte cultural correspondiente.

Por lo que a la cerámica se refiere, los dos únicos fragmentos recogidos (Fig.32, núms. 1 y 2) representan sendos elementos de prehensión de diferente tipología. En el primer caso se trata de un mamelón horizontal plano situado cerca del borde de una olla de paredes verticales y borde vuelto, con restos de tratamiento bruñido en ambas superficies. El segundo fragmento ofrece un

pequeño mamelón de lengüeta inclinado hacia abajo, probablemente perteneciente a un cuenco semiesférico de paredes que se adentran a partir de una línea de carenación. Como en el caso anterior, las superficies interna y externa presentan restos de bruñido. En ambos casos se trata de cerámicas de pastas de tonalidades medias y coloraciones superficiales parduzcas. A sus características texturales escamosas hay que añadir además en el núm. 1 la presencia de gruesas partículas de desgrasante calizo. En las dos vasijas se ha empleado una cocción oxidante.

Piedra tallada

El material lítico tallado ofrece cierta uniformidad tipológica, tratándose de productos laminares de tamaño y extracción más o menos similar, si exceptuamos las piezas mayores (Fig.32, núms.8,9 y 10) y un gran núcleo laminar (Fig.33, núm.20), muy desgastado y con evidentes signos de reutilización como percutor. La materia prima utilizada es sílex de tonalidades marrones claras y grisáceas, muy deshidratado en la mayoría de los casos. Entre las láminas predominan las secciones trapezoidales, talón plano y bulbo marcado en las de mayor tamaño, así como una general ausencia de retoques u otros procesos de acabado. Sólo puede apreciarse un filo con retoques de uso en la pieza núm. 14 (Fig.33).

Piedra pulimentada

Esta representada, en primer lugar, por un fragmento de hacha de tipología no determinable a causa de su reducido tamaño, con el bisel romo y la superficie finamente pulimentada (Fig.34, núm.22). El otro fragmento pertenece a un martillo de forma trapezoidal, de caras convexas y aristas convergentes (Fig.34, núm.23). La superficie muestra restos de piqueteado y pulimento en algunas zonas. El talón y el bisel están redondeados.

Atribución cultural

El estudio tipológico de las sepulturas descritas permite establecer una secuencia de utilización de la necrópolis que comenzaría en un momento inicial del Cobre Antiguo, sobradamente conocido en la comarca en yacimientos con contextos bien definidos y que, en este caso, estaría representado por los pequeños megalitos de planta poligonal. Con posterioridad, en

una fase de Cobre Pleno, se seguirían utilizando los mismos tipos sepulcrales colectivos en la Tierra de Loja, siendo posible que las cistas megalíticas de Los Arenales acogieran enterramientos individuales.

Por lo que respecta a la cerámica, se nos presentan tipos que pueden considerarse indicativos de la evolución postneolítica en la zona, pudiendo considerarse en este sentido como una evidencia más de la ocupación tardía en el sector. Como ocurre en la estratigrafía referencial de El Coquino en su Fase III, resulta ilustrativa la presencia de grandes cuencos hondos de perfil carenado; uno de ellos situado en la misma línea tipológica de nuestro fragmento núm.2, de borde entrante, fondo curvado y carena alta, provisto de mamelones inclinados hacia abajo que parten de la misma línea de carenación y superficie exterior bruñida. Este tipo ya es reconocido en los contextos de finales del Bronce Argárico y del Bronce Tardío del Sudeste peninsular. Otros paralelos muy directos pueden encontrarse en la Cuesta del Negro de Purullena (MOLINA GONZÁLEZ y PAREJA, 1975; Fig.56,227; Fig.27,231; Fig.60,242) y en Cerro de la Encina de Monachil (MOLINA GONZÁLEZ, 1977; Tabla tipológica núm.8). De tipología muy similar han sido documentados igualmente en el Cerro de la Mora de Moraleta de Zafayona, en estratos del Bronce Tardío fechados en torno a comienzos del Siglo XIII a.C. Un contexto semejante del Bronce Tardío ofrecen ciertos materiales de Fuente Alamo (SHUBART y ARTEAGA, 1978, Fig.14f).

TL-N/21/ VENTORROS DE LA LAGUNA

Localización y características geográficas

Sus coordenadas geográficas son: 37° 02' 20" Lat. N. y 4° 12' 55" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 17-41 (1007) de Rute, escala 1:50.000.

Los hallazgos se concretan en dos sepulturas en cistas, descubiertas ocasionalmente por D. Cayetano Aníbal que puso a nuestra disposición el material arqueológico para su estudio. Al lugar en donde se ubican se accede por la antigua carretera de ámbito comarcal que transcurre desde Loja hacia Rute, actualmente cortada por las aguas del pantano de Iznájar a unos 7 Km al NE. de la pedanía lojeña de Los Ventorros de La Laguna.

El ingreso en la zona se produce a través de un terreno accidentado donde predomina un paisaje de monte bajo muy degradado y ocasionales manchones de bosque autóctono en las cotas superiores con afloramientos calizos. Entre éstos, la deforestación ha dado paso a los perfiles quebrados por los numerosos abarrancamientos que cortan el terreno y vierten sus torrenteras hacia el Arroyo Nieblin desde la Dehesa de Los Montes, pequeña aldea o cortijada al Sur, o hacia el río Genil por la vertiente oriental. Las roturaciones agrícolas, como viene siendo habitual en la zona, han extendido considerablemente el secano cerealístico, que compite con el cultivo del olivar y el almendro en una combinación ya familiar en la región.

Desde el punto de vista orográfico, la altitud media del territorio no excede de los 630 m, resultando excepcional la pequeña elevación del "Cerro Cabrera" con 670 m. Esto nos lleva a considerar un terreno fundamentalmente homogéneo, que incluso pierde toda accidentalidad cuando se abre hacia los llanos de "Campo Agro", al Norte del lugar en que se encuentra nuestro yacimiento. El sector queda cerrado por el NW. con la barrera que representa la sierra del mismo nombre, en el límite administrativo del término de Loja con el de Iznájar.

Registro arqueológico

Estructuras funerarias

Están representadas por dos cistas que, por su configuración general, recuerdan formas megalíticas, estando abiertas por un extremo, dando las paredes impresión de corredor. Sus cabeceras tienen orientación Norte. Estas sepulturas se hallaban violadas desde antiguo, aunque una de ellas, atendiendo a las indicaciones de su descubridor, conservaba en una de sus esquinas restos de relleno, aflorando restos de una vasija. Este hecho indujo al levantamiento y cribado de la tierra, pudiéndose recuperar así parte del ajuar que ahora presentamos.

La primera de las sepulturas está compuesta por una gran piedra plana de cabecera de 0,80 m de altura y dos gruesas piedras irregulares hincadas en los laterales, con una altura media de 0,70 m. La piedra de cierre había desaparecido, con una longitud aproximada que se estima en 1,30 m.

La segunda cista estaba formada por dos lajas de piedra como cabecera y los laterales por tres lajas cada uno, hincadas verticalmente. Se calcula una altura media en torno a los 0,70 m y

una longitud total a falta de las lajas de cierre que pudo llegar hasta los 1,60 m. Al igual que la anterior apareció totalmente violada y no conservaba ningún tipo de cobertura.

La parte del ajuar conservado en la primera de las cistas estaba compuesto por dos cuencos, un vaso carenado y una cuenta de collar.

Cerámica a mano

El vaso es de carena baja y paredes convexas, siendo el fondo curvo. Las paredes son finas y la superficie marrón rojiza muy bruñida. La textura es harinosa con el grano muy fino. Dimensiones: diámetro de boca 124 mm; altura 90 mm; altura de la carena 18 mm; grosor medio de las paredes 4mm.

De los cuencos, el primero es un cuenco de paredes parabólicas y fondo estrecho. La superficie grisácea, presenta restos de bruñido y la textura escamosa. De él sólo se conservan algunos fragmentos, a partir de los cuales ha sido reconstruido. Dimensiones: altura 90 mm; diámetro de boca 144 mm; grosor medio de las paredes 6 mm.

El segundo es un cuenco de paredes abiertas y bajas con fondo ligeramente apuntado. Decorando el labio de borde presenta una serie de finas protuberancias. La superficie es amarillenta, muy bruñida y la textura harinosa. Dimensiones: altura 64 mm; diámetro de boca 150 mm; grosor medio de las paredes 4 mm.

Piedra pulimentada

La cuenta de collar es de piedra verde, de forma circular aplanada y con una perforación central. Dimensiones: diámetro 7 mm; sección 3 mm.

Atribución cultural

Los paralelos existentes para los objetos inventariados son múltiples, como ya se indicó en un apartado anterior, tanto dentro como fuera del ámbito granadino, por lo que preferimos obviarlos ahora ya que no aportarían nada nuevo a una realidad de sobra conocida. Es de destacar el segundo de los dos cuencos cuya decoración, de suaves protuberancias en el mismo labio de borde, es típica de un Argar muy evolucionado, resultando asimismo característica del Bronce

Tardío, como ha podido constatarse en las estratigrafías del "Cerro de la Encina" (Monachil, Granada) (ARRIBAS *et al.*, 1974), "Cueva del Canjorro" (Jaén) (CARRASCO y MEDINA, 1983), "Cerro de la Mora" (Moraleta de Zafayona, Granada), en donde, en la campaña de 1982/83, fueron documentados algunos cuencos y fuentes de similar tipología. Con una decoración similar también pueden citarse otros ejemplos en el hinterland granadino y giennense, particularmente en este último y en contextos sepulcrales como cistas y cuevas, asociados a elementos metálicos (CARRASCO *et al.*, 1979).

TL-N/22/ LA ESPERANZA I

Localización y características geográficas

Sus coordenadas geográficas son: 37° 10' 16" Lat. N. y 4° 07' 36" Long. W. del Mapa Militar de España del Servicio Geográfico del Ejército, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, escala 1:50.000.

Se trata de un yacimiento al aire libre, situado al lado de la estación de ferrocarril de la línea Loja-Bobadilla, en el lugar conocido como "La Esperanza", barriada lojeña situada a las afueras de la ciudad en la margen derecha del río Genil. En la actualidad ha desaparecido parcialmente el lugar de los hallazgos, al haberse convertido el bancal donde se efectuaron las primeras prospecciones en un vertedero de escombros que lo ha sepultado en casi su totalidad.

El sector prospectado forma parte del ámbito geográfico descrito como "Terrazas del Genil" y por lo tanto reproduce las características morfoestructurales que ya han sido objeto de tratamiento pormenorizado en este trabajo en el apartado descriptivo de las unidades geográficas que componen la Tierra de Loja. Sólo retomaremos una vez más el factor de incidencia que la intervención antrópica ha protagonizado en estas tierras bajas de la vega, con lo que ello supone de cara a la transformación del contexto geográfico original y, generalmente, arqueológico. El lugar de los hallazgos reviste así todas las características habituales que manifiestan los yacimientos ubicados en zonas de cultivo o lugares de depósito de desechos humanos próximos a unidades de habitación actuales, con una transformación radical del espacio arqueológico y el esparcimiento de las piezas por un área amplia que no necesariamente debe corresponder al

ámbito real del asentamiento prehistórico. Es preciso sacar a colación este hecho, dado que las piezas que han sido inventariadas proceden de la recogida efectuada por diversos aficionados antes de que se produjeran los vertidos en el lugar, y en un buen número de casos no se precisó convenientemente el lugar exacto donde fueron halladas. Con todo, el lugar no es excesivamente amplio y una leve orientación por parte de alguno de estos vecinos de la localidad ha sido suficiente como para establecer un sector de acumulación de material concreto en uno de los ángulos de la terraza, próximo al brusco desnivel que desciende hasta el cauce del río, encajonado en este punto por las angostas quebradas de "Los Infiernos de Loja".

Registro arqueológico

El conjunto de material arqueológico está compuesto por una industria realizada en sílex gris con una gruesa pátina blanca, que denota la existencia de un hábitat paleolítico cuyos vestigios materiales han desaparecido por las causas antes señaladas. De todas las piezas recuperadas, sólo hemos tenido acceso a un reducido número, no por escaso menos representativo de lo que pudo constituir el elenco artefactual de este importante yacimiento.

Piedra tallada

1.- Bifaz parcial. Muy tosco, ha sido realizado sobre una lasca de sílex. Su cara posterior presenta el bulbo adelgazado y el talón semi-reservado. Sobre la cara A presenta una reserva que ocupa la mayor parte de la zona proximal. El retoque es escamoso e invadiente sobre los dos filos, resultando el izquierdo más abrupto. Para la cara A ha sido utilizado un percutor duro, según se deduce a partir de los profundos y marcados contrabulbos. La cara B presenta un retoque invadiente subparalelo, efectuado con un percutor blando que ha dejado contrabulbos alargados y poco profundos, así como las rugosidades características. Este retoque afecta a la mitad superior de esta cara, apreciándose en la mitad inferior una serie de levantamientos de adelgazamiento de bulbo, desde el talón y el lado derecho. La arista en este borde es rectilínea, un poco sinusoide en su zona medial, y posición central. En el borde izquierdo también es rectilínea, siendo su posición básicamente central, aunque levemente desviada hacia la cara A en su zona proximal. Por encima de la base, en el borde derecho es convexa, haciéndose rectilínea en la zona distal; en el borde

izquierdo es convexa. No presenta ninguna simetría, siendo la sección irregular en la zona proximal y biconvexa en la zona distal.

Puede concluirse, a la vista de estas indicaciones, que se trata de un bifaz tosco, probablemente inconcluso, y de aspecto irregular en general. El estado de la pieza puede calificarse de excelente.

2.- Bifaz. Se trata de un bifaz amigdalóide, con un índice de alargamiento $L/a=2,3$. Elaborado sobre un nódulo de sílex blanco y azulado de buena calidad. Ha sido tallado con percutor duro, como lo prueba la profundidad de los contrabulbos y la sinuosidad de las aristas. Se aprecia retalla de regularización sobre ambos bordes, que afecta a la cara A y ocupa el borde izquierdo en toda su extensión, mientras el derecho se limita a la parte media inferior. No puede hablarse de simetría en la complejidad general de la pieza, siendo la sección en su base cuadrangular, y triangular a los $3/4$ de la altura. Sobre el borde izquierdo, la posición de la arista se presenta desplazada, sobre todo en la zona proximal, hacia la cara B, siendo sobre el borde derecho, central. La forma de la base es en "U"; ligeramente convexa por encima de ella, pasando progresivamente a rectilínea hacia la zona distal.

El estado de la pieza en el momento de su estudio era moderadamente bueno, considerando algunas huellas de rodamiento, tan características en estas piezas que han sido recogidas en superficie.

3.- Raedera bifacial. Realizada sobre sílex blanco y azulado de buena calidad. Presenta el talón plano y el bulbo adelgazado por un sólo golpe de grandes dimensiones y una reserva de corteza en la zona medial del borde izquierdo sobre la cara inferior, así como en el talón. Es una pieza de considerable tamaño (longitud maximal: 10,4 cm). Está retocada en la práctica totalidad de su perímetro, encontrándose interrumpido el retoque sólo en una pequeña porción de la zona medial del borde izquierdo y en otra de la zona proximal del borde derecho. Sobre éste, el retoque es bifacial escamoso y muy regular, sobre el izquierdo afecta tan sólo a la cara superior y es más irregular.

4.- Raedera convergente. Realizada en un sílex un poco hidratado, con el talón plano y bulbo que presenta un cono de percusión muy marcado. Las ondulaciones observadas en esta parte de la pieza denotan el uso de un percutor duro como medio de extracción de la lasca soporte. El retoque es abrupto escamoso sobre los dos bordes.

5.- Raedera lateral simple. Presenta el talón roto por el efecto del rodamiento y el bulbo bastante deteriorado, casi imperceptible. El retoque sobre el lado izquierdo es abrupto.

6.- Muesca. Realizada sobre una lámina de sílex hidratado. Presenta una reserva sobre la cara dorsal. El talón y el bulbo están semiadelgazados. La muesca se encuentra en el lado derecho y ha sido obtenida a partir de un amplio golpe con percutor duro. Posteriormente, sobre este golpe se han efectuado otras dos extracciones menores y una regularización posterior muy fina sobre la zona de convergencia de las aristas de las dos extracciones secundarias.

7.- Denticulado. Realizado sobre una lámina muy espesa de sílex hidratado. Presenta talón y bulbo semiadelgazados. El denticulado ha sido realizado sobre el lado derecho de la pieza, mediante varios levantamientos, no muy amplios, que no han sido objeto de regularización posterior.

8.- Butil. Realizado sobre una lasca de desbastado en sílex gris, de mejor calidad que el de las piezas anteriores. El talón es plano y el bulbo muy desarrollado. El golpe de butil se aprecia sobre el talón en el lado derecho de la lámina.

Atribución cultural

El exiguo número de piezas que componen el conjunto estudiado, el estado de deterioro que presentan algunas de ellas y la desaparición posterior del yacimiento, constituyen los principales obstáculos para llegar a una valoración más precisa sobre esta industria y el contexto cronológico-cultural en que se insertan.

Pese a estos problemas, existen datos que permiten ciertas precisiones en orden a su correcta clasificación. Aspectos, en primer lugar, como la utilización del percutor blando, el nulo índice de sinuosidad de las aristas, la presencia de un butil, así como los tipos de raederas presentes, con un retoque abrupto escamoso que nos recuerda el de algunas de las industrias musterienses de la provincia, nos hacen excluir estas piezas de los contextos industriales propios del Paleolítico Superior, así como de las industrias del Achelense Inferior y Medio. Por otra parte, el hallazgo de la industria en una terraza de 400-500 m que reúne las características de otros yacimientos similares de las cercanías como Villanueva de Mesía o Cerro Pelado, con cronologías Riss/Würm y Würm, al tiempo que la presencia de materiales achelenses y musterienses, nos

inclina a situar este conjunto en un Achelense Superior muy evolucionado o bien en un Musteriense de Tradición Achelense.

TL-N/23/ LA ESPERANZA II

Queremos hacer referencia en este apartado a un yacimiento muy conocido desde antiguo por su cercanía al casco urbano lojeño y frecuentemente referenciado en los estudios y crónicas relativos a la historia local. Se trata de una necrópolis tardorromana conocida por el mismo nombre del barrio donde se encuentra, muy próxima a esa otra estación paleolítica a la que hemos hecho referencia anteriormente. Debido a esta circunstancia, y para no romper la tradición bibliográfica que ya le ha asignado a cada uno de estos yacimientos la coincidente denominación con la que son conocidos, hemos decidido evitar cualquier posible confusión distinguiéndolos con las siglas I y II respectivamente, atendiendo a un criterio meramente cronológico de las culturas representadas en los mismos. Prescindiendo de todo el complejo interpretativo -a veces con tintes novelescos en las misceláneas locales- que ha pretendido encontrar aquí los vestigios fundacionales de un excesivamente ponderado primer núcleo urbano lojeño de la Antigüedad, nos proponemos simplemente con su inclusión en este catálogo cumplir con el cometido de dar una referencia completa del campo arqueológico comarcal, donde tengan cabida todos y cada uno de los restos conocidos en el territorio.

Localización y características geográficas

Sus coordenadas geográficas son 37° 10' 09" Lat. N. y 4° 07' 30" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, escala 1:50.000. Al yacimiento se accede siguiendo el Camino Bajo de Huétor, que cruza la barriada de La Esperanza y parte de la margen izquierda de la carretera N-321 que enlaza Priego de Córdoba con Loja, a la altura del Km 54. Este camino, actualmente asfaltado, atraviesa el núcleo de la barriada, pasando por delante de un pequeño cerro donde se levanta una ermita dedicada a la advocación de la "Virgen de La Esperanza", tras la cual se ubica la necrópolis. El afloramiento rocoso en cuestión fue

antiguamente ejido o descansadero de ganado, sirviendo como rediles los huecos y abrigos que lo horadan (ROSAL y DERQUI, 1987). Este hecho, unido a la expoliación de las sepulturas desde antiguo, revelan un grado de deterioro importante que impide acercarse más profundamente a las características y entidad cronológico-cultural del yacimiento. En la actualidad, el acoso urbanístico y la propia dinámica que éste genera (ampliación de viviendas, construcción de corrales, vertido de escombros, etc.), contribuyen aún más a la degeneración del lugar y, obviamente, dificultan el trabajo de documentación.

Registro arqueológico

Estructuras funerarias

En la actualidad pueden observarse con cierta nitidez los restos de un total de seis estructuras abiertas, fuertemente deterioradas en más de la mitad de su conformación general, exceptuando una de ellas que, por encontrarse en una posición más resguardada y ser de menores dimensiones, ha corrido mejor suerte que las demás. Conviene señalar, a propósito del estado de deterioro de estas sepulturas, el hecho coincidente en todas ellas de ocupar una posición periférica en la actual configuración del cerro, por lo que las progresivas extracciones de roca en las ampliaciones de los corrales han afectado en proporción similar a la mayoría de las mismas. Otro hecho constatable en este sentido, lo aporta la circunstancia de que en todos estos casos la fractura que delimita la porción desaparecida de la sepultura tiene un desarrollo longitudinal coincidente con el eje mayor de la estructura, producto sin duda de una misma disposición y orientación geográficas a lo largo del costado sudoccidental del afloramiento rocoso.

Un somero inventario de las unidades catalogadas en la necrópolis arroja hasta cuatro modelos diferentes de sepulturas, en función de sus dimensiones, atendiendo siempre a las evidencias que manifiestan las trazas generales de las zonas bien conservadas en las mismas.

Comenzando por la más pequeña, y mejor conservada de todas, ofrece una planta rectangular cuyas dimensiones son de 1,50 m de largo por 0,35 m de ancho y una profundidad de 0,40 m Aunque no se aprecian restos en su contorno de algún tipo de rebaje para la inserción de una losa de cierre, es posible que ésta sí existiese, atendiendo a la tónica que parecen ofrecer otras unidades similares.

Aumentando ostensiblemente las dimensiones, tres sepulturas revelan el tipo que debió ser el más corriente en la necrópolis, atendiendo no sólo a su representación numérica sino a las referencias verbales de algunos vecinos que recuerdan al conjunto en mejor estado de conservación. Las medidas medias registradas en estos tipos son de 2,40 m de largo por 0,95 m de ancho y 0,45 m. de profundidad, con ligeras oscilaciones entre los tres casos, que preferimos omitir por no representar un dato relevante en la documentación general de las estructuras y en sus características formales.

Se aparta de estas proporciones una fosa de 3,60m en su eje mayor por 2,10m en el menor y 0,43m de profundidad, desaparecida en su mitad diagonal hacia el costado Sur, a causa del corte brusco que provoca en este lateral el ensanche de uno de los solares aledaños. El estado caótico general que presenta este sector de la colina, por la acción humana antes referida, aconseja no aventurar supuestos que excedan a la simple evidencia de lo que hoy puede contemplarse. Es por ello que preferimos no abundar en otros aspectos interpretativos de lo que pudo haber representado esta estructura en el seno de un complejo ritual-funerario como el que se describe.

Atribución cultural

La sola presencia de este tipo de estructuras funerarias, sin otro apoyo documental aportado por restos de cultura material u otro tipo de evidencias, no permite sino establecer una datación globalizada dentro del mundo alto-medieval, en el marco de un diseminado poblamiento visigodo atestiguado en varios puntos de la comarca mediante agrupaciones funerarias de estas características. La consideración de restos como los de "Sierra Martilla", el "Cerro de las Sepulturas", en el cercano núcleo del Algarbe, u otros en perspectivas de estudio muy próximos a éstos, constituyen los fundamentos de esta realidad arqueológica aún muy desconocida en la región, salvo en los aspectos derivados de su emplazamiento que, *grosso modo*, vienen a coincidir con los observados en los asentamientos calcolíticos con los que frecuentemente comparten solar.

Localización y características geográficas

Se localiza a unos 10 Km. de Loja, a orillas del Pantano de Iznájar en la ladera N. del denominado "Cerro Pelado". Sus coordenadas geográficas son: 37° 14' 15" Lat. N. y 4° 14' 15" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 17-41 (1007) de Rute, escala 1:50.000. Al lugar se accede siguiendo la carretera de Loja a Iznájar, hasta llegar a los Ventorros de Balerna, desde donde hay que desplazarse unos 2 Km en descenso hacia la margen meridional del embalse, siguiendo un carril que parte de la propia carretera.

Según nuestra apreciación sobre el lugar y las características de la industria recogida, parece tratarse de un asentamiento al aire libre, ubicado en la curva de nivel 400-500 m., hoy día cubierto en gran parte por las aguas del pantano. Pese a las transformaciones lógicas producidas por la intervención humana al construir la obra hidráulica en cuestión, es relativamente fácil hacerse a la idea de la posición que debió ocupar el asentamiento paleolítico en las proximidades de una antigua cuenca fluvial, tal vez lacustre, desde un momento Pre-Würmiense.

Actualmente el paraje se presenta desolado a los ojos del visitante, con los signos de despoblamiento de la cobertura vegetal, tal como corresponde a una zona que ha permanecido ya bastantes años sumergida. Es preciso significar en este sentido que el hallazgo de las piezas que se presentan ha correspondido a un período de estío en el que las aguas del embalse experimentaron un descenso notable, siendo posible la identificación de los materiales sobre una superficie lamida por la erosión y desprovista de vegetación. El territorio circundante ofrece el tradicional y monótono paisaje de olivar, sobre una superficie de pendientes suaves en el sector Sur en que nos encontramos y poderosamente accidentado en la orilla opuesta, con profundos barrancos y arroyamientos encajados entre las formaciones montañosas ya descritas en el comentario dedicado al yacimiento de Fuentes de Cesna, bien visible desde el lugar y del que no dista más de 3 Km en línea recta.

Registro arqueológico

Piedra tallada

Ha sido inventariado un nutrido conjunto de 863 piezas líticas, recogidas por diversos aficionados de la provincia y nosotros mismos, realizadas en sílex gris, marrón, beige y melado, que a veces presentan pátinas de otros colores (blanca, amarillenta, etc.). Un estudio efectuado sobre una exhaustiva selección de las mismas, presenta las características que a continuación se exponen.

El primer grupo lo constituyen 708 lascas, agrupadas en los siguientes conjuntos, según el tamaño y el origen funcional de la pieza: 204 de gran tamaño, procedentes del desbastado de núcleos; 300 medianas, por lo general de mala factura y sobrepasadas en algunos casos, lo que es causa de que no se hayan podido transformar en útiles en bastantes ocasiones; 204 de talla y retoque, muy pequeñas, con talones estrechos alargados y, en algún caso, puntiformes.

Se han contabilizado por otra parte 62 núcleos. De ellos 15 son globulares, 1 laminar de tipo post-paleolítico, 1 discoidal y 45 atípicos.

Otro conjunto más diverso arroja los siguientes tipos: 1 punta levallois atípica, 5 raederas simples rectilíneas, 9 raederas laterales simples cóncavas, 3 raederas laterales simples convexas, 2 raederas dobles cóncavo-convexas, 1 doble rectilínea alterna, 2 raederas aladeadas, 1 sobre cara plana; 3 raspadores, 1 en abanico sobre extremo de lámina, 1 aquillado atípico y 1 semicircular; 3 buriles, y perforadores, algunos de los cuales recuerdan tipos del Paleolítico Superior; 9 denticulados, 23 cuchillos de dorso, 13 muescas, 2 escotaduras, 1 truncadura sobre lasca y 1 pieza de retoques abruptos pequeños.

Destaca sobre el conjunto un bifaz de bella factura y excelente estado de conservación. Tiene rota la punta, lo que confirma la dirección de percusión lateral sobre las dos caras y permite deducir que efectivamente ha sido una fractura y no un mal acabado de la pieza. Podemos indicar la posibilidad de que dicha rotura se halla podido producir durante el proceso de fabricación, o incluso, dentro de lo que podíamos considerar como período de uso, debido fundamentalmente a la existencia de una regularización de dicha fractura mediante un retoque abrupto escamoso que afecta a la cara B y cuyo objetivo sería la preparación de la arista viva resultante de la alteración, de cara a las necesidades de uso de la pieza. Está elaborado en cuarcita de gran calidad, a partir de una lasca de la cual puede observarse aún el talón y el bulbo. La sección es plano-convexa,

dentro de las características habituales que pueden observarse en este tipo de bifaces realizados sobre lascas. El lado derecho de la base está reservado, presentando el talón de la lasca plano y bulbo semiadelgazado, debido a una serie de extracciones en la dirección NW y SW con respecto a dicho talón y N y NW con respecto a la base del bifaz. Es de tipo cordiforme alargado ($L/m=1,65$), aunque puede considerarse en el límite que establece el índice de alargamiento ($L/m=1,65$ cordiforme alargado y $L/m=1,7$ subcordiforme). Probablemente se realizó con percutor duro, en virtud de la sinuosidad de las aristas. A causa de los contrabulbos de los lascados, presenta una pequeña retalla de regularización en el borde derecho. La observación frontal describe una notable simetría en general. La sección, como decíamos anteriormente, es plano-convexa, aunque la cara B se presenta plana, volviéndose algo convexa a la intersección de los bordes. A los $3/4$ de la longitud máxima del bifaz, la sección es de una biconvexidad más patente, así como el extremo distal que, pese a la rotura de la punta, tiene sección planoconvexa. La forma de la arista en el borde derecho es sinuosa, sin llegar a constituir un zig-zag marcado. Similar característica tiene también la arista izquierda. La posición de la arista en el borde derecho es central, aunque en la zona proximal la subsistencia del talón de lasca de soporte ha determinado un leve desplazamiento de ésta hacia la cara A. En el borde izquierdo, la situación es central en la zona media y desplazada hacia la cara A en las zonas proximal y distal, aspecto en el han jugado un papel decisivo los negativos de los lascados. No presenta ninguna reserva de corteza.

Por lo que respecta a la base de la pieza, su forma es en "U", rectilínea. La tendencia de los bordes a partir de aquí es rectilínea, a pesar de las pequeñas convexidades que se observan, fruto del tallado con percutor duro y la no regularización posterior. Se observan asimismo golpes de adelgazamiento en ambas caras, que alivian el aspecto de pesadez que presentaría la lasca soporte y adelgazan el frente del talón de la misma. Son particularmente precisos los golpes inferidos al bulbo de la cara posterior, tendentes a adelgazarlo con extracciones no muy grandes.

El estado de la pieza es muy bueno, presentando solamente leves indicios de rodamiento en su superficie.

Atribución cultural

Atendiendo al material recuperado en las diferentes prospecciones realizadas en el lugar

así como a la tipología de su industria, no resulta difícil concluir que nos encontramos ante un hábitat al aire libre con una ocupación poblacional muy prolongada en el tiempo. De una u otra forma están atestiguadas diferentes fases culturales, como queda demostrado por la presencia de un bifaz achelense, raederas de tipo musteriense, raspadores y núcleos de hojas post-paleolíticas, etc., que confirman la utilización casi continuada de este lugar desde un Achelense hasta, posiblemente, la Edad del Cobre, con una fuerte ocupación Musteriense. Una consideración más profunda de las características de la industria, puede llevar a plantear la hipótesis de que pudiera tratarse de un gran taller, de larga perduración, debiéndose a ello la pequeña cantidad de útiles que aparecen en relación al número total de piezas recuperadas.

Por lo que respecta al bifaz, la pieza más controvertida de la serie por su exclusividad en el conjunto, pueden extraerse del estudio tipológico una serie de conclusiones generales, que nos aproximen relativamente a su filiación cultural. De esta forma, aspectos como el tipo de talla con percutor duro, la no regularización de los bordes, la no utilización del percutor blando, tanto con fines de dar el toque final como para la regularización, así como por el aspecto tosco que le conceden las sinuosidades de las aristas y contrabulbos de tallado, nos inclinan a catalogarlo dentro de un Achelense Medio o Superior.

TL-N/25/ VEGA DE DON ANTONIO

Localización y características geográficas

Aunque el subsector conocido con este nombre es amplio, adoptaremos esta denominación para designar el punto de hallazgos situado en sus inmediaciones, con las siguientes coordenadas geográficas: 37° 10' 15" Lat. N. y 4° 06' 30" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, escala 1:50.000.

Desde el punto de vista geográfico, la "Vega de Don Antonio" es la prolongación de la de Loja, formando un pequeño estrangulamiento entre el piedemonte de la Sierra del Hacho y la de Loja, describiendo un sinuoso pasillo por el que discurre el Río Genil formando amplios meandros. En los límites de la Vega extensos olivares pueblan las faldas de las sierras, como el situado al Norte de la vía férrea Granada-Bobadilla, trazada siguiendo el eje del valle, en el que

se ubica nuestro yacimiento. El acceso al mismo se efectúa a partir del Camino Bajo de Huétor, antiguo carril de ámbito local que corre paralelo a la vía férrea y enlaza las caserías de la vega con las poblaciones de Loja y Huétor-Tájar. Actualmente se encuentra asfaltado, constituyendo la principal arteria de comunicación en este ámbito rural durante todo el año. Aproximadamente a la altura del Km 72 del tendido ferroviario, una estrecha vereda facilita la llegada al pie del olivar antes referido, por el que es preciso subir unos 500 m para llegar al lugar exacto de los hallazgos. Una segunda posibilidad de acceso la brinda la carretera N-321 Loja-Priego de Córdoba, en cuyo Km 51 existe un descenso relativamente cómodo hacia el lugar, abandonando la misma por su margen derecha en dirección a Priego.

Aunque las piezas recogidas se encontraban dispersas en un área no superior a los 30 m², es lógico suponer que toda esta zona roturada formaría parte de una misma unidad de explotación en el momento al que se adscriben las piezas dentro de la Edad del Cobre, reproduciendo el mismo esquema planteado en los numerosos yacimientos existentes en las márgenes de la Vega del Genil a su paso por la Tierra de Loja. En este sentido, el presente yacimiento debe vincularse necesariamente a los cercanos núcleos poblacionales de La Esperanza/Manzanil, constituyendo probablemente como se ha dicho antes, una de sus diversas áreas anejas de explotación agropecuaria.

El yacimiento se encuentra en una pequeña hombrera que describen los antiguos aterrazamientos del piedemonte de la Sierra del Hacho al Norte de la depresión. El terreno está profundamente modificado a causa de las roturaciones agrícolas, presentando un perfil moderadamente inclinado, con un descenso cada vez más suave a medida que se produce su contacto con la llanura aluvial. Esta circunstancia descarta naturalmente la posibilidad de establecer una ubicación precisa de la unidad territorial arqueológica, resultando obvio que la situación actual de los artefactos responde a procesos de rodamiento y dispersión postdeposicionales provocados por las continuas remociones del terreno.

Registro arqueológico

Piedra pulimentada

Se han inventariado tres hachas realizadas en diorita, de diferente tamaño aunque de

características formales similares.

La primera de ellas mide 22 cm de largo, es de forma triangular, de caras convexas, perfil simétrico y sección elipsoidal un tanto aplanada (Fig.37, núm.1). Presenta el filo ligeramente deteriorado a causa de pequeñas muescas y descamaciones provocadas por el uso, posiblemente relacionado con el trabajo de tala. Las superficies han sido trabajadas mediante una técnica de piqueteado y pulimento.

La segunda pieza es muy similar a la anterior, aunque un poco más grande, de 25 cm de longitud. Tiene también forma triangular con las caras convexas, siendo su perfil simétrico. Conserva las aristas más vivas que la pieza anterior y su filo no presenta huellas de uso o degradación a simple vista. La sección es ovalada, más redondeada que en el caso anterior. Las superficies conservan en excelente estado su pulimento original.

La tercera, de 12 cm de longitud, de cara anterior convexa y posterior plana (Fig.37, núm.2), presenta el talón fracturado por un solo desprendimiento visible en la cara posterior. El filo está profundamente marcado por levantamientos de uso y un potente desprendimiento en el bisel. Ambas superficies se encuentran bien pulimentadas.

Atribución cultural

Desde la óptica que ofrece el contexto cultural de la zona, nos atreveríamos a situar tan escaso registro en una fase de Cobre Pleno, posiblemente en un momento avanzado.

TL-N/26/ CORTIJO DE LA TORRE

Localización y características geográficas

Sus coordenadas geográficas son: 37° 12' 45" Lat. N. y 4° 16' 10" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 17-41 (1007) de Rute, escala 1:50.000. El acceso al lugar se efectúa siguiendo un carril que se inicia a partir de la carretera N-334 Loja-Rute, en su margen izquierda, a unos 2Km aproximadamente de la localidad de Ventorros de Balerna.

Aunque el yacimiento toma el nombre de la finca en que se ubica, es preciso señalar que la situación exacta del mismo se encuentra a 1 Km. de la casa-cortijo, siguiendo el camino antes mencionado en dirección a los llanos de Campo Agro. El territorio se caracteriza por la práctica ausencia de relieve, constituyendo este sector una gran llanura con unos 700 m de altitud media, sólo alterada ocasionalmente por aislados afloramientos de roca caliza con vegetación residual de bosque mediterráneo. La llanura queda limitada al N. y W. por la "Sierra de Campo Agro", al E. por la carretera de Rute y al S. por la cuenca fluvial del Arroyo Nieblín y los numerosos aportes irregulares que éste recibe en sentido W.-E. desde el límite con la provincia de Córdoba hasta su desembocadura en el Río Frío, a la altura de las Ventas de Santa Bárbara. Esta parte del terreno se hace algo más abrupta precisamente a causa de los numerosos barrancos y arroyamientos que lo surcan de forma casi paralela.

El terreno está dedicado fundamentalmente al monocultivo del olivar, a veces de forma promiscua con el almendro, en las tierras perimetrales del llano, combinándose con el secano cerealístico que predomina en el interior. Contrastan en este paisaje monótono ocasionales huertos de escasa extensión, ubicados generalmente en las proximidades de los cortijos que salpican la zona, sobre todo en los sectores SW. y E. Como unidades de hábitat más destacables destacan las cortijadas de Las Cabreras y Dehesa de los Montes, en los límites oriental y meridional respectivamente, siendo el poblamiento actual muy disperso en el resto del territorio.

La unidad territorial prospectada ha afectado a toda la extensión descrita, si bien los trabajos se han centrado fundamentalmente en un radio aproximado de 3 Km en torno al yacimiento que ahora nos ocupa. Este procedimiento obedece al interés despertado por las características del enclave estudiado, intentando establecer los límites de un posible asentamiento protohistórico del que sólo se conoce hoy un bastión defensivo aislado. El objetivo era pues, establecer si el fortín de "La Torre" era efectivamente un enclave exclusivo en un punto estratégico de control de paso en la Tierra de Loja con otras áreas vinculadas al Valle del Genil y la Depresión Bética, o existían otras evidencias que nos permitiesen plantear la existencia de un hábitat o asentamiento de mayor entidad dentro del marco de ocupación ibérica en la zona. Desgraciadamente las nuevas prospecciones han resultado infructuosas en este sentido, corroborándose lo que ya habíamos sostenido en anteriores trabajos (CARRASCO *et al.*, 1986), en cuanto a considerar la importancia del bastión defensivo como único en su género por las características y magnitud de su construcción, pero sin dejar de ser sólo un punto de control

estratégico aislado, en medio de una ruta de indudable interés en el contexto geopolítico y económico de los ambientes prerromanos en la región.

Registro arqueológico

Estructuras arquitectónicas

El registro arqueológico lo constituye una sola unidad de construcción de forma rectangular, orientada en sentido N-S, con unas dimensiones aproximadas de 15m x 25/30m. Debido a la espesa vegetación que recubre la estructura, no puede distinguirse en su totalidad la configuración externa de la misma, si bien en su extremo septentrional, el mejor conservado, parece apreciarse una tendencia a la curvatura del frente de muro, que determinaría por este lado un perímetro oval. La edificación está realizada a base de grandes sillares, bien escuadrados, dispuestos con ligera inclinación apiramidada y asentados en seco. El terreno sobre el que se sustenta ofrece ciertas irregularidades que han obligado a un relleno de cimentación de fuerte potencia en el ángulo noroccidental. La altura del edificio en este frente es, en consecuencia, mayor (2,25 m). En el extremo opuesto se aprecia una gran erosión de la estructura, que no permite avanzar ninguna interpretación acerca del sistema edilicio empleado. Es previsible, a juzgar por los derrumbes que aún subsisten entre la vegetación, el empleo de un sistema mixto de sillarejo y mampostería en la construcción. Debe ser señalado en este sentido, la práctica observada en algunas edificaciones modernas del entorno, de llevar a cabo una construcción de acarreo aprovechando probablemente los materiales de éste y otros edificios antiguos, hoy día sólo conocidos por referencias verbales de los vecinos. La lógica perturbación y deterioro que este hecho ocasiona en este tipo de ruinas hace que nuestras apreciaciones actuales se muevan más en el terreno de la hipótesis que en el de la constatación fehaciente de la realidad constructiva del yacimiento. La vegetación, por otra parte, constituye otro importante elemento erosivo, dado que en el interior de la estructura y en un escaso perímetro de terreno circundante ha crecido una vegetación de chaparral y monte bajo, que no debe ser otra que la existente en su origen en la zona y que hoy día se conserva de forma residual en el único sitio que no ha podido ser roturado. Las raíces de los chaparros y los matorrales característicos de estas formaciones vegetales se entrelazan con las piezas de construcción, llegando incluso a fargmentarlas y descolocarlas de su

posición original. En el interior el aspecto es más caótico si cabe, donde a los restos de derrumbe se suma un manto vegetal de retamas, aulagas, tomillos, etc. que dificultan aún más la observación. Por todo ello, concluimos que el modelo de edificación responde sin duda, por la calidad de sus materiales, su estructura compacta y dimensiones, a algún tipo de bastión defensivo con funcionalidad de control, en relación a un camino natural que atraviesa la Sierra de "Campo Agro" en las inmediaciones del "Cortijo de la Torre" para comunicar la comarca de Loja con las tierras de Málaga y Córdoba.

Atribución cultural

A pesar de la carencia de material mobiliario, los restos arqueológicos conocidos, en otros yacimientos de la comarca pueden darnos la pauta para establecer un arco cronológico según el cual la ocupación ibérica de la zona quedaría comprendida desde el VI al III milenio, según las fechaciones que apuntan los conjuntos cerámicos de lugares como "Manzanil", "La Presa" y "Cerro del Moro".

TL-NE/27/ LOS GALLUMBARES

Localización y características geográficas

Se localiza a 37° 15' 04" Lat. N. y 4° 06' 10" Long. W. del Mapa Militar de España, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, escala 1:50.000. Esta ubicación se enmarca a la salida del paraje conocido como "Collado de Los Gallumbares", denominación que toma este sector del arroyo del mismo nombre, que desciende desde las tierras altas de Los Ventorros de San José hasta buscar su salida a la Vega de Granada por los campos de Huétor Tájar. Esta trayectoria describe una amplia media luna que parte de una cuenca de acumulación acuífera al NE. de los Ventorros, en la que numerosos arroyos vierten sus aportes hasta dar cuerpo a un curso permanente que bordea al "Cerro de la Cruz" y desciende entre profundos barrancos hasta las tierras de la Vega.

El yacimiento, al que mantendremos la denominación señalada porque así lo refieren las

fuentes históricas (SALAS, 1833, p.345), tiene acceso a través de un angosto carril que parte de la carretera que enlaza las localidades de Huétor-Tájar y Montefrío, a la altura de la casería de "Milanos". La pista se adentra así en el término de Loja, siguiendo paralela al Arroyo de los Gallumbares hasta alcanzar un ancho paso limitado por las elevaciones de la "Loma de las Granjas" y el "Cerro de la Cruz". Es al pie de este último bastión, que con sus 907 m domina la topografía de la zona, donde se localiza el cortijo de "Los Quintos" en cuyas inmediaciones han tenido lugar los hallazgos que ahora se relacionan.

Aunque el yacimiento era ya conocido por nosotros gracias a las indicaciones y ayuda prestada por el geólogo D. Juan de Dios Yáñez, quien a su vez fue puesto en antecedentes de su existencia por algunos lugareños, la prospección sistemática ha afectado a toda la zona desde el principio, siguiendo el rastro de sectores con potentes afloramientos de sílex como el de "La Ciudad", ya referido en anteriores trabajos (CARRASCO *et al.*, 1986), con la esperanza de encontrar puntos de conexión con los centros de "consumo" antes mencionados. El trabajo de prospección propiamente dicho ha sido realizado en este sector con cierta comodidad, dado que el territorio se encuentra profundamente roturado y con dedicación al olivar y secano cerealístico. Esta circunstancia, unida a las características orográficas que han sido mencionadas, han permitido un ordenado rastreo del territorio, con los positivos resultados que seguidamente se exponen en la reseña dedicada al material inventariado.

La estación arqueológica, dadas las características de ubicación expuestas, se sitúa a piedemonte, justo en el arranque de la mayor pendiente que constituye la ladera septentrional del cerro. Es esta zona un importante criadero de sílex, resultando muy llamativas las acumulaciones de nódulos y tablas fracturadas de este mineral por todo el territorio. Con bastante frecuencia son apreciables enormes majanos en los bordes de los caminos, producto de la limpieza efectuada por los campesinos en los terrenos de cultivo. Afloran en esta zona materiales del Subbético Medio muy ricos en rocas silíceas, en especial los niveles de margocalizas y margas silíceas de tonos verdosos, margas rojas con niveles de margocalizas silíceas "radiolaritas" (Dogger) y turbiditas calcáreas con sílex y margas amarillentas y rojas (Malm) (RONCAL, 1995).

Como resultado de la abundancia de material silíceo que existe en la zona, el área ha sido objeto de aprovechamiento humano desde tiempos muy remotos, del que constituye una prueba incontestable el abundante material arqueológico, exclusivamente piedra tallada, que se distribuye por la ladera norte del Cerro de la Cruz, desde la cumbre al cauce del arroyo. Esta explotación

para el aprovisionamiento de rocas silíceas para la manufactura de instrumentos tallados, ha tenido lugar tanto en la Prehistoria como en época histórica. Tres son las etapas principales que se infieren a partir del análisis de los materiales y de la documentación histórica conservada en el Archivo General de Simancas (RONCAL *et al.*, 1996).

Teniendo en cuenta la riqueza de material silíceo de la zona, es indudable que el sitio ha servido para el aprovisionamiento de materia prima por parte de las poblaciones paleolíticas que han frecuentado el tramo medio del río Genil en las inmediaciones de Loja, del que constituyen una contrastación los abundantes yacimientos arqueológicos recogidos en este trabajo y atribuibles al Paleolítico Inferior y Medio (CARRASCO *et al.*, 1978; CARRASCO *et al.*, 1986). Si bien en el yacimiento no hemos localizado útiles con características tecno-tipológicas propias de estos periodos. Cabe la posibilidad de que haya sido frecuentado también durante el Paleolítico Superior, aunque las evidencias en este sentido son sumamente escasas.

Semejante riqueza de materia prima justifica por sí misma la sospecha de considerar a este sector como un probable centro productor de material lítico en bruto, en una zona de tan intenso poblamiento desde el Neolítico hasta las postrimerías de la Edad del Cobre, como lo prueban los cercanos asentamientos de "Los Castillejos" de Montefrío, "Cerro del Moro", "Sierra Martilla", "Los Arenales" y "Fuentes de Cesna", por citar los más relevantes de la región. La localización de "Los Gallumbares" ha permitido obtener la suficiente cantidad de materia prima en fase de pseudoelaboración, útiles y restos de talla, como para considerar la hipótesis de este lugar como centro irradiador de abastecimiento. En cualquier caso, se trata de una posibilidad que deberá ser confirmada cuando se disponga de una documentación más exhaustiva de la zona y el respaldo de los conjuntos líticos hallados en los yacimientos mencionados. Por el momento, siguiendo en el campo de hipótesis de trabajo, hemos contemplado un probable mapa de vías de aprovisionamiento que seguiría precisamente estos valles de penetración, sobre todo hacia el Oeste para alcanzar las tierras noroccidentales de Loja y Zagra, y abastecer de materia prima a asentamientos como el de Sierra Martilla; este último extremo ha sido comprobado por el hallazgo de material diverso y algunos núcleos de preparación similares a los documentados en "Los Quintos". De cualquier forma, será un aspecto que desarrollaremos más extensamente en los capítulos correspondientes al yacimiento y sus anejos, limitándonos tan sólo por ahora a exponer las características descriptivas del lugar de los hallazgos y un avance de lo que pretende ser próximamente un estudio más preciso a nivel tecnológico y cultural del ingente conjunto material

recuperado.

Piedra tallada

El material arqueológico recuperado se compone de un total de treinta y cinco piezas elaboradas en sílex. Entre ellas, diez han sido determinadas como núcleos laminares, producto de actividades de talla *in situ*. En dos de los casos ha podido observarse que el núcleo aún no se encuentra agotado. El conjunto ofrece tres ejemplares con evidentes indicios de extracción de hojitas prismáticas, existiendo además otras piezas que denotan la elaboración de hojas de tamaño mediano. El resto son nódulos con talla de preparación para la extracción laminar, abarcando una variada tipología en la que pueden identificarse prenúcleos, núcleos en proceso de explotación y núcleos agotados.

Atribución cultural

Parece indudable que la fase de mayor explotación del lugar corresponde al Neolítico y a la Edad del Cobre. En relación con el primero hemos identificado algunos núcleos para la talla de hojitas prismáticas. Pero, sobre todo, abundan los prenúcleos, núcleos preparados, núcleos en proceso de explotación y núcleos agotados, todos ellos relacionados con la producción de hojas prismáticas de tamaño mediano y grande mediante la técnica de la percusión indirecta característica del Neolítico Final y de la Edad del Cobre (MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, 1985 y 1991). A falta de confirmar la posibilidad de asentamientos durante el Neolítico, aunque sea temporales, y puesto que el modelo de explotación propuesto no prevé una disociación entre hábitat y actividades de talla, suponiéndose que éstas tenían lugar en el momento en que se presentaba la necesidad (MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, 1991), es evidente que los materiales de la Edad del Cobre responden a una característica asociación de taller de esa época (MARTÍNEZ FERNÁNDEZ y AFONSO, 1994). En este contexto podría incluso aventurarse que la explotación del sílex implicaría el desarrollo de técnicas mineras, tal y como se documenta en otras áreas de Europa.

Pero el grueso de los materiales distribuidos por el paraje mencionado son el resultado de una intensa explotación para la manufactura de piedras de fusil, desarrollada en la segunda mitad

del siglo XVIII y primer tercio del XIX. Este tipo de producción había introducido una distorsión en ciertas fuentes de suministro que también presentaban materiales prehistóricos, llevando a interpretarlos como de época calcolítica bajo la caracterización de "talleres líticos de superficie del Calcolítico y Bronce" (VALLESPÍ *et al.*, 1988). Ha sido muy recientemente, y con evidente retraso respecto a otras regiones europeas, cuando se ha podido identificar esta producción histórica y su neta diferenciación técnica respecto de los conjuntos materiales prehistóricos (MARTÍNEZ FERNÁNDEZ *et al.*, 1994; RONCAL *et al.*, 1996).

La explotación del sílex de los Gallumbares para la manufactura de piedras de chispa ha sido objeto de un estudio detallado, avance de una investigación en mayor profundidad que pretende investigar la producción de piedras de chispa o de fusil en España, por parte de M^a. E. Roncal (RONCAL, 1995). Las conclusiones generales alcanzadas se resumen a continuación.

Se constata que en Los Gallumbares se ha desarrollado la producción de soportes lascas a partir de núcleos con uno o dos planos de percusión, siendo en este caso principalmente opuestos, pero también se encuentran algunos en articulación ortogonal. Algunos presentan más planos, en disposición periférica. Desde estos planos se han producido muy pocos levantamientos, básicamente uno o dos, más raramente un número mayor. La apariencia formal de estos núcleos recuerda los discoides o de "tortuga" del Paleolítico, pero su tecnología es radicalmente distinta. Responden a un procedimiento de extracción descrito por los ingenieros militares y documentado en Botorrita (BARANDIARÁN, 1974) y que caracteriza la producción de piedras de chispa en el siglo XVIII.

Los pedernaleros de la ciudad de Granada se trasladaban a este lugar para abastecerse de las lascas sobre las que más tarde, en sus casas, realizar las piedras de chispa de acuerdo con las instrucciones recogidas en la contrata firmada con la Corona. En la excavación realizada en los meses de abril y mayo de 1995 en un solar de la calle Sacristía de S. Ildefonso se pudo documentar la dicha manufactura, coincidiendo con la zona del barrio granadino del Albaicín donde los nombres de las calles todavía recuerdan los oficios de sus antiguos habitantes: "Pedernaleros Alta", "Pedernaleros Baja", "Cuesta de Pedernaleros", "Plaza" y "Cuesta de Yesqueros". La ciudad centralizaba la mayor parte de la producción de piedras de chispa de todo el reino, con máximos de 100.000 piedras al mes en 1758 y de 70.000 u 80.000 en 1766, para cesar la manufactura en 1797, cuando el centro de producción se traslada a Casarabonela en Málaga a consecuencia de las nuevas demandas del ejército y ante el inevitable avance de los recursos estratégicos armamentísticos que darán paso a la introducción de una nueva tecnología

de fabricación según los modos de producción franceses. Sin embargo, este centro tendrá una corta existencia, ya que la introducción del pistón produjo la quiebra definitiva de una floreciente artesanía y de la cual no ha quedado ni memoria entre los descendientes de los antiguos fabricantes (RONCAL *et al.*, 1996).

CAPITULO III. EL NEOLÍTICO EN LA TIERRA DE LOJA

1. PROBLEMÁTICA ACTUAL EN EL CONTEXTO DE LA PROBLEMÁTICA GENERAL DEL PROCESO DE NEOLITIZACIÓN EN LA ALTA ANDALUCÍA

Sobre el origen y formación de las culturas neolíticas en la Alta Andalucía. La incidencia del proceso en la Tierra de Loja.

Las transformaciones que se producen en los modos de vida a lo largo del Neolítico no sólo se limitan a aspectos concretos de la subsistencia ni a cambios tecnotipológicos sino que implican además -y esto es lo más importante, como ha señalado J.M.Vicent (1990)- unas nuevas formas de organización social que constituyen la génesis de unas nuevas formas de evolución histórica. Es éste el aspecto en el que se centra básicamente nuestro interés en orden a la reconstrucción de las características del poblamiento en la Tierra de Loja y su evolución durante el Neolítico y la Edad del Cobre.

Los cambios en las estrategias de subsistencia tradicionales y la transición hacia un modo de vida campesino conllevan una modificación esencial en la organización de los grupos cazadores/recolectores que no debe ser concebida, sin embargo, como una innovación total, sustitutiva de todo el sistema precedente, sino más bien como una variación o adaptación del mismo tratando de asegurar su reproducción socio-cultural. Incidiendo en este aspecto, la inserción progresiva de los nuevos comportamientos económicos y las técnicas productivas, junto a toda una serie de elementos culturales "indicadores del cambio" (producción cerámica, pulimento de la piedra...), frente a marcar una ruptura entre los grupos predadores y productores, muestran un carácter de continuidad que se evidencia con frecuencia en la dificultad de identificación de pautas y estrategias de unos y otros a partir de los datos proporcionados por el registro arqueológico.

Dentro de esta línea de continuidad inicial, de la que son claros exponentes, entre otros, la industria lítica o la importancia que continúan teniendo como actividades económicas la caza

y la recolección, la diversidad geográfica y medio-ambiental de las distintas regiones peninsulares, junto a los diferentes comportamientos sociales, parecen haber jugado un papel importante en la mayor o menor rapidez con que se fueron incorporando al sustrato epipaleolítico las nuevas técnicas y recursos productivos y las nuevas formas culturales, así como en la naturaleza y estructuración del propio proceso adaptativo.

La zona costera mediterránea y la del interior de la faja costera son, según el registro y las cronologías C14 de que se dispone en la actualidad, el área peninsular en la que se produce más tempranamente el acceso a la nueva estructura socio-económica generadora de una secuencia de factores concatenados que, a la postre, acabarán configurando un nuevo modelo de sociedad sustentada en unos patrones de orden económico sustancialmente diferentes y en unos sistemas de ordenamiento socio-cultural que marcarán, en ésta como en otras regiones peninsulares, los inicios de las sociedades complejas. Su consolidación no será perceptible, no obstante, hasta mucho tiempo después de que tuvieran lugar los primeros ensayos de producción de alimentos, ligados a cereales y ovicápridos de origen foráneo, o de que aparecieran los primeros elementos de cultura material característicos de la nueva etapa.

Los planteamientos aculturacionistas generalmente admitidos en la explicación del proceso de neolitización del Mediterráneo Occidental, concebido como un proceso de carácter gradual, opuesto al del mecanismo de migración / colonización- absorción, conceden una desigual importancia al papel desempeñado por los grupos epipaleolíticos en el proceso de transformación de las estructuras socio-económicas y culturales, primando en unos casos el protagonismo de los estímulos recibidos del exterior a través de las interacciones con grupos productores, cuya incidencia es distinta, por otra parte, en los diferentes grupos; en otros, la capacidad de cambio y transformación interna de las sociedades epipaleolíticas. En este caso, la disponibilidad hacia la recepción y adopción de las nuevas fórmulas por su propia dinámica interna pudo estar favorecida, según algunos investigadores -en base al registro de determinados yacimientos del ámbito mediterráneo occidental (Franchti, Uzzo, Fontbrégoua, Nerja, Fosca...)- por el desarrollo incipiente de algunas de las estrategias propias de la economía agro-pastoril en contextos todavía básicamente predadores, tales como la explotación intensiva de recursos vegetales silvestres para la creación de excedentes y la caza especializada de ciertas especies, que podrían considerarse "indicadores" de esa dinámica evolutiva en el seno de las comunidades epipaleolíticas. La difícil y problemática contrastación empírica de este supuesto, ante la inexistencia en el Mediterráneo

Occidental de especies ancestrales a partir de las cuales se hubiera podido producir la domesticación, hace que sea rechazado por la mayor parte de los especialistas.

Desde esta perspectiva teórica, el "modelo dual" propuesto para la explicación del proceso de neolitización de la zona levantina peninsular (FORTEA, 1973; MARTÍ *et al.*, 1983, MARTÍ y JUAN, 1987; MARTÍ, JUAN y BERNABEU, 1991), se ha contemplado también como probable en la estructuración del proceso de origen del Neolítico en Cataluña, en donde el registro parece acorde con los presupuestos básicos del modelo aculturacionista (MIRÓ y BOSCH, 1990) pero en el que, sin embargo, el registro del substrato epipaleolítico es aún muy escaso y su lectura poco precisa para la valoración de algunos de los indicadores del proceso. Según una dinámica muy similar a la de la zona levantina se ha explicado la neolitización de otros grupos establecidos hacia el interior, en el Alto y Bajo Aragón (BALDELLOU, 1985 y 1989; BARANDIARÁN y CAVA, 1989 y 1990).

El registro obtenido en el País Valenciano de una serie de yacimientos con cronologías de finales del VI y primera parte del V milenio ha permitido dibujar un panorama "dual" en la interpretación del proceso de neolitización, según el cual es posible explicar las dos líneas culturales que se advierten en los contextos de yacimientos como la Cueva de la Cocina, por un lado, y las Cuevas de Or, Sarsa y Cendres, por otro. A partir de los registros, bien ejemplificados en los citados yacimientos, se ha considerado la existencia sincrónica de grupos de población epipaleolíticos autóctonos "en vías de neolitización", entre los que, entre otros factores a considerar, estaría ausente la práctica agrícola y la domesticación de animales sería irrelevante con respecto a la caza, mostrando así una débil intervención sobre el medio, y de grupos "neolíticos puros", en posesión ya, entre otros indicadores culturales, de una economía productiva. Sería a éstos últimos a los que habría que atribuir los cambios e innovaciones que, por un proceso de aculturación, irían modificando paulatinamente las estructuras básicas de los grupos autóctonos epipaleolíticos que, lejos de ser absorbidos y de desaparecer rápidamente, se mantendrían durante mucho tiempo en el ejercicio de sus pautas tradicionales, configurando una población dual y sincrónica junto a los grupos plenamente neolíticos.

La consideración de la neolitización de los grupos epipaleolíticos por aculturación, a través de un mecanismo de interacciones e influencias con los llamados "neolíticos puros", no deja de tener un cierto carácter difusionista en tanto en cuanto que supone la existencia de un núcleo o foco primario de neolitización a partir del cual se difundirían los planteamientos

socioeconómicos y culturales que acabarían generando a lo largo del tiempo nuevas estructuras en los grupos epipaleolíticos. Por otro lado, si tal mecanismo encuentra una respuesta aceptable en el registro arqueológico, más problemática se muestra la cuestión del origen de los grupos neolíticos plenos documentados en yacimientos como los antes citados en cuyas secuencias no se ilustra una posible evolución desde un substrato humano anterior. Es éste uno de los aspectos concretos en que se centra la actual investigación que se viene llevando a cabo en la región valenciana, quedando planteadas posibilidades como la de la llegada de grupos de gente venidos de fuera, de "colonos", o la de un proceso de aculturación directa derivada de las interacciones entre grupos peninsulares y extrapeninsulares.

Cualquiera que fuese el mecanismo inicial de neolitización, al tiempo que en los yacimientos con ocupación neolítica plena se constata desde comienzos del V milenio la fase de las cerámicas impresas cardiales, correspondiente al Neolítico Antiguo, en los yacimientos ejemplificados en la Cueva de la Cocina se registra sincrónicamente, a partir de su Fase III, correspondiente al Epipaleolítico Reciente, el proceso de neolitización de los grupos epipaleolíticos.

La precariedad del registro arqueológico en torno a la **transición Epipaleolítico-Neolítico** en la Alta Andalucía dificulta obviamente el acceso al conocimiento del mecanismo a través del cual comienza en nuestro territorio el proceso de neolitización. Los datos aportados para el sustrato epipaleolítico por dos yacimientos del NE de la provincia de Jaén, la Cueva del Nacimiento (RODRÍGUEZ, 1979 y 1982; ASQUERINO y LÓPEZ, 1981; ASQUERINO, 1992) y el Abrigo de Valdecuevas (SARRIÓN, 1980), parecen apuntar hacia la posible estructuración en esta zona de un modelo interpretativo aculturacionista semejante al propuesto para los grupos de la región levantina, a la que tan vinculada aparece en muchos de los aspectos culturales la Alta Andalucía durante el desarrollo del Neolítico Antiguo y del Neolítico Medio. Por su parte, la Cueva de la Carigüela de Piñar, en la provincia de Granada (PELLICER, 1964b; NAVARRETE, 1976), es el único yacimiento en cuya amplia secuencia estratigráfica queda ejemplificada una comunidad neolítica plena para la que no se poseen cronologías absolutas pero que, por su contexto, puede considerarse paralela a las representadas en los yacimientos neolíticos "puros" de la zona levantina.

La presencia de estos grupos neolíticos en la Alta Andalucía se ha explicado como resultado de un movimiento expansivo de los grupos neolíticos plenos del área levantina desde

unas fechas más o menos cercanas a las de su implantación en la zona costera mediterránea, posiblemente inicios o mediados del V milenio. La interacción de tales grupos, como el de Carigüela, con los grupos epipaleolíticos autóctonos, como los enclavados en las Sierras de Segura (Nacimiento) y Cazorla (Valdecuevas), pudo dar lugar a la aculturación de estos últimos, respondiendo a un mecanismo semejante al propuesto para los yacimientos levantinos (NAVARRETE y MOLINA, 1987; NAVARRETE, 1986).

Las secuencias estratigráficas de Nacimiento y Valdecuevas ofrecen un gran interés por cuanto que a los niveles epipaleolíticos se superponen otros del Neolítico avanzado que muestran su vinculación a las tradiciones epipaleolíticas. En ambos yacimientos las industrias del Epipaleolítico Geométrico, en particular la de Valdecuevas, muestran evidentes paralelismos con las de la fase correspondiente de la región levantina. A la fase epipaleolítica se superponen niveles neolíticos con cerámicas decoradas (no cardiales) y una fauna doméstica (ovicápridos y cerdos) superada en porcentajes por la fauna salvaje, en los que la industria lítica sigue conservando muchos de los rasgos tradicionales epipaleolíticos y en los que no existen indicios de actividad agrícola, mostrando en general un carácter de transición gradual en unas fechas que, según las últimas dataciones (ASQUERINO y LÓPEZ, 1981) se sitúan hacia mediados del IV milenio. Tal registro permitiría catalogar como "epipaleolíticos en vías de neolitización" a estos grupos de los yacimientos de la provincia de Jaén cuya incorporación a la plena neolitización se produciría, pues, bastante más tardíamente que en Levante, cuando ya se ha superado el estadio inicial correspondiente al Neolítico Antiguo.

Su interés es aún mayor en relación con la explicación del proceso de neolitización en la Alta Andalucía si se tiene en cuenta su ubicación geográfica en una comarca natural en la que confluyen las citadas sierras jiennenses, así como la de Las Villas, con las altas estribaciones granadinas y murcianas y con una serie de vías naturales de penetración que comunican estas tierras con las del ámbito levantino, pudiendo constituir jalones intermedios en la posible vía de penetración de las influencias neolitizadoras desde los núcleos del País Valenciano (MARTÍ, JUAN y BERNABEU, 1991).

Otros yacimientos del norte de la provincia de Murcia y sur de la provincia de Albacete confirman el interés de esta zona que puede constituirse en clave para la explicación del origen y formación del Neolítico en la Alta Andalucía. Es el caso de algunos yacimientos cuyos registros comprenden cerámicas cardiales y otros elementos propios del Neolítico Antiguo como la Cueva

del Niño (Ayna, Albacete) (MARTÍ, 1988), en una de las estribaciones de la Sierra de Alcaraz, o el Abrigo Grande 2 del Barranco de los Grajos (Cieza, Murcia) (MUÑOZ AMILIBIA, 1987), en la cuenca del Segura, así como otros en los que se ha señalado la presencia de materiales epipaleolíticos (Barranco de los Grajos, Cueva del Búho de Mula...). En la misma comarca natural, al sur de la provincia de Albacete, la excavación del Abrigo del Molino del Vadico (VEGA, 1993) ha proporcionado una secuencia en la que parece manifestarse claramente la gradual neolitización de un substrato epipaleolítico; a los niveles epipaleolíticos se superponen otros de un Neolítico avanzado, con elementos culturales propios del horizonte de la Cultura de las Cuevas, repitiéndose, pues, en líneas generales, la misma secuencia que en los yacimientos del NE de la provincia de Jaén. Como en aquéllos, se trataría de un "Epipaleolítico en vías de neolitización", respondiendo al modelo dual del proceso de neolitización propuesto para el País Valenciano.

Tampoco debemos olvidar al respecto la existencia de estratos con una industria epipaleolítica de facies microlaminar en yacimientos situados más al sur como el de Cueva Ambrosio (Vélez Blanco), en la provincia de Almería. En la secuencia estratigráfica establecida en las antiguas excavaciones efectuadas en el yacimiento (RIPOLL, 1960-61) a los niveles epipaleolíticos se superponían otros correspondientes a un posible Neolítico Prececerámico, a los que sucedían, a su vez, otros con un registro característico del horizonte de la Cultura de las Cuevas (JIMÉNEZ NAVARRO, 1962).

Volviendo de nuevo a la Alta Andalucía, exceptuando los yacimientos de Nacimiento y Valdecuevas, en los que, como hemos venido sintetizando, parece posible la explicación de la neolitización por el mismo mecanismo aculturacionista propuesto para los grupos cercanos de la zona levantina, no existe prácticamente documentación alguna capaz de ilustrar el alcance que pudo tener este proceso a un nivel regional más amplio, poniéndose de manifiesto la necesidad de un mayor conocimiento del desarrollo cultural de las sociedades epipaleolíticas en cuya evolución interna han de encontrarse las verdaderas razones de la asimilación de determinadas pautas relacionadas con la economía productiva favorables a su reproducción socio-cultural, así como, por la misma razón, el mantenimiento de otros patrones que sólo a lo largo del tiempo acabarían siendo sustancialmente diferentes. A este respecto ha de considerarse, una vez más, que son poco esclarecedoras las evidencias de ocupación epipaleolítica en la Cueva Horá de Darro (Granada) (PELLICER, 1964a), con un contexto material carente de indicios sobre una supuesta continuidad hacia el Neolítico, y menos aún las escuetas referencias a la existencia de

niveles epipaleolíticos en la Cueva de la Carigüela de Piñar, sin información acerca de su naturaleza y de su continuidad o discontinuidad en relación con la fase de ocupación correspondiente al Neolítico Antiguo de cerámicas cardiales (GOKSU *et al.*, 1974).

Los registros epipaleolíticos de otros yacimientos de Andalucía Oriental, tales como los malagueños de la Cueva de Hoyo de la Mina (FORTEA, 1986), de la Cueva de Nerja (JORDÁ PARDO, 1986; MARTÍ, JUAN CABANILLES, BERNABEU, 1991) y del yacimiento al aire libre de El Duende (MARTÍNEZ y AGUAYO, 1984) tampoco han proporcionado datos realmente significativos en relación con la problemática del origen y formación de nuestro **Neolítico Antiguo**.

Como anteriormente señalábamos, en el mismo marco del "modelo dual", al que con insistencia nos venimos refiriendo, se ha explicado el establecimiento *ex novo* de grupos neolíticos plenos en la Alta Andalucía a partir de mediados del V milenio. Dichos grupos, ejemplificados en la Cueva de la Carigüela, podrían haberse introducido desde el área levantina, como antes señalábamos, instalándose preferentemente en las zonas interiores conexas con ésta a través de vías naturales. Los hallazgos aislados de cerámicas cardiales en algunos yacimientos de las provincias de Murcia y Albacete se han considerado en cierto modo indicativos de la posible expansión.

Una interpretación como la expuesta en líneas muy generales necesitaría, de cualquier modo, de una mayor y más profunda comprobación empírica puesto que son muchos todavía los problemas planteados teniendo en cuenta la poca significación del poblamiento "cardial" en la Alta Andalucía, la no existencia de yacimientos con secuencias evolutivas desde el Neolítico Antiguo con los que poder contrastar los resultados del esquema secuencial de la Cueva de la Carigüela o la ausencia de dataciones absolutas para los contextos de esta primera fase, entre otros. En este sentido, baste recordar que el único núcleo "cardial" en la Alta Andalucía que presenta una cierta cohesión y entidad es el núcleo de Sierra Harana, con centro en la Cueva de la Carigüela. Por otra parte, las secuencias y cronologías de algunos de los yacimientos de Andalucía Occidental estudiados en los últimos años por los profesores Acosta y Pellicer (PELLICER y ACOSTA, 1982; ACOSTA, 1986; ACOSTA y PELLICER, 1990), así como sus explicaciones en torno al origen autóctono del "Neolítico Occidental" en fechas del VI milenio, en poco pueden contribuir a la resolución de la problemática existente en la Alta Andalucía.

En la **Tierra de Loja**, según la documentación arqueológica hasta ahora disponible,

la ocupación del territorio se remonta al Paleolítico Inferior. El principal problema existente en la consideración de tan dilatada secuencia ocupacional es precisamente la carencia de registro para etapas como las correspondientes al Epipaleolítico y al Neolítico Antiguo, tan importantes para la comprensión y explicación del origen de los patrones económicos y socioculturales por los que se rigen las comunidades del Neolítico Medio ya ampliamente extendidas por toda la Alta Andalucía y representadas en la Tierra de Loja a través del grupo que ocupó, seguramente desde la segunda mitad del IV milenio, la Cueva del Coquino.

No existen en la actualidad evidencias arqueológicas que permitan enlazar de alguna forma la cadena entre aquéllas que ponen de manifiesto la ocupación de determinadas zonas de la comarca durante el Paleolítico Superior y las primeras que atestiguan el asentamiento de grupos ya plenamente neolíticos en la misma. La ausencia del nexo epipaleolítico podría ser explicada en parte por la escasa investigación llevada a cabo en este campo, tanto aquí como a nivel regional; sin embargo, los trabajos de prospección que hemos venido realizando no han permitido obtener información alguna sobre localización de yacimientos o materiales arqueológicos pertenecientes a esta etapa de transición. Lo mismo podemos decir con respecto al Neolítico Antiguo, totalmente desconocido hasta el momento en la Tierra de Loja, a pesar de que su favorable situación geográfica, al SO de la depresión de Granada, paso entre el Mediterráneo y las altas tierras del SE, podría hacer pensar en un poblamiento más o menos extenso e intenso no solamente durante esta fase inicial sino a lo largo de todo el Neolítico; máxime cuando desde el Neolítico Antiguo está atestiguada la presencia de "grupos cardiales", aunque en ningún caso de demasiada entidad, hacia el Este de la Tierra de Loja, en algunos enclaves de los Montes Occidentales de la provincia de Granada (Cueva de Malalmuerzo de Moclán, Las Peñas de los Gitanos de Montefrío) (CARRIÓN y CONTRERAS, 1979; MOLINA, 1983) y hacia el Oeste, en el interior de la provincia de Málaga (Cueva de las Goteras de Mollina) (NAVARRETE, 1976).

Resulta difícil establecer un paralelismo claro en toda la cuenca mediterránea occidental en lo que respecta a los factores culturales y cronológicos que marcan la **transición del Neolítico Antiguo al Neolítico Medio**, considerando la variedad de peculiaridades regionales, sin olvidar las manifestaciones de convergencia que también le son características. Dentro de esta diversidad existen, no obstante, áreas como Andalucía y Levante en donde parece haberse producido una transición gradual estructurada bajo condiciones muy similares. Yacimientos como los de Carigüela, Or y Cendres ponen de manifiesto cierta sintonía a la hora de interpretar una

secuencia evolutiva más o menos nítida, siempre más susceptible de matizaciones en los yacimientos levantinos. El carácter gradual de la evolución desde finales del V milenio encuentra cómoda explicación en los registros a partir de la mayor o menor relevancia que adquieren determinados elementos de cultura material, como es el caso de la desaparición paulatina de la cerámica cardial y la mayor significación que adquieren progresivamente otros tipos cerámicos (incisa, pintada a la almagra, impresa no cardial, etc); en el caso de los yacimientos de la Alta Andalucía el registro carece en gran medida de la documentación necesaria sobre otros factores mediambientales, económicos y sociales cuya más completa investigación proporcionaría, sin duda, el conocimiento de los parámetros fundamentales en los que enmarcar la actuación y evolución de unas comunidades a priori ya plenamente inmersas en los esquemas estructurales propios de la economía productiva. En este sentido se están orientando, sin embargo, muchos de los trabajos que se vienen realizando en los últimos años.

Es durante esta etapa cuando los grupos del horizonte de la "Cultura de las Cuevas" aparecen ya ampliamente expandidos por toda Andalucía, con una evidente uniformidad en sus contextos materiales, enraizando profundamente en la Alta Andalucía a través de su dilatada pervivencia durante todo el IV milenio.

La evolución experimentada por estos grupos adolece igualmente de una esquematización cronológica precisa. Por el momento, las secuencias obtenidas en la Cueva de la Carigüela, en el poblado de Los Castillejos de las Peñas de los Gitanos de Montefrío y en la propia Cueva del Coquino de Loja, así como el estudio de los conjuntos materiales de otros yacimientos en los que no existen secuencias estratigráficas y el estudio comparativo con otras secuencias y contextos de los ámbitos andaluz y levantino, han venido esclareciendo un panorama en el que parece vislumbrarse la diferenciación de tres estadios o fases de desarrollo dentro de esta entidad cronocultural que supone la Cultura de las Cuevas. Una primera fase estaría caracterizada primordialmente por la abundancia de cerámicas impresas no cardiales. La segunda, manifiesta una ausencia o escasez significativa de este tipo de cerámicas, con un predominio de los tipos incisos, en relieve y pintados a la almagra, también representados en la fase inicial. Por último, una tercera fase que podría encuadrarse en lo que se ha dado en llamar Neolítico Tardío, en la que, a modo de epílogo de la segunda, perdura la tradición cultural anterior en un primer momento para evidenciarse después el final de la Cultura de las Cuevas con manifestaciones cada vez más empobrecidas de la tradición decorativa y la presencia cada vez más abundante de cerámicas lisas,

dando paso poco a poco a los cuadros tecnotipológicos característicos del Neolítico Final.

La ausencia de dataciones absolutas para la única secuencia de desarrollo amplia con la que contamos en la región -la de la Carigüela- limita las posibilidades de precisión cronológica a la estructura apuntada. Por el momento, y en líneas generales, las fechas que se proponen para establecer el inicio del Neolítico Medio en la Península, y globalmente para toda la cuenca mediterránea occidental, así como las existentes para la secuencia uniforme de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros (VICENT y MUÑOZ, 1973), para el contexto avanzado o tardío de la Cueva de los Murciélagos de Albuñol (LÓPEZ, 1980; ALFARO, 1980), o las que se deducen para el Neolítico Tardío del Poblado de Los Castillejos de las Peñas de los Gitanos de Montefrío (ARRIBAS y MOLINA, 1978) en relación con las fechas absolutas propuestas para fases posteriores de su secuencia, conducen a situar el desarrollo cronológico de nuestro Neolítico Medio en el marco fundamental del IV milenio.

Partiendo de este encuadre podría establecerse un arco cronológico que contemplaría la evolución a finales del V milenio y muy principios del IV de la fase de cerámicas impresas no cardiales; la etapa de mayor desarrollo de las cerámicas incisas correspondería a la primera mitad del IV milenio y, a partir de entonces, la tercera fase, o de perduración, marcaría su evolución hasta el límite del III milenio. Dentro de una cronología que se ha establecido entre el 3.400 y 2.800 a.C. aproximadamente (BERNABEU, 1982) queda comprendido el Neolítico Final I en el País Valenciano, caracterizado fundamentalmente por la generalización de las cerámicas esgrafiadas y relacionado con las culturas contemporáneas de la Península Italiana y el Chasense francés. Su distinta naturaleza marca ya la ruptura de la uniformidad evolutiva que se había mantenido, en líneas generales, en Andalucía y en la región levantina desde el Neolítico Antiguo.

Por lo que respecta a la dispersión espacial de este horizonte, es evidente que el poblamiento de la región fue mucho más amplio que el de la etapa precedente, produciéndose asentamientos no sólo en las sierras interiores del Subbético sino también en las alineaciones litorales de las provincias de Granada y Málaga, con penetraciones incluso hacia las llanuras interiores como la propia Vega de Granada.

En la provincia de Granada las mayores concentraciones de yacimientos se aprecian en las estribaciones de Sierra Harana y la Tierra de Alhama. Los ubicados en las estribaciones de Sierra Harana -Cueva de la Carigüela y Cueva de la Ventana de Piñar, Las Majolicas de Alfacar (MOLINA GONZÁLEZ, 1970; NAVARRETE, 1976), la Cueva del Agua de Prado Negro en

Iznalloz (NAVARRETE, 1977; NAVARRETE y CAPEL, 1979) y la Cueva CV-3 de Cogollos Vega-Nívar (NAVARRETE, *et al.*, 1983)- expresan a través de sus conjuntos materiales de forma más clara que los de otras zonas la existencia de ese estadio inicial de la Cultura de las Cuevas caracterizado por la abundancia de cerámicas impresas no cardiales a las que antes se aludía. Resulta asimismo revelador el hecho de que es precisamente en esta zona donde había sido detectado el único foco cardinal de consideración.

En la zona que se extiende a lo largo del borde meridional de la Depresión de Granada, los yacimientos de la Tierra de Alhama -Cueva de la Mujer (PHERSON, 1870; NAVARRETE, 1976), Cueva del Agua (PELLICER, 1964a; NAVARRETE, 1976), Sima Rica (BOTELLA *et al.*, 1981; MENGÍBAR *et al.*, 1980), Cueva de los Molinos (NAVARRETE *et al.*, 1985), Sima del Conejo y Sima del Carburero (MENGÍBAR *et al.*, 1980)- no ofrecen, en cambio, como los anteriores, elementos que puedan ponerse en relación directa con un Neolítico Antiguo a partir del cual hubiera podido producirse en la zona una evolución gradual hacia las típicas formas culturales del horizonte pleno de la Cultura de las Cuevas.

Con menor intensidad, el poblamiento neolítico medio se extiende también por el borde septentrional de la Depresión, según atestiguan los yacimientos de la comarca de los Montes Occidentales -Cuevas y Poblado de las Peñas de los Gitanos de Montefrío (ARRIBAS y MOLINA, 1978, Cueva de Malalmuerzo de Moclín (CARRIÓN y CONTRERAS, 1979)- en los que puede haberse producido una evolución local a partir de un Neolítico Antiguo, si se atiende a la presencia en los mismos de cerámicas cardiales.

Por el otro extremo de la región, a lo largo del borde suroccidental de la Depresión de Granada, no había sido posible constatar la presencia de asentamientos neolíticos hasta el descubrimiento y excavación de la **Cueva del Coquino de Loja** (NAVARRETE *et al.*, 1992) de la que pasaremos a ocuparnos extensamente en el apartado siguiente. No obstante, y siempre partiendo del registro arqueológico actualmente disponible, a lo que debe sumarse las características y tendencias observadas en la dinámica de poblamiento descritas para la región durante el IV milenio, consideramos que no ha de ser éste el único enclave de la comarca; pese al amplio programa de prospección sistemática desarrollado hasta ahora, aún queda por culminarse un estudio más completo en estos sectores serranos adyacentes a la Vega de Granada que, sospechamos, puede proporcionar la localización de nuevos yacimientos, tal y como ha venido sucediendo en los últimos años en las zonas a las que nos hemos referido con anterioridad, o en las sierras litorales.

Es precisamente en la zona litoral, donde a la conocida Cueva del Capitán de Salobreña (NAVARRETE, 1976) han venido a sumarse hallazgos como la Cueva de las Campanas de Gualchos (GONZÁLEZ y MENGÍBAR, 1982) y la Sima de los Intentos de Motril (NAVARRETE *et al.*, 1986), que comienzan a configurar un núcleo costero que viene a enlazar con el más intenso poblamiento de las sierras litorales de la provincia de Málaga.

El mapa de hallazgos en la provincia se completa con una modalidad distinta de hábitat en el contexto cultural que venimos tratando, tanto por su ubicación en plena vega como por sus características estructurales, al tratarse de yacimientos al aire libre. Hallazgos efectuados en la pasada década han permitido ampliar el marco geográfico del poblamiento neolítico granadino hasta el mismo interior de la Vega, una zona que permanecía al descubierto en el mapa de distribución de asentamientos de esta época. El primer caso lo constituye el yacimiento de La Molaina (SÁEZ y MARTÍNEZ, 1981), en el término municipal de Pinos Puente, con una situación que no corresponde plenamente a la misma Vega aunque sí a sus bordes montañosos, y que ha dado a conocer un contexto cultural considerado propio del Neolítico Medio-Final. El segundo asentamiento, Las Catorce Fanegas (CARRASCO *et al.*, 1987), se localiza en el término municipal de Chauchina y su hallazgo reviste singular importancia no sólo por su ubicación sino por las características de su contexto, afín a los contextos propios de un momento relativamente antiguo de la Cultura de las Cuevas.

En la **Cueva del Coquino de Loja** la primera de sus fases de ocupación corresponde a la etapa de transición del Neolítico Medio al Neolítico Reciente, ya avanzada la segunda mitad del IV milenio, cuando todavía siguen vigentes muchos de los patrones culturales característicos del horizonte de la Cultura de las Cuevas, mientras que su segunda fase muestra una serie de elementos propios del **Neolítico Final**. En el cercano yacimiento de los Castillejos de Montefrío (ARRIBAS y MOLINA, 1978) se ha propuesto una cronología de 2.800-2.600 a.C. para esta última etapa evolutiva de las culturas neolíticas en la Alta Andalucía, en cuyos contextos culturales se manifiestan ya influencias procedentes tanto del Sureste como de la Andalucía Occidental en donde se asiste al desarrollo de unos nuevos complejos culturales que incluyen como una de las novedades más importantes la de los establecimientos permanentes de larga ocupación. Junto a la Cultura de los Silos del Bajo Guadalquivir, u Horizonte de Campo Real, y a la Cultura de Almería, cobra cada día mayor entidad otro núcleo cultural, vinculado en cierto modo a las tradiciones de la Cultura de las Cuevas y muy en relación también con el Neolítico del

Sur de Portugal; se trata del "Grupo del SO", en el que quedan comprendidos el Bajo Alentejo, el Algarve y la provincia de Huelva.

En los establecimientos asociados al Horizonte de los Silos del Bajo Guadalquivir se define un patrón de asentamiento ya reproducido en otros ambientes neolíticos de la Alta Andalucía, a los que anteriormente nos hemos referido, y que representan una tradición de pequeños poblados al aire libre próximos a zonas de vega como los granadinos de La Molaina (SÁEZ y MARTÍNEZ, 1981) y Las Catorce Fanegas (CARRASCO *et al.*, 1986).

Tradicionalmente su asignación cultural, bien al Neolítico Reciente, bien al Cobre Precampaniforme, ha planteado serias controversias. En el Sur peninsular la "Cultura de los Silos", según T. Bubner, tuvo sus orígenes en un neolítico Medio, perdurando hasta el Neolítico Final y concluyendo cuando iniciaban su desarrollo en el Bajo Guadalquivir las tradiciones megalíticas afines al grupo portugués (BUBNER, 1981). Para otros investigadores (CARRILERO *et al.*, 1982) este horizonte perdura hasta el Cobre Precampaniforme, ajeno en una primera fase al desarrollo del Megalitismo. Atendiendo a determinados aspectos de orden económico y cultural, en opinión de F. Amores podría pensarse en una signación cronológica correspondiente al Cobre Inicial. En la Alta Andalucía, la Fase II del yacimiento de Montefrío ha sido puesta en relación con el horizonte de Campo Real y atribuida a un Neolítico Reciente. Buena parte de los elementos materiales de este horizonte experimentarán un desarrollo específico durante la Edad del Cobre Antiguo cuando, además, incida en su contexto el bagaje aculturador de los grupos megalíticos. Su amplitud espacial, extendiéndose hasta las campiñas del Alto Guadalquivir, ha quedado demostrada tras las excavaciones de yacimientos como el del Polideportivo de Martos (LIZCANO *et al.*, 1993) o el de Sevilleja en Espeluy (CONTRERAS *et al.*, 1987), ambos en la provincia de Jaén.

En cuanto a la Cultura de Almería, las sistematizaciones y nuevos enfoques de las dos últimas décadas, desde las más variadas perspectivas que incluyen nuevos planteamientos arqueoespaciales y paleoambientales, han contribuido a definir una serie de rasgos culturales propios para este horizonte final del Neolítico del Sudeste. La ubicación de sus poblados en suaves colinas cercanas a las tierras bajas de los valles fluviales, sus elementos infraestructurales -particularmente los silos de almacenamiento- y las características de su elenco artefactual, entre otros, son factores que permiten asignarle un modo de vida fundamentalmente agrícola, con ganadería y caza como actividades complementarias. Su origen habría que situarlo en un momento final de la Cultura de las Cuevas, representando, a su vez, el horizonte de enlace entre

las primeras comunidades sedentarias de economía productora en la zona con los establecimientos calcolíticos de la primera fase metalúrgica.

2. LA CUEVA DEL COQUINO: UN ENCLAVE DEL NEOLÍTICO AVANZADO.

La Tierra de Loja, pese a esa favorable situación geográfica ya comentada, era una de las comarcas en donde aún no había sido constatada la existencia de un poblamiento neolítico. Un vacío que teníamos presente y que nos llevó a acometer, antes de conocer la Cueva del Coquino, de muy difícil localización, diversos trabajos de prospección en un intento de localizar posibles asentamientos. Transcurrido el tiempo, y una vez efectuados los estudios sobre este yacimiento, han sido confirmadas las expectativas que sobre la trascendencia de esta zona en el contexto cultural de la Cultura de las Cuevas nos habíamos planteado años atrás. En función de ello, difícilmente podemos ahora considerar a este yacimiento como el único enclave neolítico en la Tierra de Loja, evidenciándose con más fuerza la necesidad de proseguir la investigación del territorio con el diseño de un nuevo y más intenso programa de prospección que englobe tanto las tierras bajas de la Vega como el complejo orográfico kárstico que tanta entidad tiene en la comarca. Esta última reflexión toma aún más cuerpo desde el descubrimiento de nuevos enclaves asimilables a este horizonte, como la **Cueva de las Minas**, a la que nos hemos referido en el capítulo dedicado a los resultados de la prospección y cuyas similitudes, en cuanto a emplazamiento y contexto material, hacen abrigar nuevas esperanzas para la mejor definición de este horizonte cultural en la Tierra de Loja.

El yacimiento de la **Cueva del Coquino** era conocido varios años antes de nuestra primera visita en Julio de 1979, a causa de las ocasionales intervenciones de aficionados locales que ya habían removido considerablemente el nivel superficial de la cueva en algunos sectores próximos a la entrada. La primera noticia de tales acciones nos llegó a través de uno de estos aficionados locales y de D. Cayetano Aníbal González, a quien expresamos nuestro agradecimiento por las referencias aportadas entonces. En esta primera visita pudimos constatar las dimensiones de los hoyos practicados en la superficie, que no sólo afectaban al nivel superficial de la sedimentación sino que en algún caso llegaron a bastante profundidad. No fue descartada tampoco la posibilidad de que se hubieran producido otras remociones más antiguas, dado que la cueva fue utilizada, al parecer, como refugio en la postguerra española por un proscrito apodado "El Coquino", de quien toma nombre este lugar de difícil acceso y localización.

A pesar de estas condiciones adversas, entre las que cabría destacar las reducidas dimensiones del yacimiento y el escaso relleno que se le suponía, otros factores aconsejaban efectuar una intervención arqueológica lo más urgente posible. En primer lugar, la situación geográfica a la que nos hemos referido y la posibilidad de contribuir a establecer la extensión del poblamiento neolítico hacia esta zona, además de completar la documentación existente sobre la Edad del Cobre en la misma, teniendo en cuenta las expectativas que planteaban los materiales obtenidos a través de las excavaciones clandestinas. En segundo lugar, y a pesar de las condiciones adversas detectadas inicialmente, las posibilidades de excavación que brindaba la cueva que, con no ser muchas, resultaban más halagüeñas que las ofrecidas por la mayoría de los hábitats neolíticos en cueva conocidos hasta el momento en la provincia, generalmente alterados por derrumbes parciales de su techumbre y dislocación general de su estructura interna que hacen impracticable cualquier trabajo de excavación.

Estas consideraciones, unidas al interés suscitado por los resultados de las primeras aproximaciones para poder establecer el carácter de hábitat o refugio estacional del yacimiento en un contexto arqueológico como éste, condujeron finalmente a solicitar de la Subdirección General de Arqueología el correspondiente permiso de excavación cuya concesión tuvo lugar en Marzo de 1981. Los trabajos en el yacimiento se desarrollaron en una sola campaña durante los meses de Junio y Julio de ese mismo año.

A continuación presentamos los resultados de dicha intervención arqueológica en el yacimiento, publicados en 1992 (NAVARRETE *et al.*, 1992), resumiendo los principales aspectos relacionados con el propio trabajo de campo y, más ampliamente, los resultados y conclusiones crono-culturales derivados del estudio del material arqueológico recuperado.

2.1. El marco espacial. Localización del yacimiento.

La Cueva del Coquino está situada al Norte de la Ciudad de Loja, abierta en uno de los pequeños afloramientos calizos localizados en la Unidad del Hacho que conforman las últimas estribaciones del Cerro de la Corona, a una altitud de 700 m sobre el nivel del mar. Sus coordenadas geográficas son: 37° 11' 29" Lat. N. y 4° 9' 15" Long. W., del Mapa del Servicio Geográfico del Ejército, hoja 18-41 (1008) de Montefrío, escala 1:50.000.

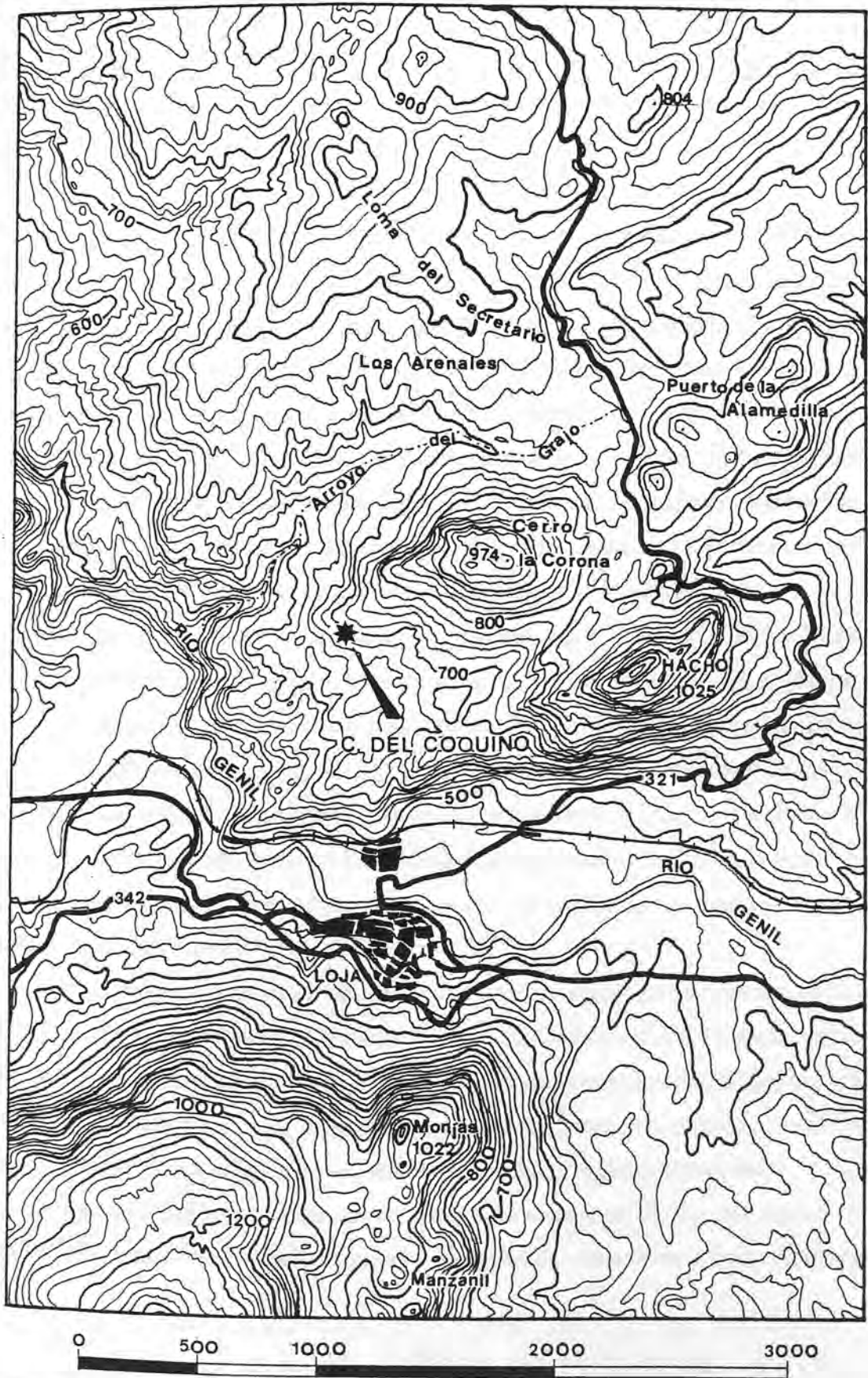


Fig. 38: Localización de la Cueva del Coquino.

El acceso al yacimiento se efectúa siguiendo un carril que, partiendo del mismo casco urbano de Loja, cruza el apeadero de San Francisco, en la línea ferroviaria Granada-Bobadilla, y asciende de forma sinuosa, bordeando por su parte izquierda primero el Hacho y después el Cerro de la Corona, hasta la cortijada de los Arenales. Aproximadamente a unos 2,5 Km de Loja el camino se bifurca, siendo el ramal izquierdo el que desciende suavemente hacia la "Vega de Alegrías", pasando a unos 100 m de los citados afloramientos calizos que se sitúan a la izquierda de la pista.

Aunque ya ha sido explicada con detalle la constitución orográfica de la Tierra de Loja, resulta ilustrativo en este caso concreto recordar brevemente que en el término de Loja están presentes las tres unidades que constituyen las Cordilleras Béticas. Estas presentan al Sur la zona interna denominada Penibética o Bética *sensu stricto* y al Norte la zona externa con los dominios Prebético y Subbético, en que se encuentra nuestro yacimiento.

La Cueva del Coquino está situada en materiales de la Unidad del Hacho, localizada al Norte de la ciudad de Loja, perteneciente al Subbético Interno y cabalgando sobre materiales del Subbético Medio. Desde un punto de vista litoestratigráfico esta unidad se compone de materiales triásicos formados por margas, arcillas, limos y areniscas de coloraciones verdosas, rojizas y amarillentas. Sobre éstos aparecen dolomías que pueden alcanzar entre los 200 y 300 m de espesor. La cobertera de estas series la constituye una gruesa deposición de calizas blancas con una potencia de casi 400 m. La dolomitización puede afectar a las calizas de una manera difusa y por tanto su diferenciación es de difícil precisión cartográfica. Los materiales dolomíticos y calizos corresponden fundamentalmente al Lías. Puede estar ausente el Dogger, mientras el Malm únicamente está representado por unos finos niveles calizos rosados. El Cretácico está formado por margas y margocalizas blancas y rojas, según sea Inferior o Superior, aunque aparece en muy pequeña extensión (VERA, 1969).

Los materiales carbonatados, calizas y dolomías, que componen básicamente la Unidad, se disuelven con cierta facilidad y originan formas kársticas de relieve, es decir, formas de disolución como lenares, simas y cuevas. La formación de estas modalidades de disolución se ve potenciada en ocasiones por la existencia previa de fracturas que ofrecen superficies de discontinuidad por donde el agua puede penetrar fácilmente y acelerar el proceso.

Este es, particularmente, el caso del yacimiento que nos ocupa, el cual está situado en una cueva formada en las calizas blancas, en un punto donde una de las numerosas fracturas existentes

ha facilitado su formación. Considerando este tipo de estructura, y desde un punto de vista geológico, es normal, en consecuencia, que en estos materiales puedan existir otros yacimientos de similares características.

2.2. Características del yacimiento. La excavación.

La entrada a la cueva se efectúa a través de una angosta boca situada entre grandes bloques calizos dislocados de su situación original, con una orientación NE. Una vez franqueada la primera de estas rocas, que tapa parcialmente el hueco de ingreso, se descubre un pequeño pozo constituido por la intersección de varios de estos bloques, por el que hay que descender con gran dificultad. La disposición de estos elementos hace suponer que no debió ser esta la entrada original, que por algún tipo de cataclismo o la acción erosiva natural de la cobertera del vestíbulo hubo de quedar bloqueada; actualmente este acceso es el más fácil y directo al interior. También es posible penetrar en la cueva, aunque con mayor dificultad siendo preciso descolgarse con cuerdas, desde la parte superior de una diaclasa de paredes lisas abierta en uno de sus laterales.

Es posible subir desde el pozo de entrada hasta una pequeña grieta abierta a unos 3 m de altura, en relación con el suelo de la parte central de la cueva, por donde se vertió gran parte de la tierra procedente de la excavación de los cortes.

Tras haber sobrepasado este primer tramo hay que cruzar, bajo un imponente bloque puntiagudo sustentado sobre un bloque de muy pequeñas dimensiones, un pasillo de unos 3,5 m de longitud por algo más de 1 m de anchura que conduce directamente a la única sala donde se efectuaron los trabajos de excavación.

La sala tiene forma oblonga e irregular, abierta en ángulo recto por su lado izquierdo para, tras ensancharse ligeramente hacia la parte central, experimentar un progresivo estrechamiento hacia el fondo en donde no termina de cerrarse del todo a causa de la existencia de una grieta vertical, muy estrecha, que se tapó parcialmente con la tierra extraída del Corte I. Las dimensiones medias son de 8 m de longitud por unos 3 m de anchura. Las paredes presentan profundas irregularidades en su superficie y se van cerrando hacia la parte superior a bastante altura.

En el interior de la cueva no hay agua, exceptuando el goteo característico procedente del techo en épocas húmedas que es rápidamente asimilado por los sedimentos del relleno. La

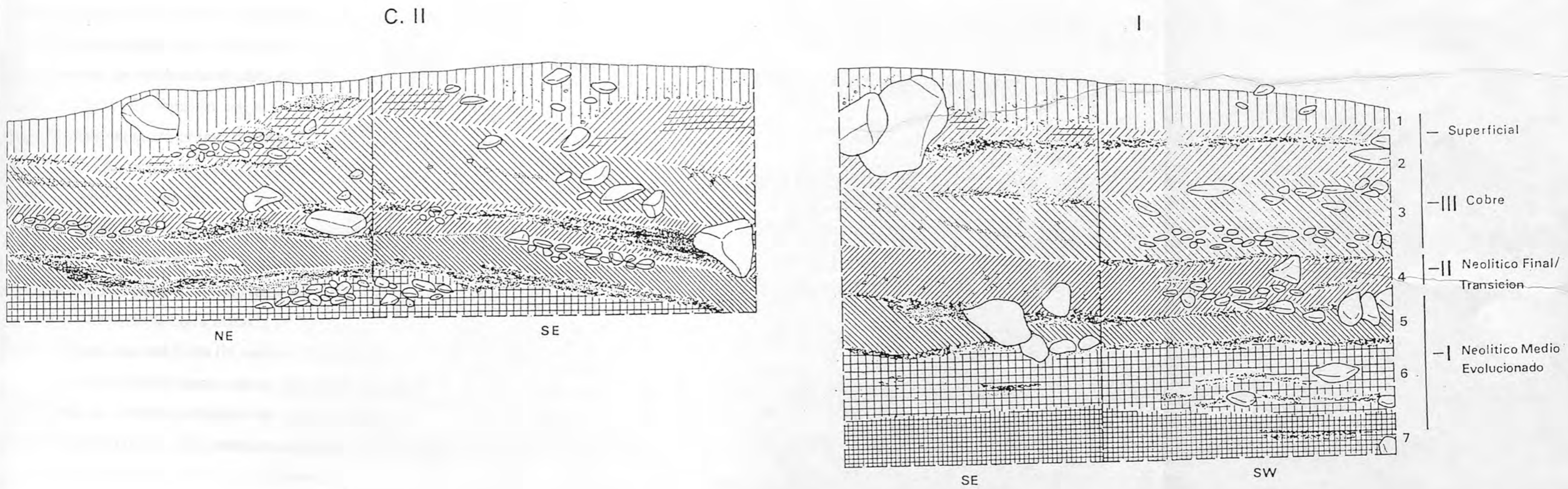


Fig. 40: Cueva del Coquino. Estratigrafía del Corte II (perfil NE y SE) y Corte I (perfil SE y SW).

oscuridad es total, existiendo tan sólo alguna luminosidad a la derecha del pasillo de entrada proporcionada por la apertura de la diaclasa lateral.

Los trabajos de excavación se iniciaron con una limpieza general de toda la superficie, que permitió reconocer más detalladamente la magnitud y alcance de las remociones efectuadas, hacia no mucho tiempo, por excavadores clandestinos, siempre sin descartar otras más antiguas. Estas acciones afectaron principalmente a la zona del final del pasillo y, anárquicamente, a diversos puntos del primer tercio de la sala en donde sería después planteado el Corte III. Con posterioridad se pasó a levantar la planimetría de toda la cueva, estableciéndose para ello un sistema de ejes centrales a partir de los cuales se cuadrículó la superficie en cuadrados de 1 m de lado. El sistema de coordenadas quedaba así establecido en función de un eje vertical denominado con la letra "Y" y otro horizontal con la "X". El sistema para el registro de las alturas contó como referencia con un punto imaginario situado aproximadamente a 0,50 m por encima del nivel general del suelo, marcándolo con un puntero en la pared.

El problema fundamental al que hubo de atenderse en el transcurso de los trabajos de destierre lo constituyó, como viene siendo habitual en la excavación de cuevas de reducidas dimensiones y escasas aberturas al exterior, la retirada de tierras procedentes de los cortes estratigráficos. En nuestro caso concreto, y tal como se ha referido anteriormente, este obstáculo se resolvió vertiendo la tierra extraída de los Cortes I y II en las rajaduras y concavidades de las paredes y, en el caso del Corte III, vaciándola en el fondo de la diaclasa de la entrada.

En los tres cortes practicados la estratigrafía presentó una bien definida homogeneidad, apareciendo los estratos perfectamente adosados a las paredes y una secuencia de niveles de habitación y enterramiento dispuestos en capas que buzaban ligeramente hacia el SE, lugar en el que se practicó el Corte I, el de máxima potencia.

2.3. La secuencia estratigráfica y cultural

A lo largo de la seriación sedimentológica del yacimiento existe una evidente correlación estratigráfica en los tres cortes a la que corresponde una secuencia en la que se han delimitado tres fases sucesivas de ocupación.

La *Fase I*, la más antigua, es la mejor definida tanto estratigráfica como culturalmente; a

dicha fase pertenece la ocupación más prolongada e intensa del mismo; quedan englobados en ella los estratos 7 al 5 del Corte I y el 6 y 5 del Corte II. Su contexto cultural es propio de un momento avanzado de la Cultura de las Cuevas, con la presencia de una serie de elementos que se repiten de forma sistemática en este horizonte del Neolítico Medio en la Alta Andalucía.

La *Fase II* sólo comprende el estrato 4 de los tres cortes, configurándose en realidad como un epílogo empobrecido de la fase anterior en un momento ya final de la Cultura de las Cuevas, acusándose, incluso, en su contexto material algunos elementos que permiten establecer la transición hacia la posterior ocupación durante la Edad del Cobre. Tanto en ésta fase como en la siguiente la ocupación parece tener un carácter más esporádico u ocasional.

El estrato 3 marca el inicio de la *Fase III*, en la que se inicia el horizonte calcolítico que engloba, además de este estrato que es el de mayor potencia, los niveles superiores hasta la superficie. Conviene aclarar que los dos últimos estratos, muy alterados por las remociones clandestinas, contienen junto a elementos propios del Cobre otros que atestiguan una ocupación temporal de la cueva durante épocas posteriores, alcanzando hasta época romana. La documentación más completa en este sentido ha venido aportada por el estudio de los materiales, cedidos por algunos aficionados locales, que se presentan en el capítulo correspondiente a la ocupación calcolítica de la cueva bajo la denominación de "materiales de recogida superficial".

La secuencia propuesta para los estratos subyacentes será nuevamente objeto de consideración especial tras el análisis tipológico de los materiales en sus capítulos correspondientes, tratando de explicitar más claramente en su marco cultural y cronológico las fases de ocupación.

FASE I

El Estrato 7 constituye la base de la sedimentación arqueológica y es prácticamente estéril. Los estratos más ricos arqueológicamente de la secuencia son, en cambio, el 6 y el 5, en los cuales se distinguen numerosas capas y bolsas de cenizas, siendo destacable la existencia de un hogar en el Estrato 5, única estructura detectada; su ubicación corresponde a la zona central de la cueva. La mayor parte del material arqueológico lo han proporcionado los Cortes I y II, abiertos respectivamente en la parte posterior y central de la única sala de que consta la cueva. El Corte

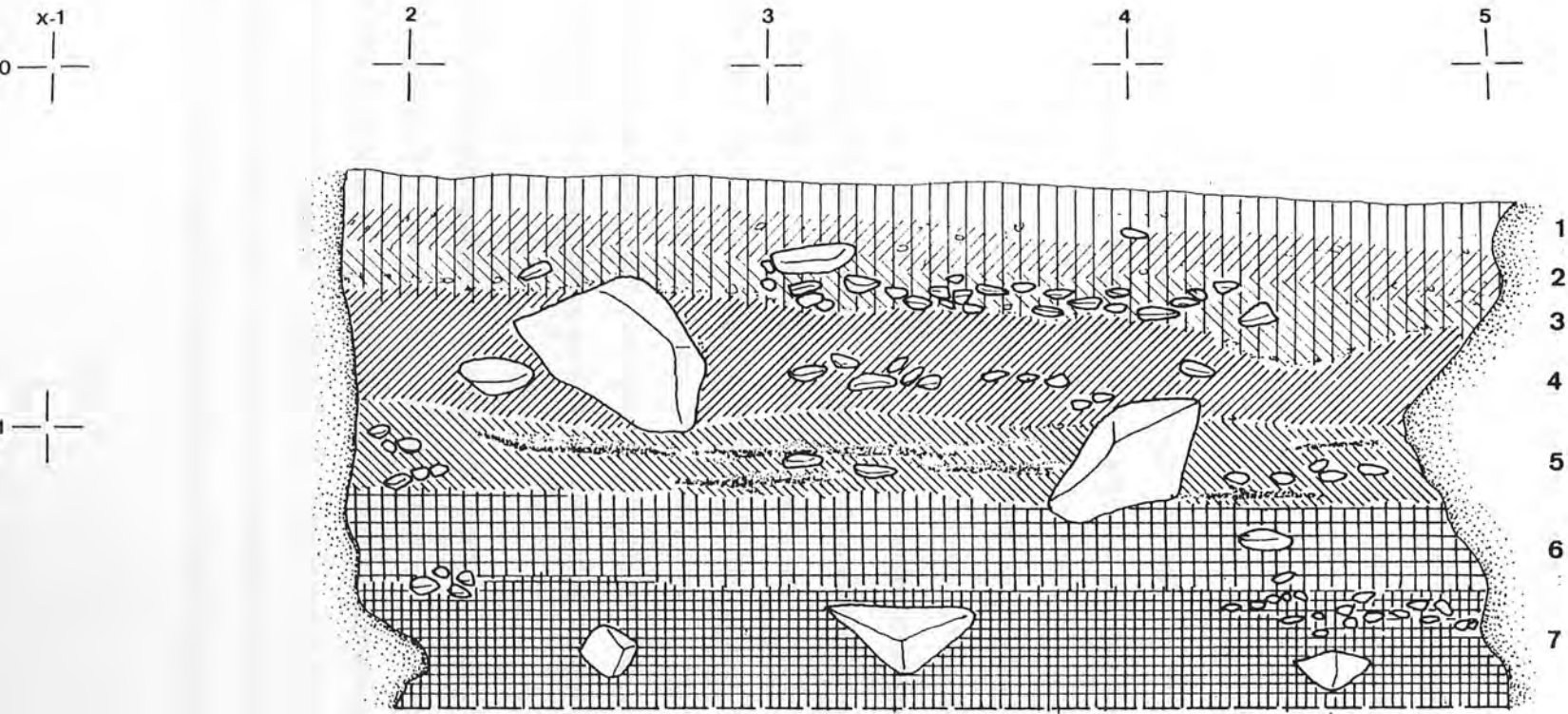


Fig. 41: Cueva del Coquino. Perfil NE del Corte II.

III, abierto en la parte más cercana a la apertura que sirve de entrada, ha proporcionado escasos materiales pertenecientes a esta fase y, la mayoría, proceden del Estrato 5.

La cultura material de esta fase presenta características propias de los contextos avanzados del horizonte cultural de la Cultura de las Cuevas. Patentizan fundamentalmente esta filiación la industria cerámica, relativamente abundante si se tiene en cuenta la escasa potencia del relleno y las reducidas dimensiones de la cueva, y las industrias lítica y ósea cuya representación es poco relevante cuantitativamente, aunque encaja bien dentro de tales contextos.

Por lo que respecta a **la cerámica**, una vez realizado el cómputo general de los fragmentos inventariados en los estratos 6 al 5, y contabilizando siempre como uno solo los varios fragmentos pertenecientes con seguridad a un mismo vaso, se ha documentado un conjunto de 483 piezas.

Puede afirmarse, en líneas generales, que la cerámica de esta primera fase de ocupación es de calidad mediocre, en la que las pastas no siempre han sido bien depuradas y en la que contrasta el elevado porcentaje de acabados superficiales con la baja calidad de los mismos mediante escasos tratamientos de espatulado o bruñido. Datos más concretos acerca del proceso tecnológico seguido en su elaboración los aporta, en cambio, la analítica realizada sobre una reducida muestra que, pese al interés que despiertan sus conclusiones respecto a la composición mineralógica de las cerámicas y el origen de las pastas o la relación uso/tipología/composición, lo exiguo del conjunto determina que su estudio tenga fundamentalmente un valor aproximativo.

En general se trata de una cerámica de pastas predominantemente oscuras (este grupo alcanza al 69,77% del total de fragmentos), cuya textura más frecuente es la de tipo escamoso (60,86%). Otras texturas se reparten en distinta proporcionalidad su representatividad en la muestra, siendo la de tipo harinoso, con diferente grado de compacidad, la más frecuente (un 36,02%), a la que sigue un reducido número de fragmentos con textura de tipo poroso (sólo un 3,10%).

En la composición mineralógica es predominante la presencia de filosilicatos en cuatro de las cinco muestras analizadas de la Fase I; en el quinto fragmento, en el que es bajo el contenido de filosilicatos, es alto el contenido en calcita. Esta presencia mineralógica es también general a la mayor parte de las piezas analizadas de las Fases II y III. Respecto a la calcita, se encuentra en proporciones variables tanto en la Fase I como en las posteriores. El cuarzo presenta unos contenidos medios y no representa, en consecuencia, un elemento muy fluctuante entre las

distintas fases. Los datos, que han sido recogidos y analizados extensamente en el apartado correspondiente al estudio mineralógico, denotan la utilización de dos tipos de sedimentos, unos calcáreos y otros pobres en carbonatos, que concuerdan con las formaciones sedimentarias existentes en las inmediaciones del emplazamiento del hábitat, derivándose de ello una evidente autoctonía.

Las superficies presentan un índice predominante de coloraciones de tonalidad media en la mayor parte de los vasos (60,66%), repartiéndose casi por igual el tratamiento mediante alisado (38,92%) y el espatulado (38,50%). Las superficies groseras sólo alcanzan a 4,76%, siendo, por otra parte, igualmente escaso el número de fragmentos que ofrecen un tratamiento más cuidado mediante bruñido (17,80%). En cuanto al sistema de cocción, en la inmensa mayoría de los casos predomina el fuego reductor (81,98%). Las cerámicas fueron cocidas a temperaturas que oscilan entre los 69°C y los 77°C.

La observación de la muestra mediante lupa binocular ha detectado en todas las vajillas de la Fase I una matriz fina y compacta, con porosidad variable, y en la que predominan claramente los desgrasantes finos con una constante presencia del cuarzo; resulta interesante la presencia de tobas volcánicas en tres de las muestras, evidenciándose así el carácter alóctono de ciertos materiales procedentes de lejanas áreas-fuente como la de los Montes Orientales, que pudieran haber llegado hasta estos parajes merced al transporte fluvial. Otros materiales, como los feldespatos y esquistos, así como la mica, aparecen más esporádicamente. Por lo que a los desgrasantes se refiere, existe una correspondencia total con las características geológicas de la zona.

En relación con la tipología de las vasijas, los márgenes de densidad son amplios, siendo habitual asimilar los altos valores medios, que en conjunto suelen detectarse, a las formas de las ollas. Escapa a esta constante el fragmento núm.3, asignable a un cuenco profundo. Asimismo concuerdan estos valores con el empleo de materiales sobre los que no ha sido efectuada una especial selección granulométrica.

Se configura, por este concepto, un conjunto relativamente homogéneo, siendo las ollas y los cuencos de diferente tipología las únicas formas reconocibles en los estratos de esta Fase I. Resultan especialmente frecuentes las ollas globulares, de las que existen varios tipos y variantes, algunas de ellas con escasa representación. Por otra parte, la poca altura que conservan muchos de los fragmentos hace compleja su atribución a uno u otro subtipo, resultando, en cierto modo,

aleatoria su clasificación como ollas o cuencos.

1. Ollas

Exceptuando una forma claramente ovoide (núm. 51), el resto de los fragmentos corresponden a ollas de forma globular. La olla a la que nos hemos referido, de cuerpo ovoide y borde cerrado, presenta el labio biselado y conserva un mamelón redondeado perforado verticalmente y restos del arranque de otro asa o mamelón a muy poca distancia, quedando así de manifiesto la probable existencia de cuatro elementos de prehensión.

Las ollas globulares son, por regla general, vasijas de pequeño tamaño entre las que predominan las pastas oscuras de textura escamosa o harinosa y las superficies de tonalidades medias. Como se ha mencionado en las características generales, los tratamientos que predominan, en porcentaje similar, son el espatulado y el alisado; sólo resulta evidente un tratamiento de bruñido en dos fragmentos del estrato 5 (núms. 70 y 95), pertenecientes a dos ollitas de 80 mm de diámetro de boca, paredes finas, sin cuello indicado y de borde abierto. En un caso (núm. 95), la superficie exterior que ha recibido este tratamiento presenta además una capa de pintura roja "a la almagra".

En función de las diferencias existentes en sus características formales, pueden reconocerse en los fragmentos susceptibles de marcar tipologías, los siguientes subtipos y variantes: ollas globulares con cuello indicado (de borde abierto, de borde recto, carenadas), ollas globulares sin cuello indicado (con borde y paredes entrantes y borde abierto) y ollas globulares con gollete.

1.1. Ollas globulares con cuello indicado

Son escasos los fragmentos que pueden incluirse por su forma dentro de este tipo, presentando además unas características generales que lo convierten en un conjunto bastante homogéneo. Poseen pastas oscuras de textura escamosa y superficies de coloraciones medias acabadas mediante espatulado. Dos variantes en el conjunto las constituyen por un lado el fragmento núm. 67, que ofrece una decoración de cordón en relieve, y el núm. 93 con restos visibles de pintura "a la almagra".

Los núms. 4 y 65 son vasijas de cuerpo globular con cuello corto y suavemente marcado por el gradual cambio de dirección en las paredes que presentan el borde abierto. Una variante

respecto a este tipo lo constituyen las ollas 5 y 67, con cuellos también cortos y suavemente marcados, aunque en este caso son de paredes rectas. Ambos fragmentos poseen asas de cinta verticales, una de las cuales es acodada, partiendo de su parte superior un cordón en relieve que la enlaza con el borde (núm. 67).

Existe aún una tercera variante representada por una olla globular carenada. El perfil de esta forma ofrece una transición del cuerpo semiesférico al cuello, más profundamente marcado que en los casos anteriores por una carena a media altura. Un sólo vaso, conservado casi en su totalidad, representa estas características, además de ofrecer una decoración a base de una espesa capa de pintura roja "a la almagra" en ambas superficies (núm. 93). Otro fragmento podría asimilarse a esta forma (núm. 74), aunque de paredes mucho más gruesas y, en general, de mayores dimensiones.

1.2. Ollas globulares sin cuello indicado

Las ollas de este tipo con las paredes y el borde entrantes son poco frecuentes (núms. 22, 52, 55 y 63). De entre ellos son destacables los fragmentos con elementos de prehensión (núms. 55 y 63), que se concretan respectivamente en un arranque de asa partiendo del borde y un mamelón inclinado hacia arriba cerca del borde, y el único fragmento decorado (núm. 22) que posee un cordón liso que parte del borde en sentido vertical y se eleva sobre el mismo.

Más frecuentes son, en cambio, las ollas sin cuello indicado de paredes entrantes y borde más o menos abierto (núms. 3, 6, 16, 30, 33, 54, 56, 68-73, 95 y 107). La mayor parte de las mismas no presenta ningún tipo de decoración en la porción del vaso que se ha conservado; solo tres fragmentos (núms. 30, 33 y 107) ofrecen una decoración de incisiones oblicuas junto al borde y un cuarto (núm. 95) está decorado en su superficie exterior con una gruesa capa de pintura roja "a la almagra" bien tratada mediante bruñido. Este último tratamiento ha sido detectado sólo en el citado fragmento y en otro perteneciente a un vaso de paredes finas (núm. 70). El tratamiento mediante espatulado es el más frecuente. Otras variantes las manifiestan el fragmento núm. 56, que conserva el arranque de un asa o, más probablemente, de un mamelón, el núm. 16, que presenta una elevación sobre el borde quizás en correspondencia con un asa, y el num. 57 con el labio biselado.

1.3. Ollas globulares con gollete

Esta forma, de cuerpo globular y cuello alto y estrecho, goza de escasa representación. Sólo existen tres fragmentos que respondan a estas características (núms. 8, 66 y 97) y en todos los casos el borde es abierto, la pasta oscura y las superficies de tonalidades igualmente oscuras. Sólo difiere en cuanto al tratamiento bruñido de su superficie exterior el vaso núm. 66, respecto al espulado de los otros dos fragmentos. Se trata de vasos de pequeño tamaño en los que sólo está presente la decoración en el núm. 97 mediante una serie de líneas paralelas fuertemente incisas sobre el galbo.

Una aproximación crono-cultural sobre este tipo de materiales nos lleva a considerar que la olla globular constituye, como hemos mencionado anteriormente, la forma más frecuente en los estratos de la Fase I, tratándose de un tipo de vasija con amplia representación en todos los conjuntos cerámicos de la Cultura de las Cuevas, a través de una multiplicidad de variantes dada por la mayor o menor inclinación de sus paredes. Puede considerarse, de hecho, una forma clásica y tradicional ya desde las formas primarias desarrolladas en el Neolítico Antiguo.

Las ollas globulares existentes en estos estratos son, en general, ejemplares de pequeño o mediano tamaño, con superficies más o menos cuidadas pero sólo excepcionalmente bruñidas. La decoración está prácticamente ausente en el conjunto de los fragmentos atribuibles a este tipo de vasos; cuando ésta existe, se ofrece en forma de series incisas horizontales u oblicuas cerca del borde, sin olvidar, aunque en muy escasa proporción, las restantes técnicas decorativas presentes en el yacimiento como es el caso de la pintura roja recubriendo las paredes y la de cordones en relieve.

La simplicidad de todas las variantes reconocidas encuentra abundantes paralelos en los conjuntos citados, hasta el punto de que su enumeración sistemática sería realmente muy larga. Las formas de cuello indicado, abierto o recto, son frecuentes, por ejemplo, en los estratos del Neolítico Medio de la Carigüela de Piñar, en los que algunos fragmentos de vasijas de este tipo presentan, incluso, el mismo tipo de asa de nuestro fragmento núm. 65, muy sobresaliente de la pared, que enlaza el borde con la panza a través del galbo (NAVARRETE, 1976. Lám. CXXX,16). Características similares pueden rastrearse entre otros conjuntos de los estratos más antiguos de la Cueva del Agua de Alhama, Cueva de la Mujer (Alhama) o de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros en donde, además del paralelismo que ofrecen algunos fragmentos del Estrato III (VICENT y MUÑOZ, 1973. Fig. 15, núm. 269), determinadas formas presentes en

el Estrato IV, la "P" y la "Q", podrían relacionarse más o menos directamente con la forma que analizamos, si bien hay que tener en cuenta que los vasos de Zuheros presentan otras características técnicas diferentes. La misma forma se encuentra representada en el poblado de los Castillejos de Montefrío (ARRIBAS y MOLINA, 1978. Fig. 23,49) en un vaso a la almagra perteneciente a los estratos más profundos, dentro de un horizonte cultural y cronológico posterior, aunque claramente emparentado con la Cultura de las Cuevas. En el Coquino existe también recubrimiento de pintura roja en ollas globulares de tipología ligeramente diferente, sin cuello indicado (núm. 95).

Las ollitas carenadas del tipo del núm. 93 son particularmente frecuentes en la Cueva del Agua de Prado Negro (Iznalloz) en donde están frecuentemente decoradas con incisiones y pintura roja. Recordemos que ésta del Coquino tiene las superficies recubiertas de una capa de almagra. No obstante, existen diferencias notorias entre aquéllas y ésta, tanto en el tamaño superior de las primeras como en la mayor longitud del cuello en las de la Cueva del Agua que se convierte prácticamente en un gollete (NAVARRETE y CAPEL, 1977. Figs. 17 y 18). Por otro lado, la forma "H" de Zuheros (VICENT y MUÑOZ, 1973. núm. 16), reconstruida con fragmentos del Estrato IV, del III y I, cuyas superficies están pintadas a la almagra, podría relacionarse con la núm. 93, aunque existen igualmente diferencias en el tamaño y la posición de las asas.

De similar representación en estos contextos gozan también las ollas globulares sin cuello marcado con borde entrante o abierto. En la Carigüela estas formas se repiten en los estratos del Neolítico Medio; el motivo inciso que tiene el fragmento núm. 30 es semejante a otros de este yacimiento existentes en vasos de la misma tipología. En la secuencia de los Castillejos estas ollas predominan en los estratos de la Fase I, aunque destacan las mayores dimensiones que las del Coquino y su ocasional decoración a base de incisiones o cordones.

Las ollas de cuello estrecho y más alto que las analizadas en el apartado 1.1., es decir, las que hemos denominado con gollete, tienen escasa representación en el Coquino en los estratos 6 y 5, en contraste con la amplia presencia que manifiestan en la mayoría de los conjuntos cerámicos del horizonte cultural de las Cuevas. Por lo general se trata de vasos con un tamaño pequeño o mediano cuyo diámetro de boca no suele sobrepasar los 120 mm ó 140 mm. Ya se documenta esta forma en los estratos del Neolítico Antiguo Cardial y es muy frecuente en los del Neolítico Medio, bien lisa, bien con decoración de impresiones, cordones, etc., asociándose a

dicha forma, tanto en la Carigüela como en otros yacimientos, técnicas y motivos decorativos muy variados de entre los cuales quizás sean los incisos los más constantes; buen ejemplo de ello son los ejemplares procedentes de la Cueva del Agua de Prado Negro (NAVARRETE y CAPEL, 1977. Figs. 7 y 8) en donde a esta forma se asocian también otros tipos de decoración como la esgrafiada o la impresa, registrándose igualmente esta forma en cerámica lisa. Normalmente este tipo de ollas van provistas en Prado Negro, como en otros yacimientos, de asas, a veces en número superior a dos.

Esta decoración de incisiones es también característica en otros yacimientos en vasijas de esta forma; baste citar, a título de ejemplo, algunos ejemplares significativos como el vaso de la denominada forma "R" de Zuheros (VICENT y MUÑOZ, 1973. Fig. 35) procedente del estrato más profundo, pintado a la almagra, otro de la Cueva de Malalmuerzo de Moclín (CARRION y CONTRERAS, 1979. Fig. 3,2) decorado con un motivo en zig-zag bastante frecuente, repitiéndose en la Cueva de los Mármoles de Priego (LÓPEZ PALOMO, 1977) así como en otros yacimientos de este horizonte. El más cercano de los ejemplos que podemos considerar lo encontramos de nuevo en los Castillejos de Montefrío, donde existen formas similares en los estratos más profundos.

2. Cuencos

Atendiendo a la altura que parecen indicar los fragmentos atribuibles a este tipo de vasijas, se han diferenciado hasta tres subtipos de cuencos con las correspondientes variables en cada caso: cuencos profundos (de paredes cerradas, abiertas o de paredes rectas), cuencos poco profundos (de paredes y borde entrantes y de paredes entrantes y borde abierto) y cuencos planos.

2.1. Cuencos profundos

Representan la forma más frecuente junto con las ollas globulares que no tienen cuello indicado. Existe en este conjunto un claro predominio de las pastas oscuras de textura escamosa y tonalidades medias. Por regla general se aprecian calidades superiores a las de las ollas, advirtiéndose más depuración en las pastas y un mejor tratamiento de las superficies mediante espatulado o, en menor proporción, mediante bruñido.

Entre los que presentan las paredes cerradas existe una tendencia general a la forma esférica (núms. 46, 48, 50, 94, 99, 112), con cuerpos marcadamente globulares cuyas paredes y

bordes se cierran progresivamente a una altura que sobrepasa, por lo común, a la media esfera. Suelen ser vasos de paredes finas y presentan el borde adelgazado.

En menor cuantía, un reducido grupo de cuencos profundos de paredes menos abombadas y de borde menos entrante tienden hacia una forma más cilíndrica (núms. 10, 17, 49, 61, 64). Tipológicamente pueden considerarse una forma intermedia entre los que podríamos definir como "esféricos" y los de paredes rectas. Una variante dentro de este grupo la constituye el fragmento núm. 2, en virtud de su borde adelgazado y vuelto hacia el exterior.

De los vasos con tendencia esférica existen tres que poseen decoración; el núm. 94 está acabado con una aguada de "almagra" en la superficie exterior, mientras en los otros dos (núms. 99 y 112) se observan incisiones oblicuas.

Por lo que respecta a los cuencos profundos de paredes abiertas, hay que hacer notar su escasa significación en el conjunto numérico de estos estratos inferiores. Puede reconocerse tal forma en dos fragmentos del Estrato 5 (núms. 76 y 102). El primero de ellos está constituido por paredes gruesas, conserva el arranque de un asa o mamelón y tiene el borde en esta parte ondulado y biselado. El otro posee un asa de sección triangular que parte del borde y conserva una decoración a base de fuertes líneas incisas verticales y oblicuas.

Pocos fragmentos, por otra parte, pueden determinar con claridad la forma de cuenco profundo de paredes rectas. No sin ciertas dudas, dada la escasa altura de los fragmentos, incluimos en principio en este grupo a los núms. 59 y 60, que presentan un ligero engrosamiento en la parte exterior del labio, y los núms. 9 y 11, decorados en su superficie exterior con una capa de pintura roja "a la almagra". Estos últimos fragmentos, dentro de los atribuibles a esta forma, son los únicos de buena factura; el resto del conjunto (núms. 59, 60, 62 y 78), son de mediocre o mala calidad.

2.2. Cuencos poco profundos

Quedan englobados en este tipo los cuencos de tendencia semiesférica, de paredes y borde entrantes (núms. 18, 47, 53), así como el cuenco o cazuela de perfil en "S", de paredes entrantes y borde abierto núm. 1. Estos fragmentos corresponden a vasos de mediano tamaño cuyo color y calidad son variables; en ningún caso se han documentado ejemplos decorativos ni elementos de prehensión.

2.3. Cuencos planos

La designación de este subtipo viene avalada por una menor altura con respecto al tipo anterior, así como un fondo más aplanado que se indica a partir de una fuerte curvatura en las paredes. Sólo un vaso de paredes y borde entrantes (núm. 106) reviste las características formales como para asignarle con certeza tal denominación. Es de paredes gruesas, de pequeño tamaño, poco cuidado en su técnica de fabricación y posee decoración a base de líneas incisas oblicuas bajo el borde.

Los cuencos, más o menos profundos, de tendencia esférica, de paredes rectas o, en menos casos, de paredes abiertas, a los que hay que sumar el único ejemplar de cuenco plano (núm. 106), completan el repertorio tipológico de los estratos más profundos. Como ya se indicó, la calidad de estas cerámicas suele ser, en general, superior a la de las ollas, utilizando para ello pastas más depuradas y cuidando más el tratamiento de las superficies, a veces mediante bruñido; recordemos que este tipo de tratamiento sólo era apreciable en las ollas en dos ejemplares de pequeño tamaño (núms. 70 y 95).

En otros aspectos como el de la decoración, la coincidencia con el grupo de las ollas es mayor, apreciándose un porcentaje similar en cuanto al número de piezas decoradas. Las técnicas coinciden sólo parcialmente, siendo la incisión y la pintura roja "a la almagra" las únicas modalidades presentes en este grupo; por contra, no ha sido documentado el tipo decorativo de cordones en relieve, presente en las ollas, en ningún fragmento atribuible a la forma de cuenco.

Los cuencos hondos son más abundantes, tanto los de paredes cerradas y cuerpo globular como los de tendencia más cilíndrica y, en menor proporción, los de paredes abiertas. Al igual que sucede con las ollas, son formas también habituales en las tablas tipológicas más características de la Cultura de las Cuevas. Los ejemplos más precoces los sigue marcando la secuencia de la Carigüela, en donde ya aparecen cuencos profundos de cuerpo globular asociados en los estratos del Neolítico Antiguo a la decoración impresa cardial y siguen constituyendo una forma común en los estratos del Neolítico Medio, tanto lisa como decorada mediante incisiones u otras técnicas propias de este horizonte. La secuencia de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros también ofrece en su Estrato IV la denominada forma "O", que podría ponerse en relación, morfológicamente y por el tipo de decoración, con el núm. 112 del Coquino, aunque este último ejemplar presenta las paredes algo más cerradas que el de Zuheros y la decoración afecta a una mayor parte de la vasija prolongándose hasta su tercio inferior.

En la secuencia del poblado de los Castillejos de Montefrío los cuencos hondos de paredes generalmente verticales o abiertas predominan en los estratos de la fase más antigua; a veces suelen estar presentes formas decorativas como incisiones o pintura a la almagra. Particularmente identificable con estas variantes tipológicas de Montefrío es el cuenco profundo de paredes abiertas del tipo de los núms. 76 y 102 del Coquino, que podría ponerse en relación concretamente con algunas formas de la Fase I de aquel yacimiento, que incluso presentan el labio biselado como en nuestro fragmento núm. 76, aunque sin elementos de prehensión, y con otras de la Fase II que sí los poseen.

Aunque en los estratos del Neolítico Medio de la Carigüela aparecen formas y decoraciones similares en algunos fragmentos, quizás el paralelo más directo para nuestro núm. 102 sea el procedente del Estrato VI de la Cueva de Zuheros, identificado como forma "M" (VICENT y MUÑOZ, 1973. Fig. 25), que presenta grandes afinidades tanto en su perfil, algo más abierto en el ejemplar del Coquino, como en su tamaño y tipo de decoración. Formas semejantes aparecen en el estrato más profundo de la secuencia de Murciélagos.

El tipo de cuenco menos profundo, de tendencia semiesférica (núm. 47), así como el de cuenco o cazuela de perfil en "S" (núm. 1), son menos habituales en los contextos a los que nos estamos refiriendo. Menos frecuente resulta aún el tipo de cuenco que hemos denominado "plano" por su menor altura en relación con los anteriores, de paredes entrantes y fondo ligeramente curvado (núm. 106). Esta forma achatada, que no es fácilmente reconocible en el Neolítico Medio de la Carigüela, que no parece estar presente en los Murciélagos de Zuheros y que en la secuencia de los Castillejos ha sido ubicado entre el Neolítico Final y el inicio de la Edad del Cobre, se encuentra esporádicamente entre los conjuntos no estratificados de algunos yacimientos de la Alta Andalucía globalmente atribuidos al horizonte de la Cultura de las Cuevas y siempre dentro de la categoría de cerámica lisa. Un ejemplo cercano lo encontramos en el fragmento de características técnicas muy similares y forma bastante semejante procedente del Estrato IV de la secuencia poco significativa de la Cueva del Agua de Alhama (NAVARRETE, 1976, Lám. CCXXII, 1); al igual que este fragmento, carente de decoración, otros procedentes de la Cueva del Capitán y de la Cueva del Agua de Pardo Negro marcan las mismas pautas tipológicas. Si la forma, en consecuencia, del núm. 106 del Coquino, no puede considerarse como muy característica de este horizonte, por lo que se refiere a tipo de decoración incisa que posee, sí hemos de admitir, en cambio, que estamos dentro de las constantes comunes en estos conjuntos.

Es precisamente la *decoración* de estas cerámicas un aspecto importante en el conjunto que estamos analizando, toda vez que corresponde a estos estratos más antiguos del yacimiento el mayor porcentaje de vasos decorados, un 12,40%, siendo la técnica de incisión la modalidad más frecuente; un total de 29 fragmentos presentan este tipo de decoración, lo que representa un porcentaje de un 6%. Siguen en importancia las otras dos técnicas decorativas presentes en los mismos, cuales son la de relieves y la de pintura "a la almagra". En 19 vasos la decoración es en relieve (3,93%). Un solo fragmento, perteneciente al Estrato 5, tiene la superficie cubierta de un engobe de color marrón rojizo y 11 de una capa de pintura roja, compacta en unos casos, más diluida en otros, afectando casi siempre sólo a la superficie exterior; su representatividad en el conjunto de cerámica decorada alcanza al 2,27%.

1. Incisiones

Según se ha indicado, la técnica decorativa de incisiones en crudo es la más frecuente en los estratos inferiores. Aunque las pequeñas dimensiones de muchos de los fragmentos impiden conocer la composición de los motivos, parece ser que la tendencia general de los mismos se inclina a formar combinaciones sencillas a base de líneas verticales, horizontales u oblicuas, a veces paralelas (núms. 26-29, 97, 100, 101, 104), series de incisiones cortas (núms. 33-36, 98), reticulados (núms. 32 y 82), líneas entrecruzadas en varias direcciones (núms. 102 y 103), e incisiones cortas o largas en espiga o zig-zag (núms. 30, 31, 106-112), constituyendo este último el motivo más frecuente. En la mayoría de los casos se trata de incisiones fuertes que no conservan restos de relleno de pasta roja o blanca. La decoración parece afectar fundamentalmente al tercio superior del vaso.

El tipo de vasos que recibe esta decoración suele ser de pequeño o mediano tamaño, con predominio de pastas oscuras y superficies de tonalidades medias acabadas mediante alisado en la mayor parte de los fragmentos, en pocos se aprecia espatulado y sólo en un fragmento (núm. 32) aparece el bruñido.

No ha sido detectada una correlación entre el motivo y la forma. Decoraciones incisas, por ejemplo, aparecen en ollas globulares sin cuello indicado de borde más o menos abierto (núms. 30, 33, 107), en cuencos profundos de paredes cerradas con tendencia esférica (núms. 99 y 112), en un cuenco plano de borde entrante (núm. 106), en un cuenco profundo de paredes abiertas (núm. 102) y en una olla globular con gollete (núm. 97), siendo ésta una buena representación de

los tipos o variantes propias de los estratos inferiores.

Todos los motivos incisos que presentan las cerámicas de esta fase son, en líneas generales, comunes en los contextos del Neolítico Medio andaluz a lo largo de todo su desarrollo y hasta momentos muy tardíos, manteniendo modelos que ya tuvieron su origen durante el Neolítico Antiguo.

El motivo de series de líneas horizontales y paralelas incisas sobre el galbo que ofrece el fragmento núm. 97 suele corresponderse con una decoración sobre la panza de haces de líneas horizontales y verticales que suelen formar a menudo recuadros en vasos que poseen, como éste del Coquino, un cuerpo globular y un cuello alto y estrecho. A pesar de que la fragmentación a la altura del galbo impide conocer el desarrollo temático, su forma y el resto de la decoración que conserva nos acerca al tipo descrito, del que existen abundantes ejemplos en la Alta Andalucía, por circunscribirnos a la zona que ocupa nuestro inmediato interés. Ejemplos destacados los encontramos en la Cueva de la Carigüela, en la Cueva del Agua de Alhama, en la Cueva del Agua de Prado Negro, en Sima Rica, en la Cueva de los Mármoles de Priego, etc. Asimismo, el vaso de la forma "R" de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros, procedente del Estrato V, podría referenciarse como paralelo por su forma, técnica y esquema decorativo; en este caso las líneas incisas no son continuas sino formadas por pequeños trazos de punzón y está pintado a la almagra.

En relación con esta concepción de la decoración del vaso, mediante trazos situados junto al borde (núm. 33) y bien distribuidos irregularmente sobre el cuerpo en sentido horizontal (núm. 98) o vertical (núm. 35), hay que significar que, tal vez sea por su simplicidad y rapidez de ejecución, es una de las modalidades más corrientes en toda la cerámica neolítica, particularmente a partir del Neolítico Medio. Por otra parte, las reducidas dimensiones de la mayoría de los fragmentos así decorados que existen en los conjuntos del Neolítico Medio y Tardío no permiten asegurar que dichos trazos correspondan efectivamente a un esquema poco determinado de distribución irregular. Si está claro, en cambio, que esta decoración, particularmente con las incisiones en sentido vertical como las del núm. 35, existe ya desde el Neolítico Antiguo en la Cueva de la Carigüela, en cuyos estratos más profundos se documenta también el tipo de incisión continua horizontal atravesada por incisiones cortas verticales que ofrece el núm. 34. Otros muchos ejemplos reproducen este patrón, entre los que podrían citarse los de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros, las Majolicas de Alfacar, la Cueva del Agua de Alhama, la Cueva de la

Mujer, La Molaina, Los Castillejos, etc.

Por lo que se refiere al motivo de líneas incisas más largas entrecruzadas en varias direcciones y que parece cubrir la mayor parte de la superficie del vaso, que presentan los fragmentos núms. 102 y 103, no tienen tantos paralelos como los motivos anteriores; es posible que este hecho esté en relación con la dificultad que supone identificar un motivo tan poco definido en fragmentos a veces de muy pequeñas dimensiones. Existe en la Carigüela un fragmento de un vaso profundo de paredes rectas del Estrato VI que ofrece el mismo tipo de decoración, con las incisiones arrancando también desde el borde (NAVARRETE, 1976. Lám. XCI,1). Para el fragmento núm. 102 existe un paralelo cercano en el vaso de la forma "M" de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros, del Estrato IV, muy similar tanto en el tipo de decoración como en la forma; hay que hacer, no obstante, la salvedad de que el vaso del Coquino, probablemente menos profundo, tiende hacia una forma menos ovoide que el de Zuheros.

En cuanto a la versión constituida por líneas horizontales y verticales cruzadas formando reticulado, sólo se identifican con claridad en dos fragmentos de un mismo vaso (núm. 32) y con menos seguridad en otro (núm. 82). Aunque poco significativo en el Coquino, este motivo se encuentra, no obstante, en muchos de los conjuntos cerámicos de los yacimientos que venimos citando, si bien no resulta alta su representatividad. Generalmente esta forma decorativa ha venido asociándose a vasos cuyas superficies han sido pintadas a la almagra como muestran algunos ejemplares de la Cueva del Agua de Alhama, de la Cueva de la Mujer, de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros, de la Cueva de los Mármoles de Priego, de las Majolicas de Alfacar o de la Cueva del Agua de Prado Negro. En la Carigüela se han documentado motivos similares en el Estrato IV del área "G" (excavación de 1959). Asimismo aparecen enrejados de este tipo entre las decoraciones incisas de los estratos más antiguos de Los Castillejos y en la Molaina de Pinos Puente.

Es, sin duda, el motivo de las incisiones en espiga el que puede considerarse como más frecuente en el Coquino (núms. 30, 31, 106, 112). Se trata de un motivo bastante frecuente en la decoración de vasijas de calidad y tipología diversas, en muchos de los conjuntos cerámicos del Neolítico Medio y Tardío de la Alta Andalucía. La antigüedad de este tema viene avalada por su presencia en el estrato neolítico más profundo de la Carigüela, si bien su más amplio desarrollo se produce en los estratos superiores del Neolítico Medio y Medio-avanzado. Un mismo esquema y desarrollo decorativos que los del vaso núm. 112, los ofrece un ejemplar del Estrato IX, aunque

su forma es distinta. Son estas características, motivo y forma, las que lo pueden asociar precisamente a la forma "O" de Zuheros, teniendo en cuenta que éste último es de paredes menos cerradas que el del Coquino, al mismo tiempo que el tema decorativo está más desarrollado en el ejemplar de Loja. Un caso similar en la concepción decorativa y su desarrollo lo presenta un vaso profundo de paredes ligeramente abiertas del Nivel II de la Cueva del Nacimiento de Pontones.

Suele ser también muy frecuente la asociación de estos motivos a las formas con cuello indicado (núm. 30) o con gollete. Ejemplos de esta asociación existen en abundancia por un amplio sector de la provincia, entre los que se encuentran ejemplos como el citado del Estrato IX de Carigüela y otros del Estrato IV del área "D" del mismo yacimiento, de entre los cuales uno es prácticamente idéntico al núm. 30. Otros ejemplares proceden de la Cueva de la Mujer de Alhama, de la Cueva del Capitán de Salobreña, de Las Majolicas de Alfacar, de la Cueva de Malalmuerzo de Moclán, de la Cueva de los Mármoles, donde otras formas abiertas presentan el mismo tipo de decoración, de la Cueva del Canjorro, de la Molaina, etc. Más cercano a nuestro ejemplar, en Los Castillejos esta decoración aparece asociada a un cuenco de paredes abiertas del Estrato VC, perteneciente a la Fase II del poblado.

Fuera del ámbito andaluz, aunque en menor proporción, también existen paralelos de estos mismos motivos en el Neolítico valenciano, tantas veces referido por su estrecha relación con el andaluz. Presentes en la Cueva del Or a lo largo de toda la secuencia neolítica, desde el Nivel III al I, manifiestan su considerable amplitud cronológica en la zona; en concreto, el motivo de zigzag que hemos observado con tanta asiduidad en el conjunto del Coquino aparece ya en el Neolítico Antiguo junto a cerámicas impresas cardiales (MARTÍ *et al.*, 1980. Fig. 52), al igual que sucede en la Cueva de la Carigüela.

2. Decoración en relieve.

Suman un total de 19 fragmentos los ejemplares que presentan decoración plástica a base de cordones en relieve. Entre ellos siete son lisos, en dos casos se observan incisiones y en diez existen impresiones digitales o ungulaciones. De entre los lisos cabe diferenciar los que tienen sección curva y los de sección triangular; en algunos casos su disposición por la superficie del vaso es horizontal (núm. 23), describiendo una ligera curvatura (núm. 80), o bien, en sentido vertical, arrancando desde la parte superior de un asa (núms. 19 y 79) con tendencia a una

prolongación hasta elevarse sobre el borde como sucede con el fragmento núm. 22.

Los cordones decorados con incisiones finas (núm. 28) o mediante punzón romo (24 y 25), así como los impresos con unguilaciones o digitaciones (núm. 27 y 86-92), se disponen invariablemente en sentido horizontal describiendo una suave curvatura en correspondencia con las asas.

Las características de los vasos que presentan este tipo de decoración son también objeto de observación al tratarse, en la mayoría de los casos, de cerámicas de paredes gruesas, pastas oscuras y tonalidades medias en las superficies. En cuanto al tratamiento de estas superficies, suele abundar el espatulado y, en una proporción menor, están alisadas. Más cuidadas aparecen, incluso mediante bruñido, las superficies de dos vasos del Estrato 6 (núms. 24-25 y 28), de paredes finas y con cordones decorados mediante incisiones.

No es fácil establecer las formas que pertenecen a estos ejemplares decorados. Sólo en determinados casos, como en los núms. 22 y 55, las trazas que se observan en la porción de borde conservada y sus dimensiones permiten suponer formas globulares de ollas con paredes y borde entrantes. Esta forma parece ser, por otra parte, la más frecuente entre los demás fragmentos, si tenemos en cuenta la curvatura que presentan muchos de éstos de mayores dimensiones.

Como se ha mencionado anteriormente, la disposición de los cordones y algunos indicios en su forma general permiten suponer que en los vasos decorados con esta técnica serían habituales los elementos de prehensión como asas o mamelones.

La forma de conseguir esta decoración plástica consiste siempre en practicar un engrosamiento de la pared del vaso, que da lugar a cordones de distinta altura y grosor, quedando descartada, en este caso, la técnica del cordón aplicado.

Es de sobra conocida la amplitud cronológica de que gozan todos estos ejemplos, si bien existen cotas de representatividad diferentes según la variante de que se trate. Parece evidente, en este sentido, que los cordones lisos y los decorados mediante incisiones transversales, ya sean finas o más toscas y amplias, están más presentes en los contextos del Neolítico Antiguo y Medio que aquellos otros decorados con digitaciones. De entre los lisos, y en los abundantísimos ejemplos que podrían enumerarse de diferentes yacimientos y horizontes cronológicos distintos, puede decirse que, en general, son los más frecuentes los que están dispuestos en sentido vertical arrancando desde el borde o incluso elevándose sobre el mismo. Ejemplos de este tipo, con arranque desde el borde, existen en la Carigüela prácticamente a lo largo de toda la secuencia y

desde el estrato XVI, el más antiguo del Neolítico. Otras fórmulas como los que se elevan sobre el borde aparecen en estratos del Neolítico Medio, mientras que los dispuestos horizontalmente, mucho más escasos, se encuentran desde el Neolítico Antiguo, aunque pueden aparecer esporádicamente en estratos del Neolítico Medio y Final.

En unos y otros la representación es amplia en otros yacimientos de la zona, produciéndose notas destacadas como la de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros, en donde los cordones existentes no ofrecen otra decoración que la de incisiones, o la presencia y perdurabilidad de los mismos en Los Castillejos de Montefrío desde los estratos más profundos de la secuencia hasta el Cobre Inicial.

Fuera de Andalucía encontramos ejemplos muy reveladores en cuanto a los márgenes cronológicos de estos estilos decorativos. Resulta indicativo en esta línea el caso presentado por los materiales de la secuencia de la Cueva de l'Or, entre los que se encuentran fragmentos con esta decoración plástica a base de cordones lisos que son muy abundantes desde el Neolítico Antiguo, junto a las cerámicas cardiales.

Muy habitual entre los conjuntos cerámicos de la Cultura de las Cuevas resulta la decoración de cordones con incisiones transversales en disposición horizontal (núms. 28, 92) o describiendo una curvatura en relación con asas o mamelones (núms. 24, 25, 91), documentados en La Carigüela desde el Neolítico Antiguo. Menos frecuentes resultan los cordones decorados con digitaciones (núms. 27, 87-90), generalmente realizados en vasos de gran tamaño y paredes muy gruesas con un tratamiento poco cuidado. En nuestra referencia habitual de la Carigüela no aparecen hasta el Estrato XII, del Neolítico Medio, y, desde aquí, su presencia resulta muy esporádica en los estratos superiores. En la secuencia de Zuheros tampoco estos modelos con impresiones digitales alcanzan especial significación, siendo su representación muy modesta en el Estrato II; caso distinto es el que protagonizan los cordones incisos o con muescas, muy presentes desde el Estrato V, el más antiguo. En Los Castillejos de Montefrío viene a darse un panorama similar, habiéndose documentado desde el estrato más profundo las variantes de cordón liso y decorado con toscas incisiones, estando asimismo ausentes las digitaciones. Por el contrario, en otros yacimientos no resulta extraño encontrar esta última versión, tratándose en unos casos de fragmentos aislados como los pertenecientes a la Fase del Neolítico Tardío de La Molaina, y en otras ocasiones de concentraciones más evidentes como las documentadas en el núcleo de Alhama, en la Cueva de la Mujer y, sobre todo, en la Cueva del Agua.

3. Pintura a la almagra. Engobe

Esta técnica decorativa de pintura roja "a la almagra" con la que aparecen decorados once fragmentos de otros tantos vasos pertenecientes a los estratos inferiores, no aparece asociada en ningún caso a otro tipo de técnica decorativa.

En su mayor parte estas cerámicas pertenecen al Estrato VI (núms. 9-15), aunque existen otros tres vasos con esta decoración en el Estrato V (núms. 93-95) y un cuarto (núm. 96) que ofrece una superficie exterior recubierta con una capa de pintura o engobe de color marrón rojizo bien tratada mediante un acabado de bruñido de gran calidad.

Por lo general se trata de vasos de pequeño tamaño; el diámetro máximo de boca obtenido no sobrepasa los 110 mm. Tan sólo un vaso (núm. 13), a juzgar por las dimensiones de los dos fragmentos que de él se conservan, puede alcanzar un tamaño mediano. Un análisis tipológico de los fragmentos que pueden presentar formas claras permite deducir que la más común es la del cuenco en sus variantes de cuenco profundo de paredes rectas (núms. 9 y 11), semiesférico (núm. 10) y de tendencia esférica (núm. 94). Una variedad distinta la aporta el fragmento núm. 93, consistente en una ollita globular carenada de cuello estrecho y borde recto que se conserva casi entera. El fragmento núm. 95 debe corresponder a una ollita globular de paredes entrantes y borde abierto.

La aplicación de la pintura sólo se ha realizado por ambas superficies en dos de los vasos mencionados (núms. 15 y 93). En los restantes casos la capa de pintura, más o menos densa, se ha aplicado sólo sobre la superficie exterior, que una vez ha sido bruñida y otras espatulada. En tres de los fragmentos hay que hablar incluso de una "aguada" (núms. 9, 12 y 94), considerando el grado de disolución de la pintura que, sin embargo, ha recibido un tratamiento final de bruñido en los dos primeros y espatulado en el último.

Es evidente que este tipo de cerámica a la almagra encuentra su máximo apogeo en el Neolítico Medio y constituye una modalidad decorativa que puede considerarse ciertamente tradicional en el Neolítico de la Alta Andalucía. No obstante, a la hora de buscar las primeras manifestaciones hay que remontarse al Neolítico Antiguo, donde comienza su andadura con la misma fuerza y carácter que la cerámica decorada mediante incisiones, relieves o impresiones. En esta línea reiteramos una vez más lo que ya ha sido manifestado otras veces, en el sentido de considerar muy indicativa su aparición en los estratos antiguos de La Carigüela en asociación con la técnica impresa cardial, con otras técnicas o bien como única técnica decorativa. Su aplicación

se corresponde generalmente con formas de vasos globulares de cuello indicado y cuencos y ollas de paredes rectas y de boca cerrada; su calidad suele ser bastante buena y recibe un tratamiento final de bruñido.

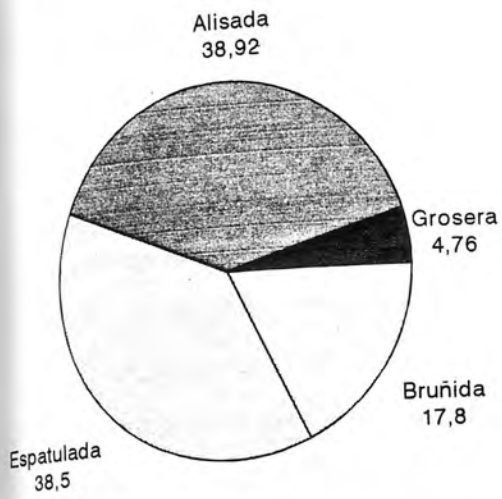
En este mismo yacimiento la cerámica pintada de rojo continúa evolucionando durante el Neolítico Medio, con más alta representatividad numérica en los últimos estratos de este horizonte (X-VIII) que en los primeros (XIII-XI) y una tendencia degenerativa paralela que se manifiesta, al igual que en otros yacimientos como la Cueva de Los Murciélagos de Zuheros, en un menor espesor de la capa de pintura, peor acabado, aplicación sobre pastas menos depuradas, etc. En correspondencia con este fenómeno, la exclusividad de esta técnica decorativa se hace sentir paulatinamente en los conjuntos cerámicos, desapareciendo su tradicional asociación con otras fórmulas ya mencionadas. Puede hablarse, en cambio, de asociación en cuanto a las formas que reciben esta decoración, y que suelen ser los vasos globulares con cuello indicado en los estratos XIII-X y los cuencos de paredes rectas y las ollas de boca cerrada en los superiores. Las mismas formas se mantienen básicamente a partir del Estrato VIII, durante el último horizonte neolítico del yacimiento, en el que se acentúa la tendencia degenerativa desapareciendo las pinturas bruñidas de buena calidad que son sustituidas por pinturas muy diluidas "a la aguada", tratadas mediante espatulado o alisado, a la vez que se aprecia un considerable descenso en la cantidad de cerámicas que reciben esta decoración.

En la cueva de Zuheros, en donde la almagra se asocia muy frecuentemente a otras técnicas decorativas, el vaso de la forma "H" (VICENT y MUÑOZ, 1973. Fig. 16), reconstruido con fragmentos de los estratos I, III y IV, carenado y sin ningún otro tipo de decoración que la pintura roja, puede representar un paralelo para la ollita carenada del núm. 93 tanto por la forma como por la calidad de la pintura, mate pero bien adherida a la pasta.

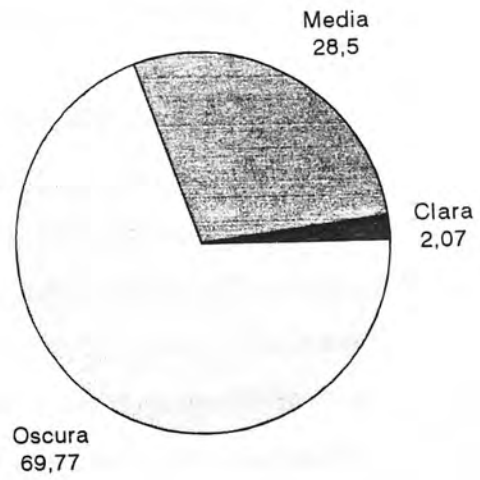
La Cueva del Agua de Alhama marca otra referencia importante en este tipo de cerámicas, siendo las superficies a la almagra uno de los indicadores más característicos de su contexto neolítico medio. Como en los yacimientos anteriores, aquí también se produce esa tendencia evolutiva hacia la simplicidad en el tratamiento decorativo que analizamos, dándose una mayor concentración de vasos decorados a la almagra en los estratos inferiores (V-IV) y siendo la calidad más alta en éstos que en los niveles superiores.

Por lo que respecta a la secuencia de Los Castillejos de Montefrío, se observa una mayor proporción de vasos con decoración de pintura a la almagra en los estratos de la Fase I del

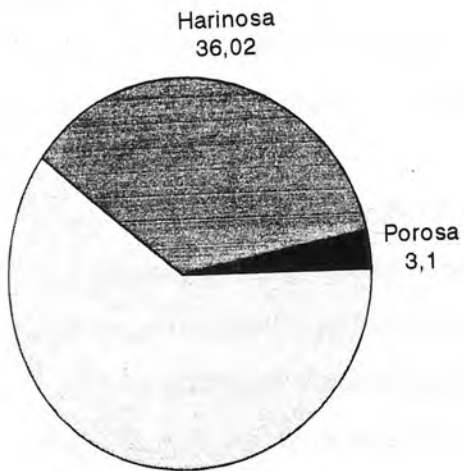
Características técnicas de la cerámica
Valores porcentuales



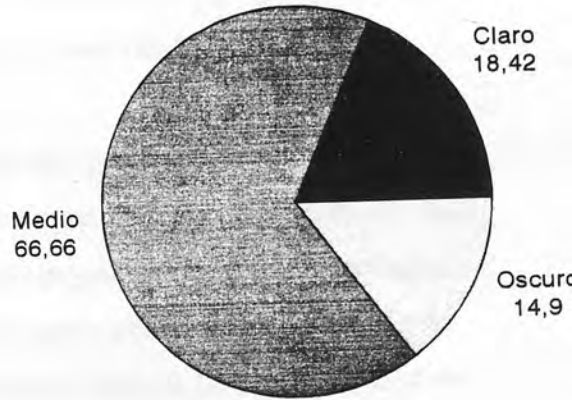
CALIDAD



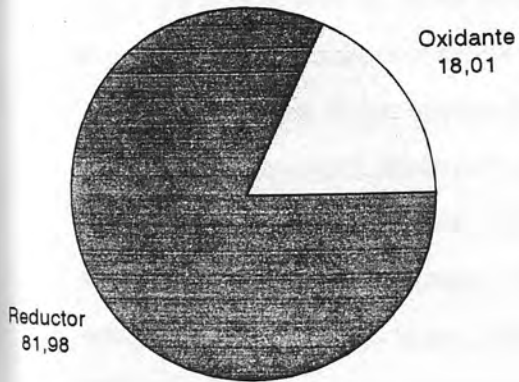
PASTA



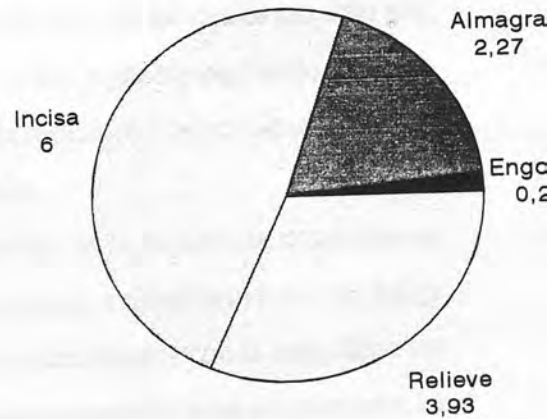
TEXTURA



COLOR SUPERFICIE



FUEGO



DECORACION

poblado (VI Norte A y VI Norte B), verificándose una estrecha relación con la tónica general del horizonte de la Cultura de las Cuevas. Este elevado porcentaje se mantiene durante la Fase II (VC y VB) y decrece bruscamente a comienzos de la Edad del Cobre.

A modo de síntesis, el estudio del conjunto cerámico decorado a la almagra de nuestro yacimiento del Coquino manifiesta una identidad acorde con las características propias de este concepto decorativo durante el Neolítico Medio y Tardío, en vasos fundamentalmente de paredes finas, de pequeño o mediano tamaño y formas también similares. La calidad que ofrece la muestra no experimenta cambios substanciales entre los fragmentos pertenecientes a estos dos estratos inferiores siendo, por otro lado, un dato a tener en cuenta el hecho de la diferencia numérica entre ambos. No se ha registrado en el Coquino la asociación de la pintura con otros tipos decorativos en el mismo vaso, del mismo modo que tampoco existe en Los Castillejos y lo que, como más arriba hemos indicado, se registra también en los últimos estratos del Neolítico Medio de La Carigüela salvo escasas excepciones. Por otra parte, el tipo de engobe marrón, representado por el fragmento núm. 96, no aparece en los estratos de base del poblado de Montefrío.

La **Industria lítica** ofrece en estos estratos inferiores, y correspondiéndose con las características globales que se observan en toda la secuencia del yacimiento, un conjunto de materiales en sílex, y más raramente en cuarcita, que presentan una gran homogeneidad tipológica.

Los materiales pertenecientes a la Fase I están compuestos por 17 piezas (núms. 39-45 y 117-126), entre las que predominan netamente las hojas sobre el resto de las piezas; en total se han contabilizado 12 hojas, 3 lascas y 2 núcleos. Se trata de hojas de pequeño tamaño que han sido utilizadas con frecuencia en bruto más que convertidas en útiles; en cuatro casos se aprecian retoques de uso y dos piezas presentan escotaduras.

La presencia de las lascas se reduce a tres ejemplares (39-41), de las cuales tan sólo una, de gran espesor, ha sido convertida en útil bajo forma de un toско y grueso perforador.

La presencia de dos núcleos (núm. 119 y 121) sugiere la realización de actividades de talla *in situ*, aunque en estos estratos no abundan los restos de talla.

Otra incidencia de cierta relevancia en la homogeneidad de la muestra la constituye el aspecto de algunas piezas (núms. 41, 117, 118, 121), que denota evidentes indicios de haber sufrido la acción del fuego lo que, más que a procesos térmicos relacionados con la talla, debe ser atribuido a fortuitos y prolongados contactos con los hogares cuya presencia en estos niveles ha

sido ya mencionada con anterioridad.

A pesar de no haberse realizado estudios petrológicos, una comparación de estos materiales con el sílex procedente de las terrazas del Genil, que deposita gran cantidad de cantos rodados de este material en las proximidades de Loja, unido a la cercanía geográfica de dicho cauce al yacimiento, son suficientes indicios como para pensar en éstos parajes como las fuentes naturales de aprovisionamiento de la materia prima.

Las características generales que presenta el conjunto corresponden a las que habitualmente ofrecen los conjuntos del horizonte de la Cultura de las Cuevas. Baste recordar, por ejemplo, el carácter básicamente laminar de la industria de sílex del yacimiento de Zuheros en donde es significativo el conjunto de pequeñas hojitas, generalmente sin retocar, que se extienden por toda la secuencia, aunque se experimente una concentración mayor de las mismas en el Estrato III. Estas mismas características predominan en el grueso de la industria lítica en sílex de los estratos del Neolítico Medio de la Carigüela, compuesto por hojas, lascas, algunos núcleos, esquirlas y, en número escaso, perforadores sobre hojas. Aspectos coincidentes manifiesta también el material de esta fase con el de la Fase I del poblado de Los Castillejos de Montefrío, en el que la industria de tipo laminar sobre hojas de pequeño tamaño, la escasez de útiles claros entre los que hay que destacar el perforador, la presencia de núcleos, el claro predominio de las hojas sobre las lascas, etc. es todo un manifiesto de identidad en el complejo artefactual lítico.

Un punto excepcional en lo que viene manifestándose en este horizonte en la Alta Andalucía se aprecia en la secuencia estratigráfica obtenida en la Cueva del Nacimiento de Pontones, concretamente en el Nivel II asignable por su contexto general al Neolítico Medio andaluz, que contiene una industria de sílex microlítico y laminar con un importante componente geométrico.

Una última consideración sobre el conjunto nos obliga a reconocer la dificultad interpretativa que entraña la escasez de útiles bien definidos y acabados, general en toda la secuencia, en relación con las características de taller que presenta la industria, siendo más abundantes en los estratos superiores las lascas, los núcleos de hojas y lascas, y lo significativo e importante que resulta también el porcentaje de esquirlas u otros materiales de desecho. La situación obliga a pensar que el número de útiles que se fabricó no fue nunca muy elevado, dado que tampoco lo es el conjunto de materiales líticos encontrado y que la proporción entre útiles

acabados y materia prima suele ser claramente desfavorable a aquellos. Por otra parte, no puede despreciarse la incidencia que pudiera haber tenido el propio uso en la pérdida de algunos de ellos.

La **industria ósea** comprende únicamente punzones, dos de los cuales presentan acanaladuras en su posición distal. La presencia de estos artefactos, cuyas estriaciones pudieran responder seguramente a su funcionalidad, está documentada en otros conjuntos del horizonte cultural de las Cuevas así como en contextos posteriores.

Existe poca cantidad de útiles elaborados sobre este material y el conjunto documentado presenta además una gran homogeneidad a lo largo de toda la secuencia. Constituido principalmente por punzones, sólo un colgante y una aguja procedentes de los estratos superiores rompen esta monotonía. La mayor cantidad de ellos proceden de los estratos inferiores, concretamente uno del Estrato 6, y cuatro del Estrato 5, de los que tres están fragmentados. En todos los casos se han utilizado metatarsianos o metacarpianos de ovicápridos para su elaboración, presentando además, como característica común, un buen pulido de sus superficies.

Sólo se han recuperado dos ejemplares completos; el primero procede del estrato más profundo (núm. 37) tiene una longitud de 110 mm, la cabeza está cortada intencionalmente a la mitad de la epífisis y presenta once acanaladuras anchas y poco profundas en la porción distal de la cara superior. El otro, del Estrato 5 (núm. 113), es un punzón corto, de 69 mm de longitud, punta muy aguzada obtenida de forma lateral sobre el lado izquierdo; su cabeza conserva íntegramente la epífisis.

Tres fragmentos proceden de este mismo estrato, correspondiendo dos de ellos a la porción distal (núms. 114 y 116) y el tercero a la porción medial (núm. 115). En el núm. 114 las superficies están ennegrecidas por el fuego y se observan muy cerca de la punta una serie de pequeñas estriaciones o escotaduras en ambos costados.

Punzones con estrías o acanaladuras del tipo descrito no han sido señalados hasta el momento en el Neolítico andaluz, en el que estos objetos, de tanta amplitud cronológica y cultural, aparecen de forma constante sin que pueda establecerse una diferenciación tipológica clara de unas etapas a otras. Paralelos, no obstante, existen entre los materiales óseos de yacimientos de la Alta Andalucía, del horizonte cultural de las Cuevas, y en otros yacimientos ubicados fuera del ámbito regional y de contextos muy diferentes, tanto para el tipo de punzón de punta biselada más grueso, con acanaladuras anchas y numerosas (núm. 37), como para el tipo

más fino, con acanaladuras más estrechas, menos marcadas y en menor número (núm. 114).

El primer tipo descrito, con estrías marcadas en un solo lado, aparece con características similares entre la relativamente abundante industria de hueso trabajado que ha proporcionado una gran grieta abierta en un farallón rocoso cerca del Pantano del río Cubillas, en la que junto a punzones de punta biselada hay espátulas, agujas, colgantes y tubos perforados. Dos de los punzones presentan acanaladuras amplias sobre un costado y la cara superior; en uno de ellos una de las acanaladuras ha progresado hasta convertirse en una muesca de unos 2 mm de profundidad, quizás fruto de un mayor desgaste a causa de un rozamiento más insistente en este punto. Este tipo de detalles influyen poderosamente en la interpretación que pueda hacerse sobre la utilidad de estos instrumentos, debiéndose descartar, al parecer, el posible carácter ornamental que pudiera atribuírsele a estas acanaladuras y pensar más bien en una funcionalidad específica del útil sobre la cual es aventurado pronunciarse pero que, quizás, esté en relación con un trabajo de perforación o incisión de determinados materiales en contacto con los cuales el rozamiento pudo haber causado semejantes huellas.

Abundando en esta última idea es posible deducir, a través de algún ejemplar como el punzón procedente de la Cueva CV-3 de Cogollos-Vega (Granada) (NAVARRETE *et al.*, 1983) que presenta las estriaciones marcadas sobre el mismo extremo de la punta y que afectan a todo su perímetro, un trabajo de perforación circular haciendo girar el punzón sobre su eje. Por otra parte, las estrías laterales, que como las del núm. 37 presentan la mayoría de los pocos ejemplos que hasta ahora han podido documentarse, deban quizás relacionarse con una presión recta con rozamiento solo marginal que puede ser por un solo lado, como en este caso, o por los dos costados como en el núm. 114. En este último, más fino, de cuerpo y punta menos resistentes, las pequeñas estrías apenas marcadas pueden ser consecuencia del mismo modo de utilización, aunque ejerciendo menor presión sobre la materia a perforar dada la naturaleza del instrumento o el trabajo a realizar.

Paralelos cercanos tipológicamente a estos ejemplares constituyen, en primer lugar, dos punzones procedentes de la Cueva del Gato de Benaoján (Málaga) (CABRERO, 1976), con estrías marcadas en un solo lado, de punta biselada uno y de punta redondeada y fina el otro, así como otra pieza recuperada en una cueva del término municipal de Priego (Córdoba)¹.

1

En una colección particular de Granada.

Características similares se repiten en otros dos ya publicados de la región levantina, uno procedente de la Cueva de las Lechuzas de Villena (Alicante) (SOLER, 1981) y otro de la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia) (FLETCHER *et al.*, 1964).

El primero de ellos está trabajado sobre un hueso largo de 13 cm de longitud que conserva la apófisis y presenta a 2,5 cm de la punta una serie de ocho estrias paralelas en sentido transversal, cortas y poco profundas. Procede de una cueva de enterramiento con material revuelto, atribuido globalmente al Eneolítico levantino. Su posición entre dos cráneos ha dado pie a especulaciones acerca de la posible utilidad de esta pieza para la sujeción del cabello, extremo éste que, desde luego, para los punzones del tipo que tratamos consideramos poco probable. Aprovechamos, por otra parte, esta cita para hacer mención del hallazgo, entre el material revuelto de la cueva, de cinco conchas de *Trivia europea* con dos perforaciones en su convexidad, semejantes a la aparecida en nuestro yacimiento (núm. 38) en el mismo estrato que el punzón núm. 37 y sobre la que haremos algunas consideraciones más adelante.

La pieza de la Ereta del Pedregal, dotada con número aproximado de once estrias anchas y profundas, procede de una capa con remociones, la tercera del Estrato I, ubicada en el corte estratigráfico denominado "Triángulo I". Por lo que se refiere a la asignación cronológica, los autores de la excavación asimilan de alguna manera este Estrato I al denominado Bronce Valenciano.

Este punzón de la Ereta del Pedregal, junto a otro procedente del Nivel V del Castillo de Frías de Albarracín (ATRIÁN, 1974), han sido considerados, a su vez, como los paralelos más cercanos a los dos punzones estriados procedentes del poblado de la Mola Alta de Serrelles (Alcoy, Alicante) (TRELIS, 1984); el primero de ellos, realizado sobre media caña, las estrias se sitúan en un sólo lado cerca de la punta, en el otro, realizado igualmente sobre caña, las estrias están marcadas en la parte central.

Por lo que respecta a nuestro núm. 114, encuentra gran similitud con una punta de hueso dotada de pequeñas estrias laterales que fue recogida por los hermanos Siret entre los materiales encontrados fuera de las tumbas en El Argar (SIRET, 1890).

En resumen, y considerando todos estos datos, hemos de concluir que este tipo de punzones estriados goza en efecto de una extraordinaria amplitud cronológica que avala, obviamente, la diversidad cultural de que hacen gala la totalidad de estos hallazgos y los contextos en que se han producido.

La **concha** está representada en estos estratos por un único ejemplar de *Trivia europea* con doble perforación dorsal marginal obtenida seguramente por abrasión (num. 38).

La concha de este gasterópodo de la familia de los *Cipreidos*, propio de las costas atlánticas y que no ofrece más que un escaso interés alimentario, cuenta con una amplia representación en los conjuntos ornamentales característicos del Mesolítico de Téviec y Höedic (Morbihan) y es también común en el de otros yacimientos litorales del área atlántica como Moita do Sebastiao y Cabeço de Amoreira. Según Y. Taborin ha podido determinarse con precisión que en Téviec y Höedic la *Trivia europea* se utilizó generalmente para adorno masculino (TABORIN, 1974). En todos los casos citados las Trivias poseen siempre la doble perforación en el eje más largo de la concha, tal como aparece tratada la núm. 38 del Coquino.

Según este autor, este tipo de concha no aparece en los yacimientos franceses durante el Neolítico siendo, en cambio, muy habitual en la composición de adornos con elementos múltiples (collares, pulseras, etc.) en los yacimientos del grupo S.O.M., como prueba fehaciente de la existencia de relaciones regulares entre estas áreas continentales y la ribera oceánica. Menos frecuente resulta su presencia en la zona mediterránea del Calcolítico al Bronce Antiguo, donde aparecen de forma esporádica como ejemplos aislados. En el grupo S.O.M., por su parte, las perforaciones se efectúan en el eje más corto de la concha y no en el largo, como es nuestro caso.

Anteriormente se había hecho mención de las cuentas de *Trivia* aparecidas entre el material revuelto de la cueva de las Lechuzas de Villena; en este caso las perforaciones sí están realizadas en el mismo sentido que las del Coquino. En el Neolítico andaluz no conocemos ningún objeto de adorno realizado en este tipo de concha. Incluso en los conjuntos malacológicos tan variados como puede ser el de la Cueva del Agua de Prado Negro está ausente este elemento que, por otra parte, y sólo esporádicamente, aparece en los complejos levantinos más destacados, en cuanto a volumen de piezas y diversidad tipológica se refiere (ASQUERINO, 1975).

La presencia de esta concha en el yacimiento, como la de los restantes objetos de adorno que componen el conjunto malacológico, debe ser explicada en función exclusivamente de una finalidad ornamental ya que no existen en el mismo conchas no trabajadas. Por otra parte se evidencia una vez más, dada la lejanía de los centros de aprovisionamiento, la existencia de contactos directos o indirectos entre los núcleos costeros y los del interior, siendo interesante recordar al respecto el origen atlántico de la *Trivia europea*.

2.4. Estudio de los restos óseos animales. Apuntes para la reconstrucción del medio.

Presentamos a continuación un resumen del estudio faunístico realizado sobre la muestra ósea recuperada en la excavación de la Cueva del Coquino. El análisis del material y el establecimiento de las conclusiones ecológicas posteriores se deben al Dr. A. Ruiz Bustos, que en su momento dio a conocer dichos resultados de forma exhaustiva en el capítulo correspondiente de la obra monográfica publicada varios años después de efectuarse la excavación arqueológica del yacimiento (NAVARRETE *et al.*, 1992). Hemos querido reflejar estos datos a modo complementario del estudio de la cultura material, considerando que las conclusiones emanadas de los mismos constituyen un valioso aporte en el terreno interpretativo sobre los medios subsistenciales capitalizados por los ocupantes de la cueva, así como sobre las referencias a la reconstrucción paleoecológica de la zona que de ellos pudiera extraerse. Con esta pretensión se ha buscado enriquecer el compendio explicativo de las condiciones de habitabilidad y asentamiento con las que hubieron de convivir los habitantes del lugar a lo largo de cada una de las principales fases de ocupación definidas en la secuencia. Por esta razón, compartiremos las principales conclusiones del trabajo entre éste y el capítulo siguiente de esta Tesis, dedicado al análisis del espacio geográfico y de los factores paleoambientales presentes en la región durante la Edad del Cobre, incidiendo en el valor interpretativo que ofrecen los estudios faunísticos como aportación a la reconstrucción paleoecológica en dicho período.

El volumen total de la muestra analizada asciende a 763 huesos de animales, de los cuales 595 (77,98%) han podido ser determinados tanto anatómicamente como zoológicamente y 168 (22,02%) no se adscriben a ninguna especie concreta, al tratarse en su mayoría de fragmentos pequeños; en este último grupo existe, no obstante, un reducido número de fragmentos en los que pueden definirse claramente sus características anatómicas. Respecto a la ubicación de este material en la secuencia del yacimiento, 353 huesos (59,32%) corresponden a la Fase I, 67 (11,26%) a la Fase II y 175 (29,42%) a la Fase III. El peso total del material estudiado es de 4.537 gr. y su distribución por especies se detalla en el siguiente cuadro:

	Fase I	Fase II	Fase III
<i>Capra hircus</i>	883+493?	123+49	352
<i>Ovis aries</i>	-	-	5
<i>Bos taurus</i>	1.247	67	72
<i>Sus scrofa domesticus</i>	363	75	67
<i>Oryctolagus cuniculus</i>	268	48	46
<i>Lepus sp.</i>	33	10	11
Otras especies	51	38	19
TOTAL	3.338	410	789

En un conjunto como el que se presenta es preciso tener en cuenta que el cálculo del número mínimo de individuos tiene un valor meramente orientativo, considerando la falta de precisión que conlleva todo análisis cuantitativo susceptible de la aplicación de diversos criterios en su elaboración. A este respecto, A. Ruiz Bustos advierte el papel decisivo que pueden jugar diversas variables metodológicas en el resultado final del balance numérico de la muestra, según se considere únicamente el número de piezas óseas derechas e izquierdas o si, por el contrario, se introducen correcciones que tengan en cuenta diferencias de talla, edad o caracteres morfológicos que hagan incompatibles dos huesos en un mismo animal.

Finalmente, es valorado el aporte de los datos cuantitativos sobre los cualitativos, haciéndoles acreedores de una mayor fiabilidad, toda vez que la presencia de un sólo individuo puede ser considerado un claro exponente de la existencia de una población y de determinadas condiciones ecológicas que configuran el marco ambiental del área geográfica concreta que rodea al yacimiento y que constituye, al fin, el objeto del presente estudio.

En la misma línea son valorados los estudios faunísticos, basándose en derivaciones comparativas entre los porcentajes de fauna salvaje y doméstica, en un intento de extraer conclusiones sobre el valor presencial de una y otra en el complejo subsistencial de las comunidades, así como para dar una salida comprensible al predominio de determinadas especies domésticas. En función de ello, son contemplados con cierta trascendencia los datos extraídos del estudio de los niveles del Neolítico Medio de la Carigüela y de los Murciélagos, que muestran bajos porcentajes de fauna salvaje en contraposición a los altos índices de especies

domésticas, sin duda potenciados por la notable presencia de ovicápridos. De igual forma, y salvando las diferencias porcentuales entre un yacimiento y otro, otras especies como el buey y el cerdo son asimismo significativas, sumándose además a las conclusiones sobre su estudio la incidencia del factor estacional en el cómputo general del registro.

Análogamente a lo referido para estos yacimientos, los porcentajes de especies salvajes registrados en la Cueva del Coquino son muy inferiores a los de las domésticas a lo largo de la secuencia comprendida entre los estratos del Neolítico Medio avanzado y Final, manteniéndose aún esta supremacía en los niveles superiores del Cobre. De igual forma a la situación antes referida, los ovicápridos predominan entre las especies domésticas, contándose también con una buena representatividad del buey y el cerdo. Hay que hacer constar, no obstante, que estos datos proceden del estudio de un registro poco numeroso, por lo que sería preciso confirmar estas peculiaridades en posteriores investigaciones.

Ciertas características hacen que la fauna del Coquino ofrezca una realidad atípica, respecto a otros yacimientos de esta misma época. En primer lugar, pese a que los ovicápridos predominan en el conjunto de la fauna doméstica del yacimiento, los restos óseos de estas especies pertenecientes a los niveles del Neolítico Medio avanzado y Final o de transición al Cobre, han sido identificados zoológicamente como pertenecientes a *Capra hircus*, no existiendo, como ocurre en otros yacimientos neolíticos, evidencias que demuestren la presencia de *Ovis aries*. Incluso cuando ésta aparece en los estratos superiores (Fase III), su posición es claramente minoritaria respecto a *Capra hircus*. Pero, sin duda, una de las características más relevantes extraídas de este estudio es el hecho de que esta especie de cabra presenta, como peculiaridad notoria, una talla que podría considerarse intermedia entre la *Capra hircus* y la *Capra pyrenaica*, con cuyos individuos regionales ofrece además grandes afinidades morfológicas. Esta circunstancia da pie a considerar ciertas hipótesis en relación a los posibles procesos de domesticación sostenidos en la zona, siendo plausible la práctica de algún procedimiento de selección y cruce *in situ*. Se toca así a uno de los aspectos más polémicos en cuanto a la interpretación de la domesticación autóctona de la cabra, ya planteada con ocasión del estudio faunístico de otros yacimientos neolíticos, imponiéndose la debida cautela a la luz del registro disponible y de las dificultades que aún plantea la determinación zoológica en la muestra entre ovinos y caprinos. Con todo ello, la fauna del Coquino deberá ser tenida en cuenta en estas investigaciones, sin perjuicio de que los datos actualmente disponibles deban sifrir

nuevos análisis que consoliden aún más estas conclusiones.

Importantes resultan, por otra parte, las interpretaciones que pueden derivarse del predominio de ciertas especies en relación con la situación paleoecológica del entorno. La ausencia, en concreto, de oveja en los niveles inferiores o su tímida representación en la Fase III del Coquino, puede explicarse en función de ciertas condiciones medioambientales relacionadas con la falta de zonas amplias de pasto y determinadas facies climáticas. Teniendo en cuenta las costumbres alimenticias de estas especies, resultaría fácil imaginar una dura competencia entre la cabra y la oveja en el seno de un paisaje caracterizado por dispersos y poco extensos enclaves de matorral de monte bajo que rodearían la cueva, claramente favorable a la práctica de ramoneo continuo de la cabra y poco apto para las ovejas, que necesitarían de mayores zonas de pasto despejadas y que implicarían desplazamientos a zonas más alejadas.

Por lo que respecta a otras especies domésticas, los restos de bóvidos son numerosos en los estratos inferiores y corresponden a animales adultos, mientras que el cerdo mantiene la tónica habitual observada en los yacimientos neolíticos con respecto a su sacrificio en edades jóvenes. En la misma línea que la observada con los ovicápridos, aquí también entra en juego cierta posibilidad de domesticación autóctona, enunciada aún con más prudencia que en el caso anterior, dado lo escueto de la muestra y la edad joven de los individuos, que hacen ciertamente difícil la diferenciación entre el cerdo y el jabalí.

En otros casos como el perro, *Canis familiaris*, amén de constatar asimismo su temprana domesticación en la zona, no se aportan datos más significativos a lo ya conocido para esta especie.

En el conjunto de la fauna salvaje, la variedad de especies ofrece gran desigualdad en cuanto a su representatividad en el registro. De entre todas ellas destaca, sin duda, el grupo de los lagomorfos, con porcentajes tan elevados que hacen pensar en una ininterrumpida actividad cinegética como consecuencia de que, tanto el conejo como la liebre, ocupasen un papel significativo en la dieta diaria de los pobladores. Por otra parte, la diferente incidencia en el registro de unos y otros, coincidiendo con las fases de ocupación neolítica y calcolítica respectivamente, así como del predominio de la cabra en un primer momento y de oveja después, ha dado lugar a establecer consecuencias de índole ecológica, estructurándose el binomio: conejo-matorral de monte bajo-cabra (Fases I y II de ocupación neolítica) y liebre-monte bajo despejado-oveja (Fase III calcolítica) en una posible reconstrucción paleoambiental del territorio.

Por lo que respecta a otras especies, su presencia en el conjunto óseo no es muy destacada, aunque sí es significativa desde un punto de vista ecológico, en cuanto que sirve para completar la reconstrucción medioambiental y cultural, ya que nos permite esclarecer aún más la mecánica subsistencial de estas poblaciones. En concreto, la presencia del ciervo, el gato salvaje y algunas especies de roedores, aves y reptiles, es el mejor indicativo de una diversidad en la práctica cinegética, no exenta de cierto componente ocasional dadas las características de las especies cazadas y su escueta presencia en el registro, pero ciertamente valorable en cuanto al estudio del cuadro geoeconómico de los habitantes de estas tierras.

Como conclusión a todo lo expuesto, la fauna estudiada manifiesta unas características que en ningún momento pueden ser consideradas definitivas, ya que el número de restos es escaso y pertenecen a un solo yacimiento. Pese a ello, el valor intrínseco de la muestra, en su conjunto, permite formular unas hipótesis de trabajo que consideramos la base sobre la que fundamentar futuras investigaciones en la zona. Estas características y el componente interpretativo que de ellas puede deducirse se podrían resumir de la siguiente manera:

- Los ovicápridos predominan sobre el conjunto de la fauna doméstica, si bien y a diferencia de lo que suele suceder en los yacimientos neolíticos, hay en la Cueva del Coquino un predominio de la cabra sobre la oveja.

- Las especies domésticas están morfológicamente muy próximas a sus homólogos salvajes autóctonos, lo que manifiesta una posible y generalizada práctica *in situ* de las técnicas de selección y cruce ejercidas por estos pobladores.

- La abundancia de lagomorfos es tan elevada proporcionalmente al resto de especies que sólo encuentra explicación a través de una presencia habitual en la dieta diaria. Este hecho implicaría, a su vez, unas prácticas cinegéticas cotidianas, sin duda pervivencia de los hábitos tradicionales en los habitantes de la zona, así como de las mismas condiciones ecológicas a lo largo de un dilatado periodo de tiempo.

Una comparación con los estudios llevados a cabo sobre faunas de yacimientos levantinos (Cova de l'Or) y del Sur de Francia (D'Escanin 2 - Les Baux) revela que, en función

de los parámetros establecidos en nuestro trabajo, existen más diferencias entre estos depósitos y el del Coquino que entre aquellos y los del Mediterráneo Oriental (Knossos, Arguissa-Magula, Nea Nikomedeia, Franchti, etc.). Por el momento, y en un ámbito regional, sólo contamos con un estudio faunístico detallado en el vecino poblado de Los Castillejos de Montefrío (UERPMANN, 1978), lo que no permite, sin embargo, establecer conclusiones debido a que un buen sector de la muestra no está bien determinado y su falta de asignación a especies concretas limita cualquier precisión.

Pese a estos condicionantes, sí pueden analizarse a título parcial determinados puntos de coincidencia que, en cierta medida, vienen a avalar algunos de los supuestos establecidos en el Coquino. Es el caso, por ejemplo, del hallazgo de unos restos de *Capra sp.*, dudosos entre la forma doméstica y la salvaje, muy en la línea de nuestras consideraciones sobre las posibles prácticas de domesticación locales.

Por contra, en el terreno del aprovechamiento de otras especies salvajes, la escasez de restos de lagomorfos difiere notablemente de lo que ofrece el yacimiento lojeño, lo que no es explicable en el contexto ecológico que implica la fauna, pese a que su sola presencia ya constituye un indicativo del papel jugado en el complejo subsistencial. Nuevamente, sin embargo, deberemos referir la necesidad de que en el futuro puedan llevarse a cabo estudios más completos sobre grupos de población que residieron en abrigos y cuevas de los alrededores de la zona durante el Neolítico Medio y Tardío, a fin de establecer el grado de incidencia que estas faunas debieron tener en el marco económico de aquellos. Por el momento debemos pensar que el Coquino puede, por ahora, marcar las pautas de estas formas de vida en sus fases iniciales, mientras que las faunas de Los Castillejos, que representarían una transformación moderada y enriquecida de las lojeñas, vienen a consolidar el esquema y a marcar, junto al depósito del Coquino, los caracteres del tránsito hacia posteriores situaciones.

Como conclusión podemos establecer, a modo de hipótesis, que las faunas del Coquino son el resultado de una actividad marcada decididamente por la propia evolución cultural de unas poblaciones que llevan a cabo una asimilación y puesta en práctica de unos conocimientos sobre la fauna local, lejos de la simple difusión sufrida en otras poblaciones. Nuevos estudios serán necesarios para recabar datos faunísticos desde el punto de vista cualitativo -análisis taxonómicos a nivel de razas y variedades- que confirmen estas hipótesis y permitan asociar estas faunas a una determinada cultura o facies regional de la misma. En este sentido debe partirse,

fundamentalmente, del hecho de que las transformaciones experimentadas por las faunas domésticas, pese al ritmo que el hombre quiera imponerles, requieren más tiempo que cualquier otra mutación o adaptación cultural, además de estar sujetas a condicionantes más variables e imprevisibles.

FASE II

La Fase II representa en nuestro yacimiento el final del horizonte cultural de las Cuevas, un final que no puede identificarse con lo que en otros ámbitos culturales y geográficos se entiende por Neolítico Final, con unas características culturales distintas, pero, fundamentalmente, con unas connotaciones de índole social y económica que no están presentes en los yacimientos tradicionales en cueva.

En lo referente a la cultura material, la **industria cerámica**, en concreto, presenta unas características de fabricación muy semejantes a las de la fase anterior, identidad que también se manifiesta en el mantenimiento de algunas formas y decoraciones, aunque también existen ciertas diferencias que pueden considerarse significativas como el predominio ahora de cerámicas lisas sobre las decoradas, el menor porcentaje de vasos con tratamientos superficiales más cuidados o la introducción de nuevas formas.

La cuantía del conjunto cerámico aportado por el Estrato 4 puede cifrarse en 256 fragmentos realizados a mano, teniendo siempre en cuenta que se contabilizan como uno solo los fragmentos que, por presentar exactamente las mismas características, consideramos que deben pertenecer a un mismo vaso.

En líneas generales las pastas cerámicas siguen siendo oscuras y mantienen un porcentaje elevado muy similar al de los estratos inferiores (69,92%), muy diferente de la escasa representatividad que afecta a las pastas claras (1,17%). También en la textura se dan similitudes con los conjuntos inferiores, resultando predominante la escamosa (69,53%).

Las tonalidades superficiales exteriores ofrecen en la mayoría de los vasos una coloración media, resultando claramente inferiores, aunque muy parecidos entre sí los porcentajes de claras (13,28%) y oscuras (10,93%). El tratamiento que se les ha proporcionado ha sido de alisado en un 42,95%, habiéndose percibido un aumento de esta técnica respecto a los estratos subyacentes.

El tratamiento de espatulado, cifrado en un 39,45% de los fragmentos, resulta muy semejante al de los estratos 6/5, habiendo decrecido, en cambio, respecto a aquellos el porcentaje de bruñidos (15,23%) y el de superficies groseras (2,34%).

La cocción de las cerámicas se ha efectuado la mayoría de las veces mediante fuego reductor (58,98%), siendo inferior a la mitad del conjunto el fuego oxidante (41,01%). Estos porcentajes reflejan una sensible nivelación de ambos valores, en clara oposición a lo que ocurría en los estratos inferiores, en los cuales el volumen de fragmentos con muestras de fuego reductor representaba una porción casi absoluta en la totalidad de la muestra (81,98%).

Entre los elementos de prehensión destaca la abundancia de asas y mamelones de diferente tipo: asas de cinta horizontal o vertical, asas-túnel, de sección semicircular, mamelones redondeados o puntiagudos, etc. En su conjunto, el porcentaje de la cerámica lisa es claramente superior al de la decorada. Como dato relevante dentro del conjunto no decorado, consideraremos a los fragmentos 175 y 177 que presentan perforaciones cónicas de lañado.

Resulta complejo, dadas las características que presentan algunos fragmentos, definir con claridad las tipologías de "cuencos" u "ollas" en algunos de los ejemplares documentados. Admitiendo además la subjetividad del criterio, hemos optado por considerar como cuencos, en diversas variedades, la mayor parte de los mismos que, además, constituyen la mayoría de las formas registradas en este estrato. Otros tipos bien representados en los estratos inferiores, como sucedía con las ollas, pierden importancia ahora. Surgen, por el contrario, formas nuevas que completan el repertorio y que no estaban representadas en los estratos de base; deben incluirse aquí los platos y orzas, ambos de escasa significación dado que tan sólo dos fragmentos pueden clasificarse como tales.

1. Ollas

Está representado el tipo de olla globular con cuello indicado de borde abierto en un fragmento (núm. 149) en el que el cuello, corto, aparece suavemente marcado; su superficie exterior presenta un buen bruñido.

El grupo de ollas globulares sin cuello indicado cuenta con un ejemplar (núm. 139) que pertenece a una olla de paredes y borde entrantes con asa vertical arrancando de este último.

Ollas globulares de paredes entrantes y borde abierto pueden considerarse los fragmentos núms. 147, con el labio aplanado, y 169, de pequeño tamaño y decoración de líneas incisas

verticales que arrancan desde una horizontal paralela al borde; las superficies son alisadas.

2. Cuencos

Constituyen la forma más común en el Estrato 4, resultando además muy variada su tipología. Teniendo en cuenta las dificultades que plantea su adscripción a una u otra variante en relación con la escasa altura de muchos de los fragmentos, puede asegurarse que están presentes todos los tipos existentes en la Fase I, es decir, los cuencos profundos, los de mediana altura y los cuencos planos, sobre la base siempre de la similitud general que manifiestan entre sí.

2.1. Cuencos profundos

Se agrupan en este apartado la mayoría de los fragmentos, bien se trate de tipos con paredes altas, generalmente cerradas, o de paredes rectas; tan sólo dos casos ofrecen paredes abiertas. Los diámetros de boca oscilan entre los 140 mm y 200 mm; por debajo de estos valores se encuentran un pequeño cuenco de paredes rectas que sólo alcanza 80 mm (núm. 144) y otros dos, de paredes cerradas uno y de paredes rectas otro (núms. 138 y 145 respectivamente), que llegan a los 120 mm.

Por regla general predominan las paredes finas. Las pastas suelen ser oscuras, de textura predominantemente harinosa, más o menos compacta. Las coloraciones superficiales de tipo medio se imponen claramente, siendo muy desigual la calidad de su tratamiento aunque se mantenga cierto equilibrio entre los porcentajes de alisado, espatulado y bruñido para las superficies exteriores. Por lo que se refiere al bruñido, siempre se detecta en las superficies exteriores de vasos que tienen el interior espatulado. La cocción se manifiesta generalmente muy regular con predominio del fuego reductor.

En todos los casos en que ha sido identificada esta forma, atendiendo a la porción de borde conservada y a la altura que presentan sus paredes, está ausente la decoración. Un sólo caso, que puede asociarse sin dificultad a esta forma (núm. 134), presenta decoración de pintura roja "a la almagra".

El tipo más frecuente es, sin duda, el de cuenco profundo de paredes cerradas. A diferencia de lo observado en los estratos inferiores, donde gran parte de los cuencos de este tipo tenían una tendencia esférica, ahora sólo el ejemplar núm. 130 podría clasificarse como tal,

mientras que el resto presentan las paredes poco abombadas y el borde menos entrante, camino de formas más cilíndricas (núms. 132, 134, 138, 140, 146, 155). Suelen abundar en este grupo los labios aplanados. Las paredes son generalmente finas. En uno de estos fragmentos (núm. 134) se observa una fuerte coloración en la superficie exterior mediante la aplicación de una espesa capa de pintura roja a la almagra, muy bien bruñida; la superficie interior presenta una pintura más diluida, "a la aguada", sobre la que se ha aplicado un tratamiento de espatulado.

Muy poco representativos son los cuencos profundos de paredes abiertas, en coincidencia con la tónica mantenida en los estratos inferiores. Uno de los fragmentos atribuibles a este subgrupo manifiesta escasa abertura en sus paredes (núm. 150); en el fragmento núm. 151, perteneciente a un cuenco de 200 mm de diámetro de boca, esta característica resulta, por el contrario, más acorde con la tipología a la que se adscribe.

En el grupo de cuencos profundos de paredes rectas se incluyen los núms. 141-145, 154 y 157, pese a que en algún caso resulte complejo atribuir esta forma a determinados fragmentos que presentan escasa altura.

2.2. Cuencos poco profundos

Existen en el grupo cuencos de mediana altura que presentan las paredes entrantes y el borde también entrante (núm. 153), de casquete esférico (núm. 128) y, particularmente más frecuentes, de paredes entrantes y borde abierto (núms. 135, 142, 152, 156, 127), con manifiestas irregularidades en cuanto a tamaño y características de fabricación como para que, en ningún caso, pudiéramos definirlos como vasos de buena calidad. La decoración está ausente en todos ellos.

Es conveniente hacer notar la presencia, aunque sólo sea a través de un único ejemplar, de los cuencos de casquete esférico (núm. 128), ausentes en los estratos de la Fase I, y del cuenco o cazuela de perfil en "S" (núm. 127), de paredes rectas entrantes y fondo ligeramente curvado a partir de una suave línea de carenación baja. El borde de este vaso, vuelto hacia afuera, queda marcado exteriormente por una pequeña pestaña. Las superficies son pardo-rojizas y están tratadas mediante espatulado. El diámetro de boca es de 220 mm.

El otro tipo, el cuenco o cazuela de perfil en "S", aunque de tendencia globular, se documentaba en la Fase I (núm. 1) en su estrato más profundo.

2.3. Cuencos planos

A este tipo se puede atribuir el fragmento núm. 131, de paredes finas y pequeño diámetro de boca (100 mm.), en el que aún se aprecia el arranque de un asa partiendo del borde. Igualmente con un sólo fragmento estaba representado este tipo en los estratos inferiores (núm. 106).

3. Platos

Estos elementos están presentes en el Estrato 4 a través de un único fragmento (núm. 129), correspondiente a un plato de 160 mm de diámetro de boca, con el borde abierto y suavemente curvado. Sus paredes están tratadas mediante espatulado la exterior y alisado la interior.

La presencia de este plato, así como del cuenco de casquete esférico anteriormente descrito, supone la principal novedad tipológica aportada por esta fase de la secuencia.

4. Orzas

Hemos de considerar más propiamente orza que olla el vaso núm. 171, teniendo en cuenta sus grandes dimensiones (320 mm de diámetro de boca) y el grosor de sus paredes. Atendiendo a la dirección que adoptan las paredes en la altura conservada se le puede suponer un cuerpo globular que se cierra interiormente a unos 3 cm del borde mediante un grueso reborde de sección triangular a partir del cual cambia bruscamente la dirección de las paredes dando lugar a un cuello abierto. Las paredes en el tramo del cuello se adelgazan progresivamente hacia el borde. Vista esta estructura del perfil es fácil concluir que dicho reborde pudiera haber tenido una función de soporte para el asentamiento de una tapadera. El tratamiento superficial manifiesta un poderoso contraste entre el espatulado interior y la grosera aplicación de pegotes de arcilla que cubren irregularmente toda la superficie externa.

Este tipo de vasija no ofrecía hasta el momento antecedentes en la Fase I, ni por su forma ni por el tipo de decoración, siendo igualmente digna de tenerse en cuenta como novedad tipológica para la valoración del estrato cuyos materiales ahora analizamos.

En suma, se mantienen en el Estrato 4 las formas que habían caracterizado a los conjuntos materiales de la Fase I, es decir, las ollas y los cuencos, produciéndose paralelamente y de forma tímida la incursión de algunas formas nuevas, además de alguna variante como los

platos, las orzas o el cuenco de casquete esférico que han sido descritos.

En cuanto a las ollas, su importancia numérica parece menor en relación a los cuencos; igualmente inferior resulta su variedad tipológica ya que en este estrato no se documentan ollas ovoides ni globulares carenadas cuya representatividad era escasa en los estratos inferiores, e incluso nula, por lo que respecta al tipo globular con gollete.

Otras variantes de ollas globulares, con cuello indicado o sin él, de paredes entrantes y borde abierto o entrante, están escasamente representadas. En cualquier caso, no puede perderse de vista que esta prudente representatividad material va acompañada de un volumen muy inferior de material cerámico en este Estrato 4 con respecto al de los Estratos 6-5.

Uno de los ejemplares de olla de paredes entrantes y borde abierto presenta una decoración de líneas incisas junto al borde (núm. 169). Formas similares llevan asociado este tipo de decoración, aunque con temas diferentes, en ollas de pequeño tamaño de los estratos inferiores. El reducido número de fragmentos que por sus dimensiones pueden atribuirse con cierta seguridad a al tipo de ollas globulares no ofrecen, en cambio, suficientes elementos como para establecer relaciones de comparación con los fragmentos de la Fase I en aspectos tales como el tamaño de la vasija, las calidades superficiales, etc.

En cuanto a la adscripción crono-cultural de estas cerámicas, y comenzando por este último tipo a propósito de estas variantes de ollas globulares de la Fase I, ya había sido indicada su presencia habitual en los contextos del horizonte de la Cultura de las Cuevas; ante la escasez manifiesta de material relacionable con este tipo de vasos poco más cabría añadir ahora.

Por lo que a los cuencos se refiere, más abundantes que las ollas, mantienen en líneas generales las características técnicas y las variantes tipológicas más frecuentes, sin observarse ningún aspecto innovador en la concepción general de estas formas.

Superan en número los cuencos profundos de tendencia esférica o cilíndrica, a uno de los cuales se le asocia una decoración de pintura roja "a la almagra", reproduciéndose nuevamente lo que ocurría en la Fase I, en la que algunos cuencos de este tipo aparecían decorados también con incisiones. Semejante asociación no se documenta, en cambio, en el Estrato 4.

Igual que hemos indicado más arriba respecto a las ollas, estos cuencos hondos presentes en el Estrato 4 no se prestan a consideraciones culturales que no sean las que ya hicimos a propósito de su análisis en la Fase I. Quizás sería destacable en este sentido hacer mención, una

vez más, de su amplitud cronológica atestiguada por una larga perduración desde el Neolítico Antiguo (estratos más profundos de la Carigüela), y a través del Neolítico Medio (estratos medios de la Carigüela, secuencia de los Murciélagos de Zuheros), hasta el Neolítico Tardío (estratos superiores de la Carigüela, Fase I de Los Castillejos).

Con menor representación numérica se encuentran los cuencos poco profundos o de poca altura, formas intermedias entre los que hemos denominado hondos o profundos y los planos, entre los que, no obstante, se manifiestan ciertas novedades tipológicas con respecto a los de este grupo en la fase anterior. Este tipo de cuenco gozaba también de una escasa representación en los Estratos 6 y 5, entre otras, con formas como la de cuenco o cazuela de perfil en "S". La cazuela de este Estrato 4 (núm. 127) presenta un perfil distinto al ser sus paredes rectas e iniciarse el fondo a partir de una baja y muy suave zona de carenación; por lo que se refiere al tamaño, en ambas vasijas es muy similar, más bien ligeramente superior en ésta (220 mm de diámetro de boca).

La relación más plausible de este tipo de cazuela habría que establecerla con las fuentes consideradas neolíticas de carena baja, más o menos marcada, y paredes relativamente bajas, así como con algunas formas antiguas del Cobre. Con similares características se encuentran ejemplares en el Estrato VA del poblado de Los Castillejos de Montefrío, de inicios del Cobre. De paredes altas y abiertas se encuentran tipos en la Fase I, Pre-Campaniforme, del Cerro de la Virgen de Orce (SCHÜLE, 1980), y aún en las fases Campaniformes. De forma esporádica se documentan también fuentes carenadas de paredes altas en los estratos superiores de la Carigüela de Piñar (Fase III), en unos casos de paredes abiertas y en otros, como ocurre con un ejemplar del Estrato V, más semejantes a la núm. 127 en cuanto a tamaño y características técnicas se refiere. En otros casos, las referencias son simplemente a nivel tipológico, contándose con ejemplares sin posición estratigráfica, como las formas procedentes de la Cueva de Malalmuerzo de Moclín y del yacimiento del Manzanil de Loja.

Como había sido referido anteriormente, la presencia de un único cuenco de casquete esférico (núm. 128) constituía ahora una novedad tipológica más, dado que en los estratos inferiores no existía este modelo al poseer los cuencos poco profundos, de mayor altura que éste, el reborde entrante y el perfil de tendencia semiesférica. No es necesario insistir de nuevo en el carácter habitual que los cuencos semiesféricos y de casquete esférico tienen a lo largo de toda la Edad del Cobre como formas características.

El único cuenco plano (núm. 131), aunque muy semejante en su perfil a otro documentado en el Estrato 5 (núm. 106), presenta también características diferenciadoras como son la existencia de asas en éste, la ausencia de decoración y el distinto grosor de las paredes.

También exclusivo resulta el tipo de plato que se constata en este estrato mediante el ejemplar núm. 129. A pesar de ello, su aparición junto con la de las formas que hemos comentado en otro momento, ha de ser tenida en cuenta de cara a la asignación cultural y cronológica del Estrato 4, dentro de lo que consideramos un momento de transición en el que se ven representadas formas como las que se describen junto a otras de más clara filiación neolítica.

Resulta frecuente este tipo de plato, con el borde abierto y ligeramente engrosado por la superficie exterior y el labio aplanado, en los ambientes del Cobre, aunque sin definir de forma precisa una determinada cronología. Paralelos próximos pueden indicarse en secuencias estratigráficas como la del Cerro de la Virgen de Orce en la Fase I, Pre-Campaniforme y en la Fase I/IIA, de transición al Campaniforme. En la Cueva del Canjorro I (Jaén) se encuentran en las Fases IIIa, IIIb y IIIc del Cobre (CARRASCO y MEDINA, 1983). Tipos semejantes existen también en el poblado de El Malagón de Cúllar-Baza (ARRIBAS *et al.*, 1978), en superficie en la Cueva del Canjorro I (CARRASCO *et al.*, 1980) y también en superficie en numerosos yacimientos con Campaniforme como, por ejemplo, el de El Manzanil de Loja, muy próximo al Coquino, el de Las Tiesas (Espeluy, Jaén) y el de Cerro Venate (Arjonilla, Jaén) (CARRASCO *et al.*, 1980), etc.

Finalmente, el fragmento núm. 171, que puede clasificarse como perteneciente a una orza debido al grosor de sus paredes y de su gran diámetro de boca ((320 mm), se presenta asimismo como una novedad en este estrato puesto que no existen en los estratos inferiores vasijas con estas mismas características. Una novedad que atiende no sólo al tipo de vasija en sí, sino también a la decoración que se ofrece asociada a la misma y de la que consideramos oportuno hacer algunas consideraciones.

En cuanto a la forma, los mejores paralelos que pueden indicarse para este tipo de vasija con reborde interno para el asentamiento de una tapadera, que asociamos por sus dimensiones y características generales a una función de almacenamiento, los encontramos en la Cueva de la Carigüela. Muy semejante, con reborde interior y cuello abierto, es una vasija de paredes gruesas pero de menor diámetro de boca existente en el Estrato X (Neolítico Medio), cuya decoración

se reduce a un cordón liso vertical que se eleva sobre el borde (NAVARRETE, 1976. Lám. CXXI,4). Del estrato inferior (Estrato IX) procede otro vaso con reborde interno, de mayores dimensiones (340 mm de diámetro de boca) y desprovisto de decoración, que ofrece, sin embargo, un perfil mucho más abierto. Otra vasija de paredes entrantes y cuello cerrado, esta vez sin contexto estratigráfico, procedente de la excavación realizada por J.Ch. Spahni, presenta un reborde interior muy pronunciado a la vez que una decoración exterior en relieve de amplias acanaladuras oblicuas al borde (NAVARRETE, 1976. Lám. CXCIV,1). A pesar de que en ninguno de los casos mencionados aparece asociada la decoración de pegotes de arcilla al tipo de reborde interior descrito común a todos, puede considerarse el hecho de que siempre se trata de un tipo de decoración en relieve.

Además de estos ejemplos, en el mismo yacimiento existen fragmentos que muestran una decoración muy similar, no tanto por su factura como por su concepción general; se trata de aplicaciones de arcilla más pequeñas y menos redondeadas que la del fragmento núm. 171 que configuran el mismo tipo de técnica decorativa. Uno de estos fragmentos se localiza en primer lugar en los Estratos I-II del área "D", otro en el Estrato X del área "G", el mismo en el que antes señalábamos la presencia de una vasija con reborde interno de forma semejante a la nuestra, y otro entre el material no estratificado de la excavación de J.Ch. Spahni. De todos ellos solamente este último proporciona forma, concretamente de olla globular de paredes muy entrantes y borde vuelto hacia el exterior de 220 mm de diámetro de boca. Ante estos datos resulta relevante la presencia de este tipo de vasijas y de este tipo de decoración en los estratos del Neolítico Medio de la Carigüela.

Otros ejemplos de este tipo de decoración los encontramos en los yacimientos también granadinos de la Cueva CV-3 de Cogollos Vega (NAVARRETE *et al.*, 1983) y de la Cueva de las Tontas de las Peñas de los Gitanos de Montefrío (TORRE, 1982) cuyo conjunto material ha sido atribuido en líneas generales a un momento anterior al de la Fase I del Poblado de Los Castillejos. En este mismo poblado, en la Fase II, un fragmento procedente del Estrato VB presenta una decoración de "pellizcos" que, tal vez, pudiera relacionarse con esta técnica decorativa que venimos analizando.

Fuera de nuestro ámbito geográfico provincial existen "aplicaciones de pastilla" en esta misma línea, sobre un fragmento procedente del Nivel I de Cova Fosca (Castellón), registrado en un contexto de cerámicas impresas a peine, cardiales, decoradas con diversos motivos de

nervaduras, acanaladuras, etc. (OLARIA y GUSI, 1981). Fuera de la Península vendría a relacionarse con este tipo decorativo el que se describe "a la barbotina" en la Capa A 1, del Neolítico Reciente (Horgenoide), del yacimiento de Roucadour (Thémines-Lot), que se corresponde con el Calcolítico de Arene Candide y Fontbrégoua. Este tipo de decoración se asocia, sin embargo, a las típicas formas de maceteros con fondos planos que nada tienen que ver con las formas de ollas u orzas a las que se asocia en los yacimientos andaluces y en concreto a la del nuestro.

Ante los datos apuntados pocas precisiones pueden extraerse a nivel cronológico y cultural, siendo precisamente constatable la presencia de este tipo de decoración en un amplio margen temporal. Sin embargo, a nuestro juicio sí supone un dato relevante el hecho de que, tanto a través de los escasos ejemplares de la Carigüela como de éste del Coquino, se puede constatar la presencia de estas grandes vasijas de almacenamiento que tanta importancia van a tener en horizontes culturales posteriores, en el horizonte de la Cultura de las Cuevas y con una tipología que necesita aún de una mejor definición a medida que se vaya acrecentando el número de hallazgos.

Por lo que se refiere al acabado final de los vasos, se observa un notable incremento de la cerámica lisa en este estrato, decreciendo el número de fragmentos decorados desde un 12,40% en los estratos inferiores a un 6,63%. Exceptuando el tipo de decoración mediante engobe, que estaba presente en un fragmento del Estrato 5 y que ahora no está representado, las técnicas decorativas mantienen las mismas constantes, es decir, la incisión en crudo, decoración en relieve y pintura roja "a la almagra".

Esta disminución general de los valores porcentuales en el conjunto decorado se manifiesta también en cada una de las modalidades decorativas, teniendo en cuenta la representatividad de que gozaban todas estas técnicas y motivos en los estratos inferiores. Sólo contraviene a esta dinámica la mayor presencia de la decoración a la almagra, que aumenta desde un 2,27% a un 3,51%. En los demás casos, por tanto, la técnica de incisiones sólo se ha empleado en un 1,95% frente al 6% de la fase anterior y la decoración plástica en un 1,7% frente al 3,93%.

1. Incisiones

Afecta a un total de 17 fragmentos decorados de este estrato. Los motivos, efectuados mediante incisión en crudo, apenas quedan esbozados por las reducidas dimensiones de los

fragmentos y parecen ser tan sencillos como los de los estratos inferiores, a base de líneas verticales (núm. 170), horizontales y verticales combinadas (núm. 169), líneas entrecruzadas en varias direcciones (núm. 174) y probablemente en espiga (núm. 173).

Los vasos así decorados presentan generalmente pastas oscuras y las superficies de tonalidades medias, acabadas mediante alisado. Sólo el fragmento núm. 163, con el motivo decorativo muy fragmentado, la superficie exterior presenta un mejor tratamiento de espatulado. No se aprecian, por tanto, asociados a este tipo de decoraciones tratamientos superficiales de bruñido.

Por lo que respecta al fragmento núm. 169, da la forma de olla globular sin cuello indicado de paredes entrantes y borde abierto; se trata de una ollita pequeña, de 100 mm. de diámetro de boca.

Técnicamente se mantienen unas características similares a las de los vasos decorados mediante incisiones de la Fase I, además de identificarse también con dicho conjunto la única forma determinable que ha sido documentada aquí. Por otra parte, el carácter muy fragmentario de los ejemplares estudiados impide hacer cualquier tipo de relación clara en lo que a la temática se refiere, ni siquiera con respecto a la cerámica así decorada de los estratos anteriores. El motivo del núm. 174 podría relacionarse con el de líneas entrecruzadas en varias direcciones que se observaban en los fragmentos 102 y 103 del Estrato 5, a propósito de los cuales ya hicimos algunas anotaciones. En otros casos, como sucede con el núm. 169, el tema decorativo a base de una línea incisa horizontal paralela al borde de la que parten hacia abajo líneas largas verticales y paralelas, supone una novedad respecto a los modelos documentados en los estratos 6 y 5, a pesar de que se trata de un motivo muy común en la temática incisa del Neolítico Medio y Tardío.

2. Decoración en relieve

Está representada en tres fragmentos de este estrato. En dos de ellos (núm. 172 y otro no incluido en las figuras) la decoración es de cordones con impresiones digitales. Un tercero (núm. 171) presenta una decoración distinta del tipo de aplicación plástica; consiste ésta en la aplicación de una serie de pegotes de arcilla sobre la superficie exterior, irregulares en forma y tamaño, cuya disposición en los fragmentos que se conservan del vaso revela una dispersión que afecta a toda su altura y desde el mismo borde. La forma que ofrece este ejemplar es el de una

gran orza de 320 mm de diámetro de boca, cuerpo globular y cuello abierto, de paredes muy gruesas y con reborde interior para tapadera. Ya han sido anotadas algunas referencias respecto a la presencia de este tipo de cerámicas en otros yacimientos dentro y fuera de nuestro inmediato ámbito geográfico, no obstante, cabría añadir aún otro dato en relación con la presencia también de estas "pastillas aplicadas" en cerámicas de la estación al aire libre de les Brûlades (Les Estables), en el extremo sur del Departamento del Haute-Loire. Estas cerámicas, junto a otras que aparecen con ellas y que ofrecen otras versiones decorativas, son adjudicadas a un cardial evolucionado (PHILIBERT, 1982) que ha hecho considerar a dicha estación un producto de la colonización cardial. Datos como éste corroboran sin duda el principio antes señalado de la amplitud cronológica y cultural de estos materiales.

3. Pintura a la almagra

De la misma forma que en los estratos anteriores, la pintura a la almagra no aparece asociada nunca a otra técnica decorativa en un mismo vaso.

El aspecto que ofrece esta pintura es diverso según los fragmentos. Así, en seis de los ocho que presentan este tipo de decoración la capa de pintura es tan débil que, en rigor, más bien cabría hablar de una "aguada" (núms. 136, 137, 158-160 y otro no incluido en las figuras). Por el contrario, en los otros dos (núms. 133 y 134) la pintura afecta a ambas superficies y es compacta. En el fragmento núm. 133, además, la superficie exterior está bruñida y la interior espatulada; el fragmento 134 presenta similares tratamientos superficiales, si bien la densidad de la pintura es mayor en la cara interna y muy débil en la exterior. Por regla general, las aguadas, en mayor número de fragmentos sobre la superficie exterior solamente, están asociadas a un buen tratamiento de bruñido.

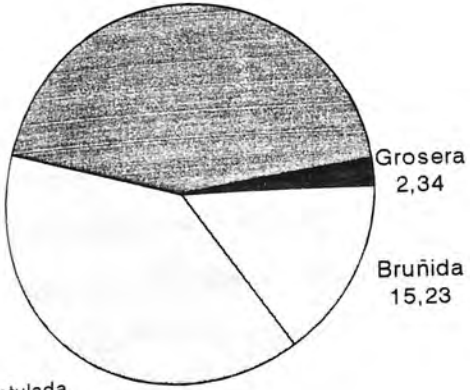
Un único fragmento, que conserva parte del borde, da una forma de cuenco profundo de paredes y borde ligeramente entrantes (núm. 134). Otras formas más globulares se insinúan a través de los fragmentos núms. 133, 137, 159 y 160 con fuerte curvatura en las paredes. El fragmento núm. 158 pertenece al galbo de un vaso globular con cuello marcado y borde abierto. El núm. 136 podría, por su parte, asimilarse a la misma forma del cuenco núm. 134.

Concluyendo con todo lo expuesto, pueden extraerse ciertos cambios significativos del estudio de estas cerámicas en relación con las de la Fase I, entre los que destacamos un aumento proporcional del número de vasos decorados de esta forma, no existiendo ningún ejemplar que

FASE II

Características técnicas de la cerámica Valores porcentuales

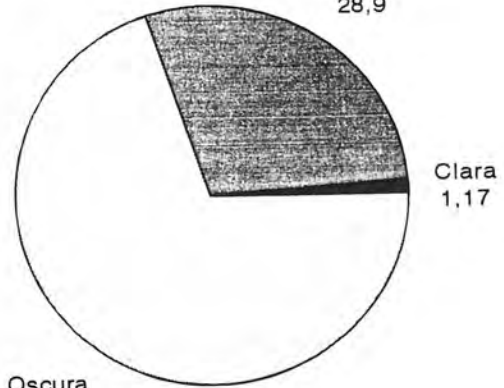
Alisada
42,96



Espatulada
39,45

CALIDAD

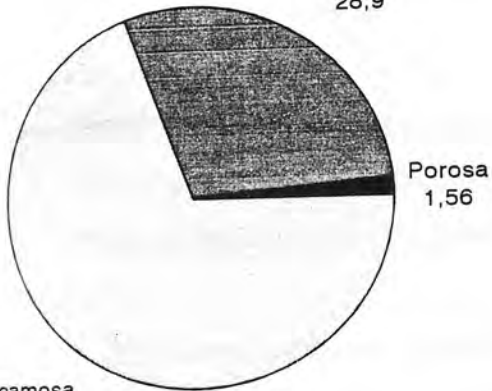
Media
28,9



Oscura
69,92

PASTA

Harinosa
28,9

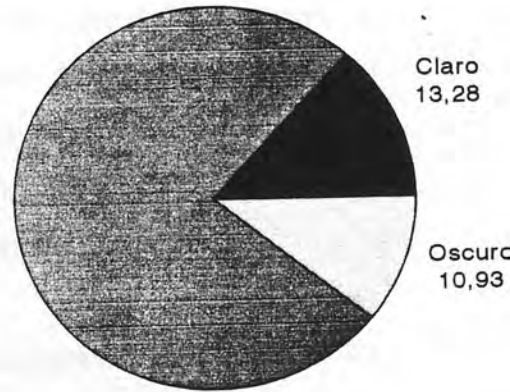


Escamosa
69,53

TEXTURA

Claro
13,28

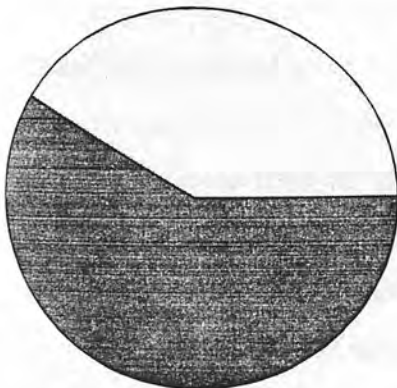
Medio
75,78



Oscuro
10,93

COLOR SUPERFICIE

Oxidante
41,01

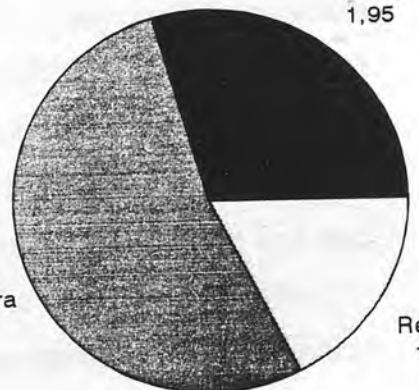


Reductor
58,98

FUEGO

Incisa
1,95

Almagra
3,51



Relieve
1,17

DECORACION

presente engobe o pintura de otro tipo. En cuanto a las formas asociadas, deben ser básicamente las mismas, es decir, cuencos y ollas globulares. La calidad de la pintura acusa una degradación fácilmente constatable, resultando ahora más frecuentes las aguadas que las pinturas consistentes y compactas, sin perjuicio de un buen tratamiento consistente, por lo general, en bruñido. Se confirma con este hecho en el Coquino aquello que ya habíamos referido a propósito del estudio de las almagras de la Fase I, en el sentido de apreciar la tendencia degenerativa que afecta a este tipo de decoración en secuencias tan significativas como la de la Cueva de la Carigüela o la de los Murciélagos de Zuheros, si bien aquí de una forma más moderada y paulatina ya que las aguadas del Coquino se siguen bruñendo como si se tratase de capas de pintura compacta.

El empobrecimiento material que afecta a este cuarto estrato en lo que a la industria cerámica se refiere, se corresponde con un panorama similar, y más acusado aún, en otro tipo de industrias. La exigua cantidad y escasa representatividad de otro tipo de materiales no hace sino confirmar el carácter de epílogo que puede atribuirse a esta parte de la secuencia, en relación con los estratos anteriores correspondientes a la fase de mayor ocupación del yacimiento. Coadyuvan a esta configuración general del contexto arqueológico y ocupacional del yacimiento la ausencia de industrias tan tradicionales como la ósea, la escasa significación de la industria lítica o la falta de otros elementos de cultura material.

Por lo que se refiere a la **industria lítica**, comprende solamente tres piezas, una lasca (núm. 179) y dos hojas de sección triangular, una de las cuales posee retoque marginal (núm. 180); la otra es una hoja de preparación (núm. 176).

Existe una sola pieza realizada en **concha**, correspondiente a un colgante (núm. 178) plano y largo, de forma arqueada, trabajado sobre valva de lamelibranquio, cuya forma podría encajar dentro del tipo A. 13.1 de la clasificación de Y. Taborin (TABORIN, 1974); el perfecto pulimento de sus dos caras no permite precisar la especie concreta a la que pertenece, aunque probablemente se trate de una valva de *pectúnculus*, especie habitualmente utilizada para elaborar este tipo de colgantes. Tiene una longitud de 50 mm y una anchura máxima de 8 mm. En el extremo más ancho presenta una perforación de perfil cónico de 3 mm de diámetro.

Este tipo de piezas, elaboradas generalmente en concha y con menos frecuencia en hueso o piedra, se documenta a partir del Neolítico avanzado y posee gran difusión en contextos

calcolíticos por toda el área mediterránea. Por el contrario, en los contextos neolíticos peninsulares la representación de este tipo de colgantes es escasa. Como paralelos más próximos a nivel tipológico, cultural y cronológico pueden contemplarse los existentes en el conjunto malacológico de objetos de adorno de la Cueva del Agua de Prado Negro (Iznalloz, Granada), teniendo en cuenta que en el ejemplar del Coquino los lados cortos son más amplios y rectilíneos.

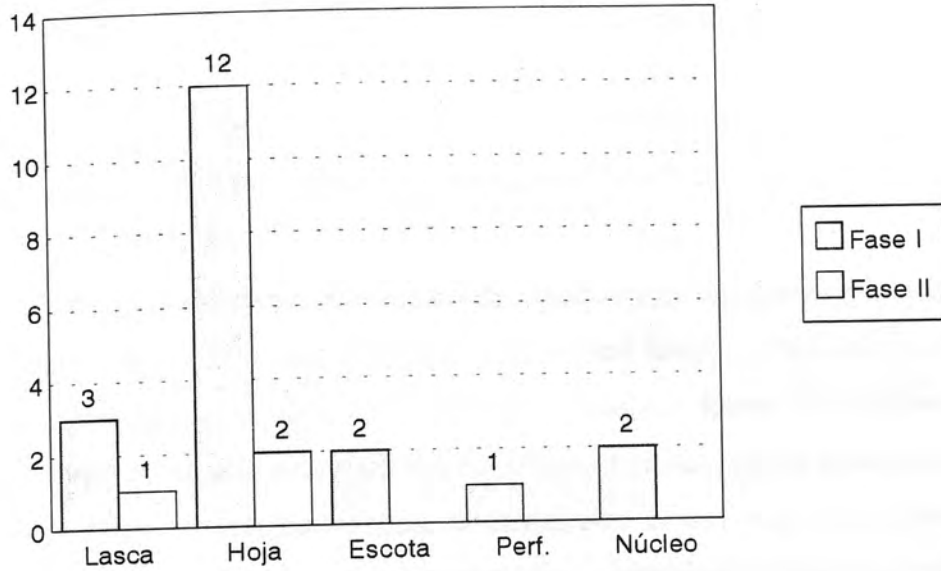
Fuera de nuestro ámbito regional parece que tampoco son muy abundantes los paralelos en contextos similares. Están ausentes en los ricos conjuntos ornamentales de los yacimientos más representativos del Neolítico valenciano y su presencia es más significativa, como en otras zonas, en momentos postneolíticos. Viene a colación recordar en este momento, dada su semejanza con el nuestro, la existencia de un colgante catalogado como de hueso entre el material no estratificado de la Coveta del Barranc del Castellet (Carrícola, Valencia) (PLÁ, 1954).

En el terreno económico los **estudios faunísticos** no han aportado novedades respecto a la anterior fase de ocupación ni en la fauna doméstica ni en la salvaje. Los escasos restos pertenecientes a esta etapa de transición siguen correspondiendo a especies como *Capra hircus*, *Sus scrofa domesticus* y *Oryctolagus cuniculus*, permaneciendo aún ausente *Ovis aries*. Por lo que a especies salvajes se refiere, no se han registrado restos de ciervo ni de gato salvaje, especie esta última sólo documentada en los estratos inferiores. Siguen predominando los porcentajes de conejo y de liebre, con una constante superposición de ésta en la población de lagomorfos. Finalmente, se confirma también la presencia de *Canis familiaris*, aunque con una tímida representación que ya se hace habitual en el resto de la secuencia.

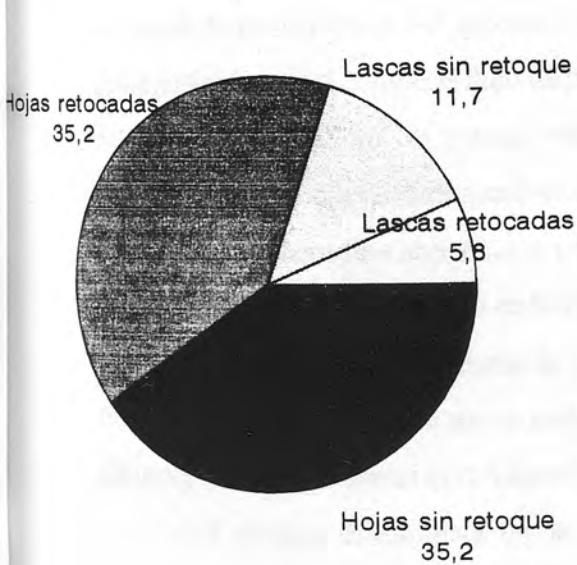
FASES I-II

Industria lítica

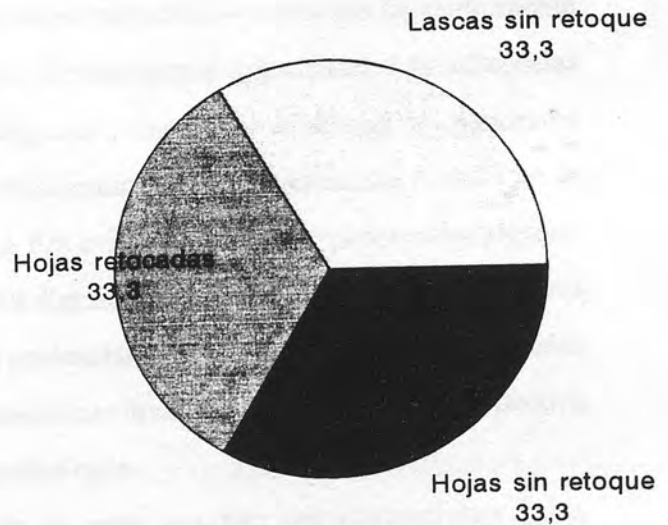
TIPOLOGIA DEL UTILLAJE
Conjunto inventariado



FASE I



FASE II



CAPÍTULO IV. EL CALCOLÍTICO EN LA TIERRA DE LOJA: UNA INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS ARQUEOLÓGICOS

1. A MODO DE INTRODUCCIÓN. LA EDAD DEL COBRE EN EL SUR PENINSULAR. PROBLEMÁTICA GENERAL Y POSICIONAMIENTOS HISTORIOGRÁFICOS.

Es indudable, considerando el conjunto de estudios y conclusiones aportados por la investigación prehistórica en las últimas décadas, que la Península Ibérica ofrece durante el tercero y parte del segundo milenios uno de los panoramas culturales más densos y correlacionados de nuestra Prehistoria. No han sido pocos los interrogantes que se han tratado de contestar desde que los pioneros de la arqueología española se aventurasen en sus magnas misceláneas con hipótesis interpretativas acerca del origen, características y extensión del fenómeno calcolítico. Aspectos tan espectaculares e inherentes al período como el megalitismo, la metalurgia o el vaso campaniforme, constituían el centro gravitatorio de una investigación que no se resistía a implicar al extremo más occidental del Mediterráneo en un marasmo cultural, tan dinámico como influyente, cuya vorágine colonizadora habría de afectar a estos lejanos territorios bajo la conocida fórmula "ex oriente lux", de tan grata y general aceptación entonces.

Subsidiarias de un mundo en franca avanzadilla, vastas regiones saltaban a la Historia en su papel de proveedoras del necesario metal, que alimentaba todo un proceso de aculturación protagonizado por el constante flujo de prospectores e intermediarios comerciales. Las inferencias de estos grupos sobre las formas culturales indígenas comenzaban a dibujar un panorama característico, donde el fenómeno colonial iría definiendo un nuevo horizonte basado en la mescolanza de elementos importados y autóctonos. Era evidente, ante tales planteamientos, que la capacidad de ósmosis latente en los substratos indígenas suplía cualquier otro planteamiento que explicase la evolución cultural de los grupos peninsulares. En consecuencia, las principales manifestaciones culturales de nuevo cuño fueron analizadas invariablemente desde la perspectiva de una paternidad oriental con "claras" connotaciones egeas.

La opción difusionista en la explicación de estas notables transformaciones había

estructurado un cuadro hipotético respaldado por una bibliografía cuya magistralidad nadie osaría contestar en varias décadas. Sólo los nuevos criterios, derivados de ópticas evolucionistas que entraron en liza a raíz de las nuevas dataciones radiocarbónicas, abrirían un debate cuyos estertores se dejan sentir hoy día con aportaciones que aún demandan un revisionismo en los viejos esquemas interpretativos.

Nos ha parecido por ello conveniente incluir en este capítulo una reseña de la historia de las investigaciones llevadas a cabo sobre la Edad del Cobre en el Sur peninsular, exponiendo las principales tendencias de la investigación actual en relación al origen y desarrollo de esta cultura. Hipótesis, en definitiva, que han venido barajando las más diversas posibilidades de génesis, desarrollo y evolución, considerando siempre un basamento cultural uniforme y con carácter propio, aunque con visibles variantes regionales.

Tras la consideración de los pormenores historiográficos sobre esta problemática, dedicaremos nuestra atención, en el segundo apartado de este capítulo, a la descripción de los factores espaciales sobre los que tendrán lugar las posteriores manifestaciones económicas, sociales y políticas del período. Aspectos como el de los patrones de asentamiento, barajados en el panorama general de emplazamientos calcolíticos andaluces, manifiestan una vinculación significativa con las posibilidades del medio geográfico. Es interesante definir estas cualidades en tanto que, además, pueden permitirnos una mejor comprensión del potencial económico de la comarca "**Tierra de Loja**" y, en consecuencia, la capacidad intrínseca de autosuficiencia económica de los asentamientos junto con su área de influencia.

La carencia de estudios paleoecológicos en profundidad es un obstáculo con el que hemos convivido en el transcurso de nuestro trabajo. Esta circunstancia nos ha obligado a ser enormemente cautos en nuestras consideraciones sobre la ubicación y densidad de los posibles entornos fitográficos, integradores de la base ecológica y subsistencial de las poblaciones que pudieron afincarse en la zona. Sólo en contados casos, en los que la conservación de depósitos cerrados ha brindado datos a la paleontología, se han podido referenciar ciertos vestigios medioambientales existentes en la Tierra de Loja durante el tercer y segundo milenios. La pervivencia, por otra parte, de los últimos reductos de bosque mediterráneo autóctono, ha permitido reconstruir con ciertas garantías, no exentas aún de algunos problemas de zonificación, lo que pudo haber sido el paisaje natural sobre el que actuó la transformadora acción antrópica posterior.

La configuración geográfica del territorio, unida a la localización de los yacimientos estudiados, nos presenta a esta comarca como una "llave de paso" entre las tierras altas orientales y la Baja Andalucía. Sobre semejante planteamiento incidiremos repetidas veces en cuanto que, amén de unos condicionamientos físicos ya valorados, será este, a buen seguro, uno de los principales aspectos justificativos de la presencia humana prehistórica en el territorio.

En otro orden de cosas -sobre ello tratamos en el tercer apartado-, la Edad del Cobre va a suponer la emergencia de sistemas sociales y políticos fundamentados en nuevas formas de control y aprovechamiento de los recursos. La ruptura progresiva de los viejos sistemas igualitarios y la ascendencia de cuadros de poder, difíciles de definir, por otra parte, suponen otro reto para la investigación actual. Las versiones tradicionales, partidarias de buscar una convivencia entre el status y ciertos ejemplos de riqueza material, han venido desarrollando todo un organigrama interpretativo cuyas premisas empiezan a ser contestadas. Los "ajueros de prestigio" y otras manifestaciones similares dejan de ser para determinados autores los verdaderos indicadores de una situación social, abocada para algunos al surgimiento de jefaturas o castas que adoban la polémica teoría del "big men". Nos hemos hecho eco de algunas críticas vertidas al modelo, pero consideramos oportuno hacer previamente un balance del estado de la cuestión que propicie un acercamiento más completo a esta problemática.

En el siguiente epígrafe se recoge el estudio sistemático de los yacimientos de la Edad del Cobre en el territorio que nos ocupa. La relación completa de estas estaciones arqueológicas ha sido realizada partiendo de una estructura selectiva en función de la capacidad de información cultural que cada una ha podido aportar. De esta forma, son diferenciables los yacimientos estudiados en profundidad, al haber sido objeto de excavación, de los recientemente prospectados, que sólo tienen por el momento un valor referencial. El conjunto material recuperado en todos ellos ha permitido establecer una estructuración del período, a pesar de la carencia que supone la inexistencia de buenas estratigrafías que la respalden en todos sus horizontes. Deficiencias que han podido subsanarse gracias a la proximidad del yacimiento de Los Castillejos de Montefrío, que ha venido estableciendo desde su estudio la evolución cultural de la región desde finales del Neolítico hasta las últimas etapas de la Edad del Cobre (ARRIBAS y MOLINA, 1979). Sobre esta secuencia, dividida por sus investigadores en tres fases bien definidas: Cobre Antiguo, Medio y Tardío, hemos diseñado nuestro propio esquema en tres estadios, comprendidos entre una Fase de Transición Neolítico/Cobre y Cobre Pleno/Final. Su desarrollo en la Tierra de Loja y los

problemas planteados por la adscripción y origen de determinados materiales centrarán nuestra atención en este último epígrafe.

Los inicios del III Milenio van a marcar una serie de profundos cambios en las estructuras sociales y económicas de las poblaciones prehistóricas del Sur peninsular. Importantes modificaciones en los esquemas organizativos de la vida cotidiana, madurados a lo largo de la fase neolítica, serán ahora una constante en el transcurso de este dilatado período de tiempo. El desarrollo cronológico de este periodo quedaría delimitado entre una nueva etapa comprendida entre fechas iniciales un tanto inciertas (3.000/2.700 a.C.) y el inicio de una fase comunmente considerada como "crítica" para esta cultura, que abrirá paulatinamente nuevas perspectivas a partir del 2.000 a.C. hasta desembocar en la eclosión argárica sobre el 1.900 a.C. aproximadamente.

La secuencia, de una complejidad no exenta de importantes lagunas conceptuales e interpretativas, ha sido objeto de intensas investigaciones en los últimos años. Si bien estos estudios han propiciado la apertura de un amplio panorama arqueológico que afecta a extensas zonas de Andalucía, Sur de Portugal, Meseta y núcleos del Levante y Nordeste, es la región del Sudeste la que últimamente ha brindado los datos referenciales más completos para la esquematización de las primeras Edades del Metal en el SW europeo. Fruto de la consecución de un registro arqueológico que enlaza, sin solución de continuidad, una evolución cultural desde el Neolítico Reciente al Bronce Pleno, han podido definirse las culturas de Almería, Los Millares y El Argar, como exponentes de los cambios que serán objeto de nuestra atención en el presente capítulo. Un panorama cultural que iremos matizando en lo que a la Edad del Cobre se refiere, a la luz de las conclusiones que sean susceptibles de generalización a otras áreas en proceso de estudio, para concluir, como es lógico, con el tratamiento pormenorizado de los yacimientos calcolíticos en la **Tierra de Loja**.

Siendo muy amplia la diversidad de enfoques que la historiografía de las últimas décadas ha argumentado para la explicación de la causalidad generadora de las transformaciones que jalonan esta trayectoria histórica, nos parece necesario, como antes señalábamos, recoger lo más fielmente posible esta complejidad y, sin llegar a una exhaustividad impropia de los objetivos que nos hemos trazado, resumir los planteamientos más destacados del panorama investigador. Es difícil abstraerse en este tipo de discusiones a la valoración subjetiva de determinados enunciados y, por ende, a tomar partido por unos u otros razonamientos. En clara conexión con la óptica

elegida para acometer la investigación prehistórica, han surgido posturas enormemente divergentes que potencian principios de razonamiento ya superados por el producto de una metodología más completa y coherente. La inclusión en los trabajos arqueológicos de un variado conjunto de disciplinas auxiliares (análisis antracológicos y arqueometalúrgicos, estudio de las áreas de influencia de los yacimientos y sus fuentes de aprovisionamiento de materias primas, estudios "inter-áreas" y definición de modelos interactivos entre asentamientos, etc.), ha conseguido un significativo replanteamiento del estado de la cuestión, rechazando viejas tesis y premisas de dudosa credibilidad ante los datos de que hoy se dispone.

Una buena parte de los investigadores, por ejemplo, han venido argumentando, durante las dos últimas décadas, características de tipo climatológico para establecer las pautas del cambio socioeconómico en las poblaciones prehistóricas del SE peninsular. Generalmente se parte de la identificación del clima y, en consecuencia, de un medio ecológico similar en el Tercer Milenio y en la actualidad, para derivar un proceso causa-efecto que se materializó en profundas transformaciones sociales relacionadas con el control de unos recursos hídricos escasos ante la aridez medioambiental. La necesidad del riego se convertía así en el fundamento de una economía de subsistencia, cuya inmediata consecuencia sería el desarrollo de un proceso de capitalización del sistema. Esto iba a provocar, a su vez, la agregación poblacional en pos de conseguir una efectiva explotación del medio con una agricultura en progresiva intensificación (CHAPMAN, 1978 y 1982). La emersión de nuevos grupos sociales con el estigma de "status" en creciente poder, sería una consecuencia lógica de la situación planteada, a la vez que explicaría la constitución de liderazgos y jefaturas como garantía de equilibrio y protección ante los brotes competitivos intercomunales. Cuestiones discutibles en algunos aspectos y aceptables en otros, que siguen presentes en la actualidad interpretativa y merecen, por tanto, que se les haga cumplida referencia en este epígrafe.

Ya se mencionó, por adelantar algo de lo que después desarrollaremos, que las recientes investigaciones han facilitado los datos necesarios para provocar un decisivo cambio de rumbo y, en cierto modo, hacer más identificable la situación paleoecológica del SE con lo que pudo haber sido una realidad más generalizada en gran parte del Mediodía Ibérico. Consideraciones que, si bien peculiarizan a una zona concreta en lo netamente geográfico y, por lo tanto, escapan a nuestra atención inmediata, proporcionan, en cambio, una serie de conclusiones en lo antropológico que son extrapolables a otras áreas y, consiguientemente, de gran utilidad para

nuestro estudio. Los últimos trabajos de campo realizados por el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada, relativos a la reexcavación de Los Millares y las investigaciones en el altiplano nororiental granadino (yacimientos de El Malagón y Cerro de la Virgen), cierran un ciclo de actuación con estudios sobre el área del Sudeste junto a otros de reciente publicación que, sin duda, han contribuido a clarificar el panorama de asentamientos calcolíticos almerienses (DELIBES *et al.*, 1986 y 1991; MARTÍN SOCAS y CAMALICH, 1986), e incluso, a identificar la extensión de la Cultura de Los Millares por otras regiones lejanas a su tradicionalmente establecido "hinterland" (MUÑOZ AMILIBIA, 1986).

Nuestra aportación es mucho más modesta aunque, pensamos, de gran interés para identificar la extensión de los más determinantes rasgos de la Edad del Cobre en una región que demandaba la culminación del programa de investigación, sobre el espectro cultural del Tercer Milenio, iniciado años atrás a partir del estudio de asentamientos limítrofes con esta demarcación (ARRIBAS y MOLINA, 1979; MOLINA FAJARDO *et al.*, 1980). Sobre la base de un estudio que atienda a los factores demográficos, subsistenciales, político-sociales, técnicos y rituales, pretendemos seguir las pautas marcadas en anteriores trabajos (CARRASCO *et al.*, 1986), con el claro objetivo de completar el estudio iniciado entonces y actualizar conclusiones a la luz de las recientes campañas de excavación y prospecciones sistemáticas.

Finalmente, el esbozo que podemos hacer del período que nos ocupa, a raíz de estos estudios específicos, permitirá insinuar la línea a seguir en el tratamiento de las cuestiones que más atención demandan por nuestra parte. Amén de todo el conjunto de características que la bibliografía clásica nos ha facilitado, y nosotros hemos expuesto de forma sucinta, incidiremos sobre una serie de puntos que consideraremos claves a partir de ahora y que han sido puestos de relieve por la mayoría de los investigadores. Todos ellos serán considerados en el seno de los apartados que a continuación de desarrollan y pueden resumirse de la siguiente manera:

- 1) Un crecimiento demográfico importante en relación con el período anterior y su inmediata repercusión en la nueva configuración del mapa de asentamientos en la comarca.
- 2) Mejor explotación agropecuaria con un destacado incremento de la producción, patentizado en el mayor aprovechamiento de los recursos y la aparición de nuevas especies domésticas.
- 3) Mayor especialización de la producción, avalada por el desarrollo de la metalurgia y la complejidad de otras actividades que modificarán substancialmente las claves tipológicas de los

conjuntos materiales.

4) Establecimiento de circuitos comerciales de mayor envergadura, relacionados igualmente con la entrada del metal en la escena económica y de una serie de materiales que reflejarán con su exotismo una nueva identidad social entre los grupos poseedores.

5) Progresiva estratificación social, en clara ruptura con el sistema igualitario primigenio, manifestándose signos externos como una creciente diferenciación de riqueza en los ajueres funerarios a medida que avanza el período.

6) Proceso de conflictividad social en aumento, reflejado en un creciente grado de militarismo que afecta fundamentalmente a la estructura de los asentamientos (amurallamientos y sistemas defensivos cada vez más sofisticados).

El problema del origen. Los posicionamientos historiográficos

Creemos conveniente, antes de abordar de forma directa los aspectos puntuales sobre los que hemos diseñado el estudio de la Edad del Cobre en el campo arqueológico de la Tierra de Loja, hacer una breve reseña sobre un tema altamente debatido por los especialistas en los últimos años. La mayoría de los investigadores dedicados al análisis e interpretación secuencial de las primeras fases metalúrgicas coinciden en la definición de los aspectos estructurales fundamentales que conforman el período. No obstante, es difícil encontrar un punto más discutido y que, aún hoy, siga sembrando las más apuradas controversias, como es el del origen y formación del elenco cultural calcolítico. Las transformaciones tan decisivas llevadas a cabo sobre la plataforma de las últimas comunidades neolíticas han sido sobradamente matizadas y, en cierto modo, consensuadas por la mayoría de los especialistas. El problema ha surgido, en cambio, con la búsqueda de los móviles generadores que, con tanta avidez, pretenden establecerse cuando se plantean los grandes interrogantes sobre este proceso.

El punto de partida habría que situarlo en el último tercio del siglo pasado, cuando tenía lugar la publicación de una serie de estudios parciales sobre determinados hallazgos en diversas zonas meridionales de la Península. Es el caso, por ejemplo, de las primeras aproximaciones que pueden encontrarse en los estudios de **Pereira da Costa** (1865): "Noticia sobre os esqueletos humanos descobertos no Cabeço da Arruda", o de **J.F.Nery Delgado** (1867): "Noticia acerca das

grutas de Casareda". Sin embargo, sería **D.M. de Góngora** (1968) con sus "Antigüedades prehistóricas de Andalucía" quien abriría el camino de los primeros intentos interpretativos sobre las etapas metalúrgicas y su peculiar tratamiento del fenómeno megalítico. La escuela portuguesa va a continuar aún durante un tiempo a la vanguardia de los estudios peninsulares, sacando a la luz una serie de publicaciones especializadas con un carácter básicamente informativo, como medio difusor de las actividades arqueológicas llevadas a cabo por los nacientes organismos oficiales¹.

En España los primeros planteamientos metodológicos de campo encontrarán justo respaldo en publicaciones de cierta tradición como el *Boletín de la Real Academia de la Historia* y otras con claros indicios de especialización como *El Museo Español de Antigüedades* o las *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, que inician su trayectoria en las primeras décadas de este siglo. Una actividad centrada, fundamentalmente, en la recogida de importantes conjuntos materiales, sometidos aún a criterios selectivos y clasificatorios, cuestionables, pero que, sin duda alguna, supusieron la base documental que daría pie a las primeras generalizaciones de interés. Trabajos marcados por una creciente especialización, acompañada de una progresiva mejora en las técnicas arqueológicas, tan fundamentales para las ulteriores teorizaciones sobre el origen y diversidad de las culturas prehistóricas peninsulares. El creciente cientifismo con el que se van acometiendo a partir de este momento los análisis sobre las antiguas y recientes colecciones, dará como fruto una clasificación más lógica y coherente de estos conjuntos. El aprovechamiento de esta recopilación material y los primeros ensayos de adscripción tipológica efectuados entonces han quedado sobradamente valorados en cuanto que, no sólo sirvieron de base a las grandes obras de recopilación escritas en la época, sino también a la moderna investigación, como fuentes informativas de gran valor. Las primeras síntesis buscaban una caracterización que definiera e identificara realidades culturales diferentes, iniciativa fundamental para abordar una estructuración cronológica que pusiera un poco de orden en el amplio espectro tipológico existente. Comenzaban, pues, a conjugarse materiales con cierta homogeneidad y a definir ámbitos territoriales de influencia más o menos precisos. No obstante, serían los intentos por rastrear el origen de estas culturas lo más trascendental para el posterior curso de las investigaciones. El surgimiento de la metalurgia traía consigo un volumen de

¹ "Revista de Guimarães" (1884), "Comissão dos Trabalhos Geológicos" (hoy boletín de los "Serviços Geológicos de Portugal", fundada en 1865) y "O Archeólogo Português" (1895).

transformaciones tan importante, a todos los niveles, que se hacía inevitable la búsqueda de un germen capaz de producirlos, a partir de superestructuras que poco tendrían que ver con el panorama neolítico anterior.

Los esfuerzos por explicar estos cambios habían estado marcados originariamente por un orientalismo exacerbado, que no dudaba en atribuir a las culturas gestadas en la otra orilla del Mediterráneo un protagonismo fuera de toda duda. La sombra colonizadora planeaba por los campos almerienses y portugueses, negando toda posibilidad autoevolutiva indígena a partir de substratos culturales ya existentes en facies anteriores. Este "colonialismo" predicado por los investigadores decimonónicos (BONSOR, 1899; SIRET, 1890) fue creando paulatinamente una forma peculiar de encajar la aparición de los nuevos conjuntos materiales y rituales. Los trabajos de **E. y L. Siret** respondían, sobre todo, al interés por analizar las cerámicas recuperadas a lo largo de una amplia franja territorial en el SE (provincias de Granada, Almería y Murcia), con numerosos elementos cerámicos "intrusivos" que demandaban una explicación acorde con la posibilidad de algún tipo de intercambio con otros elementos extranjeros. La solución más verosímil consistió en suponer una dinámica comercial en la que mercaderes orientales actuarían de intermediarios entre sus zonas de procedencia y las tierras peninsulares. El elemento definitorio de estos contactos era la cerámica. Con un criterio sumamente selectivo se concentraba la atención sobre los vasos decorados, relegando a los demás a un simple análisis técnico sobre las posibilidades de su factura. Los primeros eran, por tanto, convenientemente clasificados según el modo y tipo de decoración. Así se distinguían los pintados de los incisos o impresos, en nomenclatura de Siret denominados "grabados", dedicando especial énfasis a aquellos motivos que procuraran ciertos paralelos con las cerámicas creto-micénicas. De esta forma, las reproducciones zoomórficas pintadas iban a encontrar fieles parangones en las tipologías chipriotas, aunque con una factura más idealizada y geométrica en las indígenas. Modelos escasos, por otra parte, dado el carácter secundario de estas regiones a las que llegarían semejantes productos de una forma esporádica y siempre condicionados a la mediatización fenicia. Las geometrificaciones, por su parte, venían a ser esquematizaciones propias de un repertorio simbólico asimilable a determinados cultos, como lo demostraba su repetición en los ídolos (motivos oculares y sexuales sobre todo).

Nada escapaba al influjo oriental, bajo cuya tutela se llegó a suponer el propio surgimiento de la metalurgia y el megalitismo. La plasmación de esta tendencia historiográfica vendría a concretarse en una numerosa bibliografía de principios de siglo que aún seguiría

apostando por una fórmula que no sólo "importaba" convencionalismos culturales egeos, sino que se aventuraba con parangones cronológicos no exentos a veces de imaginativas argumentaciones (DECHELETTE, 1908; SCHMIDT, 1915; CHILDE, 1925; FORDE, 1929). Incluso las primeras sistematizaciones de la Edad del Cobre en el Sudeste reforzaban esta teoría (LEISNER, 1943), si bien la filiación del megalitismo caería en una nueva revisión tras los trabajos de los **Leisner** en Portugal (LEISNER, 1951). Las vastas estructuras indígenas entraban ya en un contexto distinto al de los tholoi orientales. En cualquier caso, la hipótesis sobre el comercio fenicio seguía pesando lo suficiente como para justificar la presencia de ciertos materiales exóticos: marfil, ídolos, huevos de avestruz etc., relacionados con el establecimiento de antiguos emporios coloniales.

Únicamente las tesis defendidas en su día por **Cartailhac** (CARTAILHAC, 1886) podían constituir una visión discordante en cuanto al origen de los megalitos peninsulares, al hacerlos derivar, mediante un proceso evolucionista, de las conocidas sepulturas poligonales del Norte portugués. Estas estructuras son particularmente visibles en la región de Tras-os-Montes y se databan en un Neolítico Final. Afirmaciones como ésta supusieron indudablemente un gran impulso a la teoría occidentalista, particularmente sostenida por la escuela portuguesa del momento y secundada posteriormente por buen número de investigadores peninsulares. Cabe destacar la figura de **P. Bosch Gimpera** y su clásica definición de la cultura megalítica portuguesa, la de Almería y la de las Cuevas (BOSCH GIMPERA, 1932, 1944, 1965, 1975). Las tres ocuparían el período comprendido entre finales del Neolítico y el comienzo de la Edad del Bronce. Quedaba fuera de toda duda el origen hispano de los dólmenes, atribuibles según él a núcleos ganaderos asturianos que irradian sus rituales hasta llegar a la zona septentrional portuguesa. Una teoría que se fundamenta en el hallazgo de cerámica típica de la Cultura de las Cuevas en algunas sepulturas megalíticas de estas zonas montañosas, de factura más tosca que las del Sur. Desde aquí se produciría su expansión a través de los pasos interiores (Valle de Mondego), siguiendo después el litoral atlántico hasta el Norte de Lisboa.

Hasta este momento la evolución del megalitismo se realiza a salvo de cualquier influjo exterior, partiendo de elementales sepulcros de corredor (Cabeço dos Moinhos). Con posterioridad, y coincidiendo con la expansión de la primera fase del Campaniforme, se entraría en una dinámica distinta marcada por los primeros contactos peninsulares con el Mediterráneo y ciertas regiones atlánticas (Bretaña). Se inicia así la entrada de nuevos aires, configurándose definitivamente los tipos tholoi, de corredor y cámara circular abovedada, a la vez que se van

haciendo progresivamente más frecuentes los enterramientos en cuevas artificiales. La expansión del Vaso Campaniforme tipo II inicia su andadura, abriéndose un último periodo cultural identificado por la intensificación de los contactos atlánticos y el final de la Cultura de Palmella. Como fenómeno de más globalidad interregional cabe destacar el desarrollo de la Fase III Campaniforme y el comienzo de las relaciones con los Millares.

Esta autoctonía va a sufrir aún fuertes contestaciones debido a un rebrote de la escuela orientalista, sobre la base de un excepticismo extendido por quienes dudaban seriamente de la capacidad local para crear conjuntos como los del Alentejo. **V. Cobreia**, por ejemplo (COBREIA, 1929), dudaba de que los dólmenes de Pavía con cámara circular y largo corredor pudieran haber evolucionado a partir de tipos autóctonos más antiguos. Más bien habría que pensar en orígenes orientales, expresados en clave de derivación, a veces "degeneración", a partir de modelos egeos primitivos.

De nada habían servido, pues, las opiniones un tanto conciliadoras de **H. Obermaier**, quien no dudaba en considerar un origen similar para el megalitismo europeo, si bien su "emigración" hacia occidente le había conferido con el tiempo un carácter propio. El proceso arrancaría de formas dolménicas simples, para culminar con la creación de los tipos de corredor y de galería cubierta. Sólo las grandes estructuras de falsa cúpula sobre plantas cruciformes con cámaras adyacentes, podían haber evolucionado de los tipos cretenses que Arthur Evans situó en el Minoico Antiguo (3.500-2.000 a.C.).

Puede decirse que **C. Daryll Forde** aglutinó de manera especial las tesis orientalistas al considerar a las construcciones funerarias portuguesas, no ya subsidiarias de la desarrollada arquitectura mediterránea oriental sino, incluso, pobres reflejos de aquélla tras una progresiva degeneración de los tholoi arcaicos. En esta apreciación no duda igualmente en atribuir cierto protagonismo a las sepulturas en cuevas artificiales andaluzas, que muy bien pudieron influenciar a los enterramientos portugueses (FORDE, 1929 y 1930).

Similares planteamientos, aunque sin llegar al extremismo degenerativo propuesto por Daryll, argumentaba **G.E. Daniel** y, globalmente, un grupo de investigadores que por sus intentos revisionistas sobre la metodología y sistematización de los estudios megalíticos suelen considerarse como representantes de la escuela inglesa (DANIEL y POWEL, 1949; DANIEL, 1963). Desde un enfoque algo más restringido, ya que sus trabajos suelen abundar en la problemática que plantean los sepulcros de corredor, establecen de nuevo un origen cretense para

estas estructuras. La base matriz viene a ser para Daniel una tradición constructiva cicládica bajo formas rituales-funerarias colectivas que tendrán su plasmación directa en algún momento avanzado del período Minoico Antiguo. Es, en definitiva, una transposición de elementos propios de estructuras ajenas al ámbito tipológico megalítico la que actuará sobre las variedades de corredor citadas. Fenómeno, en cualquier caso, muy delimitado, en cuanto que sólo afectaría a determinadas zonas ribereñas del Mediterráneo occidental (SE. de Francia y España).

Una consideración especial merecen en esta secuencia historiográfica las aportaciones realizadas por dos pioneros en la investigación del megalitismo peninsular, sobre todo si se atiende al enorme valor de síntesis y sistematización que ofrecen sus trabajos. **G. y V. Leisner** deben ser considerados, en su justa medida, como auténticos vanguardistas en los trabajos de recopilación sobre las tipologías funerarias calcolíticas de la Península Ibérica. A pesar de lo inconcluso de su magna obra, el corpus megalítico propuesto por los autores se nos revela aún hoy como un valioso compendio arqueológico, por cuanto que atiende con igual prestancia a los núcleos constructivos y a los conjuntos materiales. Sus conclusiones tienen especial interés en el tema que venimos tratando puesto que, a pesar de ser considerados integrantes del grupo afecto al proceso culturizador orientalista, se reservan cierta dosis de autoctonía cuando reflexionan sobre algunas manifestaciones constructivas. En efecto, su clásica diferenciación entre los tipos megalíticos hispanos y los sepulcros de cámara cuadrada o trapezoidal portugueses, intenta la definición del megalitismo en este país en base a una evolución indígena desde el Neolítico. Hecho éste, apoyado por la argüida similitud entre la cultura lusa de esta fase y el horizonte más antiguo del SE. El origen de esta identidad común se encontraría, tal vez, en una etapa epipaleolítica, según revela el utillaje microlítico, sobre la cual enraizó posteriormente un Neolítico regional con similares características en ambas zonas. Va a ser en este Neolítico del Sudeste sobre el que se inicie la primera de las seis fases que los investigadores distinguen en la evolución indígena y que englobaron en la llamada "Cultura de Almería". Será en la segunda etapa de esta seriación cronocultural cuando es fijada la aparición de los sepulcros de corredor, además de establecer los contactos con las sepulturas portuguesas de la misma índole, las cuevas artificiales y los enterramientos calcolíticos en cuevas naturales. El yacimiento de Los Millares sirvió de base para atestiguar esta secuencia, encontrándose asociados a los tipos constructivos los ajuares funerarios correspondientes. Un material y unas estructuras que son clasificados en dos grandes conjuntos:

a) El primero supone una etapa de cierto esplendor en un estadio precampaniforme, pero

con ricos ajuares de selectos útiles de cobre (hachas y cinceles), cerámica "simbólica" (con motivos oculados), vasos de piedra, etc. La estructura clásica se parece notablemente a las construcciones del Bajo Guadalquivir y constan de corredor corto, zócalo de lajas y plantas circulares con cubierta de falsa cúpula.

b) El segundo contempla la aparición de los primeros vasos campaniformes, si bien esto se contrarresta, de alguna manera, con un visible empobrecimiento de los ajuares respecto a la etapa anterior. Una simplicidad material que no se corresponde con la mayor complejidad constructiva, a base de plantas con cámaras secundarias y sólidos paramentos de piedra.

Ambas fases estarán sujetas a una problemática algo compleja en cuanto al origen de sus piezas de ajuar, dado que se distinguen hasta tres posibles ámbitos de influencia (SÁEZ PÉREZ, 1985):

1) El egeo, cuyo mejor exponente sería el tholos creto-cicládico, con ajuares cerámicos pintados, ídolos planos y cabezas de alfiler acanaladas.

2) El africano, con influencia egipcia a través de las piezas líticas, evidente sobre todo en el trabajo del marfil (peinetas e ídolos).

3) El mediterráneo occidental, región metalúrgica destacada y de expansión campaniforme.

La variedad tipológica que ofrecían los ajuares impulsó a G. y V. Leisner a llevar a cabo una clasificación tipológica de base, según un elemental sistema asociativo de técnicas y motivos ornamentales. De esta seriación se desprende un notable esfuerzo por establecer un cuadro evolutivo fundamentado en la progresiva complejidad de las formas. Sería prolijo detallar los pormenores de los catorce tipos definidos, por lo que recordaremos simplemente que, desde las piezas más antiguas clasificadas como "cuencos de paredes altas", hasta las más evolucionadas llamadas genéricamente "fuentes", hay todo un elenco tipológico cuya complejidad hace dificultosa, a veces, su concreción en el seno del horizonte al que pertenecen. Los vasos decorados ofrecen una problemática distinta en cuanto que son clasificados en dos grupos, "simbólicos" y "no simbólicos", atendiendo a que los motivos sean o no representaciones consideradas como antropomórficas. El origen local de los mismos está supuestamente garantizado por cuanto que las técnicas empleadas, tanto si se trata de incisiones, puntillados o relieves, se consideran derivadas de la Cultura de las Cuevas. Tan solo los ejemplares pintados pueden ofrecer la posibilidad de una importación, atendiendo a factores como el color o los

motivos reproducidos. En general se piensa que el color rojo es una pervivencia del Neolítico regional y, por tanto, procede de los enterramientos más antiguos. El resto de los cromatismos (blanco o verde azulado) se hacen venir del Mediterráneo Oriental y su llegada estaría en relación con el aporte de materiales muy diversos, entre ellos la cerámica. El geometrismo que afectaba a estas decoraciones, en concreto el doble triángulo, era otra prueba de foraneidad, si bien se reconoce paralelamente un repertorio originario de modelos locales anteriores.

El mundo egeo hacía gala, una vez más, de su efervescencia cultural a partir de centros tan activos como Creta, particularmente en su período Minoico Medio I. Orientalismo y occidentalismo van a continuar desde este momento con tesituras más elaboradas en las que se intentará implicar con más insistencia a los elementos de ajuar en el proceso cronológico. La candente polémica sostenida entre estas dos opciones hará que antiguos esquemas sean replanteados llevando a cabo una revisión de las primeras periodizaciones. Es el caso de P. Bosch Gimpera que va a reconsiderar algunas de sus tesis anteriores en una serie de trabajos publicados a mediados de los años cincuenta y posteriormente recogidos en grandes síntesis que vieron la luz a partir de 1966. En ellos hará hincapié en la Cultura Megalítica Portuguesa mediante un exhaustivo análisis tipológico (BOSCH GIMPERA, 1966, 1969, 1971 y 1975). Si bien mantiene la base de sus postulados anteriores, dará una nueva perspectiva a la formación de la Edad del Cobre peninsular, en cuanto que partirá de un paralelismo en el tiempo, referente al surgimiento y desarrollo de la Cultura de las Cuevas y la megalítica. Esta última, formada en el Norte del país, se extenderá hacia el Sur llegando a las comarcas de Ribatejo y Alto Alentejo, donde entrará en contacto con la Cultura del Vaso Campaniforme, para pasar después a Extremadura y Huelva.

En la región centro-portuguesa aparecen asociadas las cerámicas típicas lusitanas, de formas esferoidales y carentes de decoración, con recursos propios de la Cultura de las Cuevas como es el engobe "a la almagra". En su criterio, este hecho explicaría un temprano contacto con la Cultura de Almería, llegada aquí a través de las tierras andaluzas. Como testigos de tales relaciones quedarían en algunos sepulcros megalíticos ejemplares de "ídolos egeos" del tipo llamado "de caja de violín", demostrativos, a su vez, de los primeros aportes del Mediterráneo Oriental. Una evolución autóctona llevaría a la creación de los sepulcros de galería cubierta como el de "Monte Abrahão" (Belas) y numerosas tumbas de corredor en el Alentejo, Caldas de Monchique, Evora y Cintra, donde destaca el ejemplar de "Folha das Barradas".

Paralelamente hace su aparición el vaso campaniforme del Tipo I, como consecuencia de

los contactos con el centro de la Península. La "Cultura Portuguesa" se expande ahora hacia Huelva y Extremadura. Una etapa de apogeo se abriría a partir de este momento, apareciendo tipos sepulcrales nuevos como la cueva artificial, según Bosch, adaptación portuguesa de los sepulcros de corredor o de falsa cúpula existentes ya en el Sur de España y consecuencia de relaciones entre comerciantes almerienses y malteses o sicilianos. Es el auge de núcleos como Palmella, San Pedro de Estoril, Negrais, Careneque y tantos otros que cubren el corto pero destacado período entre 2.700 - 2.500 a.C. Los sepulcros megalíticos han evolucionado notablemente hacia la conformación definitiva del llamado "Tipo de Pavía", de cámara circular y largo corredor, mientras modelos mixtos hacen su aparición con la parte inferior excavada y la superior realizada con grandes piedras al estilo de los megalitos. Por otra parte, se intentan asociar a estas necrópolis algunos de los castros relativamente próximos: Chibanes, Rotura, Licea, etc. (Chibanes, por ejemplo, es asociado con la necrópolis de Palmella).

La última fase, iniciada a mediados del tercer milenio a.C., va a estar marcada por dos consecuencias de la propia inercia expansiva de esta cultura. En primer lugar, su extensión hacia el Sur se traducirá en una influyente aculturación del campaniforme andaluz, imprimiéndole un nuevo carácter, o simplemente "desnaturalizándolo", como el propio autor indica. El segundo aspecto surge desde el momento en que el fenómeno ha alcanzado ya la provincia de Granada, considerada como zona de contacto con la Cultura de Los Millares a la que igualmente imprimió su sello. Herencia de este oportuno encuentro sería la aparición desde entonces de las formas sepulcrales megalíticas y de todo el repertorio atlántico de ídolos-placa, puntas de flecha de base cóncava, ídolos-falange, etc., en los ajuares almerienses. Es el apogeo de los sepulcros "tholoi" con falsa cúpula que ahora se desarrollan también en Portugal, así como el inicio de una nueva fase de construcción de poblados fortificados como el de Vila Nova de São Pedro, Torres Vedras y Penedo. La cerámica millarense sigue presente en todos ellos, al igual que la campaniforme Tipo II.

Aún se registrará un epílogo a esta etapa final, entre el 2.200 y 1.800 a.C., protagonizado por una revitalización de las relaciones atlánticas que propagarán por Europa el recién surgido Campaniforme III, cuya desaparición se hace coincidir con el nacimiento de la "Cultura de Alcalar". Los sepulcros de falsa cúpula de este horizonte cierran el repertorio constructivo funerario coexistiendo con los últimos ejemplos andaluces de cierta entidad: sepulcros con cámara y falsa cúpula de Matarrubilla y La Pastora en Sevilla, o El Romeral en Málaga, además de

estructuras megalíticas como las de Menga y Viera (Málaga), Purenque Larráez (Cádiz), y Laborcillas y Los Eriales (Granada).

Los núcleos de poblamiento van a ser, de igual forma, objeto de estudio, como hemos señalado en algún momento. No obstante, en la mayoría de los casos todo se reduce a una somera descripción con tímidas insinuaciones de paralelización, siempre vinculadas a su posible relación con las necrópolis cercanas y, en particular, a sus ajuares cerámicos. Existen, sin embargo, algunos tratados que intentan establecer un organigrama explicativo, basado en principios de interpretación y estudio similares a los que animaron a profundizar en los orígenes y expansión del megalitismo. Es conveniente hacer una breve reseña sobre estos trabajos, ya que participan activamente a través de sus conclusiones en la problemática que venimos analizando acerca de la génesis del Calcolítico peninsular. La escasez de éstos es significativa en un momento en que proliferan los análisis sobre los conjuntos funerarios. Básicamente el ámbito de estudio se reduce a la desembocadura del Tajo y al Sudeste español.

En el primer caso, y dentro del meticuloso estilo narrativo de los historiadores de principios de siglo, pudo contarse con unas primeras aproximaciones recopiladas por varios investigadores a partir de prospecciones parciales llevadas a cabo en la Península de Setúbal y en el campo lisboeta (MARQUES DA COSTA, 1906; SANTOS, 1911; LEITE DE VASCONCELLOS, 1915). El descubrimiento de poblados como Pragança, São Mamede o Liceia, por citar algunos de los más significativos, era suficiente acicate como para abrir un audaz capítulo interpretativo sobre planteamientos constructivos y relaciones interregionales. Sin embargo, van a ser E. y L. Siret los adaptadores de la tesis orientalista al ámbito constructivo de los núcleos de habitación. Sus trabajos sobre el SE de España ya habían hecho sospechar a L. Siret, en particular, un probable influjo procedente del Egeo, a raíz de las matizaciones efectuadas en los estudios descriptivos de las defensas. Las semejanzas encontradas con las estructuras de fortificaciones orientales avalaban por sí solas las premisas enunciadas en el terreno de lo ritual (E. y L. Siret, 1890; L. Siret, 1893, 1906, 1907, 1908, 1913).

Aparte del valor historiográfico que adquieren estos tempranos estudios, por cuanto es conocida su importancia en la formación de posteriores teorías sobre el origen y desarrollo de las culturas prehistóricas peninsulares, es preciso resaltar una dialéctica común con el tratamiento del fenómeno megalítico. En este sentido, suele identificarse invariablemente la definición de los aspectos formativos y estructurales del Cobre peninsular con la problemática sobre el origen de

la arquitectura megalítica.

Quizá el ejemplo más fehaciente lo constituya, dentro de su concepción occidentalista, el propio **P. Bosch Gimpera** cuando afirma que los poblados peninsulares están sujetos a las mismas connotaciones crono-culturales que las formas sepulcrales citadas. A las unidades de habitación, concretamente, las hace originarias de las últimas fases neolíticas. Toscas e irregulares murallas de piedra delimitarían un perímetro de escasa extensión, cobijando cabañas de madera. Un momento posterior supondría el tránsito hacia la tecnología metalúrgica y, en consecuencia, el inicio de las prospecciones y explotación cuprífera en yacimientos localizados. El primer estadio neolítico marcará, finalmente, el inicio de un progresivo perfeccionamiento técnico en la construcción, llegándose primero a la cabaña de grueso zócalo o pared de mampuestos asentados en seco, para acabar con el levantamiento de unidades mejor trazadas de aparejos más ligeros y compactados. Es ésta última la etapa plena del período, coincidente con las expresiones funerarias de mayor elaboración (tholoi y cuevas artificiales).

Al margen de estas consideraciones de matiz infraestructural, es evidente que el auténtico planteamiento que reside en el fondo de semejantes teorías no es otro que definir el alcance de las relaciones peninsulares con el exterior. Como ya se ha dicho con anterioridad, Portugal va a ser el centro irradiador de la cultura megalítica, en cuyo bagaje cultural estarán presentes elementos estructurales y materiales de origen peninsular que acabarán en la región de Bretaña: tumbas de corredor con cámara circular abovedada y el vaso campaniforme, entre otros. El Norte de Francia actuará así de mediador en un activo intercambio de materias primas peninsulares con la Europa central y nórdica. Metales sudoccidentales activarán, de esta forma, un flujo comercial cuya contrapartida estará representada por productos exóticos en estas tierras como lo son el ámbar y la calaita.

No serán los únicos contactos que afectarán a esta cultura pues, tanto por el Norte como por el Sur, penetrarán influencias que se hacen patentes en la importación de determinadas piezas de carácter votivo, así como en el tratamiento ornamental de algunos útiles. En este sentido, entran en juego las relaciones que el Norte de Portugal y Galicia debieron sostener con las Islas Británicas, en particular con Irlanda. Para Bosch Gimpera este hecho justifica la presencia en las losas de los sepulcros del Condado de Sligo y el grupo del Boyne, de grabados con motivos diversos (círculos concéntricos, cruciformes, líneas paralelas, ondulaciones, etc.), cuyos paralelos pueden encontrarse en los grabados rupestres tardíos de Galicia y en los sepulcros bretones de

Gavrinis. Otros objetos como las placas discoidales y colgantes de oro del tipo "lúnula", son igualmente argumentados como producto de estas influencias, al igual que las tradicionales puntas de flecha de base cóncava y los puñales portugueses.

El Sur, por su parte, quedará abierto a través de varios caminos desde el Atlas nordsahariano hasta el Algarve. Especial relevancia le atribuye al contacto con la Cultura de Almería, por cuanto la etapa millarense desencadenaría la expansión de la metalurgia del cobre, plata y oro, además de transmitirle los consabidos elementos sepulcrales mediterráneos. Finalmente, y en la faceta votiva, entrarían por la misma ruta toda la serie de ídolos cilíndricos e ídolos-placa en sus distintas variantes, más o menos esquemáticas, de estilizadas representaciones antropomórficas.

A pesar de estas conclusiones es posible, no obstante, que sean los estudios efectuados sobre los conjuntos cerámicos los que definan con más claridad las propuestas defendidas por Bosch desde 1932. Esta periodización a la que nos hemos referido anteriormente en su aspecto arquitectónico-funerario, responde a un replanteamiento efectuado en 1969 respecto a sus primeras concepciones. En su nueva visión va a mantener básicamente lo afirmado hasta ahora sobre el origen de la Cultura de Almería y los conceptos fundamentales sobre el desarrollo y auge de la Cultura Megalítica Portuguesa. Pese a ello, y ante la existencia de nuevos enfoques derivados de los resultados obtenidos en excavaciones posteriores, considera oportuno modificar el panorama de estos estudios y abundar en los factores de relación extrapeninsular que se observan a lo largo de los tres períodos definidos.

En efecto, sigue en vigor la tesis que partía de la existencia de un proceso aculturador de cierta entidad, con elementos norteafricanos actuando sobre la base regional del "Neolítico Circunmediterráneo" en el Sur peninsular. La "Cultura Sahariense", originada a lo largo de una amplia franja al Sur del Atlas, atravesaría las mesetas argelinas hasta llegar al norte del continente y de ahí al SE de España. El contacto con la Cultura de las Cuevas daría como resultado el inicio de la llamada "Cultura de Almería" en sus primeras manifestaciones (etapa de "Tres Cabezas", 4.000/3.500 a.C.).

La evolución posterior viene marcada por tres fases fundamentales, la última de las cuales corresponde al desarrollo del Bronce Pleno:

Fase Inicial

Se producirá en primer lugar el florecimiento de la Cultura Megalítica Portuguesa en un momento situado en torno a los inicios del Tercer Milenio, hasta llegar al período "clásico" de la misma allá por el 2.700 a.C. Además de algunos elementos mobiliarios ya mencionados, como es el caso de los ídolos antropomorfos de procedencia egea, lo más característico, sin duda, es la cerámica globular carente de decoración, si exceptuamos el engobe "a la almagra" que acusan algunas veces estos vasos y que se apuntaba como prueba de unos primeros contactos con la Cultura de Almería. Esta última va a ser fechada para su origen en un momento muy anterior (3.500/3.000 a.C.) y estaría representada, entre otros yacimientos, por el poblado de El Gárcel (Antas). La cerámica consiste en vasos con predominio de cuellos cilíndricos, terminaciones cónicas o asas, muy simples, tubulares perforadas.

Un momento avanzado estaría marcado por la llamada "Etapa de Parazuelos", representada por el yacimiento epónimo en la provincia de Murcia, al Sur de Mazarrón, desde el 3.000 al 2.700 a.C. La aparición de piezas metálicas junto a los restos de su factura se define como rasgo habitual, además de la expansión por el Levante de esta cultura. En estas zonas convivirá con la Cultura de las Cuevas y en Cataluña aún perduran los sepulcros en fosas delimitadas por lajas rectangulares. La cerámica es el mejor indicador de una nueva situación en la cual son particularmente visibles las relaciones mediterráneas. Así lo demuestran los vasos con engobe a la almagra y los pintados, consecuencia de tempranos contactos con las islas Lipari (antiguo núcleo comercial de la obsidiana), Sicilia ("Cultura de Diana") y Malta. El resto de Andalucía se encuentra ya en la etapa Campaniforme I y paralelamente va a ser el lugar de paso de la cerámica pintada (núcleo de Gar Cahal en Marruecos), hasta relacionarse con la Cultura de las Cuevas).

Fase de Transición

Supone un paso previo al desarrollo de la Cultura de Los Millares. El período, marcado entre 2.700 - 2.500 a.C., coincide con el apogeo de la Cultura Megalítica Portuguesa. Se identifica con la Cultura de Palmella por la propagación de su típico material, amén del tipo sepulcral en cueva artificial que para Bosch resulta un modelo imitativo de los sepulcros de falsa cúpula surgidos de las relaciones almerienses con Sicilia y Malta. Las relaciones con Italia aún quedarán patentes en la Península a través de los restos cerámicos de vasos con boca cuadrada,

encontrados en varios ajuares desde Cataluña hasta Andalucía (Alhama de Granada), cuya procedencia cultural parece fijarse en las etapas media y final del Neolítico italiano. El resto de la cerámica ofrece formas cilíndricas, esféricas u ovoides con cuello troncocónico invertido, por lo común carentes de decoración, si exceptuamos algunos ejemplares con decoración incisa en zig-zag. Los vasos de perfil ovoide sin decorar denotan a su vez cierta propensión a las influencias europeas a través de Cataluña, como la procedente de la cultura palafítica de Cortaillod (Suiza), relacionada con el Chasseense francés.

Cultura de Los Millares

Corresponde a una segunda fase que daría comienzo hacia el 2.500 a.C., coincidiendo con una expansión del Vaso Campaniforme II (2.300 a.C.) y finalizando en torno a 1.800 a.C. No duda en calificarla de "muy compleja", dada la gran mescolanza de las tradiciones almerienses con elementos foráneos procedentes del Mediterráneo y Portugal. La pervivencia de lo local estaba justificada por objetos como puntas de flecha triangulares con aletas y espiga, objetos de cobre y, sobre todo, cerámica sin decorar o bien decorada a base de incisiones figurativas esquemáticas (ojos apotropeicos, soles y ciervos esquemáticos). Los ciervos, en particular, son relacionados con el Campaniforme de Palmella. En general, la cerámica pintada se relaciona con influjos mediterráneos o portugueses, acompañando a la penetración de tipologías líticas diversas: puntas de flecha de base cóncava, puñales, alabardas, ídolos-placa, ídolos falangiformes oculados, etc. El hueso está representado por los peines y las típicas agujas de cabeza segmentada denominadas "alfinetes".

La aparición del Campaniforme IIIa es considerada como un signo demostrativo de la larga perduración de la cultura millarense, además de las fechas radiocarbónicas obtenidas en poblados como el de Almizaraque (2.200 ± 120) o La Ereta del Pedregal en Navarrés-Valencia (1.880 ± 250).

En cualquier caso, queda claro que la presencia de rasgos procedentes del exterior debe ser interpretada como el fruto de intensas relaciones comerciales y no como un hecho colonizador directo. Esto supone que, tanto en Almería como en Portugal, permanezcan los rasgos propios de ambas culturas, aunque matizados por una serie de "rasgos singulares" aportados por esos contactos.

Fase preargárica e inicios del Bronce

Se trata de un nuevo período de transición que va a dar paso a la Cultura Argárica en el SE. Sobre la base de los datos aportados por los poblados de Lugarico Viejo y Fuente Vermeja, se define un panorama cultural con la desaparición de la heterogeneidad típica de Los Millares y la simplificación de las cerámicas. De nuevo se volverá a las formas lisas, a la vez que se inicia la mutación de los perfiles almerienses hacia los estereotipos argáricos.

El ámbito geográfico de este nuevo horizonte incluye penetraciones destacadas hacia el interior y el Oeste, como lo demuestran las nuevas formas sepulcrales de Granada y Sur de Portugal. En la provincia granadina se citan necrópolis con sepulturas de cámara cuadrada y corredor, mientras otras conservan ciertos rasgos en sus materiales afines aún a Los Millares. Las primeras están representadas por: La Peñuela, La Fonseca y La Cañada del Aguila (Laborcillas), Montefrío, Meseta del Mudo (Almía), La Campana (El Espartal) y Monachil. El segundo tipo se detecta en La Meseta del Mudo y Monachil. En Portugal se deja sentir igualmente este proceso de transformación, según se descubre en las agrupaciones de cistas en diversas zonas del Sur (Algarve) y el Alentejo.

La eclosión argárica dará pronto signos de evidencia en el SE, con lo que comienza un nuevo período en la Prehistoria andaluza. Su singularidad y características son igualmente objeto de estudio, si bien escapan por ahora a nuestras consideraciones.

Esta concepción occidentalista sufrirá críticas por parte de destacados investigadores que difieren en gran medida de los supuestos teorizados por P. Bosch Gimpera, particularmente en lo relativo al grado de intervención de las influencias mediterráneas orientales en la Península Ibérica. **J. Martínez Santaolalla** estructurará un discurso orientalista, partiendo de la existencia de un supuesto proceso de tempranas y estrechas relaciones entre el Sur peninsular y el Norte de Africa (MARTÍNEZ SANTAOLALLA, 1946a; MARTÍNEZ SANTAOLALLA *et al.*, 1947). Su visión global del fenómeno le lleva a pensar en la existencia de una ruta marítima norteafricana, vía favorable para la llegada de influjos orientales y egipcios a Occidente. La expresión material de este hecho en el Tercer Milenio toma el nombre de "Cultura Ibero-sahariana", de facies megalítica, conocedora del metal y productora de cerámicas pintadas o incisas con motivos geométricos y "simbólicos". Tras este primer momento sobrevendrá en pleno desarrollo del Bronce Mediterráneo (2.000/1.500 a.C.) el verdadero aporte de elementos orientales, que los ibero-saharianos acogerán decisivamente en sus poblados amurallados y sepulcros de falsa cúpula.

Para **M. Almagro Basch**, la definición de los márgenes cronológicos y culturales del Eneolítico peninsular pasa por una consideración detallada sobre el origen de las cerámicas a la almagra y las pintadas. Las primeras representan claros exponentes de la cultura eneolítica y además tienen un carácter intermediterráneo, por cuanto las hace originarias de la franja sirio-palestina y Chipre, desde donde iniciarían su emigración hacia las costas occidentales y Península Ibérica, ya entrado el Segundo Milenio a.C. (ALMAGRO y ARRIBAS, 1963). Las cerámicas pintadas corren igual suerte y sobre los escasos ejemplares existentes opina que también debieron constituir conjuntos de importación cretenses y anatólicos durante el primer tercio de este Segundo Milenio a.C.

M. Tarradell Mateu reflexiona sobre las características rituales establecidas para la Cultura de Almería, estableciendo un nuevo orden para los enterramientos más antiguos, considerados neolíticos (TARRADELL, 1960, 1963 y 1964). Según su criterio, corresponden a ritos colectivos procedentes del Mediterráneo oriental, cuya expansión se efectúa a lo largo del litoral (Cataluña) exceptuando la región levantina. Será esta zona objeto de su investigación posterior, llegando a definir un horizonte calcolítico en fase avanzada, coincidente con la llegada de influjos orientales y sicilianos como lo demuestran los enterramientos en cuevas artificiales. Se trataría de grupos agrícolas establecidos en poblados de llanura, con un modelo de asentamiento claramente discordante respecto a los centros megalíticos amurallados dedicados al comercio metalúrgico.

Los trabajos de excavación en el poblado portugués de Vila Nova de São Pedro van a propiciar un nuevo avance en la consideración de las tesis orientalistas, al ofrecer materiales y estructuras arquitectónicas que serán utilizados como argumentos demostrativos de las influencias egeas. **E. Sangmeister** realiza en 1956 junto con **A. do Paço** una reveladora síntesis sobre la secuencia del citado yacimiento, en la cual van a centrar su atención sobre el conjunto cerámico aparecido en los estratos inferiores precampaniformes y los sistemas defensivos del mismo (PAÇO A. DO y SANGMEISTER, 1956). La cerámica en cuestión presentaba unas características de elaboración y tratamiento que les hicieron pensar en un origen extrapeninsular. Sus finas y cuidadas pastas, así como el espatulado de las superficies, hacían de estos "copos decorados" el fósil director por excelencia de un nuevo horizonte, constituido por la que fue denominada desde entonces "cerámica de importación". Los paralelos fueron establecidos en el Mediterráneo oriental, dentro del contexto cultural del Bronce Antiguo del Egeo y particularmente adscribibles

al Cicládico Antiguo I (Grupo de Pelos) (SANGMEISTER y SCHUBART, 1958).

Las posteriores excavaciones del poblado de Zambujal ofrecerían a **E. Sangmeister** y **H. Schubart** la posibilidad de establecer definitivamente la secuencia cultural eneolítica, a partir de unos materiales y construcciones que expresaban claramente su origen en los círculos preurbanos de la cuenca oriental mediterránea (SANGMEISTER y SCHUBART, 1969; SANGMEISTER *et al.*, 1970 y 1971).

Abundando en esta misma línea, **B. Blance** intentará demostrar la existencia de estas relaciones y la asimilación de elementos orientales, enfocando la investigación hacia tres campos diferentes: el estudio de las estructuras defensivas, el material cerámico y los enterramientos colectivos en tholoi y cuevas artificiales (BLANCE, 1961).

Respecto a las fortificaciones de algunos poblados, existía ya como precedente la conclusión a que había llegado Sangmeister paralelizando la estructura de la muralla exterior de Los Millares con el sistema de bastiones de Calandriani en la isla de Syros (PAÇO A. DO y SANGMEISTER, 1956). Para este autor, el uso de múltiples líneas de defensa con semejantes características, así como la presencia de materiales fácilmente relacionables en el yacimiento de Vila Nova de São Pedro, marcaban la pauta para establecer una procedencia mediterráneo-oriental de estos elementos en la Península. La idea de Blance sobre el establecimiento de un principio homogeneizador que englobara a las construcciones defensivas de ambos extremos del Mediterráneo encontró serias dificultades ante la existencia de importantes vacíos estructurales.

El estudio de la cerámica parecía arrojar más luz sobre el tema, por cuanto que, si bien demuestra su fabricación peninsular mediante un exhaustivo análisis de las pastas, quedaba fuera de toda duda el factor imitativo de las tipologías orientales. Estos conjuntos materiales van a constituir la base sobre la que desarrolle una peculiar visión sobre la problemática del contexto cultural en que se ven inmersos. La presencia de cerámicas bruñidas, peines, vasos de piedra, ídolos de cuerno o cilíndricos, etc., será explicada mediante el, ya antiguo en la historiografía, recurso de la "colonización". La aparición de materiales considerados como "no derivados" del horizonte neolítico peninsular sólo podía explicarse mediante la presencia de colonos en las tierras del Sur y el Oeste. El "horizonte de importación" tomará así nuevos impulsos con las sistematizaciones que pretendían poner un poco de orden en este ambiente de establecimientos sureños. Se llegó, incluso, a definir una territorialidad en base a centros coloniales de primer orden y su zona de influencia (Vila Nova de São Pedro, Asta Regia, Los Millares). En cualquier caso,

la documentación material había marcado ya unas secuencias que persistían en los esquemas cronológicos del momento y, salvo algunas concesiones hechas en favor de ciertos tipos imitativos o una tímida capacidad evolutiva en los sistemas constructivos neolíticos, se mantenían en lo básico los esquemas tradicionales (SAVORY, 1972; SANGMEISTER, 1975b; BLANCE, 1971). En los tres ejemplos citados se buscó delimitar el grupo de "cerámicas de importación", señalándose a su vez un carácter autóctono para otro buen número de ellas. El elemento definidor de las primeras lo constituían las formas decorativas, así como ciertas tipologías observadas en el conjunto de la vajilla. Ambos aspectos reflejaban cierto grado de similitud con algunas formas orientales, lo que llevaba a pensar en un ambiente de contactos mutuos, fruto de los cuales surgieron esos tipos. Así ocurría por ejemplo con el grupo portugués de los llamados "copos decorados". Respecto a los considerados autóctonos, se barajaban como pruebas fehacientes de ello las características de la composición mineralógica de su pasta, susceptible, incluso, de matizaciones regionales que marcaban un área de elaboración determinada. La similitud de las formas se explicaría, entonces, en función de un proceso de imitación que afectaba al grupo de los "copos canelados", con amplia representación en los poblados portugueses de la desembocadura del Tajo.

Es preciso señalar que Blance matizó convenientemente el fenómeno colonizador, estableciendo apriorísticamente un panorama de contactos de tipo comercial que propiciaron ese "recales" de las formas egeas en el substrato indígena. Este hecho explicaría el nacimiento de núcleos como Almizaraque, ubicado cronológicamente por la autora en un primer momento de la llegada de los influjos cicládicos a las costas almerienses. La Cultura de Almería recibía así un aporte trascendental que posteriormente experimentaría una intensificación hasta dar lugar a la Cultura de Los Millares. Dentro del marco de interrelaciones sur-peninsulares el poblado en cuestión entablaría después contactos con los otros núcleos orientalizados de Portugal y la costa mediterránea. La investigación española, por su parte, no se abstraería a esta corriente y aceptó igualmente la posibilidad de una inmigración egea que se establecería en Los Millares hacia el año 2.000 a.C. Las tipologías arcaicas de fortificaciones y estructuras "tholoi" habían hecho una "conquista" más en el solar hispano.

El modelo explicativo colonial irá finalmente padeciendo de un agotamiento que le llevará a nuevas reconsideraciones a lo largo de la década de los sesenta y principios de la siguiente. El concepto de "colonia" va a sufrir grandes matizaciones que intentarán acomodar, en la medida de

lo posible, los viejos principios difusionistas a los más recientes replanteamientos sobre los conjuntos materiales y constructivos (RAMOS, 1981).

Hay que partir de la base de que el fenómeno de colonización en sí es admitido por la totalidad de investigadores que disertan sobre el mismo. Lo que procede, en cambio, es una precisión sobre diversos aspectos que afectan al contenido de su interpretación. La identificación de similitudes con el mundo egeo en los sistemas constructivos de defensa (bastiones semicirculares), los tholoi y determinadas soluciones de estructura en las construcciones domésticas, constituirán, sin duda, el mejor repertorio de reafirmación del hecho en cuestión. Es oportuno recordar en este sentido el estudio efectuado sobre las estructuras del "Cerro de la Virgen", que indujeron a pensar nuevamente en paralelos egeos (KALB, 1969 y 1975). **Ph. Kalb** llegó a establecer una correspondencia entre dichos fondos de cabaña y otros chipriotas, negando rotundamente cualquier posibilidad de evolución autóctona ante lo novedoso de estas estructuras y la mayor antigüedad de las granadinas. Sin embargo, en un intento de definir geográfica y tipológicamente el concepto a partir de los enunciados expuestos en un principio por B. Blance, quedaba de manifiesto una diversidad en los asentamientos difícil de encajar en cualquier sistematización tipológica. Esto llevó a **W. Schüle**, por ejemplo, a establecer una cierta jerarquización en el conjunto de las colonias, diferenciándolas en razón de su mayor o menor categoría (SCHÜLE, 1969 y 1970). Para este investigador la proximidad o lejanía de la costa era el más claro síntoma de su posición hegemónica en el proceso económico-comercial que desempeñaban en estas regiones. En relación con esta premisa, quedaban un tanto desbancados de su consideración inicial asentamientos como el Cerro de la Virgen o Vila Nova de São Pedro, considerados a partir de ahora de "segundo orden" por encontrarse tierra adentro. En su opinión, estos poblados respondían a una prolongación de la actividad de la colonia hacia el interior, siempre buscando unas relaciones más provechosas con el mundo indígena. Por el contrario, mantenía la importancia reconocida a núcleos como Almizaraque, Asta, Los Millares y Zambujal, si bien con los dos últimos hacía una concesión respecto a este criterio al no negarles un posible acceso a la costa en el pasado con unas condiciones geográficas distintas a las actuales.

Otro asunto a determinar lo constituía la procedencia de los influjos culturales a partir de centros internos o externos a la Península y, en consecuencia, las trayectorias que marcaban estos movimientos aculturadores. Básicamente se seguía admitiendo la llegada escalonada de grupos orientales en una progresión y frecuencia que descartaban, en principio, la arribada de grandes

contingentes en un momento concreto. Estas persistentes expediciones irían introduciendo elementos culturales suficientes como para modificar los patrones tecnológicos, rituales y constructivos de las poblaciones indígenas (ALMAGRO GORBEA, 1973; COLLANTES DE TERÁN, 1969; MUÑOZ AMILIBIA, 1969). No obstante, seguían pesando suficientemente en este diseño las evidencias presentes en algunos yacimientos peninsulares revelando, fundamentalmente, la existencia de dos realidades que matizaban la intervención de lo foráneo en este proceso formativo. Por un lado, eran admitidas las innovaciones sobre los sistemas de construcción (fortificaciones) y la tipología material. Consecuencias, en definitiva, de una realidad que giraba en torno a la consecución de metales para el mundo creto-micénico ya desde una época temprana (Neolítico Reciente). En segundo lugar, la escasez de materiales y estructuras típicas del "horizonte de importación" se había detectado en los poblados emblemáticos del estuario del Tajo (SCHUBART, 1969) y suponía para sus excavadores la necesidad de arbitrar nuevos enfoques que readaptasen el viejo esquema colonial.

Desde el enunciado de nuevas concepciones terminológicas, hasta el establecimiento de diferencias morfoestructurales con yacimientos afectos a núcleos regionales distintos, había todo un replanteamiento de la conceptualización inicial. E. Sangmeister y H. Schubart llegaron a propugnar, tras las excavaciones de Zambujal, la utilización del término "factoría" en lugar de "colonia". Este último era más relacionable, a su entender, con el proceso protagonizado por los fenicios. La situación que ahora se perfilaba estaba constituida por asentamientos que cumplían la función de estaciones intermedias en el paso del metal desde las zonas mineras interiores hacia el litoral. La escasez de materiales extranjeros era fiel reflejo de lo afirmado, en conexión, por otra parte, con la presencia de pequeños grupos orientales que vivían en estos poblados para mediatizar los intercambios y, tal vez, proteger los depósitos de metal guardados al amparo de sus fortificaciones.

Por otra parte, estos mismos autores llegaron a establecer, además, en Portugal claras diferencias en la tipología de los "tholoi", admitiendo sistemas constructivos que probaban su adscripción a zonas con distinta tradición cultural. Distinguían, según esto, el grupo del estuario, vinculado al proceso colonial del Tajo, y el del SW, donde fue definido el "horizonte de las tumbas de cúpula", relacionado a su vez con el núcleo almeriense. En esta región, por otra parte, no pudieron documentarse asentamientos fortificados al estilo colonial, ni tampoco la cultura material evidenciaba tales similitudes (SCHUBART, 1971).

H.N. Savory matizó después estos supuestos, relacionando así mismo la fortificación de

Vila Nova de São Pedro con Los Millares y, por extensión, con influencias anatólicas (SAVORY, 1972). Ya había sido definida una situación de contactos con el yacimiento almeriense, a propósito de la paralelización tipológica buscada a la cerámica simbólica. Ahora se detiene en análisis estratigráficos, concluyendo un rebaje cronológico que sitúa a las estructuras del poblado portugués en un momento posterior al "horizonte de importación". En este esquema no encajaría tampoco el horizonte campaniforme, cuya presencia en el lugar sería también posterior, al parecer en una época en la cual las defensas ya habían desaparecido.

Nuevos datos harían tambalearse aún más a los presupuestos tradicionales, esta vez a propósito de los materiales y estructuras estudiados en el fortín de "Pedra do Ouro". La ingente colección de cerámicas recogidas en superficie, con todo lo que ello supone en cuanto a la aleatoriedad en selección y clasificación de las mismas, ofrecía, sin embargo, una significativa vinculación tipológica a las formas decoradas del estuario, aunque sin estar presentes los repertorios "coloniales" característicos. Si a esto le añadimos el hecho de que las estructuras defensivas presentaban una disposición "atípica" a lo que se había definido como "fortificación característica" de una colonia (las "ciudadelas" de Schubart), es evidente que existía una clara divergencia crono-cultural entre ambos centros. Su datación en el Eneolítico Reciente estaba además avalada por la presencia de una buena representación de cerámica campaniforme. Esta preponderancia indígena en los rasgos culturales externos del poblado fue interpretada según la suposición de que la comunidad indígena llegaría a dominar el comercio del metal, monopolizando una actividad que ya venían desarrollando antes los colonizadores. Este hecho era la consecuencia lógica de un giro importante en el enfoque de las relaciones entre las "factorías" y los indígenas, intensas desde el principio, que irán provocando, en cambio, el eclipsamiento progresivo de dichos establecimientos.

Algo, no obstante, va a cambiar decisivamente el sentido de las investigaciones a finales de la década de los sesenta. La misma escuela inglesa que había creado los más acérrimos representantes del difusionismo alumbrará ahora a uno de sus más enérgicos detractores. **Colin Renfrew** provocará un revulsivo sin precedentes en la dinámica interpretativa, enarbolando la nueva bandera del "evolucionismo" basado en una revisión a ultranza de las cronologías tradicionales (RENFREW, 1967a, 1973b y 1976). Las nuevas dataciones calibradas de C-14 demostraban mayor antigüedad en los vestigios peninsulares que en los egeos. En consecuencia, la base autóctona cobraba nuevos bríos y el arranque cultural calcolítico había que situarlo a partir

de un Neolítico Reciente.

Este autor no acepta la posibilidad de que en el Egeo existieran tumbas megalíticas que actuasen como inspiradoras de las occidentales ni tampoco los sistemas de fortificación de Los Millares y Zambujal partirían de prototipos egeos. Las dataciones C-14 y las correspondientes conclusiones posteriores arremetían contra el supuesto orientalista, presentando unas fechas para el período Heládico Primitivo II entre el 2.260 ± 56 y 2.120 ± 65 (DICKINSON, 1977). En esta demarcación cronológica estarían presentes las construcciones fortificadas de Chalandriani (Syros) y Panormos. Considerando las fechas de Zambujal, apoyadas en unas dataciones entre 2.250 ± 40 y 2.245 ± 55 como más antiguas para las construcciones en su fase 2a y suponiendo en consecuencia fechas más altas para las estructuras de niveles inferiores (2.400/2.300 a.C.), se concluía una cronología posterior para los enclaves egeos. Supuesto válido también para Los Millares, admitiendo que las fechaciones de C-14 en este yacimiento correspondían a un momento posterior a la construcción de la muralla y, en base a esto, dirimir una fecha en torno al 2.500 a.C., más antigua aún que las portuguesas.

La consecuencia inmediata de estas consideraciones fue aseverar, sin vacilación, un origen autóctono para la metalurgia del cobre en la Península Ibérica. Proceso, según Renfrew, independiente y similar al ocurrido en las tierras del Mediterráneo Oriental. El centro gravitatorio del Tercer Milenio se encontraba ahora en Occidente y quedaba abonado el terreno que vería surgir en las dos últimas décadas los nuevos supuestos metodológicos. Tal planteamiento habría, no obstante, de decantarse y ceder hacia posturas más moderadas que, sin negar la autoevolución, aceptaban ciertos influjos orientales en su papel de estimuladores culturales para las poblaciones indígenas.

Como respuesta inmediata a la nueva panorámica cronológica, el cuadro general interpretativo es presentado invariablemente a partir de una llegada de comerciantes orientales en busca del metal. Las similitudes en diversos aspectos materiales y, sobre todo, en el planteamiento de las estructuras defensivas y funerarias, tendrían así una nueva lógica explicativa que aunaba las capacidades de evolución tecnológica local y el poder de injerencia de elementos culturales foráneos.

En un intento de dar salida a los planteamientos tipológicos establecidos desde los primeros estudios sobre las defensas de Zambujal, Sangmeister y Schubart partirán nuevamente de una dinámica socioeconómica que incidirá decisivamente sobre el sustrato local neolítico (SANGMEISTER y SCHUBART, 1981). El punto de partida va a ser la consideración de un

esquema social y político indígena, remodelado tras los contactos con las poblaciones venidas del otro extremo del Mediterráneo. Estos grupos serán portadores de una tradición constructiva que ahora van a poner en práctica ante la necesidad de defender sus intereses económicos. De igual forma, los conjuntos materiales aportados, aún no liberados de su tradicional condición de "cerámicas importadas", van a ser imitados por los indígenas y completarán el panorama cultural que, pese a las matizaciones realizadas sobre el concepto de "colonia", mantiene la existencia del sempiterno "cordón umbilical" con Oriente.

El común acuerdo para admitir la llegada de influjos orientales queda, no obstante, matizado por la reticencia, relativamente extendida entre los investigadores, a seguir hablando de colonias *sensu stricto*. La pobreza de los elementos de importación, o simplemente su ausencia en los conjuntos materiales, incitan al rechazo de unos supuestos de aculturación basados en estrechas relaciones con los extranjeros. La influencia cultural vendría dada, en cambio, a través de un sutil proceso transformador en las estructuras sociales de las comunidades indígenas sobre el terreno abonado de una situación económica agropecuaria en franco desarrollo. Lo más plausible en este sentido era pensar en los clásicos intermediarios comerciales, portadores del bagaje material y tecnológico capaz de provocar los fuertes cambios que inaugurarán la nueva Era. El elemento catalizador del proceso lo constituirá en esta dialéctica materialista el excedente propiciado por un desarrollo de la productividad, desconocido en esa magnitud hasta las últimas fases neolíticas. Lo que sigue a continuación es descrito comunmente bajo la forma de un proceso causa-efecto, una reacción en cadena, que acarreará sucesivamente la diferenciación en la posesión de la riqueza, estratificación social, división del trabajo y emergencia, al fin, de elementos controladores del nuevo orden. Sobre este planteamiento la metalurgia experimentaría su desarrollo, vinculada a un proceso de producción y jerarquización social en el que estarían presentes los nuevos artesanos del metal (TAVARES DA SILVA y SOARES, 1976-77).

El segundo escenario sobre el que se ensayarán los nuevos supuestos interpretativos va a ser Andalucía, y más concretamente el área del Sudeste. El recurso difusionista encontrará aquí nuevas versiones al ser considerada esta zona como cabeza de puente en el proceso expansivo de ciertas tradiciones culturales por el resto de la región. Tal argumentación es sostenida por una necesidad explicativa respecto a la presencia de cierto tipo de materiales y estructuras, a los que nos hemos venido refiriendo reiteradamente como principales elementos referenciales en la dialéctica orientalista. Determinados conjuntos cerámicos de la Baja Andalucía (RUIZ MATA,

1975) han servido para respaldar esta supuesta "intrusión" en un contexto que se ha venido definiendo en base a un alto grado de conectividad entre dicha zona y el SE. Sólo las oportunas matizaciones realizadas en su día por **A. Arribas** y **F. Molina** tras la excavación del poblado de "Los Castillejos" (Montefrío, Granada) (ARRIBAS y MOLINA, 1979), ponían coto a esta secular vinculación, evidenciando la rareza de ciertas tipologías en Los Millares con amplia representación, en cambio, en el yacimiento granadino y en el sevillano de Valencina de la Concepción. Particularmente, a las fuentes de gran diámetro y borde engrosado se les atribuye en ambas secuencias una perdurabilidad destacada desde un momento precampaniforme hasta, probablemente, las fases iniciales del Bronce Antiguo. En cualquier caso, la diversidad interregional es evidente y no puede generalizarse el pretendido efecto aculturador a partir del núcleo almeriense.

Por lo que respecta a las estructuras, según los citados autores, existe una clara diferencia entre los restos de habitación de los poblados vinculables a las necrópolis con sepulcros de corredor y la modalidad constructiva de los pertenecientes al horizonte Millares. Frente a la deleznablez de los primeros, establecida en base al hallazgo de algunos emplastos de barro con improntas de entramado vegetal, la solidez que proporcionan a éstos últimos zócalos y paredes de piedra o adobe en sus cabañas circulares son la mejor prueba de unos conceptos constructivos enmarcados en contextos culturales de distinto signo.

Las construcciones funerarias apoyan esta realidad distinguiéndose, en primer lugar, un "Horizonte de Los Millares", representado por sepulturas en tholoi y cuevas artificiales, con dos centros fundamentales situados en el yacimiento epónimo y en Almizaraque, a partir de los cuales se extiende su influencia hacia el Norte alcanzando las tierras altas de Baza, Huéscar y la comarca de Los Vélez. Por otra parte, se distingue un "Horizonte Megalítico Occidental" de sepulcros con corredor y cámara trapezoidal o rectangular, propio de dos áreas que abarcan respectivamente el Suroeste peninsular (Algarve-Huelva) y Extremadura, solar de la cultura del Alentejo, y una segunda región que asciende desde la desembocadura del Guadalquivir hasta la Vega de Granada, limitada orientalmente por una franja Norte-Sur desde el curso alto del río hasta la costa malagueña.

La expansión del horizonte Millares va a suponer, finalmente, el reconocimiento de una auténtica "colonización de las altiplanicies orientales de la Alta Andalucía" (ARRIBAS *et al.*, 1978; MORENO, 1993). Las tierras de Baza, Huéscar y Chirivel, se verán afectadas por la

emigración de poblaciones procedentes del yacimiento almeriense en su fase inicial. Por lo común, se trata de asentamientos poco poblados, con potentes estructuras defensivas y una homogeneidad material que les imprime su filiación característica. Las conclusiones emanadas del análisis efectuado tras la excavación del poblado del Cerro de las Canteras (Vélez-Blanco, Almería) y los granadinos del Cerro de la Virgen (Orce) y El Malagón (Cúllar-Baza), ponen de manifiesto una situación descrita como el avance de prospectores metalúrgicos en oleadas que tuvieron su inicio a mediados del Tercer Milenio a partir del citado foco cultural de Millares I. La penetración fue realizada aprovechando los pasos naturales que unen el litoral almeriense con el altiplano granadino. Siguiendo, probablemente, el curso del Almanzora y existiendo asimismo como alternativa el paso de Puerto Lumbreras, estos grupos fueron asentándose a lo largo de estos caminos, buscando la comunicación más idónea con las zonas mineras del Alto Guadalquivir.

Los conjuntos estudiados presentaban una significativa mescolanza de útiles y estructuras que podían encuadrarse en horizontes tan dispares como un Neolítico Reciente o el llamado "Horizonte de las Colonias". La relativa abundancia de los primeros en el caso del Cerro de las Canteras ya había hecho pensar a **F. de Motos** que se encontraba ante un poblado del Neolítico avanzado (MOTOS, 1918). A esto había que añadir la presencia de estructuras funerarias formadas por cámaras circulares o poligonales sin corredor y conteniendo inhumaciones individuales acompañadas de ajuares con tipologías que no daban lugar a dudas respecto a su adscripción crono-cultural: puntas de flecha con pedúnculo y aletas, hojas de sílex, pulseras de pedúnculo, conchas para colgantes, etc. Sin embargo, la evidente presencia de objetos de cobre, tanto en el poblado como en la necrópolis, indujo a una posterior rectificación fijándose un nuevo estadio en torno a un Cobre Inicial. Esta última hipótesis, sería luego objeto de una sistematización que, aunque no exenta de cierto confusionismo por la errónea adjudicación cultural de ciertos materiales, incidía en la existencia de un Período Calcolítico sobre un substrato Neolítico Avanzado (GIL, 1950). La cubierta de falsa cúpula documentada en una sepultura y ciertos motivos simbólicos en algunas cerámicas del poblado, encontraban presumibles paralelos en la correspondiente fase de Los Millares.

No sería éste el único asentamiento con semejante seriación cronológica, puesto que en el Cerro de la Virgen (Orce) **W. Schüle** pondría de manifiesto una secuencia con similares características y más completa por cuanto su perdurabilidad alcanza y supera la Etapa Campaniforme (SCHÜLE, 1980). Aquí, las cubiertas de falsa cúpula en las viviendas y la

existencia de un potente sistema de fortificación con bastiones adosados a la muralla constituían los mejores ejemplos de similitud a la problemática estructural del yacimiento almeriense. Hemos de recordar que, en la dinámica colonizadora diseñada por este investigador, el poblado de Orce junto con el de El Malagón, pertenecerían a la tercera escala de asentamientos ubicados tierra adentro para garantizar el aprovisionamiento metalúrgico. Una colonización gradual, ciertamente discutible, que supone la instalación sucesiva de fortines estratégicos en las costas, próximos a vetas explotables (Almizaraque), y poblamientos posteriores de mayor entidad capaces de aglutinar el flujo de los intercambios (Los Millares).

La excavación del poblado de El Malagón (Cúllar-Baza) a cargo del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada aportará igualmente interesantes datos en este panorama interpretativo. Situado en las inmediaciones de una tradicional vía de paso que unía las tierras altas de Orce con al valle del Almanzora, ha sido descrito por sus excavadores como uno de esos pequeños poblados de prospectores metalúrgicos con una capacidad estratégica importante en el control de los recursos mineros cercanos y en el contacto con el tránsito costa-Alto Guadalquivir, dada su ubicación en un "cruce de caminos". La superposición de varios niveles de construcciones determina la existencia de dos fases con características que denotan una ocupación relativamente amplia, cuyo final vendría a producirse en un momento anterior a la llegada del Campaniforme.

Como ocurriera en el Cerro de las Canteras, la cerámica muestra variedades típicas a base de cuencos con diferentes calidades, platos de borde interior biselado y los tipos que establecen la relación con Los Millares: vasos de carenación muy baja del tipo Millares I-Vila Nova de São Pedro I, vasos troncocónicos de fondo plano y vasos bicónicos como los decorados en Millares con motivos simbólicos. Otros materiales, a base de punzones de hueso, hojas y puntas de flecha de sílex, piezas de telar, azuelas o diversos objetos de cobre (punzones, puñales y sierras), completan el conjunto del utillaje. Materiales, en definitiva, mezcla de tradiciones antiguas con otras más avanzadas que explican su asignación al Horizonte de Los Millares, definido como un período reciente de la Cultura de Almería.

Como ya se indicó anteriormente, tras un período de tiempo en el que se consignan varios registros de ocupación precampaniforme, estos poblados mineros son abandonados produciéndose un reagrupamiento poblacional en unidades urbanísticas de mayor entidad (Cerro de la Virgen). En opinión de los investigadores de El Malagón, el fenómeno obedece a un nuevo enfoque acerca de la explotación de los recursos regionales. La fundación del poblado del Cerro de la Virgen en

un momento tardío respondería entonces a un giro económico fundamentado ahora en una agricultura de regadío. El nuevo esquema subsistencial desliga a estas poblaciones de la, antaño necesaria, proximidad a las vetas metalíferas, como se desprende del nuevo patrón de asentamiento adoptado.

Posteriormente este esquema valorativo, planteado a partir de la existencia de prospectores metalúrgicos en conjunción con la presencia más o menos abundante de utensilios de cobre y la cercanía de los poblados a los afloramientos cupríferos, ha sido criticado en sus matices fundamentales. Según **A. Ramos** (RAMOS, 1981), la metalurgia no ocupa todavía un lugar destacado en la provisión de la energía alimentaria de estas poblaciones, supuesto que los utensilios de piedra o hueso no han podido ser desplazados aún por los metálicos en el panorama artefactual. La importancia estamental inferida, por otra parte, a los poseedores de dichos objetos tampoco es aceptable en este tipo de sociedades. La presencia del "propector" queda vinculada al diseño de una estructura social propia de una desarrollada economía política.

Por su parte, y con una nueva conceptualización del proceso evolucionista, el "materialismo dialéctico" de **A. Gilman** (GILMAN, 1976 y 1981; GILMAN y THORNES, 1985) aboga por la generación de cambios fundamentales en los cuadros sociales de las poblaciones del Cobre a partir de sucesos tecnológicos concretos. De un lado, el surgimiento de la metalurgia y, de otro, la intensificación de la agricultura, son considerados responsables del proceso de estratificación social que romperá progresivamente el antiguo modelo igualitario de estas comunidades.

Tales teorías encontraron, en un principio, cierto respaldo entre algunos investigadores. **R.W. Chapman** llegó a conectar igualmente a la metalurgia con la evolución tecnológica y las transformaciones sociales. Sin embargo, la evidente escasez de utensilios de cobre en el período hacía tambalearse al organigrama. Desde un "funcionalismo" más pragmático el estudio de la necrópolis de Los Millares le revelaba, en cambio, una diferenciación de riqueza en ajuares, situación y tipos constructivos, delatores, según su criterio, de una jerarquización social con status bien definidos y líderes o jefaturas institucionalizadas (CHAPMAN, 1991a). Como expondremos más adelante, el principio aglutinante que provocará la agregación de estas poblaciones será para Chapman el clima seco del Sudeste, que obligará a articular los resortes necesarios para una explotación efectiva de los recursos hídricos. La formación de clases sería, según esto, un hecho constatable, subsidiario de una especialización, la regulación al acceso y posesión de la tierra y

el control del sistema mediante un poder omnímodo.

Prescindiendo de estas consideraciones tecno-sociales, es evidente que las últimas interpretaciones llevadas a cabo sobre el yacimiento de Los Millares proponen un cambio sustancial en el enfoque sobre el origen de las culturas del Cobre de la Península Ibérica (ARRIBAS *et al.*, 1983). La actual base argumental, a partir de las conclusiones de C. Renfrew y sus dataciones C-14 calibrado, inicia un nuevo discurso en el que son sistemáticamente rechazadas las soluciones colonialistas clásicas. La emergencia de las innovaciones que, sobre la metalurgia y los revolucionarios sistemas defensivos del SE y el estuario del Tajo, han sido objeto de controversia en las últimas décadas, será relacionada con otros factores que nada tienen que ver con la llegada de colonos orientales a la Península. La razón cronológica define, por sí misma, un simple mecanismo de exclusión, por cuanto que las fechas inferidas por Renfrew a los tholoi egeos son significativamente más recientes que los modelos occidentales. Con igual planteamiento son rechazadas también las supuestas relaciones imitativas entre los sistemas de fortificación cicládicos y del SE. La tradicional dualidad Chalandriani/Los Millares deja, por tanto, de tener sentido en un nuevo cuadro interpretativo en el que la autoctonía de los rasgos culturales, definitorios por antonomasia del período en cuestión, englobarán aspectos tan controvertidos como el propio origen de la metalurgia.

Como consecuencia inmediata de estos planteamientos, la revalorización de los substratos neolíticos en su papel de generadores de los recursos tecnológicos que harán posible el paso hacia la nueva etapa serán un hecho constante en las síntesis actuales. En el caso concreto del SE, se identifica a la Cultura de Almería como punto de arranque de un proceso autoevolutivo hacia la primera edad del metal. Como P. Bosch Gimpera señalará en su momento, el germen debió encontrarse en poblaciones campesinas asentadas en la región desde época neolítica, constructores de poblados al aire libre y necrópolis con sepulturas circulares. De su capacidad para generar el cambio tecnológico preciso hacia la metalurgia, o el desarrollo de la misma tras la recepción de determinados influjos foráneos, parte otro de los principales puntos de discusión. En cualquier caso, parece evidente que los sistemas de fortificación dotados de bastiones y torres circulares, cuya cronología puede remontarse a comienzos del Tercer Milenio, obedecen a un generalizado proceso difusorio por el Mediterráneo, donde pudieron encontrarse las primeras conexiones con la metalurgia. Por otra parte, la ausencia de materiales importados de raigambre oriental en yacimientos como Los Millares o Vila Nova de São Pedro ha constituido uno de los indicativos que ayuda a descartar el, siempre audaz, planteamiento de una eventual colonización

masiva a partir de un Próximo Oriente con el que, dicho sea de paso, no se reconocen contactos directos en la Península Ibérica. Los discutidos "fenómenos paralelos de convergencia", explicativos de estas aportaciones aculturadoras según la óptica difusionista tradicional, quedan así excluidos de las conceptualizaciones vertidas actualmente en relación a semejante proceso de emergencia cultural.

Por lo que respecta al sistema de fortificación en Los Millares, se han enunciado tras su excavación matizaciones que tratan de conjugar la realidad arqueológica a escala regional. Como sus investigadores opinan, la presencia de realidades culturales diferentes en una misma área es un hecho constatable dada la coexistencia cercana de grupos con distintas tradiciones morfoestructurales. La muy próxima necrópolis megalítica de Alhama de Almería, integrada por sepulturas de corredor y cámara rectangular o trapezoidal, carente de estructuras cupuladas, así lo atestigua. Tanto por estas características como por las tipologías registradas en sus ajuares, ha sido definida su vinculación al Grupo Megalítico Granadino, infiriéndole un concluyente carácter "intrusivo" en la zona.

Sin embargo, la supuesta llegada de influjos mediterráneos orientales, portadores de tradiciones y técnicas constructivas que actuaron sobre los diseños defensivos millarenses, tampoco ha contado con el beneplácito unánime de la investigación más reciente. Si bien es aceptado como principio el surgimiento del "Horizonte de Los Millares" como fenómeno cultural arraigado en un substrato anterior, también es destacable cierta reticencia a aceptar el origen oriental de la fortificación. A. Ramos Millán considera que el espacio a cubrir a lo largo de toda la cuenca mediterránea es demasiado grande para efectuarlo en tan poco tiempo. Su argumentación se apoya, además, en el supuesto de que la utilización de tales defensas implicaría la existencia de una realidad socioeconómica que las demandase en los diversos territorios por los que se efectuó su propagación. Como consecuencia de todo esto, encuentra más plausible una explicación que tenga en cuenta "la necesidad" como causa primordial de semejantes construcciones en el SE.

A. Ramos considera, finalmente, que, desde la realidad de una documentación insuficiente, la alternativa a las anteriores versiones evolutivas pasaría por el enfoque de un "materialismo cultural". La fuerza activa de este proceso es definida como "dinámica del sistema de energía alimentaria". La necesidad de productos subsistenciales vendría dada bajo las condiciones impuestas por un crecimiento demográfico que, traducido en una activa presión sobre el medio,

provocaría, por este orden, fenómenos de expansión e intensificación. El primero de ellos se constata con cierta claridad desde el Neolítico Reciente y se prolonga durante la Edad del Cobre (extensión/dispersión del horizonte cultural de Los Millares). La intensificación, en cambio, ofrece aún demasiados cabos sueltos que hacen difícil su seguimiento. Los rasgos técnicos definitivos de este nuevo sistema de explotación precisan aún de las investigaciones oportunas: especialización del utillaje agrícola y empleo de la tracción animal, o el desarrollo de cultivos intensivos como el olivo y la vid. Existen, no obstante, evidencias infraestructurales que documentan esta intensificación, si bien aparecen en un momento tardío. En concreto, las acequias de riego en el Cerro de la Virgen, constituirían el testigo revelador de la emergencia del cambio, si bien ya en una etapa precampaniforme tardía. Otros aspectos, insertos aún en el sistema agrícola extensivo, son señalados por este autor como indicadores del mismo fenómeno: la relación entre cereales, leguminosas y ganado, dentro de lo que se ha dado en llamar "sistema cereal" que permite la intensificación de la producción mediante la supresión del barbecho.

Las derivaciones sociopolíticas de esta situación, tema del que nos ocuparemos más adelante, se explican argumentando una consiguiente competencia territorial intercomunal y el surgimiento de cabezas políticas con progresiva capacidad organizativa de empresas colectivas. Un poder, por otra parte, susceptible de matizaciones, más en consonancia con el dominio de ramajes. Dentro de este esquema, la diferenciación social vendría dada por una gradación en el control de la riqueza, marcado por el nivel de ascendencia ostentado en el seno doméstico de la comunidad. El fenómeno en su totalidad no tendría, además, plenas garantías de establecimiento hasta un momento tardío, posiblemente ya en la Edad del Bronce. Como Ramos señala: "*Los grandes hombres del Horizonte de Los Millares anuncian el desarrollo de genealogías o ramajes, cacicatos o jefaturas argáricas*" (RAMOS, 1981). Una estratificación social, en suma, surgida dentro de la propia comunidad a causa de "las contradicciones intercomunales y su mantenimiento".

Es evidente, concluyendo con lo expuesto en este último apartado, que todas estas propuestas de interpretación del proceso cultural desarrollado en el SE de la Península Ibérica, han supuesto una decisiva influencia sobre la dinámica tradicional de la investigación prehistórica en la zona, e incluso, en un sentido más global, con respecto a la definición del marco conceptual sobre el periodo calcolítico en el Sur peninsular. Independientemente de las novedades interpretativas que en sí misma aporta esta visión del panorama histórico, es indudable que el

nuevo enfoque "integrador de la cultura" ha supuesto un importante revulsivo en la concepción de los trabajos sobre la Edad del Cobre potenciando determinados aspectos, hasta ahora sólo insinuados o tratados de forma indirecta a través de los estudios sobre la cultura material, como es el caso de los análisis territoriales con el potencial económico y las áreas de influencia del territorio circundante a los asentamientos.

El discurso interpretativo ha polarizado las hipótesis en torno a diversas opciones que han dado forma, bien desde una óptica funcionalista (Renfrew, Chapman, Mathers) o bien desde el materialismo dialéctico (Gilman), a una misma línea que basa sus planteamientos de base sobre la presunción de un medio climático en el SE peninsular con similares características durante la Edad del Cobre y la actualidad. Como consecuencia de esta transposición climática, también se ha supuesto una demarcación geográfica del medio natural en zonas áridas y húmedas coincidentes con los límites actuales. En función de ello, pueden definirse en la etapa prehistórica referida unos mecanismos de intensificación económica y control territorial, en base a las potencialidades naturales del medio físico y, particularmente, al control de los recursos acuíferos como fundamento subsistencial de las zonas áridas.

Aunque parece estar admitido el principio climático, dado que forman parte del mismo unos condicionantes topográficos y climatológicos que no admiten discusión acerca de su perduración durante el espacio de tiempo sobre el que se especula, sí se han pronunciado algunas objeciones relativas al supuesto mantenimiento de las condiciones ecológicas. En relación con ello, A. Hernando estima que existen otros factores de índole antrópica que pueden ser decisivos en la transformación del contexto medioambiental, como puede ser la deforestación intensa del territorio (HERNANDO, 1987c), cuyas consecuencias avalan los estudios paleoecológicos (HERNANDO, 1987b). Por otra parte, aunque tampoco desde el punto de vista cultural son reconocidas alteraciones significativas en el registro arqueológico de los poblados de las zonas árida y húmeda (HERNANDO, 1987a), sí existen esas diferencias en el registro de disponibilidad territorial con potencialidades agrícolas. De esta forma, la diferenciación social en la zona árida, justificada por la historiografía referida como consecuencia de la necesidad de introducir la irrigación para procurar la subsistencia, es orientada hacia otros supuestos que optan por valorar a la intensificación de la producción como el principio causal del fenómeno, en virtud de las necesidades que plantearía el mantenimiento de una densidad de población similar a la de las zonas húmedas pero con menor capital territorial apto para la agricultura (HERNANDO y VICENT,

1987).

En esta misma línea teórica encauzada hacia la determinación de los factores que provocan el tránsito del modelo social igualitario hacia la jerarquización, es preciso señalar finalmente, y siempre a título referencial como corresponde a los presupuestos de este apartado, una nueva propuesta que ha tratado de conectar en cierta medida las concepciones idealista e integrada de la cultura para enunciar un nuevo marco interpretativo en el seno de la denominada "Arqueología Radical". El artífice de esta aplicación teórica en el SE español ha sido **S. Shennan** (SHENNAN, 1982) para quien el proceso de jerarquización social se evidencia a través del registro arqueológico funerario en los enterramientos de la Edad del Cobre y Bronce Antiguo de Europa Central y Occidental. Refiriéndose particularmente al occidente europeo, establece la supuesta magnificencia de algunos ajuares funerarios en los que aparecen objetos de bronce, como consecuencia de un fenómeno de creciente diferenciación social entre el Neolítico y la Edad del Bronce, que pone en conexión con el control de los recursos metálicos y su intercambio. No obstante, la esencia de su propuesta estriba en el camino seguido para obtener una explicación a tal fenómeno, recurriendo a la base ideológica que la escuela neomarxista había estructurado a través de los presupuestos teóricos de la "Arqueología Simbólica y Estructural" (HODDER, 1987). En su particular visión del fenómeno, reivindica algunas de las aseveraciones vertidas anteriormente por otros investigadores que ya denunciaron las disfunciones entre una realidad social que abogaba por la diferenciación y por los principios de jerarquización sostenidos por la emergencia de grupos de poder con base en las transformaciones del marco subsistencial, y el comportamiento funerario con unos ritos que aún mantenían las tradiciones propias del Neolítico (GILMAN, 1976). Ante esta realidad se imponía una rectificación que introduciría paulatinamente los enterramientos individuales con ricos ajuares. La opción de Shennan sugiere, no obstante, que no sería la diferenciación social el hecho manifestado por el ritual, y particularmente las características de los ajuares, sino más bien la constatación de una realidad social ya vigente que provocaría esta readaptación tipológica funeraria como principal secuela. El fenómeno, constatado en un amplio marco territorial europeo occidental a través de determinados ítemes materiales en los ajuares, no constituiría tampoco un síntoma de cambio en el concepto ideológico del rango, existiendo diferentes grados de manifestación de esa desigualdad de hecho, unas veces solapada y otras expresada abiertamente dentro de un status sociopolítico con tintes teocráticos en el que, no obstante, el poder quedaría subyugado a la actuación comunitaria en la expresión

tangible de esa posición preeminente mediante la construcción de grandes obras funerarias como las realizadas en Europa Occidental en el Neolítico Final.

El cambio ideológico lo sitúa a comienzos de la Edad del Bronce, momento en el que las élites superiores verían legitimado su poder en base a otros mecanismos de reafirmación que ya nada tendrían que ver con el sentido comunitario tradicional. A las grandes empresas constructivas comunes seguirían ahora otros indicativos del prestigio como los ajueres funerarios con piezas suntuosas procedentes de actividades artesanales especializadas o de intercambios comerciales a larga distancia.

Otra cuestión sería esclarecer el punto de partida de esas nuevas ideologías, para lo cual fija como fenómeno referencial el ascenso de las élites centroeuropeas de finales del Bronce Antiguo a partir de una incipiente diferenciación social detectada en los ajueres funerarios desde finales del Neolítico, a lo largo de un proceso que relaciona directamente con la producción metalúrgica y las posibilidades que esta explotación brindaría para la generación y control de un excedente. La identificación del ámbito europeo occidental con esta misma dinámica elevaría, en consecuencia, a determinados objetos a la categoría de indicadores del rango, con lo cual se verían estimulados todos los resortes productivos artesanales y comerciales relacionados directamente con su obtención.

Partiendo de esta situación, el planteamiento difusionista entra ahora en juego para explicar la traslación de estos principios ideológicos hacia occidente, recurriendo a un supuesto de aceptación de los mismos por estas comunidades mediante el concurso de una serie de fenómenos culturales que actuarían de incentivo y entre los que cuenta la aparición del campaniforme y de la actividad metalúrgica.

En esta nueva realidad en la que se identifican poder/objetos de prestigio se encontraría el germen de una inercia competitiva entre las élites por conseguir el aprovisionamiento de materiales exóticos, que desembocaría a la larga en la activación de contactos distantes con la implicación de ámbitos regionales hasta ahora ajenos al proceso.

Hasta aquí la exposición de esta hipótesis, de cuyos presupuestos se han derivado críticas diversas tanto en su planteamiento empírico sobre determinados procesos socioeconómicos detectados en áreas geográficas de muy distinta configuración, como en la particular valoración que hace de la ideología como fuerza motriz de los cambios sociopolíticos acaecidos entre estas comunidades. Con relación al primer aspecto, la aceptación de las tesis de Gilman en el sentido

de valorar la estratificación social en relación con determinados procesos derivados del medio árido en el SE, parte de un enfoque con excesivas connotaciones regionales de dudosa aplicación en el ámbito europeo occidental de Wessex y Bretaña en el que establece posiciones de identidad sociopolítica. Por otra parte, su decidida aceptación de que existen diferencias sociales en el seno de las comunidades del Neolítico Final centroeuropeo y de su progresiva intensificación hasta llegar a la jerarquización en la Edad del Bronce ha sido recibida como un apriorismo sin elementos que justifiquen su planteamiento (HERNANDO, 1987c). Finalmente, su concepción de la ideología como catalizador de cualquier proceso sociopolítico, capaz de explicar el nacimiento de formas superestructurales progresivamente más complejas mediante mecanismos de autoevolución, ha sido tachada de no sintonizar con la realidad social y económica, convirtiéndose así en un recurso explicativo no exento de cierto mecanicismo muy cerca de los patrones que A. Hernando ha definido como "difusionismo no colonial" (HERNANDO, 1987c).

2. EL ESPACIO GEOGRÁFICO Y SUS VALORES DE INFERENCIA EN EL PROCESO CULTURAL. FACTORES ECOLÓGICOS CONFORMADORES DEL MEDIO NATURAL EN LA TIERRA DE LOJA

Ha transcurrido un corto periodo de tiempo, aunque denso en investigación, desde que la arqueología llevase a cabo por primera vez en la década de los años setenta un hermanamiento efectivo con la geografía analítica. El estudio del hombre y sus relaciones con el medio físico que le sirvió de sustento en el pasado se consideraron a partir de entonces piezas integrantes del mismo engranaje existencial. El camino abierto por los pioneros en este novedoso método de trabajo (HIGGS y VITA-FINZI, 1972) dio paso de inmediato a una sensibilización en el estudio del registro arqueológico, donde nunca se había valorado la interacción de tan variados aspectos relacionados con la actividad humana (CLARKE, 1977).

Queda así definido el panorama metodológico de lo que se ha dado en llamar "arqueología espacial", sugerente desde los postulados del "Site Catchmen Analysis" (HIGGS y VITA-FINZI, 1972) y las posteriores precisiones, tan en boga en los estudios del análisis territorial con sus nuevas teorías procedimentales (FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 1989). Llegado este punto, se ha definido claramente la postura de quienes consideran al medio ambiente como un factor importante en el desarrollo de cualquier cultura y, sobre todo, en las matizaciones y metamorfosis que sufren en determinadas regiones espectros culturales foráneos.

No entraremos en la polémica dialéctica sostenida entre "deterministas" y "exclusivistas" que, a nuestro entender, subyugan de una u otra forma en exceso el parámetro etnológico del término a unos factores circunstanciales que le hacen acreedor de un servilismo exacerbado. Ni lo físico es tan determinante en el fondo, ni lo puramente artefactual justifica por sí mismo el proceso morfogénico de los pueblos. Abogamos más bien por un modelo orgánico donde el binomio hombre-medio forma parte de un complejo espacio, ya enunciado por algunos investigadores que en su día partieron de la "Teoría General de Sistemas" en la definición del concepto (RODRÍGUEZ ARIZA, 1992). El microcosmos queda así cerrado en un círculo que contiene factores interconexos, donde las relaciones entre el hombre y el mundo que le rodea se manifiestan en términos de un equilibrio, a veces inestable, como sucede, por ejemplo, cuando la presión demográfica provoca frecuentes redistribuciones del hábitat y a veces, incluso, cierta conflictividad generadora de mecanismos socio-políticos de gran trascendencia.

Según fue enunciado en su día, y en un sentido global del término, "ecología" deberá significar, pues, una relación dinámica energética y biológica continua entre el grupo social y el medio (RISCH y FERRES, 1987). Su valor, por otra parte, en nuestro trabajo vendrá dado en cuanto que se relacione con los ámbitos económico, político, social e ideológico. El espacio geográfico constituye, según esto, la infraestructura natural sobre la que tienen lugar una serie de acontecimientos protagonizados por las sociedades humanas. En este devenir histórico es clara la participación, por un lado, de elementos puramente físicos (relieve, tipo de suelos, clima, vegetación, etc.) y, por otro, los ingredientes aportados por los esquemas sociales de los grupos humanos en su propia evolución (dispersión del poblamiento en la superficie, estructuras socioeconómicas y nivel tecnológico aplicado, entre otros).

La capacidad de acción de estos factores determinará el grado de humanización del paisaje. Delimitar el balance de transformación provocado por el hombre del pasado sobre el medio constituye, sin duda, una de las principales vías auxiliares de la investigación arqueológica en la actualidad. Un proceso íntimamente relacionado con el nivel técnico de los grupos y con las posibilidades potenciales que ese medio ofrece. Elementos físicos y humanos, en fin, que actúan al unísono y que serán objeto de nuestro estudio, partiendo de una generalidad paleoecológica regional y unos patrones de asentamiento a definir en el territorio que nos ocupa.

La reconstrucción del medio ambiente reinante en épocas remotas no es tarea fácil. Las investigaciones llevadas a cabo en los últimos años han puesto de manifiesto las dificultades que abriga en su interior este trabajo, cuya problemática queda polarizada en torno a dos aspectos fundamentales: la escasez de datos recabados y el grado de modificación sufrido por el medio a lo largo de la Historia. En primer lugar, hay que considerar al estudio paleoecológico desde una óptica multidisciplinar en la que participan análisis polínicos, antracológicos, paleontológicos, etc., con la finalidad de abarcar el mayor espectro posible en la recogida de los datos que permitirán después establecer unos parámetros congruentes con ese entorno fósil que se pretende desvelar. Sin embargo, los problemas se dejan sentir a lo largo del proceso en una doble vertiente cuantitativa y cualitativa. Por un lado, la escasez de estudios de este tipo a nivel regional es un hecho que condiciona decisivamente la existencia de fondos documentales y la restringen a ámbitos muy localizados. En otro sentido, la interpretación de esos datos también adolece en ocasiones del rigor necesario que garantice su fiabilidad, bien por razones metodológicas, bien por las propias ambigüedades que pudieran acarrear los muestreos. En cualquier caso se trata de

manejar una información escasa y frecuentemente subordinada a deficiencias estructurales que demandan replanteamientos precisos en la actualidad.

En segundo lugar, no es menos cierto que el grado de transformación física del entorno es un serio obstáculo para el rastreo de los factores que conformaron en su día la dinámica ecológica en determinadas regiones. El nivel de degradación queda condicionado al concurso de factores físicos y humanos, cuyo grado de participación ha sido igualmente objeto de interpretaciones varias, a menudo excesivamente ancladas en aspectos parciales que no conectan con una visión global del sistema. Como algún autor ha manifestado, la indagación no debe reducirse a observar simplemente el cambio ecológico, sino llegar a cuestionarse "qué es lo que ha cambiado (vegetación, suelos, relieves), dónde ha cambiado (pendientes, montañas...), cuándo ha cambiado (época medieval, bajoimperial...), cómo ha cambiado (funcionamiento de degradación) y por qué ha cambiado (sociedad, clima...)" (RISCH y FERRES, 1987).

En esta dinámica se ha venido considerando al Sudeste como zona de gran interés para el ensayo de las más diversas versiones interpretativas sobre las causas, procesos y factores participantes en la mutación medioambiental. Amén de las referencias que hasta ahora hemos hecho sobre los estudios llevados a cabo hasta la fecha, y aunque ya se han mencionado esporádicamente algunos aspectos de este trabajo, nos ha parecido interesante utilizar las valoraciones que R. Risch y LL. Ferres, por un lado, y Rodríguez Ariza, por otro, han realizado sobre la paleoecología del SE de la Península Ibérica durante las Edades del Cobre y el Bronce. Nos mueve a ello, en primer lugar, el hecho de que no es intención nuestra hacer del actual discurso interpretativo paleoambiental un objetivo prioritario de este trabajo, sobre todo porque el grueso de las investigaciones se ha dirigido a una zona concreta y, lógicamente, se barajan conclusiones con claros matices localistas que escapan al entorno en el que ahora nos centramos. Por otra parte, son estudios de indudable valor, cuyo desarrollo aquí representaría una reiteración innecesaria. Nuestro interés está más bien en consonancia con la idea de presentar un visión de conjunto sobre el contexto natural en que se desarrollaron las comunidades de la Edad del Cobre en este sector de Andalucía. Desgraciadamente, ya se ha dicho antes, los escasos estudios realizados constituyen el principal obstáculo para ello; sin embargo, y aquí entrarían en juego las referencias del SE, pueden aprovecharse aproximativamente algunas de las conclusiones descritas para esa zona, relativas, por ejemplo, a los mecanismos observados en la interacción hombre/medio. Siguiendo en esta línea, y concentrándonos en los aspectos generalizadores que

en ella se contienen, nos parece de gran validez la labor de síntesis que los autores referidos han incluido en la publicación del "Proyecto Gatas", acerca de las principales argumentaciones que tienen hoy vigencia en el tratamiento de esta problemática. Hemos querido, pues, aprovechar estas conclusiones en cuanto que responden oportunamente a las expectativas propuestas en este epígrafe.

2.1. El cuadro paleobotánico

En la investigación paleobotánica es indudable que el desarrollo de una analítica en base a muestras de polen, carbón o semillas, constituye hoy por hoy el sistema habitualmente empleado para llegar a un conocimiento relativamente preciso sobre contextos medioambientales extintos. No obstante, debe recordarse que tales procedimientos han sido objeto de precisiones que ponen en entredicho su infalibilidad y aconsejan un uso prudencial de los mismos. De esta forma, se ha sugerido en ocasiones cierta dosis de excepticismo a la hora de valorar las muestras polínicas, condicionadas, por ejemplo, a factores de transporte (viento) que pueden llegar a complicar el panorama florístico expresado en los diagramas con la representación conjunta de varios biotopos sin posibilidad de aislamiento. En otro aspecto, los tiempos de degradación variables de diferentes tipos de polen constituirá otro obstáculo para conseguir una selección representativa.

Por lo que respecta a carbones y semillas, no hay que perder de vista el filtro previo que supone la utilización exclusivista humana de las especies que le interesan. Debido a esto, la presencia de restos en un yacimiento estará, la mayor parte de las veces, condicionada a unos planteamientos subjetivos de selección sobre el conjunto del sistema vegetal. La representatividad de ese sistema en el muestreo de un yacimiento es, por tanto, excesivamente pequeña.

La manera de paliar estos inconvenientes forma parte actualmente de la propia dinámica metodológica de estas ciencias; no obstante, se han sugerido ya algunas propuestas que contemplan, además de una valoración prudente de los resultados obtenidos en los análisis, la intervención, por ejemplo, de otros recursos que completasen la información sobre ese medio a través de la observación de la flora actual con su comportamiento ecológico y fitosociológico, su propia dinámica e, incluso, lo que Risch y Ferres proponen como la valoración de "los documentos antiguos y los sucesos históricos, es decir, la historia de la vegetación".

El punto de partida para el estudio botánico y climatológico del sur peninsular a partir de la última glaciación lo constituyen los estudios llevados a cabo en la Turbera de Padul (PONS y REILLE, 1986), junto con las investigaciones antracológicas realizadas en la Cueva de Nerja (BADAL, 1990) y diversos asentamientos del SE (RODRÍGUEZ ARIZA, 1992 Y 1995). En general puede considerarse a Andalucía como una de las regiones españolas más carente de estudios de este tipo. La dificultad para establecer una secuencia cronológica completa de las distintas especies vegetales hasta la actualidad es, por desgracia, un hecho evidente; sin embargo, la metodología empleada en los últimos trabajos citados y las conclusiones derivadas de los mismos permiten suplir en alguna medida estas carencias, al menos en la región oriental de la que trataremos en lo sucesivo.

Los estudios realizados por Blytt en el siglo pasado (BLYTT, 1876), que adoptó como indicativos los índices palinológicos obtenidos en diversas áreas del Centro y Norte de Europa, establecían un zonación biocronológica cuyos estadios se pueden resumir de la siguiente manera¹:

- Preboreal (10.150-8.700 B.P.): Fase de transición entre un ambiente frío Tardiglacial y el recalentamiento postglaciar. Las especies predominantes son betuláceas del tipo: *Ulmus*, *Corylus avellana* y *Quercus caducifolios*.

- Boreal (8.750- 7.450 B.P.): prosigue el recalentamiento y se agudiza la sequía. Es el momento del *Pinus* y la pervivencia de algunas especies leñosas como *Corylus avellana*.

- Atlántico (7.450-4.450 B.P.): clima templado y húmedo con proliferación del *Quercus*, *Ulmus*, *Tilia* y otras especies familiares de la formación *Quercetum mixtum*.

- Subboreal (4.450-2.650 B.P.): disminuye la temperatura y aumenta la aridez, lo que provoca la regresión arbórea anterior en favor del abeto y el haya.

- Subatlántico (2.650 B.P. hasta nuestros días): expansión de *Fagus* y *Carpinus*.

En todo este esquema las conclusiones obtenidas para el Oriente andaluz, llevadas a cabo sobre horizontes calcolíticos y argáricos, hay que incluirlas en un marco general que afectaría a la evolución vegetal del Mediterráneo Occidental. Si consideramos como referencia los resultados emitidos por PONS y REILLE (1986 y 1988) que realizaron la revisión de los tradicionales estudios polínicos sobre la Turbera de Padul (MENÉNDEZ y FLORSCHULTZ, 1962 y 1964; FLORSCHULTZ *et al.*, 1971), cabe establecer para Andalucía una secuencia que comenzaría en un momento pleno del Würm (29.300 ± 600 B.P.), finalizando en una fase media del Quinto

¹ A partir del resumen comentado por Rodríguez Ariza (RODRIGUEZ ARIZA, 1992, pp.337-338).

Milenio (4.450 ± 60 B.P.). Son un total de seis etapas, cuyas especies registradas en el diagrama son las siguientes:

1. Würm Medio (29.300 ± 600 - 23.600 ± 500 B.P.). Predomina en general una aridez con diversas oscilaciones según la época, reflejada en la abundancia de especies esteparias. Los tipos arbóreos están representados por *Pinus* y *Juniperus*.

2. Würm Final (19.800 ± 220 - 15.000 B.P.). No hay cambios importantes en la vegetación, consolidándose la presencia del *Pinus* con altas concentraciones de polen. Al parecer, según opinión de los investigadores, las especies arbóreas tienen un carácter foráneo y deben proceder de individuos aislados.

3. Dryas Antiguo (15.000 - 13.000 B.P.), fecha emitida por paralelos establecidos en el SE de Francia. Globalmente se admite un desarrollo de la vegetación local más importante, lo que se deja sentir en una vuelta a las especies de estepa, *Juniperus* y gramíneas, la vez que bajan los porcentajes de *Pinus*.

4. Periodo Tardiglaciario (13.000 - 11.030 ± 110 B.P.). En altitudes bajas y medias se dan altos porcentajes de *Quercus* (particularmente caducifolios, iniciándose a la vez el tipo *ilex*) y de *Pistacia*. En cotas superiores la formación vegetal la constituye el *Juniperus*. Esta vegetación gana progresivamente terreno en detrimento de las especies como el *Pinus*, en flagrante regresión.

5. Dryas Reciente (11.000 - 10.000 B.P.). Corresponde a un período transitorio hacia una situación climática postglaciario, caracterizado por un empeoramiento momentáneo que se aprecia en el claro descenso del tipo *Quercus t.ilex*, paralelo a un nuevo aumento de especies esteparias. Una aparente contradicción con el aumento de *Pinus* y *Juniperus* se explicaría al considerar una intensa afluencia de otras especies regionales ante el receso de las más autóctonas *Quercus t.ilex* y *Pistacia*, tan extendidas hasta este momento.

6. Etapa Postglaciario (10.000 - 4.450 ± 60 B.P.). Como corresponde a este período, los valores térmicos y acuosos ambientales se encuentran en una situación óptima, como lo indica la ausencia de *Juniperus* y la presencia de *Quercus suber*. Mayor énfasis ponen las especies bajas de *Quercus t.ilex* y *Pistacia*, y la pervivencia de *Quercus* caducifolios que experimentarán un progresivo aumento. Es destacable en un momento intermedio del período la aparición de *Olea*.

El estudio concluye con algunas reflexiones de los autores sobre la presencia del tipo *Cerealia*, de no muy claro origen agrícola, siendo vinculable con mucha probabilidad a gramíneas silvestres como *Cf. Glyceria*. La secuencia finalizaría con una disminución de estas gramíneas y

el apogeo de *Quercus suber*, *Pistacia* y, sobre todo, *Quercus ilex*. En cualquier caso, y aunque se apunta la posibilidad de un desarrollo de comunidades propias de humedales, queda también clara la dificultad que implica una definición local del clima ante la carencia de estudios regionales similares.

Sólo es paralelizable la secuencia de la Cueva de Nerja, en particular los niveles del Holoceno, donde la sustitución de determinadas especies de *Pinus* y el aumento de las variedades termófilas y de *Olea*, marcan una similitud en la evolución vegetal, sólo matizada por los condicionantes altitudinales y los consiguientes desfases temporales².

La seriación antracológica establecida por Badal García (BADAL, 1990) contempla cinco fases correspondientes culturalmente con un amplio período comprendido entre los inicios del Paleolítico y un Neolítico Medio:

Nerja 1: desde el Paleolítico Inferior hasta el Solutrense Superior. Corresponde a estos niveles una vegetación del piso Supramediterráneo, propia de ambientes secos: *Pinus nigra*, *Juniperus*, *Cistus*, *Quercus sp*, *Phillrea*, *Prunus*, *Rhamnus*, *Sorbus-Crataegus* y leguminosas. Sólo en un momento avanzado del Solutrense el clima se hizo más cálido y húmedo, apareciendo especies termófilas como *Olea europaea*, *Pinus halepensis*, *Quercus caducifolio* y *Cneorum tricoccum*.

Nerja 2: Período Magdaleniense (12.000-11.000 B.P.). El descenso de la temperatura y del nivel de humedad justifican la desaparición en gran medida de las especies arbóreas características de la fase anterior y su sustitución por formaciones esteparias con gran representación de leguminosas.

Nerja 3: Nivel Epipaleolítico (11.000-7.500 B.P.). En un ambiente ombroclimático muy similar al anterior, aunque con el aumento de la temperatura, se experimenta un desarrollo de *Quercus caducifolios*, *Quercus ilex-coccifera*, *Pistacia lentiscus*, *Rosmarinus officinalis*, *Arbustus unedo*, *Buxus*, *Lavándula* y, sobre todo, *Olea europaea*.

Nerja 4: Comienzos del Neolítico (7.240 ± 80 B.P.). Es el momento en que la creciente carrera de la *Olea* ha llegado a su punto álgido con una implantación definitiva. El piso Termomediterráneo se ha definido totalmente y la elevación térmica favorece el progresivo desarrollo de matorrales ya característicos de la zona como *Pistacia lentiscus*, *Rosmarinus* y

² Rodríguez Ariza llama la atención sobre la distinta época de aparición de *Olea*: 7.840 ± 100 B.P. en Padul y 10.860 B.P. en Nerja, correspondiéndose formaciones vegetales diferentes en los pisos bioclimáticos Meso- y Termomediterráneo respectivamente (RODRÍGUEZ ARIZA, 1992, pp.341-343).

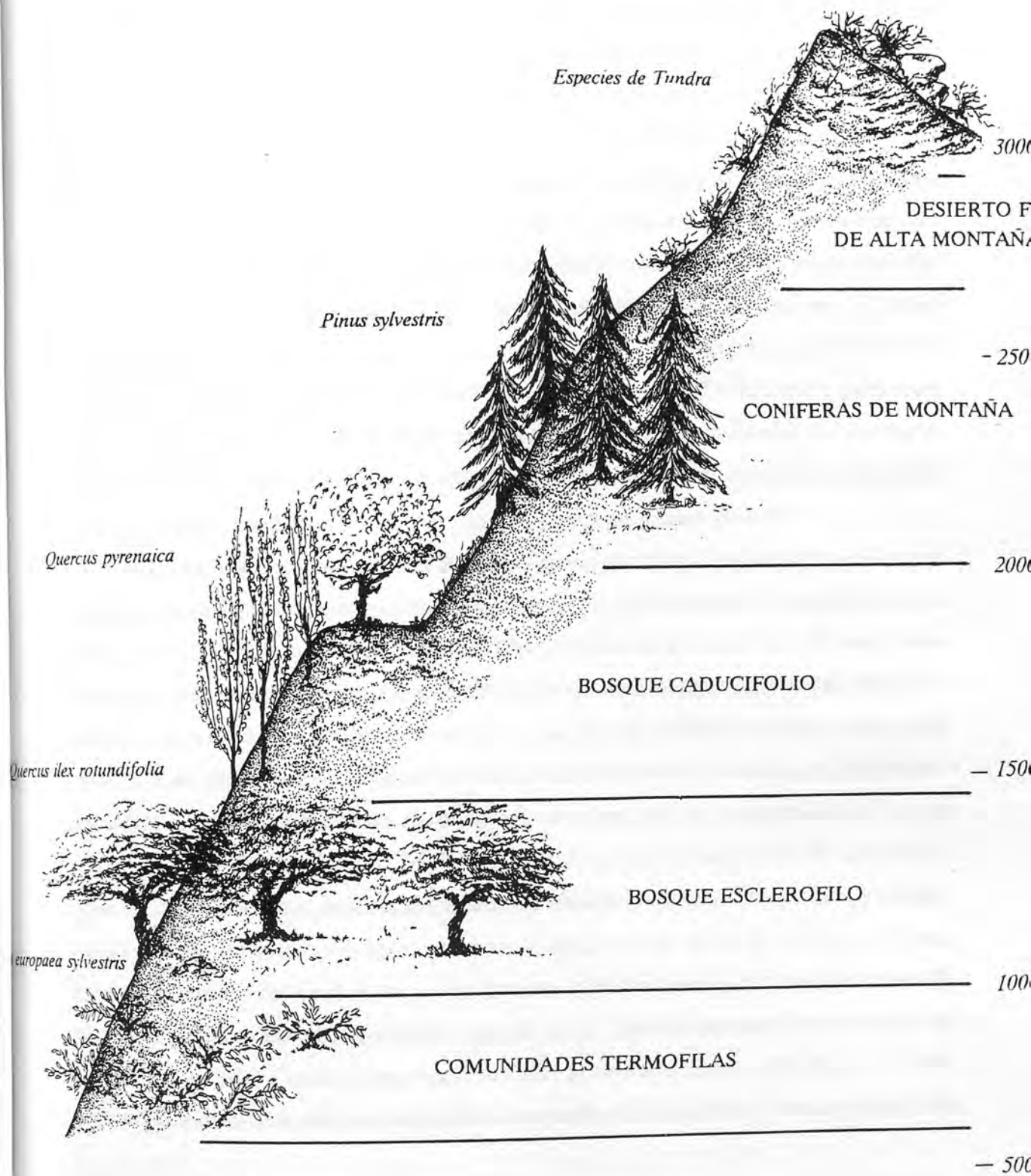
Cistus.

Nerja 5: Neolítico Medio (6.420 ± 60 B.P.). Junto a la progresión de las especies de baja talla señaladas anteriormente y la presencia de *Pinus halepensis*, la *Olea europaea* experimenta una regresión que permite a la autora del diagrama hablar de un posible proceso de antropización en los territorios circundantes.

Al margen de estas conclusiones, y como decíamos al principio, la escasez de estudios paleoclimáticos en el ámbito mediterráneo es un hecho significativo, sobre todo si consideramos la abundancia de los mismos para las regiones del Centro y Norte de Europa. A menudo se han argumentado causas de tipo físico para explicar la mala conservación de pólenes en estas tierras meridionales, donde la constitución de determinados suelos y el clima cálido podrían responder a ello. Esto hace indudablemente muy compleja la reconstrucción de los ecosistemas, máxime cuando la acción humana está presente y se pretende delimitar su grado de participación en las transformaciones sucesivas del medio. Clima y acción antrópica constituyen los dos ejes de una polémica que pretende definir las discutidas transformaciones paisajísticas acaecidas durante los últimos cinco mil años. R. Tomaselli, por ejemplo (TOMASELLI, 1982), ha puesto de manifiesto que desde la situación de "climax" existente con la máxima expansión del bosque mediterráneo antes del Segundo Milenio, se ha venido produciendo una progresiva degradación protagonizada por la acción devastadora del hombre. Este fenómeno tuvo sus inicios en el Neolítico y se ha venido desarrollando con altibajos a lo largo de la Historia. Los principales factores degradantes: la tala sistemática de los bosques para la obtención de leña destinada a diversos fines (combustible, minería, construcción, etc.), la presión ganadera (la cabra particularmente), el fuego (generalmente provocado por el desmonte del terreno y su posterior roturación) y la agricultura, han incidido drásticamente sobre una formación de bosque o maquia, segundo estadio en la degradación del bosque mediterráneo, dando lugar a una situación de vulnerabilidad para el ecosistema. En efecto, parece lógico pensar que en estas circunstancias los rigores del clima mediterráneo pueden hacer más intensos los procesos erosivos naturales, actuando como potenciadores del mecanismo degradatorio.

P. Quezel (QUEZEL, 1976) ya opinaba que tanto los procesos degenerativos consustanciales a la propia genética de la especie como las características climáticas eran valiosos aliados del hombre en el fenómeno regresivo de los bosques mediterráneos, hecho que consideró de especial virulencia entre los años 500 a.C. y 500 d.C. en que serían destruidos más de la mitad

PERFIL TEORICO DE LOS PISOS DE VEGETACION DE GRANADA



de los mismos. En su lugar, la extensión de las formaciones arbustivas han sido para Pons (PONS, 1980 y 1984) el hecho más evidente a lo largo de los últimos cuatro mil años. Apreciaciones en este sentido se habían hecho ya con anterioridad, atribuyéndole a la participación humana un grado de protagonismo destacado en las formaciones esteparias del SE. (VOLK, 1973 y 1979).

Por otra parte, las extensiones boscosas y su posterior destrucción por el hombre eran aspectos suficientemente valorados desde las investigaciones de Font i Quer (FONT I QUER, 1954), que sólo excluía de esta realidad a los suelos salinos del litoral y a las grandes alturas. La expansión de coníferas por las zonas deforestadas, fuera de su ámbito natural, es otra hipótesis que ha venido a sumarse a este planteamiento (ERN, 1966), favorecida igualmente por las talas seculares y los actuales planes de repoblación forestal³. La problemática concreta en el SE sobre si se extendió por la zona el bosque mediterráneo o fueron los pinares los componentes de la foresta natural en las zonas bajas, es reconducida por Freitag (FREITAG, 1971), para quien existen cinco biotopos en los que están presentes las especies *Pinus halepensis* y el *Juniperus phoenicea*, especialmente en el tercero y cuarto. Por su parte, la estepa de matorrales sería propia de zonas concretas como suelos salinos, margas yesosas y pendientes rocosas.

Respecto a las zonas interiores y dentro del marco general de las Cordilleras Béticas, se cuenta con estudios que han tenido como objetivo hacer un seguimiento de las transformaciones del medio ambiente a lo largo del Pleistoceno Medio (RUÍZ BUSTOS, 1976). En base a estas sistematizaciones se ha podido determinar una secuencia climática para la zona, definida por la oscilación de fases de clima mediterráneo suave, con pequeña oscilación térmica y destacado índice de humedad, frente a períodos de clima continental, donde los calurosos veranos han contrastado con inviernos muy fríos y secos que han visto descender los límites nivales por debajo de los 1.500 m. S/M (RUÍZ BUSTOS *et al.*, 1982). El gráfico refleja el perfil de los pisos de vegetación potencial actual de la región, a partir de los supuestos de A. Ruiz Bustos, y siempre bajo la premisa de unas condiciones naturales semejantes a las de ahora, donde no hubiese intervenido la mano del hombre. La acción humana en Sierra Nevada ha llegado al punto de efectuar una deforestación extraordinaria, seguida de roturaciones que han alcanzado cotas de hasta 2.000 m. S/M. Como consecuencia de estas prácticas el bosque genuino se ha visto disminuido a escasos reductos, constituyendo lo que puede calificarse como "bosque testigo". Es

³ Investigaciones posteriores han constatado este hecho en la franja nordeste de la Península Ibérica, respaldadas además por los pertinentes análisis polínicos (VERNET, *et al.*, 1983).

indudable que las condiciones de altitud de Sierra Nevada han influido decisivamente en el tipo de vegetación cuaternaria, hasta el punto de que alguno de sus pisos vegetales supone una excepción en latitudes tan bajas. En el esquema puede observarse una seriación que comienza en su cima por el característico desierto frío de alta montaña, con especies típicas de regiones cercanas al círculo polar que demuestran, según estos autores, la existencia de un ambiente de tundra ártica durante la última glaciación: *Papaver suaveolens* (especie que se encuentra al norte de Groenlandia), el helecho *Cystopteris fragilis* (actualmente puede encontrarse en Islandia), el *Ranunculus glacialis* y *Vaccinium uliginosum*. Debajo de estas formaciones y hasta los 2.000 m. S/M, se encuentra el reino de las coníferas de montaña, cuya especie más representativa es el *Pinus sylvestris*, junto a un degradado sotobosque de *Juniperus communis ssp. alpina* y *Juniperus sabina*. Hasta los 1.500 m. S/M. se extiende el "montano granatense" con las especies caducifolias *Quercus pyrenaica*, *Acer granatensis* y *Salix caprea* entre otras. En síntesis, se reconoce para el conjunto de las Cordilleras Béticas un comportamiento climático que ha estado caracterizado por fases cambiantes (glaciar-interglaciar/pluvial-interpluvial) y una altitud que ha favorecido la pervivencia de condiciones ecológicas aptas para la conservación de un escalonamiento biotópico que reproduce las seriaciones habituales del hemisferio Norte en distintas latitudes.

Respecto al clima, los trabajos de Thirgod y Butzer (THIRGOD, 1981; BUTZER, 1961 y 1982) habían planteado que no se ha producido ningún cambio substancial durante los últimos cinco milenios, si bien se han detectado fluctuaciones reflejadas en periodos áridos y húmedos alternativos. La secuencia de estas variaciones mantiene los estadios ya delimitados por Blytt (BLYTT, 1876), aunque con sensibles diferencias cronológicas. De forma esquemática serían las siguientes:

1. Preboreal y Boreal (8.100-5.600 B.C.): corresponde a un período árido acaecido después de la última glaciación.
2. Atlántico (5.600-2.500 B.C.): aumento de la humedad y presencia de lluvias.
3. Subboreal (2.500-8/700 B.C.): nueva fase árida.
4. Subatlántico (a partir de 500 B.C.): nuevo incremento de la humedad.

Varias investigaciones son tenidas en cuenta como las más destacadas en el enunciado de las diferentes oscilaciones climáticas, aunque también es un hecho que ninguno de estos supuestos deja de plantear serias dudas a la hora de su posible aplicación a la Península Ibérica ante la

carencia de datos paleoclimáticos más precisos (LAMB, 1982; BINTLIFF, 1982). Los análisis palinológicos realizados en varios puntos peninsulares (STEVENSON, 1984; MALLARACH *et al.*, 1985) demuestran, en cambio, la pervivencia de condiciones mediterráneas en algunas regiones durante la última glaciación. En algunos casos estas conclusiones vienen además reforzadas por la estructura edafológica que revela condiciones muy precisas de humedad/aridez en su génesis, respaldadas como en el caso del SE por su situación y unas formaciones orográficas que condicionan actualmente el índice de pluviosidad como debieron hacerlo entonces.

2.2. Los estudios faunísticos

El estudio del material paleontológico procedente de los yacimientos excavados puede, asimismo, permitirnos realizar una reconstrucción de las condiciones medioambientales, reforzando lo que se ha venido concluyendo por otros procedimientos. Estos trabajos han sido, no obstante, objeto de diversas precisiones en cuanto a su aporte real en la reconstrucción paleoecológica. En algunos casos se han echado de menos valoraciones más precisas sobre los factores y condiciones contextuales que han intervenido en la génesis de estos depósitos (MORALES, 1990) y otras veces es cuestionada la representatividad de los muestreos por cuanto se considera que la fauna presente en los yacimientos ha sido objeto de una selección por parte del hombre, quedando marginadas otras especies que contribuirían a dar una visión más real del entorno (RISCH y FERRES, 1987). Pese a esto, los estudios faunísticos van tomando cuerpo en el bagaje documental arqueológico como un importante recurso de información ecológica.

No existen demasiados estudios paleontológicos correspondientes a yacimientos de las Edades del Cobre y del Bronce. La mayoría de estos trabajos se han centrado en el área del SE y constituyen, a pesar de ello, una representación modesta en el conjunto global del mapa arqueológico andaluz (DRIESCH y MORALES, 1977; DRIESCH, 1973 y 1975; BOESSNECK, 1969b). Para nuestra zona contamos con dos estudios efectuados en yacimientos muy cercanos entre sí, concernientes a un muestreo comprendido entre los períodos Neolítico Medio/Tardío y Cobre Final: el poblado de Los Castillejos en Montefrío y la cueva de El Coquino en Loja.

El yacimiento de Los Castillejos se encuentra en el paraje conocido como "Las Peñas de los Gitanos", a unos 4 Km al Este de Montefrío (Granada), cuyo término forma parte de la región

geográfica de Los Montes, dentro del conjunto general de las Sierras Subbéticas que cierra la Depresión de Granada por su borde septentrional. Con una altitud de 1.000 m el paisaje se presenta agreste, conformado por afloramientos calcáreos que la erosión ha modelado, confiriéndole un aspecto quebrado a base de simas, bloques desprendidos, tajos y mesetas escarpadas. La vegetación actual está constituida por una formación de monte bajo de matorrales y, ocasionalmente, restos del primitivo bosque mediterráneo del que sólo perviven en la actualidad algunos reductos de *Quercus ilex* que escaparon a las roturaciones por encontrarse en las laderas rocosas. Los antiguos encinares han quedado reducidos a pequeñas manchas localizadas en el paisaje, acompañadas de especies arbustivas de bajo porte.

La agricultura practicada en la zona se concreta en el cereal de secano, olivos y almendros, adaptados a la dureza del clima y al terreno de laderas y vaguadas. Las zonas más bajas están ocupadas por grandes extensiones de olivar que conviven con el secano cerealista. En general puede hablarse de una zona agrícola extensiva, en cuya economía participa el mantenimiento de una cabaña ganadera de escaso desarrollo, fundamentada en la cría de pequeños rebaños de ovejas y cabras que pastorean por estos parajes.

Por su parte, la Cueva de El Coquino está situada al Norte de la ciudad de Loja, dentro de la unidad del Monte Hacho perteneciente al Sistema Subbético Interno. Orográficamente esta formación delimita por el Norte a la Vega de Loja, extremo occidental de la Depresión de Granada que recorre el río Genil. Los materiales carbonatados, calizas y dolomías que forman básicamente la unidad, son susceptibles de procesos de disolución naturales dando lugar a formas kársticas como lenares, simas y cuevas. Estos procesos se ven, a veces, potenciados por la existencia de fracturas y discontinuidades en la superficie que facilitan la penetración del agua y la consiguiente aceleración del fenómeno. La cueva que contiene este yacimiento ofrece una génesis de este tipo al tratarse de una primitiva grieta abierta sobre calizas blancas, posteriormente agrandada por la disolución de las mismas. El paisaje actual ofrece un aspecto degradado similar al de Los Castillejos, compuesto básicamente por un matorral disperso en forma de garriga empobrecida con predominio de jaras, lavandas y tomillos. Del primitivo bosque mediterráneo de encinares, dominador en su día de la llanura y sus zonas limítrofes, sólo quedan algunos restos en Los Montes, conservándose aún la vegetación baja de matorral abierto y tomillares que debió cubrir la superficie serrana.

La economía agrícola de la zona se fundamenta en dos modelos de explotación, muy

distintos por los condicionantes naturales a que se ven sometidos, y a la vez muy cercanos en el espacio. En torno al río, y próxima a la población, se encuentra una primera zona de huertas, tras la cual aparece la Vega propiamente dicha. Los cultivos intensivos de regadío, a base de variedades frutales, legumbres y hortalizas, constituyen el fuerte de la producción. En los límites, iniciando las primeras pendientes, comienzan el secano cerealista y los olivares, cultivos que se extienden por la región de Los Montes, como ya se ha dicho en el caso de Montefrío, y que aquí suponen una alternativa al aprovechamiento pecuario de estas zonas altas. Las condiciones físicas del entorno son favorables particularmente para la ganadería lanar y caprina.

Los análisis faunísticos de estos yacimientos han sido realizados por H.P. Uerpmann en Los Castillejos (UERPMANN, 1978) y A. Ruíz Bustos en El Coquino (RUÍZ BUSTOS, 1992). El conjunto de los restos corresponde a una secuencia cronológica establecida a lo largo de varias fases estratigráficas que, *grosso modo* y salvando las matizaciones estructurales de cada uno de los perfiles, engloba un período de ocupación prehistórica que va desde un Neolítico Medio/Tardío hasta las postrimerías de la Edad del Cobre. La muestra ósea se concreta en un total de 1.197 piezas para Montefrío y 763 en la cueva lojeña, con unos índices de determinación zoológica del 60% (716 fragmentos) y 77,98% (595 fragmentos) respectivamente. Los pesos globales del material estudiado oscilan entre 7,163 Kg y 4,537 Kg, lo que supone en ambos casos un considerable porcentaje respecto a la totalidad del registro. Es muy importante considerar este aspecto, y particularmente su aplicación por especies, para dirimir conclusiones que afectan al rendimiento de las mismas en economías de subsistencia. Para Uerpmann, uno de los aspectos fundamentales en el enfoque de su investigación ha sido precisamente considerar el valor de estos hallazgos en función del aporte alimenticio que representan. Teniendo esto en cuenta, el peso de las piezas constituye un indicador más lógico que el número de éstas, por cuanto que peso-tamaño-aporte cárnico van íntimamente relacionados. Según esta premisa, y coincidiendo en los dos yacimientos, serían los bóvidos los mejores proveedores, seguidos de los ovicápridos y por último los súidos (*Sus scrofa domesticus* en concreto). En el caso de Los Castillejos el ciervo tiene cierta relevancia, mientras que en El Coquino serán los lagomorfos (*Oryctolagus cuniculus*) los protagonistas del aprovechamiento cárnico salvaje.

Un balance global de la fauna presente en los registros indica que los mayores porcentajes en cuanto al número de piezas son aportados por la cabra (*Capra hircus*) y la oveja (*Ovis aries*), le siguen el cerdo y el buey como animales domésticos y, finalmente, la fauna salvaje antes referida

que, en el caso de los restos de ciervo hallados en Montefrío, ocupa un lugar preferente al de los bóvidos. En este último caso, la oscilación del porcentaje de vestigios de cada especie, según los niveles arqueológicos, también constituye otro punto de interpretación, observándose un aumento progresivo de las especies de caza a lo largo de las dos primeras fases, mientras desciende la representatividad de la cabra y la oveja. El autor del estudio extrae de estos datos la conclusión de que las poblaciones numerosas de herbívoros salvajes como el ciervo incitan a una actividad cinegética a los agricultores para proteger sus campos. Las poblaciones pastoriles no son, en cambio, proclives a las prácticas de caza. En este sentido, quedaría justificada la correspondencia entre un desarrollo agrícola y el aumento de la caza, no sólo como actividad complementaria en la subsistencia, sino también como necesidad de conservación de las explotaciones. De esta forma, parece evidente que los habitantes de Los Castillejos experimentaron una transformación en sus planteamientos económicos, siendo progresivamente competida la actividad pastoril de ovicápridos de finales del Neolítico por una agricultura en franco desarrollo durante la Edad del Cobre. A finales de esta fase, y siempre según el aporte material faunístico, se observará, por contra, una inversión de estos planteamientos, si bien la total validez de los mismos quedaría supeditada al estudio de un material más numeroso.

No obstante el interés económico que pueden despertar estas conclusiones, las consecuencias ecológicas que se desprenden de la muestra permiten, dentro de la exigüidad en algunos campos, configurar un entorno natural aproximado. Es por ello que nos centraremos en aquellas especies que evidencian más claramente la necesidad de unas determinadas condiciones medioambientales reveladoras, a la postre, de las situaciones ecológicas con las que debieron convivir en el pasado.

Es evidente que los ovicápridos predominan sobre el conjunto de la fauna doméstica, aunque la presencia de la cabra es sensiblemente superior a la oveja, hecho que es perceptible en El Coquino desde la primera fase estratigráfica y que contraviene a la situación normal en los yacimientos neolíticos. Por otra parte, las especies domésticas de *Capra* están morfológicamente muy próximas a sus homólogos salvajes de la región (*Capra pyrenaica*). Uerpmann ha registrado, en este sentido, una serie de materiales que no es posible relacionar con *Capra hircus* pero tampoco son considerados *Capra pyrenaica*. Ruíz Bustos identifica, por su parte, una serie de restos como procedentes de un animal doméstico con ciertas peculiaridades anatómicas que lo sitúan en un punto intermedio entre los especímenes domésticos y los salvajes. Este hecho podría

sugerir diversas interpretaciones entre las que parece contemplarse con cierta verosimilitud la posibilidad de que los habitantes de la zona llevaran a cabo ciertas prácticas de selección y cruce con las poblaciones salvajes. La estratigrafía de El Coquino es especialmente reveladora en este sentido y de ella pueden extraerse conclusiones de tipo ecológico, vinculándose la presencia de la cabra a determinadas condiciones ambientales. La inexistencia de *Ovis aries* en este contexto, hasta su aparición en el Estrato 3 (Fase III), sólo puede explicarse por la existencia de un medio natural poco favorable, apto, en cambio, para la especie *Capra*. Su reducida representación es un indicador de foraneidad, además de insinuar las dificultades que implicaría su cría en esta zona. Aspectos como la existencia de una cobertura vegetal de monte bajo, con la consiguiente carencia de pastizales abiertos, unido a una climatología que garantiza estíos especialmente rigurosos, debieron pesar lo suficiente como para justificar su llegada en un momento posterior, cuando las características ambientales se hicieron más favorables. La cabra, mucho menos exigente, se encontraba en un medio idóneo aprovechando para su alimentación los macizos de matorral que formarían parte del paisaje circundante, no siendo necesario efectuar grandes desplazamientos para alimentar y mantener a una pequeña piara.

Los bóvidos constituyen otro conjunto significativo en cuanto a su interés económico, si bien el porcentaje de huesos sobre los que se han podido efectuar las mediciones pertinentes es reducido. Este hecho ha constituido, sin duda, un serio obstáculo para la emisión de conclusiones más precisas. Sin embargo, y a pesar de las dificultades identificativas que en principio puede entrañar un estudio en estas condiciones, se han podido determinar las especies *Bos taurus* y *Bos primigenius*, aunque por lo que se refiere a su tamaño existen analogías destacables con los restos de Montefrío y el Cerro de la Virgen en Orce (DRIESCH, 1972). Los huesos de El Coquino se encuentran muy fragmentados, no habiéndose podido efectuar una medición completa de los mismos, a pesar de lo cual se han identificado como pertenecientes a animales adultos e incluso alguno de ellos de avanzada edad. Este último aspecto viene a corroborar de alguna manera la importancia de la especie en un contexto agropecuario, por cuanto la edad de estos ejemplares en el momento de su sacrificio podría explicarse probablemente en función de un previo y extremo aprovechamiento de sus cualidades como fuerza de trabajo.

Respecto a la fauna salvaje, es especialmente útil su estudio en la reconstrucción del medio natural, pudiéndose concluir a partir de ella la existencia de peculiaridades biotópicas que posibilitaron su desarrollo en la zona. De las especies estudiadas cabría considerar dos grupos de

mamíferos en función de su tamaño. Los herbívoros como el ciervo, corzo, uro, jabalí y cabra montés, representan las especies de mayor talla, a la vez que indican la existencia de un hábitat relacionado con un biotopo de bosque similar al prescrito para otros contextos calcolíticos (LULL, 1984). El ciervo, en particular, está presente en estos yacimientos aunque de una forma modesta. Sus características están, según Uerpmann, en consonancia con las trazas generales de esta especie respecto a sus homólogos centroeuropeos de mayor envergadura. En el caso de El Coquino se demuestra que no debió constituir su caza una actividad corriente, centrándose en individuos con cierta vulnerabilidad, bien por ser viejos, como el macho de la Fase I, o demasiado jóvenes, como corresponde al fragmento de cuerna de la Fase III.

Por lo que respecta al corzo, no ha podido documentarse con total seguridad, a pesar de que algunos huesos de "Las Peñas de los Gitanos" compartieron en su día esta probabilidad junto con la oveja y la cabra. Este animal encierra cierta problemática acerca de su expansión por la Península Ibérica, particularmente por las regiones meridionales, donde parece ser que no experimentó un desarrollo generalizado. No obstante, los hallazgos registrados en diversos yacimientos del Sur y Levante (DRIESCH y BOESSNECK, 1969; DRIESCH, 1972 y 1975) demuestran su existencia a lo largo de las Edades del Cobre y del Bronce. La presencia del corzo es de gran trascendencia puesto que especifica notablemente el carácter de la vegetación, conociéndose sus preferencias por un bosque de tipo abierto y discontinuo. En esta zona y ante la ausencia del corzo, un biotopo semejante estaría representado por la cabra montés, particularmente en los límites superiores donde el roquedo se hace más evidente.

Respecto a los carnívoros de mayor tamaño, el oso tiene también una tímida representación en ambos asentamientos (una costilla en Los Castillejos y una falange en El Coquino). A pesar de lo reducido de la muestra, y en un sentido cualitativo, tiene un gran interés ecológico pues vendría a indicar la existencia de un bosque de montaña que actualmente se ubica entre los 1.500 y 2.000 m de altitud. En el mismo contexto, la presencia del urogallo, *Tetrao urogallus*, avala las condiciones climatológicas pertinentes para su desarrollo. Esta formación ha sido tradicionalmente objeto de fuertes agresiones por la acción humana que ha promovido roturaciones de terreno hasta cotas muy superiores. El resultado de estas prácticas ha sido una degradación persistente de este tipo de bosque, que hoy día sólo ha podido subsistir en determinados enclaves de la Cordillera Penibética (RUÍZ BUSTOS, 1992).

El segundo grupo de especies no domesticadas, que serán objeto de una intensa actividad

depredadora por parte de estas poblaciones, lo constituyen los mamíferos de pequeño tamaño, particularmente los lagomorfos (conejos y liebres). Su abundancia en los estratos de El Coquino sólo puede explicarse si consideramos que debieron representar un importante complemento en la dieta habitual de sus pobladores. En Los Castillejos este hecho no se manifiesta con la misma intensidad, habiéndose medido solamente ocho piezas de *Oryctolagus cuniculus* y una de *Lepus granatensis*, lo que confiere a esta actividad un carácter más ocasional que en el caso anterior. La abundancia de estos mamíferos debió ser considerable, observándose un predominio del conejo en términos generales y un aumento progresivo de las liebres a lo largo de las distintas fases. Varias interpretaciones podrían deducirse de este hecho entre un conjunto de posibles causas antrópicas y naturales. Prescindiendo de los argumentos casuales o los criterios selectivos del cazador, parece plausible considerar un cambio paulatino en la estructura paisajística. Es sintomático que entre la fauna de El Coquino coincida el incremento de la liebre con la disminución del conejo. Teniendo en cuenta los condicionantes naturales que intervienen en el desarrollo de esta especie, puede formularse la hipótesis de que la presencia de conejos o liebres es subsidiaria, en su caso, de la existencia de un monte bajo más o menos tupido. Ruíz Bustos establece la relación: conejo-matorral de monte bajo-cabra/liebre-monte bajo despejado-oveja, para explicar un proceso regresivo que afectaría a la cubierta boscosa típica mediterránea. Es indudable, como más adelante se explicará, que la tala y clareo de este bosque está íntimamente relacionado con planteamientos económicos y otros usos del monte.

Como conclusión a todo lo expuesto, el análisis de la fauna en estos yacimientos, y en particular de las especies salvajes, revela la existencia durante la Edad del Cobre en estas tierras granadinas de una gran variedad de especies adaptadas a una diversidad paisajística que aún conserva pervivencias de su fisonomía en reductos aislados de la provincia. Los pisos vegetales estarían representados por la extensión del bosque mediterráneo en las altiplanicies, intercalándose en su masa forestal zonas despejadas que coinciden con afloramientos rocosos de cierta importancia. Los valles y sus rebordes estarían ocupados por bosques mixtos caducifolios, mientras que las coníferas constituirían la foresta de montaña en las alturas superiores. En este contexto paisajístico, una riqueza faunística salvaje centraría la actividad cinegética como complemento en la mecánica subsistencial de las poblaciones aquí asentadas. El material óseo estudiado procedente de poblados como el de Los Castillejos de Montefrío o el Cerro de la Virgen de Orce, y otros puntos de hábitat humano como la cueva de El Coquino en Loja, presenta

una pluralidad de especies, en su mayoría propias de ámbitos forestales: ciervos, corzos, jabalíes y osos. El monte bajo constituyó el biotopo idóneo para el conejo y depredadores como el lobo, a la vez que propiciaba la cría de cabras domésticas en las inmediaciones de los asentamientos. Las zonas despejadas posibilitaron el desarrollo de la liebre, junto con algunas especies avícolas que también se cazaron como las codornices y avutardas. Las riberas de los ríos y humedales cercanos fueron poblados por diversas anátidas y grullas, además de especies como la nutria, cuya presencia en el poblado de Orce ha dado pie, incluso, para suponer un clima algo más húmedo que el actual.

Este ambiente irá cambiando después durante la Edad del Bronce, haciéndose progresivamente más seco, como lo indica la ausencia de animales acuáticos, especialmente aves, en este mismo yacimiento. No obstante, ha sido también definida esta fase como de gran actividad deforestadora, produciéndose una regresión de estos biotopos a causa de la acción humana con su actividad pastoril, la extensión de zonas cultivables y el aprovechamiento de la madera para fines diversos (MOLINA, 1983; RODRÍGUEZ ARIZA, 1992). Este proceso ha sido rastreado a partir del período Subboreal, iniciado en el tránsito de finales del IV al III milenio a.C., en el que comienzan a manifestarse de forma clara los efectos de la economía iniciada por las poblaciones neolíticas dos milenios atrás y que se traduce en una disminución de la superficie arbolada a cambio de la extensión de las especies herbáceas (HERNANDO, 1987b).

3. APROXIMACIÓN A LOS ESQUEMAS SUPERRESTRUCTURALES.

3.1. El planteamiento socio-político y las bases económicas en el Calcolítico del Sur peninsular: el marco interpretativo

No es fácil, con los datos de que se dispone, establecer con certeza los móviles que intervinieron en el cambio sociopolítico de las sociedades prehistóricas del sur peninsular desde finales del IV milenio a.C. Una vez superado el marasmo orientalista, la práctica totalidad de los intentos para profundizar en esta problemática parten invariablemente de la consideración de unas potencialidades intrínsecas en las comunidades indígenas, capaces de generar autónomamente las transformaciones y reajustes que dieron paso al nuevo orden. Es común el acuerdo en admitir un proceso de reestructuración de las relaciones personales en el seno de estos grupos, si bien se difiere, generalmente, en la consideración de las causas que han iniciado el proceso. Es significativa, no obstante, la coincidencia en la mayor parte de las tesis emitidas, de paralelizar el fenómeno de agudizamiento de las desigualdades sociales con la intensificación de los medios económicos de producción subsistencial. Los trabajos realizados hasta ahora en el Sudeste inciden, en gran medida, en el desarrollo de una agricultura en progresivo crecimiento, de cuya extensión y productividad dependerá la acumulación de una riqueza responsable, a la postre, de la fragmentación comunitaria y eventuales afloramientos de conflictividad social.

El problema radica en las diversas teorías que se arguyen para explicar esta intensificación y el organigrama sociopolítico que ello genera. Un buen número de investigadores han recurrido inicialmente a planteamientos funcionalistas que tratan de justificar la existencia de una jerarquía como único sistema capaz de garantizar el orden social necesario para el buen funcionamiento de una economía subsistencial de alto grado. La noción de "jefatura" emerge, por tanto, como consecuencia inmediata ante la necesidad de galvanizar los intereses particulares en el deseo de materializar proyectos que garanticen la supervivencia del grupo y que, dada su complejidad, demandan una participación común. Baste recordar a este respecto, teorías clásicas como la conocida "tesis hidráulica" de Wittfogel, en la base de la cual se le atribuía ya a los jefes la cualificación necesaria para hacer posible la construcción y manejo de unas infraestructuras de

regadío, punto de partida de estudios más recientes que encuentran aquí el origen de los nuevos planteamientos económicos, de los que pasaremos a ocuparnos seguidamente (WITTFOGEL, 1957).

De igual forma, mediante la presencia de estos dirigentes se ha querido dibujar una situación de estabilidad en la cual los intereses familiares quedaban supeditados a un orden superior, propiciatorio de una serie de "ventajas" como las que Mathers, por ejemplo, sintetiza al contemplar fórmulas como una mejor planificación del trabajo, la organización de estrategias defensivas y la realización a mayor escala de actividades comerciales interregionales (MATHERS, 1984b). La figura del jefe se vislumbra, pues, en última instancia, como la necesaria salvaguardia ante probables disfunciones en el sistema y, siempre, como directriz institucionalizada de la mecánica subsistencial.

Una selección sobre las teorías más divulgadas acerca del devenir socioeconómico y político supuestamente seguido por las poblaciones prehistóricas desde los últimos tiempos neolíticos hasta los inicios del Argar, nos lleva necesariamente a los campos del Sudeste peninsular, zona ésta que ha sido en las últimas décadas marco de ensayo de los más diversos modelos interpretativos al respecto. La densidad e importancia de yacimientos relativos a la secuencia: Cultura de Almería/Millares/Argar, unida a las peculiaridades paleoecológicas que pretenden inmiscuirse en el esquema de transformación cultural, constituyen, sin duda, los factores determinantes en la elección de esta área como uno de los lugares más factibles para el seguimiento de dicho proceso.

R.W. Chapman, en primer lugar, estructura su planteamiento en torno a la aceptación de dos premisas que revelan una base argumental de corte funcionalista, centro a su vez de una polémica cuyos dispares posicionamientos han sido definidos en los últimos años (CHAPMAN, 1981b/c y 1982)). En primer lugar, es admitida sin reservas la génesis de una nueva ordenación social, expresada a través de un megalitismo funerario en complejidad creciente desde el IV milenio, la construcción de poblados fortificados y el surgimiento de la metalurgia del cobre. No obstante, van a ser los fundamentos medioambientales, incorporados a esta teoría como principios causales del cambio social, el epicentro de un discutido organigrama que sustenta uno de los principales aspectos del debate. Mediante un planteamiento inicial del tipo causa/efecto considero que el inicio del proceso tuvo lugar desde el momento en que se produjo un fenómeno de agregación poblacional. En este caso concreto, la razón primaria que justifica el hecho

demográfico será la necesidad perentoria de conseguir una explotación agrícola óptima desde un sistema de irrigación artificial, promovido, a su vez, ante la existencia de un medio climático seco. El resultado, expresado como un notable aumento de la producción, abriría así el nuevo camino en la explotación cerealística de la zona.

Inmediatamente, la complejidad social surge como respuesta al revulsivo económico planteado, activándose toda una serie de mecanismos que llevarán finalmente a la estratificación. Así por ejemplo, el acceso a la posesión de la tierra, los mecanismos que regulasen su transmisión hereditaria y el acceso a la riqueza generada, demandarían ciertas reglamentaciones hasta ahora impensables. La escalada de los rangos de poder constituiría, entonces, otro elemento en juego del que emana la institucionalización del liderazgo y la emergencia de élites sociales, cuya expresión más evidente la constituyen los enterramientos megalíticos. En este sentido, la diversa tipología y riqueza de los ajuares millarenses es interpretada como la expresión clara de una estructura social dividida en clases bien diferenciadas, que pervive en los ritos funerarios mediante ajuares de distinta calidad, diferentes tipologías constructivas en las tumbas y distinta localización de las mismas dentro de la necrópolis.

Por último, el desarrollo de la metalurgia del cobre fue considerado, en un primer momento, como un aspecto influyente en la definición de la nueva sociedad. Sin embargo, este aspecto sería posteriormente rechazado al suponerse una escasa participación de esta artesanía en el elenco instrumental de la Edad del Cobre, dada la escasez manifiesta de utensilios fabricados con dicho metal.

Indudablemente el modelo de Chapman resulta original en la consideración de los resortes que pretenden intervenir en una configuración social, íntimamente ligada a modificaciones tecnoeconómicas, cuyo alcance transgrede decisivamente el concepto de autosubsistencia mantenido hasta ahora en las sociedades agropecuarias postneolíticas. No obstante, su encuadre paleoecológico supuesto para la zona del Sudeste, escenario natural del proceso, ha chocado con otros planteamientos más incisivos en la reconstrucción medioambiental de dicha región. Opiniones como la de V. Lull son de sobra conocidas, en cuanto a su concepción del clima del Sudeste con valores de mayor humedad durante el Tercer Milenio (LULL, 1984). Su estudio, si bien se orientaba hacia los tiempos argáricos, teoriza de alguna forma sobre el hecho económico configurado previamente por estas poblaciones, desligando todo fenómeno de intensificación agrícola de una práctica artificial de la irrigación. Los indicios considerados en su día como

seguras evidencias de una infraestructura hidráulica (SIRET, E. y L., 1890; SCHÜLE y PELLICER, 1966; ARRIBAS *et al.*, 1981) sufren, de esta forma, un embate crítico del que el propio Chapman se hace eco al reconocer posteriormente que las modificaciones a que ha sido sometido el paisaje por causas erosivas naturales o antrópicas han debido ser lo suficientemente grandes en los últimos 4.000 años como para quedar destruidos los vestigios de una posible práctica del regadío. La alternativa a la explicación del incremento productivo pasaría, más bien, por un desarrollo del cultivo cerealista de secano, que posiblemente pudo complementarse con otros de legumbres y hortalizas.

Un paso, en definitiva, hacia formas económicas que emergen de la autosuficiencia para dar entrada paulatinamente a fórmulas complementarias que exigirán relaciones de intercambio cada vez más continuas y organizadas entre las distintas comunidades. El nuevo esquema planteará necesidades que abarcan desde la creación de una infraestructura de comunicaciones adecuada, hasta la instauración de órganos supervisores del sistema. Una alta jerarquía, por tanto, es presentada como la nueva clase política, separada de los trabajos de producción directa y encargada de dirigir éstos últimos. La subsistencia comunitaria queda de esta forma garantizada por un poder coercitivo que simultanea tareas de control de los recursos, comunicaciones, transportes y yacimientos metalúrgicos. Esta última actividad, la metalurgia, experimenta igualmente un incremento notable, pasando de la esfera familiar a la producción sistemática en mayor grado. La especialización consiguiente definirá, por tanto, nuevos cuadros profesionales integrados por mano de obra excedente de la agricultura y trasvasada a estos otros ambientes productivos. Un comercio a gran escala, debidamente controlado por la élite en cuestión, sustentará además, de alguna manera, un importante sector de la economía de la que serán beneficiarios en distinto grado los estamentos que estructuran la nueva sociedad.

V. Lull y J. Estévez (LULL y ESTÉVEZ, 1986) han llegado a definir, incluso, cinco categorías gentilicias comprendidas en los grupos: a) clase dominante (los dos primeros estamentos), b) miembros de pleno derecho de la comunidad, c) servidores, d) extranjeros y cautivos. Un estudio de los rituales de enterramiento, con la consiguiente reflexión sobre el diferente carácter de los ajuares, la fuerte presencia de armamento personal en algunos de ellos y las anteriores consideraciones sobre la formación de grupos de poder, son para los autores los más claros indicadores de la formación de un orden tecnoeconómico impuesto a la comunidad bajo la forma de un Estado que institucionaliza la fuerza y el prestigio elitista como principales

fundamentos de perdurabilidad.

A. Gilman (GILMAN, 1987b) ha realizado igualmente un acercamiento a esta problemática, analizando la óptica que ha venido considerando el punto de vista conflictivo en la explicación del surgimiento y desarrollo de las sociedades clasistas. Este autor parte del cuestionamiento que se ha planteado en cuanto al proceso seguido por determinados individuos con ambiciones personales, cuya existencia se reconoce en todas las sociedades, para conseguir instaurar su poder. La propuesta en cuestión parte de la base de que la estratificación social sólo se lleva a cabo en las sociedades que dependen de sistemas de producción subsistencial en las que se han efectuado importantes inversiones de capital. En estos ambientes se considera factible el establecimiento de un poder permanente, cosa improbable en modelos de economía agrícola extensiva, donde el engrandecimiento de los poderosos no conduce a la estratificación. La formación de estas élites, y aquí radica una de las principales divergencias interpretativas, vendría dada bien por la necesidad de contar con una dirección capaz de administrar un complejo sistema de producción intensiva, bien por las propias características del mismo, en cuanto que brinda a los aspirantes a jefes los medios necesarios para asegurarse una explotación sistemática de las demás familias. Se trata de dos lecturas contrapuestas, positiva y negativa respectivamente, referentes al mismo hecho sociopolítico que emerge de un modelo productivo al que se le confiere una determinante capacidad reformadora de las relaciones sociales.

Este planteamiento, aplicado a la zona del Sudeste, supone que la intensificación acarrearía la mencionada transformación social, dado el volumen y características de las inversiones necesarias para la puesta en funcionamiento y extensión del sistema, lo que posibilitaría el cobro de una renta a los cultivadores. Se entra así en una dinámica en la cual los productores quedan vinculados a una reglamentación impuesta por la propia mecánica infraestructural, que obliga a continuas inversiones en el mantenimiento de los elementos de regadío y cultivo (boqueras, acequias, bancales, etc.), esenciales para mantener unos niveles de producción óptimos. El círculo se cierra, consiguientemente, sobre sí mismo, estableciéndose un discreto nivel de sometimiento y, en palabras del propio autor, "el costo de pagar una renta sería menor que el de abandonar los ingresos diferidos de sus inversiones agrícolas". Dicho de otra forma, la cohesión de los grupos sociales vendría dada por la existencia de unas inversiones que garantizaran la producción necesaria.

Aún no acabarían aquí las consecuencias de este sistema productivo, puesto que, a la par

que se lleva a cabo la transformación de las relaciones en el seno del grupo, también se verían afectados los contactos con otras comunidades. La propia inercia productiva e inversora generaría un volumen de riqueza capaz de despertar la codicia de los vecinos, dando lugar a un clima de inseguridad ante el que surge la necesidad de defender el capital creado. La "venta" de la protección necesaria constituirá, de esta forma, un nuevo apoyo a la instauración de liderazgos, ahora necesarios socialmente, para garantizar la supervivencia de los bienes productivos. El valor de éstos últimos sería suficiente acicate como para institucionalizar un sistema de forzada tutela a cambio de las pertinentes satisfacciones materiales.

Las objeciones posteriores de A. Gilman (GILMAN, 1991) a estos planteamientos, presentados para explicar los procesos generadores de la desigualdad, giran en torno a las dificultades que plantea la aplicación de las teorías funcionalista y conflictiva, en el intento de desvelar los parámetros del desarrollo social prehistórico en el Sudeste. La contestación a las tesis expuestas surge ante la argumentación de que los principios teóricos en este caso no cuentan con el respaldo de una base documental arqueológica que los corrobore. Las carencias apuntan, en concreto, a la inexistencia de los elementos infraestructurales que definen la presencia de una administración central (lugares de almacenaje para la redistribución, grandes obras públicas, etc.), así como la revelación de actividades que demanden ese control (el comercio a gran escala sería un ejemplo indicativo).

Todo ello daría a entender una situación económica de cierta pobreza o "primitivismo", característica en esta zona durante las edades del Cobre y del Bronce, y excesivamente simplista como para considerar aquí la valía de los presupuestos funcionalistas. De igual forma, manifiesta sus dudas de que la tesis conflictiva del desarrollo social cuente con una base argumental suficiente, en cuanto que los datos económicos que podrían probar la intensificación agrícola, fundamento inexcusable en el desarrollo de las desigualdades según contempla esta teoría, son calificados como "demasiado dispersos" y no se les puede otorgar el valor de inferencia que se ha supuesto en el surgimiento de las desigualdades.

El registro arqueológico, por tanto, no facilita las pruebas que hagan plausible la plasmación de estos enunciados en la práctica, prefiriéndose, en su lugar, apelar a la potencial "verosimilitud" y "realismo" que los procesos descritos lleven consigo. No puede caerse, por otra parte, en excesivas simplificaciones de éstos últimos, suponiendo ciertos mecanismos en el seno de las sociedades prehistóricas, como el que atribuye a la "bondad" de los servicios prestados a

la comunidad el origen del encumbramiento de algunos individuos integrantes hasta ese momento de una sociedad igualitaria. Aún admitiendo la existencia de una jefatura en su vertiente organizativa de empresas comunitarias, se prefiere justificarla en virtud de un afán de lucro personal y no como aportación desinteresada.

A. Ramos (RAMOS MILLÁN, 1981) parte igualmente de un rechazo a los supuestos climáticos defendidos por Chapman y Gilman para el Sudeste, que definen un marco medioambiental tan árido como el actual desde el séptimo milenio. No considera que la intensificación agrícola basada en sistemas de regadío artificiales contribuyese a formar el panorama real de una estructura económica, para la cual, ni los cultivos intensivos como la vid y el olivo pueden documentarse en fechas tan recientes, ni las infraestructuras de riego son constatables espacial y temporalmente en el área en cuestión.

Su base argumental para explicar los cambios acaecidos en la Edad del Cobre del Sudeste estará constituida por la aceptación de una situación de presión demográfica como inmediata consecuencia del aumento poblacional. La constatación del hecho vendría dada por el aumento observado en la instalación de asentamientos desde el Neolítico Reciente hasta el Calcolítico. Una importante agricultura cerealística de secano se insinúa como el fundamento de semejante fenómeno. En cualquier caso, el óptimo poblacional debió verse afectado degenerando en una dinámica de desequilibrio entre población y recursos, origen de movimientos expansivos posteriores. La fundación de nuevos asentamientos con la consiguiente colonización de nuevas tierras vendría así a completar un proceso de aumento productivo marcado por la combinación extensiva de cereales, leguminosas y ganado, método alternativo al tradicional "barbecho muerto". Un avance posterior en la intensificación productiva supondría el paso de una agricultura de regadío en un momento avanzado, documentada con obras como la acequia del Cerro de la Virgen, exponentes de una transformación tecnológica de la que derivarán otros cambios en la estructura del sistema.

Los antiguos patrones de parentesco fueron sustituidos por el dominio de ramajes. Una tendencia a la constitución de grados de interés con una estructura clanificada en la cual los ascendientes superiores en el marco del parentesco obtienen el grado más alto en el control de la riqueza. Se trataría, pues, de una clase de "grandes hombres" que anunciarían la aparición de castas y jefaturas institucionalizadas en la época argárica. La propuesta materialista cultural lleva a considerar que serán las contradicciones territoriales entre las comunidades las que, a la postre,

provoquen el surgimiento de la estratificación en la misma comunidad. El sistema infraestructural fue el origen de la competencia intercomunal por el territorio. En este ambiente, las llamadas "actividades superdomésticas" se distribuirían estratificadamente entre las comunidades. Una consideración final apunta que la metalurgia y la intensificación agrícola no pueden explicar cada una aisladamente la emergencia de tal estratificación.

C. Mathers (MATHERS, 1984) opta por una interacción de varios factores para explicar el origen de las transformaciones experimentadas en la zona del Sudeste desde finales del Tercer Milenio hasta comienzos del Segundo. Su teoría parte de la base de que las regiones litorales sufren antes esta evolución, en cuanto que poseen ciertas características naturales que provocan la iniciación del proceso. Lo más relevante, sin duda, sería la escasa e imprevisible riqueza acuífera. Una realidad climática que acota considerablemente el territorio apto para ser roturado pero que, por contra, estimulará el desarrollo de estrategias económicas intensivas basadas en el control del agua. Esta situación demandará un considerable grado de integración regional, a la vez que proyecta una dinámica de colonización territorial que engloba, incluso, a zonas consideradas hasta ahora como marginales. Queda rota, de esta forma, la tónica tradicional de asentamientos lineales.

La nueva política económica, en fin, ha exigido un grado de inversión considerable, quedando establecidos paralelamente los resortes necesarios para llevar a cabo el control sociopolítico y la emergencia de lo que se ha dado en llamar "una economía de prestigio".

Todas estas teorías suponen, en definitiva, un considerable esfuerzo por descubrir la verdadera naturaleza de los cambios producidos en el seno de las comunidades prehistóricas del Sudeste de la Península Ibérica a lo largo de las edades del Cobre y del Bronce. Tentativas a las que es difícil substraerse cuando planean sobre esta problemática los interrogantes que inevitablemente surgen cuando se accede al nivel interpretativo de las evidencias arqueológicas. Preguntas acerca de cómo tuvo lugar el desarrollo económico hacia las nuevas formas de producción, de qué forma afectó esta evolución a las antiguas estructuras sociales o en qué términos se produjo la eclosión de los diferentes grados de poder y control, constituyen los principios teorizadores sobre los que se ha montado toda una dialéctica historiográfica.

Sin embargo, si en algo se caracteriza decididamente este apartado de la investigación, es en presentar la más absoluta heterogeneidad por parte de los teóricos respecto a la forma de encarar estos planteamientos, así como en la metodología a seguir en su resolución. Es evidente

que uno de los problemas que más han preocupado a los investigadores en los últimos años ha sido la relación entre el factor climático, y por ende el nivel de transformación sufrido en los últimos cuatro mil años, con el grado de metamorfismo económico, social y político de los grupos humanos afectados. La sola definición del espectro medioambiental hipotéticamente existente en el pasado, constituye en sí mismo todo un desafío ante el que la analítica paleoecológica actual sigue expresando cierta impotencia.

Aspectos como el valor de la irrigación en el proceso de intensificación agrícola o el ritmo y delimitación espacial en que este aumento productivo pudo haberse efectuado, son cuestiones sobre las que se ha vertido gran parte de la discusión, en un intento de situar el origen de la jerarquización social. Una economía que exigiese un poder mediatizador, tanto en sus orígenes para poner en marcha el sistema, como en sus consecuencias ante la necesidad de salvaguardarlo, ha constituido una poderosa hipótesis explicativa con argumentos igualmente plurales.

Posiblemente uno de los capítulos más polémicos sobre los que la bibliografía actual referente al período Calcolítico ha debatido en los últimos años es la cuestión de la metalurgia y su papel en el proceso de estratificación social. Con el ánimo de buscar la interpretación más idónea acerca del tránsito hacia la nueva etapa se han adoptado diversas posiciones cuya raíz ha estado inserta básicamente en las expectativas sociales, planteadas por una serie de móviles tecnoeconómicos decisivamente incidentes sobre las poblaciones neolíticas.

La infraestructura del período es ciertamente compleja y a lo largo de este capítulo estamos evidenciando la pluralidad de opciones que pueden barajarse en el discernimiento de una realidad infectada frecuentemente de apriorismos con dudoso planteamiento. Es difícil, ante la carencia de una documentación más explícita, inferir con certeza el carácter y magnitud de los cambios acaecidos en las antiguas estructuras sociales. En la base de todo ello parece abrirse camino la opción de nuevos planteamientos económicos capaces de provocar la emergencia de grupos con significación propia, en lo que va a ser un progresivo fenómeno de estratificación en el seno de las comunidades prehistóricas del Sur peninsular de finales del cuarto milenio a.C. Esta interconexión entre lo económico y lo social constituirá precisamente uno de los puntos más candentes en la controversia.

El creciente uso del metal habrá que considerarlo en esta vertiente, no sólo como un avance tecnológico de gran magnitud, sino también como principio causal de importantes modificaciones en la estructura de las comunidades de finales del tercer milenio a.C. Hablamos,

en síntesis, del acceso del útil metálico a la esfera sociopolítica, haciéndose acompañar progresivamente su concepción utilitaria de la potente carga ideológica que supone el ser considerado signo de prestigio y definición del rango. Si bien en sus inicios parece ser que no gozó de excesiva importancia, se asistirá durante la Edad del Bronce a una creciente valoración de la metalurgia como actividad generadora de los instrumentos hábiles para capitalizar el sistema de control y explotación económica a través de la coerción. La artesanía armamentística se convierte así en el gran aliado de una nueva sociedad que verá paulatinamente mutados sus esquemas primigenios en nuevas fórmulas que eclosionarán bajo la forma de nuevos planteamientos socioeconómicos. Se establecerá, pues, un nuevo estado de cosas basado en la complementariedad interregional que marcará los signos de un nuevo modelo económico agropecuario cada vez más alejado de la autosuficiencia. El intercambio se configura así como una opción que no sólo hará que se transformen las relaciones de dependencia intercomunales sino también los modelos productivos que ahora deberán adaptarse a la nueva situación con la generación de los excedentes necesarios para satisfacer las exigencias de oferta de ese comercio y el mantenimiento de los "no productores".

En cualquier caso, es lógico pensar que una demanda de materias primas para la elaboración más cuantiosa de útiles, vendría dada en estos tiempos por una complejidad y desarrollo de las tareas agrícolas, con la consiguiente especialización y perfeccionamiento instrumental. Esto podría explicar el despegue de la minería del sílex en Europa, de cuya experiencia pudo haberse beneficiado la posterior actividad extractiva de los minerales metálicos. A menudo se considera a este hecho como el punto de partida para explicar la progresiva complejidad de un sistema tecno-profesional que probablemente demandaba a estas alturas la existencia en el trabajo de la piedra de un personal especializado, plausiblemente desligado de las tareas extractivas y, con el tiempo, de otros menesteres relativos a la producción directa del sustento. En esta línea, la aparición del metal implica un alto grado de complejidad técnica en la manufactura de útiles y, por consiguiente, la acentuación de estas diferencias en la repartición del trabajo. En efecto, las sucesivas tareas de extracción, preparación del metal, almacenaje de combustible y elaboración de los instrumentos infraestructurales periféricos a la actividad metalúrgica (hornos, crisoles, moldes, etc.) supondrían en sí una diversidad de funciones suficientemente justificadora del ascenso paulatino de una clase profesional especializada a una escala de cotización socioeconómica destacable en el seno de la comunidad.

Probablemente sea este uno de los aspectos más controvertidos de todos los que se relacionan con el elenco interpretativo acerca de los fundamentos, inicios y desarrollo del proceso metalúrgico durante la Edad del Cobre. Ante las expectativas planteadas por una actividad tan revulsiva en el seno de los cuadros tecno-económicos de las comunidades prehistóricas del tercer milenio a.C., la búsqueda, explotación y elaboración del cobre debió llevar aparejada una capacidad de transformación de los caracteres formales de la vida cotidiana en mayor o menor medida.

Son diversas las valoraciones que sobre estas repercusiones han venido aportándose, en un intento, a veces, de utilizar al fenómeno metalúrgico como base argumental sobre la que explicar los procesos estratificadores de las sociedades prehistóricas occidentales, como paso previo para el logro de los primeros esquemas de organización estatal que irán abriéndose camino con vehemencia a lo largo de los milenarios subsiguientes. El principio de la especialización progresiva del artesano metalúrgico y las repercusiones sociales en cuanto a la adquisición de una posición de prestigio por esta actividad han constituido, por regla general, los criterios básicos sobre los que se especula desde que fueran enunciadas las conceptualizaciones de G. Childe (CHILDE, 1930) sobre ciertas "élites" vinculadas a una actividad metalúrgica que les reportaba indiscutibles beneficios socioeconómicos. Es constatable, a grandes rasgos, que la interpretación más actual de este fenómeno viene admitiendo el surgimiento de una clase de especialistas que conformarían un nuevo estrato social, compartiendo su nueva ocupación con la agricultura y el pastoreo. Otra cuestión sería el grado de preeminencia alcanzado por estos artesanos y sus implicaciones en los órganos directrices de la vida económica y organización política de la sociedad. A este respecto, puede hablarse de cierta uniformidad de criterios en considerar un grado de protagonismo progresivo, que vendría marcado por la creciente independencia de esta actividad desde unos primeros momentos, anclados aún en lo que podríamos denominar una tecnología de subsistencia (fabricación de útiles elementales para el autoconsumo agrícola), hasta la emancipación de una industria en continuo auge, de cara al establecimiento de circuitos de relación comercial interregionales.

3.2. Realidad subsistencial y supuestos sociológicos en la Tierra de Loja durante el Tercer Milenio

Creemos que falta aún mucho por hacer antes de poder completar un panorama coherente sobre el valor real de las relaciones sociopolíticas entre los individuos que formaron estas sociedades y entre los diversos grupos comunitarios a escala interregional. Las argumentaciones expuestas tienen un valor intrínseco, independientemente de las objeciones que sobre ellas pudieran hacerse al tratar de explicar conceptos y formas de vida que justifiquen una realidad material arqueológica concreta. No hemos querido hacer una compleja disertación sobre estos recursos teóricos, sobre todo porque se basan en una realidad espacial y arqueológica diferente a la que está siendo objeto de nuestro estudio en la **Tierra de Loja**. No obstante, hemos querido dedicarle un apartado en este capítulo, en un intento de presentar el estado de la investigación actual, al mismo tiempo que dirimir las conclusiones que podrían revalidarse en el contexto de las comunidades calcolíticas que habitaron esta zona. La **Tierra de Loja** adolece de pruebas documentales suficientes como para servir por sí misma de base experimental en el establecimiento de hipótesis sobre estructuras sociopolíticas como las que se han presentado. En nuestro caso concreto sólo podríamos avanzar unas conclusiones mínimas tras el análisis del único enterramiento de cierta entidad localizado en la región. Los ajuares recuperados en su día en la Covacha de La Presa ofrecen una serie de objetos que pudieron considerarse exóticos, como por ejemplo los botones de marfil, los vasos y fragmentos cerámicos de Campaniforme Marítimo, los collares, etc., pero que, en realidad, no sabemos si estaban en función de la edad, el sexo o el estatus social, dado su carácter de enterramiento colectivo, el número de inhumados, lo angosto de la cueva y las irregularidades cometidas en ella por los aficionados que la expoliaron.

Por lo demás, trataremos de reflejar, dentro de las limitaciones que ello conlleva, las características de los planteamientos subsistenciales en función del emplazamiento de los distintos asentamientos y su supuesta área de influencia. Es plausible pensar en una cierta ordenación social jerarquizada que, de alguna manera, estructurara las competencias socioeconómicas dentro del sistema productivo y que de ahí emanase alguna forma de poder de las que han sido expuestas anteriormente. No existen aquí, por ejemplo, indicios sobre obras de infraestructura hidráulica que apoyasen una intensificación agrícola de la que dirimir hipótesis de estratificación y emergencia de jefaturas. Tampoco se pueden argumentar diferencias estamentales en cuanto al ritual

funerario, dada la situación de expolio que presenta la necrópolis de Sierra Martilla, único conjunto megalítico de importancia suficiente como para haber podido extraerse en su momento conclusiones más aclaratorias. Sin embargo, sí es factible establecer un régimen jerárquico de asentamientos que muy bien podría hablar de núcleos primarios y secundarios, conectados posiblemente con algún tipo de estructura social capaz de organizar las actividades agrícolas y comerciales donde, por otra parte, pudo existir un acceso diferenciado a la riqueza. Entre los asentamientos del valle con abundancia de agua y los hábitats establecidos en zonas marginales en las sierras, cabe establecer cualquier modalidad en el control de los recursos. La prudencia nos exige ser cautos en nuestras apreciaciones y preferimos no enunciar hipótesis infundadas; no obstante, presentaremos a continuación una realidad subsistencial que puede servir de fundamento a supuestos sociológicos de cierta coherencia.

De forma sistemática hemos venido exponiendo una serie de características, tradicionalmente puestas de relieve por la bibliografía clásica, en la conformación global de las estructuras económicas de la Edad del Cobre. Creemos, sin embargo, que una imagen completa de la infraestructura del período estaría, a su vez, conformada por una serie de aspectos que podríamos aglutinar en los siguientes puntos:

- 1) Un incremento considerable de la población en relación con el período anterior.
- 2) Una mayor explotación de los recursos agrícolas y ganaderos con la aparición de nuevas especies domésticas de especial importancia, como por ejemplo el caballo, y el ensayo de sistemas de selección y cruce.
- 3) El establecimiento de circuitos comerciales más competitivos con la aparición de la metalurgia.
- 4) Un desarrollo de actividades artesanas con especial incidencia en la industria textil y similares.

La densidad de los asentamientos de la Edad del Cobre y la extensión que éstos ocupan son el mejor exponente de un aumento demográfico que puede llegar a relacionarse con un incremento de la complejidad social y política. Ya hemos expuesto en el anterior apartado las implicaciones sociopolíticas que este desarrollo poblacional pudiera haber llevado consigo; sin embargo, es evidente que en el aspecto estrictamente económico debieron verse afectadas las estructuras productivas mantenidas hasta el momento desde las primeras "colonizaciones" neolíticas en la zona.

a) La agricultura

En la Edad del Cobre se nos presentan unos sistemas agrícolas y ganaderos plenamente establecidos, con un dominio cada vez mayor por el hombre, que conllevarán un estadio de producción creciente y un mayor nivel de sedentarización de los asentamientos, en su mayor parte ubicados en las proximidades de las tierras de labor.

Esta región, ya se indicó en el primer capítulo, va a sufrir un proceso de deforestación y roturaciones, preferentemente sobre las zonas de vega y los amplios valles situados entre las numerosas estribaciones montañosas que configuran el territorio. Parece evidente que la existencia constatada de grandes poblados estaría, en gran medida, relacionada con estos valles, muy aptos para la agricultura y ricos en agua procedente de las numerosas surgencias naturales que aportan las serranías. Esta tendencia puede, de alguna forma, contradecir el modelo explicativo argumentado para explicar ciertos métodos agrícolas intensivos de "tala y roza" realizados por estas poblaciones y cuya práctica conduce a una deforestación creciente de la zona. Una "corta" sistemática, por tanto, en la que interviene, además, la supuesta necesidad de madera para la construcción y la metalurgia. No obstante, quedarían fuera de este sistema yacimientos emplazados en las vegas regables, como por ejemplo El Manzanil, perdurables a lo largo de toda la Edad del Cobre y adscritos a una economía agrícola intensiva de regadío con unos sistemas hortícolas presumiblemente avanzados. Otros asentamientos, en cambio, se localizan en amesetamientos rocosos con menos recursos acuíferos y tierras de peor calidad, lo que obliga a pensar en una agricultura extensiva de secano con alternancia en el cultivo de cereales y barbechos largos. Es en este último modelo en el que se puede considerar altamente representativo el concurso de una cabaña ganadera en progresivo desarrollo, generándose así un plantel de recursos suficientes como para mantener a las poblaciones que habitaron enclaves como el de Sierra Martilla, de menor entidad que las asentadas en El Manzanil.

Es difícil, según aporta el registro arqueológico, delimitar estas transformaciones agrícolas, si bien los numerosos hallazgos de utillaje efectuados en la zona contribuyen a su consideración. Son muy frecuentes, en efecto, en estos poblados, los utensilios de piedra, y ocasionalmente de cobre, relacionados con actividades agrícolas, presentando un surtido conjunto a base de grandes hojas de sílex para engastar en mangos de hoz, hachas, azuelas, cinceles, etc. Son inequívocamente reflejo de una agricultura floreciente, quizá ayudada por unas condiciones

ambientales algo más húmedas, si bien hay que recordar la tesis que insiste en que el clima en Andalucía no ha variado substancialmente desde el Neolítico hasta la época actual.

Una descripción somera de las circunstancias medioambientales a que hemos aludido nos induce a pensar que existió una cobertura vegetal más amplia que la actual, cubriendo amplias zonas mediante formaciones boscosas caducifolias en valles y depresiones, mientras el altiplano estaría poblado por un bosque de tipo mediterráneo, ampliamente descrito en el Capítulo I. La aparición en la cueva de El Coquino de especies carnívoras como el *Ursus arctos* (oso pardo) y aves como el *Tetrao urogallus* (urogallo), supone para esta región la existencia de unas condiciones de bosque de montaña, en la actualidad ubicado entre los 1500 y 2000 m de altitud. Otras circunstancias de las que ya hemos hablado en relación con la presencia masiva en esta cueva de *Oryctolagus cuniculus* (conejo) en un primer momento y de *Lepus capensis* (liebre) en otra fase posterior, revela la regresión de un biotopo de monte bajo hacia formaciones más despejadas. Es indicativo el hecho de que coincide la aparición de la oveja con la mínima proporción de conejos y máxima de liebres, sin duda, uno de los indicios más claros del avance deforestador de amplios sectores, probablemente más en consonancia con el desarrollo de un pastoreo intensivo que con otras causas argumentables como pudieran ser la corta de árboles para alimentar las fundiciones de cobre o la construcción de viviendas. La actividad de "montanera" pecuaria, implicaría dos acciones depredadoras con grandes repercusiones en la foresta: por un lado, la propia acción del animal al pisar y comer la cubierta inferior, por otro, la poda continua de los árboles a cargo del pastor, buscando el forraje fresco que suponen las ramas y brotes nuevos para la práctica del "ramoneo".

Volviendo al plano agrícola, hemos de decir que no contamos con demasiados datos sobre las especies que debieron cultivarse en estas zonas, ni sobre el nuevo bagaje tecnológico aportado para la explotación de la tierra. Una plasmación de los supuestos admitidos en otras áreas nos lleva a considerar como prioritario el cultivo de alguna variedad de trigo, fuente indiscutible de hidratos de carbono, así como de la cebada, gramínea menos exigente que el trigo y por tanto apta para el aprovechamiento de los terrenos más pobres o los esquilados a causa de una larga explotación. Su cultivo, en consecuencia, al igual que el de otras especies como la avena y el centeno, debió suponer una cierta garantía alimentaria anual y no es aventurado pensar en una extensión progresiva de las mismas. Como complemento a esta gama cerealística, el cultivo de las habas así como de otras leguminosas tipo guisantes, lentejas, yeros, etc., se iniciaría igualmente

en este período. La explotación del olivo puede admitirse con ciertas reservas, existiendo matizaciones que incluso niegan su cultivo durante la Edad del Cobre, si bien admiten su presencia en estado salvaje (RAMOS, 1981). Respecto a la vid, el planteamiento es similar precisándose, incluso, un momento concreto en la época argárica para la llegada de esta especie a la Península desde el Mediterráneo Oriental (GILMAN, 1976 y 1981).

La arboricultura debió acompañar a esta producción, constituyendo otra faceta del proceso rentabilizador del suelo. Muchos árboles, tales como el manzano y el peral silvestres, el espino blanco y el ciruelo, representarían la flora de cultivo secundario, que aparecería después de los árboles de bosque primario como olmos, fresnos, robles y avellanos, cortados para el cultivo de las plantas.

Hay una gran variedad de especies como el palmito y el esparto, con una utilidad consustancial a la actividad agrícola, utilizados para la fabricación de cestos y esteras, siendo también apta para estos menesteres la anea, tan frecuente en las zonas pantanosas de la vega granadina. Es importante resaltar, en este sentido, la utilización de la gramínea *Puccinellia (glyceria) distans*, cuyo empleo como fibra textil ha podido ser documentada en la zona (CAPEL *et al.*, 1981) y denota una fuerte presencia en las antiguas formaciones vegetales de llanura. Otra planta igualmente estudiada, el *Mendicago litoralis*, más conocida con el nombre de "carretón" o "mierga", de la familia de las leguminosas, viene a engrosar este conjunto herbáceo de segundo orden y valor complementario en la economía doméstica. Su presencia en yacimientos próximos (CAPEL *et al.*, 1981) constituye un hecho indicativo del cultivo de plantas forrajeras por parte de estas comunidades prehistóricas.

Es de suponer, por otra parte, que este período debió estar marcado por la consecución de importantes avances técnicos en los sistemas de explotación de la tierra. No poseemos pruebas evidentes aunque es muy probable que la utilización del arado sencillo con bueyes como animales de tiro debió iniciarse en estos momentos. Las posibilidades del empleo animal como fuerza de trabajo, unido a las modificaciones pertinentes en el utillaje, debieron ser sensiblemente superiores en relación a los resultados finales. El rudimentario arado del que han podido documentarse algunos ejemplares de grandes piezas pétreas pulimentadas en su función de "rejas" vino, probablemente, a sustituir a los viejos procedimientos de cava, quizá realizados con azuelas simples, redundando esto en una eficacia considerable en la remoción de tierras y, en consecuencia, en una mayor productividad.

b) La explotación ganadera

Capítulo importante lo constituye la ganadería doméstica, pieza indiscutible en su doble dimensión como aporte alimentario y en la, ya mencionada, participación en las tareas agrícolas. Respecto a las especies documentadas en la Tierra de Loja, son la oveja, la cabra, el buey y el perro las mejor conocidas. En efecto, dentro del conjunto paleontológico recuperado en las cuevas de El Coquino y La Presa, el mayor porcentaje viene representado por los ovicápridos con un claro predominio de la cabra sobre la oveja. Desde un punto de vista estrictamente paleontológico es posible, incluso, aseverar aquí algunas de las conclusiones obtenidas a partir de la fauna de El Coquino para el período anterior. Parece probable que los rebaños de cabras domésticas llegados a la región en épocas anteriores participaron de un régimen de semi-libertad, siendo factible el intercambio genético con las poblaciones salvajes mediante un cruzamiento que fue disminuyendo lentamente y de forma gradual. Según el estudio realizado por A. Ruiz Bustos (CARRASCO *et al.*, 1986) el material óseo denuncia la presencia de una especie con talla intermedia entre la *Capra hircus* y la *Capra pyrenaica*, destacándose una apreciable afinidad morfológica con la *Capra pyrenaica* de la región. Este hecho plantea la opción del cruce natural, sin despreciar otras posibles respuestas como la intencionalidad de los habitantes de la cueva en un proceso de domesticación de los animales autóctonos o, incluso, que los pobladores de "El Coquino" contasen con una raza peculiar. A este respecto, viene a colación el registro en el poblado de Los Castillejos de Montefrío, de unos materiales óseos aparecidos junto a otros de *Capra hircus*, no adscribibles a ella, ni tampoco a *Capra pyrenaica*, existiendo dudas en cuanto a su filiación (ARRIBAS y MOLINA, 1979).

En cuanto a la oveja, es muy reducida su representación, contándose con un solo fragmento procedente del Estrato 3 (Fase III). Este hecho, junto con una aparición posterior de *Capra hircus*, parece indicar que no se trata de un animal autóctono, solo traído hasta aquí cuando se experimentan unas mejoras relativas para su subsistencia en el medio natural. Inicialmente la falta de zonas de pasto frente a la abundancia de setos y matorrales, y una climatología que brindaba veranos muy calurosos dieron lugar, probablemente, a que la población de cabras fuese más factible. *Ovis aries* demandaría mayor atención y cuidados, pastando fundamentalmente de noche y siendo necesarios frecuentes desplazamientos lejos del yacimiento en busca de áreas de pasto más despejadas.

El cerdo está igualmente presente, tratándose de animales que fueron sacrificados en una edad joven, cuando habían alcanzado sus máximas dimensiones y la carne era aún tierna. Morfológicamente sus restos evidencian un fenómeno similar al reflejado por *Capra hircus*. Si bien, pese a la juventud de las piezas, es indudable que no se trata de *Sus scrofa* típico, también es admisible que ciertos rasgos anatómicos hacen pensar en dicha especie. Una combinación de caracteres que permite adelantar otra hipótesis de trabajo en base a considerar una posible domesticación autóctona, cuya resolución demandaría análisis profundos sobre un muestreo más completo.

Los bóvidos, estudiados en este caso a partir de un conjunto de piezas fuertemente fragmentadas, suponen quizá uno de los mejores ejemplos de rentabilidad en economías autosuficientes. La acusada madurez de los fragmentos recuperados de *Bos taurus* hace pensar en que estos animales serían sacrificados en una edad avanzada, dirimiéndose de ello el aprovechamiento en vida de sus máximas posibilidades, ya sea para los trabajos agrícolas o bien para la producción lechera. En cualquier caso, y desde un tratamiento cuantitativo de la muestra, nos encontramos ante un conjunto muy reducido cuyo estado de conservación hace imposible llevar a cabo los procesos de calibración pertinentes, a excepción de tres falanges. Todos los restos, según acabamos de mencionar, corresponden a animales adultos y las piezas dentarias lo son de un individuo tan viejo que sus medidas no son utilizables en las tablas comparativas referenciales de esta especie. Es indicativo, no obstante, en referencia a las calibraciones, que los valores de las piezas medidas no se distancian significativamente de las estudiadas en Montefrío ni de los bóvidos del Cerro de la Virgen (DRIESCH, 1973), pudiéndose considerar a nuestros ejemplares de similar tamaño. Estos restos, en definitiva, no son muy diferentes a los del *Bos primigenius*.

Finalmente, es preciso destacar en este apartado, aunque por ahora no se han descubierto restos en la Tierra de Loja, la importancia que debió tener el caballo en la mecánica de adaptación de estas sociedades al medio desde los inicios de la Edad del Cobre. Sus prestaciones debieron ser muy variadas, desde la utilización para el transporte, trabajos de fuerza, alimentación e incluso para acciones bélicas. Recogiendo la opinión de H.P. Uerpmann (ARRIBAS y MOLINA, 1979) es posible considerar un centro de domesticación del caballo en la Península Ibérica independientemente del resto de Europa. Afirmación que contraviene a lo afirmado por W. Schüle (SCHÜLE, 1969b), para quien no había verdaderos caballos salvajes en la Península sino que, más

bien, como representante de la familia équida en época postpleistocénica inicial, existió el *Equus Hydruntinus* (asno). El *Equus caballus* habría llegado, por tanto, ya domesticado en momentos posteriores, probablemente en una fase campaniforme. Los hallazgos, en cambio, de caballos anteriores a esta etapa en numerosos yacimientos neolíticos peninsulares demuestran su presencia indiscutible en estado salvaje junto al asno. Uerpmann sugiere, en particular, el aprovechamiento que estos animales hubiesen podido tener en las explotaciones minero-metalúrgicas del Sudeste, donde los artifices del cobre en los poblados del horizonte Millares debieron buscar su materia prima en yacimientos relativamente lejanos. En este sentido, el empleo del caballo como animal de carga debió jugar un papel crucial, existiendo, a la par que una población salvaje demostrada por estudios paleontológicos, unos estímulos concretos que incitaron a su domesticación.

El estudio de los restos faunísticos del poblado de Los Castillejos en Montefrío revela la existencia de *Equus caballus* en un momento precampaniforme, si bien desde el punto de vista morfológico es difícil determinar si se trata de especímenes domésticos o salvajes. El autor del estudio se inclina por la primera posibilidad, argumentando que el medio montañoso en el que se encuentra el yacimiento condiciona la virtual existencia de una actividad cinegética en las cercanías, por lo que, de existir ésta, debería hacerse en algún punto más lejano y desde ahí acarrear al poblado la carne y los huesos.

Estos hallazgos, en suma, vienen a plantear un espectro interpretativo amplio que participa no solo de supuestos ecológicos determinantes ante la existencia de especímenes salvajes de équidos, demostrada por los estudios paleontológicos, sino también del concurso antrópico expresado en la valoración que se hace de la existencia de unos estímulos concretos que debieron incitar a su domesticación. El muestreo, por lo demás, no es excesivamente amplio y cabe esperar la posibilidad de que futuros hallazgos en la zona ratifiquen esta hipótesis y permitan establecer un marco referencial más preciso sobre el auténtico papel ejercido por esta especie en el seno de las economías autosuficientes del Tercer Milenio en las tierras altas andaluzas.

c) La caza

Capítulo aparte lo constituyen las especies vinculables a la caza, actividad que debió practicarse de forma permanente como complemento a la dieta alimenticia sostenida por la

agricultura y la cabaña ganadera, pero que debió tener momentos de algidez en situaciones de malas cosechas o en periodos de desplazamientos estacionales hacia hábitats marginales en las sierras.

Sin duda, la especie cinegética por excelencia, en virtud del registro paleontológico de esta zona, es el conejo, *Oryctolagus cuniculus*. La abundancia de sus restos en estaciones como El Coquino nos lleva a pensar que su consumo alcanzó niveles de cotidianeidad en la integración de la dieta alimenticia diaria. Su relación con otro pequeño mamífero: el *Lepus granatensis* (liebre), permite establecer cierta tasa de equivalencia a lo largo de las tres primeras fases de ocupación del yacimiento, en función de los siguientes índices: 1/10 durante la Fase I, 1/5 en la Fase II y 1/4 respecto a la Fase III. La explicación de esta proporcionalidad puede facilitarse, bien por un criterio meramente casual, es decir, la preferencia a consumir una especie sobre la otra, bien por una consecuencia ecológica a la que ya nos hemos referido anteriormente, según la cual un cambio climático condujo a un aumento constante de las zonas despejadas en las manchas de monte bajo. No es desechable, por otra parte, que en este proceso se dejara sentir igualmente la acción antrópica, favoreciendo una expansión de las liebres que aumentaría su proporción en el conjunto de los lagomorfos. En cualquier caso, el aumento de liebres coincide con el desarrollo de la oveja, en detrimento de la dualidad conejo-cabra. Según Ruiz Bustos (NAVARRETE *et al.*, 1992) esta liebre está representada en la región desde el Pleistoceno Medio y actualmente suele establecerse en los llanos extensos, así como en las cotas inferiores de las laderas montañosas despejadas.

Los mamíferos de talla superior son igualmente objeto de esta actividad, aunque su proporción es sensiblemente inferior, llegándose incluso a una presencia casi anecdótica en el conjunto de los depósitos. Es el caso de *Cervus elaphus*, del que sólo poseemos dos falanges y algunos fragmentos de cuerna procedentes de la cueva de El Coquino, atribuibles a un individuo viejo y otro joven respectivamente. En la covacha de La Presa se han documentado otra falange de un macho viejo y la base de la roseta del asta y otra primera falange de otro individuo adulto de menor talla. La conclusión que puede derivarse de esta muestra apunta a considerar la caza de esta especie como ocasional, tal vez fortuita, aprovechando la debilidad o torpeza de algún macho viejo o de individuos jóvenes, más fácilmente abatibles que el resto de los de su especie.

Especial significación ofrece en este apartado la presencia de *Ursus arctos*, en cuanto nos confirma la diversidad de pisos de vegetación existentes en Andalucía Oriental en consonancia con la altitud de Sierra Nevada (RUIZ BUSTOS, 1976; RUIZ BUSTOS y GARCÍA SÁNCHEZ,

1977). En nuestra zona concretamente y como se indicó con anterioridad, implicaría la existencia de unas condiciones de bosque de montaña, en la actualidad relegado a cotas comprendidas entre los 1.500 y 2.000 m de altitud y en pequeños enclaves del Sistema Penibético. Una potente degradación a causa fundamentalmente de la intervención humana que ha provocado la regresión de estos bosques autóctonos y, con ello, la desaparición de un rico biotopo en el que participaron especies avícolas ahora ausentes como el *Tetrao urogallus* (urogallo), que debieron constituir en su día un recurso faunístico importante. Este urogallo puede considerarse en el contexto que nos ocupa una pervivencia de la última glaciación, quedando afincado en la zona por su tendencia a la sedentariedad. La gama de gallináceas, algunas de ellas aún presentes en el ecosistema actual, ha dejado otros vestigios entre los que destacan la perdiz y la codorniz. La seriación avícola es, en general, abundante y variada en el registro, extendiéndose tanto a especies de ambientes secos como a los propios de humedales, entre los que se cuentan diversas anátidas.

Finalmente, y concluyendo todo lo expuesto hasta ahora sobre la riqueza faunística, vinculable a la subsistencia de los pobladores de finales del Neolítico/Edad del Cobre en la Tierra de Loja, pueden destacarse los siguientes aspectos:

a) La fauna estudiada, pese a su variedad y particular significación en algún caso, presenta unas características que no pueden ser consideradas totalmente concluyentes en la configuración global del panorama paleontológico, dada la relativa escasez de restos en el conjunto de la comarca. Un estudio cualitativo sobre lo recuperado hasta ahora permite, no obstante, formular ciertas apreciaciones de carácter ecológico y cultural que abren nuevas perspectivas en el enfoque sobre la adaptación al medio natural por parte de las poblaciones indígenas, así como en la asimilación de los conocimientos sobre la fauna circundante y su aprovechamiento.

b) Dentro del material recuperado es evidente el predominio de los ovicápridos sobre el conjunto de la fauna doméstica, si bien en el caso concreto de El Coquino se atestigua una excepcional presencia de la cabra sobre la oveja, en clara conexión con una adaptación al biotopo existente.

c) Existe una gran similitud entre las especies domésticas y sus homólogos salvajes de la zona, lo que abre el camino hacia la posibilidad de prácticas zootécnicas primitivas de selección y cruce de las mismas.

d) La abundancia de restos de lagomorfos (conejos y liebres) denota su participación habitual en la dieta alimenticia, por lo que la caza persiste como actividad de primer orden,

máxime en hábitats marginales insertos en un ambiente serrano.

e) En la base de estos planteamientos subyace la necesidad de llevar a cabo análisis cualitativos más profundos, instrumentando una taxonomía de razas y variedades que permita confirmar estas hipótesis, así como delimitar la adscripción faunística a determinada cultura o a culturas sucesivas a lo largo del tiempo. En este último caso sería probable, además, descubrir, mediante una oportuna analítica morfoestructural del muestreo óseo, las huellas de todo el proceso de manipulación por parte del hombre en determinadas especies.

d) La estructura económica secundaria: artesanía e intercambio

Todo lo referido hasta ahora acerca de los modelos productivos practicados por estas comunidades prehistóricas desde finales del Neolítico hasta los inicios del Bronce Pleno, han versado sobre la generación de lo que podríamos denominar recursos prioritarios o subsistenciales. Sin embargo, la creciente complejidad del período manifiesta igualmente el desarrollo de otras actividades con raíces en la etapa anterior y ahora potenciadas por la propia dinámica poblacional y el incremento de las relaciones interregionales. Conformarían lo que hemos definido como actividades económicas secundarias, puesto que se salen de lo puramente subsistencial y, en cambio, vienen a cubrir un conjunto de necesidades que van desde el autoabastecimiento doméstico hasta la satisfacción de una demanda de productos suntuarios, en consonancia con la diversificación social y la ostentación de determinados sectores estamentales. La artesanía y el embrión de un creciente comercio de intercambio constituirán la base de esta economía de segundo orden, y paulatinamente experimentarán el desarrollo y complejidad propios como para salir del ámbito doméstico y convertirse en recursos económicos alternativos, con la consiguiente especialización y emergencia de grupos "no productores".

Además de la metalurgia que ya hemos tratado en otro epígrafe, la artesanía textil constituye, sin duda, la más común de estas actividades. De su práctica tan diversificada y extendida hablan los conocidos conjuntos materiales recuperados en la excavación de los poblados, integrados por una serie de artilugios tradicionalmente vinculados a esta actividad y entre los cuales figuran las pesas de telar, cuernecillos de arcilla y fusayolas como los más habituales. La tipología de las mismas participa de una diversidad tan sobradamente conocida que

no entraremos aquí en prolijas descripciones que se apartarían de nuestro objetivo inmediato y que, en todo caso, corresponderá a los respectivos apartados de catalogación de las piezas recuperadas en los yacimientos de la Tierra de Loja, de los que nos ocuparemos más adelante en este trabajo. Dicha variedad es, sin embargo, un dato revelador, amén de las conclusiones culturales y localistas que de ello pudieran derivarse, de una actividad debidamente matizada en cuanto a técnicas y producción.

Es indudable que las nuevas condiciones de vida creadas por una agricultura avanzada, el desarrollo de una metalurgia progresivamente dominada, la sofisticación cada vez mayor de artesanías locales como la textil y la cerámica, la domesticación del caballo y, en fin, un incremento notable de población que se concentrará en grandes poblados al aire libre, debieron favorecer el surgimiento de auténticos circuitos comerciales entre las distintas comunidades. Unas actividades que, por otra parte, han sido consideradas en un plano superior a la mera provisión de materiales u objetos de los que se carece, habiéndoseles imputado incluso un interesante valor sociopolítico. Se parte así del supuesto de que las prácticas de intercambio fomentan las relaciones y estrechan los vínculos sociales entre las comunidades, derivándose de ello una disminución de la conflictividad (WILMSEM, 1972). Generalmente estas acciones de intercambio, más o menos organizado, quedan evidenciadas por la presencia de objetos fabricados con materias primas no locales. Productos como el cobre, sílex y obsidiana, conchas marinas, cerámica, etc., son los indicadores tradicionalmente considerados como mejores exponentes de estas prácticas de trueque.

Es lógico pensar que esta actividad, auténtica opción económica paralela a la subsistencia, debió abarcar un amplio espectro tanto cuantitativa como cualitativamente. La mayor parte de los vestigios que atestiguan estas líneas de trasvase de productos pertenecen a un determinado grupo de materias no perecederas. Rara vez, por el contrario, quedan evidencias del intercambio de productos alimenticios, a pesar de que debió existir un flujo constante de los mismos, manteniéndose un comercio local a corta distancia centrado en los contactos entre aldeas o tribus vecinas. El cambio de algunos bienes no perecederos ofrecería mayor complejidad en cuanto que sería realizado a larga distancia y estaría sujeto a la mediación de intermediarios. Estas circunstancias conducen irremediabilmente a la entrada en juego de un nuevo factor que sería el precio del producto. Precio que obviamente debía oscilar en base a la intervención de condicionantes como: el peso, lugar de origen y distancia a recorrer, grado de exotismo entre

determinadas comunidades, el status de los individuos afectados en el cambio, etc. No es posible, sin embargo, establecer con seguridad el sistema o modalidad empleados en la realización de estas transacciones hasta tanto no se realicen unos estudios cuantitativos más precisos sobre la distribución de los bienes de comercio.

Está claro, según todo lo dicho hasta ahora, que la carencia o dificultad de acceso a determinadas materias va a ser la causa principal de esta actividad. La dispersión geográfica de los materiales potencialmente intercambiables y la situación de los emplazamientos ubicados en esa región puede, en consecuencia, servir como punto de partida para desvelar las características direccionales de una probable red de intercambios a escala local. Los asentamientos de la Edad del Cobre en la Tierra de Loja debieron autoabastecerse fácilmente de las materias primas y artículos necesarios para la vida diaria. El estudio paisajístico y geológico del territorio demuestra que las materias primas necesarias para la fabricación del utillaje básico (huesos, piedra, sílex y madera) se obtenían en la misma región. Las rocas de origen volcánico que gozan de tan larga tradición desde el Neolítico para la fabricación de utensilios pulimentados como azuelas, hachas, cinceles, rejas de arado, escoplos, etc., son abundantes en diversos sectores como Gibalto y la zona de Algarinejo. Fuertes concentraciones de ofitas, doleritas, de color negruzco y verdoso, son bien visibles en superficie, al igual que otras afloraciones minerales de similar procedencia volcánica como el cobre y la malaquita verdosa, que debieron ser suficientes para mantener a una metalurgia local.

Otra industria anclada en el Neolítico de Cuevas, centrada en el trabajo del hueso y presente en todos los yacimientos de la zona, debió abastecerse de la rica fauna local. En un claro aprovechamiento de la ganadería doméstica de ovicápridos y de la actividad cinegética de grandes herbívoros como el ciervo, nos ha llegado una breve representación de lo que pudo haber sido aquella industria, en base a la talla de toda suerte de punzones y enmangues de útiles líticos o metálicos sobre huesos largos y astas.

Por lo que respecta al sílex, queda reflejada su importancia no sólo por su destacada presencia en la comarca con afloramientos muy generalizados por toda la zona sino, sobre todo, por la existencia de criaderos (La Esperanza, La Ciudad y Los Gallumbares) cuya relevancia hace pensar en una explotación sistemática que debió surtir de nódulos, o tal vez de piezas ya fabricadas, a un amplio hinterland.

Capítulo aparte lo constituye todo un conjunto de objetos que podríamos considerar como

"exóticos" por su rareza o simplemente su inexistencia en la zona. El "dentalium", concha fósil procedente de un gusano tubicular, utilizado como cuenta de collar entre los ajuares de La Presa, no es precisamente una materia frecuente, aunque en este caso no resulta difícil localizarlo en los paquetes miocénicos de la vecina localidad de Salar. Este hecho, unido a la presencia en contextos funerarios de otros materiales como el marfil, hacen pensar que la Tierra de Loja debió participar también durante la Edad del Cobre en la modalidad de comercio de productos no perecederos a larga distancia. Así parece desprenderse de la presencia de algunos objetos realizados en marfil como botones, cuentas y pulseras, entre los ajuares del enterramiento colectivo de La Presa.

El marfil, materia prima no local obtenida de los colmillos o incisivos de algunos mamíferos como el elefante, morsa, hipopótamo, etc., tiene, como es sabido, una larga tradición en arte y joyería. No obstante, resulta obvio indicar que la presencia de algunos de estos animales en la Península desapareció mucho antes de que surgieran estas sociedades. Después de esto, ningún otro animal lo ha proporcionado en cantidad y calidad suficientes como para ser explotado de forma industrial. Es fácil dejarse llevar, en primera instancia, por la posibilidad de que estas piezas hubiesen podido ser fabricadas a partir del marfil procedente de restos fósiles de estos animales extinguidos. No es extraño, en efecto, recuperar dentina entre los sedimentos fluviales del Genil, apta, en principio, para una artesanía eboraria local. Sin embargo, la calidad textural, frescor y brillo de estas piezas lojeñas, inducen a pensar en otras fuentes de aprovisionamiento. Según los datos de que se dispone actualmente hay que pensar en el Noroeste de África como la región más idónea de donde pudo haber salido el marfil usado en la Península. De hecho es el lugar más cercano donde el elefante subsistió hasta la época romana (ARRIBAS, 1977).

Traído en bloques desde África, constituyó la base de una industria sustentada en las cualidades manufactureras de los talladores locales. Este comercio ha sido tradicionalmente relacionado con poblaciones campaniformes que, a cambio de productos perecederos, algún que otro objeto de cobre y determinado tipo de cerámica, conseguirían la preciada materia prima. Ya ha sido apuntada la idea de que se trataría de "un comercio asimétrico" basado en la tendencia, o tal vez "necesidad", de los estratos superiores de poseer materiales exóticos y lujosos, al mismo tiempo que entre las poblaciones indígenas norteafricanas, igualitarias socialmente, se supone que no existía una intencionalidad de uso específica respecto al marfil, por lo que no debieron exigir muchas cosas a cambio. Extremando esta precisión determinados autores (HARRISON y GILMAN, 1977) han concluido que el uso del marfil en la Península era

fundamentalmente socioeconómico, cuyo destino era poner de relieve el status prepotente de ciertos personajes, mientras que en el Magreb el marfil era una "fuente tectónica a la que no se concedía más valor que al hueso corriente".

Muy apreciado en todos los tiempos, este material protagonizó, en definitiva, la creación de artículos exóticos de gran aceptación entre determinados sectores de la sociedad, llegando a ser probablemente un signo de distinción para los individuos de status alto. En este estamento se poseen generalmente los mejores vestidos y materiales, sobre todo útiles foráneos realizados a partir de estas materias exóticas. Los objetos así considerados "lujosos", hallados entre los ajuares funerarios, pueden ser asociados con individuos de elevado rango. En base a esto, puede concluirse que el marfil fue objeto de una distribución diferencial en el seno de estas sociedades y, en consecuencia, no todas las familias o individuos participaron por igual en las actividades de comercio.

En relación con estas últimas apreciaciones, y dentro de este comercio a larga distancia, se ha sugerido, incluso, que algunos tipos cerámicos como los campaniformes de Estilo Marítimo pudieran haber sido considerados como objetos exóticos fabricados por sociedades elitistas que los comercializarían desde diversas áreas atlánticas (HARRISON, 1980). La propuesta forma parte de la dinámica interpretativa sobre el desarrollo de la Cultura Campaniforme, de la que nos haremos eco en el siguiente apartado a propósito del registro del yacimiento de El Manzanil; no obstante, y a modo de hipótesis, no descartaríamos la posibilidad de que estas cerámicas pudieran responder a tradiciones locales y cumplieran un rol específico en la práctica de intercambios descrita.

4. DINÁMICA DE OCUPACIÓN Y PATRONES DE ASENTAMIENTO EN LA TIERRA DE LOJA

4.1. La base conceptual

Según la valoración de los parámetros espaciales realizada hasta ahora se comprende fácilmente que la concatenación tiempo-espacio-sociedad es indisoluble. La Historia es un fenómeno temporal en el que se relacionan toda una serie de mecanismos productivos, sociales, políticos e ideológicos que las formaciones sociales desarrollan en unos espacios concretos.

No puede entenderse el espacio como un simple marco natural donde tienen lugar los procesos históricos sin concederle la debida atención a su poder catalizador sobre los mismos. Muy al contrario, el ser humano ha mantenido desde sus orígenes una fuerte relación con él adaptándose en todo momento a sus posibilidades y limitaciones. Ha sido una continua dialéctica de inferencias mutuas, donde la capacidad de uso y transformación por parte del hombre de la naturaleza que le rodea le ha conferido, hasta cierto punto, el carácter de auténtico "creador" de ese espacio.

A lo largo de la trayectoria seguida en el proceso de asentamiento se reproducen, como es sabido, dos esquemas diferentes en las relaciones hombre/medio: el depredador y el productor. El primero carece del bagaje técnico necesario para ordenar ese espacio y, en consecuencia, su subordinación al medio es casi total, convirtiéndose éste en una decisiva y condicionante fuente de recursos que escapa a su control. El segundo, en cambio, va a generar un diálogo con la naturaleza en un clima de equilibrio, donde los conceptos sociedad/recursos deberán observarse escrupulosamente para garantizar su maridaje. Sólo el surgimiento de superestructuras políticas, basadas en la apropiación de la tierra y el control de los recursos, podrán desequilibrar esta situación, abriéndose camino cada vez con más significación el concepto de territorialidad; un nuevo factor en escena que se manifiesta como agente de reproducción física y social en forma de relaciones comunitarias entre los grupos humanos que comparten el espacio.

El concepto de "patrón de asentamiento" debe considerarse, por tanto, como el modo elegido para adaptarse al medio natural, en virtud de la forma de generación y distribución de los recursos. Son extremos definidos por numerosos autores que, sin embargo, mantienen irreconciliables matizaciones terminológicas sobre la inclusión de criterios personales referentes

a las ideas de "patrón", "sistema" de asentamiento, "comunidad", etc. Con un sentido conciliador, buscando los aspectos coincidentes que sobre este tema existen, podemos concluir afirmando que el fin último perseguido en el estudio de los patrones de asentamiento es la delimitación y caracterización de las relaciones entre el hombre y su medio inmediato y, a su vez, las relaciones con otros núcleos de poblamiento en una configuración jerárquica determinada. Está claro que la metodología empleada responderá a criterios muy dispares; sin embargo, cualquier modalidad deberá partir de una consideración completa de los elementos que participan en estas relaciones. Algunos arqueólogos como Clarke (CLARKE, 1972) los han sabido compendiar acertadamente considerando partes activas del sistema desde las propias actividades humanas en su diversidad, hasta el marco físico morfológico y medioambiental, pasando por las consideraciones que sobre los restos de la cultura material pudieran hacerse. Un conjunto interactivo que ya comentábamos en la introducción de este capítulo y que ahora consideramos bajo la perspectiva del "sitio" geográfico sobre el que actuó, valorando los aspectos físicos y humanos que intervinieron en la elección del lugar de residencia y su hinterland de actuación.

4.2. Criterios selectivos.

La multiplicidad de variables que entran en juego a la hora de considerar un emplazamiento como óptimo dentro de un área determinada hace que la diversidad tipológica de éstos sea considerable. En general se coincide a la hora de diferenciar los asentamientos en función del tiempo de ocupación que se hace de los mismos. Así, los no permanentes o estacionales se asocian, por lo común, con lugares elegidos para determinados cultos o rituales, campamentos estacionales de caza, hábitats marginales asociados a actividades pecuarias en ciertas épocas, etc. La variedad de funciones es tan grande como la capacidad de especulación que sobre ellos se vierta. Sólo en los últimos años el avance de los estudios antracológicos, así como una mayor dedicación al análisis de los procesos de ocupación, fabricación de útiles y captación de recursos, entre otros, están propiciando una definición más precisa de estos tipos. El registro arqueológico se ve así auxiliado por un aporte interesante de datos tradicionalmente ignorados o, en el mejor de los casos, usados precariamente. La carencia de vestigios

infraestructurales, derivada de la escasa permanencia en el lugar y la deleznablez de las unidades de habitación, ha dejado con frecuencia de ser un obstáculo para el estudio de estos yacimientos.

Por otra parte, el asentamiento permanente demandará una perspectiva mucho mayor en el planteamiento de su estudio, en cuanto que engloba tres apartados fundamentales en la dinámica de su existencia: el análisis de su configuración interna (estudio del yacimiento en sí mismo: estructuras, estratigrafías, cultura material, etc.), el área de influencia con las modificaciones antrópicas llevadas a cabo en la misma y las relaciones entre asentamientos dentro de una entidad territorial más amplia.

Como quiera que el repertorio de prioridades que influyen en la elección del lugar para cada uno de estos dos sistemas de hábitat es enorme, y sin entrar en planteamientos estadísticos que no vienen al caso ante lo limitado de nuestra zona y la insuficiencia de excavaciones sistemáticas, consideramos tres variables en el surgimiento de estos emplazamientos:

- a) Los amesetamientos en alturas medias.
- b) El potencial agronómico del territorio circundante.
- c) La existencia de otros recursos explotables.

a) Los amesetamientos

Situar los poblados en afloramientos rocosos, preferentemente amesetados y a poca altura relativa respecto a las tierras del valle, ha sido una tónica general en la mayoría de los asentamientos calcolíticos, si bien, como veremos después, ésta no es condición imprescindible, existiendo otros factores más determinantes. Parece evidenciarse con esta práctica la necesidad de conseguir un cierto grado de visibilidad sobre los valles de los ríos, vías naturales de penetración hacia las tierras interiores y comunicación entre distintas comarcas. Este factor estratégico a menudo va acompañado por un refuerzo de carácter defensivo protagonizado por la construcción de potentes amurallamientos y fortines avanzados: Los Millares, Cerro de la Virgen, Cerro de los Castellones, El Malagón, Zambujal, Vila Nova de S. Pedro, etc., por citar

algunos de los más representativos. Son enclaves donde el mismo repertorio de gruesas murallas, bastiones semicirculares y torres huecas, conferirían el necesario orden defensivo a lo largo de las rutas metalúrgicas.

Sin embargo, según se apuntaba antes, no podemos atribuirle la misma funcionalidad a otros poblados, carentes de estos sistemas defensivos, o simplemente situados en pleno valle. La mayoría de los poblados localizados en la **Tierra de Loja** se encuentran en aterrazamientos rocosos que oscilan entre 1 y 2 Ha. de extensión. Se sitúan cerca de los valles fluviales, desde donde se observa una amplia panorámica de las zonas circundantes, con un claro dominio sobre las vías y nudos de comunicación así como de las fuentes de aprovisionamiento de recursos. En cualquier caso, la propia fisonomía de estos poblados: Sierra Martilla, La Caridad o El Manzanil, nos hacen pensar en un período inicial de poca conflictividad, donde una base económica agrícola y ganadera constituía la forma de subsistencia habitual, lejos aún de los circuitos comerciales metalúrgicos que imponían indudablemente otro estilo de vida. En este marco, la proximidad de las tierras de cultivo y pasto con puntos de agua cercanos serían condiciones fundamentales. Esto justifica la escasa altura de muchos de estos núcleos o, incluso, el emplazamiento en pleno valle como es el caso de El Manzanil. Sólo una situación posterior, definida por un crecimiento demográfico, mayor presión sobre el terreno disponible, aumento de la voluntad de controlar los excedentes y la integración más decisiva de estas comarcas en los ámbitos metalúrgicos Surorientales, hicieron que el factor "defensa" adquiriese un protagonismo determinante en el carácter de los asentamientos. Estamos convencidos de que este hecho explica la existencia de espolones tan inexpugnables y amurallados como el de Fuentes de Cesna, cuyas características resumen todo lo dicho hasta ahora.

Es, en resumen, una secuencia que se repite en casi todos estos poblados, en la cual se parte de un substrato antiguo con economía agropastoril generada en un estadio neolítico, con una presumible calma social que obvia cualquier necesidad autodefensiva. A medida que transcurre el tercer milenio a.C. los resortes políticos de control de los recursos cambiarán estos planteamientos iniciales y demandarán otras estructuras. Cierta similitud en el proceso podría inferirse respecto a lo ocurrido en otras regiones (MARTÍN DE LA CRUZ, 1995). En este sentido y a propósito del estudio sistemático del poblamiento calcolítico llevado a cabo en otras zonas, se han vertido opiniones según las cuales hay que reconocer la generación de ciertos riesgos subsistenciales emanados de un proceso de nuclearización del poblamiento (MOLINA

GONZÁLEZ, 1988). El panorama resultante quedaría así matizado por la limitación de las tierras de cultivo y la dependencia mayor de algunos asentamientos con respecto a recursos de otra índole como la minería y el comercio de intercambio dentro y fuera de la propia región. Sería el momento de una clara diferenciación de los patrones de asentamiento en función del modelo de explotación económica desarrollado y su consiguiente ubicación en la zona:

- a) Valles, aprovechando las tierras con alto potencial agrícola.
- b) Piedemonte destinado al uso de pastos.
- c) Núcleos serranos con afloramientos de malaquita.

La jerarquización entre los asentamientos viene dada, según esta hipótesis, por las dimensiones y distribución de éstos.

Por último, el final de la Edad del Cobre y los inicios del Bronce Pleno acabarán confirmando esta tendencia, en unos momentos en los que la necesidad de efectuar un dominio efectivo sobre el territorio debió ser acuciante.

b) El potencial agronómico del suelo

Es otro factor que, pese a ser tratado en segundo lugar, puede considerarse como uno de los más decisivos. Coincidimos en esta apreciación con las aseveraciones de F. Nocete para las Campiñas del Alto Guadalquivir, cuando afirma que son las relaciones en torno al potencial agronómico del suelo, estructuradas en los niveles de producción, consumo, acumulación y propiedad, entre otros, quienes dinamizan, estructuran y articulan la Historia (NOCETE, 1986).

El suelo y su uso va a ser, por tanto, el elemento que gestione gran parte del proceso de fijación poblacional en la Tierra de Loja desde la segunda mitad del IV milenio a.C., con especial intensidad durante la etapa calcolítica, en la que la dispersión de asentamientos por toda su geografía es hoy un hecho constatable. Una ocupación que, como se dijo en el capítulo de introducción geográfica, ha provocado una serie de cambios considerables en la conformación paisajística original. Sin duda alguna el factor humano ha sido el más determinante, por encima de los procesos degradatorios naturales, en una práctica persistente de ancestrales sistemas de cultivo. La tala sistemática de la cobertura vegetal autóctona ha sido el primer paso para el comienzo de una roturación que ha afectado a gran parte del territorio, exceptuando los reductos

ya mencionados del antiguo encinar y sus variantes biotópicas.

En esta región se van a ir deforestando y roturando, en primer lugar, las zonas de vega y los valles adentrados en las formaciones montañosas, donde la abundancia de los acuíferos ya se ha puesto de manifiesto. La presencia de grandes poblados en estos valles habría que relacionarla, sin duda, con la práctica de una agricultura intensiva. De alguna forma, disintimos en este aspecto con algunas teorías que tratan de explicar una agricultura intensiva con técnicas de "tala y roza", sistema que provocaría la deforestación a que hemos aludido, acentuada por una actividad metalúrgica y constructiva que demandaba abundante madera. Puede que, en efecto, este modelo sea justificable en determinadas regiones, sin embargo, no explica la existencia en esta comarca de poblamientos tan densos como el que ostentó El Manzanil, donde puede seguirse toda la secuencia cultural de la Edad del Cobre *in situ*. Se descarta así toda posibilidad de un nomadismo poblacional, forzado por cualquier tipo de agricultura itinerante. Más bien, la existencia de asentamientos como éste estaría relacionada con una agricultura de regadío y unos sistemas hortícolas avanzados. Del mismo modo, los poblados localizados en amesetamientos rocosos, rodeados de tierras con menos posibilidad de riego, justificarían su existencia por una agricultura de secano cerealista, alternada con barbechos prolongados y completada siempre, a nivel alimenticio, con una ganadería en continuo crecimiento.

Como en tantas otras áreas ocurre, la carencia de estudios paleoambientales más precisos impide hacer un seguimiento pormenorizado de estos cambios en la vegetación de la zona. Únicamente contamos con los hallazgos que nos brinda el registro arqueológico para tratar de establecer, desde un punto de vista cuantitativo, la magnitud de la actividad agrícola llevada a cabo. En este sentido, abundan los utensilios en piedra, rara vez de cobre, entre los que es significativo el número de grandes hojas de sílex para engastar en mangos de hoz, hachas, azuelas, etc., exponentes de una agricultura en auge. Posiblemente un medioambiente más húmedo ayudase en el proceso, aunque son sobradamente conocidas las opiniones de que el clima no ha variado sustancialmente en Andalucía desde el Neolítico hasta nuestros días (DRIESCH, 1973).

La vegetación silvestre cubriría zonas más amplias que las actuales, con formaciones de bosque caducifolio en valles y depresiones, mientras que las altiplanicies estarían cubiertas por un bosque de tipo mediterráneo al que ya se había hecho referencia.

Así pues, si los importantes cambios producidos en el paisaje, junto a la abundancia de materiales arqueológicos asociados a la agricultura, son los exponentes más claros de la fuerte

presión agropecuaria sobre el medio, queda suficientemente justificado que estos asentamientos obedezcan básicamente a la elección de los territorios más propicios para llevar a cabo actividades como las que se han descrito. Queda ahora por establecer la jerarquía de prioridades que presumiblemente se aplicaron en la elección exacta del emplazamiento, aspecto muy controvertido en cuya interpretación las opiniones han sido muy diversas.

El punto de partida para numerosos autores lo ha constituido el polémico método del "Site Catchment Analysis" (VITA-FINCI y HIGGS, 1970): análisis de captación económica (ACE). Un sistema heredero en cierto modo de los enunciados del conocido "Estado aislado" de Von Thünen ("Der Isolierte Staat"), igualmente criticado desde los inicios de la década de los ochenta (DENNELL, 1980; FERNÁNDEZ MARTÍNEZ y RUIZ ZAPATERO, 1984). Sus postulados parten de la valoración que en adelante se hará del factor espacio-tiempo. La lógica del tiempo invertido en desplazamientos hace suponer a los defensores de esta teoría que los gastos de producción de los bienes aumentan con la distancia, por lo que los agricultores deben vivir cerca de sus campos de cultivo. Este deseo de ahorro en gastos físicos de transporte hace factible la localización de los poblados cerca de los territorios cultivados, lo que ha llevado a determinados autores a aplicar este sistema de localización en el Sudeste, en base a considerar una correspondencia topográfica entre la situación de los terrenos de regadío, que posiblemente existieran en la zona costera almeriense durante la época de Los Millares, y las zonas de regadío actuales o potencialmente regables (GILMAN y THORNES, 1985).

La crítica a este planteamiento viene encauzada por diferentes argumentos de discusión, pero quizá una de las opiniones que más rotundamente contestan a esta teoría sea la de F. Nocete (NOCETE, 1989) cuando considera que, en realidad, se argumentan nuevas formas de relación entre el hombre y el espacio físico que le rodea, "no básicamente subsistenciales", a partir de la consolidación de las bases de economía de producción, convirtiéndose el medio "de un arsenal de depredación en un medio de producción". No obstante, la validez del ACE, según este mismo autor, puede mantenerse como una técnica probabilística en prospecciones de superficie, ya que los indicios generados con este trabajo permiten suponer una serie de tendencias de gran valor inferencial.

En cualquier caso, parece evidente que el punto de partida debe ser la delimitación del área de actuación, objeto de estudio directo, en cuyo centro se situaría el poblado. El radio establecido entre este núcleo de residencia y los puntos más lejanos de explotación constituye otro de los aspectos de la polémica. No existe un acuerdo tácito sobre la distancia a cubrir, ni

tampoco respecto a la posible jerarquización de los territorios conformadores de ese espacio. Las primeras matizaciones de Von Thünen (VON THÜNEN, 1966), en base a dividir el territorio en círculos concéntricos, ya intuían una partición territorial, donde la valoración del suelo pasaba por diversas escalas desde el núcleo central hasta los bordes del área. Es un modelo que responde a una de tantas versiones aplicables a las economías autárquicas primitivas que han pervivido, incluso, hasta nuestros días. En efecto, sistemas de agricultura de autosubsistencia para tipologías sedentarias de secano en diversos lugares del planeta permiten suponer cómo se estructuraban estos territorios. Por utilizar un ejemplo relativamente reciente, el modelo extensivo de secano senegalés, entre tantos otros, establece una zonificación igualmente concéntrica, donde el equilibrio entre una agricultura intensiva de aprovechamiento familiar, cultivos cerealísticos en alternancia con barbechos largos, ganadería en régimen abierto y explotación forestal selectiva, confirma significativamente el modelo de Thünen (LEBEAU, 1983). Hay que ser prudentes, no obstante, a la hora de extrapolar técnicas, en cierto modo evolucionadas, que pudieran definir semejanzas comprometidas en base a elementos diacrónicos de no tan fiable adscripción. Por ejemplo, en el caso africano, la simbiosis ganado-barbecho permite un sistema de fertilización natural que fundamenta un ciclo de rotación trienal de cultivos, difícil de precisar en nuestro caso, si bien cada vez se insinúa con mayor insistencia por la investigación actual (WILMSEN, 1972).

La división, en cambio, del territorio en busca de un aprovechamiento lo más completo posible, sí puede tener un valor etnográfico comparativo de mayor entidad. En ambos sistemas el poblado ocupa un lugar central, dedicado también a la instalación de pequeños huertos familiares dotados de sistemas de riego muy elementales aunque suficientes para poder llevar a cabo un cultivo intensivo y variado. El plantel de productos está en función de condicionamientos como el clima, la calidad del suelo, la posibilidad de mayor o menor riego, etc. Se pretende, en cualquier caso, un autoabastecimiento no sólo de los productos hortícolas alimenticios, sino también de algunas fibras textiles como el lino, cáñamo o algodón, tan versátiles en su uso doméstico. El consumo familiar se completa con productos cárnicos y sus derivados, procedentes de un cabaña lechera permanente y algunas especies avícolas de corral. Es importante señalar que estas primeras unidades de explotación permiten una leve producción de excedentes con los que puede realizarse un tradicional comercio de trueque.

El siguiente anillo lo ocupan bosques sobre los que existe un especial proteccionismo por parte de la colectividad, dado su enorme interés comunitario. El bosque es fuente de recursos

insustituible en cuanto que aporta el material necesario para las construcciones, materia prima para la fabricación de carbón y combustible doméstico.

Por último, el mayor perímetro corresponde a los campos abiertos donde se combinan cultivos diferentes, entre los que destacan los cereales: trigo, mijo o cebada, a menudo combinados con alguna leguminosa en la hoja siguiente. El ganado permanece en un tercer sector, cercado por espinos naturales y en régimen de semi-libertad, aprovechando los pastos y los rastrojos resultantes de la siega del cereal durante el largo periodo de barbecho. El estercolado natural llevado a cabo en este tiempo permite una reactivación de las roturaciones transcurridos dos o tres años. Se produce para ello la mencionada "rotación" que permite el uso ininterrumpido del suelo. El cereal, más ávido de nitratos y componentes fosfatados, pasa a cultivarse en la hoja estercolada que ocupó antes al ganado; las legumbres, de alto poder nitrogenante en sus raíces, restaurarán parcialmente el esquilmado suelo que dejaron los cereales; el ganado, finalmente, quedará de nuevo cercado en la hoja restante, aprovechando para su alimento los restos de la cosecha de leguminosas.

Fueron los defensores de la teoría del ACE los encargados de aplicar esta estructura a las zonas de captación económica de los yacimientos. Higgs y Vita-Finzi definieron al territorio perteneciente al yacimiento como el área explotada habitualmente. Sin embargo, quedaba por acotar una zona mucho mayor donde se llevaban a cabo ciertas actividades relacionadas con corrientes de comercio o intercambio de productos diversos, encontrados en el registro arqueológico del yacimiento, y que quedaría definida como "área de influencia". Es importante este último aspecto, pues nos puede conducir al conocimiento de fuertes contactos culturales a nivel regional muy superiores al propio entorno. El problema estriba en establecer las dimensiones del territorio, cuantificando la distancia a recorrer en una jornada para mantener en explotación las tierras aledañas al poblado sin salirse de los supuestos de rentabilidad mencionados. Estos mismos autores ya habían establecido en Monte Carmelo (VITA-FINCI y HIGGS, 1970) un radio de 10 Km, que supondría, en terreno variable, unas dos horas de camino. Puede desprenderse de este planteamiento que, en las variables del factor espacio-temporal, el componente que más influye es la accesibilidad al aprovisionamiento de los recursos, a su vez, íntimamente relacionado con las características del terreno, ya que al ser abrupto puede encarecer los costes de explotación y, en consecuencia, obliga a reducir la distancia a cubrir en un día, así como con la tecnología disponible y el comportamiento de los recursos. Es una variedad de elementos que encontraron

su primera sistematización en los trabajos de Browman (BROWMAN, 1976) donde, por primera vez, se conjugaban en el mismo engranaje los aspectos puramente físicos (distancias lineal y topográfica) junto con los costes de transporte, sociales y psicológicos, de una forma u otra ya contemplados anteriormente.

El concepto de "territorio" comenzaba a tomar protagonismo, sobre todo al intentar aplicar el modelo en regiones accidentadas. Surge así el término "distancia isocrónica" establecido por Davidson y Bailey (DAVIDSON y BAILEY, 1984) para definir la distancia a cubrir en una unidad de tiempo sobre un terreno variable. Una relación que sigue observando el módulo: 2 horas/10 Km en llano, si bien tiene en cuenta la topografía, incrementando fracciones de treinta minutos por cada 300 m de ascenso sobre el perfil del trayecto.

Gilman y Thornes (GILMAN y THORNES, 1985) han llegado a aplicar el esquema en el Sureste para un total de 35 yacimientos comprendidos entre el Neolítico y el Bronce. Su punto de partida ha sido esta misma secuencia horaria, en base a lo cual subdividen estos territorios en zonas isocrónicas de 12, 30 y 60 minutos. Sobre tal planteamiento una demarcación topográfica en cada uno de los asentamientos indica las posibles zonas potenciales de producción en cuanto a territorio de regadío, secano o monte improductivo. Partiendo del supuesto, una vez más, de que la distribución espacial de recursos debió ser similar a la que existía con el yacimiento en activo, los autores deducen las distintas proporciones de los recursos agrícolas entre los territorios y, dentro de un mismo territorio, entre las zonas próximas al poblado y las más alejadas. Un estudio paleoecológico se impondría en este caso para determinar los posibles cambios acaecidos en la región desde que fue ocupada hasta ahora. No obstante, como también se señala, la dificultad que entraña la reconstrucción de un paisaje concreto después de varios milenios da lugar, generalmente, a utilizar sólo los datos disponibles en ese momento bajo la presunción siempre de que no se han producido grandes cambios. Algo no válido, por otra parte, para el Sudeste de España, donde sí se suponen importantes modificaciones en los últimos cuatro mil años.

c) Otros recursos explotables

Es evidente que en la localización de los poblados juega un destacado papel la posibilidad de un acceso fácil a determinadas materias primas no agrícolas. Se trata de productos cuyo valor

debe medirse en múltiples parámetros culturales, pues vienen a cubrir un conjunto de necesidades enormemente variadas que afectan a diversos campos de la vida ordinaria: fabricación de herramientas, construcción de cabañas, celebraciones rituales, comercio, etc. Son elementos que constituyen una base de marcado interés para comprender la existencia de determinados emplazamientos, actuando generalmente en combinación con los otros dos factores, ya referidos, determinantes en la elección del lugar de asentamiento. En su conjunto, y atendiendo a la lógica diferenciación regional, justifican la existencia de lo que se ha considerado como "área de influencia" en los yacimientos. Una zona, por tanto, que en los enclaves estudiados de la **Tierra de Loja** suele comprenderse entre los 6 y 15 Km a la redonda, a partir del centro del poblado, y que sería visitada esporádicamente mediante expediciones de corta duración, por lo común un jornada, con el objeto de proveerse de las materias primas necesarias.

Al margen de la existencia, como veremos más adelante, de un intercambio de productos no perecederos dentro de lo que hemos valorado como circuitos comerciales a larga distancia, podemos decir que los asentamientos del Cobre en la **Tierra de Loja** se debieron autoabastecer de las citadas materias primas y géneros necesarios en la vida doméstica. En efecto, sólo los materiales considerados como exóticos por su ausencia natural en esta región, tal es el caso del marfil, las conchas marinas elaboradas, ciertos tipos cerámicos o el oro, serían objeto de trueque aprovechando, probablemente, la existencia de excedentes agrícolas y los productos derivados de la artesanía local. Por contra, las materias básicas necesarias para la manufactura de útiles: huesos, piedra, sílex y madera, se conseguirían en la misma comarca. Haremos aquí un breve balance de estos materiales reseñando someramente sus ámbitos de aplicación y, sobre todo, las áreas de poblamiento que pudieron verse afectadas por su prospección y uso.

Las rocas de origen volcánico, utilizadas fundamentalmente desde el Neolítico a causa de sus cualidades como la dureza y facilidad de trabajo para la obtención de utensilios pulimentados (azuelas, escoplos, cinceles, rejas de arado, hachas etc.), son frecuentes sobre todo en las zonas de Gibalto y Tierra de Zagra. En estos lugares las ofitas -doleritas- de color negruzco y verdoso se encuentran en superficie. La proximidad de alguno de estos yacimientos a los poblados de la zona justifica nuestra presunción de considerar *in situ* la existencia de talleres de elaboración, de los cuales saldrían ya las piezas acabadas o semielaboradas. La presencia de nódulos a medio desbastar, o ya agotados, junto a los demás en estado nativo, avalan esta sospecha. Es particularmente significativo el caso del poblado en el Cerro de la Caridad, ubicado a no más de

4 Km del núcleo de Gibalto, en una zona plagada de afloramientos rocosos de este tipo. Otros yacimientos como el de Sierra Martilla presentan similares condiciones, si bien se necesita una mayor inversión de tiempo para acceder a los puntos de recogida del material. En cualquier caso, la distancia a cubrir no sobrepasa las dos o tres horas de marcha, en terreno abrupto si nos dirigimos hacia el NW. y algo más cómodo hacia el SE. En ambas direcciones se cubre una distancia que oscila entre 5 y 8 Km respectivamente, en las rutas que podemos considerar más "rentables" para llevar a cabo la recogida del material y el regreso al poblado.

En estos últimos lugares, y considerando la primitiva actividad volcánica, existen concentraciones de cobre y malaquita verdosa que, en principio, debieron bastar para satisfacer la metalurgia local. Recordemos, en este sentido, algo que ya defendimos en anteriores trabajos y que aboga fundamentalmente por considerar a esta metalurgia incipiente del cobre como una actividad con unas connotaciones fundamentalmente sociales (CARRASCO *et al.*, 1986). La industria del sílex gozaba de la perfección y destreza suficientes como para no ser desplazada en la elaboración de útiles por otra actividad nueva que aún encontraba serias dificultades en la extracción y manipulación de la materia prima. Es por ello que las piezas metálicas, y en esto coincidimos con la opinión de otros investigadores, se encuentran en su mayor parte integradas en los ajuares funerarios, por lo cual es fácil pensar que "el valor del metal fue más social que práctico" (GILMAN y THORNES, 1985).

La escasez de datos y evidencias arqueológicas sobre la industria metalúrgica en estos lugares nos obliga a ser enormemente cautos a la hora de formular teorías sobre los procedimientos de elaboración escogidos aquí para la reducción del cobre y su posterior utilización. Debemos sumarnos así a la aceptación de las conclusiones efectuadas en otros núcleos metalúrgicos, en particular el SE, avaladas por estudios arqueometalúrgicos precisos y el registro de toda suerte de materiales relacionados con esta actividad: escorias, crisoles, moldes, gotas de cobre residuales, etc., amén del gran volumen y variedad de utensilios recuperados. Ateniéndonos a estos estudios, es probable que la obtención de materia prima se viese favorecida por la manipulación de sulfuros, con gran presencia en la zona. La posterior fundición, a buen seguro, fue realizada siguiendo el modelo tradicional, mediante hornos de poca entidad junto al poblado.

Lo que sí parece desprenderse, y centrándonos nuevamente en la dinámica de los asentamientos, es que la explotación de las menas de metal constituye en estas tierras una actividad complementaria, carente del protagonismo que pudo ostentar en otras regiones, en

las cuales se presenta incluso como factor determinante en el emplazamiento de los yacimientos (WALKER, 1981).

Los criaderos de sílex, por su parte, debieron ser explotados desde el Paleolítico Inferior, existiendo llamativas concentraciones de nódulos en lugares muy concretos de la comarca como es el caso de La Esperanza, La Ciudad, el Monte Hacho o Los Gallumbares. La dispersión de esta roca es tal que no debió plantear especial problema su aprovisionamiento. Convertida en la auténtica protagonista de la industria elaboradora de útiles de uso cotidiano, debió provocar habituales desplazamientos hacia los lugares mencionados en busca de los núcleos más idóneos. La calidad y tamaño de algunas piezas revelan no sólo el nivel técnico, tan frecuentemente citado, sino también un trabajo de selección de la materia prima sólo permisible en yacimientos de esta entidad. Queda por resolver, aún, si ante la carencia de restos de talla en determinados poblados, como el de Sierra Martilla, puede deducirse un aprovisionamiento de los productos ya elaborados procedentes de otros lugares relativamente cercanos. No es extraño, pues, que con asentamientos próximos pudiesen existir una serie de contactos en una dinámica comercial que atendiese a las necesidades mutuas y de la que pudieron haber surgido lazos de relación social más allá de lo puramente económico. El reciente hallazgo, por otra parte, de un taller de sílex en las inmediaciones del arroyo de Los Gallumbares nos hace cambiar substancialmente las expectativas que sobre estos centros de aprovisionamiento de materia prima teníamos hasta el momento.

4.3. Poblados y necrópolis

a) Los poblados

Las poblaciones establecidas en la **Tierra de Loja** participan, como tantas otras, de los profundos cambios estructurales que se producen desde los inicios del Tercer Milenio. Uno de los fenómenos más significativos será el abandono paulatino de los hábitats en cuevas, si bien éstos van a seguir vigentes hasta los últimos tiempos de la Edad del Bronce según se ha podido comprobar tras la excavación de la Cueva de El Coquino y de otras similares de la Alta Andalucía (SPAÑI, 1958; MOLINA FAJARDO, 1979; CARRASCO y MEDINA, 1983). Pese a ello, el nuevo modo de vivir al aire libre no significará en esta región una novedad en sentido

estricto si se tiene en cuenta la existencia de establecimientos de este tipo entre las poblaciones paleolíticas y neolíticas (CARRASCO *et al.*, 1987). A pesar de ello, es conveniente señalar que en dichos casos, particularmente entre las poblaciones neolíticas de las que poseemos más referencias, estos hábitats estarían formados en su mayor parte por simples campamentos estacionales compuestos por un pequeño número de frágiles chozas construidas a base de materiales orgánicos muy deleznable. La nueva etapa vendrá anunciando, en cambio, el inicio de un concepto diferente en la organización, estructura y ubicación del espacio habitado. La complejidad social y económica, unida a un importante crecimiento demográfico como resultado de la mayor rentabilización de los recursos naturales, harán obsoletas a las antiguas formas de habitación. La generalización de poblados de mayor entidad por toda la región será, pues, el signo de los nuevos tiempos y su existencia vendrá marcada por una nueva realidad socioeconómica que, a la postre, también sufrirá una mutación que provocará su ocaso.

Estos poblados estables han podido ser localizados por toda la geografía de la **Tierra de Loja**, si bien tienden a aglutinarse en determinadas áreas como la Vega y el NW. Buen ejemplo de ellos serían los de El Manzanil, Cortijo de La Caridad y Sierra Martilla, que serán objeto de un estudio más detallado al final de este capítulo. La mayoría de ellos se sitúa en amplias llanuras amesetadas, constituyendo una excepción el caso de El Manzanil, ubicado en plena vega y reproduciendo, en consecuencia, un esquema contextual que se sale del común. El modelo habitual consiste en ocupar las terrazas superiores de afloramientos calizos, extendiéndose sobre superficies amesetadas que oscilan entre 1 y 2 Ha. Estos enclaves son verdaderas aldeas en altura con un control visual directo de amplios valles y nudos de comunicación, del mismo modo que fiscalizan las fuentes de recursos naturales como criaderos de sílex y salinas naturales. Son, en conjunto, lugares muy aptos para el desarrollo de una agricultura de secano y una ganadería extensiva, si exceptuamos nuevamente El Manzanil, donde la existencia de tierras más feraces con posibilidad de riego nos trasladan a otros planteamientos agrarios de corte intensivo.

Si atendemos a la documentación arqueológica aportada por la excavación en Sierra Martilla, podemos confirmar lo que ya ha sido atestiguado en otros contextos granadinos. Los fondos de cabaña descubiertos evidencian estructuras de planta más o menos circular, respondiendo por su tamaño a una sola unidad de habitación de carácter familiar. En una primera fase estarían fabricadas a partir de un zócalo de mampuestos o de barro, sobre el que se alzarían las paredes y techumbre realizadas con un entramado vegetal emplastecido con barro. Con

posterioridad, muros de piedra y postes de madera vendrían a sustituir a estos materiales perecederos, dotando a las viviendas de una estructura más sólida en simultaneidad con la progresiva complejidad de las plantas. En este sentido, se ha señalado en alguna ocasión que las sepulturas tipo "tholos" pudieran responder a la plasmación de la vivienda circular ordinaria, al igual que la morada funeraria (MUÑOZ, 1982). Desgraciadamente la falta de sepulturas de este tipo nos impide corroborar esta teoría en nuestra zona; sin embargo, sí se han podido documentar otras cuya planta recuerda, teniendo en cuenta los diferentes contextos socioculturales en que se ven inmersas, el tipo mégaron, con un pequeño vestíbulo de entrada, una antecámara y una cámara. Si estas suposiciones estuviesen en lo cierto, y efectivamente existiera una relación casa/sepultura, podría suponerse que en la Edad del Cobre se diseñarían las viviendas conforme a esa misma estructura, llegándose a la identidad morfológica entre la vivienda del poblado y la destinada a la ultratumba en la necrópolis. Sea como fuere, la insuficiencia de restos en los poblados descritos nos impide ser más explícitos en este campo. Sólo una excavación en extensión del único poblado que hasta ahora ha revelado algo, el de Sierra Martilla, podría sacarnos de dudas; no obstante, su ubicación en un terreno de labor hace sospechar que las sucesivas roturaciones habrán dado al traste hace tiempo con su fisonomía original.

Estos asentamientos, por otra parte, y abundaremos en lo que comentábamos al inicio del capítulo, no presentan ningún tipo de construcción defensiva, al menos en los poblados prospectados hasta ahora. Estas estructuras, tan comunes en otras zonas de las que hemos dado ya cumplida referencia, carecen de sentido en estos territorios, dada la configuración natural del lugar donde se sitúan algunos de estos hábitats. Seguimos creyendo que la propia accidentalidad de la topografía sería suficiente defensa como para salvaguardar a estos enclaves ante una supuesta agresión. Pero, aún más, el carácter abierto y desprotegido de núcleos como El Manzani, situado en pleno llano, nos hace pensar, incluso, en una absoluta ausencia de hostilidad entre estas poblaciones y en este período concreto. No obstante, también somos conscientes de que el continuo laboreo de los campos a que antes se aludía ha podido ser especialmente incisivo en este caso, tratándose de tierras feraces próximas al Genil susceptibles de prácticas de cultivo y abancalamiento muy intensivo desde la Alta Edad Media, lo que pudo haber destruido cualquier vestigio constructivo prehistórico.

Otros elementos sí han perdurado, en cambio, como testimonios de estos asentamientos. Es el caso de los silos de almacenamiento de forma troncocónica excavados en la roca

descubiertos en el Cortijo de La Caridad y Cortijo del Almendro. Se trata de pequeñas oquedades asociadas a las cabañas del poblado, cuyas dimensiones oscilan entre 1,20 m de profundidad, 1 m de diámetro en el fondo y 0,60 m de diámetro de boca. Su limpieza no ha aportado ningún resto prehistórico, a excepción de un hacha pulimentada encontrada en las inmediaciones de uno de ellos en el Cortijo del Almendro, existiendo la posibilidad de sucesivas remociones a lo largo del tiempo e, incluso, su reutilización en época medieval, como lo prueba la presencia de varios fragmentos de cerámica vidriada musulmana hallados en su interior.

b) Las necrópolis

Otro aspecto que analizaremos como característica esencial del período es la aparición del nuevo ritual funerario de enterramiento colectivo, con peculiar reflejo en esta región mediante diversos tipos sepulcrales. Aunque entraremos en un tratamiento pormenorizado de estos ejemplos cuando se efectúe el estudio de cada yacimiento, creemos oportuno introducir un panorama global que resuma el estado actual de nuestra investigación en la **Tierra de Loja** y la plasmación de los modelos interpretativos que hemos considerado aplicables en cada caso.

Si, en efecto, el rito funerario colectivo va a imponerse de forma evidente, no es menos cierto que los enterramientos individualizados no van a desaparecer, sufriendo un proceso regresivo por el que acabarán relegados a núcleos concretos de poblaciones retardatarias, observantes aún de los ritos tradicionales. El mejor ejemplo de ello lo constituye el enterramiento que tuvimos ocasión de documentar en la estratigrafía de la Cueva del Coquino (NAVARRETE *et al.*, 1992). Se trataba de un individuo adulto masculino de unos 38 años de edad enterrado en posición claramente flexionada, con un ajuar sencillo integrado por un gran cuenco cerámico y un grueso punzón de hueso. El cráneo reposaba sobre una losa de piedra y, en parte, fue tapado por otras piedras. En una visión de conjunto, este tipo sepulcral es adscribible al período anterior neolítico, bien documentado en diversas cuevas granadinas que debieron ser utilizadas simultáneamente como hábitats y lugares de enterramiento. La perduración de formas y rituales de enterramiento tradicionales durante la Edad del Cobre ha de ser explicada en base al hecho de que van a ser las mismas poblaciones las que ocupen estas cuevas, diferenciadas por la evolución tecnológica que expresan sus equipos materiales pero aún identificadas con las costumbres y ritos

funerarios tradicionales. Al mismo tiempo, los grupos asentados en La Vega, sin una tradición poblacional destacable, van a ofrecernos los nuevos ritos de enterramiento colectivo. Las poblaciones asentadas en El Manzanil ofrecen buena prueba de ello, llegando a practicar dos tipos de inhumación colectiva. La primera de ellas consiste en dos cuevas artificiales simples, excavadas en un pequeño promontorio rocoso por encima del paraje denominado "Los Infiernos Altos". No conocemos restos arqueológicos procedentes de su interior, si bien en la limpieza que llevamos a cabo en su momento se recogieron varios fragmentos de cerámica vidriada musulmana, prueba de su violación y probable reutilización en época medieval. La segunda corresponde a una pequeña covacha natural de origen kárstico que fue utilizada para acoger a un mínimo de 68 inhumaciones. Se localiza en las inmediaciones de la fábrica de mármoles "La Presa" y, al igual que las anteriores, ocupa una situación marginal respecto al poblado. La configuración natural de este segundo enterramiento responde, sin duda, a la dificultad para excavar covachas artificiales en este tipo de caliza, prefiriéndose utilizar de forma intensiva un hueco natural. La cueva fue utilizada para estos fines desde un momento Pre-Campaniforme a un Bronce Argárico evolucionado, no descartándose la posibilidad de su uso en época romana. Salvando los inconvenientes que se plantean a la hora de estudiar un yacimiento previamente manipulado por clandestinos, se han podido reconstruir *grosso modo* las características del ritual funerario empleado. Según parece, los individuos fueron depositados en el interior de la cueva, de forma generalizada, en una posición "decúbito lateral flexionado" sin seguir un patrón fijo, exceptuando el impuesto por la propia configuración angosta del lugar. Junto a ellos se colocaban los ajuares, consistentes en la Iª Fase en vasijas asociadas siempre a grandes cuchillos de sílex, a veces dentro de las vasijas, junto con falanges de grandes bóvidos en función de ídolos. Todo el conjunto era finalmente cubierto con piedras. Los enterramientos posteriores seguían el mismo esquema tras una previa preparación del recinto, consistente en ir apilando los restos anteriores y desalojar el espacio necesario para una nueva inhumación. Cabe, además, la posibilidad de que incluso fueran reutilizados algunos de los ajuares anteriores. Resulta, por otra parte, significativo que esta covacha fuera empleada para practicar enterramientos colectivos durante todo el Campaniforme y la época argárica, perviviendo esta tradición por encima de los nuevos modos de enterramiento individualizado aportados por estas culturas, lo que viene a demostrar el grado de arraigo que este ritual tenía entre las comunidades de la región.

Los tipos sepulcrales descritos hasta el momento obedecen, probablemente, a tradiciones

ancladas en períodos anteriores y no aportan ninguna excepcionalidad respecto a las tipologías y rituales registrados en estas etapas. Sin embargo, entraremos ahora en el tratamiento de un concepto nuevo en lo que a enterramientos del período Calcolítico se refiere, que sí ofrece una total originalidad en relación con todo lo anterior. La necrópolis de Sierra Martilla ha aportado, en efecto, unas formas sepulcrales mixtas: cuevas artificiales y cuevas artificiales/megalitos, que debieron acoger a múltiples inhumaciones y cuya estructura se sale de las modalidades megalíticas habitualmente estudiadas. Las prospecciones realizadas a lo largo de los últimos años y la campaña de excavación efectuada en el verano de 1991, nos han permitido realizar un estudio pormenorizado de estas tipologías, amén de constatar que la totalidad de los sepulcros fueron violados en Epoca Antigua, exceptuando dos o tres que lo han sido recientemente. El conjunto lo componen un total de nueve sepulturas que constituyen una heterogénea necrópolis distribuida escalonadamente aprovechando las terrazas que forman las laderas de la vertiente sur de la meseta, además de un poblado que ocupa la parte alta, cimentado sobre un potente afloramiento de arenisca calcárea bioclástica y del que tendremos ocasión de ocuparnos más adelante. Como avance de lo que se tratará en el apartado correspondiente a este yacimiento, podemos adelantar que esta compleja tipología de las tumbas puede responder, en síntesis, a tres grados de complicación técnica.

El tipo más simple estaría representado por las que están constituidas exclusivamente por una cámara funeraria excavada verticalmente en la roca a ras de suelo. El pozo resultante es de planta piriforme y posee una puerta simple abierta en su extremo más cerrado. Las paredes ofrecen un perfil entrante hacia su parte superior abierta, estando finalmente cubierta la fosa por una gran laja de piedra que formará su cobertura. El segundo tipo responde, en su conjunto, a la cueva artificial clásica, excavada lateralmente en la pared rocosa. En este tipo de sepulturas no hay nada que no esté conformado en la misma roca: plantas, paredes y bóvedas. Estos elementos pueden variar en su fisonomía dentro del grupo, pero no ofrecen ningún elemento por el que podamos hablar de una forma mixta cueva/megalito, posibilidad que se presentaría, en cambio, con los grupos primero y tercero. En este último incluimos la forma más novedosa en cuanto a plantas se refiere, más complicada a nivel constructivo y de mayores dimensiones. Excavada verticalmente en el suelo, consta de tres espacios claramente definidos. El primero de ellos es un vestíbulo de entrada conformado por dos ortostatos encajados en sendas ranuras talladas en el suelo y abiertos hacia el exterior. Por su parte interior se adosan con la parte externa de la puerta,

no adintelada, de la antecámara. Esta es de planta pseudocuadrangular y paredes troncopiramidales de ángulos romos, con una cobertura formada por una gran laja de piedra. En su cara posterior se abre a media altura una puerta adintelada, rebajada o moldurada, que da paso a la cámara funeraria propiamente dicha, cuya traza y cobertura son similares a las de la antecámara. Es, como se ha podido comprobar, una forma mixta de cueva/megalito con una tipología no bien estudiada en la Península y claros paralelos en la necrópolis cercana de Alcalá la Real (CARRASCO *et al.*, 1980).

Finalmente, otra necrópolis, la de Los Arenales, ofrece también sepulturas de tipología novedosa en la región. Los tipos aquí responden a cistas megalíticas de planta rectangular y pequeños sepulcros de planta circular. Todas fueron saqueadas, llegándose incluso a la desaparición de alguna de ellas en corto espacio de tiempo debido al trazado de un camino carretero. Este hecho nos impidió en su día recabar todos los datos necesarios para realizar un estudio completo y emitir las conclusiones pertinentes. Tan sólo diremos que, atendiendo a su estructura y a la tradición cultural de que participan, posiblemente fueron concebidas para dos o tres inhumaciones.

Esta diversidad sepulcral tuvo en común el rito del enterramiento colectivo propio de la Edad del Cobre. Todo lo dicho hasta ahora plantea una serie de interrogantes que, por el momento, sólo mencionaremos de pasada y que fijan la problemática suscitada en torno al origen de las prácticas funerarias de inhumación colectiva. Este rito en la **Tierra de Loja** podría iniciarse, según el registro arqueológico, en un momento pre-campaniforme, aunque si se considera la estratigrafía del vecino poblado de Los Castillejos de Montefrío (ARRIBAS y MOLINA, 1979) encontraremos algunas formas de fuentes que sus investigadores incluyen en un Neolítico Final y que también han aparecido entre los ajuares de la Covacha de La Presa, en clara identidad con las obtenidas en su poblado correspondiente de El Manzanil. Valoraciones como éstas inducen a pensar que el nuevo rito pudo iniciarse a finales del Neolítico, fechas, por otra parte, nada extrañas a la investigación más reciente que ya asume plenamente el inicio del megalitismo en este período. En el fondo de esta interpretación subyace, sin embargo, un problema para los materiales lojeños, por cuanto que la presencia en contextos funerarios locales de estas fuentes, consideradas neolíticas en Montefrío por comparación con las de otros ambientes de la Baja Andalucía, como por ejemplo Campo Real, en Carmona (BONSOR, 1899; BERDICHEWSKY, 1964; CARRILERO *et al.*, 1982), no se resuelve de modo tan simple,

teniendo en cuenta que esta necrópolis sevillana fue excavada a finales del siglo pasado y no ofrece, a nuestro parecer, datos tan concluyentes como para marcar las pautas tipológicas del Neolítico Final. Por otra parte, tampoco su influjo cultural debió ser tan potente como para atribuirle un especial protagonismo en el desarrollo de gran parte de los cambios culturales acaecidos en la Alta Andalucía en las postrimerías del Neolítico e inicios del Cobre. A nuestro juicio, desarrollos culturales de estas características y en estas zonas es posible que no deban explicarse en función de este núcleo, máxime si se considera que el poblamiento neolítico de mayor entidad recayó, sin lugar a dudas, en Andalucía Oriental. Sería deseable, en este sentido, llevar a cabo una valoración más precisa acerca del origen de este complejo y su supuesta relación con el ambiente megalítico. Hay que sopesar prudentemente las conclusiones tipológicas vertidas sobre las sepulturas que lo conforman, recordando que se trata de pequeños pozos o silos y cuevas artificiales muy simples excavadas verticalmente en la roca, constituyendo formas ancladas en la tradición autóctona de los grandes silos de almacenamiento, documentados frecuentemente en los poblados neolíticos. Es probable que las cuevas artificiales más simples puedan tener ahí su origen, pero recordemos la diversidad interpretativa que sobre el tema se ha venido vertiendo en base a las cronologías aportadas por el C-14. En cualquier caso, y obviando esta polémica de la que ya se trató extensamente en otro apartado, es evidente que en esta zona nos enfrentamos a tipologías de compleja adscripción. Si en un principio considerábamos que las cuevas artificiales simples pudieran tener un origen local, al igual que determinados materiales, manifestaciones artísticas o incluso el mismo rito de enterramiento colectivo, no resulta válido este planteamiento para intentar explicar la construcción de tipos sepulcrales tan sofisticados como los de Sierra Martilla. Rastrear precedentes en este caso no resulta fácil, sobre todo si consideramos en ellos el reflejo de una originalidad reveladora de una estructura social muy compleja, "difícil de comprender como un simple fenómeno de convergencia" (MUÑOZ, 1982). Sus plantas, como ya se indicó en un principio, recuerdan levemente el tipo mégaron, bien documentado en otras áreas del Mediterráneo por lo menos desde un Neolítico Medio (THEOCHARIS, 1973), aspecto este último, que consideramos conectado con otros ejemplos que prueban la existencia en muchas de nuestras manifestaciones prehistóricas de un viejo y, frecuentemente obviado, trasfondo mediterráneo.

Independientemente de la problemática que susciten determinadas estructuras, hemos de referirnos a otro problema que se plantea en este contexto funerario y que se concreta en la poca incidencia en la región de las tipologías clásicas del fenómeno megalítico. Con excepción de

la semi-destruida necrópolis de Los Arenales, poco ha podido documentarse al respecto. Una ausencia significativa si consideramos dos hechos fundamentales: de una parte, la fuerte presencia calcolítica documentada en la región mediante un denso poblamiento constatado arqueológicamente, de otra, la proximidad de núcleos megalíticos importantes como el de Montefrío. No hay duda, en cualquier caso, de que tal realidad no participa de la relación tipo sepulcral/geología del terreno, correspondencia que ha sido argumentada en otras áreas para intentar justificar la presencia de cuevas artificiales, en clara preferencia sobre los tipos megalíticos a causa de la falta de grandes losas para su construcción. En esta zona, por contra, la realidad resulta muy distinta ya que, al igual que en otros lugares, es justamente en los afloramientos calcáreos en donde se han documentado las cuevas artificiales y naturales de enterramiento, a veces incluso a poca distancia de canteras de piedra que pudieron ser explotadas en esta época. Este último fenómeno lo veremos reproducido en lugares como Alcalá La Real (Jaén), Osuna (Sevilla), Medina Sidonia y El Bosque (Cádiz), etc., y nos obliga, en fin, a concluir que si hubo unos artesanos de la piedra en la antigüedad éstos debieron salir de las poblaciones que enterraron en cuevas artificiales, que responderían como los otros tipos sepulcrales a tradiciones muy concretas no justificables por simples características geológicas del entorno donde se desarrollaron.

Una vez definidos los patrones de asentamiento que configuran el panorama global del poblamiento calcolítico en el territorio, y aplicando el esquema al conjunto de yacimientos documentados, se obtienen interesantes conclusiones que ponen en estrecha relación la modalidad de ocupación territorial y el horizonte cultural que afecta a cada uno de ellos. Dicho de otra forma, y considerando el nivel de documentación que hasta el momento se tiene en el campo arqueológico que hemos delimitado, se observa cierta mutación en las premisas contempladas para la elección de los emplazamientos a lo largo de esta etapa cultural. Para esclarecer este punto nos ha parecido conveniente realizar nuevamente un breve recorrido por las distintas zonas en las que han sido documentados yacimientos pertenecientes a la Edad del Cobre, ubicando a cada uno de ellos en la fase que les ha sido asignada en relación con su registro y, en su caso, otros elementos estructurales del hábitat o entorno funerario. Teniendo en cuenta, además, que la asignación crono-cultural en algunos casos no está exenta de cierta problemática, dado lo escueto

de la muestra arqueológica recuperada o la propia ambigüedad cronológica que en sí misma puede aportar un material no estratificado, nos parece un error acotar en exceso la periodización con la cual relacionar determinados tipos de asentamiento. Por esta razón consideraremos dos momentos globales a lo largo de la trayectoria cronológica calcolítica, en una secuencia que contempla el desarrollo consecutivo de las fases Cobre Antiguo/Pleno y Cobre Pleno/Reciente, con un replanteamiento paulatino de los criterios de ocupación territorial y aprovechamiento del entorno en lo que, a nuestro parecer, constituye la definitiva transformación de los modos de vida arrastrados desde el cuarto milenio a.C.

Adscritos a la fase *Cobre Antiguo/Pleno* han sido documentados la mayoría de los yacimientos situados en la zona septentrional de la **Tierra de Loja**, referida a los sectores N y NE que se contemplaban en el capítulo dedicado a la prospección. Resulta llamativa la densidad que ofrecen los puntos de recogida de material arqueológico, con una concentración del 80% de los mismos en un área no superior a los 16 Km². Semejante presencia material constituye, probablemente, la clave explicativa sobre la modalidad de ocupación territorial llevada a cabo en la zona, sujeta, como se tratará más adelante, a una posible redistribución del hábitat en otra fase posterior. Según esto, una vez analizada esta dispersión, y tras hacer una valoración de los factores que hemos contemplado en la definición de los patrones de asentamiento, pueden establecerse dos núcleos claramente diferenciados que responden, en principio, a planteamientos geoestratégicos distintos.

El de mayor entidad, sin duda, lo constituye el conjunto de yacimientos situados en torno a la localidad de Zagra, particularmente en un sector situado al SW de la población. El terreno es muy accidentado y presenta un perfil fuertemente abrupto a causa de los profundos barrancos y escarpadas laderas que describen los drenajes fluviales que cruzan la zona en sentido SE-NW. Una vez superado el cauce del Arroyo de Zagra, auténtica cuenca de deyección de todo este sector hacia el Río Pesquera, el terreno experimenta una subida escalonada a la vez que se torna llano y se despeja de la espesa cobertura vegetal de bosque mediterráneo. En rigor, puede considerarse un amplio amesetamiento delimitado al Norte por la red fluvial referida y rodeado al Sur y Oeste por nuevos escarpes que descienden bruscamente hacia el valle del Genil. Tan solo hacia el flanco oriental puede apreciarse una salida cómoda, mediante una suave pendiente que llega a superar levemente la cota media de la meseta para volver a descender nuevamente hacia los pasos que conducen a las tierras bajas del Valle del Genil. Precisamente en esta zona se ubican

los yacimientos referidos, bien en los últimos aterrazamientos que dan acceso a las tierras altas, bien en la propia llanura junto a los ocasionales afloramientos rocosos de poca entidad que se alzan en los límites de la meseta. Precisamente uno de esos promontorios lo constituye la Sierra de Martilla, lugar de emplazamiento del único yacimiento excavado en este sector que, por sus características estructurales y entidad, hemos considerado el núcleo central de hábitat calcolítico en la zona. Esta suposición nos conduce a considerar, pues, una amplia dispersión de hallazgos que delimitarían el área de influencia de un poblado ubicado en el punto de máxima visibilidad sobre el valle del Genil y, a su vez, cercano a las tierras más cotizadas desde el punto de vista agrícola y riqueza acuífera. De esta forma, yacimientos como Fuente del Lino, Cindones, Cevico, Tajos de la Higuera, El Duende y Cerro del Moro, supondrían puntos de explotación agropecuaria vinculados al poblado estable de Martilla, distantes del mismo unos cuatro Km como máximo y, consiguientemente, situados dentro de un territorio sujeto a desplazamientos diarios entre el hábitat y las tierras de cultivo. Desconocemos las características de estas explotaciones, aunque sí podemos suponer un alto nivel de ocupación del terreno, dado el rango del hábitat y, particularmente, su necrópolis, que nos conduce al concepto de identificación territorial relacionada con una ocupación plena del territorio (CRIADO *et al.*, 1986; CRIADO, 1989) y, posiblemente, a la aparición de los primeros conflictos intergrupales por su posesión. Desde finales del Neolítico tenemos constancia arqueológica del inicio de esta fase de estabilización, si bien resulta complejo establecer las pautas que marcarán la evolución de este hábitat en etapas posteriores. Puede que, conectando con la idea de la presión política sobre el espacio geoeconómico, tenga su explicación la construcción de poblados en puntos tan estratégicos desde la óptica defensiva como el de Tajos de Villavieja en Fuentes de Cesna, visible desde Sierra Martilla y dotado de un potente perímetro amurallado, o el de Cerro del Moro cuyas defensas y emplazamiento podrían representar una tradición muy en la línea de lo que se está tratando.

Volviendo al terreno económico, aún pueden sumarse a las condiciones subsistenciales mencionadas, otras relacionadas con el abastecimiento de materias primas para la elaboración del utillaje y que explicarían, tal vez, la posición geográfica que ostentan algunos de estos yacimientos. Concretamente, la provisión de rocas metamórficas para sustentar la industria de piedra pulimentada está garantizada en las inmediaciones de Sierra Martilla, con lo cual cabe considerar a este hecho como un elemento más de revalorización del sitio. Sin embargo, será la explotación de criaderos de sílex como el de Los Gallumbares, uno de los puntos de máximo

interés en la definición del área geoeconómica, dado que implica un mayor desplazamiento y, posiblemente, el establecimiento de una dinámica de contactos intergrupales. Aún es prematuro ahondar en esta hipótesis, pese a que el registro arqueológico pone de manifiesto la dispersión por este sector de materiales semielaborados procedentes del lugar. Por el momento, núcleos como los elaborados en el taller de sílex del Cortijo de los Quintos han sido documentados en las inmediaciones de Sierra Martilla, lo que demuestra que efectivamente existió un aprovisionamiento que implicaba desplazamientos de cierta importancia. El punto de máximo interés de cara a futuras investigaciones estriba, en cambio, en comprobar si en esa misma mecánica estaban involucradas otras comunidades asentadas en áreas colindantes, como la que habitó el poblado de Los Castillejos en Montefrío, y, en su caso, qué caracteres revestía el panorama de intercambios y el nivel de cohesión social entre estas poblaciones.

En síntesis, puede derivarse de este panorama arqueológico una ocupación centrada en un poblado al aire libre cuyo patrón de asentamiento debió fundamentarse en la existencia de cursos superficiales de agua y el contacto con otras entidades físicas regionales que posibilitasen la complementariedad de los recursos obtenidos en las inmediaciones del hábitat. El modelo económico debió responder a un intenso aprovechamiento del entorno inmediato, utilizando todos los recursos agropecuarios y cinegéticos disponibles, además del aprovechamiento de las materias primas que sustentan el utillaje doméstico. Si existieron o no redes de intercambio más profundas es un tema por esclarecer en futuras investigaciones, si bien, la propia magnitud de las fuentes de aprovisionamiento y la densidad de asentamientos en la zona parecen hablar en favor de algún tipo de cuadros de relación intercomunal sobre la que debieron actuar con posterioridad otros intereses geopolíticos.

Puede que en la línea de esta última sugerencia se encuentre el cambio acusado en la aparente reubicación del hábitat a partir de un momento algo más avanzado de la Edad del Cobre. Según esto, los yacimientos fechados en un *Cobre Pleno/Final* tienden a concentrarse en las zonas bajas próximas a la vega o, incluso, en ésta misma. El nuevo planteamiento dibuja un mapa de asentamientos sustentado en la existencia de fuertes núcleos de población en pleno valle, próximos a cursos permanentes de agua y a las tierras feraces con posibilidad de riego, al mismo tiempo que se dispersan a su alrededor un conjunto de hábitats secundarios localizados en zonas marginales de las estribaciones serranas a baja cota, probablemente vinculados a actividades pecuarias estacionales. Esta realidad ha sido constatada en la **Tierra de Loja** en áreas como la

que engloba a la mitad Sur del cuadrante septentrional, con un núcleo poblacional de cierta importancia como El Manzanil y la serie de puntos de hallazgos con los que se le puede vincular y que constituirían su área de influencia en el terreno económico y ritual: Vega de Don Antonio, El Almendro, Covacha de La Presa, Cueva del Coquino y Los Arenales. Es en el caso de estos dos últimos yacimientos donde cabría plantearse el carácter de hábitat marginal al que nos hemos referido anteriormente, siempre teniendo en cuenta la escasez, aún, de documentación acerca de esta zona de la sierra y, consiguientemente, enunciando esta hipótesis con la debida prudencia. Tras la excavación y estudio de la Cueva del Coquino, no parecen existir dudas sobre el papel jugado por las poblaciones calcolíticas que pasaron por este enclave a lo largo de las sucesivas fases de ocupación documentadas. Como se verá en el epígrafe dedicado específicamente a este yacimiento, tanto en lo concerniente a la cultura material como al registro faunístico, se reproducen ciertas características que permiten definir un modelo de asentamiento de tipo estacional con un régimen económico subsistencial basado en el sostenimiento de una modesta cabaña ganadera y una notable actividad depredadora sobre el entorno inmediato. El modelo, por otra parte, se evidencia desde finales del Neolítico, probando la pervivencia de ciertas tradiciones económicas vigentes en los contextos de la Cultura de las Cuevas hasta bien entrada la Edad del Cobre. Este hecho viene a corroborar que, esencialmente, perviven en la zona los mismos planteamientos subsistenciales ante realidades geoeconómicas similares, sobre las que tendrá lugar a lo largo del tercer milenio a.C. la incidencia de otros resortes económicos que abocarán hacia la especialización. Este extremo es particularmente previsible en el asentamiento de El Manzanil, donde a la producción agrícola intensiva debió sumársele una frecuente actividad de intercambio extrarregional, como prueban los vestigios de sus conjuntos malacológicos y otros elementos que denotan la presencia de una industria eboraria sostenida con materia prima foránea. Como ha sido enunciado para otras regiones peninsulares puede derivarse también aquí, a partir de la especialización en la producción de bienes, una transformación en los cuadros económicos con la potenciación de los intercambios. Puede que en esta línea deban contemplarse las excelentes producciones cerámicas campaniformes en El Manzanil y la propia presencia de los tipos "marítimos" de este horizonte en el mismo poblado y en el lugar de enterramiento colectivo que se le adscribe en la Covacha de la Presa.

Por lo que respecta a la necrópolis de Los Arenales no está tan clara su vinculación a otra entidad poblacional superior como las que han sido definidas hasta ahora en el mapa de

asentamientos de la zona o, incluso, a un núcleo individualizado del que, por ahora, no se tiene constancia. Por el momento, no estamos en condiciones de afirmar con seguridad si existió una población afincada en este punto o si la presencia de esta necrópolis estuvo relacionada con otro modelo de asentamiento del que supondría una prolongación ritual en un lugar de especial significación. La documentación arqueológica, como se ha mencionado antes, es claramente obsoleta en este sector, a lo que hay que añadir el alto grado de deterioro sufrido por los restos a lo largo del tiempo y el escaso resultado de la prospección. Todo ello contribuye a que persistan aún importantes incógnitas sobre el papel que jugó este enclave en el contexto geocultural que tratamos, aunque, por razones puramente operativas en nuestro trabajo hemos venido encuadrándolo en el área de influencia de las tierras bajas, atendiendo a la presumible situación de conexión topográfica con esta última zona.

4.4. Las aportaciones de los yacimientos de El Manzanil, la Covacha de la Presa, la Cueva del Coquino y Sierra Martilla para la estructuración de la secuencia cultural. Aproximación al fenómeno megalítico en la Tierra de Loja: Sierra Martilla

En base al diseño de ocupación territorial propuesto, ofreceremos seguidamente el contenido documental de los yacimientos que han sido objeto de intervención arqueológica en las últimas décadas, y que representan actualmente el mayor aporte para la estructuración de la secuencia cultural calcolítica en la región sobre la que ha versado el presente estudio. Es preciso hacer constar, no obstante, que tan sólo en los yacimientos de la Cueva del Coquino y de Sierra Martilla la investigación ha estado respaldada por una excavación sistemática, mientras que en El Manzanil y en la Covacha de la Presa la intervención arqueológica referida ha consistido en un estudio exhaustivo de sus materiales, previamente extraídos de su contexto arqueológico por aficionados locales y excavadores clandestinos. Todo ello deberá ser tenido en cuenta, evidentemente, a la hora de valorar los parámetros cronoculturales que aparecerán en las respectivas conclusiones de estos estudios, sobre la base de un material que ha sufrido las lógicas descontextualizaciones sedimentológicas y la selección aleatoria *in situ* respecto a la totalidad del conjunto artefactual.

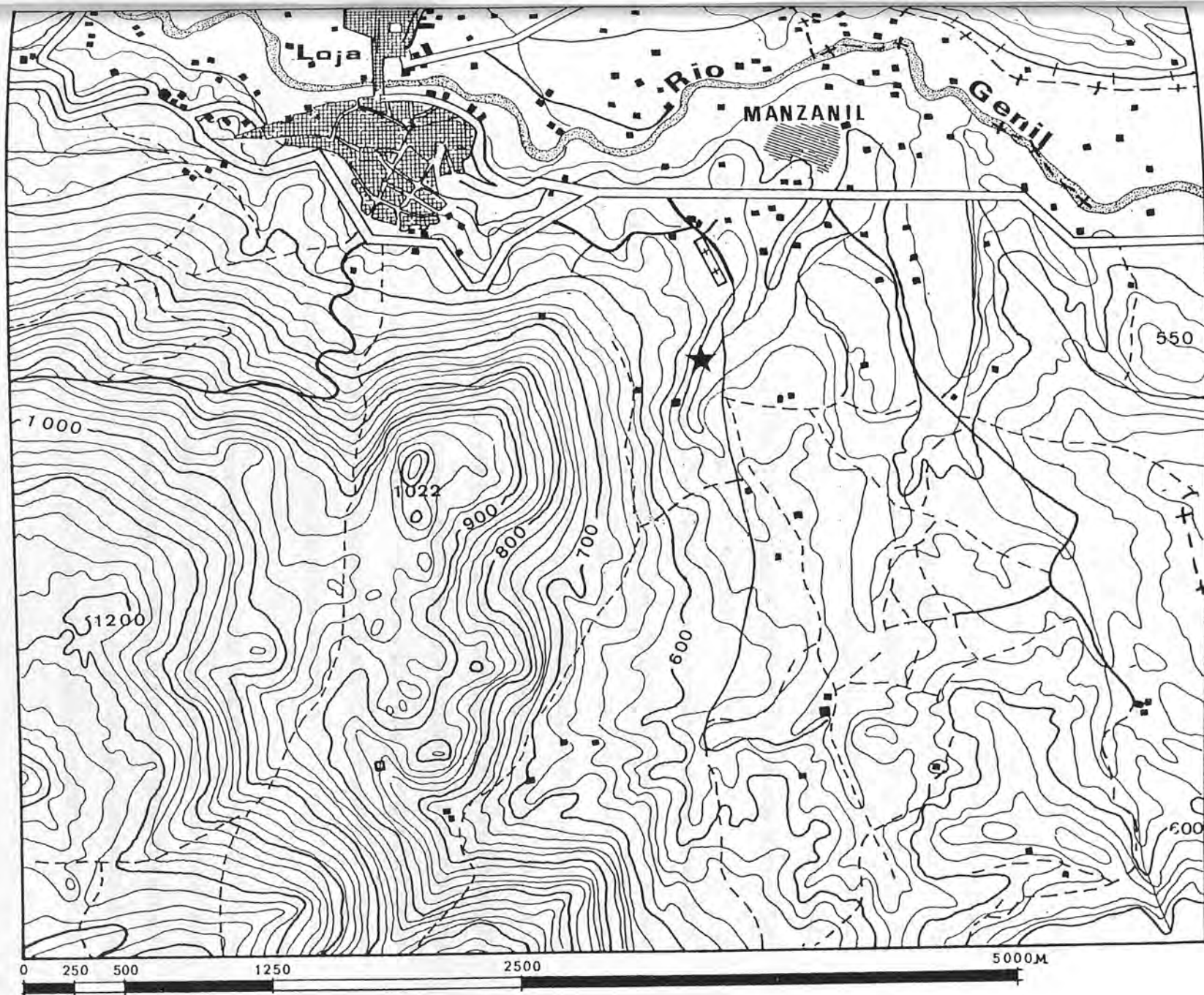


Fig. 69: El Manzanil. Situación del yacimiento.

EL POBLADO DE EL MANZANIL

a) Localización geográfica y características generales del yacimiento

El poblado de El Manzanil se sitúa en la Vega de Loja, a 1,5 Km. al Este del casco urbano, sobre las terrazas de la margen izquierda del río Genil. Su situación geográfica viene marcada por las coordenadas: 37° 10' 04" Lat. N. y 4° 7' 52" Long. W., fijadas a partir de la Hoja nº 1.008 (18-41) de Montefrío, del Mapa Topográfico del Servicio Geográfico del Ejército, escala 1: 50.000.

Conocido desde hace bastantes años, y tras un primer período de prospecciones reiteradas, ha sido referenciado en varias ocasiones como consecuencia de otros estudios realizados en la zona (CARRASCO *et al.*, 1977), e incluido en una visión de conjunto y síntesis del Bronce Argárico en Loja (CARRASCO y GÁMIZ, 1983). Finalmente, ha sido objeto de estudio por E. Fresneda (FRESNEDA, 1980) en su Memoria de Licenciatura, trabajo al que hemos acudido reiteradamente para incorporar las seriaciones tipológicas que en su día pudieron estructurarse con la clasificación de los materiales recogidos en superficie.

De él procede un abundante material arqueológico que abarca una secuencia prehistórica muy completa, reveladora de un amplio asentamiento, hoy sólo detectable parcialmente a causa de la destrucción sufrida por las faenas agrícolas y las remociones clandestinas antes referidas.

La bondad de estas tierras, su abundancia de agua y la posición clave que ostentan en una zona de paso obligado entre las tierras de la Alta y Baja Andalucía, han permitido un poblamiento casi continuo desde la Edad del Cobre hasta hoy. Es fácil constatar su situación estratégica observando su ubicación privilegiada en las márgenes del Genil, con el caudal constante y próximo del Arroyo Manzanil que propicia la práctica de una agricultura de regadío, probablemente desde la época que ahora consideramos, y que debió suponer una primera adecuación del entorno paisajístico natural con la tala del primitivo bosque-galería existente a lo largo del cauce por la vega lojeña.

No pueden establecerse con claridad los límites del yacimiento, puesto que no se conservan restos arquitectónicos ni sepulturas, si exceptuamos dos cuevas artificiales para enterramientos colectivos, situadas en un ribazo que compartimenta dos parcelas al este del área donde se concentra el mayor número de materiales. Naturalmente, la delimitación aproximada del solar que debió ocupar el poblado prehistórico, sólo puede fijarse mediante conjeturas que parten

de indicios más o menos valorables. Es difícil probar la existencia de unidades de habitación en un lugar tan agredido por las continuas tareas de una agricultura intensiva que, inevitablemente, destruye toda estructura superficial. Ignoramos si existen construcciones a más profundidad, ya que no se han realizado excavaciones arqueológicas. Por ahora sólo podemos guiarnos por criterios cuantitativos y suponer que el núcleo central de este hábitat debió estar situado a lo largo de varias terrazas que presentan mayor acumulación de vestigios mobiliarios (cerámicas, útiles de hueso y metal, piedra pulimentada, etc.), así como otras evidencias que insinúan posibles construcciones con la acumulación de grandes bloques de piedra y un desarrollo diferencial de la vegetación apreciado en los cultivos. En el plano esta dispersión de hallazgos describe un área no superior a los 700 m, descendente escalonadamente desde el camino que accede al yacimiento hacia la margen izquierda del Genil y prolongándose después paralelo a éste a lo largo de unos 500 m curso arriba.

b) Secuencia cultural

El problema básico que plantea un estudio realizado en condiciones como las que se presentan en El Manzanil es, sin duda, la propia descontextualización de los materiales, fruto de una recogida selectiva en superficie. Todo intento de confeccionar a partir de aquí una secuencia cultural más o menos fidedigna se encuentra amenazada desde el principio de incurrir en una visión errónea de las fases que se suceden en el yacimiento. Es necesario, por tanto, acudir a otras secuencias próximas, cuya correcta estructuración esté avalada por materiales similares bien estudiados y correctamente ubicados en una estratigrafía.

El conjunto material recuperado en EL Manzanil participa de estas circunstancias, por lo que ha sido objeto de un estudio tipológico fundamentado en el análisis y clasificación de los artefactos, sobre todo las cerámicas, por ser éstas el elemento más abundante y mejor datado en los yacimientos de esta zona oriental andaluza. A partir de los datos obtenidos en esta primera etapa del trabajo tiene lugar el establecimiento de los parámetros culturales que han sido referenciados con la secuencia del cercano poblado de Los Castillejos en las Peñas de Los Gitanos de Montefrío (ARRIBAS y MOLINA, 1979). Aquí radica precisamente el aspecto más delicado de esta metodología, por cuanto supone una identificación con los caracteres definidos en un

yacimiento que ha sido estructurado conforme a una superposición de fases bien delimitadas mediante una excavación sistemática. En estas circunstancias ha de partirse, pues, del principio de que el conjunto material estudiado sólo permite un acercamiento parcial a la realidad del asentamiento, debiendo ser suplidos los demás aspectos por la generalización apriorística de que se den los mismos principios circunstanciales en el transcurso cronocultural de ambas estaciones arqueológicas.

Basándose en estos planteamientos, E.Fresneda elaboró una secuencia cultural hipotética que atiende a las variaciones formales y tecnológicas observadas en los materiales recogidos en EL Manzanil como reflejo de las diferentes manifestaciones culturales acaecidas en el lugar a lo largo de un amplio espectro cronológico. La secuencia elaborada consta de cinco fases que reflejan los sucesivos períodos de habitación prehistóricos detectados en el yacimiento, probablemente sin solución de continuidad, a los que habrían de añadirse otros niveles ibéricos, romanos y árabes.

Fase I

Se paraleliza, por las características de sus materiales, a la Fase II de Montefrío adscrita a un período Neolítico Final. La relación de este período con la Cultura de Las Cuevas es identificada por la presencia de elementos como las ollitas globulares de cuello acusado, ollas globulares sencillas (a veces con el borde marcado), grandes cuencos hondos y verticales, cucharas con pico vertedero y abundancia de fragmentos pintados a la almagra.

No obstante, el elemento definitorio de esta fase es la fuente de cuerpo carenado y paredes rectas, con sus distintas variantes de borde entrante, vertical y saliente, conjunto muy bien definido en sus aspectos técnicos de elaboración, formales y funcionales, que son interpretados como producto de la existencia de ciertas condiciones físicas, sociales y culturales similares a las que definen otros entornos pre-metalúrgicos como la "Cultura de los Silos" de Campo Real en el Bajo Guadalquivir y la ya citada Fase II de Montefrío.

Estos indicios servirán de base para argumentar influjos claros desde los centros neolíticos del Bajo Guadalquivir durante el Neolítico Final, hecho que se considera acorde con la posición geográfica de este yacimiento en la zona de paso natural hacia la Alta Andalucía. La cronología

propuesta para esta fase, atendiendo a las dataciones absolutas establecidas en Montefrío para materiales semejantes a éstos, comprende entre el 2.800 y 2.600 a.C.

Fase II

Viene definida por una serie de materiales que serán utilizados como importante respaldo a la tesis sobre las relaciones entre Montefrío y el Bajo Guadalquivir. El elemento material que centrará esta dinámica es la fuente de labio engrosado, con superficie exterior grosera e interior muy cuidado a base de intenso bruñido. La presencia de estas fuentes es significativa, así como su variedad tipológica de bordes anchos, almendrados o biselados, presentes tanto en Montefrío como en Valencina de la Concepción (Sevilla) (RUÍZ MATA, 1975), a la vez que permite atribuirle nuevamente a El Manzanil un carácter de "puente" entre ambas zonas.

Otros materiales vienen a sumarse al conjunto anterior, tales como las escudillas, los cuencos semiesféricos y de casquete esférico, vasos de perfil en "S", vasos de carena baja y cuerpo cilíndrico, las características "queseras" y abundantes piezas de telar como fusayolas y placas perforadas.

Puede corresponder este momento al inicio de la metalurgia en el poblado, aunque este extremo no puede asegurarse plenamente a falta de mayores evidencias. No obstante, se apunta la posibilidad de que esta fase corresponda al inicio de la metalurgia del cobre en el Sureste peninsular, momento que parecen evidenciar los conjuntos materiales analizados, distanciados ya de la fase anterior, relacionados entre sí y portadores de unos rasgos propios identificables en una entidad geográfico-cultural de la que participaría esta zona.

Fase III

Corresponde al Bronce Pleno y representa la continuación del planteamiento definido en Montefrío, con la perduración de las fuentes del período anterior, a la vez que se inicia la andadura de los primeros platos de labio ancho y biselado con superficies internas y externas bien cuidadas mediante bruñidos o espatulados. Se significan igualmente otros materiales asociados

a la actividad textil, como son las fusayolas, pesas de telar rectangulares y ovaladas, y los cuernecillos de arcilla.

Pero, sin duda, el elemento más destacado y trascendente a nivel interpretativo será el Vaso Campaniforme. Los primeros fragmentos, identificables con el Estilo Marítimo, hacen ahora su aparición en cantidades relativamente importantes, asociados dentro de esta misma fase a otros modelos puntillados. Son muy abundantes los tipos decorados a peine con patrones que reproducen diseños a bandas estrechas en "espinas de pez" (Marítimo), mezclados con otros que optan por las series en zig-zag, chevrons o incisiones en retícula, muy al estilo de los tipos presentes en El Acebuchal de Carmona y en clara conexión con ellos según recientes propuestas (CARRILERO, 1992).

El material campaniforme ha sido revisado posteriormente por M.Carrilero sobre un conjunto de 27 fragmentos procedentes de una colección particular de Granada, aunque se tiene referencia de que existen al menos otros 200, asimismo en manos privadas, que no han podido utilizarse. Este autor ya puso de manifiesto que el conjunto recuperado no constituye una muestra muy representativa al haber sufrido una manipulación y selección en su recogida; no obstante, puede dar una idea bastante aproximada de las características del Campaniforme en este yacimiento. Según se desprende de estos últimos estudios, los siguientes cuadros expresan la clasificación de formas y estilos decorativos que pueden observarse actualmente en El Manzanil:

	Cuencos	Vasos	Platos	G. Recp.	Indif.
MAR.		2			
PEINE	7	6	5		
PE.-ES.					
IN.	2			1	
INC.ES.	3	1			
TOTAL	12	9	5	1	

Porcentaje de formas:

Vasos M.	Otros V.	Cuencos	Platos	Gr. Recp.	Indf.
7,40	25,92	44,44	18,51	3,70	

Porcentaje de técnicas:

Peine	Pe-Es.	Incisión	In.-Esp.	Imp.	Punt.
74,07		11,11	14,81		

Total peine: 74,07 %

Total incisión: 25,92 %

Fuente: M. CARRILERO MILLÁN

Fase IV

Considerando la presencia de formas como los grandes vasos globulares con líneas de carenación medias y altas, las ollas de paredes rectas ligeramente entrantes y las grandes orzas de perfil ovoide, provistas o no de carena, este conjunto ha sido situado en una fase Cobre Tardío-Final. La perduración de estos materiales en épocas posteriores, con un gran desarrollo en la Edad del Bronce, podría justificar la sospecha de que este yacimiento prolongase su existencia durante el Bronce Antiguo, extremo éste, que es admitido con las reservas lógicas a que obliga la ausencia de estratigrafías. En cualquier caso, existe una gran abundancia de cuencos semiesféricos, de buen acabado y superficies espatuladas y bruñidas, asociados a este momento, lo mismo que una importante representación de platos de borde biselado y saliente cuya perduración hasta un momento antiguo del Argar es evidente. En la provincia de Granada, concretamente, son frecuentes estos materiales en los niveles inferiores de algunos poblados argáricos, siendo representativo el caso del Cerro de la Encina de Monachil (ARRIBAS *et al.*, 1974).

El Campaniforme presenta ahora las características formas decorativas del Tipo Ciempozuelos en una abundancia que excede ampliamente al Marítimo. Los vasos asociados a este momento manifiestan decoraciones zonales a peine de gran complejidad, así como una tipología muy cuidada en formas y acabado, que conviven con otros ejemplares identificados

como cerámicas domésticas de superficies y pastas más groseras, aunque decoradas de la misma forma que los tipos más finos.

En relación con la problemática sobre el origen y expansión del Vaso Campaniforme es sabido que las opiniones hasta ahora más generalizadas se inclinan por una penetración hacia el SE. realizada a partir del Bajo Guadalquivir y a través de las vegas de Antequera, Loja y Granada, o bien considerando a la Meseta como foco irradiador. Esta última opción plantea aún serios problemas interpretativos por la carencia de documentación arqueológica. De todas formas, -en opinión de M.Carrilero- tanto para El Manzanil como para Montefrío las influencias sugeridas anteriormente cobran suficiente cuerpo con los estudios tipológicos efectuados.

Finalmente, y en su conjunto, las referencias más claras señaladas por E.Fresneda para esta fase se dirigen hacia los poblados del SE. que han sido mejor estudiados. Estos paralelos se encontrarían, en general, en la Fase V de Montefrío, Fase II del Cerro de la Virgen (SCHÜLE y PELLICER, 1966) y Fases I y II de Laborcillas (AGUAYO, 1977).

Fase V

Viene caracterizada por la presencia de elementos intrusivos de la Cultura del Argar, a la vez que van desapareciendo las formas características del Cobre. La serie de vasos carenados, particularmente los vasos con carenas bajas tipo "tulipas", los cuencos, la abundancia de grandes orzas y ollas, dos copas, las pesas de telar de tipología argárica similares a las de Monachil y numerosas placas de arquero, nos introducen en ambientes del Bronce Antiguo en que las influencias argáricas son claras en algunos elementos materiales, aunque el poblado continúe con sus tradiciones calcolíticas.

Se ha puesto de relieve que no se trataría de un proceso de aculturación abierta por parte del mundo argárico, sino más bien una serie de influencias que irían transformando progresivamente la vida y tradiciones materiales de un poblado que acabó abandonándose en época del Bronce Pleno. Durante este tiempo, por tanto, siguieron perviviendo los elementos calcolíticos hasta los últimos momentos de existencia prehistórica del asentamiento, que no volvería a registrar una nueva ocupación hasta época romana.

c) Estudio tipológico de los materiales

La cerámica

El yacimiento de El Manzanil ha proporcionado una ingente cantidad de cerámica sobre la que fue llevado a cabo el estudio de este asentamiento, sin otro criterio posible que el propiamente tipológico pues, como ya se ha indicado, al tratarse de un material recogido en superficie se carece de una estratigrafía referencial. En su lugar, la comparación de sus materiales con los de otros yacimientos que arrojan formas similares ha sido el método empleado para establecer una paralelización secuencial.

Prescindiendo lógicamente de las cerámicas realizadas a torno, la mayor parte romanas, el conjunto seleccionado perteneciente a época prehistórica fue agrupado en el estudio inicial en tres grandes conjuntos, atendiendo a su tratamiento externo y decoración (FRESNEDA, 1980). De esta forma, el total del mismo viene expresado sucesivamente por las cerámicas lisas, las pintadas a la almagra y las decoradas con técnica campaniforme. Posteriormente existe un tratamiento pormenorizado de cada grupo, en el que se incluyen aspectos cronológicos, formas representativas y paralelos reconocidos en otros yacimientos que manifiesten un horizonte similar. En su conjunto, los diversos tipos registrados ofrecen un amplio espectro cultural y cronológico que comprende desde un Neolítico Final hasta el Bronce Antiguo, marcando una dilatada trayectoria prehistórica del poblado sin solución de continuidad desde los primeros asentamientos estables en la Tierra de Loja hasta época argárica.

La gradación tipológica observada en las cerámicas atiende a una diversificación de las formas características de estos períodos, en una serie de variantes que marcan una trayectoria cronológica dentro de la misma fase o, simplemente, la propia complejidad de los tipos en un proceso natural de perfeccionamiento técnico. Las formas identificadas recogen una gran variedad de cuencos, vasos de perfil en "S", vasos carenados, platos, fuentes, ollas y orzas. En todas ellas pueden observarse distintos grados de tratamiento superficial, desde el simple alisado manual en crudo o los engobes grises, hasta las diversas técnicas de bruñido y espatulado. Las cerámicas con engobe son las menos abundantes y suele aplicárseles encima el tratamiento espatulado, confiriéndoles ese característico brillo y aspecto de cerámica muy cuidada. En otros casos el bruñido se realiza sobre la superficie sin engobe y cuando la pasta ha adquirido la suficiente

textura y dureza previa a la cocción, ésta ha de llevarse a cabo después a baja temperatura para evitar la pérdida del abrillantado. Por lo general estas cocciones se debieron efectuar con técnicas muy rudimentarias que exponían a las piezas a temperaturas no muy altas y frecuentemente discontinuas, según revelan las coloraciones superficiales generalmente oscuras y pardas con manchas propias de fuegos reductores.

La textura de las pastas es otro criterio diferenciador que distingue a las cerámicas con distinto grado de porosidad y calibre granulométrico y permite establecer estrechas vinculaciones entre esta circunstancia y su uso dentro de la vajilla doméstica. Los desgrasantes utilizados permiten ofrecer composiciones compactas, harinosas o escamosas, siguiendo la metodología clasificatoria empleada en el estudio de otros conjuntos materiales como por ejemplo el del poblado de Los Castillejos en Montefrío. Las texturas escamosas y harinosas son predominantes y se asocian, por regla general, a las cocciones a baja temperatura antes referidas. Existe, asimismo, una probable vinculación de éstas a la elaboración de cacharros destinados a cocina, habitualmente en contacto con el fuego, para lo que se precisan paredes gruesas de cierta resistencia al calor, además de conferir al recipiente la impermeabilidad necesaria. Es común en estos casos emplear gruesos granos de mica, esquistos o cuarzo, materiales con gran facilidad para trabar la pasta arcillosa con un característico entramado de laminillas que responde a estas exigencias. Por contra, los vasos más elaborados requieren paredes más finas que sólo puede ofrecer una materia prima uniforme y compacta de textura harinosa, o levemente escamosa, cocida a temperaturas superiores.

Un conjunto singular lo constituyen las formas con tratamiento a la almagra, asociadas a la fase más antigua del yacimiento. Su característico color rojizo presenta matizaciones que van desde los tonos más intensos hasta otros más claros, según los componentes ferruginosos empleados, hematites roja o parda, de gran abundancia en la zona. En cualquier caso, el baño o engobe en la solución colorante no impide un tratamiento de bruñido posterior en algunos casos, dando lugar a una diferenciación de calidades bien visible. Técnicamente se procede de distintas formas a la hora de fijar la almagra. En unos casos, la mejor conservación de la misma responde a su aplicación previa a la cocción del vaso, consiguiendo con el calor la cristalización del engobe y su total adherencia a la superficie. La otra modalidad supone una pintura propiamente dicha de la superficie, en cuanto que se opta por el embadurnamiento tras la cocción, técnica con resultados iniciales de gran vistosidad pero de escasa perduración en el tiempo como lo demuestra

el estado de conservación general de estos fragmentos.

El otro apartado, en lo que a decoración se refiere, lo constituye la cerámica campaniforme, cuyo repertorio decorativo se encuentra en la línea de las tipologías habituales de otros conjuntos peninsulares. E.Fresneda distingue tres grupos con los estilos Marítimo, Puntillado e Inciso, sobre un muestreo de catorce fragmentos considerados como más representativos de entre una amplia colección. En ellos son identificadas en distinta proporcionalidad las diferentes técnicas de impresión a peine o ruedecilla en bandas estrechas del Tipo Marítimo, así como las clásicas decoraciones zonales incisas con frecuente relleno de pasta blanca del Grupo Ciempozuelos. Decoraciones que afectan a una variada gama de formas y calidades, no siempre asociadas a cerámicas finas en su factura aunque globalmente se consideren vinculadas a una elaboración similar a la de las cerámicas lisas cuidadas.

Cerámica lisa

La consideraremos en primer lugar, distinguiendo por su abundancia en el yacimiento la serie de **cuencos** con sus distintas variantes, siempre en un número proporcionalmente superior al de otras formas de vasos, como suele ser corriente en los asentamientos del Cobre y el Bronce. De entre ellos cabe distinguir las formas supuestamente más antiguas, según establece la secuencia del poblado de Los Castillejos, representadas por los cuencos hondos. En Montefrío se incluyen en su Fase II, identificándose con tradiciones de la Cultura de las Cuevas, asignándoles una cronología que los sitúa en el período Neolítico Final. No es el único sitio donde han podido documentarse en la provincia de Granada, existiendo paralelos similares en poblados (AGUAYO, 1977), necrópolis (Fonelas, Alicún) (LEISNER, 1943) y hábitats marginales en cuevas (NAVARRETE *et al.*, 1992), así como en otros puntos del sur peninsular, donde están adscritos a cronologías semejantes como sucede en el marco de la Cultura de Almería. Los tipos más abundantes son, sin embargo, los cuencos semiesféricos y de casquete esférico, asociados a las Fases III y IV de Montefrío, dentro ya de un Cobre Antiguo y Pleno, significándose especialmente los semiesféricos en la posterior Fase V del Cobre Tardío. La factura de estas cerámicas experimenta una evolución apreciable en el tratamiento superficial y en la regularidad de la cocción, habitualmente asimilable a un cambio de etapa cultural desde el Cobre hasta el Argar. Así por ejemplo, en El Manzanil sucede lo que en otros yacimientos bien estructurados estratigráficamente, donde las cerámicas van adoptando progresivamente mayor finura en los

espatulados, a la vez que sus coloraciones se homogenizan en los característicos tonos oscuros o grisáceos con la desaparición de las pastas claras manchadas conforme se avanza hacia fases más modernas. Es un tipo, en definitiva, que, pese a sus probables orígenes antiguos, se define plenamente durante la Edad del Cobre con transformaciones técnicas y texturales que perdurarán ya en la Península durante toda la Edad del Bronce.

Una variante del grupo de los cuencos lo constituyen los **vasos de perfil en "S"**, considerados de esta forma los cuencos poco profundos cuyas paredes entrantes y borde abierto dan ese característico perfil que los distingue. Son muy constantes en la secuencia de Montefrío no existiendo, por tanto, una adscripción clara a una fase cronológica determinada. Paralelos de los ejemplares de El Manzanil pueden, además, constatarse en numerosos conjuntos andaluces (ALMAGRO Y ARRIBAS, 1963; AGUAYO, 1977), incluyendo el caso más cercano de la Cueva del Coquino donde gozan de similar representatividad. Este hecho fué considerado por E.Fresneda a la hora de establecer la escasa utilidad de este conjunto como elemento cronológico dada su perdurabilidad en todo el período.

El conjunto de los **vasos carenados** ofrece igualmente una variedad de tipos que comprende distintas modalidades en cuanto a la altura de la línea de carenación, siendo clasificados a la manera clásica en: carenas altas, medias y bajas. Los primeros abundan en este yacimiento al igual que en otros asentamientos de la provincia (SCHÜLE y PELLICER, 1966; AGUAYO, 1977), constituyendo, además, un material característico en los contextos más tardíos argáricos. Los vasos de carena media son muy abundantes y también tienden a fases avanzadas dentro de la Edad del Cobre. En Montefrío se encuentran en los niveles superiores y lo mismo ocurre en otros lugares como el Cerro de la Virgen y Laborcillas, situándoseles en estadios que comprenden el Cobre Final e, incluso, el Bronce Antiguo. Las carenaciones bajas son, en cambio, escasas en El Manzanil, disponiéndose solamente de tres fragmentos que han sido relacionados con algunos contextos argáricos granadinos como son las fases finales de los poblados de Laborcillas (AGUAYO, 1977), Purullena (CONTRERAS *et al.*, 1987-88), Monachil (ARRIBAS *et al.*, 1974) o Cerro del Gallo (TORRE, DE LA y AGUAYO, 1976).

Con relación a los **platos**, el tipo que más abunda y permite identificar en el yacimiento las fases Tardía y Final del Cobre, lo constituyen los ejemplos de borde saliente y borde interior biselado. Se trata de platos hondos entre los que existen dos variedades que marcan el labio de forma más o menos suave interna y externamente. Los más acusados fuerzan un perfil

característico que evidencia nitidamente una arista interior, mientras que en el otro grupo un engrosamiento más preponderante les acerca a las formas con perfil en "S". Por lo común, suelen ser cerámicas con superficies bien cuidadas mediante bruñidos laboriosos que, no obstante, siguen efectuándose sobre coloraciones poco regularizadas como consecuencia de la calidad de cocción a la que hemos venido aludiendo. Es, asimismo, constatable una evolución formal desde los modelos primarios hasta los tipos más evolucionados, en una secuencia que puede seguirse también en Montefrío y que en nuestro caso habla de la amplitud cronológica de El Manzanil. Su perduración es dilatada como la de otros tipos, estando presentes estas formas en los niveles iniciales del Bronce Antiguo (ARRIBAS *et al.*, 1974). Las modalidades de perfil sencillo presentan, en cambio, mayores dificultades a la hora de asignarles un momento cronológico concreto, pues a su abundancia en los yacimientos del Cobre hay que añadir representaciones proporcionalmente significativas en todas las fases.

Particular atención merece el conjunto de **fuentes**, constituyendo uno de los elementos más significativos para la identificación cronológica del momento inicial de ocupación calcolítica en el lugar. De todos los subtipos registrados es el de las fuentes carenadas de paredes rectas las que mejor contribuyen a este fin, existiendo una amplia representación de las mismas por diversos yacimientos andaluces en fases que marcan los inicios de la Edad del Cobre. Sobre la polémica suscitada en torno a su origen y adscripción cronológica nuestra postura sería favorable a vincularlas más a la Edad del Cobre que al período Neolítico Final donde han sido ubicadas atendiendo a la secuencia de Montefrío, los paralelos con otros yacimientos de la Baja Andalucía y diversos ejemplos con escasas referencias estratigráficas en la mitad oriental de la región. Consideramos que, en su conjunto, deben ser tenidos en cuenta factores determinantes a la hora de especular sobre su origen, como lo es el hecho de que estas fuentes han sido documentadas junto con otras formas cerámicas con marcada vinculación a los materiales de cuevas, como pueden ser las decoraciones plásticas, asas túnel, pintadas, a veces con motivos incisos, etc. Ejemplos cuya presencia ha sido constatada en centros como Campo Real y Montefrío, lo que nos da pie para interpretar una redistribución poblacional ocurrida a finales del Neolítico, fruto de la cual van a proliferar los asentamientos al aire libre que en algunos casos representarán una continuidad en el asentamiento. Evolucionando *in situ* estas poblaciones han seguido manteniendo con más fuerza sus diferentes tradiciones ceramológicas. Es por ello que nos reafirmamos en la opinión de que, respetando la configuración neolítica que sus autores han querido ver en estas

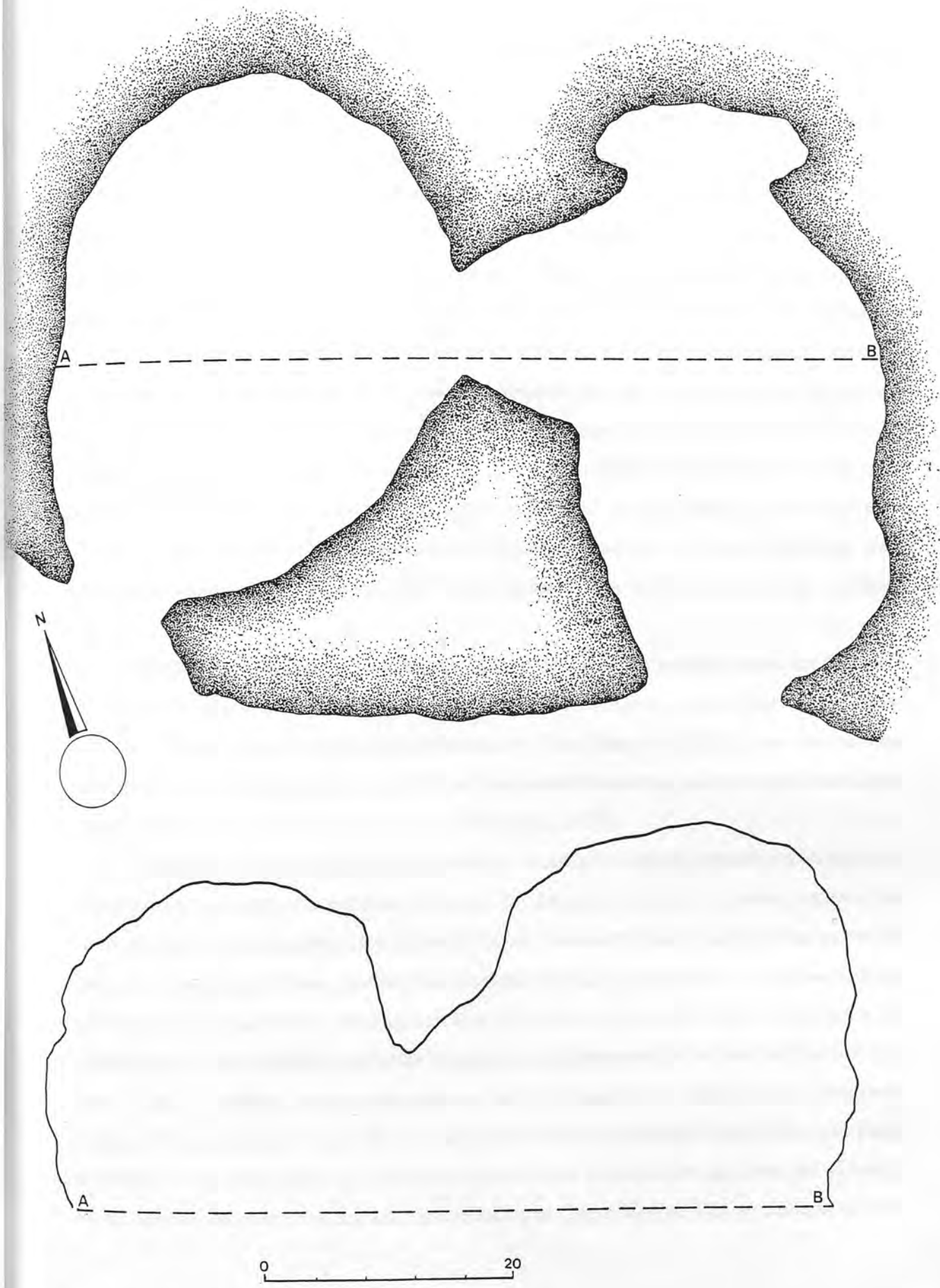


Fig. 73: El Manzanil. Planta y alzado de cuevas artificiales.

fuentes y considerando su origen en el seno de las poblaciones de cuevas, marcarían la transición hacia los hábitats al aire libre del Cobre.

Otros tipos están representados por las fuentes de borde engrosado en sus diversas modalidades (engrosamiento interno con bruñidos sólo interiores, bordes engrosados en ambas caras y fondo aplanado, o los ejemplares de labios almendrados). Este conjunto es paralelizado con los tipos de Montefrío, asignándoseles una perduración similar que se iniciaría a comienzos de la Edad del Cobre para finalizar en un momento Tardío. Se ha especulado mucho sobre el origen de estos últimos tipos, si bien han sido considerados como genuinos de los conjuntos megalíticos del Bajo Guadalquivir. Este hecho es mantenido por E.Fresneda quien, además, aprovecha la hipótesis para reincidir sobre el carácter abierto de esta zona a influencias procedentes de estos núcleos. Al respecto sólo añadiremos que debe tenerse en cuenta su fuerte presencia igualmente en la Alta Andalucía y en regiones periféricas como la zona murciana y La Mancha, manifestando así una dispersión geográfica que, cuando menos, condiciona una afirmación tan rotunda sobre su procedencia. En este panorama ya hemos propuesto con anterioridad que, incluso, tendría cabida la posibilidad de una derivación a partir de los tipos anteriores.

La gama de estas fuentes se completa, finalmente, con otras variantes como las descritas en función de sus bordes engrosados y salientes, con paredes convexas de perfiles más o menos marcados. Globalmente son asignadas a una etapa del Cobre Pleno y también encuentran amplias referencias no sólo en Montefrío sino en diversos yacimientos dispersos por la geografía andaluza (ARTEAGA, 1974; RUIZ MATA, 1975; BLÁZQUEZ, 1975).

El apartado final de este nutrido conjunto de cerámicas lisas lo constituyen los tipos de vasijas de cuerpo ovoide, diferenciadas en función del diámetro de su boca en **ollas** y **orzas**, a las que habitualmente se les asignan funciones de cocina o almacenamiento. Las primeras gozan de una gran variedad de formas, pudiéndose establecer además una evolución desde los modelos relacionables con ambientes neolíticos tardíos, como es el caso de las ollas con gollete y las globulares con cuello acusado, propias de los contextos del horizonte de la Cultura de las Cuevas, hasta los tipos considerados como más comunes en la Edad del Cobre. Estas últimas constituyen el grupo más numeroso y entre ellas se distinguen ollitas de pequeñas dimensiones con perfil entrante, que se relacionan con un momento inicial del Cobre, ollas cerradas con el borde marcadamente entrante, con una adscripción inicial al Cobre Pleno si bien se advierte en esta

secuencia que en asociaciones con determinados materiales (cerámicas con alineación de mamelones bajo el borde) puede rebajarse su cronología hasta un Cobre Tardío, y, finalmente, las ollas y cazuelas de borde vertical o ligeramente saliente que se asimilan a este último horizonte o, incluso, a un momento posterior de inicios del Bronce. Respecto a las orzas, parece más evidente su localización temporal en la secuencia dentro del elenco material de finales del Cobre, que dará paso a nuevos ambientes ya anunciados por tipos carenados, ovoides con cuello saliente o paredes verticales y fondo ovoide, preludio de los nuevos contextos argáricos.

Cerámica pintada

Ya se han indicado sus fundamentos técnicos, por otra parte nada novedosos respecto a los procedimientos de elaboración y características generales observadas en este tipo de cerámicas en los conjuntos meridionales. En El Manzanil se cuenta con un reducido grupo de fragmentos, la mayoría amorfos, con los que se identifican generalmente cacharros de pequeño tamaño entre los que se suponen cuencos y ollitas. Tres fragmentos conservan el borde, perteneciendo dos de ellos a cuencos y el otro a una ollita de boca cerrada y borde marcado.

La intensidad del engobe responde a las técnicas de aplicación expuestas anteriormente, no pudiéndose descartar que muchos de los fragmentos de superficie que ahora no lo presentan debieron en su día estar decorados de esta forma. Ayuda a pensar en ello el hecho de que algunos de estos fragmentos pintados conservan sólo una deleznable película de color castaño oscuro que se borra con un simple frote. Por el contrario, otras superficies mantienen su consistencia y brillo, a veces conseguido mediante la técnica del bruñido. Las coloraciones oscilan entre los anaranjados mate, rojos terrosos y castaños oscuros, en función del tipo de pigmento ferruginoso utilizado. El autor del estudio preliminar sobre este yacimiento hace mención de tres terrones de tierra roja compacta que presentan indicios de haber sido utilizados para este fin (FRESNEDA, 1980. p. 150). Sólo añadiremos a este respecto que la mencionada "tierra de almagra" es muy abundante en esta zona y, aunque su uso se destina modernamente a otros fines en los medios rurales, el contexto y características de esos fragmentos parecen apuntar a una utilización como la que se les atribuye.

Tipos campaniformes

Constituyen el tercer conjunto a tener en cuenta en este tipo de material. La colección está

compuesta por un total de 268 fragmentos de los que sólo catorce han sido objeto de estudio por ser considerados los más representativos. Todos ellos constituyen la base documental representativa de esta cultura en el yacimiento, que ha permitido diferenciar tres estilos decorativos distintos: estilo marítimo, puntillado e inciso. Los vasos de *Estilo Marítimo* son los menos abundantes, estando representados por tres fragmentos pertenecientes a un borde y dos galbos correspondientes a vasos distintos. En todos los casos la decoración se ha efectuado mediante bandas horizontales con el interior oblicuo, alternante en dos casos y con inclusión de otra banda de triángulos seriados en uno de los ejemplares. Respecto a las formas, corresponden a vasos abiertos característicos campaniformes, presentando uno de ellos el perfil sinuoso. Atendiendo a la generalidad que sobre este tipo de cerámicas se tiene en las estratigrafías donde han sido documentadas, se les considera la expresión más antigua del Campaniforme (SCHÜLE y PELLICER, 1966; ARRIBAS y MOLINA, 1979), con una vinculación clara al período del Cobre Pleno.

Los vasos *Estilo Puntillado* son diferenciados de los anteriores atendiendo a sus distintos patrones decorativos, a pesar de que la técnica empleada sigue las pautas de la impresión a peine y, posiblemente, ruedecilla en algún caso. Se contabilizan un total de cinco fragmentos, dos de ellos fuentes de perfiles abiertos con el borde saliente y el resto cuencos semiesféricos. La decoración puntillada se realiza a base de series romboidales y bandas trianguladas separadas por líneas paralelas al borde, en el caso de las fuentes, mientras que los cuencos siguen un sistema más convencional a base de triángulos rellenos de puntillado en posición continua o bien opuesta, excepto uno de ellos que ofrece en su cara interna motivos lineales radiales identificados como "soles" y en el exterior una alternancia de bandas puntilladas horizontales y verticales que conforman espacios cuadrangulares intercalados sin decoración por toda la superficie del vaso. Esta decoración fue, además, resaltada mediante la incrustación de pasta blanca en el interior de las líneas, aún bien visible en algunos tramos.

Los *Modelos incisos* presentan una variedad tipológica mayor, tanto en formas como por lo que al repertorio decorativo se refiere. Se han identificado tres fragmentos pertenecientes a cuencos con diferente grado de esfericidad y altura, desde los modelos semiesféricos y de casquete esférico hasta el tipo más cerrado y hondo. Además de éstos, un fragmento del cuerpo de un vaso y los bordes de un plato y una vasija de mayor tamaño con paredes ligeramente entrantes, completan la representación de este conjunto asimilado al Estilo Ciempozuelos por sus

modalidades decorativas. El cuenco de casquete esférico presenta una sucesión de bandas incisas a partir del mismo borde, que se inicia con sucesión de triángulos en esta zona para continuar por el galbo con varias bandas simples hasta llegar a una más desarrollada rellena de puntos gruesos a punzón. En el cuenco semiesférico, de mayor calidad de factura que el anterior, se observan una serie de bandas alternas decoradas y lisas, constituyendo los motivos simples incisiones formando triángulos. El cuenco hondo se decora en su borde con una serie de incisiones oblicuas junto a una banda en la que éstas dibujan una característica "espina de pez". El galbo presenta estas mismas espigaciones pero en posición invertida. Respecto a los otros tipos, se insiste en las series oblicuas y triangulares alternas con líneas horizontales separadoras. El único ejemplar que se sale de esta tónica es el fragmento catalogado con el nº 14, perteneciente a una vasija tosca de superficie alisada y paredes ligeramente entrantes, cuya decoración se solventa a base de una banda lisa en "zig-zag" conformada por zonas exteriores triangulares rellenas de líneas incisas muy marcadas y entrecruzadas, formando un reticulado que ocupa gran parte de la superficie. Estos tipos incisos de Estilo Ciempozuelos son considerados asimismo como buenos indicadores cronológicos, derivándose de su presencia un momento de Cobre Tardío o Final para el poblado.

Otros materiales

Piezas de arcilla

Incluiremos aquí una serie de artefactos de distintas formas y tamaño, muy frecuentes en los asentamientos de la Edad del Cobre y con una discutida utilidad en algunos casos a pesar de que, comúnmente, se les relaciona con la actividad textil. El primero de estos conjuntos lo constituye una nutrida colección de los característicos "*cuernecillos*" de forma arqueada, extremos perforados y sección circular o ligeramente aplanada, con amplia representación en los yacimientos calcolíticos meridionales. Sobre su función ya avanzó L. Siret una hipótesis que los hacía piezas integrantes de la infraestructura abovedada de un horno de fundición (SIRET, 1906-1907). Así parecía desprenderse de las circunstancias que rodeaban al hallazgo de estos elementos en algunos yacimientos granadinos (ARRIBAS *et al.*, 1978; ARRIBAS y MOLINA, 1979) donde aparecían asociados a gruesas bolsas de ceniza y carbón, o bien junto con fragmentos de barro cocido pertenecientes a una posible construcción destruida en el caso concreto del poblado de El

Malagón (Cúllar-Baza, Granada). No obstante, la inexistencia de escorias metalúrgicas indujo a pensar, finalmente, en hornos de cerámica en los que se cocían estos cuernecillos para emplearlos después en los artilugios textiles.

Muy abundantes son también las *pesas de telar*, generalmente de gran tamaño, forma oval y cuatro perforaciones, coincidiendo con la tipología de las documentadas en la Fase IV del poblado de Los Castillejos (Montefrío, Granada).

La *fusayola* es otro de los elementos relacionados con esta actividad, igualmente documentado en el yacimiento. De forma discoidal y una o dos perforaciones, suelen ser piezas de buen acabado, aunque a veces se reciclen para este fin fragmentos de cerámica con los bordes recortados a los que se les practica un taladro en el centro (FRESNEDA, 1980, p.164).

Finalmente, una serie de *placas rectangulares* de arcilla con uno o dos taladros en sus extremos completan este utillaje. En Montefrío aparecen en el estrato V-A, habiéndoseles atribuido, en principio, un probable uso como tensores de telar (ARRIBAS y MOLINA, 1979, p.116). Su significativa presencia, por otra parte, en los poblados del SE. las ha convertido en uno de los elementos más característicos del conjunto material documentado en estos asentamientos (ALMAGRO y ARRIBAS, 1963; TOPP y ARRIBAS, 1965).

Útiles de sílex

Esta industria es enormemente abundante como viene siendo habitual en los yacimientos calcolíticos de la Tierra de Loja. A la hora de hacer un estudio sobre la misma se ha debido prescindir de los argumentos estadísticos que afecten a la totalidad del conjunto, ya que se trata de un material altamente seleccionado y, por tanto, poco representativo de la realidad instrumental existente en el poblado. Es por ello que E.Fresneda recoge en su documentación el estudio porcentual de una representación de este material, al parecer no afectado por la selección e integrado por un total de 1.235 piezas. De entre ellas cabe destacar, en primer lugar, una serie de núcleos (56 piezas), destacando sensiblemente en número los que han sido utilizados para la extracción de láminas sobre los destinados a la elaboración de lascas y un pequeño grupo de bloques de materia prima con evidentes signos de preparación. La mayoría de estos núcleos están agotados aunque no se descarta la posibilidad de que algunos fuesen desechados al presentar problemas para su talla debido a la calidad del sílex o, posiblemente, a defectos encontrados en su manipulación.

Las piezas con señales de talla, y por lo tanto consideradas como útiles, se agrupan en las tipologías de lascas, hojas/hojitas y otras indeterminadas por presentar un aspecto amorfo que impide su identificación clara. Es destacado el predominio de las hojas y hojitas, particularmente estas últimas, realizadas con técnica laminar y un trabajo que puede afectar a uno o los dos filos de la pieza. Suelen presentarse algunas variantes que expresan un destacado grado de especialización en esta industria y le confieren la diversidad que le caracteriza. En este sentido, son documentadas hojas con denticulado simple o doble, escotaduras retocadas, truncaduras, elementos dentados de formas diversas (rectangulares, semicirculares, trapezoidales, etc.) y perforadores.

Las puntas de flecha constituyen un pequeño conjunto de 8 piezas entre las que se distinguen formas de base cóncava y aletas, triangulares, una cordiforme y otra inacabada que presenta ya elaborado un pedúnculo central.

Se suman a estas piezas otras con retoque bifacial, interpretadas como fragmentos de puñales o alabardas inacabadas las más evidentes, además de otro grupo de las que sólo se describe su forma discoidal o el tipo de retoque abrupto que presentan.

En conjunto, la industria laminar encuentra paralelos en la fase más antigua de la Cultura de Almería y en los niveles correspondientes a un Neolítico Tardío o Final del poblado de Los Castillejos de Montefrío. Las puntas de flecha son asimiladas a las fases III y IV de este yacimiento, relativas al Cobre Antiguo y Pleno, particularmente presentes en el primero de estos periodos. Los dientes de hoz, por el contrario, se sitúan en momentos más tardíos del Cobre Pleno y Final, e incluso el Bronce Temprano (ARRIBAS y MOLINA, 1979, p.117-118).

Piedra pulimentada

Constituyen estos artefactos otra abundante muestra representada por un conjunto no inferior a 373 piezas, de las cuales han sido fácilmente clasificadas 215, mientras al resto se las considera piezas no adscribibles a ningún tipo concreto debido al grado de deterioro que presentan. Predomina el grupo de las hachas, entre las que son más corrientes las formas triangulares sobre las rectangulares, ovaladas o trapezoidales. Otros tipos han sido también documentados como: azadas y azuelas triangulares, gubias, cinceles, escoplos y martillos, éstos últimos con diversidad de formas y calidad de factura, vinculadas a usos distintos. No se incluyen en el índice de útiles, aunque sí en el conjunto material del yacimiento, a una serie de cantos

trabajados que no presentan formas definidas pero cuyos signos de uso por parte del hombre están fuera de toda duda.

Útiles de hueso trabajado

También en el caso de esta industria puede hablarse de la existencia de una larga tradición neolítica que afecta, fundamentalmente, a las primeras fases de ocupación de estos asentamientos metalúrgicos. En el caso de El Manzanil han sido estudiadas doce piezas recogidas en superficie como el resto de los materiales, lo que induce a pensar a su investigador que esta industria debió ser muy importante en el poblado a juzgar por el número de piezas recuperadas en estas circunstancias, siendo éste además un material altamente deleznable.

La mayoría de los útiles responden a la forma de punzón, todos ellos fragmentados de forma que ninguno conserva el extremo articular que probablemente serviría de mango. El estudio paleontológico efectuado en su día sobre los útiles de hueso recuperados en Montefrío lleva a considerar a E. Fresneda en su trabajo que éstos de El Manzanil se realizaron sobre una materia prima similar, es decir, metatarsianos o metacarpianos, tibia, cúbito, radio y húmero de ovicápridos o bóvidos, además del asta de ciervo con representación menos significativa. Algunos de estos huesos fueron partidos longitudinalmente, dando lugar a punzones más finos y astillas de cierta consistencia como para tallar en ellas finas agujas con el extremo perforado y aguzada punta.

El cobre

Respecto a las piezas metálicas, la escasez y homogeneidad del conjunto se expresa en una muestra de doce objetos entre los que se distinguen 5 puntas de flecha del tipo "Palmella", 2 punzones de cobre bien conservados y otros dos fragmentos de distintas piezas fracturadas, una hoja del mismo metal de forma triangular con sección plana y, finalmente, una lezna y una barra de sección cuadrada, ambas supuestamente fabricadas en bronce.

La cronología fijada para estos materiales ronda el Cobre Antiguo y Pleno, siendo, por ejemplo, los punzones de cobre de sección cuadrada, elementos bien representados en los yacimientos cercanos de Los Castillejos, la Covacha de La Presa y Sierra Martilla. Las puntas pedunculadas del tipo Palmella se asocian a las formas cerámicas campaniformes y, como se verá, también gozan en los yacimientos citados de la **Tierra de Loja** de una presencia que hace

extensible el desarrollo de este horizonte a la generalidad del territorio. Los punzones de bronce están rodeados, en cambio, de una ambigüedad que, en principio, y considerando las características morfológicas apreciadas en su catálogo inicial, podrían acompañar a los materiales que se han interpretado como testigos de un proceso de aculturación argárica en el poblado.

Seguidamente pasamos a exponer una selección de los principales elementos integrantes de la cultura material del yacimiento, a través de una serie de tablas elaboradas a partir de los dibujos a lápiz facilitados por E.Fresneda en su Memoria de Licenciatura. En el resumen tipológico no constan dibujos referentes al material lítico, quedando éste referenciado tan sólo por la descripción literal de las piezas. Le agradecemos muy especialmente su gentileza al facilitarnos dicho material y permitirnos reelaborar su presentación a partir de su trabajo inédito.

Resumen tipológico de El Manzanil

Cuencos planos de casquete esférico -escudillas- (Lám.I,a)

Cuencos de casquete esférico (Lám.I,b /Lám.II /Lám.III,a)

Cuencos semiesféricos (Lám.III,b /Lám.IV /Lám.V,a)

Cuencos hondos (Lám.V,b y c)

Grandes cuencos de perfil semiesférico (Lám.VI,a)

Vasos de paredes gruesas y fondo aplanado (Lám.VI,b)

Vasos de perfil en S (Lám.VII,a)

Vasos con carena alta (Lám.VII,b y c)

Vasos con carena media (Lám.VIII,a)

Vasos con carena baja (Lám.VIII,b)

Platos de perfil sencillo (Lám.VIII,c /Lám.IX,a y b)

Platos con el borde saliente (Lám.IX,c /Lám.X /Lám.XI)

Fuentes de cuerpo no carenado (Lám.XII /Lám.XIII /Lám.XIV,a)

Fuentes de cuerpo carenado (Lám.XIV,b /Lám.XV /Lám.XVI /Lám.XVII/ Lám.XVIII)

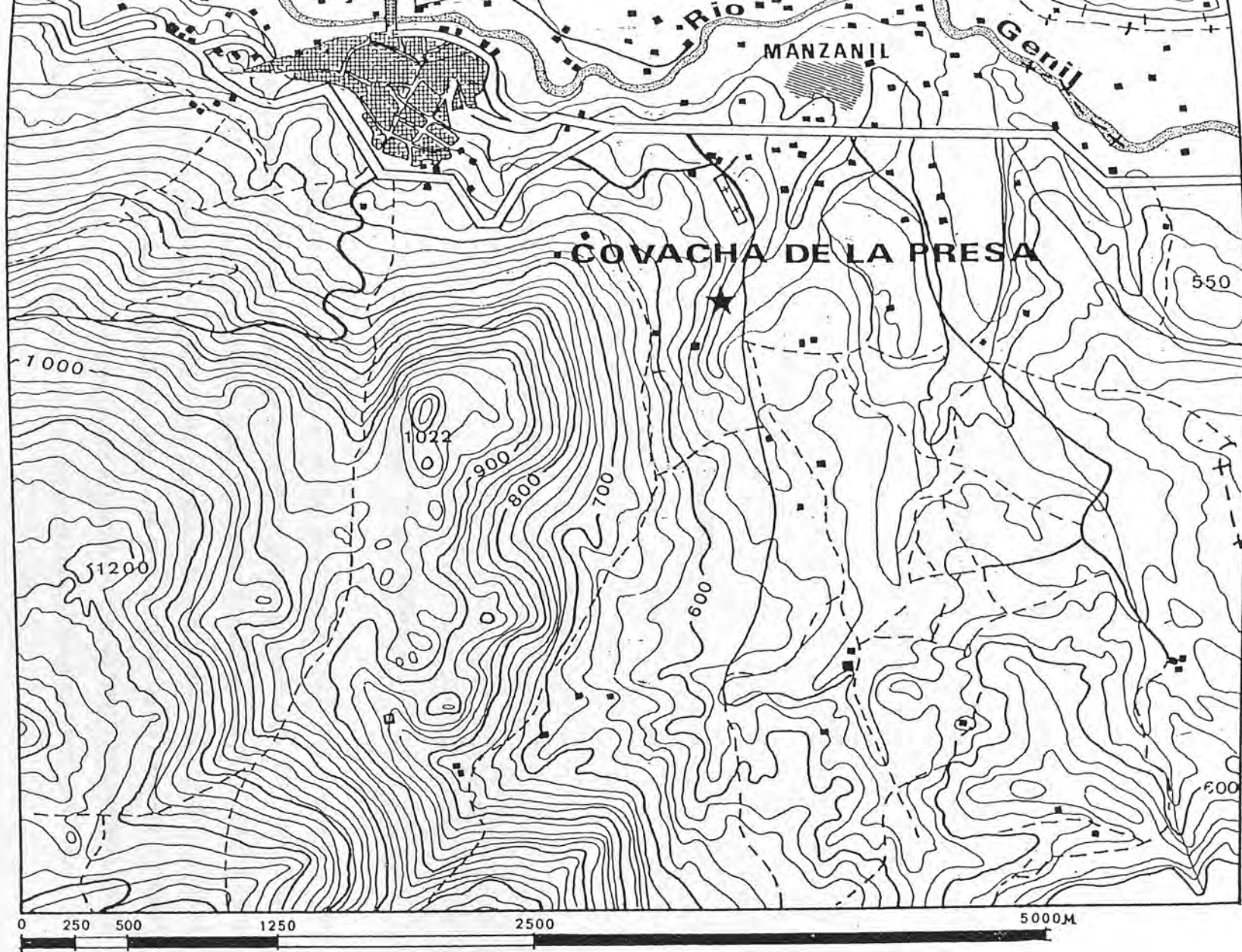


Fig. 74: Plano de situación de la Covacha de La Presa.

/Lám.XIX,a)

Ollas de paredes entrantes (Lám.XIX,b /Lám.XX /Lám.XXI /Lám.XXII)

Ollas de borde vertical o ligeramente saliente (Lám.XXIII/ Lám.XXIV)

Orzas con el borde curvado saliente (Lám.XXV)

Orzas carenadas con borde ligeramente saliente (Lám.XXVI,a)

Orzas con borde vertical o ligeramente entrante (Lám.XXVI,b /Lám. XXVII,a)

Orzas globulares de borde entrante (Lám.XXVII,b)

Orzas de paredes rectas (Lám.XXVII,c /Lám.XXVIII)

Vasos Campaniformes (Lám.XXIX /Lám.XXX,a)

Objetos de arcilla (Lám.XXX,b /Lám.XXXI)

Objetos de hueso trabajado (Lám.XXXII /Lám.XXXIII,a)

Piedra pulimentada (Lám.XXXIII,b)

Objetos de cobre (Lám.XXXIV /Lám.XXXV)

LA COVACHA DE LA PRESA

Fue descubierto este yacimiento en el mes de Marzo de 1975, como resultado de las prospecciones habituales que en aquel tiempo llevaba a cabo un grupo de aficionados de la ciudad de Loja. Quiso la casualidad, en este caso, que saliera a la luz un complejo enterramiento colectivo perteneciente a la Edad del Cobre, por otra parte ya conocido desde antiguo, como lo demuestran los restos de vidrio romanos aparecidos en el nivel superficial. La remoción apreciada en sus primeras capas es, por otra parte, una evidencia clara de las repetidas agresiones que ha sufrido el yacimiento a lo largo del tiempo. En estas circunstancias no puede, por menos, que

calificarse de oportunas las acciones emprendidas tras el hallazgo por parte de un grupo de vecinos entre los que se encontraban profesores y alumnos del Instituto de Bachillerato, quienes procedieron de inmediato a la criba de la tierra superficial y al levantamiento del plano de la cueva. Fruto de estas labores preliminares fue la recuperación de gran número de restos materiales y humanos, que servirían de base para la planificación del estudio llevado a cabo con posterioridad. La noticia de tales hallazgos llegaría en 1977 al conocimiento del profesor del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada D. Javier Carrasco Rus, quien se hizo cargo de la investigación realizando una labor recopiladora de buena parte de los materiales dispersos, actualmente depositados en el Museo Arqueológico Provincial de Granada. Como resultado de las mismas vio la luz un artículo publicado en el nº 2 de la Revista "Cuadernos de Prehistoria" de la Universidad de Granada (CARRASCO *et al.*, 1977), cuyas conclusiones incorporamos ahora a nuestro trabajo por su gran valor informativo sobre los materiales relacionados con el horizonte cultural que nos ocupa y los aspectos rituales que en él se manifiestan.

a) Localización geográfica y características geológicas del entorno

La Covacha de La Presa se sitúa a escasa distancia de la ciudad de Loja hacia el SE., próxima al cementerio municipal y en las inmediaciones de la antigua fábrica de mármoles que le da nombre a todo el paraje donde se localiza el yacimiento. Sus coordenadas geográficas la sitúan a 37° 3' 05" 8 de latitud Norte y 4° 1' 19" 9 de longitud Oeste, del meridiano de Greenwich, según la hoja nº 1.025 a escala 1:50.000 del Servicio Geográfico del Ejército.

Su ubicación tiene lugar dentro del sector que se extiende a partir de la margen izquierda del Arroyo Manzanil, a 15 m sobre el talud de la cantera que da acceso a la fábrica y a 170 m al NE. de la misma. Es una zona que se encuentra, en su conjunto, al pie de la unidad de Sierra Gorda, gran macizo kárstico que hemos descrito en el primer capítulo como la entidad montañosa que limita a la depresión lojeña por su borde Sur, perteneciente a la zona Subbética. En concreto, recordemos que la unidad de Sierra Gorda ha sido atribuida geográficamente al conjunto Subbético Interno (VERA, 1969), dominio muy próximo al propio eje de la Cordillera Bética. Globalmente presenta grandes similitudes con los complejos Antequera-Torcal y Sierra de Huma-

Chorro. Sus materiales son fundamentalmente secundarios, existiendo una secuencia estratigráfica que parte de un basamento dolomítico sobre el que se asientan los niveles calizos. El espesor de estos materiales puede sobrepasar los 600 m, con una adscripción al Lías Inferior o, incluso, Medio (Jurásico Inferior). Son estas calizas y dolomías las que conforman el conjunto de Sierra Gorda, existiendo encima de las mismas ocasionales concentraciones de margas y margocalizas del Cretácico. La delezabilidad de estos sedimentos ante la erosión hace que sólo se conserven en zonas deprimidas, habiendo desaparecido de las regiones altas de la formación. En medio de ambos conjuntos actúan de enlace unos niveles de calizas nodulares del Jurásico Medio y Superior, con un desarrollo y representatividad escasos en la totalidad del conjunto.

Esta particular constitución litológica tiene claras repercusiones en la configuración del subsuelo de toda la zona, propiciando la formación de cuevas, galerías y redes hidrográficas subterráneas, a causa de la disolución acuífera de las calizas. El fenómeno es muy común en el caso de Sierra Gorda, donde existe buen número de estas cuevas, no necesariamente habitadas en la Prehistoria aunque en muchos casos puede que así lo demuestren prospecciones futuras. Consecuencia decisiva para el poblamiento de esta región, derivada igualmente de esta estructura, es además la enorme riqueza en surgencias de agua que ha facilitado el cultivo de las tierras bajas circundantes desde tiempos neolíticos. En este extremo de la Vega del Genil es particularmente destacable este fenómeno, llegando a ser, como hemos visto en el caso del próximo asentamiento de El Manzanil, un factor decisivo para el establecimiento de poblaciones dedicadas a una agricultura intensiva de regadío.

b) Características generales del yacimiento y secuencia cultural

La Covacha de La Presa es, según estas descripciones, una oquedad natural de origen kárstico formada por calizas del Lías. Presenta una pequeña boca de entrada que comunica con el interior mediante una pronunciada pendiente a modo de pequeño embudo, en cuyo fondo se abre una pequeña covacha lateral situada a un mismo nivel que el suelo circundante de la cueva. La boca, de 1,25 m, está orientada hacia el SE. y las dimensiones interiores son de 4,70 m de longitud por 2 m de anchura y 4,50 m de altura máxima en una prolongación de la techumbre a modo de chimenea ocluida. Estas dimensiones, unidas a su configuración natural estrecha y

profunda, descartan la posibilidad de que hubiese sido utilizada como vivienda, ciñéndose, por tanto, su uso a la práctica de enterramiento colectivo. El relleno estratigráfico se supone de un espesor próximo a los 2,30 m de potencia, en virtud de las marcas observadas en la pared. El aspecto del mismo en el momento de su descubrimiento se ofrecía como un gran montón de piedras y tierra revuelta con una considerable cantidad de huesos humanos. Junto a las paredes de la cueva permanecían intactas algunas zonas de escasa profundidad (unos 50 cm), que fueron cribadas minuciosamente obteniéndose restos de los ajuares depositados a la vez que importantes datos sobre los rituales de enterramiento empleados.

La limpieza de estos espacios libres se efectuó sobre un relleno de tierra suelta que contenía un gran revuelto de restos óseos humanos, algunos claramente asociados a ajuares consistentes en vasijas de tosca factura junto con grandes cuchillos de sílex (algunas hojas llegaron a medir más de 22 cm de longitud), así como cuatro falanges-ídolos sin decorar. Al fondo del hueco lateral aparecieron los cráneos de cinco individuos, amontonados junto a la pared, mezclados los huesos con algunos fragmentos cerámicos lisos y dos grandes cuchillos de sílex.

El material arqueológico recuperado en la limpieza consta de un cuenco piriforme, restos de otro semiesférico, una pequeña botella de forma globular, un cuenco bicónico decorado con dos mamelones gemelos cerca del borde, una escudilla carenada, cinco grandes cuchillos de sílex, tres sierras del mismo material y cuatro falanges-ídolos. Es un conjunto que en sí mismo nos situaría en un contexto calcolítico si lo consideramos junto a la totalidad de los ajuares recuperados en los estratos superiores correspondientes a niveles de enterramiento. No obstante, puede afirmarse, teniendo en cuenta siempre los problemas estratigráficos que plantean los enterramientos colectivos, que estos materiales pueden ser la base de una posible estratigrafía que perduraría hasta un Argar evolucionado, pasando por una fase Campaniforme de la que se tratará después. Los materiales extraídos con anterioridad a estos trabajos se encontraban, lógicamente, muy dispersos a la hora de hacer este estudio, por lo que fue ardua la labor de búsqueda y recuperación para poder documentarlos y asignarles una ubicación aproximada en esta secuencia.

Según estas últimas consideraciones, resulta altamente complejo definir una secuencia estratigráfica para este sepulcro colectivo, que revista las suficientes garantías y fiabilidad como para marcar nítidamente la trayectoria deposicional del conjunto. Ya en su momento pusieron de manifiesto sus investigadores este extremo aduciendo varias razones fundamentales. Por un lado, ha de considerarse la habitual convulsión de niveles que suele presentarse, en mayor o menor

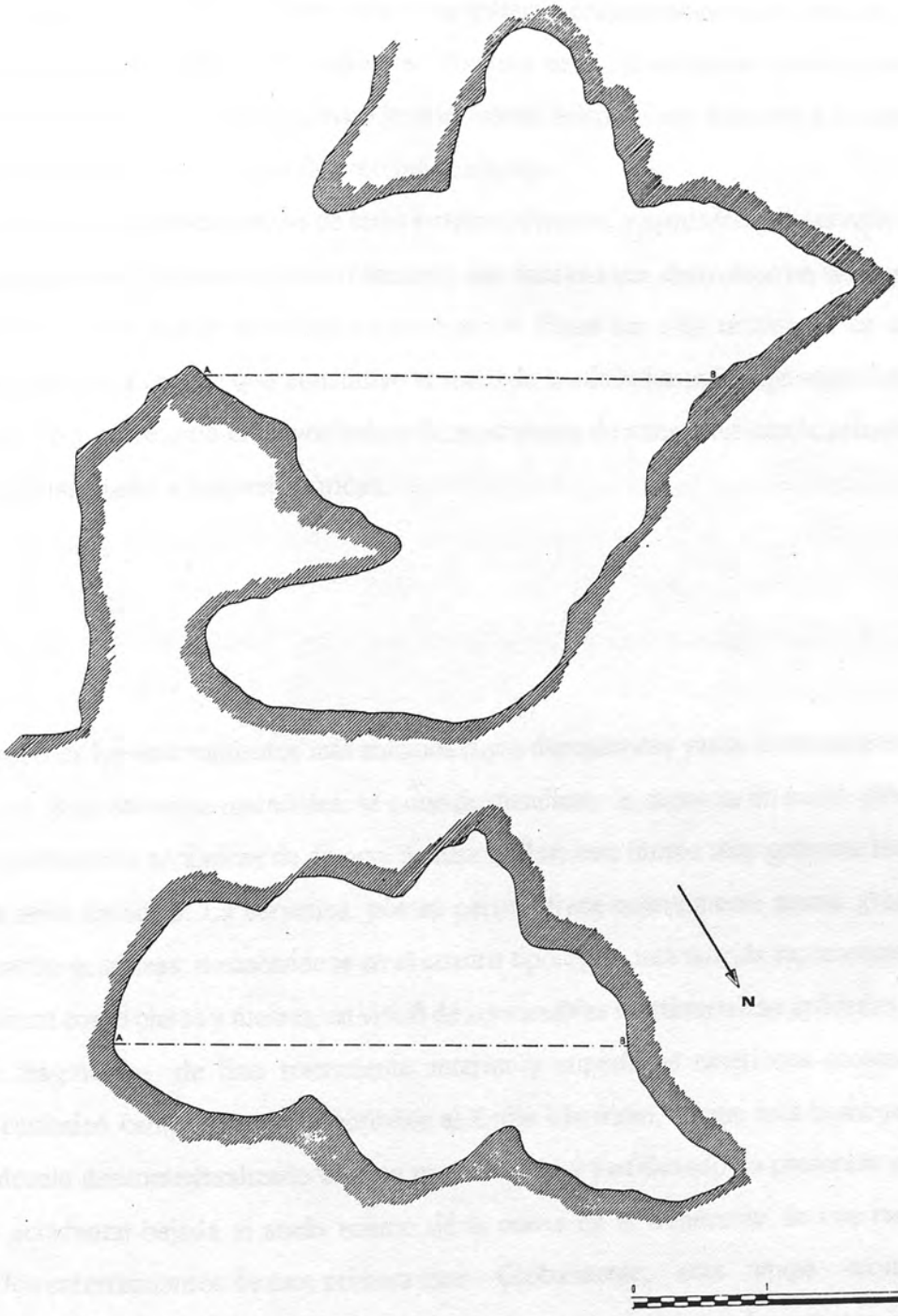


Fig. 75: Planta y alzado de la Covacha de La Presa.

medida, en este tipo de enterramientos colectivos con la consiguiente dificultad para asignarles cronologías fundamentadas en un análisis estratigráfico. Si a esto añadimos la realidad virtual del caso que nos ocupa, con una cueva extraordinariamente angosta y un elevado número de inhumaciones practicadas en ella, podemos concluir, sin necesidad de mayores precisiones, que el estado del paquete sedimentológico debió encontrarse considerablemente alterado en el momento de iniciar los trabajos de excavación. Por otra parte, y en íntima relación con esto último, sólo pudo contarse al final con el nivel inferior como único relleno indemne a la remoción y, por lo tanto, susceptible de un tratamiento más complejo.

Considerando las características de estos estratos inferiores, y ayudados por las referencias aportadas por los descubridores del enterramiento, sus excavadores determinaron las tres fases culturales prehistóricas que exponemos a continuación. Estas han sido ordenadas en sentido creciente desde el nivel rocoso que constituye el suelo de la cueva hasta la capa superficial que cierra el depósito y representa el mayor índice de mescolanza de materiales con la presencia de elementos romanos junto a los prehistóricos.

Fase I

Comprende los enterramientos más antiguos cuyas deposiciones yacen directamente sobre el suelo rocoso. Respecto a los materiales, se pone de manifiesto la ausencia de metal, ciñéndose el conjunto artefactual a cerámicas de diversa factura y sílex, este último muy presente mediante una variada serie de hojas. La cerámica, por su parte, ofrece comunmente pastas groseras y superficies pardo-grisáceas, destacándose en el cuadro tipológico una nutrida representación de lo que se definen como platos y fuentes, en virtud de las variables morfométricas aplicadas a buen número de fragmentos, de fino tratamiento interior y superficies exteriores groseras. Un fragmento cerámico campaniforme, adscribible al Estilo Marítimo, rompe esta homogeneidad considerándosele descontextualizado en este nivel inferior y justificando su presencia por una probable y accidental bajada al suelo mismo de la cueva en el transcurso de una remoción posterior a los enterramientos de esta primera fase. Globalmente, esta etapa cronológica correspondería al inicio de la Edad del Cobre y se busca su parangón entre los estratos Vb y Va del próximo yacimiento de Los Castillejos en Montefrío (ARRIBAS, 1976) y el estrato I del

Cerro de la Virgen en Orce (SCHÜLE y PELLICER, 1966).

Fase II

Viene definida por los niveles considerados como típicamente campaniformes, en función de los ajuares asociados, cuya caracterización tipológica conduce a establecer dos momentos de distinta configuración material en la que se intuye una superposición conológica: uno, presumiblemente más antiguo, que correspondería al campaniforme marítimo y otro que se adscribe al ámbito Carmona-Ciempozuelos-Palmela. En el conjunto material asociado a estos enterramientos se incluyen algunos fragmentos de platos, los botones de marfil con perforación en V, un brazalete de arquero, varias puntas de Palmela, un puñal de lengüeta, una sierra de cobre, una pieza ósea interpretada como un repartidor de cuentas de collar, varios punzones de cobre de sección rómbica y algunos otros elementos de aderezo personal entre los que destacan varias cuentas de oro.

Fase III

Contiene los enterramientos más modernos, quedando ampliamente representado un período de aculturación argárica si consideramos la presencia de materiales característicos de este horizonte tales como los fragmentos cerámicos carenados pertenecientes a tulipas. Otros elementos completan este cuadro tipológico destacando diversas cuentas de collar, anillos de plata, brazaletes y anillos de cobre, un punta de cobre con aletas y pedúnculo, etc. Es preciso señalar que en la configuración artefactual de este entorno argárico podrían tener cabida algunos de los materiales incluidos en la fase anterior, como por ejemplo los objetos de oro, las puntas de cobre, los botones de marfil, el brazalete de arquero, etc.

Como se indicaba anteriormente, el substrato prehistórico se ha visto parcialmente afectado en sus niveles superiores por la deposición de materiales de clara filiación tardorromana, como son algunos fragmentos de vidrio que incitan a pensar en una última utilización del lugar en esta época para la práctica de enterramientos.

c) Aspectos rituales

Según ha quedado descrito en este último apartado, nos encontramos ante una cueva sepulcral con enterramientos colectivos de la Edad del Cobre que se continúa utilizando durante la Edad del Bronce. A tenor de todos los indicios, y salvando los problemas interpretativos que venimos aduciendo por el estado del yacimiento, han podido conocerse algunos de los rituales funerarios entre los que, al parecer, sólo se llevó a cabo la inhumación como única forma de enterramiento, descartándose la práctica incineratoria. Los individuos eran depositados en el interior de la cueva, guardando por lo general una posición de decúbito lateral flexionado, cuya orientación y plano deposicional, derecho o izquierdo, se amoldaba a la propia configuración natural del recinto y no a patrones predeterminados. Junto a ellos se depositaron una serie de ajuares, particularmente convencionales durante la Iª fase, consistentes en vasijas asociadas siempre a cuchillos de sílex. En algún caso estas láminas aparecían en el interior de los vasos, acompañadas por falanges de grandes bóvidos a las que se ha venido atribuyendo la función de ídolos. Posteriormente todo el conjunto era cubierto con grandes piedras. Las inhumaciones posteriores seguían el mismo proceso, siendo necesaria una mínima preparación del lugar despejando un sector de la cueva mediante el hacinamiento de los restos más antiguos contra el fondo del recinto. No es descartable, incluso, la idea de que en más de una ocasión fuesen reaprovechados en buena medida los ajuares de enterramientos anteriores.

Sea como fuere el ritual concreto llevado a cabo, y al margen del plano especulativo que sobre este particular sigue existiendo, es de especial interés para la definición del panorama cultural que representa esta época en nuestra región constatar el hecho de que los enterramientos colectivos sobrevivieron frente a los nuevos rituales individuales de las "gentes campaniformes" o de la Cultura del Argar. Nuevas modas, en definitiva, que estas culturas llevarían consigo, principalmente a partir de la IIª fase campaniforme y durante todo el Argar, hecho éste que muy bien podría conducirnos a suponer la existencia de un fuerte conservadurismo entre las poblaciones megalíticas de la Península, y concretamente de la provincia de Granada, con el consiguiente recelo a modificar tradiciones ancestrales. El fenómeno, en su conjunto, habría que considerarlo en función del fuerte substrato neolítico existente en la provincia, sobre el que tuvo incidencia el potente factor aculturador argárico. De este modo convivirán en el mismo panorama los nuevos materiales que conforman un elenco artefactual ya característico, junto con una

variedad de usos funerarios en necrópolis megalíticas, otras veces en necrópolis de cistas apartadas de los poblados y, finalmente, en el subsuelo de las propias unidades de habitación. Todo conduce a pensar, en definitiva, que, tanto los rituales de enterramiento como la variopinta tipología de sepulturas que se deja notar en determinadas regiones de esta provincia, particularmente desde el Campaniforme, responden a la pervivencia de una fuerte tradición megalítica con enterramientos colectivos, además de definir a esta región como área perteneciente al hinterland de importantes núcleos culturales como el almeriense, irradiadores de nuevos ritos cuya capacidad de incidencia en estos ambientes más lejanos llegará ya ostensiblemente debilitada.

En otro sentido, ha sido valorada esta pervivencia de tradiciones como argumento demostrativo de la antigüedad del poblado de El Manzanil, que viene a situarse, de esta forma, en un momento Pre-campaniforme. Es posible, en efecto, que estos enterramientos estén en relación con dicho poblado, conocido mediante una amplia muestra de material recogido en superficie (FRESNEDA, 1980). A este respecto, y como ha podido comprobarse mediante la documentación aportada en el epigrafe anterior, el estudio realizado sobre el mismo viene a confirmar la existencia de un hábitat continuado desde antes de la Edad del Cobre hasta la Edad del Bronce con influencias argáricas.

d) Estudio tipológico de los materiales

La cerámica

El conjunto, en su totalidad, ha sido clasificado en dos grupos atendiendo a la existencia o no de decoración en su superficie.

Cerámica decorada

Sólo han sido inventariados dos vasos campaniformes y un cuenco con dos mamelones. El primer ejemplar es un cuenco campaniforme de casquete esférico y ónfalo simple en la base. Su decoración se desarrolla en la mitad superior de la superficie externa, iniciándose cerca del borde una serie de seis bandas separadas por otras tantas finas incisiones horizontales paralelas realizadas con un punzón de punta roma. Estas bandas presentan un grosor distinto reduciendo su

tamaño desde abajo hacia arriba. Sólo la segunda de ellas presenta decoración, consistente en un fino reticulado inciso. En el extremo inferior una línea en zig-zag, igualmente incisa, parte de la última banda y da lugar a una sucesión de triángulos lisos. Las incisiones conservan su original relleno de pasta blanca. El resto de la superficie, de color gris oscuro, presenta un simple tratamiento de alisado.

En el segundo caso se trata de un vaso del tipo marítimo, con una decoración repetitiva a base de bandas puntilladas en sentido oblicuo alternándose con otras lisas cuyos campos aparecen delimitados por una incisión continua en sus bordes superior e inferior. La decoración se presenta, por tanto, con gran uniformidad, tanto en los motivos como en la disposición de los mismos por toda la superficie. En todos los casos de incisión o puntillado se conservan, como en el caso anterior, restos visibles de relleno a base de pasta blanca, mientras que el resto de la superficie presenta restos de bruñido.

Finalmente, un cuenco globular, ligeramente achatado, de paredes entrantes a partir de su zona media, cierra este primer grupo. Su inclusión entre las formas decoradas viene justificada por la presencia de dos protuberancias o bullones, localizados cerca del borde y escasamente separados entre sí (unos 10 mm aproximadamente). El resto de la superficie es alisada y presenta una coloración rojiza con manchas negras.

Es relativamente fácil hacer un seguimiento tipológico de los dos modelos campaniformes descritos en un amplio contexto a nivel peninsular. Por lo que se refiere al cuenco con ónfalo, su decoración incisa, alternando las bandas lisas con motivos reticulados y triángulos, corresponde a un tipo de campaniforme bien definido en la Submeseta Norte (DELIBES, 1977), así como en los sepulcros portugueses de la desembocadura del Tajo (VEIGA, 1966). Especialmente cercanos a éste de la Covacha podrían considerarse los fragmentos de la Gruta 1 de Palmela (Portugal) (LEISNER *et al.*, 1961), Llanc de la Atalaya (LEISNER, 1943), Los Millares (ALMAGRO y ARRIBAS, 1963) Cerro de la Virgen (SCHÜLE y PELLICER, 1966).

El vaso de estilo marítimo, con su clásica alternancia de bandas puntilladas y lisas, puede rastrearse dentro y fuera de la Península (CLARKE, 1970; RIQUET *et al.*, 1963; BUTLER y VAN DER WAALS, 1966; HAYEK, 1966; NEUSTUPNY, 1976; VEIGA, 1966; HARRISON, 1977), reproduciendo un repertorio decorativo que admite ligeras variantes mediante trazos oblicuos puntillados en la misma dirección o alternando. Su destacada expansión por el territorio peninsular es tradicionalmente conocida, aunque manifiestan especial afinidad con nuestro tipo

los procedentes de Carenque (HELENO, 1933), Palmela (LEISNER *et al.*, 1961), Vila Nova de Sao Pedro (PAÇO, 1964), Tholos de Agualva y Trigache (VEIGA, 1953; RIBEIRO *et al.*, 1961), Areneros de Miguel Ruíz (LORIANA, 1942) y Puente de García Rodríguez (PERICOT, 1927; LÓPEZ CUEVILLAS y BOUZA, 1931). Los paralelos más cercanos geográficamente se encuentran en las Peñas de los Gitanos de Montefrío (ARRIBAS, 1976) y el fragmento procedente de la sepultura 30B del Cerro de la Virgen en Orce (SCHÜLE y PELLICER, 1966), sin olvidar las referencias de Millares XI (ALMAGRO y ARRIBAS, 1963) y Llano de la Atalaya 6 (LEISNER, 1943).

Por lo que respecta al cuenco con decoración simbólica, constituye un tipo bastante frecuente entre los ajuares funerarios de los ambientes megalíticos de Andalucía; el conjunto Millares 16 podría ser un ejemplo significativo (LEISNER, 1943), donde, incluso, puede verse asociado a materiales semejantes a los de la Covacha (botones con apéndice y punzones de sección romboidal). En su conjunto, este tipo de cerámica vendría a encajar, junto con ajuares semejantes y determinados ídolos con la misma decoración, en una fase Pre-Campaniforme identificable con Millares I.

Cerámica lisa

Un primer y nutrido conjunto lo constituyen los cuencos, con una configuración generalmente semiesférica y bordes entrantes. Por lo común, estos tipos corresponden a cerámicas de superficies alisadas, con pastas claras, grueso desgrasante y cocciones irregulares como lo demuestran las frecuentes manchas oscuras de los exteriores. Saliéndose de esta tónica, los vasos carenados de los ajuares más tardíos ofrecen mayor calidad general, tanto en sus pastas menos groseras como en el bruñido aplicado a las superficies. No aportan nada relevante en el complejo local en que nos centramos, siendo ya característicos de la región en el período argárico (CARRASCO y GÁMIZ, 1983).

Por lo que respecta al grupo de los cuencos, y teniendo en cuenta su relativa homogeneidad, cabe hacer especial mención de un tipo piriforme, evocador de formas muy antiguas entre los ajuares de los complejos megalíticos de Andalucía Oriental (LEISNER, 1943; SÁNCHEZ DEL CORRAL y ARRIBAS, 1969; ALMAGRO y ARRIBAS, 1963), y otro con ónfalo, similar al campaniforme descrito anteriormente. Debemos considerar, por otra parte, que este tipo en concreto, que podría asimilarse a un momento tardío de esta Cultura, suele aparecer con cierta frecuencia entre los ajuares meseteños asociados al complejo Ciempozuelos

(DELIBES, 1977) y en el Valle del Guadalquivir (BUBNER, 1981).

Un segundo apartado lo constituyen las formas que en su día fueron clasificadas como fuentes y platos, cuyas numerosas similitudes recibieron, no obstante, las pertinentes matizaciones tipológicas como para que sus investigadores distinguiesen entonces estos dos subgrupos. Es común, en casi todos ellos, un gran diámetro así como una superficie exterior grosera y un interior alisado, aunque a veces se den tratamientos similares en ambos lados. A diferencia de lo que ocurre en otros conjuntos cercanos, como los procedentes del Cerro de los Infantes (Pinos Puente) o Los Castillejos (Montefrío), no aparecen los bruñidos y espatulados. Reproducen una tipología diversa en la que conviven formas simples con paredes que se revelan como una continuación del fondo al incurvarse hacia arriba, bordes lobulados, aplanados, biselados, de paredes altas, cortas con carena, etc. Por su parte, las formas de paredes altas, fondos aplanados y profundos, gozan de amplia representación por toda Andalucía, si bien es el Bajo Guadalquivir el ámbito con mejores referencias en yacimientos como Valencina (RUÍZ MATA, 1975) o Zarcita (CERDÁN y LEISNER, 1974), amén de algunos sectores de Andalucía Oriental, entre los que podrían citarse Los Millares (ALMAGRO y ARRIBAS, 1963), Peña del Hierro (Benamargosa, Málaga) (ARTEAGA, 1974), y la necrópolis de Los Patos en Cástulo (Linares, Jaén) (BLÁZQUEZ, 1975). En Granada siguen ofreciendo especial interés para nosotros, por razones obvias de cercanía, los fragmentos procedentes de Montefrío (ARRIBAS, 1976, p.145).

Los platos encuentran su desarrollo en un momento antiguo del Cobre, adquiriendo indudables connotaciones que ponen de manifiesto una vez más la pervivencia de indelebles tradiciones neolíticas fuertemente arraigadas en la zona. Este hecho ha venido produciendo algunas versiones interpretativas, ahora superadas, que inicialmente los situaban en un estadio Neolítico Final-Principios del Cobre. Así fueron admitidos en su día en los estudios zonales insertos en estratigrafías como la de la Covacha o Montefrío donde iniciaban su aparición en los estratos VA y VB, interpretados como de transición al Eneolítico, en los que también figuraban ya algunos fragmentos de campaniforme marítimo.

El metal

El conjunto es altamente variado en tipos y materia prima utilizada. Una buena

representación de objetos de cobre y algunos de oro y plata se reparten por los diversos ajuares documentados. De entre ellos han merecido especial consideración, como veremos seguidamente, la serie de puntas clasificadas como del tipo Palmela, evolucionadas de estos prototipos portugueses según algunos investigadores (CARRILERO, 1992), de pedicelo largo y muy estilizadas. Una de ellas apunta hacia una tipología argárica, con largo pedúnculo y aletas (BLANCE, 1971), mientras otro ejemplar presenta una sierra lateral y resulta complejo buscar un paralelo certero.

Finalmente, referiremos el caso de un puñal de lengüeta del que se mantienen dudas razonables sobre su posible interpretación como apéndice-prolongación de una hoja pseudotriangular con un solo filo de corte cóncavo. A estos tipos se unen una decena de punzones de cobre de sección romboidal y cuadrangular, aretes de plata y cobre, uno de oro, brazaletes de cobre y dos cuentas de oro.

Los objetos de oro corresponden a dos cuentas de fina elaboración a partir de láminas y un arete abierto de extremos afilados. No se asegura su posición exacta en la estratigrafía de la Covacha y, pese a ser el Campaniforme el período presumiblemente más prolijo en este tipo de objetos, la existencia del oro trabajado goza de cierta tradición peninsular en ambientes anteriores, por lo que su tipología bien pudiera encajar en cualquiera de los momentos descritos en la secuencia. Un buen ejemplo de ello lo tendríamos en la provincia de Granada, en los estratos inferiores del Cerro de la Virgen (SCHÜLE, 1969a) y, más discutiblemente, en la Cueva de los Murciélagos (Albuñol, Granada) (GÓNGORA, 1868), cuya conocida diadema no encuentra una filiación segura, si bien su propio contexto pueda guardar el beneficio de la duda ya que no se ha demostrado que pueda ser más moderna.

Durante el Campaniforme es bastante frecuente constatar su uso, existiendo abundantes ejemplos que lo documentan por un amplio espectro geográfico andaluz, extremeño y portugués. Un breve repaso, meramente ilustrativo, sobre el particular, nos acerca a yacimientos del SE. como el de la Loma de Belmonte 1 (Almería) (LEISNER, 1943), el Bajo Guadalquivir, con los ejemplos de Matarrubilla (COLLANTES, 1969), Cañada Honda y Cañada del Carrascal (LEISNER, 1943), y una significativa muestra repartida por el extenso territorio que media entre la desembocadura del Tajo, Extremadura y el Algarve portugués: Palmela (LEISNER *et al.*, 1961), Emergeira (HELENO, 1943), Cova do Moura (BELO *et al.*, 1961), Sao Pedro de Estoril (LEISNER *et al.*, 1964), Alcalá IV y XI (LEISNER, 1943), etc. De la zona situada al sur del Guadalquivir destacan algunas laminillas decoradas con motivos campaniformes procedentes de

la región de Los Algarbes (Tarifa) (POSAC, 1975).

En épocas posteriores es sobradamente conocido este metal, siendo frecuente encontrarlo en las diversas fases argáricas como lo demuestran los hallazgos de Fuente Alamo y El Oficio (SIRET, 1890), las cistas de Montilla (CABRÉ, 1915-1920) y Cehegín (CARRIAZO, 1947; MALUQUER, 1960), el Argar (SIRET, 1890) y las necrópolis de Algorfa y San Antonio de Orihuela en la provincia de Alicante (FURGÚS, 1937). En la Provincia de Granada se cuentan manifestaciones similares en el Cerro de la Virgen, asociado en un caso a un puñal de remaches que se considera relativamente antiguo y, por otra parte, en una sepultura de suelo pétreo adscrita a una de las fases más antiguas de los niveles argáricos, en la que aparecieron dos grandes aretes de tres vueltas y extremos sueltos. Otras necrópolis de la provincia acusan igualmente ejemplos similares, como el caso de la fosa núm. 31 de la necrópolis de la Cuesta del Negro de Purullena, considerada dentro de un Argar B antiguo (MOLINA *et al.*, 1975), o la sepultura del Cerro de la Encina en Monachil (ARRIBAS *et al.*, 1974).

La plata es otro de los metales que tienen presencia en la Covacha, aunque lo hace de forma tímida con tan solo tres piezas: un arete o anillo y dos láminas enrolladas. De forma semejante al oro, la plata es bien conocida en época argárica, período en el que alcanza una gran difusión, vinculada, al parecer de forma especial, a rituales funerarios femeninos (CARRASCO, 1976, p. 451). Aunque ha sido sostenida la idea de que es en este período cuando la metalurgia de la plata alcanza su cenit dentro de la dinámica metalúrgica desarrollada por la Cultura Argárica, y más concretamente en su fase B (BLANCE, 1971), se sugiere también que ya era practicada de alguna manera desde el Neolítico y Edad del Cobre. Algunos autores llegaron a afirmar, incluso, que su manipulación debió ser altamente compleja, dado que su presentación poco corriente en estado de cloruro obligaría al uso de potentes hornos capaces de desarrollar temperaturas de fusión con umbrales muy altos (950,5° C para la plata), posiblemente del mismo tipo de los estudiados en Almizaraque por D. Juan Cuadrado (CUADRADO, 1947). Una vez fundido el metal culminaría el proceso con el empleo de crisoles o moldes para la obtención de las formas deseadas.

No obstante, es la metalurgia del cobre la más representativa de las practicadas por estas comunidades, siendo además la que mejor se manifiesta en este yacimiento, no sólo por cuanto a número de piezas se refiere sino también por su variedad. Esta pluralidad artefactual se refleja en un conjunto compuesto por una serie de puntas de flecha y venablos de diferente configuración de hoja y pedúnculo (triangulares, foliáceas, de pedúnculo largo o corto, etc.), un

buen surtido de punzones de diversos tamaños y grosores entre los que se alternan secciones redondeadas, ovaladas, romboidales, cuadradas y rectangulares, un pequeño puñal de hoja triangular y larga lengüeta, una hoja foliácea con uno de sus extremos dentado, y una amplia muestra de aros y brazaletes elaborados a partir de hilos y láminas más o menos enrollados, de extremos libres o superpuestos. El grado de conservación de estos últimos es muy diverso y en buen número de casos, sobre todo con las piezas mayores realizadas a partir de láminas, sólo se cuentan con fragmentos que esbozan ligeramente la fisonomía de la pieza.

Es destacable, de forma particular, la sierra sobre hoja foliácea, corto pedúnculo y sección con engrosamiento central, que puede considerarse un tanto atípica en el conjunto de piezas metálicas dentadas, generalmente realizadas a modo de cuchillos sobre láminas finas, algunos con lengüeta de empuñadura bien diferenciada. En función de estas características, el ejemplar de la Covacha ha sido interpretado como posible punta de dardo o lanza, descartándose su uso como cuchillo. Una breve referencia a paralelos posibles con esta pieza nos lleva a recordar la abundante serie de cuchillos dentados aparecidos por un amplio sector del Sur y Oeste peninsular. En buen número se cuentan por ejemplo, entre los conjuntos materiales de Los Millares, Almizaraque y Laborcillas, así como en cuevas artificiales en los Marroquíes Altos II (LUCAS, 1968). En Portugal están documentados en Alcalá III y Monte Velho (LEISNER, 1943), Chibanes (MARQUES, 1906) y Vila Nova de Sao Pedro (PAÇO y SANGMEISTER, 1956). Con posterioridad, tienen asimismo representación en las necrópolis argáricas de el Argar, Ifre y El Oficio (SIRET, 1890).

Una serie de puntas foliáceas se encuentran asociadas a esta sierra, con un tamaño que las aleja de las puntas de flecha típicas y una tipología próxima a las formas de Palmela, cuya amplia dispersión geográfica ha venido siendo atestiguada, por regla general, en ajuares campaniformes y argáricos. La ambigüedad cronológica de que pueden ser objeto, en principio, no es obstáculo para que se les suponga, incluso, una existencia desde un momento Pre-Campaniforme.

Por lo que respecta a los punzones, ya hemos comentado la gran variedad de tipos existente en cuanto a secciones y tamaño de las piezas. Sólo añadiremos al respecto, que existe un predominio de los de sección rómbica, resultando llamativo el excelente estado de conservación de algunos. Fijar referencias sobre este tipo en la Península no resulta muy complejo, existiendo una buena representación en los Millares, donde se asocia a las sepulturas que la terminología al uso definió como "antiguas". En ocasiones se han documentado formas

mixtas de sección romboidal-circular, como el caso de los Eriales 21, asociado a un puñal de lengüeta y una punta tipo Palmela. Una selección de los abundantes casos asimilables a este tipo, destacando los que ofrecen un contexto cultural similar al de la Covacha, nos acerca a la cueva alavesa de Gobaederra (APELLÁNIZ *et al.*, 1967). En el SE. se pueden inscribir en una cronología antigua que corresponda al horizonte Millares I.

Otros materiales han sido asimilados, en conjunto, al mundo argárico, a pesar de que, en algún caso, ofrecen una presencia muy generalizada a nivel peninsular y ciertas dificultades para su ubicación cronológica. Es el problema que presenta una punta de flecha, catalogada en el estudio original de la Covacha con el número 66, de hoja triangular con aletas pronunciadas y largo pedúnculo rectangular. Por su parte, los aretes y pulseras reflejan más claramente su presencia en los rituales argáricos y, por lo tanto, contribuyen a definir los ingredientes característicos de esta Cultura en el yacimiento.

Finalmente, trataremos el caso del pequeño puñal de lengüeta, objeto de especulaciones sobre su posible configuración como apéndice trapezoidal, prolongación de una hoja pseudotriangular con un solo filo de corte ligeramente curvado. No resulta extraño este tipo en los ambientes campaniformes dentro y fuera de la Península y, aunque es difícil establecer una cronología que dirima su mayor o menor antigüedad respecto a los puñales de superior tamaño, existen referencias puntuales acerca de pequeños puñales de forma losángica, más antiguos que los puñales largos que van asociados a los campaniformes tipo Ciempozuelos (GUILAINE, 1967). El ejemplar de la Covacha no deja de ser un caso algo peculiar por la aparente confrontación que presentan sus caracteres formales y los tipos cerámicos catalogados en el yacimiento. Un tipo muy similar ya fue documentado en la Gruta 1 de Sao Pedro de Estoril (LEISNER *et al.*, 1964), con una asociación a un ejemplar campaniforme tardío con ónfalo. Sería éste el caso que nos ocupa, si tuviésemos en cuenta el conjunto cerámico campaniforme que aparece en la Covacha. No obstante, los investigadores del conjunto sepulcral apelan al contexto en el que apareció este artefacto y a su configuración primitiva para no aventurar una cronología tan tardía.

La industria lítica

Predomina en el conjunto la industria laminar, siendo especialmente destacable el grupo

de grandes cuchillos de sílex, con y sin retoques, de diferentes calidades en su talla. Como quiera que los paralelos de estos tipos son muy numerosos, dada la enorme dispersión geográfica con que gozan por todo el Sur peninsular, sólo destacaremos los más afines a los aparecidos en la Covacha, así como los que cuentan con un contexto material similar.

Comenzando por los más cercanos, son de especial consideración los recuperados en Fonelas, La Sabina y Castellones. El núcleo del SE. los ha visto aparecer frecuentemente en los Millares, Loma de Almanzora, Rambla de Huéchar, Campo de Mojácar o Pernera I, por citar algunos de los depósitos más nutridos. Más hacia el Oeste, las tierras del interior malagueño ofrecen un buen exponente en la necrópolis antequerana de Alcaide II y VII (GIMÉNEZ REINA, 1946 y 1952), mientras que el área del Estrecho nos presenta nuevamente a Tarifa (POSAC, 1975) como punto referencial. En el SW. encontramos ejemplares en Gandul, Tumba del Pedrejón, Campo Real y sepultura nº 1 de Acebuchal (BONSOR, 1899), y Zarcita (CERDÁN y LEISNER, 1974). Esta zona conecta, además, con el Algarve portugués y puede extenderse incluso hacia el Norte, donde la desembocadura del Tajo (VEIGA, 1966) ofrece buenos ejemplos.

Respecto a la determinación cronológica de estas grandes piezas hemos de decir que aún se mantiene cierta indecisión en definir un margen más o menos preciso dentro de las secuencias locales a las que se asimilan. Generalmente se ha echado mano de vinculaciones a conjuntos materiales definidos, como ocurre en la provincia de Granada, donde su asociación a cerámicas decoradas pertenecientes a un Neolítico de Cuevas ha inducido a considerar un origen en un Neolítico Final-principios del Cobre. Teniendo en cuenta los aspectos tipológicos del material cerámico y el perfil secuencial de nuestro yacimiento lojeño, es nuevamente válido hablar de un desarrollo de ciertas características materiales durante las primeras etapas del Cobre, manteniendo vivas las tradiciones de un pasado que aún muestra su epílogo en una diversidad de aspectos que afectan al terreno tecnológico, ritual, subsistencial, etc.

Otros elementos laminares de menor tamaño tienen también marcada representatividad en los ámbitos megalíticos y campaniformes. Es el caso de una cuchilla del mismo material que el resto de la industria, similar a una procedente de Palmela, y otra pequeña lámina que ha recibido la consideración de cuchillo raspador a tenor de los retoques marginales que presenta por uno de sus filos, con paralelos claros en el dolmen 4 de Pozuelo (CERDÁN y LEISNER, 1974) y en la cueva sepulcral de Alcántara (BERDICHEWSKY, 1964).

Completando el elenco artefactual, los elementos dentados, o bien "sierras",

también están representados y es conocida su enorme abundancia a lo largo de toda la Edad del Cobre, estando claramente asociados a la actividad agrícola de estas poblaciones como lo demuestra la característica pátina que le procura el corte del cereal y que conservan algunos ejemplares.

En relación con una placa de arquero de cuarcita rojiza y dos perforaciones oblicuas en sus extremos, también hemos de mantener la tradicional adscripción a la Cultura Campaniforme, que los presenta asiduamente por toda Europa en sus conjuntos sepulcrales, así como durante la Epoca Argárica, con amplia representación en el SE. Otros ejemplos de pulimento los ofrecen dos piezas clásicas dentro de estos conjuntos, una azuela y una hachita de basalto, cuyo único punto de comentario radicaría en la especificación de su carácter votivo dadas sus características formales y tamaño.

Otros materiales: marfil, hueso y concha

De marfil aparecieron tres botones de tipología diferente, fragmentos de una ajorca y un pequeño colgante. En general, los botones ofrecen una tipología conocida en los ajueres campaniformes e, incluso, en sepulturas argáricas. Es el caso de un botón cónico con perforación en V en el centro, ligeramente exfoliado en su superficie, que se repite con frecuencia en los ámbitos antes citados. Igual consideración merece otro ejemplar, de base rectangular, cuerpo piramidal y vértice redondeado, asimismo con una perforación en V. Se trata de un tipo corriente en los conjuntos ajuáricos campaniformes, pudiéndose hacer mención en nuestro caso concreto de una serie de yacimientos cercanos que los han ofrecido entre sus equipos materiales: Cerro de la Virgen, Eriales, Peñuelas, etc. Fuera de nuestra región existen también amplias representaciones de estos objetos, si bien existen zonas especialmente tradicionales en este tipo de materiales, como es el caso de Cataluña, mientras en otras, como el área portuguesa que venimos considerando, resultan más extraños (BERDICHEWSKY, 1964).

Sin embargo, es de especial interés un botón circular, de superficie exterior ligeramente convexa y parte interior algo cóncava, que presenta un apéndice posterior perforado transversalmente. Este último elemento ha sido, probablemente, elaborado mediante el rebaje de la superficie interior con un material cortante, una sierra o similar, que dejó restos de rebabas en

torno al apéndice de forma pseudorectangular. Lo interesante de la pieza es, sin duda, su originalidad, existiendo pocos paralelos peninsulares. Un acercamiento a este tipo lleva a considerar los cuatro ejemplares aparecidos en las sepulturas 16 y 18 de los Millares. En el primer caso, dos botones, elaborados en hueso y caliza, estaban asociados a punzones de sección romboidal y un vaso con decoración simbólica.

El segundo enterramiento ofrecía otras dos piezas similares, esta vez realizadas en piedra de iguales características que los anteriores, caliza o alabastro, asociados a su vez a un campaniforme del tipo Marítimo. La interpretación que se ha dado de ellos es que, probablemente, deriven de los prototipos en marfil, importados posiblemente de Africa o el Próximo Oriente en un momento pre-campaniforme. Paralelos extrapeninsulares existen en Tarsus y Alicar Hüyük (MÜLLER-KARPE, 1974), aunque estos ejemplos ofrecen un tratamiento decorativo en su superficie.

Otra pieza poco corriente es una cuenta cónica de base estrecha, cuyo aspecto y configuración general recuerda a un premolar humano con la corona rebajada y pulida. Tiene una perforación circular y transversal cerca de su vértice, por lo que se le ha conferido una función de colgante. La rareza de su morfología dentro del elenco suntuario de estos ajuares ha ofrecido referencias posteriores, de época argárica, aunque con ligeras diferencias en su diseño. Los investigadores de la Covacha mencionan, a este respecto, una cuenta parecida encontrada en la sepultura número 12 del Argar, si bien ésta tiene la perforación más centrada en la pieza.

Por lo que respecta a los tres fragmentos de brazaletes, con la cara interior plana y exterior ligeramente redondeado, ofrecen una factura que, en líneas generales, recuerda a las piezas recuperadas en otros yacimientos granadinos próximos a la zona: Cerro de los Infantes (Pinos Puente) y Cerro de la Encina (Monachil). En el ámbito meseteño ha sido documentado este tipo dentro de un contexto funerario campaniforme, si bien E. Sangmeister llegó a conferirle un posible origen centroeuropeo.

El material de hueso está compuesto por una serie de fragmentos de huesos largos de animales domésticos, entre los que se cuentan tres trozos de tibia de ovicáprido con evidentes signos de trabajo en sus superficies pulimentadas, un húmero de cerdo muy joven, perforado en una de sus hipófisis, cuatro falanges de ciervo y una pieza prismática con doce perforaciones obtenida de un hueso largo (posiblemente de bóvido) que reviste un interés especial como posible elemento de un elaborado collar de varias vueltas.

Las falanges pertenecen a dos ciervos y no presentan ninguna decoración.

Presumiblemente fueron utilizadas como ídolos, atendiendo a una tradición ya mantenida en los rituales funerarios durante todo el Eneolítico y perdurable hasta el Argar. Su difusión por el SE es conocida, existiendo especial presencia de los mismos en diversas sepulturas de los Millares y en otros yacimientos como Mojácar, Gádor, Tabernas y Nijar (LEISNER, 1943). Los de la Covacha aparecen entre los enterramientos más antiguos, encontrándose paralelos granadinos en Fonelas, Gor y Gabiarra.

La pieza más interesante es, sin embargo, el separador de vueltas de collar a que antes se aludía, elaborado sobre un fragmento alargado de unos 63 mm de la diáfisis de un bóvido, con los filos ligeramente alisados y perforaciones transversales de unos 2 mm de diámetro a todo lo largo del mismo. Estos orificios circulares presentan una alineación irregular, aunque siguen un mismo eje.

Si nos atenemos a su posible funcionalidad, la búsqueda de paralelos para esta pieza no resulta fácil, aunque podría estar en la línea de los objetos de marfil hallados en enterramientos megalíticos peninsulares como el dolmen de Matarrubilla (COLLANTES, 1969) o, más vinculado al ámbito occidental, el extremeño de Lácara (Mérida) (ALMAGRO BASCH, 1959). La identidad de estos ejemplos con respecto al de Loja no se da, no obstante, de una forma exacta si atendemos a la configuración general del objeto, al tamaño y a la orientación de los taladros. Por otra parte, los denominados brazaletes de arquero de forma prismática, encontrados en la ya citada necrópolis de Los Algarbes (Tarifa), podrían constituir los paralelos más cercanos, atendiendo además a las similitudes que brinda el propio contexto material del que formaban parte: grandes cuchillos de sílex, platos, piezas de oro con decoración campaniforme, etc.

Fuera de la Península se encuentran, en cambio, paralelos idénticos vinculados a expresiones regionales de la cultura eslovaca de Unetice, más concretamente englobados en la facies sudoccidental que representa la Cultura de Nitra (MÜLLER-KARPE, 1974, Lám.522, C14, 15 y 16, E4, 6, 15, 16, 17) en necrópolis como Vycapy, Opatovce y Abraham, fechadas en torno al II Milenio a.C (GIMBUTAS, 1965). También en el ámbito egeo son reconocidos, aunque realizados en metal (oro) y de estructura algo diferente en su sección (más achatada) y disposición de las perforaciones a lo largo de la pieza. Son los "Hair-Pendant Bars", laminillas prismáticas fechadas hacia el 2.300 a.C. (LLOYD, 1963), dentro de las estaciones Troya II G, y Poliochni V (Lemnos) (BRANIGAN, 1974).

De las conchas utilizadas como abalorios mencionaremos un conjunto de cinco cuentas

elaboradas a partir de conchas fósiles de *Dentalium*, de distintos tamaños y diámetro de perforación, además de otras nueve, del tipo *comus* y *linnea*, perforadas igualmente y, al parecer, integrantes de una misma pieza (probablemente un collar). La habitual presencia de estos elementos desde época neolítica y en los mismos complejos secuenciales que venimos analizando les confiere un carácter tan familiar dentro de estos conjuntos rituales que no incidiremos en ello más que para evocar, una vez más, la variedad y riqueza de estos ajueres en una expresión de convivencia clara entre tradiciones locales y nuevas modas con moderada implantación entre estas comunidades.

e) Consideraciones finales

A tenor de lo expuesto en este capítulo, puede concluirse que la Covacha de la Presa fue utilizada como sepulcro colectivo, claramente asociado al cercano poblado de El Manzanil. Este conjunto artefactual puede relacionarse perfectamente con los materiales extraídos en la limpieza de la cueva; por su interés en el establecimiento del perfil secuencial del depósito, son destacables las cerámicas campaniformes del tipo Palmella-Carmona-Ciempozuelos y el conjunto de platos y fuentes que marcan el nivel antiguo del yacimiento, de los que se encuentran paralelos estratigrafiados en el cercano poblado de Los Castillejos de Montefrío.

Del análisis global efectuado sobre el utillaje lítico recuperado en la zona, en el que abundan tipos laminares de sílex de gran variedad y especialización (es notable por ejemplo la cantidad de sierras, dientes de hoz, etc.), se deduce una economía agrícola con fuerte arraigo y desarrollo en un territorio que cuenta con las condiciones idóneas. Una tupida red hidrográfica, la riqueza en manantiales y la bondad del suelo en plena vega aluvial, son algunos de los ingredientes que convierten a este paraje en una de las principales áreas de asentamiento prehistórico en la comarca. Un somero análisis de los indicativos ecológicos con los que se cuenta, por ahora sólo los estudios faunísticos, nos revelan la existencia de un medio natural fuertemente irrigado, poblado de grandes bosques-galería en las tierras bajas a partir de las cuales comenzaría el reino del bosque mediterráneo. En esta masa forestal encontraría su refugio una variopinta fauna salvaje de especies menores como el conejo, la liebre, la jineta y otros mustélidos, además de herbívoros de mayor talla como el jabalí o el ciervo. Su presencia entre los restos

recuperados en la Covacha hace pensar en la gran importancia que debió tener la caza como actividad complementaria en la dieta alimentaria aportada por la agricultura de regadío y la cría doméstica de ovicápridos, bóvidos y súidos.

Por lo que se refiere al tipo racial constitutivo de estas poblaciones, se cuenta con una excelente muestra en los restos exhumados de este enterramiento colectivo, en un número no inferior a 68 individuos. Del estudio de sus características morfológicas se desprende un predominio numérico del tipo mediterráneo grácil, en consonancia con la panorámica general del substrato básico de las poblaciones prehistóricas y actuales circunmediterráneas.

La presencia de este yacimiento campaniforme en la Vega de Granada reviste una significación especial, por cuanto supone una importante estación de paso entre los círculos del Bajo Guadalquivir y Portugal, el surco intrabético, el Alto Guadalquivir y el SE. Es evidente, desde esta perspectiva, que un asentamiento como éste, localizado en las orillas del río Genil en un paso natural que abre el único acceso cómodo hacia las tierras altas granadinas, debió cumplir un papel excepcional en las comunicaciones entre estas comunidades que preferirían seguir en sus deambulaciones comerciales los caminos fáciles de las marismas y campiñas, sobre todo a través de los grandes cursos de la red bética: Guadiana Menor, Guadalimar y Genil. Estos mecanismos darían como resultado un diverso panorama de asentamientos, llegando, incluso, a producirse una fusión con las poblaciones ya establecidas en lugares como el Manzanil. La posición particular de este yacimiento hace pensar, por otra parte, que estaría dentro de la órbita cultural del Bajo Guadalquivir, aunque las características de los materiales estudiados hacen suponer la existencia de poderosas influencias procedentes del círculo sudoriental. La identidad de ciertos ajuares de la Covacha con algunos de los Millares son vivo reflejo de esta realidad.

La Iª Fase de la Covacha mantiene, pues, estrecha correspondencia con el momento millarense que marcaría los inicios de la Edad del Cobre y que correspondería con la aparición de los tholoi y cuevas artificiales. Un momento, por tanto, pre-campaniforme claramente diferenciado, a su vez, de las últimas manifestaciones neolíticas de la zona. El enterramiento lojeño quedaría así encuadrado en sus inicios con una clara vinculación al ritual colectivo en cuevas artificiales, en evidente consonancia con los nuevos ritos, si bien siguen existiendo en la zona reflejos de ciertas tradiciones resistentes al paso del tiempo y a las nuevas modas (NAVARRETE *et al.*, 1992).

Respecto a la IIª Fase, los materiales campaniformes nos introducen en una problemática

que ya hemos tratado en el capítulo anterior y que refleja, entre otros aspectos, la dificultad de asignar cronologías exactas para cada uno de sus estilos. Una tendencia, casi generalizada, a considerar la mayor antigüedad del tipo marítimo sobre el Carmona-Ciempozuelos-Palmela puede servirnos de orientación en nuestro caso, no obstante, parece no quedar definitivamente resuelta la polémica que plantea el origen de estos tipos. Baste recordar la falta de acuerdo en considerar los núcleos formativos de la Desembocadura del Tajo para el marítimo o las regiones centroeuropeas para el segundo caso. Si nos atenemos a los materiales de la Covacha, existen determinados objetos que apuntan a las tradiciones centroeuropeas de Eslovaquia y Bohemia, sin embargo, los paralelos egeos y anatólicos antes referidos también mantienen su pulso a la hora de buscar un contexto difusor para determinados elementos como ocurre con los probables orígenes africanos y asiáticos del marfil. No obstante, de todo ello se desprende, sin lugar a dudas, una gran actividad comercial durante la Edad del Cobre, en progresión y complejidad constantes, acentuada particularmente hacia finales del Período Campaniforme con el área centroeuropea en un momento en que comienzan a dejarse notar los prolegómenos argáricos. Los ajuares del momento así lo manifiestan con la exhibición de elementos tales como los botones de marfil con perforación en V, brazaletes de arquero, puntas de Palmela, etc., como los que aparecen en la Covacha, y cuya cronología se debate con ciertas dudas entre el Campaniforme y el Argar.

La cronología de la Covacha está, a pesar de todo, relativamente clara, considerando las fechaciones absolutas de que se dispone en yacimientos cercanos. De esta forma, la Fase I ha sido asimilada a los estratos Vb y Va de Los Castillejos de Montefrío, con un margen comprendido entre un 2.300/2.000 a.C., donde, además, se intuyen los contactos antes referidos con los yacimientos almerienses.

Los enterramientos campaniformes encuentran referencias cronológicas en las fechaciones C14 del Cerro de la Virgen, cuyos estratos de esta época oscilan entre 1.970/1.885 a.C. En el caso de la Covacha existe, por otra parte, la orientación de algunos elementos, como el discutido repartidor de cuentas de collar, en consonancia con los ámbitos de la Cultura de Nitra y los "Hair-Pendant Bars", de Troya IIG y Poliochni V (Lemnos).

Respecto al Argar, no están sus inicios documentados de manera definitiva en la sepultura, argumentándose una cronología del 1.800 a.C., basada igualmente en fechaciones granadinas para el Argar antiguo y que ha tenido en el mismo yacimiento del Cerro de la Virgen una referencia importante. El Argar B goza, en cambio, de plena documentación en la Covacha, estableciéndose

para sus inicios la fecha de 1.600 a.C., en concordancia con las dataciones C14 para el Argar B antiguo del Cerro de la Encina (Monachil) y una sepultura en fosa de la Cuesta del Negro (Purullena). Del final de esta ocupación argárica no se tienen noticias en el yacimiento lojeño; no obstante, en el supuesto de que siguiera su utilización hasta este momento, cabría seguir aplicando las dataciones absolutas para los períodos superiores de estos mismos yacimientos que rondan el último tercio del IIº Milenio a.C.

Una ocupación, en definitiva, dilatada que prácticamente comprende el Segundo Milenio antes de nuestra Era y que tendrá sus últimas manifestaciones en tiempos ya históricos. Quedan, no obstante, insalvables una serie de incógnitas que, tal como se advirtió en un principio, imponen las propias características del depósito y su estado de conservación. De algunos de estos aspectos hemos venido tratando a lo largo del capítulo refiriendo las notas interpretativas utilizadas por los investigadores para el esclarecimiento de la secuencia cultural, cronología, rituales, etc., si bien permanecerán vedados al conocimiento global del yacimiento otros datos para definir el grado de continuidad en la utilización de la cueva a lo largo de todo este tiempo.

LA CUEVA DEL COQUINO

Retomamos nuevamente este yacimiento con objeto de presentar el estudio correspondiente a los niveles de la Edad del Cobre, sacados a la luz con motivo de la excavación que tuvo lugar durante el verano de 1981 y de la que hemos dado cumplida referencia en el capítulo IV al referirnos al poblamiento Neolítico en la Tierra de Loja. Es por ello que, dada la amplitud con la cual hemos tratado en su momento los aspectos descriptivos del yacimiento, así como las características estructurales de su entorno geográfico y cultural en el seno de esta comarca durante en tránsito del Cuarto al Tercer Milenio a.C., no vamos ahora sino a bosquejar una breve síntesis de estos caracteres a modo de apartado introductorio al estudio de los niveles calcolíticos comprendidos en su secuencia.

Ya hemos comentado las dificultades que planteaba *a priori* una excavación sistemática en este yacimiento, al tratarse de una cueva angosta, de difícil acceso y parcialmente dañada por la acción de excavadores clandestinos. Sin embargo, las expectativas que ofrecían los indicios materiales recuperados, la excelente posición geográfica del lugar en el contexto cultural que se

estaba analizando, así como la esperanza de poder obtener una referencia estratigráfica que corroborase nuestros esquemas secuenciales sobre el poblamiento calcolítico en la zona, pesaron lo suficiente como para plantear el trabajo de campo. Estas razones se combinaban, obviamente, con nuestro interés, además, por confirmar la extensión del Neolítico hacia estas tierras, motivo por el que realmente se habían iniciado en un principio nuestros trabajos en el lugar. Hemos de considerar nuevamente, en este sentido, que las posibilidades que ofrecía la cueva para realizar trabajos de excavación, a pesar de no ser excesivamente halagüeñas, parecían suficientes y, en cualquier caso, aceptables respecto a las que presentaban la mayoría de los hábitats neolíticos conocidos en la provincia, por lo general, cuevas con alto grado de erosión y derrumbes interiores que dificultan o imposibilitan la investigación arqueológica.

Estas condiciones y la esperanza de obtener una secuencia más o menos amplia, a pesar de que una valoración previa de las características estructurales del yacimiento apuntaba a la posibilidad de que se tratase de un hábitat o refugio estacional, fueron finalmente las razones que impulsaron a solicitar de la Subdirección General de Arqueología el correspondiente permiso de excavación, cuya concesión se tramitó en Marzo de 1.981.

a) Localización y contexto geográfico

En nuestra descripción geográfica de la Tierra de Loja, recogida en el Capítulo I, poníamos de manifiesto que en esta comarca están presentes las tres unidades básicas que constituyen las Cordilleras Béticas. Al Sur la zona interna del sistema, denominada Penibética o Bética, *sensu stricto*, y al Norte la zona externa representada por las formaciones del Prebético y Subbético, delimitan una secuencia depresiva estrangulada en varios puntos, originándose una serie de cuencas intramontañosas que conocemos como Surco Intrabético (GARCÍA MANRIQUE, 1980). De ellas nos atañe especialmente la Vega de Granada, cerrada al conjunto nororiental por una serie de elevaciones que escalonan el pasillo abierto entre las estribaciones de Sierra Arana y Sierra Nevada camino de la Depresión de Guadix. El valle del Genil se abre paso desde este punto y recorre la Vega en sentido Oeste hasta quedar casi ocluido a la altura de Loja, salvando, en primer lugar, el salto natural de la "Cola del Caballo" en "Los Infiernos" y, una vez rebasada dicha población, la angostura tectónica de "Puente Quebrada".

Desde una perspectiva histórica hemos valorado la importancia de estas depresiones intrabéticas presentándolas como un paso natural entre el Levante peninsular y el Occidente andaluz. Un carácter estratégico confiere, por tanto, a estas tierras el hecho de haber sido caminos de paso obligado desde un remoto pasado. Loja participa, en consecuencia, de esta excepcional posición geográfica, consolidada paulatinamente desde los primeros asentamientos neolíticos hasta la Historia más reciente. Esta ausencia de marginalidad, unida a las ventajas adicionales que supone el poseer una red hidrográfica de las características que hemos venido señalando en varias ocasiones, así como de las tierras aptas para el cultivo que constituyen la Vega, han propiciado una intensa dinámica de establecimientos poblacionales a lo largo de la Prehistoria Reciente.

La Cueva del Coquino se sitúa al Norte de la Ciudad de Loja, abierta en uno de los afloramientos calizos pertenecientes a la Unidad del Hacho que conforman las últimas estratificaciones del "Cerro de la Corona" a una altitud de 700 m sobre el nivel del mar. Sus coordenadas geográficas son de 4° 9' 15" de longitud W. y 37° 11' 29" de latitud N., según la Hoja 1008 (Montefrío) del Mapa a escala 1:50.000 del Servicio Geográfico del Ejército.

Como ya se indicó en el capítulo III, el acceso al yacimiento en la actualidad es relativamente cómodo, existiendo un carril que parte del mismo casco urbano de Loja y, tras cruzar el tendido ferroviario de la línea Granada-Bobadilla, asciende de forma sinuosa y pronunciada pendiente hasta una cota superior a la del afloramiento rocoso donde se encuentra la cueva. A unos 2,5 km de su inicio la pista se bifurca en dos, iniciando el ramal izquierdo un suave descenso hacia el W. buscando el Valle del Genil en dirección a "Puente Quebrada" y pasando a escasos metros de la entrada de la cueva que se abre a unos 100 m de la margen izquierda del camino.

La Cueva del Coquino está situada en materiales de la Unidad del Hacho, situada al Norte de la ciudad de Loja, perteneciente al Subbético Interno y cabalgando sobre materiales del Subbético Medio. El perfil litoestratigráfico presenta a esta unidad como una composición de materiales triásicos formados por margas, arcillas, limos y areniscas de colores rojos, verdes y amarillos. Niveles de dolomías, con espesores de 200 y 300 m, se asientan sobre ellos y sirven, a su vez, de basamento a una cobertera de calizas blancas de unos 400 m de potencia. Estos materiales dolomíticos y calizos corresponden fundamentalmente al Lías, faltando el horizonte Dogger y existiendo una tímida constancia del Malm mediante unos finos niveles de calizas rosáceas. El Cretácico está formado por margas y margocalizas blancas y rojas, ya sea Inferior

o Superior, aflorando en muy pequeña extensión (VERA, 1969).

Estos materiales carbonatados, calizas y dolomías, que componen básicamente la unidad están sometidos a constantes procesos de disolución y dan típicas formas kársticas como lenares, simas y cuevas. A menudo, esta acción erosiva se ve potenciada por la existencia de fracturas por las que el agua penetra fácilmente y aumenta su acción. El yacimiento que nos ocupa se encuentra en una de estas cuevas, formadas en el seno de la masa caliza, precisamente en un punto donde una de estas fracturas previas ha facilitado su formación.

b) Características generales del yacimiento y planteamiento de la investigación arqueológica. La secuencia cultural

La entrada a la cueva se efectúa a partir de una hendidura natural orientada hacia el NE., abierta sobre un pequeño macizo rocoso a unos 4 m del nivel del camino que le pasa por delante, y a 100 m aproximadamente de su margen izquierda. El lugar ofrece a simple vista el resultado de un cataclismo que debió ser provocado por el derrumbe de la cubierta caliza de una de esas oquedades subterráneas antes referidas. Cabe, igualmente, la posibilidad de que existiese en el momento de ocupación de la cueva una gran visera sobre su entrada, cubriendo parcialmente un ingreso en la misma a través de una rampa descendente. Con posterioridad, y a causa del agrietamiento de dicha cornisa por la acción del agua y el hielo, tendría lugar el derrumbe que tapó este acceso. La boca de entrada resulta así muy angosta, abierta entre grandes bloques que conforman un pequeño pozo por el que puede descenderse penosamente tras haber salvado primero una enorme roca que oculta prácticamente a la grieta. En la actualidad existe otra abertura a escasos metros hacia la derecha de este lugar, si bien no resulta fácil su uso como entrada, ya que sería preciso descolgarse con cuerdas desde la parte superior de una diaclasa de paredes lisas y no menos de 7 u 8 m de altura. Este gran pozo cumplió, no obstante, su cometido durante los trabajos de excavación al servir de depósito en el que se vertió gran parte de la tierra extraída de los cortes.

Al finalizar el descenso por la grieta queda aún un último obstáculo por sortear, consistente en una enorme roca puntiaguda encajada en el hueco, bajo la que hay que pasar para acceder al estrecho pasillo de unos 3,5 m de longitud por algo más de 1 m de altura que

desemboca finalmente en la única sala del interior. De forma ovalada, con planta muy irregular, es el recinto donde se practicaron los cortes estratigráficos. Sus dimensiones son de 8 m de longitud por 3 m de anchura media. Cerca de la entrada experimenta su mayor ensanche debido a una apertura en ángulo recto en su lateral izquierdo. A partir de este punto comienza a estrecharse profundamente hasta adquirir en el fondo una anchura inferior a un metro, en una angosta grieta que fue parcialmente cerrada con la tierra de uno de los cortes. Las paredes son muy irregulares y van cerrando hacia la parte superior hasta unirse a gran altura.

Como ya se indicó, las dimensiones del yacimiento y la situación relativamente caótica que presentaba un tercio de la superficie interior aconsejaban realizar, primeramente, una limpieza general del lugar para delimitar la zona afectada por las excavaciones clandestinas y trazar después las cuadrículas que constituirían los sondeos estratigráficos. Esta primera operación reveló que tan sólo el pasillo de entrada y un reducido sector del principio de la sala habían sido intervenidos mediante pequeñas perforaciones de ubicación anárquica y escasa profundidad. Seguidamente se procedería al levantamiento de una planimetría básica, estableciendo dos ejes centrales de coordenadas a partir de los cuales se pudiese sectorializar toda la superficie con cuadrículas de 1 m de lado. Para referenciar las alturas que se irían tomando en el transcurso de la excavación se marcó en la pared un punto convencional situado a 0,50 m por encima del nivel general del suelo.

En esta primera parte se abriría el Corte III, situado inicialmente en una posición central respecto al eje de la cueva y luego alargado hasta cubrir toda la anchura de ésta, con el fin de aprovechar el buzamiento del relleno y definir con más claridad una secuencia estratigráfica. Dada la configuración irregular de las paredes, las medidas de esta cata son un tanto desiguales en lo que a longitud se refiere, presentando 3,25 m en el lateral NE. y 2,20 en el SW. Su anchura, de 1,25 m, pareció suficiente como para documentar las remociones clandestinas y establecer la disposición del depósito. Los cortes II y III no planteaban especial problemática, salvo las dificultades de evacuación de la tierra extraída, lo que acabó solucionándose empleando las grietas del final de la cueva. Puede añadirse, por otra parte, que la planificación de estos cortes contó con la oportuna información del sondeo anterior acerca del lugar más propicio para obtener la máxima profundidad y, en consecuencia, la mejor representación del paquete estratigráfico. Ya se ha hecho mención de la homogeneidad general ofrecida por los perfiles, pudiéndose efectuar un reconocimiento ordenado de los diferentes niveles de habitación y enterramiento. La dirección del

buzamiento se orientaba hacia el SE., lugar en el que se planteó el Corte I, de menores dimensiones que los dos anteriores pero de máxima potencia.

Un breve bosquejo de la secuencia ya expuesta con anterioridad, nos presenta hasta un total de 7 estratos para todo el conjunto excavado. La base de la estratigrafía la constituye una homogénea capa de tierra roja compacta, resultado de la degradación del substrato rocoso que forma el suelo de la cueva. La práctica ausencia de materiales arqueológicos en este nivel hizo que la capa fuese cortada artificialmente en su base sin profundizar más de 50 cm. Encima se superponen materiales de similar composición (Estrato 6), a veces sólo diferentes por el matiz más claro de los sedimentos.

Los niveles más ricos desde el punto de vista arqueológico tienen su ubicación a partir del siguiente estrato (Estrato 5), compuesto por una tierra grisácea compacta y limitado por finos niveles de incendio. Su espesor oscila, según los cortes, entre los 0,20 m y 0,30 m aproximadamente. Las bolsadas de cenizas son comunes en todo él, así como abundantes concentraciones de piedrecitas, irregularmente distribuidas, que llegan a cortarlo. Cabe destacar aquí la presencia de la única estructura documentada en la cueva, consistente en un pequeño hogar delimitado por una serie de piedras de mediano tamaño dispuestas en semicírculo a partir de una base de yeso muy compactado.

De similar configuración es la capa superior (Estrato 4), si bien se aprecia una composición diferente a juzgar por el color marrón-grisáceo que presenta la tierra. También se ve afectada por abundantes rocas de pequeño calibre que, en el caso del Corte III, marcan la separación respecto a los niveles altamente removidos de la superficie. Ocasionalmente, siguen apareciendo en toda su potencia grandes bolsadas de cenizas y piedras de mayor tamaño que interrumpen la secuencia y, en algunos sectores, queda limitada muy uniformemente por un nivel superior de incendio de escaso desarrollo. La potencia oscila entre los 18 y 30 cm.

El Estrato 3 es el de mayor potencia, en torno a los 35 cm, siendo además el que nos atañe directamente en este capítulo dedicado al Cobre. Su coloración gris clara se ve en ocasiones salpicada de zonas más oscuras, respondiendo a la presencia de nuevas bolsadas de cenizas. Como viene siendo habitual, una grava heterogénea salpica todo el perfil, haciéndose más patente en acumulación y tamaño en el Corte III, donde coincide con el nivel removido. Desde el punto de vista arqueológico tiene especial mención el enterramiento humano localizado en el Corte II, sector NW. El cuerpo yacía en posición de decúbito lateral izquierdo, fuertemente flexionado, con

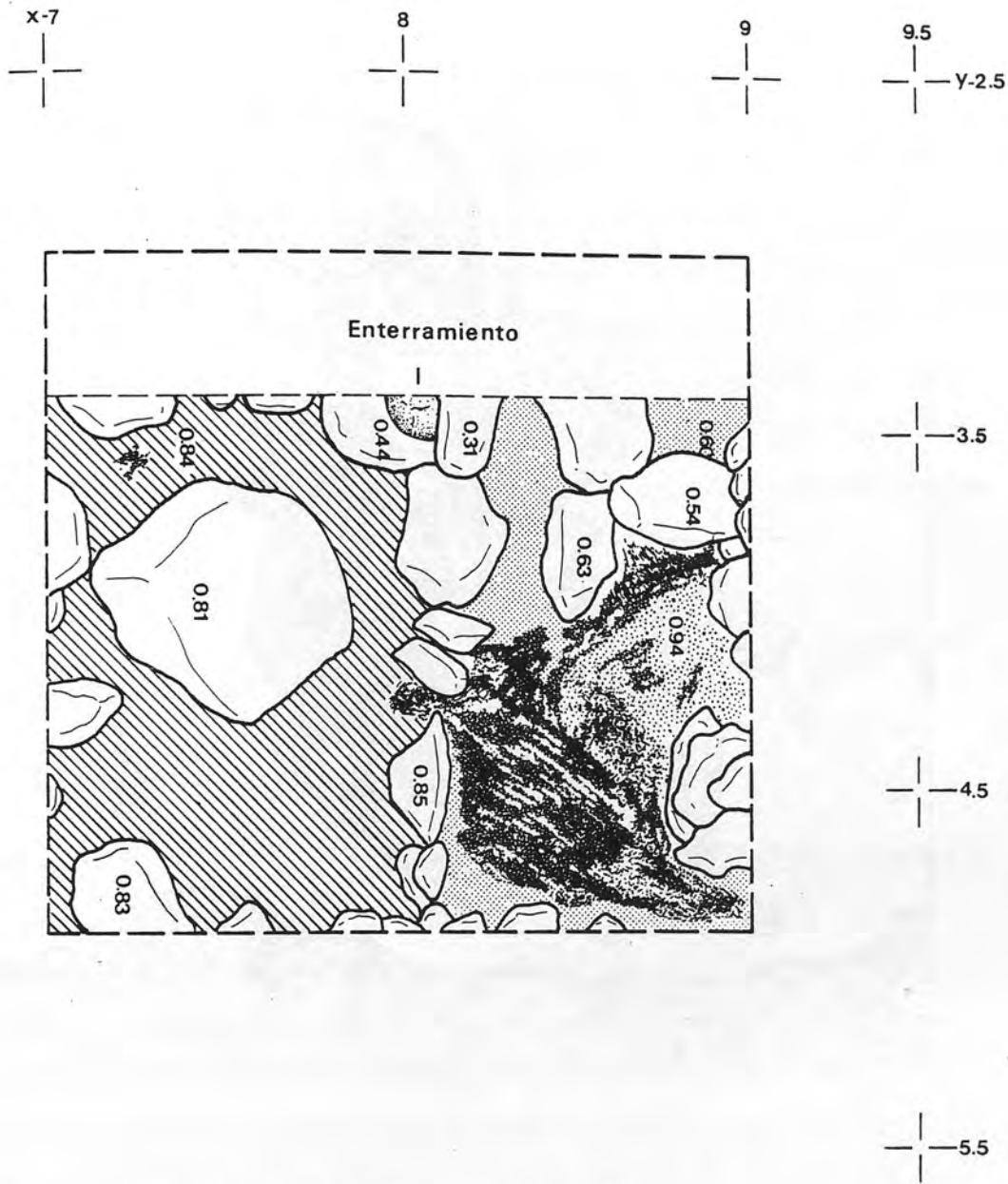


Fig. 99: Cueva del Coquino. Corte II. Estrato 5. Planta del hogar.



0 50 cm

Fig. 100: Cueva del Coquino. Corte II. Estrato 3. Planta del enterramiento.

un ajuar compuesto por un gran cuenco cerámico, que describiremos más adelante, y un grueso punzón de hueso. La cabeza reposaba sobre una laja de piedra y había sido protegida lateralmente por otras rocas irregulares. El tronco ofrecía un aspecto algo dislocado a causa del desorden de sus piezas óseas, quizá provocado por el peso de las piedras dispuestas encima.

El Estrato 2 denota ya síntomas de agotamiento en lo que a la potencia arqueológica se refiere. Su forma acusa cierta irregularidad general por todo el yacimiento, ofreciendo tramos en los que casi se estrangula, mientras en otros se ensancha considerablemente. Se compone de una tierra de color marrón claro con algunas bolsadas de cenizas y piedras, quedando interrumpido en algún corte por gruesos bloques de piedra. Sólo en el Corte I presenta mayor potencia (entre los 0,60 m-0,23 m), siendo recorrido en su tercio superior por un grueso nivel de incendio.

El Estrato 1 cierra el conjunto, describiéndose un nivel superficial de unos 20 cm de espesor, totalmente removido a causa de las excavaciones clandestinas. En general se compone de una tierra apelmazada con abundantes restos orgánicos y vestigios humanos recientes. Destaca, en este sentido, una pequeña fosa excavada en la parte central del Corte II poco antes de iniciarse nuestra intervención en el lugar, rellena con materiales arqueológicos de muy diversa tipología procedentes de los hoyos abiertos por los aficionados en distintos sectores de la cueva.

c) Caracteres generales de la secuencia cultural

Consideramos oportuno, antes de proceder a un estudio pormenorizado de los materiales arqueológicos correspondientes a la fase de ocupación calcolítica en el yacimiento, hacer un esbozo de la secuencia cultural definida en la estratigrafía, con la que mantiene estrecha correspondencia la correlación estratigráfica existente en los tres cortes. Esta secuencia servirá de base al estudio tipológico, tras una interpretación previa de la misma que ha consistido en agrupar e individualizar los distintos estratos que mantienen características homogéneas en dichos sondeos.

Según este criterio, han sido definidas tres fases de ocupación en el yacimiento. La **Fase I** es la más antigua y mejor definida a través de la documentación artefactual. Comprende los estratos 7 al 5 del Corte II y el Corte III. Expresa un contexto cultural bien delimitado en un momento avanzado de la Cultura de las Cuevas, ofreciendo una buena muestra de materiales que

reproducen las características generales de este horizonte del Neolítico Medio en la Alta Andalucía.

La **Fase II** engloba sólo el estrato 4 de los tres cortes, pudiéndose considerar, en cierto modo, como una subfase de la anterior, a juzgar por unos materiales que vienen a representar un epílogo empobrecido del conjunto anterior. Este hecho manifiesta una posición cronológica de finales de la Cultura de las Cuevas, reforzada por la presencia de algunos materiales que denotan el inicio de un proceso transicional hacia la posterior ocupación calcolítica.

Una última **Fase III** contiene el resto de los niveles, desde el potente estrato 3 hasta la superficie. En su conjunto, viene a indicar el período de ocupación durante la Edad del Cobre, aunque es preciso señalar que los dos últimos estratos, fuertemente removidos como ya se indicó, contienen materiales propios del Cobre junto a otros que reflejan ocupaciones posteriores de la cueva, posiblemente con carácter esporádico. Una desordenada confluencia de materiales cerámicos muy dispares dibujan intervalos deposicionales hasta época romana. De los vestigios prehistóricos presentes en este contexto daremos también cumplida referencia en el presente capítulo, incorporando algunos de los materiales extraídos por los aficionados antes de la excavación y que incluimos como materiales de recogida superficial.

Las dificultades para conseguir una definición exacta de la realidad cronológica y cultural de los niveles superiores en esta secuencia resulta obvia, teniendo en cuenta el estado de deterioro que ofrecían al inicio de los trabajos. Es por ello que no haremos sino apuntar las directrices que su análisis tipológico nos ofrece en este sentido. Por lo que respecta a la secuencia definida a partir de la estratigrafía inferior, realizaremos un acercamiento más exhaustivo al marco cultural y cronológico de cada una de las fases propuestas, una vez concluido el estudio tipológico de los materiales en los que se sustenta.

d) La cultura material de la Fase III

Extraemos en este apartado el análisis tipológico de los materiales adscritos a la Fase III, dentro de la división secuencial de la que hemos tratado someramente en el apartado anterior. El orden establecido para exponer la descripción o inventario de las piezas fué realizado por estratos, considerando un criterio lógico deposicional, es decir, comenzando por el más profundo y

terminando por el más superficial. El comentario que afecta a esta fase está lógicamente desarrollado una vez realizada la correlación estratigráfica de los tres cortes efectuados en el yacimiento. Un último apartado contendrá, finalmente, el estudio de los materiales no estratificados, recogidos a partir de las tareas clandestinas de superficie que ya se han referido.

En consecuencia con estos criterios, a la hora de efectuar el análisis tipológico se han considerado de forma conjunta los materiales asignables a esta fase, en virtud de la secuencia estratigráfica y cultural propuesta. El análisis de las cerámicas contempla, en primer lugar, las características técnicas de fabricación, en segundo lugar las formas y, finalmente, las técnicas y motivos empleados en las cerámicas decoradas. En otro apartado hemos querido reproducir las características técnicas y modalidades decorativas registradas, conservando una visión global de todo el conjunto en cada una de sus fases.

Siguiendo un planteamiento generalizado para todo el material cerámico, y aunque en la descripción de las piezas seleccionadas se contempla la calidad de ambas superficies en los vasos, para el cálculo porcentual sólo se ha tenido en cuenta la calidad de la superficie exterior. El mismo criterio se ha seguido a la hora de registrar el color de las superficies. Por lo que respecta a las tonalidades de las pastas, se mantiene el mismo método empleado para las cerámicas de las fases anteriores, es decir, se considera oscura a la negra y las de tonos grisáceos oscuros, clara a la gris y amarillenta o blancuzca, y media a las rojas y pardas o pardo-grisáceas. En lo referente a la composición de la pasta, nos remitimos al estudio mineralógico presentado en el Capítulo III, mediante el cual han sido considerados los minerales de arcilla en su función de desgrasantes o como componentes de la propia pasta cerámica. La naturaleza de estos desgrasantes, así como su tamaño y cantidad, se han determinado en el mismo estudio mediante observación con lupa binocular.

La industria lítica está representada por un escaso conjunto de útiles de sílex y un posible alisador procedente de los niveles superiores. Como en el caso de la cerámica, se anotan el número y tipología del utillaje de cada una de las fases, el porcentaje de lascas y hojas correspondiente a cada una, así como las características de tratamiento de cada pieza (con o sin retoques).

El resto del material, compuesto por un reducido número de objetos de hueso y concha calificados como elementos de adorno, se incluye en los apartados correspondientes de cada una de las fases.

El estudio tipológico concluye con un breve análisis comparativo de los materiales en la secuencia misma del yacimiento, buscando relaciones con otros contextos culturales similares de la Alta Andalucía e, incluso, en algún momento, con determinados conjuntos ajenos a este ámbito geográfico pero relacionables con el contexto material que ahora nos ocupa.

e) Análisis tipológico

La cerámica

El número de fragmentos cerámicos a mano con características distintas que han proporcionado los estratos 3 a 1 es de 276, de los cuales el mayor número corresponde al Estrato 3. En el Estrato 1, muy revuelto por los hoyos efectuados por los descubridores del yacimiento antes de su excavación y que afectan igualmente y en gran medida al Estrato 2, se han registrado varios fragmentos de cerámica a torno (ocho de cerámica romana).

Características generales de fabricación

Siguiendo la tónica de pastas predominantemente oscuras propia de toda la secuencia, el color de la pasta cerámica en estos estratos superiores es también generalmente oscuro y en un porcentaje bastante más elevado aún que en los estratos subyacentes, llegando a ser éste ahora de un 74,28%. En consecuencia, con este predominio, y en relación con aquellos, decrece el porcentaje de pastas medias (23,67%), siendo poco representativas las claras (2,04%). La textura es de tipo escamoso en un porcentaje muy inferior al de los anteriores estratos (50,20%), aumentando las texturas de aspecto y consistencia harinosa (44,89%) y las de tipo poroso (4,48%).

Las variaciones en el aspecto externo y tratamiento de las superficies se aprecia también a medida que se contempla la secuencia en un sentido ascendente. Así sucede, por ejemplo, con las coloraciones externas, apreciándose un sensible aumento de las tonalidades medias (78,36%), en detrimento de las claras y oscuras que acusan un progresivo descenso.

TABLA 1

Características técnicas de la cerámica

	ESTRATOS					
	6	5	4	3	2	1
CALIDAD						
Grosera	5	18	6	8	-	7
Alisada	68	120	110	84	5	29
Espatulada	48	138	101	40	5	22
Bruñida	31	55	39	23	2	6
PASTA						
Clara	4	6	3	4	-	1
Media	45	91	74	40	5	13
Oscura	103	234	179	111	21	50
TEXTURA						
Escamosa	105	189	178	81	9	34
Harinosa	43	131	74	71	15	24
Porosa	4	11	4	3	2	6
COLOR SUPERF.						
Claro	15	74	34	18	5	6
Medio	107	215	194	124	18	50
Oscuro	30	42	28	13	3	8
FUEGO						
Oxidante	21	66	105	53	7	23
Reductor	131	265	151	102	19	41
DECORACION						
Incisa	10	19	5	1	-	1
Almagra	8	3	9	-	-	-
Engobe	-	1	-	1	-	-
Relieve	6	13	3	-	-	1
Mamelones	-	-	-	1	-	-

Los tratamientos superficiales se inclinan más hacia los alisados, que llegan a constituir más de la mitad del conjunto (53,87%), y las presentaciones groseras, igualmente con un apreciable aumento (hasta un 6,12%). Los procesos que disminuyen, en contraposición a los anteriores, son los espatulados (27,34%) y los bruñidos (12,65%), con representación progresivamente más pobre desde la base de la secuencia hacia arriba. Por lo que a decoración se refiere, la constante imposición de los ejemplares lisos que ya venía insinuándose a lo largo de la Fase II con respecto a la Fase I adquiere ahora pleno desarrollo con tan sólo un 2,01% de fragmentos que presentan algún tipo de decoración.

La técnica de cocción más generalizada es la de fuego reductor, en un porcentaje que supera ampliamente la mitad de la muestra (66,12%) y que mantiene un protagonismo sobre el oxidante más acusado que en la fase anterior.

Las formas

Indudablemente son los cuencos los tipos más abundantes y a la vez más variados, siguiendo la tónica general que venimos constatando en el análisis de todo el conjunto artefactual. No obstante, existen formas que oscilan significativamente en su proporción, como sucede con las ollas, con tendencia a disminuir en los estratos superiores. Este fenómeno ya se viene acusando desde el Estrato 4, en el que se hace patente su disminución y monotonía tipológica respecto a los niveles inferiores. Otra forma nueva, como es la fuente, desconocida en los niveles inferiores, irrumpe ahora en la secuencia a pesar de no ofrecer una amplia representación.

1. Cuencos

No se aprecian cambios significativos en sus formas respecto a los modelos documentados en los estratos anteriores. Esto supone, en consecuencia, y sin modificaciones substanciales en su configuración o tratamiento general, la repetición de tipos como los cuencos hondos, los de altura media y los planos.

1.1. *Cuencos profundos*. Predominan entre éstos los de tamaño mediano, aunque se han documentado ejemplares de pequeño diámetro como el núm. 185, que cuenta con 100 mm de

boca, y algún otro como el 236 que llega a alcanzar los 240 mm. Otros caracteres comunes en este conjunto son las pastas oscuras con textura preferentemente escamosa, así como el aspecto y acabado de superficies, en donde predominan las tonalidades parduzcas y un fino tratamiento de espatulado, sobre ejemplares carentes de decoración. Se salen de esta consideración general, el fragmento núm. 187, que ha sido alisado, y el núm. 238, decorado con un cordón en relieve cortado transversalmente mediante incisiones.

Los tipos correspondientes a estas variables suelen corresponder a modelos de paredes cerradas y perfil esférico (núms.220, 226, 238), o bien de paredes más rectas y perfil más cilíndrico (núms.181, 182, 184, 185, 197). Destaca por su tamaño, estado de conservación y significación contextual, el núm.197, que formaba parte del ajuar funerario asociado al enterramiento ubicado en el Estrato 3 del Corte II.

Otros modelos habituales en este tipo de asociaciones cerámicas, como pueden ser los cuencos profundos de paredes abiertas, no gozan aquí de buena representación, pudiéndose considerar perteneciente a este tipo un único fragmento con estas características (núm.195).

1.2. *Cuencos poco profundos*. Consideramos de esta forma a los que presentan una altura mediana, con una aportación muy escasa en la totalidad del conjunto material cerámico. A estas características responde, en primer lugar, el núm.192, con un suave perfil en S que le confiere su borde abierto y ligeramente marcado en el exterior y, por otro lado, el núm.230 que presenta paredes abiertas y un borde aplanado cerca del cual conserva un mamelón horizontal.

1.3. *Cuencos planos*. Están ya presentes estos tipos, con paredes y borde entrantes, tanto en el Estrato 5, en el que se acompaña además una decoración incisa, como en el Estrato 4, sin decoración pero con aplicaciones de elementos de prehensión. El núm.186 destaca en este sentido, ofreciendo una serie de pequeños mamelones junto al borde, con un diámetro de boca que alcanza los 280 mm. El acabado y elaboración general de este ejemplar, así como el núm.228, de paredes algo más entrantes, son poco relevantes.

Por regla general, este tipo de recipientes ostentan un mayor tamaño en los estratos superiores. En el Estrato 3 aparece un cuenco plano de paredes abiertas (núm.193), que hemos relacionado con el cuenco de casquete esférico algo más profundo aparecido en el estrato inferior (núm.128) dadas sus similitudes en cuanto a las características técnicas generales. Difieren, no

obstante, en el diámetro de boca, siendo éstos de 180 mm y 220 mm respectivamente.

2. Ollas

En este apartado sólo han sido incluidos tres fragmentos que sugieren formas de ollas globulares, entre los cuales puede distinguirse un ejemplar del tipo de cuello indicado con borde marcadamente abierto y engrosado (núm.219), además de otras dos (núms.183 y 229) que corresponden al tipo de olla sin cuello indicado de paredes entrantes y borde recto o ligeramente abierto.

Al margen de estos casos bien definidos, otra vasija ha sido incluida en el grupo de las ollas (núm.217) amparándonos en su forma ovoide, de paredes gruesas y alisadas que se cierran progresivamente hacia el borde, y fondo suavemente redondeado.

3. Platos

Queda atestiguada su presencia por un único ejemplar (núm. 235), tipológicamente en la línea de otro fragmento documentado en el estrato 4 (núm.129), aunque este último sea más profundo y mayor en su diámetro de boca (220 mm). Se trata de un plato de borde abierto y suavemente biselado interiormente, de superficies pardo-grisáceas que han recibido un tratamiento de alisado.

No obstante esta tímida representación, son las formas más profundas, clasificadas como fuentes, las que alcanzan más significación en estos estratos superiores a pesar de que no gocen de gran presencia numérica y sus tipos no sean demasiado definitorios. Esta circunstancia alude, una vez más, a la constante y referida pobreza material que aportan estos estratos superiores, amén de la remoción acusada por buena parte de los mismos.

4. Fuentes

Han podido identificarse dos tipos diferentes a partir de una serie de fragmentos pertenecientes a tres de estas fuentes. Los núms.218 y 233 corresponden al tipo de perfil carenado, mientras que el núm.232 manifiesta claramente un perfil sinuoso con borde abierto. Las fuentes carenadas mantienen ciertas similitudes entre sí, referentes al color oscuro de sus pastas y superficies, además del tratamiento bruñido aplicado en su terminación. Sin embargo, son

caracteres diferenciales tanto el tamaño (260 mm de diámetro de boca en la núm.218 y 220 mm en la núm.233) como su configuración general. La primera de ellas presenta una estructura formal asimilable al tipo de fuente de paredes altas y rectas, con línea de carenación baja que delimita un fondo de casquete esférico. La núm.233, por su parte, es más honda, de paredes cortas y ligeramente abiertas, con una línea de carenación más alta a partir de la cual se produce un cerramiento del contorno hacia un fondo de base semiaplanada.

El segundo tipo ha podido ser documentado a partir de varios fragmentos pertenecientes a una misma pieza (núm.232), de paredes finas que se engrosan progresivamente hacia un borde abierto y marcado por una suave curvatura interior y exteriormente. El diámetro de la fuente puede considerarse como grande (320 mm), atendiendo a un contexto general en el conjunto cerámico que venimos analizando. La pasta es oscura al igual que las superficies, habiéndoseles aplicado también en este caso una terminación de espatulado.

La precisión cronológica y valoración cultural de estos materiales resulta un tanto dificultosa, considerando la fuerte remoción de estos niveles superficiales del relleno, lo que condiciona a su vez, y en gran medida, nuestros planteamientos tipológicos que no encuentran una referencia estratigráfica precisa.

Un fugaz repaso a las consideraciones realizadas sobre las diferentes formas, antes de pasar al establecimiento de paralelos cronoculturales, nos recordaría la escasez numérica de las ollas, la mayor abundancia de los cuencos, que además ofrecen una marcada continuidad en algunos de sus tipos, y la presencia, tan ocasional como novedosa en esta secuencia, de platos y fuentes con sus variantes respectivas.

Es destacable en su género la olla que hemos considerado como ovoide (núm.217), sólo constatada en nuestra serie mediante el registro de un único ejemplar procedente del Estrato 2, no pudiéndose establecer relación directa con otras formas de tendencia ovoide existentes en estratos inferiores (núm.51). Pueden considerarse similares a ésta las documentadas en el Cerro de la Virgen (Orce) desde los comienzos del Campaniforme (Fase IIA) y en el Campaniforme Pleno (Fase IIB) (SCHÜLE, 1980), sin excluir las formas que recuerdan poderosamente a ésta de nuestro yacimiento, ubicadas en la transición Cobre-Argar (Fase IIC/III).

Sin salir de la provincia de Granada, otras formas semejantes han sido registradas en el Estrato VII del Corte 3 del Cerro de la Encina (Monachil), correspondiente a la Fase IIA que sus investigadores han considerado argárica (ARRIBAS *et al.*, 1974). Más cercano a nuestra Cueva

del Coquino, en el yacimiento de El Manzanil fueron recogidos en superficie algunos fragmentos que parecen apuntar a esta misma forma.

Por lo que respecta a los cuencos, ya hemos mencionado que se trata de la forma más frecuente, fundamentalmente los profundos que no ofrecen grandes variantes formales respecto a las que presentan estas cerámicas en estratos más antiguos. Mantienen, sin embargo, una general ausencia de decoración que afecta igualmente a los tipos planos, exceptuando el catalogado con el núm.186, del que ya mencionábamos la línea de mamelones junto al borde.

Mayor diversidad tipológica presentan, en cambio, los cuencos de paredes y borde entrantes (núms.228 y 186) y el único existente de casquete esférico (núm.193), respecto a los que incluíamos dentro de esta categoría de cuencos bajos en los estratos inferiores. En estos tres ejemplos la configuración del recipiente es decididamente otra, si atendemos a la menor altura y mayor anchura que ofrecen en relación a los más antiguos.

Cuencos planos de borde entrante los tenemos bien ubicados en Los Castillejos de Montefrío en los inicios de la Edad del Cobre (ARRIBAS y MOLINA, 1979) y, con ligeras variantes, formas similares hacen su aparición a lo largo de toda la Fase II (Campaniforme) del Cerro de la Virgen, ya insinuadas a partir de la Fase IIA de esta misma secuencia (SCHÜLE, 1980). La decoración de pequeños mamelones alineados junto al borde que presenta el núm.186 procedente del Estrato 3, encuentra abundantes paralelos dentro de nuestro ámbito regional, con una amplia representación de formas que ostentan igual decoración a lo largo de toda la Edad del Cobre, alcanzando incluso en determinados contextos una época de Argar Tardío. Por citar algunos de los casos más representativos y mejor documentados estratigráficamente, podemos traer a colación algún material afín aparecido en la Fase IIA/IIB del Cerro de la Virgen correspondiente a un Campaniforme Pleno, y tipos semejantes asociados también a Campaniforme en el cercano yacimiento de El Manzanil o en un ambiente del Cobre Pleno en la Cueva del Cerro del Castellón de Campotéjar. Con respecto a la pervivencia tardía de esta modalidad decorativa, en las Peñas de Los Gitanos de Montefrío una olla de paredes entrantes ofrece la misma decoración en un momento del Cobre Final o Bronce Inicial, como prueba el contexto de la Fase IV de este yacimiento en que ha sido documentada (ARRIBAS y MOLINA, 1979). No es el único ejemplar de aquí que puede servirnos de referencia, existiendo un cuenco profundo de borde entrante con similar decoración, adscrito a un Bronce II en el Nivel II de las originarias excavaciones del Dr.Tarradell en el lugar (MORENO, 1982). El mismo tipo lo encontramos en

el Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona), en estratos correspondientes a un Argar Tardío.

Otros hallazgos demuestran igualmente la perduración de estos motivos a lo largo de un amplio espectro cultural y cronológico. Es el caso de su presencia en un cuenco procedente del ajuar de una sepultura individual del Bronce Pleno en Laborcillas (MENDOZA *et al.*, 1975) y en otro de igual cronología procedente de la necrópolis de este mismo yacimiento (Los Eriales) (LEISNER, 1943).

En referencia a los cuencos de casquete esférico muy planos (núm.193) hemos de recordar que se trata de un tipo muy habitual en contextos materiales del Cobre y Bronce peninsulares, resultando además muy representativa su presencia en yacimientos cercanos al nuestro, como lo prueban los fragmentos encontrados a lo largo de la secuencia calcolítica de Los Castillejos de Montefrío, en donde se inicia su aparición desde el Estrato VA de la Fase III.

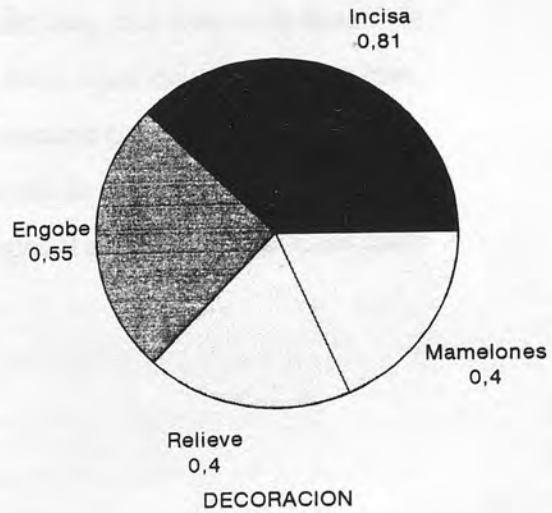
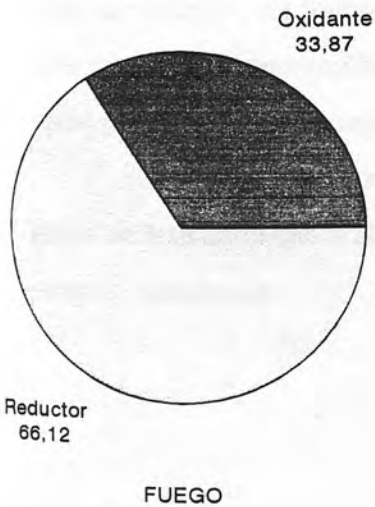
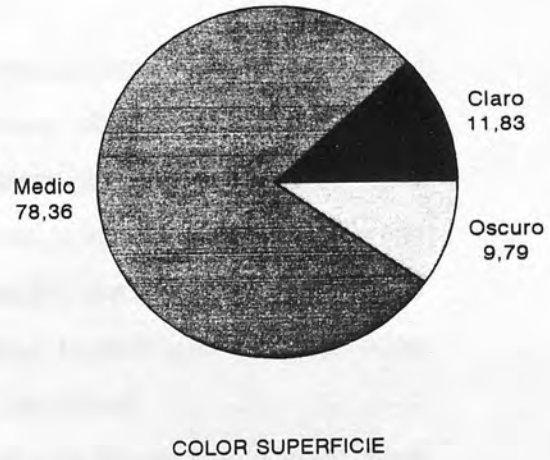
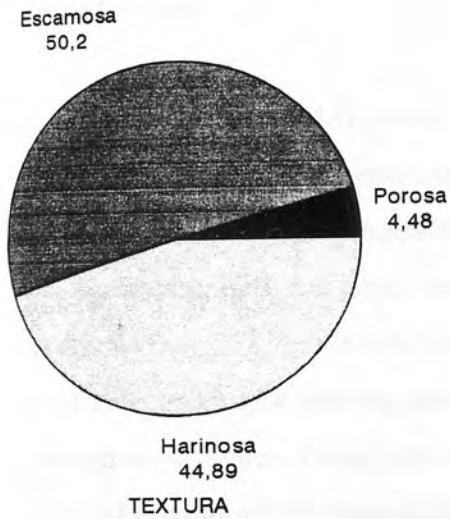
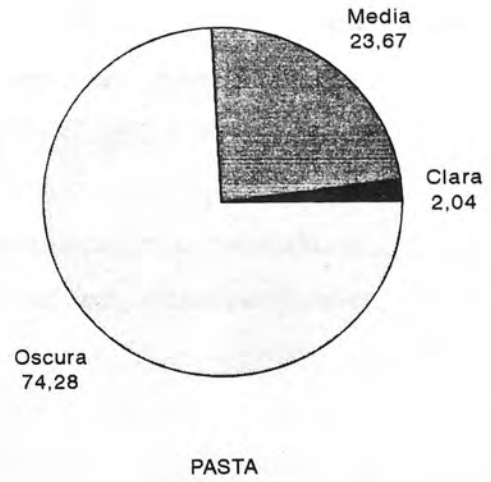
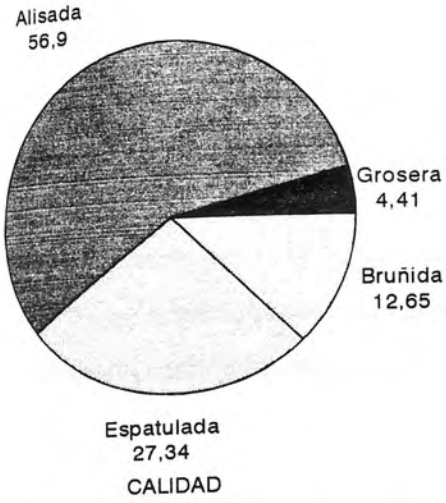
El plato documentado en esta tercera fase (núm.235) procede de la capa más superficial del relleno del Corte II, al igual que dos de las fuentes que componen esta novedosa variedad tipológica en la fase que nos ocupa. La tercera fuente, de la que hemos dado cuenta anteriormente, procede del Estrato 2. Los platos de borde marcado exteriormente y biselado en el interior son conocidos en diferentes fases de la Edad del Cobre, con especial desarrollo en el Cobre Pleno y Final. Puede servirnos como ejemplo la secuencia del Cerro de la Virgen de Orce, donde inician su presencia en una fase Precampaniforme (SCHÜLE, 1980).

Respecto a las fuentes carenadas, es preciso considerar particularmente cada una de sus variantes estructurales. La de carena baja (núm.218) procedente del Estrato 2, encuentra un parangón cercano en los ejemplares de tipología similar del Cerro de la Virgen, con una amplitud cronológica que va desde un momento Precampaniforme en la Fase I del yacimiento hasta el Campaniforme Pleno (Fase IIa/B). De comienzos del Cobre y Cobre Pleno datan también tipos similares en Los Castillejos, documentados en su Fase III. Problemática diferente plantean otras formas presentes en la fase anterior, en torno a las cuales puede detectarse un reflejo de tipos con tradición neolítica, y en cuyo contexto están ausentes las fuentes de borde engrosado. Aparecen documentadas en la Alta y Baja Andalucía dentro de un Cobre Antiguo y Pleno pudiendo, en nuestro caso, referenciar una buena representación de estos materiales procedentes de las recogidas superficiales en El Manzanil.

La fuente catalogada con el núm.233 es más profunda y ha sido asimilada a las formas de carena alta y borde abierto, con un fondo que debió ser semiaplanado. En nuestra estratigrafía

FASE III

Características técnicas de la cerámica Valores porcentuales



apareció en el estrato superior y la relacionamos con los contextos del Bronce Tardío dentro y fuera de la provincia. Con el borde más o menos abierto las encontramos bien representadas en varios yacimientos granadinos, entre los que pueden citarse el Cerro de la Encina (Monachil) (ARRIBAS *et al.*, 1974), Cuesta del Negro (Purullena) (MOLINA y PAREJA, 1975) o el Cerro de la Mora (Moraleta de Zafayona). Fuera de la provincia, los casos más representativos se encuentran en yacimientos como Fuente Alamo (ARTEAGA Y SCHUBART, 1980) o Cabezo Redondo (SOLER, 1986).

Por su parte, la fuente núm.232, de gran diámetro, con el borde abierto y marcado, no supone novedad tipológica alguna en los contextos del Bronce Final avanzado, siendo muy común entre estos conjuntos materiales.

La decoración

Es escasa la incidencia de cualquier tratamiento decorativo en el conjunto cerámico que hemos analizado. De todas las variantes que han sido interpretadas como tales, puede afirmarse que es la decoración de mamelones alineados junto al borde en el cuenco plano núm.186 el único caso que puede adscribirse con plenas garantías a la Fase III. En el resto de los casos, como sucede con el cuenco núm.238 con decoración incisa y en relieve, el núm.190 con incisiones en crudo y el núm.196 con engobe marrón rojizo bruñido, hay que considerar la posibilidad de una posición errónea en el paquete estratigráfico debido a las remociones del terreno.

Otros casos plantean dudas en su interpretación técnica de factura y no cultural. Es el caso, por ejemplo, del fragmento núm.239, cuyas incisiones verticales muy finas en la superficie exterior admiten cierta ambigüedad en su consideración real como tales incisiones o, más bien, como producto de la impronta de alguna materia vegetal que revistiese en su origen al recipiente.

Sea como fuere el partido que se tome en la consideración de estos escasos ejemplos, se deriva de la muestra que la cerámica decorada no cuenta con especial significación en el conjunto material clasificado.

La industria lítica

Respondiendo a la tónica general que se viene manteniendo desde los niveles inferiores, en su conjunto esta industria está realizada fundamentalmente en sílex, habiéndose documentado entre estos estratos un total de 34 piezas. Sólo un posible alisador de piedra (núm.227), procedente del estrato 2, rompe esta monotonía. En esta fase, en particular, existe un predominio de las lascas sobre las hojas, aunque la totalidad de los útiles está realizada sobre hojas. Se dan además ciertos casos en los que algunas lascas y hojas han sido utilizadas sin preparación previa, según se observa tras el análisis de las huellas de uso presentes en sus bordes. Una variedad tipológica ligeramente mayor que la descrita en los estratos precedentes viene avalada por el registro de una truncadura (núm.241), dos piezas con escotaduras (núm.203), un elemento de hoz (núm.240) y un trapecio (núm.223).

Puede establecerse, sin duda, una estrecha conexión entre este conjunto de lascas y la existencia de cuatro núcleos o fragmentos, así como de varias esquirlas, desechos de talla, lascas y hojas de descortezamiento, todo lo cual nos llevaría a presumir una actividad de talla *in situ*. El aumento de lascas podría avalar esta tesis, toda vez que un buen número de ellas no son sino desechos de talla de pequeño tamaño. Por otra parte, las lascas de mediano y mayor tamaño también aumentan su porcentaje.

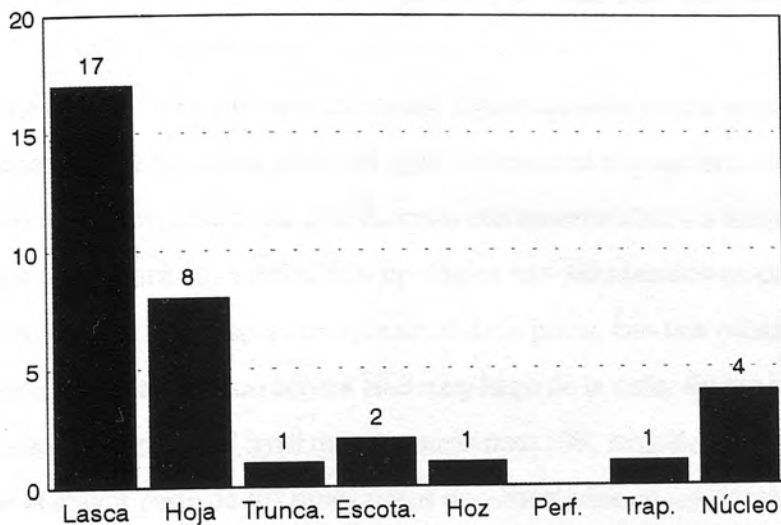
El aspecto externo que presentan muchas de estas piezas acusa la intervención de ciertos procesos térmicos que denotan un contacto prolongado con el fuego. En todo momento debe interpretarse este hecho como algo puramente casual y, tal como se prescribía para los útiles de la Fase I afectados por el mismo fenómeno, debe descartarse toda posibilidad de tratamiento térmico en el proceso de talla.

La diversidad de esta industria, así como las características diferenciales con respecto a la documentada en los estratos inferiores, concuerdan con el horizonte definido para esta Fase III. Es de destacar, por ejemplo, un mayor equilibrio entre lascas y hojas, un mayor tamaño de las primeras, la existencia de núcleos laminares y, en particular, la presencia de verdaderos elementos de hoz, identificables habitualmente en los contextos materiales del Cobre y el Bronce. Las piezas de hoz aparecen estratificadas, por ejemplo, en la Fase III del poblado de Los Castillejos de Montefrío, si bien es en los estratos superiores (Fase IV) cuando puede hablarse de la presencia de auténticos dientes de hoz, elementos nuevos y característicos únicamente en estos niveles.

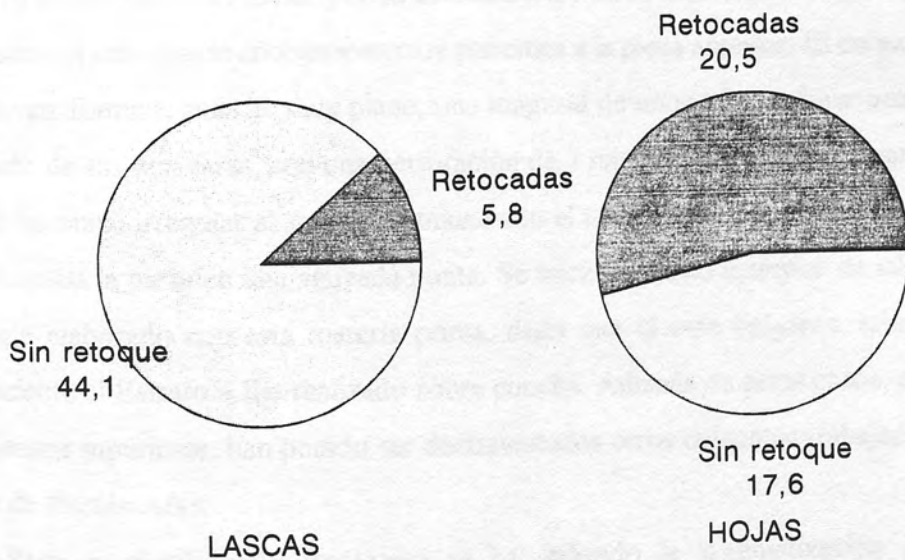
FASE III

Industria lítica

TIPOLOGIA DEL UTILLAJE
Conjunto inventariado



PORCENTAJES DE LASCAS Y HOJAS



El hueso trabajado

Goza esta industria de cierta variedad en los estratos superiores, a pesar de no ser muy abundante. La componen un cincel y un punzón completos (núms.198 y 199), un colgante arqueado (núm.201) y un tubo decorado (núm.200), procedentes del Estrato 3, un alfiler perteneciente al Estrato 2 (núm.224) y otro punzón, en este caso fragmentado (núm.242), registrado en el Estrato 1 (Superficial).

La mayoría de útiles pertenecientes al estrato 3 guardan entre sí una relación deposicional, al tratarse de elementos que formaban parte del ajuar funerario al que también pertenecía la vasija núm.197 en el enterramiento que ya ha sido descrito con anterioridad. La mayor de estas piezas es un cincel (núm.198), para cuya definición tipológica han sido tenidos en cuenta una serie de caracteres como su tamaño y la propia configuración de la pieza, con una punta más redondeada que aguzada y obtenida a partir de un corte a bisel muy largo de la caña. Puede inferirse a este útil una clara ascendencia neolítica y, al igual que el punzón núm.199, también de aspecto más macizo y consistente que la mayor parte de los útiles óseos documentados en los estratos inferiores, está trabajado sobre tibia de ovicáprido de pequeña talla. Estas especies han aportado, en general, la materia prima para la elaboración de esta industria en el yacimiento, si bien la mayoría de los útiles han sido elaborados a partir de metatarsianos o metacarpianos. También sobre hueso de ovicáprido ha sido realizado el tosco punzón fragmentado del estrato 1 (núm. 242).

Al mismo contexto ritual, por su cercanía a los otros elementos descritos, cabría asociar al colgante y al tubo que se encontraban muy próximos a la pieza anterior. El colgante (núm. 201) presenta una forma arqueada, muy plano, una longitud de unos 60 mm, buen acabado mediante fino pulido de sus dos caras, con una perforación de 3 mm de diámetro en su parte más ancha y de perfil bicónico irregular al ser más pronunciado el bisel por una de sus caras. En el extremo opuesto acaba la pieza en una aguzada punta. Se trata del único ejemplar de adorno en toda la secuencia elaborado con esta materia prima, dado que el otro colgante, también arqueado, perteneciente al Estrato 4 fue realizado sobre concha. Además de estos casos, e igualmente en estos estratos superiores, han podido ser documentados otros colgantes trabajados sobre valvas enteras de *Pectúnculus*.

Para su clasificación tipológica se ha utilizado la sistematización de Y. Taborin (TABORIN, 1974) para los objetos ornamentales en concha, válida igualmente para los

elaborados en piedra y hueso. Por su forma parece pertenecer al Tipo A, en el que se incluyen los colgantes cuya altura supera a su anchura, y más concretamente al subtipo A.8.1 según se desprende de su forma arqueada y sus tres lados, los dos largos cóncavo y convexo respectivamente y el lado corto rectilíneo. No es una forma frecuente en hueso este Tipo A arqueado, estando, por contra, bien documentados colgantes de tal tipología en concha en yacimientos clásicos como Arene Candide o Chateuneuf-les-Martigues, a partir de un momento transicional desde el Neolítico Antiguo al Neolítico Medio y con más abundancia desde el Neolítico Final y comienzos del Calcolítico. Aunque los hay también en piedra y en hueso, la mayoría están trabajados sobre valvas de *Pectunculus*.

Independientemente del material utilizado -piedra, hueso o concha- resulta evidente que los colgantes largos arqueados son uno de los modelos que gozan de más amplia difusión desde los inicios del Calcolítico. Pese a ello, no resulta fácil establecer paralelos para nuestro ejemplar de hueso en contextos neolíticos tardíos o calcolíticos a escala regional e incluso peninsular. Su forma arqueada estaría, tal vez, en consonancia con el diseño del tipo documentado en la Cueva del Agua de Prado Negro (Iznalloz, Granada) (NAVARRETE y CAPEL, 1979), elaborado en concha, y con los modelos elaborados en piedra, concha (pectúnculo) y colmillo de jabalí, presentes con relativa frecuencia en las cuevas o covachas sepulcrales con enterramientos colectivos de la región levantina y de los conjuntos megalíticos del SE., de entre los cuales quizá tenga especial significación para nuestro caso el colgante documentado entre el material óseo del enterramiento colectivo de La Carada (Huéscar, Granada) (JIMÉNEZ BROBEIL, 1983) con el cual pueden establecerse ciertas similitudes relativas a la materia prima empleada, la cuidada elaboración y la forma general de la pieza. Como factor discordante en este planteamiento, y pese a que el tipo puede considerarse similar, es decir largo y arqueado, está el hecho de que el ejemplar de La Carada posee cuatro lados frente a los tres que posee el del Coquino y carece, en consecuencia, del extremo aguzado.

Aunque más lejanos tipológicamente, los colgantes rectos no arqueados, trabajados igualmente sobre finas láminas de hueso, podrían tenerse en cuenta como posibles paralelos de estas piezas. En concreto citaremos los casos más próximos, documentados, por un lado, en el mismo yacimiento de La Carada o los recuperados en la Cueva del Gato de Benaolán (CABRERO, 1976), integrantes en la actualidad de un conjunto material no estratificado.

El tubo decorado (núm.200) representa, sin duda, la pieza más singular de las que han sido

descritas en este contexto. Presentaba un buen estado de conservación en el momento de su hallazgo y desde su estudio preliminar planteó ya una serie de incógnitas sobre su factura, utilidad, posibles paralelos, etc., que habrían de resolver con posterioridad estudios más precisos. El primer problema planteado se refería a la identificación de la materia prima utilizada en la elaboración de este objeto, considerando que su aspecto externo resultaba muy semejante al de otras piezas trabajadas en marfil. Sólo la analítica DSC efectuada por calorimetría diferencial de barrido, que se llevó a cabo con posterioridad (GIRELA y ROLDÁN, 1992), desvelaría que la naturaleza de la pieza era efectivamente ósea y no dentaria. Tiene una longitud de 74 mm y un diámetro máximo de 9 mm que se mantiene con gran regularidad a lo largo de toda la pieza. Presenta sendas perforaciones circulares que recorren su interior en sentido longitudinal a partir de cada uno de sus extremos sin que se vea afectada la parte media de la pieza, característica que pudo comprobarse tras la introducción de un fino taladro por ambos lados. La superficie exterior ofrece con nitidez una decoración simple a base de cinco líneas incisas paralelas en cada uno de los extremos y una tercera serie de seis líneas, igualmente horizontales y paralelas, en la parte central.

Resulta revelador, de cara a la interpretación sobre el posible uso de la pieza, el hecho de que las perforaciones interiores se interrumpían en la parte media de la misma. Este dato resultó en su día suficientemente poderoso como para descartar la posibilidad de que se tratase de un objeto de adorno para colgar, apreciación que venía avalada por la longitud del mismo, que resulta quizá excesivamente grande para ser un colgante o cuenta de collar. Otra posibilidad que se descartaba así misma era la de considerarle como botón, al no poseer la perforación central transversal que presentan objetos similares, para los que está suficientemente reconocida tal funcionalidad. Más verosímil resulta, en cambio, presentarlo como mango de punzón, puesto que se conocen tubos parecidos en los que aún permanece inserto el punzón metálico, como el ejemplar procedente de una sepultura argárica de la Cuesta del Negro de Purullena (Granada) que, junto a otros existentes en contextos del Cobre y del Bronce peninsulares y extrapeninsulares, reúne todas las características como para constituir un decisivo paralelo de éste del Coquino.

El citado mango de Purullena procede de la Sepultura 18 (Corte 3) de la Cuesta del Negro (TORRE, 1974), de 64 mm de largo y una perforación que recorre toda la longitud de la pieza en forma troncocónica, al presentar mayor diámetro en un extremo que en otro. La decoración consiste en diversas series de líneas incisas paralelas con intervalos entre las series que están

ocupados por pequeños círculos con un punto interior. La pieza se encuentra visiblemente manchada por el característico verdor del óxido de cobre en la zona de unión entre el punzón y su mango, además de otros puntos de color rojo vinoso.

Los niveles más tardíos correspondientes a la Fase Cogotas I del mismo yacimiento de Purullena ofrecen otro tubo de hueso decorado a base de incisiones en espina de pez localizadas en ambos extremos, aunque esta vez ha sido interpretado como cuenta (SALVATIERRA, 1982). Otra pieza también tubular y con decoración semejante, de 59 mm de longitud, ha sido interpretada como colgante, dada la existencia de una pequeña perforación transversal en su parte central, encontrada en las inmediaciones de la Cueva de la Carigüela de Piñar y procedente de una colección particular (SALVATIERRA, 1982).

De clara filiación argárica son otros ejemplares procedentes del yacimiento epónimo y de Fuente Alamo. En el Argar fueron documentadas por E. y L. Siret una serie de piezas encontradas fuera de las tumbas (SIRET, 1890), entre las cuales figura una, descrita como un cilindro de marfil incompleto, adornado con series de líneas incisas paralelas que guardan gran parecido con el esquema decorativo ofrecido por el tubo del Coquino. Por lo que respecta al de Fuente Alamo, procede de la excavación de 1977 (SCHUBART y ARTEAGA, 1978), es de hueso y ha sido calificado igualmente como empuñadura de punzón. Con una longitud de 70 mm, presenta igualmente una decoración incisa en forma de reticulado en dos campos que ocupan los extremos de la pieza.

Fuera de la Península, y en contextos campaniformes, han sido documentados tubos decorados con incisiones, a veces con perforación central como el de la terrera de la Carigüela de Piñar, en algunos yacimientos de la fachada atlántica francesa. Uno de ellos, asociado a elementos campaniformes, procede del dolmen de Pierre-Folle, en Tiré (Vendée) (JOUSSAUME, 1976c), y su decoración de incisiones paralelas horizontales en zonas diferenciadas resulta muy similar a la del Coquino. El otro procede del dolmen de Cabut en Anglade (Gironde) (HEBRAS, 1965; BOUSQUET *et al.*, 1968; GERMOND, 1980) y también se asocia a elementos campaniformes.

Con la misma decoración incisa, pero carentes de la perforación transversal, otros tubos completan este panorama artefactual inserto en ámbitos megalíticos. Es el caso del procedente del dolmen de Pierre-Levée en Nieul-sur-l'Autize (Vendée) (JOUSSAUME, 1976a), comprendido en un contexto campaniforme fechado hacia 2090 ± 130 a.C., que ha sido relacionado con los

anteriormente citados, y el que procede del dolmen E 136 de Taizé (Deux-Sèvres) que, por ahora, es el que más relación guarda con el del Coquino atendiendo fundamentalmente al sistema de incisiones que presenta. El contexto campaniforme en que ha sido documentado pertenece a la civilización calcolítica de Artenac (JOUSSAUME, 1976b y 1981). Es de resaltar la relación que R.Jossaume establece entre esta pieza y otro ejemplar de la Cueva de Treille en Mailhac (Aude), que diera a conocer J. Guilaine (GUILAINE, 1967) estableciendo, a su vez, cierta identidad entre este tipo de objetos con perforación central de los Pirineos franceses y piezas procedentes del valle del Ródano y el ámbito renano en contacto con el Campaniforme. De los hasta ahora citados, parece indudable que el tubo citado por Guilaine se identificaría más con el procedente de la terrera de la Carigüela, concordando además su común utilidad como botones.

Una última pieza ósea merece nuestra atención, rodeada de cierta problemática en cuanto a su adscripción cultural precisa. Se trata de un alfiler perteneciente al Estrato 2 (núm.224), de 72 mm de longitud, que presenta un fuste y cabeza bien pulidos, con una configuración que no se adapta a las formas corrientes presentes en contextos neolíticos en los que alfileres y agujas constituyen utensilios tradicionales, ni tampoco del Cobre, en donde existe igualmente una variada tipología de los mismos (ROUDIL, 1977; STRAHM, 1977; CLOTTE y CARRIÈRE, 1978; COURTIN, 1978; VENTO, 1985). Ninguna de las series definidas en cada uno de estos contextos incluye ejemplares de cabeza lisa, ovalada y tallada en la misma pieza que el fuste, como el modelo del Coquino. Los paralelos más afines a este tipo creemos, por ello, que habrían de localizarse en el mundo romano, en donde abundan alfileres de hueso con estas características.

Partiendo, pues, de la posibilidad de que este alfiler pudiera pertenecer al conjunto de piezas romanas documentadas en el nivel superficial, y considerando una vez más la incidencia que la fuerte remoción de éste ha causado en el orden estratigráfico, podría señalarse algún paralelo menos cercano tipológicamente entre los materiales no estratificados procedentes de las excavaciones del P. Furgus en la ladera de San Antón o Laderas del Castillo (SORIANO, 1984), Cueva de la Recambra (Gandía) (APARICIO *et al.*, 1983), etc.

La concha

Sólo figuran dos objetos de adorno realizados con este material, que se suman así al

colgante de hueso del Estrato 3 como únicos utensilios de estas características en todo el conjunto material recuperado. Se trata de dos valvas de Lamelibranquio, perforadas para ser colgadas, procedentes de los Estratos 2 y 1 respectivamente del Corte II. La primera de ellas (núm.222), de mayores dimensiones, presenta una perforación que debió realizarse mediante abrasión de la zona convexa utilizando una superficie dura para frotar dicha zona hasta abrir el orificio. La otra pieza (núm.243) presenta una perforación algo mayor y más regular, obtenida quizá por otro procedimiento, utilizando un perforador. No existen, en este último caso, huellas externas que indiquen la realización de una abrasión previa, proceso muy habitual en este tipo de perforaciones desde el Neolítico Reciente para la realización de este tipo de adornos (TABORIN, 1974).

Independientemente de los planteamientos técnicos sobre la elaboración de las piezas, es preciso insistir en el hecho de que tal materia prima resulta extraña en esta zona, por lo que fue traída exprofeso desde la región costera para ser utilizada como objeto de adorno. Efectivamente, no se han encontrado otros restos de concha sin trabajar, ni en los estratos superiores de la secuencia ni en los subyacentes. Por otra parte, tampoco se dispone de datos como para averiguar si ya vinieron elaborados los colgantes o si existió un proceso de intercambio que sólo afectó a la materia prima en bruto.

Por lo que se refiere a este material, sí se pueden facilitar algunos datos sobre sus características morfológicas dada la nitidez con que se manifiestan sus rasgos identificativos de especie. Al parecer podría tratarse de *Pectunculus violascens* (Lamarck), presentando un mayor pronunciamiento del natis respecto al *Pectunculus glycymeris* L y una forma más alargada. Por otro lado, existen rasgos característicos de la especie citada, como pueden ser los pronunciados dientes que suelen identificarse con claridad en la cara interna de estas conchas o el propio tamaño de las piezas, que no presentan los ejemplares de nuestro yacimiento y que les confieren, en consecuencia, un aspecto un tanto atípico. La primera anomalía tiene una explicación relativamente simple si pensamos en un desgaste natural de la pieza o bien en una, más que probable, manipulación posterior. Por lo que se refiere a las dimensiones, no existe concordancia con las que se dan como normales para este tipo de concha (40 x 35mm), ofreciendo las nuestras 44 x 47mm en un caso y 36 x 37mm en el segundo, teniendo en cuenta incluso el posible desgaste sufrido por ésta última.

La pieza tubular catalogada con el núm.200 fue sometida a un análisis calorimétrico de barrido para determinar su naturaleza ósea o dentaria, atendiendo al registro obtenido mediante

procesos termoanalíticos llevados a cabo por los profesores F. Girela y M. Roldán en las dependencias de la Estación Experimental del Zaidín (C.S.I.C.- GRANADA) (GIRELA y ROLDÁN, 1992).

La metodología utilizada en este caso se fundamenta en las aplicaciones que la calorimetría diferencial de barrido (DSC) aporta para la determinación de la materia ósea o dentaria en que está realizado el objeto, partiendo de una diferenciación clara entre esmalte y hueso, cuyos valores aparecen bien definidos en los termogramas correspondientes a los distintos tejidos calcificados que se someten a registro. Una valoración global del sistema instrumentalizado para llevar a cabo este tipo de estudios nos presenta, como punto de partida, la definición de los procesos físico-químicos de intercambio que se producen en el transcurso de la fosilización entre un tipo de hueso determinado y el sedimento en que se encuentra.

En función de los resultados obtenidos, puede afirmarse que este utensilio, descrito como mango de un punzón metálico, ha sido tallado en hueso.

f) Materiales de recogida superficial

Presentamos a continuación el estudio efectuado sobre una selección de materiales pertenecientes en su mayoría al nivel superficial del yacimiento, que habían sido extraídos por aficionados locales antes de llevarse a cabo la intervención arqueológica en el mismo. La muestra que se describe constituye una representación importante de un nutrido conjunto, tan numeroso como heterogéneo en cuanto a las características culturales que presenta. Esta disparidad responde al hecho de que, si bien gran parte de los materiales fueron exhumados de la parte superior del relleno, otros proceden de capas inferiores al haberse abierto hoyos de cierta profundidad en distintas zonas de la cueva.

Se aprecia claramente, a partir de un seguimiento pormenorizado de estos materiales catalogados como "de superficie", que es la mescolanza de tipos procedentes de distintas épocas la característica más llamativa del conjunto. Algunas de estas formas y decoraciones ponen efectivamente de manifiesto que su procedencia no puede ser compartida con la del resto de las cerámicas del nivel superficial. Baste como ejemplo de esta circunstancia, la contemplación de los materiales comprendidos entre los números 252 y 261 del catálogo cuya heterogeneidad tipológica sólo puede explicarse por alteraciones post-deposicionales. Este hecho obliga, una vez

más, a considerar el grado de incidencia que las perforaciones clandestinas han tenido en los estratos más antiguos del relleno, particularmente en la zona de la cueva más próxima a la entrada.

No resulta complicado adscribir la mayoría de estas formas a su contexto cultural correspondiente, amparándonos en la nitidez de sus características tipológicas. Es el caso, en primer lugar, de los materiales que pueden asimilarse al ámbito artefactual de los Estratos 6 y 5, entre los cuales se encuentran los fragmentos decorados con incisiones (núms.252-256), las ollas de forma ovoide (núms.258 y 260) y las globulares de galbo carenado como la núm.261, incluyendo posiblemente algunos otros tipos de ollas y cuencos cuya filiación resulta algo más problemática por no presentar decoración u otros elementos tan definitorios (núms.266, 268, etc.).

En general, los motivos decorativos incisos observados en estos fragmentos, tales como los reticulados, las incisiones cortas verticales, las líneas horizontales cortas o continuas y las series en zig-zag, pueden ubicarse sin problemas entre los repertorios observados en los estratos más antiguos, a lo que vienen a sumarse, por otra parte, las propias características de fabricación de estas cerámicas. Entre las muestras incisas que pudieran aportar cierta originalidad, cabe destacar el motivo representado en el fragmento núm.253, muy presumiblemente un zig-zag a pesar de que su fragmentación no permite una determinación exacta del mismo.

También de los niveles más antiguos de la Fase I pueden proceder perfectamente las ollas ovoidales con mamelones perforados como la que se describía en su momento con el núm.51, las ollas globulares de perfil carenado (núm.93) o los cuencos planos de paredes y borde entrantes (núm.47).

El resto del material cerámico se inscribe con claridad en la secuencia cultural postneolítica, contribuyendo a completar la documentación disponible acerca de las fases de ocupación más tardías del yacimiento (núms 262, 263 y ss.). Resultan especialmente significativos, en este sentido, los grandes cuencos hondos de perfil carenado; el núm.273, de borde entrante, fondo curvado y carena alta, está provisto de mamelones inclinados hacia abajo desde la misma línea de carenación. Su superficie externa está tratada mediante bruñido y puede considerarse como un tipo bien conocido en los contextos de finales del Bronce Argárico y del Bronce Tardío del Sudeste peninsular. Como ejemplos más cercanos geográficamente al nuestro citaremos los de la Cuesta del Negro de Purullena (MOLINA y PAREJA, 1975. Fig. 56, 227; Fig. 27, 231; Fig. 60, 242), del Cerro de la Encina de Monachil (MOLINA GONZÁLEZ, 1977. Tabla tipológica

núm. 8) y los vasos de tipología muy semejante documentados en el Cerro de la Mora de Moraleda de Zafayona en estratos del Bronce Tardío, fechados en torno a comienzos del s. XIII a.C. También en un contexto de Bronce Tardío han sido documentados en Fuente Alamo (SCHUBART y ARTEAGA, 1978).

Por lo que respecta al otro cuenco carenado de borde abierto (núm. 264), presenta asimismo una carena alta, el fondo curvo y la superficie exterior bruñida. Coincide con el tipo anterior al insertarse igualmente en los contextos del Bronce Tardío/Final. Ha sido documentado en la Cuesta del Negro en el Estrato IV/Sur (MOLINA y PAREJA, 1975. Fig. 60, 240; Fig. 62, 247) y en el Cerro de la Miel, próximo al de la Mora (Moraleda de Zafayona), mediante un ejemplar que apareció asociado a elementos propios de una fase antigua del Bronce Final (CARRASCO *et al.*, 1982).

En referencia al material óseo de este conjunto, hemos de añadir poca cosa a la ya referida descripción tipológica de éste. El tubo de hueso elaborado sobre un trozo de fémur de bóvido, trabajado en el extremo opuesto a su reciente fractura y con incisiones horizontales junto a aquel, no proporciona indicio alguno respecto a su posible funcionalidad, ni tampoco se cuenta con paralelos directos que definan su tipología y den pie a otras especulaciones.

g) Estudio analítico sobre el conjunto cerámico: origen de sus componentes mineralógicos y proceso de manufacturación

Nos ha parecido interesante, una vez realizado el estudio tipológico del material cerámico del yacimiento, dedicar un capítulo a profundizar en otros aspectos relativos a composición y factura que pueden acercarnos a una comprensión más precisa sobre el contexto tecnológico desarrollado por los ocupantes de la cueva. Para ello, ha sido seleccionada una muestra representativa del conjunto en las tres fases de ocupación descritas, sobre la cual se han llevado a cabo los distintos procesos analíticos. Los trabajos de medición, análisis de la estructura mineralógica y comportamiento de las pastas ante los procesos calóricos, entre otros, han sido realizados por un equipo integrado por la profesora J. Capel, del Dpto. de Prehistoria de la Universidad de Granada, y los profesores F. Huertas y L. Linares, de la Estación Experimental del Zaidín (C.S.I.C., Granada).

Como objetivo primordial, este estudio persiguió, desde su planificación, obtener una información complementaria respecto al origen de las cerámicas y sus técnicas de fabricación, haciendo uso de los datos que aportaría el análisis detallado de sus componentes mineralógicos y su estructura interna en los materiales seleccionados. De todo ello, la información obtenida ha revelado aspectos de indudable interés, como la utilización de dos tipos de materia prima: una de origen metamórfico-sedimentario y la otra de tipo volcánico, que denotan, en cualquier caso, un carácter autóctono de esta industria. Desde otra perspectiva, también la calidad de los objetos ha podido rastrearse en función de factores como la tipología de la vasija o la fase cultural a la que pertenecen, siendo técnicamente superior esta factura en la Fase III que en las precedentes.

La muestra material que ha constituido la base del análisis la integran 14 fragmentos procedentes de las tres fases culturales del yacimiento, repartidos de la siguiente forma: a la Fase I corresponden los fragmentos 1 al 5, a la Fase II del 6 al 9 y a la Fase III pertenecen las piezas catalogadas entre los números 10 al 14. De estos fragmentos ya se ha tratado anteriormente en cuanto a su descripción tipológica y características técnicas formales, por lo que se prescindirá ahora de especificar nuevamente estos datos.

Estudio mineralógico del material seleccionado

Los contenidos minerales son presentados gráficamente en la Tabla 1, expresados en tantos por ciento y siguiendo el orden de catálogo asignado para el análisis de las pastas. Para una mejor comprensión del contexto material a que pertenece cada fragmento se facilita seguidamente la correspondencia entre esta numeración y la que ha sido asignada en el catálogo general del yacimiento:

1= Núm. 32 (Fig. 11)	8= Núm. 128 (Fig. 26)
2= Núm. 24-25 (Fig. 10)	9= Núm. 169 (Fig. 31)
3= Núm. 112 (Fig. 24)	10= Núm. 186 (Fig. 35)
4= Núm. 84 (Fig. 18)	11= Núm. 191 (Fig. 36)
5= Núm. 5 (Fig. 7)	12= Núm. 193 (Fig. 37)
6= Núm. 171 (Fig. 32)	13= Núm. 218 (Fig. 43)

Esta cuantificación debe ser matizada, además, teniendo en cuenta que los porcentajes que ofrecen los distintos componentes responden a realidades formativas diferentes, siendo mayores las cantidades correspondientes a los elementos propios de cualquier sedimento y menores en los que se han formado como consecuencia de procesos posteriores a la elaboración de la pieza. Teniendo esto en cuenta, debe distinguirse un primer grupo formado por: filosilicatos o minerales de arcilla, cuarzo, calcita y feldespatos, claramente diferenciado de un segundo que integran: gehlenita, diópsido, wolastonita y hematites, presentes a partir de los procesos de cocción de las cerámicas.

TABLA 1
Composición Mineralógica
CUEVA DEL COQUINO (LOJA)

Núm	Fase	Filo. %	Qz. %	Cal. %	F.K. %	Plag. %	Dol. %	D + W %	Geh. %	Anf. %
1	I	68	17	12	-	3	-	-	-	-
2	I	72	19	-	1	1	-	-	1	6
3	I	84	13	1	-	2	-	-	-	-
4	I	34	16	46	-	-	3	-	-	-
5	I	72	20	-	3	2	-	-	-	3
6	II	67	19	13	1	1	-	-	-	-
7	II	24	23	50	-	-	-	-	3	-
8	II	34	24	39	1	-	-	-	2	-
9	II	73	19	6	-	-	-	2	-	-
10	III	48	10	40	0.5	0.5	-	-	1	-
11	III	52	17	-	-	26	-	-	-	5
12	III	57	26	23	2	2	-	-	1	-

13	III	80	15	2	2	1	-	-	-	-
14	III	77	19	2	1	1	-	-	-	-

Filo.= Filosilicatos; QZ= Cuarzo; Cal.= Calcita; F.K.= Feldespato potásico; Plag.= Plagioclasa; Dol.= Dolomita; D+W= Dióxido + Wolastonita; Geh.= Gehlenita; Anf.= Anfíbol.

Otra precisión, al respecto de la valoración cuantitativa, nos lleva a buscar una justificación para la fuerte proporción de filosilicatos y menor en calcita, dado que la elaboración de las cerámicas así lo exigen para conseguir una compacidad adecuada y evitar roturas prematuras.

Esta constante ha sido observada en la mayoría de los fragmentos, exceptuando los núms. 4, 7, 8 y 10, que presentan menos contenido en filosilicatos que en cuarcita. Otra anomalía se detecta en la pieza núm. 11, cuyo nivel de filosilicatos puede considerarse como normal mientras que el alto valor de plagioclasa aporta una nota discordante con un 26%. Por lo que respecta a los demás componentes, el cuarzo arroja valores medios (del 10 al 24%), la calcita lo hace en proporciones más variables (0 al 50%) y las demás fases tiene una escasa representación que les confiere un carácter de mero complemento en la matriz cerámica.

Un breve balance de este panorama mineralógico nos presenta una considerable heterogeneidad en el perfil compositivo de las cerámicas de las distintas fases culturales de la Cueva del Coquino. Esta variabilidad, particularmente en los filosilicatos y calcitas, sugiere una utilización de sedimentos claramente distintos, en una escala que oscila entre compuestos calcáreos y otros pobres en carbonatos. Estas pastas, por su parte, debieron cocerse a temperaturas no muy elevadas, dada la escasa proporción de fases de alta temperatura que se observa en el análisis.

Comportamiento de los componentes mineralógicos y origen de las cerámicas

Una vez llegado a este nivel en el trabajo, parece interesante considerar con más detalle determinados aspectos geoespaciales que nos permitan esclarecer con mejor fundamento los procesos mineralógicos que han afectado a las muestras analizadas, a la vez que definir con más claridad los tipos de sedimentos utilizados en la elaboración de las piezas. Para ello, han sido conjugados factores de localización y relaciones de contenido entre algunos de los componentes

estudiados, llegando a una representación fiable de lo que pudo haber sido el mapa de aprovisionamiento de la materia prima utilizada. El planteamiento de esta propuesta ha partido de la consideración de los filosilicatos, cuarzo y calcita, como los mejores indicativos para determinar las características y lugar de formación de estos sedimentos. El marco interpretativo que se enuncia a partir de aquí parte de la valoración de ciertas características intrínsecas, difícilmente alterables, que poseen estos componentes mineralógicos y que, en consecuencia, los hacen acreedores de una fiabilidad considerable en la determinación de estos márgenes espaciales.

Abundando en esta realidad, es conocido, por ejemplo, el carácter detrítico del cuarzo, que no sufre alteración alguna ni en el sedimento ni por causas de transporte, lo que le permite conservar sus características morfoestructurales intactas como en el lugar de origen. Su mayor tamaño respecto a los demás contribuye a que se concentre en las proximidades de su área fuente, por lo que puede definirse incluso una gradación de tamaño relacionada con la distancia a su centro difusor.

Los filosilicatos pueden presentar, en cambio, un origen diverso, distinguiéndose entre detríticos y neoformados resultando difícil su diferenciación. La presencia de filosilicatos es particularmente útil para establecer el grado de evolución de un sedimento, estableciéndose una relación directa entre la mayor antigüedad del mismo y la mayor cantidad de éstos. Por lo que se refiere a su capacidad de dispersión, ha de considerarse como aspecto a tener en cuenta el tamaño de las partículas. En general se considera que los filosilicatos más gruesos acompañan al cuarzo durante el transporte, mientras que los más finos se depositan en zonas más alejadas. De esta constante puede deducirse que los filosilicatos se concentran con respecto al cuarzo en la medida en que se produzca un alejamiento de su área fuente.

La calcita, por su parte, también acusa un doble carácter detrítico o neoformado resultando corriente encontrarla, tras procesos de esta última índole, en cuencas marinas o continentales. Por sus características, viene a cumplir la función de diluyente del material terrígeno formado por filosilicatos, cuarzo y feldespatos.

Una vez definidas las características generales y el comportamiento mineralógico de estos componentes fundamentales del sedimento, estamos en condiciones de acometer una aproximación a las relaciones que estos minerales mantienen entre sí en las cerámicas objeto de estudio.

Un ejemplo significativo lo constituye la cuantificación de los contenidos de filosilicatos

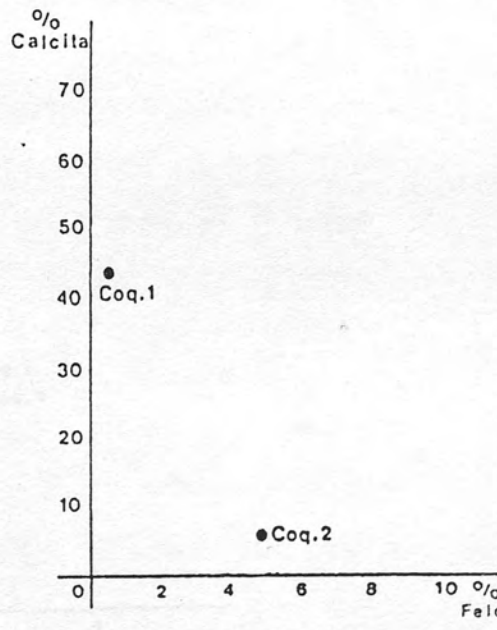
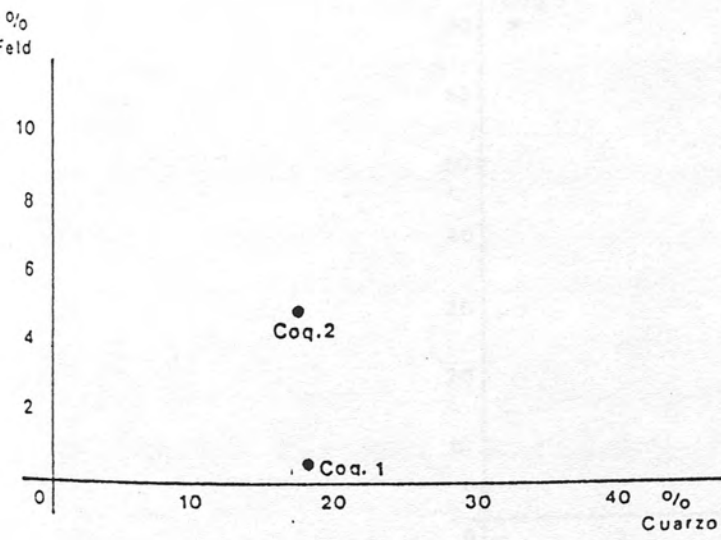
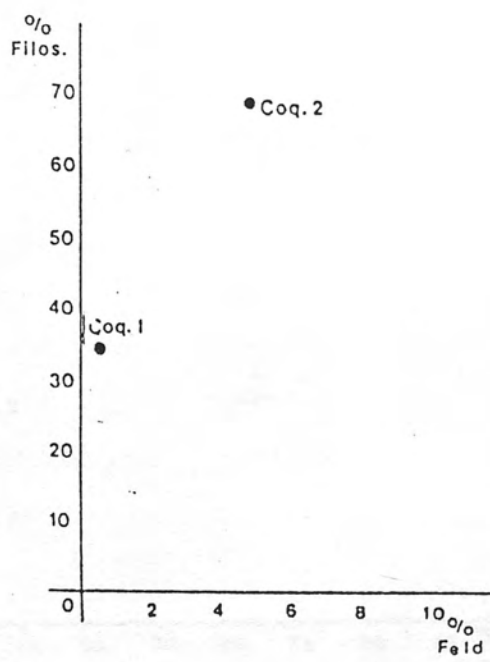
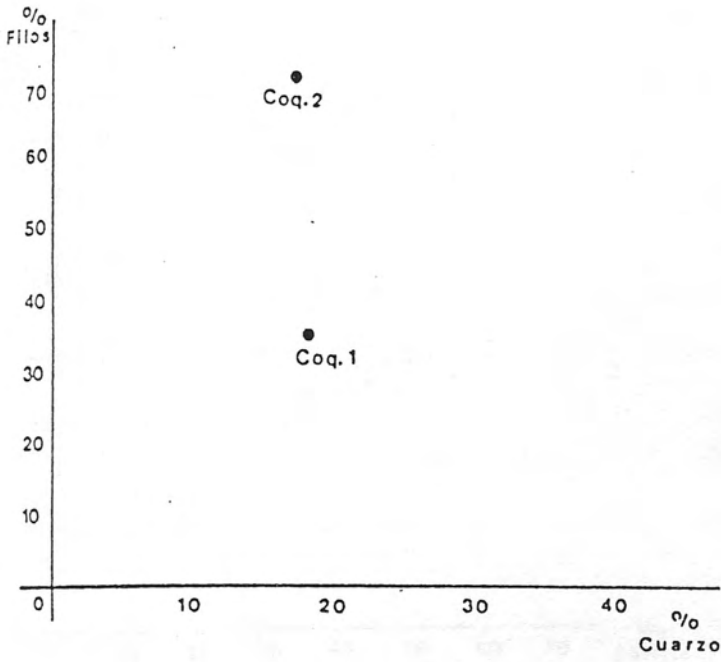
en función con el cuarzo. En este caso cabe esperar una doble posibilidad de correlación, siendo ésta muy significativa y de carácter negativo en el caso de que los filosilicatos y el cuarzo tengan una filiación detrítica. En el caso contrario, si una parte de los filosilicatos son neoformados, habrá que hablar de una correlación menos perfecta entre ambos minerales.

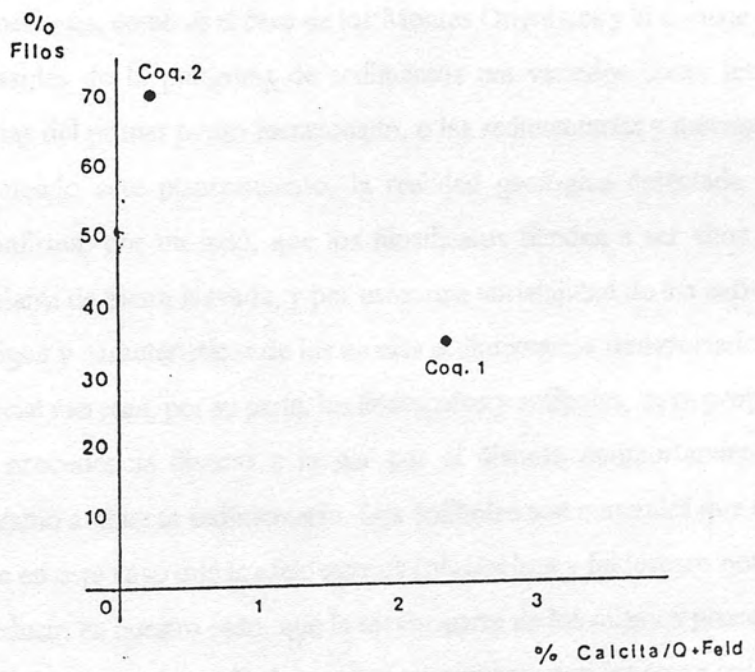
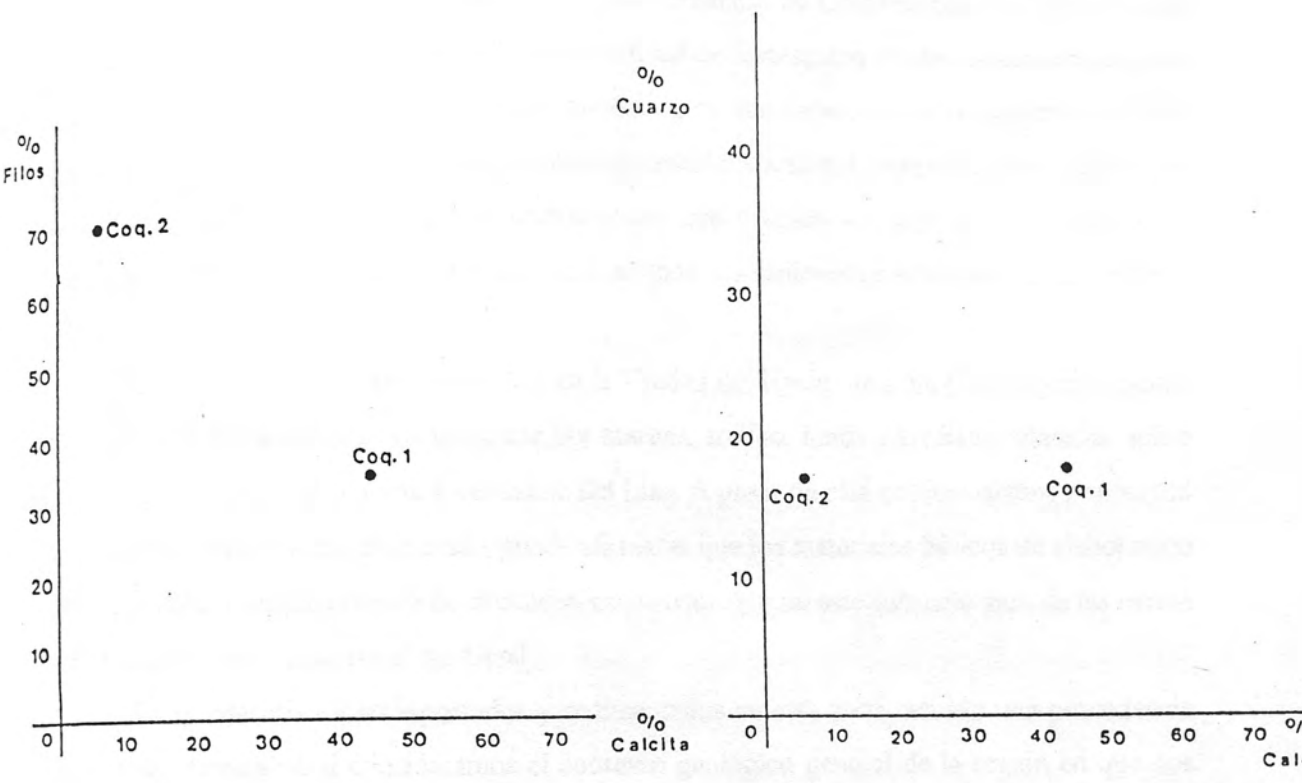
Según esto, resulta altamente valorable el carácter que puedan presentar los filosilicatos, pudiéndose derivar de ello un importante índice diferenciador en el que pueden fundamentarse conclusiones relativas a la localización geográfica de los yacimientos y la constitución geológica de la zona. Las derivaciones geospaciales de este planteamiento están claras si pensamos en la posibilidad de deducir, por este proceso, el origen de los sedimentos que constituyeron la materia prima en la elaboración cerámica.

Atendiendo a los porcentajes de filosilicatos y calcita de las cerámicas estudiadas se deduce la existencia, por un lado, de muestras muy calcáreas frente a otras poco o nada calcáreas. El perfil, además, de la representación, nos sitúa ante una calcita de carácter diluyente, en virtud del escaso porcentaje de filosilicatos que unas muestras presentan en favor del alto contenido en calcita.

La verificación de esta distinción de muestras en relación a los demás conceptos que vienen barajándose en el estudio, ha hecho que la representación analítica se extienda también al contenido existente en las muestras de un mineral detrítico como el cuarzo, en confrontación a otro neoformado como la calcita. En este caso, la calcita experimenta una variación amplia, mientras que el cuarzo permanece en proporción casi constante.

Otro dato que puede aportar igualmente buena información sobre la procedencia de los materiales que constituyen las pastas cerámicas es la correlación existente entre el contenido de cuarzo respecto al contenido de feldespatos (feldespato potásico + plagioclasa). El fundamento de esta otra sugerencia viene dado por una nueva constante que enuncia una perfecta correlación entre el cuarzo y los feldespatos en las áreas-fuente de los minerales, dado el correspondiente carácter paragenético de ambos. A partir de aquí, los procesos alterantes de meteorización reconfiguran esta proporción, llegándose a una progresiva disminución de los feldespatos a causa de mecanismos naturales de hidrolización, mientras que el contenido en cuarzo se mantiene. De esto es fácil deducir que en los sedimentos más evolucionados la correlación cuarzo-feldespatos difiere claramente respecto a la existente en el área fuente; esta mecánica puede, incluso, inferirse desde la óptica del mayor o menor alejamiento del sedimento respecto a dicha área. La analítica





patentiza esta realidad, dando a entender que las cerámicas de Coquino han sido fabricadas a partir de sedimentos evolucionados, si bien la cantidad de feldespatos en algún caso es muy alta.

Una vez analizado el componente mineralógico que caracteriza a la muestra cerámica analizada y, tras haber destacado las principales características del comportamiento de dichos minerales, pueden extraerse algunas conclusiones que maticen los aspectos geográficos de localización y entorno geológico al que se adscriben los sedimentos utilizados como materia prima.

La Cueva del Coquino se localiza en la Unidad del Hacho de Loja (Subbético Interno), cuya composición geológica está integrada por margas, arcillas, limos y areniscas triásicas, sobre las cuales se asienta un potente nivel calizo del Lías. A pesar de esta conformación, y en virtud de la analítica que se viene efectuando, puede afirmarse que los materiales básicos de elaboración de las cerámicas del yacimiento no proceden exclusivamente de este subsuelo sino de las tierras del valle por donde discurre el río Genil.

Estos materiales, transportados y sedimentados en esta zona, acusan una procedencia fácilmente detectable si consideramos el contexto geológico general de la región en que nos encontramos, además de revelar una composición mineralógica altamente compleja en el paisaje circundante. Así, por ejemplo, es fácil suponer un aporte de materiales metamórficos de pequeño calibre procedentes de Sierra Nevada, cuyo tamaño vendría justificado por la larga distancia recorrida. Otro tipo de formaciones, como es el caso de los Montes Orientales y el drenaje del río Cacán, serían los responsables de la presencia de sedimentos tan variados como las rocas volcánicas básicas, originarias del primer punto mencionado, o las sedimentarias y metamórficas de la segunda zona. Avalando este planteamiento, la realidad geológica detectada en los resultados del análisis confirma, por un lado, que los filosilicatos tienden a ser altos, como corresponde a una mayor lejanía de Sierra Nevada, y por otro, una variabilidad de los carbonatos que está en función del origen y características de los niveles sedimentarios transportados.

Consideración especial merecen, por su parte, los feldespatos y anfíboles, cuya proporción puede marcar pautas de procedencia diversa a juzgar por el distinto comportamiento que mantienen dentro de un mismo ambiente sedimentario. Los anfíboles son minerales que tienden a destruirse más fácilmente en este caso que los feldespatos (plagioclasa y feldespato potásico), por lo que resulta lógico deducir, en nuestro caso, que la mayor parte de los mismos proceden de zonas geológicas distintas. En concreto, los anfíboles pueden relacionarse con las rocas volcánicas

de los Montes Orientales mientras que los feldespatos pueden tener una procedencia diversa que afecta a todas las zonas citadas. En cualquier caso, lo que sí parece claro es que ambos minerales no pueden ser originarios de la misma zona de los Montes Orientales, pues la proporción de anfíboles sería mucho menor que la de feldespatos debido a su mayor posibilidad de alteración.

Estos datos muestran, indudablemente, la existencia de ciertas condiciones mineralógicas en la zona que pueden rastrearse en los niveles compositivos de las pastas analizadas. Está claro, asimismo, que los componentes como el cuarzo, los filosilicatos y los feldespatos, pueden considerarse los mejores indicadores de la localización geográfica de las muestras, y de ahí que resulte oportuno establecer la relación que mantienen entre sí.

En primer lugar, el cálculo de los valores medios de filosilicatos frente a calcita/cuarzo + feldespatos supone un claro indicador del nivel de aporte detrítico, considerando que un alto valor en esta relación nos sitúa ante una conformación detrítica mínima en favor de neoformaciones de calcita superiores. En nuestro caso concreto se han detectado valores medios del 60% para los filosilicatos y de 0.78% para calcita/cuarzo + feldespatos, lo que manifiesta una sedimentación con aporte detrítico medio/bajo.

Por otra parte, en nuestro yacimiento se manifiestan realidades mineralógicas de distinto signo que contribuyen a diversificar las características compositivas de la muestra. De un lado, ha sido comprobada la poderosa influencia de áreas- fuente metamórficas y de materiales volcánicos de tipo básico que aportan los feldespatos, los anfíboles y el cuarzo, con los que aparece definido un carácter detrítico del sedimento. Sin embargo, también constituye una realidad la presencia de carbonatos de origen jurásico y miocénico. De todo ello cabe deducir esa heterogeneidad en el conjunto analizado, cuyo carácter definitorio en cada caso está en función de la intensidad que cada uno de los aportes descritos tenga en la constitución sedimentológica.

Otro punto de análisis lo constituye la propia diferenciación existente entre las muestras en lo referente a la composición calcárea. En virtud de esto ya se consideró en el Coquino la existencia de dos tipos de muestras, considerando unas muy calcáreas y otras poco calcáreas. Partiendo de este hecho ha sido efectuada una distinción entre dos poblaciones, cuyo margen divisorio queda establecido en el 30% de contenido en calcita.

Una consideración somera de lo expuesto en estas últimas aportaciones nos indica ya, a simple vista, una realidad más precisa en cuanto al carácter de las muestras y su diferenciación en

el contexto geológico. Es el caso de los datos medios obtenidos en los filosilicatos frente a calcita/cuarzo + feldespatos de las muestras en general, cuya comparación con las muestras divididas en poblaciones, atendiendo a su contenido en calcita, revela el auténtico carácter detrítico de las muestras no calcáreas frente a las calcáreas que contienen carbonatos secundarios.

Esta realidad refuerza, una vez más, el talante cauteloso con el que deben encararse las conclusiones emanadas de los estudios mineralógicos realizados sobre ámbitos materiales tan concretos. En base a ello, cobra cada vez más protagonismo la idea de que los aportes sedimentarios de las áreas-fuente, en su conjunto, son tan diferentes en potencia y composición como para establecer una secuencia alternante de niveles con características variables, producto de la intensidad con la cual se haya efectuado ese aporte. En el caso concreto de la Cueva del Coquino, la composición mineralógica que presentan sus cerámicas manifiesta en todo momento que existe total correspondencia con los materiales sedimentarios presentes en el área circundante. Este hecho ha servido, en fin, para alcanzar el objetivo primordial de este trabajo, estableciendo el origen de las pastas utilizadas en la elaboración cerámica que, en este caso, no deja lugar a dudas sobre su autoctonía.

Elementos de relación entre composición mineralógica y tipología cerámica

Hay que partir de la base de que la muestra sobre la cual se ha efectuado el estudio es escasa, lo que constituye, sin duda, un punto de reflexión antes de inferirle a las conclusiones obtenidas un carácter extrapolable a la totalidad del conjunto. No obstante, existen datos en este análisis que permiten configurar cierto patrón de comportamiento a la hora de seleccionar el material básico, cuya explicación difícilmente podría establecerse en base a la simple casualidad.

De forma sintética, los datos mineralógicos sobre los que se fundamenta la teoría permiten establecer ciertas correspondencias, como por ejemplo las que afectan a las dos fuentes y a las dos ollas globulares de características casi idénticas en cada caso. En el caso de los cuencos, sólo dos ejemplares muestran similitudes entre sí, mientras que en otro ejemplar la composición es visiblemente distinta. Por lo que se refiere al plato y al cuenco de casquete esférico, la mineralogía distinta aparece matizada por un alto y común contenido en calcita.

Un cálculo de los valores medios de estos componentes principales en las distintas formas cerámicas nos facilita la comprensión de las diferencias mineralógicas que afectan a estos tipos. De esta forma, los cuencos y platos se manifiestan como las cerámicas más calcáreas, las ollas y fuentes ocuparían el extremo opuesto y las orzas se encontrarían a mitad de camino entre ambas. Dentro de cada una de estas tipologías no existen elementos mineralógicos que diferencien a cuencos y platos, aunque sí puede establecerse el parámetro distintivo de las fuentes respecto a las ollas, dado el mayor porcentaje de filosilicatos de aquellas.

Estas precisiones muestran, indudablemente, el camino hacia una selección de la materia prima, plausiblemente vinculada a la consecución de pastas con la textura adecuada. Es este aspecto, el de la resistencia de la pieza, el que mejor puede explicar la intencionalidad del proceso selectivo efectuado sobre la amplia gama de materiales para la fabricación cerámica. Conocemos en la actualidad los criterios de idoneidad que suelen observar los alfareros, particularmente si se trata de fabricar piezas grandes y resistentes, y que pasan por la preparación de un material básico con alto contenido arcilloso y poco calcáreo (BARAHONA, 1974). Estas preferencias están justificadas en la medida en que, en líneas generales, se consideran a los minerales de la arcilla como buenos compactantes de la pasta y potenciadores de esa resistencia al cocer la cerámica. Los materiales ricos en calcita son recomendables en este sentido, siempre y cuando no se sometan a altas temperaturas de cocción, en cuyo caso se corre el riesgo de que se produzcan roturas durante el proceso. De cualquier forma, queda demostrada la eficacia de ciertas pastas sobre otras, sobre todo a la hora de fabricar piezas de determinado tamaño.

Es en este segundo aspecto donde entraría en juego el punto interpretativo que complementa la hipótesis de la selección: relaciones entre la composición material, el tamaño y la forma de la pieza. En virtud de ello, puede desprenderse cierta correspondencia entre determinados materiales y el aspecto/funcionalidad de la pieza. Un primer ejemplo bastante claro, relacionado con la tipología de las piezas, puede observarse entre los cuencos y fuentes del Coquino. Se trata de piezas de gran tamaño, de las que los cuencos pueden considerarse "calcáreos" y las fuentes "arcillosas". La explicación de este hecho parece encontrar una salida lógica si atendemos al factor de resistencia anteriormente expresado y consideramos que la tendencia a la esfericidad del cuenco puede aportar mayor compacidad a la pieza, contrastando con la fragilidad de la fuente que debe ser contrarrestada con el empleo de un material de mejor calidad, esto es, más arcilloso.

Una segunda posibilidad nos puede relacionar, incluso, las cualidades materiales con la funcionalidad del objeto, procurando indudablemente el desarrollo de una tecnología depurada en la fabricación que responda a las exigencias del uso para el que será destinada la vasija. Es el caso de las ollas, en las que ha sido detectado un potente y constante contenido en filosilicatos y cuarzo. En este caso, el uso de cerámicas de cocina que van a estar en continuo contacto con el fuego requiere una cuidadosa elaboración, presumiblemente garantizada si se utiliza un material muy arcilloso con desgrasantes poco alterables al contacto con el calor (cuarzo y feldespatos).

Determinación de la densidad y porosidad de la cerámica

Del análisis de las densidades se desprenden valores relativamente altos que prueban la elaboración cerámica a partir de un material poco selecto desde el punto de vista granulométrico. Este hecho permite suponer que la pasta usada debió revestir un carácter limoso con un discreto contenido en arcilla. En este sentido, ha sido comprobado que las cerámicas actuales están elaboradas con materiales más finos que dan lugar a pastas menos densas tras la cocción (BARAHONA, 1974).

Considerando estos valores en su conjunto, además de los resultados de la observación por lupa binocular, pueden extraerse algunas conclusiones interesantes que confirman determinados aspectos enunciados anteriormente, además de procurar más información sobre las características geológicas contextuales de estas materias primas.

Por regla general, se observan matrices finas con una porosidad variable. En cuanto al color, existe una tendencia hacia las tonalidades grises/negras y rojizas/marrones en una proporción que podría establecerse al 50% en ambos casos.

Los desgrasantes ofrecen un claro predominio de los calibres finos (87%), siguiendo en orden de importancia los valores medios (11%) y los gruesos (2%). De entre ellos son comunes el cuarzo y feldespatos redondeados. La calcita se presenta en forma de fragmentos angulares o con el aspecto más irregular de las tobas calcáreas. Por lo que respecta a las tobas o cenizas volcánicas, su presencia aquí resulta un tanto peculiar, debiendo ser interpretada en función de un transporte fluvial a partir de los Montes Orientales en los que existen diversos puntos de

afloramiento de estos materiales. Todos estos minerales concuerdan con las características geológicas de la zona, pudiendo ser constatada la acción mecánica de transporte fluvial de sedimentos (cuarzo, feldespatos, tobas volcánicas) de procedencia cercana, cuyo reducido tamaño es exponente de regímenes poco activos en el cuadro erosivo general.

El origen de estos materiales también aparece diversificado, pudiéndose hablar de dos áreas-fuente distintas. En este sentido debe hacerse distinción entre las cerámicas con escaso contenido en calcita (menos del 6%), en las que se incluyen rocas volcánicas y entre las que se encuentra la práctica totalidad de las cerámicas clasificadas genéricamente como Coquino-2 y las cerámicas Coquino-1, carentes de este tipo de rocas y altos niveles de calcita. La interpretación más plausible de esta realidad consiste en suponer la existencia de varios niveles estratigráficos superpuestos en las márgenes del río Genil procedentes de distintas áreas-fuente. Una de ellas correspondería muy probablemente a los Montes Orientales y serían identificativos de ella los compuestos que incluyen tobas volcánicas y carecen de carbonatos. Por lo que se refiere a la otra área fuente, con alto contenido en carbonatos, no resulta tan simple establecer un origen concreto, debiendo ser considerados aquí todos los materiales aportados por la red fluvial del Genil y sus afluentes.

En cualquier caso, la cercanía de las fuentes difusoras de estos materiales está suficientemente probada si atendemos a las propias características de estos aportes, entre los que es frecuente encontrar formas angulosas en las partículas de cuarzo, tobas, calcita, etc, como prueba evidente de que se han efectuado recorridos cortos durante su transporte.

Una última consideración sobre las útiles aportaciones de este estudio óptico nos lleva a contemplar su enorme valía como técnica complementaria en el análisis mineralógico, definiendo con más claridad los procesos tecnológicos o apoyando los resultados obtenidos por otros procedimientos como el de difracción de Rayos-X. Como muestra de esto baste recordar que su aplicación a las cerámicas del Coquino ha permitido deducir una general ausencia de orientaciones y retoques en los fragmentos estudiados, o la definición de materiales propiamente volcánicos mediante la detección de tobas volcánicas en materiales sobre los cuales el método de difracción de Rayos-X sólo ha podido establecer la presencia de anfíboles.

También, desde un punto de vista mineralógico, pueden considerarse los resultados obtenidos del cálculo de densidad y porosidad de las cerámicas. No obstante, en la valoración de estos aspectos han de tenerse en cuenta ciertos factores tecnológicos que participan

decididamente en el mismo panorama infraestructural de la muestra. En concreto, resulta relevante el método de fabricación de la pieza, que propiciará distintos niveles de densidad en función de la calidad desarrollada en la preparación de la pasta. Una deficiente elaboración en este sentido irá ineludiblemente acompañada de un proceso de fabricación defectuoso, con la formación de abundantes burbujas de aire que contribuirán a la formación de pastas poco homogéneas tras la cocción.

No obstante, y en este mismo sentido, es aceptado que, salvo excepciones, los mayores índices de densidad corresponden a cerámicas más calcáreas, en clara contraposición a los valores bajos de las tobas volcánicas. Por su parte, la riqueza en filosilicatos contribuye también a densidades menores, a lo que coadyuva la frecuente presencia en estos casos de tobas volcánicas. La calidad del desgrasante es asimismo un punto observable, habiéndose establecido que, por regla general, cuanto mayor es la proporción de desgrasantes finos menor es la densidad del fragmento.

Como conclusión a todo lo expuesto, es indudable el valor que estas analíticas aportan a la hora de establecer llamativas relaciones entre el tipo de material empleado, la tipología de las cerámicas y las distintas fases culturales de las que ha sido extraída la muestra. A lo largo de este capítulo hemos venido constatando curiosas diferencias concretadas ahora en valores de densidad que confirman, por ejemplo, que las ollas y los cuencos presentan amplios márgenes de densidad, muy distintos de los escasos valores de fuentes y platos. Aspectos éstos que parecen demostrar, una vez más, que hubo una efectiva intencionalidad en la selección del material, a la vez que cierta similitud en la técnica de fabricación de algunos tipos como las citadas fuentes y platos. Por lo que respecta a la diferenciación tecnológica percibida en relación a la secuencia cultural, observamos también mejores cotas de elaboración en las piezas de la Fase III, reflejadas en la menor oscilación de los valores de densidad. Contrastan con estos resultados los materiales de las Fases I y II, en los que no se aprecia este nivel manufacturero.

h) Acerca de la reconstrucción paleoecológica

Según quedó expresado en el Capítulo Tercero de esta Tesis, son los datos aportados por el registro paleontológico las únicas evidencias que pueden manejarse en un intento de reconstruir

el paleoambiente reinante a lo largo de las distintas fases de ocupación del yacimiento. Las características del estudio faunístico realizado, basado en una seriación estratigráfica sobre la que se apoya la secuenciación cultural sin solución de continuidad entre las fases de ocupación neolítica y calcolítica de la cueva, nos indujeron entonces a plantear la exposición de este estudio también de una forma ininterrumpida en cuanto al comportamiento de la fauna se refiere a lo largo de estas dos etapas. La razón fundamental estribaba en el interés que desprendían determinadas conclusiones de este estudio faunístico, en relación con el comportamiento que las distintas especies animales manifestaban dentro de la dinámica subsistencial mantenida por los pobladores del lugar y el entorno inmediato. Aún más, las expectativas planteadas por un sector del registro en cuanto a la detección de posibles manipulaciones del ser humano sobre las condiciones primigenias de ese medio natural -trátase de posibles prácticas de selección y cruce de especies salvajes, o de la propia intervención de estas poblaciones en la dinámica de transformación del ecosistema debido a una creciente presión geoeconómica sobre el mismo- suponían un importante refuerzo a nuestra interpretación sobre unos modos de vida que mantenían, en esencia, los mismos principios definitorios entre la fase final del Neolítico y los inicios de la Edad del Cobre. Como consecuencia de ello, nos parecía poco aconsejable deslindar en ese mismo estudio las características y conclusiones que el registro faunístico pudiera ofrecer en ambas fases, forzando a paralelizar, a nuestro juicio de una forma artificiosa, con la secuencia cultural arqueológica algo que consideramos una misma realidad paleoecológica que sigue su propio ritmo de evolución y no al compás de nuestros estudios secuenciales.

Este planteamiento no excluye, por otra parte, que podamos ahora reafirmar ciertas conclusiones de gran interés ecológico, basadas en la presencia de determinadas especies domésticas o salvajes en el registro, a la vez que nos informan de la actividad económica de los habitantes de la cueva durante la Fase III. Puede recordarse, en este sentido, que los principales componentes numéricos de la fauna siguen siendo los mismos que en las etapas de ocupación neolítica, aunque existen novedades a tener en cuenta tanto en la fauna doméstica como en la salvaje. Es el caso, por ejemplo, de la aparición de la oveja en el Estrato 3, cuyos restos denotan una presencia numérica claramente inferior respecto a la cabra. En otras especies domésticas como el buey y el cerdo se mantenían, en cambio, los mismos valores, drimiéndose de ello esa aludida identificación con los esquemas subsistenciales mantenidos por los habitantes de la cueva en fases anteriores.

Atención especial merece, por otra parte, el estudio de la fauna silvestre, dadas las consecuencias de corte paleoclimático y paisajístico que podrían derivarse de la presencia de especies de bosque de montaña, como el oso y el urogallo, habituales de ambientes más fríos localizados actualmente en cotas superiores a los 1.500 m de altitud. Por otra parte, la creciente densidad de lagomorfos como la liebre, afines a paisajes más despejados, presupone la presencia de un biotopo caracterizado por un monte bajo en franco retroceso. No estamos en condiciones de asegurar, pese a estas evidencias, si se produjo un cambio substancial en las características del viejo ecosistema de bosque mediterráneo a causa de un proceso antrópico que propiciase la tala sistemática en relación con un pastoreo intensivo y, en su caso, cual sería el balance total de la intervención humana y de los procesos naturales en esa transformación. Por el momento, nos remitiremos a lo que en su momento afirmábamos en relación con la escasa identidad numérica del registro, además de los caracteres confusos que presenta un número considerable de piezas de cara a su clasificación morfológica. Con todo ello, evidenciamos nuevamente la necesidad de efectuar nuevos estudios más completos en la zona, a partir de datos faunísticos más precisos desde un punto de vista cualitativo, que permitan dilucidar si efectivamente es asociable la realidad faunística de un determinado momento con una cultura u horizonte local de la misma, así como tratar de establecer de forma aún más fehaciente las posibles vinculaciones entre un marco subsistencial precedente y el desarrollado por otras culturas posteriores.

i) Consideraciones finales

Ya han sido expuestas anteriormente las limitaciones que, de cara a la valoración final de los resultados de la excavación y el estudio de los materiales de este yacimiento, impone la propia configuración de la cueva y su estado general de conservación. Esta realidad condiciona decisivamente cualquier intento de elevar a conclusiones definitivas toda una serie de avances interpretativos sobre una secuencia cultural que ha sido objeto de comentario en estos dos últimos capítulos. Pensamos, en efecto, que las hipótesis de trabajo formuladas sobre determinados aspectos sólo podrían ser convalidadas mediante la existencia en este mismo ámbito geográfico de otras secuencias más completas con las que poder confrontar nuestros resultados.

Al margen de estos problemas, también es preciso reconocer que los trabajos en El

Coquino aportan, en su conjunto, una importante fuente de conocimiento sobre el panorama del poblamiento de la Tierra de Loja durante la Prehistoria Reciente, contribuyendo, además, a referenciar estratigráficamente la secuencia Neolítico-Cobre-Bronce de la Alta Andalucía. Como ya exponíamos en el Capítulo IV, será la secuencia neolítica de la Cultura de las Cuevas la que se vea más favorecida por estas aportaciones, si bien la etapa calcolítica que aquí se considera ha visto igualmente confirmados muchos de los planteamientos que se venían barajando en el terreno interpretativo sobre los diferentes aspectos subsistenciales, tecnológicos, rituales, etc. de las poblaciones asentadas en la zona a lo largo del tercer milenio a.C.

En el contexto arqueológico concreto al que ahora nos referimos, han sido considerados globalmente los Estratos 3 a 1 como correspondientes a una Fase 3 de la secuencia cultural de la cueva del Coquino, considerando a su vez la mezcla de materiales de horizontes culturales diferentes que las fuertes remociones en la parte superior del depósito han originado en parte del Estrato 2 y la totalidad del Estrato 1. Considerando globalmente los datos estratigráficos y el registro arqueológico no es posible establecer una evolución del horizonte calcolítico iniciado en el Estrato 3, resultando particularmente complejo definir el hiatus separatorio de esta ocupación de la Edad del Cobre respecto a una posterior que se manifiesta mediante elementos ubicados en la parte superior del relleno y que delatan una ocupación esporádica de la cueva a lo largo de la Edad del Cobre y hasta época romana. La escasez de material aportado por estos estratos, gran parte del cual ya había sido extraído por los aficionados locales en la zona donde se abriría después el Corte III, unida a la carencia de elementos que permitiesen definir claramente una secuencia evolutiva, han obligado a limitar buena parte del estudio a emitir simples consideraciones de matiz cultural y cronológico. El escaso conjunto de materiales del Estrato 1, junto a las formas cerámicas de la Edad del Cobre, las del Bronce Tardío y Final, e incluso algunos fragmentos de cerámica romana que aparecen mezclados en su seno, ponen de relieve la prudencia con que debe ser contemplado este nivel en el conjunto secuencial.

El estrato 3 y la base del Estrato 2 en los cortes I y II son los menos afectados por las remociones, pudiéndose definir a través de ellos un horizonte propiamente calcolítico que, sin embargo, se muestra con una considerable amplitud cronológica en la que tienen representación elementos adscribibles al Cobre Antiguo, junto a otros que presentan características propias del Cobre Pleno o Reciente. El estrato 3 alcanza su mayor potencia en el Corte II y contiene un enterramiento individual practicado junto a la pared de la cueva, en el sector SW, calzado por una

serie de grandes piedras dispuestas junto a la cabeza y sobre el tronco; la cabeza reposaba sobre una gran piedra plana. Una consideración global sobre este enterramiento avala una vez más la hipótesis de que ciertas tradiciones funerarias, como ésta de efectuar inhumaciones individuales en cuevas que son utilizadas tanto para habitación como para enterramiento, han perdurado desde época neolítica a través de poblaciones retardatarias asentadas en estos mismos lugares.

Por lo que se refiere a la cultura material, consideraremos algunos aspectos que, sin perder de vista la falta de homogeneidad presentada por el conjunto estratigráfico que venimos analizando, pueden ayudar a configurar con más claridad las características de esta Fase III.

Así, por ejemplo, el estudio de las cerámicas manifiesta cambios decisivos con respecto a las fases anteriores. Tal es el caso del indiscutible predominio de cerámicas lisas, la menor calidad que se traduce en determinados aspectos como el aumento de superficies groseras y alisadas en detrimento de las mejor tratadas mediante espatulado o bruñido, la desaparición progresiva de formas características en el contexto neolítico y la aparición de otras como la olla ovoide núm.217, los cuencos planos y de casquete esférico de mayor anchura y de menor profundidad que los aparecidos en estratos precedentes (núms. 186, 193, 228), los platos de borde marcado exteriormente e interiormente biselado (núm.235) y las fuentes de carena baja (núm. 218). De los otros tipos de fuentes con carena alta (núm. 233) o del tipo de gran diámetro con borde abierto y marcado (núm.232), ya se ha tratado detalladamente acerca de su carácter excluyente en este contexto de la Edad del Cobre, no sólo por su situación estratigráfica (Estrato 1), sino por estar bien definida su ubicación cultural en el Bronce Tardío y Final.

Distinta consideración merece la realidad tecnológica, puesta de manifiesto mediante el estudio analítico realizado para conocer el proceso de manufacturación, por cuanto no se han detectado diferencias significativas con respecto a las fases anteriores en su composición mineralógica, dirimiéndose como consecuencia de ello su autoctonía. También es preciso considerar que la base material sobre la que se han efectuado los distintos análisis responde a una previa selección (cuenco con decoración de mamelones, fuentes, etc.), por lo que no puede extenderse al resto del material cerámico la totalidad de las conclusiones obtenidas. Entre éstas últimas cuenta, particularmente, el hecho de que, en la mayoría de las piezas tratadas, se observa un mayor perfeccionamiento en la fabricación que no se concreta tanto en el acabado externo como en el modelado interno de las mismas. Un dato concreto, en este sentido, arroja niveles de gran homogeneidad en los valores de porosidad de las pastas, así como un menor rango de

oscilación entre las densidades determinadas.

La industria lítica es más abundante que en las fases anteriores, resaltando ahora el mayor número de lascas sobre hojas, si bien constituirán éstas la materia prima a partir de la cual se elaborará la totalidad de los útiles. La industria resulta, en general, más variada tipológicamente, es mayor el tamaño de las lascas y hacen su aparición los elementos de hoz. Por otra parte, la existencia de núcleos o fragmentos, además de varias esquirlas, desechos de talla y lascas y hojas de descortezamiento, sugiere una actividad de talla *in situ* que puede explicar, por otra parte, ese aumento de las lascas.

La industria ósea está integrada por pocos objetos que, sin embargo, aportan una variada tipología. Especial problemática ha planteado el alfiler aparecido en el Estrato 2 (núm.224), fundamentalmente por tratarse de un tipo con difícil atribución dentro de los contextos culturales prehistóricos que venimos analizando y por su situación en un estrato fuertemente alterado por las remociones. Atendiendo a su tipología no se descarta, por ejemplo, que pudiera pertenecer al pequeño grupo de materiales de época romana documentados en la parte superior del relleno. Otros paralelos más antiguos tampoco manifiestan claras vinculaciones con respecto a este objeto, dado el contexto en que están documentados.

El conjunto más afín, desde el punto de vista cultural y deposicional en el seno de la estratigrafía, lo constituye el pequeño grupo de piezas óseas integrantes de un mismo ajuar funerario que acompañaba al enterramiento del Corte II. Se compone de un cincel (núm.198), el colgante núm.201 hallado muy cerca del anterior y un mango decorado con incisiones (núm.200), que acompañaban al cuenco (núm.197) colocado junto al individuo inhumado. Estos útiles están trabajados sobre tibias de ovicápridos, mientras que los punzones procedentes de los niveles neolíticos lo están sobre metatarsianos o metacarpianos de estas especies. El colgante cuenta con numerosos paralelos tipológicos, aunque en otros materiales como la piedra o la concha, que le sitúan en una etapa inicial de la Edad del Cobre. El tubo decorado, interpretado como mango de punzón a juzgar por sus características formales, presenta unos motivos incisos que muy bien podrían encajar tanto en contextos calcolíticos como del Bronce Argárico. En este caso, la resolución de esta ambigüedad cronológica se resuelve en virtud de su posición estratigráfica, que no ofrece dudas acerca de la adscripción a la Edad del Cobre.

Del material elaborado en concha sólo son dignos de mención dos colgantes sobre valva de *Pectunculus*, perforadas por el natis para esta función. La diversidad y abundancia de estos

objetos de adorno desde época neolítica tardía hacen que su presencia en nuestro yacimiento carezca de mayor significación que la de ser documentados, una vez más, en contextos que le son característicos.

Por lo que respecta a los supuestos cronológicos que han sido considerados, existe una datación absoluta por C14 proporcionada por el Laboratorio de la Universidad de Granada (UGRA-142), que arroja una fecha de 1420 ± 120 años a.C. y que, calibrada por dendrocronología, abre un amplio margen que oscila entre 1960/1420 años a.C. La fechación ha sido obtenida a partir de una muestra de carbón procedente de un estrato muy alterado por las remociones clandestinas. Este hecho, unido a la realidad marginal de este yacimiento y a su carácter retardatario, hacen que el resultado de la datación sea poco significativo y que resulte problemático adjudicarlo a un horizonte cultural concreto.

Por un lado, esta fecha podría indicar un momento tardío de un Bronce Argárico, siempre que se contase con los suficientes vestigios materiales que corroborasen la presencia de este estadio cultural. Este extremo no ha sido comprobado, contándose tan sólo con la aproximación tipológica de la vasija núm.273, situada en un Bronce Tardío aunque pudiera también corresponder a un tipo originado en las postrimerías argáricas. La escasa representatividad que aporta un único ejemplar hace de todas formas improcedente su consideración desde este punto de vista.

En otra vertiente, la oscilación que conlleva el margen de error de la fecha también podría situarnos en lo que hemos definido como un momento final del Cobre local retardatario o en los inicios de un Bronce Tardío, poco definido cronológicamente en nuestro contexto pero conocido en ambientes próximos al yacimiento. De cualquier forma hay que insistir en una excesiva ambigüedad de la fecha, con escasa relevancia a la hora de acotar un momento concreto de ocupación en la secuencia cultural descrita en la cueva.

EL POBLADO Y LA NECRÓPOLIS DE SIERRA MARTILLA

a) Localización del yacimiento y aspectos metodológicos

El yacimiento se encuentra asentado en un amesetamiento de areniscas calcáreas bioclásticas, a 800 m sobre el nivel del mar, destacando ampliamente sobre las demás formaciones rocosas de similares características que configuran la singular topografía de la región. Sus coordenadas geográficas son: 37° 14' 10" de Lat. N y 4° 11' 10" de Long. W. (Hoja 1007 de Rute. Mapa Militar de España escala 1:50.000).

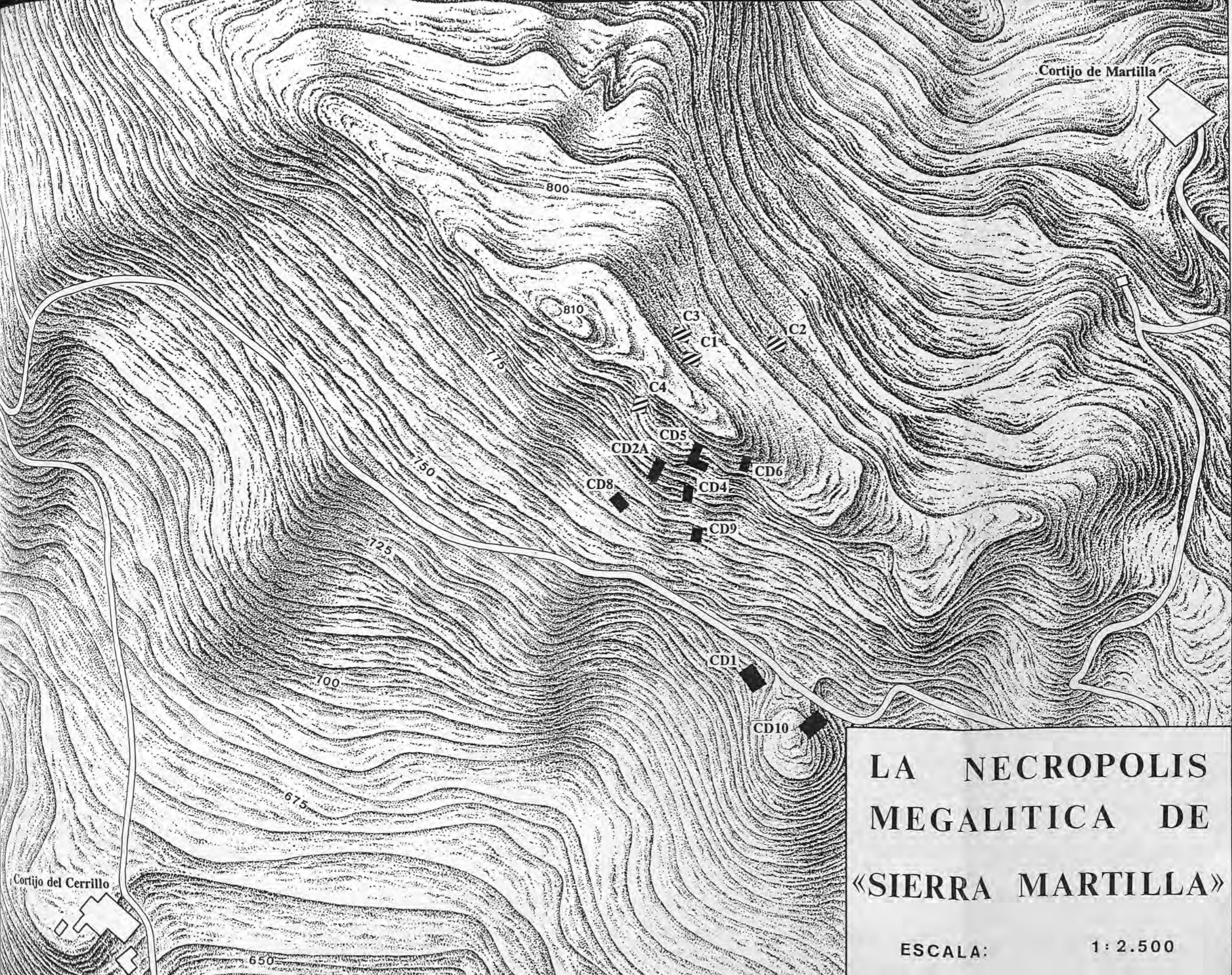
La meseta forma un espolón orientado en sentido SE.-NW., situada en la margen derecha del río Genil. Ofrece una subida abrupta por la vertiente SW y más suave hacia el NE, desde el cortijo de Martilla al que se accede por el camino de las Rozuelas que parte de los Ventorros de San José en dirección SW a unos 4,5 Km.

La investigación actual ha consistido en la realización de una prospección con sondeo estratigráfico, además de un profundo estudio superficial del entorno geográfico circundante, tratando de delimitar el área de influencia del yacimiento y acometer los trabajos que tuvieron su inicio años atrás con motivo de una primera fase de documentación (CARRASCO *et al.*, 1986). Con este motivo, la planificación de los trabajos atendió fundamentalmente a un estudio arqueoespacial, articulando una metodología que atendiese no solamente a la investigación del potencial arqueológico supuesto para el mismo asentamiento, sino también a las características de una amplia zona circundante en la cual se manifestaban evidencias suficientes de vinculación geocultural con el enclave.

En función de este planteamiento el trabajo fue orientado en una triple vertiente de la investigación arqueológica:

-*análisis microespacial*, centrado en la investigación de Sierra Martilla y estructurado mediante la realización de cuatro sondeos estratigráficos y la limpieza, con excavación, de siete estructuras funerarias, con el fin de completar los trabajos iniciados con la prospección publicada en 1986

-*análisis semi-microespacial*, atendiendo a la prospección del entorno inmediato de Sierra Martilla, con el objeto de esclarecer en lo posible los caracteres del desarrollo vital del yacimiento,



Cortijo de Martilla

800

810

C3

C1

C2

775

C4

CD5

CD2A

CD6

750

CD8

CD4

CD9

725

700

CD1

CD10

675

Cortijo del Cerrillo

650

LA NECROPOLIS MEGALITICA DE «SIERRA MARTILLA»

ESCALA:

1:2.500

-análisis macroespacial, que lleva aparejado un meticuloso estudio de la zona de influencia del poblado, catalogando cada uno de los puntos de hallazgos arqueológicos en función de su relación con Martilla, así como la definición de posibles patrones de asentamiento detectados en la misma.

Como quiera que ya ha sido expuesta la primera parte de la actuación emprendida, dando amplia referencia en el capítulo correspondiente de un buen número de yacimientos con vestigios arqueológicos asociables a este núcleo principal, nos ocuparemos ahora de los resultados que la excavación de los sondeos en el poblado y la limpieza de las sepulturas arrojaron al término de la campaña. El trabajo arqueológico de campo se encaminó, pues, hacia el doble objetivo de completar el conocimiento del elemento ritual funerario, con la exhumación completa de los restos materiales y arquitectónicos conservados así como la localización y análisis del ámbito doméstico que podría asociárseles.

De los cuatro sondeos estratigráficos, tres se practicaron en la parte superior de la meseta y su ladera Norte (Fig.125), tratando de localizar vestigios de construcciones o unidades de habitación, mientras que un cuarto se planteó en una de las terrazas de la necrópolis, al Oeste de las sepulturas más elevadas, con el objetivo de conseguir una secuencia que explicara la historia de la necrópolis ya que las tumbas habían sufrido profundas remociones desde antiguo. Los cortes del poblado ofrecían, por su parte, cierta problemática derivada de la ubicación del yacimiento en un afloramiento rocoso de calcoarenitas muy superficial con pocos lugares donde se suponía la existencia del relleno arqueológico adecuado para nuestra investigación. Fruto de estas características topográficas ha sido la situación un tanto irregular que ofrecen los sondeos en el plano, así como la necesidad de abandonar alguno de ellos tras el rebaje de una estrecha cobertura superficial que dió, de inmediato, paso a la roca madre.

Las actuaciones en la zona funeraria se efectuaron en la ladera meridional, donde ya habían sido catalogadas varias sepulturas practicadas en algunos de los aterrazamientos que escalonan abruptamente este sector del cerro. El conjunto de las mismas se agrupa en dos unidades estructurales. La primera, más cercana al asentamiento, contiene el mayor número de sepulturas estudiadas -un total de cinco estructuras- así como la mayor diversidad tipológica en las mismas (Fig.126); la segunda, junto al camino de Las Rozuelas, engloba a sólo dos tumbas (Fig.127). Independientemente de la diversidad morfológica funeraria, ha de precisarse que esta ordenación responde a criterios eminentemente metodológicos y no formales en cuanto que la existencia de

sepulturas entre ambos sectores indicaría que hubo una indiscutible conexión -probablemente se trató de la misma necrópolis- y que la separación existente se debió más a condicionantes naturales que a una intencionalidad previa de compartimentar el espacio funerario.

Como es lógico, los objetivos de los cortes respondían a la intención de concretar la secuencia cultural del yacimiento, que había sido establecida provisionalmente en las facies del Cobre Antiguo y Pleno. Por lo que respecta a la exploración de las sepulturas, se pretendía llegar a un conocimiento detallado de los aspectos arquitectónicos de las mismas y poder adjudicarles una fechación con material *in situ* que matizase su tiempo de uso, a la vez que se trataría de reconstruir diversos aspectos culturales relacionados con su funcionalidad, tales como: el ritual funerario, sentido social, análisis antropológicos de los restos óseos humanos recuperados, estudio de los ajuares y su interpretación socioeconómica y religiosa, proceso de construcción de los sepulcros y sus implicaciones sociales.

b) Los sondeos estratigráficos

Planteamiento de los cortes estratigráficos

La situación de los sondeos responde a una referencia de las zonas excavadas a la cuadrícula kilométrica UTM (Fig. 128), donde se sitúa el yacimiento (4122.ϕϕϕN, 394.ϕϕϕE y 4121.ϕϕϕN, 395.ϕϕϕE), atendiendo en cierto sentido a las especificaciones de la metodología ArchéoDATA (ARROYO-BISHOP, 1991), mediante la cual podían indicarse claramente la situación de los cortes así como sus coordenadas espaciales.

Al margen de ello, la orientación de los sondeos tuvo que variarse respecto a esa referencia inicial, en concreto 119° del norte geográfico, en sentido horario, debido a las limitaciones impuestas por la topografía del lugar anteriormente referidas y que obligaban a adecuarlos a los espacios practicables que brindaba el afloramiento rocoso, del mismo modo que la disposición de los olivos allí cultivados que incluso llegaron a limitar las dimensiones de los propios cortes. De esta forma, los identificados con los números 1, 2 y 3, alcanzaron dos por tres metros mientras que el número 4 pudo hacerse algo mayor, si bien sus medidas no sobrepasaron los dos y medio por tres.

OESTE

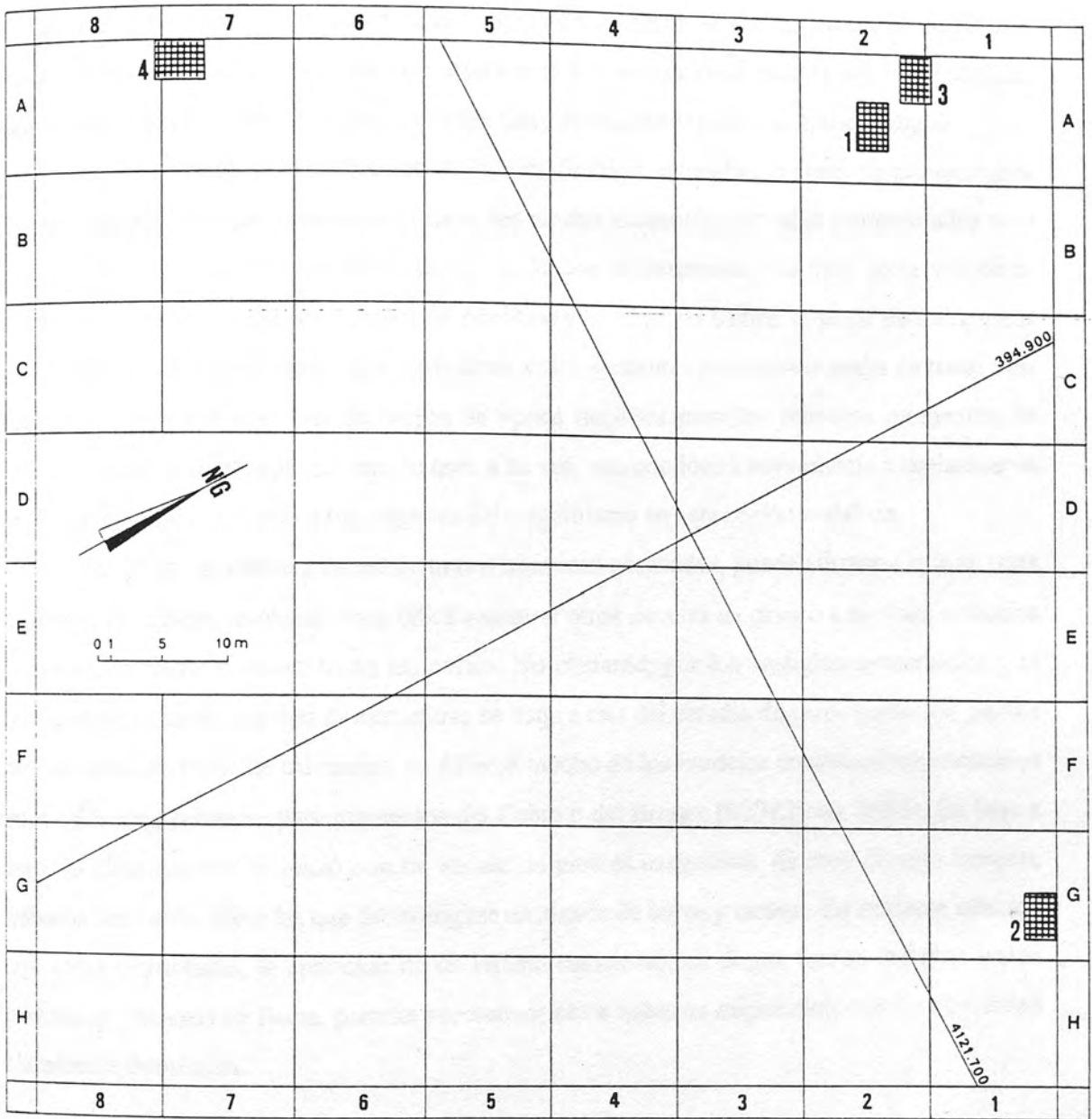


Fig. 125. Sierra Martilla. Cuadrante de situación de los sondeos estratigráficos.

Los primeros fueron realizados en la zona del hábitat, mientras que el último, como se ha dicho, en el sector funerario. Esta diferente ubicación respondió a la necesidad de cubrir la documentación de la mayor parte de relleno posible dadas las escasas posibilidades que, en este sentido, habían brindado los sondeos superiores. En consecuencia, se intentó buscar, por debajo de la cota topográfica del poblado y al exterior del límite natural defensivo del Suroeste, una estratigrafía que aportase los datos necesarios. Por otra parte, se estimó oportuno elegir esta ubicación en un intento de indagar en los procesos de destrucción o erosión del área habitada, además de obtener información acerca de las fases de uso del espacio funerario aledaño.

Según se desprende del estudio de las estratigrafías obtenidas, la potencia arqueológica es muy reducida. Centrándonos en el Corte 4, los niveles arqueológicos están representados solo por dos estratos en el mejor de los casos, de lo que se desprende una muy corta secuencia prehistórica que se engloba entre finales del Neolítico y la Edad del Cobre. A pesar de todo, estos datos son de gran interés puesto que permitirán, como después tendremos ocasión de tratar más extensamente, establecer una fechación de época neolítica para los primeros momentos de utilización de las tumbas megalíticas lo que, a su vez, nos conducirá nuevamente a replantear la polémica centrada en torno a los orígenes del megalitismo en esta región andaluza.

Por lo que se refiere a las estructuras domésticas excavadas, puede afirmarse que se trata de fondos de cabaña, resultando muy difícil aventurar otros detalles en cuanto a su traza o técnica constructiva dado lo reducido de los cortes. No obstante, por los vestigios conservados y el conocimiento que de este tipo de estructuras se tiene a raíz del estudio de otros poblados, parece ser que estas unidades de habitación no difieren mucho de los modelos constructivos conocidos en el mediodía peninsular para momentos del Cobre o del Bronce (MORENO, 1993). En base a esto, la construcción se inició con un zócalo de piedras irregulares, de muy diverso tamaño, trabadas con barro, sobre las que debió erigirse un alzado de barro y ramaje. En evidente relación con estas estructuras, la aparición de un relleno ceniciento, en el que fueron hallados restos cerámicos y huesos de fauna, permite reconstruir estos espacios asignándoles un funcionalidad claramente doméstica.

La secuencia cultural

El resultado estratigráfico de la excavación ha permitido alcanzar una secuencia cronológico-cultural para el yacimiento que exponemos sintéticamente:

Fase Prehistórica

Martilla I: correspondería al estrato más profundo del poblado y al primer momento de ocupación de la necrópolis. Pertencería a un Neolítico Tardío.

Martilla II: coincidiría con el último estrato del yacimiento así como con la última fase de ocupación del espacio funerario, evidenciada por el hallazgo de una punta de Palmella y cerámicas propias de esta fase. La correspondencia cultural sería un Cobre Inicial Local.

Fase Protohistórica

Martilla III: evidenciada por materiales superficiales, que deben corresponder a un momento Protoibérico o Ibérico antiguo.

Martilla IV: representada por los materiales a torno recuperados en la tumba CD10; tendría dos momentos diferenciados:

- a. Epoca Ibérica
- b. Epoca Tardoibérica, hasta tiempos romano-republicanos y quizá altoimperiales.

Martilla V: materiales superficiales, tumbas visigóticas sin explorar y torre vigía de Martilla. Fase medieval.

c) Las sepulturas

Probablemente haya sido la exploración, limpieza y documentación del área funeraria del yacimiento lo más espectacular de la investigación. Dichas actuaciones se han realizado sobre un total de siete sepulturas a las que se les ha aplicado un exhaustivo análisis fruto del cual ha sido la constatación de una complejidad estructural y tipológica que las hace únicas en su género,

OESTE

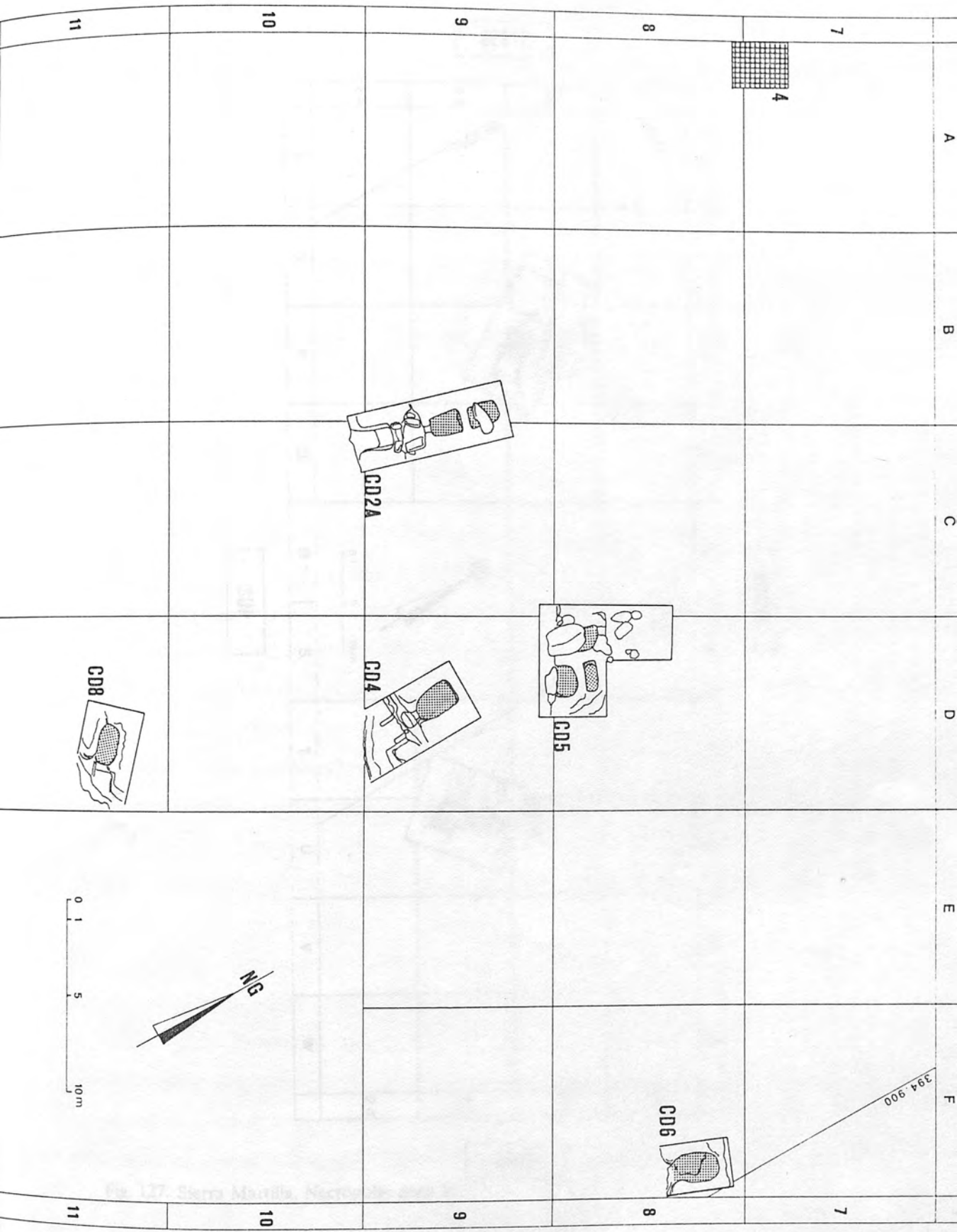


Fig. 127. Sierra Martilla. Necrópolis

126. Sierra Martilla. Necrópolis: zona A.

ESTE

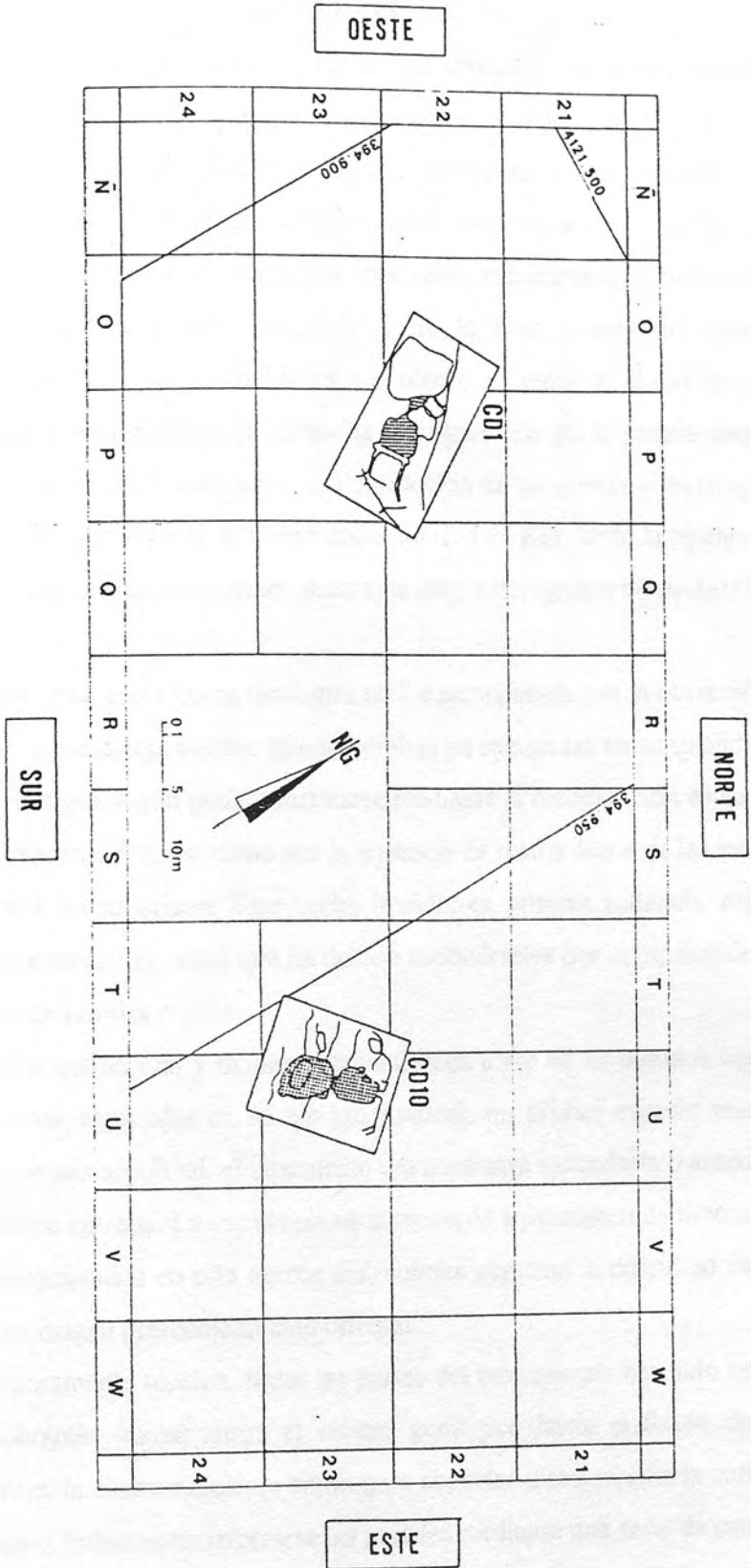


Fig. 127. Sierra Martilla. Necrópolis: zona B.

atendiendo a lo que algunos autores han definido como cuevas artificiales funerarias (BERDICHEWSKY, 1964; RIVERO, 1986; FERRER, 1987)).

Ateniéndonos al aspecto que ofrecen las cuevas artificiales de Sierra Martilla, ya les habíamos asignado una clasificación, en un primer estudio aproximativo, como pertenecientes al tipo de enterramientos mixtos (CARRASCO *et al.*, 1980), dado que en estas estructuras confluyen los rasgos propios de las verdaderas tumbas megalíticas con los de las cuevas artificiales. En nuestro caso, nos encontramos ante unas sepulturas que fueron excavadas aprovechando los afloramientos más superficiales de la roca blanda del subsuelo. Un aprovechamiento, sin duda, de las posibilidades que ofrece el medio en el que se tuvieron en cuenta probablemente diversos aspectos como: la configuración de la propia estratificación rocosa, su situación natural en el yacimiento, la distribución de las grietas y las irregularidades provocadas por la erosión físico-química. Como consecuencia de ello, tanto la orientación como las dimensiones de las sepulturas, ofrecen un panorama muy heterogéneo en su distribución por el plano.

Desafortunadamente, esta riqueza tipológica no fué acompañada por la obtención de otros datos culturales, dado que nuestras tumbas se encontraban ya saqueadas en su totalidad, algunas incluso desde época antigua según pudo constatarse mediante la recuperación en su interior de fragmentos cerámicos torneados, así como por la ausencia de restos óseos de las inhumaciones que debieron contener en su origen. Este hecho impide, en primera instancia, asignarles un carácter colectivo, característica ritual que ha debido suponerseles por comparación con otros yacimientos similares de nuestra región.

La complejidad estructural y monumentalidad llega a ser tal en algunos casos, que se ofrecen hasta tres áreas espaciales en su eje longitudinal: un primer espacio más profundo correspondería a la cámara sepulcral; el intermedio a una cámara secundaria o antecámara, y el más externo al pasillo de entrada. La estructura en sí recuerda a monumentos funerarios mucho más tardíos que los excavados en esta necrópolis, aunque plantean la dificultad de establecer hipótesis acerca de su origen pretendidamente oriental.

En el plano puramente técnico, todas las partes del monumento han sido talladas en la propia arenisca, cobrando mayor altura el relleno geológico hacia el fondo de la tumba, alcanzando las paredes la altura suficiente como para soportar directamente la cubierta. En el primer tercio, en cambio, hubieron de reforzarse las paredes mediante una serie de ortostatos que

sujetarían la techumbre y regularizarían las imperfecciones del rebaje artificial de la roca. Las cubiertas han desaparecido casi en su totalidad, quedando como testigo de las mismas algún elemento *in situ* como el que aún se conserva en la sepultura CD2A, una de las mayores, en forma de una gran piedra de regular tamaño que se mantiene encima de la cámara funeraria; tanto ésta como las desaparecidas, así como los ortostatos del primer tramo de la tumba, representarían los elementos propios de un ambiente megalítico; el resto correspondería a algunos de los diseños constatados en las cuevas artificiales. Por esta razón han sido descritos estos enterramientos como sepulturas mixtas, en una línea interpretativa que consideramos novedosa dentro del panorama definitorio del fenómeno megalítico en Andalucía.

Sin duda resulta notable, en este sentido, el hallazgo en un sector *in situ* de una de las sepulturas de fragmentos cerámicos decorados propios de un momento tardío del horizonte de la Cultura de las Cuevas, lo que viene a demostrar que el momento más antiguo de utilización de estas construcciones funerarias se corresponde con el horizonte neolítico detectado en el yacimiento. El uso de la necrópolis, por lo tanto, puede relacionarse con los inicios fundacionales del hábitat, situados, a tenor de la cultura material estudiada, en un periodo que correspondería a un Neolítico Final, lo que a su vez viene a poner en juego un replanteamiento de la cronología estimada para este tipo de monumentos funerarios, tradicionalmente fechados durante la Edad del Cobre.

d) Los materiales: consideraciones previas

Los materiales recuperados en la excavación de los sondeos y la limpieza de las tumbas son fundamentalmente cerámicos agrupándose en dos conjuntos: los fabricados a mano y los torneados. No obstante, también merece un gran interés el material lítico, con una abundante muestra de piezas trabajadas entre las que ocupan un lugar destacado las láminas y dientes de hoz, prueba evidente de la vinculación de esta comunidad a una economía agrícola cerealista. Abundando en este planteamiento, deben ponerse en relación con este utillaje un cierto número de molinos abarquillados manuales, así como sus machacadores complementarios. Tanto por el interés tipológico de la industria lítica como por las conclusiones cronológicas que de ella se deducen, dedicaremos un epígrafe más extenso a la misma al final de este capítulo.

De igual forma debemos hacer mención a otro tipo de artefactos, como son los objetos metálicos, aunque en número notablemente inferior a los anteriores. Destacan entre ellos una hoja de Palmella de cobre y un arete de plata, recuperados en distintas sepulturas, si bien dentro de las tierras revueltas del relleno. No son los únicos ejemplos de metalurgia en el yacimiento, habiéndose documentado otros elementos procedentes de prospecciones superficiales frecuentemente realizadas por aficionados, entre los que cabe destacar algún hacha plana y punzones de diversa tipología que expresarían indudablemente el estado de vinculación que los pobladores de Sierra Martilla debieron tener en un momento avanzado con los problemas metalúrgicos propios de las sociedades del Cobre del Sureste Peninsular, aunque la mayor presencia proporcional de los materiales cerámicos y líticos parece dibujarnos una comunidad prehistórica más identificada con la subsistencia agropecuaria que con las tareas estrictamente metalúrgicas.

Parece que la realidad arqueológica viene a corroborar este último aspecto, ofreciéndonos una secuencia escasa pero suficientemente explícita. Todo parece apuntar hacia la existencia de un hábitat sostenido por una comunidad neolítica rica -lo que explicaría la magnitud y calidad de sus monumentos funerarios- en el que tendría lugar una dinámica económica agrícola y ganadera muy específica y altamente especializada aunque, al fin y al cabo, inestable con el medio natural en que se desarrollaba su existencia. En esta situación resulta posible que la introducción de novedades económicas como la metalurgia pudieran alterar aquel equilibrio hasta hacer desaparecer esa sociedad tan especializada; una hipótesis que parecen confirmar otros establecimientos de la época del Cobre que, al parecer, sí pudieron adaptarse a los nuevos cambios, como podría haber ocurrido en las Peñas de los Gitanos de Montefrío (ARRIBAS y MOLINA, 1979) o con otro yacimiento descubierto en nuestras tareas de prospección en las inmediaciones del Pantano de Iznájar, en el que son muy abundantes los hallazgos metálicos junto con la presencia de un fuerte amurallamiento, lo que indicaría el surgimiento de una sociedad más compleja que la de Sierra Martilla y con indudables oportunidades de cara a un futuro repleto de profundos cambios económicos y sociales (CHAPMAN, 1991).

Centrándonos en los materiales cerámicos fabricados a mano, el conjunto más catacterístico lo componen las cerámicas decoradas, propias de un contexto Neolítico Tardío, pero que hasta ahora habían caracterizado a las comunidades trogloditas de ese horizonte, si exceptuamos las Peñas de los Gitanos en Montefrío con un entorno similar al nuestro, Las

Catorce Fanegas en Chauchina en un nicho ecológico de vega (CARRASCO *et al.*, 1986) y La Molaina (SÁEZ y MARTÍNEZ, 1981) en el piedemonte del Subbético con la Vega. Esta situación es decididamente trascendental en el marco interpretativo de Sierra Martilla, convirtiéndose en un yacimiento de primordial interés para la comprensión de las primeras sociedades andaluzas que abandonan los lugares tradicionales de habitación en cueva y establecen hábitats al aire libre.

Es muy probable que, a partir de entonces, la cueva pudo haberse convertido en un recuerdo mítico en el que se relacionaba su historia, la tradición, la evocación de los antepasados y, tal vez, la misma religión y las creencias en el más allá a través del propio ritual funerario. Respondiendo a este criterio, la generalización de los enterramientos en cuevas naturales y artificiales, los enterramientos mixtos y, a la larga, los megalitos, podrían representar la puesta en práctica de un mecanismo simbólico de reencuentro con esa historia y con los antepasados una vez alcanzada la muerte. Aún más, si los recuerdos de esos ancestros eran vividos como los de un antepasado común, nada tiene de extraño que en un principio estos enterramientos fuesen colectivos. Posteriormente, y sólo cuando la diferenciación social se hiciese patente, es posible que las tumbas alcanzasen un valor privativo y personalizado de determinados grupos sociales.

Con respecto a las cerámicas torneadas, y aunque fueron recuperados diversos fragmentos en algunas tumbas prehistóricas, producto del expolio de las mismas, el conjunto más homogéneo procede de la limpieza de la tumba CD10. La razón de esta anacrónica presencia material responde a que esta tumba megalítica fue reutilizada posteriormente como silo, o depósito indeterminado, en tiempos ibéricos y tardoibéricos; una vez que quedó fuera de servicio, su interior se fue rellenando paulatinamente con los múltiples restos cerámicos del lugar. Esta circunstancia, por otra parte, ha sido determinante para establecer con cierta aproximación el tiempo de uso de la estructura.

Resulta interesante abundar en esta interpretación ya que, a juzgar por las características tipológicas de las cerámicas halladas en su interior, con una enorme proporción de ánforas, parece plausible su utilización como silo, probablemente de grano, tal como manifiestan los abundantes hallazgos dispersos por toda la geografía andaluza (LACORT, 1985). Pese a ello, no puede renunciarse a contemplar su uso como depósito, si se tiene en cuenta su planta elíptica que le acerca a otras estructuras identificadas como aljibes, conocidos igualmente en la Península, y probablemente heredados del mundo púnico, en cuyas regiones de origen son muy numerosos con trazas muy similares y fines claramente hidráulicos (STANZL, 1990).

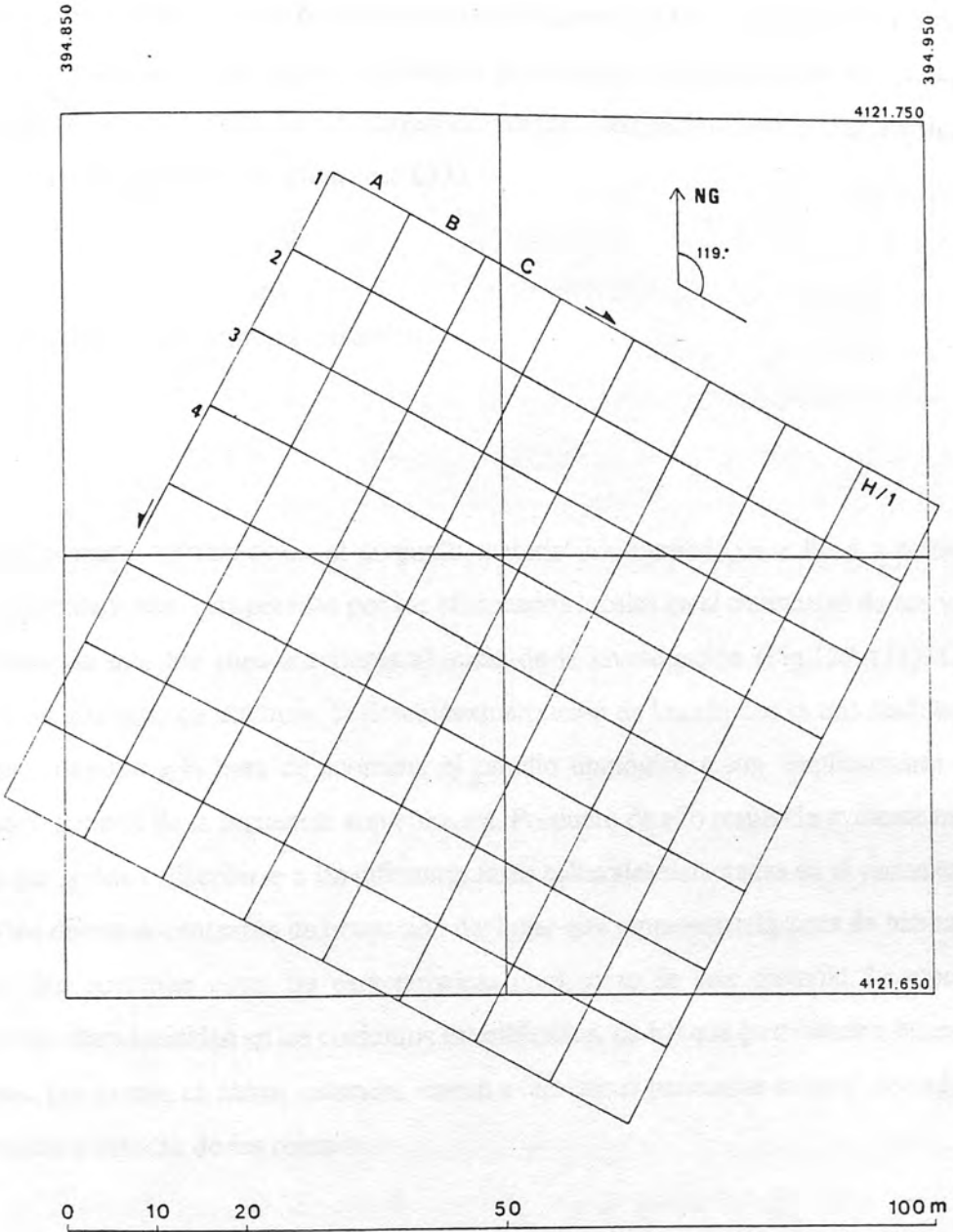


Fig. 128. Sierra Martilla. Indicación de la desviación (119° a la derecha del N.G.) de la trama reticular y del eje de coordenadas que enmarcan los cortes estratigráficos.

Por lo que se refiere a las tipologías definidas en estas cerámicas, ya se ha comentado la gran abundancia de ánforas de época ibérica y púnica, a las que hay que añadir un extenso repertorio de cerámicas anaranjadas, cuencos de formas campanienses, toneles y algún que otro elemento pintado. Las cerámicas de importación se reducen a un fragmento campaniense y otro de sigillata aretina. Con posterioridad, en el orden cronológico del conjunto hacen su aparición los fragmentos medievales, representados por algunos fragmentos vidriados y jarras con sus asas que podrían ser visigodos. Estos últimos elementos coincidirían con las postrimerías del hábitat, sin que puedan relacionarse con las estructuras excavadas, a excepción de una tumba visigótica violada que apareció junto al enterramiento CD5.

e) Análisis tipológico del conjunto cerámico

Poblado

Una primera aproximación al conjunto material inventariado, nos lleva a referir un pequeño grupo de piezas recuperadas por los aficionados locales en el transcurso de sus visitas al yacimiento durante los años anteriores al inicio de la investigación (Fig.129-135). Como corresponde a este tipo de acciones, la descontextualización de los objetos es una realidad con la que debe contarse a la hora de acometer el estudio tipológico y sus implicaciones en la estructuración general de la secuencia arqueológica. Producto de ello resulta la evidente mezcla de objetos que podrían adscribirse a las diferentes fases culturales detectadas en el yacimiento, e incluso, a los distintos contextos de ocupación del lugar que representan la zona de hábitat y la necrópolis. En cualquier caso, las características tipológicas de este material de superficie encuentran una clara identidad en los conjuntos estratificados, de los que pasaremos a ocuparnos de inmediato, por lo que, en última instancia, vienen a reforzar el panorama cultural definido tras la catalogación y estudio de los mismos.

CORTE 1

Capa superficial

En la Capa Superficial del Corte, de la que se presenta una selección en la Fig. 136, los tipos de vasijas más representativos son los *cuencos* de los que la variante más numerosa es el cuenco *de casaquete esférico* (núms. 3, 4, 6 - 8); son cuencos de muy distinto tamaño, con aberturas que oscilan entre los 140-300 mm, de pastas y superficies de tonalidades medias u oscuras, con las superficies en su mayoría acabadas mediante espatulado, de textura fina de tipo harinoso compacto y con un desgrasante en la pasta de grano fundamentalmente fino. Hay también cuencos *profundos* (núm. 5) y cuencos *hemiesféricos* con el labio ligeramente marcado y semejantes características de fabricación (núms. 10 y 11).

Junto a los cuencos hay *ollas de perfil esférico* y borde ligeramente entrante, de pequeño o mediano tamaño (núms. 1 y 2), un fragmento correspondiente a una *fuelle* de paredes muy gruesas y seguramente con gran diámetro de boca, con borde marcado mediante suave bisel e inflexión interior y ligero engrosamiento exterior (núm. 9) y un *plato* de borde biselado, de pequeño tamaño y pasta y superficies cuidadas (núm. 12).

Capa I

La Capa I, la más rica en material arqueológico, ha proporcionado una cerámica realizada toda ella a mano, en general de buena factura, en la que son predominantes las pastas oscuras, las superficies de tonalidades medias, cuyo tratamiento más frecuente es el realizado mediante espatulado, siendo excepcionales las superficies tanto groseras como bruñidas. Destaca, igualmente, el buen tratamiento de las pastas, en las que el desgrasante empleado es normalmente de grano fino o muy fino, resultando tramas de aspecto harinoso o escamoso en general bien compactadas.

Tipológicamente las ollas y los cuencos constituyen las formas numéricamente más importantes, completándose la tabla con algunos platos y una escasa representación de fuelles.

Las *ollas* son todas ellas de perfil esférico (Figs. 137 y 138); solamente en un fragmento existe una ligera indicación de cuello mediante un pequeño cambio de dirección en las paredes (Fig. 138, 3). Son de tamaño variable, oscilando las aberturas de boca entre 240/160 mm.

Predominan las de pastas oscuras y superficies de tonalidad media (parduzco, grisáceo, anaranjado...) cuyo acabado siempre está hecho mediante espatulado. El desgrasante utilizado en la trama de la pasta suele ser fino y su aspecto es escamoso fino o harinoso, pero siempre bien cohesionada.

Los *cuencos* son el tipo de vasija más numeroso; los hay hemiesféricos y de casquete esférico, incluyendo éstos últimos, que son los más abundantes, alguna variante como la de borde marcado y las escudillas.

Los cuencos *de casquete esférico*, cuya proporción es en ésta Capa similar a la de las ollas de perfil esférico, tienen unas dimensiones que quedan comprendidas entre la abertura de borde de 100 mm en los más pequeños y de 180 mm en los de mayor tamaño. Ofrecen unas pastas de tonalidad media u oscura, salvo en alguna excepción de pasta clara, en la que el desgrasante utilizado es siempre fino, de textura compacta en su mayoría o, en todo caso, escamosa fina. Las superficies, de tonalidad media, nunca han sido tratadas mediante bruñido, en pocos casos han sido alisadas; el acabado más frecuente es el realizado mediante espatulado. Cabe señalar que éstos tratamientos afectan por igual a las superficies exteriores que interiores, haciendo la salvedad de un caso en que mientras que la superficie exterior es poco cuidada, la interior está bien espatulada (Fig. 139,10).

Dos de éstos cuencos de casquete esférico poseen un borde marcado exteriormente por una pequeña incurvación y suavemente biselado interiormente, dando lugar a un perfil en S poco definido (Fig. 139, 6 y 7).

Como variante también de los cuencos de casquete esférico se incluyen tres escudillas, de las cuáles en dos es posible determinar el diámetro de boca, de 120 y 140 mm respectivamente (Fig. 141, 2,3,5). Sus características de fabricación no presentan variaciones sustanciales con respecto al resto del conjunto.

Los cuencos *hemiesféricos*, con diámetros de abertura que oscilan entre 100/180 mm, son bastante menos numerosos que los de casquete esférico. No presentan características de fabricación diferentes, siendo muy similar su calidad técnica.

Cuatro de los fragmentos del conjunto cerámico pueden ser atribuidos a *platos*. Su tamaño es diferente, oscilando sus diámetros entre 140/240 mm. Dos de ellos son de pasta oscura, uno de clara y otro de tonalidad media; en la trama se observa en todos los fragmentos la utilización de un desgrasante de grano fino y una textura más o menos compacta. En las superficies, de

tonalidades medias u oscuras, se observa un acabado mediante espatulado en dos de los platos, mientras que en otro la superficie exterior está bruñida y la interior espatulada (Fig. 141,4) y en el cuarto la superficie externa es poco cuidada y la interior espatulada (Fig. 141,6).

Por último, completan el cuadro tipológico de la Capa I dos fragmentos cuyo inicio de fondo está marcado por una línea de carenación (Fig. 141,8,10), que pudieran pertenecer a vasos de *perfil en S*, y otros dos pertenecientes a *fuentes* de borde engrosado, de los que sólo uno permite obtener una aproximación de diámetro, en torno a los 360 mm. Son de pastas y superficies oscuras, de buena factura en la trama, siendo de anotar la alternancia de un tratamiento grosero en la superficie exterior de una de ellas y mediante espatulado en la interior, ofreciendo además la particularidad de poseer una perforación cónica cerca del borde (Fig. 141,11).

Capa II

La Capa II, pobre en material arqueológico, aporta como única novedad en la producción cerámica con respecto a la capa superior la presencia de *cuencos bitroncocónicos* que no se han registrado en aquella. El resto de la vajilla lo constituyen cuencos de casquete esférico, entre los que hay que incluir una *escudilla* (Fig. 142, 2), y una posible *fuelle*, si a tal forma cabe atribuir un fragmento que carece de borde.

De los fragmentos de cuencos bitroncocónicos (Fig. 142, 1,5,6) solamente uno permite obtener las dimensiones de diámetro en la abertura de boca, en torno a los 200 mm. Ni éstos, ni los cuencos de *casquete esférico* (Fig. 142, 3,4) se apartan de la tónica general que hemos venido viendo en la Capa I por lo que a características generales de fabricación se refiere, de tal modo que las pastas y superficies vuelven a ser de tonalidades medias u oscuras por lo general, el tratamiento de las superficies el espatulado, las texturas compactas y los desgrasantes usados de grano fino.

El posible fragmento de *fuelle* (Fig. 142, 7) presenta en su parte superior un engrosamiento de aspecto grosero en el exterior; por debajo de éste la parte externa de la pared, así como toda la superficie interior, están acabadas mediante un cuidadoso espatulado.

CORTE 2

Todo el material cerámico aportado por el Corte 2 está realizado a mano. No existen diferencias sustanciales en cuanto a las características generales de fabricación de la vajilla contenida en las dos capas delimitadas en dicho Corte, del mismo modo que tampoco se aprecian variaciones esenciales en el aspecto morfológico.

En general, se trata de una cerámica bien elaborada para la que se ha utilizado, prácticamente siempre, un desgrasante muy fino que aparece muy bien cohesionado con la matriz arcillosa, originando unas secciones en la trama de texturas compactas, o en todo caso escamosas finas, y superficies bastante regulares y cuidadas acabadas en la mayoría de las vasijas mediante espatulado. No existen superficies groseras ni las acabadas mediante alisado simple; tampoco aparece más que excepcionalmente el tratamiento más detenido mediante bruñido que sólo se puede constatar en la superficie interior de un plato de la Capa inferior (Fig. 144, 16).

El color de las superficies y de las pastas es mayoritariamente el de tono medio (parduzco, grisáceo, rojizo, anaranjado...), en proporción bastante inferior el oscuro y muy ocasionalmente el claro.

Por cuanto se refiere a las formas, los cuencos y las ollas están representados en proporción similar en la *Capa I*, mientras que los primeros son significativamente superiores en número con respecto a las ollas en la *Capa II* en la que, por otra parte, existe una escasa representación de platos, superior en cualquier caso a la de la Capa I en donde se ha registrado un único ejemplar. Ni en una ni en otra se han documentado fuentes.

Las *ollas* de ambas capas son técnica y tipológicamente muy semejantes. La variante más numerosa es la de *perfil esférico*, de pequeño o mediano tamaño, con aberturas de boca que oscilan entre los 180/120mm (Fig. 143, 1,3,4,5,11; Fig. 144, 1,2). Uno de los fragmentos asignados a éste tipo ofrece una serie de incisiones o huellas de escobillado en la cara interna de la vasija, formando una línea decorativa cerca del borde (Fig. 143, 11). En la Capa I un fragmento pertenece a una olla *globular con cuello* alto y estrecho (Fig. 143, 16), forma ésta con la que quizá pueda relacionarse otro fragmento de la Capa II (Fig. 144, 18). En ésta misma Capa otra olla presenta un *borde bien marcado* (Fig. 144, 20).

Los *cuencos* más representativos de la capa superior son los de perfil *hemiesférico* (Fig. 143, 6,7,9,12,13), hay uno de *casquete esférico* (Fig. 143, 14) y otro *plano de borde entrante* (Fig. 143, 2). Su tamaño es pequeño o mediano, oscilando sus aberturas entre 160/120 mm.

Entre los de la capa inferior los hemiesféricos son también los más numerosos (Fig. 144, 3-6,11-14,17); dos de ellos presentan el borde adelgazado (Fig. 144, 13,14). Uno de ellos presenta por debajo del borde una amplia impresión de forma triangular y junto a ésta lo que parece ser un corto trazo inciso (Fig. 144, 4). Hay también cuencos de casquete esférico (Fig. 144, 9,10) y cuencos planos de borde entrante (Fig. 144, 7,8). En general son de medianas dimensiones, advirtiéndose unos diámetros de boca ligeramente superiores a los de la Capa I; la medida más frecuente en el diámetro de la boca es de 160 mm, mientras que en la Capa I lo es la de 120 mm.

La tabla tipológica, en la que debe incluirse además un fondo carenado de la capa superior (Fig. 143, 17), se completa con los fragmentos asignables a *platos*, tres en la Capa II y uno en la Capa I (Fig. 143, 15; Fig. 144, 15,16,19). Los cuatro fragmentos tienen unas dimensiones muy reducidas y en ninguno de ellos es posible determinar el diámetro. Son platos de perfil sencillo, uno de ellos con el borde sensiblemente adelgazado, bien bruñido como toda la superficie interior del fragmento (Fig. 144, 16).

CORTE 3

La *Capa Superficial* del Corte proporcionó algunos fragmentos amorfos realizados a mano, cerámica a torno y material lítico. En la *Capa I* ya no se registra la existencia de cerámica a torno y sí abundante cerámica a mano e industria lítica. La *Capa II* resultó prácticamente estéril al aflorar enseguida el suelo virgen, por lo que las siguientes consideraciones están referidas siempre a la Capa I.

La cerámica existente responde a unas características de fabricación muy semejantes a las que hemos venido viendo en los Cortes 1 y 2. Son siempre predominantes las pastas arcillosas y las superficies de tonalidad media sobre las oscuras y sólo se observan muy aisladamente las de tonalidad clara, advirtiéndose, en todo caso, un mayor porcentaje de fragmentos con pastas y superficies rojizas y anaranjadas. Es una cerámica bien trabajada, de tramas finas y normalmente muy bien compactadas con desgrasantes de tamaño fino y superficies acabadas en un tanto por

ciento muy elevado de las vasijas mediante espatulado. En algunos tipos como las fuentes puede señalarse como característica la alternancia en el tratamiento de las superficies de espatulado en la interior y alisado simple en la exterior; también en algunos cuencos se advierte un espatulado o alisado más cuidadoso en el interior de las paredes que en el exterior. Únicamente un fragmento de fondo carenado (Fig. 145, 10) ofrece un tratamiento bruñido en la superficie exterior.

Desde el punto de vista tipológico se mantiene igualmente la misma tónica que en los Cortes precedentes registrándose, no obstante, una mayor diversidad de subtipos o variantes de las formas principales y comunes a todo el yacimiento -ollas, cuencos, fuentes y platos- en consonancia, por otra parte, con la mayor cantidad de material cerámico aportado por este Corte.

La forma primaria más representativa es el *cuenco* que numéricamente es superior a las ollas y tipológicamente más variado. Hay *cuencos profundos de paredes abiertas* (Fig. 145, 11--14), uno de ellos con una perforación cónica iniciada cerca del borde, *cuencos hemiesféricos* de mediano tamaño, con diámetros de boca que oscilan entre los 160/180 mm (Fig. 147, 3, 4, 6, 13, 14, 16, 17), en uno de los cuáles (núm. 4) se advierte la aplicación de una segunda capa de arcilla sobre parte de la superficie externa, y *cuencos de casquete esférico* que son los más abundantes y los que mayores variaciones tipológicas presentan (Fig. 147, 1, 2, 5, 7-12, 15; Fig. 148). Dentro de éstos últimos existen los *de borde entrante* (Fig. 146, 6; Fig. 147, 1, 2, 8; Fig. 148, 1) y las *escudillas* (Fig. 148, 4-9). En general, salvo en alguna escudilla de tamaño más pequeño, cuya abertura de boca no supera los 100 mm, sus diámetros oscilan entre los 140/200 mm.

En cuanto a las *ollas*, las de *perfil esférico*, de paredes y borde entrantes, son las que se registran en mayor número (Fig. 145, 1-5; Fig. 146); sus tamaños son muy distintos, oscilando los diámetros de boca entre 60 y 240 mm. Hay también ollas globulares *con cuello indicado* (Fig. 145, 6-8), en una de ellas a través simplemente de un engrosamiento del borde.

En escaso número se documentan *fuentes* y *platos* (Fig. 149). A éstos últimos sólo es posible atribuir dos fragmentos, uno de ellos falto de borde (núm. 6) y el otro con tan escasa porción del mismo conservada que no es posible obtener una aproximación a su diámetro de boca (núm. 4); son *platos de perfil sencillo, de borde adelgazado*, al menos el que con mayor seguridad puede considerarse tal. De los fragmentos pertenecientes a fuentes unos pueden atribuirse al tipo de *fuentes de borde engrosado*, seguramente de fondo aplanado o ligeramente curvado, de paredes gruesas, con diámetros de boca obtenidos en dos de ellas de 240 y 280 mm

respectivamente (núms. 1-3). El otro tipo es el de *fuentes de borde adelgazado*, de perfil sencillo y paredes gruesas (núms. 5 y 7), con un diámetro de boca en la núm. 7 de unos 300 mm.

Tal como habíamos indicado con anterioridad, la superficie exterior en cuatro de las cinco fuentes registradas presenta un aspecto grosero mientras que la interior se muestra mucho más cuidada a través de espatulado, tratamiento que tanto interior como exteriormente presenta la núm. 2. En general son de buena factura, con tramas compactas en las que el desgrasante utilizado suele ser fino, y de tonalidades medias en sus superficies.

CORTE 4

De las dos capas delimitadas en el Corte 4 tras la limpieza de la *Capa Superficial* que sólo proporcionó alguna cerámica a torno, la Superior o *Capa I* contenía ya solamente cerámica realizada a mano. Es una cerámica en la que predominan las pastas oscuras y las superficies son siempre de tonalidad media, en la mayoría de los fragmentos tratadas mediante espatulado, en pocos casos mediante alisado, sin que se aprecie el tratamiento mediante bruñido en ninguno de los fragmentos. Las texturas de la pasta arcillosa son mayoritariamente escamosas, habiéndose empleado generalmente en su trama desgrasantes de grano fino y medio.

En el cuadro tipológico los *cuencos* son la forma más representativa, teniendo escasa significación las *ollas*, de las que solamente dos fragmentos dan indicación de su pertenencia a una forma *de perfil esférico* (Fig. 150, 8,9), las *fuentes* y los *platos*, aunque deba tenerse en cuenta la reducida cantidad de fragmentos proporcionada por éste estrato con referencias morfológicas. El único fragmento de fuente (Fig. 150, 2), de borde engrosado, no conserva suficiente porción del mismo como para aproximarnos a su diámetro de boca. El fragmento que asignamos a plato (Fig. 150, 7) tampoco lo permite y presenta un reborde exterior.

El material cerámico es mas abundante entre el gran amontonamiento de piedras que se sucede hasta el suelo virgen en la Capa inferior o *Capa II*. En ésta capa son predominantes, por el contrario, las pastas medias sobre las oscuras, si bien las superficies siguen siendo mayoritariamente de tonalidad media y tratadas en su terminación mediante espatulado, en menos casos mediante alisado, observándose con claridad en un sólo fragmento -el galbo carenado de la Fig. 152,9- el tratamiento mediante bruñido de su superficie exterior, que es de color negruzco.

mientras que la interior está espatulada. También en un cuenco de casquete esférico (Fig. 152, 3), existe alternancia en el tratamiento de sus superficies, alisado en la exterior y espatulado en la interior. Siguiendo la tónica general que venimos viendo hasta ahora, las pastas arcillosas están bien tramadas con desgrasantes mayoritariamente finos, o en todo caso de grano medio, originando texturas compactas o de aspecto escamoso fino.

Por cuanto se refiere a las formas, las ollas son más numerosas que los cuencos y es muy escasa la significación de fuentes y platos. Dentro de las *ollas* las *de perfil esférico* son predominantes sobre otras variedades a las que ahora haremos referencia, debiéndose hacer notar el hecho de que es a ésta forma a la que se asocian la práctica totalidad de las decoraciones existentes que presentan algunos fragmentos que conservan parte de borde y otros que, aún no conservándolo, pueden atribuirse igualmente a dicha forma.

Las técnicas decorativas empleadas son la de unguilaciones, que presenta uno de los fragmentos bajo el borde (Fig. 151, 4), la de cordones en relieve, que en los dos fragmentos registrados están siempre realizados mediante sobre elevación de la superficie arcillosa, siendo liso uno de ellos (Fig. 151, 11), mientras que el otro posee fuertes incisiones transversales (Fig. 151, 5), y la de incisiones finas, dispuestas en cortos trazos verticales a partir de una horizontal y continua (Fig. 151, 10), e incisiones amplias o acanaladuras, como las que cubren la superficie en el fragmento núm. 9 de la misma figura.

Otros fragmentos de ollas de perfil esférico no presentan decoración (Fig. 151, 1), pudiendo asignarse también a ésta forma dos fragmentos que conservan uno de ellos un mamelón (Fig. 151, 6) y otro un asa vertical de perforación horizontal (Fig. 151, 3). En general, por los diámetros de boca que pueden obtenerse en algunos de los fragmentos y por las curvaturas de paredes que ofrecen otros parecen pertenecer siempre a vasijas de tamaño mediano, en torno a los 140/160 mm de abertura.

Otros tipos de ollas que se registran son el *de paredes rectas*, profundas (Fig. 151, 7, 8), el de olla *globular con cuello indicado* (Fig. 151, 12 y Fig. 152, 2) y las *ollas carenadas*, con angulación a media altura y borde marcado y abierto (Fig. 152, 5, 9). Uno de los fragmentos de olla globular con cuello muestra una decoración de incisiones transversales sobre el borde.

Por su parte, los *cuencos hemiesféricos* (Fig. 151, 2 y Fig. 18, 1, 4, 8) son más numerosos que los *de casquete esférico* (Fig. 152, 3, 10). Los diámetros obtenidos para la abertura de boca en todos ellos está en torno a los 160 mm.

Por último, dos fragmentos que no conservan suficiente porción de borde como para obtener indicación de abertura, corresponden a una *fuelle* de borde engrosado y a un *plato* de labio grueso (Fig. 152, 6,7).

Necrópolis

SEPULTURA CD1

En la limpieza de la cámara de esta sepultura (Fig. 153), junto a algunos fragmentos de cerámica a torno y algunas lascas de sílex, aparecieron escasos fragmentos, amorfos, de cerámica a mano, todo ello mezclado en el relleno con huesos de fauna y fragmentos cerámicos actuales, sin que conservara ningún resto óseo humano.

La limpieza de la antecámara (Fig. 154) proporcionó en su capa superior abundantes fragmentos de cerámica a torno, algunas lascas de sílex y un sólo fragmento, amorfo, de cerámica a mano. La capa inferior no contenía cerámica a torno y sí varios fragmentos cerámicos a mano de los que se recoge una selección en la Fig. 155.

Por su parte, en la limpieza del pasillo se recogieron escasos fragmentos realizados a mano; de ellos, los que poseían indicaciones formales se han recogido también en la Figura citada.

En el conjunto, globalmente considerado, están presentes los *cuencos hemiesféricos* (Fig. 155, 1,2,9), de borde marcado exteriormente, suavemente biselado y adelgazado, de medianas dimensiones, las *ollas de perfil esférico* (Fig. 155, 3-5), de boca bastante cerrada y con una ligera indicación de cuello, y las *ollas globulares de cuello alto* (Fig. 155, 7,8); hay, por último, un fragmento de pared entrante con transición *careñada* al fondo (Fig. 155, 6).

Las pastas son medias u oscuras, de textura compacta o escamosa fina, con desgrasante, en general, de grano fino o, en todo caso, mediano. Las superficies, de tonalidades diferentes, están acabadas en unos casos mediante alisado, en otros mediante espatulado; únicamente está tratada mediante bruñido la superficie exterior de una olla (núm. 4). El fragmento correspondiente seguramente a una gran olla globular con cuello indicado y borde exvasado (núm. 7) presenta la superficie exterior pintada con una pintura roja a la "aguada de almagra", tratada con un simple alisado.

SEPULTURA CD2

El conjunto del material cerámico que se recoge gráficamente en las Figuras 159 y 160 corresponde a una selección del aparecido en la limpieza del contorno (Fig.156), del pasillo (Fig.156), del vestíbulo (Fig.157), de la cámara (Fig.157 y 158) y de la antecámara (Fig.157) de la sepultura. El carácter revuelto del relleno se puso de manifiesto por la aparición, junto a éstos fragmentos realizados a mano y a un escaso material lítico, de fragmentos realizados a torno y huesos de fauna en su mayoría de época reciente.

En general, y por lo que a las características técnicas de la cerámica se refiere, son predominantes las pastas medias sobre las oscuras y claras, de texturas escamosas o compactas, bien tramada la pasta cerámica con desgrasantes de grano predominantemente fino. Igualmente las tonalidades medias son las mas abundantes en las superficies, habiéndose realizado su acabado en la mayor parte de los vasos mediante espatulado, en menos de ellos mediante alisado simple y, en un sólo fragmento correspondiente a un cuenco de casquete esférico aparecido en la antecámara (Fig. 160, 2), las dos superficies han recibido un tratamiento bruñido.

Por lo que respecta a las formas, los fragmentos pertenecientes a ollas son ligeramente superiores a los de cuencos. Hay *ollas globulares con cuello alto* y borde exvasado o recto (Fig.159, 1,2,8,10; Fig.160, 1), de tamaño diferente, oscilando los diámetros de boca entre 80/220 mm; en una de ellas, la núm.1 de la Fig.159, procedente de la limpieza del contorno, conserva en la superficie interior restos de pintura roja a la *almagra*, muy diluída. Se registran, igualmente, *ollas de perfil esférico* (Fig.159, 4,9; Fig.160, 5). A una de estas dos variedades debe corresponder el fragmento con mamelón, no aplicado, del núm.7 de la Fig.160. También en una olla de perfil esférico, la núm.9 de la Fig.159, se conservan restos de "aguada de almagra" en la superficie exterior.

Los restantes fragmentos pertenecen a *cuencos*, entre los que existen los *planos de borde entrante* (Fig.159, 3), los de *casquete esférico* (Fig.159, 5; Fig.160, 2,3) y los *hemiesféricos* (Fig.159, 6,7). En uno de éstos últimos, el núm.7 de la Fig.159 procedente de la limpieza del pasillo, se repite de nuevo la decoración de la parte externa de la pared mediante pintura a la "aguada de almagra", muy diluída, acabada mediante un simple alisado. Los pocos fragmentos de

cuencos que permiten obtener indicaciones de diámetro denuncian un tamaño pequeño o mediano para los mismos.

En la limpieza de la antecámara se recogió también un fragmento de cerámica de pared rectilínea que parece recortado intencionalmente en forma aproximadamente circular (Fig.160, 4).

La **SEPULTURA CD3** no dió ningún material.

SEPULTURA CD4

En la limpieza del interior de esta sepultura (Fig.161) solamente aparecieron, junto a algunas piezas de sílex y fragmentos cerámicos a torno, escasísimos y muy fragmentados restos cerámicos a mano, de los que el único que conservaba borde es el que se incluye en el núm.2 de la Fig.162, correspondiente a un *plato* con labio exteriormente marcado por un pequeño reborde, localizado en la antecámara.

El resto del material que se incluye en esta misma Figura (núms.1 y 3-7) procede de la limpieza del exterior de la sepultura. Tres de los fragmentos parecen corresponder a *fuentes* hondas y de paredes gruesas de las que sólo el núm.3 permite obtener una indicación de su gran diámetro, en torno a los 360 mm.

El núm.1, con labio marcado mediante un pequeño engrosamiento externo e interno, presenta la particularidad de poseer una especie de incisión o marca horizontal a unos 4 cm del borde; éste espacio presenta un acabado mediante alisado mientras que por debajo del mismo la superficie se muestra grosera y rugosa.

De los otros tres fragmentos, dos corresponden a *cuencos hemiesféricos* (núms.5 y 7), uno de ellos con el borde adelgazado; el otro parece pertenecer más bien a un *cuenco de casquete esférico*.

Las pastas son claras u oscuras, las superficies en su mayoría de tonalidad media, predominando el acabado mediante alisado. Las texturas suelen ser escamosas finas o compactas, habiéndose utilizado más frecuentemente desgrasante de grano fino y medio.

SEPULTURA CD6

En la Figura 162 se incluyen los tres únicos pequeños fragmentos procedentes de la limpieza de la esta sepultura (Fig. 163). Uno pertenece a una *olla de perfil esférico* de boca muy cerrada (núm.8), los otros dos a *cuencos*, el núm.9 posiblemente *hemiesférico* y el núm.10 de *casquete esférico*.

SEPULTURA CD5

En las tres zonas que por cuestiones metodológicas se diferenciaron en la excavación de la Sepultura CD5 (Fig. 164) el material cerámico es relativamente abundante, siendo muy superior el porcentaje de pequeños fragmentos amorfos al de los que han sido objeto de selección y que quedan recogidos en las Figuras 165-170. A excepción de la Zona C, en donde pudo ser delimitado un segundo nivel más o menos intacto, en el resto del Corte el material arqueológico aparece revuelto en la única capa registrada bajo la limpieza de la capa superficial, así como en el *Nivel I* de dicha zona con la que se corresponde. La cerámica a mano aparece mezclada con cerámica a torno entre otros materiales líticos, restos óseos humanos y restos de fauna.

Globalmente considerada la cerámica de toda esta capa, procedente de las zonas A,B y C, presenta unas características de fabricación bastante similares a las que hemos venido anotando para las cerámicas de las sepulturas antes analizadas, así como, en general, para todo el yacimiento. Volvemos a encontrarnos aquí con unas cerámicas que podemos considerar bien elaboradas, con pastas bien tramadas, de texturas harinosas o escamosas finas normalmente bastante compactas, en las que el desgrasante utilizado suele ser de grano fino o, en menos casos, medio y pocas veces grueso. Son absolutamente predominantes las tonalidades medias sobre las claras u oscuras tanto en las pastas como en las superficies. El tratamiento más frecuente de las superficies es el espatulado, son también relativamente numerosas las superficies alisadas y en muy contados fragmentos las superficies exteriores conservan restos de bruñido; en ningún caso se advierten superficies groseras que no hayan sido objeto de tratamiento alguno.

La mayor parte de los fragmentos que dan indicaciones de forma corresponden a *ollas* y los más de ellos a *ollas de perfil esférico*, de paredes más o menos curvadas y de bordes más o menos entrantes, de dimensiones variables pero dentro siempre de lo que podemos considerar de pequeño o mediano tamaño, con unas aberturas de boca que oscilan entre los 80/180 mm (Fig. 165, Fig. 167, 3 y 6, Fig. 168, 1). Dos de ellas presentan una decoración de pequeños y poco pronunciados mamelones que se suceden a lo largo de la línea de borde, elevándose ligeramente sobre el mismo en una de ellas (Fig. 165, 1 y 4) cuya superficie exterior está bien acabada mediante bruñido. Otro pequeño fragmento que puede pertenecer a esta forma (Fig. 167, 3) posee una decoración de una línea incisa horizontal bajo el borde y una profunda, amplia y corta incisión oblicua bajo la misma.

Por otro lado, a ollas de este tipo o bien a ollas globulares con indicación de cuello podrían pertenecer dos fragmentos de pared que conservan uno un arranque de asa vertical de sección oval y otro un arranque de lengüeta horizontal (Fig. 168, 4 y 7). Las *ollas globulares con cuello indicado* están representadas a través de un fragmento que conserva sobre el galbo un mamelón inclinado hacia arriba (Fig. 167, 5) y otros dos que presentan decoración, uno de ellos de cordón liso en relieve que describe una curvatura que termina perpendicularmente en el borde elevándose sobre el mismo (Fig. 166, 9) y el otro de impresiones digitales o unguilaciones (Fig. 168, 2), perteneciente éste último a una vasija grande, con un diámetro de boca en torno a los 220 mm. Hay también *ollas carenadas* (Fig. 168, 3,5), así como un vaso de fondo carenado (Fig. 168, 8).

Entre los *cuencos* los de mayor significación numérica dentro del escaso conjunto cerámico recuperado con indicaciones formales, son los *hemiesféricos* (Fig. 166, 2-4,6), estando representados igualmente los de *casquete esférico* (Fig. 166, 7 y 8; Fig. 167, 1) y los *cuencos más o menos profundos de borde abierto*; uno de ellos presenta el borde sensiblemente adelgazado (Fig. 166, 1) y otro, que quizás podría interpretarse más bien como plato hondo, posee una decoración de impresiones poco pronunciadas de forma triangular bajo el borde (Fig. 167, 2). No hay fuentes y los *platos* solamente están representados por un fragmento muy pequeño de borde con labio ligeramente engrosado (Fig. 168, 6).

El *Nivel II*, conservado más o menos intacto, como antes señalábamos, tan solo en la zona del corredor o "Zona C", y más exactamente en la parte exterior del mismo, proporcionó un pequeño conjunto de cerámicas que en su mayor parte consideramos de clara ascendencia

neolítica, en buena parte decoradas, apuntando el contexto hacia un momento avanzado o tardío dentro del horizonte de la Cultura de las Cuevas.

Junto a *ollas de perfil esférico de borde marcadamente entrante* (Fig.169, 4-6), hay *ollas globulares sin cuello, de paredes poco entrantes* con labio marcado exteriormente mediante incisiones o acanaladuras y con decoraciones de impresiones de punzón romo o de cortos trazos incisivos verticales (Fig.169, 2,3,13; Fig.170, 2) o con incisiones transversales sobre el borde (Fig.169, 12) y *ollas globulares con cuello indicado*, una de ellas con pequeño mamelón sobre la línea de borde y las superficies pintadas de rojo a la *almagra* (Fig.169, 11 y Fig.170, 3). Otro fragmento de olla presenta una decoración de cordón en relieve describiendo curvatura a modo de guirnalda, decorado a su vez con incisiones transversales (Fig.170, 1). A ollas de uno u otro tipo deben pertenecer también los dos fragmentos de asas de sección oval, una de ellas doble (Fig.169, 9 y 10).

Por último, junto a otro pequeño fragmento que podría pertenecer a un cuenco hemiesférico o a un vaso profundo de paredes casi verticales, con labio exteriormente marcado y una unguación sobre el mismo (Fig.169, 7), forman parte de este lote cerámico un fragmento de fuelle honda de borde recto y ligeramente engrosado (Fig.169, 8) y una placa de forma aproximadamente rectangular, con los ángulos redondeados y una perforación cónica en la parte central de cada extremo (Fig.169, 14).

En la parte interior del corredor sólo se localizaron tres fragmentos con borde, junto a otros pequeños fragmentos amorfos, pertenecientes a un plato hondo, a una olla de perfil esférico con borde marcadamente entrante y a una gran vasija de paredes abiertas, gruesas, de borde exvasado, engrosado y exteriormente marcado por una inflexión de la pared bajo la cual ésta se engrosa ligeramente dando lugar a un perfil cóncavoconvexo (Fig.170, 4-6).

En cuanto a las características de fabricación de la cerámica de este Nivel II, no difieren sustancialmente de las del nivel superior; siguen siendo predominantes las pastas y las superficies de tonalidad media, las texturas harinosas, algunas bastante compactas, y los desgrasantes de grano fino. La mayor diferencia se observa en el tratamiento de las superficies ya que los espatulados descienden notablemente en beneficio de los alisados que, no obstante, se muestran bastante regulares. En la única fuente registrada (Fig.169, 8) mientras que la superficie interior ofrece este tratamiento mediante alisado simple la exterior aparece mucho mejor acabada mediante bruñido.

La SEPULTURA CD7 no dió ningún material.

SEPULTURA CD8

Junto a cerámica a torno, industria lítica, algún elemento metálico y restos óseos humanos y de animales, en la limpieza de la Sepultura CD8 (Fig. 171) aparecieron varios fragmentos de cerámica a mano de los que se recoge una selección en la Figura 172. Excepto los números 4 y 5, procedentes de la parte exterior de la cámara, los restantes proceden de la limpieza interior de ésta. Los citados son un fragmento de cuenco hemiesférico y un pequeño fragmento de galbo suavemente carenado cuya superficie exterior está bruñida y la interior alisada. Los del interior de la cámara corresponden a *cuencos hemiesféricos* y *de casquete esférico* (núms. 1,3 y 2) y *ollas de perfil esférico* (núms. 6,7). En el fragmento de pared núm. 7, que puede corresponder a una olla de este tipo, se conserva un mamelón redondeado horizontal.

Las pastas, generalmente bien tramadas, con desgrasante mayoritariamente fino, suelen ser oscuras; las superficies en su mayoría también de tonalidad media y acabadas mediante alisado. La superficie externa de los cuencos núms. 1 y 2 están tratadas mediante espátulado. No existe ningún fragmento decorado.

La SEPULTURA CD9 no dió material.

SEPULTURA CD10

Entre los escasos fragmentos cerámicos aparecidos en la limpieza de la Sepultura CD10 (Fig. 173), que se recogen en la Figura 175, tres de ellos proceden de la parte exterior del enterramiento (núms. 1,2,5) y los restantes de la parte correspondiente al corredor (Fig. 174). Sus características de fabricación responden a las que hemos venido viendo como prácticamente generales a todo el yacimiento. *Cuencos hemiesféricos* y *ollas de perfil esférico* son las formas

que se determinan con mayor precisión entre los fragmentos con indicaciones formales. Un fragmento de pared de olla conserva un mamelón de lengüeta horizontal (núm.3).

f) La Industria de piedra tallada

Metodología

La metodología empleada en este trabajo sigue el modelo general de la producción lítica tallada presentado por G. Martínez Fernández y J.A.Afonso (MARTÍNEZ FERNÁNDEZ y AFONSO, 1994). Los conceptos técnicos aplicados son los propuestos por G.Martínez Fernández (MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, 1985) y J.A.Afonso Marrero (AFONSO, 1993). Remitimos a estos trabajos para la definición de dichos conceptos y sólo los explicitaremos si es necesario para la mejor comprensión de la presente síntesis. En este procedimiento destaca la clasificación técnica de cada una de las piezas integradas en los conjuntos arqueológicos de piedra tallada, para lo que se han establecido las categorías técnicas, de acuerdo con el proceso abstracto de la producción lítica, para abarcar todas las fenomenologías que pueden presentar los artefactos prehistóricos de piedra tallada, en el marco general de reducción material que supone dicha producción, en tanto que proceso de trabajo. Sólo después se procede a la clasificación tipológica de los artefactos, en relación con la constatación de modificación secundaria y/o retoque de uso, según la lista del utillaje de piedra tallada de la Prehistoria Reciente de la Alta Andalucía y el Sureste hasta ahora definida (MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, 1985; AFONSO, 1993).

Estudio tipológico

El conjunto de las piezas estudiadas incluye 865 objetos. Proceden de la excavación y limpieza de un conjunto de sepulcros colectivos y de unas pequeñas áreas en el poblado anexo.

a) Materias primas y estado

El estado de conservación general de la muestra se corresponde con su origen, ya que procede mayoritariamente de sedimentos superficiales o alterados por actividades antrópicas, algunas de lejana incidencia, como saqueos y labores agrícolas. Dichas intervenciones han debido provocar un incremento de la fractura de los materiales. A ello hemos de añadir el factor de alteración que supusieron ciertas prácticas relacionadas con la agricultura, tales como la quema de rastrojos, que serían responsables del alto grado de alteración térmica observado. Esto determina que 21 piezas sean de origen térmico por lo que se han descontado del total de la muestra antes referida, por lo que son 844 las piezas que han sido objeto del estudio que a continuación exponemos.

El aspecto externo que presenta la industria es, por tanto, muy variado. Aparecen objetos quemados y cuarteados, como consecuencia de su exposición al fuego y otros muy desilificados, blancos, que proceden de la superficie. Algunos están totalmente frescos, pasando por los que tienen patinación parcial. En tres hojas prismáticas se observan superficies de lustre producido por el uso (en un caso por corte de cereal y en dos indefinido).

Las piezas presentan un bajo porcentaje (19%) de córtex, mediano (24%) de alteración térmica, y un índice relativamente elevado de alteración química (44.4%). La alteración mecánica no es muy alta, tan sólo del 12% y dentro de ella se incluye algún caso de pulido producido por el uso, que tienen en alguno de sus filos varios artefactos.

Por último, habría que señalar en este apartado que el análisis de conservación nos distribuye a la industria en 200 artefactos completos (23.7%) y 644 incompletos (76.3%). Si sólo tenemos en cuenta los productos de talla (lascas y hojas) los porcentajes varían hasta el 21.6%, representado por los completos, y el 78.4% por los incompletos.

b) Clasificación técnica

La clasificación técnica se ha realizado sobre 844 piezas, ya que las esquirilas térmicas no se contabilizan, como hemos indicado antes, al tratarse de objetos que son resultado del fuego y, por tanto, no pueden considerarse artefactos, objetivo de cualquier análisis técnico. Tenemos la siguiente distribución, acompañada de los porcentajes correspondientes:

	n°	%
Percutores:	3	0,3%
Núcleos:	36	4,2%
Lascas:	514	61,0%
Hojas:	207	24,5%
Frag. pr. talla indeterminado:	68	8,0%
Indeterminables:	16	2,0%
	844	100,0%

Percutores

Son tres ejemplares (0,3%) de los que dos están incompletos. No necesariamente han tenido que estar implicados en la talla, y así lo demuestra el ejemplar completo (Fig.176), que tiene un gran tamaño y demasiado peso para dicha función. Presenta su superficie muy redondeada y las aristas casi pulidas, resultado de haber participado en un trabajo de machacado bastante intenso.

A los anteriores podemos añadir uno de los núcleos que veremos a continuación, que ha sido reutilizado como percutor. Su superficie se encuentra altamente piqueteada como consecuencia de dicha actividad.

Núcleos

Hay 36 (4,2%). Su estado de conservación es bastante alto, ya que sólo el 13.8% están incompletos. Se trata en general de artefactos de pequeño tamaño, debido principalmente al agotamiento que se ha alcanzado en su explotación (16 están agotados, 44,5%). Este porcentaje incluso se incrementaría si consideramos que algunos no han llegado a explotarse, tras su

preparación o escasas extracciones. Es posible deducir en 6 casos los soportes sobre los que están realizados: 2 (5,5% de los núcleos) sobre nódulo y 4 (11,1%) sobre producto de talla.

Sobre una muestra de 36 ejemplares encontramos la siguiente distribución de la producción mayoritaria:

- Producción de lascas: 28 (77.8%).
- Producción de hojas: 8 (22.2%).

Se puede observar un predominio de la producción de lascas sobre hojas en clara concordancia con los porcentajes aportados por lascas y hojas. Casi dos tercios de los núcleos estarían conectados con una producción regular de lascas (Fig.177, 1-3). Entre los núcleos para hojas destacan los característicos del Neolítico (Fig.177, 4-9), de los que se han tallado principalmente productos de tamaño mediano y pequeño (MARTÍNEZ FERNÁNDEZ 1991). Todos se adecuan al modelo conocido, con definición de plano, delimitación del frente y preparación o elección de una arista guía de la primera extracción. También documentamos los procedimientos de mantenimiento en el curso de las extracciones: preparación del plano antes de nuevos levantamientos (contamos con una tableta de avivado), eliminación de las cornisas y levantamiento de hojas de regularización o flancos de núcleo para la corrección de las extracciones fallidas.

No hay núcleos prismáticos con preparación de crestas para la primera extracción. Tan sólo uno presenta una posible cresta pero ésta no parece ser el resultado de la conformación del núcleo para producir hojas prismáticas. Se trataría, más bien, de la arista que conforman el plano de percusión y el frente del núcleo, tratándose, por tanto, de un producto de adecuación del plano de percusión.

En cuanto a los núcleos reciclados son 6 (16.6%) y de ellos sobresalen dos, uno de hojitas que ha sido reciclado para lascas y otro de lascas reciclado para hojitas. El resto lo constituyen núcleos de lasquitas reutilizados con posterioridad para seguir produciendo lasquitas.

Del conjunto 4 núcleos (11.1%) han sido realizados sobre productos de talla (lascas), sólo tres sobre materia prima no modificada previamente (en dos casos se trata de nódulos) y los restantes sobre soporte indeterminado. Los nódulos han sido obtenidos en depósitos secundarios lo que anula la existencia de actividades mineras para el aprovisionamiento de materia prima.

Dos núcleos presentan tratamiento térmico y otros dos han servido de soporte a un útil (3.5%).

Laschas

Han sido inventariadas 514 (61%). Entre ellas contabilizamos todos los productos de talla cuya longitud es inferior al doble de su anchura (Fig. 178, 1 y 2), sin discriminar dentro de ellas una categoría de lasquitas en función de un límite longitudinal¹. No hemos añadido aquí cuatro laschas más que, aunque forman parte del lote, han sido incluidas en el apartado anterior puesto que constituyen el soporte de otros tantos núcleos.

En la colección encontramos una lasca que presenta en su cara superior una fuerte alteración mecánica producida por el golpeo continuado, lo que podría sugerir su utilización como percutor, del cual habría saltado posteriormente.

Algunas de ellas podrían haber sido recicladas, sin embargo, los levantamientos posteriores a su modificación inicial no han sido tenidos en cuenta dado el considerable grado de alteración mecánica que presentan.

De las 514 laschas 126 (24.5%) están completas, con longitudes por debajo de los 7 cm. Ninguna presenta una longitud inferior a un centímetro. Los tamaños dominantes son los intermedios, entre 3 y 5 cm. Proceden tanto de los núcleos para laschas como de la preparación y mantenimiento de los núcleos para hojas.

Las laschas han servido como soporte de 30 artefactos considerados como útiles (52.6%).

Hojas

Incluyen 207 ejemplares (24.5%). En este conjunto destacan las hojas prismáticas con la cantidad de 171 (82,6%), en correspondencia con los tipos de núcleos documentados (Fig. 178, 179 y 180). Un pequeño porcentaje de estas hojas prismáticas (15, 8.8%) son hojas prismáticas de regularización, y un número aún menor (4, 2.3%) de cresta, media cresta y tercio de cresta². Se trata de hojas de pequeño y mediano tamaño, ya que sus longitudes máximas se encuentran por debajo de los 6 cm. No obstante, esta sugerencia es muy parcial al estar muy

¹ Dicho límite longitudinal ha sido establecido en un centímetro por J. A. Afonso Marrero (1993).

² De ellas tan sólo una es de cresta (0.6%), dos de media cresta (1.1%) y una de tercio de cresta (0.6%).

pocas (29, 14%) completas. El citado porcentaje es muy bajo en comparación con los que encontramos en épocas precedentes. Tal constatación aparece conectada con los tamaños dominantes de la producción laminar. Gabriel Martínez (1985) ha constatado que el porcentaje de conservación de las hojas disminuye a la vez que éstas aumentan de tamaño³. Por otro lado, el porcentaje de conservación suele ser diferente dependiendo de que los conjuntos provengan de contextos de habitación o necrópolis. En estos últimos los ejemplares completos son más numerosos.

Como indicábamos al valorar los núcleos, en el conjunto tenemos un número escaso que se pueden considerar de tecnología propia del Neolítico Final/Edad del Cobre (Fig. 181, 1-4), que se caracterizan por su mayor tamaño y la regularidad de sus filos y aristas, tipo de talón y secciones longitudinal y transversal (MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, 1991).

En la colección aparecen tres hojas con lustre en alguno de sus filos: dos con lustre de cereal y una con lustre indefinido. Se descarta, pues, para la presencia del lustre un origen no ligado a la actividad humana, ya que en su disposición se diferencia claramente del natural que, por otra parte, no se constata en este conjunto.

Tenemos 9 hojas prismáticas con tratamiento térmico. Todas ellas son de pequeñas dimensiones.

Las hojas han servido de soporte para la realización de 19 artefactos (33,3% de los útiles) que presentan, además, otras modificaciones macroscópicas producidas por la modificación secundaria o el uso, útiles según la terminología tradicional.

Fragmentos de productos de talla indeterminados

Son 68 (8%). Incluyen todos aquellos artefactos cuyas dimensiones no han podido ser reconstruidas para poder incluirlas en una categoría técnica de los productos de talla. Puesto que normalmente las hojas obtenidas de los núcleos presentan aristas más o menos paralelas a los filos, y sus fragmentos suelen ser reconocidos con bastante facilidad, la mayoría de estos artefactos procederán de lascas, o tal vez de hojas sin esta característica formal.

³ En la Fase I (Neolítico Medio) de los Castillejos las hojas completas representan el 23.2% con una media de longitud de 3.59 cm. En la Fase V son el 3.3% (Cobre Reciente) y aunque la media longitudinal no pudo ser calculada, las dimensiones de las hojas incompletas y la medida de las anchuras evidenciaban un fuerte incremento en el tamaño.

En su mayoría han sido generados por el alto grado de fragmentación que tiene la industria, ya que tan sólo en 4 casos la modificación secundaria es la causante de la inclusión en esta categoría técnica de los productos de talla.

Indeterminables

Hay 16 (1.9%). Aquí se recogen todos aquellos fragmentos de materia prima en los que no puede reconocerse ninguna de las características propias de la talla antrópica.

c) Clasificación tipológica de los útiles

Consideramos como útil, de acuerdo con la metodología seguida, a toda pieza que presente retoque, discontinuo o continuo, lo que no agota por completo el universo total de los útiles, sólo que, de acuerdo con los medios macroscópicos empleados en el análisis tecnoformal, éste es el grado más alto de discriminación que podemos alcanzar. Contamos con 57 artefactos a los que se les puede atribuir la categoría de útiles. Representan un porcentaje del 6.7%.

Este conjunto retocado aparece realizado sobre núcleos (3.5%), lascas (54.4%), sobre hojas (31.6%), sobre productos de talla indeterminados (7%) y sobre fragmentos indeterminables (3.5%). De estos porcentajes se desprende la alta preferencia de lascas frente a las hojas y otros soportes para la fabricación del utillaje retocado. De todos modos, el porcentaje de lascas modificadas por retoque es muy bajo (6%) en relación con el total de lascas, coincidiendo en este aspecto con el de hojas (8.6%).

Los útiles se reparten tipológicamente en los siguientes grupos:

Lascas o fragmentos con retoque de uso y/o retoque continuo

Se han contabilizado 4 que constituyen el 7% del conjunto de artefactos retocados.
Clasificación:

Lasca o fragmento con retoque simple: 4.

Hojas o fragmentos con retoque de uso y/o retoque continuo

Contamos con 8 que suponen un 14% del total de los artefactos con modificación secundaria. Una de ellas ha funcionado como una sierra, por lo que presenta una banda de lustre a ambos lados de su filo activo. Dicha banda tiene la misma anchura tanto en la cara ventral como en la dorsal. Clasificación:

Hoja o fragmento con retoque de uso en el filo izquierdo: 2.

H./f. con retoque continuo: 1.

H./f. con retoque simple: 3.

H./f. con retoque abrupto: 1.

H./f. con retoque astillado: 1.

Denticulados

Tan sólo hay dos (3.5%). Uno está realizado sobre lasca y otro sobre hoja prismática. Clasificación:

Denticulado simple de baja modificación secundaria: 1

Denticulado doble de baja modificación secundaria: 1

Truncaduras

Tenemos 1 simple (1.8%), sobre lasca. Clasificación:

Truncadura simple distal oblicua.

Hojitas de dorso

Contamos solamente con una (1.8%).

Geométricos

Existe un único ejemplar (1.8%) completo y elaborado sobre hoja prismática (Fig.181, 3).

Clasificación:

Trapecio.

Elementos dentados

Se ha contabilizado 1 (1.8%), realizado sobre hoja prismática (Fig.181, 6). Tiene una fractura tecnológica y presenta el característico lustre de cereal, más ancho en la cara dorsal del filo que en la ventral. Clasificación:

Elementos dentados rectangulares: 1.

Perforadores

Son 4 (7%) y se encuentran fabricados en distintos soportes: 2 sobre lasca (Fig.181, 9 y 19) y 2 sobre hoja (Fig.181, 5 y 7). De ellos uno se conserva completo mientras que los demás sólo son fragmentos, pero todos tienen un alto grado de modificación secundaria. Clasificación:

Perforadores con modificación secundaria profunda sobre lasca: 2.

Perforadores con modificación secundaria profunda sobre hoja: 2.

Raspadores

Han aparecido 5 (8.7%) que están realizados sobre cuatro lascas y un producto de talla indeterminado. La modificación secundaria que ha afectado a estos soportes no es muy extensa, excepto en uno, limitándose casi exclusivamente a crear el frente (Fig. 181, 8). Son nucleiformes y uno presenta una gran escotadura en su filo izquierdo. Clasificación:

Raspadores espesos de frente no destacado: 5.

Puntas de flecha

Hemos reunido 3 (5.2%) todas realizadas sobre lascas kombewa. Dicho tipo de soportes es ideal para la conformación de estos útiles concretos. De las tres puntas de flecha, una está acabada (Fig. 182, 3), aunque fragmentada en el proceso de elaboración, y las restantes se encuentran en distintos momentos de este proceso (Fig. 182, 4 y 9). Clasificación:

Puntas de flecha en proceso de elaboración: 2.

Puntas de flecha de base cóncava: 1.

Hojas con extremidad astillada y/o pulida

Contamos con un ejemplar de este tipo (1.8%) que se ha fracturado en su parte activa (Fig. 182, 5). G. Martínez piensa que la presencia de este útil (considerado presionador) está estrechamente ligada a actividades de talla, en particular de las puntas de flecha (Ramos et al. 1991:61).

Astillados

Tenemos 11 (19.3%) de los cuales 1 está hecho sobre núcleo, 8 sobre lasca, 1 sobre hoja y otro sobre fragmento indeterminable (Fig. 182, 6-8; Fig. 183, 5 y 6). Tan sólo uno está completo.

Clasificación:

Astillados simples delgados: 4.

Astillados simples espesos: 5.

Astillados dobles delgados: 1.

Astillados dobles espesos: 1.

Buriles

Su clasificación se ha hecho atendiendo exclusivamente a la presencia de golpes de buril, sin ninguna consideración funcional de carácter macroscópico. Sólo tenemos un buril (1.8%) que se ha fragmentado recientemente, durante el proceso de excavación.

Diversos

Son 14 (24.5%), y han sido realizados sobre 1 núcleo, 7 lascas, 2 hojas, 3 productos de talla indeterminados y 1 fragmento indeterminable. Su porcentaje, es por tanto, relativamente elevado debido fundamentalmente al alto grado de fragmentación que presenta la industria, hecho que impide la clasificación tipológica precisa de muchos artefactos.

Los diversos, en sentido estricto, constituyen una realidad compleja sin unidad morfológica. Se integran en este grupo aquellos objetos que son claramente fragmentos de útiles pero que no pueden ser claramente identificados. Se trata, por lo tanto, de artefactos que no han podido incluirse en las restantes categorías de la lista. Dentro de ellos sobresale una pieza fragmentada que podría corresponder a un segmento de círculo.

Valoración general

Dos de los núcleos estudiados han sido sobre nódulos de mediano y pequeño tamaño, lo que nos está indicando las posibles estrategias de abastecimiento de materia prima. Las características de estos nódulos parecen indicar que ha sido recolectados en depósitos secundarios de sílex, posiblemente el sistema de suministro más corriente utilizado por los habitantes neolíticos del asentamiento para realizar su instrumental de piedra tallada, sin excluir la obtención por minería, pero poco probable.

Tres son las producciones de soportes diferenciadas en este conjunto de piedra tallada.

En primer lugar, la creación de productos de talla (lascas en su mayoría) de gran tamaño, utilizados principalmente como soportes de los núcleos. En la colección encontramos cuatro de estos ejemplares en los seis casos en los que ha sido posible deducir el soporte de los núcleos.

En segundo lugar, la talla de lascas de mediano tamaño. Constituyen el soporte más numeroso (61%) y han aportado un elevado porcentaje al conjunto con modificación secundaria (52.6%). Pueden ser el resultado tanto de la producción de los propios núcleos de lascas como de la adecuación previa, regularización y accidentes de talla de los núcleos para hojas.

En tercer lugar, la producción de hojas de pequeñas dimensiones que han aportado también un importante número al conjunto de artefactos retocados (33.3%). Se trata, fundamentalmente, de hojas prismáticas con varios negativos de levantamientos anteriores en la cara superior (paralelos o subparalelos) y con talones generalmente lisos o puntiformes.

La búsqueda de un tamaño reducido para las hojas no exige grandes preparaciones del núcleo con anterioridad al inicio de las extracciones, lo que significa la ausencia de hojas de cresta que, en este conjunto, sólo están representadas por un ejemplar. Dicho ejemplar presenta la particularidad de que fue tallado después de varias extracciones previas. Este hecho podría ser un indicio de que nos encontramos ante un sistema de producción laminar no intensivo en poblado, dentro de la lógica de la producción neolítica (MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, 1991; AFONSO, 1993). Esta observación ha de tomarse, de todas formas, con cautela.

La industria laminar es de mediano y pequeño tamaño y, aunque no están ausentes las hojas de mayores dimensiones de la Edad del Cobre, la morfología de los negativos de la cara dorsal así como sus ejes de lascado delatan la característica técnica laminar neolítica, posiblemente

por percusión directa o indirecta, ya que está poco representada la técnica de talla a presión, tanto por los núcleos tratados térmicamente como por las hojas obtenidas de ellos.

La mayoría de las piezas talladas de esta colección parecen corresponder a época neolítica. De este momento conviene destacar varios raspadores muy espesos de apariencia nucleiforme que Gabriel Martínez considera relacionados con la producción de fuego (RAMOS *et al.*, 1991:61). El resto de los raspadores son también bastante espesos y alguno podría estar relacionado con el trabajo de la madera, dado el alto grado de piqueteado y astillamiento que contiene en su frente.

Encontramos también algunos artefactos propios de la Edad del Cobre, aunque la talla en esos momentos no parece practicarse en el asentamiento o se ha llevado a cabo en otro lugar diferente a aquél en el que se han centrado las excavaciones. Esto es coherente, entre las dos posibilidades que se plantean para época calcolítica, con el modelo en el que predomina la talla de las hojas primáticas principalmente en los afloramientos de materia prima, pero, en este caso y al contrario de lo que sucede en Los Castillejos de Montefrío, no se han aportado los núcleos prismáticos agotados o desechados para el reciclado como percutores o soportes de varios tipos de útiles de aspecto nucleiforme. Según esto, se podría inferir que el asentamiento calcolítico recibió estos productos por intercambio con otros poblados de la zona. Es chocante la escasez de piezas de la Edad del Cobre, lo que desde el punto de vista de las inferencias cronológicas que se obtienen de la industria tallada, implicaría o bien que los depósitos correspondientes a esa época han sido muy alterados por los procesos postdeposicionales, que el hábitat calcolítico era muy reducido, o que no se prolongó más allá de comienzos de la Edad del Cobre. Sin duda, los procesos de alteración de los depósitos arqueológicos han sido muy importantes ya que buena parte de la muestra procede de la redeposición de evidencia característica de contextos de tumbas, donde los artefactos tallados que formaban parte de los ajuares han sido objeto de una selección determinada por los ritos y las creencias en la vida de ultratumba que tenían las gentes que vivieron y se enterraron en Sierra Martilla.

Entre los tipos de útiles de la Edad del Cobre merecen especial mención perforadores, astillados y puntas de flecha. En este último caso, destaca un ejemplar que está en proceso de manufactura, lo que responde al modelo que propone que las puntas de flecha eran talladas en los asentamientos (RAMOS *et al.*, 1991:63) y probablemente por los que las usaban. Esta sugerencia se refuerza por la aparición de una hoja de extremidad astillada, que era el instrumento empleado para retocar las puntas.

g) La industria de piedra pulimentada

Recogemos aquí a un conjunto integrado por 14 artefactos procedentes de recogidas superficiales llevadas a cabo por aficionados locales. En el registro del material inventariado hemos seguido el criterio de considerar cinco grupos, entre los cuales pueden distinguirse a su vez otros tantos subgrupos en función de la variedad tipológica.

El **Grupo I** lo integran los elementos con extremo cortante, cuya variedad ofrece tres subgrupos (1. hachas, 2. azuelas, 3. cinceles, escoplos y gubias, 4. Azadas) de los que sólo contamos con la representación del *subgrupo* 3 mediante dos pequeñas piezas catalogadas como escoplos (Fig. 184, 3 y 4).

El **grupo II** lo integran los útiles de extremo apuntado, tales como punzones (subgrupo 1) y picos (subgrupo 2). De ellos ha sido documentado un pico (Fig. 184, 2) que, pese a su fragmentación y poderosos levantamientos en su zona de uso, permite su catalogación en este grupo.

El segundo conjunto en importancia numérica en el registro lo integran los elementos de extremo redondeado, que constituyen el **Grupo III** y de los que se ofrecen sólo dos de las tres posibles variantes (1. Percutores, 2. martillos y 3. mazas). La primera de ellas la representa un percutor esférico (Fig. 184, 1) con fuertes levantamientos y fracturado en un tercio de su superficie. Una segunda tipología la constituyen los dos martillos (Fig. 185, 1 y 2) de cuerpo cilíndrico y visibles huellas de uso en la zona de trabajo.

El grupo más numeroso corresponde a distintas piezas de instrumentos de molienda, **Grupo IV**, distinguiéndose tres variedades que representan los tres subgrupos básicos definidos para este tipo de piezas: molinos, manos de molino y morteros. El *subgrupo* 1 está representado por las bases de molino (Fig. 186, 1; Fig. 187, 2; Fig. 189, 1), generalmente con tendencia a la redondez de la pieza, si bien el grado de fracturación que presentan hace difícil cualquier otra precisión. El *subgrupo* 2 lo constituyen la manos de molino (Fig. 188, 1; Fig. 190, 1), en mejor estado de conservación que permite establecer su forma circular. El *subgrupo* 3 está representado por un único ejemplar de mortero (Fig. 187, 1).

Finalmente, un **Grupo V** agruparía a otro tipo de piezas que no encajarían en ninguno de los apartados anteriores, de las que también podemos referenciar una pieza discoidal plana

(Fig. 184, 5) que por sus dimensiones, peso y estado de pulimento de ambas caras podría muy bien encajar como alisador. Asimismo, debido fundamentalmente a su estado de conservación, no ha podido determinarse con claridad la filiación tipológica de la pieza 2 de la Fig. 188.

i) Consideraciones generales sobre la interpretación del fenómeno megalítico en la Tierra de Loja

Hemos pretendido con la presentación de este último epígrafe ocuparnos, aunque por ahora sólo a título referencial, de un yacimiento que está siendo objeto en la actualidad de un estudio exhaustivo tras su excavación sistemática y una vez que han finalizado las tareas de ordenación y documentación del registro. Como no podía ser de otra forma, la existencia de un enclave megalítico como el de Sierra Martilla, tanto por sus caracteres morfoestructurales como por la situación geográfica que ocupa en el contexto geográfico de la Andalucía Oriental, nos obligaba a presentar los primeros resultados su estudio en esta Tesis, aún siendo conscientes de lo prematuro de esta acción teniendo en cuenta el estado en que se encuentra la investigación sobre el yacimiento. Creemos importante, en consecuencia, ofrecer un panorama general acerca de los resultados arqueológicos, por otra parte ya dados a conocer de forma muy escueta en nuestro avance publicado de hace algunos años (CARRASCO *et al.*, 1993) y, sobre todo, contemplar una aproximación inicial a la interpretación que estos datos pudieran aportar a la problemática global del megalitismo andaluz, particularmente referido a la mitad oriental de la región. En este sentido, pretendemos realizar nuestra exposición considerando el amplio bagaje documental que sobre el tema ha venido completándose a lo largo de un extenso periodo de tiempo, particularmente en las últimas décadas, y a través del cual ya ha sido configurado un marco interpretativo que, si bien permanece abierto en líneas generales como así lo ha manifestado alguno de sus investigadores (FERRER, 1987), también debe reconocerse que goza de cierta solidez en sus planteamientos sobre el posible origen del fenómeno, el grado de conexión del área que nos ocupa con otros ámbitos funerarios megalíticos de gran tradición en el marco interpretativo de la Edad del Cobre, los resortes geoeconómicos que activaron las poblaciones afectas a este horizonte, etc. En base a ello, nuestra aportación seguirá en esa línea explicativa, que consideramos acertada, y que en la mayoría de los casos reafirmará sus hipótesis con nuevos resultados que avalan los planteamientos iniciales, mientras que en otros habrá de readaptar

algunos de los supuestos sobre los que se ha venido teorizando, siempre sin perder de vista ese carácter aproximativo o provisional que unos datos en proceso de estudio pueden ofrecer.

Uno de los problemas esenciales que el fenómeno megalítico en las tierras altas andaluzas ha venido planteando tras la valoración de un registro arqueológico que ya cuenta con un importante fondo documental, ha sido la determinación de las zonas de donde pudo haber partido esta tradición funeraria, no sin antes hacer alguna concesión a la posibilidad de entrever el carácter autóctono del mismo (FERRER, 1982). Por el momento, el registro de la cultura material y la propia configuración arquitectónica de las estructuras funerarias parecen avalar la primera opción, suponiendo esto además, como se verá, una alternativa coherente a la tradicional dependencia del foco del SE peninsular.

Considerando, en primer lugar, el conjunto material aportado por los ajuares funerarios, la presencia de elementos de tradición neolítica (cerámicas que reproducen las formas y decoración del último Neolítico; hachas, escoplos y azuelas de piedra pulimentada; elementos trapezoidales en sílex; brazaletes de pectúnculo, etc.) ha supuesto una referencia para determinar la versión arcaica de estos conjuntos, pudiendo asumirse un inicio cronológico premetalúrgico en íntima conexión con la llegada de influencias extrarregionales. Aunque el problema cronológico será tratado posteriormente, nos parece importante abundar en el hecho de esta temprana incidencia cultural en las tierras interiores andaluzas, en base al reconocimiento del área occidental de la Península como área gestadora del horizonte megalítico, determinando una dinámica difusora en la que, como se tratará más adelante, la Tierra de Loja va a suponer un jalón determinante. Por lo que se refiere a las estructuras funerarias, también las tipologías ofrecidas por las cámaras de enterramiento permiten relacionar al variado repertorio de espacios poligonales, rectangulares y cuadrangulares con corredor, con los tipos definidos en el ámbito portugués a través de similitudes que, en su conjunto, y salvando las matizaciones que la propia diversidad de los diseños aporta, son conocidos desde las primeras sistematizaciones sobre el megalitismo peninsular (G. y V. LEISNER, 1943, 1956 y 1959).

De todo ello puede inferirse una dinámica de contactos y relaciones mútuas entre ambas regiones, en la cual entrarían en juego los pasos naturales a través de los cuales fluirían los agentes culturizadores. El mapa que expresa esta trayectoria ha venido completándose a lo largo de las últimas décadas con el descubrimiento y estudio de nuevos yacimientos, contándose actualmente con un nutrido conjunto de referencias territoriales que permiten clarificar relativamente este

panorama (ARRIBAS, 1960; ARRIBAS y SÁNCHEZ DEL CORRAL, 1970; FERRER, 1981a y b, 1984, 1987, 1994; FERRER *et al.*, 1988). El modelo parte, esencialmente, del reconocimiento de una zona de penetración a partir del oeste de Andalucía, siguiendo un camino delimitado por las estribaciones de las cordilleras Subbéticas que recorrería la franja septentrional comprendida entre el Valle del Guadalquivir y las mesetas granadinas. Una vez aquí, los caminos hacia el Sudeste propiciarán la otra aportación cultural en la zona, convirtiéndose ésta en un lugar de paso por el que circularán los prospectores metalúrgicos con su bagaje cultural y tradiciones funerarias que van a dejar constancia de un desarrollo autónomo y simultáneo respecto al foco occidental. La aparición de los sepulcros de falsa cúpula explicitarán este paso por la zona occidental de la Península, en la que no puede hablarse únicamente del Valle del Guadalquivir como foco receptor, sino que también las tierras altas se verán afectadas por estas aportaciones. Reviste especial importancia la consideración de estas zonas como puntos transicionales que avalarían los contactos interregionales y que permanecerían abiertos durante largos periodos de tiempo. Los contactos referidos dejarán su huella a través de sepulcros tipo tholoi en las estribaciones de las mesetas interiores (El Romeral), a la vez que se especula con la posibilidad de que estos grupos del interior pudieran aportar sus propias influencias en la formación de los tipos de corredor del Sudeste. En esta línea de contactos ha sido definida la *zona transicional* de Málaga como de especial predisposición hacia las intercomunicaciones con la parte occidental de la región, siguiendo una tradicional apertura hacia el Valle del Guadalquivir desde finales del Neolítico. Al margen de lo que en esta dinámica pueden revelar los sepulcros de la serranía rondeña y los tipos en galería de las cuencas meridionales del Genal y Guadalmedina, se han definido a las cuevas artificiales del cercano conjunto de Alcaide como elementos de claro entronque con los tholoi del Valle del Guadalquivir (MARQUÉS y FERRER, 1976 y 1983), expresando asimismo un campo de relación con el modelo de falsa cúpula de El Romeral. El momento transicional queda aún más matizado a través de otros ejemplos dispersos por la geografía septentrional andaluza que a lo largo de las provincias de Córdoba (Cabra), Jaén (Peal del Becerro) y Granada (Huéscar) seguirán marcando los jalones de esta secuencia.

Es por tanto en un determinado momento cuando se produciría esa diversidad tipológica que representaría por una parte la aceptación de las novedades orientales, con la transformación de las antiguas estructuras funerarias mediante un mayor grado de complejidad y dimensiones, y por otra el apego a las viejas tradiciones con la pervivencia de las estructuras más modestas de

corredor y, en todo caso, la inclusión de algunos elementos materiales a lo largo de un dilatado periodo de tiempo que les abocará finalmente a su desaparición en los inicios de la Edad del Bronce.

El punto central de esta interpretación radica, llegado este momento y en relación con nuestro inmediato interés por el estudio del marco territorial que nos ocupa en el presente trabajo, en establecer los trayectos de acceso de estas tradiciones al ámbito geográfico granadino y los caracteres culturales que pueden dirimirse del estudio de los vestigios arqueológicos y zonas de asentamiento de las poblaciones que los generaron.

Atendiendo en primer lugar al problema de las vías de acceso, convenimos una vez más en considerar al valle del Genil como el principal ingreso natural a la zona desde la Depresión Bética, conectando a un amplio marco geográfico, ahora tratado como soporte geocultural, que comprendería amplias demarcaciones de las provincias de Córdoba, Málaga y Granada. Hasta el momento, la primera evidencia de esta hipótesis la representaba el núcleo megalítico de los Montes Occidentales, centrando a Montefrío como el primer centro receptor a través de los valles fluviales adyacentes al Genil. Al sur de la vega granadina, por otra parte, se describía un segundo ramal que utilizó la cuenca del Cacin para acceder a las tierras de Alhama. De esta forma quedaban delimitadas geográficamente las comunicaciones entre las necropolis de Las Peñas de Los Gitanos de Montefrío (ARRIBAS y MOLINA, 1979) y del Pantano de Los Bermejales (ARRIBAS y SÁNCHEZ DEL CORRAL, 1970), entre las que no sólo se establecían contactos desde el punto de vista territorial sino también desde la similitud tipológica en las construcciones (FERRER, 1981a). Con posterioridad, la excavación de Sierra Martilla viene a completar este panorama, modificando el marco espacial vigente pero, a su vez y como se señalaba más arriba, reforzando los planteamientos relativos al origen de este horizonte en la provincia. Queda así consolidado el curso medio del Genil como eje difusor, adquiriendo además en el caso de los asentamientos calcolíticos de la Tierra de Loja un carácter decididamente más vinculante con la generación del poblamiento, al estar íntimamente relacionados los centros de hábitat con las posibilidades subsistenciales que aportan sus llanuras aluviales. Acerca de este extremo ya hemos dado cumplida referencia en otros apartados, por lo cual sería reiterativo reflejar nuevamente las características geoestratégicas que justifican estos emplazamientos, no obstante y para entroncar con el soporte interpretativo cultural que se ha venido haciendo a propósito del estudio del fenómeno megalítico en la provincia de Granada, dedicaremos más adelante un breve recuerdo

a los principales indicativos paleoecológicos que se han establecido para esta región en relación con el tercer milenio.

Por el momento, añadiremos que la trayectoria seguida a partir de esta zona ha mantenido una dirección oriental que la sistematización de J.E. Ferrer (FERRER, 1981a, 1987) fija mediante una secuencia de fundaciones megalíticas alineadas por las estribaciones montañosas que bordean el norte del surco intrabético a su paso por la provincia de Granada, a partir de las cuales se producirían las penetraciones hacia las tierras bajas aledañas a la Vega granadina y hacia el Sudeste. No se descarta, incluso, que pudiese haber existido otra dirección que, a través de las estribaciones de Sierra Harana, pudiera haber accedido a las tierras altas meridionales. Hasta el momento, el final de la trayectoria septentrional queda fijada en la cuenca del Guadiana Menor, localizándose allí los puntos más orientales del contexto megalítico referido, para enlazar nuevamente con los accesos a la zona sudoriental a través de la cuenca del Gor y los cauces de deyección que descienden de las altiplanicies.

Este panorama trata de presentar, en consecuencia, a la provincia de Granada como un marco abierto, merced una configuración geográfica que potencialmente presupone la existencia de frecuentes e intensos contactos entre dos contextos culturales y geográficos distantes, pero con una evidente inercia difusora capaz de producir el intercambio cultural que manifiestan las necrópolis megalíticas. No es necesario entrar en mayores precisiones acerca de estas referencias geográficas, por otra parte sobradamente conocidas a través de los estudios referenciados, aunque si consideramos oportuno suscribir el carácter significativamente homogéneo que manifiestan los contextos naturales donde se ubican estas necrópolis, en clara vinculación con lo que pesamos puede constituir un modelo subsistencial de similares características en la mayor parte de estas las zonas.

El estudio del medio nos revela efectivamente una parecida configuración paisajística en las altiplanicies interiores sobre las que se asientan estas poblaciones, identificada por una vegetación residual de monte bajo y matorral esclerófilo, muy el la línea de lo que ya ha sido tratado con respecto a la degradación del bosque y maquia mediterráneos a lo largo de un largo proceso que aún hoy perdura. Como ya se mencionó, puede que en esta dinámica debamos conectar la propia mecánica evolutiva del medio natural con la incisiva acción antrópica sobre un entorno con el que se mantiene una dialéctica cada vez menos armónica. No es nuestro propósito volver nuevamente a especular sobre el valor de estas acciones, ni tampoco proceder a la

descripción pormenorizada de los elementos que configuran a ese medio. Nuestro interés estriba más bien en establecer la relaciones que unas determinadas condiciones medioambientales pudieran presentar con respecto a la estructuración de unos esquemas subsistenciales arbitrados por las comunidades que habitaron estas regiones. En este sentido, pensamos que la existencia de un enclave como el de Sierra Martilla viene a ocupar un importante vacío documental en el seno de un marco interpretativo que ha inferido a estas poblaciones un sistema económico paupérrimo sobre un solar con escasas posibilidades, hasta el punto de haber buscado en supuestas prácticas de nomadismo estacional una salida lógica al problema subsistencial. La situación de nuestro yacimiento en un territorio próximo a importantes fuentes de recursos hace que deban revisarse estos planteamientos en la región, pudiendo hablarse, sin ninguna duda, de una comunidad que se benefició de un área de influencia con grandes posibilidades de tipo agrícola, más alagüeñas que las derivadas de una simple explotación extensiva cerealística. Prueba de ello serían los numerosos hallazgos ya referenciados en el capítulo dedicado a los patrones de asentamiento, que revelan la gran dispersión de útiles vinculados con la agricultura en zonas muy próximas al núcleo de hábitat y con evidentes posibilidades de riego. A esto habría que sumar, además, otras posibilidades como la potencial riqueza cinegética, de la que no podemos ofrecer otras pruebas que las derivadas del estudio del registro paleontológico de otros yacimientos relativamente cercanos como la Cueva del Coquino, pero que indudablemente debió representar también aquí un importante papel en la subsistencia. Finalmente, la actividad ganadera, igualmente reflejada en el estudio faunístico de estos depósitos, constituiría el tercer pilar económico, valorado en primer lugar en los demás entornos megalíticos de la provincia pero que en nuestro caso deberíamos contemplar como una actividad complementaria o, a lo sumo, en una posición de equilibrio con respecto a los demás recursos.

Resulta obvio que esta realidad geoeconómica nos conduce a otros planteamientos relacionados con las modalidades de ocupación espacial, dado que un plantel de recursos como el que se ha descrito aboga decididamente por la progresiva sedentarización de las comunidades que encontrarían en este territorio todo lo necesario para su mantenimiento y, aún más, para afrontar una progresivo incremento demográfico que, a lo sumo, obligaría en épocas más tardías a un leve desplazamiento del hábitat hacia las tierras bajas de la vega. Con esta aseveración quedaría nuevamente confirmada la transposición de los mismos principios que definieron el hábitat en la zona durante las últimas fases neolíticas y que, según se ha venido sosteniendo en

algunos de los capítulos anteriores, constituye una de nuestras principales líneas interpretativas acerca del poblamiento prehistórico de la Tierra de Loja desde finales del cuarto milenio.

El registro arqueológico, por su parte, puede servir de apoyo a la hipótesis de la sedentarización mediante procesos de intensificación económica, al ofrecer esa completa representación de utensilios de laboreo agrícola a que antes nos hemos referido, además de un significativo conjunto de útiles de molienda, tradicionalmente asociados a la existencia de poblados estables (BOSCH LLORET, 1994) y de los que ofrecemos una selección en este epígrafe. Más aún, las características de las estructuras funerarias no concuerdan con lo descrito para otras necrópolis en las que se ha puesto en relación el reducido tamaño de las unidades de enterramiento con una media de inhumación colectiva baja y, en consecuencia, con una falta de arraigo sedentario (FERRER, 1981a). Lamentablemente, las sepulturas de Sierra Martilla se encontraban ya violadas antes de su excavación, por lo que no nos ha sido posible determinar, entre otros factores, el uso cualitativo y cuantitativo que se hizo de las mismas. Sin embargo su sola monumentalidad, en la mayoría de los casos, pensamos que es suficiente indicativo de que ostentaron un importante papel simbólico en el seno de una sociedad fuertemente arraigada al territorio que ocuparon sus ancestros y que, en consecuencia, su vinculación a alguna modalidad de hábitat permanente no ofrece ninguna duda. Este hábitat, como se ha podido comprobar más arriba, existe y ha sido documentado a través de los sondeos estratigráficos practicados en la meseta de Martilla, aunque en la misma línea de lo expresado en la necrópolis, si bien por distinta causa, la sola evidencia de su ubicación no aporta otra información sobre otros aspectos que quizá podrían desvelar las incógnitas que sobre este asentamiento siguen existiendo y, en particular, las que afectan a su vinculación con la necrópolis a la que se asocia.

j) Conclusiones finales

Las excavaciones desarrolladas en el yacimiento de Sierra Martilla, así como las prospecciones realizadas en su entorno nos llevan a avanzar una serie de conclusiones que, aunque no definitivas, si consideramos suficientemente significativas para la comprensión de los desarrollos socioeconómicos que se produjeron en ese ámbito geográfico en los alrededores del III milenio a.C. Por un lado, es necesario concretar ciertas cuestiones: **cronoestratigráficas (a)**;

en segundo lugar, la definición **socioeconómica (b)** del yacimiento y su entorno; en tercer lugar, la importancia del **megalitismo (c)**; y, por último, el papel del asentamiento en relación con otros hábitats del entorno, algo que podríamos denominar en terminología moderna, **interacción (d)**.

a) Cronoestratigráficamente, las excavaciones realizadas en el espacio del hábitat han evidenciado un relleno estratigráfico muy desigual, conforme a las irregularidades geológicas que conforman el yacimiento, lo que sustenta una interpretación en torno a un poblado de escasa urbanización, sin planificación estructural y con una relación respecto a determinados restos de fortificación muy deteriorados que no sabemos a qué horizonte cultural correspondería porque se localiza en un área del asentamiento que no ha podido investigarse arqueológicamente. Estos presupuestos representan que las habitaciones detectadas descansan directamente sobre esas irregularidades topográficas, sobre el propio detritus erosivo de la formación geológica y sin muestras de que haya existido una superposición de las construcciones, que reflejaran una pervivencia continuada sobre el mismo solar. En los rellenos del hábitat no se han podido documentar durante la excavación otras fases más antiguas al Neolítico Final que, igualmente, encontramos en las sepulturas megalíticas, pero que en definitiva no ha podido relacionarse claramente la transición entre ese momento y la Época del Cobre, por lo que cabe considerar la posibilidad de que pueda existir una estratigrafía horizontal en el yacimiento, con zonas que se ocuparon en tiempos neolíticos y otras que corresponderían ya a momentos del Cobre. De hecho, las estructuras de habitación estudiadas no parecen evidenciar ningún tipo de superposición, por lo que es posible que el tránsito de uno a otro momento fuese muy rápido, sin transformaciones profundas del patrón de asentamiento. De todos modos, es algo que convendría comprobar en ulteriores investigaciones de campo, extendiendo los sondeos y alcanzando las áreas fortificadas, para tratar de ver si el recinto murario se levantó desde un primer momento, o responde exclusivamente a la llegada de las innovaciones metalúrgicas. Un mayor referente espacial permitiría igualmente obtener muestras para análisis radiocarbónicos, que completarían las asociaciones cronológicas y complementarían las apreciaciones cronoculturales que ahora se presentan como exclusivas.

b) debe indicarse que toda esta zona montañosa donde se inserta Sierra Martilla, como propia del ámbito geográfico del Subbético es rica en elevaciones calizas donde las cuevas

naturales son un hecho habitual, y de las que ya se han comentado algunas en las que el hábitat Neolítico era una constante. Por eso, no debe extrañar tampoco que exista una descompensación entre la presencia humana cavernícola y los primeros hábitats al aire libre, que pudieron ser muy tardíos. Solo una excavación sistemática del yacimiento podría demostrar que el poblado se frecuentara habitualmente durante el Neolítico, porque de momento las únicas evidencias contrastables indican esos vestigios neolíticos tardíos en el espacio vital y funerario de Sierra Martilla. Este hecho, en el actual estado de nuestros conocimientos, permite plantear una posible interpretación socioeconómica que permita interpretar el cambio del medio vital producido entre las sociedades productoras de nuestro Neolítico. Las incipientes sociedades agrícolas y ganaderas no tuvieron demasiados problemas en adaptarse a la nueva situación económica sin cambiar el hábitat habitual, más o menos estacional, que ya se conocía desde tiempo atrás. Por lo que el paso hacia los hábitats al aire libre sólo podría aceptarse como derivado de un incremento de la población, de sus necesidades alimenticias y del propio ganado que cuidaban. El reducido espacio cavernícola, cuando acabó siendo insuficiente, tuvo que impulsar a las poblaciones hacia otros lugares más abiertos en los que aquella insuficiencia tardara en repetirse. En este sentido, la elección del hábitat de Sierra Martilla, cubría totalmente las necesidades de un grupo humano en expansión, pero no explica que se asentara en un lugar tan estratégico a menos que se buscaran paralelamente otras cuestiones. La cuestión militar no parece apropiada en este momento, si atendemos al conocimiento sobre otros asentamientos conocidos, que parecen indicar una emergencia de los problemas entre vecinos a partir de la Época del Cobre. Tampoco debe magnificarse el problema de la explosión demográfica, porque a pesar de que tuvo que ser un hecho, no parece probable que se llegara a ocupar nunca toda el área que parece ocupar el propio yacimiento de Martilla. Aunque los análisis de la paleofauna tendrían que darnos la respuesta⁴, parece apropiado apuntar que el traslado al nuevo asentamiento al descubierto pudo estar relacionado con las tareas ganaderas. Las necesidades alimenticias, el propio acopio de ganado subsiguiente, y las obligaciones que conllevaba para su custodia, pudieron exigir la existencia de hábitats suficientemente grandes como para guardar una cabaña ganadera en alza. No debe extrañar incluso que la muralla hubiese desempeñado un papel de aprisco en el cuidado del

⁴ Los estudios comparativos de la fauna de cuevas y de asentamientos al aire libre podrían determinar estadísticamente cuestiones como la proporción de ganado existente/por espacio habitado, el índice de consumo, la existencia de nuevas especies, la proporción de cada una de ellas en el conjunto ganadero, etc. Cuestiones de vital importancia para desentrañar las razones del cambio en el patrón de asentamiento.

ganado, y Sierra Martilla por su extensión cumple notablemente con las condiciones que aquí hemos querido destacar⁵.

c) respecto al megalitismo, la interpretación sociocultural de los mismos parece cada vez más clara, en el sentido de constituir reproducciones del antiguo hábitat cavernícola donde vivieron los antepasados, donde se enterraron y que ahora se evoca idealmente reproduciendo espacios funerarios pétreos en los que los padres esperarán tras su muerte la defeción de sus hijos, etc. El sentido es el de la reproducción de las antiguas cuevas comunales, en las que ya no se puede vivir, pero que podemos volver a conseguir en la otra vida tras la muerte. Una idealización, en definitiva, del espacio vital del pasado que como es imposible de recuperar se transmuta en deseo y añoranza realizable mediante las creencias de ultratumba.

No se trata más que una hipótesis interpretativa pero que puede encontrar apoyo en la observación morfológica de los hitos megalíticos analizados en Martilla. Según esta propuesta el proceso que acabamos de describir tampoco sería un hecho de rápida consolidación, sino que requeriría una serie de pasos previos; por ello, es posible que de las oquedades en la roca, usadas como espacio funerario y que representaban la reducción a la mínima expresión del cementerio tradicional en cuevas, se pasará a los enterramientos mixtos en los que se comparte esa misma oquedad rocosa, natural o artificial, con un añadido estructural que derivaría de las necesidades de espacio acordes con los índices de mortalidad. No se ha estudiado pero cabría comprobar en futuras investigaciones si las tumbas se hicieron de una vez o hay indicios de sucesivas ampliaciones, que apoyen nuestras opiniones. El último estadio de esta evolución sería la típica tumba megalítica estructurada totalmente con piedras exentas, sin ningún apoyo rocoso.

La situación del conjunto funerario con muy escasas muestras de los ajuares impiden un análisis en el que pudiéramos intentar conjugar la cronología de los materiales y su reparto en cada tumba, tratando de relacionar esa temporalidad con la morfología funeraria, en el sentido que se ha expuesto en el párrafo anterior. No obstante ello supone una posibilidad interpretativa y de desarrollo de la investigación, que no debería pasarse por alto en la arqueología de la muerte aplicada a las sociedades megalíticas de los alrededores del III milenio a.C.

⁵ No debemos suponer que todo el espacio arqueológico de Martilla representase exclusivamente un reducto habitado, pues los restos de construcciones domésticas hubiesen sido más abundantes que lo que indican los sondeos; la extensión del espacio funerario tampoco es tan amplia como otros conjuntos dolménicos conocidos de la provincia de Granada, en los que es más lógico suponer una población más densa, al margen de un uso mucho más prolongado.

Estos inconvenientes sólo han permitido un acercamiento tipológico a la diversidad del espacio mortuario de Martilla, pero su variedad representa una aportación notable al conocimiento de estos conjuntos funerarios tan habituales en ciertos asentamientos del subbético andaluz. La contrastación con otros lugares conocidos podría también posibilitar que se entrecruzaran todo tipo de referencias para alcanzar una idea más aproximada de las concomitancias y divergencias que pudieron existir entre unos y otros respecto a la economía, la sociedad, la propiedad, el régimen de vida, la estructuración de los hábitats, la situación de las necrópolis, su tiempo de uso, evolución de los asentamientos, etc. Un análisis que nosotros no podemos avanzar ahora, ni abordarlo siquiera, porque los objetivos de nuestra tesis quedarían sobrepasados en sus límites geográficos fundamentalmente.

d) respecto a la interacción, sin entrar ahora en los fundamentos teóricos de este concepto, parece claro que la relación entre las comunidades del Neolítico final y los inicios del Cobre que habitaban el espacio geográfico circundante de Martilla debió ser notable, habida cuenta de que la gestión de los productos excedentarios hubieron de canalizarse mediante las actividades de intercambio. Estos contactos entre grupos diferentes cumplieron una función renovadora mutua, puesto que significaron no solo la posibilidad del simple trasiego de productos, sino del intercambio de población o de la puesta en práctica de la exogamia que resultaba imposible en los grupos cerrados más antiguos. Pero los contactos con los vecinos cercanos no siempre acarrearían resultados positivos, sino que abría la posibilidad del aumento de la tensión, de la apropiación injusta del medio común, de la presión excesiva sobre los recursos ajenos y, a la larga, del enfrentamiento directo cuando las diferencias se hacían insalvables. Esta última situación es la que suele explicar en los manuales al uso la función y uso de las fortificaciones arqueológicas, interpretadas mayormente como signo de defensa, coerción o poder. Los excesos en este tipo de interpretaciones llegan a hacer coincidir en ocasiones la existencia de una fortificación con el hecho que desde ella debía ejercerse un control del territorio. Es decir la interpretación del recinto murario como un lugar fronterizo, desde el que ejercer funciones de control, defensa y ataque⁶; pero esto, aceptado de modo casi unánime por gran parte de los investigadores jóvenes, conduce

⁶ Sobre el tema de fronteras véase *Arqueología Espacial*, 13, Teruel, 1989.

a posiciones que muchas veces no son las más adecuadas⁷. Puede, así, contrastarse ese tipo de interpretaciones con el valor que hemos querido darle a nuestro muro en Martilla, como límite del aprisco donde sus habitantes encerraban el ganado. Y que, sin otros datos más relevantes, puede ser tan acertado como el de la función militar y política.

Pero el interés de estas consideraciones pasan porque observemos a Martilla respecto de algunos yacimientos cercanos como el que se levanta junto a Fuentes de Cesna, en el que también observamos una posición estratégica y la presencia de un recinto amurallado de especial importancia. Las diferencias entre ambos pueden establecerse no en el carácter de sus respectivas murallas, pues la comparación no es posible dado el grado de deterioro de la de Martilla, pero sí en las extensiones del recinto a considerar, excesivamente pequeño el segundo respecto de este. No parece factible establecer una habitación coetánea de ambos asentamientos si consideramos que los dos ejercían funciones de control político y militar sobre su entorno inmediato, porque Martilla aparecería como un centro metropolitano del que dependería el segundo. Pero si seguimos interpretando a Martilla como lugar eminentemente ganadero, nada impide concebir al de Fuentes de Cesna como un reducto militarizado con otro tipo de intereses y, posiblemente, con otros sistemas de recursos. En esta segunda apreciación ambos yacimientos pudieron funcionar durante un cierto tiempo como enclaves complementarios a nivel económico, lo que explicaría sus diferencias espaciales; pero la aparente disolución de Martilla, mientras Fuentes de Cesna continuó con su desarrollo vital, obliga a revisar el criterio interpretativo y dibuja superficialmente una situación en la que las relaciones antagónicas acabaron estando presente y de las que sólo pudo surgir un vencedor. Desde luego la extensión de Martilla si hubiese sido demográfica y militar, antes que ganadera, no permitiría plantear una solución como la propuesta. Es posible que la metalurgia fuese el detonante de esta crisis entre vecinos próximos.

Como conclusión, puede expresarse que los tímidos estudios realizados hasta ahora en Martilla representan un cúmulo de incógnitas que sólo podrán despejarse con la reanudación de los trabajos en el yacimiento, pero proyectando su incidencia en el entorno inmediato. Por lo demás, el hábitat y su necrópolis se nos muestra como un pujante asentamiento que inició su andadura en el Neolítico al amparo de la expansión demográfica y económica de nuestras primeras

⁷ Es interesante apreciar la crítica a muchas de estas cuestiones en MORET, P.: *Les fortifications ibériques. De la fin de l'Âge du Bronze à la conquête romaine*, Collection de la Casa de Velázquez, 56, Madrid, 1996, pp. 272 ss., que aunque referido a los tiempos ibéricos aporta un importante caudal de referencias útiles para épocas mucho más antiguas.

sociedades de producción, fruto de lo cual fue el arraigo de una población muy dinámica, capaz de controlar un espacio funcional muy grande que parece explicarse en orden al cuidado de una enorme cabaña ganadera y que gestó un particular sistema de ritual funerario, en el que el uso de las construcciones megalíticas mixtas sugiere una variedad y personalidad desconocidas en esta parte de la provincia granadina.

CONCLUSIONES.

1. EL NEOLÍTICO: ENCLAVES AISLADOS, ESPACIOS TRANSICIONALES

En el marco geográfico de la Alta Andalucía, y pese a su favorable situación en tanto que zona de comunicación entre el Valle del Guadalquivir y las altas tierras del SE, la **Tierra de Loja** presentaba hasta hace pocos años un panorama poco alentador en orden a la reconstrucción de un eje poblacional capaz de vertebrar el proceso de ocupación de esta comarca que, aunque iniciado ya durante el Paleolítico Inferior, se mostraba prácticamente desconocido hasta fechas avanzadas de la Prehistoria Reciente. El hallazgo y excavación de la Cueva del Coquino, junto a la localización de otros yacimientos como la Cueva de las Minas y El Marmotal, así como el registro proporcionado al respecto por los sondeos estratigráficos realizados en la necrópolis y el poblado de Sierra Martilla, han venido a cubrir en parte un vacío ocupacional que no dejaba de resultar un tanto sorprendente a partir de la consideración de una serie de factores de índole geográfica, medioambiental y cultural, teniendo en cuenta esa situación sobre el mapa a la que acabamos de referirnos, sus favorables condiciones subsistenciales en un medio rico en recursos y dominado por la abundancia de agua, así como por la presencia de grupos de población neolíticos en zonas tan cercanas como la Tierra de Alhama y los Montes Occidentales, en donde su existencia era un hecho ya constatado por la investigación desde hacía varias décadas. A partir de la información proporcionada por los citados yacimientos, aún con ser ciertamente limitada en cuanto a secuencia temporal se refiere y poco explicativa para la configuración de determinados aspectos relacionados con la distribución espacial, patrones de asentamiento y evolución cultural en general, se ha podido constatar, en cualquier caso, la existencia de pequeños enclaves de ocupación neolítica, seguramente de carácter secundario, desde finales del IV milenio. Es obvio que tal documentación no significa más que el primer paso de una investigación que queda abierta y en la que pensamos continuar trabajando en el intento de ampliar ese marco poblacional que de momento se manifiesta sumamente restringido en sus coordenadas temporales, espaciales y culturales.

Causas, factores y modelos de ocupación territorial

La investigación arqueológica efectuada en torno al poblamiento neolítico de la Alta Andalucía en las últimas décadas ha proporcionado importantes aportes documentales capaces de precisar numerosos aspectos relacionados con la evolución cultural y cronológica de los grupos neolíticos que se establecen en nuestras tierras desde comienzos del V milenio a.C. Sin embargo, otros aspectos que consideramos de gran interés en relación con nuestro trabajo, como los relativos a las causas y al modo de ocupación del territorio, carecen todavía de respuestas adecuadas para muchos de los interrogantes planteados.

En la base de la mayoría de las opciones explicativas subyace un esquema al que pretendemos sumarnos dentro de la dialéctica que ha marcado el desarrollo del presente trabajo; se concreta en la consideración básica de un marco plural en el que concurren tanto lo físico como lo material, tratando de, a partir de la definición del marco físico, establecer la significación del registro material en relación con el mismo en tanto que producto inmediato de la explotación de ese entorno.

No obstante, y aún partiendo del hecho apriorístico de la elección de un territorio en función de las cualidades biotópicas del mismo, cabría también plantear la cuestión de la elección como posible respuesta a otros mecanismos de imposición, de índole natural o humana, que puedan haber sido los responsables de que determinadas comunidades hayan ocupado espacios no acordes con sus modos de vida tradicionales, debiendo generar los mecanismos necesarios de adaptación al medio (GARCÍA GAZÓLAZ, 1995). De cualquier forma, la cuestión fundamental se centra en la necesidad de conocer qué criterios de elección y de organización del espacio han sido arbitrados, así como las posibles causas mediatizadoras de la propia dinámica de ocupación, a partir del conocimiento del medio y del potencial desarrollado para su explotación por los grupos que lo ocupan.

En este sentido, en nuestro contexto geográfico resulta evidente, una vez culminado este primer paso de documentación, que aún queda por recorrer un largo camino en la definición e interpretación de los factores que debieron tener relación directa con el origen y establecimiento de las comunidades neolíticas en la zona, mostrándose como necesaria, entre otros aspectos a tener en cuenta, la reconstrucción paleoecológica capaz de dibujar el marco paisajístico con el que establecer un posible cuadro de inferencias en relación con los supuestos geoeconómicos

establecidos, teniendo presente la problemática conceptual que, desde los presupuestos funcionalistas, vincula directamente al marco ambiental con el establecimiento de un determinado modelo económico del que surgirían las superestructuras sociales en creciente complejidad desde los albores del tercer milenio (CHAPMAN, 1978; MATHERS, 1984; WALKER, 1981).

A pesar de ello, no resulta fácil abstraerse a la idea de considerar a este futuro entramado sociopolítico como un decisivo factor, inserto en la mudanza esencial de las estructuras socioeconómicas que tienen lugar a partir de unas nuevas relaciones del hombre con el medio. Los indicios del cambio, progresivamente más evidentes en los modos de vida mesolíticos aún dentro de los esquemas económicos depredadores, van a marcar una inercia que dejará sentir sus efectos más definitorios en la eclosión de una nueva base subsistencial. Considerada, a su vez, como elemento generador de una secuencia de acontecimientos que habrán de configurar un nuevo modelo de sociedad basada en unos patrones de orden económico hasta ahora sólo insinuados, esta nueva trayectoria marcará el camino hacia la generación progresiva de unos sistemas de organización sociopolítica que abrirá las puertas hacia la complejidad.

Este discurso interpretativo incide reiteradamente en la adopción de los sistemas productivos como estímulo fundamental para la generación de una nueva estructura social. En este sentido, la adopción de especies domésticas es considerada como una estrategia subsistencial de ciertos grupos que tratan de sobrevivir en un medio imprevisible que demanda progresivas inversiones de trabajo y consolidación de un capital productivo que amortigüe la inestabilidad (VICENT, 1990). La producción de excedentes, su almacenaje y distribución daría cuerpo, de esta forma, a un nuevo planteamiento de sociedad basado en la jerarquización. En suma, se trataría de proporcionar una reserva de productos para el autoconsumo, necesaria para la supervivencia, particularmente en aquellas áreas con base cerealística y, en consecuencia, sujetas a una estacionalidad recolectora (TESTART, 1982). La garantía de conservación de suficiente grano hasta la próxima temporada vendría dada a través de determinados linajes que mediatizarían los propios medios de producción. La prolongación directa de esta emergencia de linajes de parentesco, identificados con los resortes productivos, ha encontrado una posible correspondencia con el cambio en el ritual funerario (MEILLASOUX, 1987), llegando a producirse la formación de nuevas tradiciones que marcarán el abandono de la individualidad (VICENT, 1990). Puede que en este aspecto se encuentre el origen de las primeras muestras de colectivización funeraria en el territorio, en convivencia con las antiguas tradiciones, como una posible identificación entre los

grupos humanos y el territorio que les provee de los recursos subsistenciales (BOSCH LLORET, 1994).

El panorama interpretativo que trata de justificar y acotar los logros culturales que suscriben esta etapa es variado y todas las propuestas tratan de representar los aspectos fundamentales que se han argüido, frecuentemente, para justificar la aparición de los primeros grupos neolíticos del Mediterráneo Occidental como consecuencia de un proceso difusor desde el Próximo Oriente, o bien como resultado de una evolución autóctona independiente. El concurso de estas dos tendencias supone la aceptación de una dualidad interpretativa en la que influjos externos y evolución interna dibujan un dinámico panorama con grupos regionales que marcan su propio desarrollo, en función de una realidad en la que pueden encajar una determinada serie de condicionamientos medioambientales, las características del propio substrato humano y, fundamentalmente, las fórmulas culturales ya existentes.

Esta multiplicidad de factores concurrentes no hace sino patentizar aún más el reconocimiento del Neolítico como un fenómeno complejo y diverso en sus manifestaciones, con peculiaridades notorias en las costas occidentales del Mediterráneo, que denotan un acceso singular a la economía de producción por parte de los grupos humanos de que se tiene referencia.

En la dinámica general del poblamiento neolítico ha venido marcándose un modelo de ocupación del territorio configurado por la instalación de grupos con un patrón de asentamiento en el que debió jugar un papel determinante la presencia de cursos permanentes de agua y el posible contacto entre entidades regionales diferentes a través de vías naturales de paso, en las que se ha querido ver, no sólo unos caminos de transmisión cultural sino, también, un medio de complementariedad de los recursos existentes en estas zonas. El modelo económico debió, en consecuencia, estar basado en un profundo aprovechamiento del entorno geográfico, explotando todos los recursos disponibles mediante actividades agropecuarias, recolectoras y cinegéticas, sin olvidar la capitalización ejercida sobre determinadas áreas a causa de su riqueza en materias primas.

Debe entenderse, en el marco subsistencial, que la etapa neolítica supone, por encima de otras consideraciones, un ininterrumpido y gradual proceso de consolidación de ciertas modalidades económicas vigentes, en cuyo complejo culturizador hay que destacar el creciente desarrollo de la práctica agrícola, sustentadora, a su vez, de una acusada tendencia hacia la sedentarización. El surgimiento de los primeros asentamientos al aire libre suponen el colofón a

esta trayectoria, con claros precedentes durante el Neolítico Medio, pese a que la investigación actual sólo pueda ofrecer una escueta, aunque significativa, representación en el entorno inmediato de la Tierra de Loja, mediante los yacimientos de La Molaina y Chauchina. Muchos otros son, en cambio, los ejemplos de poblamiento estable al aire libre a nivel peninsular, que atestiguan, desde épocas tempranas del Neolítico Antiguo la coexistencia de hábitat en cueva y de hábitat en poblado. Testigos de esta simultaneidad pueden considerarse las propias características de los yacimientos en cueva, a menudo de pequeñas dimensiones, con ubicación en áreas montañosas de difícil acceso, en territorios claramente vedados al cultivo pero sí aptos para una modesta ganadería extensiva, la pobreza en sus conjuntos materiales, etc., que revelan ocupaciones estacionales relacionadas, probablemente, con prácticas pecuarias esporádicas de reducidos grupos que mantienen su hábitat permanente en entidades poblacionales superiores. Nuestro ejemplo de la **Cueva del Coquino** entraría en este contexto, reproduciendo además la misma situación apreciada en otros yacimientos, con una continuidad en la ocupación para los mismos fines durante épocas que alcanzan el límite del III milenio, momento a partir del cual es frecuente su uso como lugares de enterramiento.

Son conocidas las transformaciones que, a mediados del V milenio a.C., experimenta la tendencia del poblamiento neolítico mantenida hasta ese momento en determinadas áreas peninsulares como el NE, posiblemente en conexión con la ruptura de la unidad cultural que había caracterizado a las comunidades del occidente mediterráneo. Durante esta fase los poblados del horizonte epicardial serán abandonados, fomentándose la ocupación de cuevas en el interior de los macizos montañosos. Forman parte de esta interpretación las supuestas causas que debieron dar origen a esta nueva situación, habiéndose argumentado la caducidad de un modelo económico incapaz de satisfacer las necesidades comunitarias a partir de una realidad social más segmentada. La consiguiente necesidad de aumentar la producción de alimentos a través de la especialización provocaría el cambio social (BOSCH LLORET, 1994). El nuevo modelo justificaría así una realidad ocupacional del espacio bajo la consideración de otros patrones de asentamiento que hacen surgir poblados en emplazamientos dominantes y cercanos a zonas de alto potencial agrícola próximas a la costa, o hábitats en cuevas del interior con una probable vinculación a prácticas ganaderas.

Este planteamiento materializa el concepto de hábitat primario/secundario sobre una jerarquía de valores de la que participan los propios caracteres del área circundante al

asentamiento y ciertos elementos de cultura material ascribibles a la sedentarización. En síntesis, la propuesta interpretativa viene a valorar la existencia de determinadas condiciones geográficas, como la presencia de cursos o puntos de agua cercanos, el potencial agrícola del terreno, las posibilidades de caza y la cercanía de puntos proveedores de materias primas -sílex y otras rocas para la elaboración del utillaje- o, en su defecto, la proximidad a circuitos de intercambio por donde pudieran acceder a las mismas, como factores aglutinantes de los grupos estables. En el área catalana Bosch Lloret ha llegado, incluso, a poner en relación a los hábitats al aire libre con la existencia de suelos calcáreos, poco arcillosos y ligeramente alcalinos, ideales para el cultivo cerealístico (BOSCH LLORET, 1994). Por contra, la estacionalidad en el hábitat vendría representada por las ocupaciones de cuevas con fácil acceso e igualmente próximas a surgencias de agua.

En la **Tierra de Loja** se observa un esquema que reproduce básicamente las mismas tendencias de ocupación. Sólo contamos con un asentamiento que responda al primer modelo de hábitat y dos yacimientos en cueva a baja cota.

De reciente estudio, el **poblado de Sierra Martilla** viene a cubrir las expectativas que se han definido para los asentamientos al aire libre en zonas con alto potencial agrícola. El enclave, al que hemos considerado oportuno dedicarle un capítulo específico, cuenta con un entorno que responde exactamente al grado de estrategia económica descrito. Un amesetamiento rocoso proporciona la visibilidad óptima sobre el cercano valle del Genil, en cuyas márgenes debió practicarse una agricultura cerealística desde un Neolítico Reciente hasta los inicios de la Edad del Cobre. A esto se añade una red acuífera de gran valor, con abundantes manantiales que surgen de los afloramientos calizos próximos y una cubierta arbórea de bosque y maquia mediterráneos, configuradores, sin duda, de un ecosistema con alta densidad faunística capaz de sustentar una actividad depredadora complementaria. El acceso, por otra parte, a las materias primas para la fabricación de los útiles queda garantizado por la existencia, en el entorno inmediato, de afloramientos de rocas aptas para el pulimento, así como por la cercanía de criaderos de sílex y de sus posibles vías de distribución¹.

Con respecto al hábitat en cueva, existen dos yacimientos ubicados en las proximidades

1

Este aspecto es objeto de estudio en la actualidad, pudiéndose vincular el asentamiento de Sierra Martilla con el criadero de sílex de Los Gallumbares, con el que pudo haber tenido una primera relación como centro proveedor y, posteriormente, en la etapa calcolítica, como taller productor del utillaje.

de sendas depresiones surcadas por cursos de agua permanentes. El primero de ellos lo constituye la Cueva del Coquino, único que ha sido objeto de intervención arqueológica y del que ya hemos tratado anteriormente en lo que a la ocupación neolítica se refiere. Su emplazamiento y características coinciden con el tipo de hábitat que hemos clasificado de "secundario" en el esquema global de patrones de asentamiento neolíticos. Como ya se señaló, la cueva representa una cavidad, no muy amplia, situada en un pequeño aterrazamiento de ladera en la vertiente norte de la Sierra del Hacho. En su origen la entrada debió estar formada por una amplia oquedad bajo una gran visera, que posteriormente se desplomó dejando semioculto un estrecho pasaje por el que actualmentese se accede a su interior. Una sala de forma oblonga constituye el único espacio interno, con el suelo regular. El acceso, a partir del Valle del Genil, es muy cómodo, distando de las tierras bajas no más de 2 ó 3 Km, según al acceso escogido. Cerca de la misma, independientemente del agua aportada por el río Genil, existen varios manantiales. Atendiendo a los parámetros con los que venimos definiendo los tipos de hábitat en esta etapa y, considerando tanto las características infraestructurales descritas como el registro arqueológico recuperado, podría deducirse el modelo de ocupación del yacimiento.

En primer lugar, de su configuración pueden deducirse unas condiciones de habitabilidad muy limitadas, tratándose de un pequeño espacio con alto grado de humedad y, particularmente, ubicado en un entorno serrano. Este último aspecto define aún más las características de sus pobladores, quienes, evidentemente no tuvieron acceso a otros recursos subsistenciales que no fueran los propiamente ganaderos y los derivados de una intensa actividad cinegética. Es precisamente, y en segundo lugar, el conjunto material y paleontológico el que completa esta concepción del hábitat, manifestando una evidente pobreza en vestigios asociados a la agricultura, actividad que probablemente desarrollaban otras comunidades en el valle. El conjunto faunístico revela, por su parte, una clara preponderancia de las especies salvajes sobre las que podrían haberse realizado prácticas de domesticación. En efecto, el registro paleontológico manifiesta con claridad una base subsistencial fundamentada en la caza frecuente de lagomorfos, en una proporción que tan solo puede explicarse desde un consumo habitual de estos animales en la dieta alimenticia. La otra actividad que debió ocupar el tiempo de la comunidad fué la ganadería de ovicápridos, sustentada por una cabaña de *Capra hircus*, bien adaptada a un biotopo de bosque mediterráneo sobre un solar agreste.

La conclusión que puede extraerse de estos datos es que la Cueva del Coquino estuvo

ocupada por un grupo reducido cuyos miembros, temporalmente y según el ritmo marcado por las estaciones climáticas, efectuarían desplazamientos cortos desde las tierras del valle, con hábitats permanentes, para buscar los pastos serranos que sustentaban su modesta ganadería extensiva.

Han sido varias las propuestas que, en los últimos años, han salido a la luz para tratar de definir o identificar la estacionalidad de este tipo de hábitat, fundamentalmente en la zona levantina y el NE peninsular. Actualmente no disponemos de suficiente documentación en el campo arqueológico sobre el que se centra nuestro trabajo, como para deducir unos parámetros como los que se han barajado para el Nordeste. Uno de los elementos que ha servido para indicar el grado de ocupación y, a su vez, contribuir a la definición del carácter primario o secundario del hábitat, ha sido el tamaño de los recipientes cerámicos (BOSCH LLORET, 1994). A. Bosch ha sugerido recientemente que en los hábitats principales y, por lo tanto, permanentes, se registra un predominio de vasos de medianas y grandes dimensiones -aproximadamente la mitad y un tercio de los efectivos, respectivamente- sobre los cacharros de pequeño tamaño, a los que se suma un conjunto material lítico muy variado en el que gozan de amplia representación toda suerte de bases y manos de molino, pulidores, percutores, diversos utensilios en piedra pulimentada, una variada tipología de industria tallada y otra sobre hueso y asta de animal. En los hábitats secundarios, en cambio, los tipos cerámicos presentan tamaños medianos en la mitad del registro total, seguidos de los de pequeño tamaño y, en último lugar, de los de grandes dimensiones. Con respecto al resto de los útiles, también se observan diferencias en cuanto a la ausencia, o escasa representación, de los elementos de molienda. Esta propuesta, reiterando además lo dicho anteriormente en relación a la zona sobre la que se han efectuado estos estudios y el nivel de documentación extraído, nos parece poco precisa en su conjunto, echándose de menos algunos datos cuantitativos y cualitativos que quizá fuesen ilustrativos a la hora de especificar, por ejemplo, los parámetros a partir de los cuales poder clasificar a los vasos por su tamaño, o la propia calidad y acabado final de las cerámicas. Por lo demás nos parece lógica la vinculación entre los útiles y la actividad económica desarrollada, coincidiendo, de hecho, con algunos de los presupuestos que hemos barajado en la definición de las actividades subsistenciales de algunos yacimientos como el de Sierra Martilla, donde también abundan este tipo de instrumentos de molienda y recolección.

En otro punto, este mismo investigador arguye la presencia de enterramientos como

circunstancia adscrita a una utilización temporal de estas cuevas, en conexión con una especialización ganadera de sus ocupantes en una zona sin potencial agrícola. Puede ser un dato revelador, sin duda, también en nuestro caso, si utilizamos como referencia el enterramiento de la Fase III de la Cueva del Coquino. Aunque practicado en un nivel correspondiente a la Edad del Cobre, inmediatamente posterior a la última fase neolítica de ocupación de la cueva, el contexto geoeconómico puede responder fielmente al planteado en la zona catalana. Más aún, su valoración vendría a respaldar nuestra creencia en un tránsito gradual entre una y otra fase cultural, conservándose los principales indicadores de unas tradiciones que aún perdurarán en los modos de vida y rituales de las primeras comunidades metalúrgicas.

El otro yacimiento en cueva, al que igualmente podría aplicársele el mismo concepto de marginalidad, es la **Cueva de Las Minas**. Este yacimiento responde al mismo planteamiento estratégico del Coquino ya que está ubicada en una ladera próxima al piedemonte de la Sierra de Loja, en un interesante paso natural entre la depresión lojeña y el puerto de Los Alazores que abre el camino hacia el litoral malagueño. El contexto económico que se deriva de esta situación y de su escasa industria -este yacimiento únicamente ha sido prospectado en superficie- está en la misma línea de lo establecido para el Coquino, por lo que no insistiremos en ello. No obstante, sería oportuno traer a colación una idea que ha venido constituyendo un principio explicativo fundamental en este trabajo y que también ha sido valorada en los últimos años en la definición de los patrones de asentamiento de zonas no lejanas de la serranía cordobesa, en el sentido de vincular el establecimiento de determinadas comunidades neolíticas con la existencia de vías de acceso/intercambio con otros ámbitos geográficos (GAVILÁN, 1991). El paso de Los Alazores representa para la Tierra de Loja una de las salidas naturales hacia la costa, a través de las tierras altas de la Axarquía malagueña. Por el momento, la inexistencia de poblados estables en este punto limita cualquier intento explicativo de una supuesta dinámica de intercambios entre ambas zonas. No obstante, la presencia en el conjunto material de alguno de los yacimientos estudiados, particularmente en el caso del Coquino y alguno más de la Edad del Cobre, de una industria malacológica, revela una evidente vinculación con la zona costera, más estrecha a medida que se avanza en la etapa calcolítica.

2. LA EDAD DEL COBRE: LA OCUPACIÓN DEL TERRITORIO

2.1. La ocupación del territorio: modelos de asentamiento en la Tierra de Loja durante el Tercer Milenio a.C.

Ya quedó fijado en su momento, tras el estudio macroespacial realizado sobre diversos campos arqueológicos de la mitad sur peninsular, que la diversidad de variables participantes en la consideración de un determinado lugar como emplazamiento óptimo para la instalación del hábitat permanente, ocasionaba una sustanciosa tipología, tan variada como compleja quiera suponerse la lista de prioridades a tener en cuenta en la elección de dicho enclave.

Una somera clasificación de los asentamientos estudiados, en función del tiempo de ocupación efectuado sobre ellos, venía asimismo a establecer tradicionalmente claras distinciones entre los no permanentes o estacionales y aquellos otros que pudieron desarrollar a lo largo del tiempo formas subsistenciales más complejas que, a la postre, dieron las claves de su estabilidad. Prescindiendo ahora de análisis tipológicos, y teniendo en cuenta la escasez de estratigrafías bien definidas y estudios complementarios de otro tipo, nuestro trabajo se ha dirigido hacia la valoración geoeconómica que de cada "sitio" puede dirimirse a partir de la contemplación global del área en que se ubica, la configuración interna del yacimiento, su zona de influencia y las posibles relaciones con otros asentamientos situados en la misma entidad territorial. Ya advertíamos en su momento, que el estudio se fundamenta sobre una base eminentemente teórica, por cuanto que, a la natural dificultad interpretativa que acompaña a este tipo de conclusiones, se sumarían ahora los problemas documentales referidos. No se ha pretendido, en consecuencia, abundar en el panorama conceptual que los recientes estudios arqueoespaciales están configurando para abrir nuevas puertas a la comprensión de la época calcolítica y a otras valoraciones sobre el papel jugado por yacimientos y zonas de gran tradición. Más bien, nuestro esfuerzo ha sido orientado a enfocar, de la forma supuestamente más lógica y coherente, el conjunto de factores y variables cuya actuación en el desarrollo de los modelos subsistenciales detectados a partir del registro arqueológico es más que evidente. En base a este enfoque han sido consideradas como variables esenciales en el surgimiento de estos emplazamientos: la elección de los asentamientos rocosos en alturas medias, el potencial agronómico del territorio circundante y la existencia en la zona de otros recursos explotables.

El hecho, en primer lugar, de buscar afloramientos rocosos, preferentemente amesetados y a poca altura relativa respecto a las tierras de valles próximos, puede considerarse como una constante en la mayoría de los poblamientos calcolíticos. No obstante, ya se sabe que no es este un factor determinante, existiendo otros ponderables que modifican substancialmente estos planteamientos. En nuestro caso, y haciendo un balance valorativo global de lo que parece desprenderse de la mayoría de los casos estudiados, parece oportuno evidenciar con esta práctica la necesidad de conseguir cierto grado de visibilidad sobre el entorno, a partir del cual pudieran activarse determinados mecanismos de control sobre el acceso y tránsito, a través de los valles de los ríos y otras vías naturales de penetración, hacia las tierras interiores. No hablaremos del protagonismo que a este factor se le ha adjudicado en yacimientos del SE peninsular y determinadas regiones del área portuguesa, aunque sí es conveniente recordar que, en la mayoría de los casos, son enclaves donde a las cualidades estratégicas naturales viene a sumarse un bien estructurado repertorio de elementos defensivos construidos por sus pobladores. Otra cuestión sería el trasfondo explicativo que subyace tras estos planteamientos y que, sin duda alguna, constituye hoy día uno de los principales campos de especulación y polémica entre las diversas tendencias interpretativas sobre el periodo. Tampoco es nuestra intención decantarnos por ninguna tendencia y, mucho menos, sentar nuestra investigación sobre una base errónea al pretender incorporar a nuestra zona determinadas conclusiones que han sido establecidas a partir de una realidad geocultural evidentemente condicionada por caracteres regionales muy distintos. Sin embargo, sí nos ha parecido conveniente apostar por una flexibilidad en los planteamientos, huyendo en lo posible de propuestas apriorísticas que pudieran falsear la realidad y que, de una u otra forma, siempre precisan de cierta dosis de imaginación en su afán por acomodar la teoría a la evidencia.

En la Tierra de Loja existe tal diversidad en los supuestos que debieron actuar para la ubicación de los hábitats calcolíticos, que se hace imprescindible un tratamiento individualizado en su estudio. La mayoría de los poblados se sitúan en aterrazamientos rocosos que oscilan entre 1 y 2 Ha. de extensión, localizados cerca de los valles fluviales, desde donde se observa una amplia panorámica de las zonas circundantes con un claro dominio sobre las vías y nudos de comunicación así como de las fuentes de aprovisionamiento de diversos recursos. La sola contemplación de la fisonomía de asentamientos como Sierra Martilla, La Caridad o Manzanil, revela una existencia pacífica, donde una base económica agropecuaria debió constituir la forma

de vida habitual, ajena a los brotes de conflictividad supuestos para otras áreas. En esta situación debió jugar un papel determinante la proximidad de las tierras de cultivo y pasto con puntos de agua cercanos. La escasa altura de muchos de estos enclaves, incluso su situación en pleno valle como es el caso de El Manzanil, abogan por esta teoría. Pasado el tiempo, cuando estas condiciones fueron modificadas por la activación de otros factores como el crecimiento demográfico, la consiguiente mayor presión sobre el terreno disponible, la voluntad de controlar los excedentes y el acercamiento de estas comarcas a los ámbitos metalúrgicos surorientales, pudo haberse replanteado el factor estratégico, haciendo de la defensa activa una de las exigencias prioritarias a la hora del emplazamiento del hábitat. Es posible que en esta línea deban considerarse otros núcleos localizados en la zona sobre inexpugnables espolones rocosos fuertemente amurallados como el de Fuentes de Cesna.

Un estudio regional pormenorizado demuestra que este patrón se repite en casi todos los casos, partiéndose de un substrato antiguo con economía agropastoril, configurada en un estadio neolítico, y rodeada de una situación de estabilidad social que excluye otras necesidades autodefensivas. Solo cuando, a medida que transcurre el tercer milenio, comienzan a generarse nuevos planteamientos sociopolíticos que activen los resortes de control sobre los recursos, cambiará esta situación y, en consecuencia, la configuración de estos poblados. A título ilustrativo, y salvando siempre las diferencias regionales, hemos traído a colación algún estudio realizado sobre determinadas áreas del SE, en las que se ha admitido la generación de ciertos riesgos subsistenciales derivados de un proceso de nuclearización del poblamiento. La situación creada se identificará, en consecuencia, por una limitación de las tierras de cultivo y la dependencia creciente de algunos asentamientos con respecto a otros recursos como la minería y el comercio de intercambio con otros núcleos o regiones. En base a ello, el siguiente paso lo constituirá la jerarquización entre los asentamientos en función de su ubicación y dimensiones.

Finalmente, las postrimerías de la Edad del Cobre y los inicios del Bronce Pleno confirmarán esta tendencia, producto de una nueva realidad en la cual las necesidades defensivas y de control territorial debieron prevalecer sobre cualquier otra.

El segundo factor considerado en la definición de esta dinámica pobladora lo constituye el potencial agronómico de estas tierras. De hecho, se ha deducido que es el uso del suelo el elemento que realmente cataliza el poblamiento en la Tierra de Loja desde la segunda mitad del IV milenio. A la luz de los resultados obtenidos hasta el momento, parece ser que la mayor

intensidad ocupacional se efectuó durante la etapa calcolítica, donde la dispersión de asentamientos por toda la geografía es un hecho constatable.

De las consecuencias ecológicas que esta presión sobre el medio comporta ya se han dado extensas referencias, mencionando un proceso ininterrumpido de tala sistemática de la cobertura vegetal, que afectó a gran parte del territorio, comenzando por las zonas de vega y los valles adentrados en las formaciones montañosas ricas en acuíferos. No obstante, nos ha parecido oportuno matizar determinadas hipótesis sobre la práctica de esta primigenia agricultura, ante la evidencia que presentan enclaves tan importantes como el de Manzanil, situado en plena vega y con una dilatada historia de ocupación. En efecto, si las prácticas de tala y roza pueden adjudicarse a determinadas zonas, con todo lo que esta técnica comporta de estacionalidad/nomadismo y captación económica de un extenso territorio, no son aplicables a nuestro caso, dadas las características de permanencia en un mismo lugar antes mencionadas. Esto nos conduciría, en consecuencia, a suponer otros planteamientos subsistenciales que pasan, indudablemente, por un aprovechamiento más intensivo del suelo mediante el uso de otra tecnología más avanzada y el complemento de otros recursos económicos surgidos al amparo del status socioeconómico generado. En base a este planteamiento, la existencia de este poblado, en el puede seguirse toda la secuencia cultural del Cobre *in situ* e incluso una larga perduración posterior, debió estar relacionada con una agricultura de regadío y unos sistemas hortícolas avanzados. Por el contrario, aunque utilizando la misma lógica explicativa, los poblados localizados en asentamientos rocosos circundados por tierras sin posibilidad de riego, justificarían su existencia por la práctica de una economía agrícola de secano, alternado con barbechos prolongados, y completada con una ganadería extensiva en progresivo desarrollo y la inevitable actividad cinegética.

De la expansión real de esta actividad agropecuaria por el territorio se mantienen serias dudas ante la carencia de estudios paleoambientales más precisos. No se puede, en consecuencia, delimitar la presión real que esta actividad ejerció sobre el medio, de no ser considerando las conclusiones ecológicas dirimidas del análisis paleontológico de algún yacimiento de la zona y, de manera cuantitativa, el volumen de utensilios asociados a las prácticas agrícolas dispersos por la región y que, en forma de numerosos "dientes de hoz" de sílex para engastar, hachas y azuelas de piedra pulimentada, etc., constituyen el mejor exponente de una agricultura en auge.

En definitiva, y una vez convenido que los importantes cambios producidos en el paisaje, junto a la abundancia de materiales arqueológicos asociados a la agricultura, son los indicios más

fehacientes de una fuerte presión agropecuaria sobre el territorio, queda suficientemente justificado que la ubicación de estos asentamientos responda básicamente a la elección de las tierras más propicias para llevar a cabo estas actividades. Quedaría, no obstante, por establecer el orden de prioridades que fueron aplicadas en la elección exacta del emplazamiento, punto de partida de no pocas interpretaciones que sobre la teoría del "análisis de captación económica" (ACE) se han vertido los últimos años.

Finalmente, resulta probado tras los últimos análisis territoriales, que en la localización de nuestros poblados ha jugado un destacado papel la posibilidad de acceder con cierta fluidez a determinadas materias primas no agrícolas. Estos productos representan un valioso conjunto de gran repercusión en la existencia diaria de estos núcleos poblacionales y, globalmente, salvando las diferencias regionales de las zonas para las que fueron aplicados por primera vez los modelos de análisis territorial antes aludidos, podrían contribuir a delimitar lo que se ha dado en llamar "área de influencia" de los yacimientos. Para estas zonas, en los asentamientos estudiados en la Tierra de Loja se ha definido un radio aproximado que oscila entre los 6 y 15 Km a partir del centro del poblado, que sería visitado esporádicamente mediante cortas expediciones de una jornada para proveerse de las materias primas necesarias. La riqueza natural que el territorio posee en la mayoría de estas substancias permite suponer que los asentamientos del Cobre en la Tierra de Loja se debieron autoabastecer de las mismas, limitándose otros mecanismos de intercambio interregional a aquellos productos igualmente documentados en los contextos materiales arqueológicos calificados de "exóticos" por su ausencia natural en esta región. Tal sería el caso del marfil, las conchas marinas elaboradas, ciertos tipos cerámicos y el oro, cuya presencia aquí es el mejor exponente de un comercio de trueque aprovechando, probablemente, la producción de excedentes agrícolas y otros productos artesanales de elaboración local. El resto de los materiales, como ya se ha dicho, destinados a la manufactura de útiles: huesos, piedra, sílex y madera, se conseguirían en la misma comarca y su obtención no encontraría más obstáculos que los impuestos por la propia topografía para acceder a los puntos de aprovisionamiento.

2.2. La producción económica

A lo largo de las páginas anteriores hemos venido sosteniendo, a tenor de los datos

disponibles y las conclusiones que de ellos puedan extraerse, ciertos supuestos económicos que presentan a las comunidades calcolíticas de la Tierra de Loja como poseedoras de unos sistemas agrícolas y ganaderos plenamente establecidos y causantes, a la postre, de un creciente nivel productivo y un progresivo fenómeno de sedentarización. Quedó claro asimismo, que esta región va a sufrir durante toda esta etapa un agresivo proceso deforestador, fundamentalmente sobre las vegas y valles situados entre las estribaciones montañosas que cruzan el territorio, con cuya dinámica parece estar vinculado el surgimiento de grandes poblados de llanura y poblaciones que se debieron sentir atraídas por las posibilidades agrícolas de estas depresiones ricas en agua y tierras feraces.

Acerca de los vestigios arqueológicos que sustentan estas hipótesis, también hemos manifestado que la sola presencia de un repertorio tan numeroso de útiles asociados a la agricultura debería bastar para evidenciar una actividad en creciente expansión, además de suponer un interesante factor para delimitar amplias áreas de influencia de estos yacimientos principales.

Mayores dificultades plantea, en cambio, el seguimiento de este fenómeno a partir de otros datos paleoecológicos, evidentemente más escasos ante la carencia de análisis de este tipo. Por el momento, los parámetros utilizables para dirimir las transformaciones imputables a la acción humana sobre el medio proceden de un registro faunístico que revela ciertas actividades pecuarias, a las que se sumarían otras acciones derivadas del creciente poblamiento, capaces de dejar una huella visible sobre una situación medioambiental relativamente bien conocida. Una cobertura forestal más amplia que la actual, con extensas formaciones boscosas caducifolias en valles y depresiones, un altiplano cubierto por un nutrido bosque mediterráneo y la presencia en determinados puntos de un bosque típico de montaña, sería la situación de partida. Con el transcurso del tercer milenio los inicios de deforestación se harán cada vez más patentes, produciéndose en el registro faunístico el relevo de especies propias de un medio arbóreo y arbustivo cerrado por otras que experimentan su desarrollo en paisajes más abiertos. Así, la hegemonía de *Lepus capensis* (liebre) sobre *Oryctolagus cuniculus* (conejo) y de *Ovis aries* (oveja) sobre *Capra hircus* (cabra), podría adoptarse como dato revelador de la regresión de un biotopo de monte bajo hacia formaciones más despejadas. La explicación del proceso, por otra parte, ha sido objeto de ciertas precisiones por cuanto que consideramos al desarrollo de un pastoreo intensivo, más que a otras actividades que demandan madera como combustible o

materia prima para la construcción, como causa más activa en la desaparición de la foresta. La práctica del "ramoneo", técnica común en los procedimientos pecuarios extensivos de la zona, implicaría una acción erosiva por parte del ganado en sus incursiones por el sotobosque, además de la efectuada por el pastor para proporcionar follaje fresco a su ganado mediante la insistente tala de los renuevos.

Por lo que se refiere a las especies cultivadas y el componente tecnológico utilizado en el desarrollo de la actividad, ya se han enunciado las dificultades más comunes para extraer conclusiones, a no ser que se opte por la plasmación aquí de los supuestos previstos para otra áreas. En este contexto es presumible un prioritario cultivo de alguna variedad de trigo o cebada, esta última más apta para el aprovechamiento de los terrenos más pobres o esquilados a causa de una intensa explotación. Su cultivo debió suponer, como ocurre en otras zonas, una suficiente garantía alimentaria anual, con el concurso de otras gramíneas como la avena y el centeno. No es aventurado suponer, por tanto, un progresivo incremento en la extensión de su cultivo por la zona, al igual que de diversas leguminosas cuyo inicio en este periodo está asimismo atestiguado.

Hay, por otra parte, una nutrida representación de especies que podrían considerarse consustanciales a la actividad agrícola, al ser utilizadas para la elaboración de materiales relacionados con el almacenaje de productos cosechados o, incluso, como materias primas para el acondicionamiento del hábitat y la confección de los aperos complementarios. De entre todas ellas, ha sido detectada en la zona una gramínea, *Puccinella (glyceria) distans*, cuyo uso como fibra textil ha podido ser documentado en un contexto funerario calcolítico en la vecina Tierra de Alhama. Del mismo modo, otras leguminosas como el popular "carretón", *Mendicago litoralis*, prueban, amén de la configuración herbácea primigenia de estas llanuras, un uso tecnoeconómico destacado que incluye su cultivo además como planta forrajera.

El bagaje tecnológico incluiría, sin duda, el desarrollo de importantes avances en los sistemas de explotación de la tierra. Ya se ha insinuado la fuerte presión productiva que, en poblados asociados a la agricultura de regadío, debió estar en conexión con el diseño de ciertas modalidades avanzadas de horticultura y producción gramínea a gran escala para la época. No poseemos, sin embargo, pruebas materiales de infraestructuras que demuestren redes de canalización, drenajes, parcelaciones, etc., de no ser la propia y densa dispersión de artefactos sobre el terreno, así como la presumible configuración de abancalamientos que, en la actualidad, pueden ofrecer un aspecto derivado de aquella época. Por lo demás, la posibilidad del uso de

sistemas de roturación basados en el empleo de arados sencillos utilizando a determinados animales como fuerza de tracción viene avalada, por una parte, a través de la catalogación de grandes piezas pulimentadas que han sido documentadas como "rejas" de este tipo de instrumentos y, por otra, mediante el registro paleontológico que ofrece restos de bóvidos en edad muy avanzada, posiblemente relacionados con un uso como fuerza de tiro antes de su sacrificio.

Es precisamente el capítulo de la explotación ganadera una de las piezas básicas en la configuración económica de estas poblaciones locales. Las especies mejor documentadas son la oveja y la cabra, seguidas del buey y el perro. De entre ellas, y utilizando los balances que aportan los depósitos faunísticos de las cuevas del Coquino y la Presa, el protagonismo indiscutible lo aportan los ovicápridos. Es posible, incluso, establecer determinadas hipótesis desde un punto de vista paleontológico, acerca de la génesis de estas especies en la zona, particularmente en lo que a la especie *Capra* se refiere. Mucho más abundantes que las ovejas, parece probable que los rebaños de cabras domésticas llegados a la región en épocas anteriores disfrutaron de un régimen de simi-libertad en el que fueron probables ciertos intercambios genéticos con las poblaciones salvajes, llegándose a un cruzamiento que fue disminuyendo gradualmente. El estudio del material óseo denuncia una evidente proximidad morfológica de la *Capra hircus* con la *Capra pyrenaica* de la región. Las expectativas que este hecho promueve hacia la contemplación de posibles manipulaciones artificiales sobre el ganado, utilizando los incentivos naturales antes descritos, constituye uno de los aspectos más relevantes del estudio efectuado sobre la fauna del Coquino. La hipótesis toma aún más cuerpo, al valorarse otros resultados procedentes de estudios de faunas prehistóricas cercanas, donde los restos óseos de estas especies marcan peculiaridades que dificultan asimismo su adscripción a las versiones domésticas o salvajes.

Por otra parte, la caza constituye el complemento indiscutible a toda esta gama de actividades económicas. La fuerte presencia de restos faunísticos adjudicables a especies salvajes en los yacimientos manifiesta la importancia de esta actividad que debió constituir una ocupación habitual de los pobladores de la zona. Presumiblemente, su protagonismo debió crecer en momentos específicos de déficit agrícola y, de forma especial, ante los desplazamientos ganaderos estacionales y su permanencia en ámbitos serranos marginales.

De entre las especies estudiadas destaca, como ya se indicó en el estudio de la fase neolítica, el conjunto de los lagomorfos. Ya hemos aludido a que el elevado número de restos encontrados en yacimientos como la Cueva del Coquino sólo puede explicarse en función de su

caza como sustento cotidiano. Aunque la especie por excelencia en el registro es *Oryctolagus cuniculus*, se aprecia un progresivo aumento de la liebre, *Lepus granatensis*, probablemente conectado con una transformación del hábitat natural a partir de un cambio climático de pequeña entidad pero suficiente como para provocar el aumento progresivo de las zonas despejadas.

Sujetas a esta misma actividad también se encuentran otras especies superiores de mamíferos, si bien su presencia en los registros es sumamente escueta. En el caso de *Cervus elaphus*, sólo puede hablarse de un individuo viejo y otro joven procedentes del Coquino, y dos ejemplares también de edad avanzada de la Covacha de la Presa. A tenor de esta muestra, todo parece indicar que la caza de esta especie tuvo un carácter meramente ocasional y que, probablemente, fué aprovechada cierta situación de indefensión o torpeza de los animales viejos o jóvenes para su captura.

Un planteamiento similar puede establecerse a la luz de los restos de *Ursus arctos* encontrados en el Coquino, especie aún más conflictiva para su abatimiento por poblaciones quizás poco especializadas en este tipo de batidas. Sin embargo, ya se indicó, su presencia es más trascendental desde el punto de vista ecológico que subsistencial, compartiendo hábitat con otra especie, el urogallo, que denota unas condiciones medioambientales ahora relegadas a cotas muy superiores. El *Tetrao urogallus*, por su parte, puede considerarse una pervivencia del último periodo glacial, afincado en la región merced a sus hábitos sedentarios. Parecida situación ofrecen otro tipo de gallináceas, con igualmente arraigado instinto de territorialidad, como la perdiz y la codorniz, que comparten con el anterior el objetivo venatorio de estas comunidades.

Todo lo expuesto hasta ahora sobre las modalidades productivas desarrolladas por las poblaciones asentadas en la Tierra de Loja desde finales del Neolítico hasta los inicios de la Edad del Bronce comprende el repertorio de mecanismos subsistenciales que han podido ser detectados en base a las expectativas que plantea el registro arqueológico hasta ahora existente. Sin embargo, no quedaría completa la configuración del panorama económico si no se contemplasen otras actividades que, si bien algunas de ellas comienzan a insinuarse en la etapa anterior, va a ser a lo largo de la Edad del Cobre cuando, obedeciendo a la creciente complejidad socioeconómica que caracteriza al periodo, experimenten su mayor desarrollo. En conjunto, y a tenor de su carácter ajeno a lo meramente subsistencial, han sido definidas como **actividades económicas secundarias**. Impulsadas por la dinámica poblacional y el desarrollo de las relaciones interregionales vienen a cubrir, no obstante, un amplio panorama de necesidades que surgen

probablemente como consecuencia de un proceso de diversificación social y emergencia de determinados grupos de prestigio. La artesanía y un incipiente comercio de intercambio constituirán la base de esta economía de segundo orden, que facilitará a sus acreedores un elenco de productos suntuarios responsables, a la postre, de un proceso de especialización dirigido por una nueva clase de productores.

Aunque ya se ha hablado de la trascendencia cualitativa que supuso la metalurgia en la definición del nuevo contexto socioeconómico, otra actividad, como es la producción textil, debió ocupar un lugar destacado en este orden. De su arraigo, posiblemente como tarea doméstica complementaria, nos habla un nutrido conjunto de artefactos asociados tradicionalmente a su desempeño, tales como las pesas de telar, cuernecillos de arcilla y fusayolas, de tan conocida variedad tipológica. Al margen de estas evidencias poco más puede aportarse en cuanto a la descripción de los instrumentos utilizados o las técnicas de preparación y tratamiento de las materias primas. Sin embargo, un oportuno hallazgo, del que ya se ha hecho referencia anteriormente, ha arrojado nueva luz sobre esta actividad. El protagonista del mismo es un fragmento de tejido hallado en una de las covachas situadas en las inmediaciones del cauce del río Cacin (Alhama de Granada), en las que fueron practicados enterramientos colectivos durante la Edad del Cobre. Un detenido examen de la muestra concluyó con la determinación de la materia prima usada, la gramínea *Puccinella (glyceria) distans*, así como de un cuidadoso procedimiento de tejido y remate final de la pieza a partir de una materia prima cuidadosamente preparada mediante procesos laboriosos de majado y liado posterior de las fibras.

Si hacemos referencia, al margen de estos hallazgos locales, a otros conocidos elementos de trenzado y cestería documentados en la Cueva de Los Murciélagos de Albuñol, resulta evidente que, tanto por el contexto como por el nivel técnico alcanzado en su confección, la elaboración de estos productos debió ser una práctica habitual en el seno de estas comunidades campesinas.

Un desarrollo tecnoeconómico como el hasta ahora descrito, con el mantenimiento de una agricultura desarrollada, la progresiva conquista técnica de la producción metalúrgica, la expansión y perfeccionamiento de artesanías como la textil y alfarera, el desarrollo de nuevos medios de transporte y, en definitiva, el decidido empuje demográfico que animó a la formación de núcleos poblacionales al aire libre de cierta entidad, pueden suponer un decisivo caldo de cultivo para la generalización de relaciones de intercambio entre las distintas comunidades. De las

implicaciones sociopolíticas que de estas prácticas pudieran extraerse ya se ha especulado ampliamente sobre la base de que el acercamiento de los pueblos mediante relaciones pacíficas produce igualmente un estrechamiento de los vínculos sociales. Sin embargo, serán las derivaciones geoeconómicas emanadas de esta inercia simbiótica las que tendrán en nuestro caso mayor interés, por cuanto que demuestran más fehacientemente las cualidades de interrelación pacífica presentes entre estas comunidades y justifican el carácter de llave de paso que, desde el principio de nuestro estudio, hemos atribuido a la Tierra de Loja.

En esta dinámica resulta obvio que el fin último sobre el que se sustenta la actividad comercial va a ser el remedio de la carencia o dificultad de acceso a determinadas materias. De la supuesta complejidad que los circuitos comerciales debieron haber tenido entonces sólo poseemos una referencia parcial toda vez que, aunque existió sin duda un ámbito más restringido en el que se intercambiarían productos perecederos entre zonas próximas, son más los restos recuperados de otro tipo de "mercancías" originarias de puntos geográficos más lejanos y demandantes de otro tipo de redes de intercambio.

Por lo que respecta a los asentamientos de la Edad del Cobre en la Tierra de Loja, conociendo ya la configuración natural de la región, es lógico pensar que debieron autoabastecerse fácilmente de las materias primas necesarias para la demanda habitual. De estos productos naturales ya se ha hecho referencia en otros apartados, habiéndose podido precisar, incluso, qué puntos concretos del territorio podrían haber surtido del cobre, el sílex y otras rocas necesarias para la elaboración del utillaje básico. Otros materiales como el hueso y la madera, están aún más presentes en un medio natural tan dotado de flora y fauna como el que se estudia. Sin embargo, capítulo aparte lo constituye un interesante conjunto de objetos a los que se les ha venido atribuyendo el apelativo de "exóticos" por su rareza o inexistencia en la zona. El marfil, concretamente, se ha hecho acreedor de cierta especulación acerca de su origen, dirimiéndose de ello una supuesta participación de la Tierra de Loja en esta modalidad de intercambios a larga distancia, como muestra su presencia en los ajuares funerarios del enterramiento colectivo de la Covacha de la Presa en forma de botones, cuentas de collar y pulseras. Materia prima no local, sabido es que su obtención requiere la presencia de una fauna capaz de proporcionarlo en cantidad y calidad suficientes a partir de los colmillos o incisivos de algunos mamíferos como el elefante, morsa, hipopótamo, etc. Sin embargo, también es conocida la desaparición de estas especies en una época muy anterior al surgimiento de estas sociedades. La calidad textural, el frescor y brillo

de las piezas recuperadas, excluyen asimismo a los elementos de marfil fosilizado entre los sedimentos fluviales del Genil como posibles fuentes de aprovisionamiento de esta artesanía eboraria local. En consecuencia sólo queda la posibilidad de una importación desde regiones idóneas como el Noroeste de Africa, área más cercana a la Península de donde se tiene datos de la existencia del elefante hasta época histórica. Una vez recibida la materia prima por los artesanos locales, la elaboración de artículos exóticos debió responder a la demanda de ciertos grupos sociales de elevado rango, proclives a la ostentación de determinados signos distintivos.

En función de todo lo expuesto, en este contexto ocupacional que supone el poblamiento de las Tierras Altas andaluzas durante la Prehistoria Reciente, y de forma particular en nuestro ámbito espacial de la Tierra de Loja, hemos podido determinar una dinámica general de asentamiento que configura un modelo en el que son valoradas, entre otras, ciertas condiciones geoestratégicas como la presencia de cursos permanentes de agua o la existencia de pasos naturales que comunicarán entidades regionales diferentes. Partiendo de esta realidad, nuestro marco interpretativo ha buscado dar respuesta a los incentivos geoeconómicos que supuestamente justificaron la elección de los emplazamientos, en base al desarrollo de un modelo económico en el que participaron toda una serie de actividades agropecuarias, recolectoras y cinegéticas, encaminadas a conseguir un aprovechamiento más o menos intenso del entorno geográfico, además de las posibilidades de complementariedad económica con otras regiones que la configuración topográfica podía aportar en determinadas áreas.

En esta misma línea, hemos insistido reiteradamente en el factor de transmisión cultural ejercido por las comunidades que han ido sucediéndose en la ocupación de estas zonas a lo largo del tiempo, en un proceso gradual y constante de consolidación de ciertas modalidades económicas ya vigentes en el bagaje subsistencial de los primeros pobladores del territorio. Creemos que es importante abundar en este último aspecto, y en base a ello ha sido estructurada buena parte de nuestra línea interpretativa en el estudio de estas comunidades en tránsito hacia el Tercer Milenio, fundamentalmente ante la constatación arqueológica de la pervivencia de estos hábitats durante las primeras fases de la Edad del Cobre en la zona. Abundando en lo que ya se refirió en otro capítulo a propósito de la pervivencia a lo largo de un amplio espectro cronológico de los modelos subsistenciales fundamentados en la explotación faunística del entorno,

consideramos que la configuración de un modelo subsistencial no puede estar sujeta a improvisaciones y, a menudo, persisten los mismos esquemas económicos porque perviven también las mismas soluciones para satisfacer las necesidades subsistenciales.

Trasladando esta última idea al plano de los asentamientos, no encontramos en nuestro estudio sobre el espacio arqueológico de la Tierra de Loja ninguna evidencia que nos haga suponer que hubo drásticas modificaciones en los criterios de ubicación del hábitat respecto a las etapas precedentes, sino más bien una readaptación de las poblaciones al entorno geográfico, posiblemente estimulada por la propia dinámica demográfica de esas comunidades y, tal vez, la aparición en escena de otros incentivos económicos basados en una nueva dialéctica de intercambios intercomunales.

Puede que en esta configuración jueguen una baza importante otros planteamientos de corte ideológico con los que deban relacionarse las manifestaciones rituales, o incluso las evidencias externas de las mismas a través de las modalidades de enterramientos rupestres y megalíticos presentes en el territorio. De una u otra forma, con los datos actualmente disponibles no podríamos dar respuesta a esta cuestión, aunque nos inclinamos hacia una realidad marcada por la generación de nuevos planteamientos socioeconómicos que obligarían a una redistribución de las competencias comunales y en los que no tendrían cabida los antiguos presupuestos subsistenciales.

En la **Tierra de Loja** esta realidad aparece ya fuertemente matizada en la Edad del Cobre, pudiendo establecerse una tipología de asentamientos que responden básicamente a esas exigencias geoestratégicas con relativa vigencia en el periodo anterior y cuyo protagonismo ahora representaría la aludida potenciación de los mecanismos de presión humana sobre el territorio. Quedaría por dilucidar aún como sería el esquema ocupacional resultante tras esa dinámica de redistribución a que antes aludíamos y que supondrá el progresivo ascenso a la órbita socioeconómica de otras exigencias marcadas por la especialización productiva y los consiguientes modelos sociales estratificados.

Consideramos, en función de este planteamiento, que en el territorio objeto de nuestro estudio existen dos áreas bien diferenciadas geográficamente que podrían marcar esa reubicación del hábitat, siempre desde la óptica de la transposición gradual de los indicativos socioeconómicos que han sido descritos. Así, el núcleo septentrional de la región representaría el modelo de transición neolítica, incluso con asentamientos que coinciden en el espacio con las antiguas

fundaciones neolíticas, que marcan a través de su cultura material los pasos de esta secuencia cronocultural. El modelo responderá, por tanto, al patrón de asentamiento tradicional en amesetamientos rocosos próximos a fértiles valles fluviales y dotado de un entorno natural que brindaría un amplio repertorio de recursos.

En un momento posterior, que identificamos con asentamientos del Cobre Pleno y Final, el eje ocupacional experimentará un traslado hacia las zonas bajas del sector meridional que tendrá al Valle del Genil y a su vega como elementos vertebradores. Sería el momento de núcleos de cierta entidad como El Manzanil, representante ya de un nuevo esquema económico basado en la explotación intensiva del territorio, como es presumible en función de la alta concentración material en los aterrazamientos fluviales que conformaron su área de ocupación, y de otros recursos que abogan igualmente por la intensificación de los resortes económicos, esta vez caracterizados por las actividades de intercambio a larga distancia. La expresión de estas actividades vendrá ahora de la mano de una nueva realidad social, que tendrá en sus indicadores de rango/prestigio los exponentes de un epílogo en las tradicionales relaciones del hombre con el medio que le sustenta, y que ahora apostará por nuevas concepciones que tendrán como fundamento la creciente capitalización de los excedentes, el dominio político sobre el territorio y, sobre todo, la emergencia de gestores de esa riqueza en forma de grupos de poder que garantizarán un nuevo status en el seno de una sociedad diversificada.

Finalmente, como conclusión al estudio pormenorizado de los yacimientos calcolíticos conocidos en la Tierra de Loja, convenimos en que se abre ante nosotros un conjunto complejo, tanto por su diversidad de caracteres estructurales: modalidades de asentamiento empleadas, conjuntos materiales, interpretaciones secuenciales etc., como por las circunstancias en que se ha desarrollado su conocimiento y posterior investigación. Podemos decir en este sentido, que nuestro trabajo se ha debido orientar en una doble vertiente. Por una parte, la revisión de los yacimientos conocidos desde antiguo, y que han venido sufriendo a lo largo de las últimas décadas un tratamiento desaprensivo por numerosos aficionados locales y foráneo, y por otra, la investigación directa del territorio mediante estudios zonales del área de influencia de los yacimientos, que nos han permitido ampliar ostensiblemente nuestros conocimientos sobre el poblamiento prehistórico en la región, a la vez de poder confirmar algunos de los supuestos cronoculturales con los que veníamos trabajando en los últimos años. Es evidente que la recogida aleatoria de materiales arqueológicos, ya sea mediante la selección anárquica de artefactos en

superficie o la excavación clandestina, supone un deterioro irreversible de estos yacimientos y el consiguiente incremento de los problemas para su estudio. La descontextualización de los materiales provocada por estas prácticas ha sido, desde el principio, uno de los principales problemas con los que hemos tenido que enfrentarnos en nuestro trabajo. La recogida de datos en estas circunstancias precisa de una tarea de recopilación lenta y sistemática, orientada primeramente a la localización de esas piezas, entrevista con los propietarios de las mismas, documentación gráfica y, finalmente, un estudio tipológico con su correspondiente adscripción a secuencias culturales relacionables con la zona.

Es por ello, que desde hace algunos años nos propusimos llevar a cabo el trabajo de investigación, que inmediatamente comenzó a dar sus frutos por la abundante documentación obtenida, además de buscar la colaboración de los lugareños en cuanto información nos pudiera ser de utilidad, no sin grandes esfuerzos por nuestra parte para disipar sus recelos iniciales y conseguir que aportasen sus conocimientos sobre la zona. Tras esta labor de "visu", la segunda parte del programa ha consistido en una prospección directa sobre el terreno, comenzando como puntos referenciales por los yacimientos conocidos y, desde ahí, proceder a la cuadrícula y rastreo de los diversos sectores circundantes. El proceso no resulta fácil en un territorio tan abrupto como el que ofrece la orografía lojeña en gran parte de su término, no obstante, los resultados han sido positivos en cuanto que se ha podido completar nuestro conocimiento sobre los asentamientos y sus áreas de influencia, así como por el descubrimiento de nuevos enclaves que indudablemente contribuyen a dar una visión más exacta del poblamiento calcolítico regional.

Pero, afortunadamente, también ha podido optarse por un planteamiento arqueológico con excavaciones sistemáticas de algunos yacimientos que han pasado inadvertidos para los expoliadores y cuya existencia nos fue dada a conocer oportunamente por sus descubridores. También en estos casos se iniciaron en su día trabajos clandestinos, aunque el valor de la agresión ha resultado en su conjunto menos importante. En la cueva de "El Coquino", por ejemplo, sólo se vio afectada parcialmente la capa superficial, y las piezas extraídas pudieron luego recuperarse para su análisis. En otros casos, como el de la "Covacha de La Presa", la remoción fue intensa, si bien un buen criterio interpretativo del enterramiento colectivo allí ubicado y el estudio de buena parte de los materiales, permitieron la recogida de información suficiente como para completar su documentación.

De una forma u otra, creímos contar con unas posibilidades de estudio sobre el

poblamiento calcolítico de la zona que nos impulsaron a realizar este trabajo y, a la vez, dejar el camino trazado para la investigación futura. Nos reiteramos en la afirmación de que no sólo se desconoce la distribución total de esta cultura por la comarca, sino que aún pueden aguardar descubrimientos trascendentales que modifiquen o completen nuestras concepciones actuales. Esta posibilidad apunta precisamente hacia zonas todavía no sometidas a un estudio exhaustivo. Confiamos en poder completar esta tarea pero, mientras tanto, presentamos ahora el panorama que ofrece actualmente la Edad del Cobre en la Tierra de Loja, junto con la problemática que le es inherente y las argumentaciones que nos permitimos avanzar a la vista de los datos disponibles.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA,P.
1986 El Neolítico en Andalucía Occidental. Estado actual, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp.136-151, Sevilla.
- ACOSTA,P. y PELLICER,M.
1990 *La Cueva de la Dehesilla (Jerez de la Frontera). Las primeras civilizaciones productoras en Andalucía Occidental*, CSIC-Confederación Esp.CC.EE.Locales-Centro EE.HH. Jerezanos, Jerez.
- AFONSO,J.A.
1993 *Aspectos técnicos de la Producción Lítica de la Prehistoria Reciente de la Alta Andalucía y el Sureste*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada.
- AGUAYO,P.
1977 *La estratigrafía del poblado del Cerro de los Castellones (Laborcillas, Granada)*, Memoria de Licenciatura (inédita), Universidad de Granada.
- ALFARO,C.
1980 Estudio de los materiales de cestería procedentes de la Cueva de los Murciélagos de Albuñol (Granada), *Trabajos de Prehistoria*, 37, pp.107-162, Madrid.
- ALMAGRO BASCH,M.
1959 *Excavaciones en el sepulcro de corredor megalítico de Lácara, Mérida (Badajoz)*, Badajoz.
- ALMAGRO GORBEA,M^a.J.
1973 El poblado y la necrópolis de El Barranquete (Almería), *Acta Arqueológica Hispánica*, 6, Madrid.
- ALMAGRO,M. y ARRIBAS,A.
1963 *El poblado y la necrópolis megalítica de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)*, Bibliotheca Praehistórica Hispana, 3, Madrid.
- APARICIO,J., GURREA,V. y CLIMENTS,S.
1983 *Carta arqueológica de La Safor*, Inst. Est. Com. "Duque Real Alonso el Viejo", Arqueología, 1, Excmo. Ayuntamiento de Gandía.
- APELLÁNIZ,J.M., LLANOS,A. y FARIÑA,J.
1967 Cuevas sepulcrales de Lechon, Arralday, Calaveras y Gobadaerra (Alava), *Estudios de*

ARANEGUI,C.

- 1980 Contribución al estudio de las urnas de tipo Cruz del Negro, *Saguntum (PLAV)*, 15, pp.99-118, Valencia.

ARRIBAS,A.

- 1976 Las bases actuales para el estudio del Eneolítico y la Edad del Bronce en el Sudeste de la Península Ibérica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1, pp.139-156.

- 1979 *El poblado de Los Castillejos en Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña de excavaciones de 1971. El corte núm. 1*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, Serie Monográfica, 3.

ARRIBAS,A. y SÁNCHEZ DEL CORRAL,J.M.

- 1970 La necrópolis megalítica del Pantano de los Bermejales (Arenas del Rey, Granada), *XI Congreso Nacional de Arqueología*, pp.284-291, Zaragoza.

ARRIBAS,A., PAREJA,E., MOLINA,F., ARTEAGA,O. y MOLINA,F.

- 1974 *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina". Monachil (Granada). El corte estratigráfico nº 3*, Excavaciones Arqueológicas en España, 81, Madrid.

ARRIBAS,A., MOLINA,F., TORRE,F. de la, NÁJERA,T. y SÁEZ,L.

- 1978 El poblado de la Edad del Cobre de El Malagón (Cúllar-Baza, Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, pp.67-116.

ARRIBAS,A., MOLINA,F., SÁEZ,L., TORRE,F. de la, AGUAYO,P. y NÁJERA,T.

- 1981 Excavaciones en Los Millares (Santa Fé de Mondújar, Almería). Campaña 1981, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, pp.91-122.

ARRIBAS,A., MOLINA,F., SÁEZ,L., TORRE,F. de la, AGUAYO,P., BRAVO,A. y SUÁREZ,A.

- 1983 Excavaciones en Los Millares (Santa Fé de Mondujar, Almería). Campañas de 1982-1983, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 8, pp.123-148.

ARROYO-BISHOP,D.

- 1991 El sistema ArchéoDATA: hacia la creación de un Sistema de Información Arqueológico (SIA), en FERNÁNDEZ MARTÍNEZ,V.M. y FERNÁNDEZ LÓPEZ,G. (Eds.): *Aplicaciones informáticas en Arqueología*, Complutum, I, pp. 167-174, Madrid.

ARTEAGA,O.

- 1974 Un yacimiento eneolítico en la Peña de Hierro (Málaga), *Pyrenae*, X, pp.29-42, Barcelona.

ARTEAGA,O. y SCHUBART,H.

1980 Fuente Álamo. Excavaciones de 1977, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 9, pp.245-293.

ASQUERINO,M.D.

1975 Coveta Emparetá, *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 3, pp. 111-190, Madrid.

1992 Epipaleolítico y Neolítico en el Alto Guadalquivir, *I Jornadas Históricas del Alto Guadalquivir* (Quesada, 1991), pp.33-52, Excmo. Ayuntamiento de Quesada.

ASQUERINO,M.D. y LÓPEZ,P.

1981 La Cueva del Nacimiento (Pontones). Un yacimiento neolítico en la Sierra del Segura, *Trabajos de Prehistoria*, 38, pp.107-148, Madrid.

ATRIÁN,P.

1974 Un yacimiento de la Edad del Bronce en Frías de Albarracín, *Teruel*, 52, pp.7-32.

AUBET,M^a.E.

1976 La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla), *Ampurias*,
-78 38-40, pp.267-288, Barcelona.

BADAL,E.

1990 *Aportaciones de la Antracología al estudio del paisaje vegetal y su evolución en el Cuaternario reciente, en la costa mediterránea del País Valenciano y Andalucía (18.000-3.000 B.P.)*, Tesis Doctoral, Universidad de Valencia.

BALDELLOU,V.

1985 La Cueva de Chaves en Bastaras, *Bolskan*, 1, Huesca.

1989 El Neolítico Antiguo en Aragón, en BALDELLOU,V., MESTRES,J., MARTÍ,B. y JUAN CABANILLES,J.: *El Neolítico Antiguo. Los primeros agricultores y ganaderos en Aragón, Cataluña y Valencia*, pp.15-20, Diputación de Huesca.

BARAHONA,E.

1974 *Arcillas de ladrillería de la provincia de Granada: evaluación de algunos ensayos de materias primas*, Tesis Doctoral (inédita), Universidad de Granada.

BARANDIARÁN,I.

1974 Un taller de piedras de fusil en el Ebro Medio, *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 17, pp.189-228.

BARANDIARÁN,I. y CAVA,A.

1989 *La ocupación prehistórica del Abrigo de Costalena (Maella, Zaragoza)*, Serie Arqueológica Aragonesa, Monografías, 6, Zaragoza.

- 1990 Neolítico y Eneolítico en las provincias de Teruel y Zaragoza, *Bolskan*, 7, pp.113-139, Huesca.
- BELÉN, M^a. y PEREIRA, J.
1985 Cerámica a torno con decoración pintada en Andalucía, *Huelva Arqueológica*, VII, pp.307-360, Huelva.
- BELO, A., TRINIDADE, L. y VEIGA, O da
1961 Gruta da Cova da Moura (Torres Vedras), *Comunicações Serviços Geológicos de Portugal*, XLV, pp.391 ff., Lisboa.
- BERDICHEWSKY, B.
1964 *Los enterramientos en cuevas artificiales del Bronce I Hispánico*, Bibliotheca Praehistórica Hispana, VI, Madrid.
- BERNABEU, J.
1982 La evolución del Neolítico en el País Valenciano. Aportaciones al conocimiento de las culturas neolíticas en el extremo occidental del Mediterráneo, *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 37, pp.85-137.
- BINTLIFF, J.L.
1982 Climatic change, archaeology and Quaternary science in the eastern Mediterranean region, en HARDING, A. (Ed.): *Climatic change in later Prehistory*, pp.143-161, Edinburg.
- BLANCE, B.
1961 Early Bronze Age Colonists in Iberia, *Antiquity*, 35, pp.192-202, Cambridge.
1971 *Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel*, S.A.M., 4, pp.121-154, Berlin.
- BLÁZQUEZ, J.M.
1975 *Cástulo I*, Acta Arqueológica Hispana, VIII, Madrid.
- BLYTT, A.
1876 *Essay on the migration of the Norwegian flora during the alternating rain and dry periods*, Christiania.
- BOESSNECK, J.
1969 Restos óseos de animales del Cerro de la Virgen, en Orce, y del Cerro del Real, en Galera (Granada), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, X-XI-XII, (1966-68), pp.172-189, Madrid.
- BONSOR, G.
1899 Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Betis, *Revue Archeologique*, XXXV, pp.1-143, Paris.
- BOSCH GIMPERA, P.
1932 La Edad del Bronce en la Península Ibérica, *Investigación y Progreso*, VI, II, pp.145-148,

Madrid.

- 1944 *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, Imprenta Universitaria, México.
- 1965 La significación del Neolítico circunmediterráneo, *Pyrenae*, I, pp.21-30, Barcelona.
- 1966 Cultura megalítica portuguesa y culturas españolas, *Revista de Guimaraes*, LXXVI, pp.21-30.
- 1969 La Cultura de Almería, *Pyrenae*, 5, pp.37-45, Barcelona.
- 1971 Tipos y cronología del vaso campaniforme, *Archivo Español de Arqueología*, XLIV, 123-124, pp.3-37, Madrid.
- 1975 *Prehistoria de Europa*, Istmo, Madrid.

BOSCH LLORET, A.

- 1994 El Neolítico Antiguo en el NE de Cataluña. Contribución a la problemática de la evolución de las primeras comunidades neolíticas en el Mediterráneo Occidental, *Trabajos de Prehistoria*, 51, 1, pp.55-75, Madrid.

BOSQUE, J.

- 1971 *Granada, la Tierra y sus hombres*, Departamento de Geografía, Facultad de Letras, Granada.

BOTELLA, M., MARTÍNEZ, C., MENGÍBAR, J.L., GONZÁLEZ, M.J. y MUÑOZ, M.J.

- 1981 Nuevos hallazgos arqueológicos en Sima Rica (Alhama, Granada), *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 13, pp.9-17, Madrid.

BOUSQUET, N., GOURDIOLE, R., GUIRAUD, R. y CHARLES, R.P.

- 1968 Le grotte de Labeil près de Lauroux (Hérault), *Cahiers de Préhistoire et d'Archéologie*, nº 15, (1966), pp.79-212.

BRANIGAN, K.

- 1974 *Aegean Metalwork of the Early and Middle Bronze Age*, Clarendon, Oxford.

BROWMAN, D.L.

- 1976 Demographic correlations of the Wari conquest of Junin, *American Antiquity*, 41, pp.465-477, Washington.

BUBNER, T.

- 1981 Endneolithikums und Frühbronzezeit im unteren Guadalquivirbecken, *Zephyrus*, XXXII-XXXIII, pp.133-155, Salamanca.

BUTLER, J.J. y VAN DER WAALS, J.D.

- 1966 Bell Beaker and Early Metalworking in the Netherlands, *Paleohistoria*, XII, pp.41-139,

Groningen.

BUTZER, K. W.

1961 Climatic change in arid regions since the Pliocene, en DUDLEY, L. (Ed.): *A History of Land use in Arid Regions*, París.

1982 *Archaeology as human ecology: Method and theory for a contextual approach*, Cambridge.

CABRÉ, J.

1915- Espoli funerari, amb diadema d'or, d'una sepultura de la primera Edat del

1920 Bronze de Montilla (Córdoba), *Anuari*, VI, pp.539-546, Barcelona.

CABRERO, R.

1976 *La Cueva del Gato*, Caja de Ahorros de Ronda, 5.

CAPEL, J., CARRASCO, J. y NAVARRETE, M. S.

1981 Nuevas sepulturas prehistóricas en la cuenca del Río Cacán (Alhama de Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, pp. 123-165.

CARRASCO, J., GARCÍA SÁNCHEZ, M. y ANÍBAL, C.

1977 Enterramiento eneolítico colectivo en la Covacha de La Presa (Loja, Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2, pp.105-172.

CARRASCO, J., TORO, I., ALMOHALLA, M., ANÍBAL, C. y GÁMIZ, J.

1978 La ocupación musteriense en la Cuenca Media del Genil (Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, pp.7-43.

CARRASCO, J., PACHÓN, J. A. y UNGUETTI, C.

1979 Nuevas aportaciones para el conocimiento de la Cultura Argárica en el Alto Guadalquivir, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 4, pp.251-264.

CARRASCO, J., PACHÓN, J. A., MALPESA, M. y CARRASCO, E.

1980 *Aproximación al poblamiento eneolítico en el Alto Guadalquivir*, Publicaciones del Museo de Jaén, 8.

CARRASCO, J., PASTOR, M., PACHÓN, J. A., CARRASCO, E., MEDINA, J. y MALPESA, M.

1980 *Vestigios argáricos en el Alto Guadalquivir*, Publicaciones del Museo de Jaén, 6.

CARRASCO, J. PASTOR, M. y PACHÓN, J. A.

1982 Cerro de la Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979, *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 13, pp.7-164, Madrid.

CARRASCO, J. y GÁMIZ, J.

1983 Restos argáricos en el término municipal de Loja (Granada), *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, pp.167-178, Zaragoza.

CARRASCO,J. y MEDINA,J.

1983 Excavaciones en el complejo cavernícola "El Canjorro-Cueva 3", *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, pp.371-381, Zaragoza.

CARRASCO,J., NAVARRETE,M.S., CAPEL,J. y GÁMIZ,J.

1986 Las "Catorce Fanegas". Un yacimiento neolítico al aire libre en la Vega de Granada, *Boletín del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, I, II época, pp.9-36, Granada.

CARRASCO,J., NAVARRETE,M.S., PACHÓN,J.A., PASTOR,M., GÁMIZ,J., ANÍBAL,C. y TORO,I.

1986 *El poblamiento antiguo en la Tierra de Loja*, Excmo. Ayuntamiento de Loja, Excma. Diputación Provincial de Granada.

CARRASCO,J., NAVARRETE,M.S., PACHÓN,J.A., GÁMIZ, J. y GONZÁLEZ,C.A.

1993 Prospección con sondeos estratigráficos en Sierra Martilla (Loja), *Anuario Arqueológico de Andalucía 1991*, II, pp.204-211, Sevilla.

CARRIAZO,J.de M.

1947 La Edad del Bronce, en MENÉNDEZ PIDAL,R. (Ed.): *Historia de España*, Tomo 1, Vol. I, pp.755-852, Madrid.

CARRILERO,M.

1992 *El fenómeno campaniforme en el Sureste de la Península Ibérica*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada.

CARRILERO,M., MARTÍNEZ,G. y MARTÍNEZ,J.

1982 El yacimiento de Morales, Castro del Río (Córdoba). La "Cultura de los Silos de Andalucía Occidental", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 7, pp.171-207.

CARRIÓN,F. y CONTRERAS,F.

1979 Yacimientos neolíticos en la zona de Moclín, Granada, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 4, pp.21-56.

CARTAILHAC,E.

1886 *Les Ages Préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, París.

CERDÁN,C. y LEISNER,G. y V.

1974 Sepulcros megalíticos de Huelva, en AA.VV.: *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*, pp.41-104, Madrid.

CLARKE,D.

1970 *Beaker pottery of Great Britain and Ireland*, Cambridge University Press.

1972 Models and paradigms in contemporary Archaeology, en CLARKE,D.L. (Ed.): *Models in Archaeology*, pp.1-60, London.

1977 *Spatial Archaeology*, Academic Press, N.York.

CLOTTE, J. y CARRIÈRE, M.

1978 A propos des épingles méridionales en os, *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 75, pp.12-13, Paris.

COBREIA, V.

1929 El neolítico de Pavia (Alemtejo, Portugal), *C.I.P.P.*, Memória 27, Lisboa.

COLLANTES, F.

1969 El dolmen de Matarrubilla, *V Symposium de Prehistoria Peninsular* (Jerez de la Frontera, 1968), Publicaciones Eventuales de la Universidad de Barcelona, 13, pp.47-62.

CONTRERAS, F.

1984 Clasificación y tipología en Arqueología. El camino hacia la cuantificación, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 9, pp.327-385.

CONTRERAS, F., NOCETE, F. y SÁNCHEZ, M.

1987 Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la Depresión Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena. Sondeo estratigráfico en el Cerro de la Plaza de Armas de Sevilleja (Espeluy, Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985*, II, pp.141-149, Sevilla.

CONTRERAS, F., CAPEL, J., ESQUIVEL, J.A., MOLINA, F. y TORRE, F. de la

1987- Los ajueres cerámicos de la necrópolis argárica de la Cuesta del Negro

1988 (Purullena, Granada). Avance al estudio analítico y estadístico, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 12-13, pp.135-156.

CONTRERAS, F., MOLINA, F. y ESQUIVEL, J.A.

1991 Propuesta de una metodología para el estudio tipológico de complejos arqueológicos mediante análisis multivariante, *Complutum*, 1, pp.65-82, Madrid.

COURTIN, J.

1978 Quelques épingles en os provençales, *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 75, pp.69-71, Paris.

CRIADO, F.

1989 Megalitos, espacio, pensamiento, *Trabajos de Prehistoria*, 46, pp.75-98, Madrid.

CRIADO, F., AIRA, M^a. J. y DIAZ-FIERRO, F.

1986 *La construcción del paisaje: Megalitismo y Ecología en la Sierra de Barbanza (Galicia)*, Arqueología/Investigación, 1, Santiago de Compostela.

CUADRADO, J.

1947 Almizaraque. La más antigua explotación de la plata en España, *II Congreso Arqueológico del Sudeste Español*, pp.168-185, Albacete.

CHAPMAN, R.W.

- 1978 The evidence for prehistoric water control in South-East Spain, *Journal of Arid Environments*, 1, pp.261-274.
- 1981a The Megalithic Tombs of Iberia, en EVANS, J.D., CUNLIFFE, B. y RENFREW, C. (Eds.): *Antiquity and Man. Essays in honour of Glyn Daniel*, Thames and Hudson, pp.93-105, London.
- 1981b Los Millares y la cronología relativa de la Edad del Cobre en el Sudeste de España, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, pp. 75-89.
- 1982 Autonomy ranking and resources in Iberian prehistory, en RENFREW, C. y SHENNAN, S. (Eds.): *Ranking, resource and exchange. Aspects of the Archaeology of Early European Society*, Cambridge University Press, pp.46-51.
- 1991 *La formación de las sociedades complejas. El Sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*, Crítica, Barcelona.

CHILDE, G.

- 1925 *Dawn of European Civilisation*, Londres.
- 1930 *The Bronze Age*, Cambridge.

DANIEL, G.

- 1963 *The Dawn of European Civilisation*, London.

DANIEL, G. y POWELL, T.G.

- 1949 The distribution and date of the Passage-graves of the British Isles, *Proceedings of the Prehistoric Society*, Cambridge.

DAVIDSON, I. y BAILEY, G.N.

- 1984 Los yacimientos, sus territorios de explotación y la topografía, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, II, 2, pp.25-46, Madrid.

DECHELETTE, J.

- 1908 Essai sur la Chronologie Préhistorique de la Péninsule Ibérique, *Revue Archéologique*, Paris.

DELIBES, G.

- 1977 *El vaso campaniforme en la Meseta norte española*, *Studia Archaeologica*, 46, Valladolid.

DELIBES, G., FERNÁNDEZ MIRANDA, M., FERNÁNDEZ POSSE, M.D. y MARTÍN, C.

- 1986 El poblado de Almizaraque, *Homenaje a L. Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp.167-177, Sevilla.

- DELIBES,G., FERNÁNDEZ MIRANDA,M., FERNÁNDEZ POSSE,M.D., MARTÍN,C., MONTERO,I. y ROVIRA,S.
 1991 Almizaraque, Almería, Spain, en MOHEN,J.P.-ELVÈRE,Chr. (Coords.): *Découverte du metal, Millénaires*, 2, pp.303-316, París.
- DENNELL,R.
 1980 The use, abuse and potential of site catchmen analysis, *Anthropology UCLA*, 10, 1-2, pp.1-20.
- DICKINSON,O.
 1977 The origins of Mycenaean Civilization, *Studies in Mediterranean Archaeology*, XLIX, Goteborg.
- DRIESCH,A.V.D.
 1972 *Osteoarchäologische Untersuchungen auf der Iberischen Halbinsel*, Studien über frühe Tierknochefunde von der Iberischen Halbinsel, 3, pp.1-267, München.
 1973 Fauna, Klima und Landschaft in Süden der Iberischen Halbinsel während der metallzeit, *Domestikationsforschung und Geschichte der Haustiere*, pp.245-255, Budapest.
 1974 Informe preliminar acerca de los huesos de animales del Corte 3 del Cerro de la Encina (Monachil, Granada), en ARRIBAS,A. *et al.*: *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina", Monachil (Granada). El corte estratigráfico nº 3*, Excavaciones Arqueológicas en España, 81, pp.151-157, Madrid.
- DRIESCH,A.V.D. y BOESSNECK,J.
 1969 *Die Fauna des "Cabezo Redondo" bei Villena (Prov. Alicante)*, Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel, 1, pp.45-106, München.
- DRIESCH,A.V.D. y MORALES,A.
 1977 Los restos animales del yacimiento de Terrera Ventura (Tabernas, Almería), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 4, pp.15-34.
- ERN,H.
 1966 Die dreidimensional Anordnung der Gebirgsvegetation auf der Iberischen Halbinsel. Eine geographisch-okologische Feldstudie, *Bonner Geographische Abhandlungen*, 37.
- ESPINAR,M. y GÁMIZ,J.
 1982 Materiales hispanomusulmanes para el estudio de Loja y su comarca, *Estudios de Historia y Arqueología medievales*, II, Dpto. de Historia Medieval de la Universidad de Cádiz, pp.109-118.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ,V.
 1985 Las técnicas de muestreo en prospección arqueológica, *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, 9(3), p.47.

1989 *Teoría y método de la Arqueología*, Ed. Síntesis, Madrid.

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. y RUIZ ZAPATERO, G.

1984 El análisis de territorios arqueológicos: una introducción crítica, *Arqueología espacial*, 4, pp.55-71, Teruel.

FERRER, J.E.

1981a *Los sepulcros megalíticos de la provincia de Granada*, Tesis Doctorales de la Universidad de Granada, 316, Granada.

1981b La Pileta de la Zorra. Aportación a las cámaras megalíticas de Granada, *Baetica*, 4, pp.67-78.

1982 Consideraciones generales sobre el Megalitismo en Andalucía, *Baetica*, 5, pp.121-132, Málaga.

1984 *El Megalitismo en Andalucía Oriental: problemática*, Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo celebrada en conmemoración del XV aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Madrid.

1987 El Megalitismo en Andalucía Central, en AA.VV.: *El Megalitismo en la Península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, pp.9-30, Madrid.

1994 La Edad del Cobre en Andalucía Occidental, en AA.VV.: *II Congreso de Historia de Andalucía (Córdoba, 1991)*, Prehistoria, pp.59-64, Córdoba.

FERRER, J.E., MARQUÉS, I. y BALDOMERO, A.

1988 La necrópolis megalítica de Fonelas (Granada), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30, pp.21-82, Madrid.

FLETCHER, D., PLÁ, E. y LLOBREGAT, E.

1964 *La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 42, Madrid.

FLORSCHULTZ, F., MENÉNDEZ, J. y WIJMSTRA, T.A.

1971 Palynology of a thick Quaternary succession in southern Spain, *Paleogeography, Paleoclimatology, Paleoecology*, 10, pp.233-264, Amsterdam.

FONT I QUER, P.

1954 La vegetación, en TERÁN, M. de: *Geografía de España y Portugal*, 2, pp. 143-271.

FORDE, C.D.

1929 The Megalithic culture sequence in Iberia, *Ann. of Arch. and Anthrop.*, XVI.

1930 Early Cultures of Atlantic Europe, *Ann. Anth.*, XXXII.

FORTEA, J.

1973 *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico Mediterráneo Español*, Universidad de Salamanca.

1986 El Paleolítico Superior y Epipaleolítico en Andalucía. Estado de la cuestión, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, pp.67-78, Sevilla.

FREITAG, H.

1971 Die naturliche Vegetation des Südöstspanischen Trockengebietes, *Botanisches Jahrbuch*, 91, pp.147-308.

FRESNEDA, E.

1980 *El poblado prehistórico de El Manzanil (Loja, Granada)*, Memoria de Licenciatura (inédita), Universidad de Granada.

FURGÚS, J.

1937 La necrópolis de Algorfa, *Trabajos Varios del S.I.P.*, 5, pp.11-23, Valencia.

GARCÍA CARO, M. V. y SALINAS, M. J.

1986 El paisaje vegetal de la Sierra de Loja, *Cuadernos del S.I.P.P.*, Excmo. Ayuntamiento de Loja, Granada, pp.49-66.

GARCÍA GAZÓLAZ, J.

1995 Apuntes para la comprensión de la dinámica de ocupación del actual territorio navarro entre el VI y el III milenio, *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3, pp.85-146, Pamplona.

GARCÍA MANRIQUE, E.

1980 El medio geográfico, en *Historia de Andalucía*, Edit. Planeta, Tomo I, pp.17-78, Barcelona.

GAVILÁN, B.

1991 Análisis macroespacial de ocho yacimientos neolíticos en cueva de la Subbética cordobesa: una contribución al estudio de la explotación de recursos durante la Prehistoria, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18, pp.35-53.

GERMOND, G.

1980 *Inventaire des Mégalithes de la France. 6. Deux-Sèvres*, I Supl. a Gallia Préhistoire, París.

GIL, O.

1950 La estación de Vélez Blanco (Almería). Consideraciones acerca del Neoneolítico y la Edad del Bronce Hispánicos, *I Congreso Nacional de Arqueología*, pp.127-140, Cartagena.

GILMAN, A.

- 1976 Bronze Age dynamics in Southeast Spain, *Dialectical Anthropology*, 1, pp. 307-319.
- 1981 The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe, *Current Anthropology*, 22, pp. 1-23, Chicago.
- 1987 Regadio y conflicto en sociedades acéfalas, *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LIII, pp. 59-72, Valladolid.
- 1991 Desenvolupament agrícola i evolució social al Sud-Est espanyol, *Cota Zero*, 7, pp. 136-143, Vic.

GILMAN, A. y THORNES, J.B.

- 1985 *El uso del suelo en la Prehistoria del SE de España*, Fundación Juan March, Serie Universitaria, 227, Madrid.

GIMBUTAS, M.

- 1965 *Bronze Age Cultures in Central and Eastern Europe*, Mouton, The Hague.

GIMÉNEZ REINA, S.

- 1946 *Memoria arqueológica de la provincia de Málaga hasta 1946*, Informes y Memorias, Comisaría General de Excavaciones, 12, Madrid.
- 1952 Antequera (Málaga), Alcaide, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, I, pp. 48-57, Madrid.

GIRELA, F. y ROLDÁN, M.

- 1992 Análisis calorimétrico de barrido (DSC) sobre una pieza ósea trabajada de la Cueva del Coquino, Loja, Granada, en NAVARRETE, M.S. et al.: *La Cueva del Coquino (Loja, Granada)*, Monografías del S.I.P.P., Excmo. Ayuntamiento de Loja, pp. 175-178.

GOKSU, H., FREMLIN, J.H., IRWIN, H.T. y FRYXELL, R.

- 1974 Age determination of Burned Flint by a Thermoluminescent Method, *Science*, 183, pp. 651-654.

GÓNGORA, M. de

- 1868 *Antigüedades prehistóricas de Andalucía. Monumentos, inscripciones, armas, utensilios y otros importantes objetos pertenecientes a los tiempos más remotos de su población*, Imprenta a cargo de C. Moro, Madrid.

GONZÁLEZ, M.J. y MENGÍBAR, J.L.

- 1982 La Cueva de las Campanas (Gualchos, Granada), *Spes*, 2, pp. 100-106, Granada.

GUILAINE, J.

- 1967 *La civilisation du Vase Campaniforme dans les Pyrénées Françaises*, Ed. Gabelle, Carcassonne.

HARRISON, M.

1977 The Bell Beaker cultures of Spain and Portugal, *American School of Prehistoric Research, Bulletin* 35, Peabody Museum-Harvard University, Cambridge-Massachusetts.

HÁJEK, L.

1966 *Die Glockenbecherkultur in Böhmen*, Archaeologisches Institut der CSAV, Praha.

HEBRAS, Ch.

1965 Le dolmen E 136 du groupe de Monpalais, commune de Taizé (Deux-Sèvres), *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, LXII, Fasc. 1, pp. 139-158, Paris.

HELENO, M.

1933 *Grutas artificiais do Tojal de Vila Cha (Carenque)*, Congresso Luso-Espanhol de 1932, Offprint, Lisboa.

1943 Gruta artificial de Ermegeira, *Ethnos*, II, pp.449 ff., Lisboa.

HERNANDO, A.

1987a ¿Evolución cultural diferencial del Calcolítico entre las zonas áridas y húmedas del Sureste español?, *Trabajos de Prehistoria*, 44, pp.167-196, Madrid.

1987b *Evolución interna y factores ambientales en la interpretación del Calcolítico del Sureste de la Península Ibérica. Una reunión crítica*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid.

1987c Interpretaciones culturales del Calcolítico del Sureste español. Estudio de sus bases teóricas, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 12-13, pp.35-80.

HERNANDO, A. y VICENT, J.M.

1987 Una aproximación cuantitativa al problema de la intensificación económica en el Calcolítico del Sureste de la Península Ibérica, en FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (Dir.): *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*, Seminario organizado por la Fundación Ortega y Gasset, Oviedo, 1987, "Papeles de Trabajo. Arqueología", 1, pp.23-39, Madrid.

HIGGS, E.S. y VITA-FINCI, C.

1972 Prehistoric economies: a territorial approach, en HIGGS, E.S. (Ed.): *Papers in Economic Prehistory*, Cambridge University Press, pp.27-37.

HODDER, I.

1987 La Arqueología en la era post-moderna, *Trabajos de Prehistoria*, 44, pp. 11-26, Madrid.

JIMÉNEZ BROBEIL, S.

1983 *Estudio antropológico de la necrópolis de la Carada (Huéscar, Granada)*, Memoria de Licenciatura (inédita), Universidad de Granada.

JIMÉNEZ NAVARRO, E.

1962 Excavaciones en Cueva Ambrosio, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, V, pp.13-48, Madrid.

JORDÁ PARDO, J.F.

1986 *Prehistoria de la Cueva de Nerja. Estudios sobre la Cueva de Nerja*, Patronato de la Cueva de Nerja, Málaga.

JOUSSAUME, R.

1976a Dolmen de Pierre-Levée à Nieul-sur-l'Autize (Vendée), *Bulletin de la Societé Préhistorique Française*, 73, Etudes et Travaux, pp.398-419, Paris.

1976b Les civilisations néolithiques dans le Centre-Ouest, en GUILAINE, J. (Dir.): *La Préhistoire Française*, II, pp.351-364, Paris.

1976c Le dolmen Angevin de Pierre-Folle à Thiré (Vendée). I. Etude architecturale et archéologique, *Gallia Préhistoire*, 19, pp.1-38, Paris.

1981 *Le Néolithique de l'Aunis et du Poitou Occidental dans son cadre atlantique*, Travaux du Laboratoire d'Anthropologie-Préhistoire- Protohistoire et Quaternaire Armoricains, I, Université de Rennes.

KALB, Ph.

1969 El poblado del Cerro de la Virgen, Orce (Granada), *X Congreso Nacional de Arqueología*, pp.216-221, Zaragoza.

1975 Arquitectura de las colonias del Bronce I, *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, pp.383-386, Zaragoza.

LACORT, P.

1985 Cereales en Hispania Ulterior: silos de época ibero-romana en la campiña de Córdoba, *Habis*, 16, pp.363-386, Sevilla.

LAMB, H.H.

1982 Reconstruction of the course of postglacial climate over the world, en HARDING, A.F. (Ed.): *Climatic change in later Prehistory*, pp.11-32, Edinburgh.

LEBEAU, R.

1983 *Grandes modelos de estructuras agrarias en el mundo*, Vicens-Vives, Barcelona.

LEISNER, G. y V.

1943 *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Süden*, Römisch-Germanische Forschungen, 17, Berlín.

1956 *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen*, Madrider Forschungen, 1, Berlín.

- 1959 *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen*, Madrider Forschungen, 1/1-3, Berlin.
- LEISNER, V., ZBYSZEWSKI, G. y VEIGA, O. da
 1961 *Les grottes artificielles de Casal do Pardo (Palmela) et la culture du Vase Campaniforme*, Serviços Geológicos de Portugal, Memória 8, Lisboa.
- LEISNER, V., PAÇO, A. do y RIBEIRO, L.
 1964 *Grutas Artificiais de São Pedro do Estoril*, Ed. da Fundação Calouste Gulbenkian, Lisboa.
- LEITE DE VASCONCELLOS, J.
 1915 *Historia do Museu Etnológico Português*, Lisboa.
- LIZCANO, R., GÓMEZ, E., CÁMARA, J. A., AGUAYO, M., ARAQUE, D., BELLIDO, I., CONTRERAS, L., HERNÁNDEZ, M., IZQUIERDO, M. y RUIZ, J.
 1993 Primera campaña de excavación de urgencia en el Pabellón Polideportivo de Martos (Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía 1991*, III, pp.278-291, Sevilla.
- LÓPEZ, P.
 1980 Estudio de semillas prehistóricas en algunos yacimientos españoles, *Trabajos de Prehistoria*, 37, pp.419-432, Madrid.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F. y BOUZA, F.
 1931 La civilización Neo-Eneolítica gallega, *Archivo Español de Arte y Arqueología*, VII, 19, pp.41-61, Madrid.
- LÓPEZ PALOMO, L. A.
 1977 Contribución al estudio del Neolítico y de la Edad del Bronce en Andalucía, I: La Cueva de Los Mármoles de Priego (Córdoba), *Corduba*, 5, II, 2, pp.69-108, Córdoba.
- LORIANA, MARQUÉS DE
 1942 Nuevos hallazgos del Vaso Campaniforme en la Provincia de Madrid, *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 46, XV, pp.161-167, Madrid.
- LUCAS, M. R.
 1968 *Otra cueva artificial en la necrópolis "Marroquies Altos", de Jaén (Cueva IV)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 62, Madrid.
- LULL, V.
 1984 Ecología argárica, *Anales de la Universidad de Murcia (Letras)*, XLIII, pp.21-48.
- LULL, V. y ESTÉVEZ, J.
 1986 Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, pp.441-452, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla.

LLOYD,S.

1963 Los primeros establecimientos de Anatolia, en PIGOTT,S.(Dir.): *El despertar de la civilización*, pp.161-194, Labor, Barcelona.

MALPICA,A.

1991 Fiscalidad y comercio de la sal en el Reino de Granada en la Edad Media, *Das Salz in der Rechts-und Handelsgeschichte*, pp.65-94, Schwan.

MALUQUER,J.

1960 Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la Meseta, *Zephyrus*, XI, pp.119-130, Salamanca.

MALLARACH,J.M., PÉREZ,R. y ROURE,J.M.

1985 Aportaciones al conocimiento del clima y la vegetación durante el Cuaternario reciente en el NE de la Península Ibérica, *Iª Reunión del Cuaternario Ibérico (GETC-GTPEQ)*, vol.2, pp.201-212, Lisboa.

MARQUES,A.J.

1906 Estações Pre-históricas dos arredores de Setúbal. Apontamentos para o seu estudo. Castro de Chibanes, *O Arqueólogo Portugues*, XI, pp.206-217, Lisboa.

MARQUÉS,I. y FERRER,J.E.

1979 Las campañas de excavaciones arqueológicas en la necrópolis de Alcaide, 1976, *Mainake*, I, pp.61-84, Málaga.

1983 Aportaciones al primer horizonte cronológico de la necrópolis de Alcaide (Antequera, Málaga), *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, pp.227-238, Zaragoza.

MARTÍ,B.

1983a Inicios de la agricultura en la Península Ibérica, *Investigación y Ciencia*, 78, pp.98-107, Barcelona.

1983b *El nacimiento de la agricultura en el País Valenciano. Del Neolítico a la Edad del Bronce*, Cultura Universitaria Popular, 1, Universidad de Valencia.

MARTÍ,B., PASCUAL,V.,GALLART,M.D., LÓPEZ,P., PÉREZ,M., ACUÑA,J.D. y ROBLES,F.

1980 *Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante)*, Vol.II, Serie de Trabajos Varios del S.I.P., 65, Valencia.

1988 Vaso neolítico procedente de la Cueva del Niño (Ayna, Albacete), *Homenaje a Samuel de los Santos*, pp.77-80, Albacete.

MARTÍ,B. y JUAN CABANILLES,J.

1987 *El Neolítico Valenciano. Els primers agricultors i ramaders*, S.I.P., Diputación de Valencia.

MARTÍ, B., JUAN CABANILLES, J. y BERNABEU, J.

1991 El Neolítico de l'Est i el Sud Peninsular, *Cota Zero*, 7, pp.58-67, Vic.

MARTÍN DE LA CRUZ, J. C.

1995 El cambio cultural del Neolítico al Calcolítico, en HURTADO, V. (Dir.):

El Calcolítico a debate. Reunión de Calcolítico de la Península Ibérica (Sevilla, 1990),
Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp.25-30, Sevilla.

MARTÍN SOCAS, D. y CAMALICH, M^a. D.

1986 Las excavaciones en el poblado de Campos (Cuevas de Almanzora, Almería) y su problemática, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp.178-191, Sevilla.

MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G.

1985 *Análisis tecnológico y tipológico de las industrias de piedra tallada del Neolítico, la Edad del Cobre y la Edad del Bronce de la Alta Andalucía y el Sudeste*, Tesis Doctoral microfichada, Granada.

1991 Late prehistory blade production en Andalusia, *VI International Flint Symposium (Madrid, Bilbao, Granada 1991)*, Abstracts, pp.300-304, Madrid.

MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G. y AGUAYO, P.

1984 El Duende (Ronda), yacimiento epipaleolítico al aire libre, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 9, pp.9-37.

MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G. y AFONSO, J. A.

1994 *Sobre el concepto de producción lítica*, 1^a Reunión de trabajo sobre el aprovisionamiento de recursos líticos en la Prehistoria, s.p., Valencia.

MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G., MORGADO, A. y RONCAL, M^a. E.

1994 Talleres líticos y piedras de fusil. Nueva interpretación, *Revista de Arqueología*, 159, pp.44-49, Madrid.

MARTÍNEZ SANTA OLALLA, J.

1946 *Esquema paleontológico de la Península Hispánica*, Seminario de Historia Primitiva del Hombre, Madrid.

MARTÍNEZ SANTA OLALLA, J., SÁEZ, B., POSAC, C., SOPRANIS, J. A. y VAL CATURLA, J. A. del.

1947 *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II de la Bastida de Totana (Murcia)*, Informes y Memorias, 16, Madrid.

MATHERS, C.

1984 "Linear regression", inflation and prestige competition: second millennium transformations in southeast Spain, en: WALDREN, W. H., CHAPMAN, R. W., LEWTHWAITE, J. and KENNARD, R. C. (Eds.): *Early settlement in the Western Mediterranean Islands and the peripheral areas*, The Deya Conference of Prehistory, BAR International Series 229,

- pp.1167-1196, Oxford.
- MEILLASSOUX, C.
1987 *Mujeres, graneros y capitales*, Ed. Siglo XXI, Méjico.
- MENDOZA, A., MOLINA, F., AGUAYO, P., CARRASCO, J. y NÁJERA, T.
1975 El poblado del "Cerro de los Castellones" (Laborcillas, Granada), *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, pp.315-322, Zaragoza.
- MENÉNDEZ, J. y FLORSCHULTZ, F.
1962 Un aspect de la végétation en Espagne méridionale durant la dernière glaciation et l'Holocène, *Geologie en Minjbow*, 41e Jaargang, pp.131-134.
1964 Results of the preliminary palinological investigation of samples from a 50 m boring in southern Spain, *Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural (Geol.)*, 62, pp.251-255, Madrid.
- MENGÍBAR, J.L., MUÑOZ, M.J. y GONZÁLEZ, M.J.
1980 Nuevos hábitats neolíticos en el sector oriental de Sierra Gorda (Granada), *Antropología y Paleoecología Humana*, 2, pp.55-65, Granada.
- MIRÓ, J.M. y BOSCH, J.
1990 El proceso de Neolitización en Cataluña. Propuesta de desarrollo de la teoría de la Aculturación, en ANFRUNS, J. y LLOBET, E. (Eds.): *El canvi cultural a la Prehistoria*, pp.295-330, Columna, Barcelona.
- MOLINA FAJARDO, F.
1979 La cueva eneolítica del Cerro del Castellón. Campotéjar, Granada, *XV Congreso Nacional de Arqueología*, pp.145-160, Zaragoza.
- MOLINA FAJARDO, F., HUERTAS, C. y OCAÑA, M^a. J.
1980 El Cerro del Cortijo del Molino del Tercio (Moraleda de Zafayona, Granada), *Noticario Arqueológico Hispánico*, 10, pp.219-306, Madrid.
- MOLINA FAJARDO, F. y HUERTAS, C.
1983 Tipología de las ánforas fenicio-púnicas, en MOLINA FAJARDO, F. (Dir.): *Almuñecar: Arqueología e Historia*, pp.131-158, Granada.
- MOLINA GONZÁLEZ, F.
1970 Yacimiento prehistórico de Alfacar, *XI Congreso Nacional de Arqueología*, pp.797-810, Zaragoza.
1977 *La Cultura del Bronce Final en el Sudeste de la Península Ibérica*, Tesis Doctorales de la Universidad de Granada, 178.

- 1983 La Prehistoria, en MOLINA,F. y ROLDÁN,J.M.: *Historia de Granada. I. De las primeras culturas al Islam*, Edit. D.Quijote, pp.256-262, Granada.
- 1988 El Calcolítico en la Península Ibérica: El Sudeste, en AA.VV.: *Congresso Internazionale L'étá del Rame in Europe (Viareggio,1987)*, Rassegna di Archeologia, 7, pp. 255-262, Piombino.
- MOLINA GONZÁLEZ,F., CARRASCO,J, y TORRE,F. de la
- 1975 Excavaciones en el yacimiento de la "Cuesta del Negro" (Purullena, Granada). I. La necrópolis, *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 387-392, Zaragoza.
- MOLINA GONZÁLEZ,F. y PAREJA,E.
- 1975 *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971*, Excavaciones Arqueológicas en España, 86, Madrid.
- MORALES,A.
- 1990 Arqueozoología teórica: usos y abusos reflejados en la interpretación de las asociaciones de fauna de yacimientos antrópicos, *Trabajos de Prehistoria*, 47, pp.251-290, Madrid.
- MORENO,Mª A.
- 1982 Los materiales arqueológicos del poblado de Los Castillejos y Cueva Alta (Montefrío) procedentes de las excavaciones de 1946 y 1947, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 7, pp.235-266.
- 1993 *El Malagón. Un asentamiento de la Edad del Cobre en el Altiplano de Cúllar-Chirivel*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada.
- MOTOS,F.
- 1918 *La Edad neolítica en Vélez Blanco*, Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Memoria 19, Madrid.
- MÜLLER-KARPE,H.
- 1974 *Handbuch der Vorgeschichte. III. Kupferzeit*, C.H.Beck, München.
- MUÑOZ,A.M.
- 1969 La civilización pretartésica andaluza durante la Edad del Bronce, *V Symposium de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera, 1968)*, Publicaciones Eventuales de la Universidad de Barcelona, 13, pp.33-46.
- 1982 Poblado eneolítico del tipo "Los Millares" en Murcia, *Programa de Ponencias del XVI Congreso Nacional de Arqueología*, pp.71-75, Murcia.
- 1986 El Neolítico y los comienzos del Cobre en el Sureste, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp.152-156, Sevilla.
- 1987 Problemas metodológicos del Neolítico en el Sudeste de España, en *Premières communautés paysannes en Méditerranée Occidentale* (Montpellier, 1983), pp.627-632.

París.

NAVARRETE, M.S.

- 1976 *La Cultura de las Cuevas con cerámica decorada en Andalucía Oriental*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, Serie Monográfica, 1.
- 1977 Avance al estudio del material de la Cueva del Agua de Prado Negro (Iznalloz, Granada). Algunas cerámicas impresas, *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, pp.367-373, Zaragoza.
- 1986 Las comunidades neolíticas en la Alta Andalucía, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp.109-118, Sevilla.

NAVARRETE, M.S. y CAPEL, J.

- 1977 La Cueva del Agua de Prado Negro (Iznalloz, Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2, pp.19-62.
- 1979 El material no cerámico de la Cueva del Agua de Prado Negro (Iznalloz, Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 4, pp.111-132.

NAVARRETE, M.S., CARRASCO, J., CAPEL, J., GÁMIZ, J. y ANÍBAL, C.

- 1983 La cueva "CV-3" de Cogollos Vega (Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 8, pp.9-70.

NAVARRETE, M.S., CARRASCO, J., GÁMIZ, J. y JIMÉNEZ, S.

- 1985 La Cueva de Los Molinos (Alhama, Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 10, pp.31-65.

NAVARRETE, M.S. y MOLINA, F.

- 1987 El proceso de neolitización y los comienzos de la sedentarización en la Alta Andalucía, en *Premières communautés paysannes en Méditerranée Occidentale* (Montpellier, 1983), pp.645-651, París.

NAVARRETE, M.S., CARRASCO, J. y GÁMIZ, J.

- 1992 *La Cueva del Coquino (Loja, Granada)*, Monografías del S.I.P.P., Excmo. Ayuntamiento de Loja, Granada.

NEUSTUPNY, E.

- 1976 The Bell Beaker Culture in East Central Europe, *IX Congrès UISPP, Colloque XXIV*, pp.112-131, Nice.

NOCETE, F.

- 1984 Elementos para un estudio del patrón de asentamiento en las campiñas occidentales del Alto Guadalquivir durante la Edad del Cobre, *Arqueología Espacial*, 3, pp.91-102, Teruel.
- 1986 Estómagos bípedos/Estómagos políticos, *Arqueología Espacial*, 12, pp. 119-140, Teruel.

1989 El análisis de las relaciones Centro/Periferia en el Estado de la primera mitad del II milenio a.n.e. en las Campiñas del Alto Guadalquivir, *Arqueología Espacial*, 13, pp.37-61, Teruel.

OCAÑA, M.C.

1974 *La Vega de Granada*, Instituto de Geografía Aplicada del Patronato "Alonso de Herrera", Caja de Ahorros de Granada.

OLARIA, C. y GUSI, F.

1978 *Cueva Fosca: nuevas fechas de C-14 para el Neolítico mediterráneo de la Península Ibérica, C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica*, Fundación Juan March, Serie Universitaria, 77, pp.61-63, Madrid.

1981 Avance preliminar del yacimiento neolítico antiguo de Cova Fosca (Castellón), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 8, pp.129-145.

PAÇO, A.do

1964 Castro de Vila Nova de São Pedro. XV: O Problema Campaniforme, *Anais*, XIV, pp.149-158.

PAÇO, A.do y SANGMEISTER, E.

1956 Vila Nova de Sao Pedro, eine befestigte Siedlung der Kupferzeit in Portugal, *Germania*, 34, pp.211-230.

PASTOR, M.

1986 Indigenismo y romanización. Contribución al estudio de la ciudad de Loja y su Tierra en época romana, en CARRASCO *et al.*: *El poblamiento antiguo en la Tierra de Loja*, Excmo. Ayuntamiento de Loja, Excmo. Diputación Provincial de Granada, pp.195-248.

PELLICER, M.

1964a Actividades de la Delegación de Zona de la Provincia de Granada durante los años 1957-62, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, Cuads.1-3, t.VI, Madrid, pp.304-350.

1964b *El Neolítico y el Bronce de la Cueva de la Carigüela de Piñar (Granada)*, Trabajos de Prehistoria, XV, Madrid.

1978 Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir según el Cerro Macareno (Sevilla), *Habis*, 9, pp. 365-401, Sevilla.

PELLICER, M. y ACOSTA, P.

1982 El Neolítico Antiguo en Andalucía Occidental, en *Le Néolithique Ancien Méditerranée* (Montpellier, 1981), Archéologie en Languedoc, pp.49-60.

PÉREZ PUJALTE, A. y PRIETO, P.

1980 *Mapa de suelos y vegetación de la provincia de Granada (Escala 1:200.000, C.S.I.C., Estación Experimental del Zaidín, Granada.*

PERICOT, L.

- 1927 Los vasos campaniformes de la Colección "La Iglesia", *Boletín de la Real Academia Gallega*, Año XXII, pp.283-291, La Coruña.

PHERSON, G. Mc.

- 1870 *La Cueva de la Mujer*, Cádiz.

PONS, A.

- 1980 The history of the Mediterranean shrublands, en *Ecosystems of the World*, 11 Mediterranean Type Shrublands, Elsevier Sci.Publ.Co., pp.130-138.

- 1984 La paleoécologie face aux variations spatiales du bioclimat méditerranéen, *Bull.Sva.Bot.Fr.*, 131 Actual Bot.(2/3/4), pp.77-83.

PONS, A. y REILLE, M.

- 1986 Nouvelles recherches pollenanalytiques à Padul (Granada): La fin du dernier glaciaire et l'Holocène, en LÓPEZ-VERA (Ed.): *Quaternary climate in Western Mediterranean*, pp.405-422, Madrid.

- 1988 The Holocene and upper Pleistocene pollen record from Padul (Granada, Spain). A new study, *Paleogeography, Paleoclimatology, Paleoecology*, 66, pp.243-263, Amsterdam.

POSAC, C.

- 1975 Los Algarbes (Tarifa). Una necrópolis de la Edad del Bronce, *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria*, IV, pp.87-119, Madrid.

PRIETO, P.

- 1982 *Granada, vegetación y fauna*, Granada.

QUEZEL, P.

- 1976 Les forêts du pourtour méditerranéen, en: *Forêt et maquis méditerranéens ecologie, conservation et aménagement*, Notes techniques du MAB, 2, Les Presses de l'Unesco, pp.9-34, Paris.

RAMÓN, J.

- 1981 *La producción anfórica púnico-ebusitana*, Ministerio de Cultura, Ibiza.

RAMOS, A.

- 1981 Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, pp. 203-256.

RENFREW, C.

- 1967 Colonialism and megalithism, *Antiquity*, 41, pp.276-288, Cambridge.

- 1973 *Before Civilization. The Radiocarbon Revolution and Prehistory Europe*, Jonathan Cape,

- London.
- 1976 Megaliths, territories and populations, en LAET, S.J. de: *Acculturation and Continuity in Atlantic Europe*, IV Atlantic Colloquium (Ghent, 1975), pp.198-220.
- RIBEIRO, A., LEISNER, V. y VEIGA, O da
 1961 Monumentos megalíticos de Trigache e de A-da-Beja, *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal*, XLV, Lisboa.
- RIPOLL, E.
 1960- Excavaciones en Cueva Ambrosio (Vélez Blanco, Almería). Campaña 1958-
 1961 1960, *Ampurias*, XXII-XXIII, pp.31-48, Barcelona.
- RIQUET, P., GUILAINE, J. y COFFYN, A.
 1963 Les Campaniformes Françaises, *Gallia Préhistoire*, VI, pp. 63-128, Paris.
- RISCH, R. y FERRES, L.
 1987 Paleoecología del Sudeste de la Península Ibérica durante la Edad del Cobre y la Edad del Bronce, en CHAPMAN, R. et al.: *Proyecto Gatas. Sociedad y Economía en el Sudeste de España c. 2500-800 a.n.e. I. La Prospección Arqueológica*, BAR International Series, 348, pp.53-93, Oxford.
- RIVAS, S.
 1988 *Memoria del mapa de series de vegetación de España, 1:400.000*, I.C.O.N.A., Madrid.
- RIVERO, E.
 1986 Ensayo tipológico de los enterramientos colectivos denominados cuevas artificiales en la mitad meridional de la Península Ibérica, *Habis*, 17, pp.371-402, Sevilla.
- RODRÍGUEZ, G.
 1979 La Cueva del Nacimiento (Pontones, Jaén), *Saguntum (PLAV)*, 14, pp.33-38, Valencia.
 1982 La Cueva del Nacimiento. Pontones, Santiago. Provincia de Jaén, en *Le Néolithique Ancien Méditerranéen* (Montpellier, 1981), *Archéologie en Languedoc*, pp.237-252, Montpellier.
- RODRÍGUEZ ARIZA, O.
 1992 *Las relaciones hombre-vegetación en el Sureste de la Península Ibérica durante las Edades del Cobre y el Bronce a partir del análisis antracológico de siete yacimientos arqueológicos*, Tesis Doctorales de la Universidad de Granada (serie microfichada).
- RONCAL, M^a.E.
 1995 *Tecnología de los conjuntos líticos de superficie: la aportación histórica*, Trabajo de investigación de tercer ciclo, inédito, Granada.
- RONCAL M^a.E., MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G. y MORGADO A.
 1996 Las piedras de chispa: una producción lítica olvidada en España, *Munibe*, 48, pp.105-123.

San Sebastián.

ROSAL, R. del y DERQUI, F.

1987 *Noticias históricas de la ciudad de Loja. Pasado y presente monumental, leyendas, tradiciones y costumbres*, I, Excmo. Ayuntamiento de Loja, Granada.

ROUDIL, J.L.

1977 Les épingles en os du Sud-Est de la France, *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 74, pp.237-242, París.

RUÍZ BUSTOS, A.

1976 *Estudio sistemático y ecológico sobre la Fauna del Cuaternario en las Depresiones Granadinas. El yacimiento de Cúllar de Baza-1*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada.

1992 Estudio taxonómico y ecológico de los restos óseos animales, en NAVARRETE, M.S. *et al.: La Cueva del Coquino (Loja, Granada)*, Excmo. Ayto. de Loja y Excmo. Diputación Provincial de Granada, pp.217-229.

RUÍZ BUSTOS, A. y GARCÍA SÁNCHEZ, M.

1977 Consideraciones ecológicas del Musteriense en las Depresiones Granadinas. La fauna de micromamíferos de la Cueva de la Carigüela (Piñar, Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2, pp.7-17.

RUÍZ BUSTOS, A., TORO, I., MARTÍN, E. y ALMOHALLA, M.

1982 Procesos evolutivos durante el Cuaternario Medio y Superior en las poblaciones de pequeños mamíferos del Sur de la Península Ibérica. Condiciones climáticas que implican e importancia bioestratigráfica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 7, pp.9-35.

RUÍZ MATA, D.

1975 Cerámicas del Bronce del poblado de Valencina de la Concepción (Sevilla): los platos, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 2, pp.123-150.

RUÍZ ZAPATERO, G.

1983 Notas metodológicas sobre prospección en arqueología, *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, 7 (3), pp.7-23.

1988 La prospección arqueológica en España: pasado, presente y futuro, *Arqueología Espacial*, 12 (Seminario sobre Arqueología Espacial, Lisboa/Tomar, 1988), pp.33-49, Teruel.

SÁEZ, L.

1985 *La Edad del Cobre en el Sudeste Peninsular. La Cultura de Los Millares*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada.

SÁEZ, L. y MARTÍNEZ, G.

1981 El yacimiento neolítico al aire libre de la Molaina (Pinos Puente, Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, pp. 17-34.

SALAS, R.

1833 *Prontuario de Artillería para el servicio de campaña, por orden alfabético de materias*, Madrid.

SALVATIERRA, V.

1982 *El hueso trabajado en Granada (Del Neolítico al Bronce Final)*, Departamento de Prehistoria, Universidad de Granada.

SÁNCHEZ DEL CORRAL, J. y ARRIBAS, A.

1969 Informe de la excavación del sepulcro de galería del Pantano de los Bermejales (Arenas del Rey, Granada), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, X-XI-XII, 1966-68, pp.65-70, Madrid.

SANGMEISTER, E.

1975 Spates Neolithikum und Kupferzeit der Iberischen Halbinsel, en NARR, K.J.(Ed.): *Handbuch der Urgeschichte II*, pp.545-554.

SANGMEISTER, E. y SCHUBART, H.

1958 Import-Keramik de Vila Nova de São Pedro, en PAÇO A.do: *Castro de Vila Nova de São Pedro. X Campañas de escavações de 1956. Aditamento campanhas de escavações de 1952, 1953 e 1956*, 12, 17 e 18, Anais, 8.

1981 *Zambujal. Die Grabungen 1964 bis 1973*, Madrider Beiträge, 5, 1, Mainz.

SANGMEISTER, E., SCHUBART, H. y TRINDADE, L.

1970 Escavações na Fortificação Eneolítica do Zambujal 1968, *O Arqueólogo Português*, IV, pp.65-114, Lisboa.

1971 Escavações na Fortificação da Idade do Cobre do Zambujal/Portugal 1970, *O Arqueólogo Português*, V, pp.51-96, Lisboa.

SAN MIGUEL, L.C.

1992 El planteamiento y el análisis del desarrollo de la prospección: dos capítulos olvidados en los trabajos de arqueología territorial, *Trabajos de Prehistoria*, 49, pp.35-49, Madrid.

SANTOS, A.

1911 *Materiais para o estudo da Idade do Cobre em Portugal*, Figueira da Foz.

SARRIÓN, I.

1980 Valdecuevas. Estación meso-neolítica en la Sierra de Cazorla, *Saguntum (PLAV)*, 15, pp.23-56, Valencia.

SAVORY, H.N.

- 1972 The cultural sequence at Vila Nova de São Pedro. A study of the section cutthrough the innermost rampart of the Chalcolithic Castro in 1959, *Madriider Mitteilungen*, 13, pp.23-37, Heidelberg.

SCHMIDT, H.

- 1915 *Estudios acerca de los principios de la Edad de los Metales en España*, Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, 8, pp.45-65, Madrid.

SCHUBART, H.

- 1969 Las fortificaciones eneolíticas de Zambujal y Pedra do Ouro en Portugal, *X Congreso Nacional de Arqueología*, pp.197-204, Zaragoza.

- 1971 O Horizonte de Ferradeira. Uma Cultura do Eneolítico tardio no Sul de Portugal, *Revista de Guimaraês*, LXXXI, pp.189-216.

SCHUBART, H., NIEMEYER, H.G. y PELLICER, M.

- 1969 *Toscanos. La factoria paleopúnica en la desembocadura del rio de Vélez (Excavaciones de 1964)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 66, Madrid.

SCHUBART, H. y ARTEAGA, O.

- 1978 Fuente Alamo. Vorbereicht über die Grabung 1977 in der Bronzezeitlichen Höhsiedlung, *Madriider Mitteilungen*, 19, pp.23-51.

SCHUBART, H. y SANGMEISTER, E.

- 1984 Zambujal: un asentamiento fortificado de la edad del Cobre en Portugal, *Revista de Arqueología*, 37, pp. 20-33, Madrid.

SCHÜLE, W.

- 1969a Tartessos y el hinterland. (Excavaciones de Orce y Galera), *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, (Jerez de la Frontera, 1968), Publicaciones Eventuales de la Universidad de Barcelona, 13, pp.15-32.

- 1969b Glockenbecher und Hauspferde, en BOESSNECK, J (Ed.): *Archäologie und Biologie. Forschungsberichte*, 15, pp.88-93.

- 1970 Navegación primitiva y visibilidad de la tierra en el Mediterráneo, *XI Congreso Nacional de Arqueología*, pp.449-455, Zaragoza.

- 1980 *Orce und Galera. Zwei siedlungen aus dem 3. bis 1.Jt.V.Chr. im Südosten der Iberischen Halbinsel. I: Übershit über die Ausgrabungen (1962-1970)*, Philipp von Zabern, Mainz.

SCHÜLE, W. y PELLICER, M.

- 1966 *El Cerro de la Virgen, Orce (Granada)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 46, Madrid.

SHENNAN, S.E.

1982 Ideology, change and the European early Bronze Age, en HODDER, I. (Ed.): *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge University Press, pp. 155-161.

SIRET, L.

1893 L'Espagne préhistorique, *Revue des Questions Scientifiques*, XXXIV, pp. 489-562, Bruxelles.

1906 Orientaux et Occidentaux en Espagne aux temps préhistoriques, *Revue des Questions Scientifiques*, pp. 5-87, Bruxelles.

1908 Religions néolithiques de l'Iberia, *Revue Préhistorique*, 7-8, pp. 7-13. Las religiones neolíticas de Iberia, *Colección Luis Siret*, 2, Almería, 1995.

1913 *Questions de chronologie à la fin du Bronze*, Paul Geuthner, Paris.

SIRET, E. y L.

1890 *Las primeras edades del metal en el Sudeste de España*, Barcelona.

SOLER, J.M.

1981 El Eneolítico en Villena (Alicante), *Serie Arqueológica*, 7, Valencia.

1986 La Edad del Bronce en la Comarca de Villena, *Homenaje a L. Siret (1934-1984)*, pp. 381-404, Madrid.

SORIANO, R.

1984 La cultura del Argar en la Vega Baja del Segura, *Saguntum (PLAV)*, 18, pp. 103-143.

SPAÑI, J.C.

1958 La cueva sepulcral neo-eneolítica del Cerro del Castellón, en Campotéjar (Granada), *Speleon*, IX, 3-4, pp. 85-103, Oviedo.

STANZL, G.

1990 Punische Bautechniken, en RAKOB, F. (Hrg.): *Karthago, I. Die Deutschen Ausgrabungen in Karthago*, pp. 221-214, Mainz.

STEVENSON, A.C.

1984 Studies in the vegetational history of S.W. Spain. Palynological investigations at El Asperillo, Huelva, *Journal of Biogeography*, 11, pp. 527-551.

STRAHM, Ch.

1977 Les épingles de parure en os du Néolithique Final, en *Industrie de l'os néolithique et de l'Age des Metaux*, Ed. du CNRS, pp. 47-86, Marseille.

TABORIN, Y.

1974 La parure en coquillage de l'Epipaleolithique au Bronze Ancien en France, *Gallia*

Préhistoire, 17, fasc. 1, pp.101-179 y fasc. 2, pp.47-85.

TARRADEL, M.

1963 El País Valenciano del Neolítico a la Iberización. Ensayo de síntesis, *Anales de la Universidad de Valencia*, Vol. XXXVI, II.

1964 Para una revisión de las cuevas neolíticas del litoral andaluz, *VIII Congreso Nacional de Arqueología*, pp.154-162, Zaragoza.

TAVARES, C. y SOARES, J.

1976- Contribuição para o conhecimento dos povoados calcolíticos do Baixo

77 Alentejo e Algarve, *Setúbal Arqueológica*, II-III, pp.179-272, Setúbal.

TESTART, A.

1982 *Les Chasseurs-Cueilleurs ou l'origine des inégalités*, Mémoires de la Société d'Ethnographie, XXVI, Paris.

THEOCHARIS, D.R.

1973 *Neolithic Greece*, National Bank of Greece, Atenas.

THIRGOOD, J.V.

1981 *Man and the Mediterranean Forest. A History of Resource Dpletion*, London.

THÜNEN, J.H. Von

1966 *Von Thünen's Isolated State*, Pergamon, London.

TOMASELLI, R.

1982 La degradación de la maquia mediterránea, en QUEZEL, P., TOMASELLI, R. y MORANDINI, R.: *Bosque y maquia mediterráneos. Ecología, conservación y gestión*, Serbal/Unesco, Barcelona.

TOPP, C. y ARRIBAS, A.

1965 A survey of the Tabernas material lodged in the Musseum of Almería, *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 5, pp.69-89, University of London.

TORRE, M.P. de la

1982 *La Cueva de las Tontas en la estación arqueológica de las Peñas de los Gitanos Montefrío, Granada*, Memoria de Licenciatura (inédita), Universidad de Granada.

TORRE PEÑA, F. de la

1974 *El ajuar de la necrópolis argárica de la "Cuesta del Negro" de Purullena (Granada)*, Memoria de Licenciatura (inédita), Universidad de Granada.

TORRE PEÑA, F. de la y AGUAYO, P.

1976 Materiales argáricos procedentes del Cerro del Gallo de Fonelas (Granada), *Cuadernos*

de Prehistoria de la Universidad de Granada, 1, pp.159-174.

TRELIS, J.

1984 El poblado de la Edad del Bronce de la Mola Alta de Serrelles (Alcoy, Alicante), *Lucentum*, III, pp.23-66.

UERPMANN, H.P.

1979 Informe sobre los restos faunísticos del Corte número 1, en ARRIBAS, A. y MOLINA, F.: *El poblado de Los Castillejos en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada)*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, Serie Monográfica, 3, pp.153-168.

VALLESPÍ, E., RAMOS, J., MARTÍN, E., ESPEJO, M. y CANTALEJO, P.

1988 Talleres líticos andaluces del Calcolítico y Bronce, *Revista de Arqueología*, 90, pp.14-24, Madrid.

VEGA, G.

1993 Excavaciones en el Abrigo del Molino del Vadico (Yeste, Albacete). El final del Paleolítico y los inicios del Neolítico en la Sierra Alta del Segura, *Jornadas de Arqueología Albacetense en la Universidad Autónoma de Madrid*, Patrimonio Histórico. Arqueología. Castilla-La Mancha, pp.19-32.

VEIGA, O.da

1953 O monumento pré-histórico de Agualva (Cacém), *Zephyrus*, IV, pp.145-166, Salamanca.

1966 *La Culture du Vase Campaniforme au Portugal*, Serviços Geológicos de Portugal, Memória 12, Lisboa.

VENTO, E.

1985 Ensayo de clasificación sistemática de la industria ósea neolítica. La Cova de l'Or (Beniarrés, Alacant). Excavaciones antiguas, *Saguntum (PLAV)*, 19, pp.31-83.

VERA, J.A.

1969 Estudio geológico de la Zona Subbética en la transversal de Loja y sectores adyacentes, *Memorias del Instituto Geológico y Minero de España*, LXXII.

VICENT, A.M. y MUÑOZ, A.M.

1973 *Segunda campaña de excavaciones. La Cueva de los Murciélagos, Zuheros (Córdoba, 1969)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 77, Madrid.

VICENT, J.M.

1990 El Neolític: Transformacions socials i econòmiques, en ANFRUNS, J. y LLOBET, E. (Eds.): *El canvi cultural a la Prehistòria*, Columna, pp. 241-293, Barcelona.

VITA-FINCLIC, C. y HIGGS, E.S.

1970 Prehistoric Economy in the Mte. Carmel area of Palestine: Site Catchment Analysis,

Proceeding of the Prehistoric Society, 36, pp.1-37, Cambridge.

VOLK, H.R.

1973 Klima und Vegetation in Mündungsgebiet des Rio Almanzora und Rio Aguas, *Heidelberger Geographische Arbeiten*, 38.

1979 Quatäre Reliefentwicklung in Südost-Spanien, *Heidelberger Geographische Arbeiten*, 58.

WALKER, M.J.

1981 Climate, economy and cultural change: the SE Spanish Copper Age, *X Congreso de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*, pp.171-197, México.

WITTFOGEL, K.

1957 *Oriental Despotism*, New Haven, Yale University Press.

WILMSEM, E.N.

1972 Introduction: The study of exchange as social interaction, en WILMSEM, E.N. (Ed.): *Social exchange and interaction*, Anthropological Papers, Museum of Anthropology, 46, pp.1-4, University of Michigan.

FIGURAS

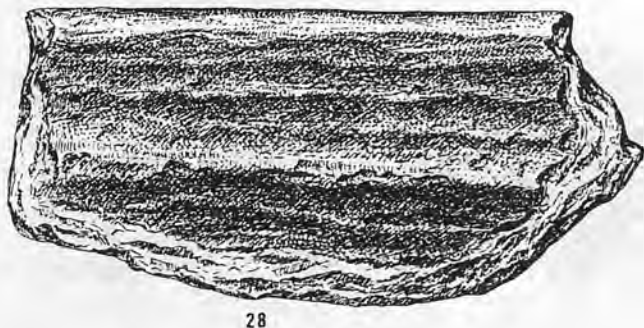
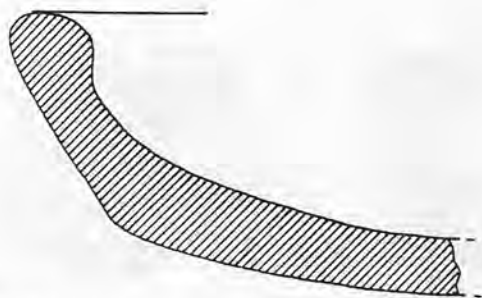
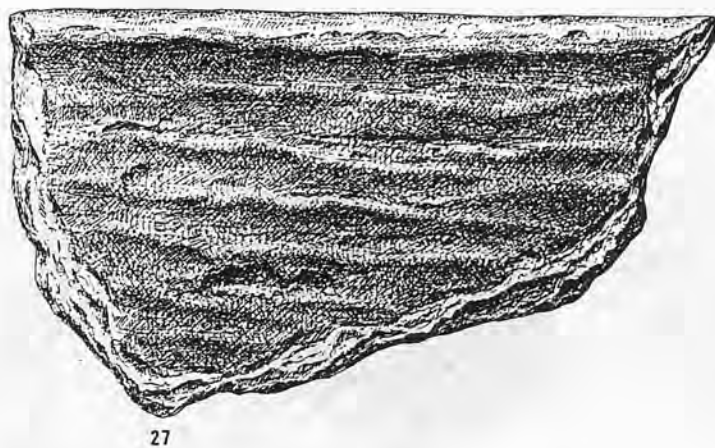
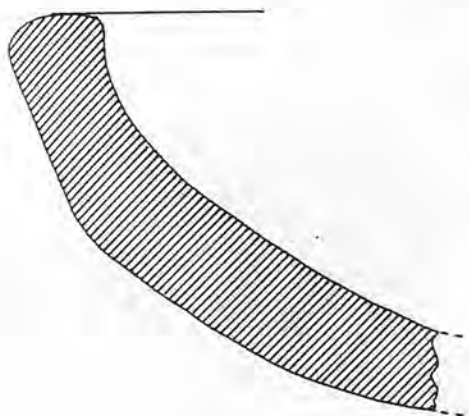
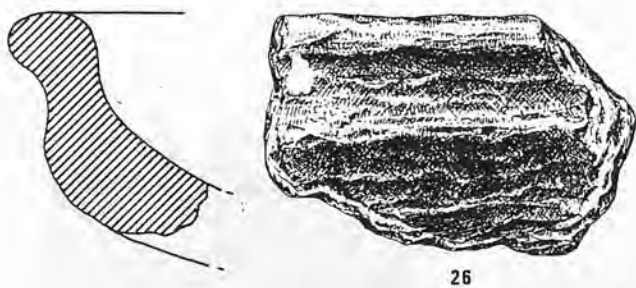
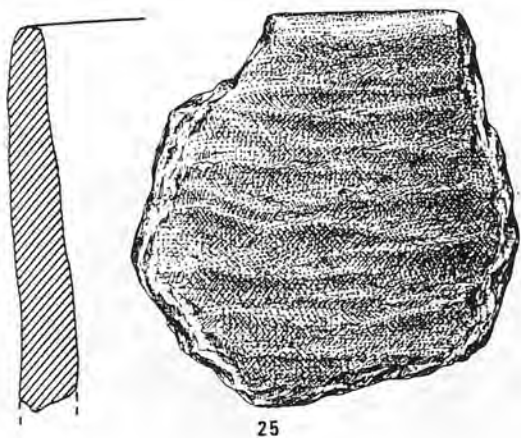
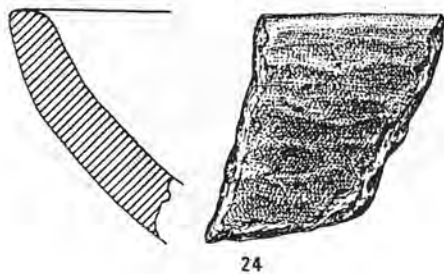
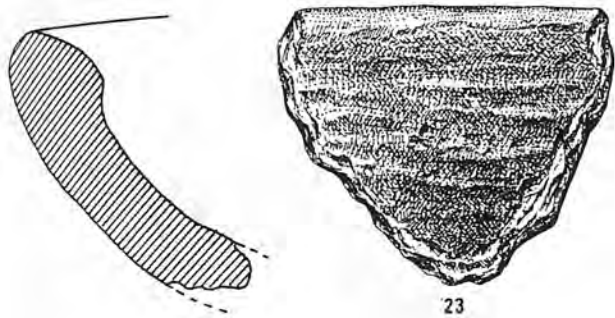


Fig. 7: Cortijo de la Caridad. Platos y cuenco.

0 5

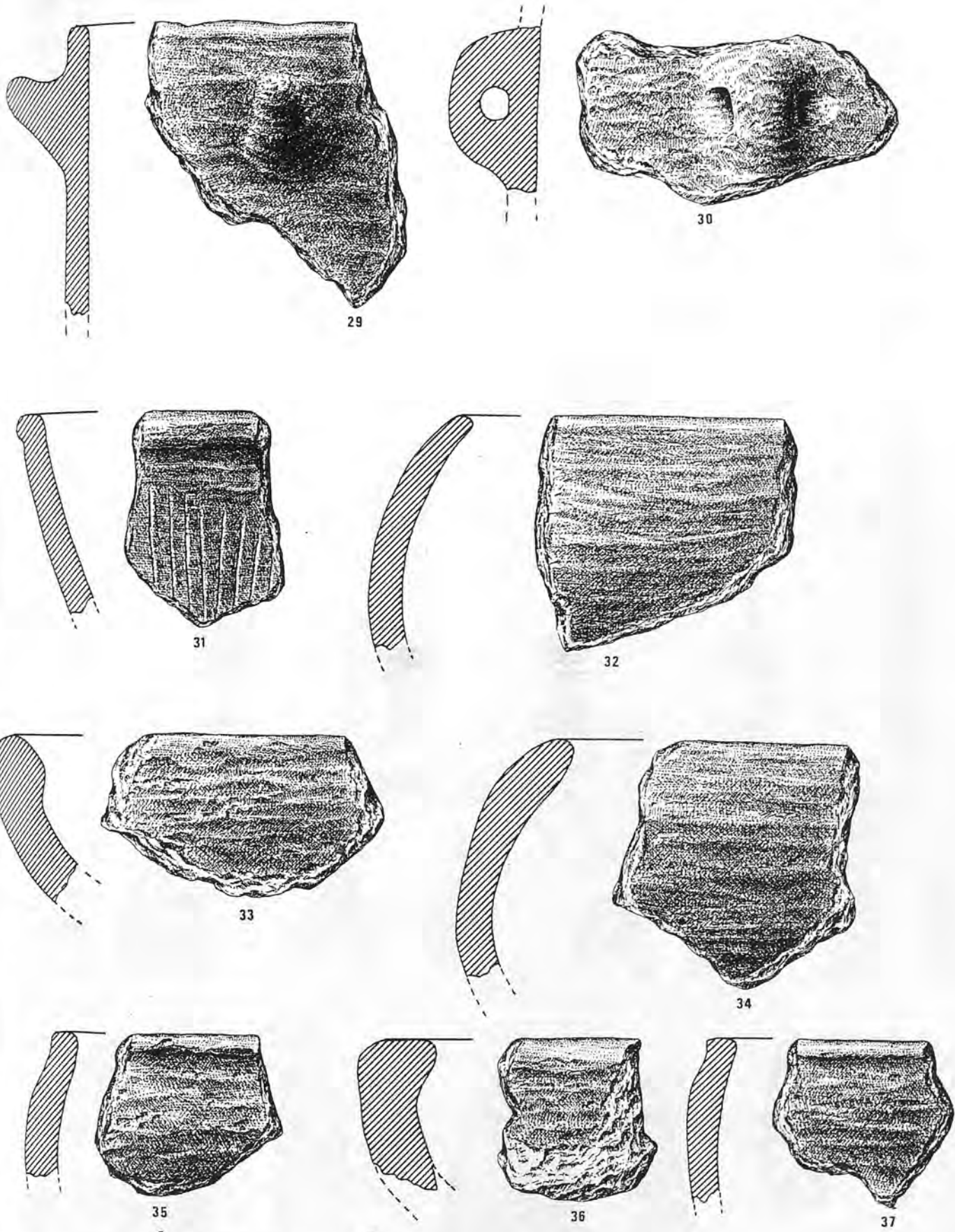


Fig. 8: Cortijo de la Caridad. Cerámica decorada, platos, cuencos y ollas.

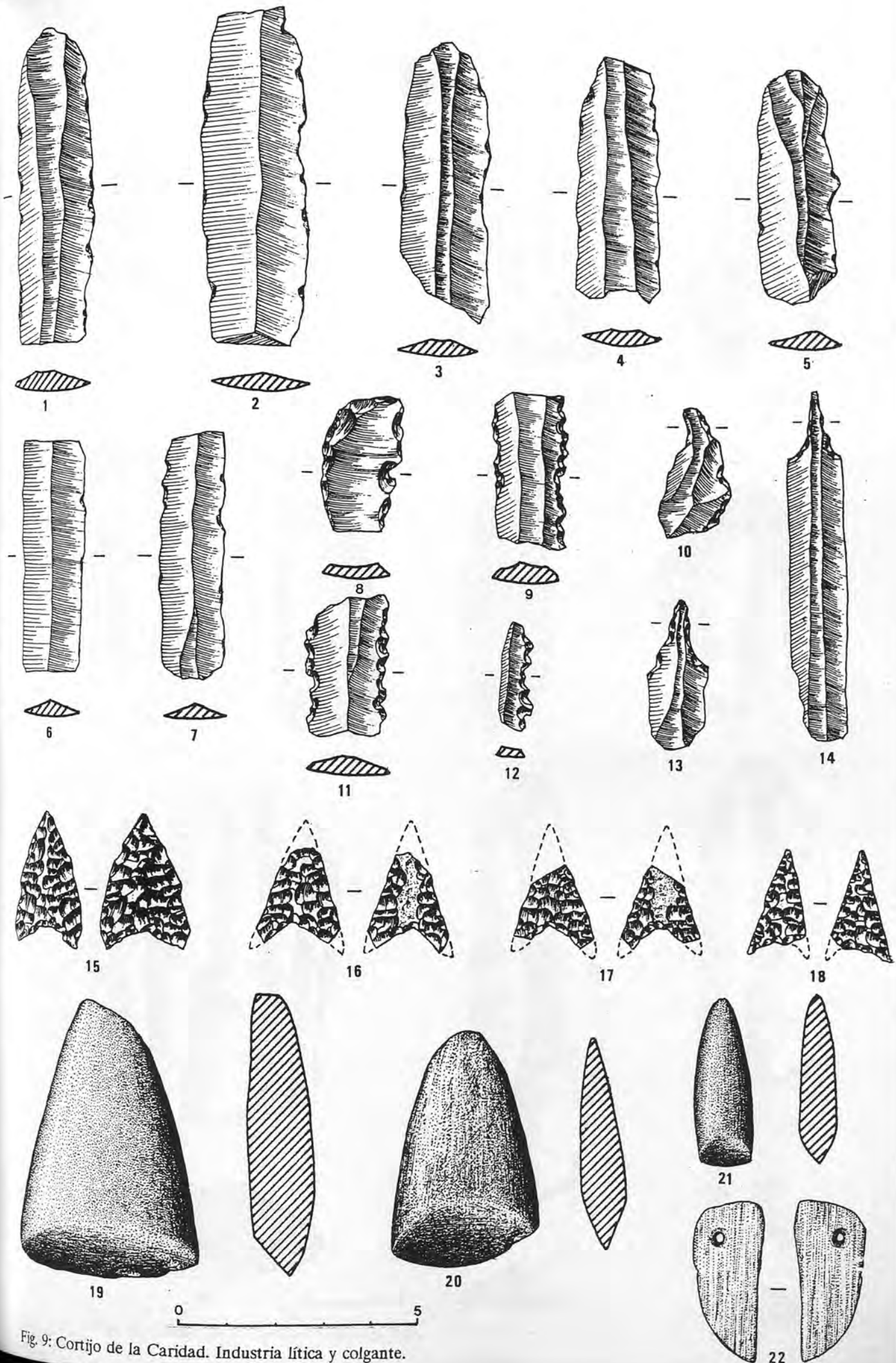


Fig. 9: Cortijo de la Caridad. Industria lítica y colgante.



39



40



41



42



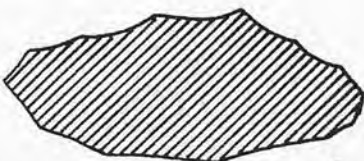
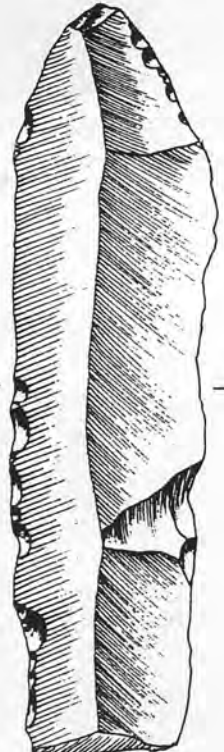
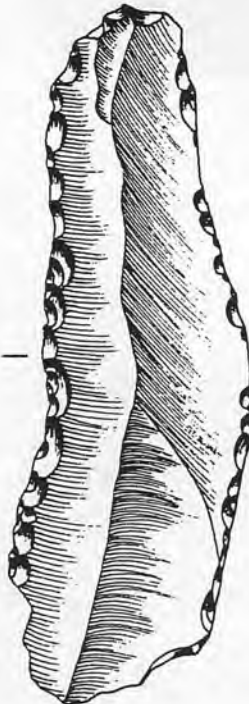
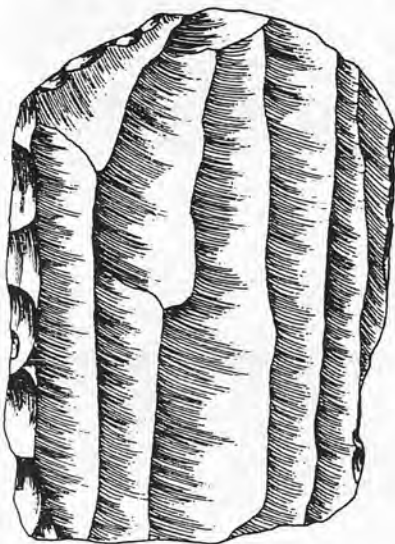
43



44



45



46



47



48

Fig. 10: Cortijo de la Caridad. Industria lítica.

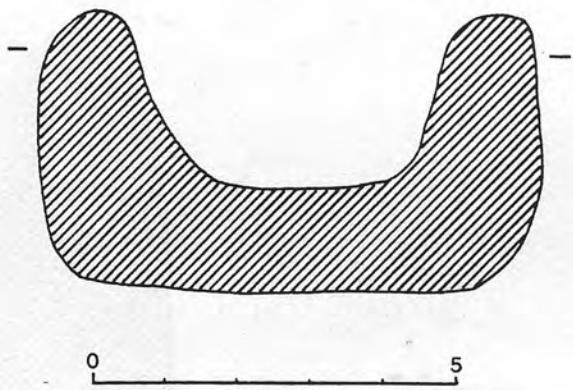
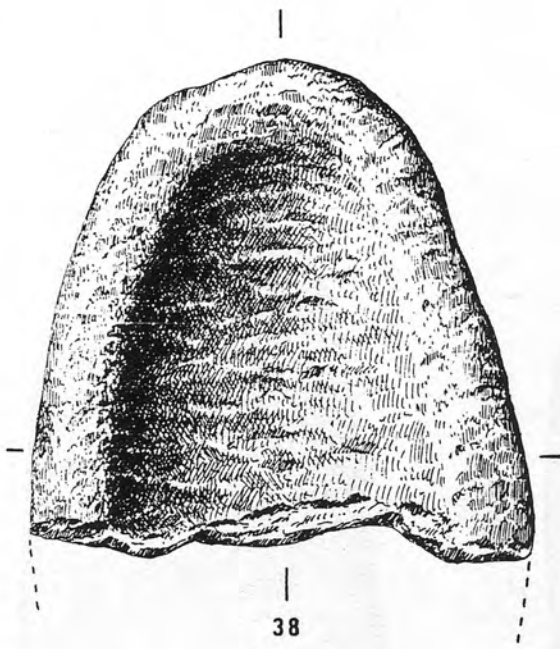
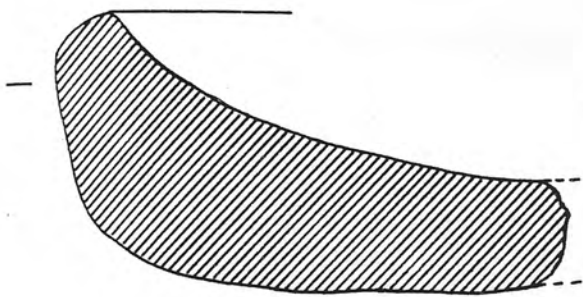


Fig. 11: Cortijo de la Caridad. Crisol.

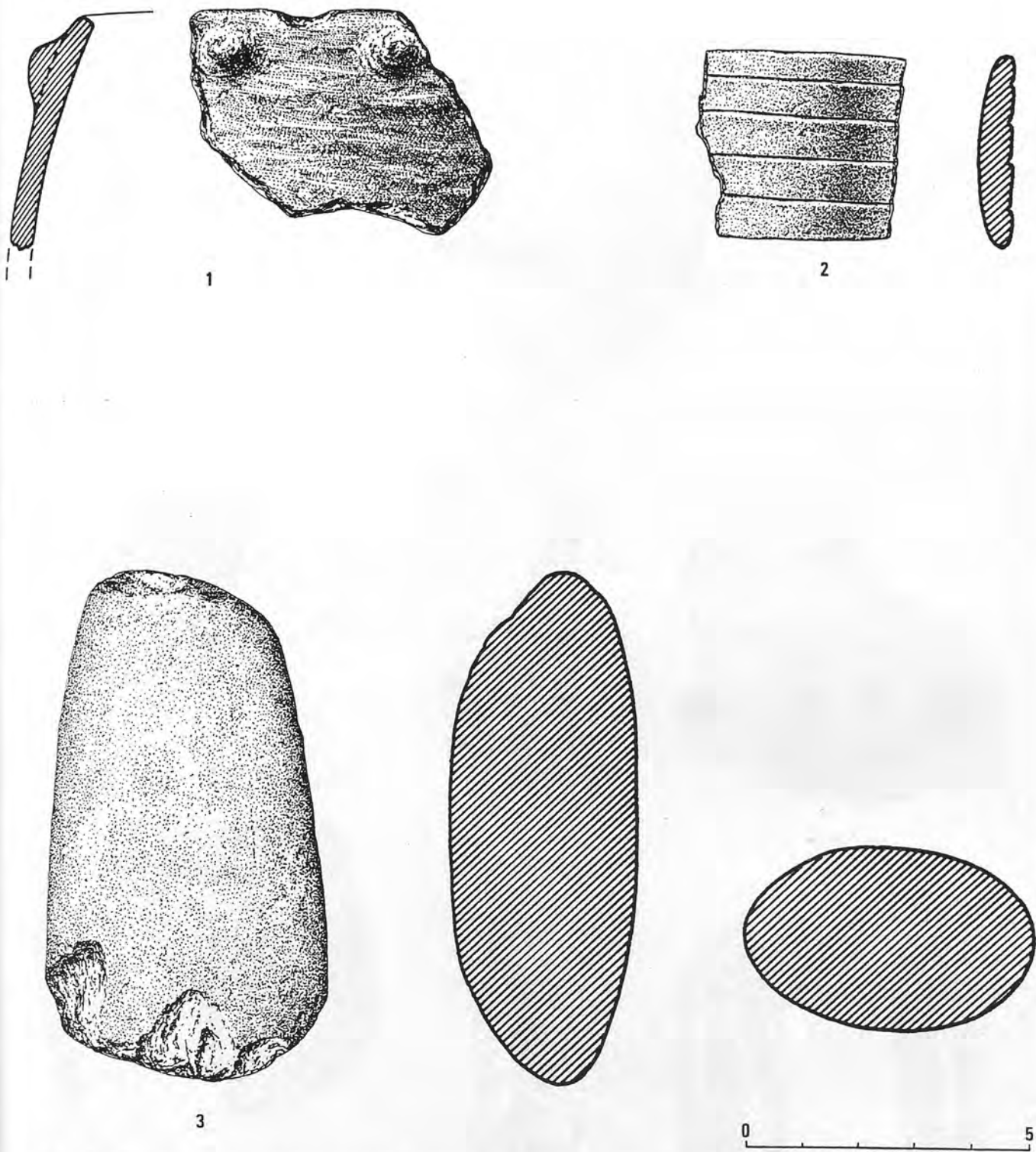


Fig. 12: Cueva Horá. Cerámica decorada (1); El Marmotal. Brazaletes (2); El Almendro. Hacha pulimentada (3).

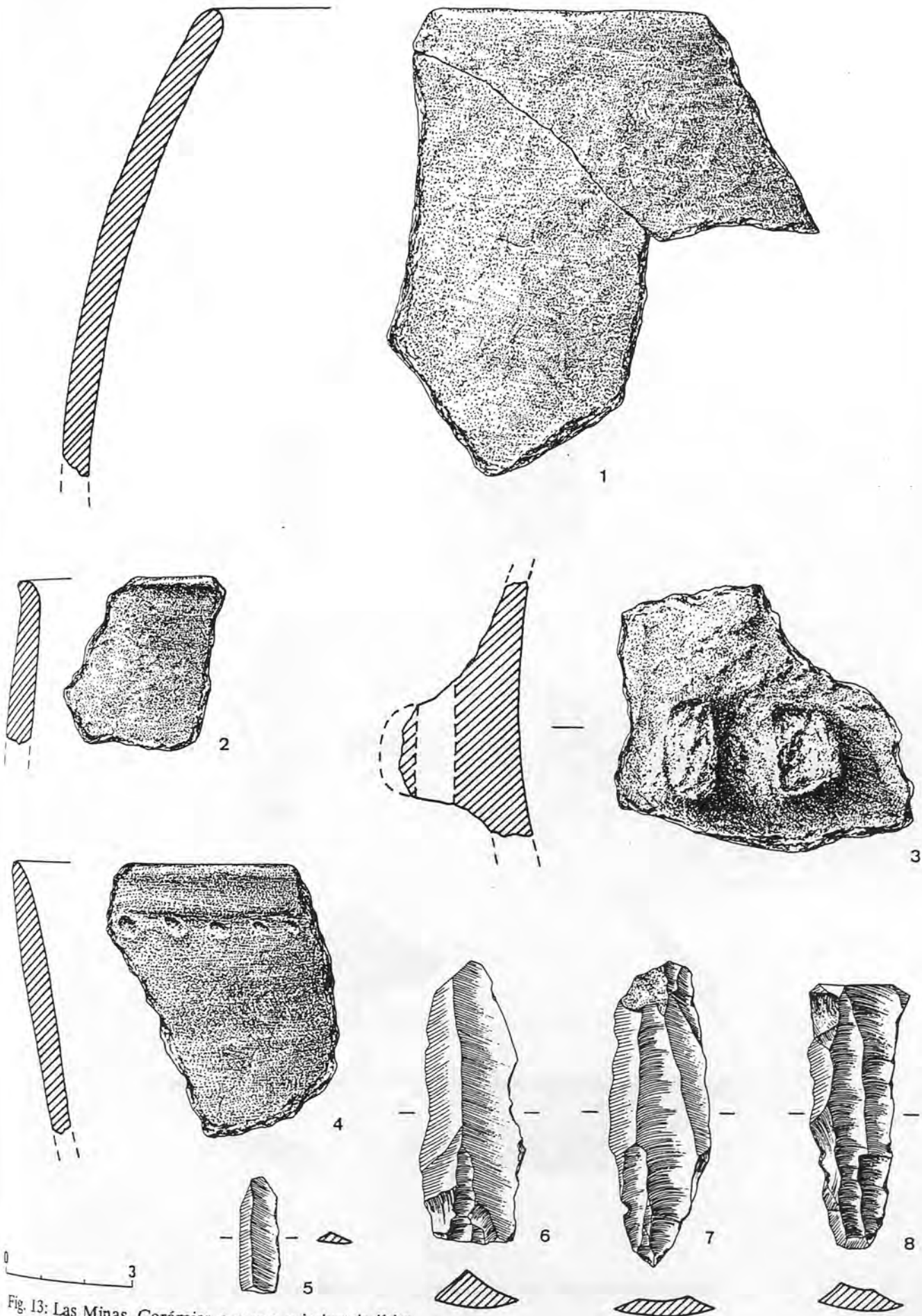


Fig. 13: Las Minas. Cerámica a mano e industria lítica.

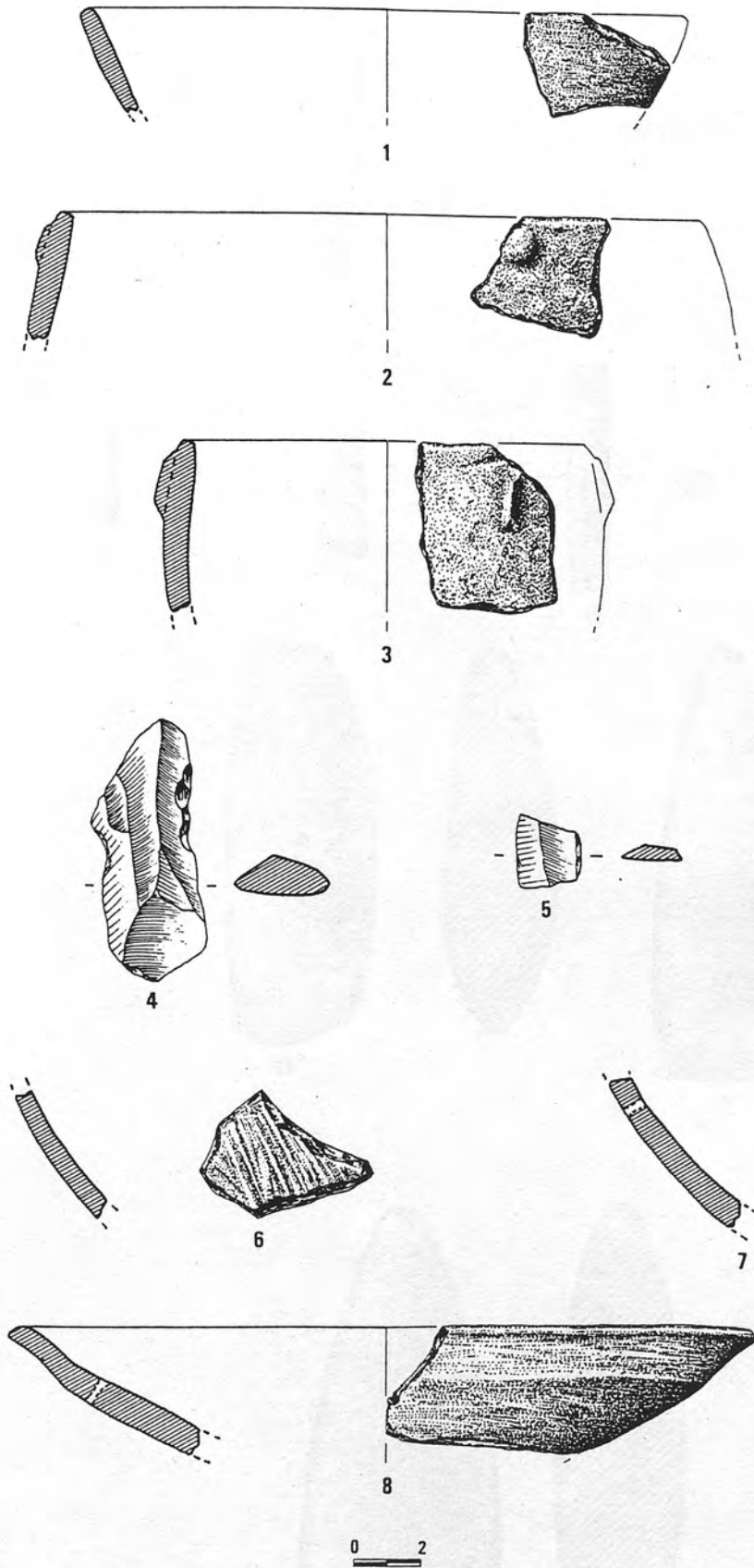


Fig. 14: Cerro del Moro. Cerámica a mano, ind. lítica y cerámica gris.

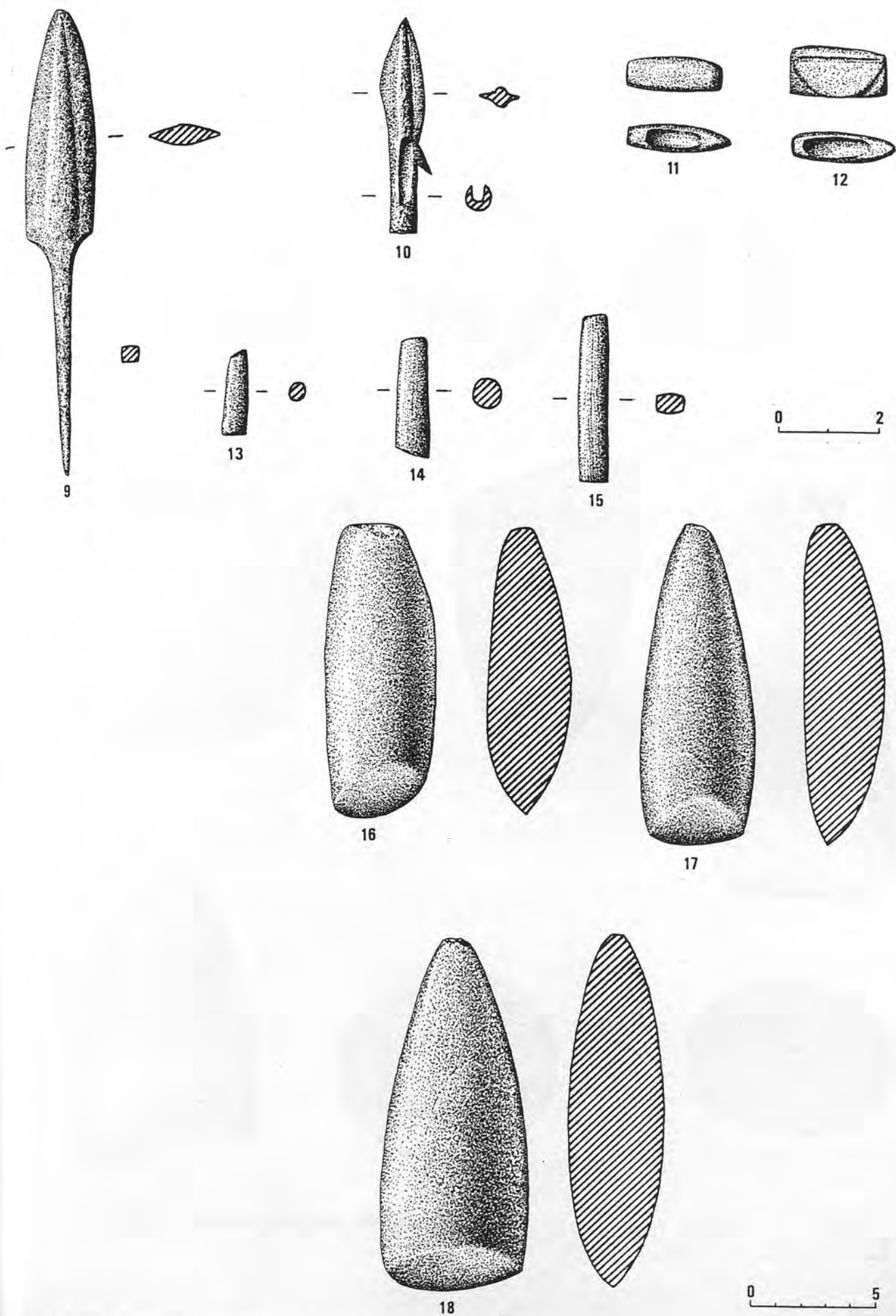
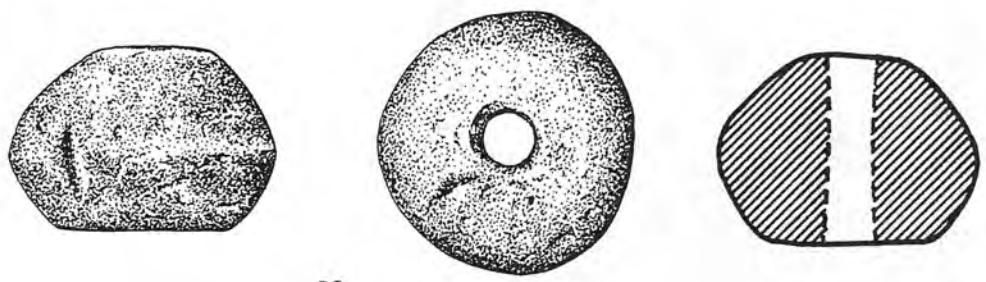


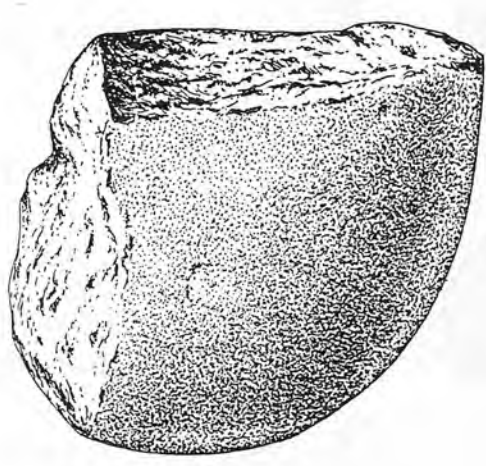
Fig. 15: Cerro del Moro. Objetos de cobre, ind. ósea y piedra pulimentada.



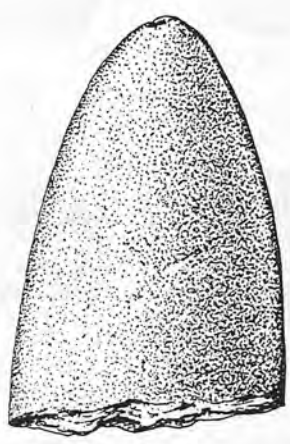
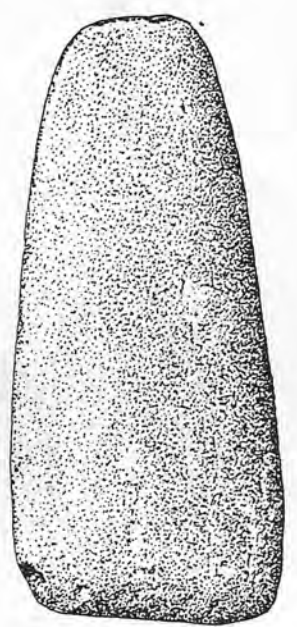
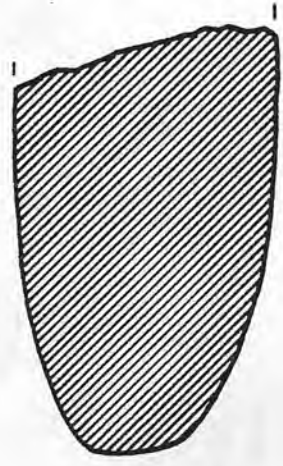
19



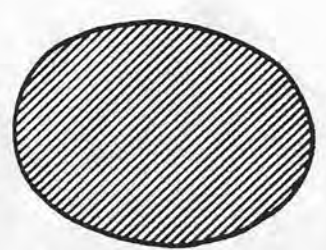
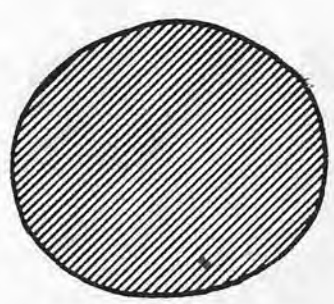
20



21



22



23

Fig. 16: Cerro del Moro. Fusayolas y hachas pulimentadas.



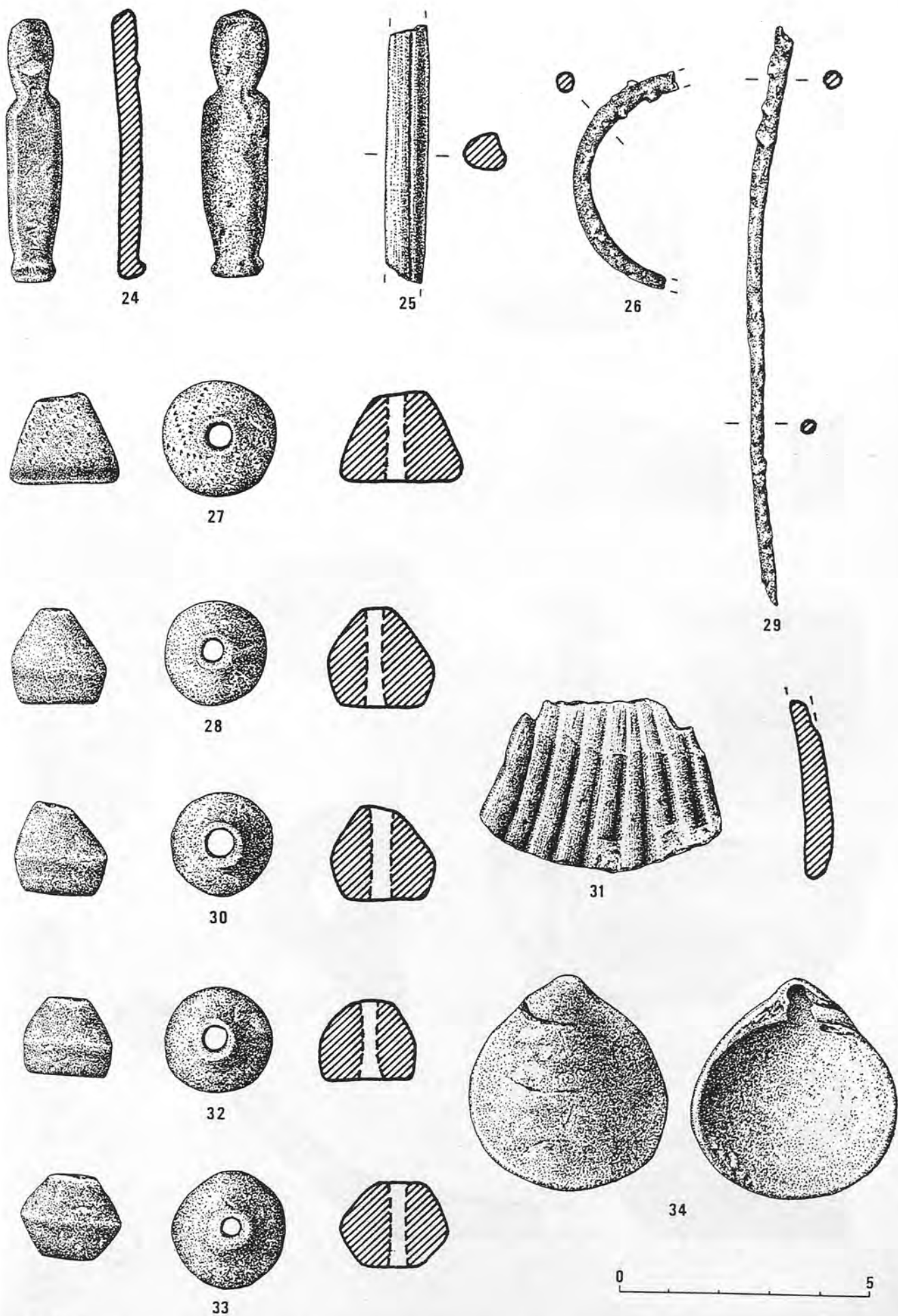


Fig. 17: Cerro del Moro. Amuleto de cobre, piezas de cobre, fusayolas y objetos de adorno en concha.

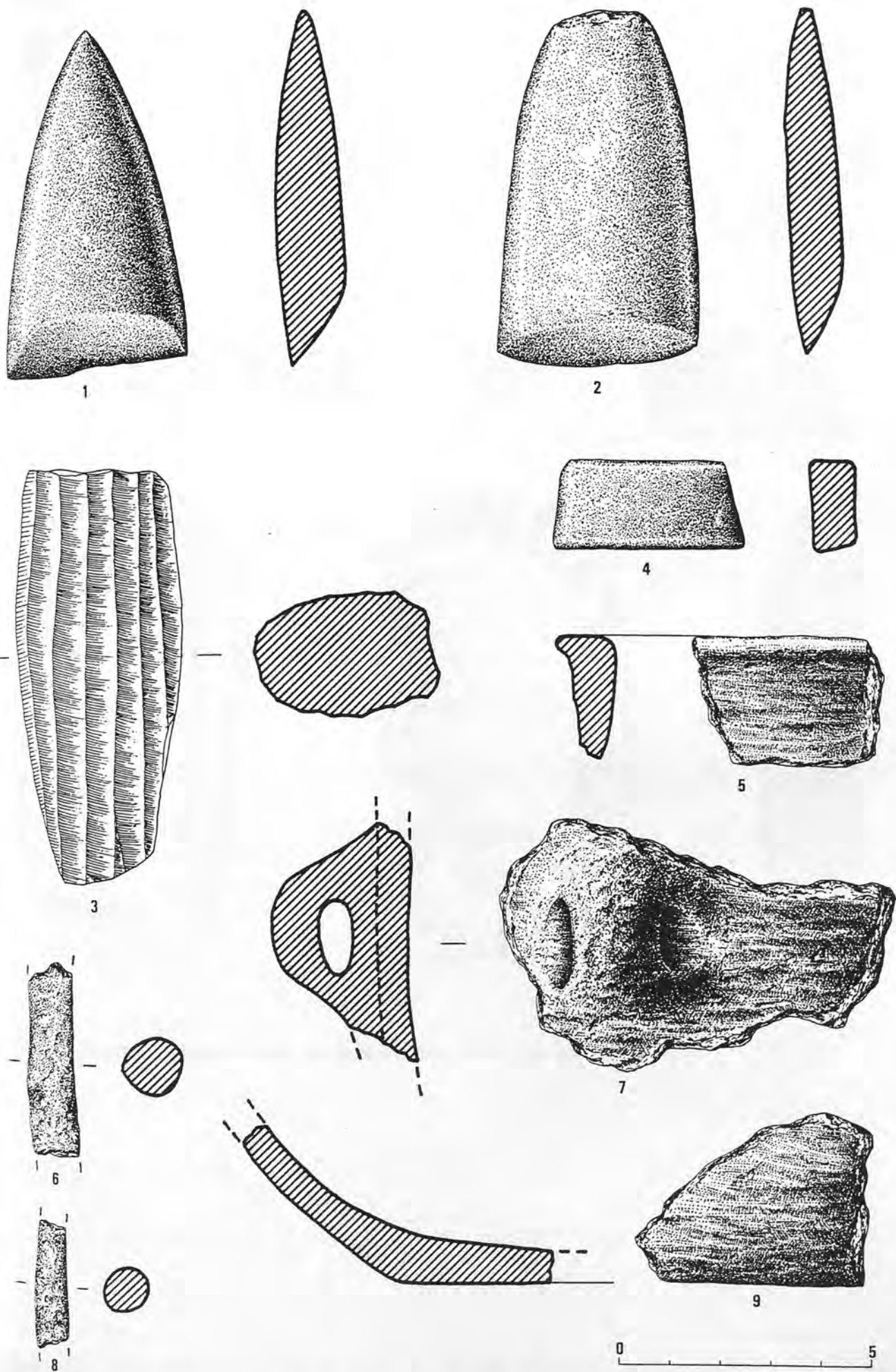


Fig. 18: El Algarbe. Piedra pulimentada, núcleo de sílex, útiles de barro cocido y cerámica a mano.

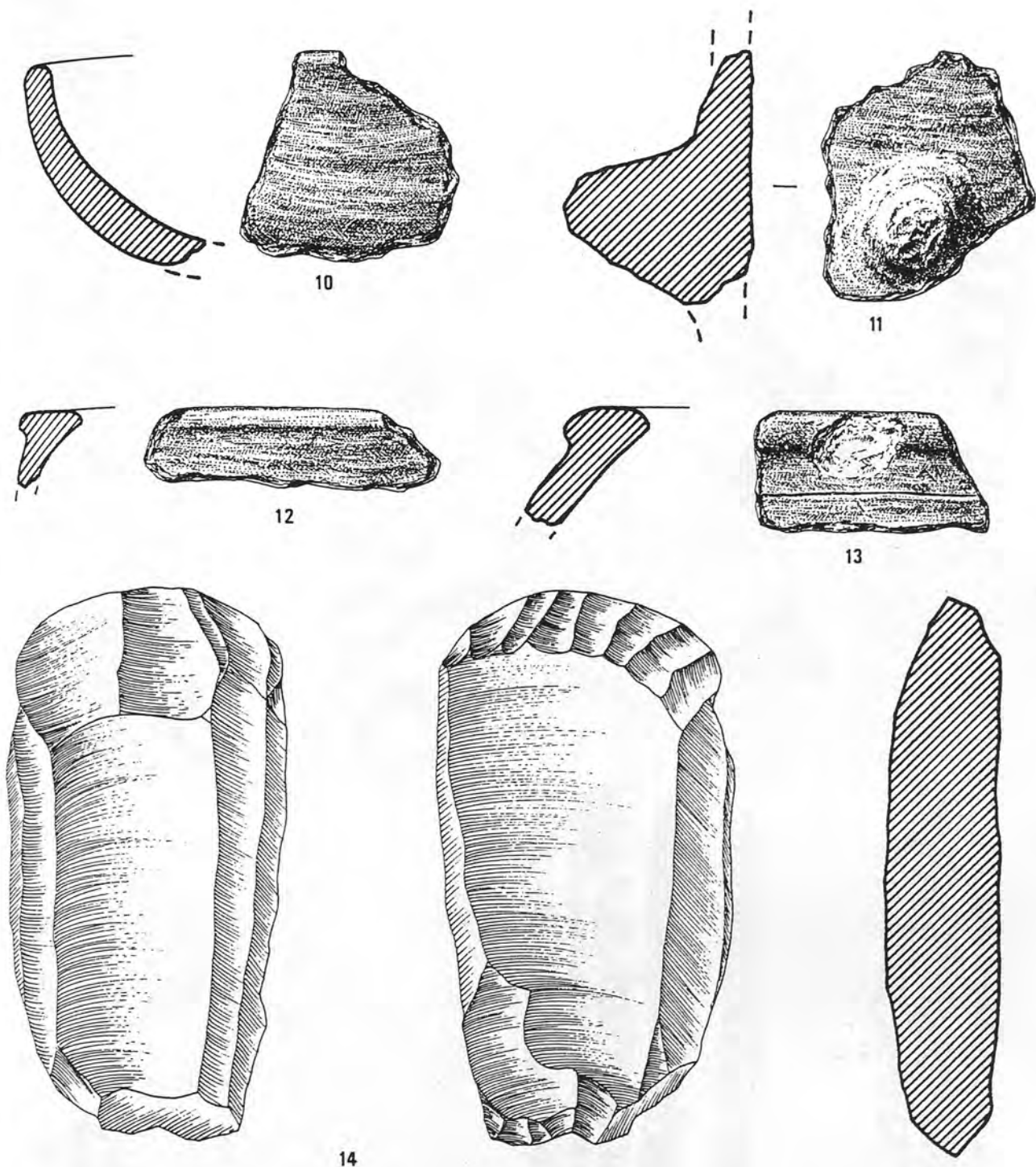
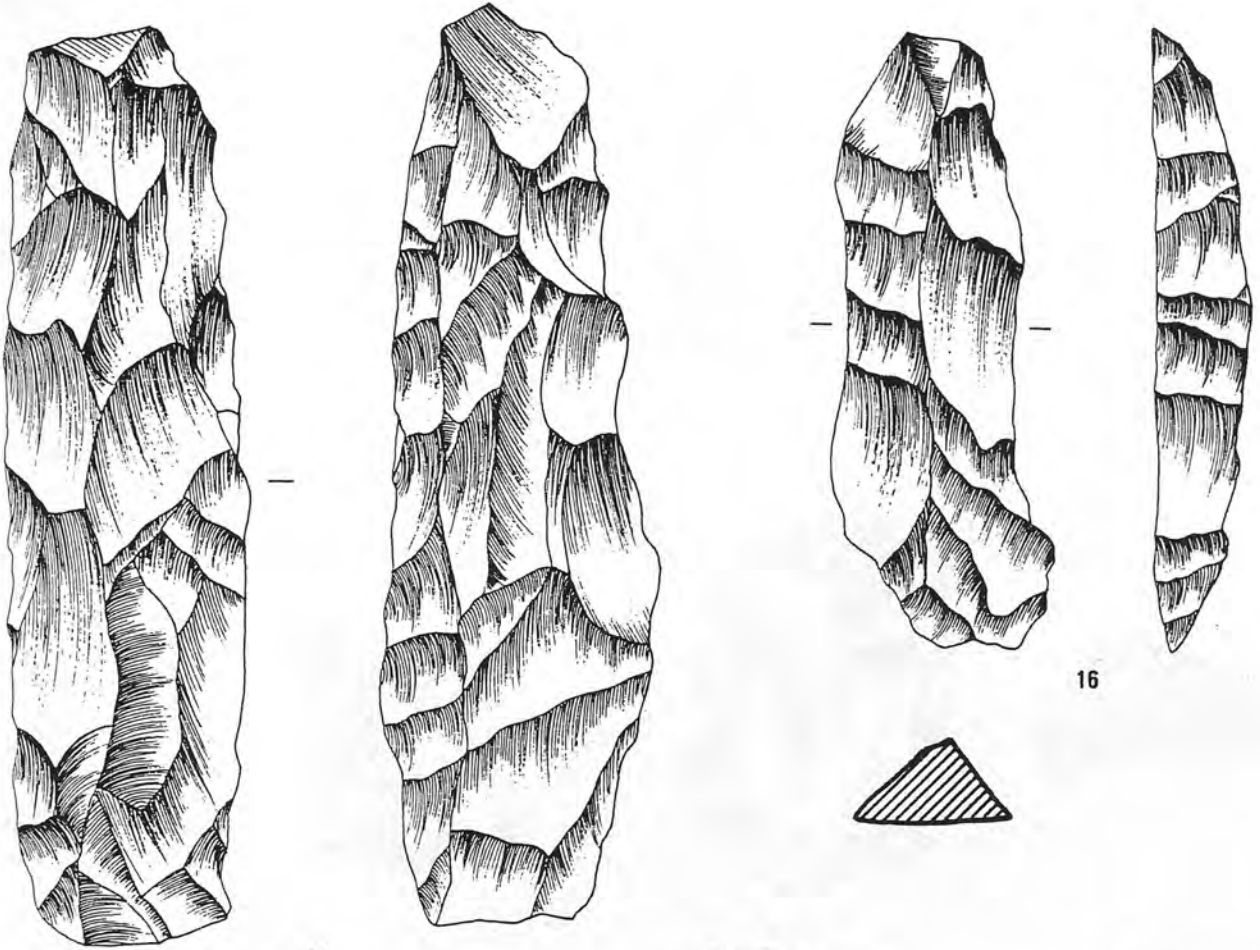
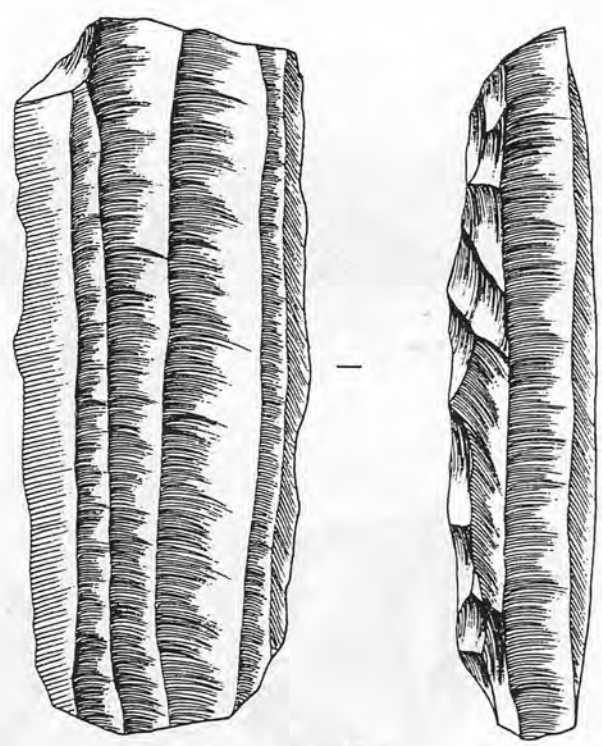


Fig. 19: El Algarbe. Cerámica a mano, cerámica a torno y raspador de sílex.



15

16



18



17

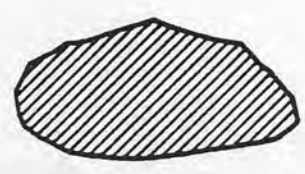
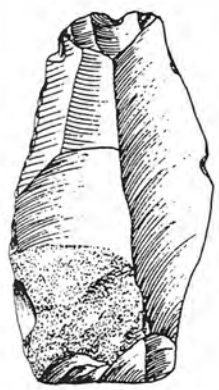
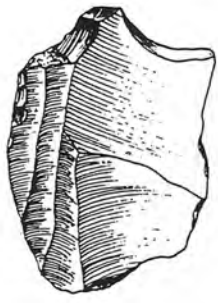


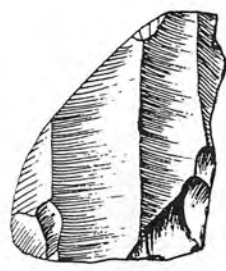
Fig. 20: El Algarbe. Ind. lítica de sílex.



1



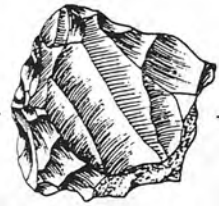
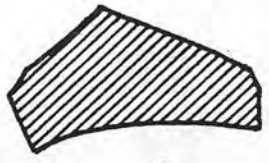
2



3



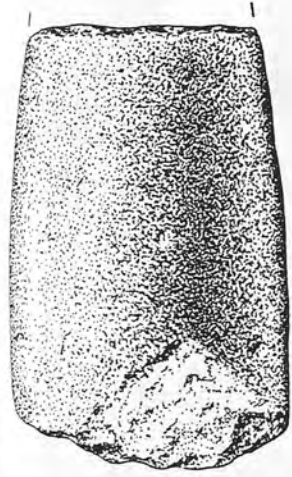
4



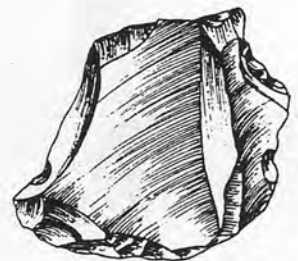
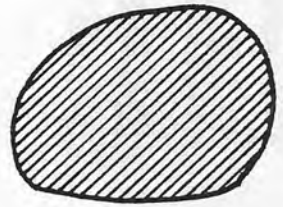
5



6



7



8

Fig. 21: Fuente del Lino. Ind. lítica de sílex y hacha pulimentada.



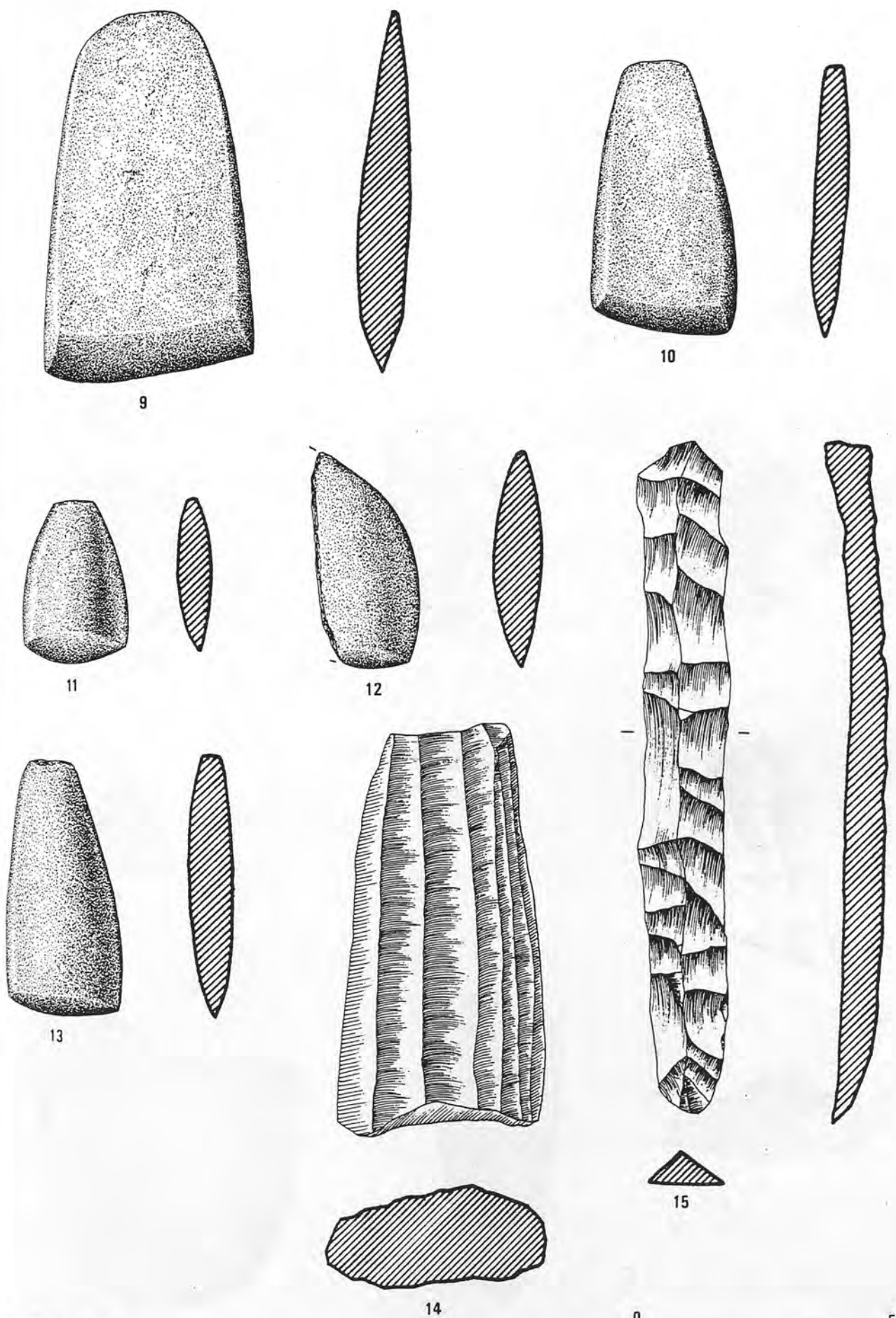


Fig. 22: Fuente del Lino. Material lítico pulimentado, núcleo y lámina de sílex.

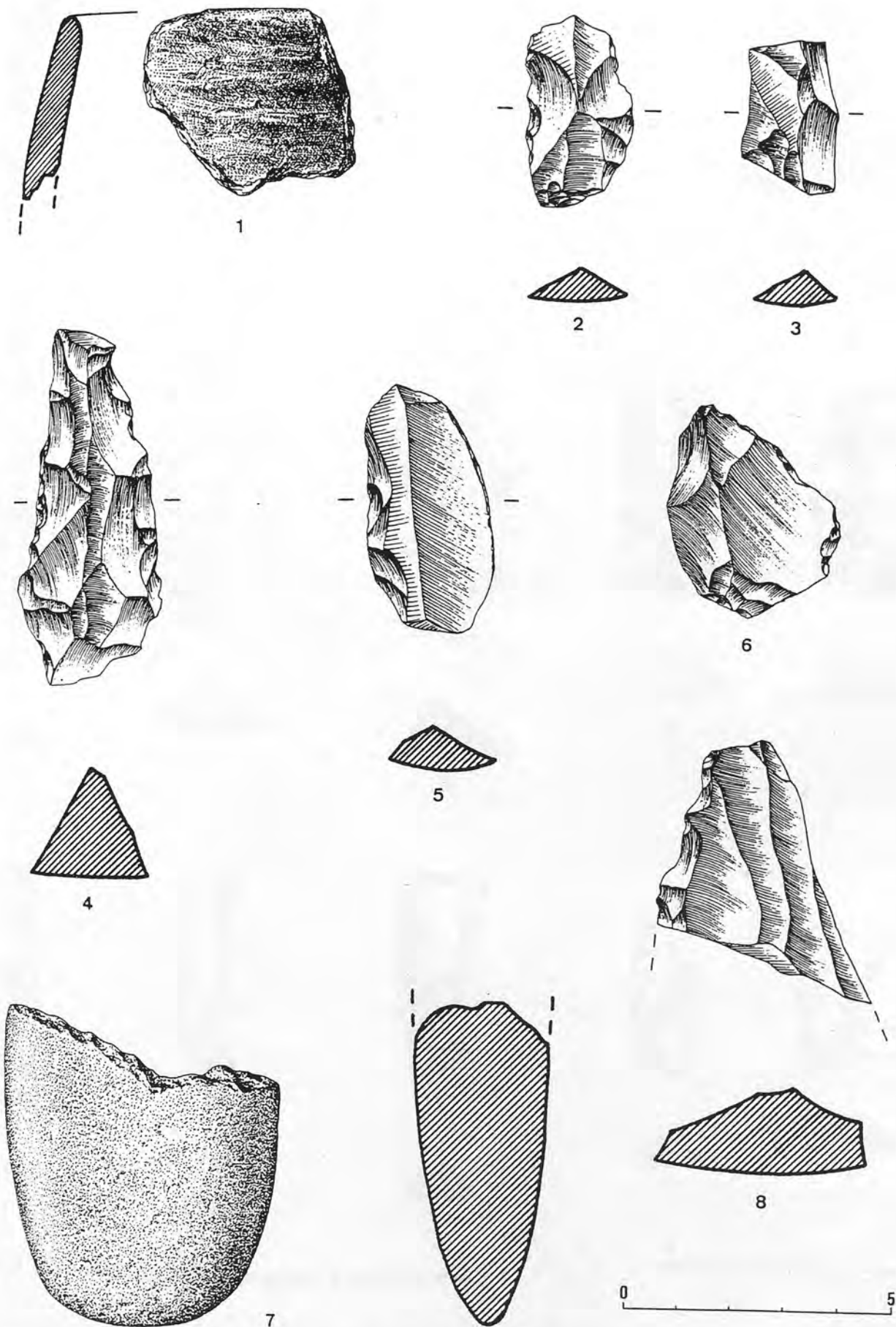


Fig. 23: Civico. Cerámica a mano e ind. lítica.

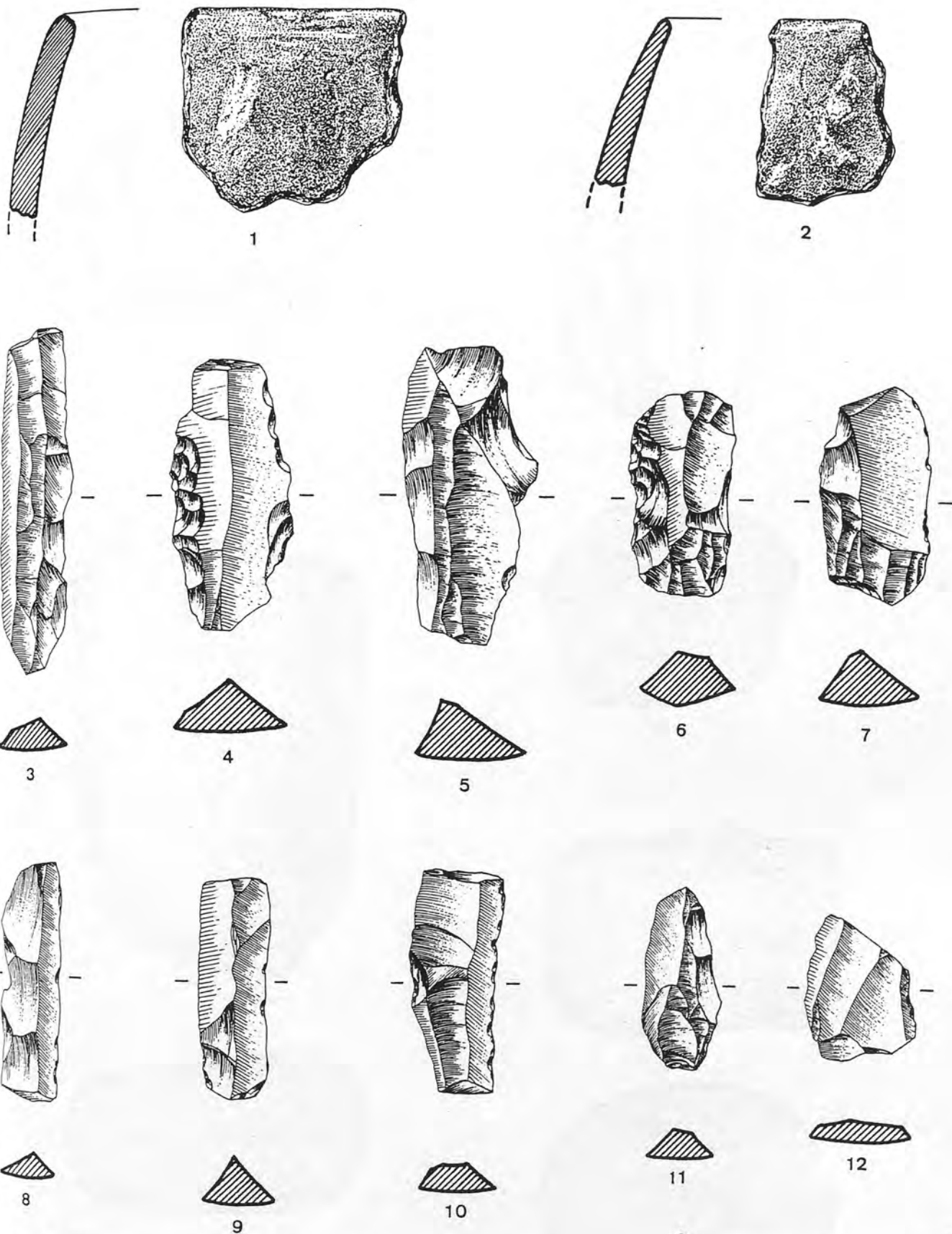
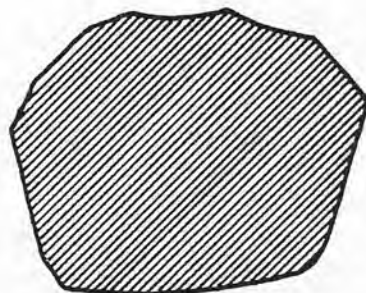
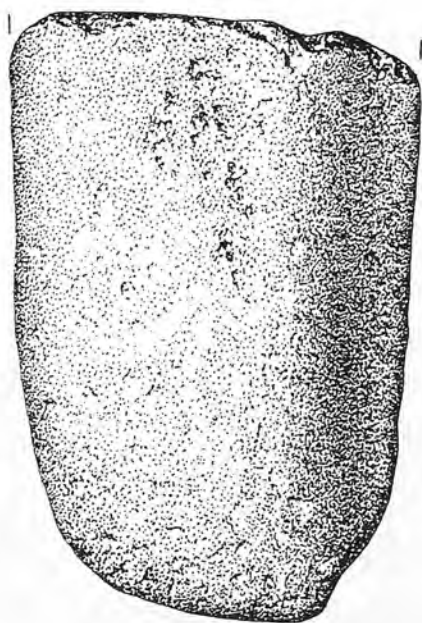
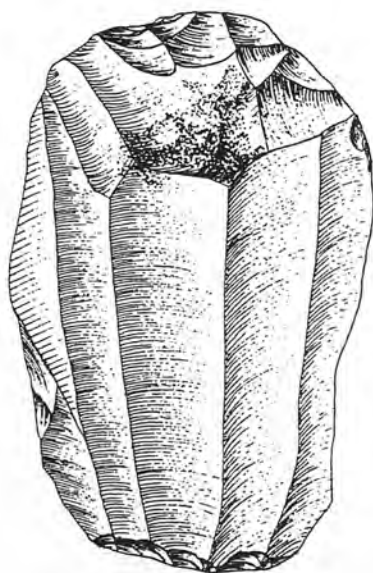


Fig. 24: La Higuera Alta. Cerámica a mano e ind. lítica de sílex.

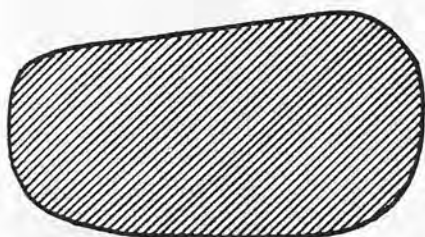
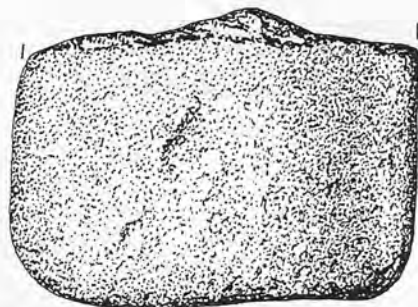
0 5



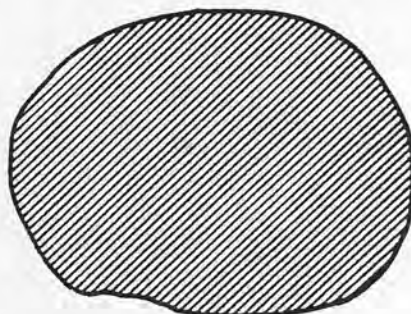
13



14



15



16



Fig. 25: La Higuera Alta. Núcleos de sílex y piedra pulimentada.

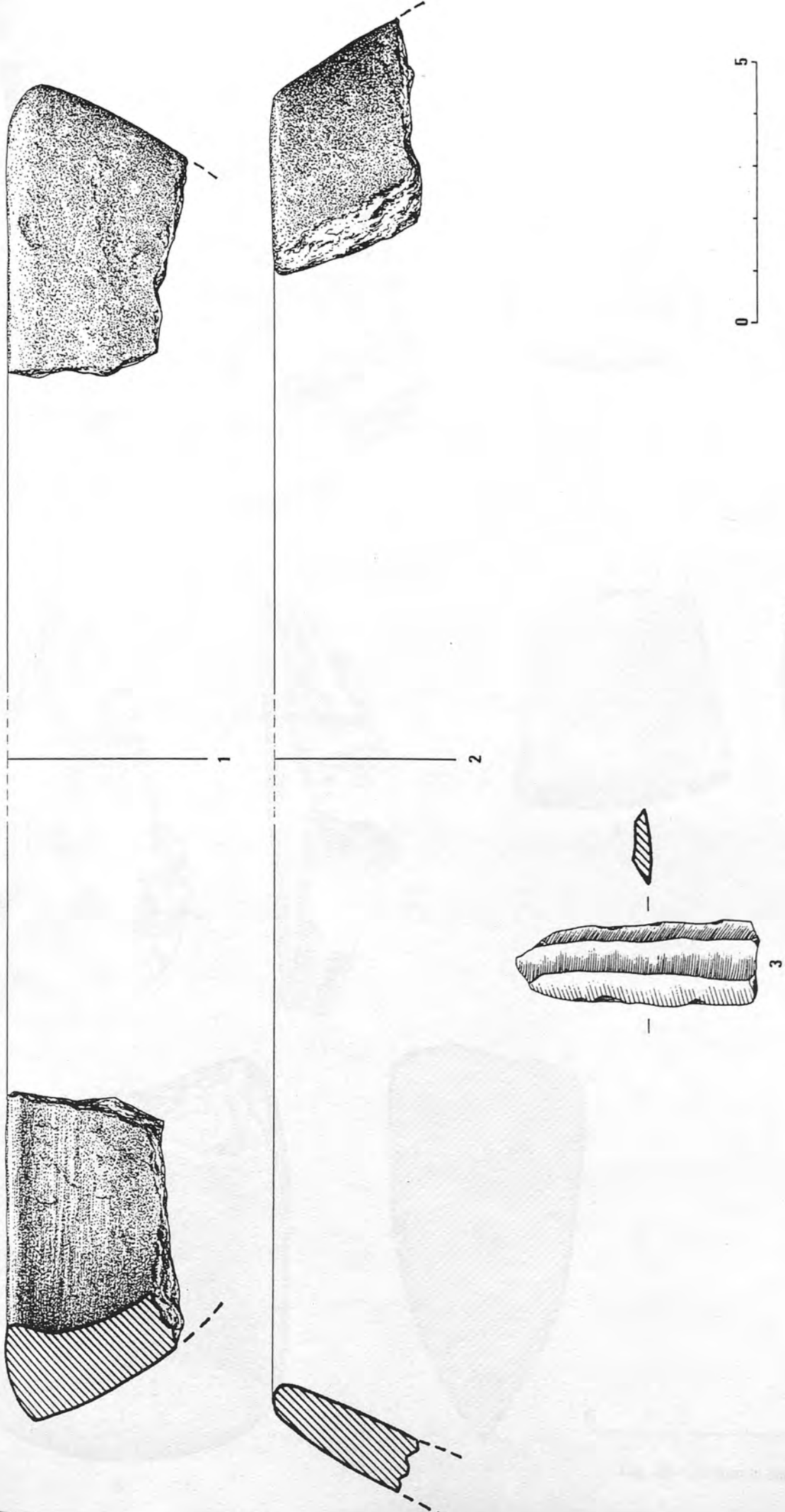


Fig. 26: La Atalayuela. Cerámica a mano y lámina de sílex.

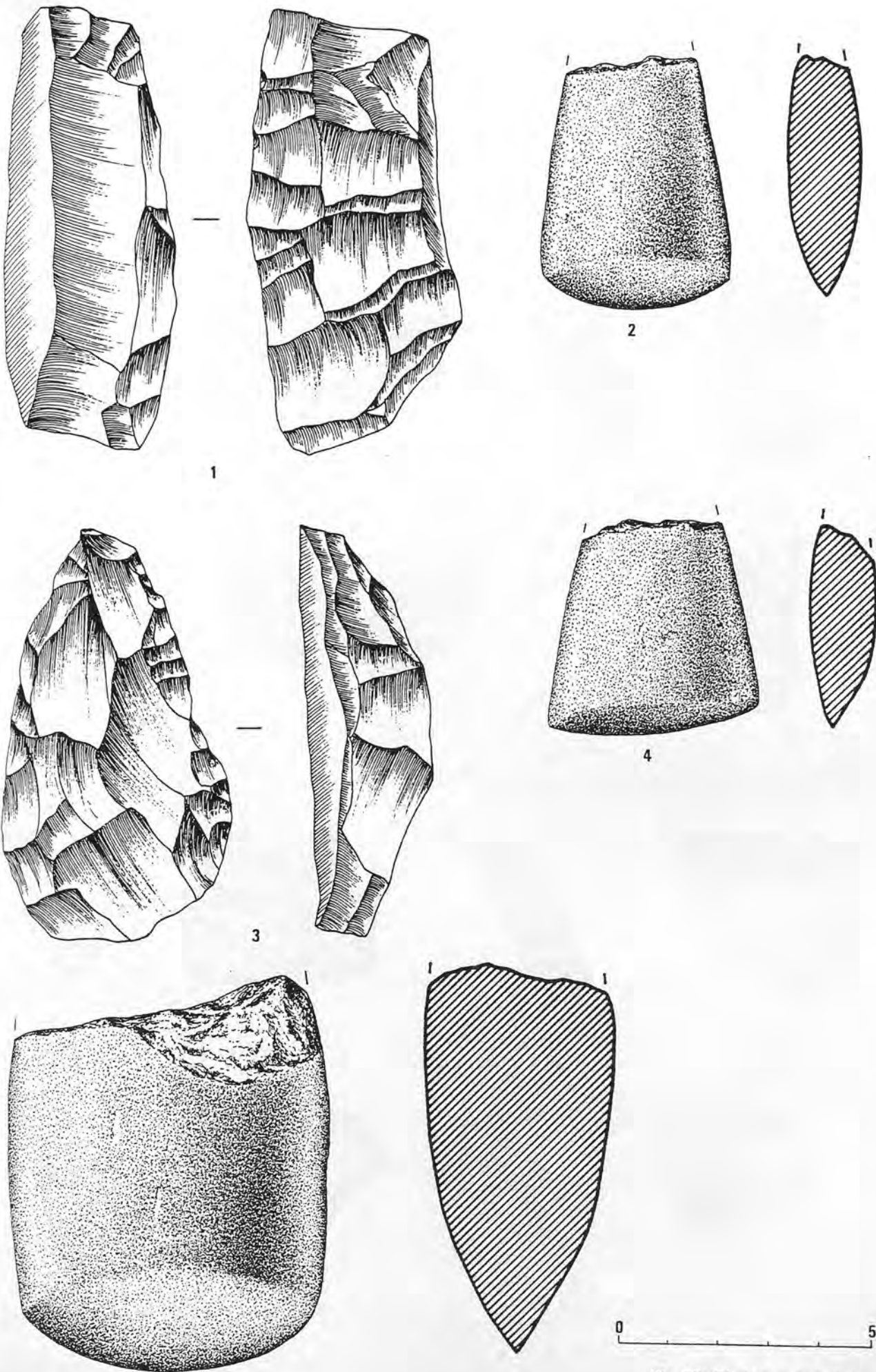


Fig. 27: Cindones. Ind. lítica.

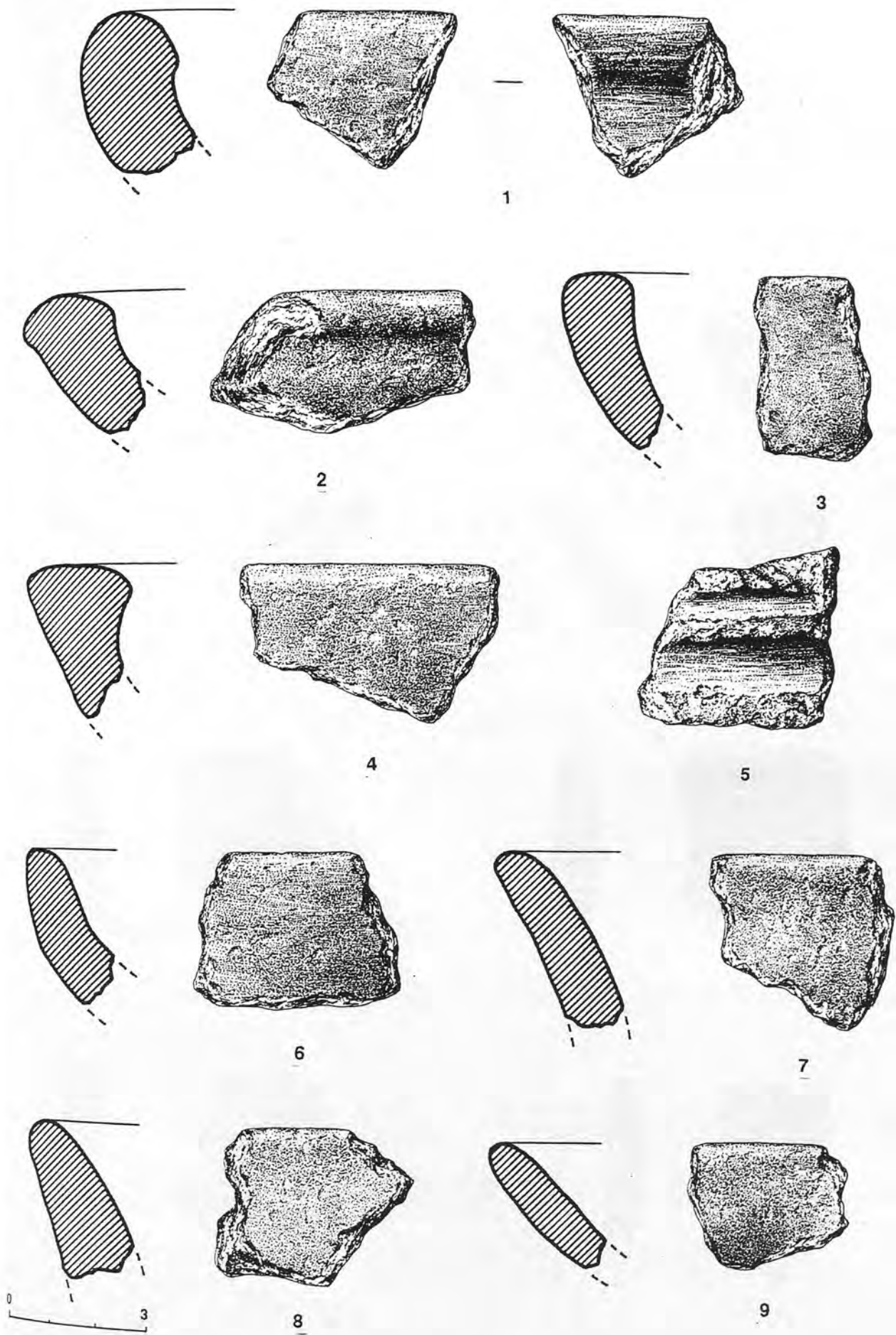
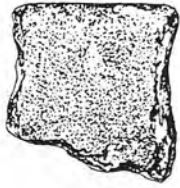


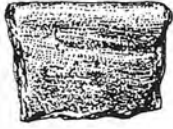
Fig. 28: Villavieja. Cerámica a mano.



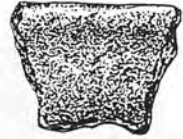
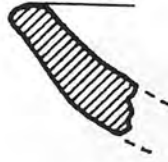
10



11



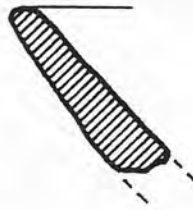
12



13



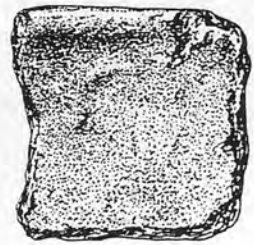
14



15



16



17



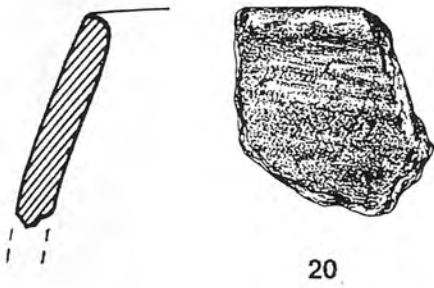
18



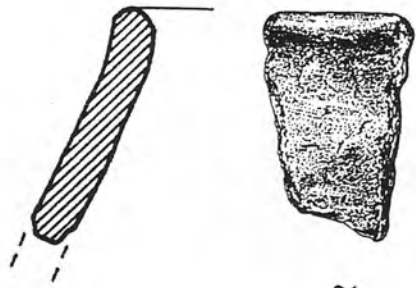
19



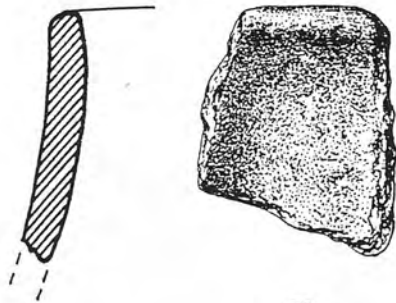
Fig. 29: Villavieja. Cerámica a mano.



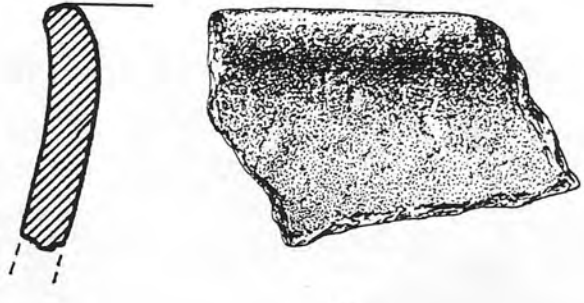
20



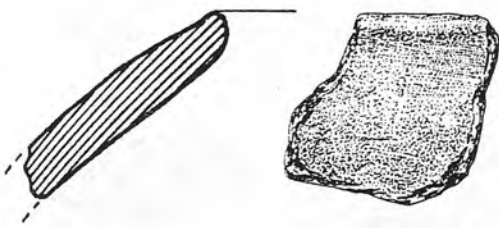
21



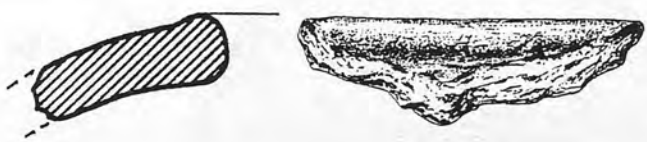
22



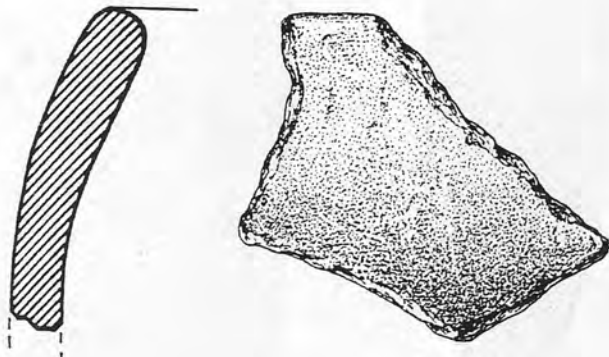
23



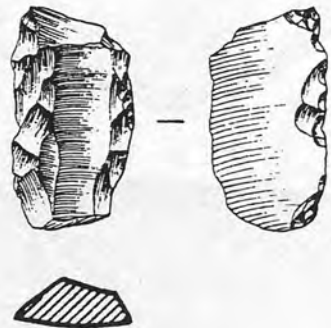
24



25



26



27



Fig. 30: Villavieja. Cerámica a mano y lámina de sílex.

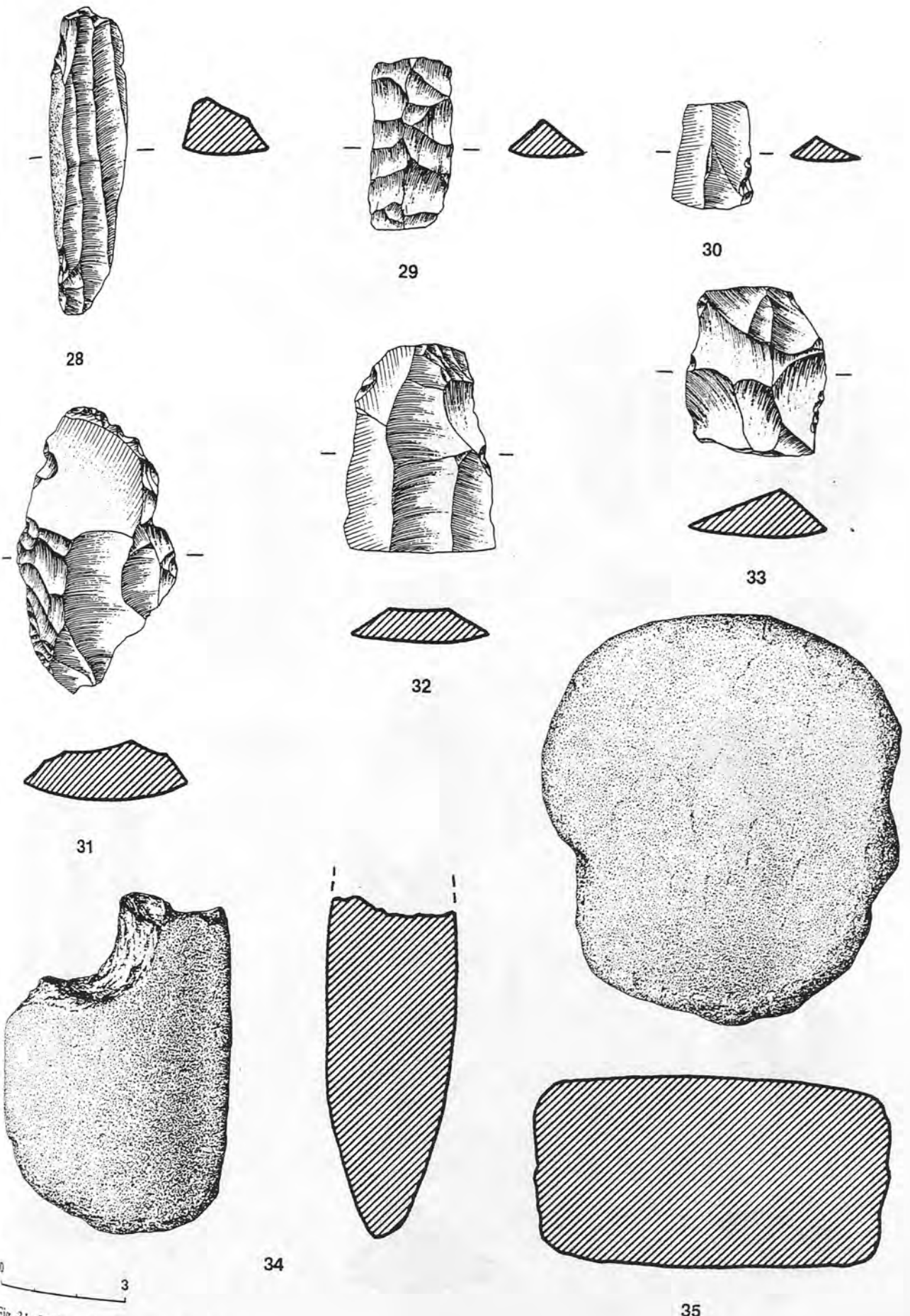


Fig. 31: Villavieja. Industria lítica.

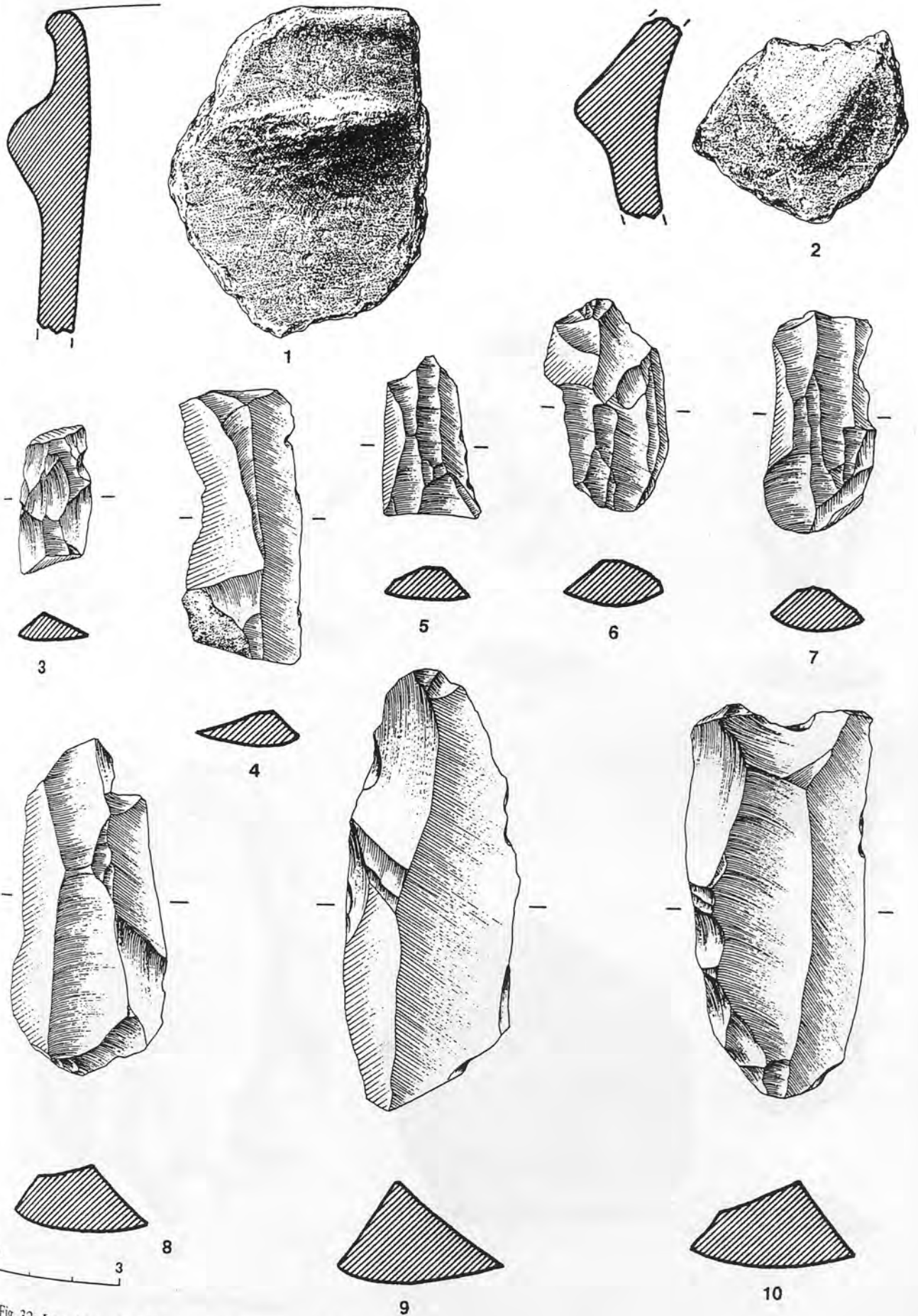


Fig. 32: Los Arenales. Cerámica a mano e ind. lítica.

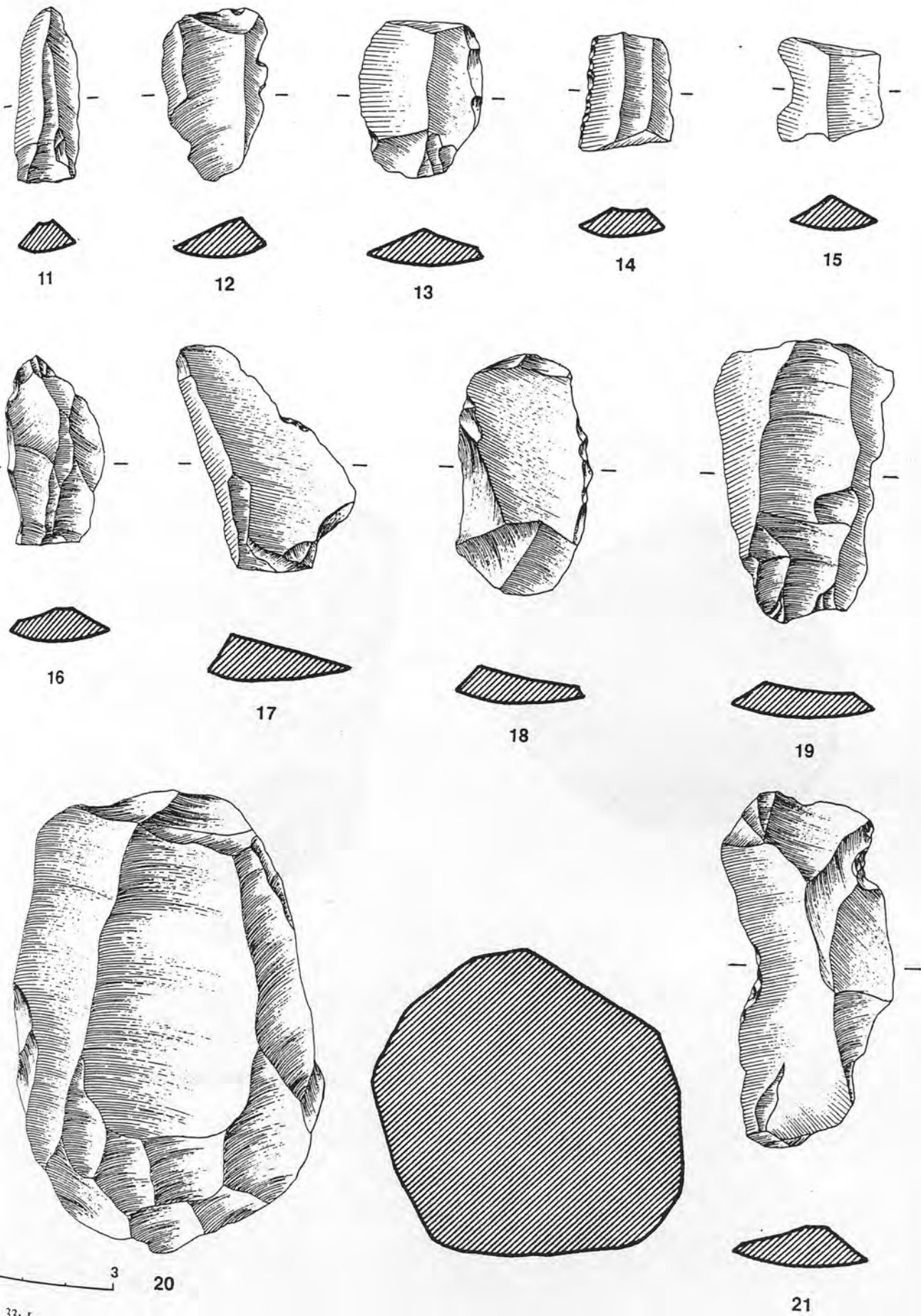
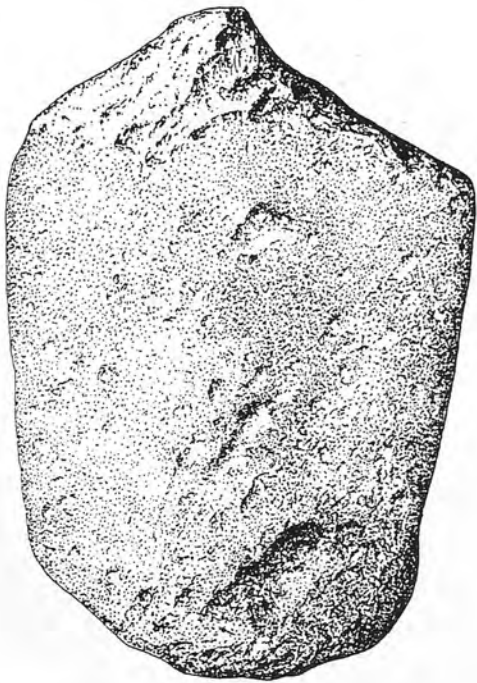
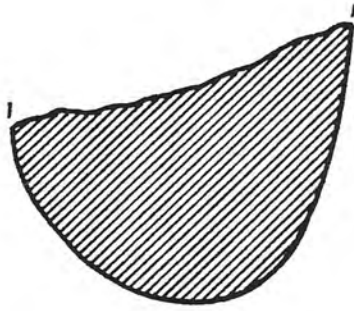


Fig. 33: Los Arenales. Ind. lítica de sílex.



22



23

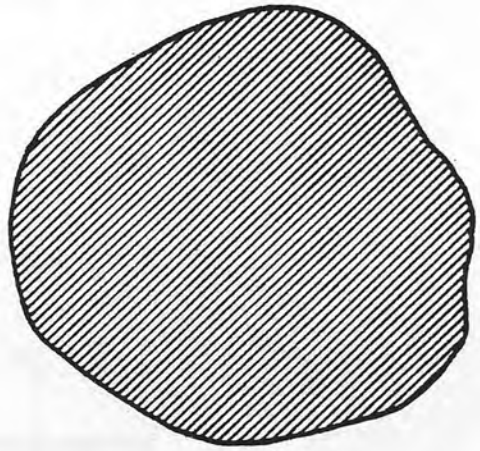
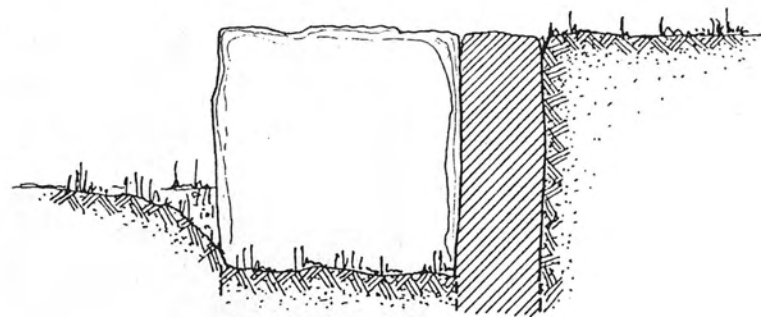


Fig. 34: Los Arenales. Piedra pulimentada.



SECCION M-N



SECCION C-D

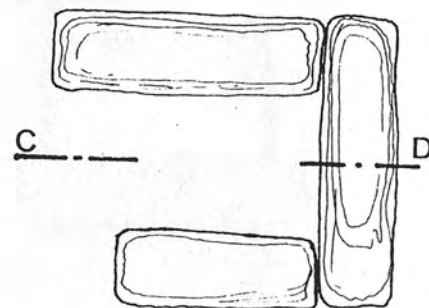
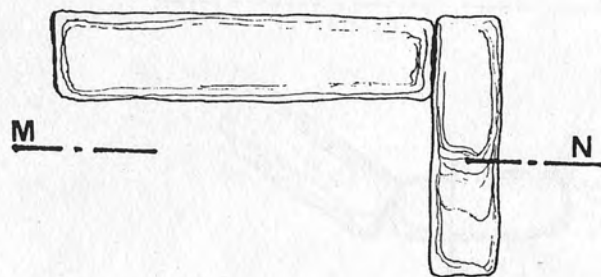


Fig. 35: Los Arenales. Cistas megalíticas.

SECCION M-N

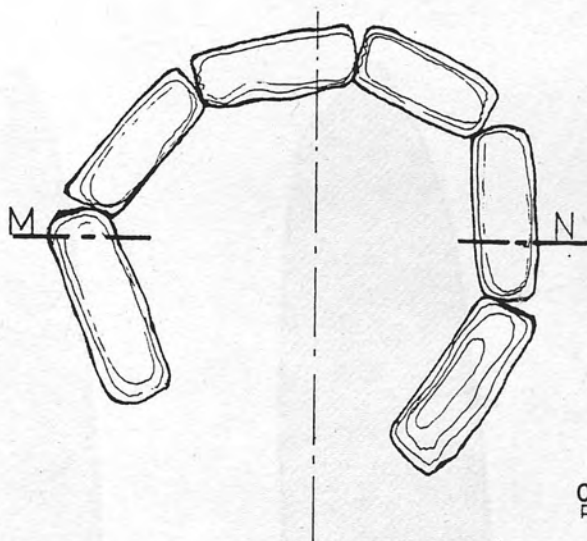
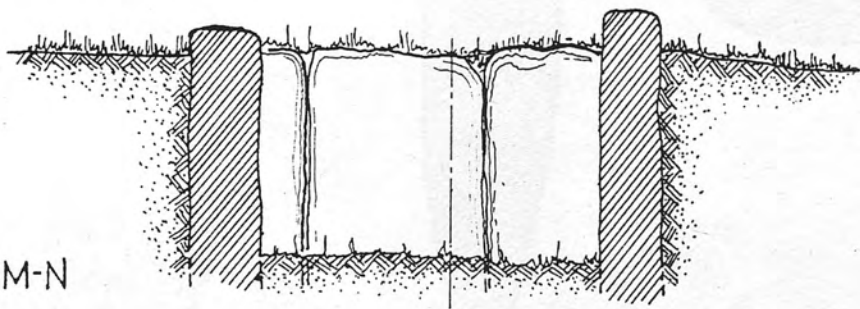
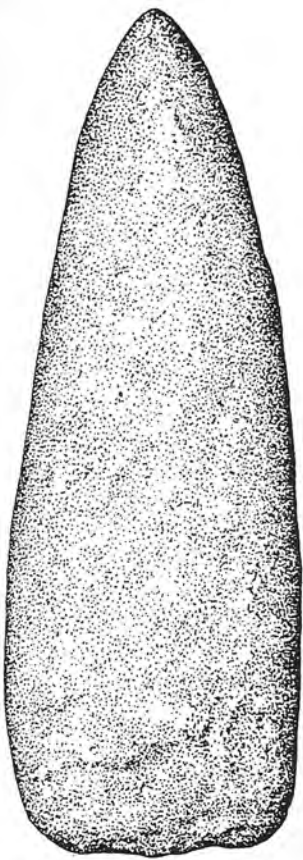
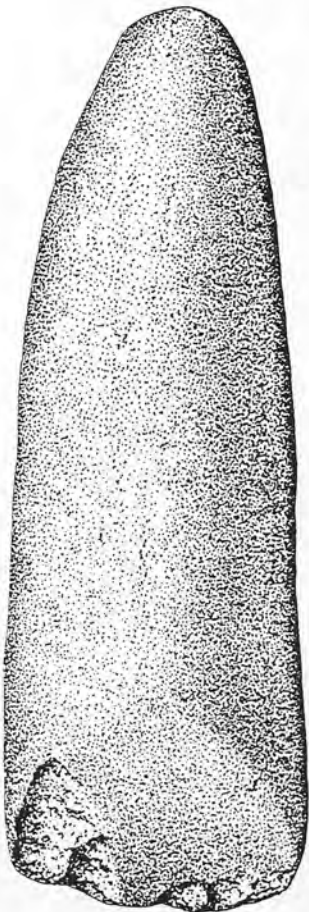
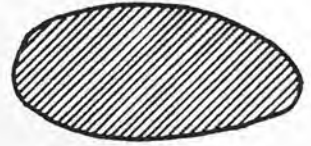
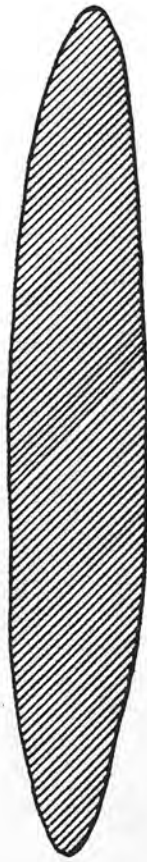


Fig. 36: Los Arenales. Estructura funeraria megalítica.



1



2

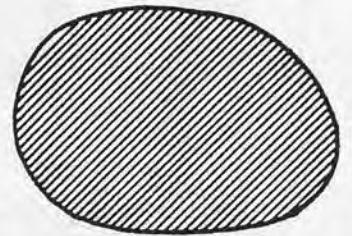
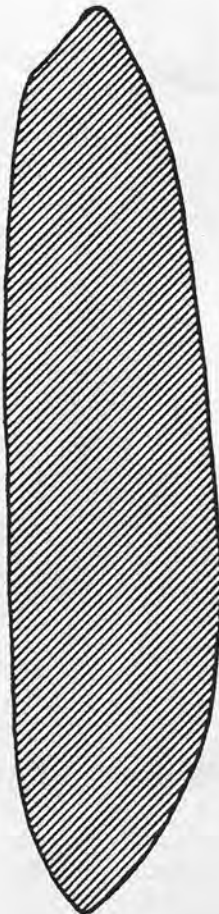


Fig. 37: Vega de Don Antonio. Ind. lítica.

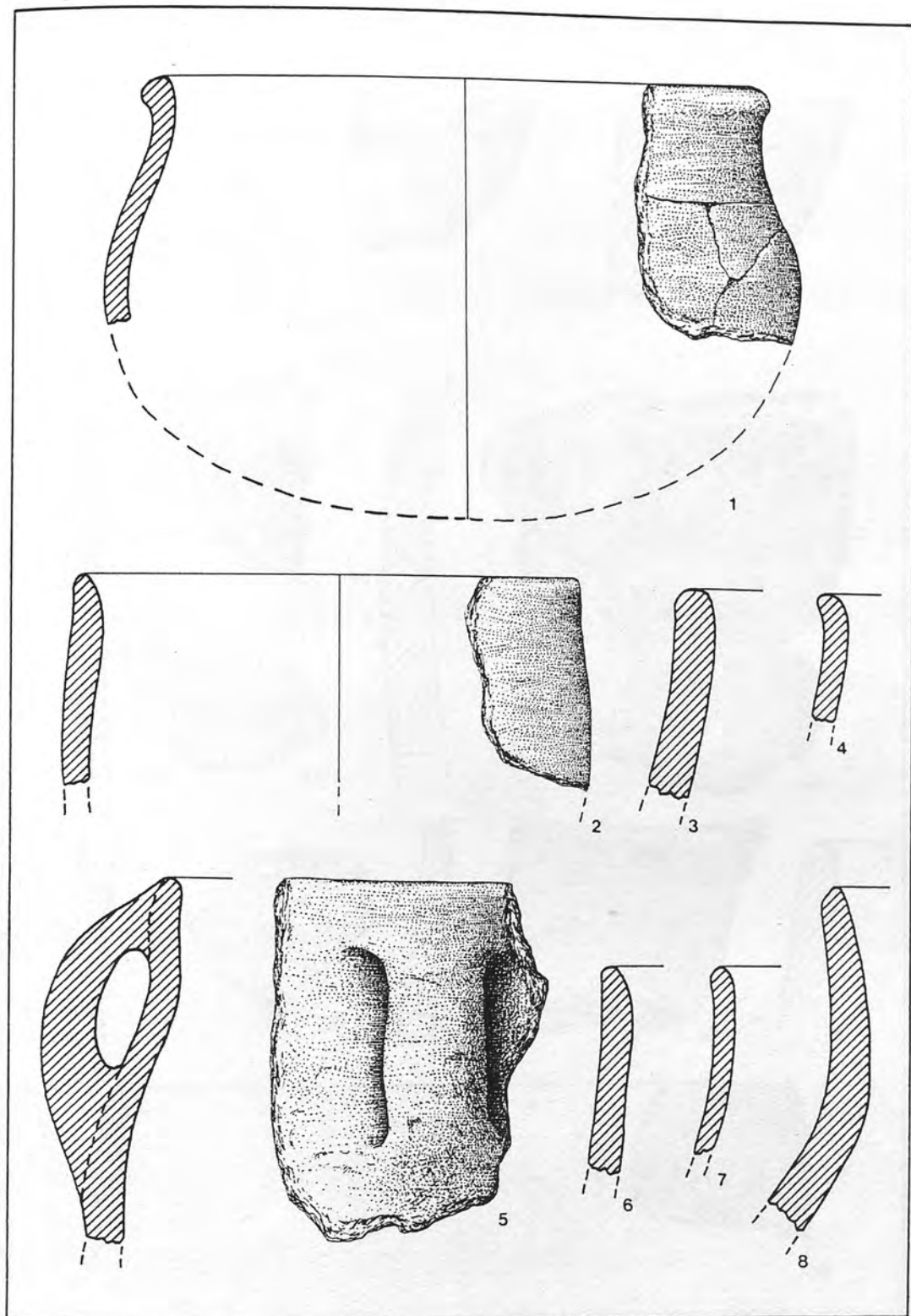


Fig. 42: Estrato 6. Cerámica lisa: cuencos y ollas (1:1, excepto el núm. 1 a 1:2).

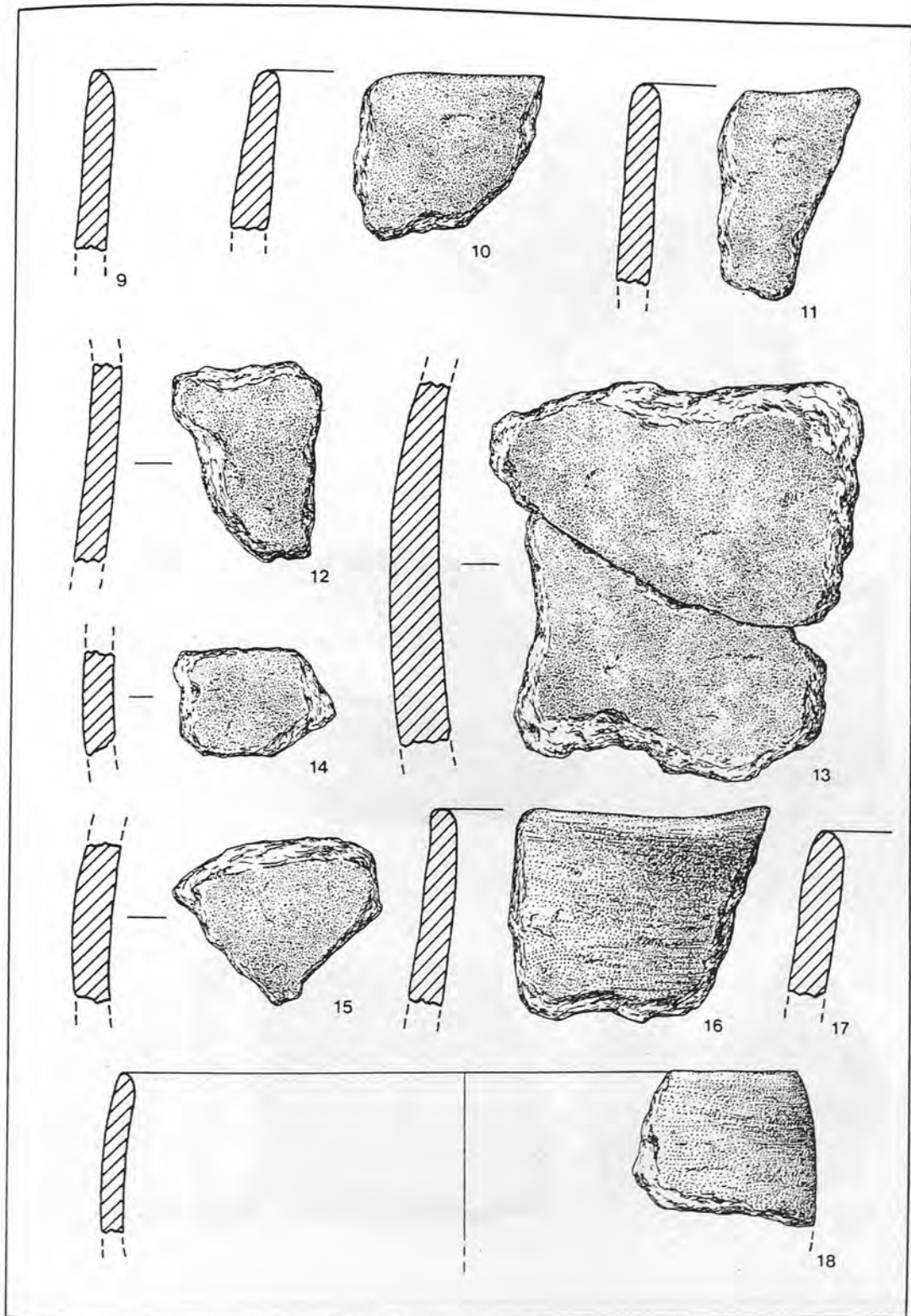


Fig. 43: Estrato 6. Cerámica "a la almagra" (núms. 9-15) y cerámica lisa: ollas y cuencos (1:1, excepto el núm. 18 a 1:2).

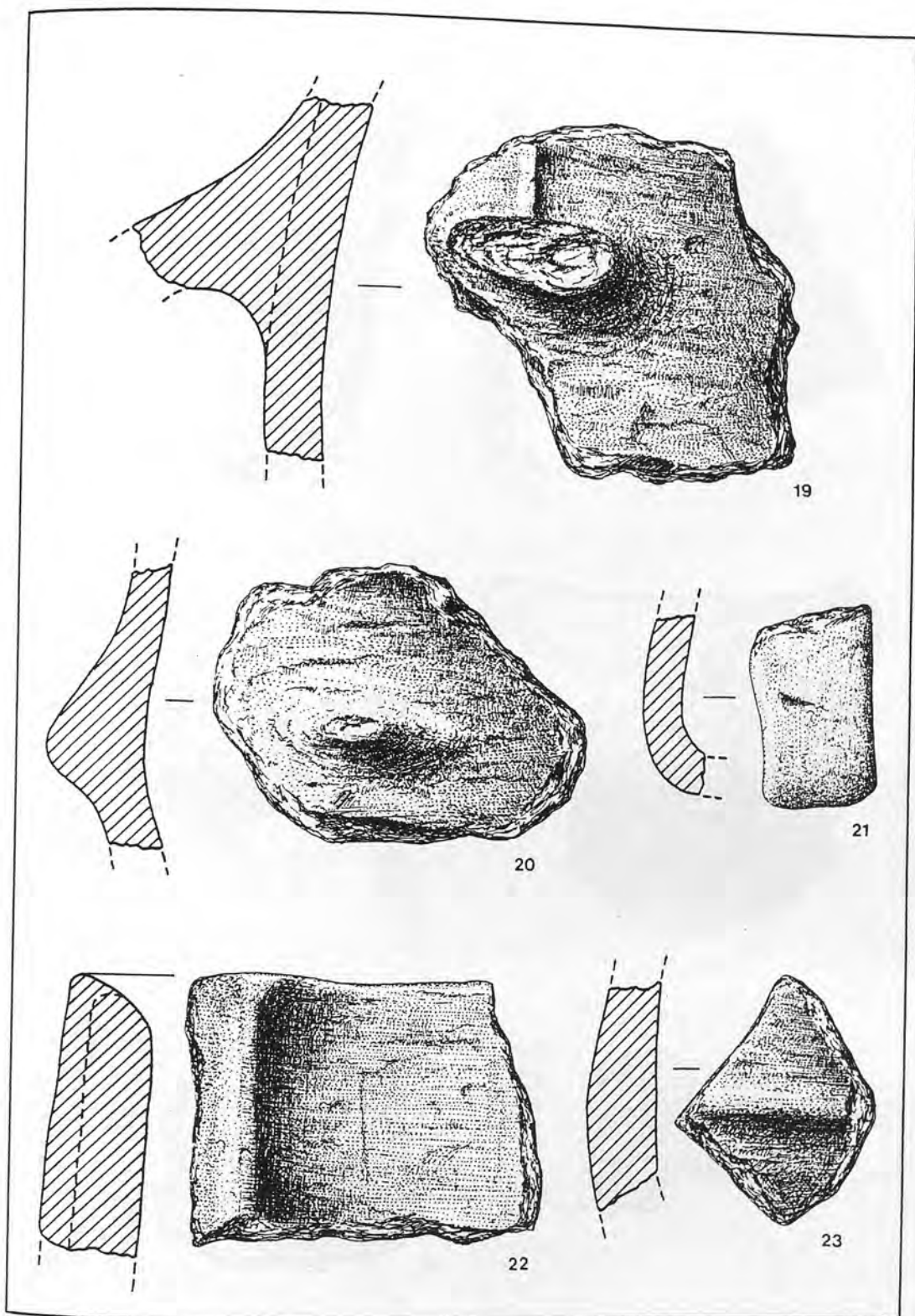


Fig. 44: Estrato 6. Asas y cerámica decorada con cordones lisos (1:1).

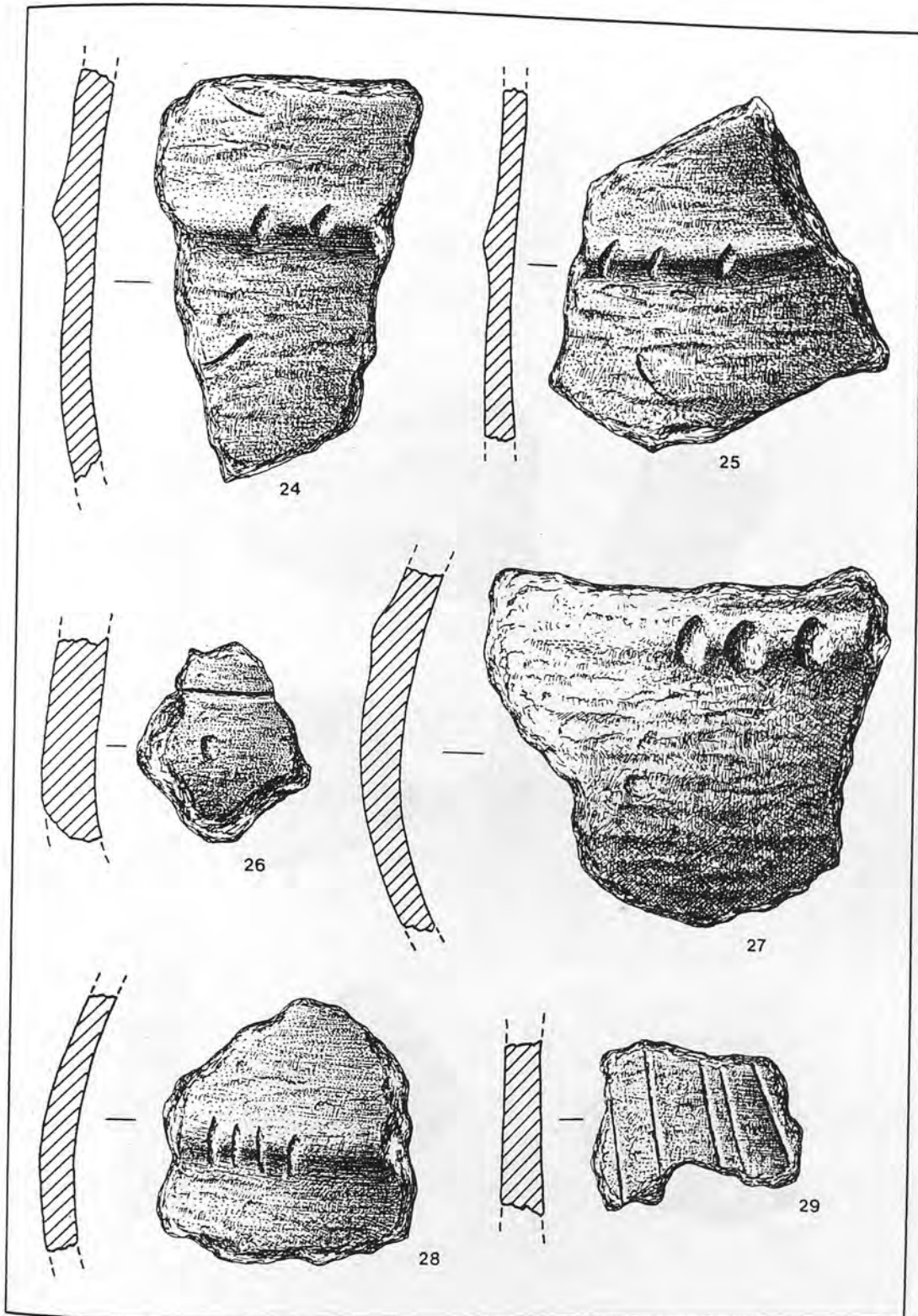


Fig. 45: Estrato 6. Cerámica decorada en relieve e incisa (1:1).

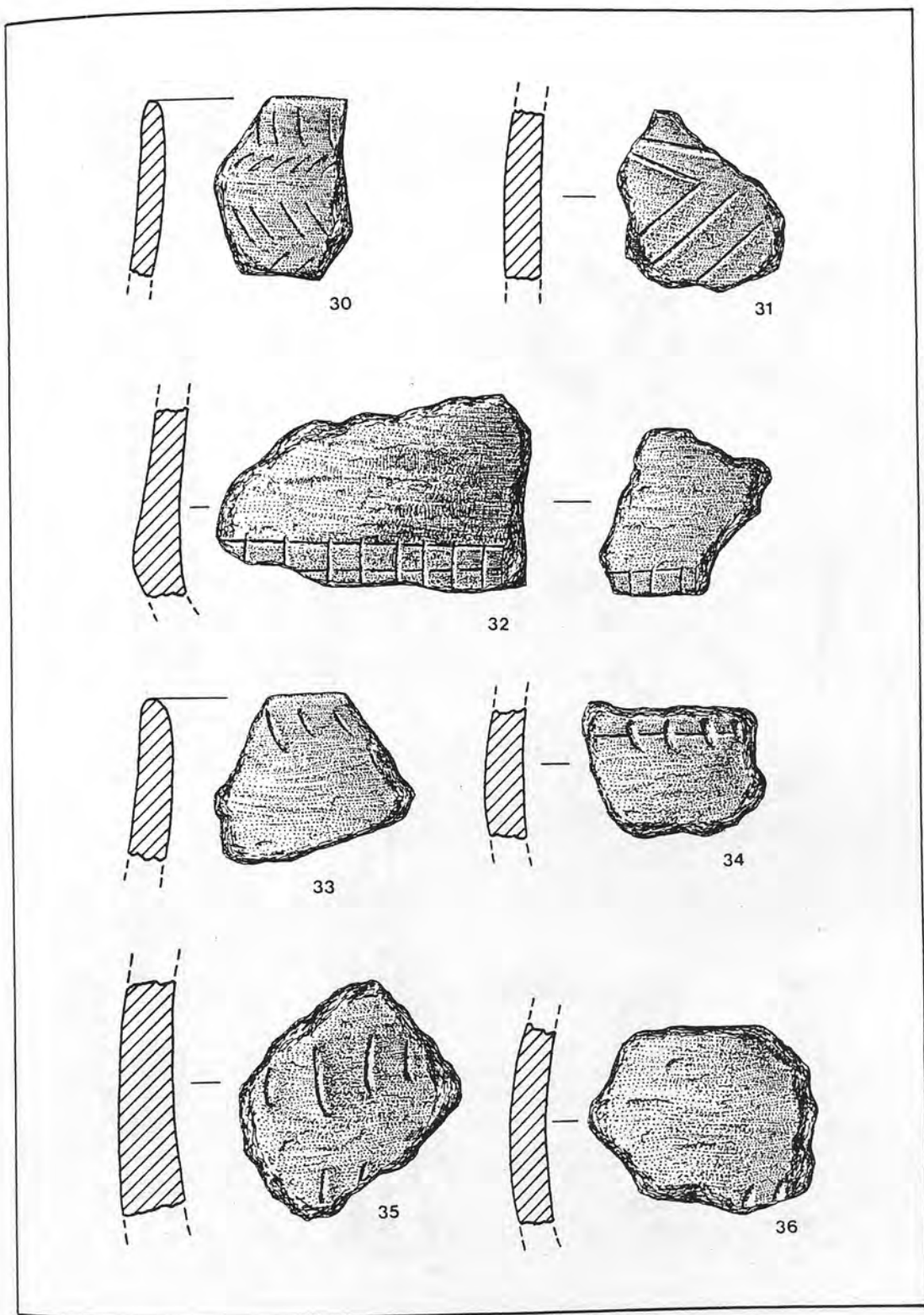


Fig. 46: Estrato 6. Cerámica incisa (1:1).

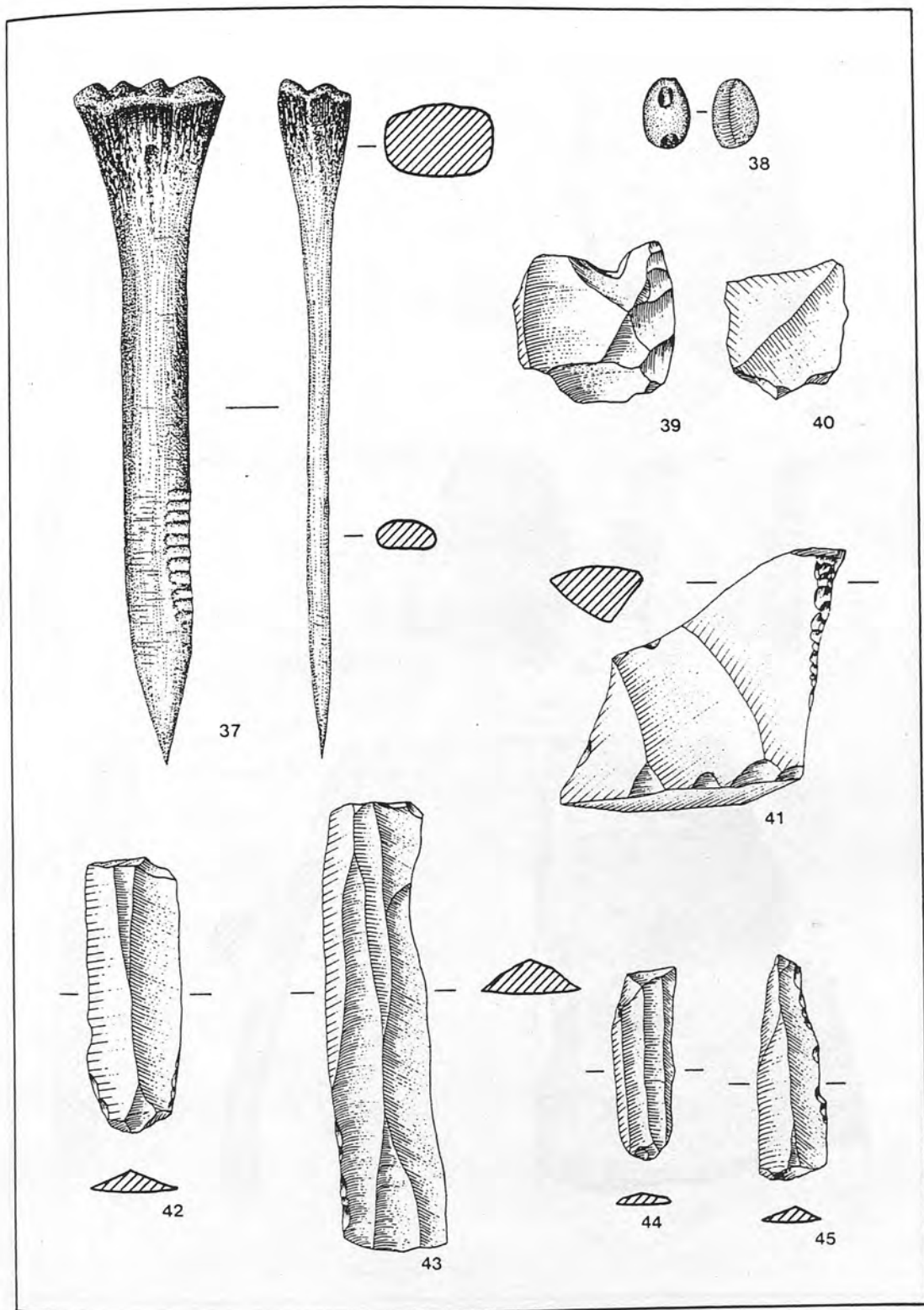


Fig. 47: Estrato 6. Punzón, cuenta de concha, ind. lítica (1:1).

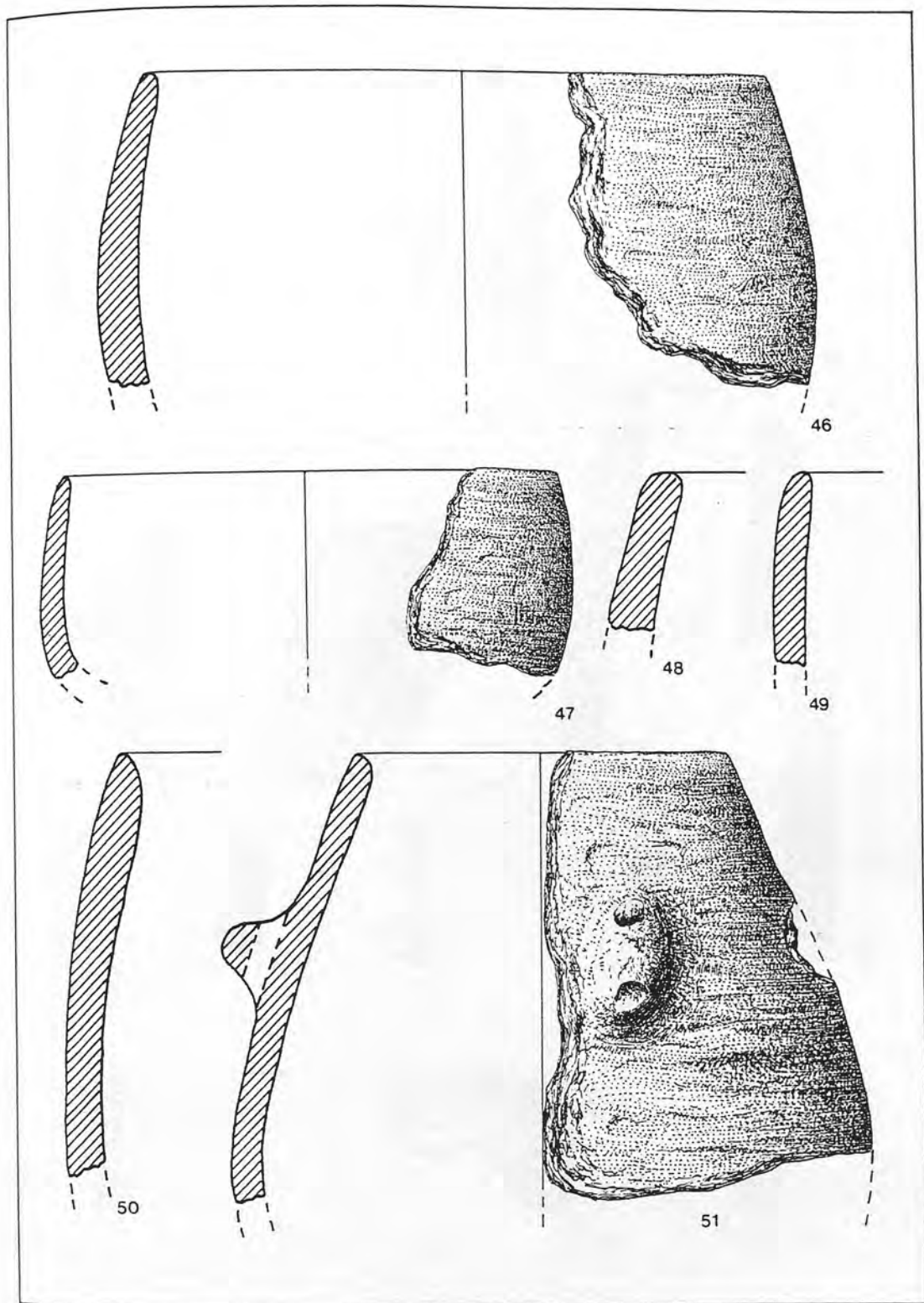


Fig. 48: Estrato 5. Cerámica lisa: ollas y cuencos (1:1, excepto los núms. 47 y 51 a 1:2).

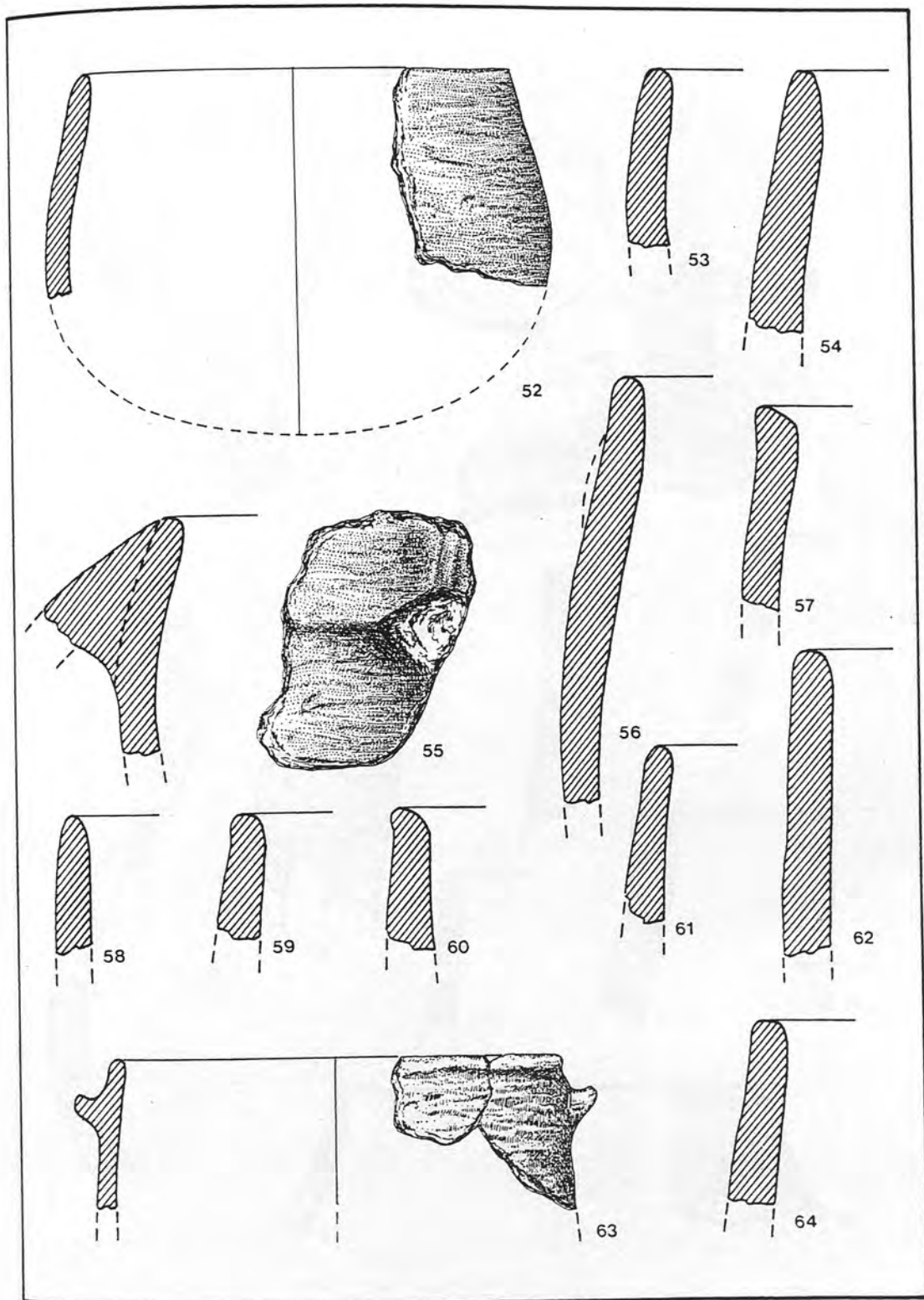


Fig. 49: Estrato 5. Cerámica lisa: ollas y cuencos (1:1, excepto los núms. 52 y 63 a 1:2).

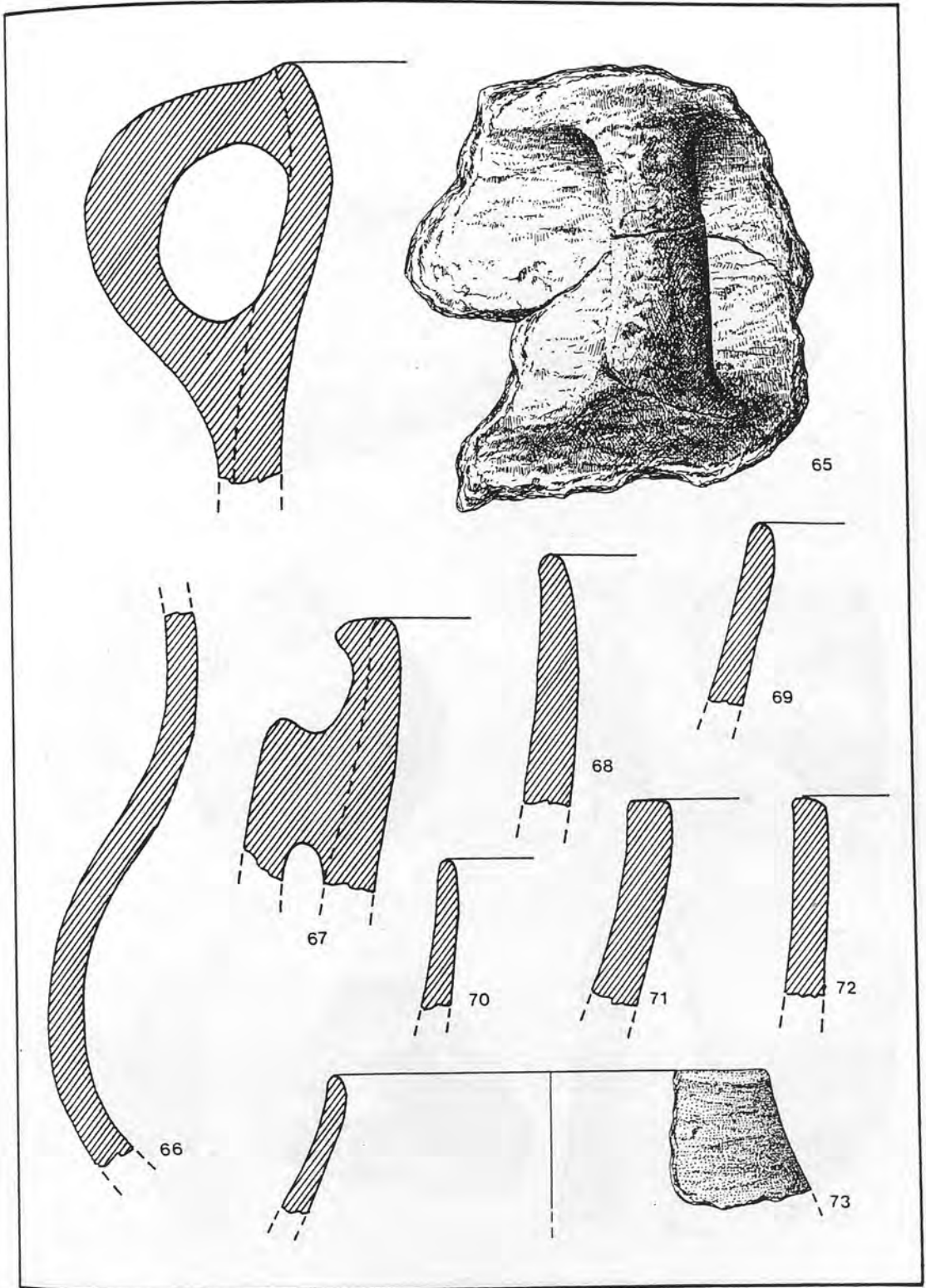


Fig. 50: Estrato 5. Cerámica lisa: ollas (1:1, excepto el núm. 73 a 1:2).

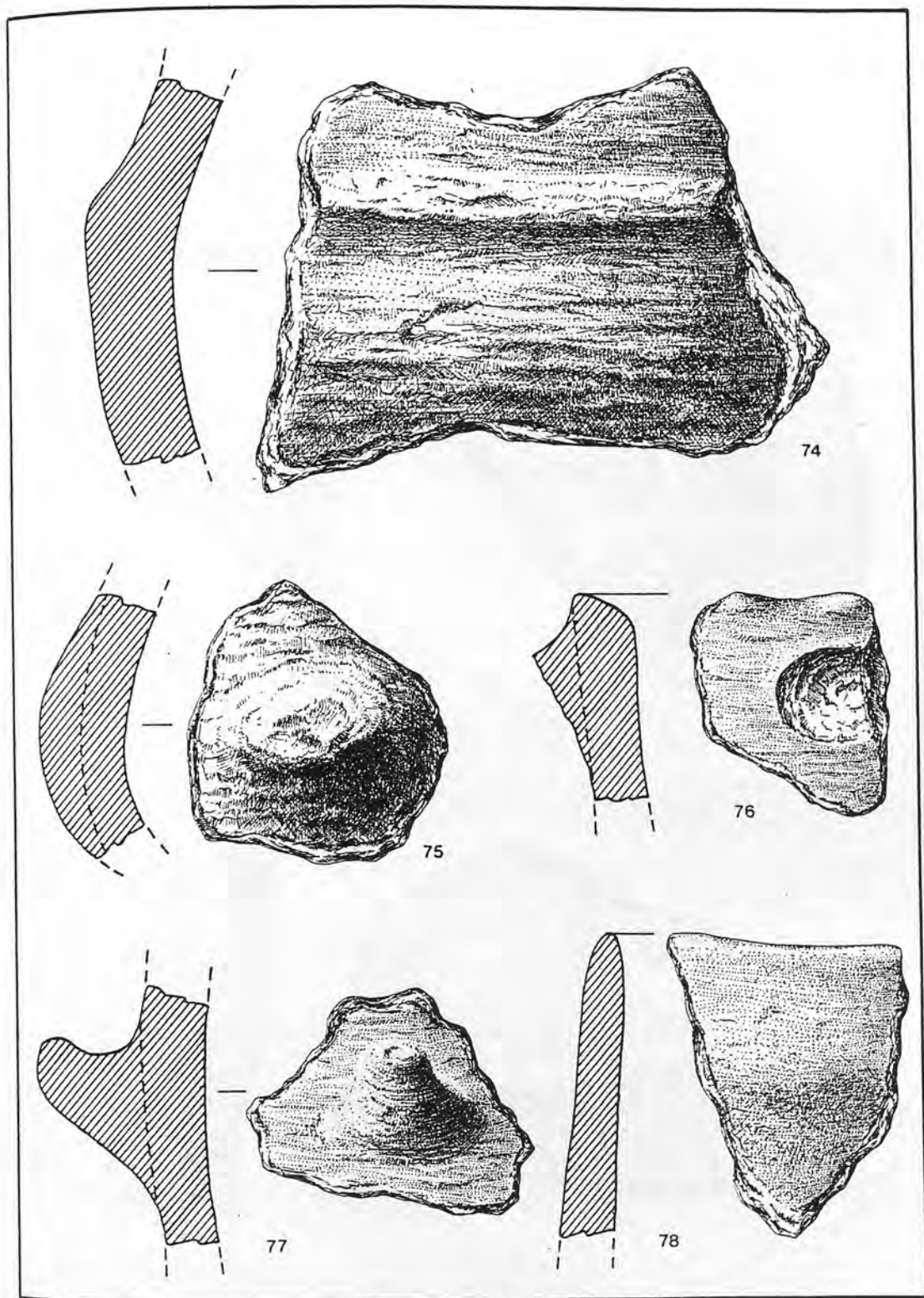


Fig. 51: Estrato 5. Cerámica lisa: cuencos y ollas (1:1).

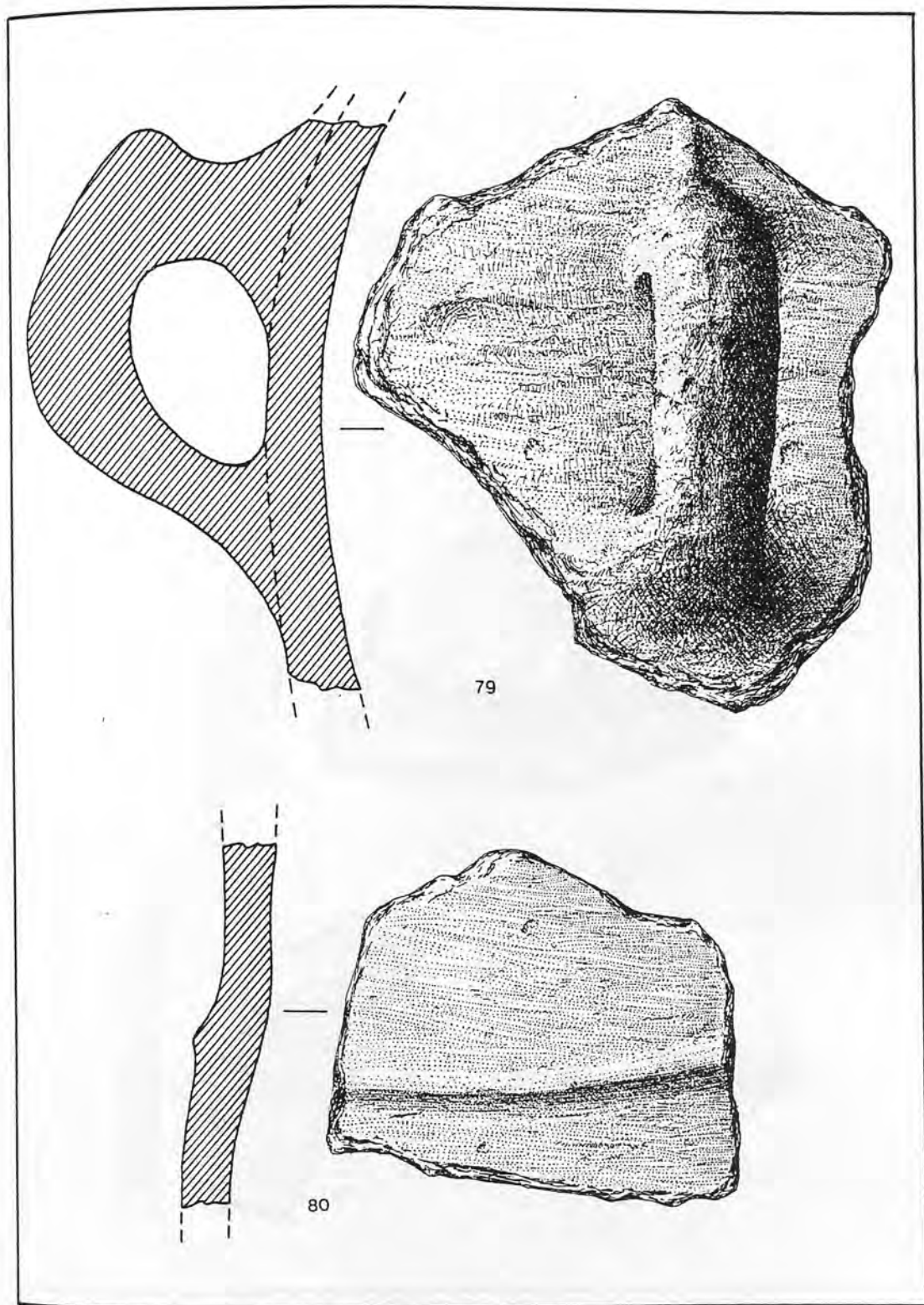


Fig. 52: Estrato 5. Cerámica con decoración de cordones lisos (1:1).

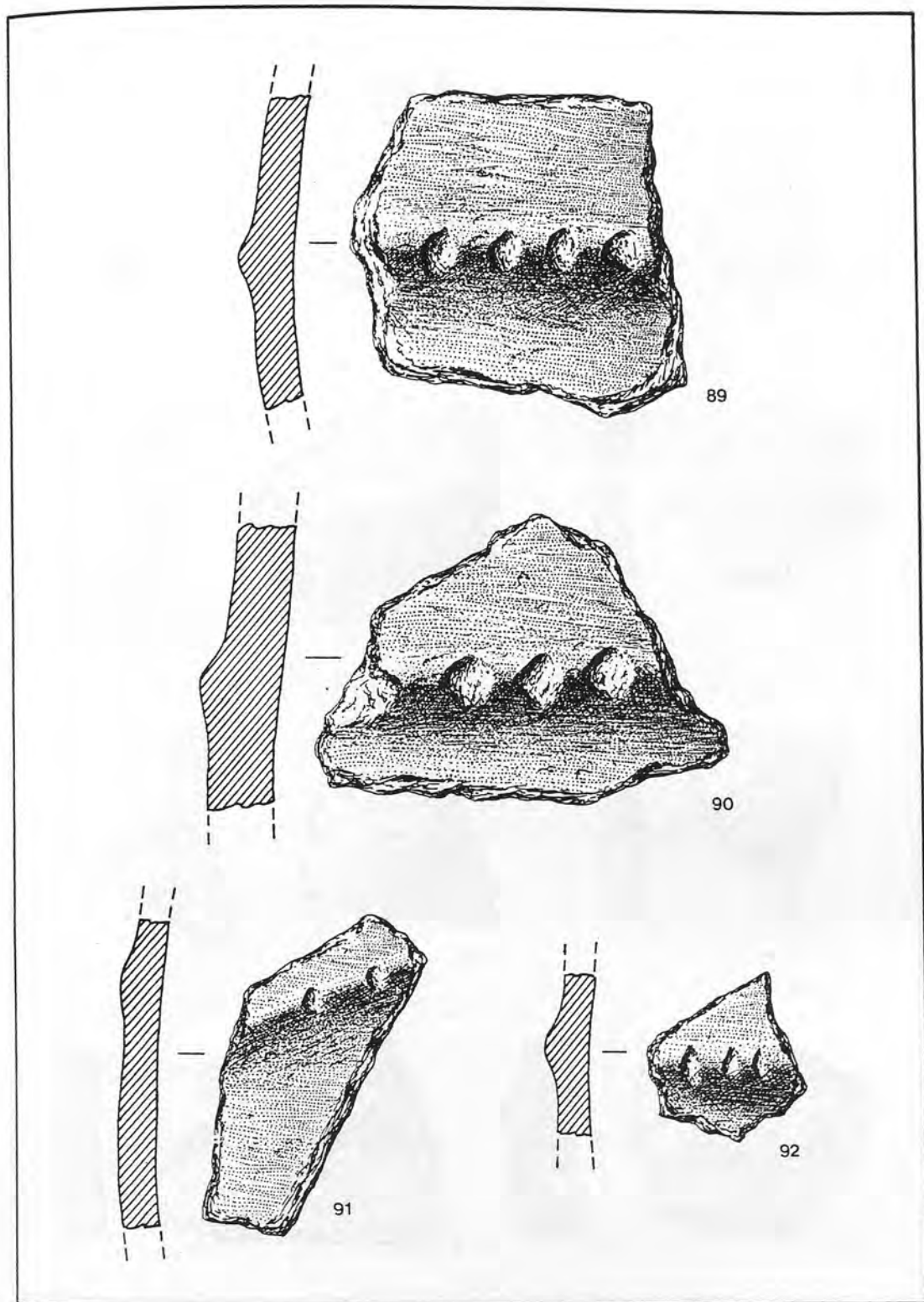


Fig. 53: Estrato 5. Asas cerámica incisa, fragmento con perforación y otros con decoración de cordones con impresiones (1:1).

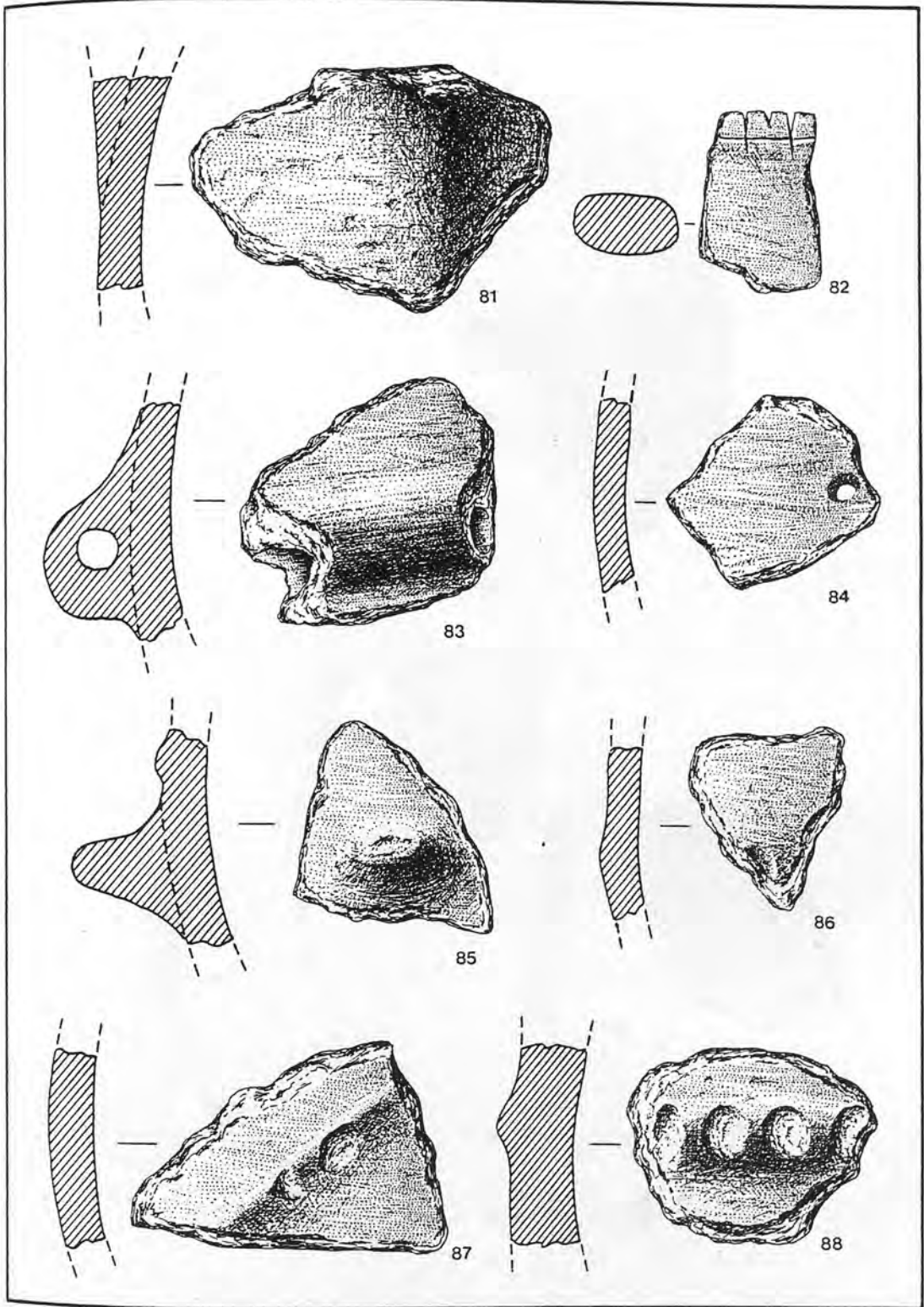


Fig. 54: Estrato 5. Cerámica con decoración en relieve (1:1).

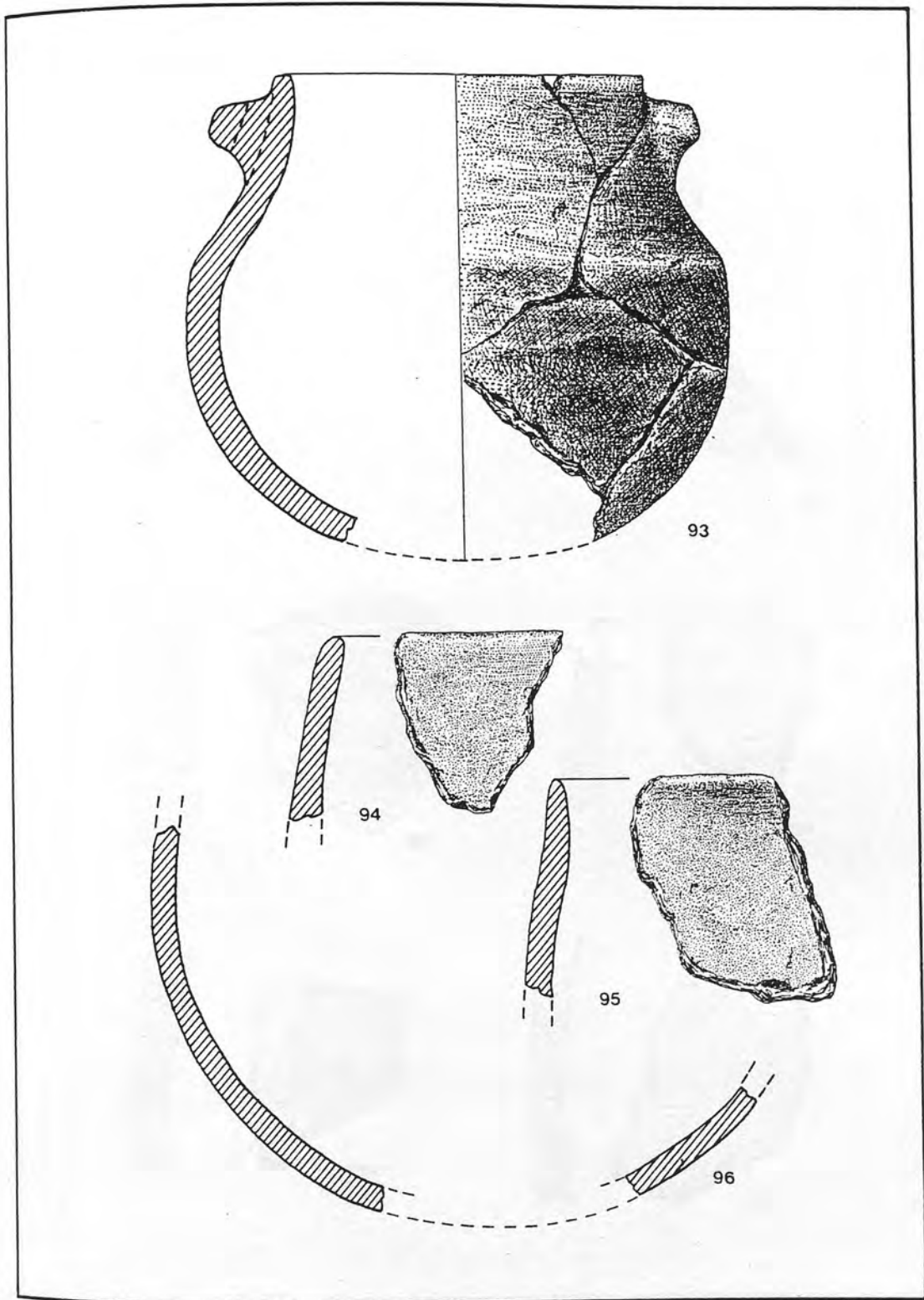


Fig. 55: Estrato 5. Cerámica "a la almagra" (1:1).

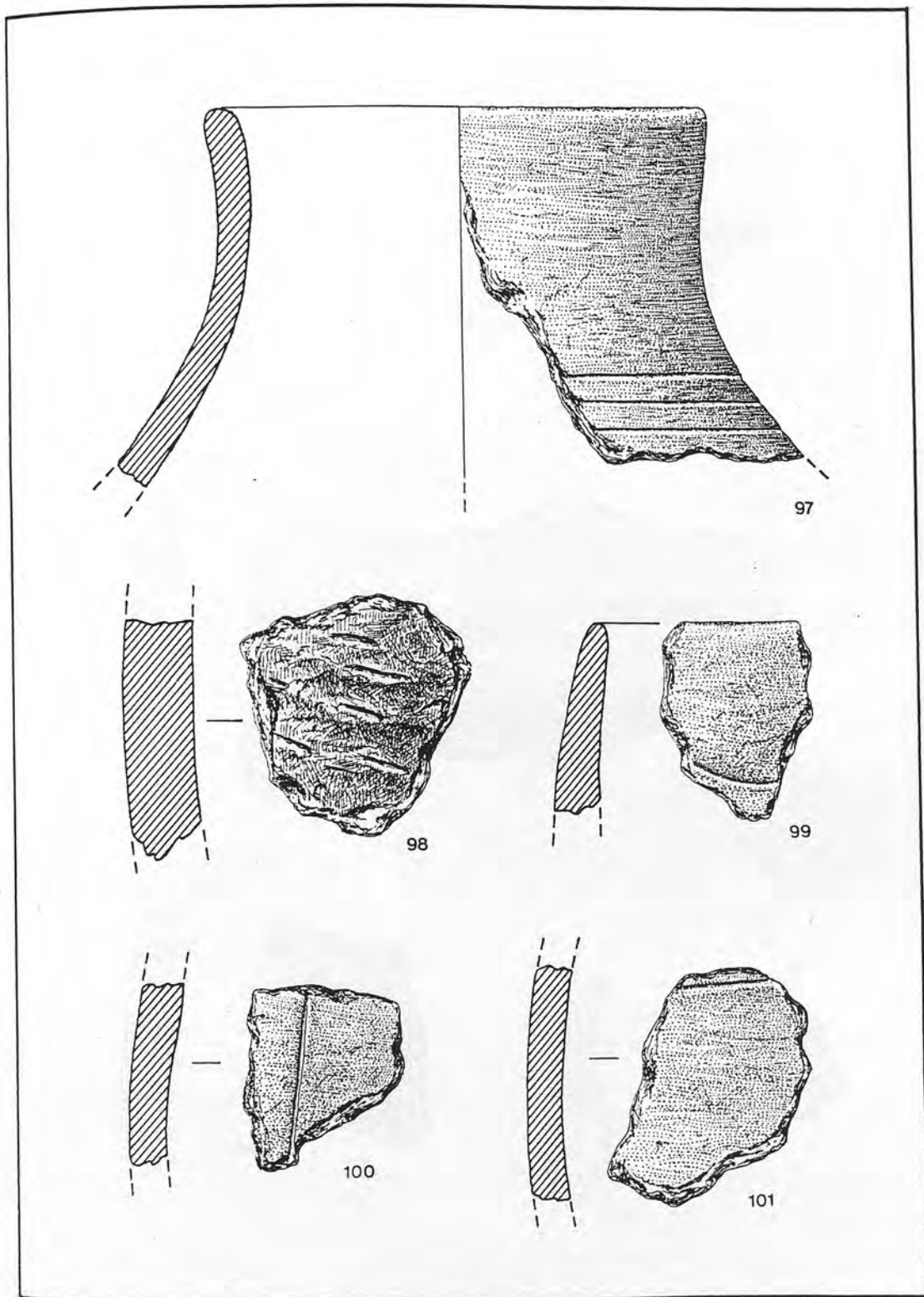


Fig. 56: Estrato 5. Cerámica incisa (1:1).

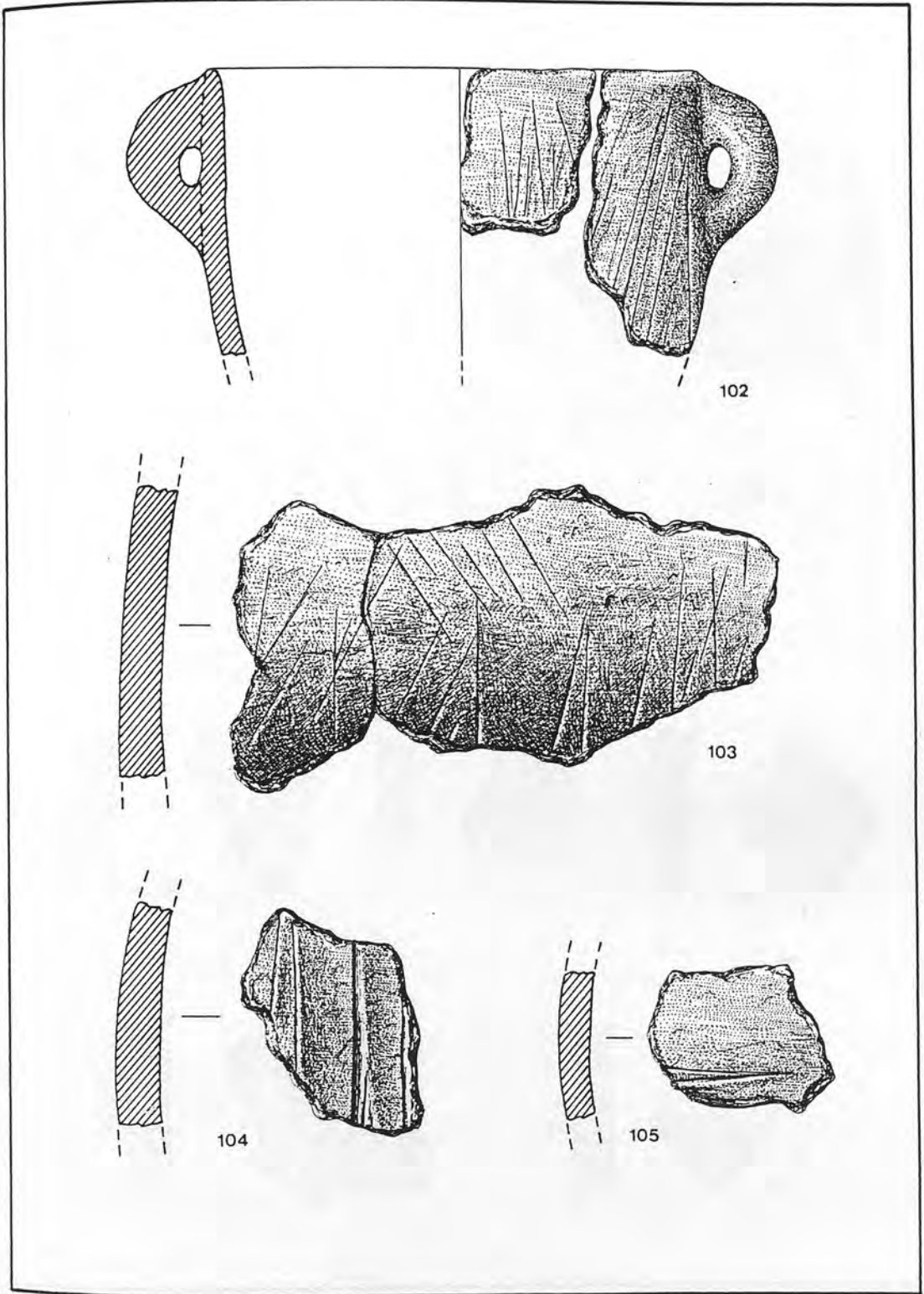


Fig. 57: Estrato 5. Cerámica incisa (1:1, excepto el núm. 102 a 1:2).

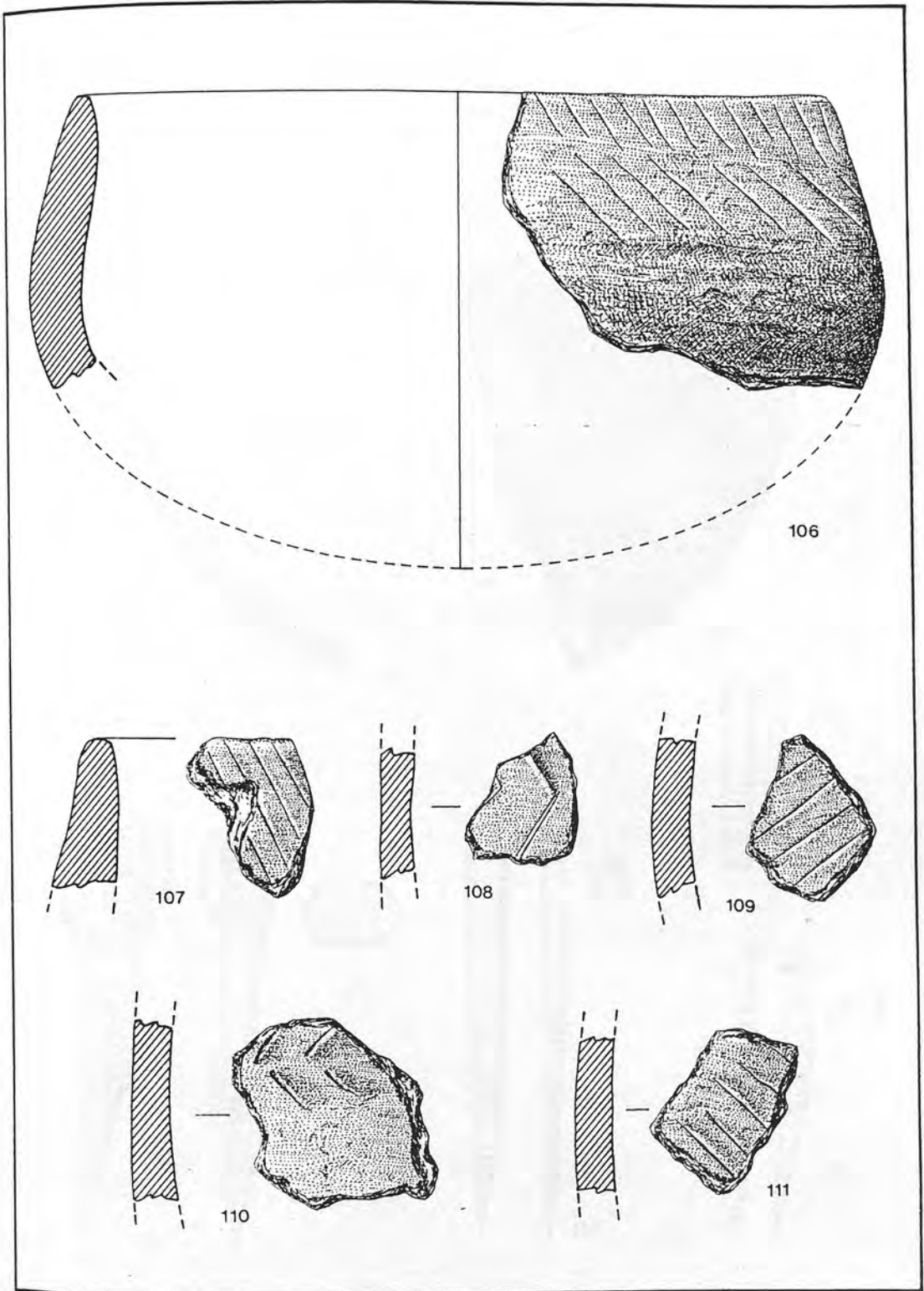


Fig. 58: Estrato 5. Cerámica incisa (1:1).

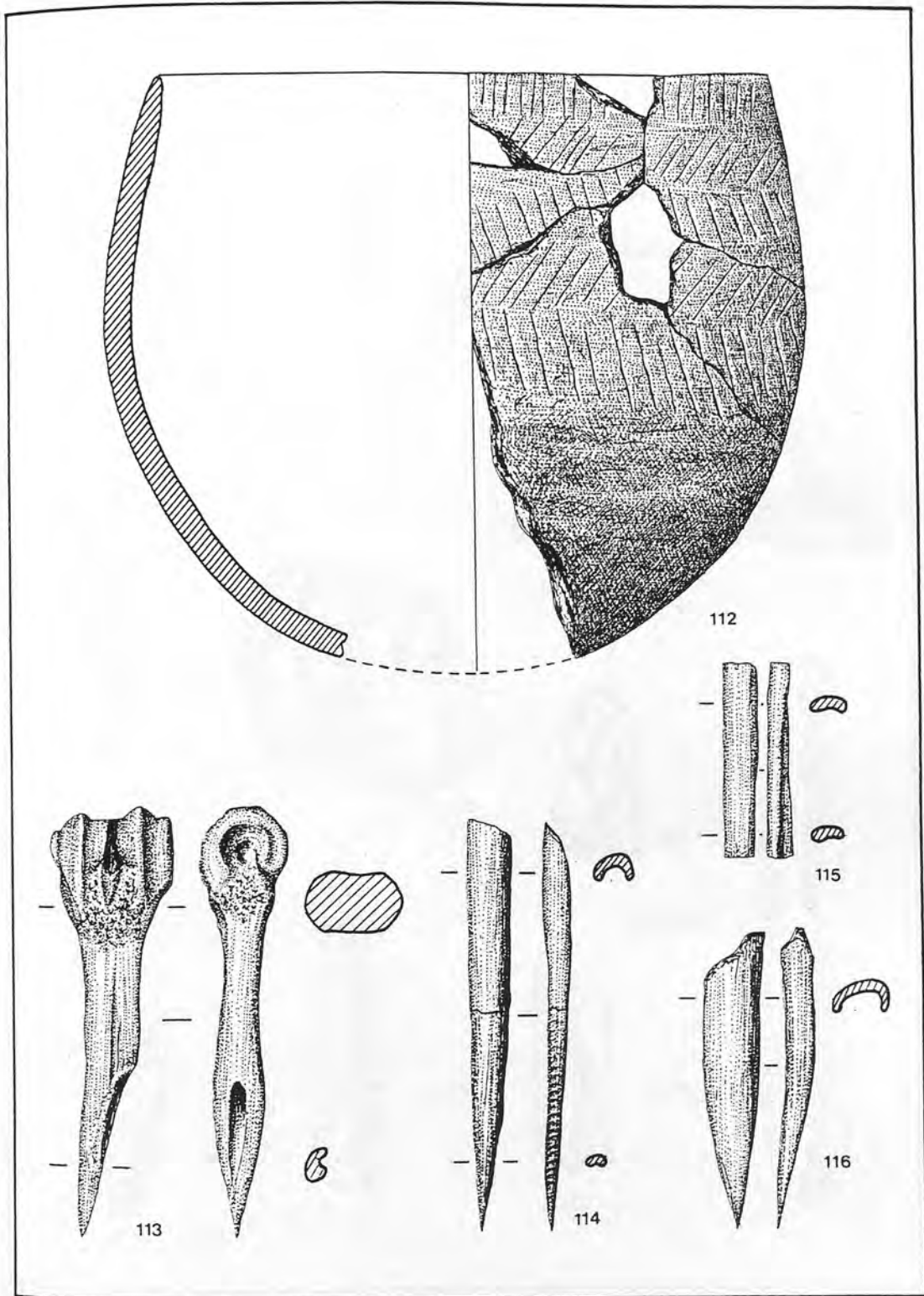


Fig. 59: Estrato 5. Cerámica incisa (1:2) y punzones (1:1).

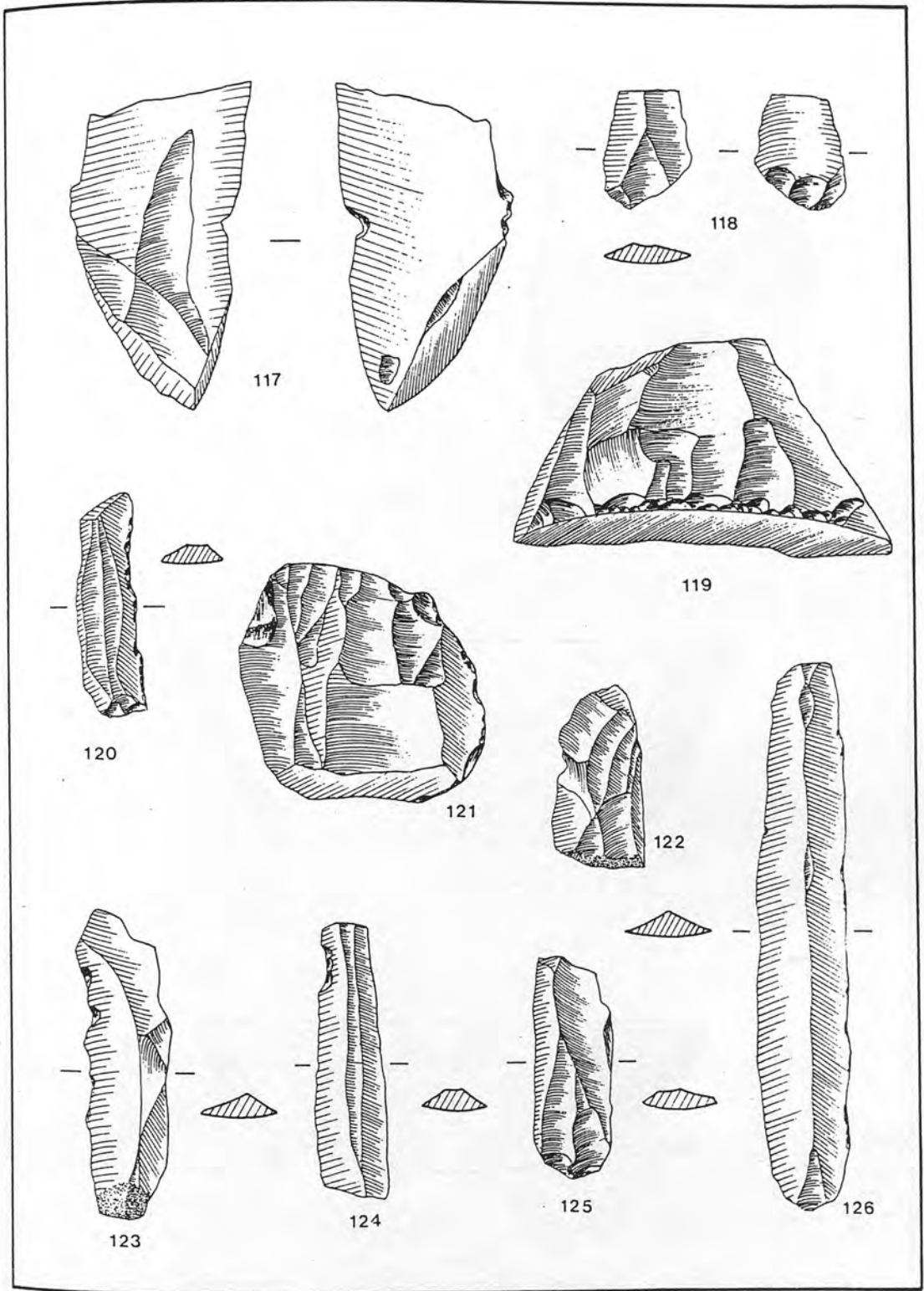


Fig. 60: Estrato 5. Ind. lítica (1:1).

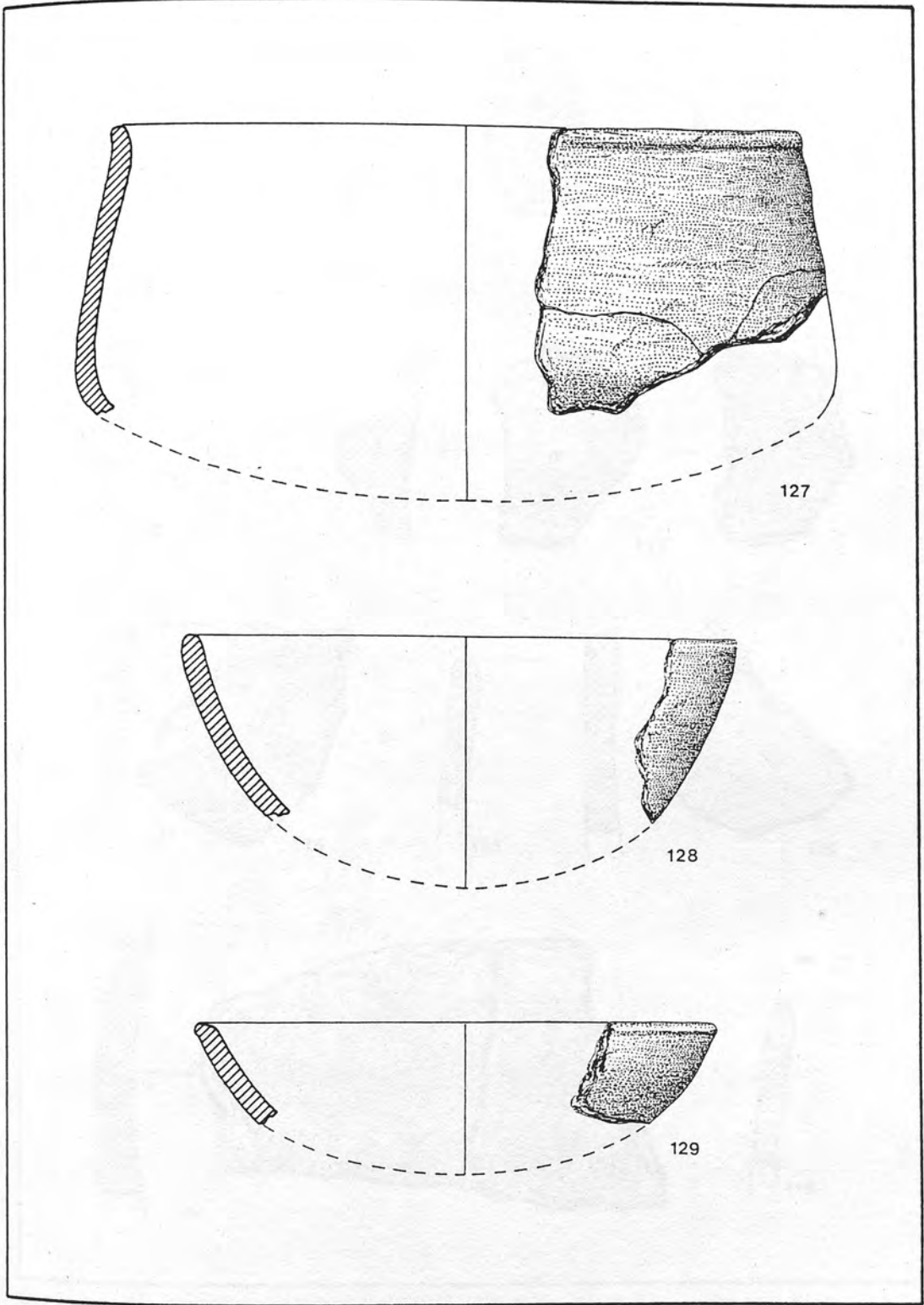


Fig. 61: Estrato 4. Cerámica lisa: cuencos, plato (1:2).

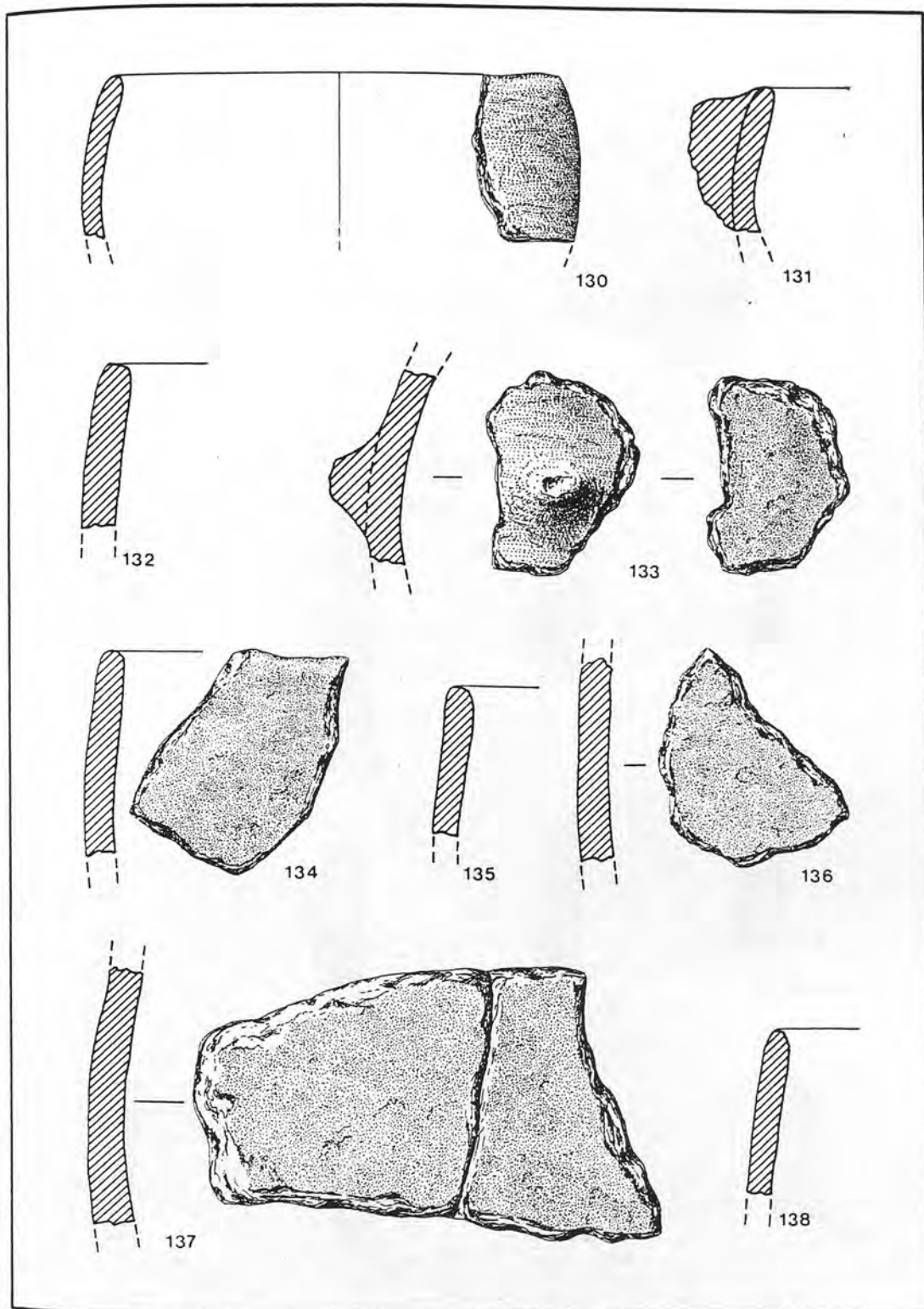


Fig. 62: Estrato 4. Cerámica lisa: cuencos. Cerámica "a la almagra" (núms. 133-134, 136 y 137) (1:1, excepto el núm. 130 a 1:2).

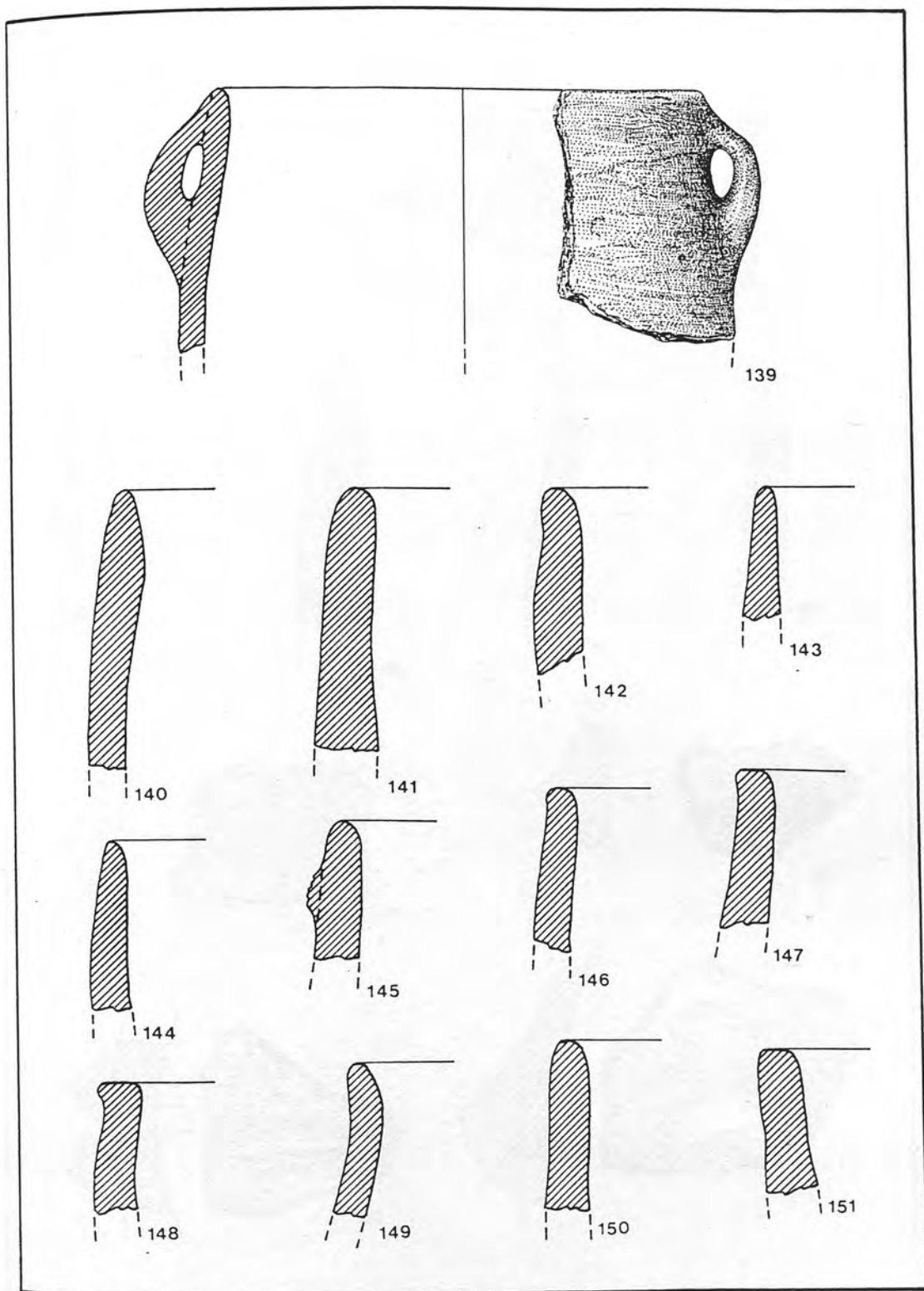


Fig. 63: Estrato 4. Cerámica lisa: ollas y cuencos (1:1, excepto el núm. 139 a 1:2).

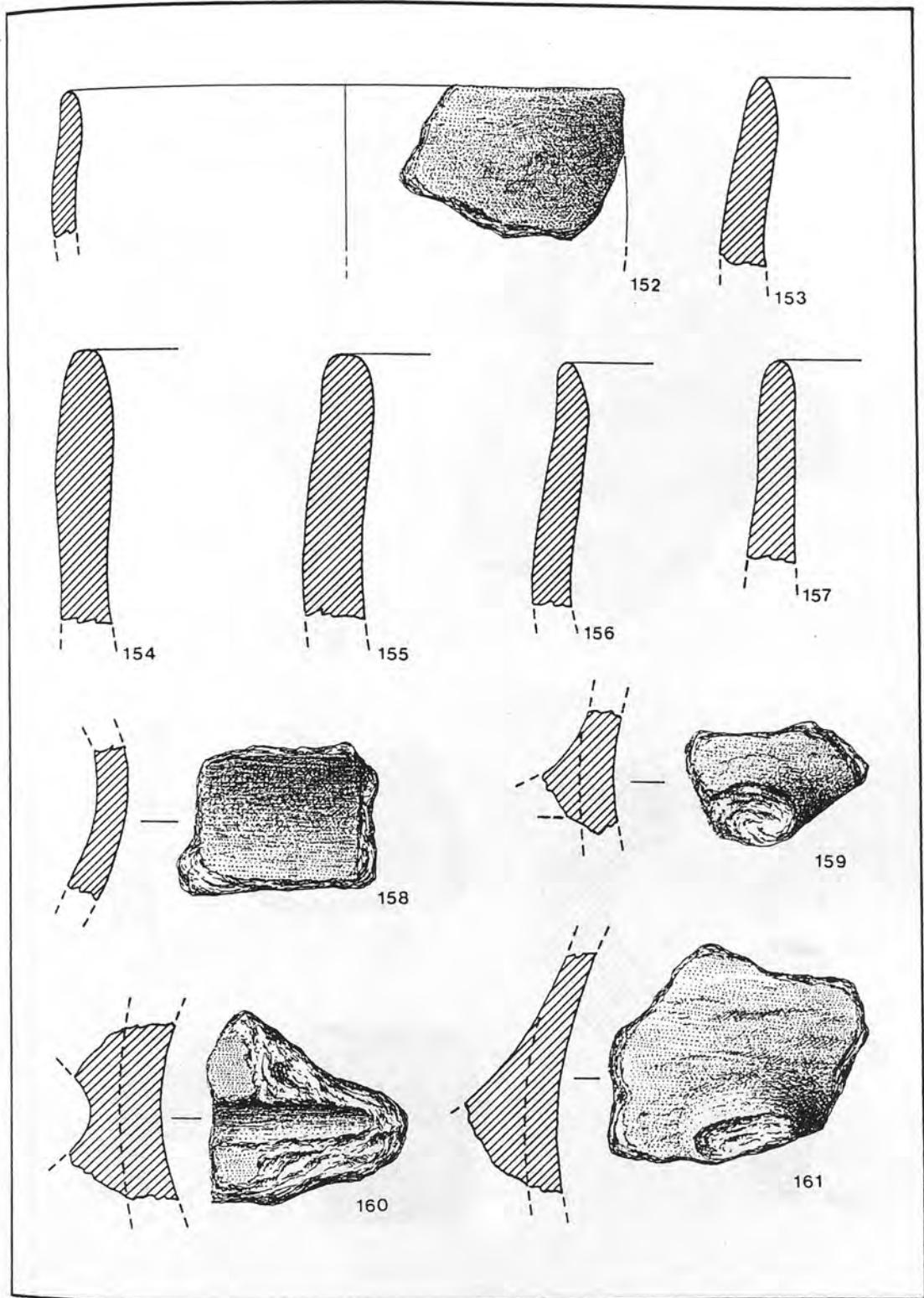


Fig. 64: Estrato 4. Cerámica lisa. Cerámica "a la almagra" (núms. 158-160) (1:1).

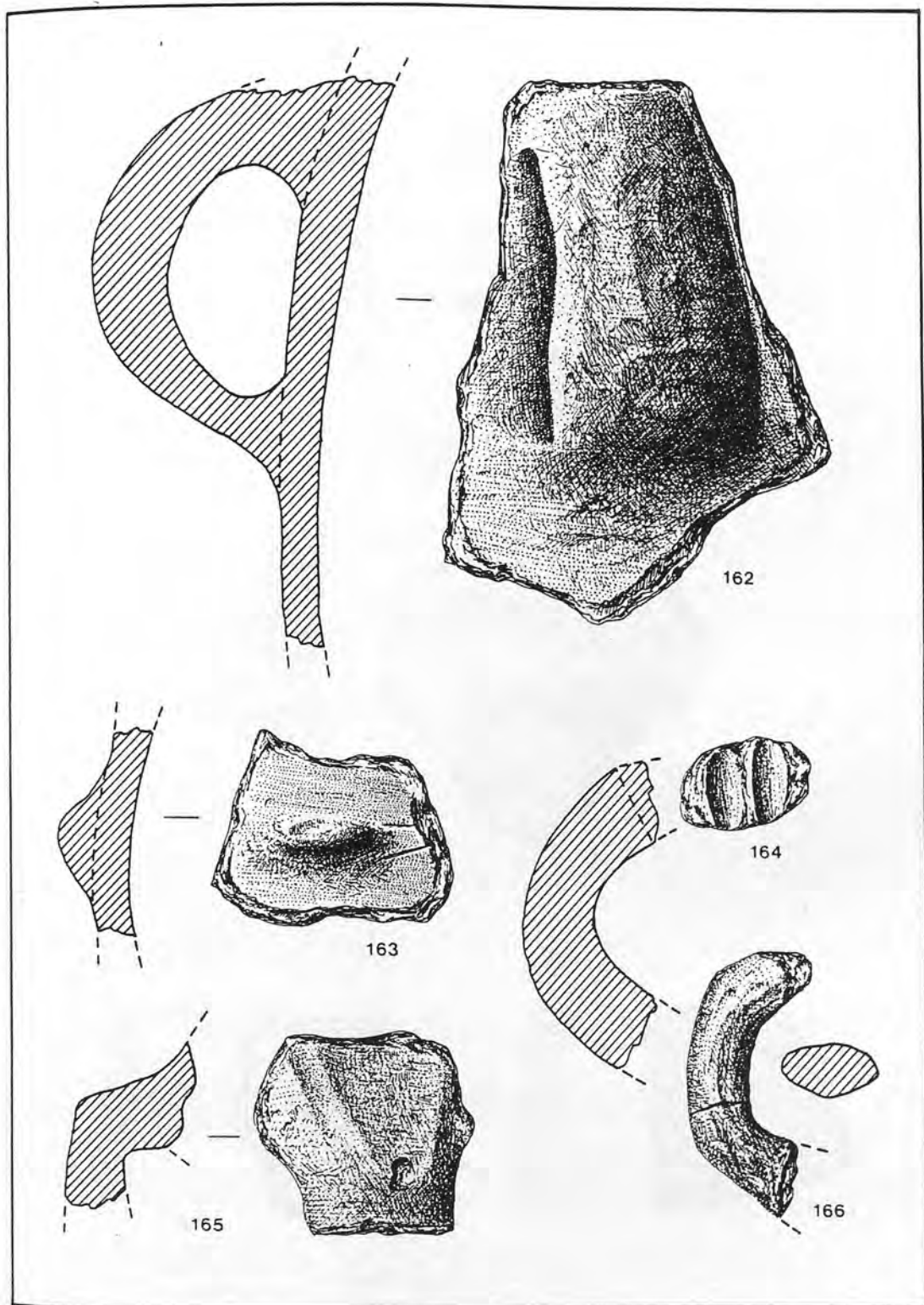


Fig. 65: Estrato 4. Cerámica lisa: asas (1:1).

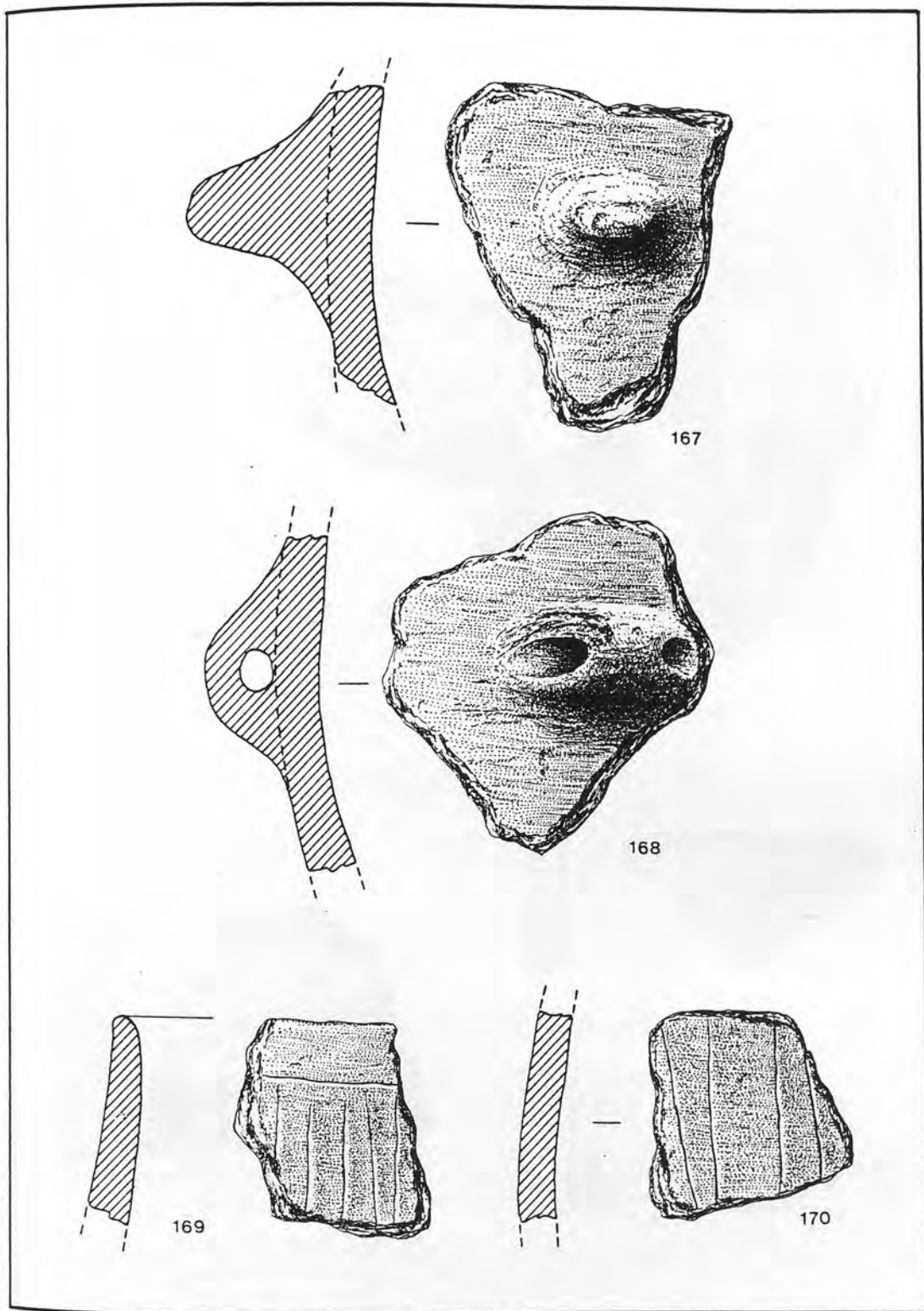


Fig. 66: Estrato 4. Cerámica lisa: asas. Cerámica incisa (1:1).

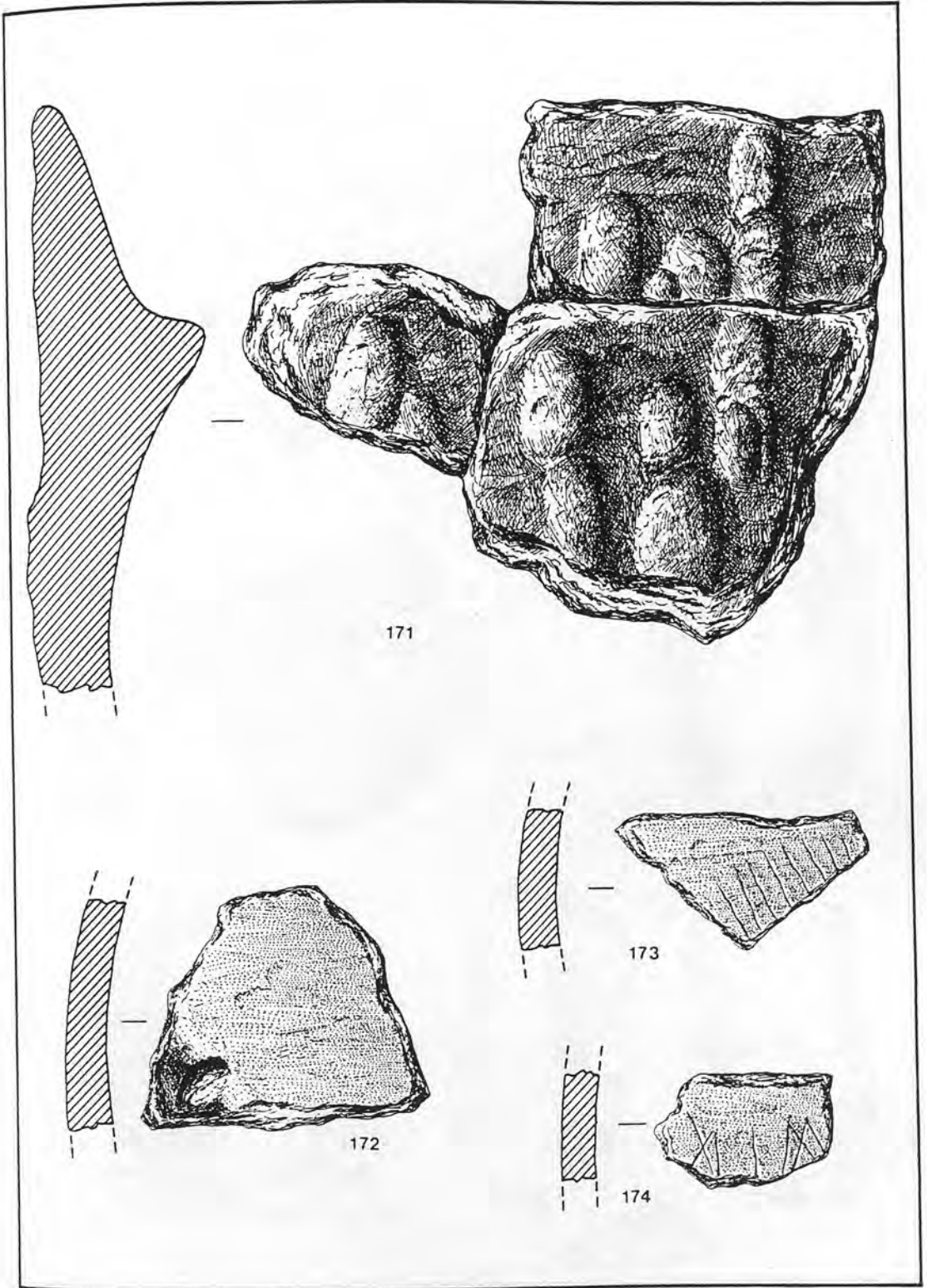


Fig. 67: Estrato 4. Cerámica con decoración en relieve e incisa (1:1).

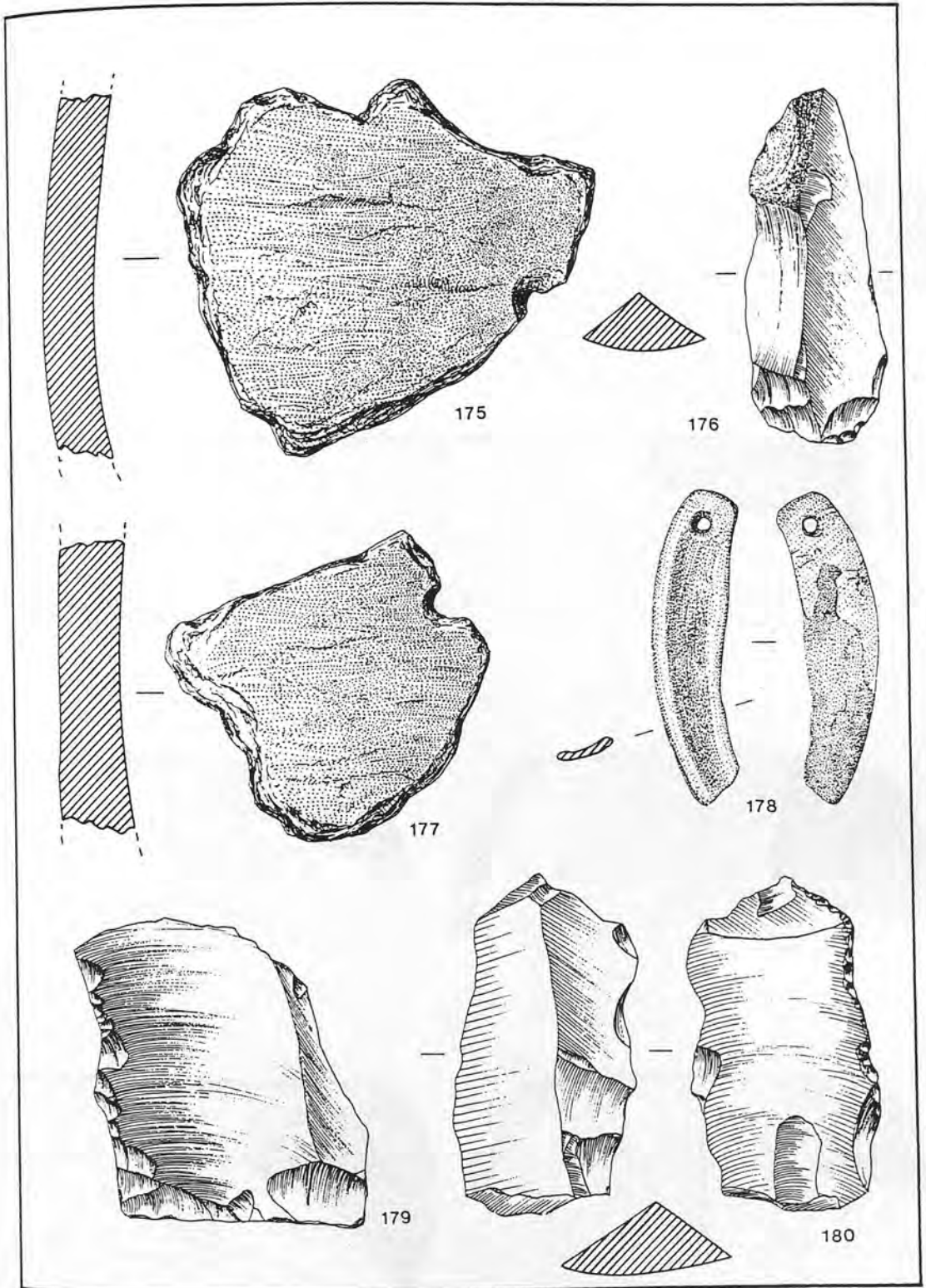


Fig. 68: Estrato 4. Cerámica lisa con perforaciones de reparación. Industria lítica. Colgante de concha (1:1).

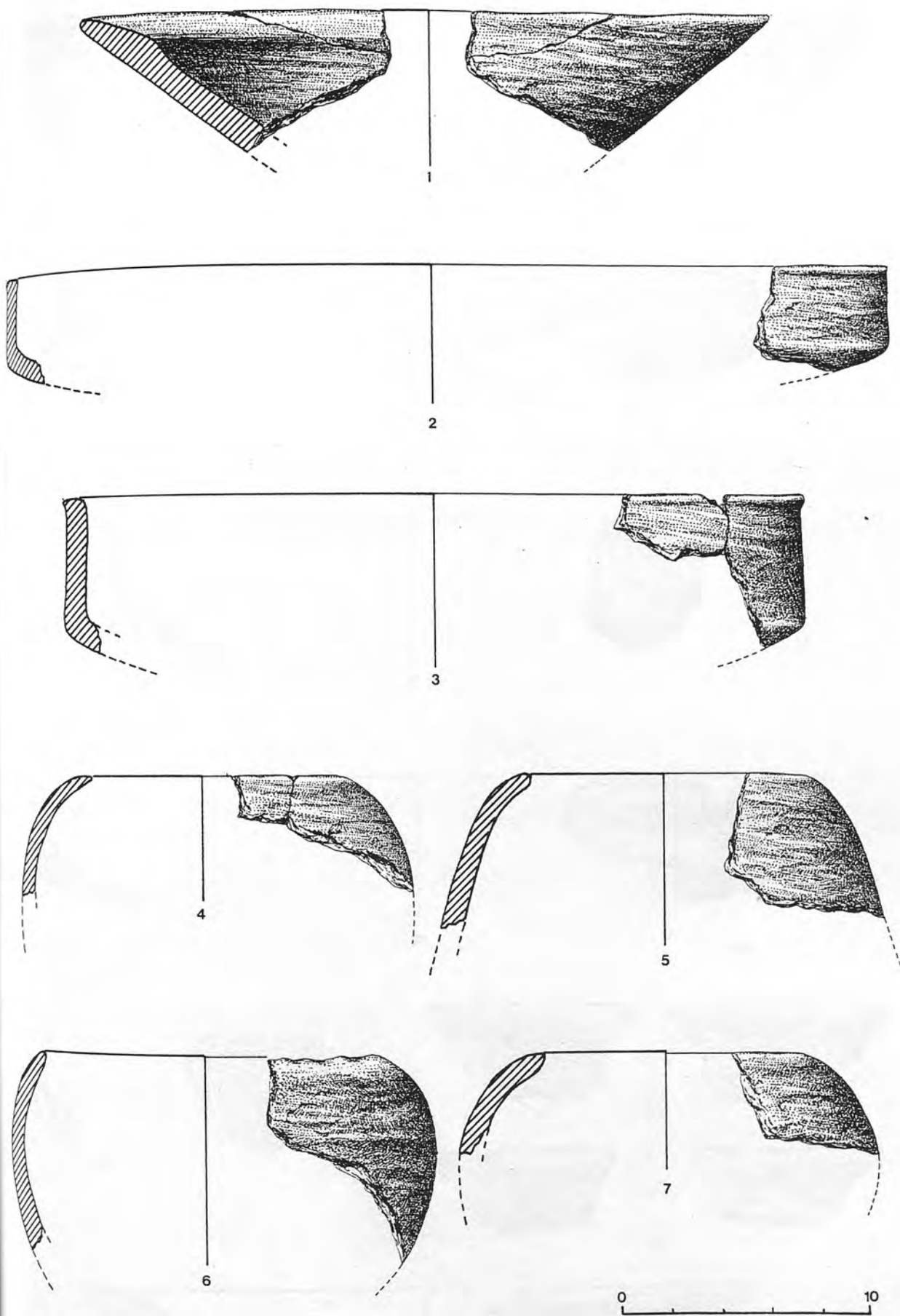


Fig. 70: El Manzanil. Fuentes, plato y cuencos de borde entrante.

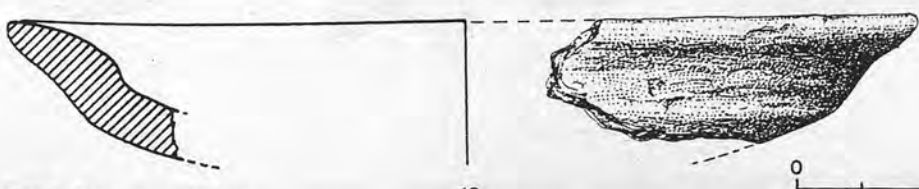
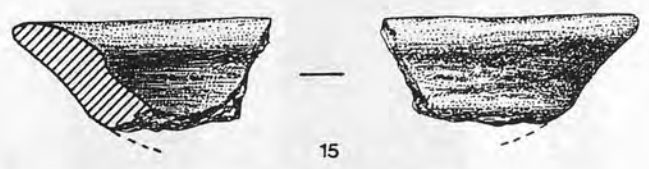
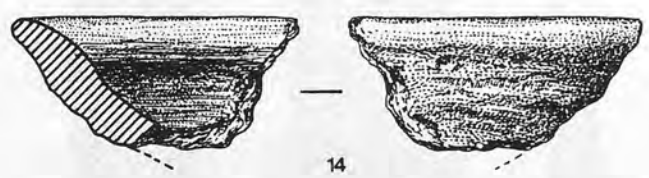
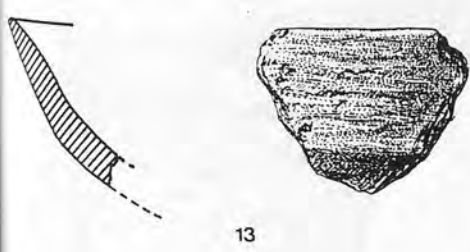
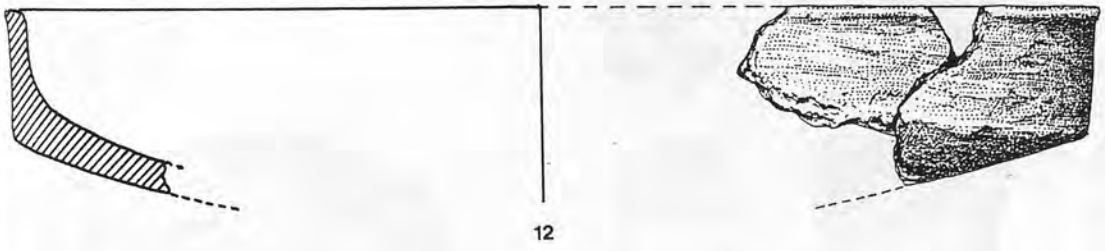
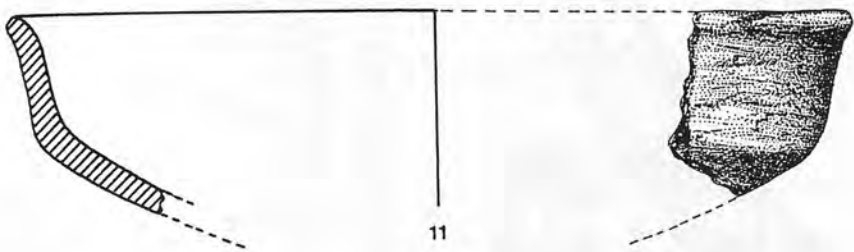
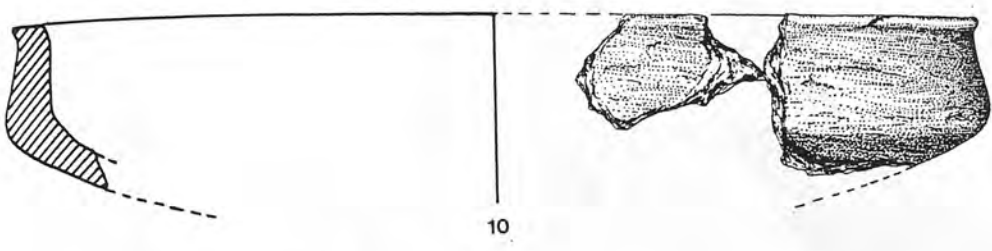
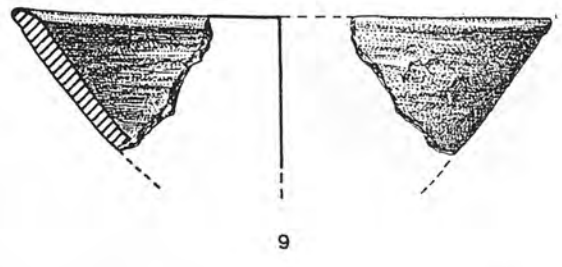
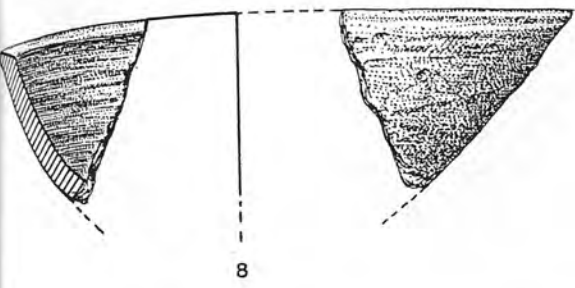


Fig. 71: El Manzanil. Fuentes y platos.

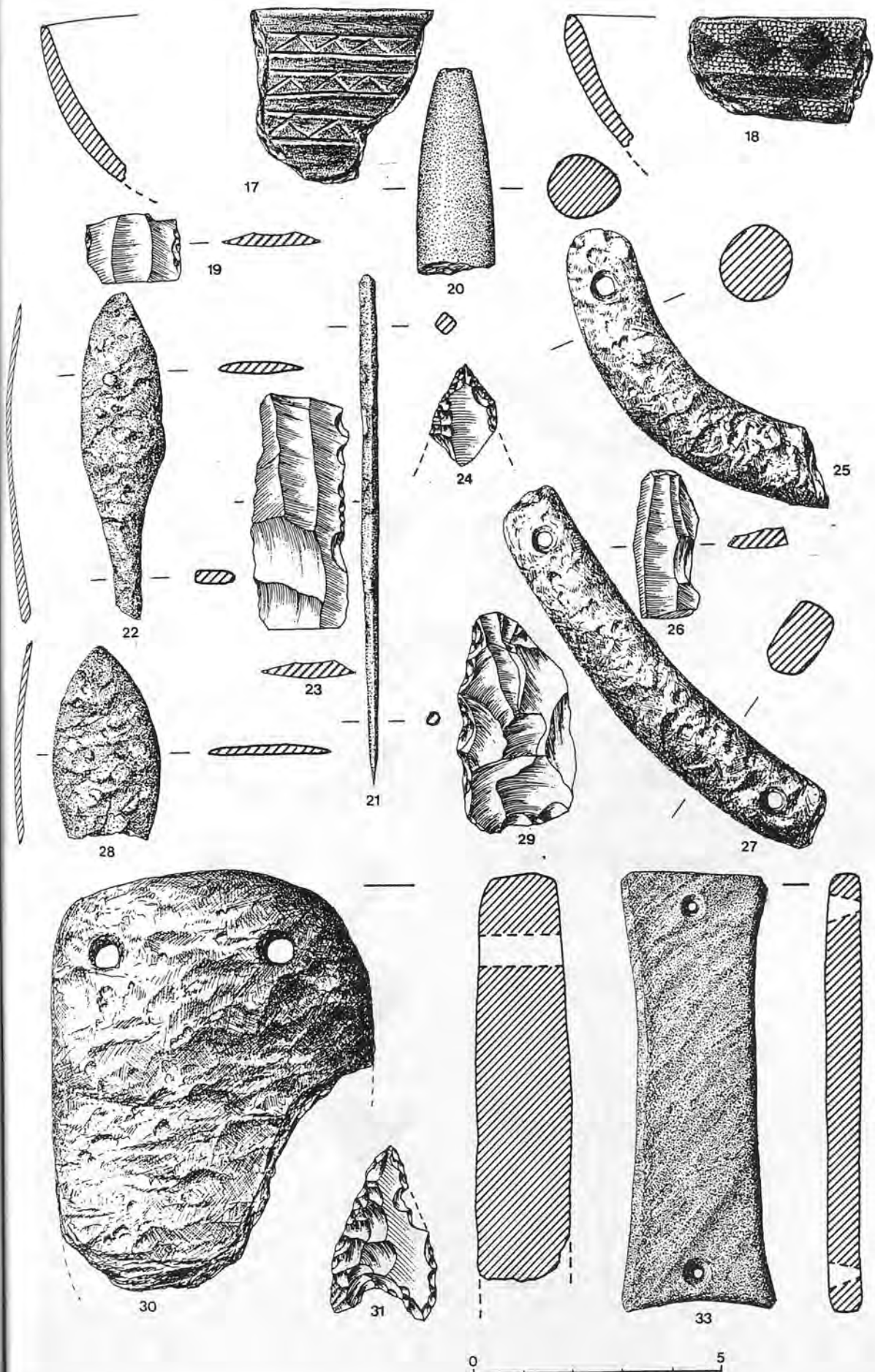
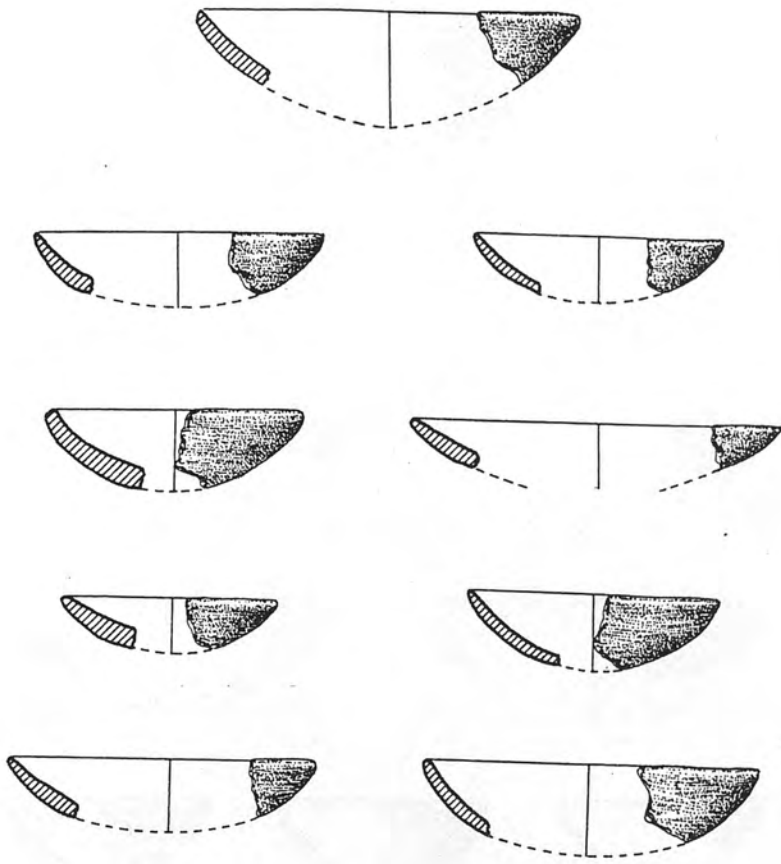
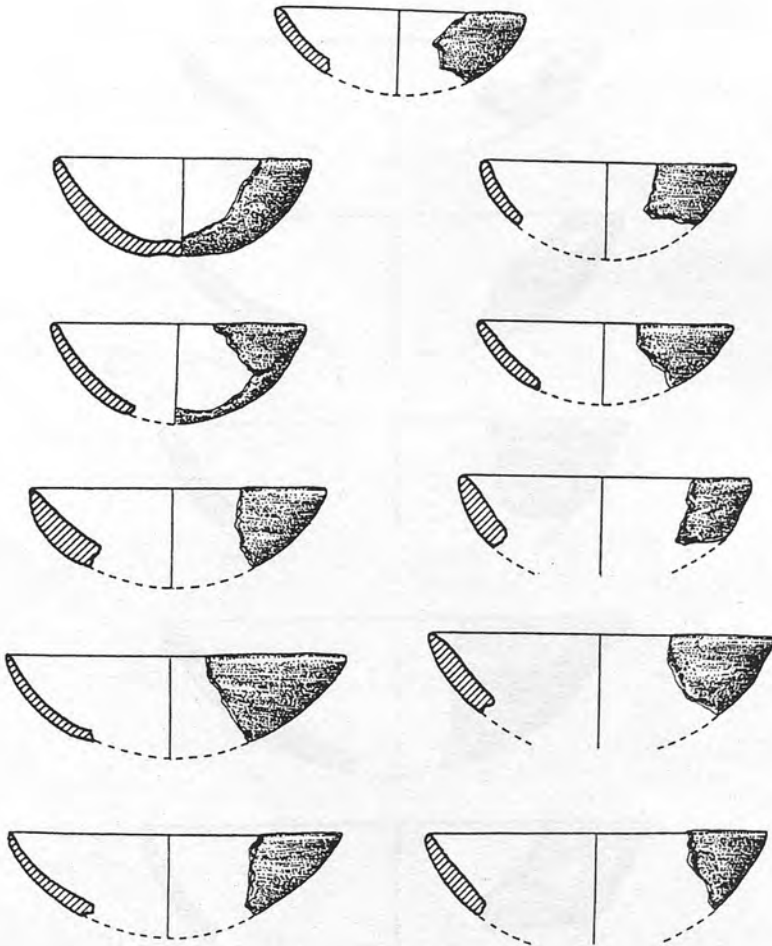


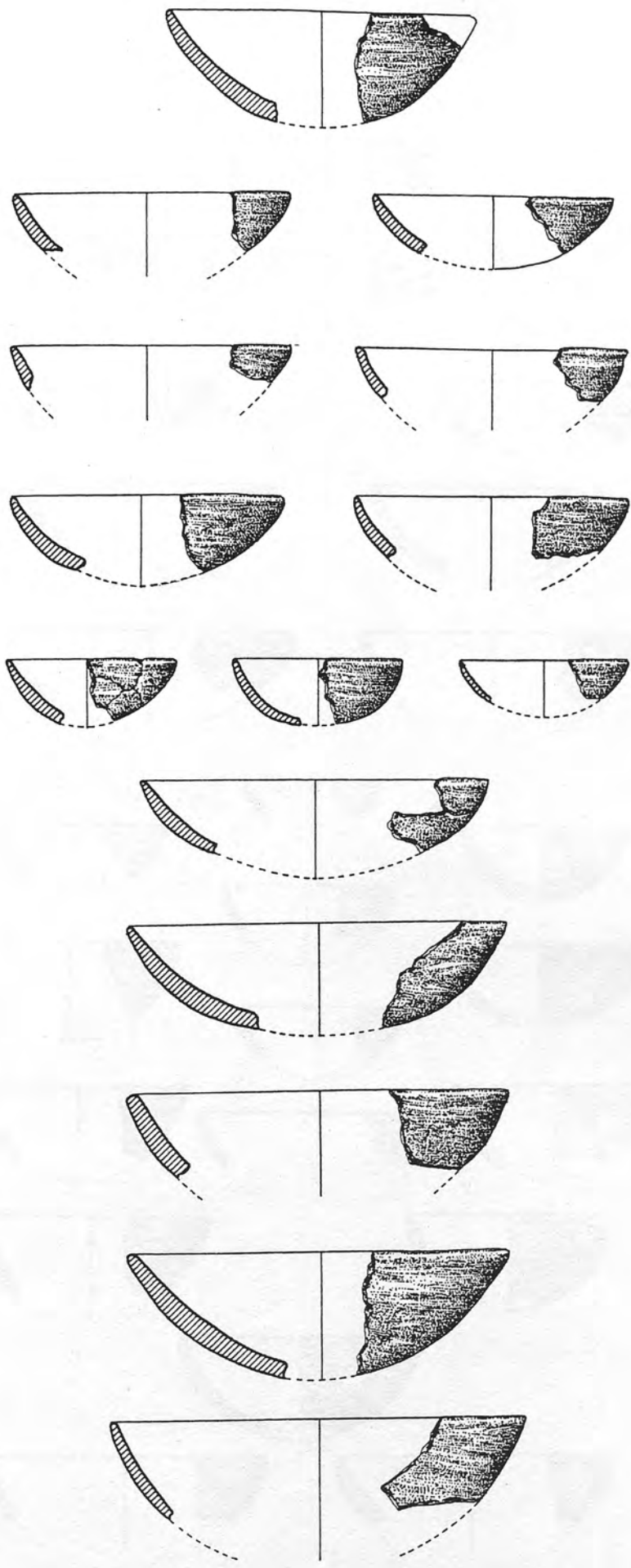
Fig. 72: El Manzanil. Fragmentos campaniformes, azuela, puntas de Palmella, dientes de hoz, cuernecillos, punta de flecha de base cóncava, pesa de telar, punzón de cobre y placa de arquero.

a



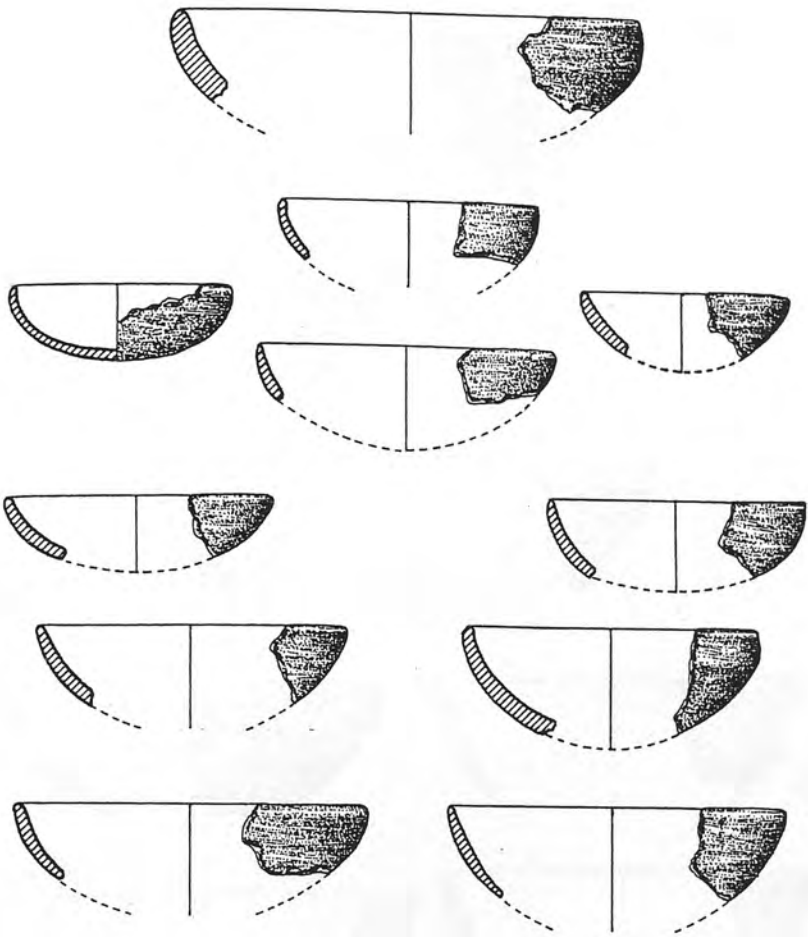
b



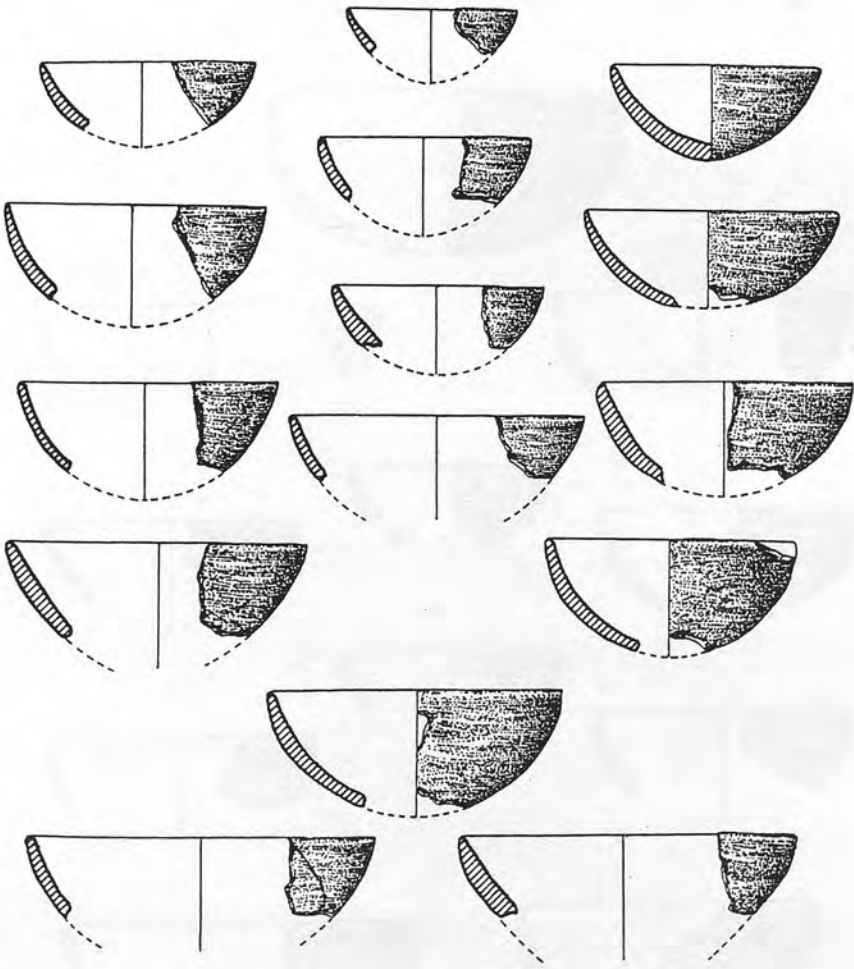


Lám. II

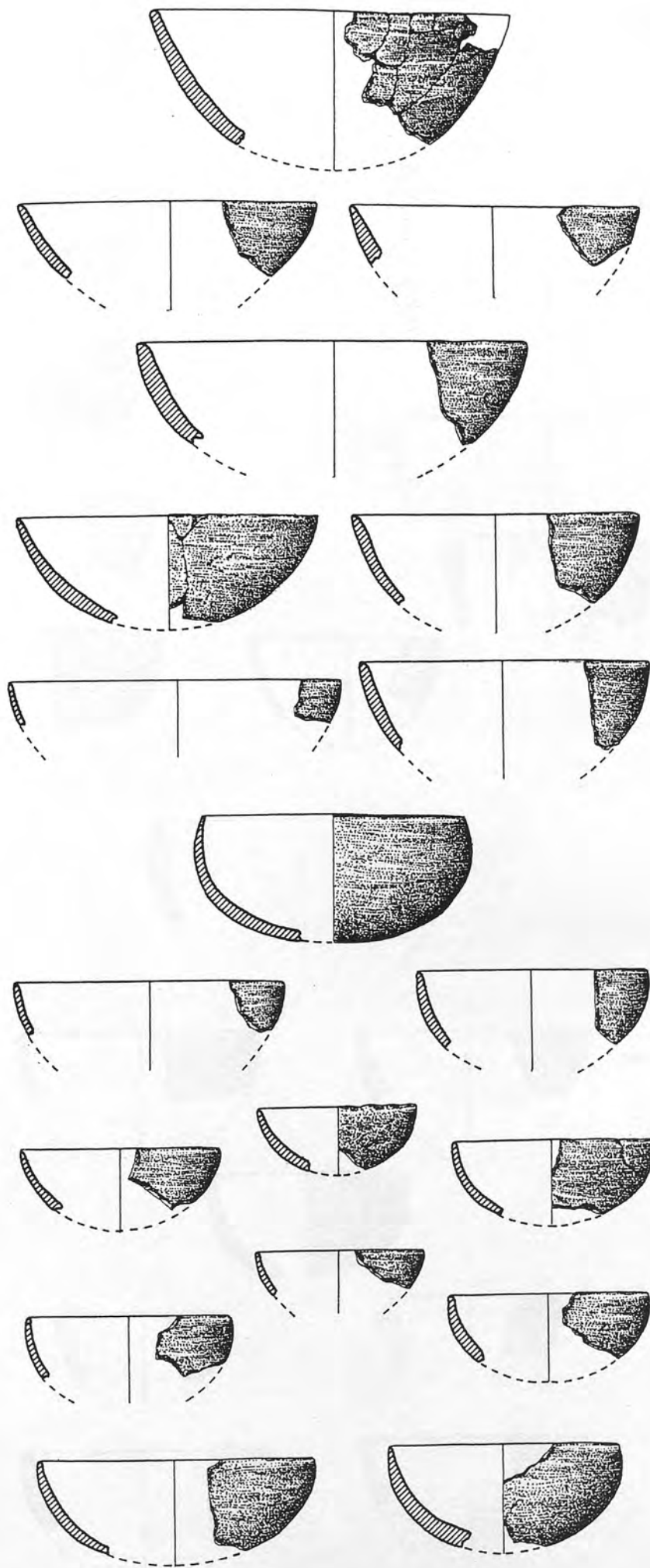
a



b

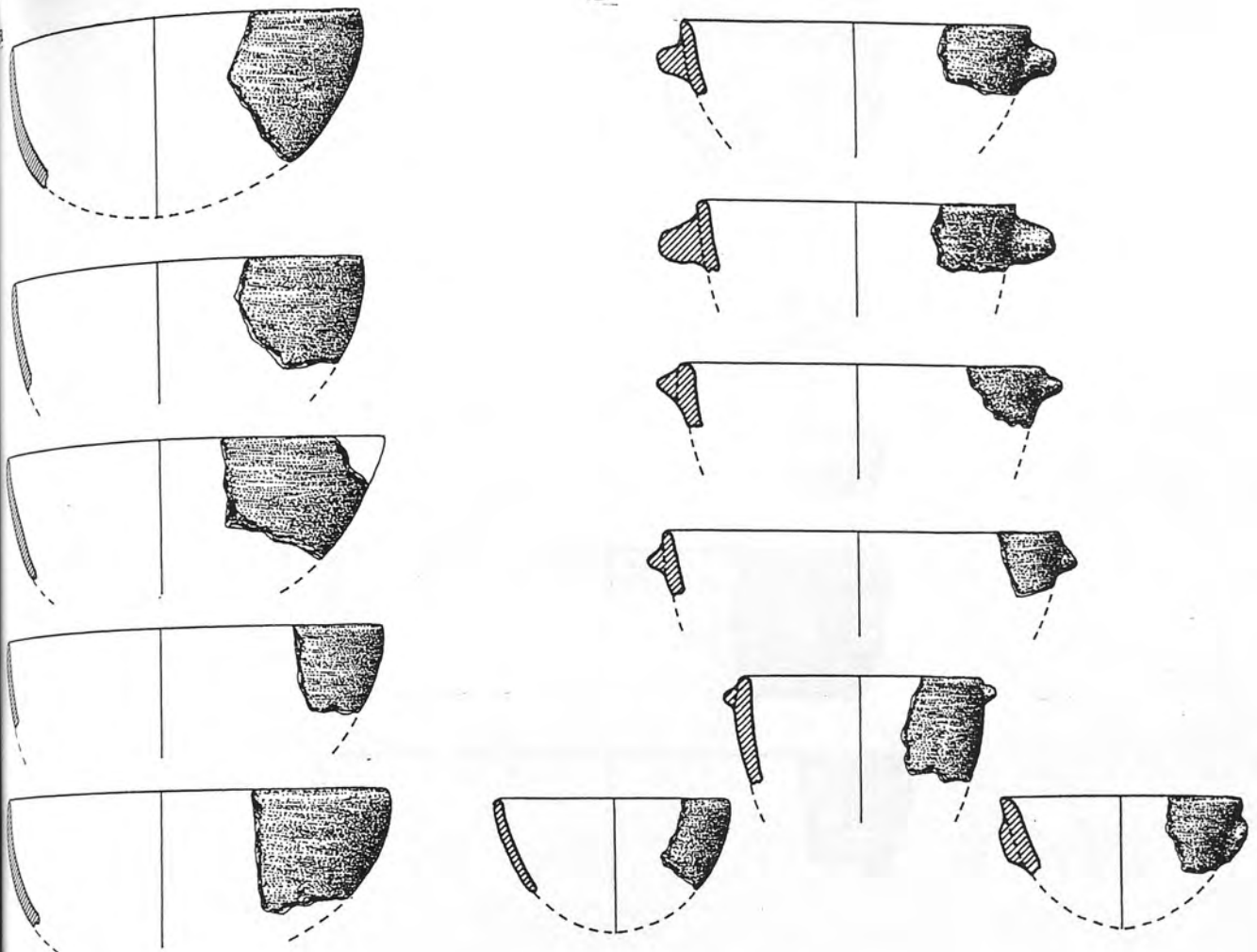


Lám. III

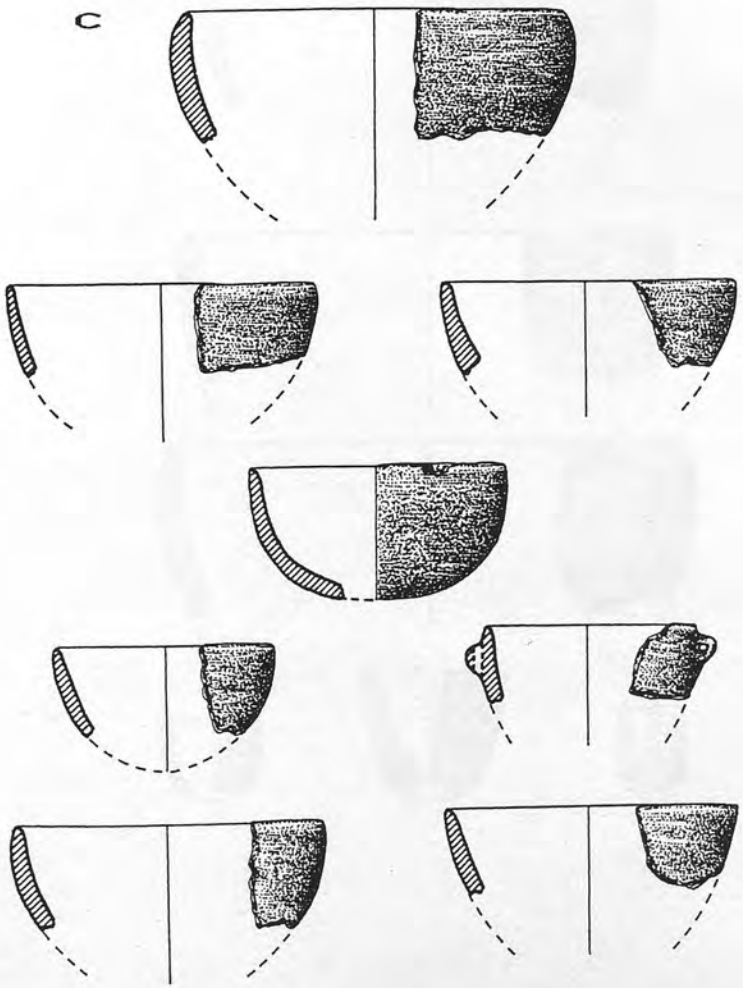


Lám. IV

b

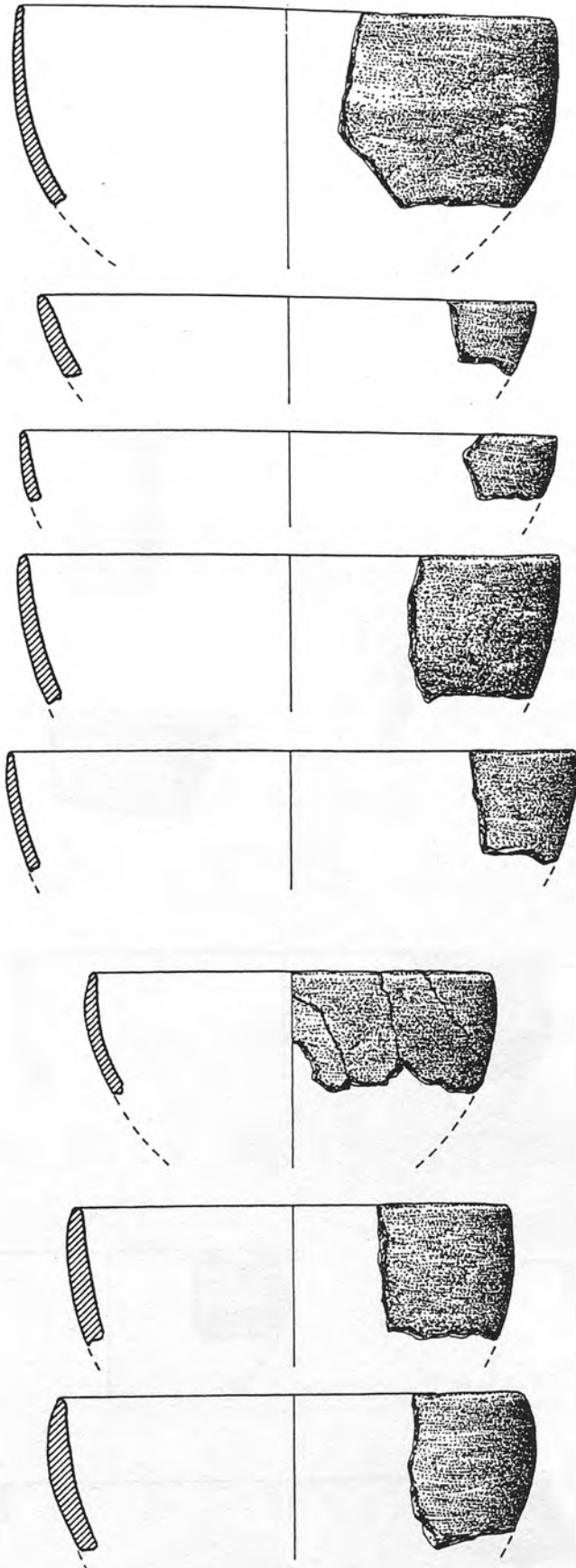


c

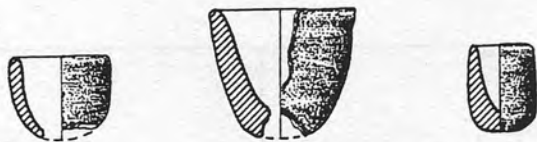


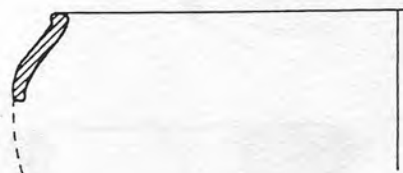
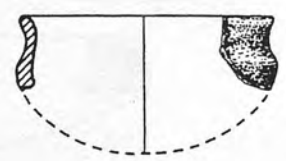
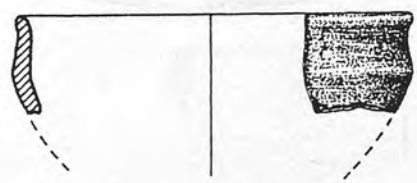
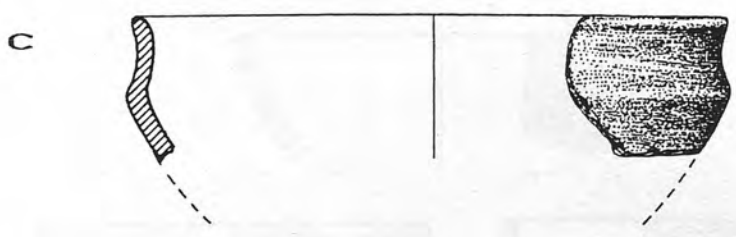
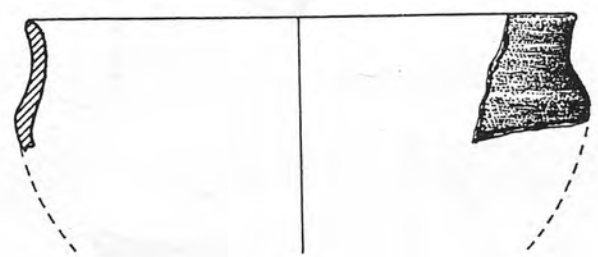
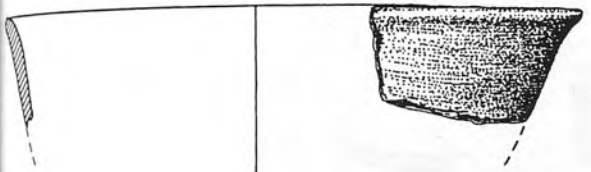
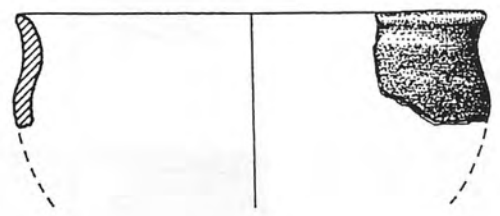
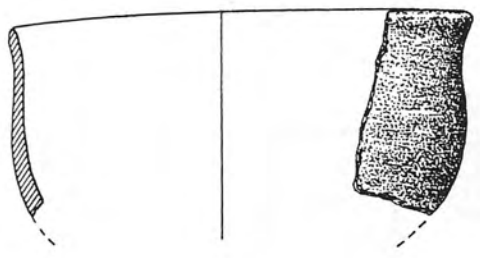
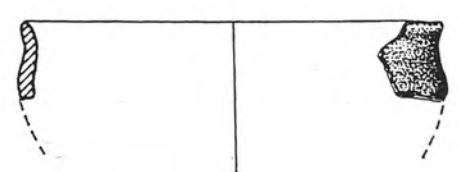
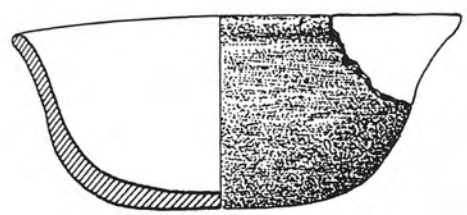
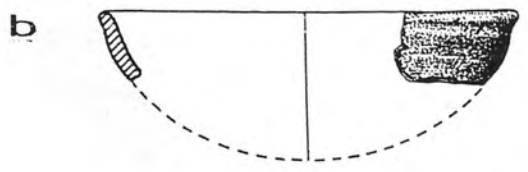
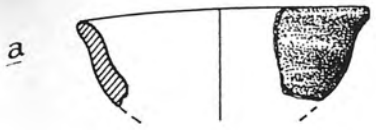
Lám. V

a

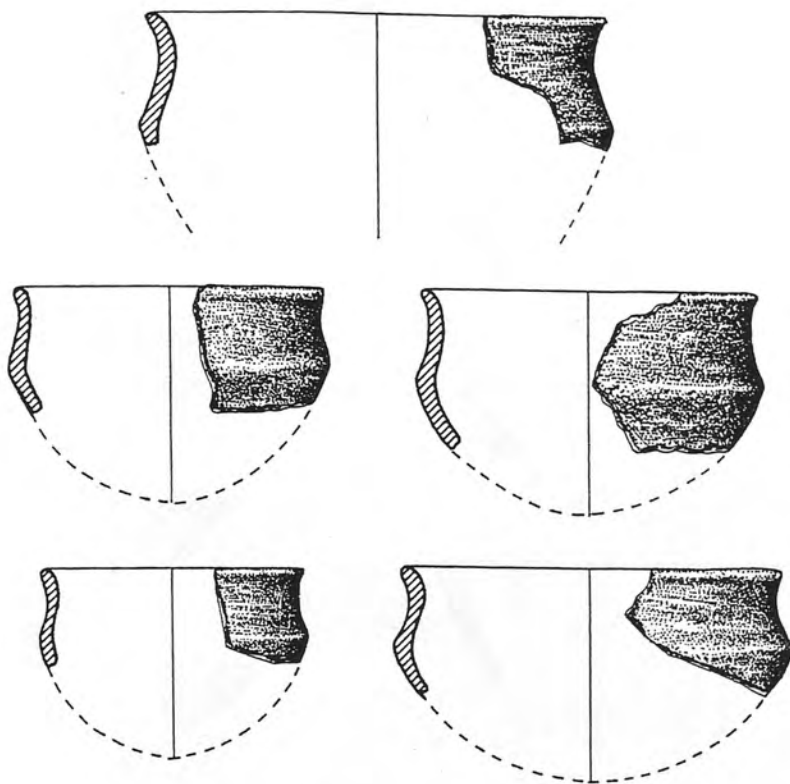


b





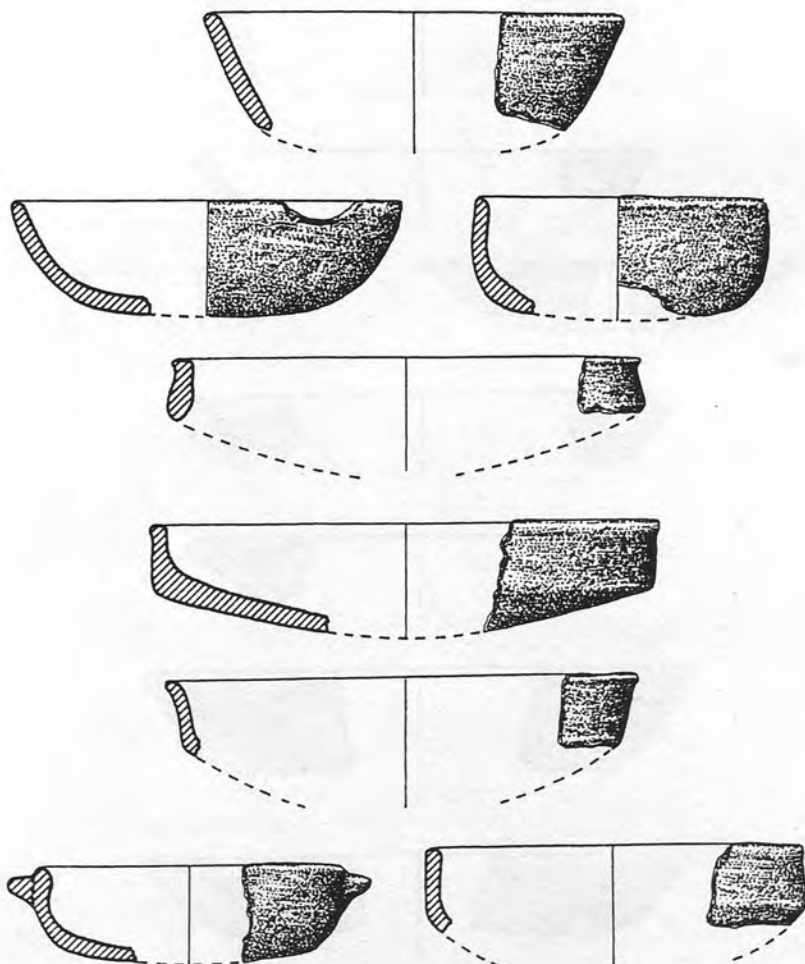
a

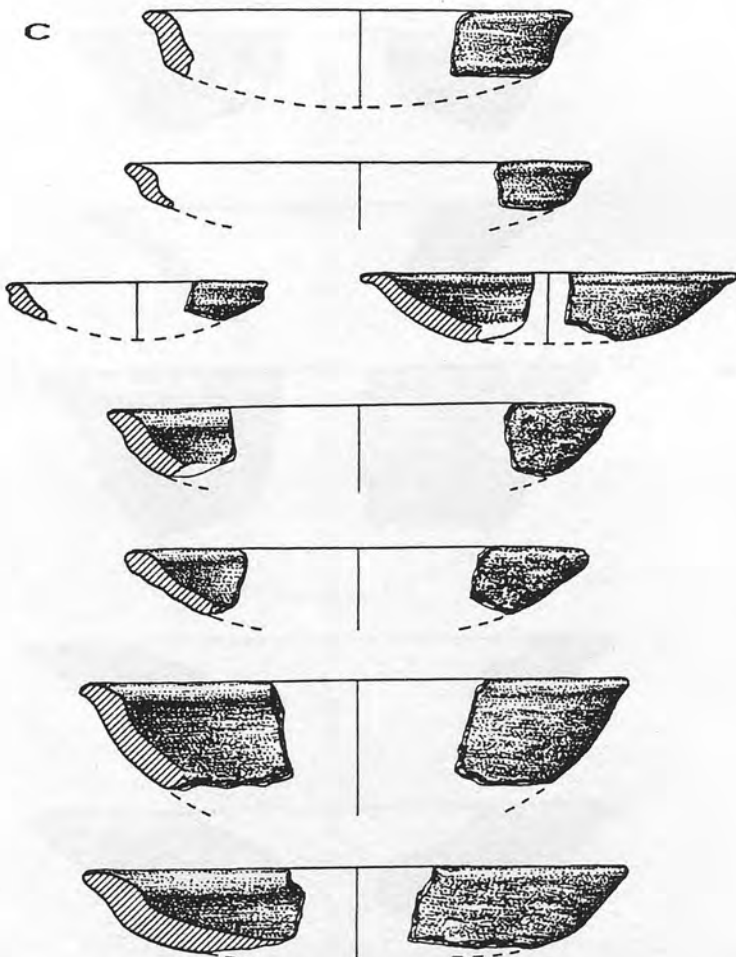
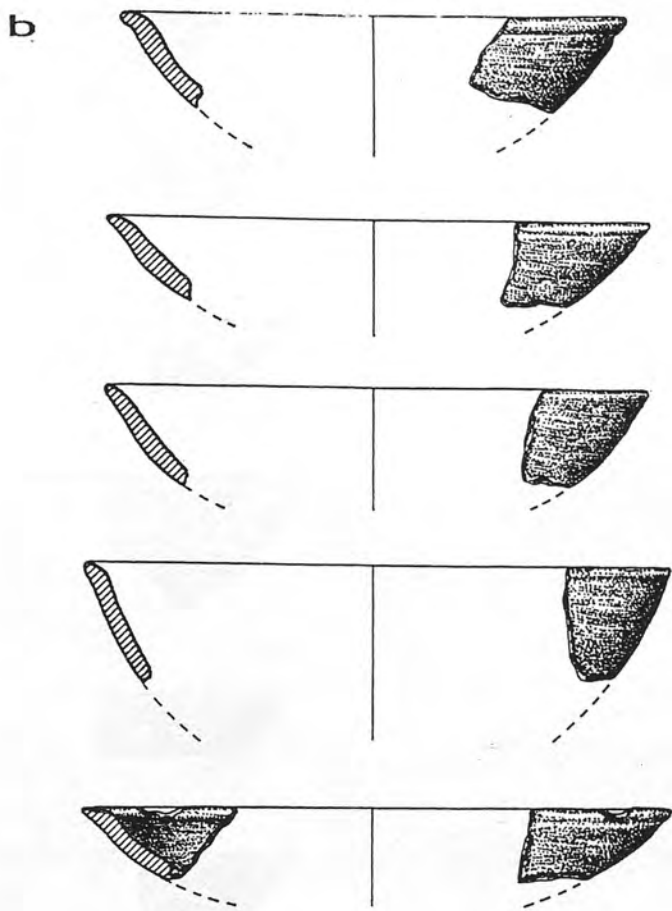
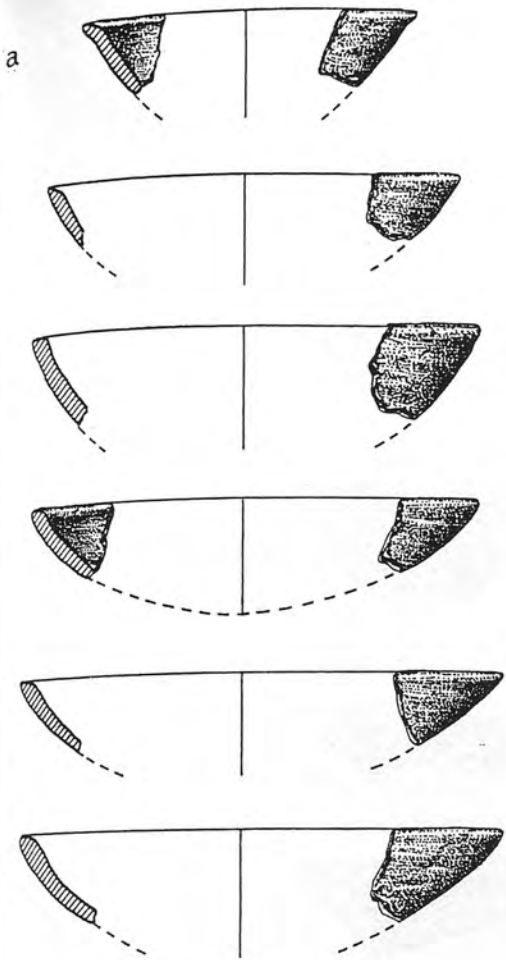


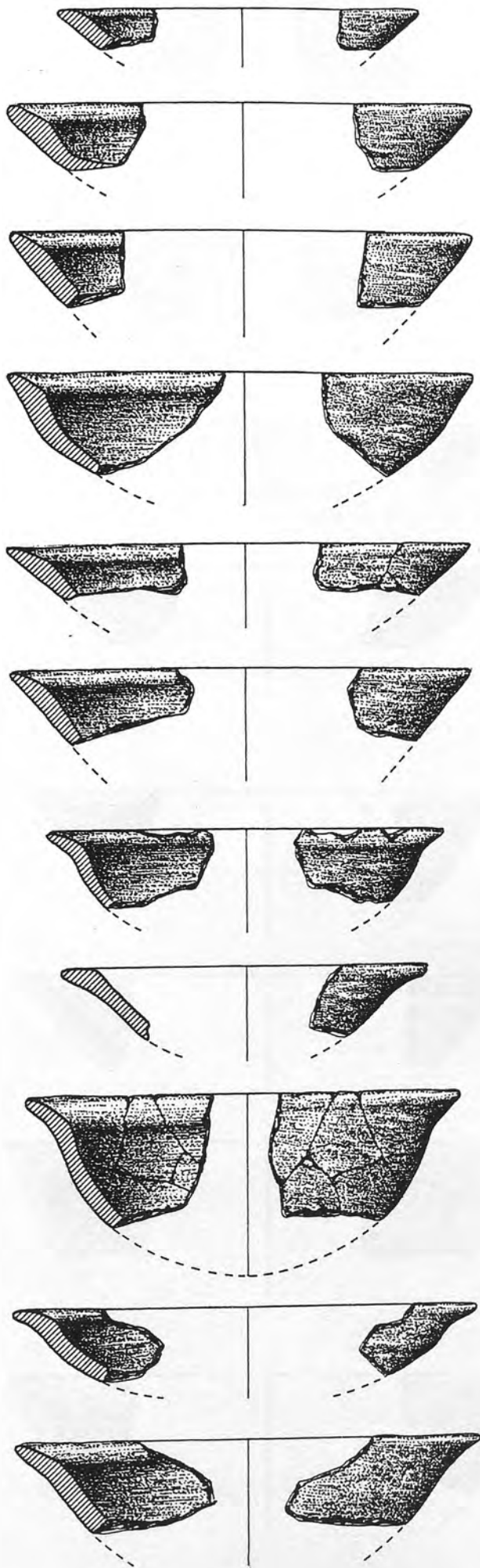
b



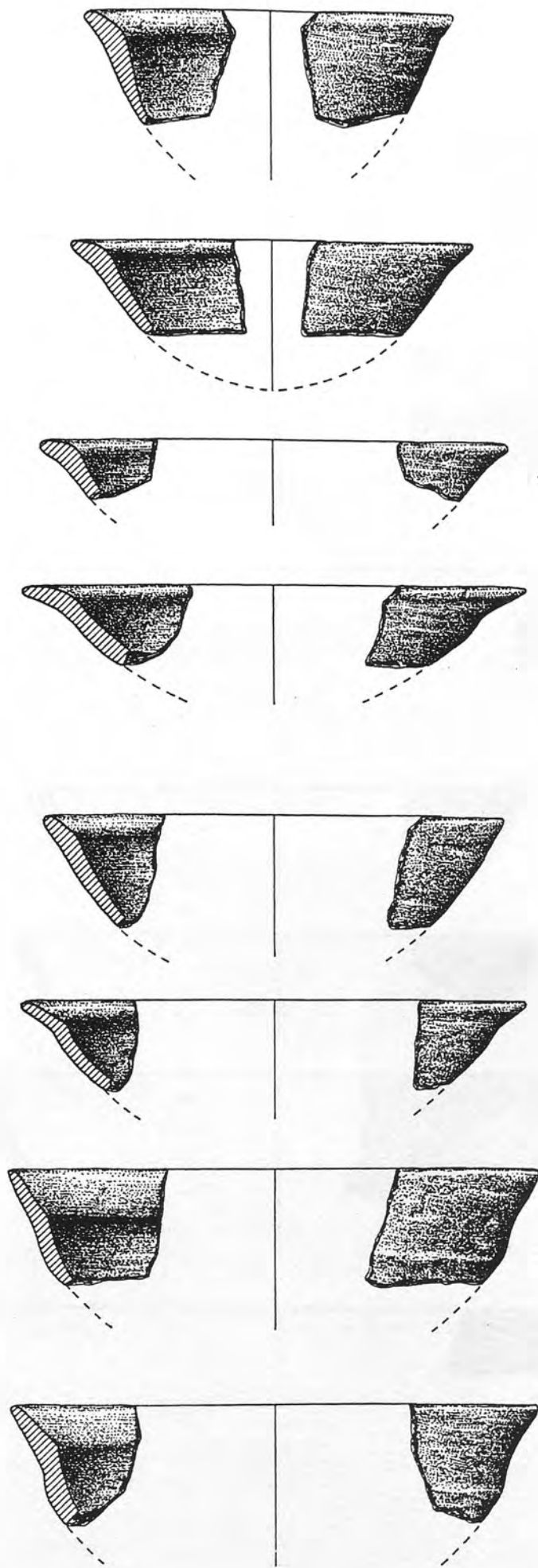
c



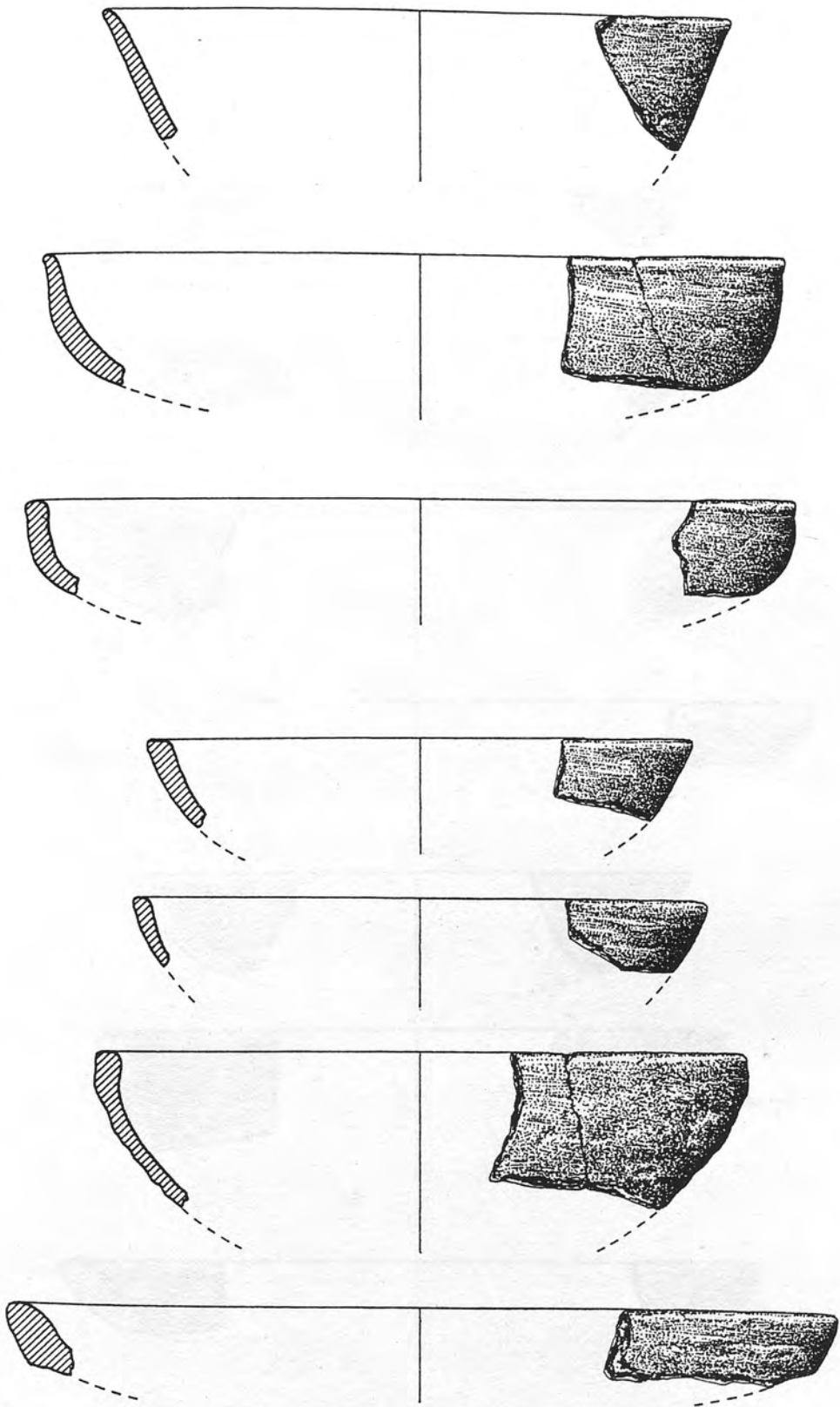




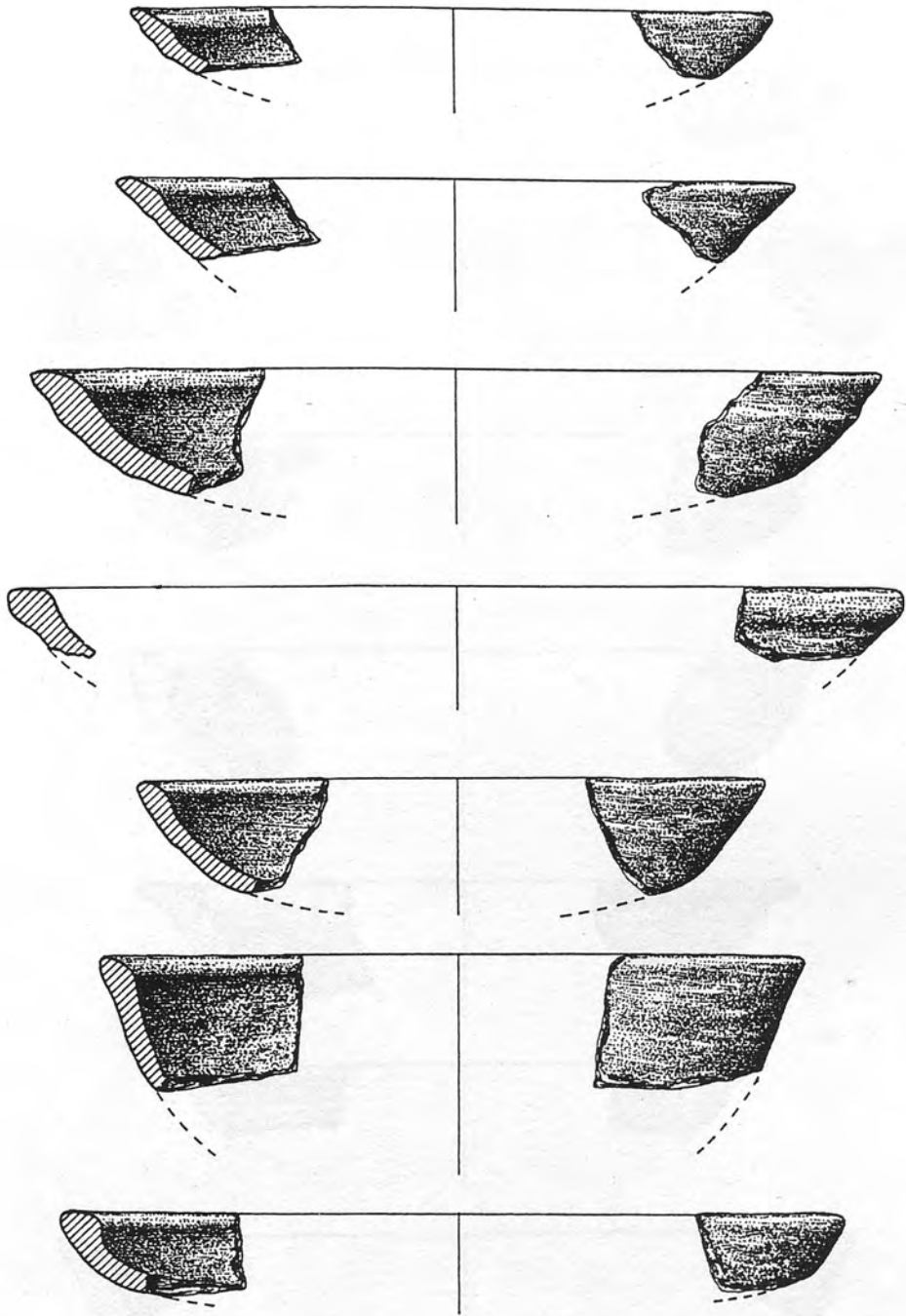
Lám. X



Lám. XI

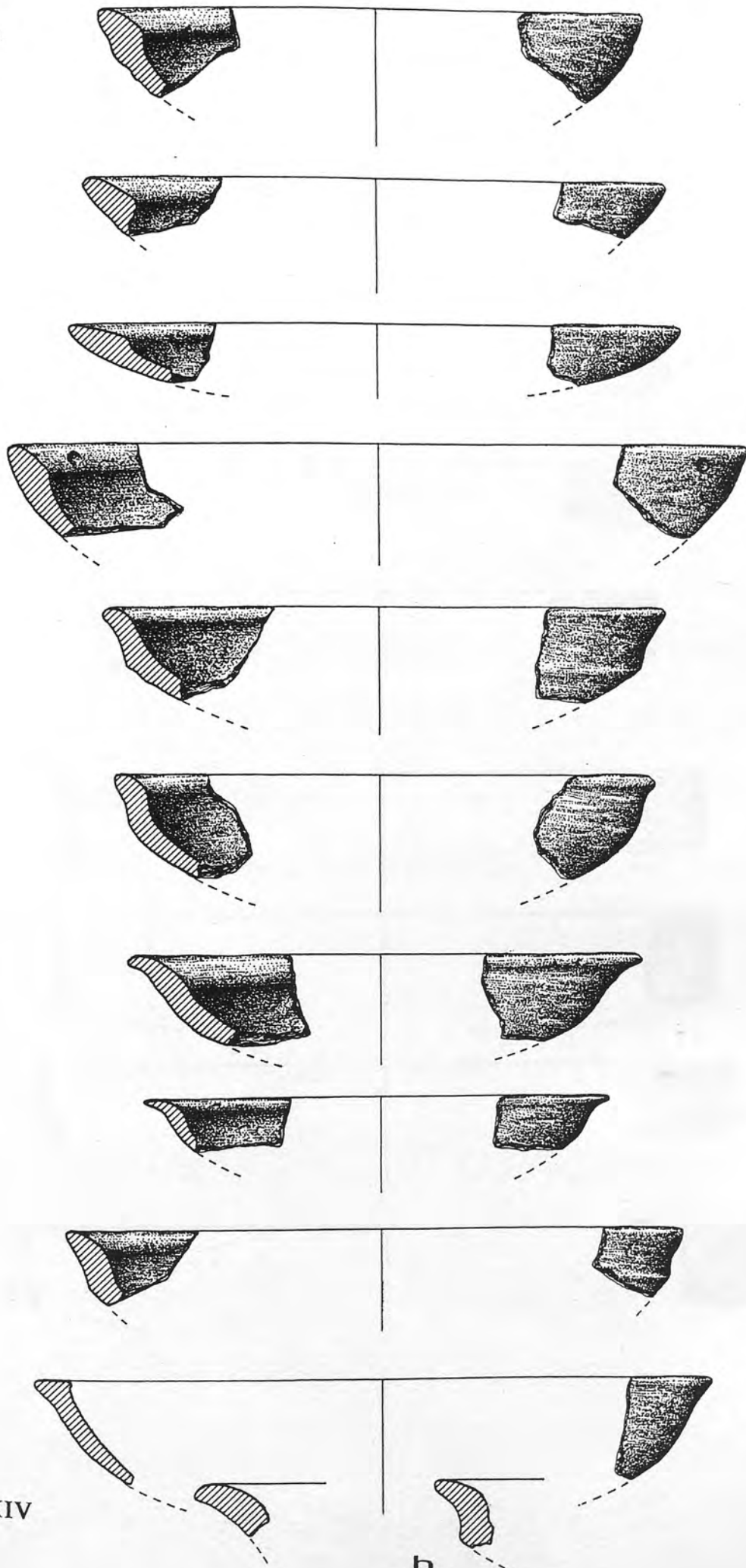


Lám. XII



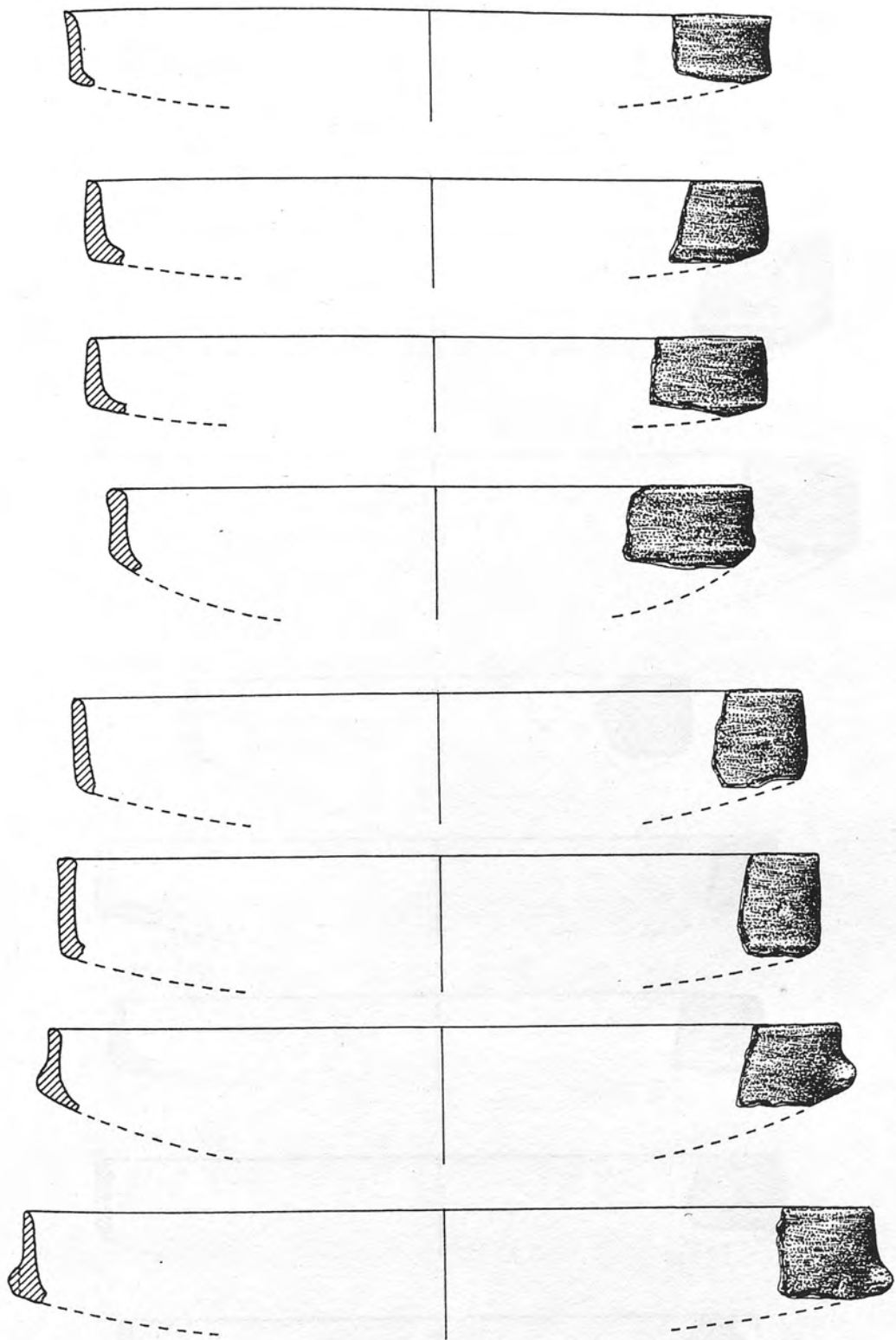
Lám. XIII

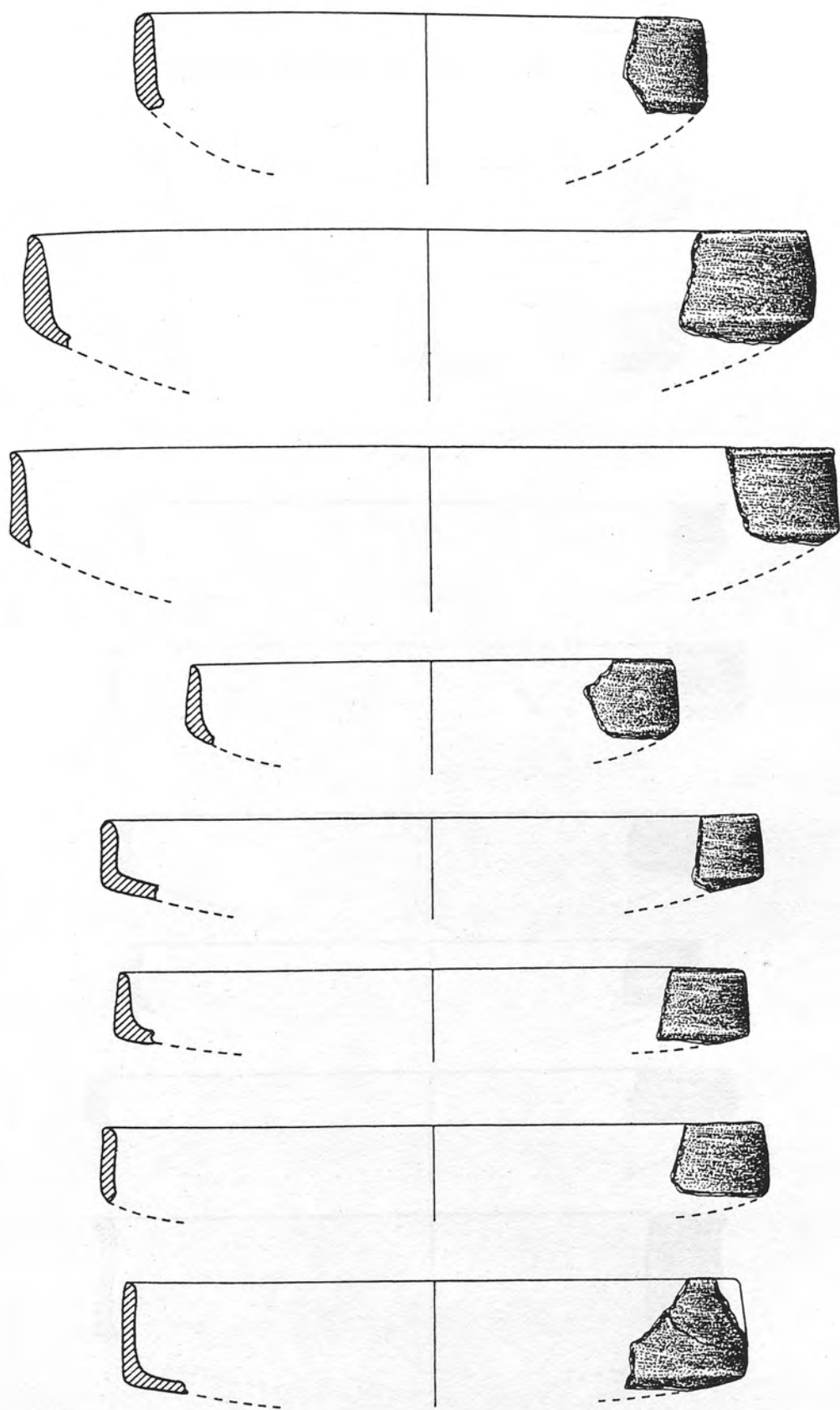
a

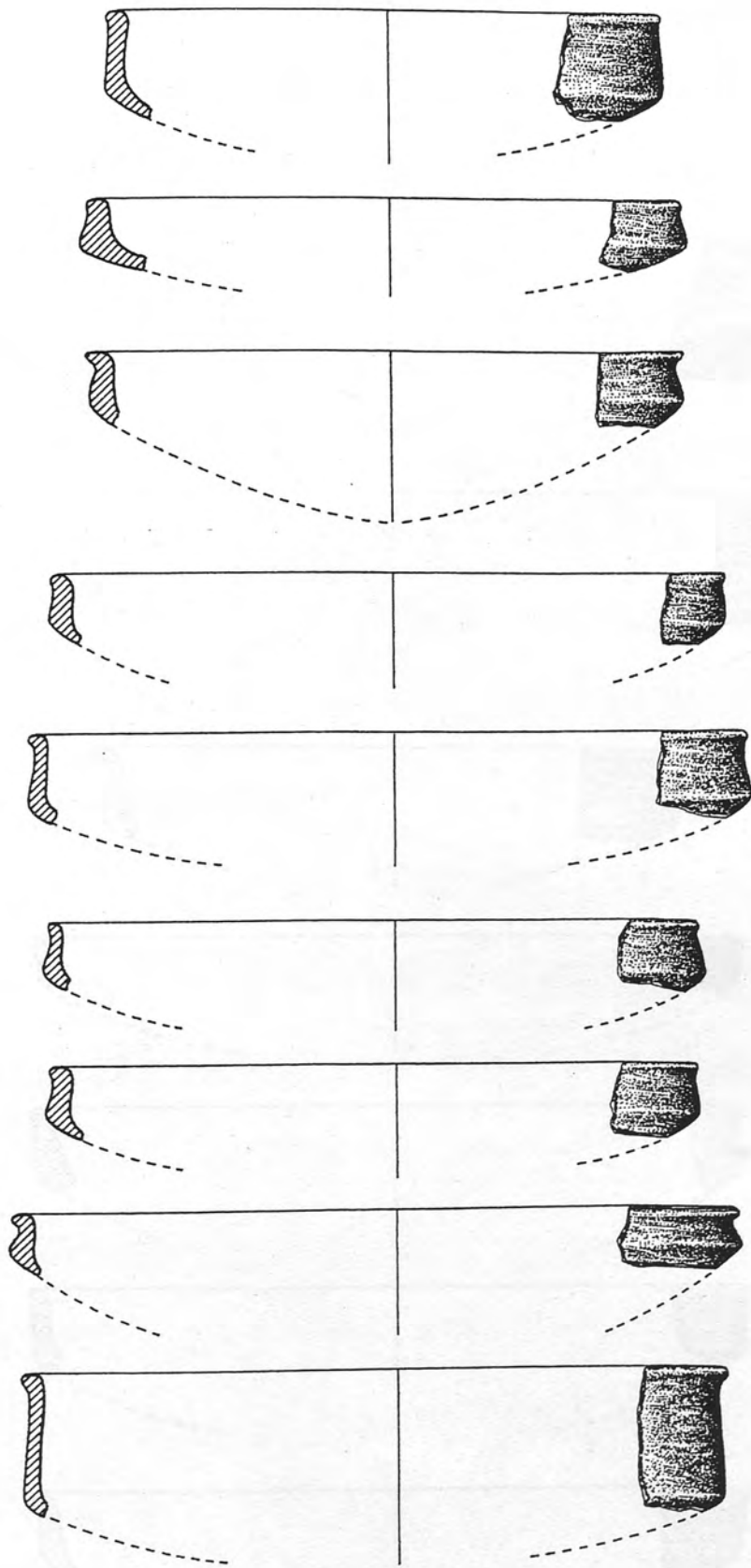


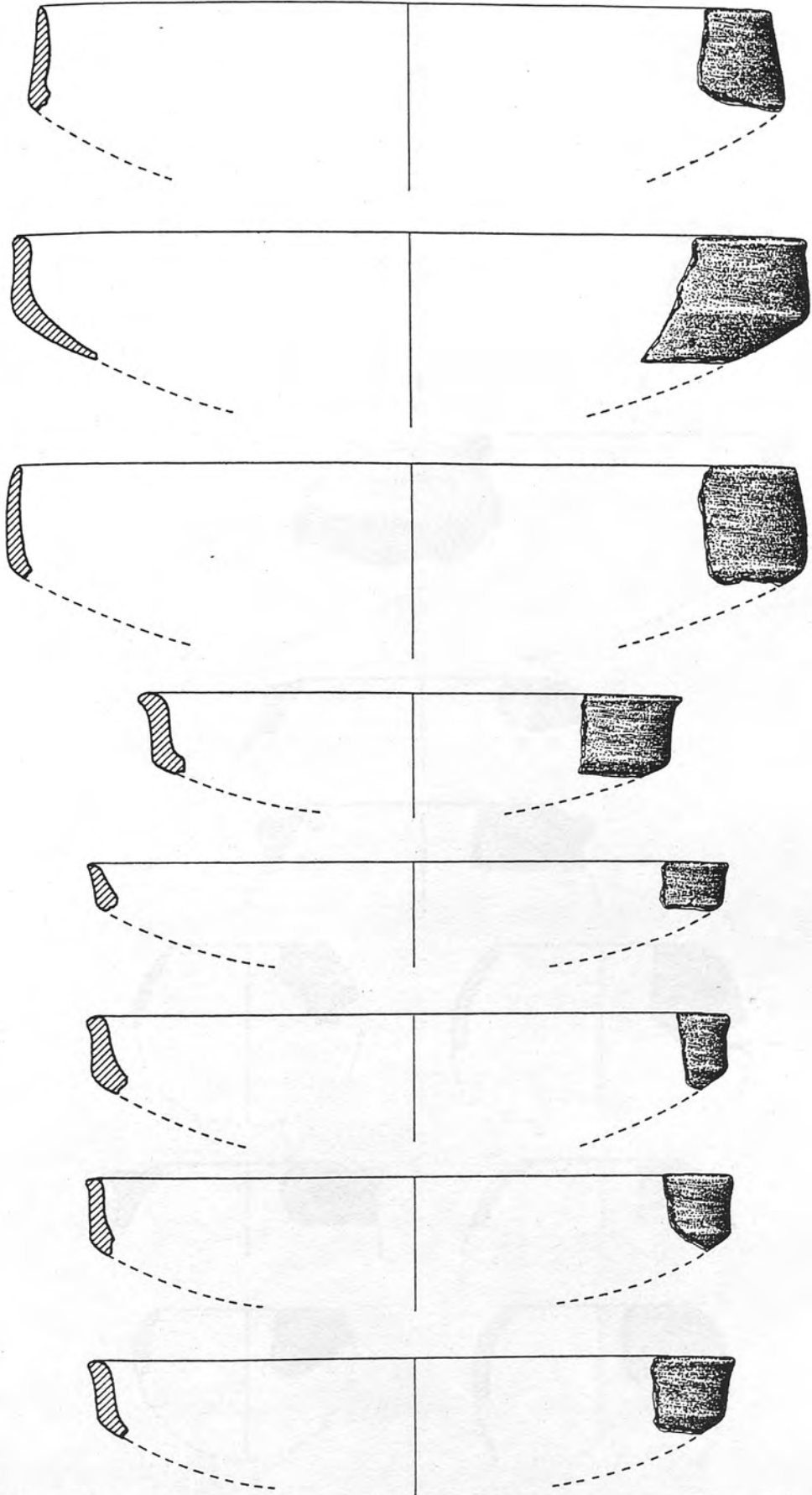
Lám. XIV

b



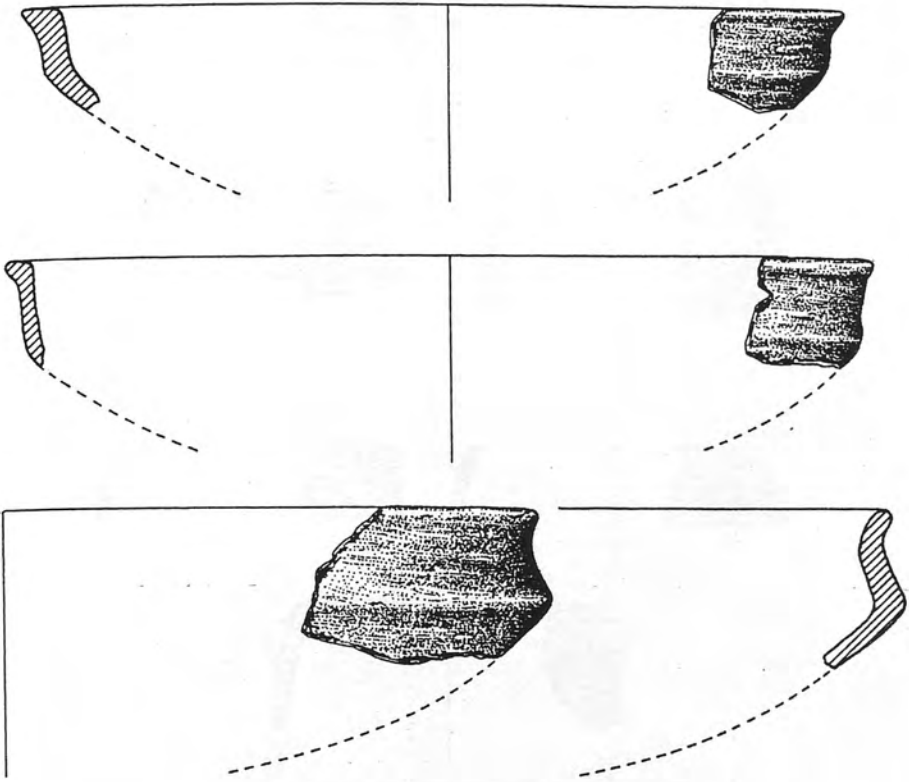




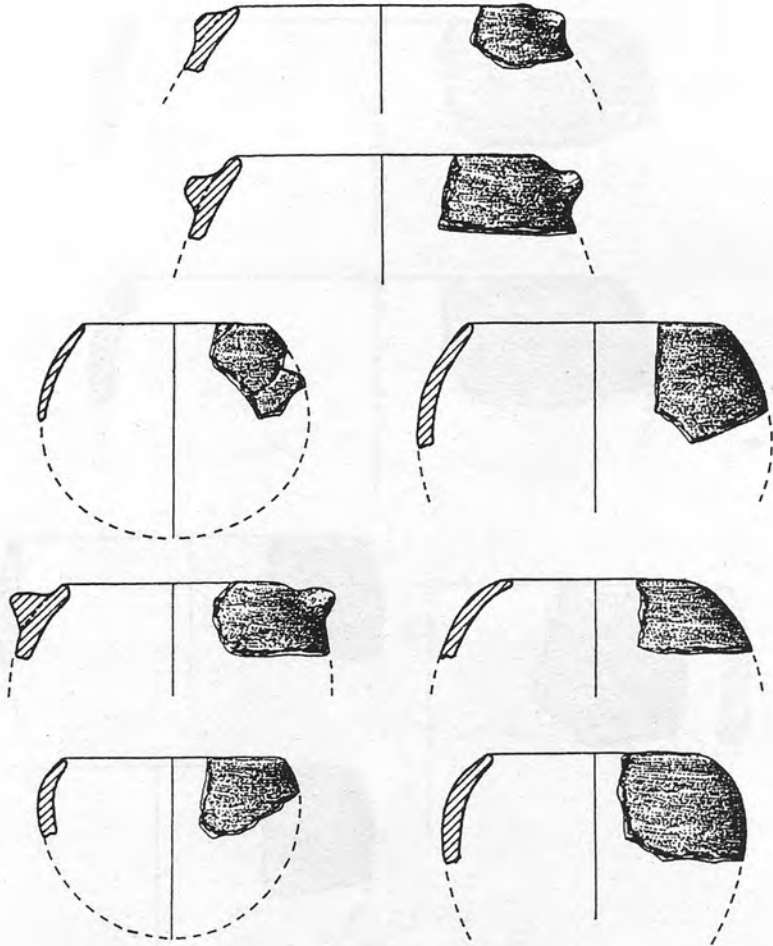


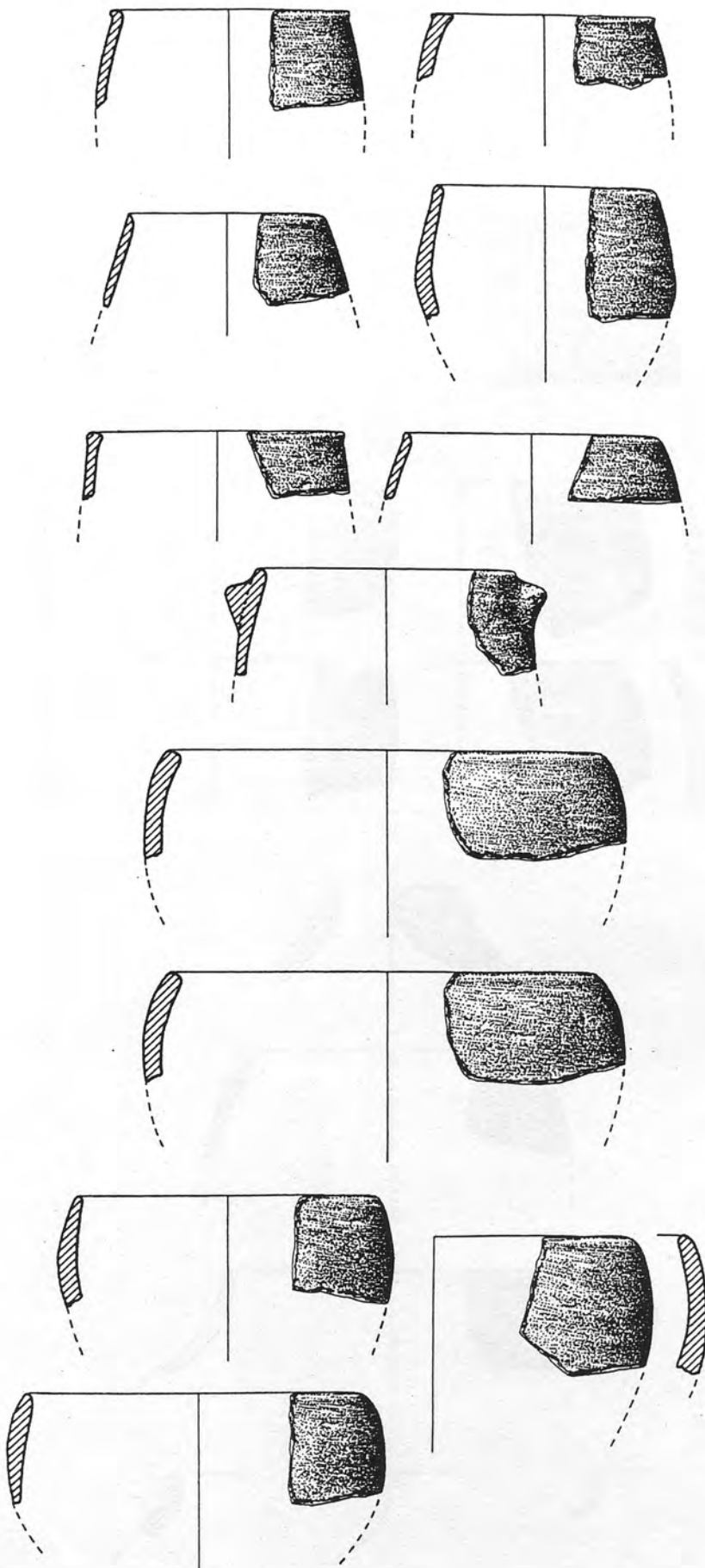
Lám. XVIII

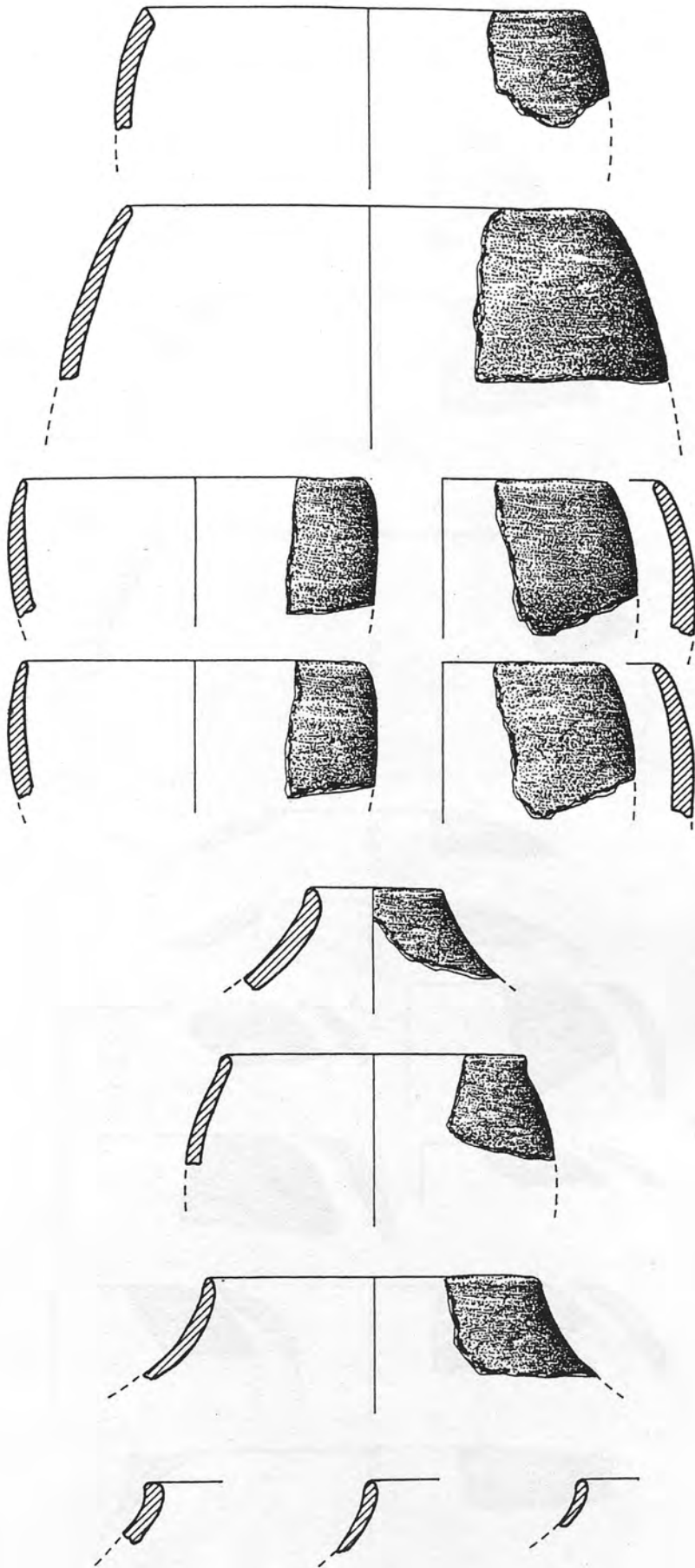
a



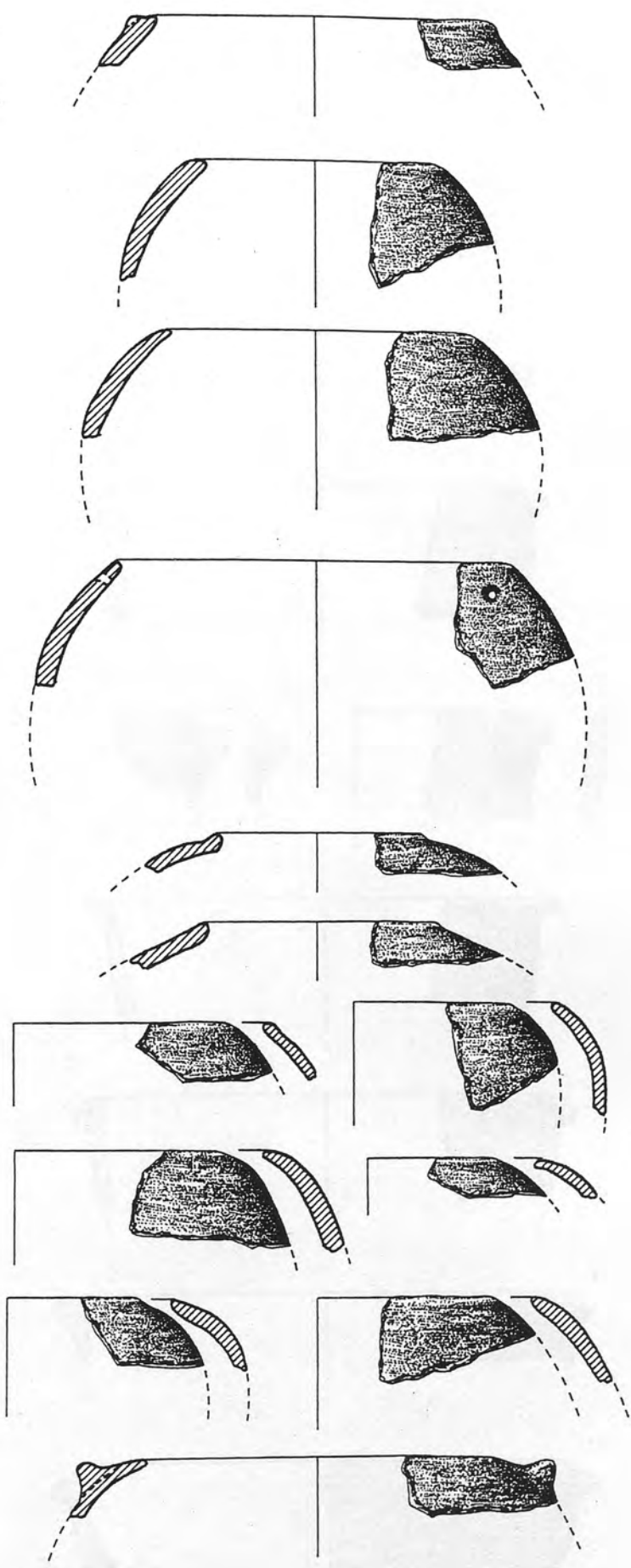
b



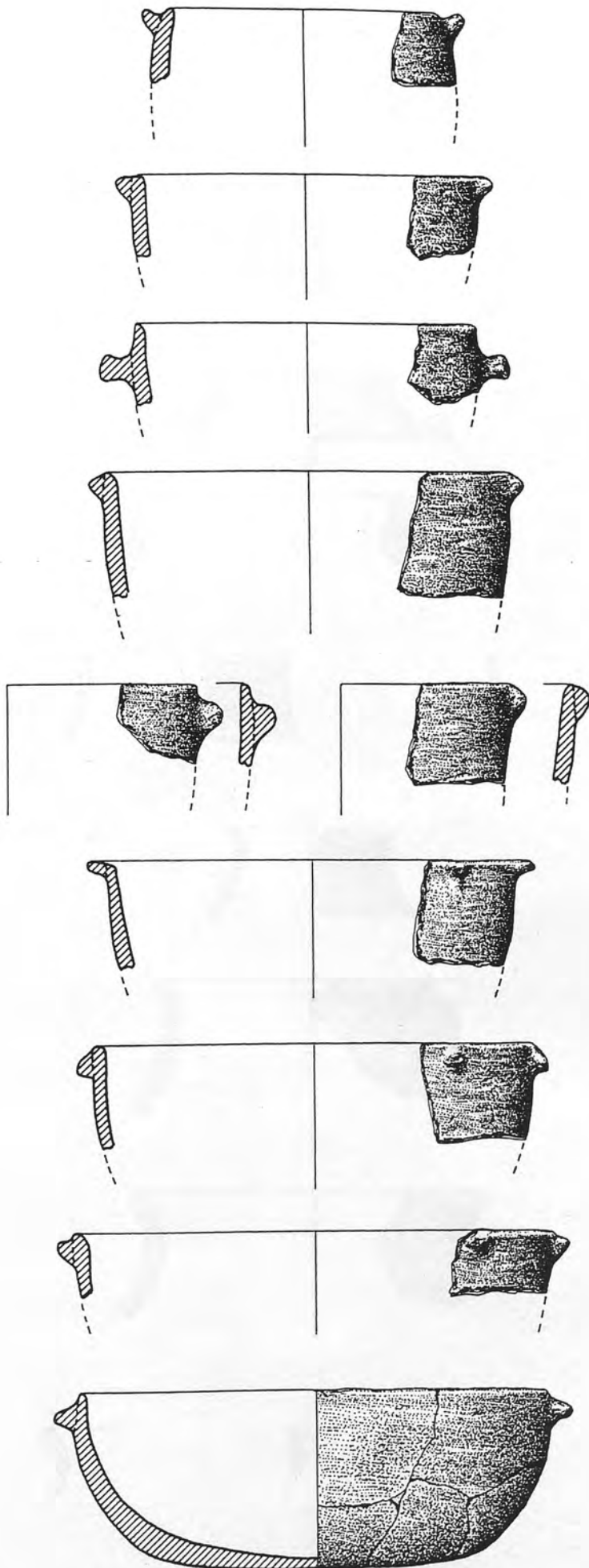




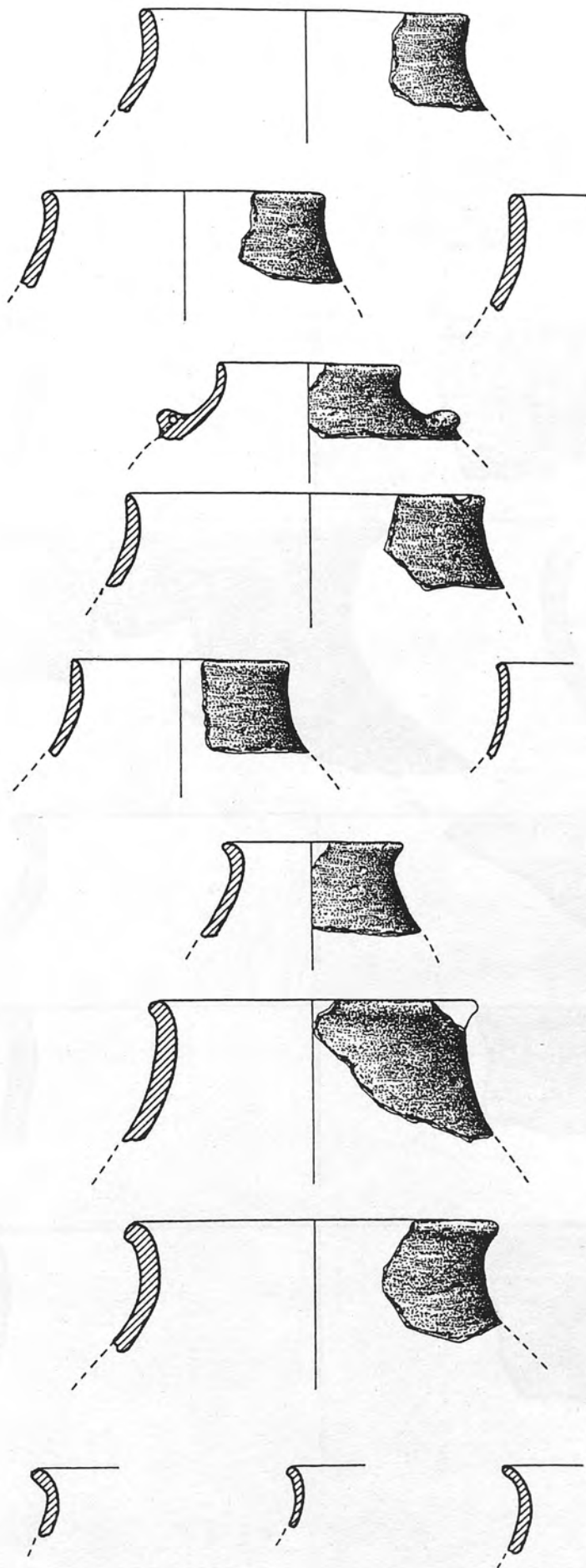
Lám. XXI

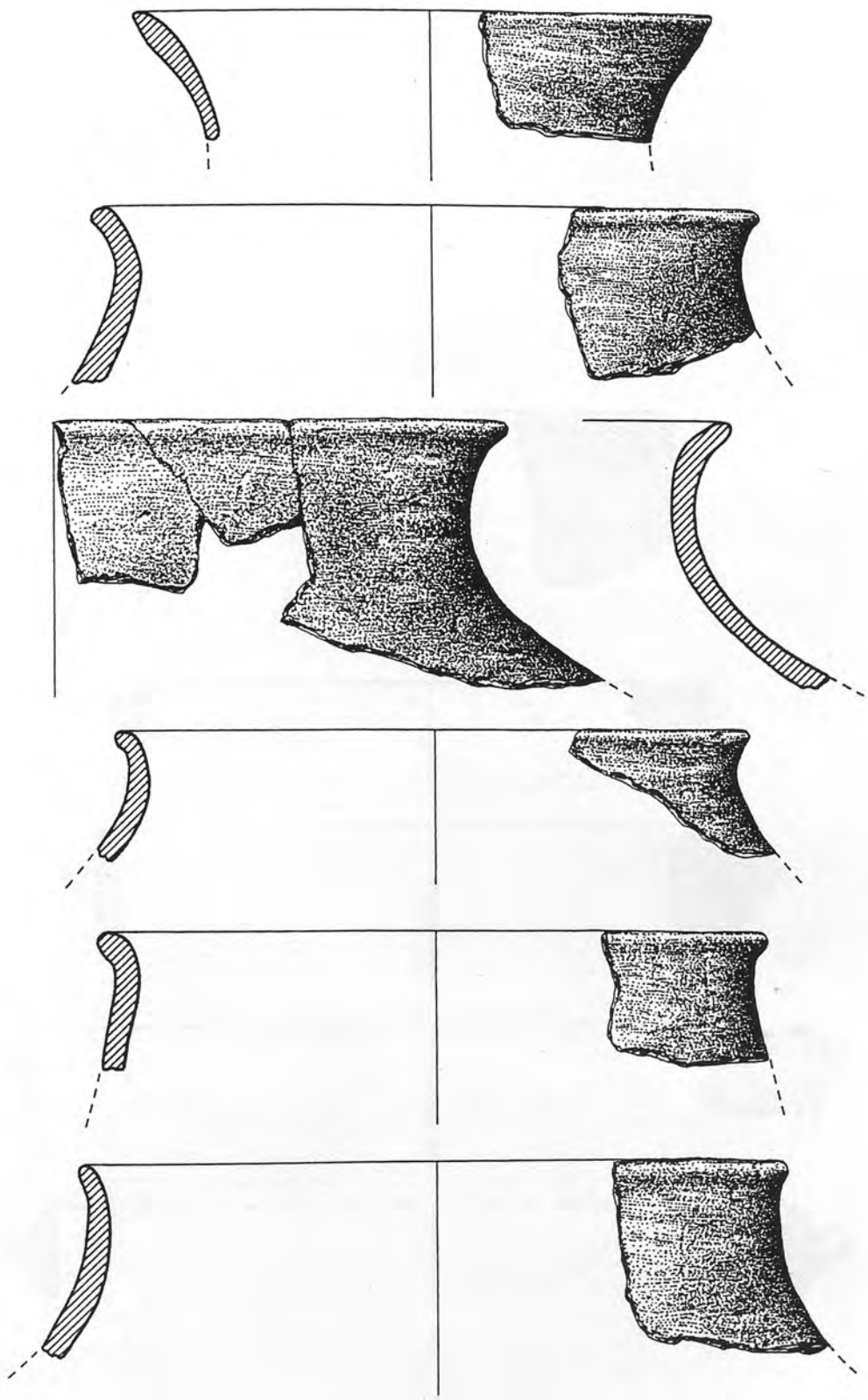


Lám. XXII



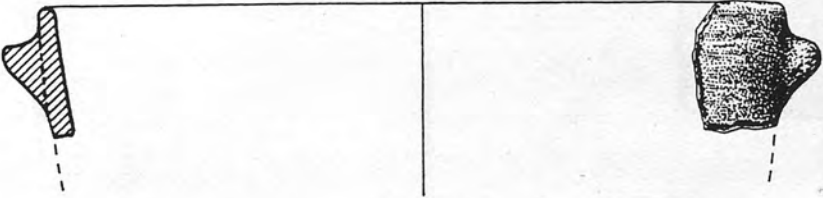
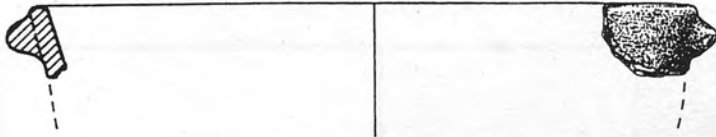
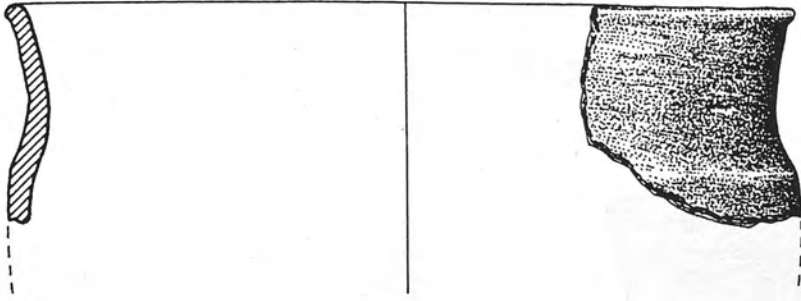
Lám. XXIII



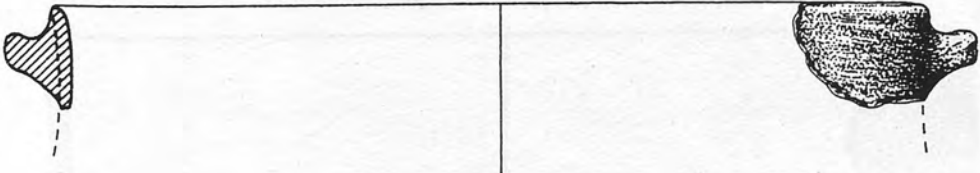
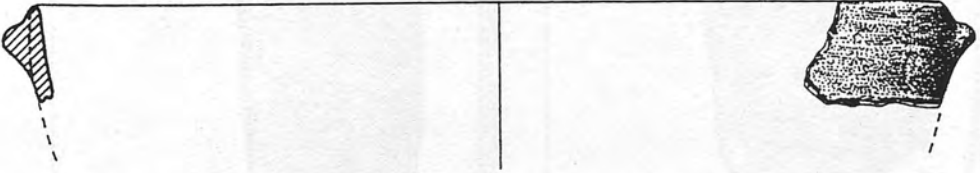


Lám. XXV

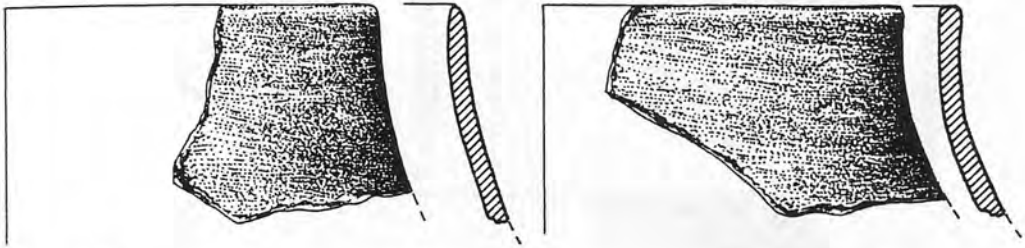
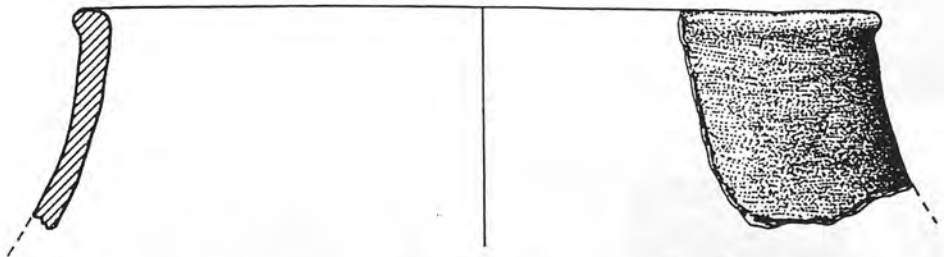
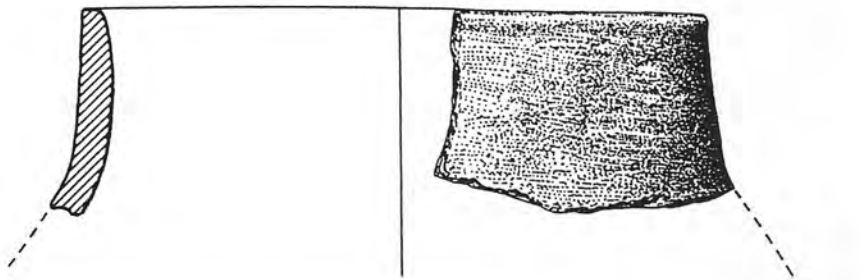
a



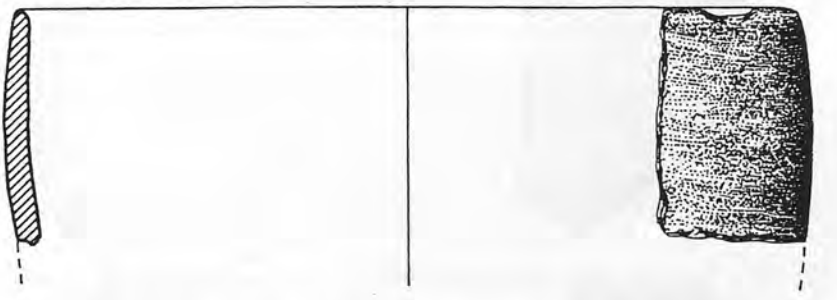
b



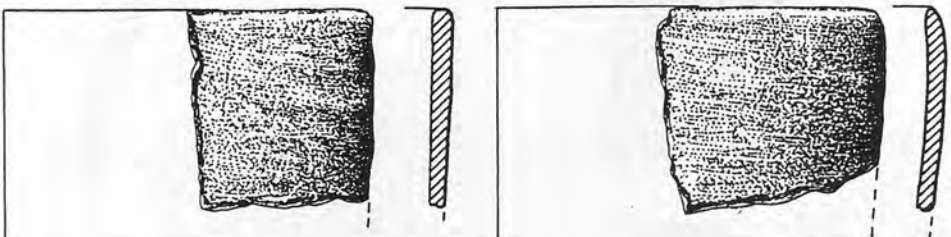
a

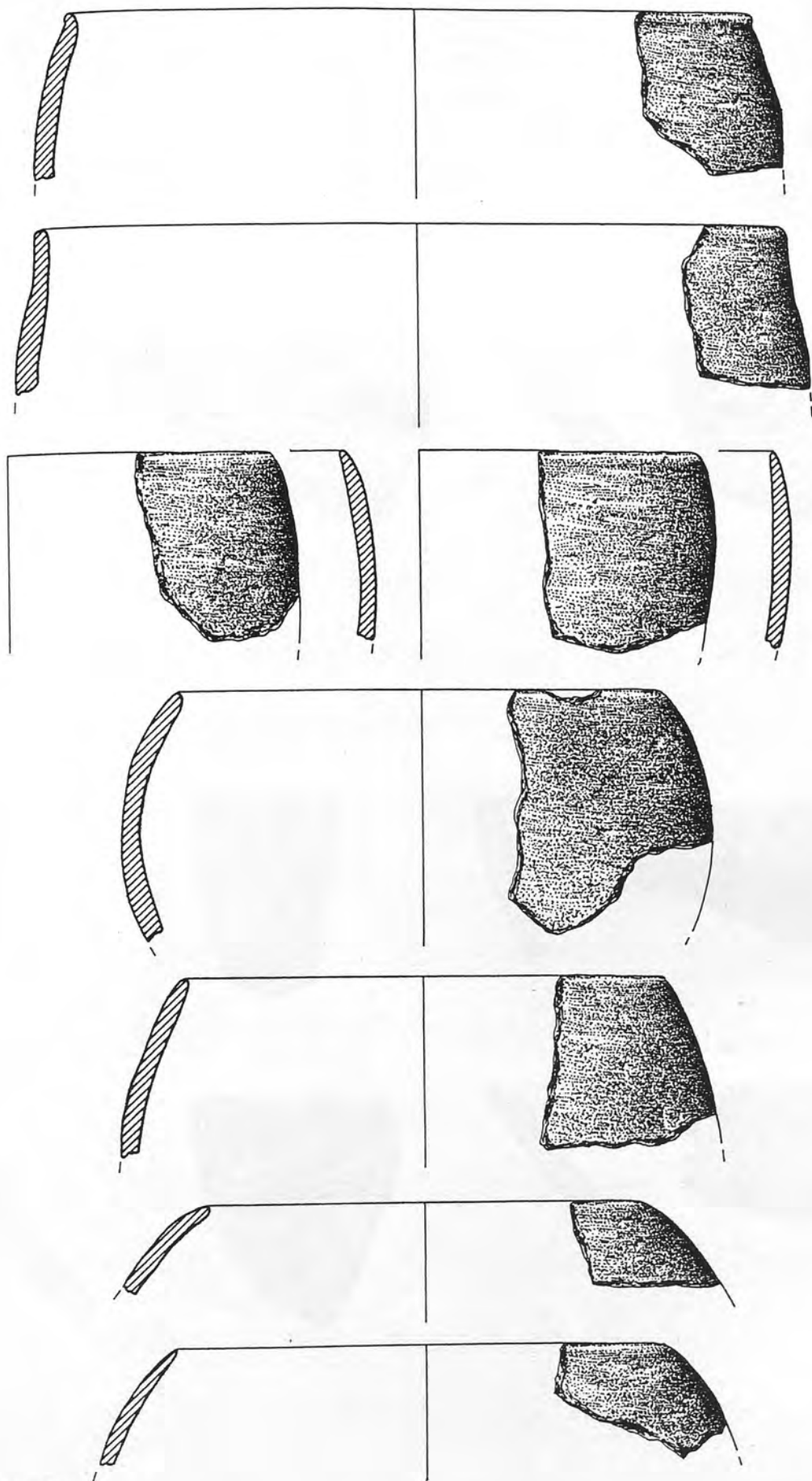


b

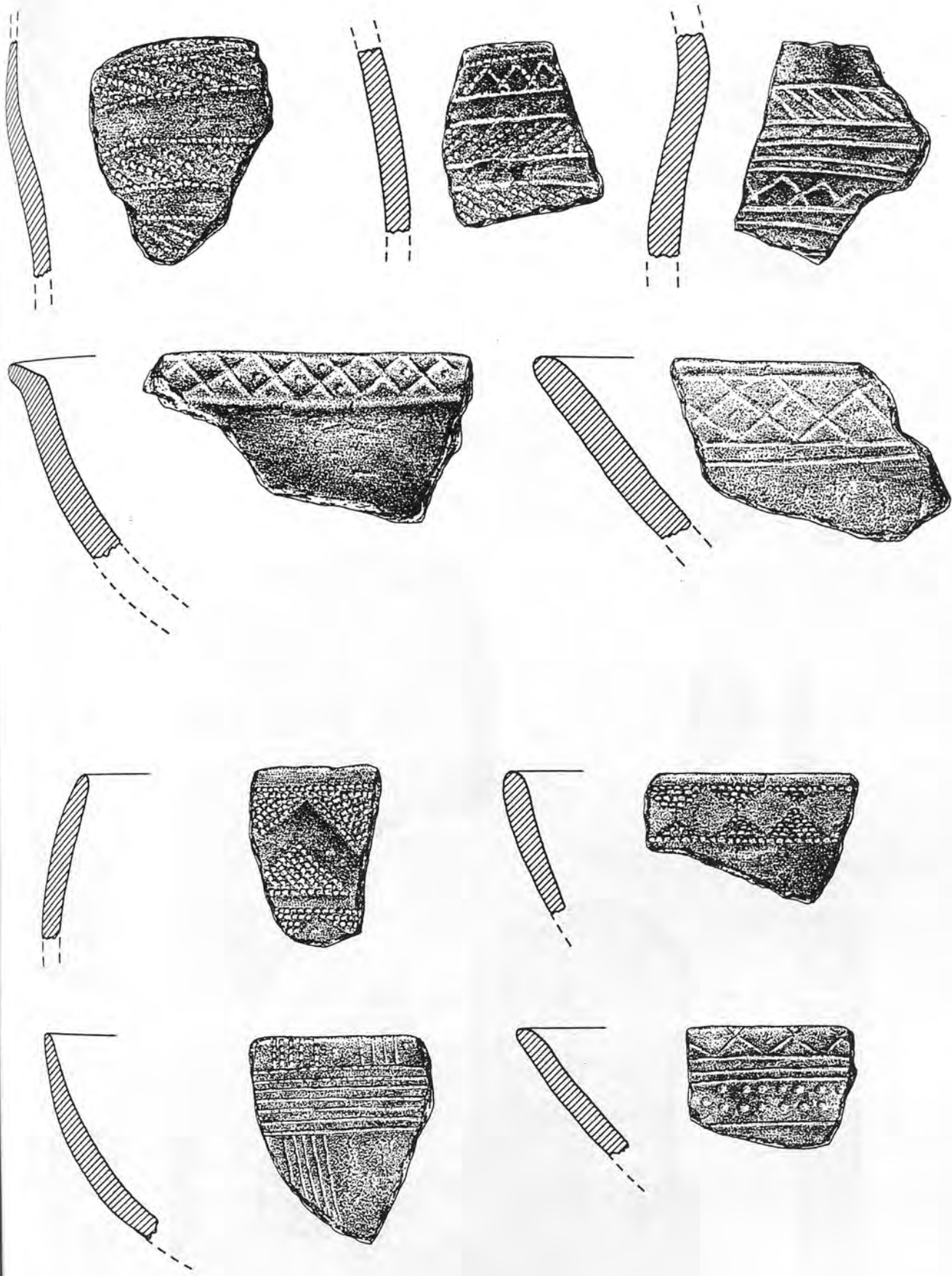


c



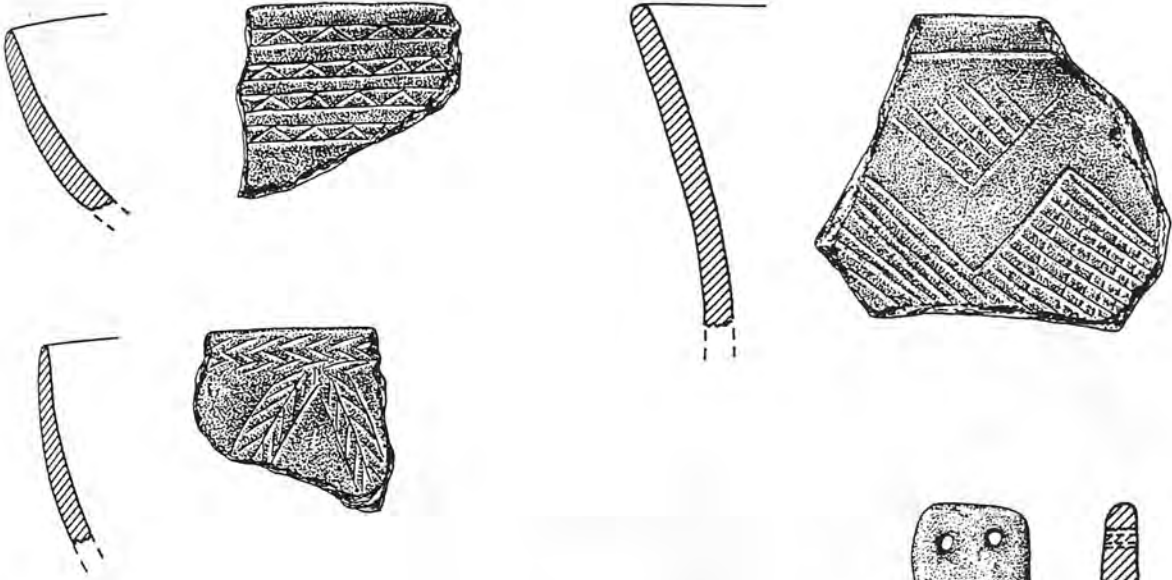


Lám. XXVIII

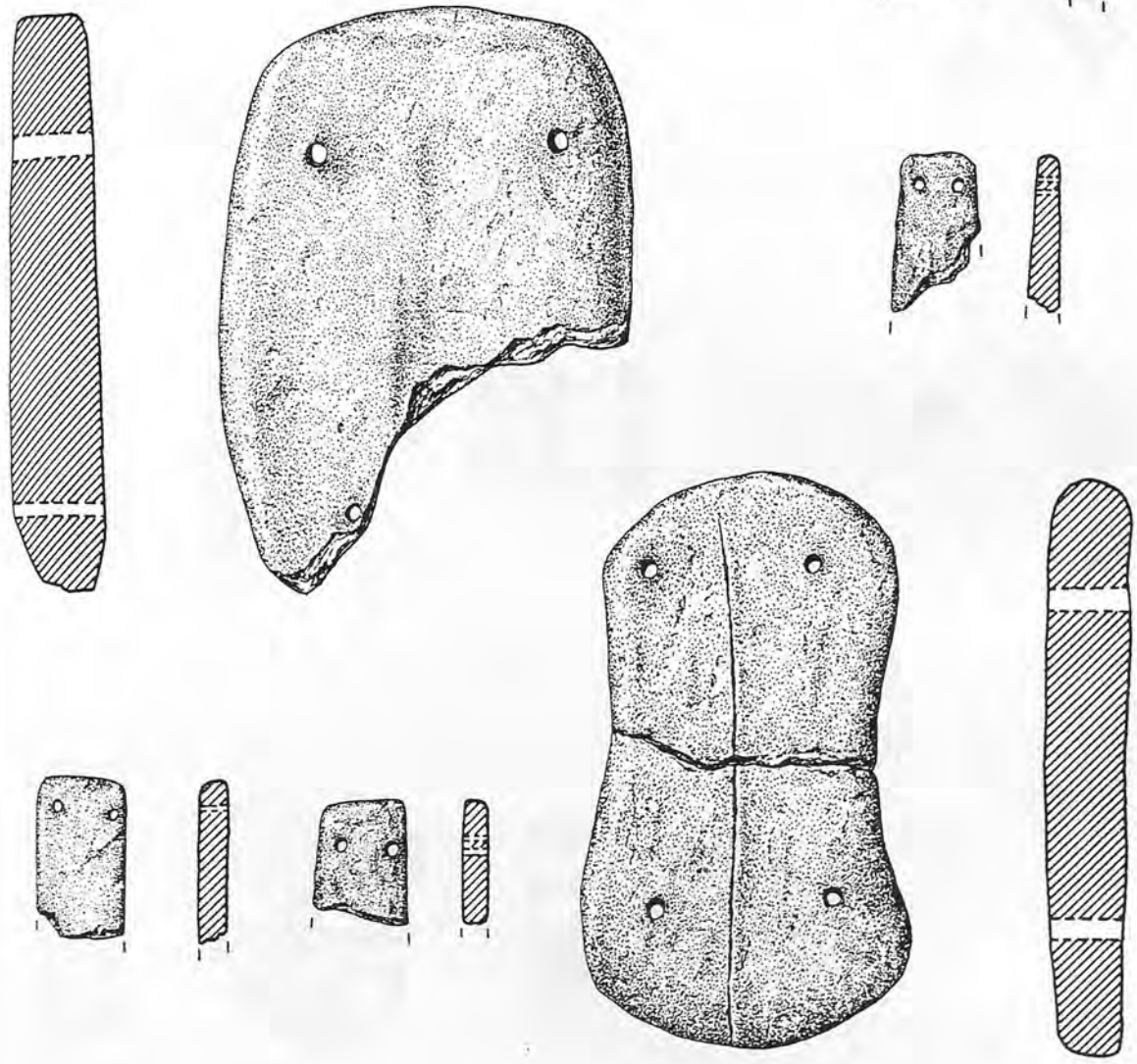


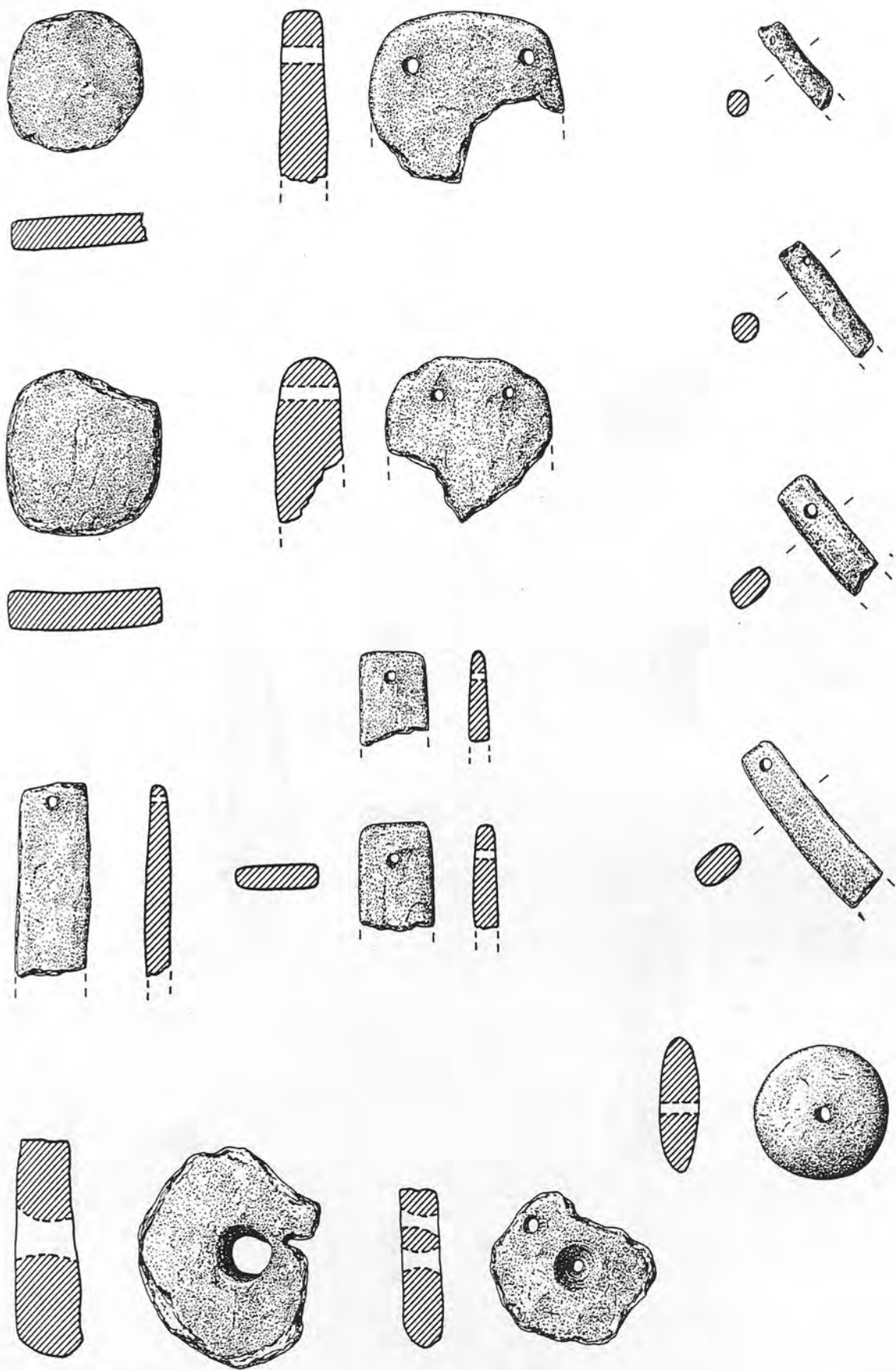
Lám. XXIX

a

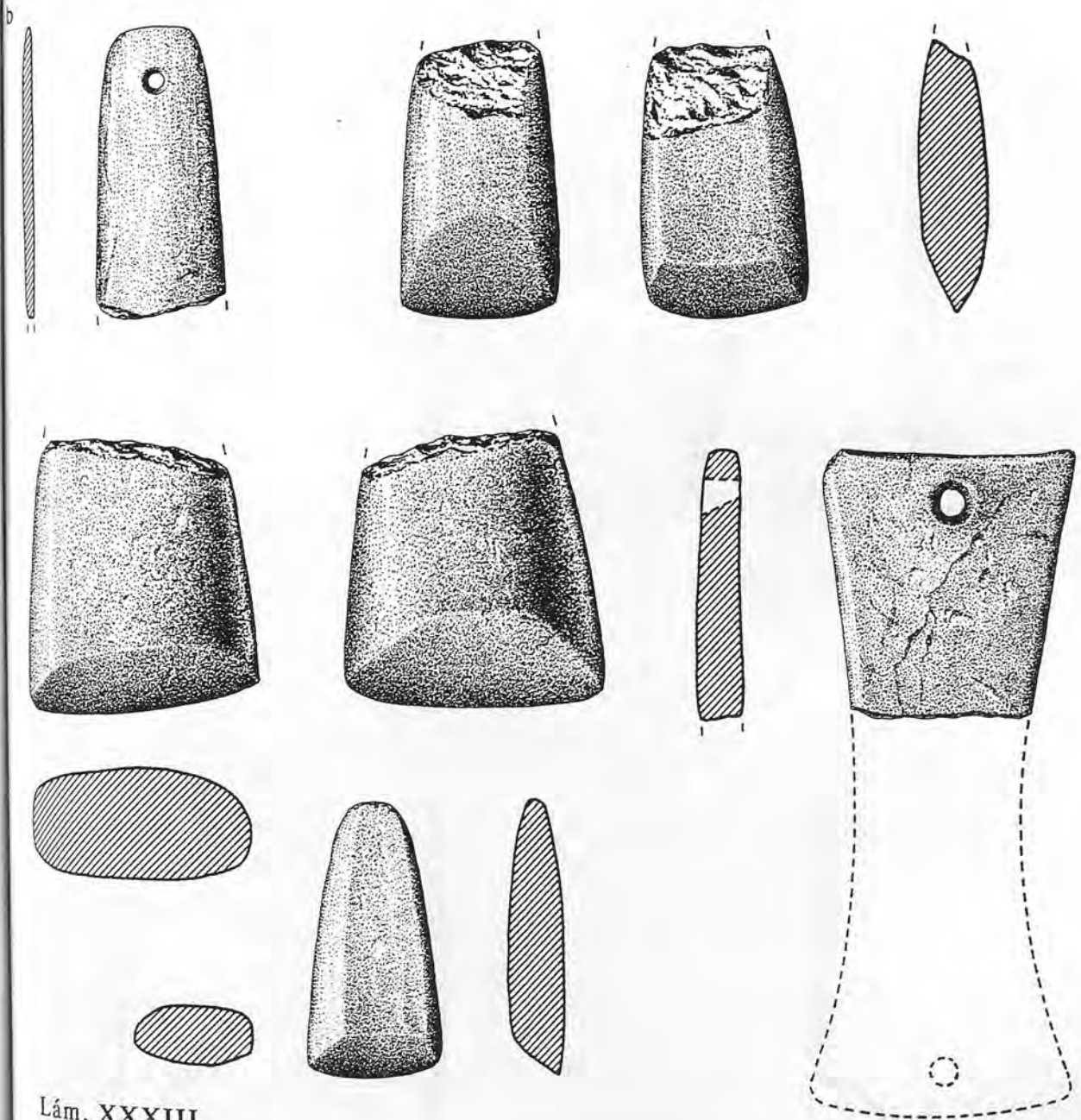
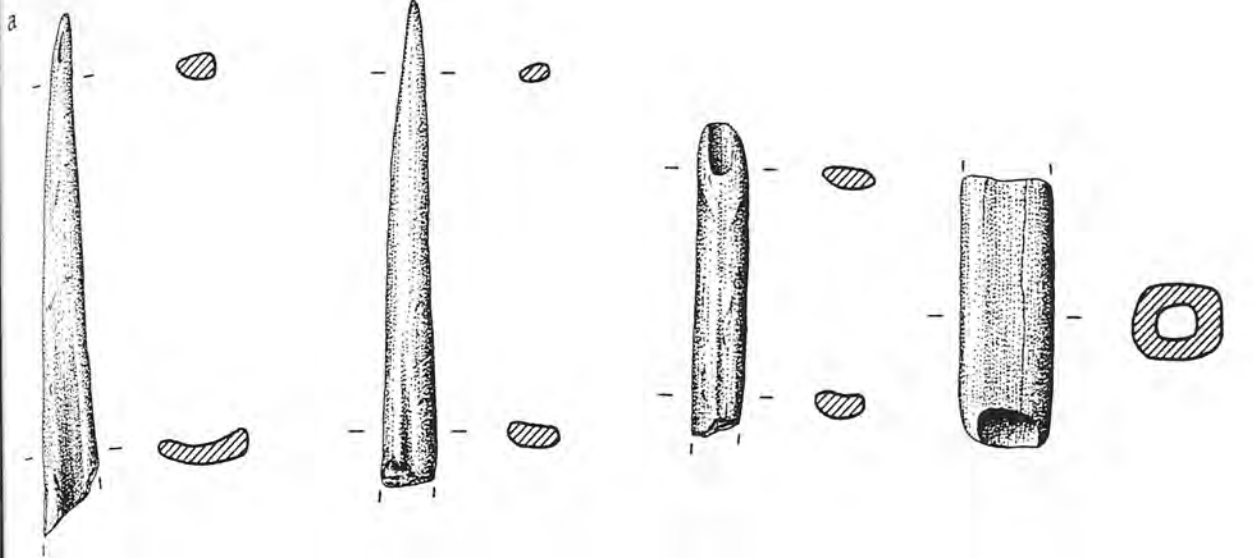


b

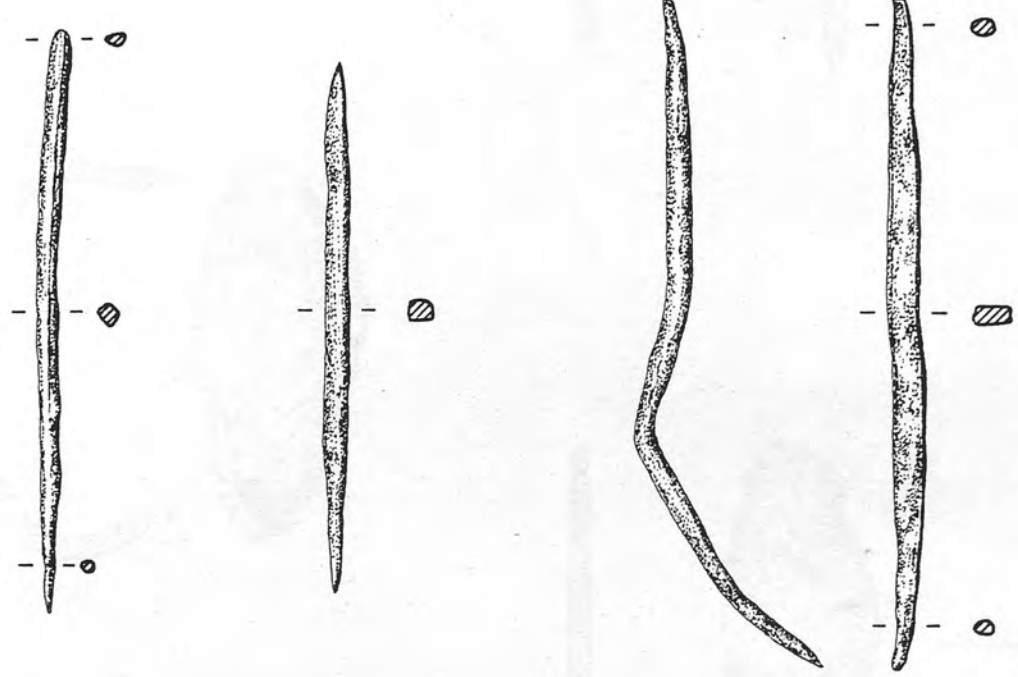
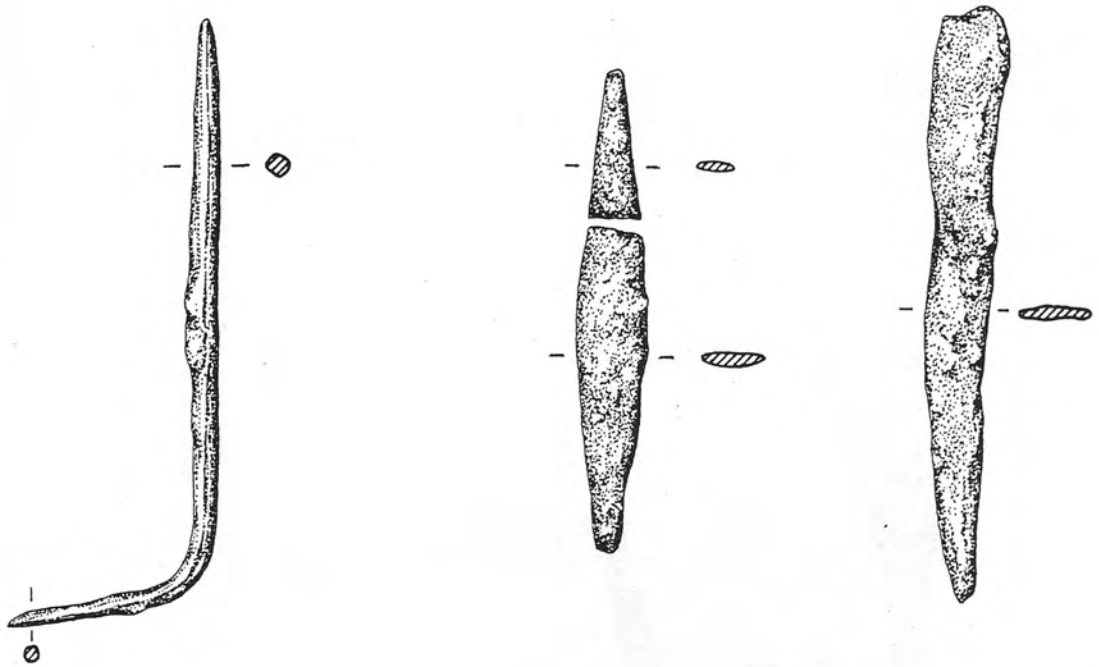




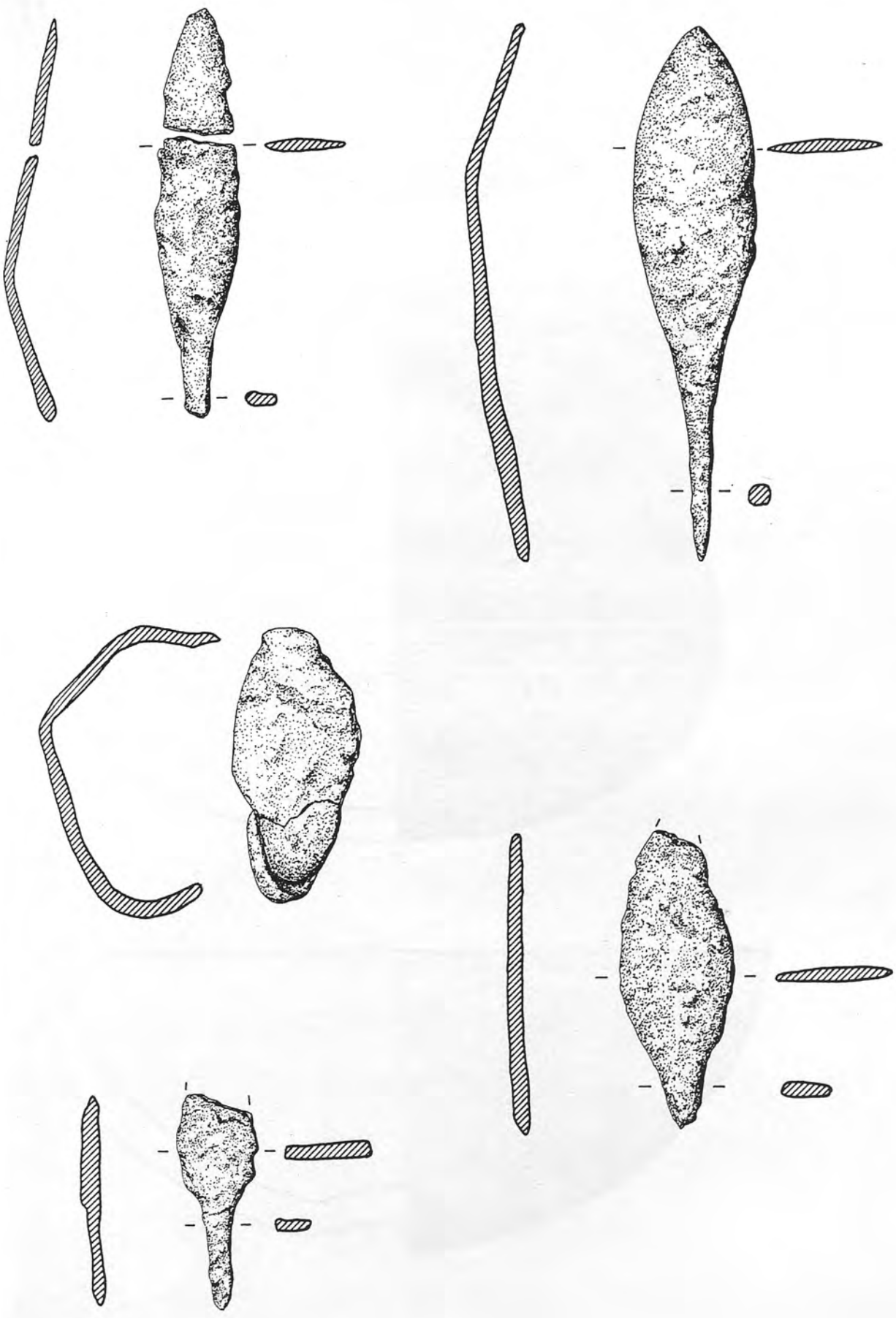
Lám. XXXI



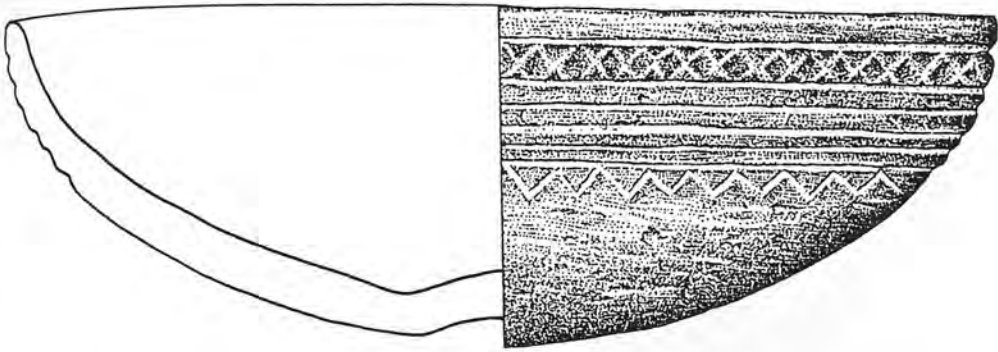
Lám. XXXIII



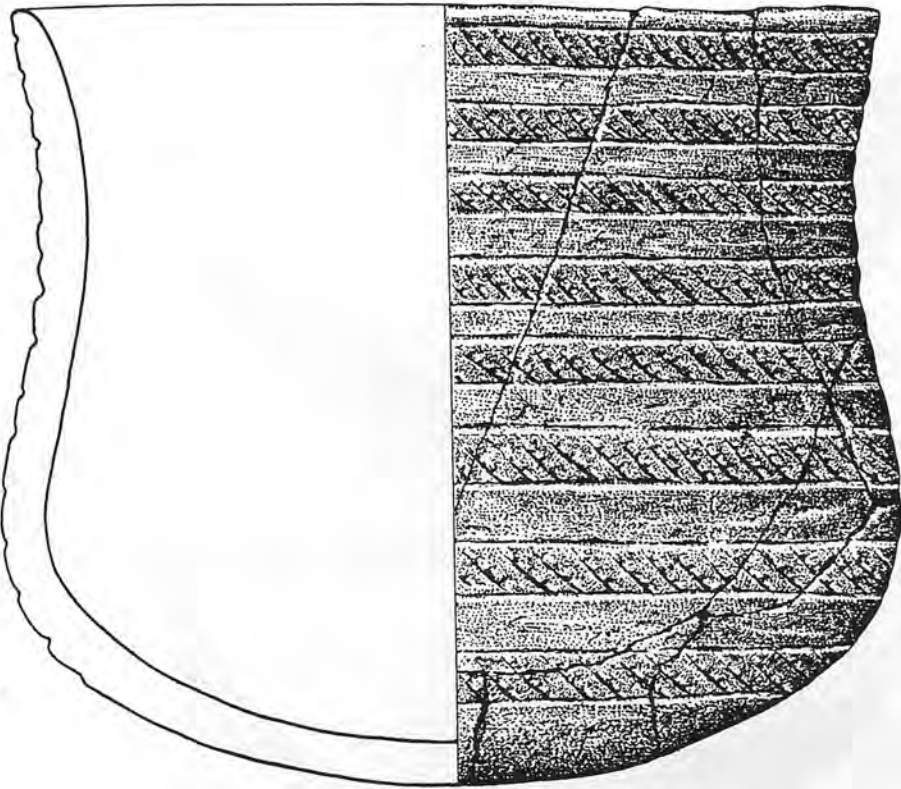
Lám. XXXIV



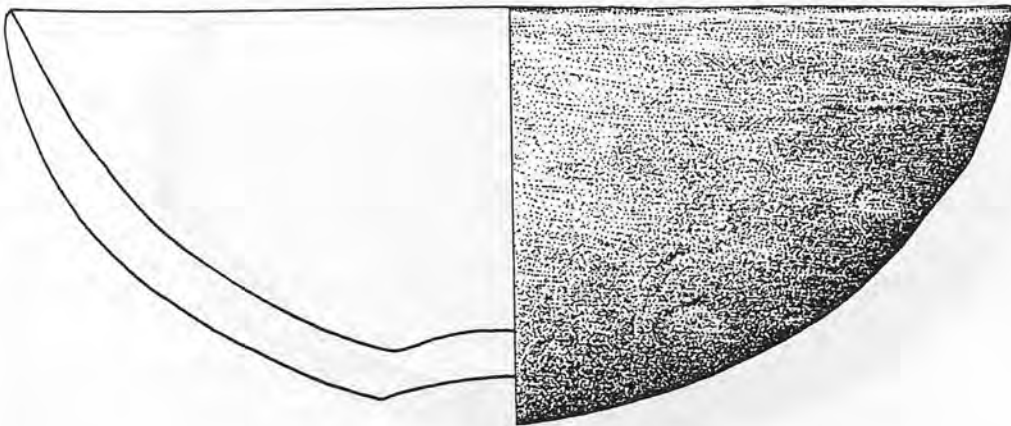
Lám. XXXV



1



2



3



Fig. 76: Vasos campaniformes y cuenco con ónfalos.

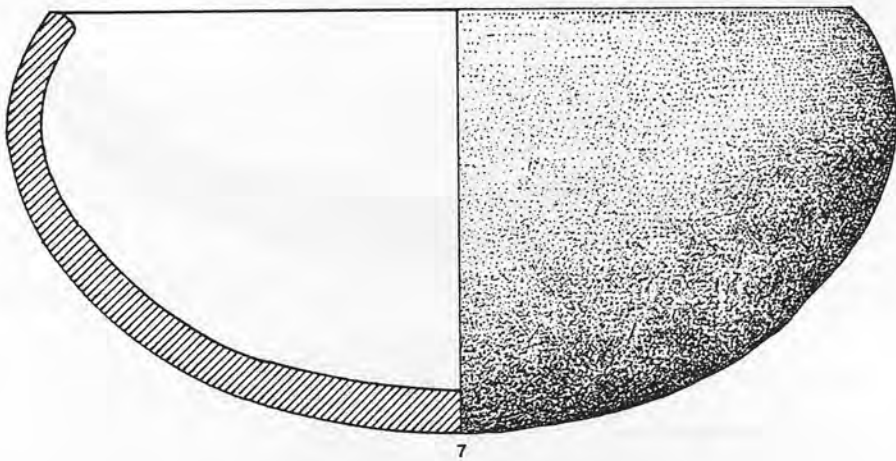
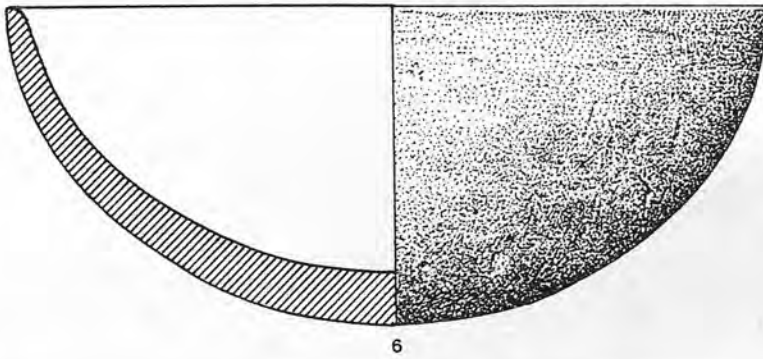
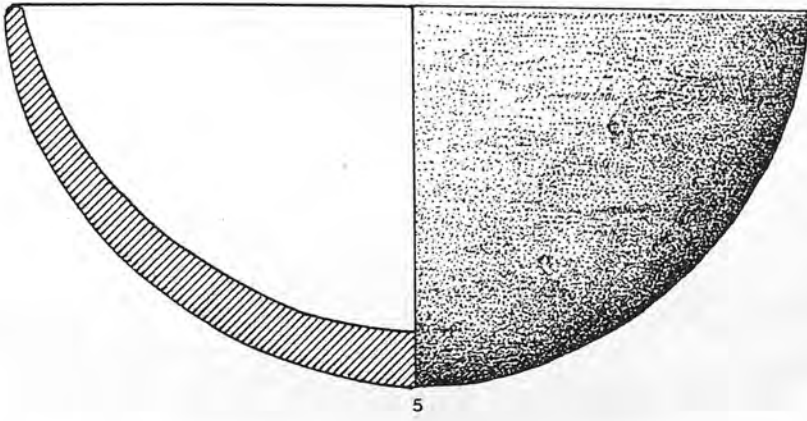
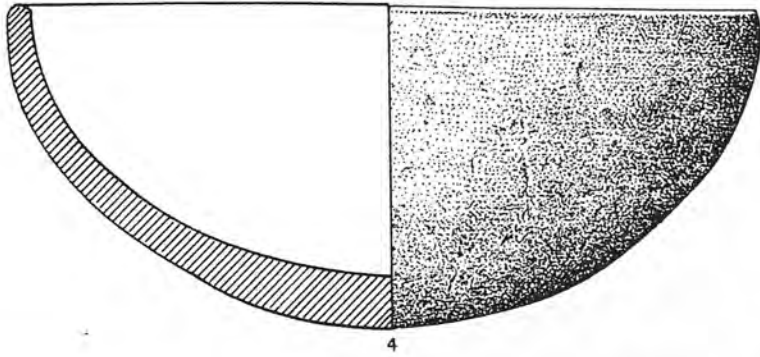
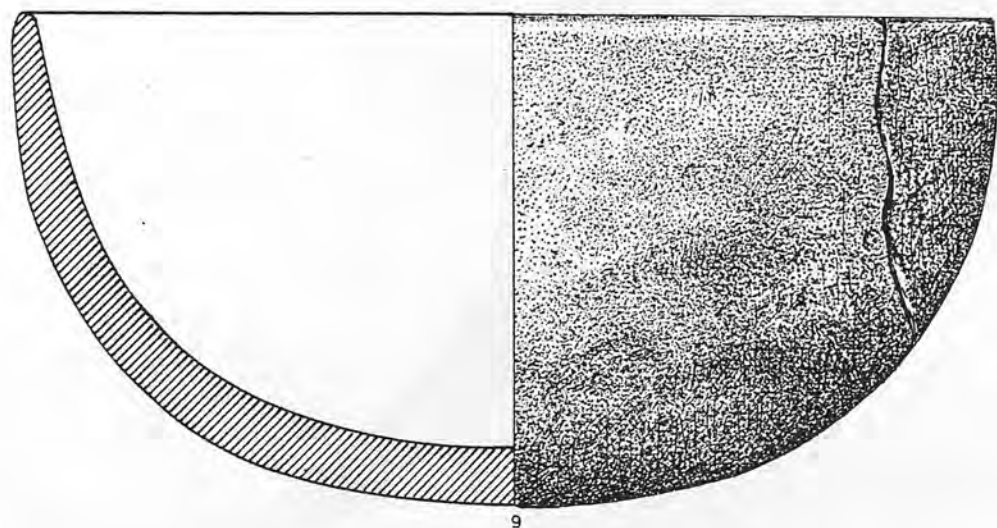
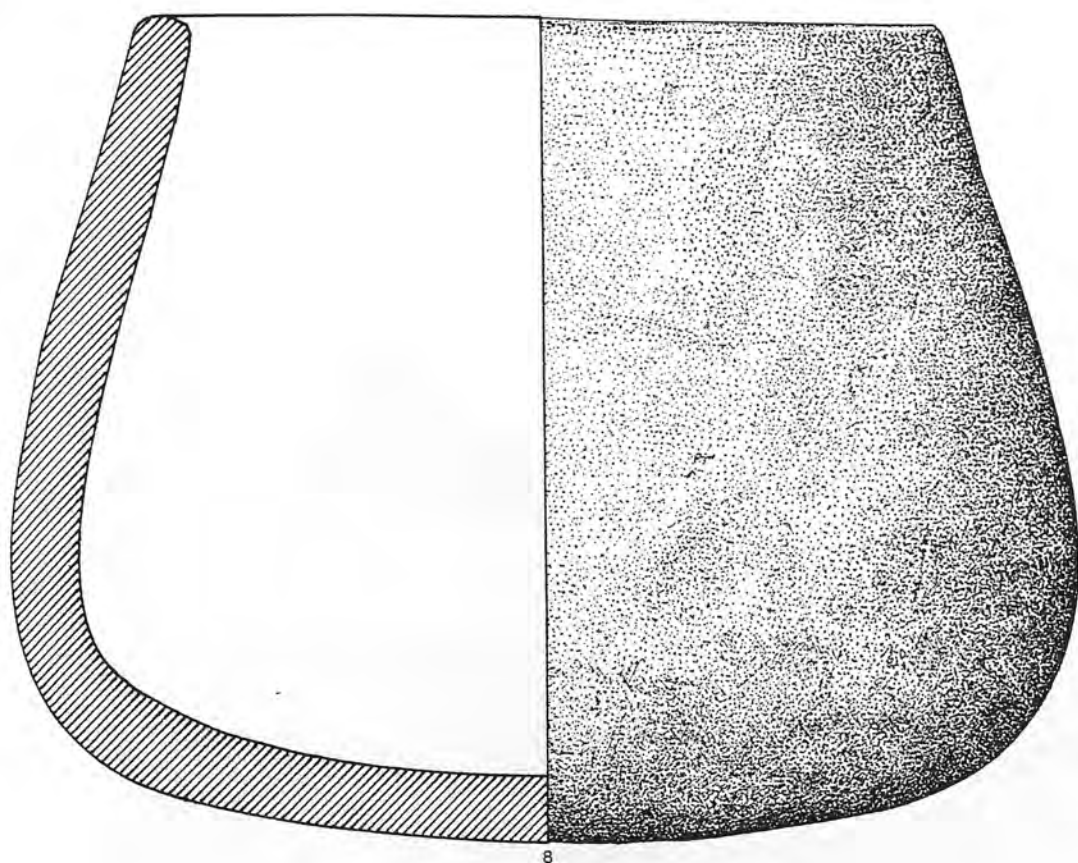
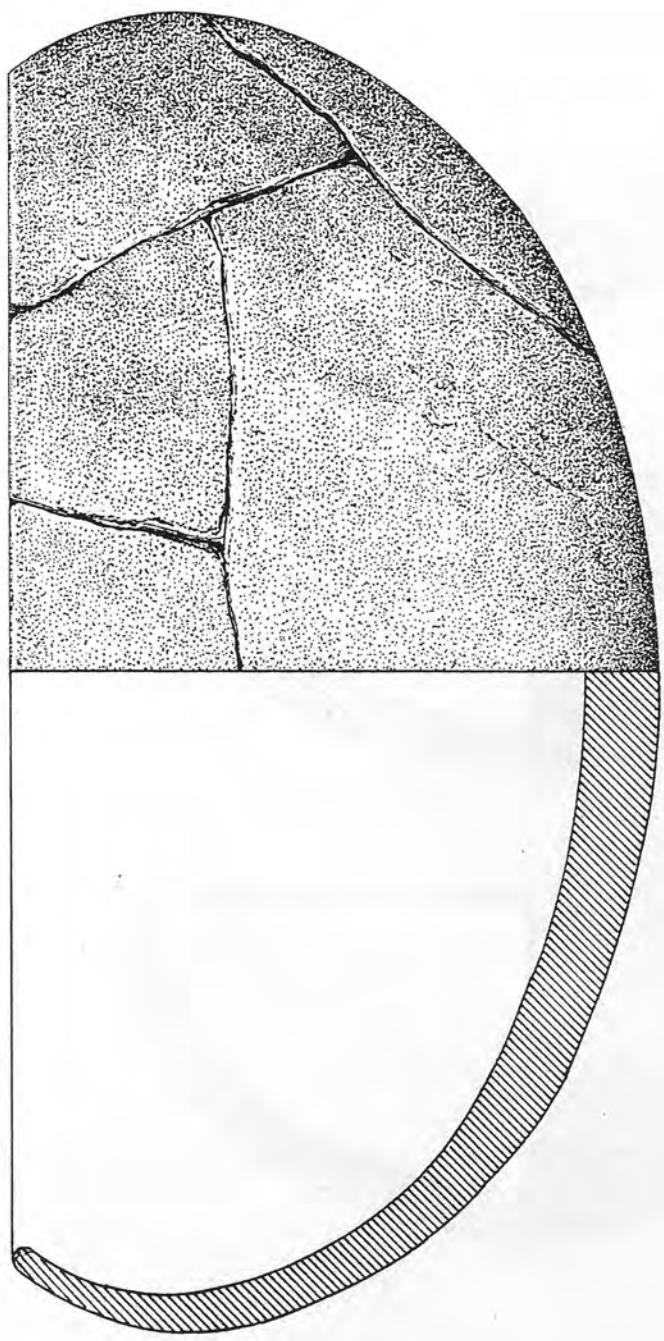


Fig. 77: Cuencos de casquete esférico y borde entrante.



0 5

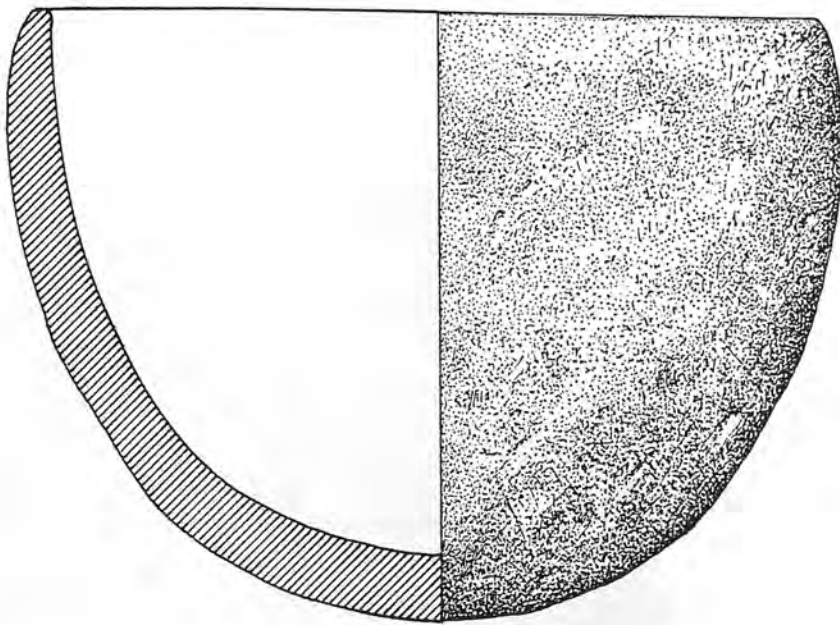
Fig. 78: Cuenco piriforme y semiesférico.



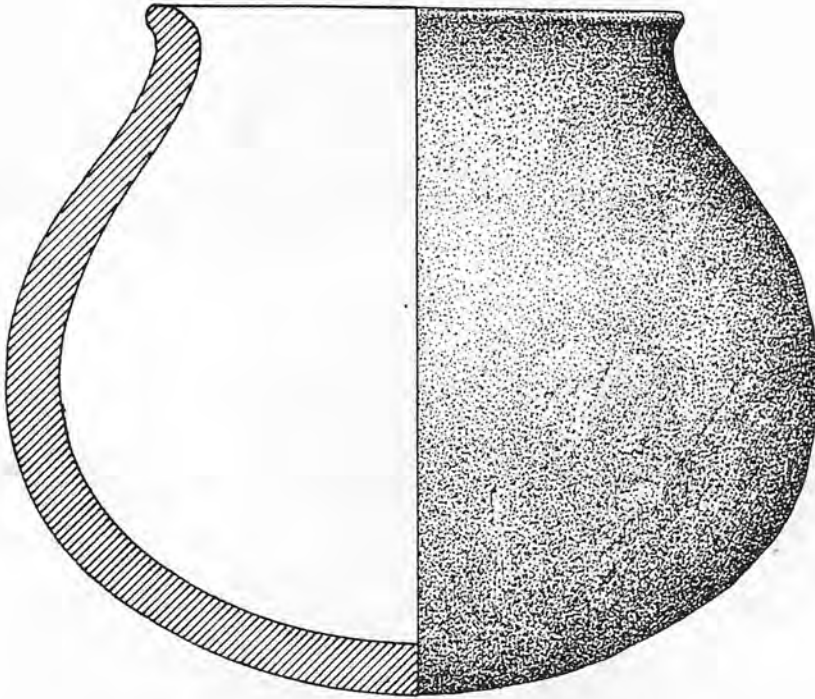
0 5

10

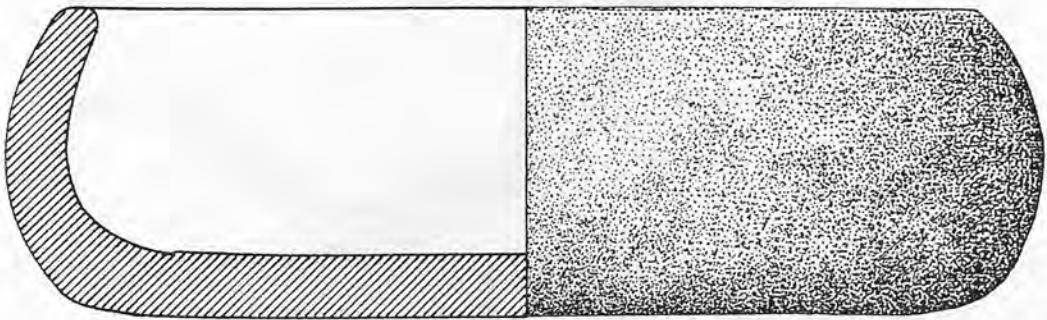
Fig. 79: Cuenco de borde entrante.



14



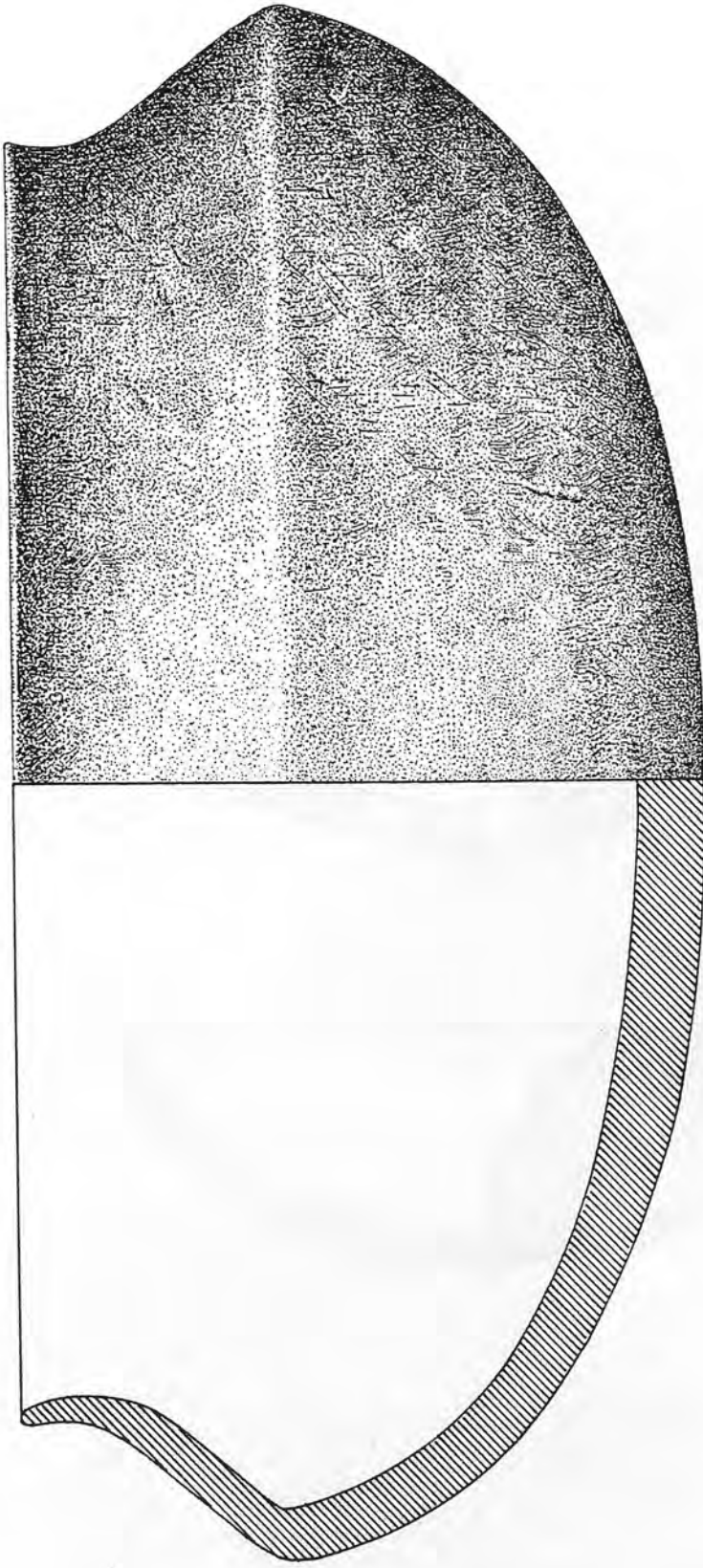
15



16



Fig. 81: Cuenco hemisférico, olla y escudilla.



17



Fig. 82: Vaso carenado.

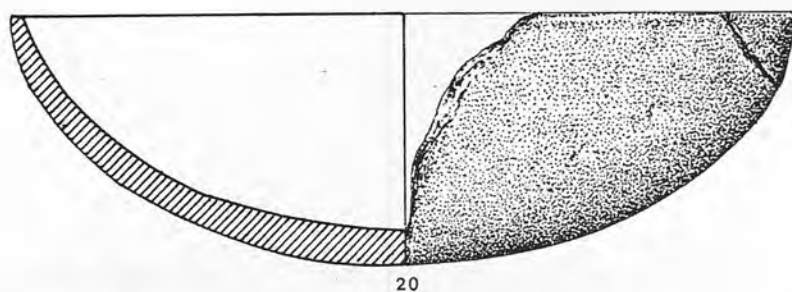
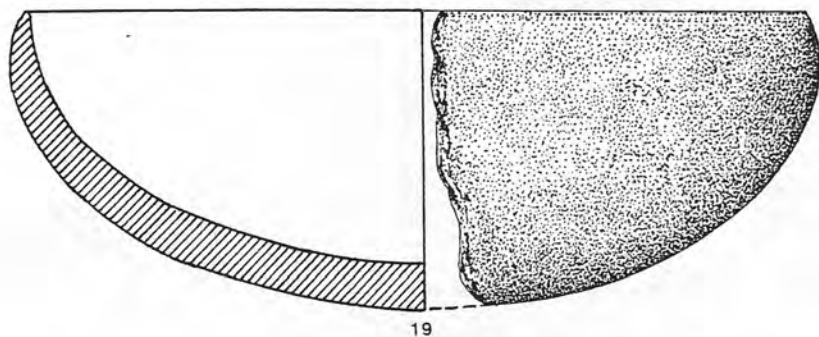
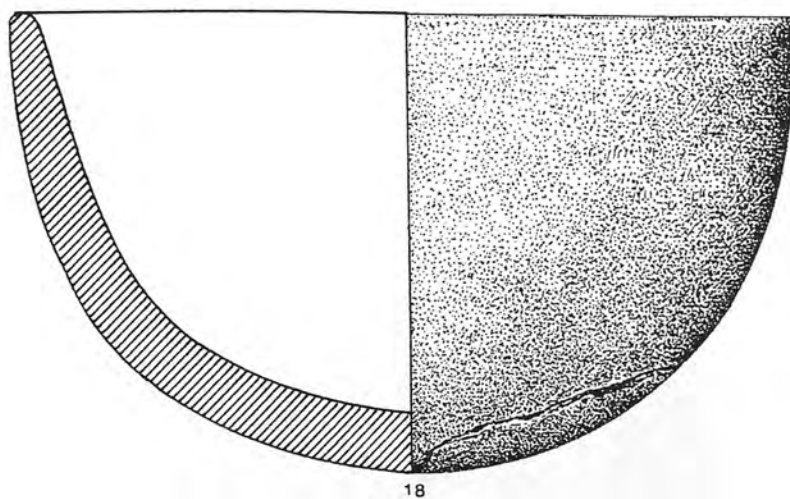
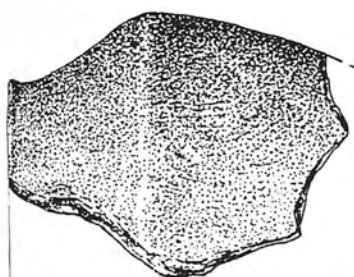
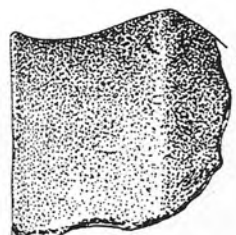


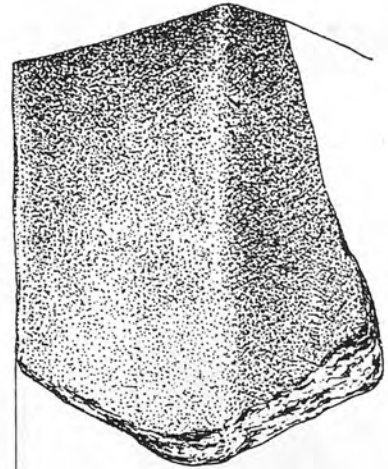
Fig. 83: Cuencos semiesféricos y de casquete esférico.



21



22



23



Fig. 84: Vasos carenados.

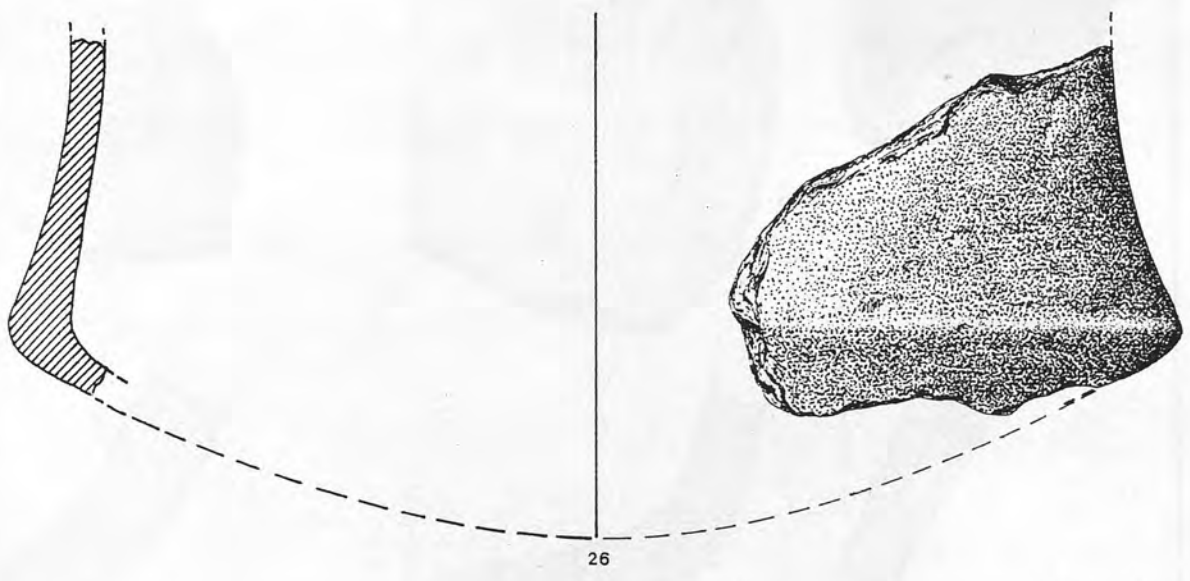
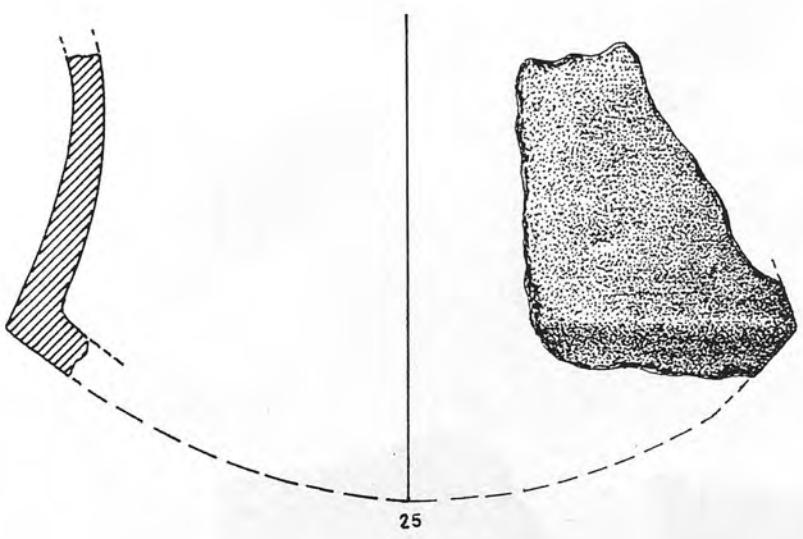
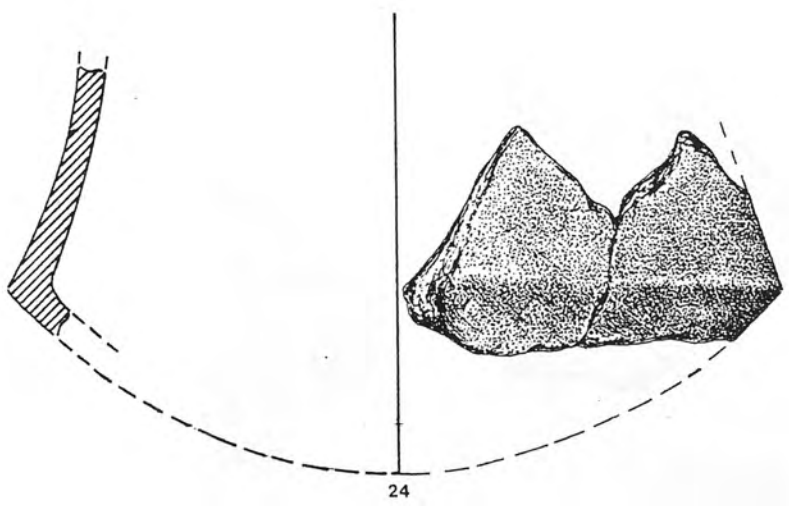
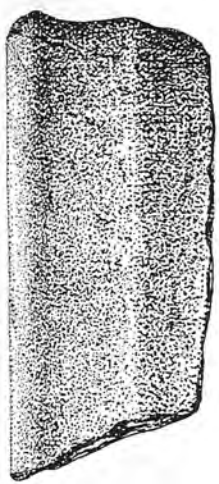
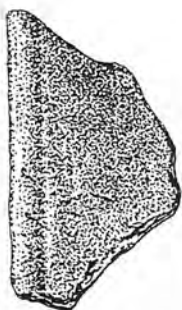
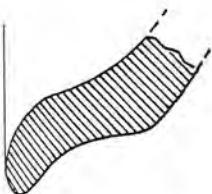


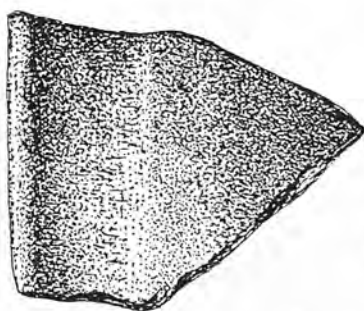
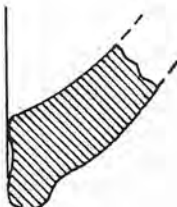
Fig. 85: Vasos carenados.



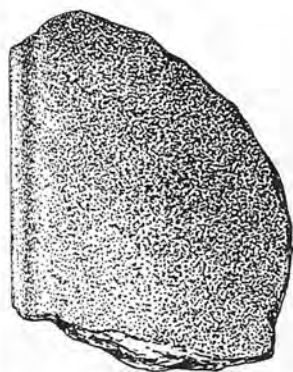
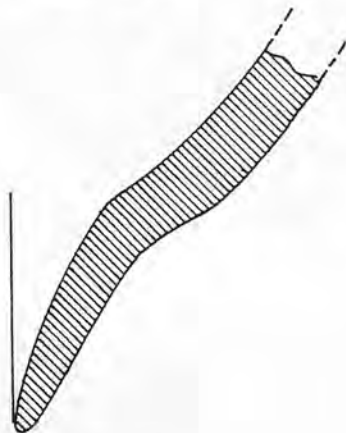
28



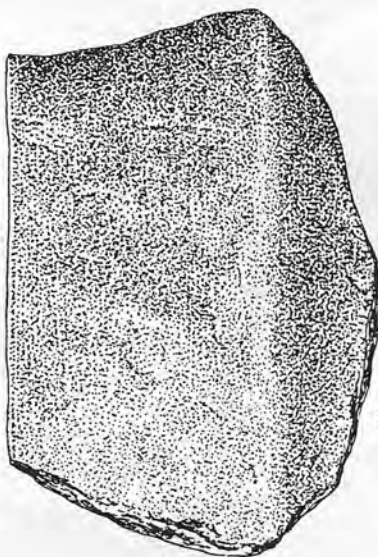
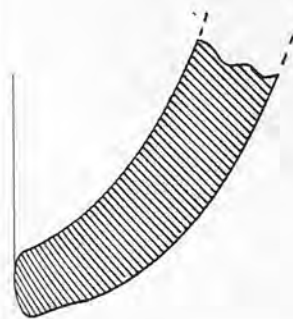
30



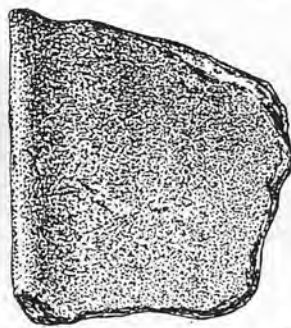
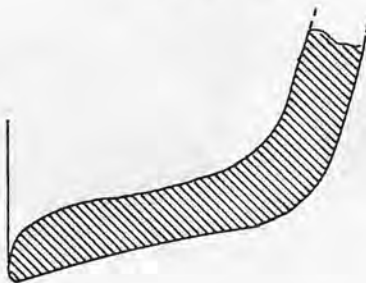
32



27



29



31

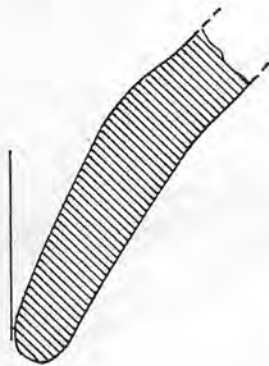
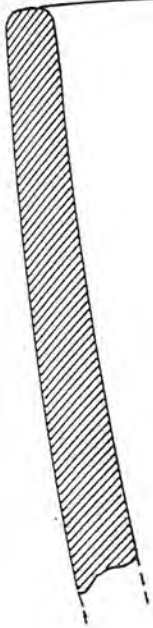
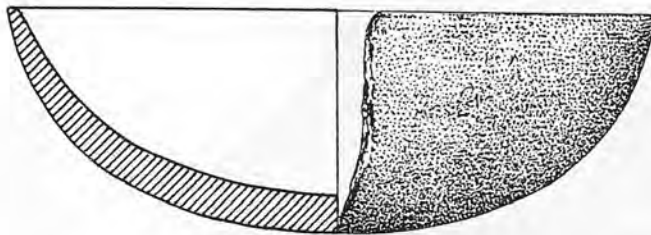
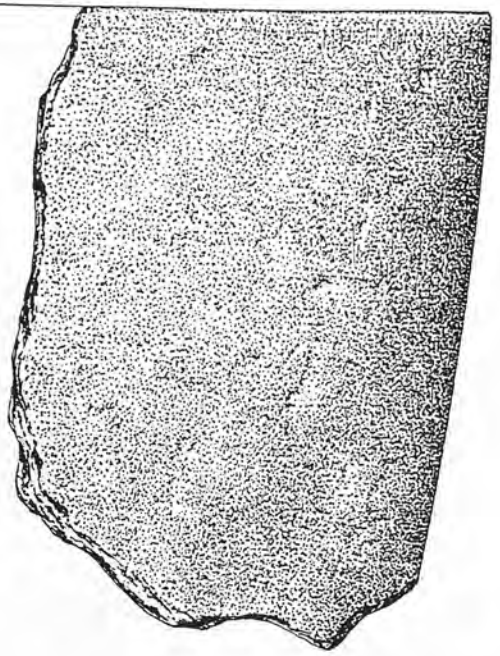


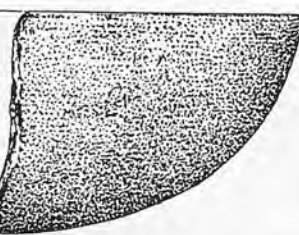
Fig. 86: Fuentes y platos.



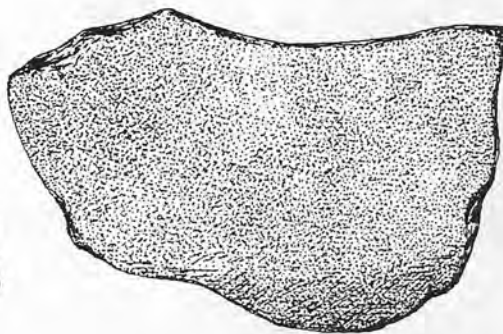
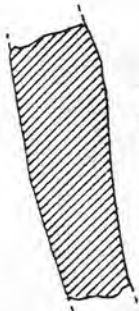
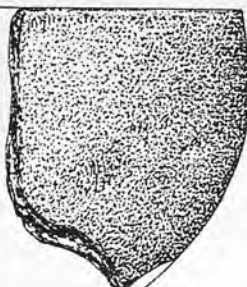
33



34



35



36

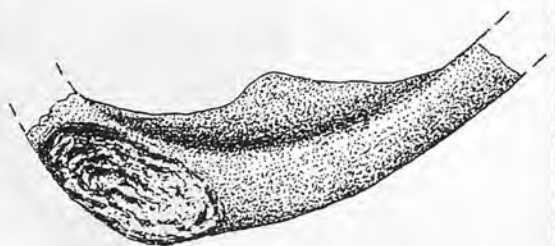
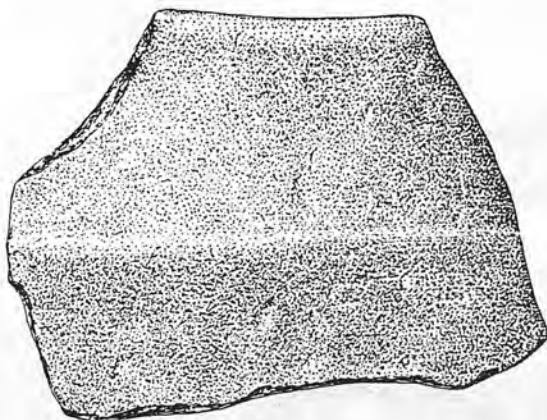


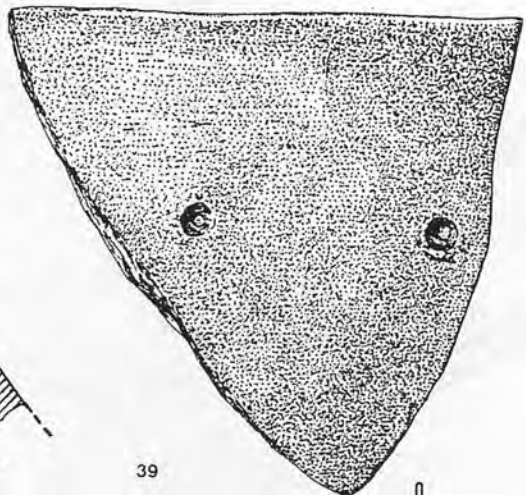
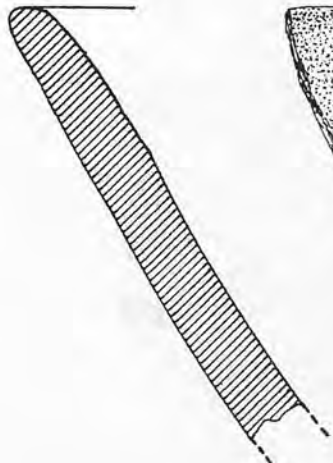
Fig. 87: Cuencos y vasija con asa.



37



38



39



Fig. 88: Vasos carenados y cuenco con perforaciones.

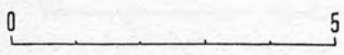
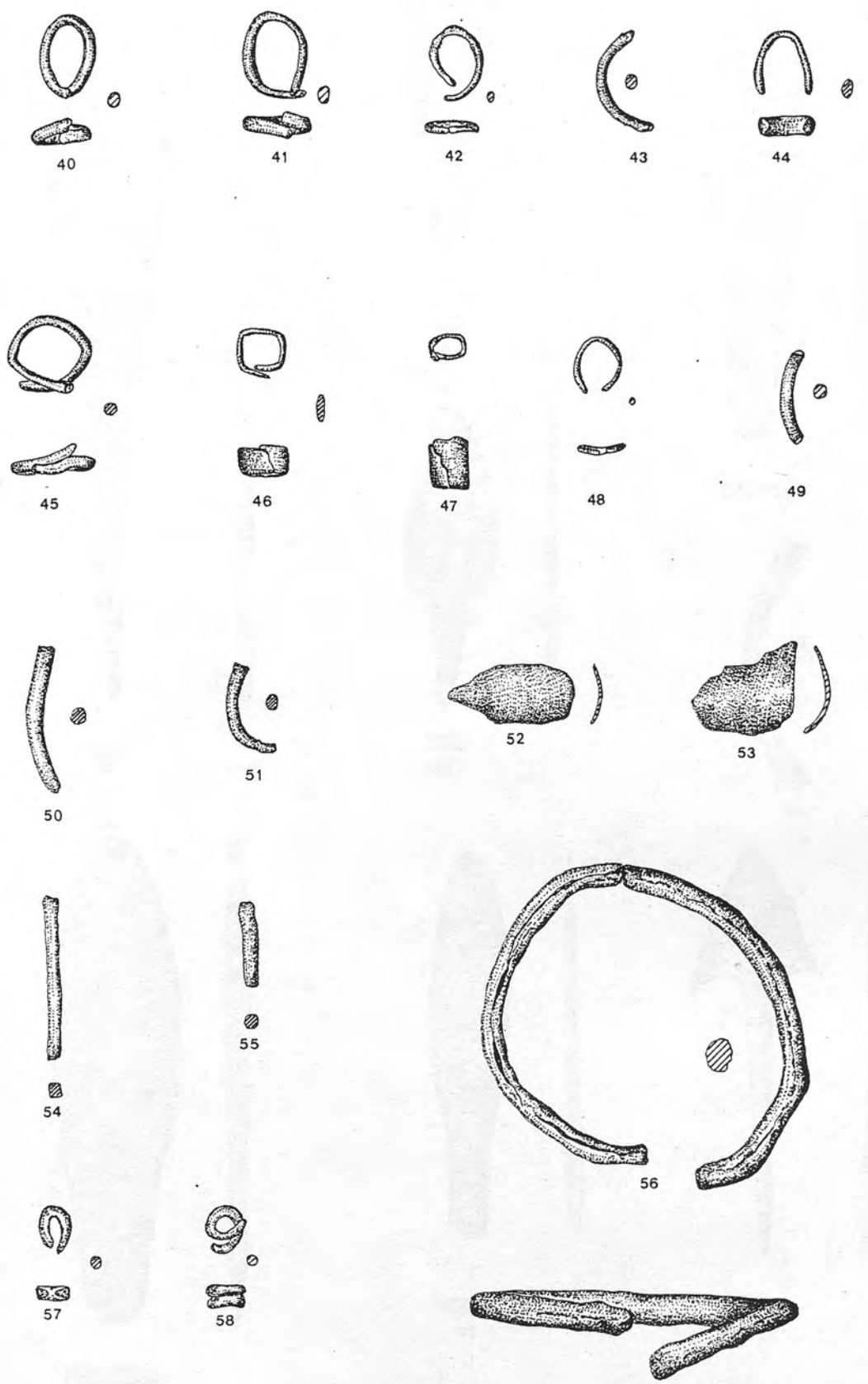


Fig. 89: Anillos, aretes y brazalete en cobre y plata.

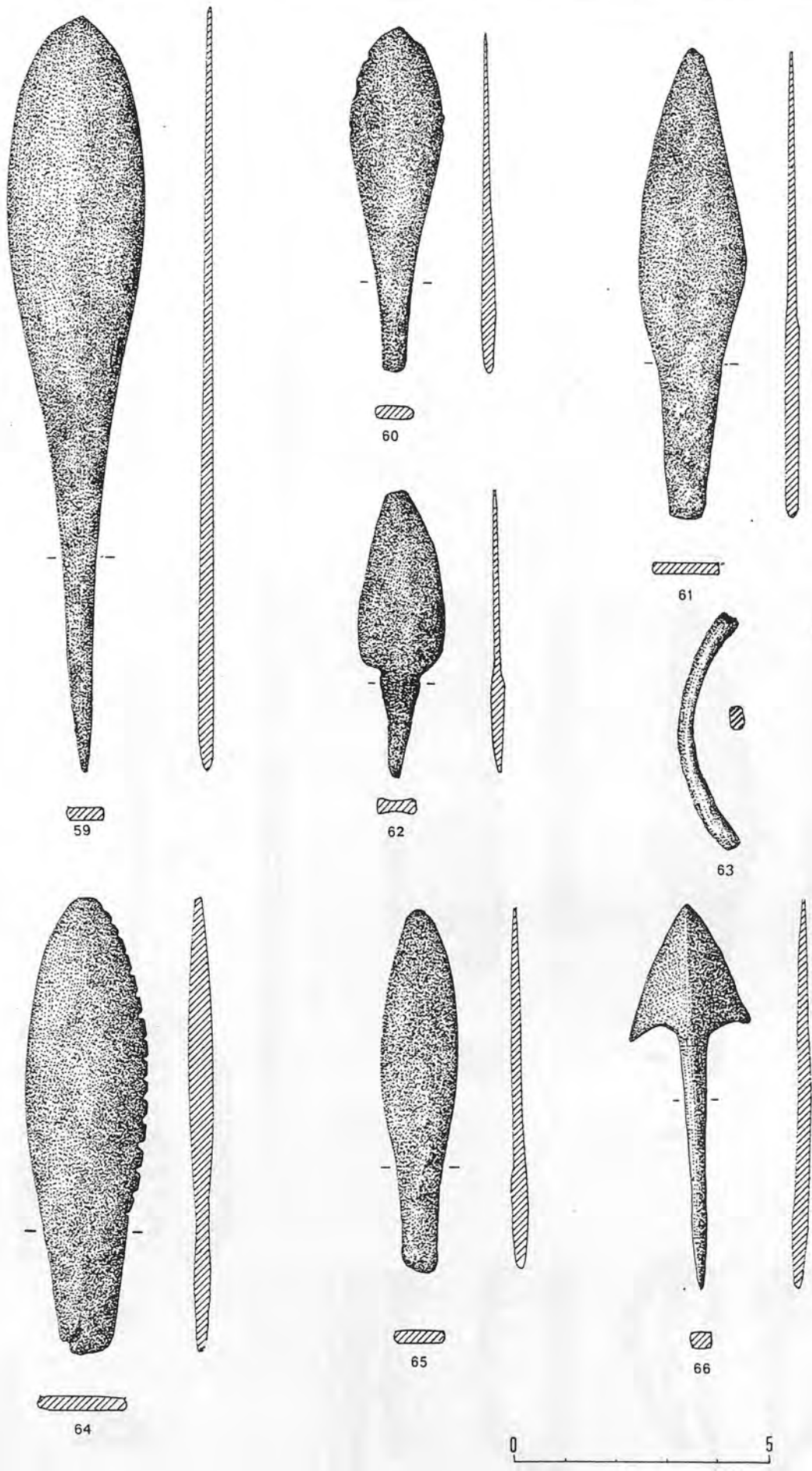


Fig. 90: Puntas de Palmella, brazaletes y punta de flecha de largo pedúnculo y aletas.

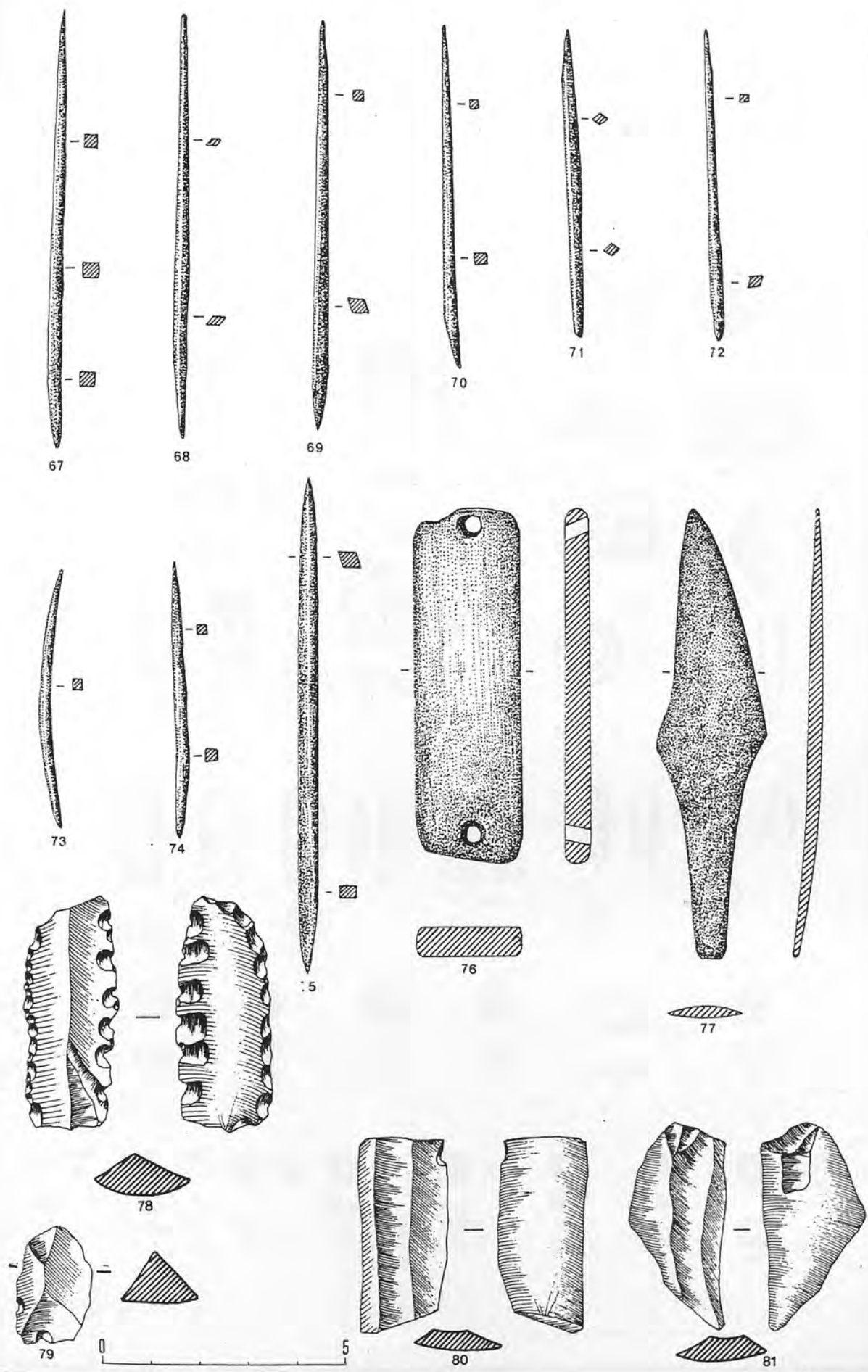


Fig. 91: Punzones de cobre, placa de arquero, pequeño puñal, diente de hoz y láminas.

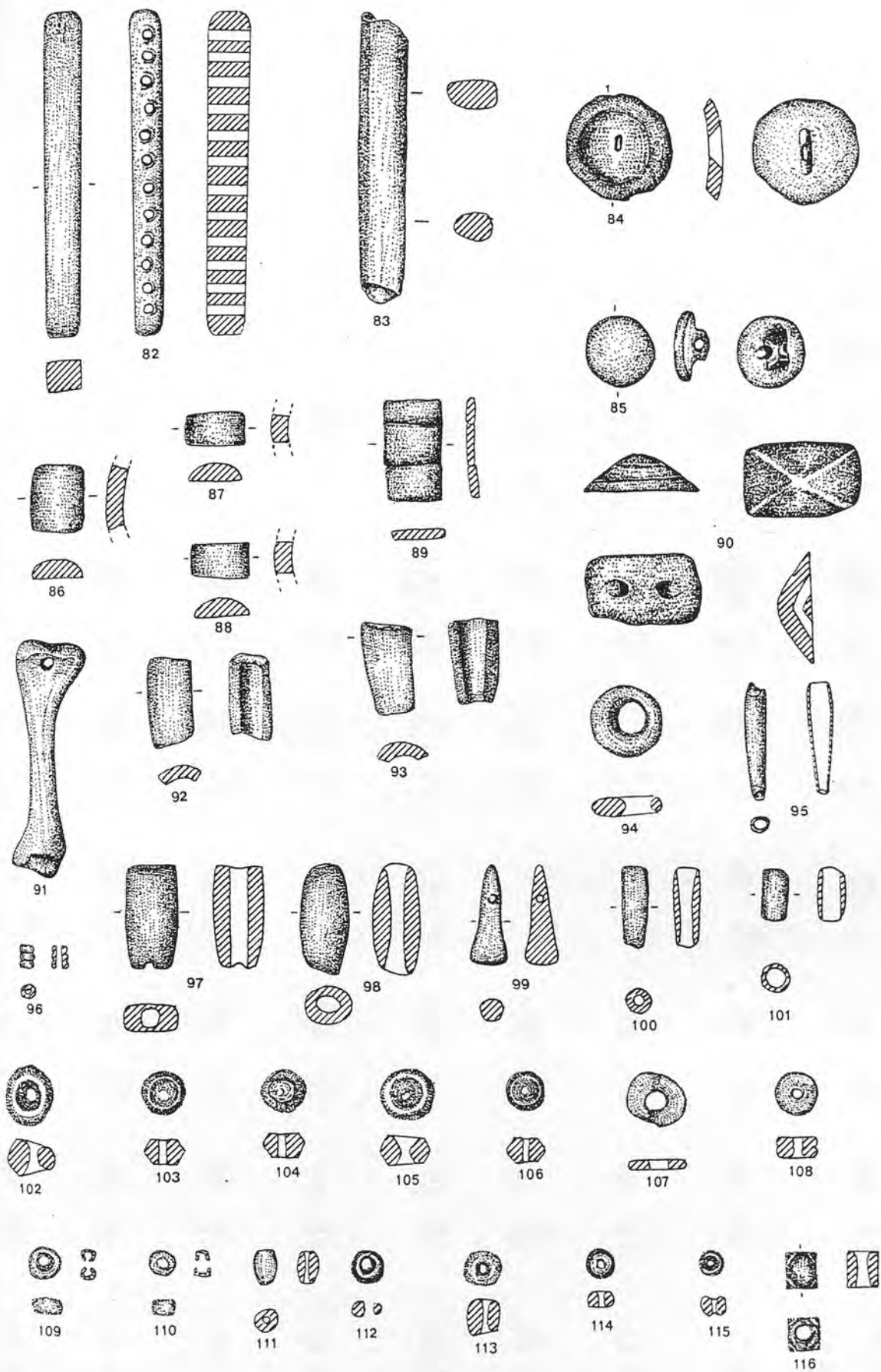


Fig. 92: Diversos objetos de marfil, hueso, oro y piedra.

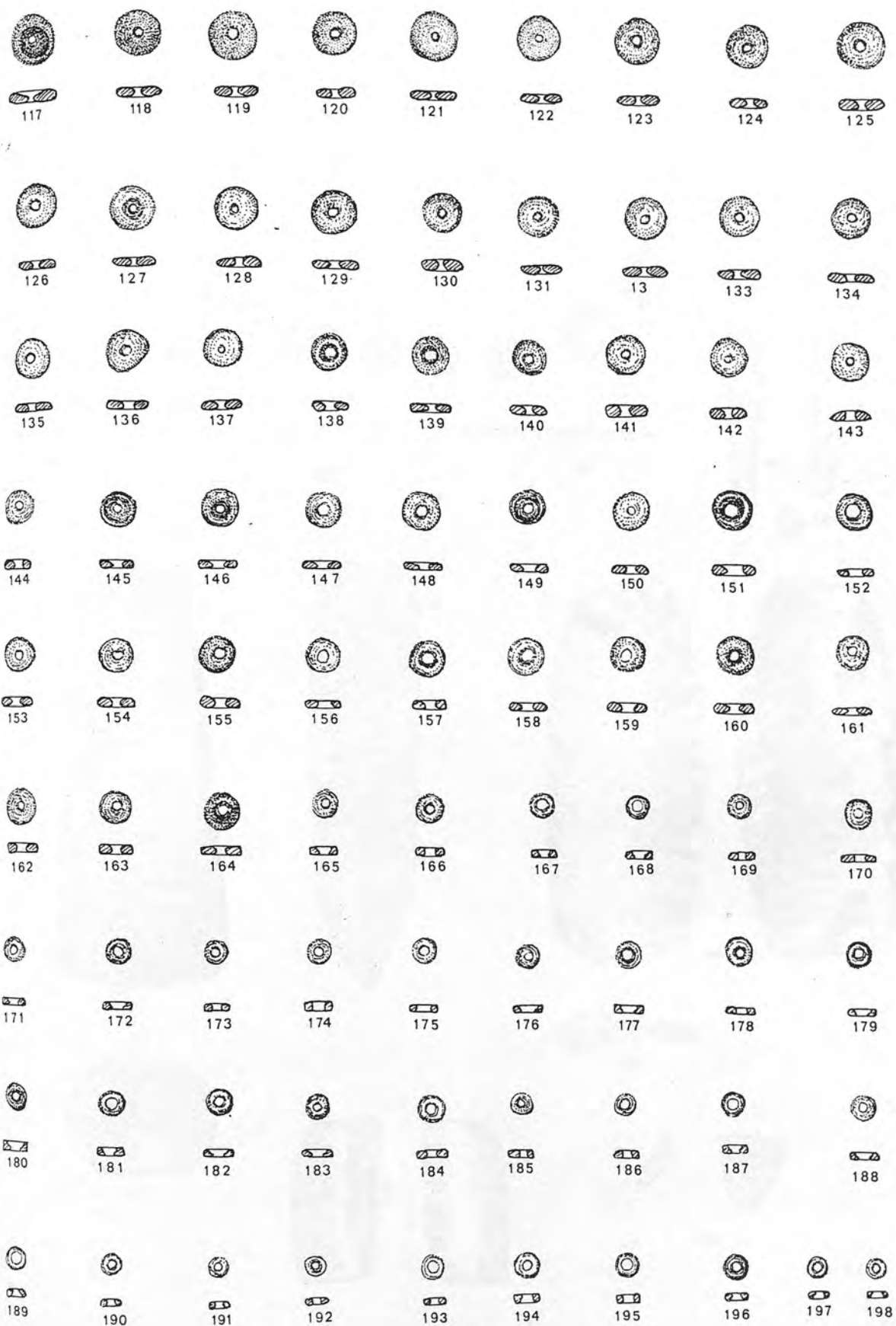


Fig. 93: Cuentas de collar.

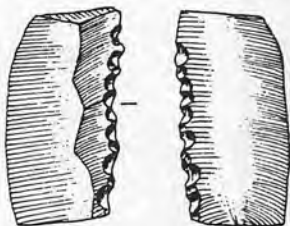
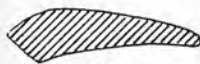
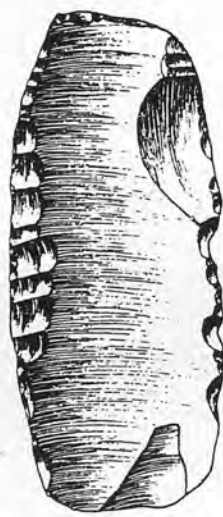
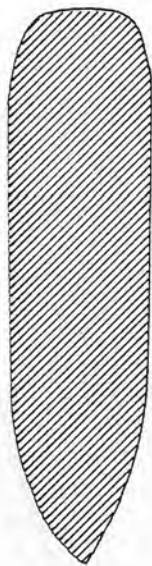
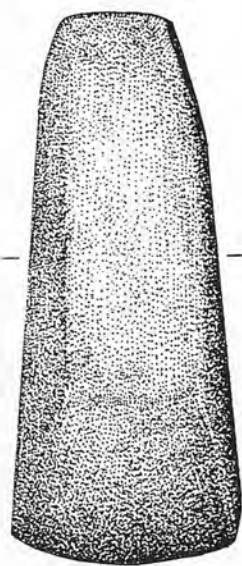
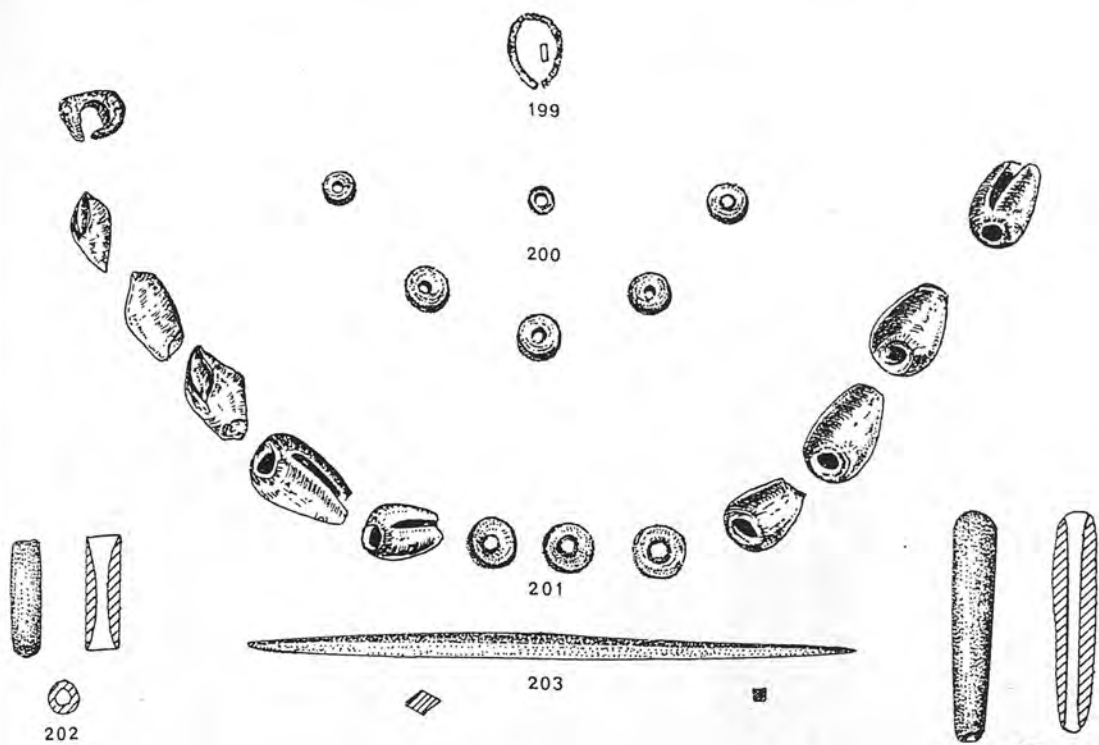
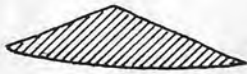
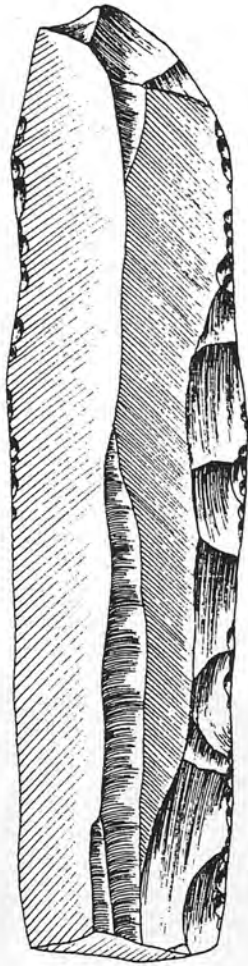
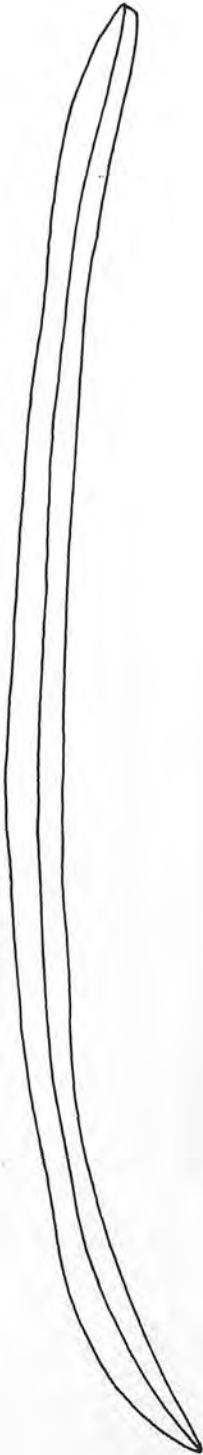
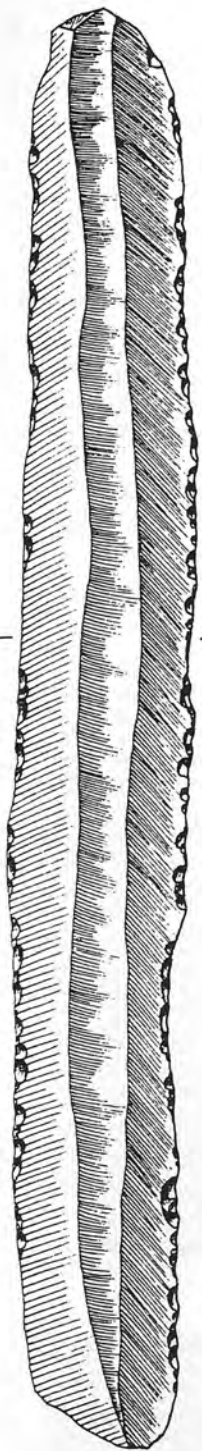
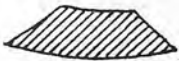


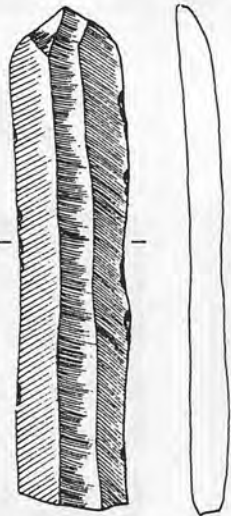
Fig. 94: Cuentas de collar, punzón de cobre, azuela, dientes de hoz y fragmento cerámico.



210



209



211



212

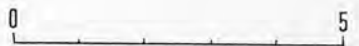
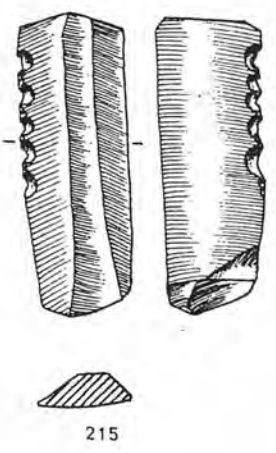
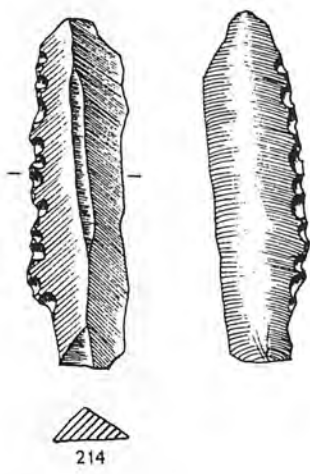
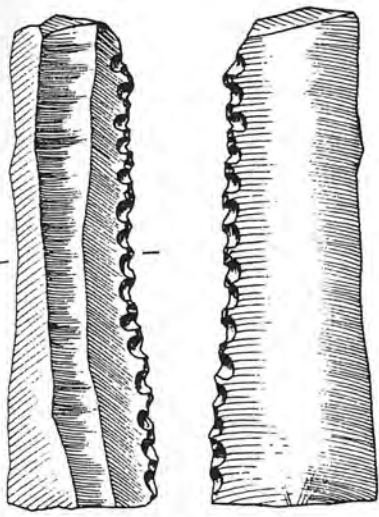


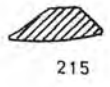
Fig. 95: Cuchillos de sílex y concha marina.



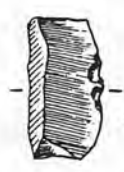
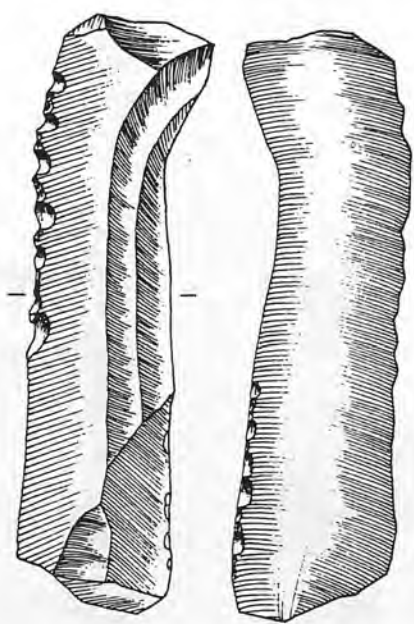
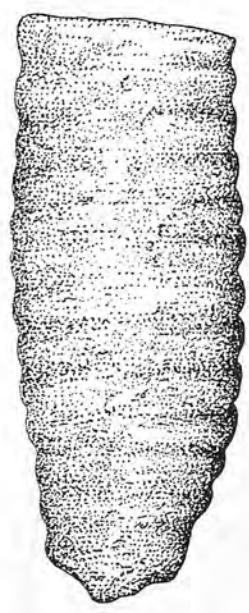
213



214



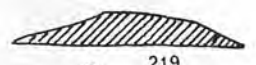
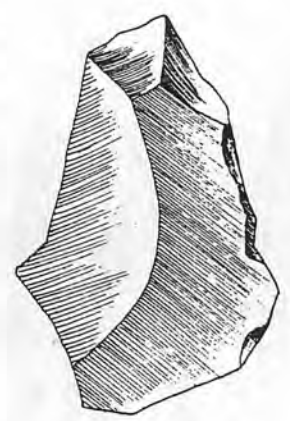
215



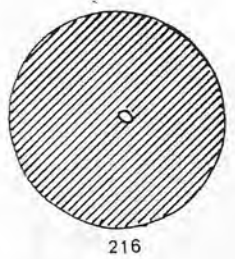
218



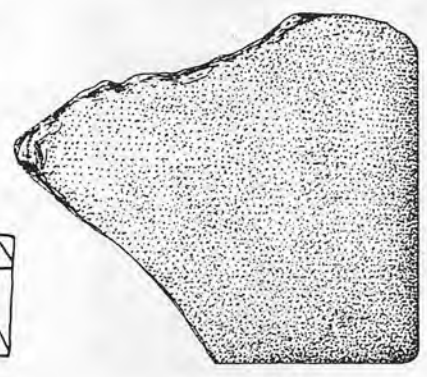
217



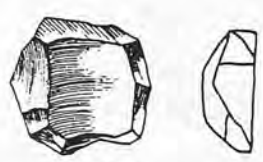
219



216



221



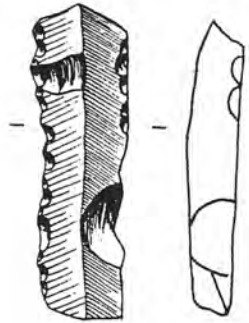
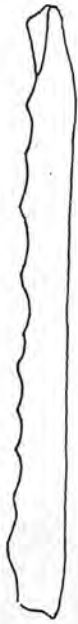
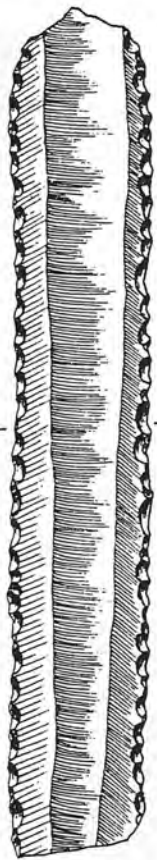
220



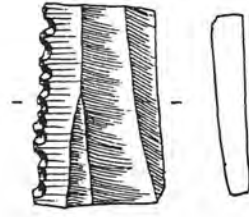
222



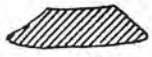
Fig. 96: Dientes de hoz, estalagmita, placa de piedra y colmillo de jabalí.



225



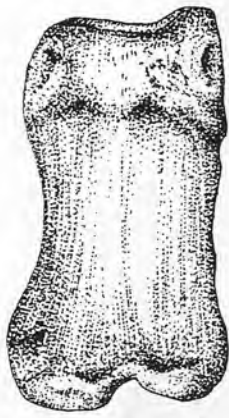
226



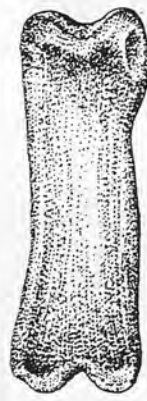
223



227



228



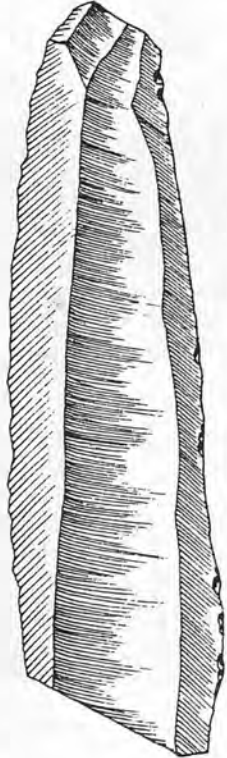
229



230



231



232

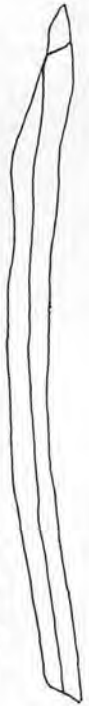
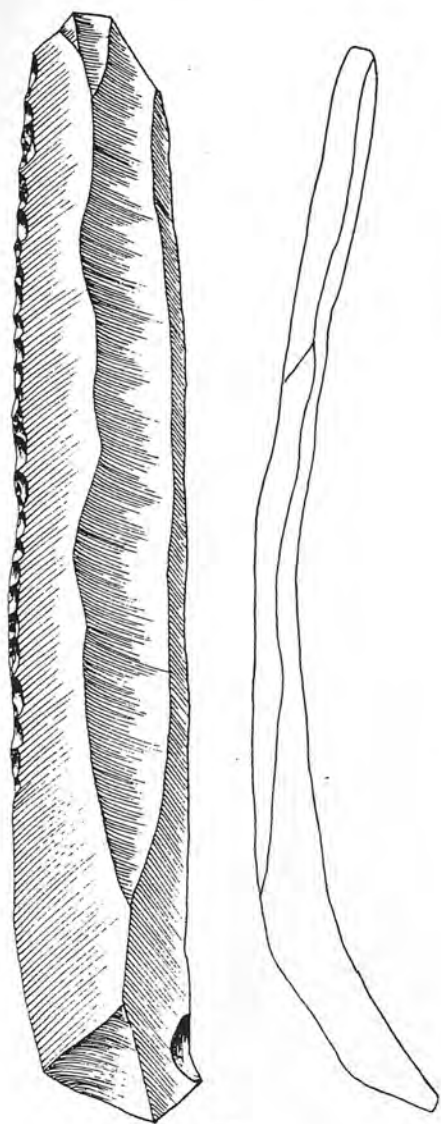
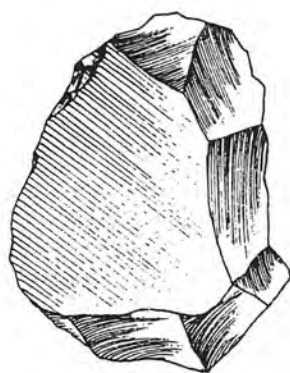


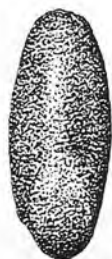
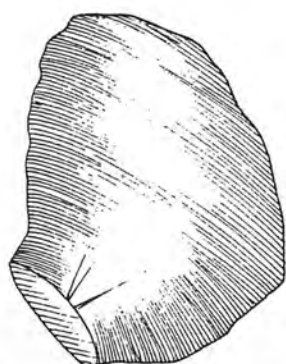
Fig. 97: Cuchillos de sílex, dientes de hoz, punzón de cobre, falanges de ciervo.



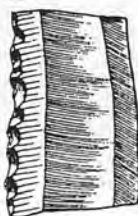
233



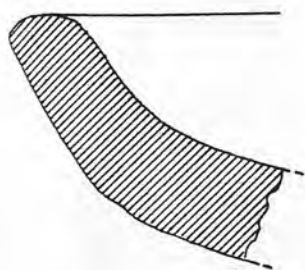
234



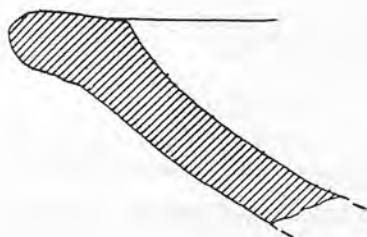
235



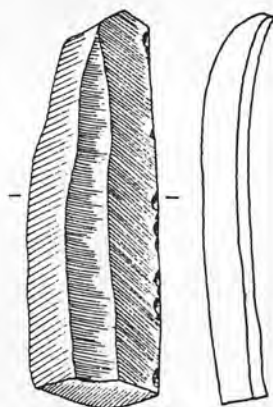
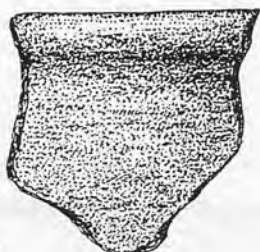
236



237



238



239



Fig. 98: Cuchillos de sílex, lasca, dientes de hoz, azuela, bordes de plato.

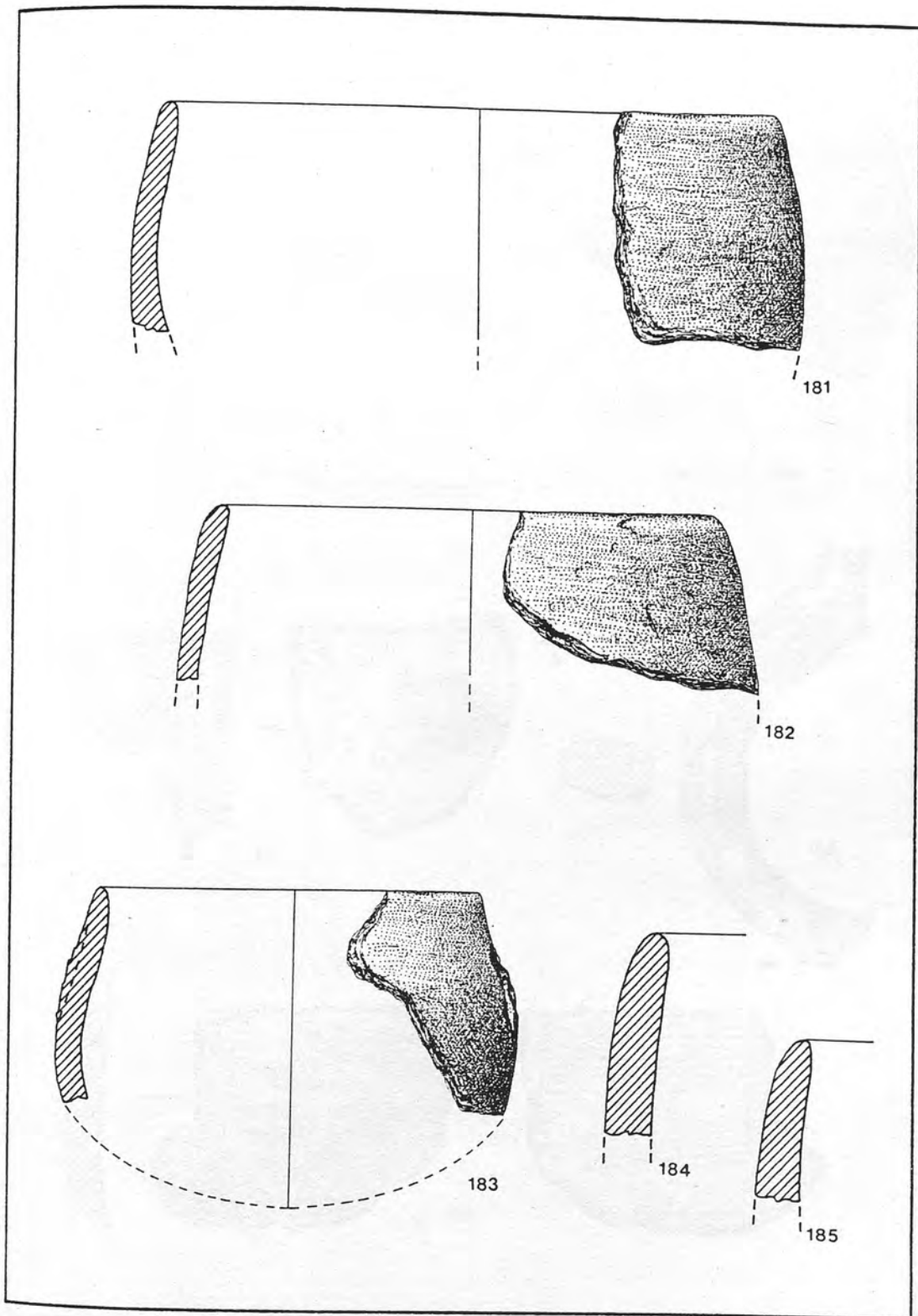


Fig. 101: Estrato 3. Cerámica lisa: cuencos y ollas (1:2, excepto los núms. 184 y 185 a 1:1).

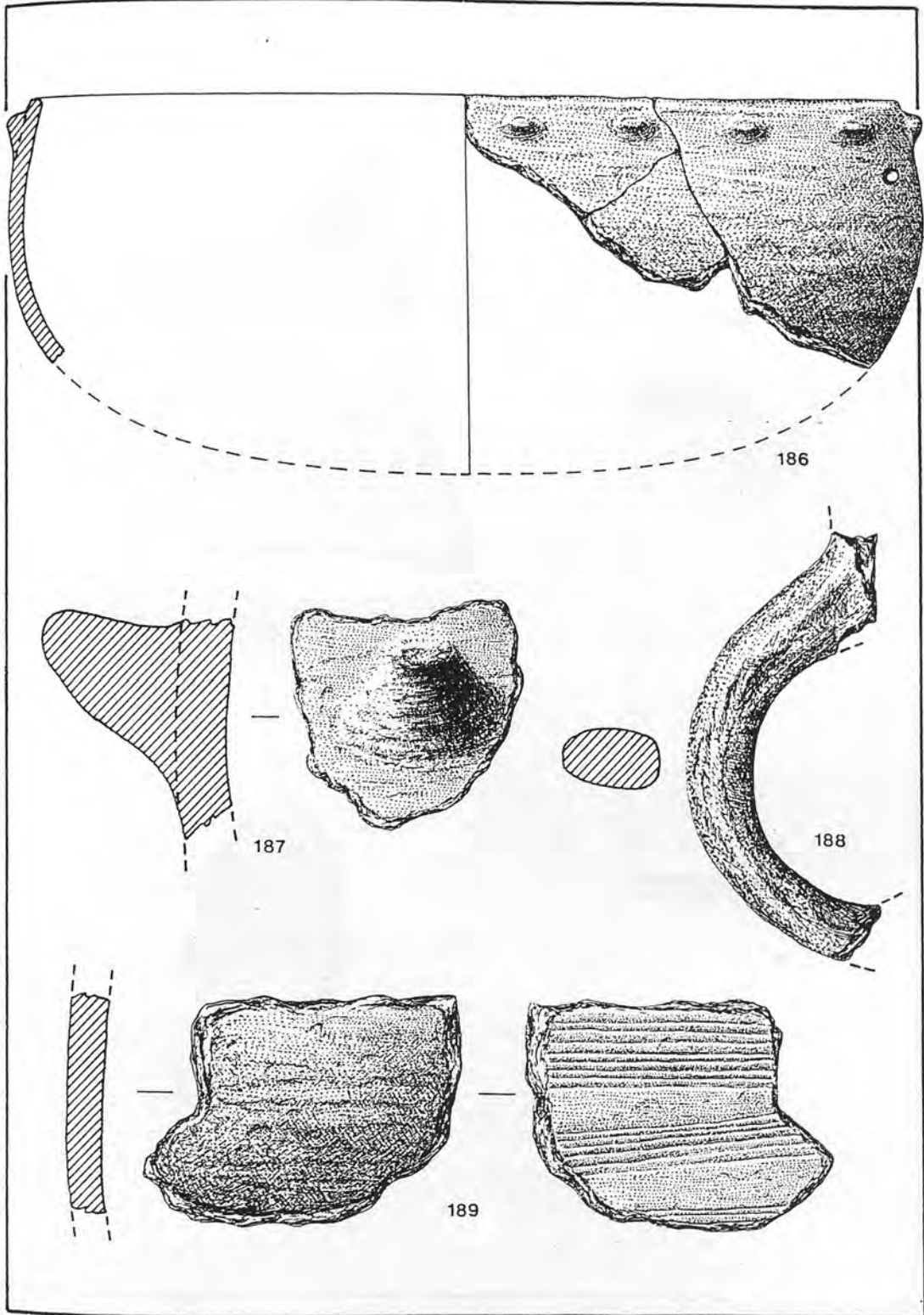


Fig. 102: Estrato 3. Cuenca. Asas. Fragmento con escobillado interior (1:1, excepto el núm. 186 a 1:2).

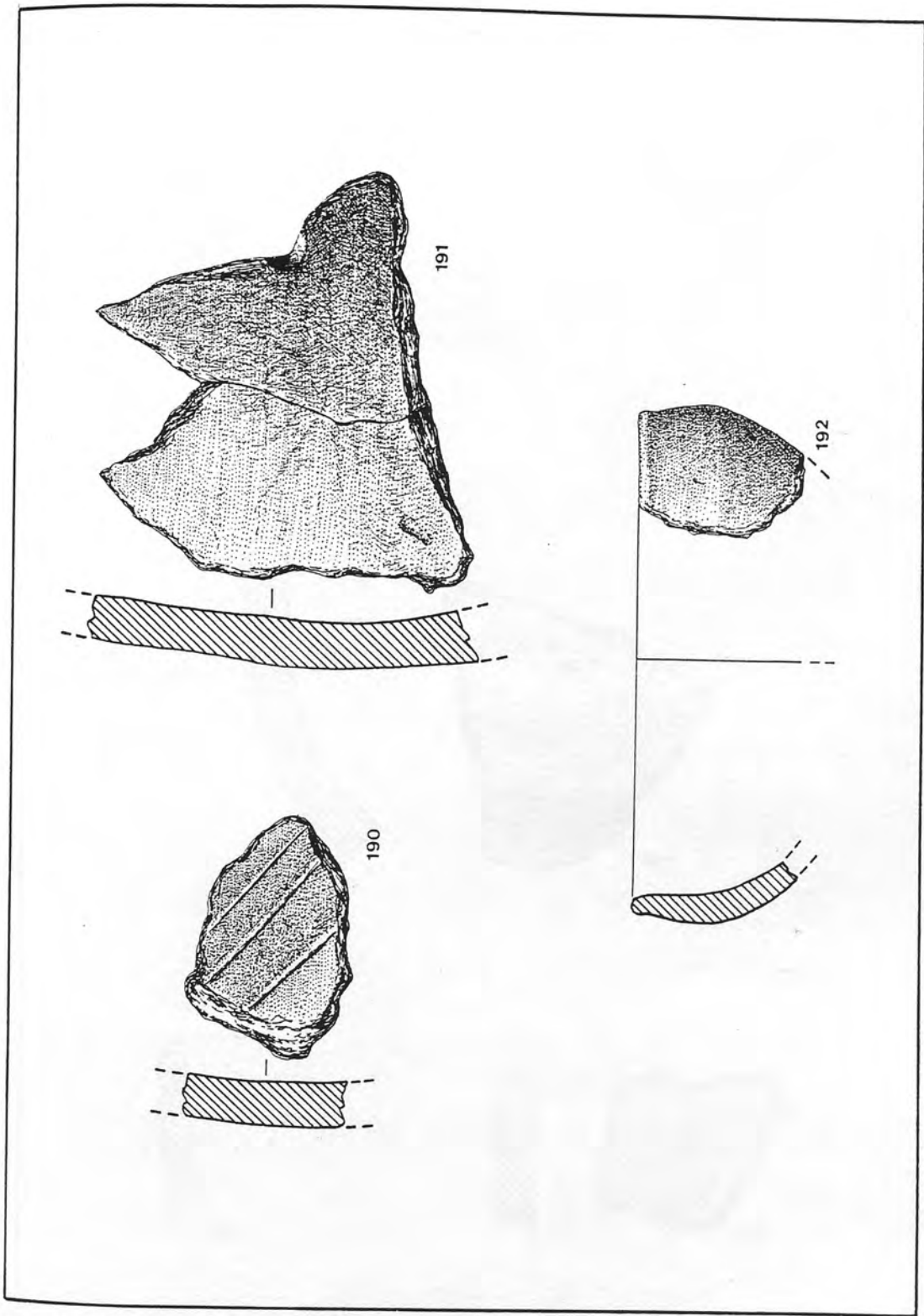


Fig. 103: Estrato 3. Cerámica lisa (91: con perforación) e incisa (1:1; el núm. 192 a 1:2).

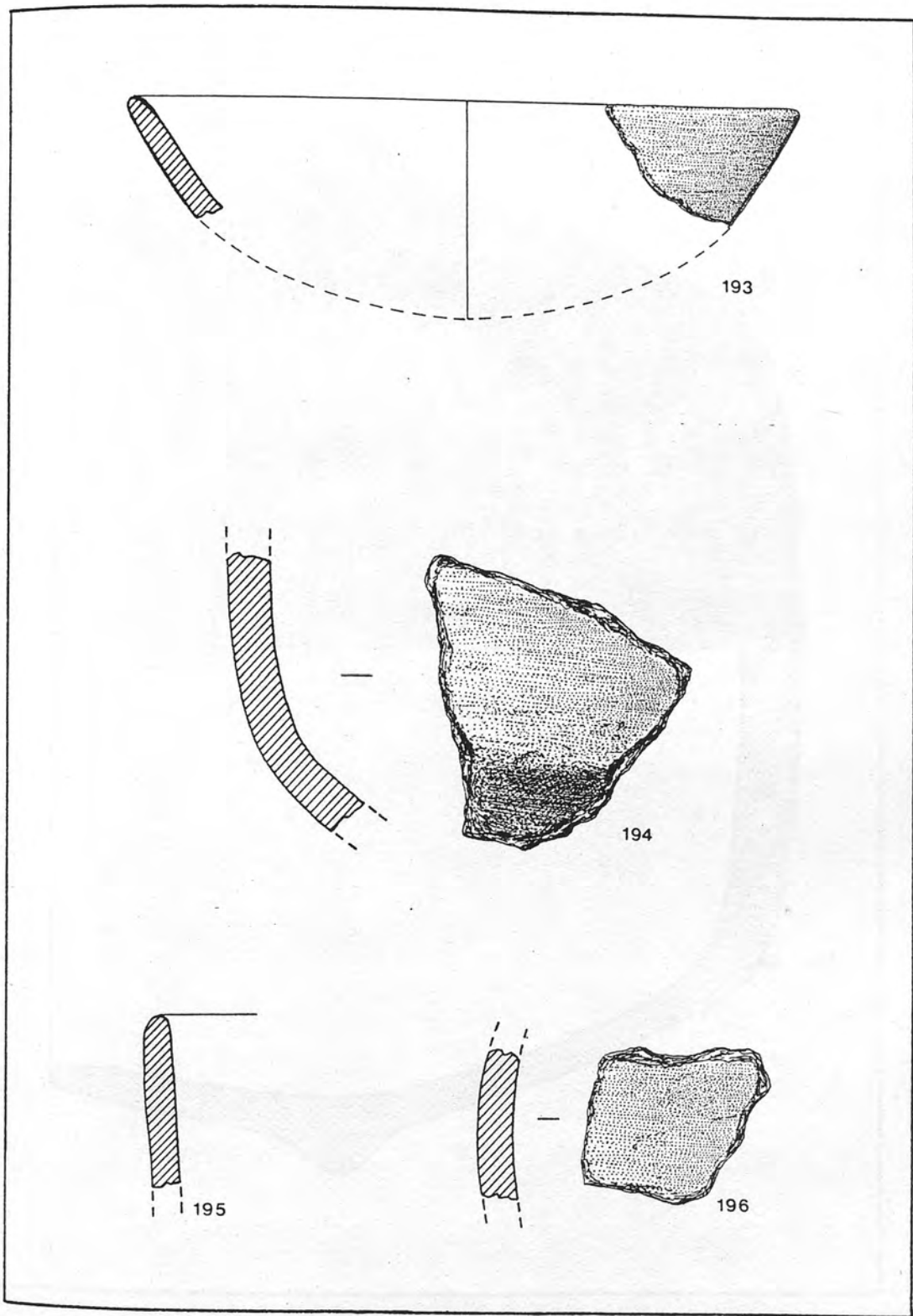
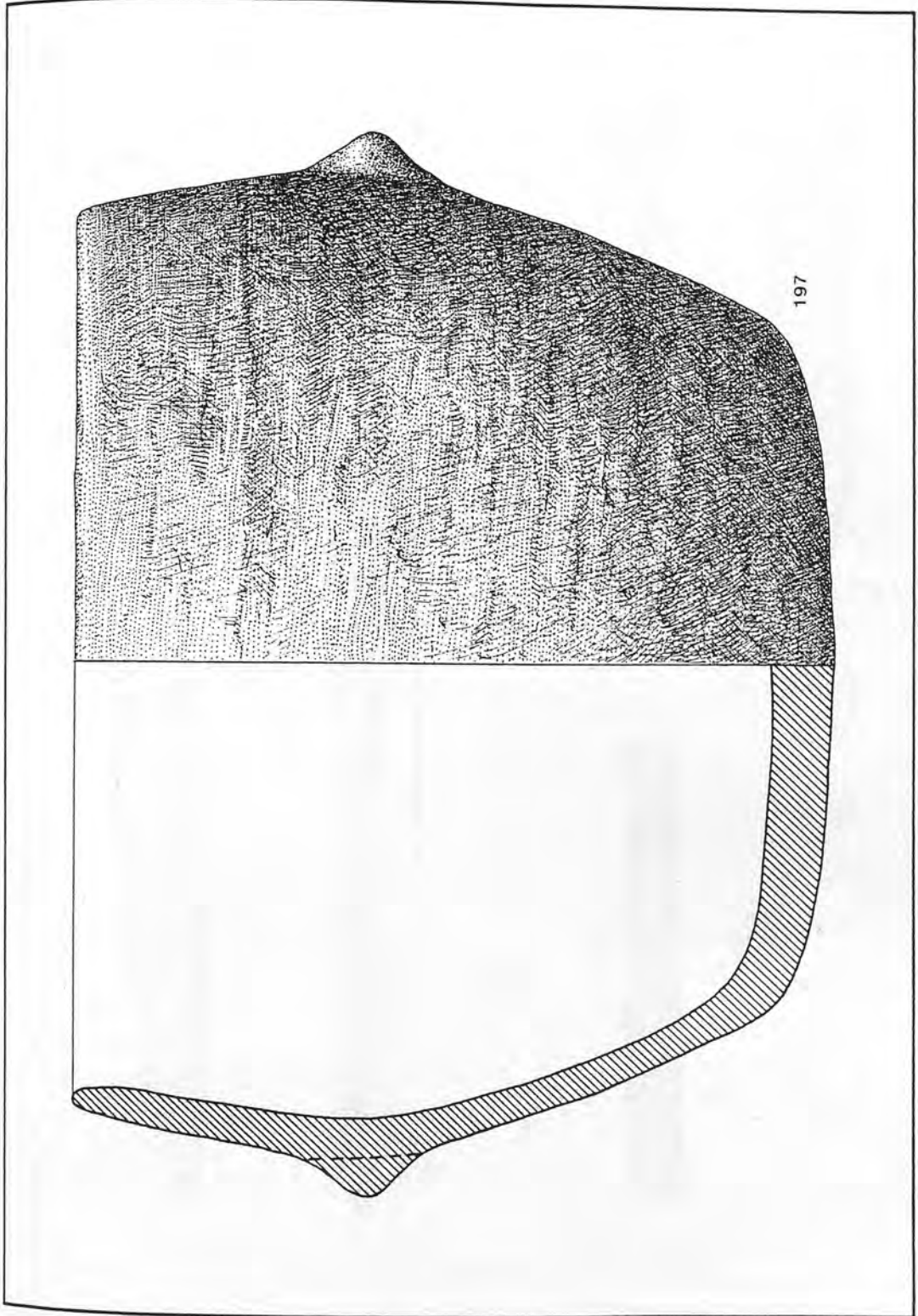


Fig. 104: Estrato 3. Cerámica lisa y con engobe (núm. 196) (1:1, excepto el núm. 193 a 1:2).



197

Fig. 105: Estrato 3. Cerámica lisa (enterramiento) (2:3).

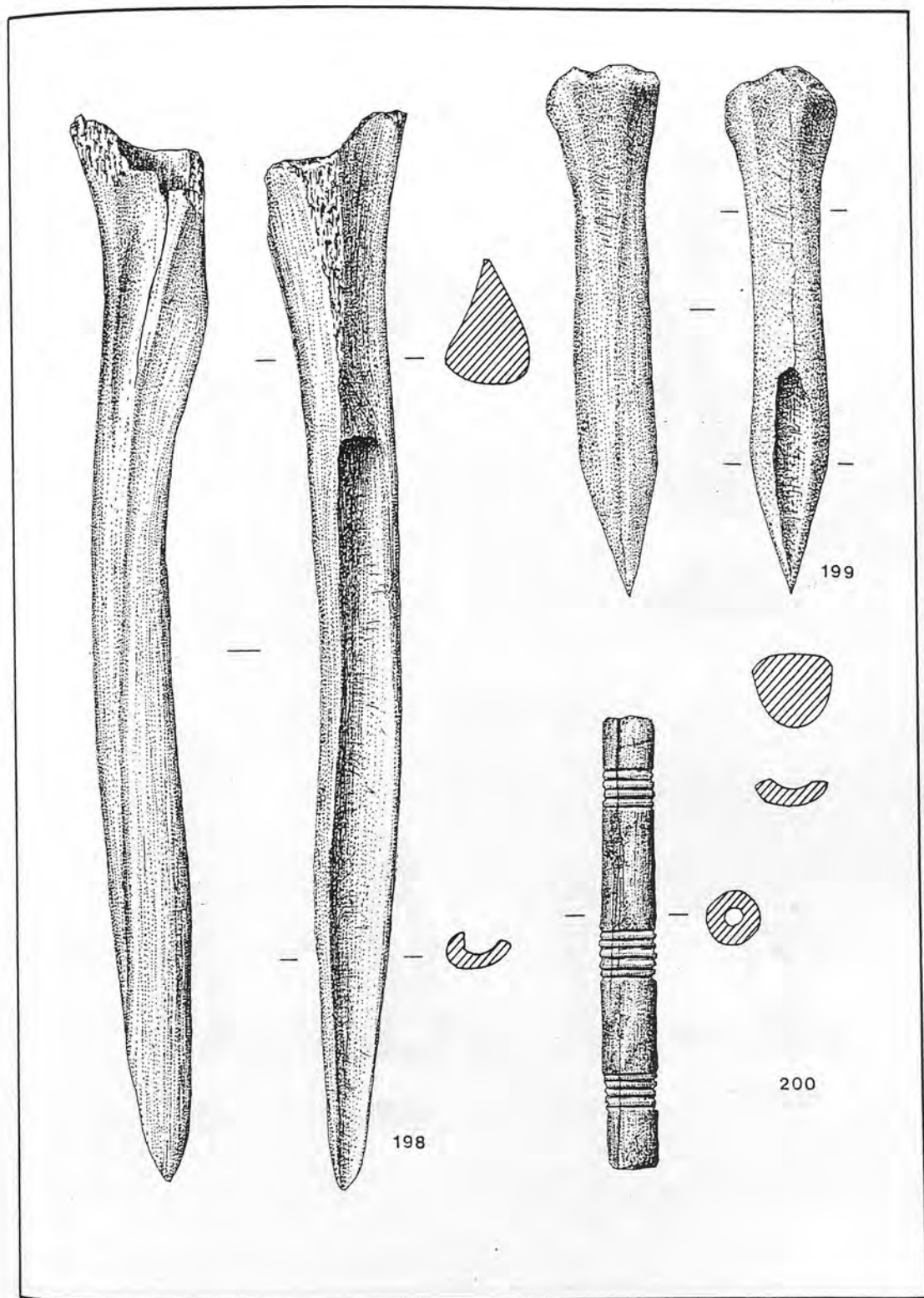


Fig. 106: Estrato 3. Punzones y tubo estriado de hueso (1:1).

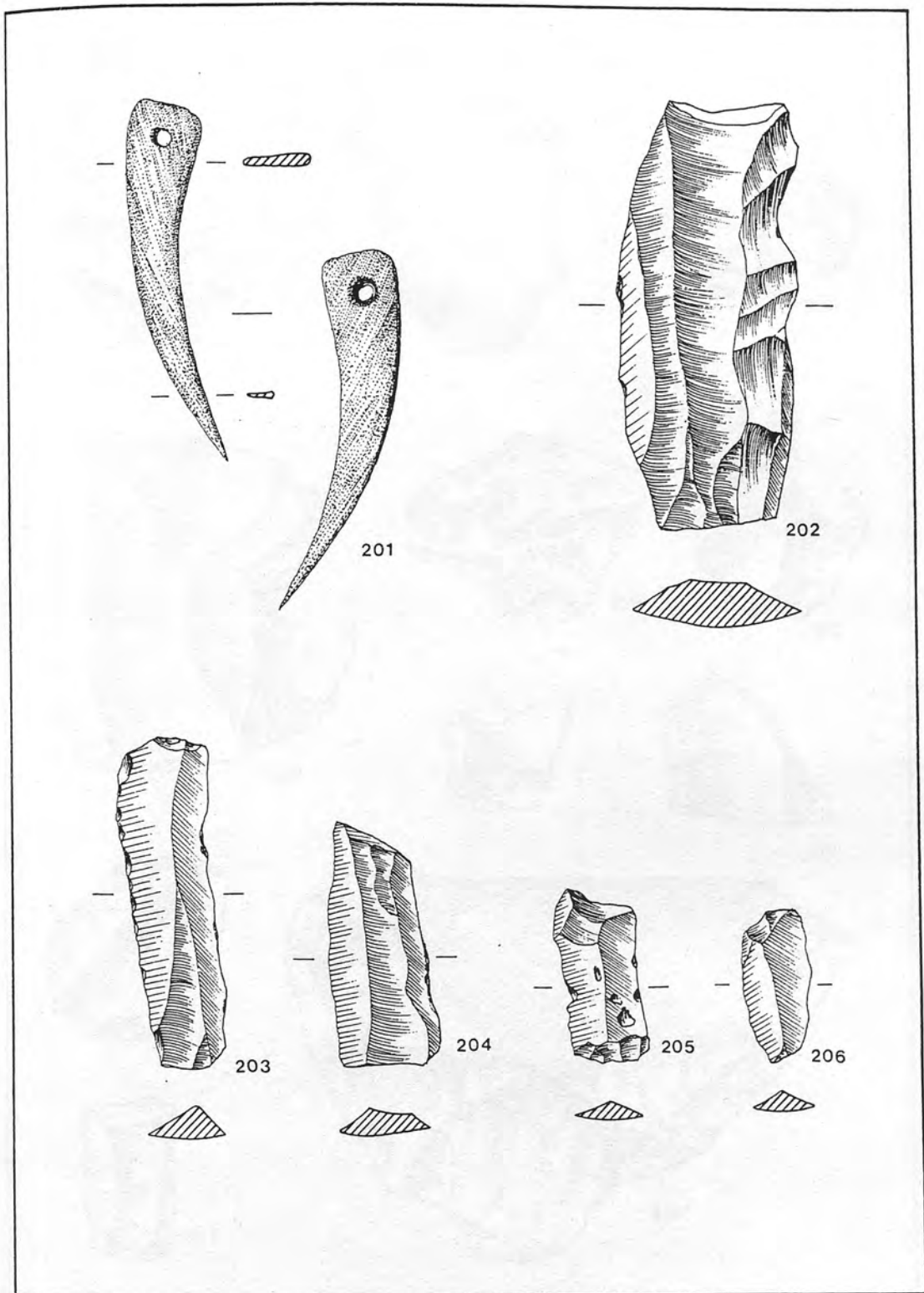


Fig. 107: Estrato 3. Colgante de hueso. Industria lítica (1:1).

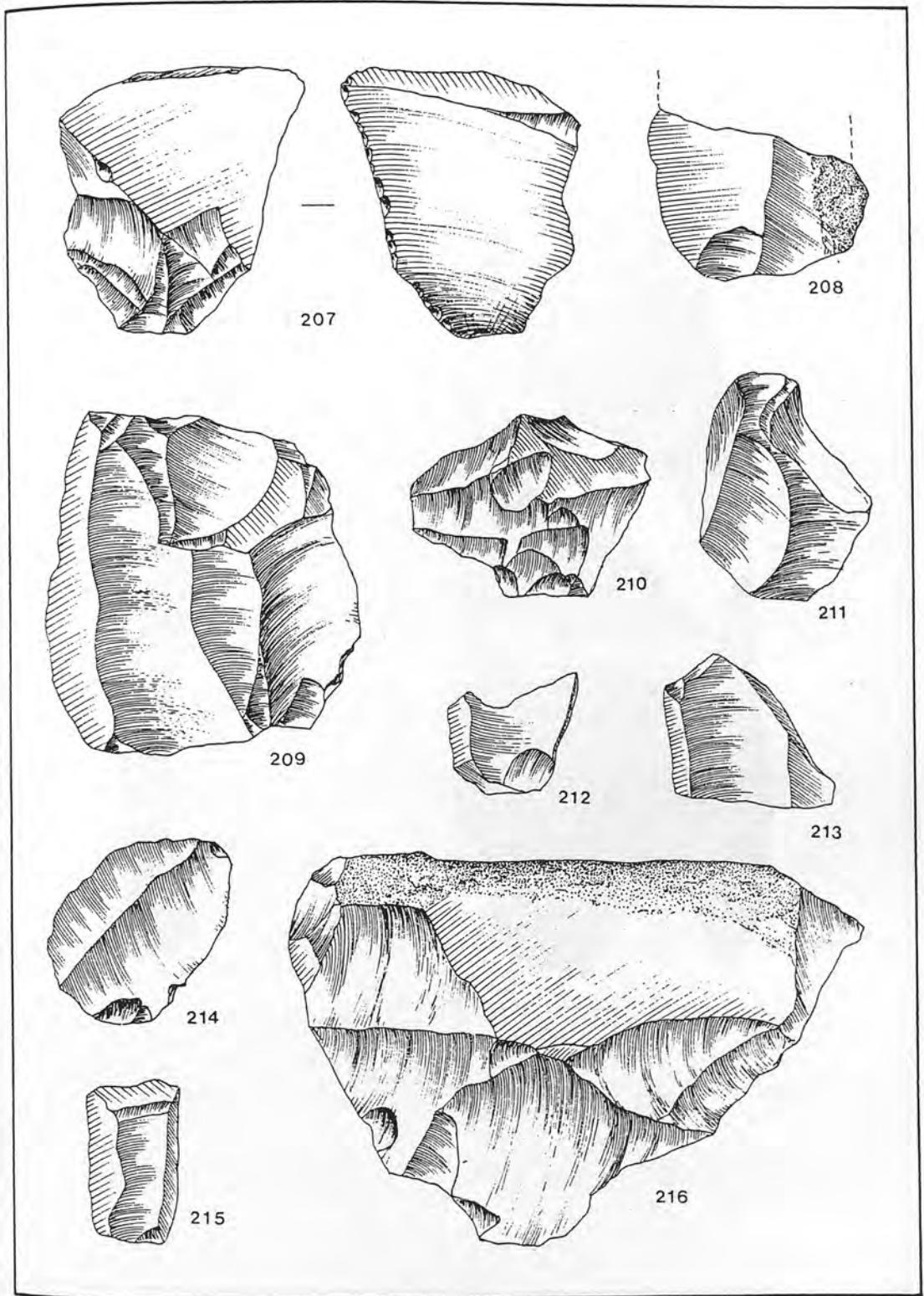
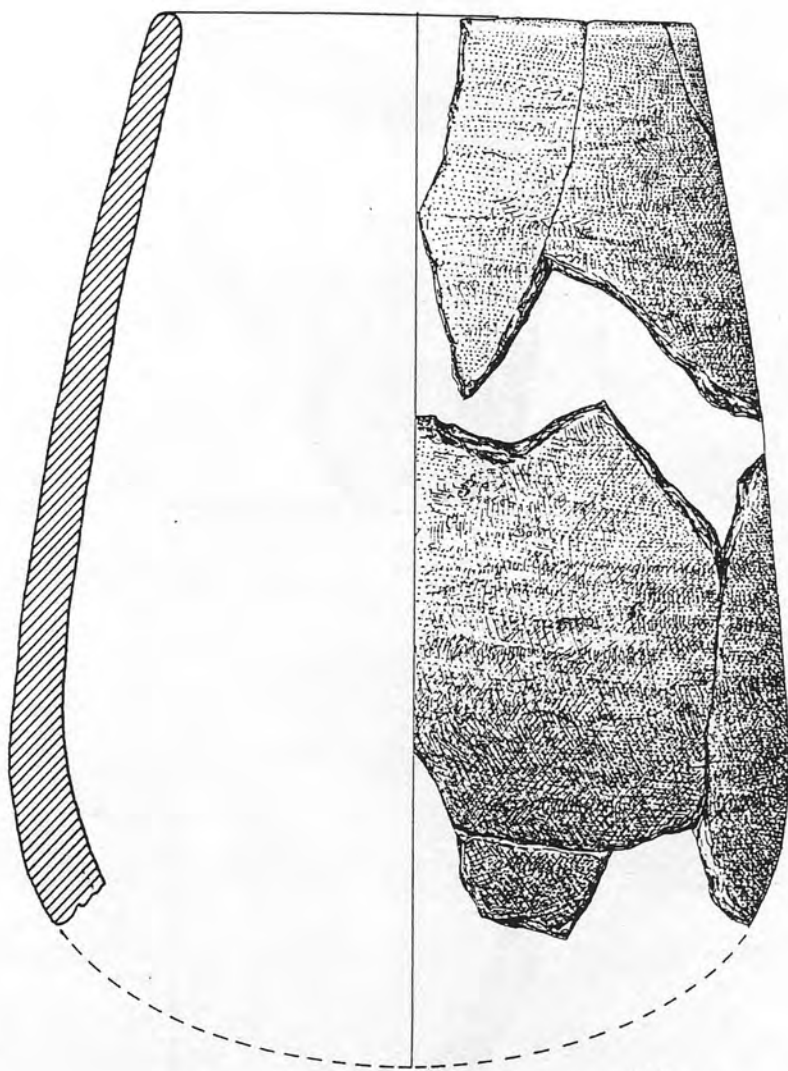


Fig. 108: Estrato 3. Industria lítica (1:1).



217

Fig. 109: Estrato 2. Vasija ovoide (1:2).

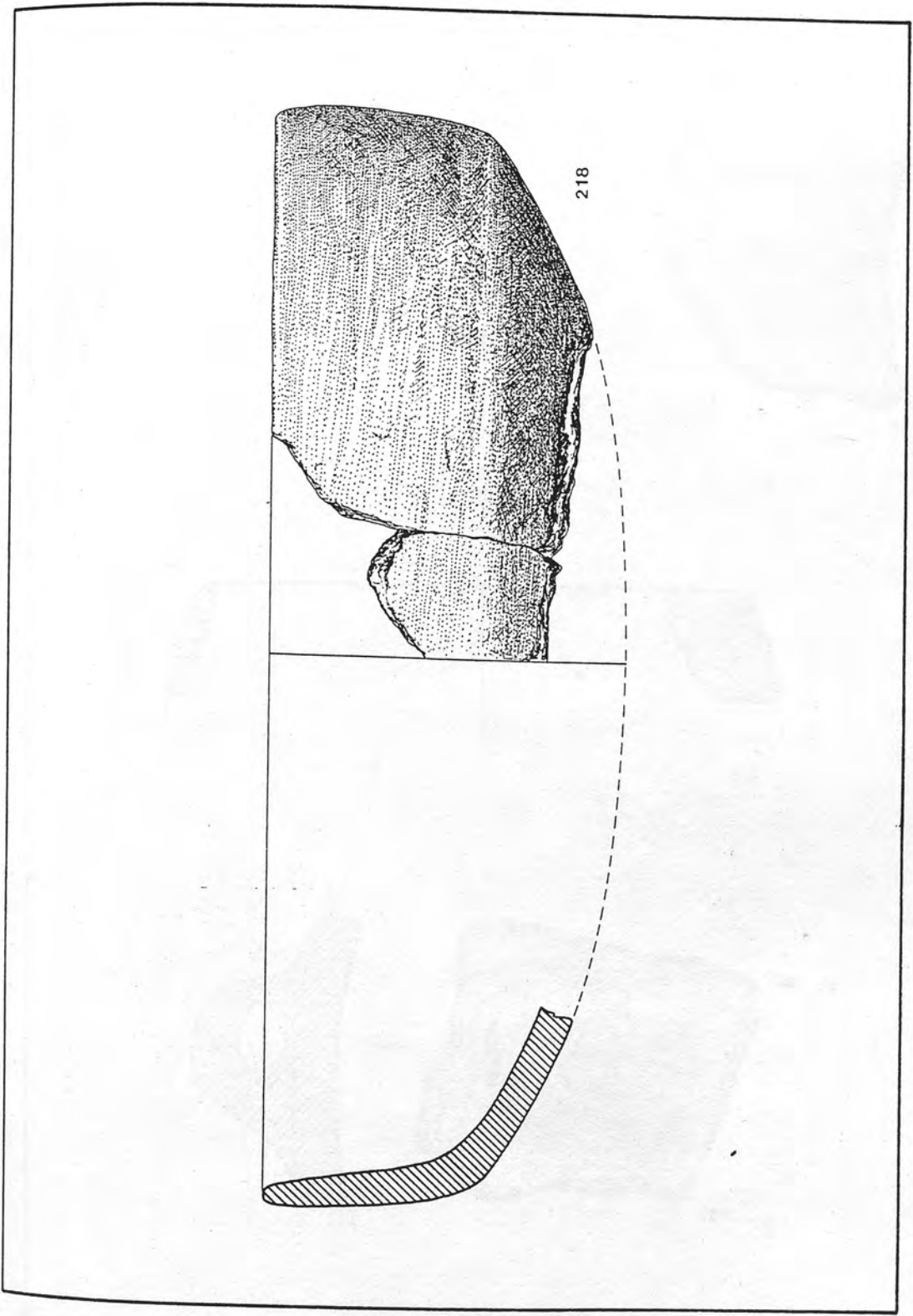


Fig. 110: Estrato 2. Fuente (2:3).

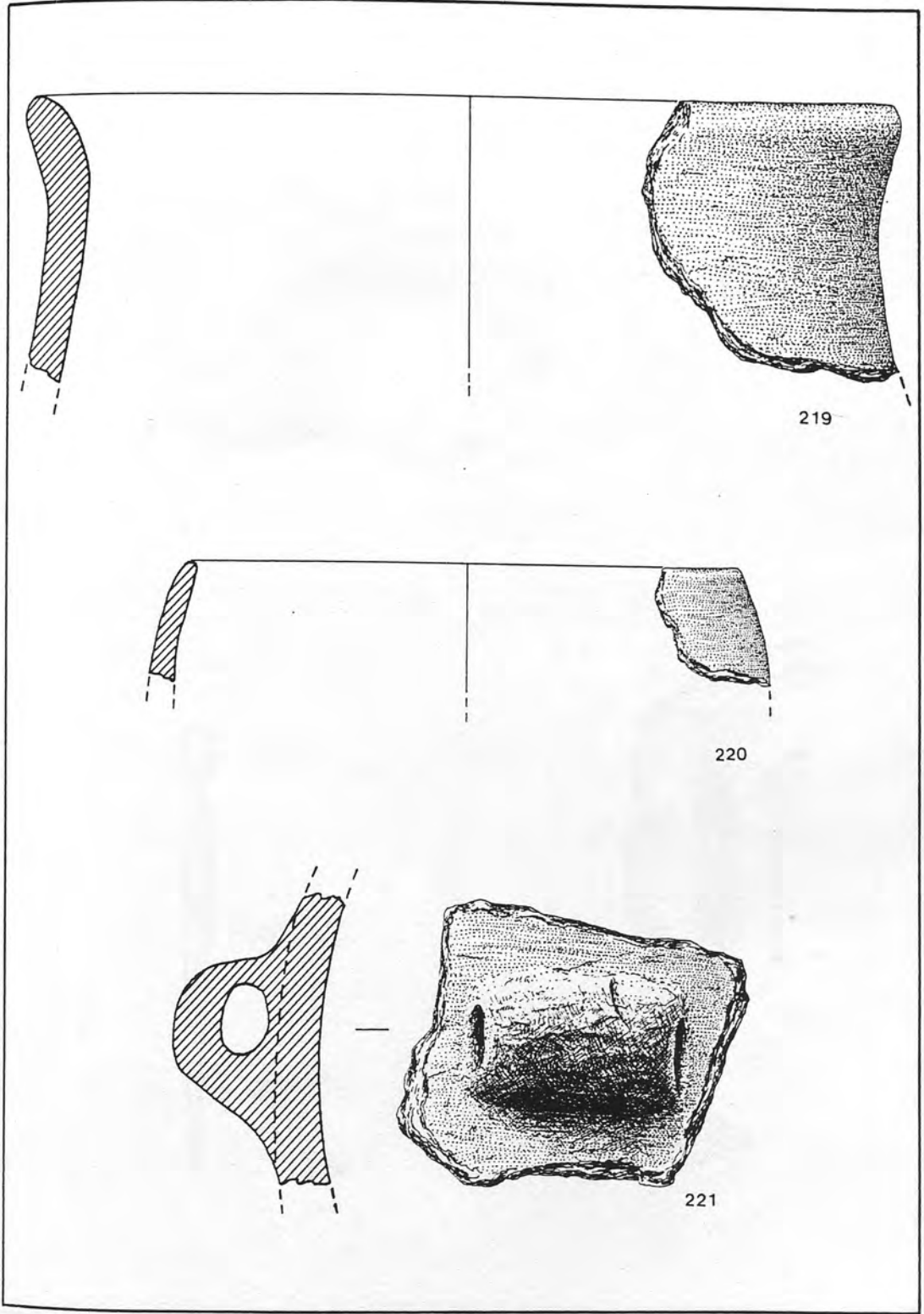


Fig. 111: Estrato 2. Cerámica lisa. (1:1; el núm. 220 a 1:2).

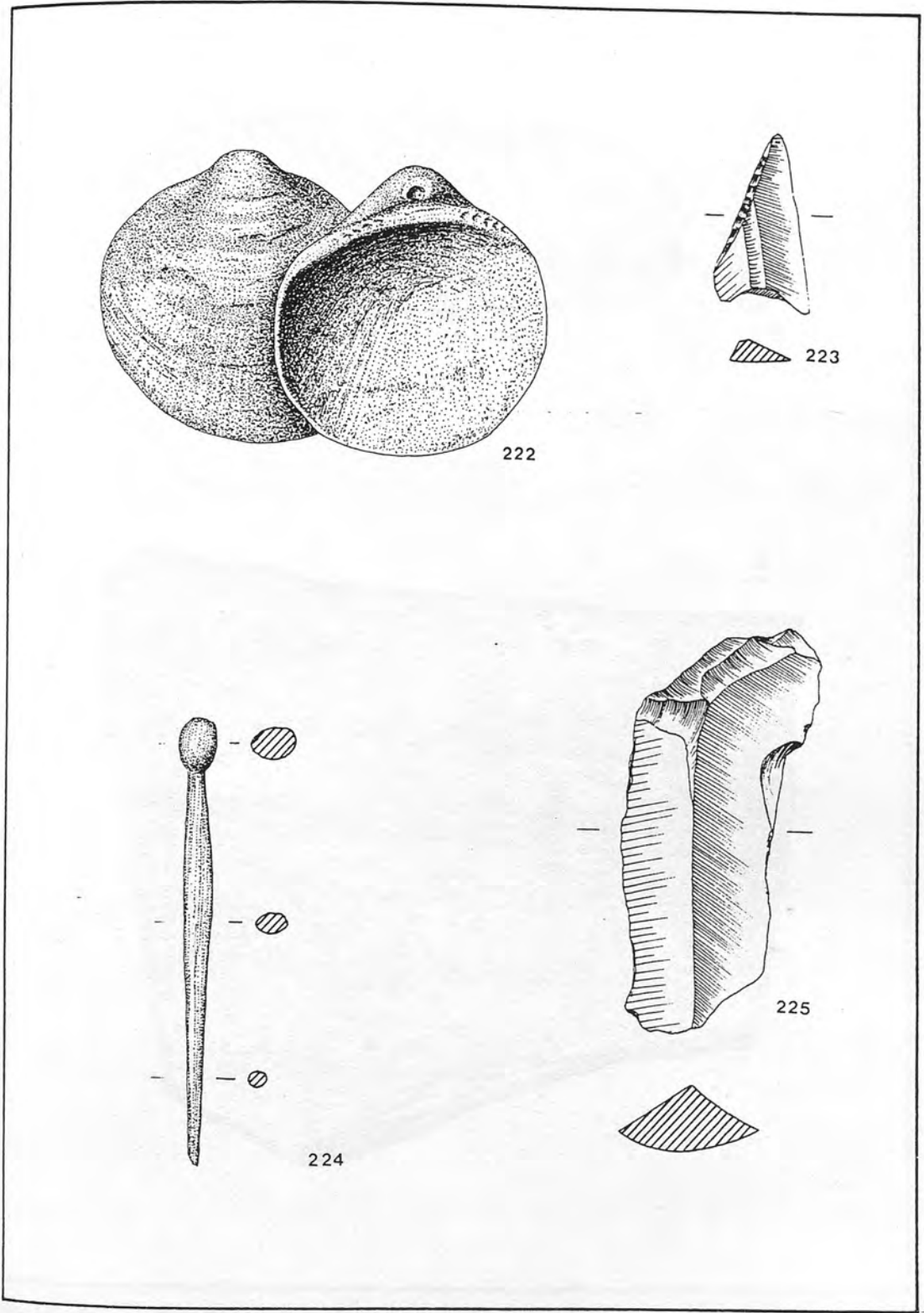


Fig. 112: Estrato 2. Colgante, industria lítica, alfiler de hueso (1:1).

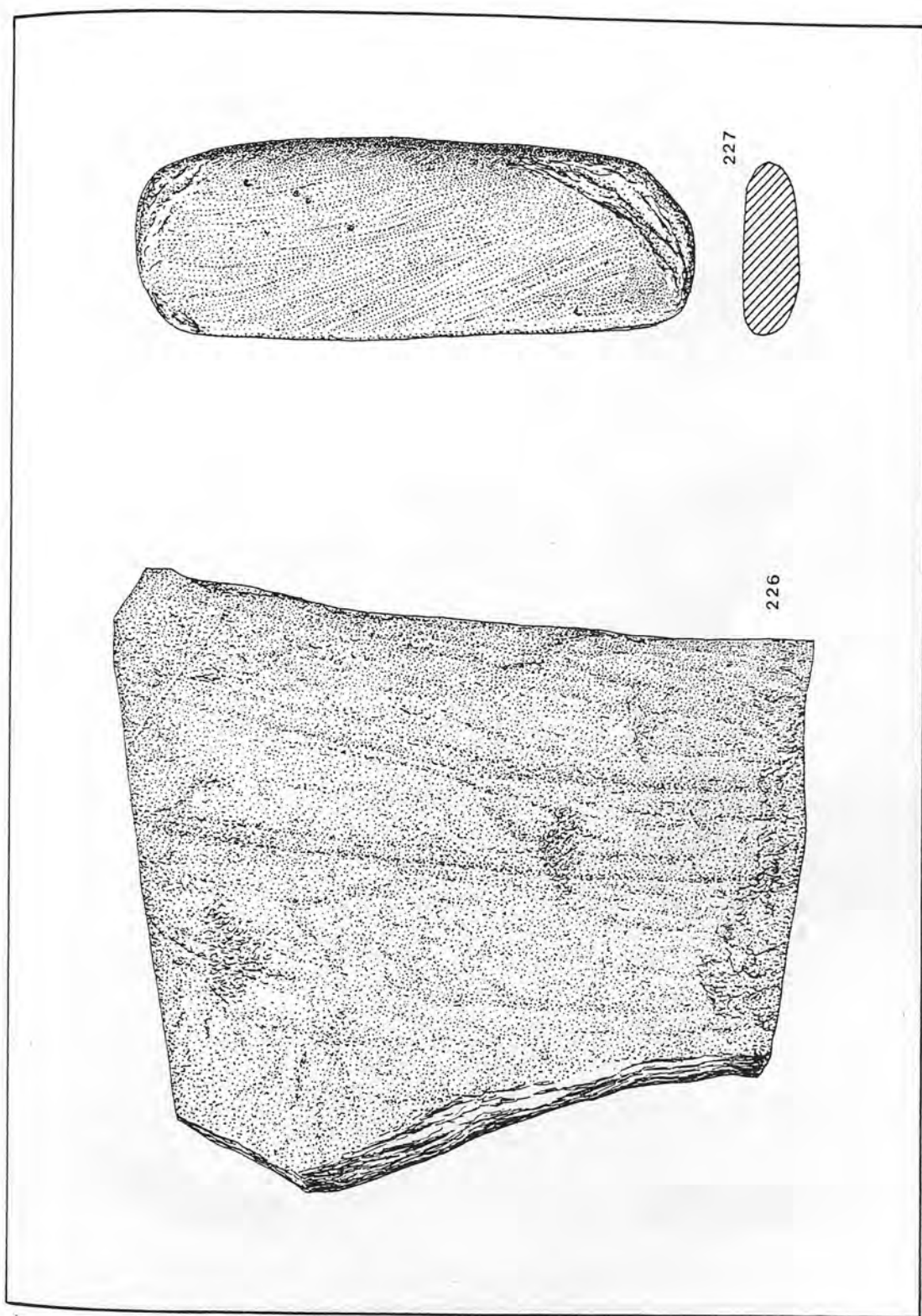


Fig. 113: Estrato 2. Plaqueta de piedra con restos de ocre. Alisador (1:1).

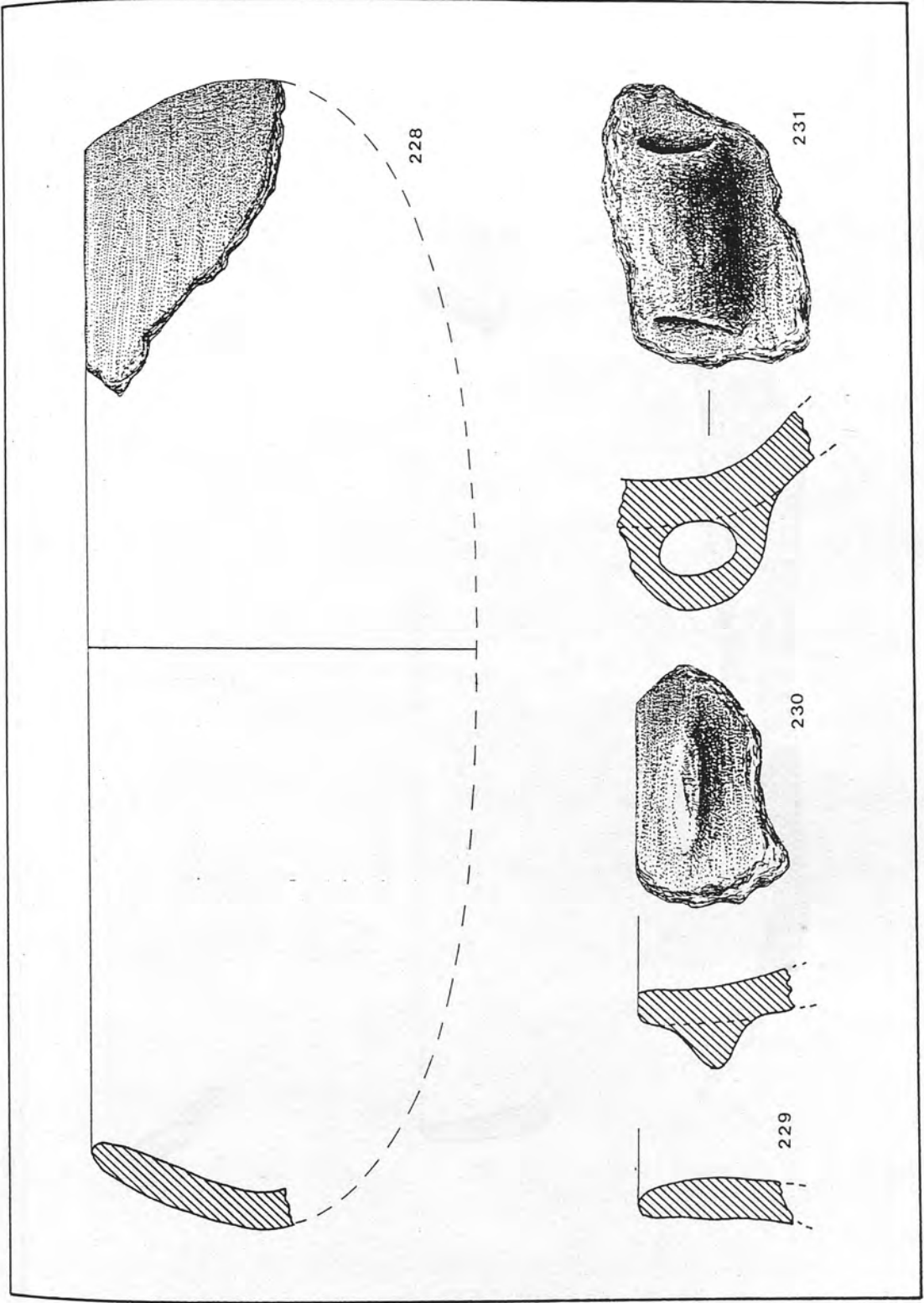


Fig. 114: Estrato I. Cerámica lisa (1:1).

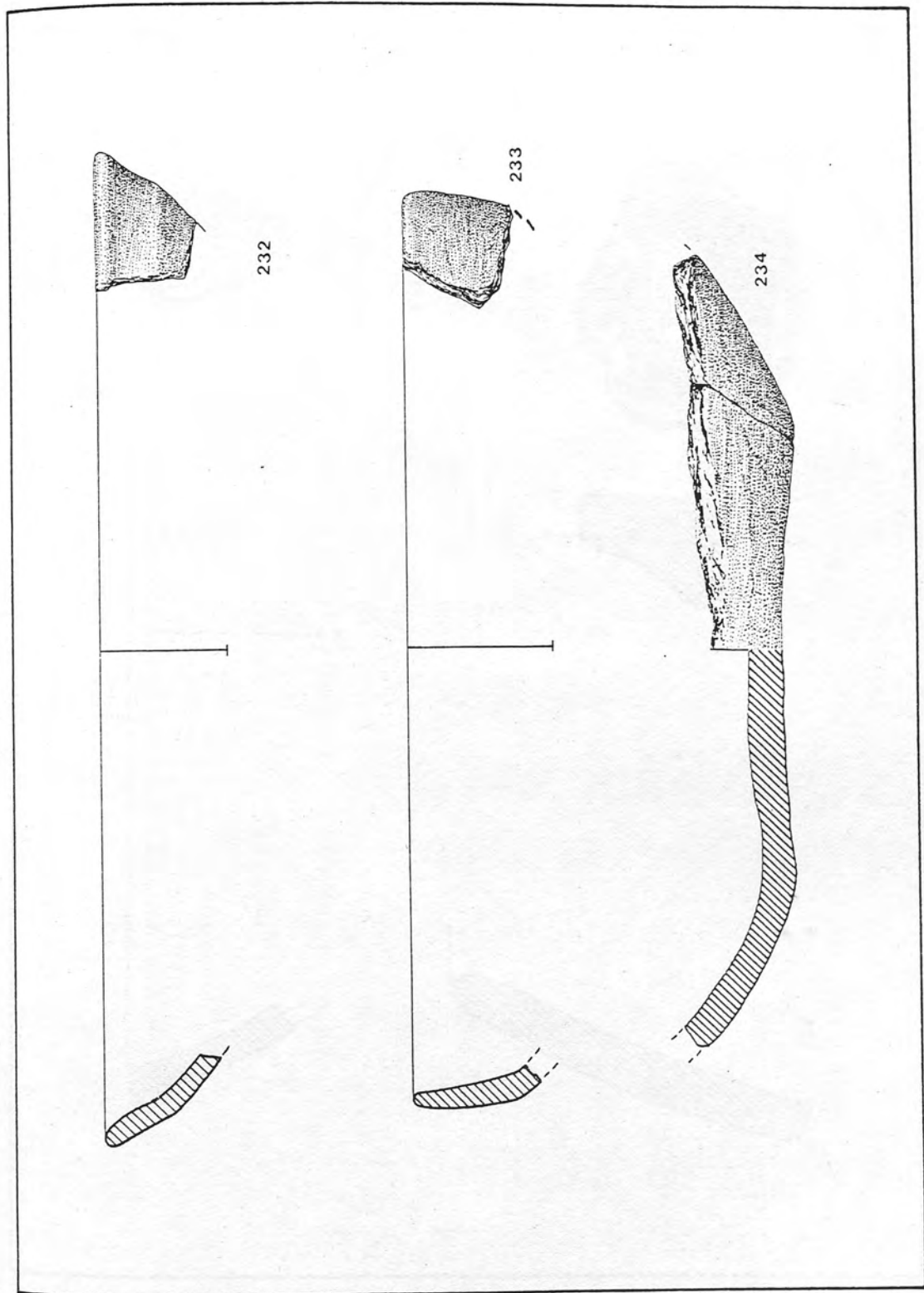


Fig. 115: Estrato I. Fuentes (2:3, excepto el núm. 232 a 1:2).

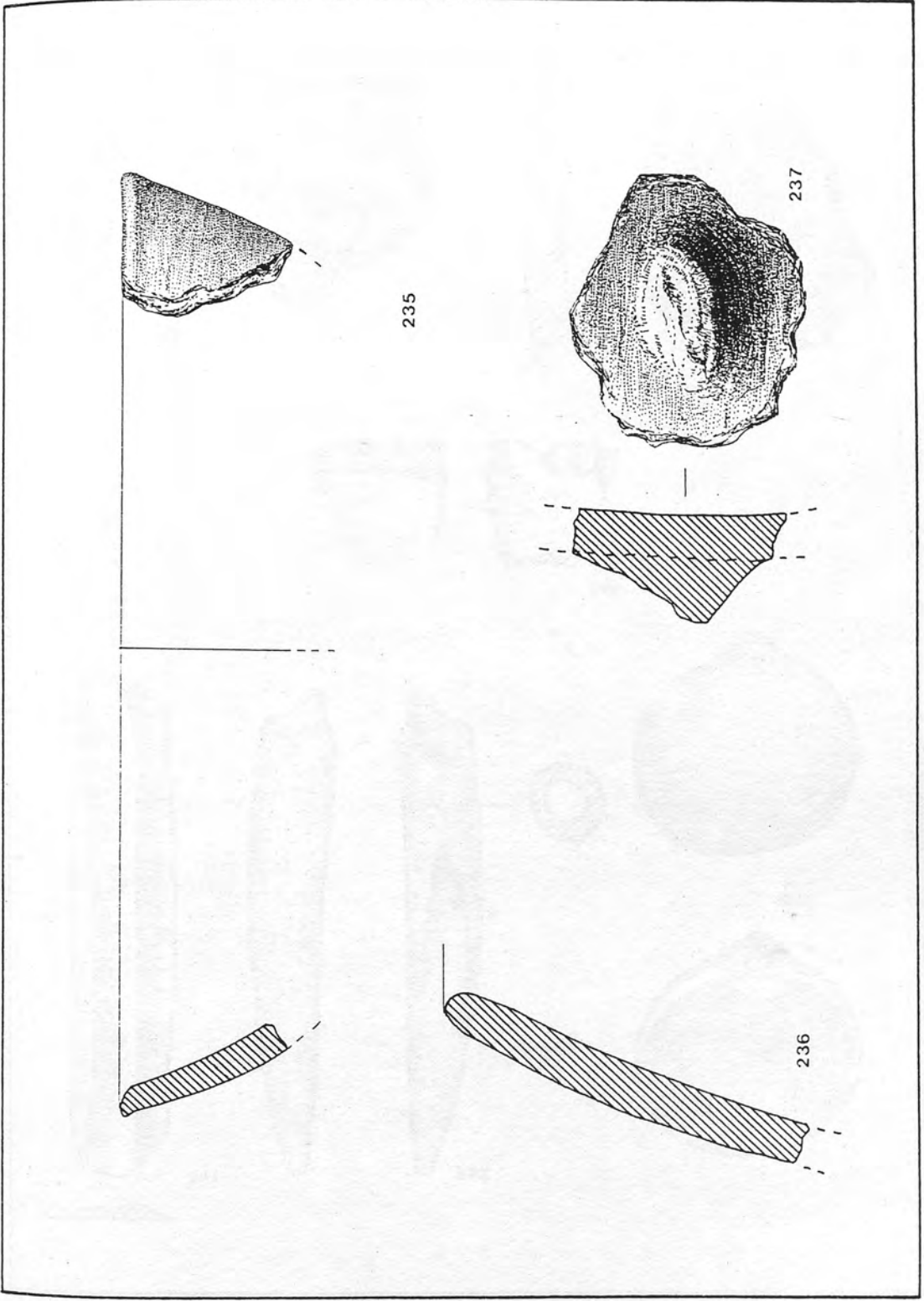


Fig. 116: Estrato I. Plato (2:3), cerámica lisa (1:1).

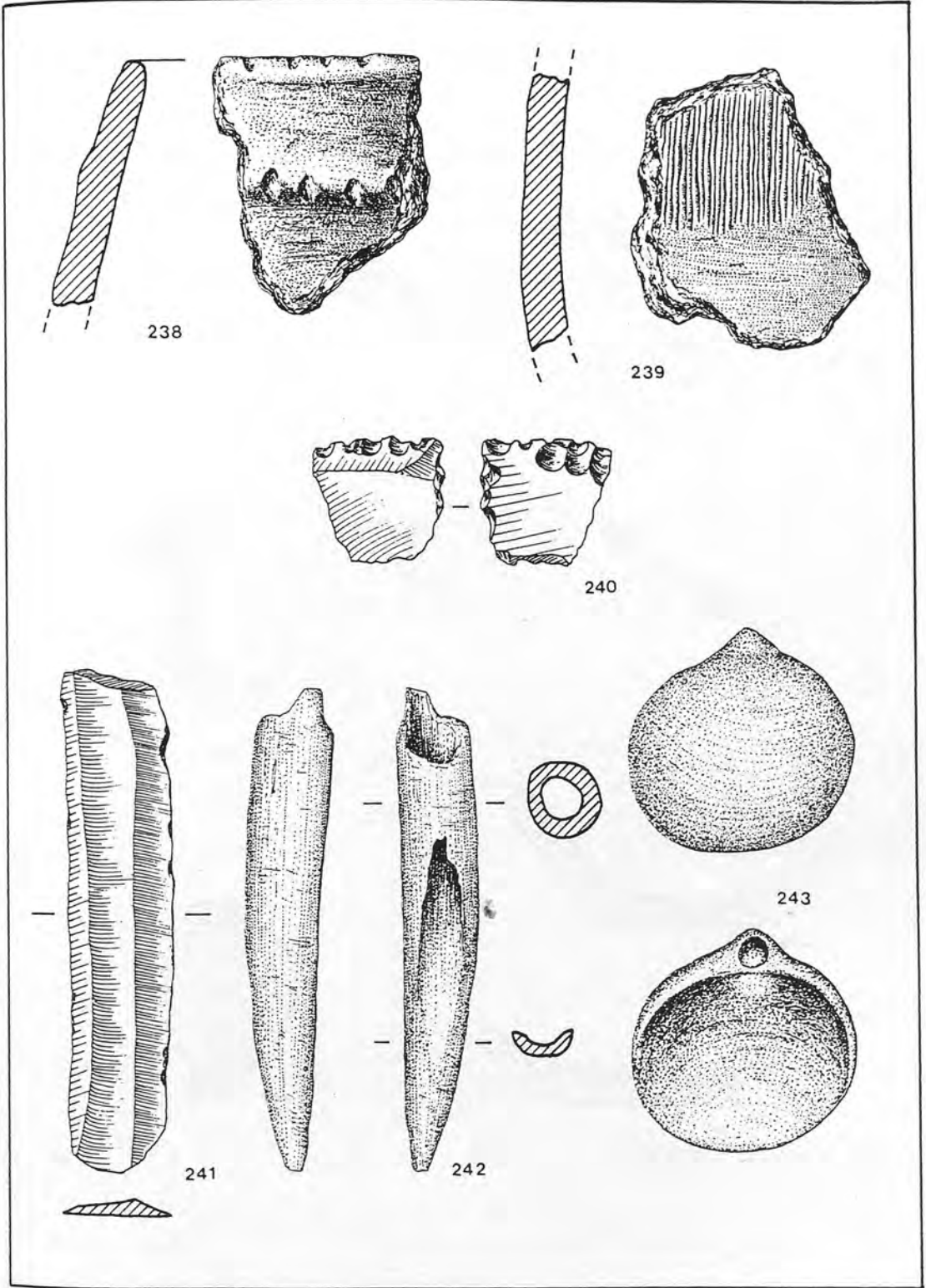


Fig. 117: Estrato I. Cerámica decorada, industria lítica y ósea, colgante (1:1).

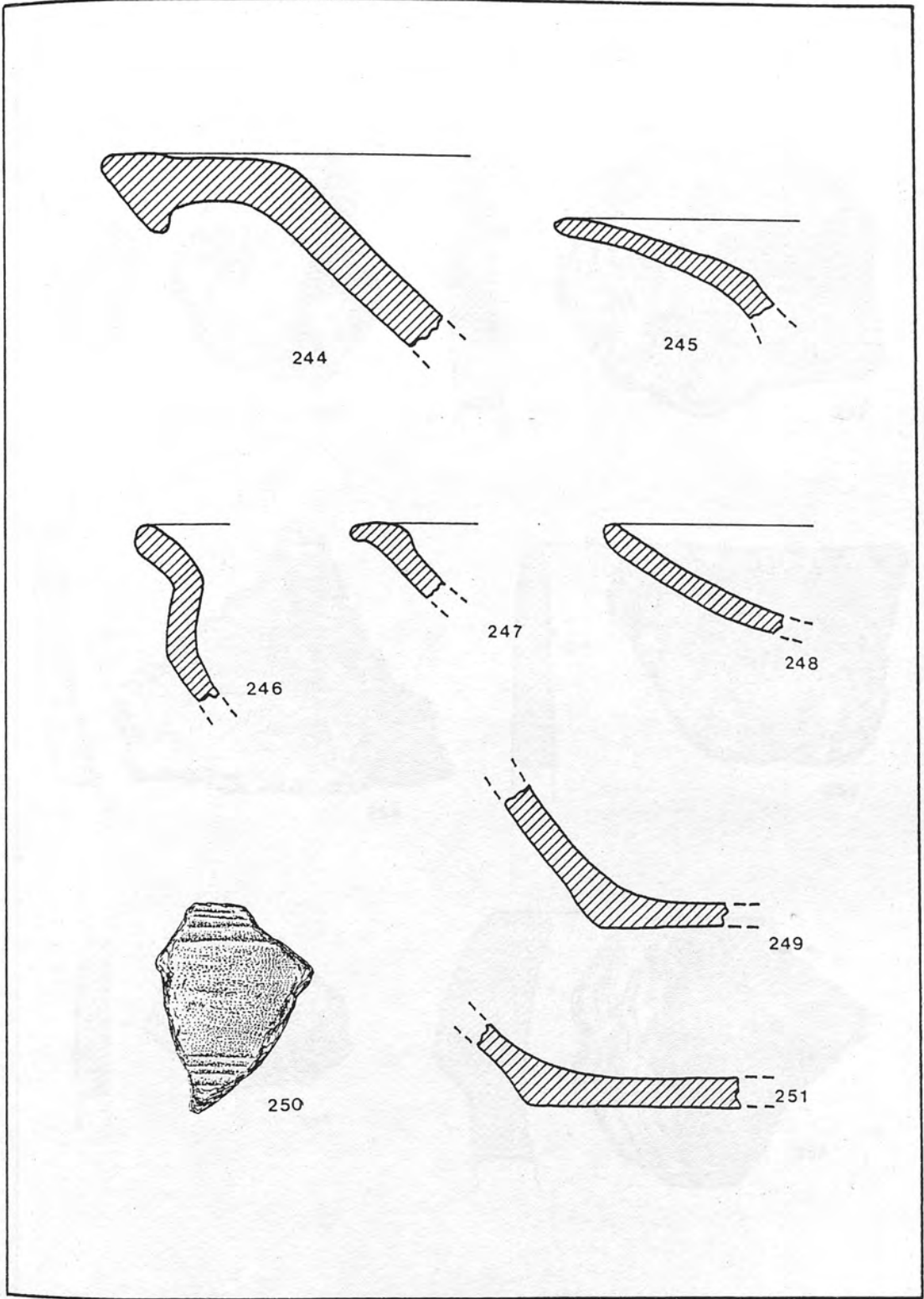


Fig. 118: Estrato I. Cerámica romana (1:1).

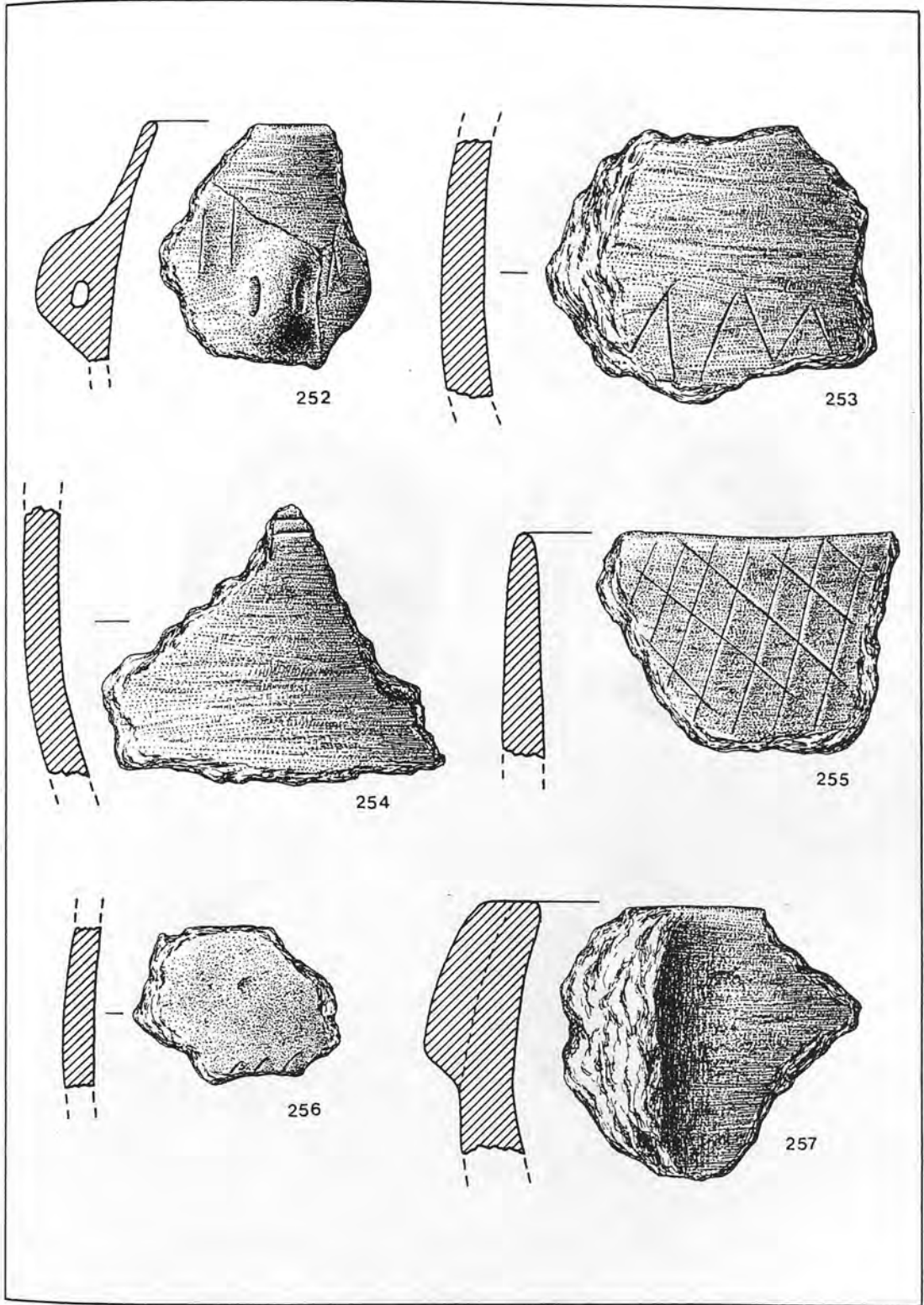


Fig. 119: Material de superficie. Cerámica incisa. Asa (257). (1:1, excepto el núm 252 a 1:2).

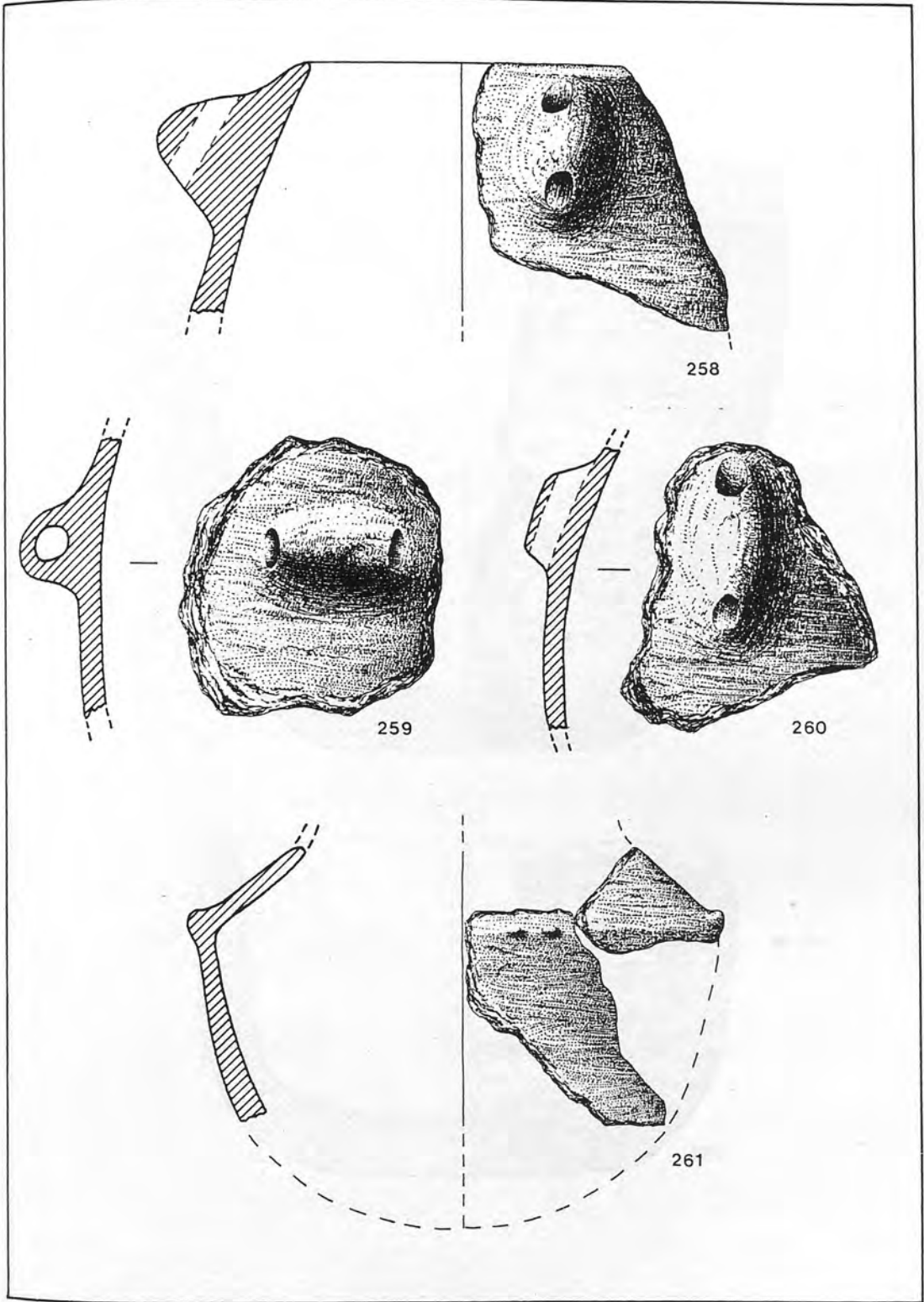


Fig. 120: Material de superfície. Cerâmica lisa: ollas, asas (1:2).

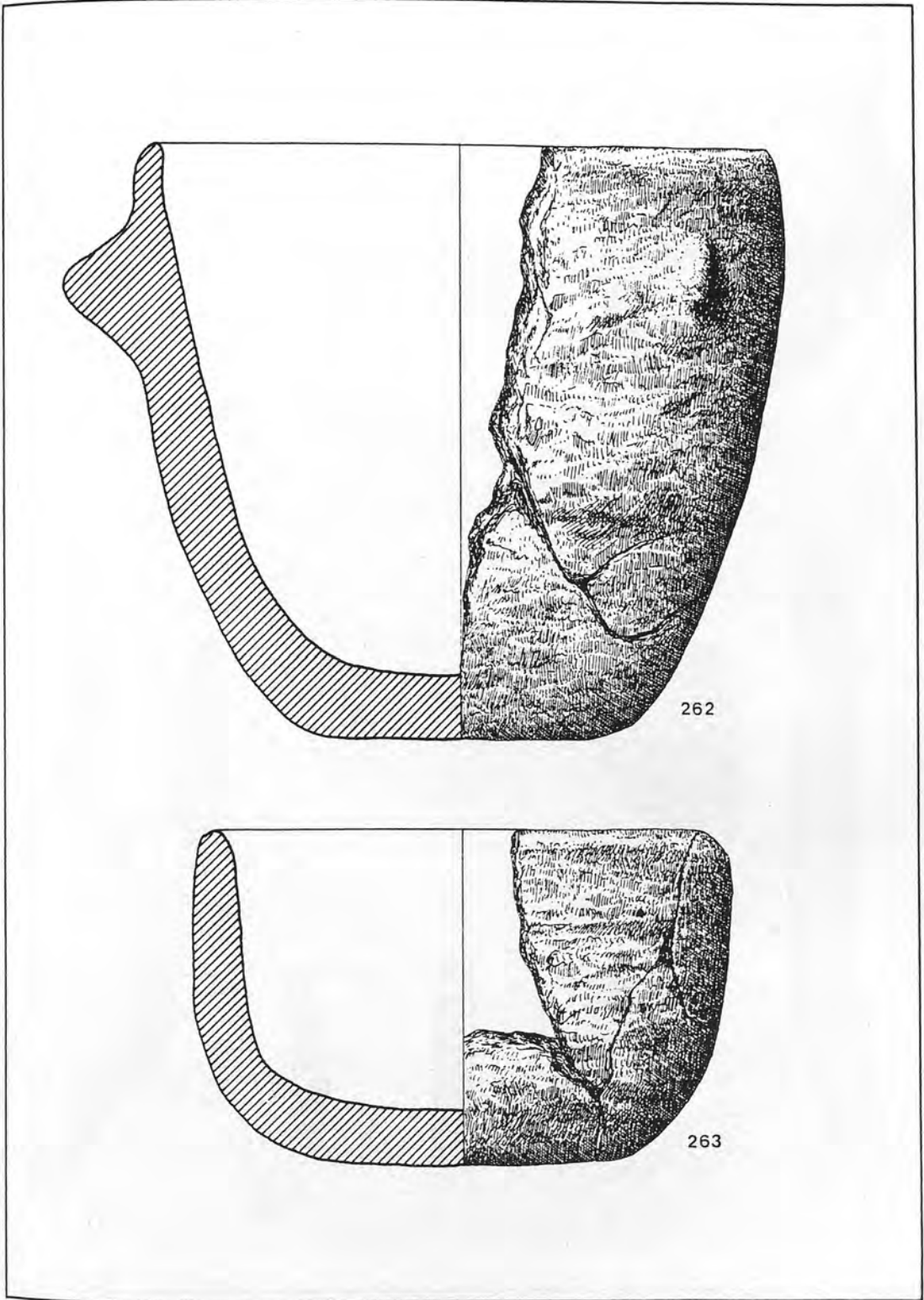


Fig. 121: Material de superficie. Cerámica lisa: cuencos (1:1).

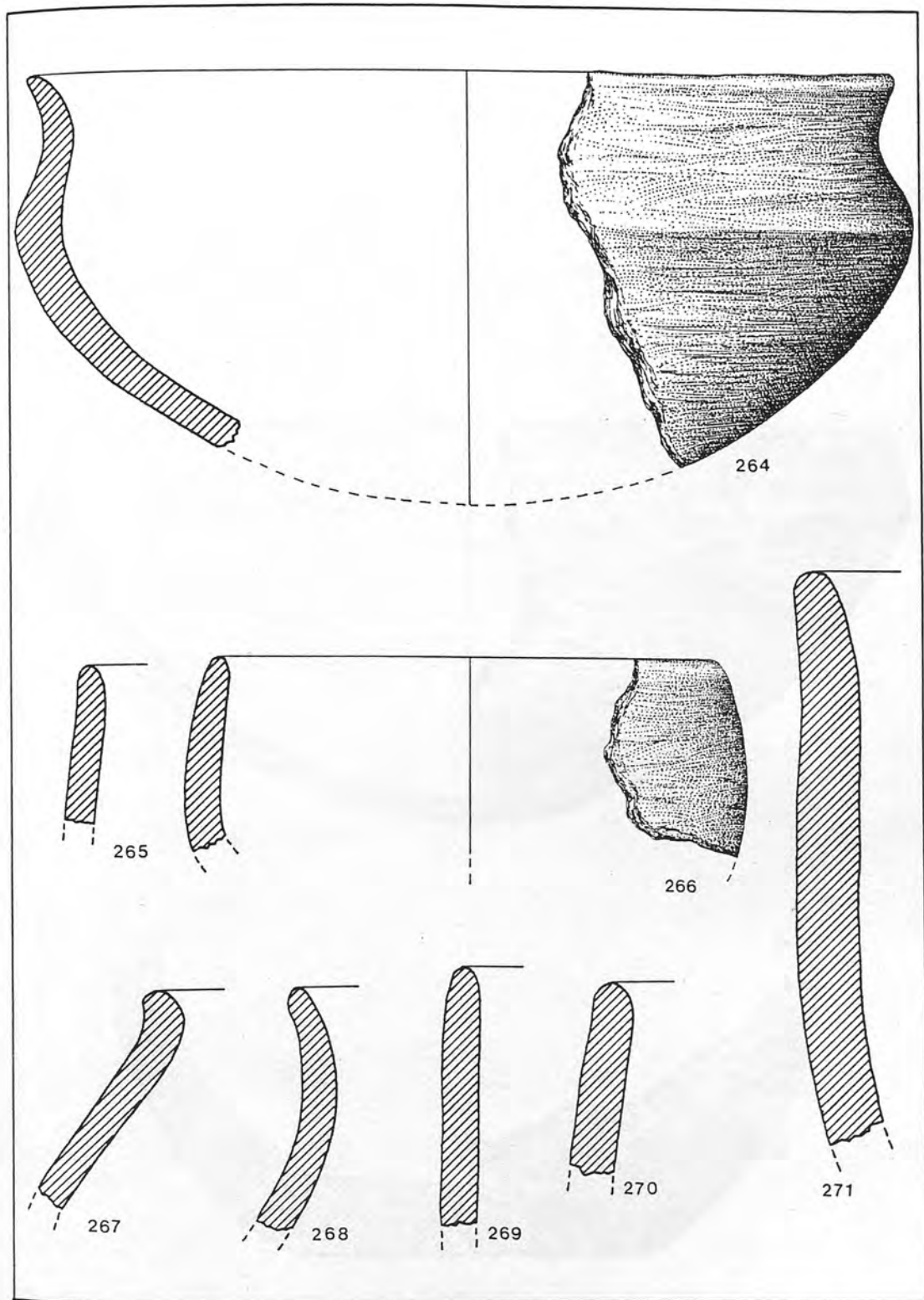


Fig. 122: Material de superficie. Cerámica lisa: vaso carenado (1:2, cuenco y ollas (1:1).

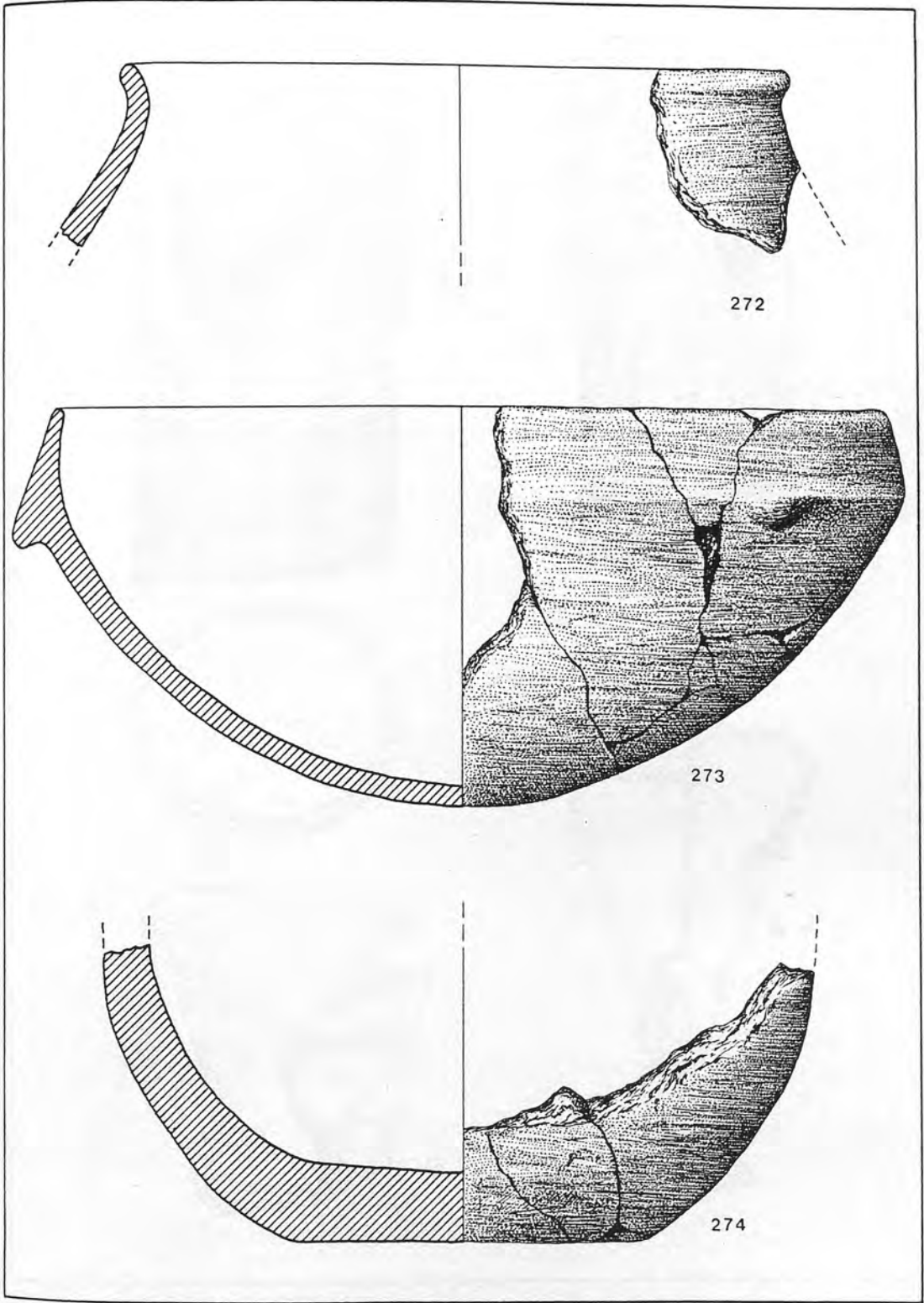


Fig. 123: Material de superficie. Cerámica lisa: olla, cuencos (1:2).

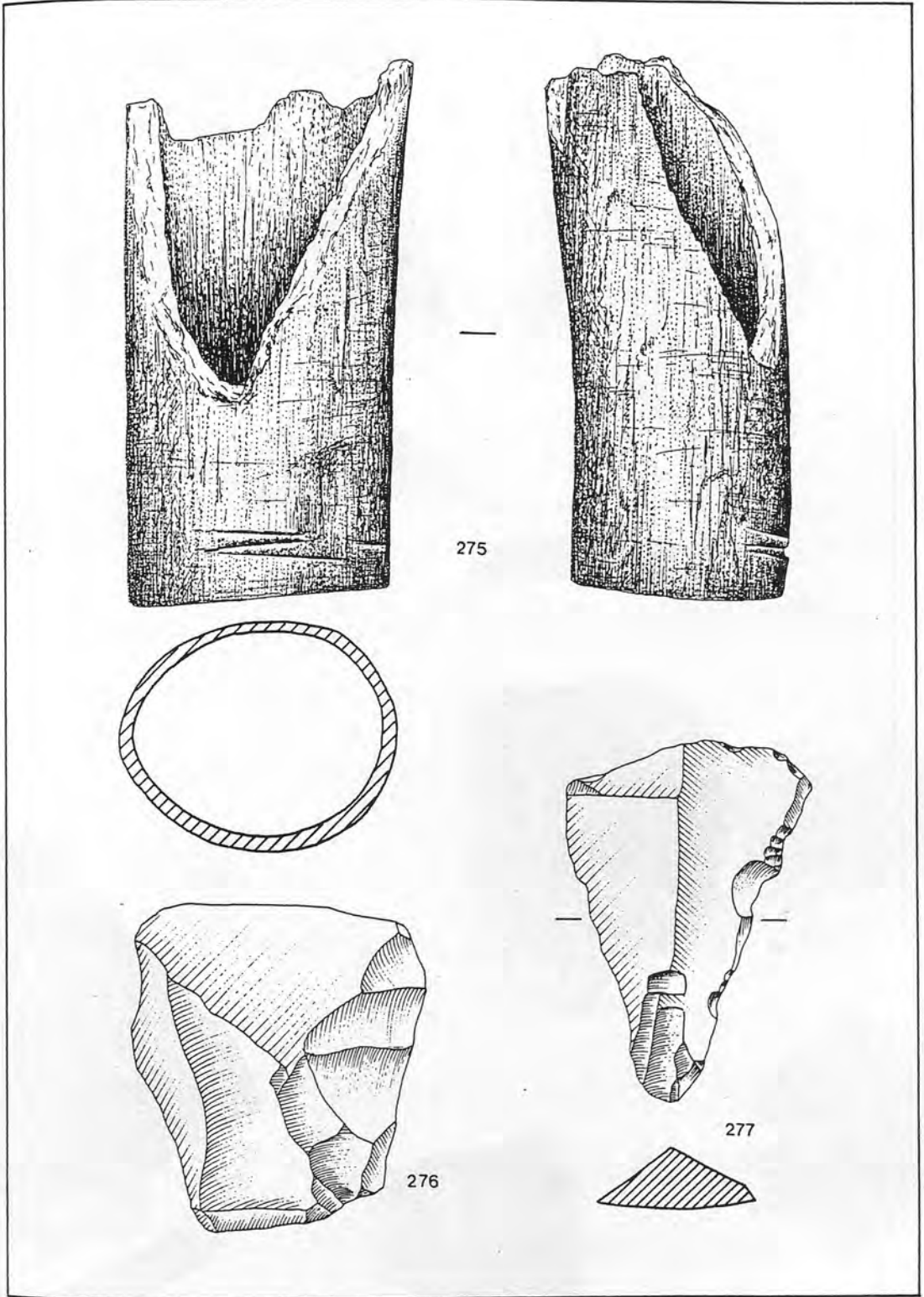


Fig. 124: Material de superficie. Hueso trabajado. Sílex (1:1).

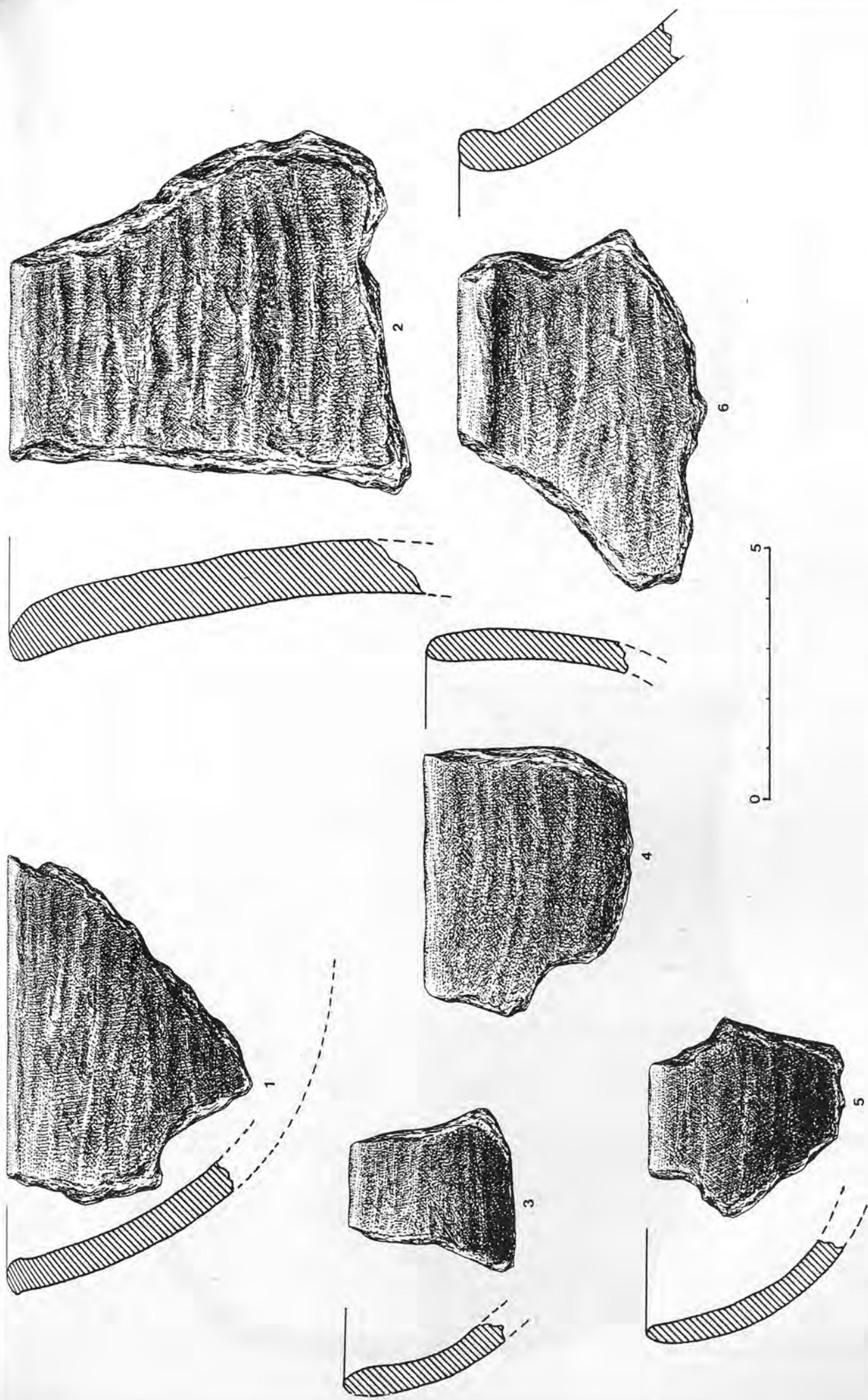


Fig. 129. Sierra Martilla. Cerámica de superficie: cuencos y ollas.

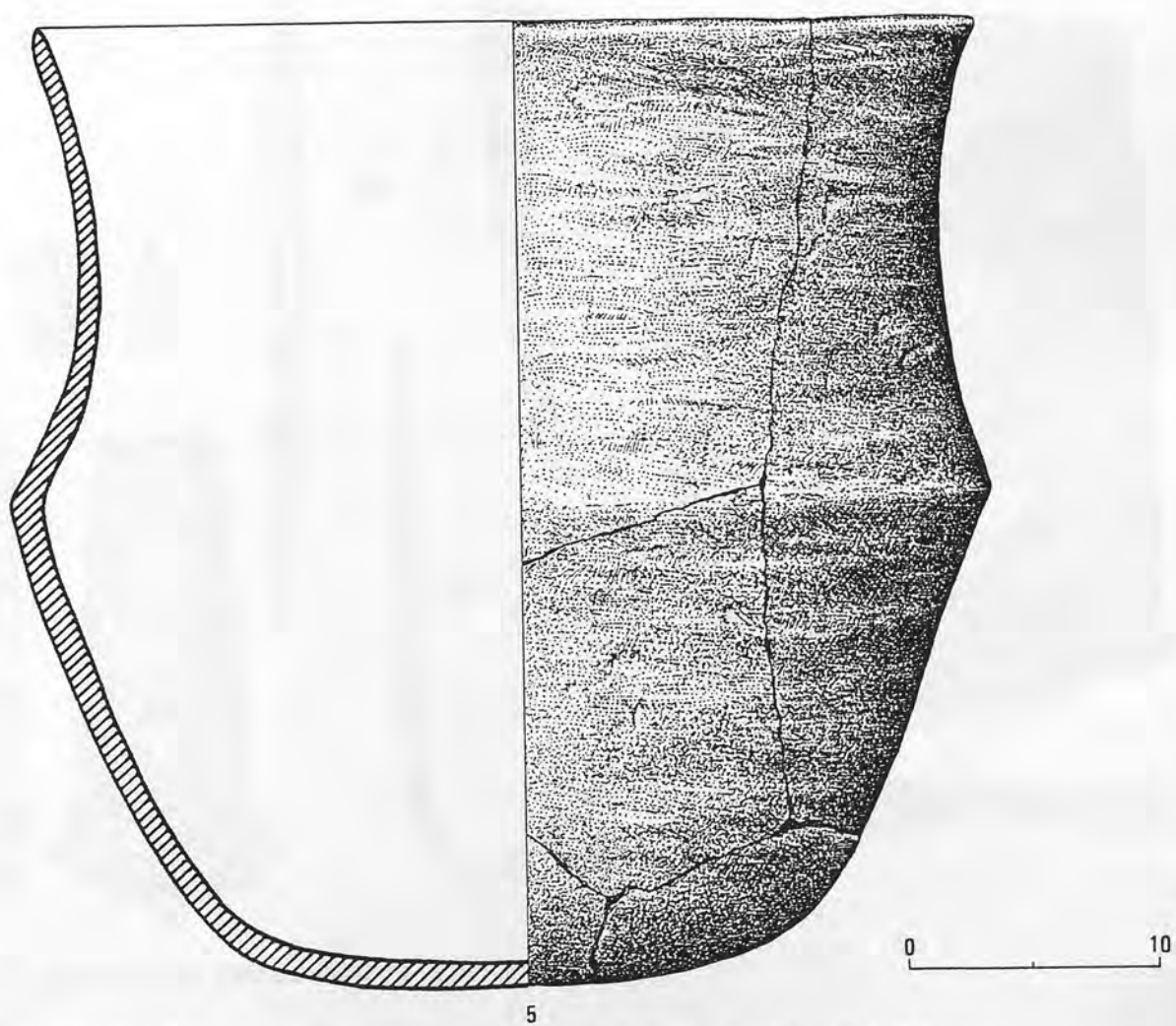
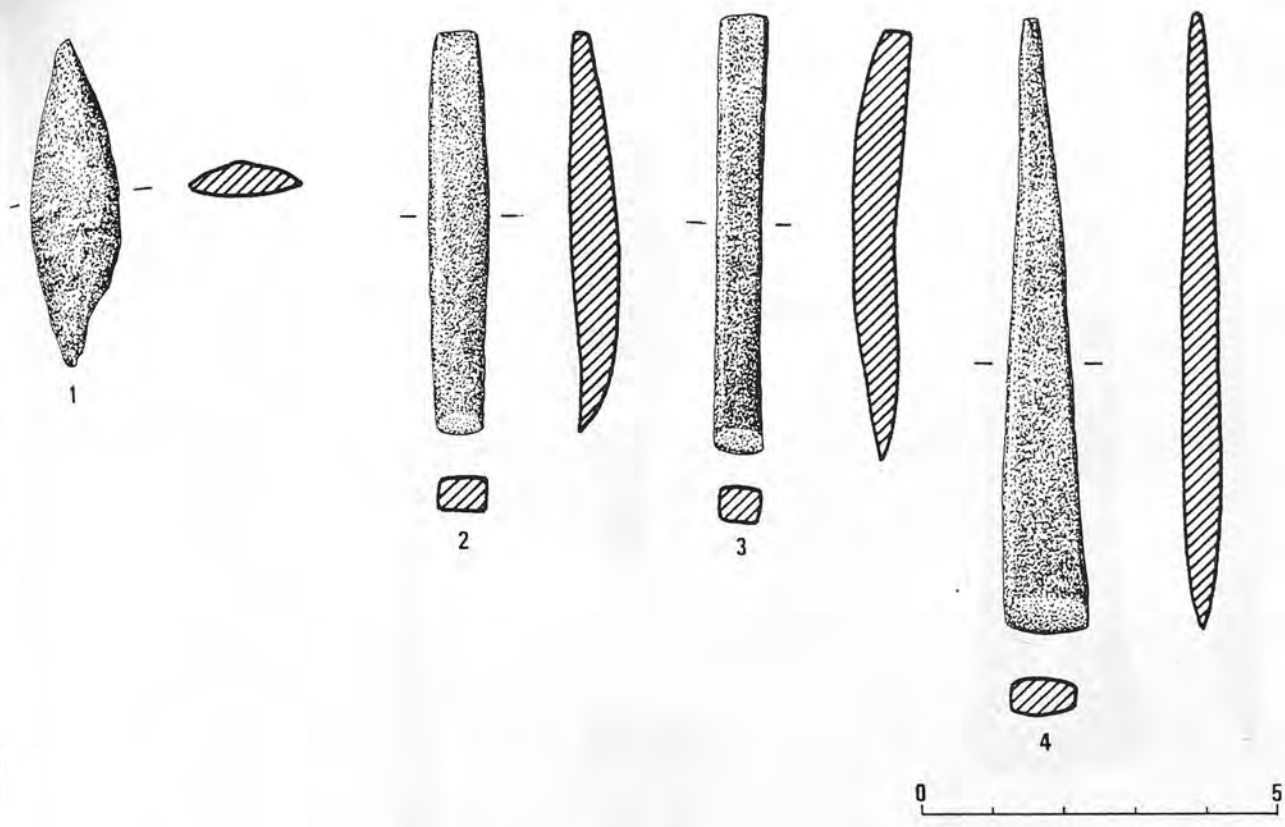


Fig. 130. Sierra Martilla. Objetos metálicos de superficie y vaso de procedencia indeterminada.

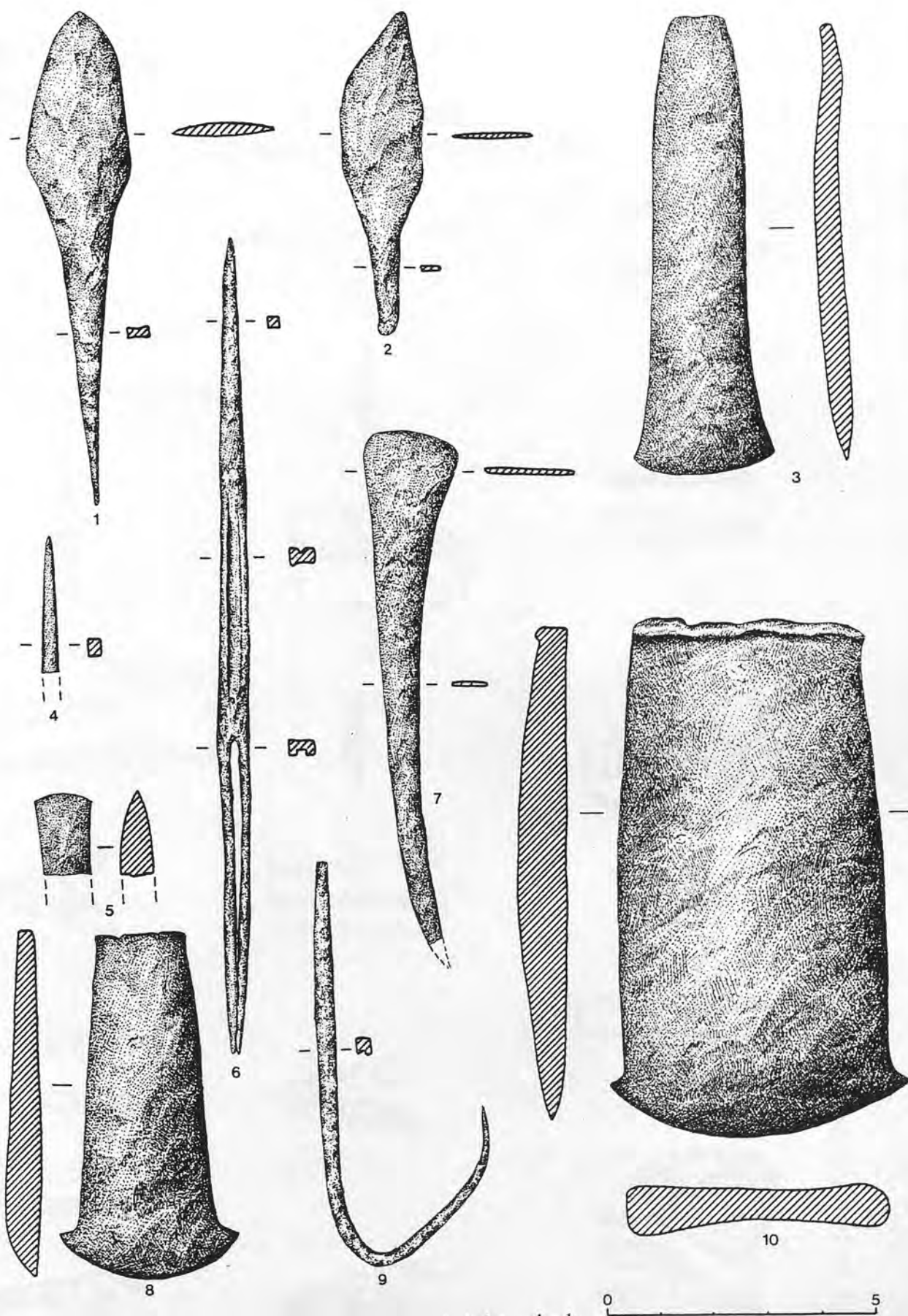


Fig. 131. Sierra Martilla. Objetos metálicos de procedencia indeterminada.

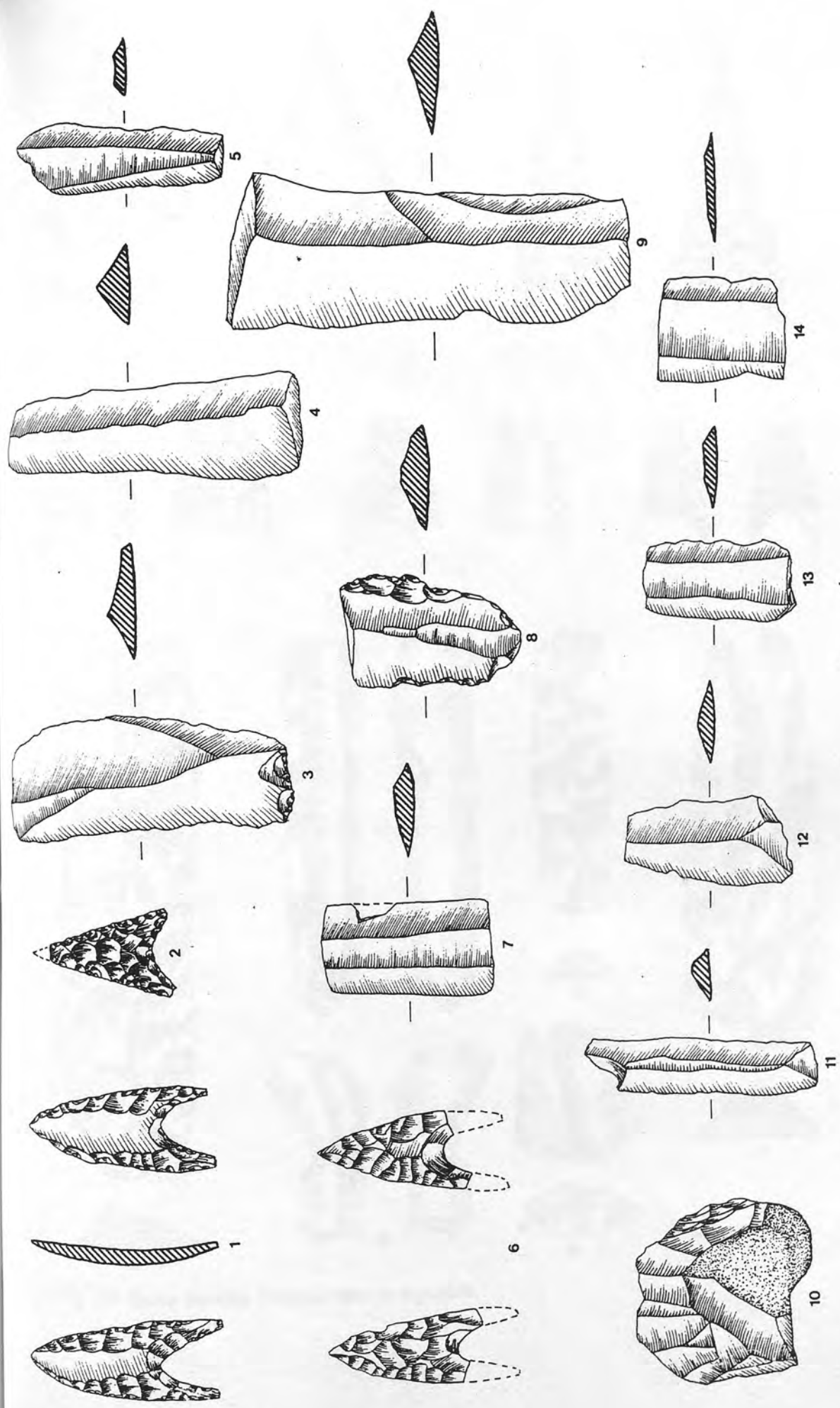


Fig. 132. Sierra Martilla. Material lítico de superficie.

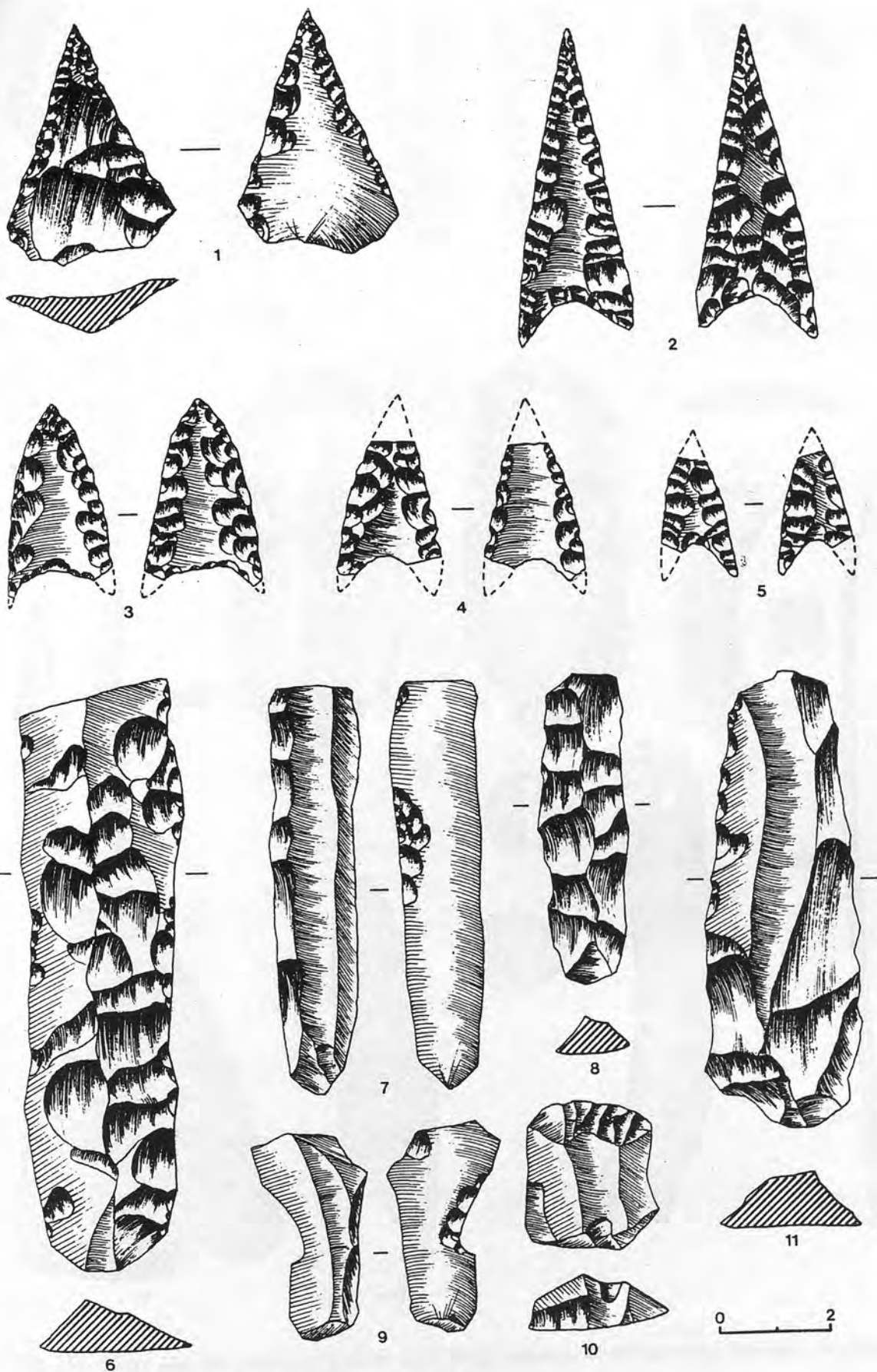


Fig. 133. Sierra Martilla. Material lítico de superficie.

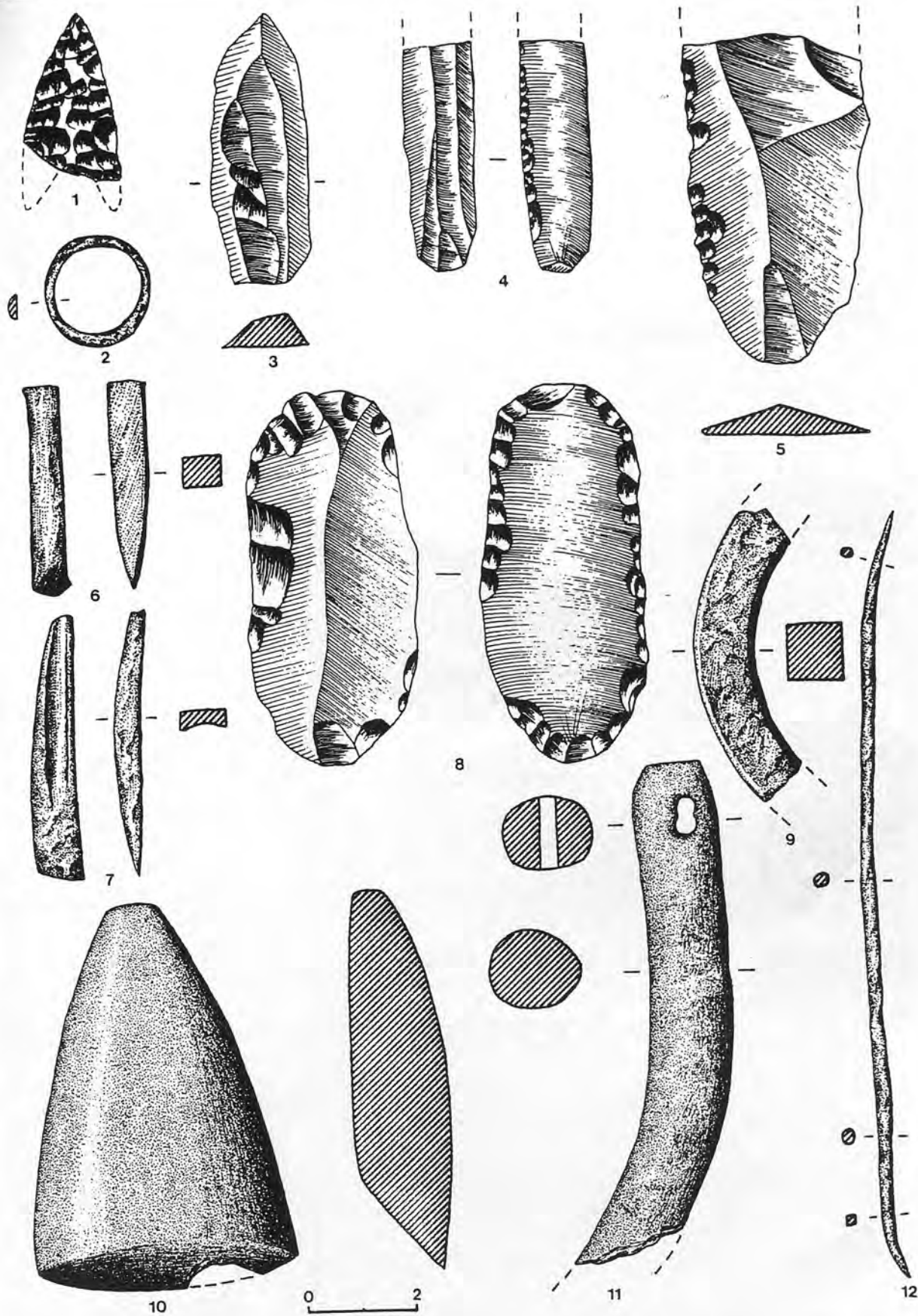


Fig. 134. Sierra Martilla. Material lítico de superficie; formones de cobre; arete; brazaletes de piedra; punzón de cobre; cuernecillo.

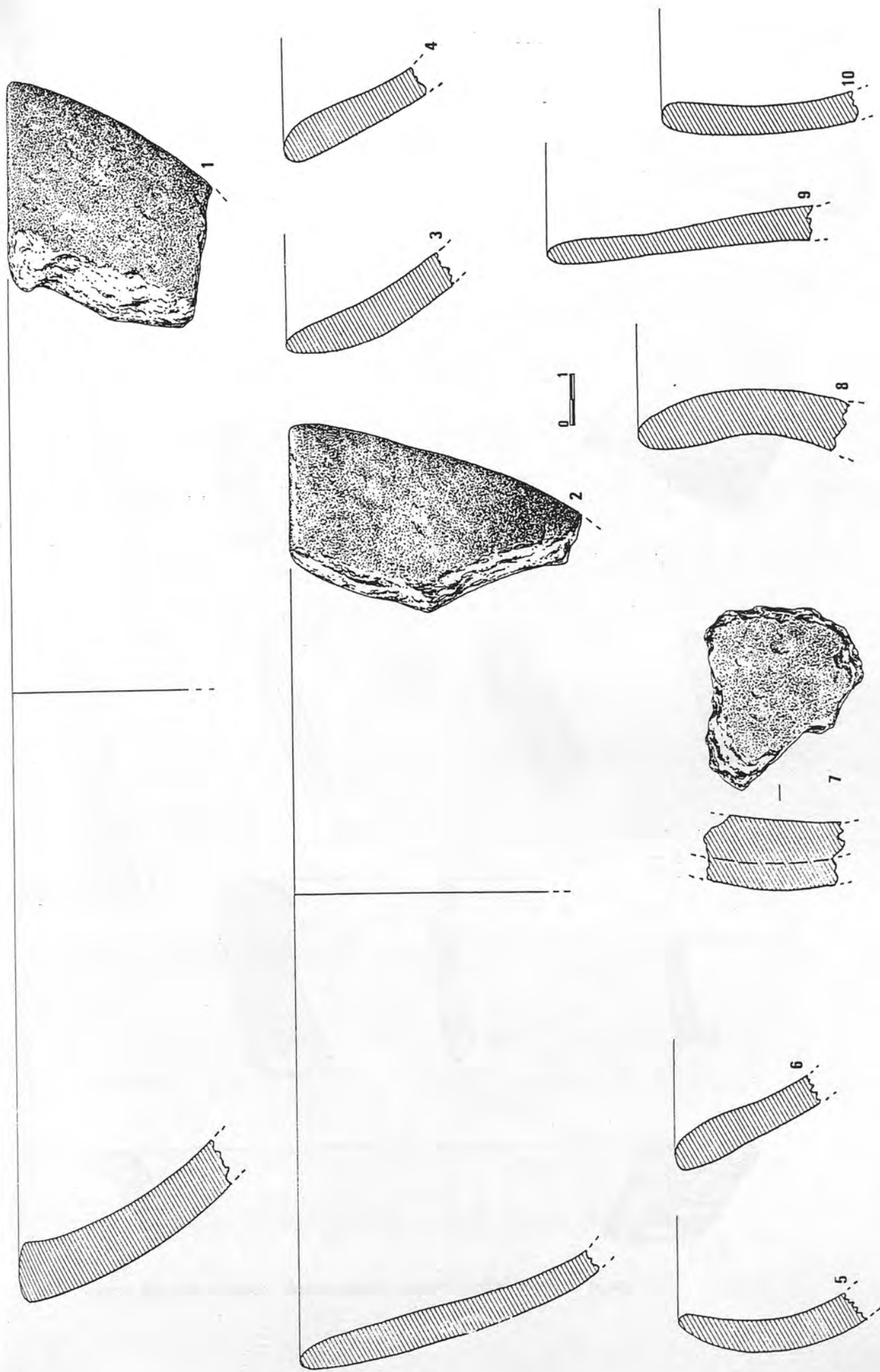


Fig. 135. Sierra Martilla. Cerámica de superficie. Área poblado.

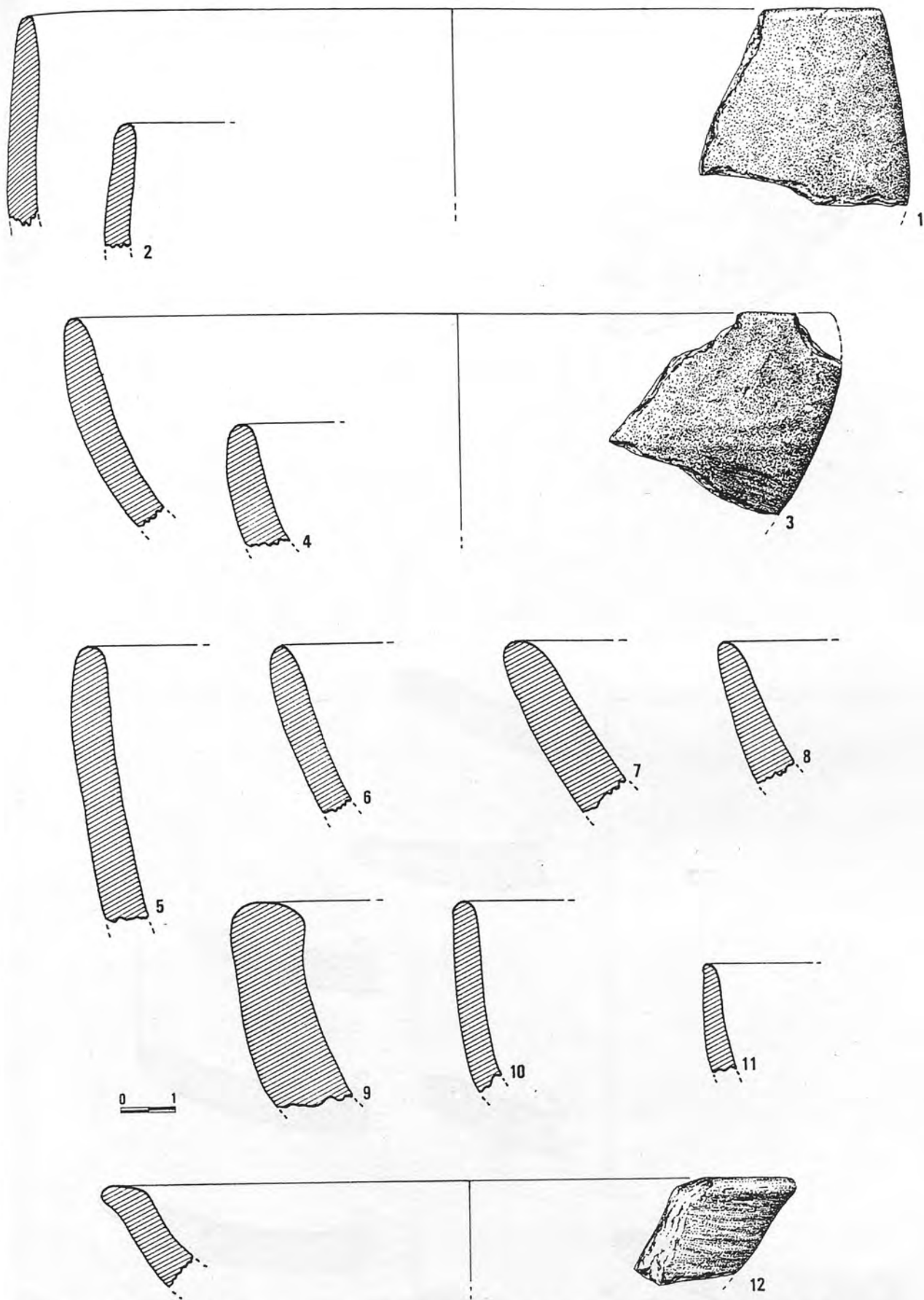
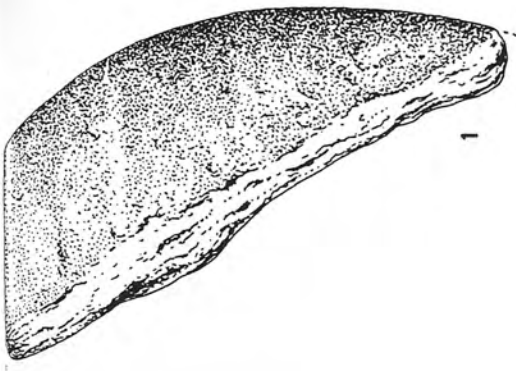
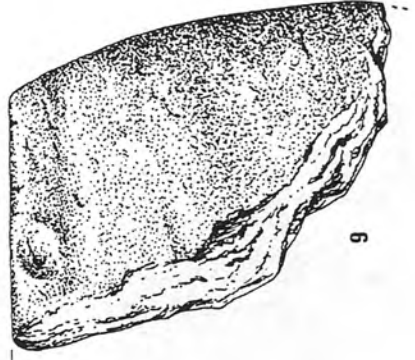


Fig. 136. Sierra Martilla. Corte 1. Area poblado: cuencos, ollas, fuente y plato.



1



9

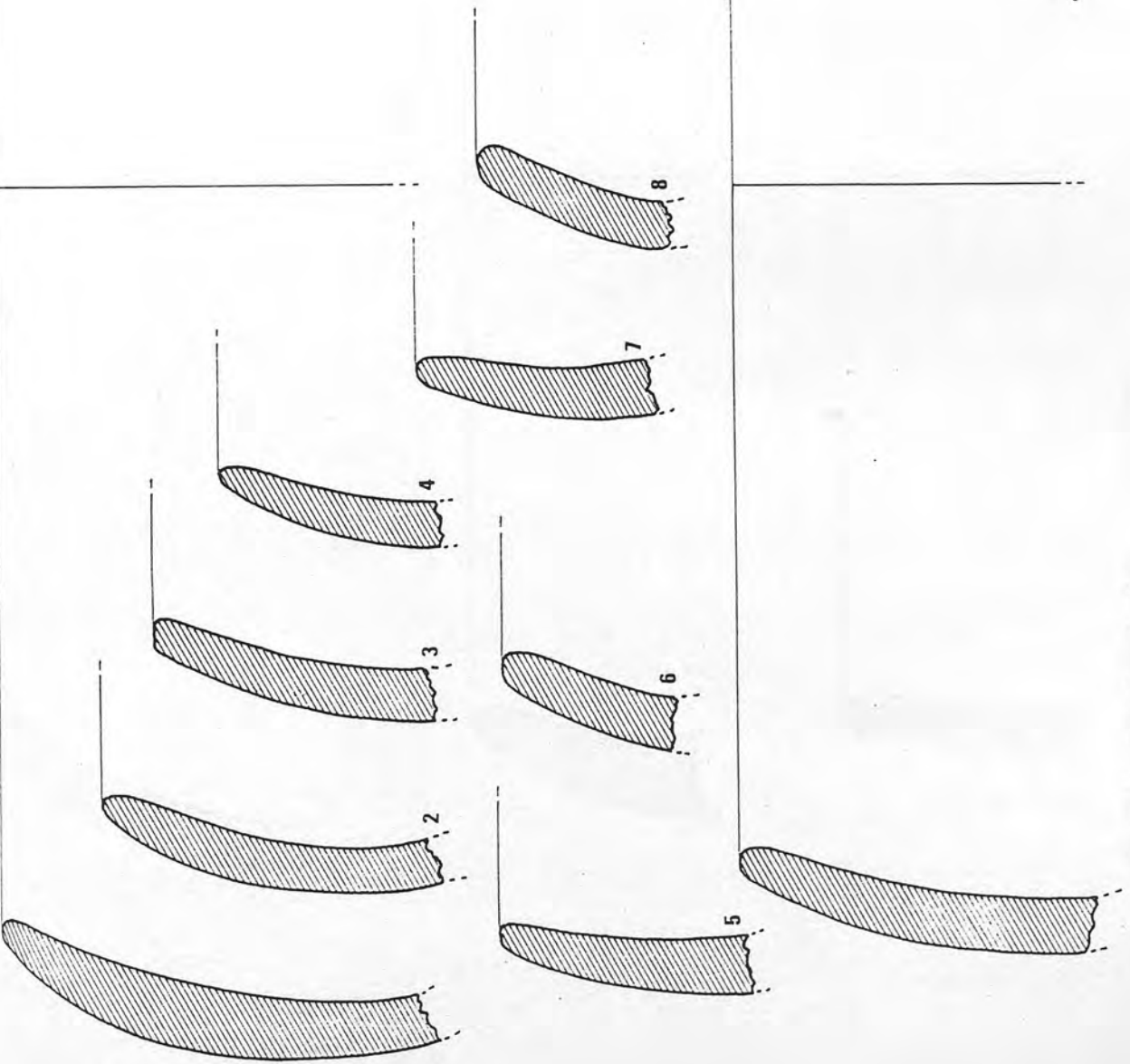


Fig. 137. Sierra Martilla. Corte 1. Capa I: ollas.

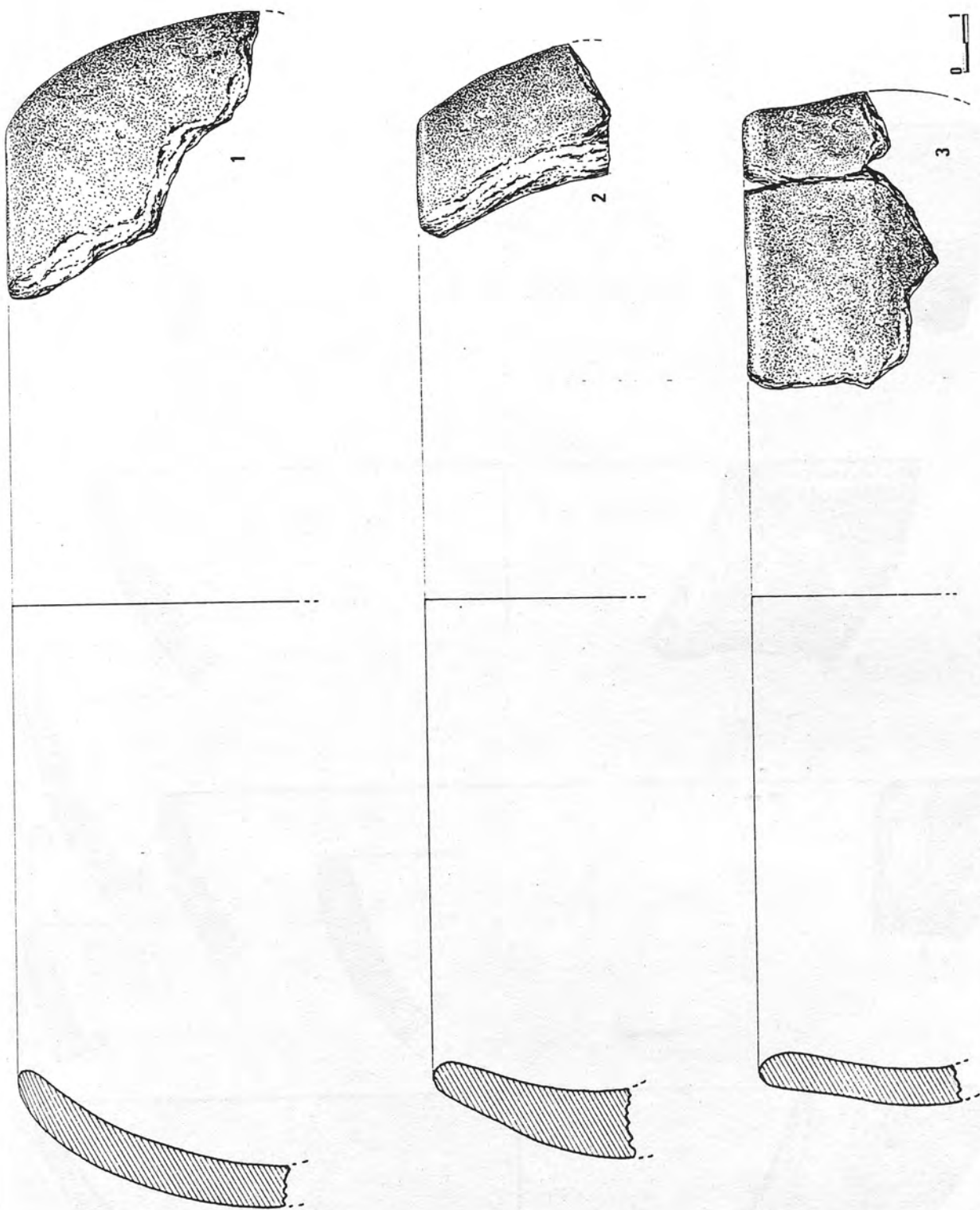


Fig. 138. Sierra Martilla. Corte 1. Capa I: ollas.

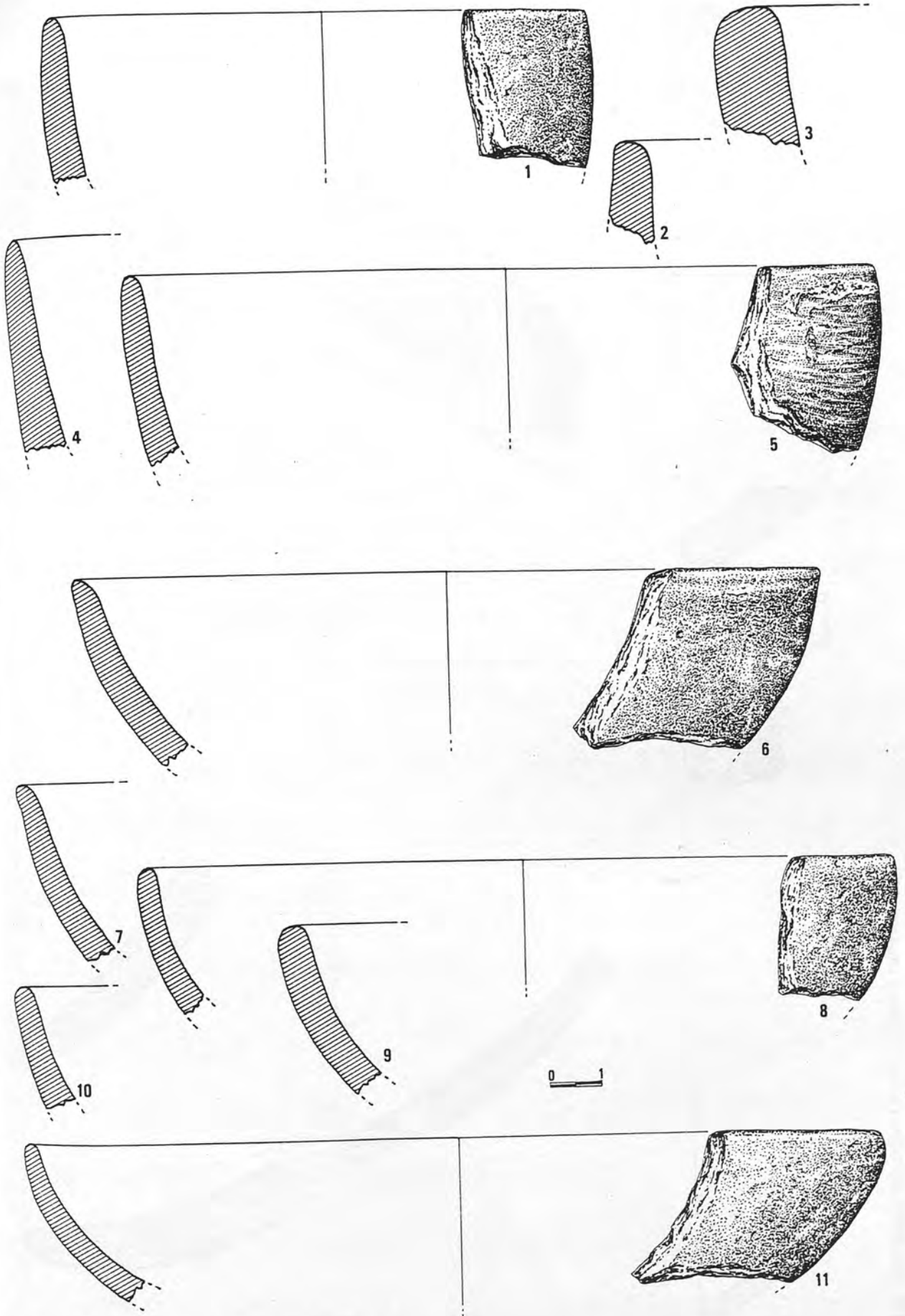


Fig. 139. Sierra Martilla. Corte 1. Capa I: cuencos.

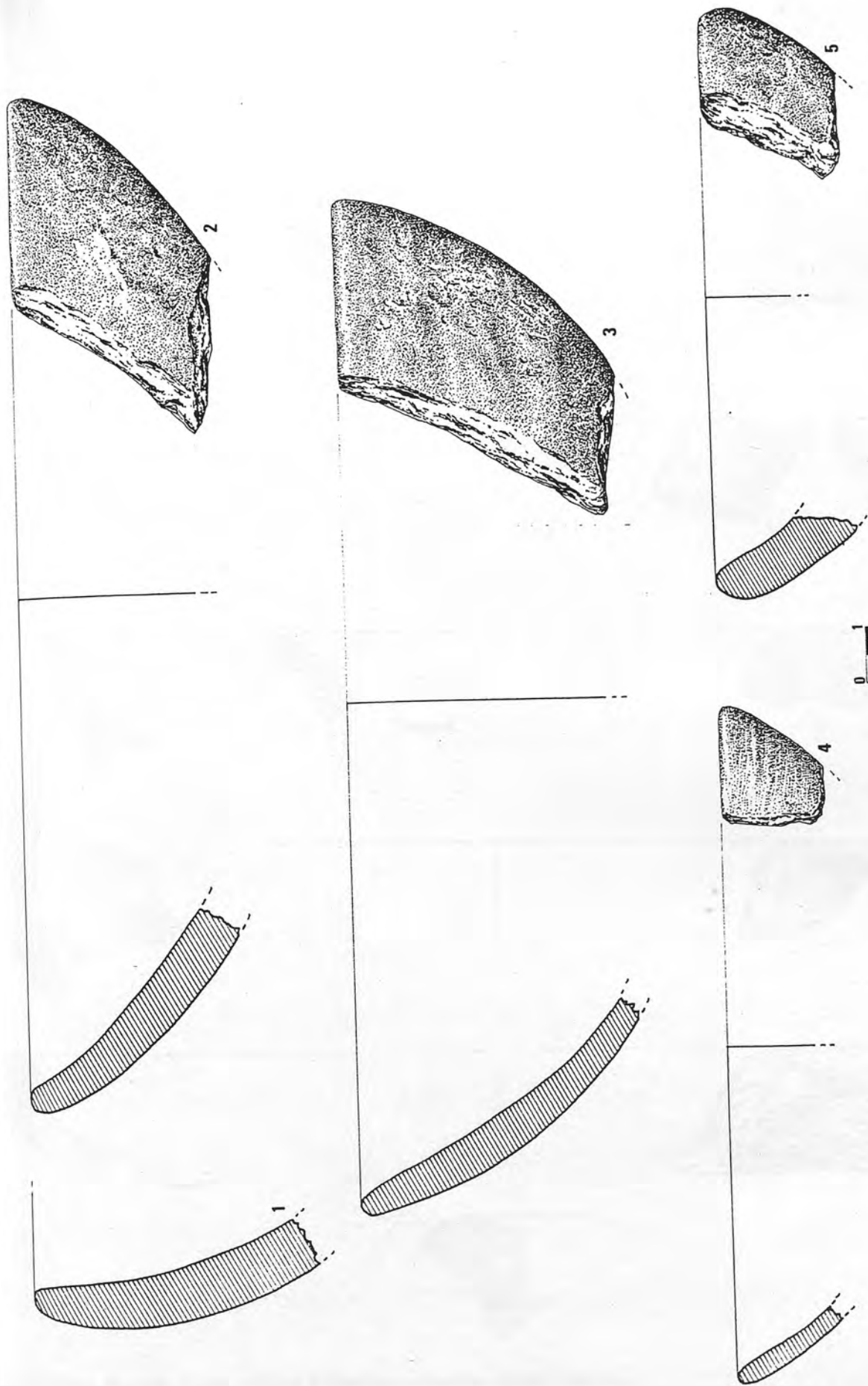


Fig. 140. Sierra Martilla. Corte I. Capa I: cuencos.

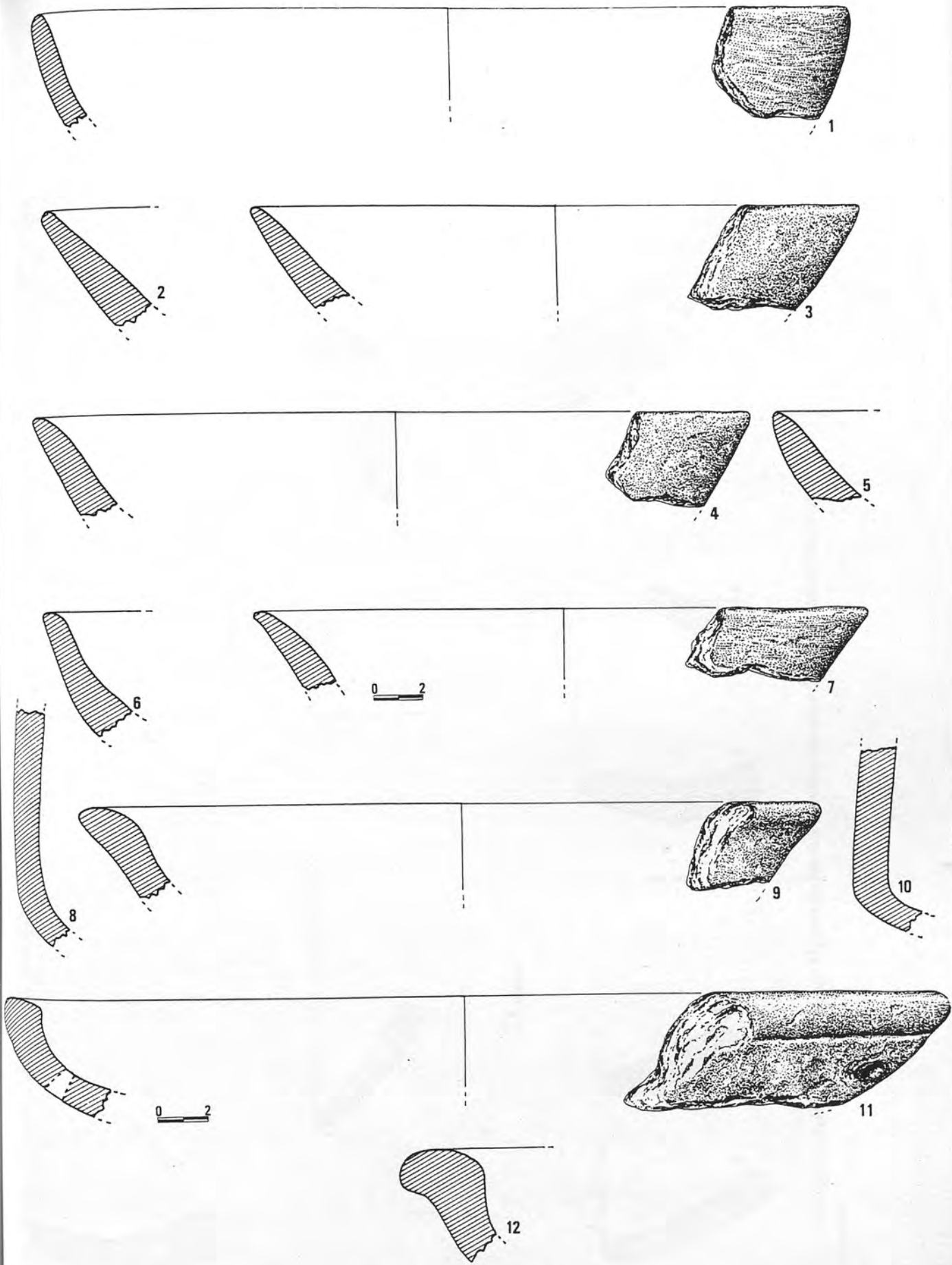


Fig. 141. Sierra Martilla. Corte 1. Capa I: cuencos, escudillas, platos y fuentes.

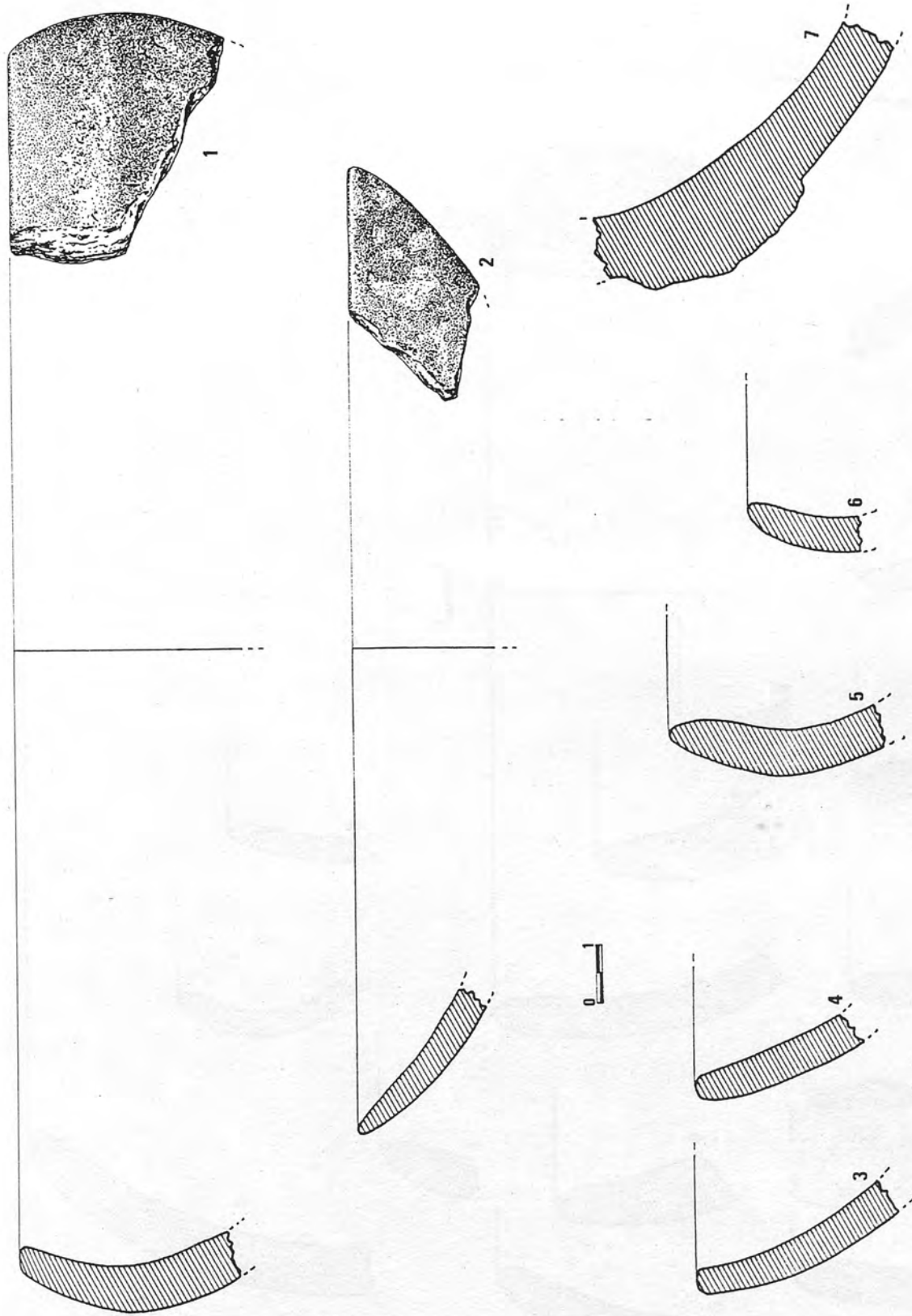


Fig. 142. Sierra Martilla. Corte I. Capa II: cuenco bitroncocónico, cuencos de casquete esférico, escudilla y fuente.

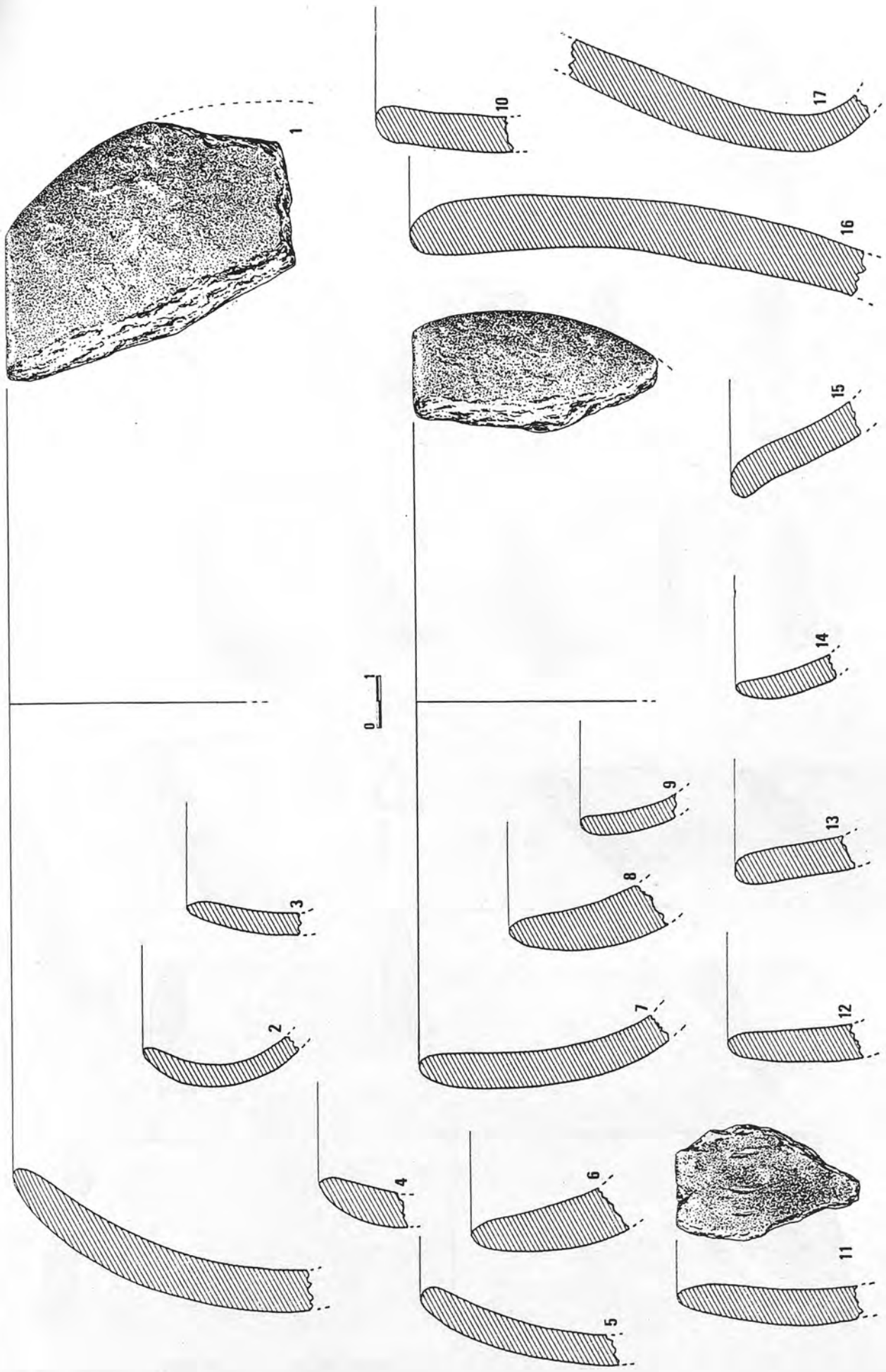


Fig. 143. Sierra Martilla. Corte 2. Capa I: ollas, cuencos, platos y fondo carenado.

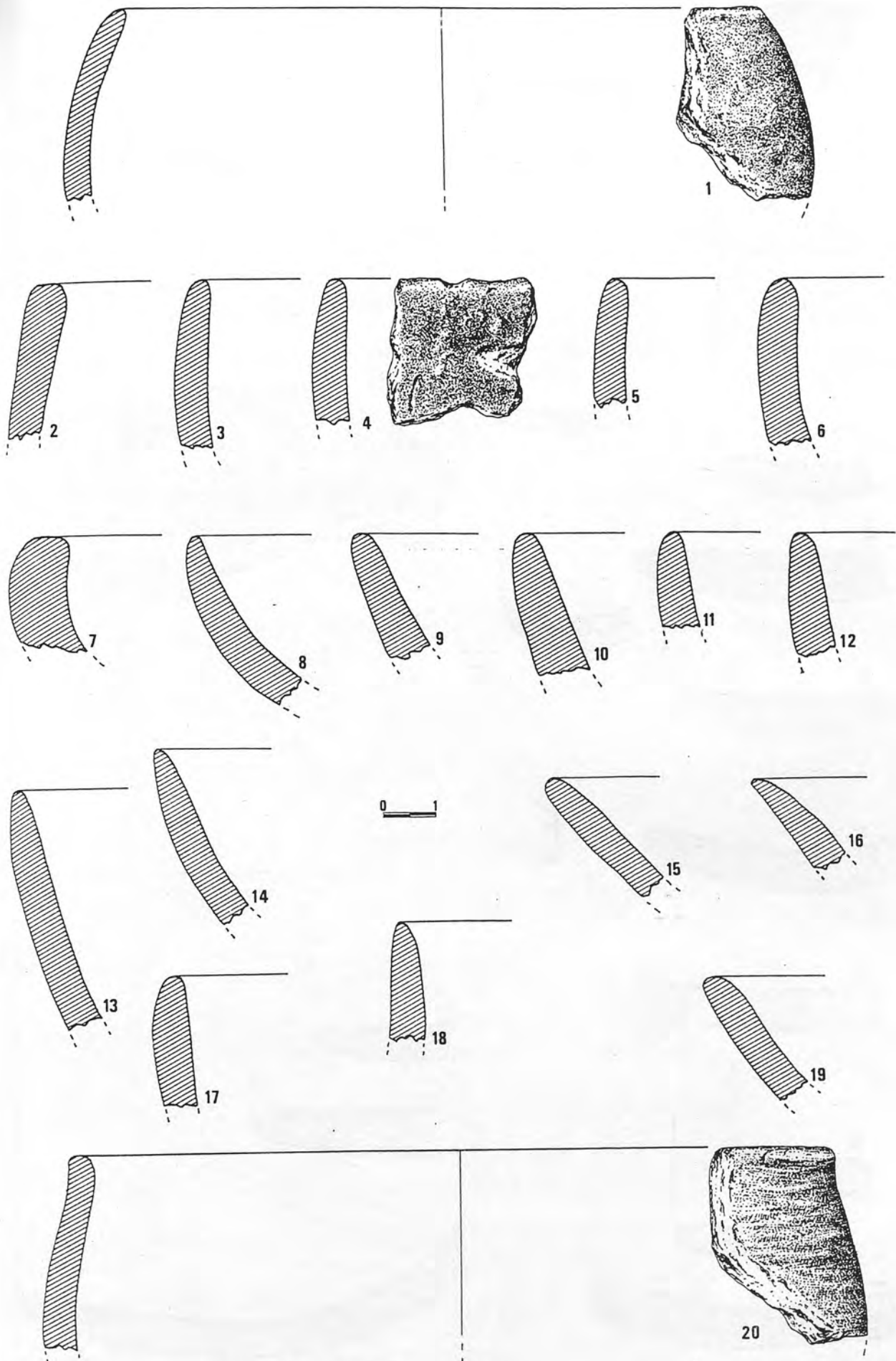


Fig. 144. Sierra Martilla. Corte 2. Capa II: cuencos.

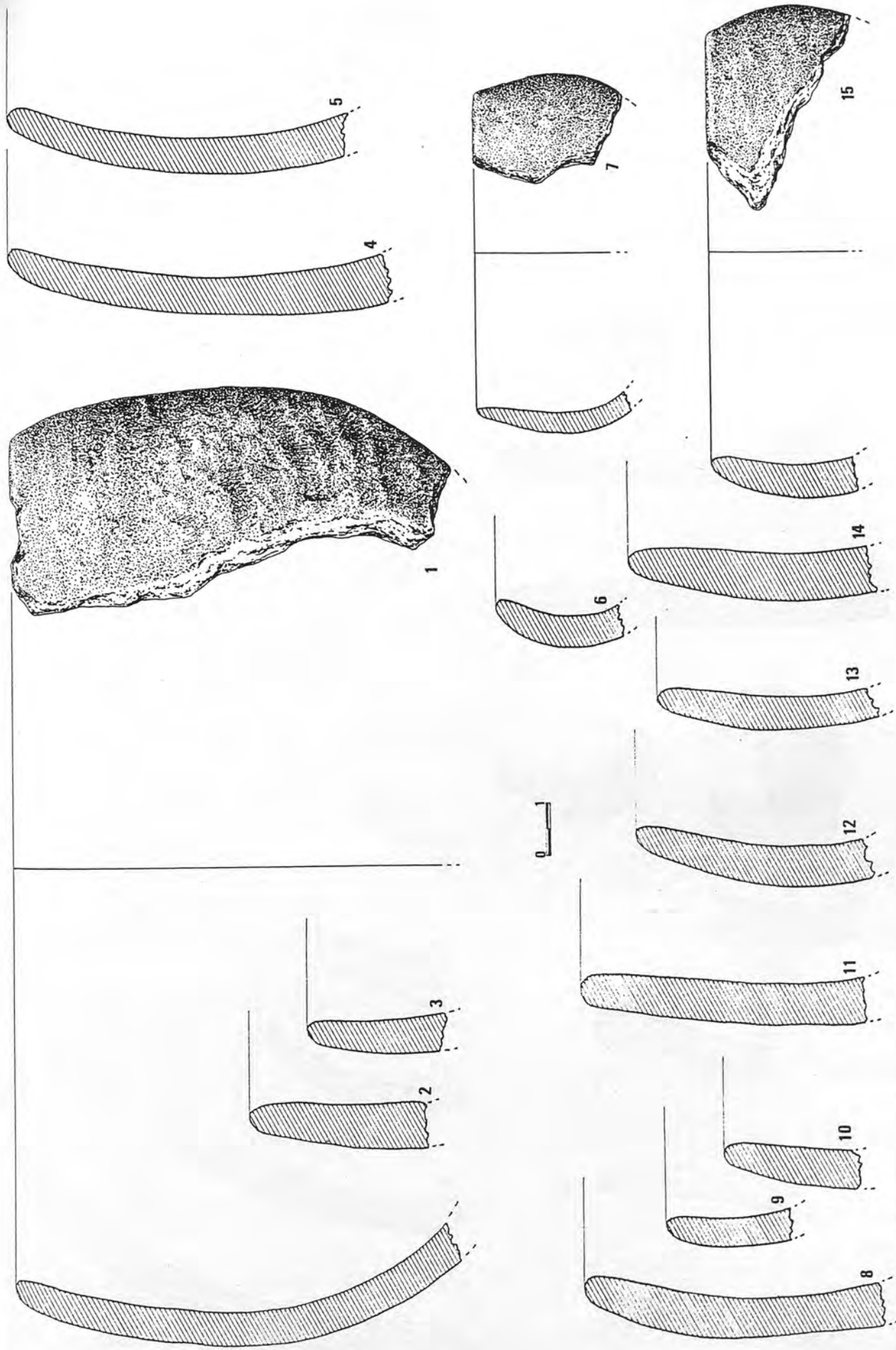


Fig. 145. Sierra Marilla. Corte 3. Capa I: cuencos y ollas.

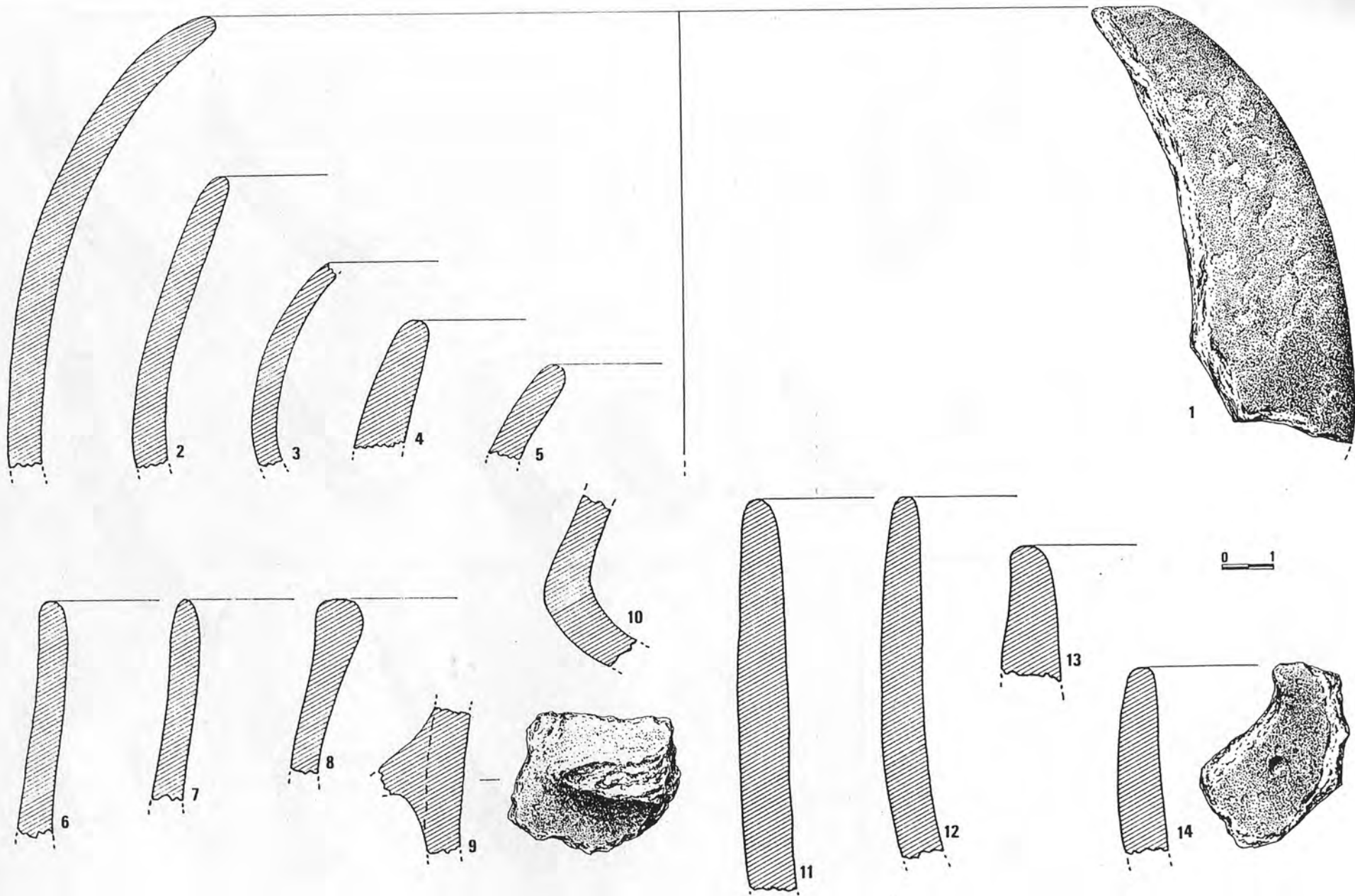


Fig. 146. Sierra Martilla. Corte 3: cuencos y ollas.

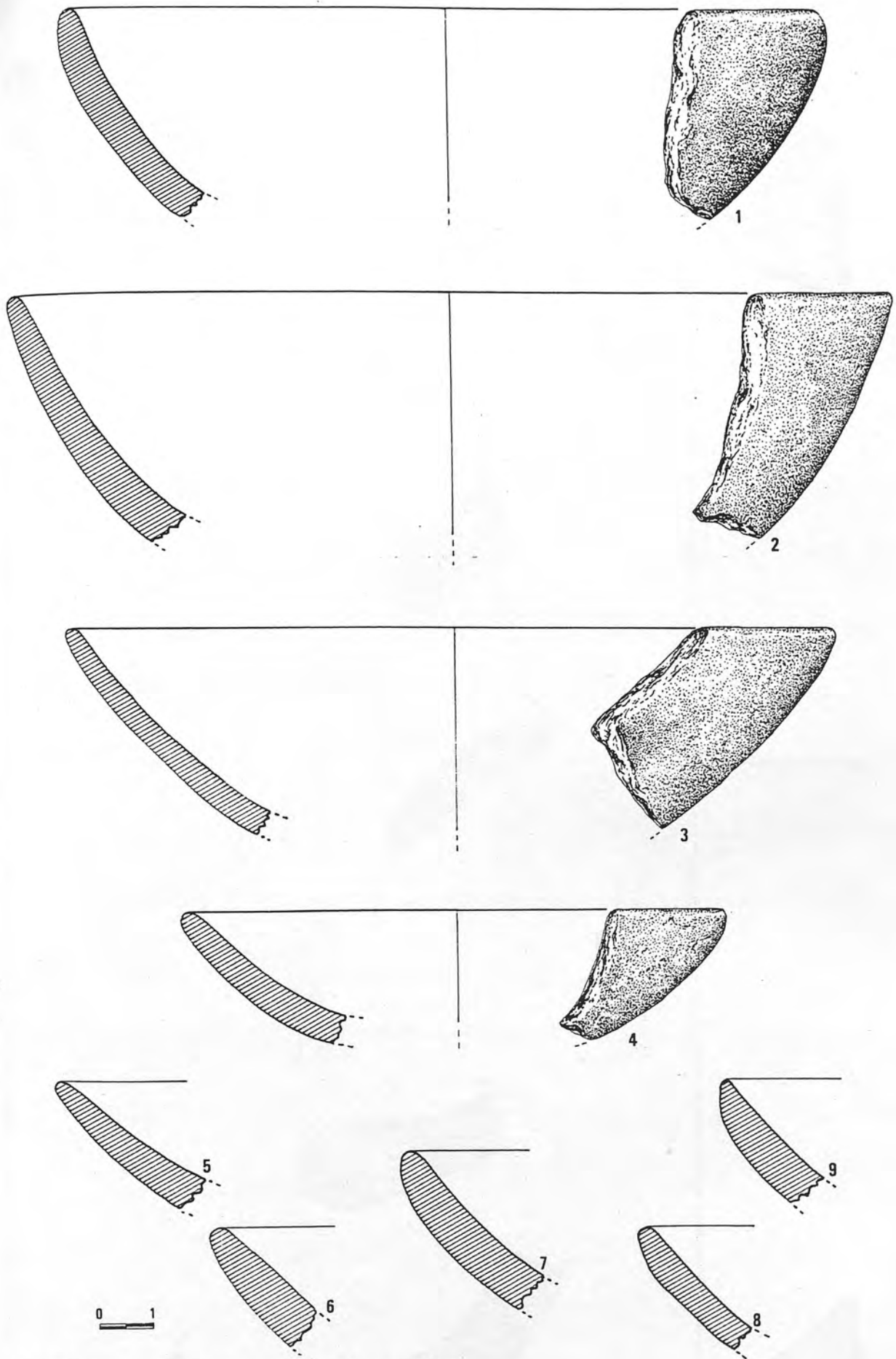


Fig. 148. Sierra Martilla. Corte 3: cuencos y escudilla.

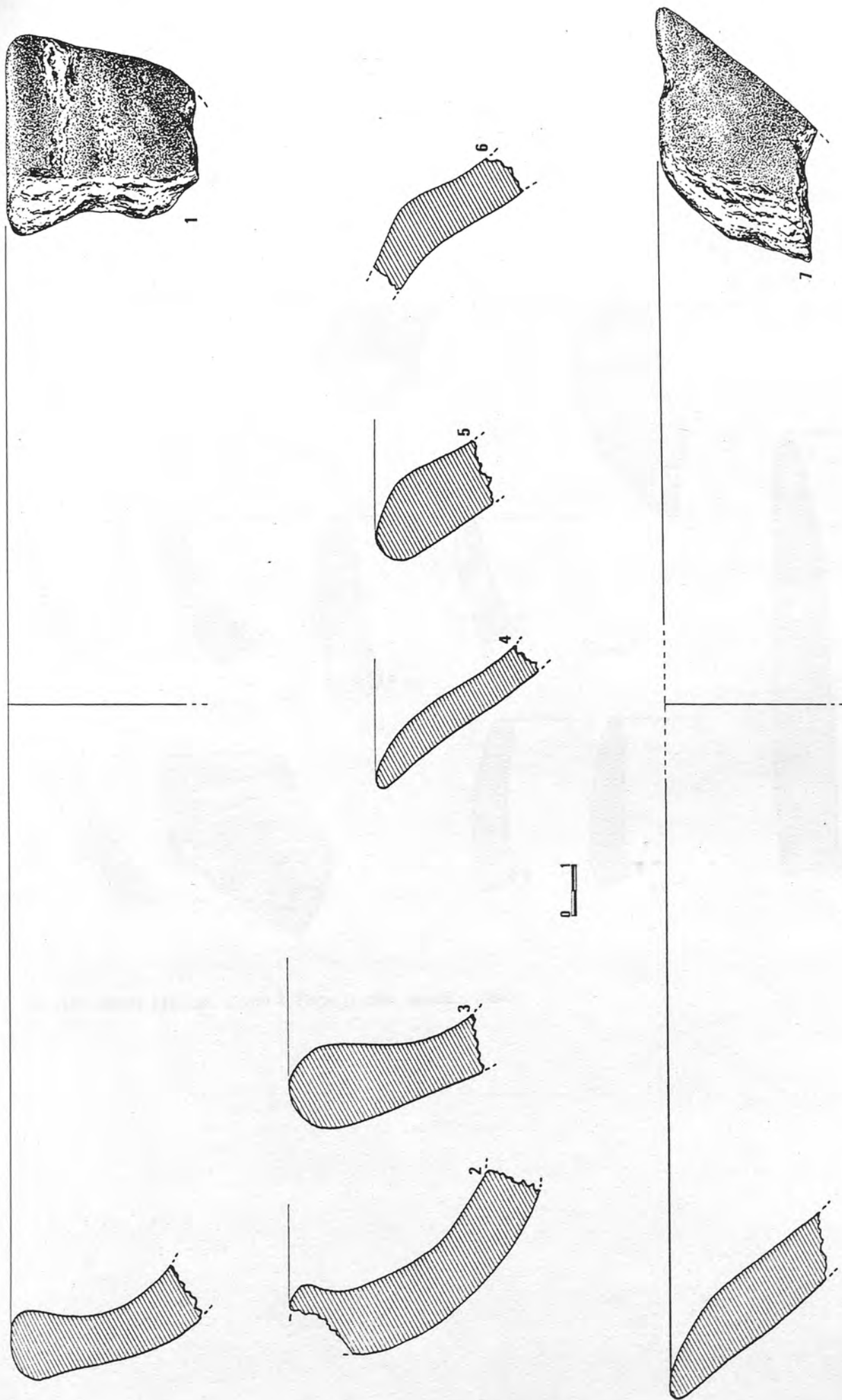


Fig. 149. Sierra Martilla. Corte 3: fuentes y platos.

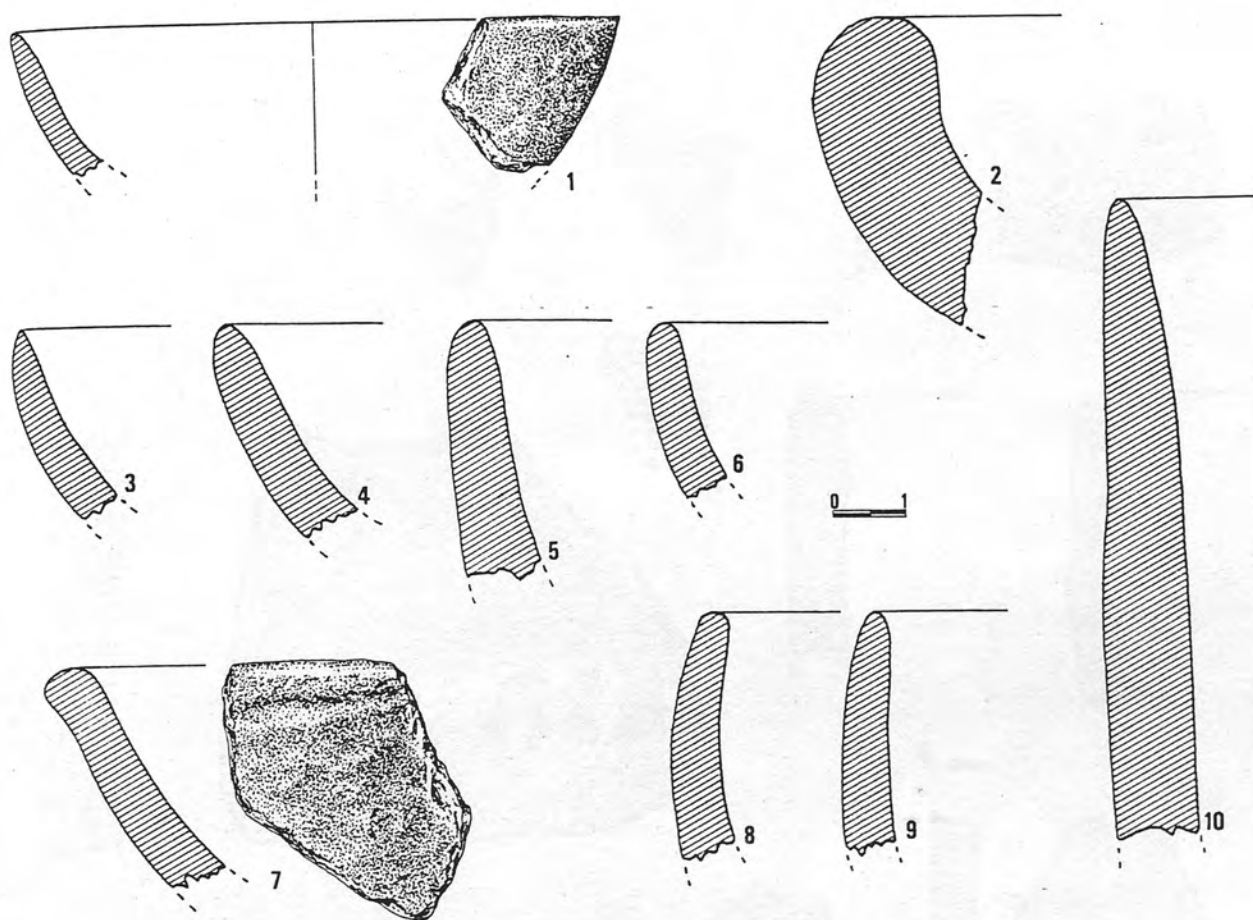


Fig. 150. Sierra Martilla. Corte 4. Capa I: ollas, fuente y plato.

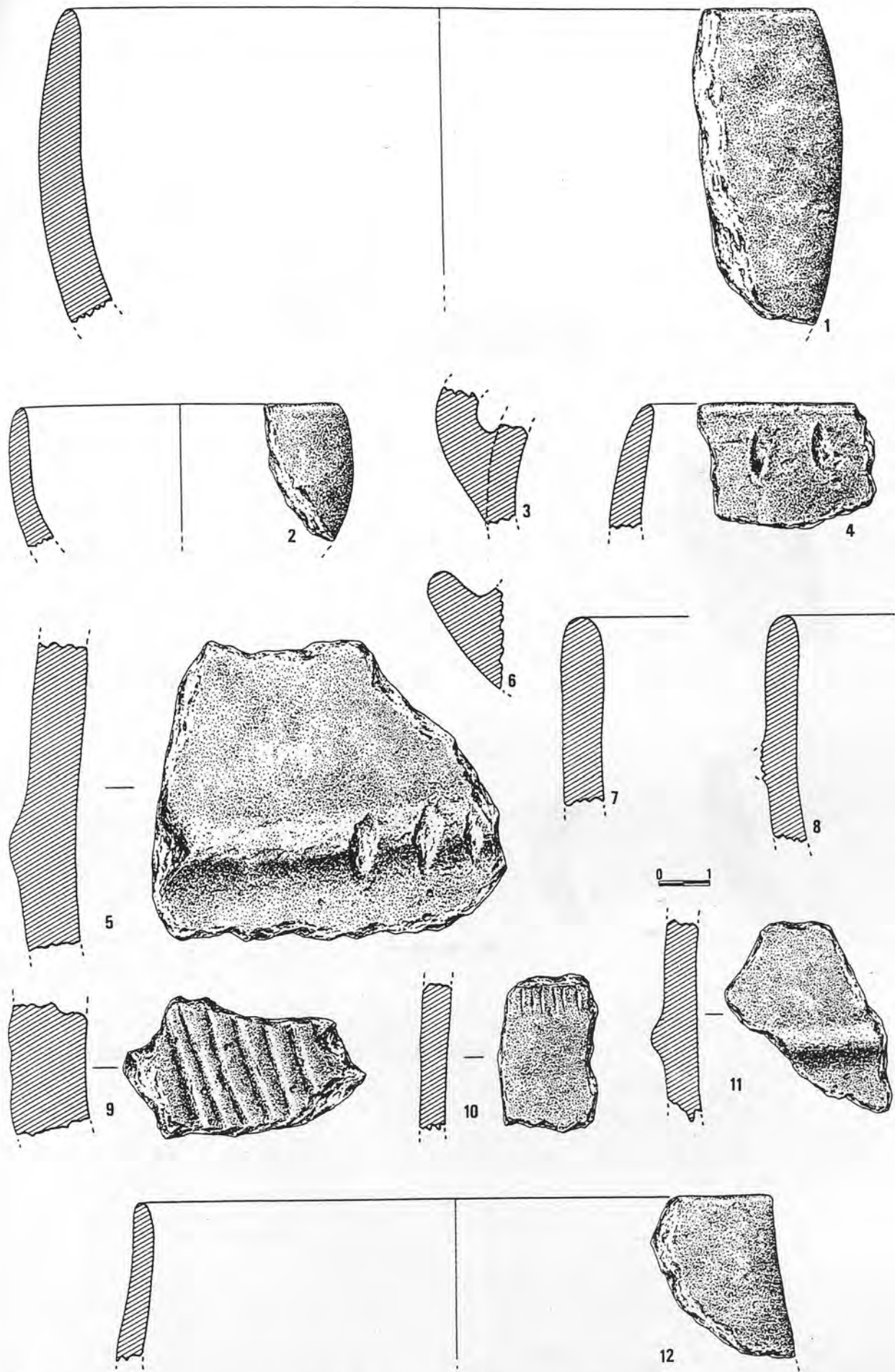


Fig. 151. Sierra Martilla. Corte 4. Capa II: ollas y cuencos. Fragmentos decorados.

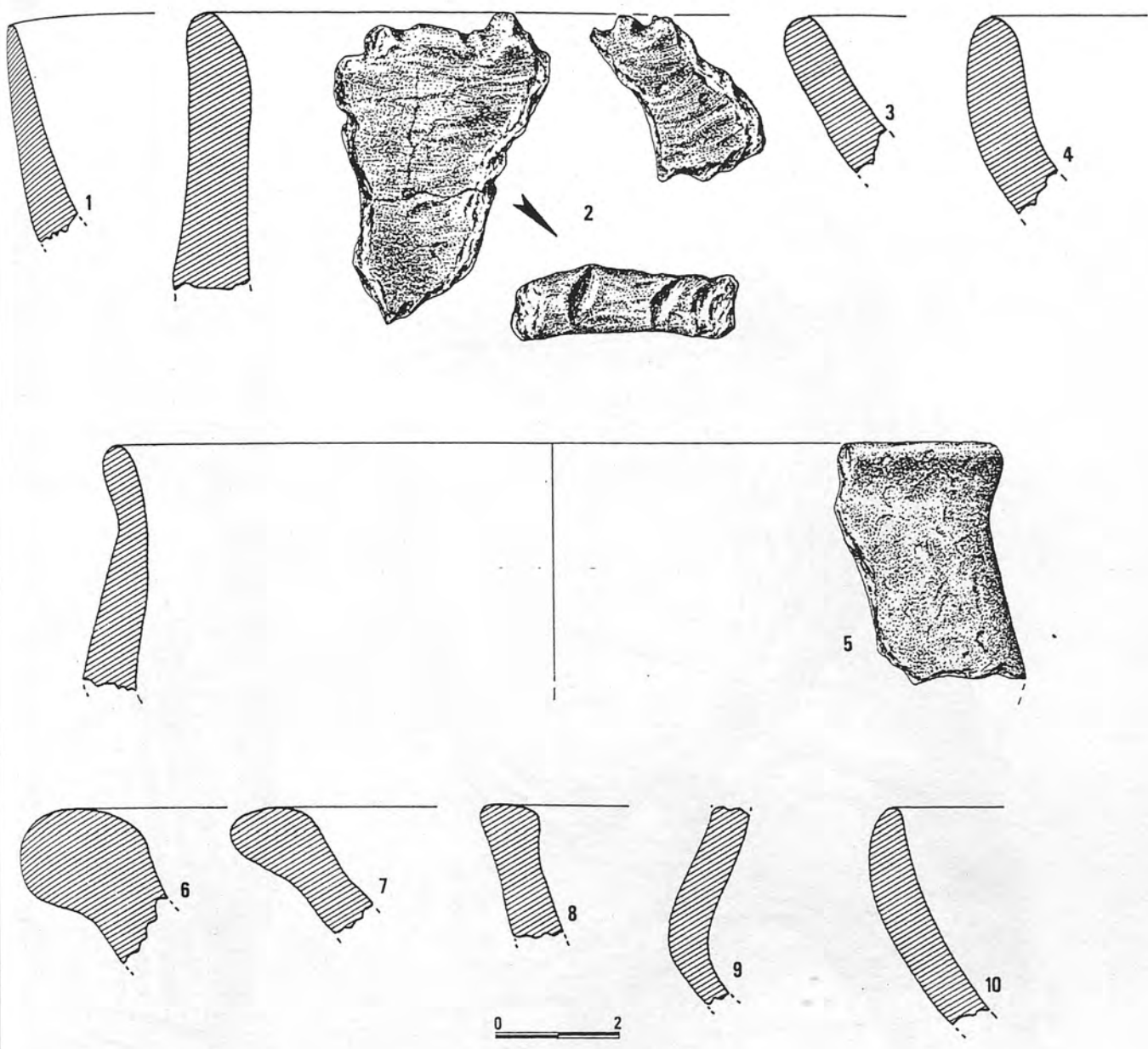


Fig. 152. Sierra Martilla. Corte 4. Capa II: ollas, fuente y plato.

CD-1/a

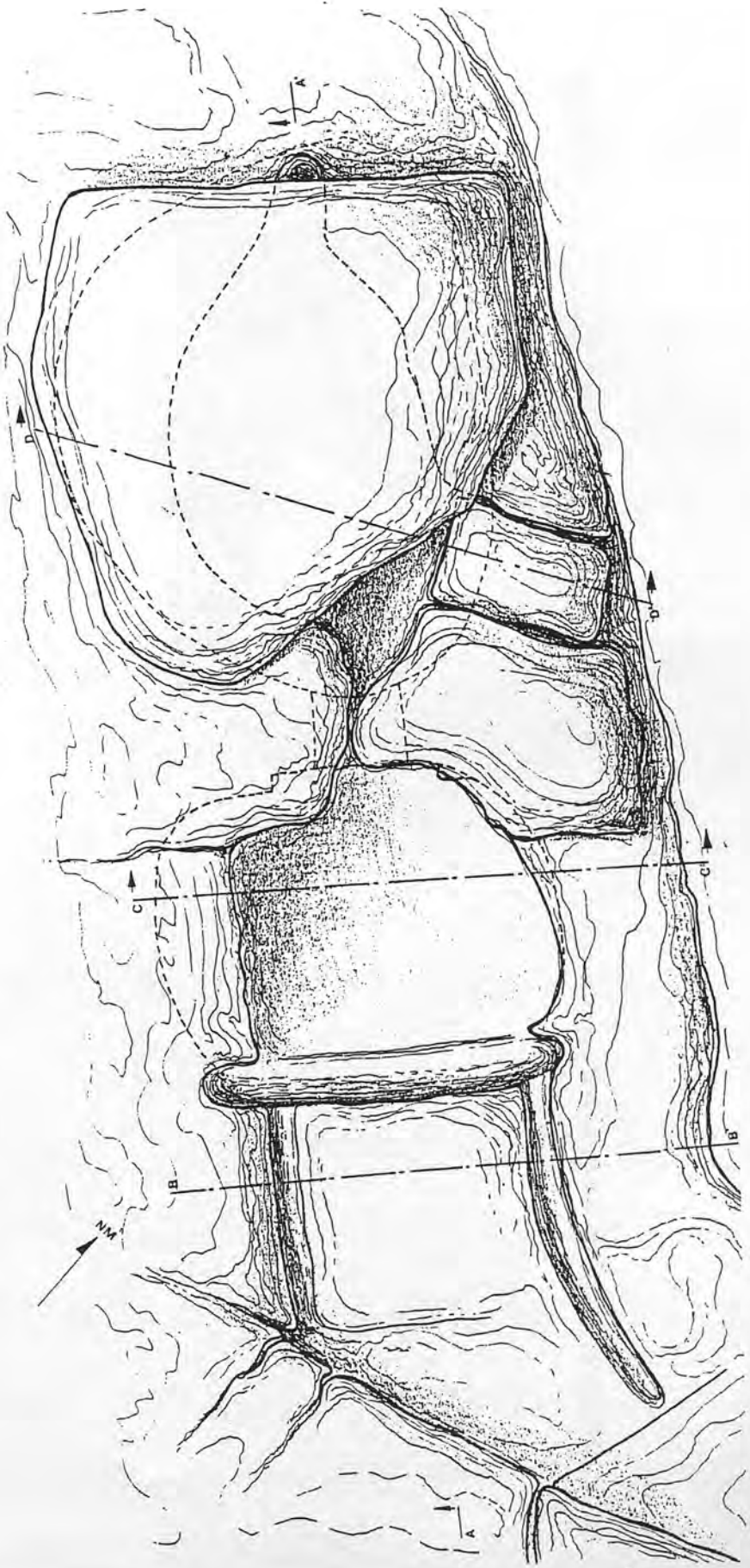
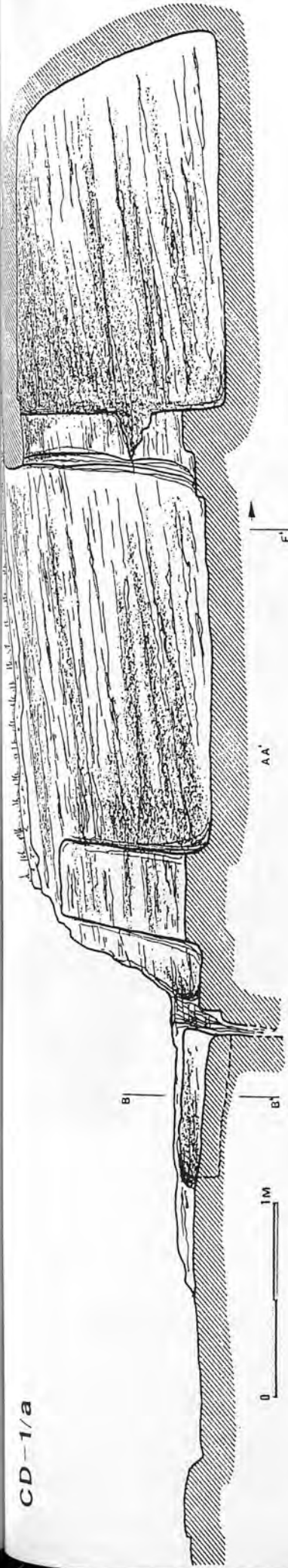


Fig. 153. Sierra Martilla. Sepultura megalítica CD-1/a.

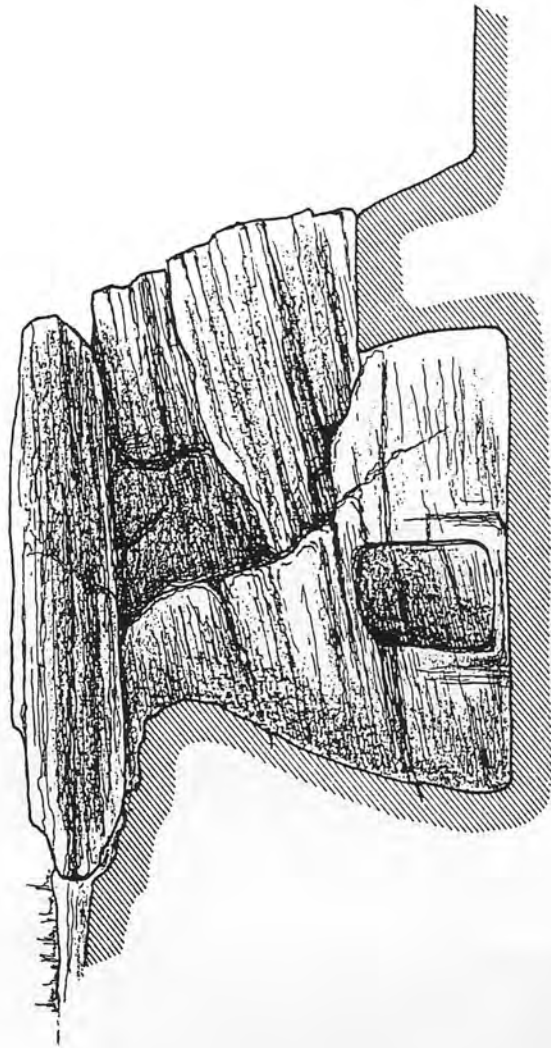
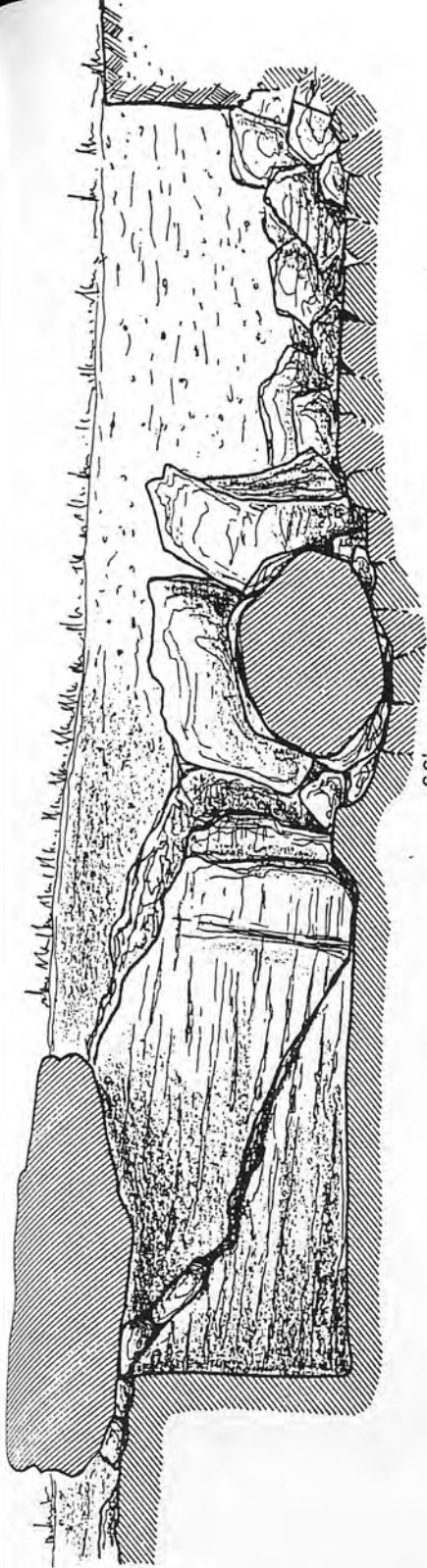


Fig. 154. Sierra Martilla. Sepultura megalítica CD-1/b.

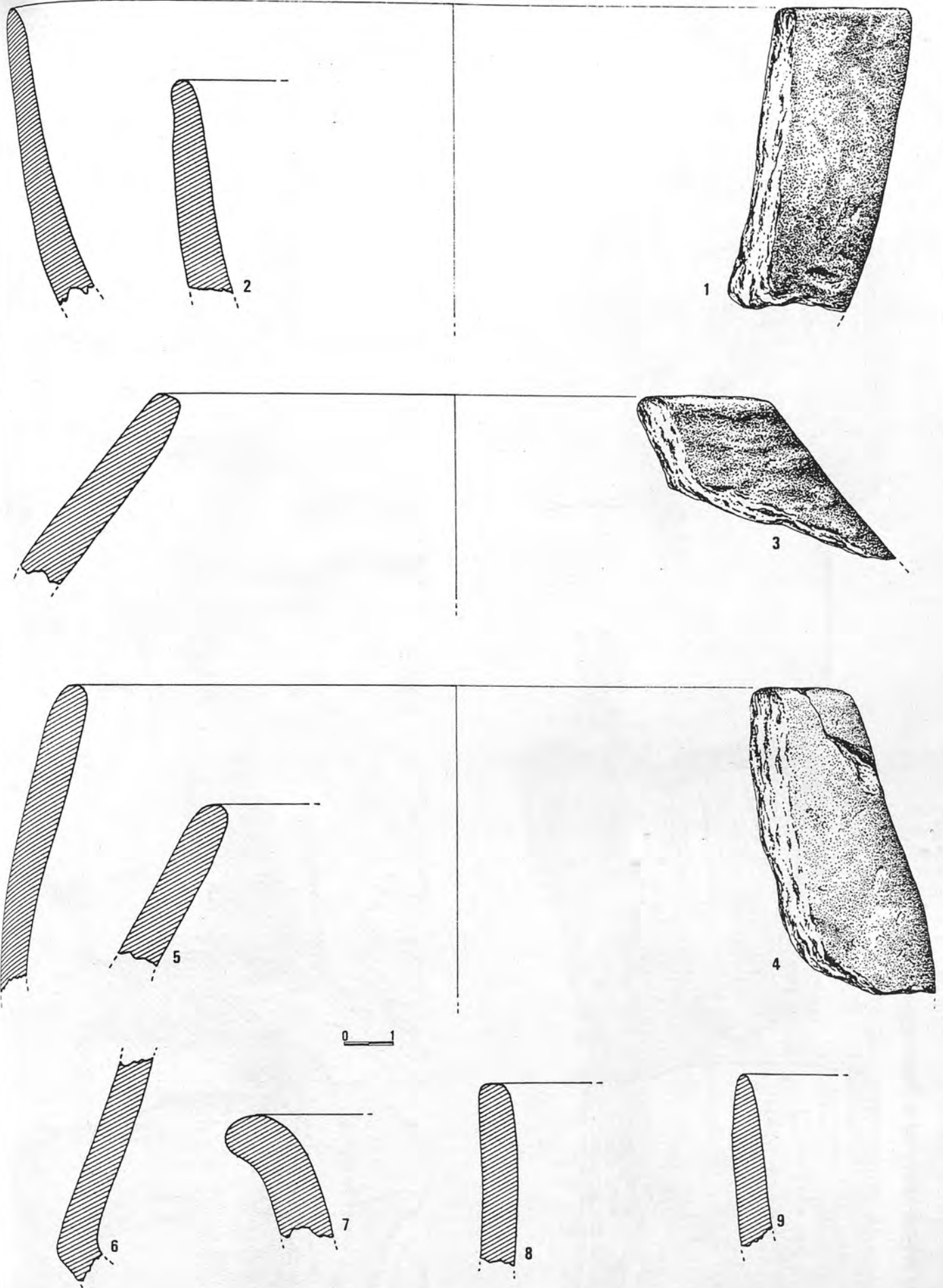
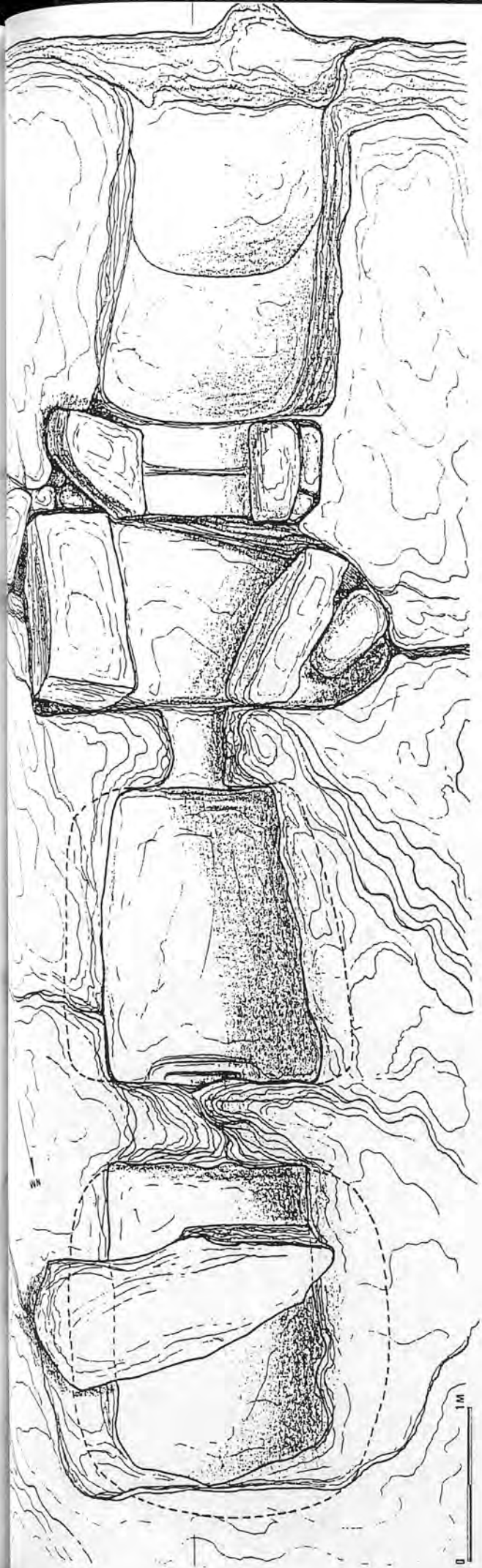


Fig. 155. Sierra Martilla. Sepultura CD-1: cuencos y ollas.



CD-2A/a

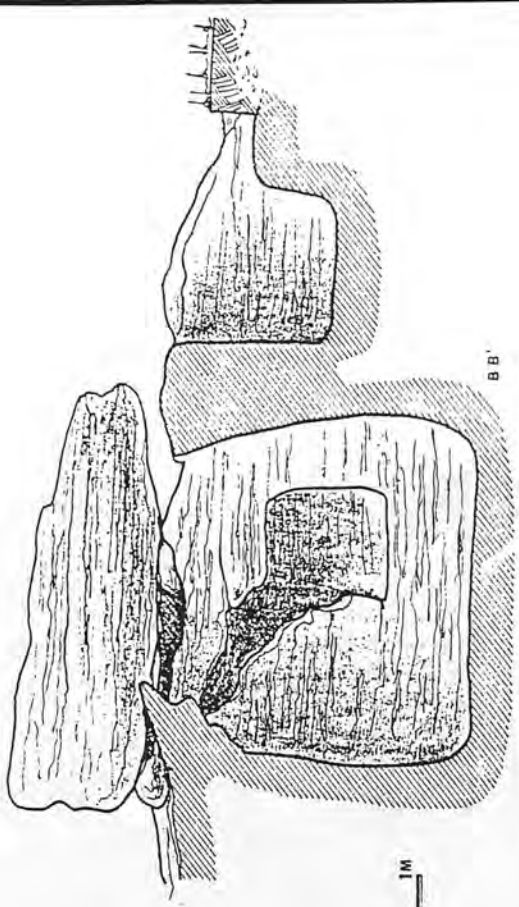
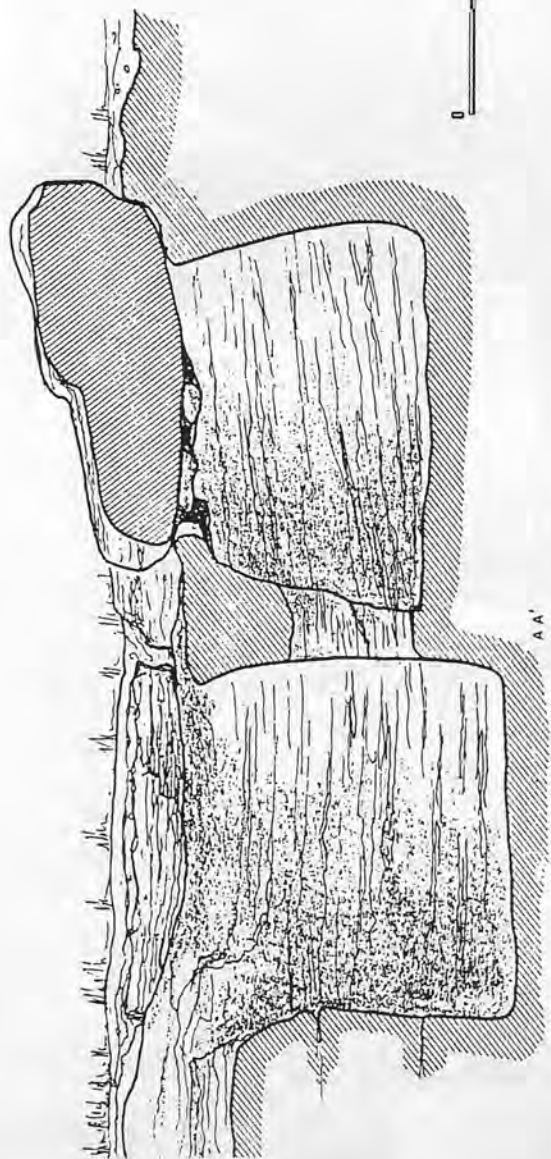


Fig. 156. Sierra Martilla. Sepultura megalítica CD-2A/a.

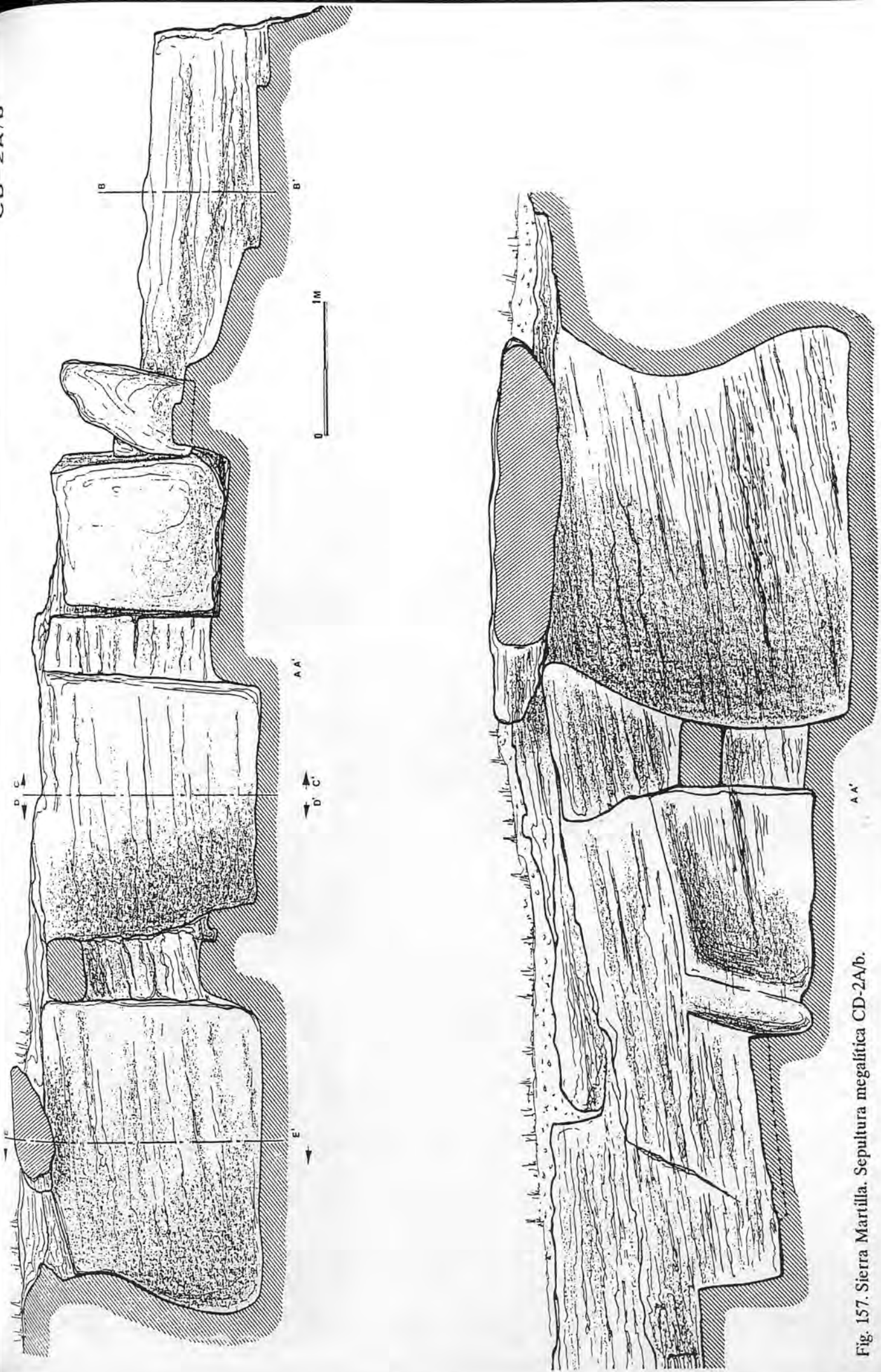


Fig. 157. Sierra Martilla. Sepultura megalítica CD-2A/b.

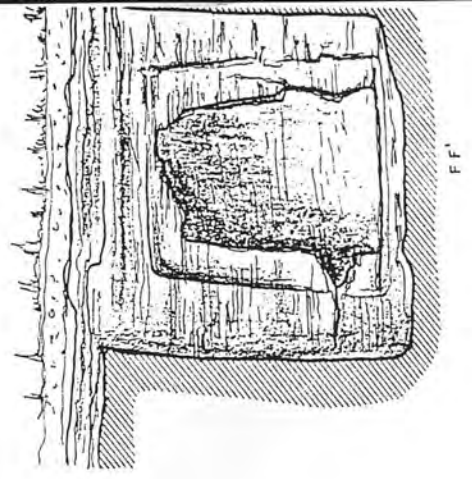
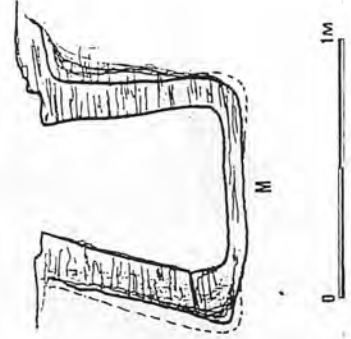
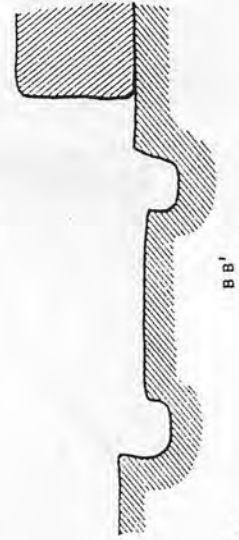
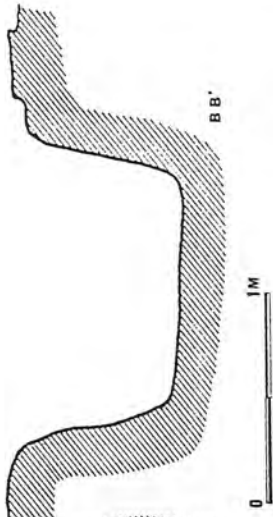
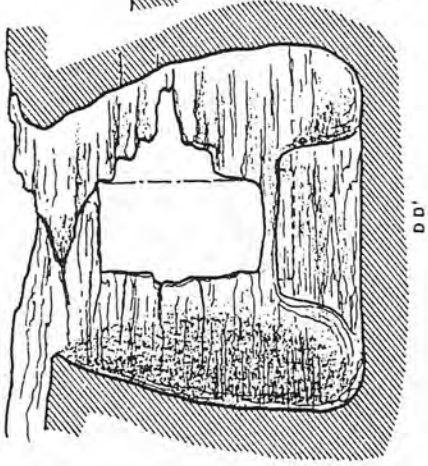
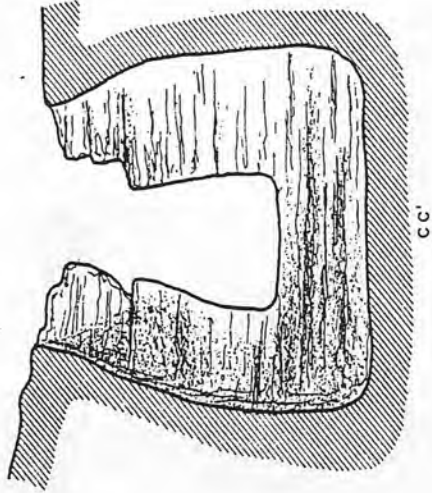
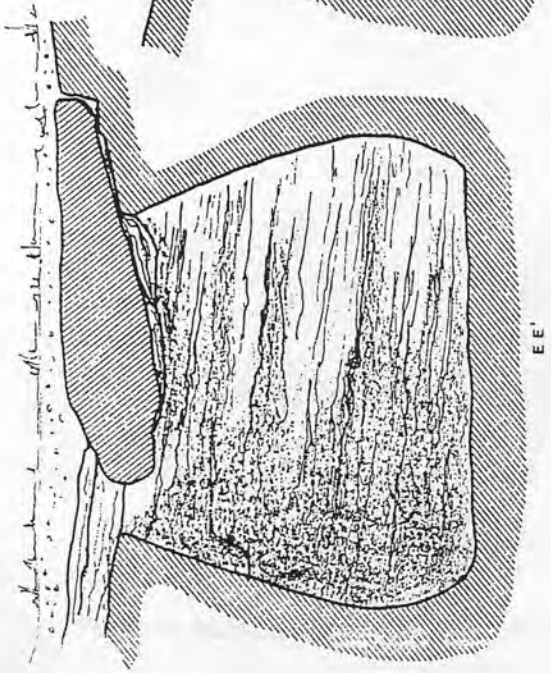


Fig. 158. Sierra Martilla. Sepultura CD-2A/c.

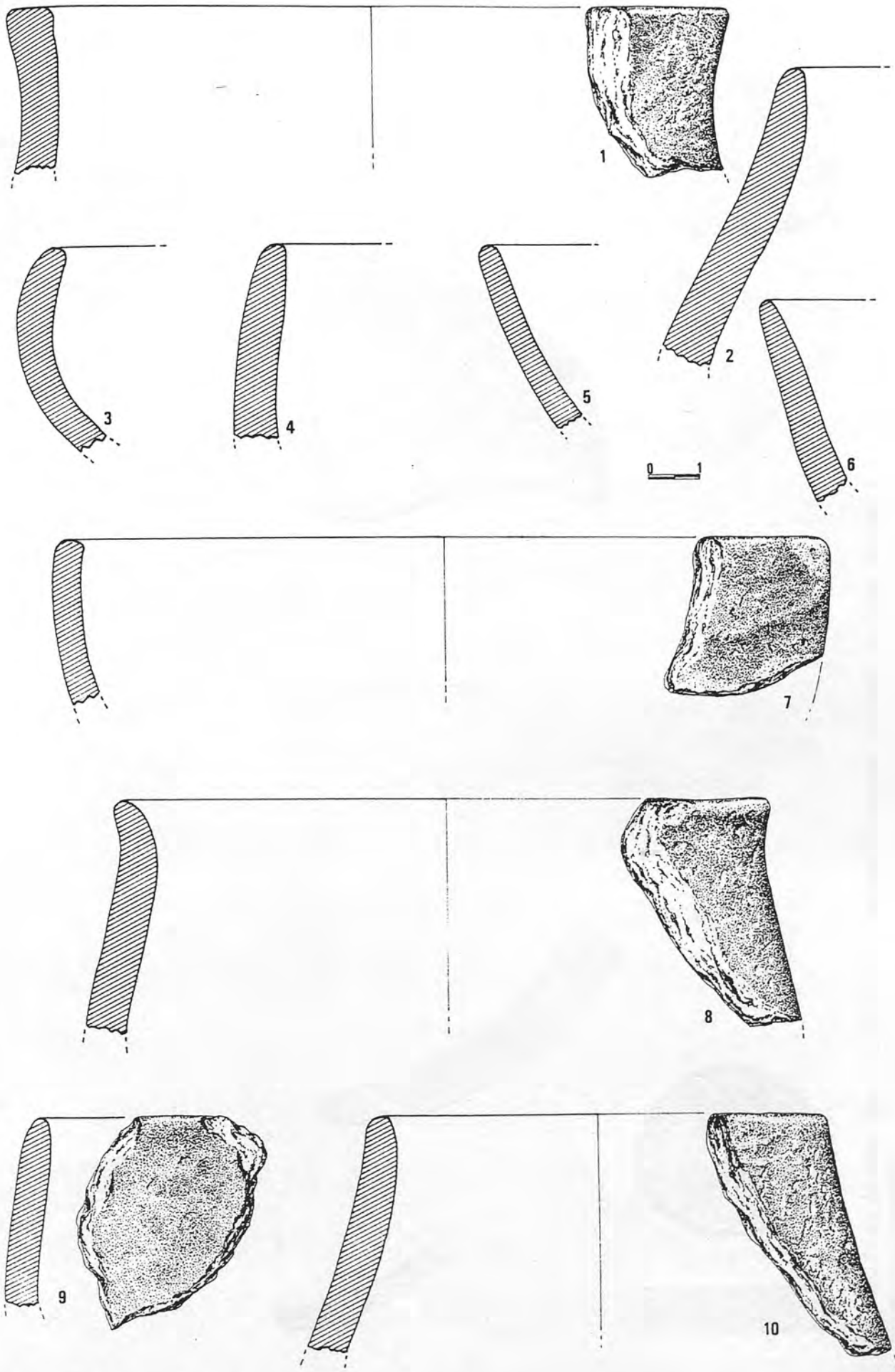


Fig. 159. Sierra Martilla. Sepultura CD-2: ollas y cuencos.

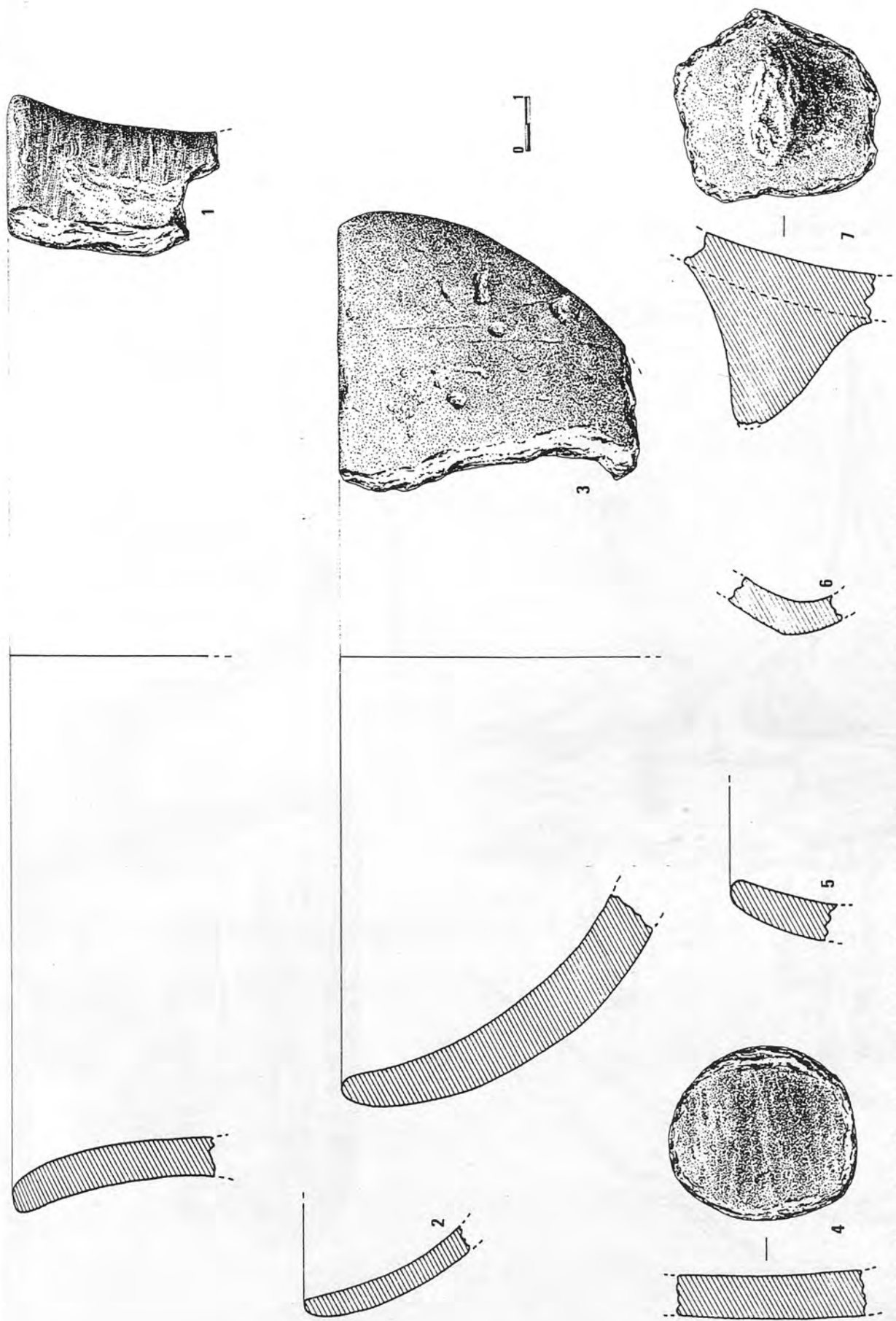


Fig. 160. Sierra Martilla. Sepultura CD-2: olla y cuencos. Fragmento recortado de forma circular. Fragmento de mamelón.

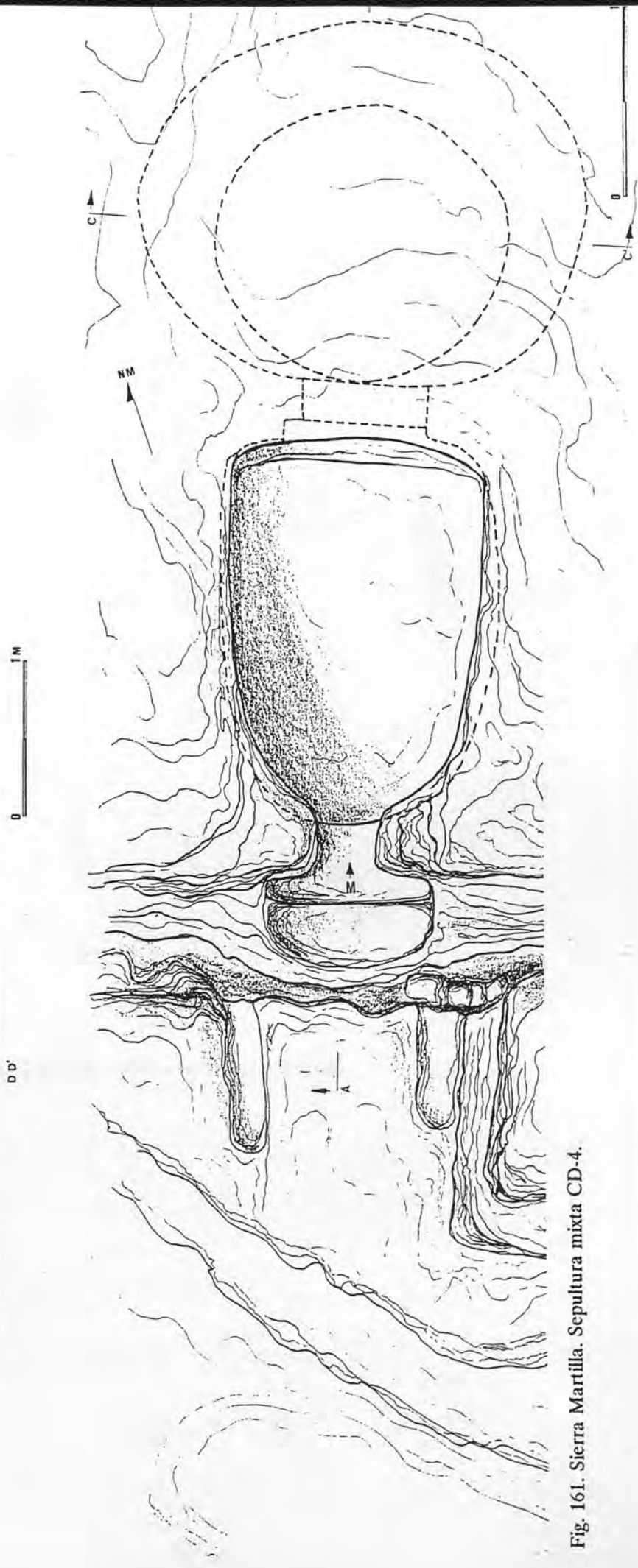
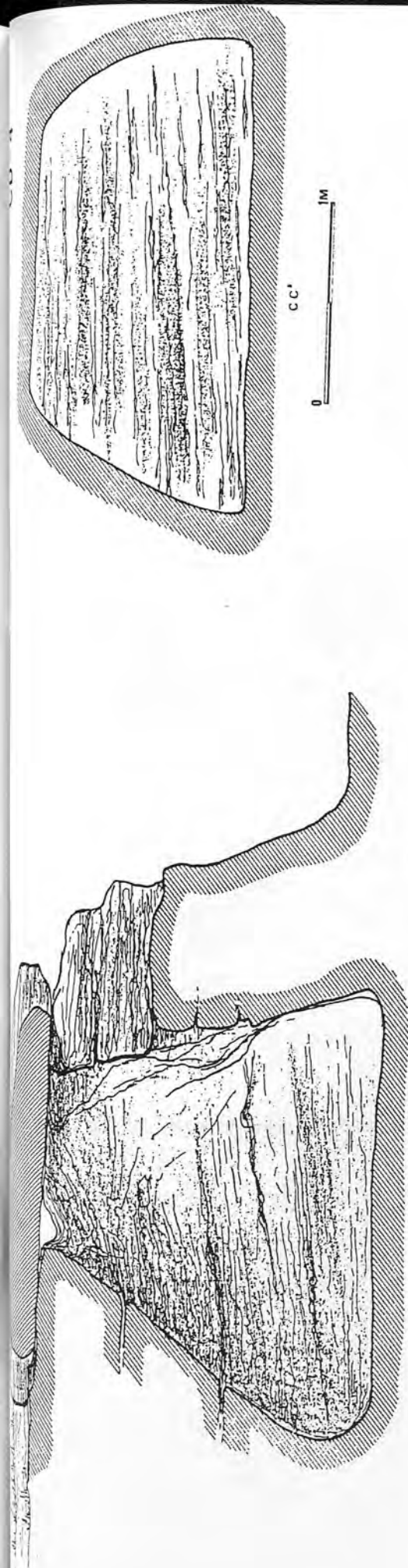


Fig. 161. Sierra Martilla. Sepultura mixta CD-4.

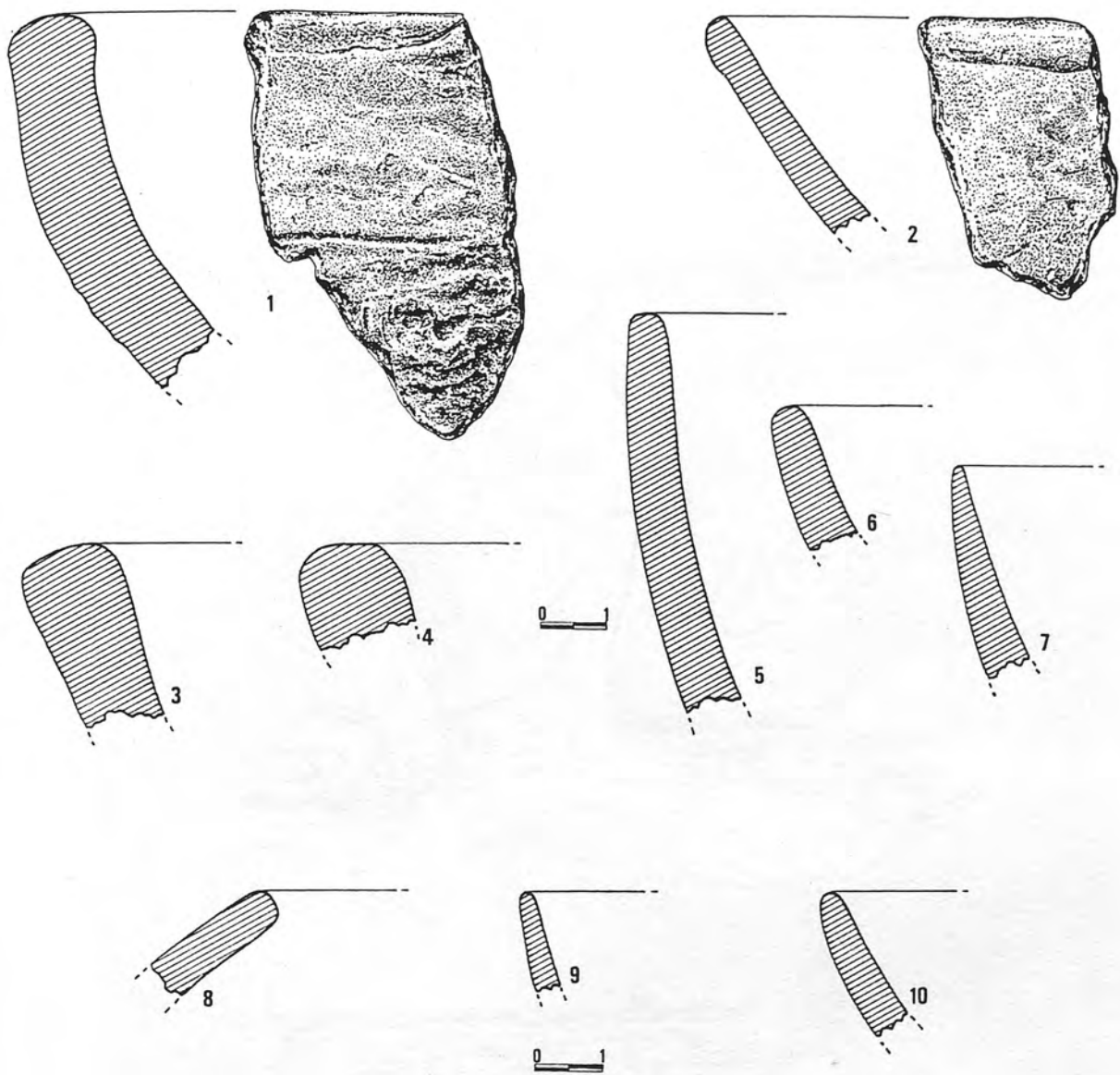


Fig. 162. Sierra Martilla. Sepulturas CD-4 y CD-6: fuentes, plato, cuencos y olla.

CD-6

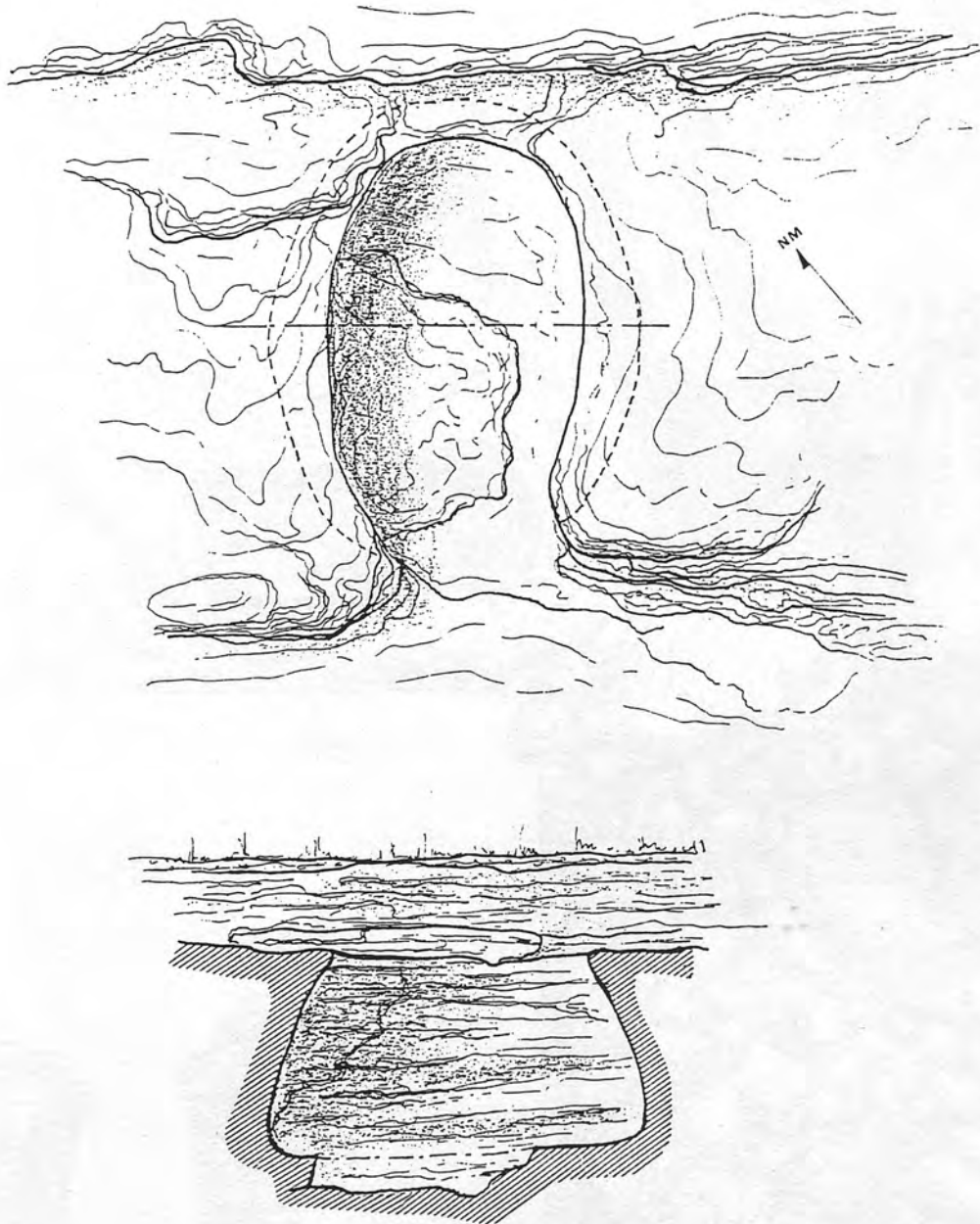


Fig. 163. Sierra Martilla. Fosa CD-6.

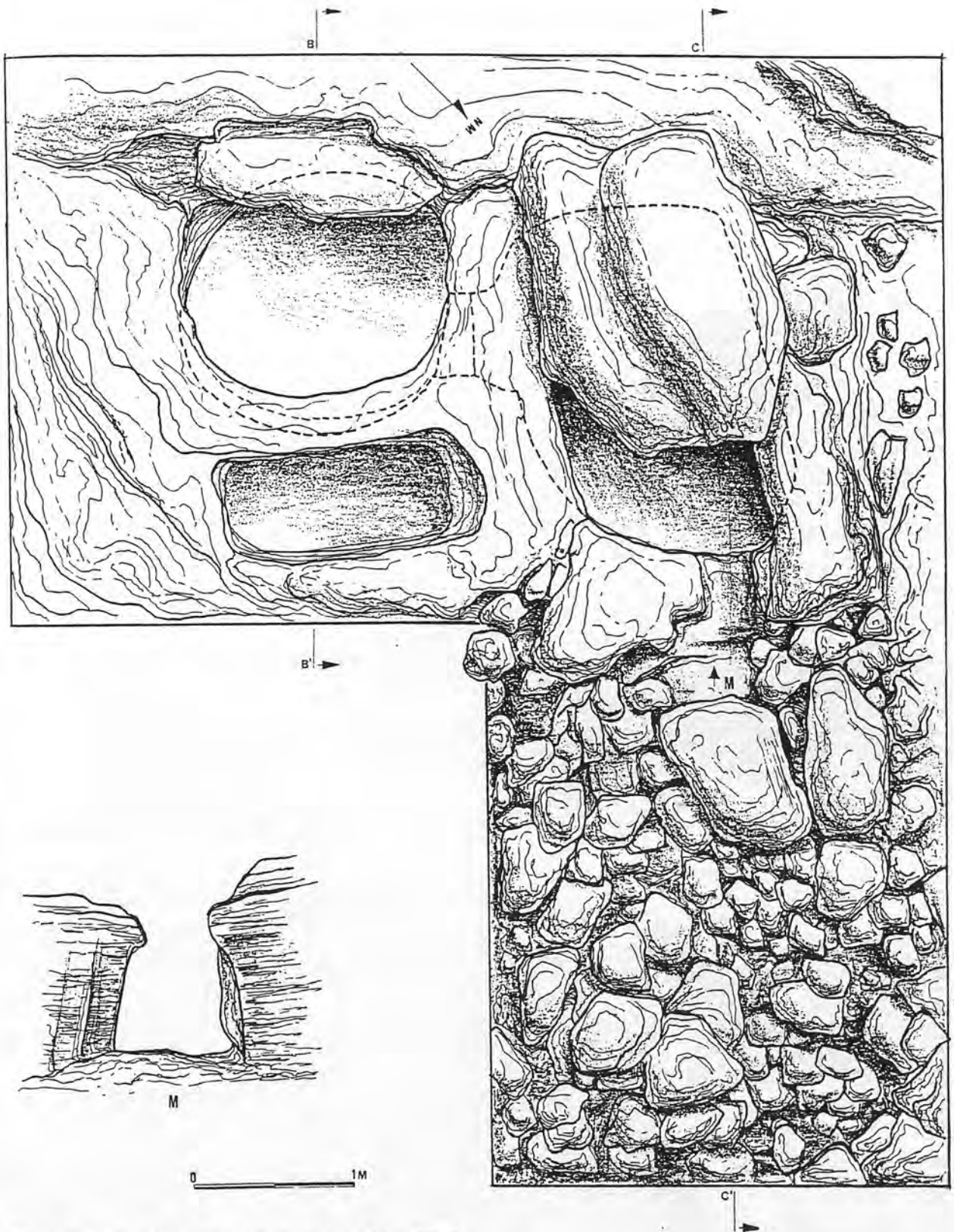


Fig. 164. Sierra Martilla. Sepultura megalítica CD-5.

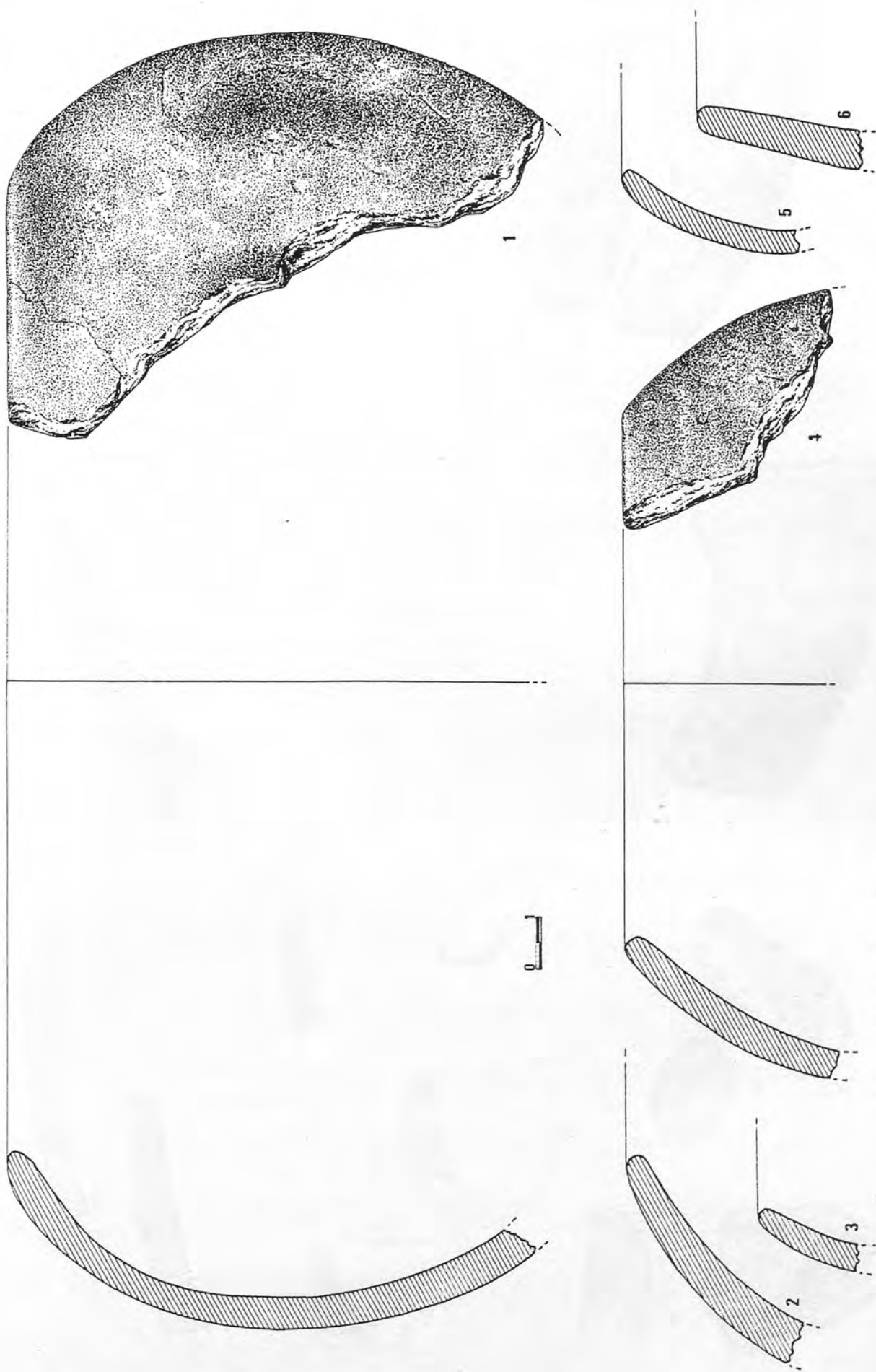


Fig. 165. Sierra Martilla. Sepultura CD-5/Superficie: ollas.

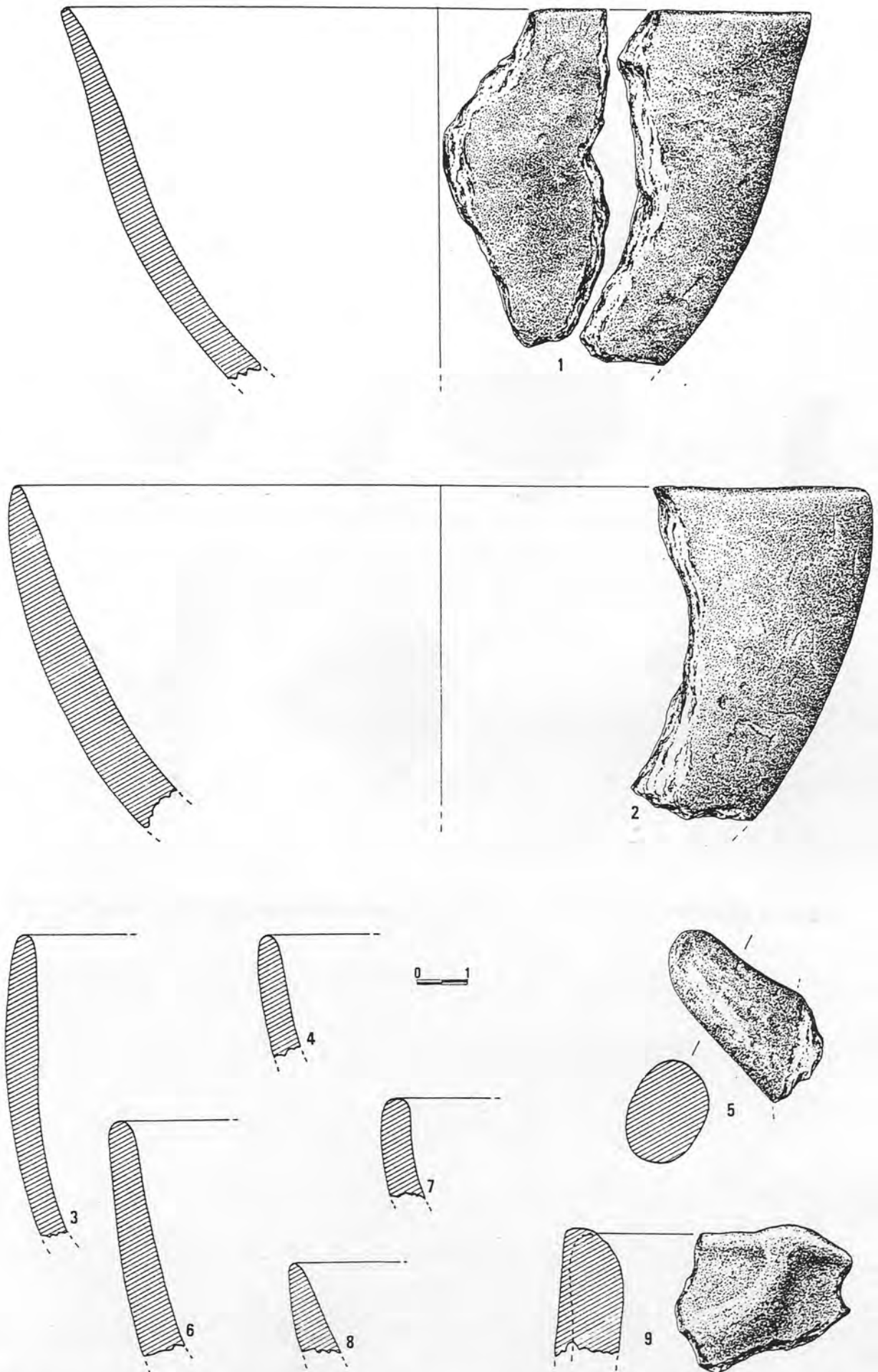


Fig. 166. Sierra Martilla. Sepultura CD-5/I/Superficie: cuencos, mamelón y olla con decoración en relieve.

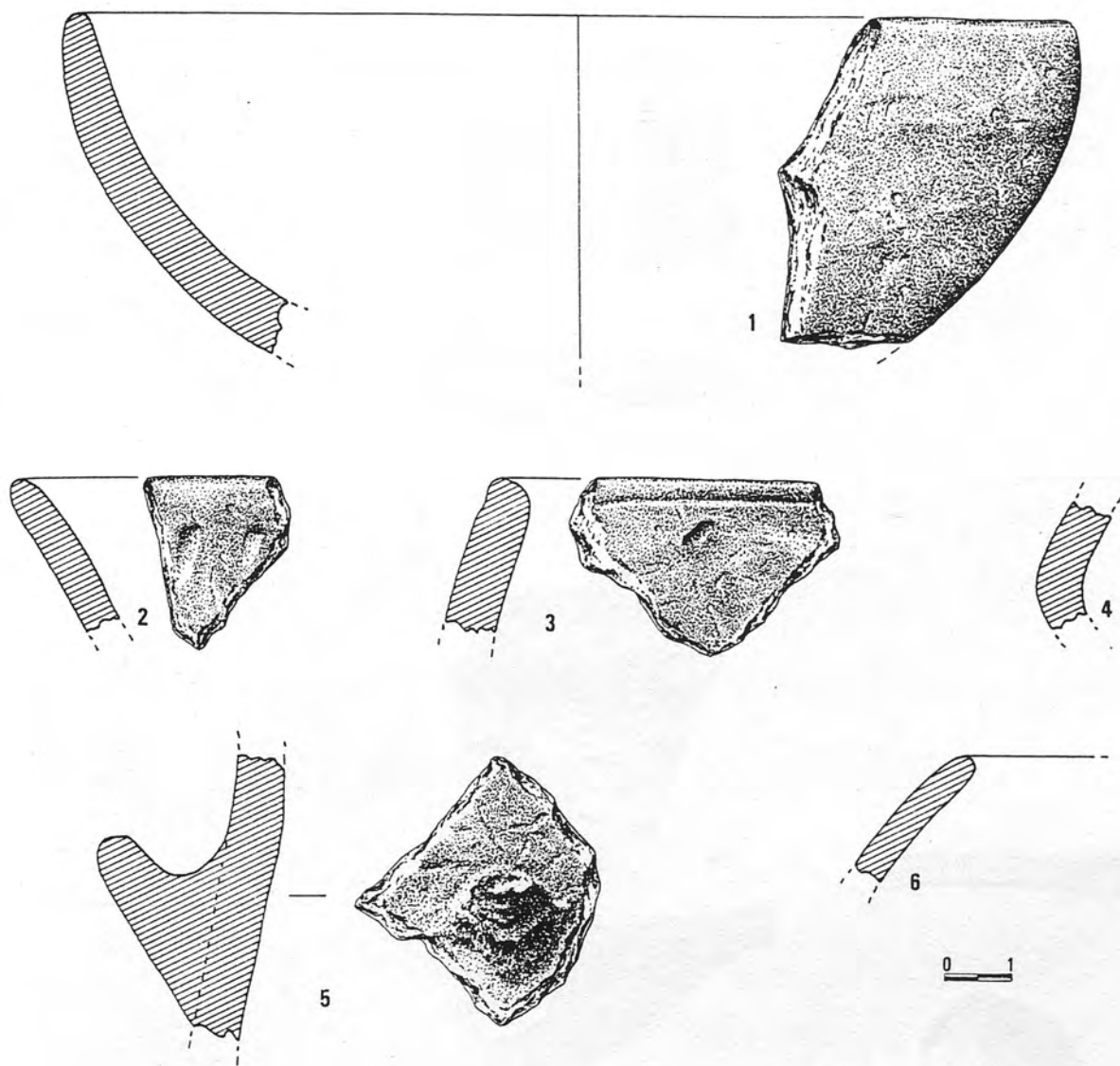


Fig. 167. Sierra Martilla. Sepultura CD-5/I/Superficie: cuencos y ollas. Decoraciones incisas y mamelón.

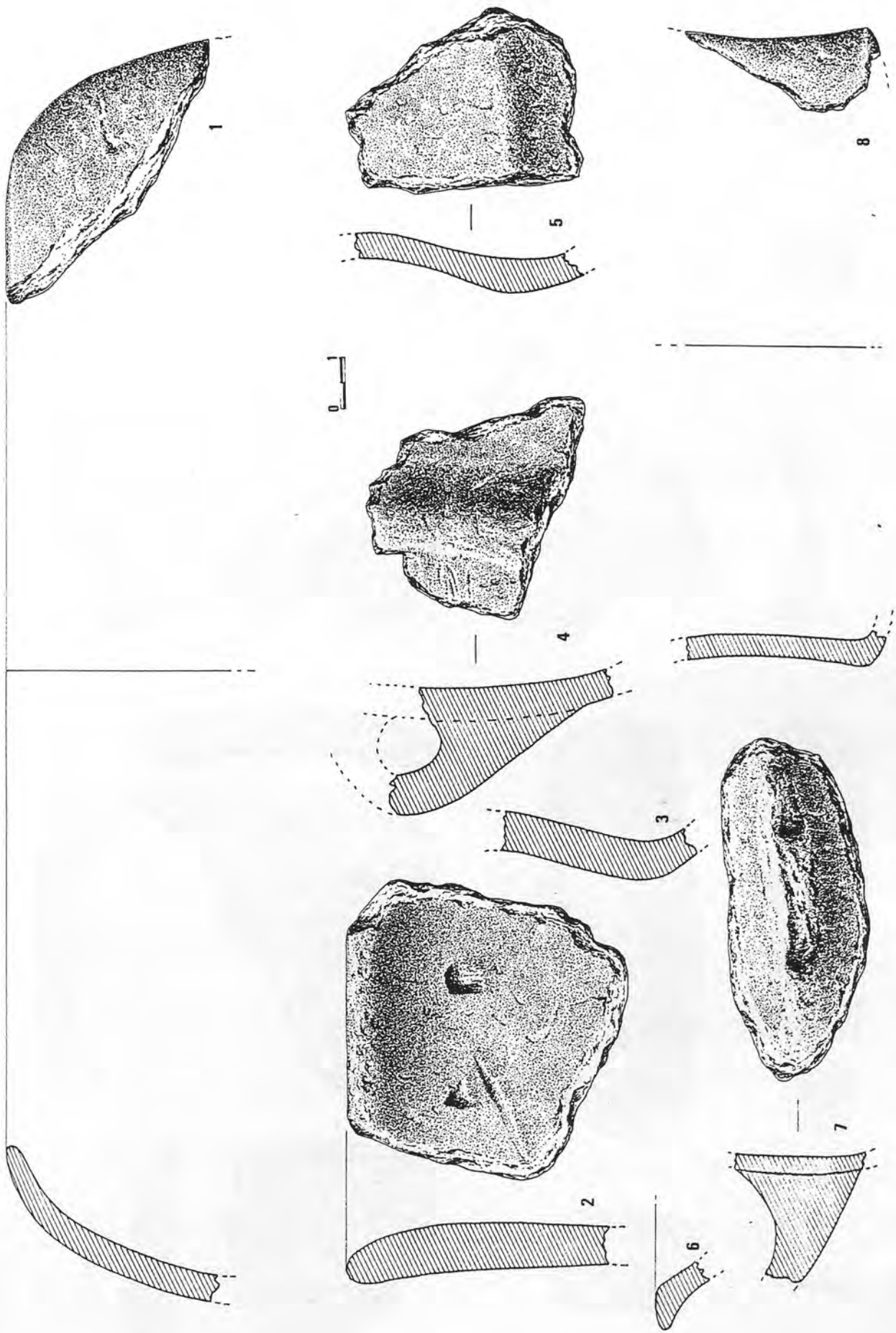


Fig. 168. Sierra Martilla. Sepultura CD-5. Zona C. Nivel I: ollas, plato, fragmentos carenados. Decoración impresa. Arranque de asa vertical y mamelón.

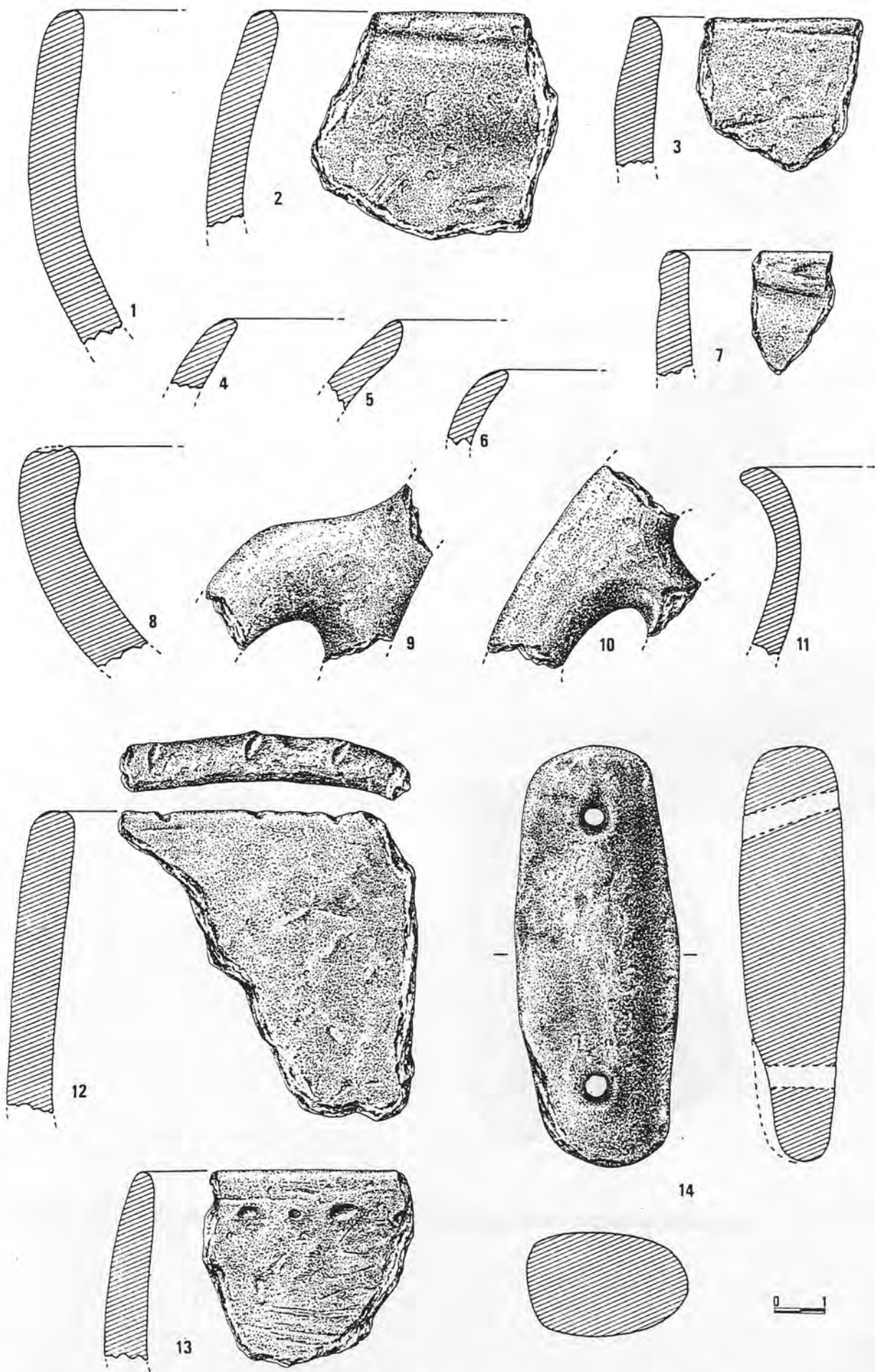


Fig. 169. Sierra Martilla. Sepultura CD-5. Zona C. Nivel II: ollas y fuente. Fragmentos decorados. Asas y placa con perforaciones.

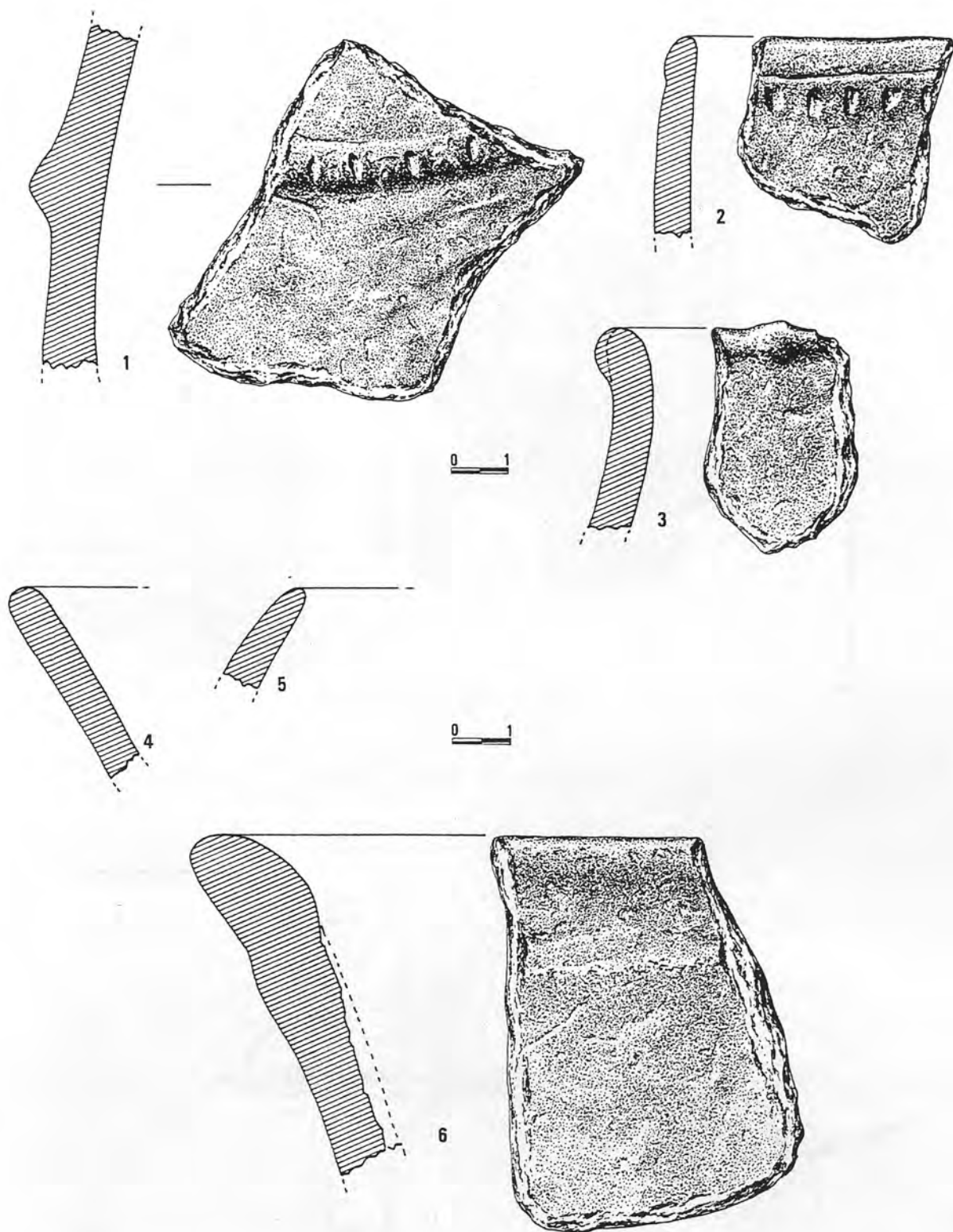


Fig. 170. Sierra Martilla. Sepultura CD-5. Zona C: ollas y fuentes. Fragmentos decorados.

CD-8

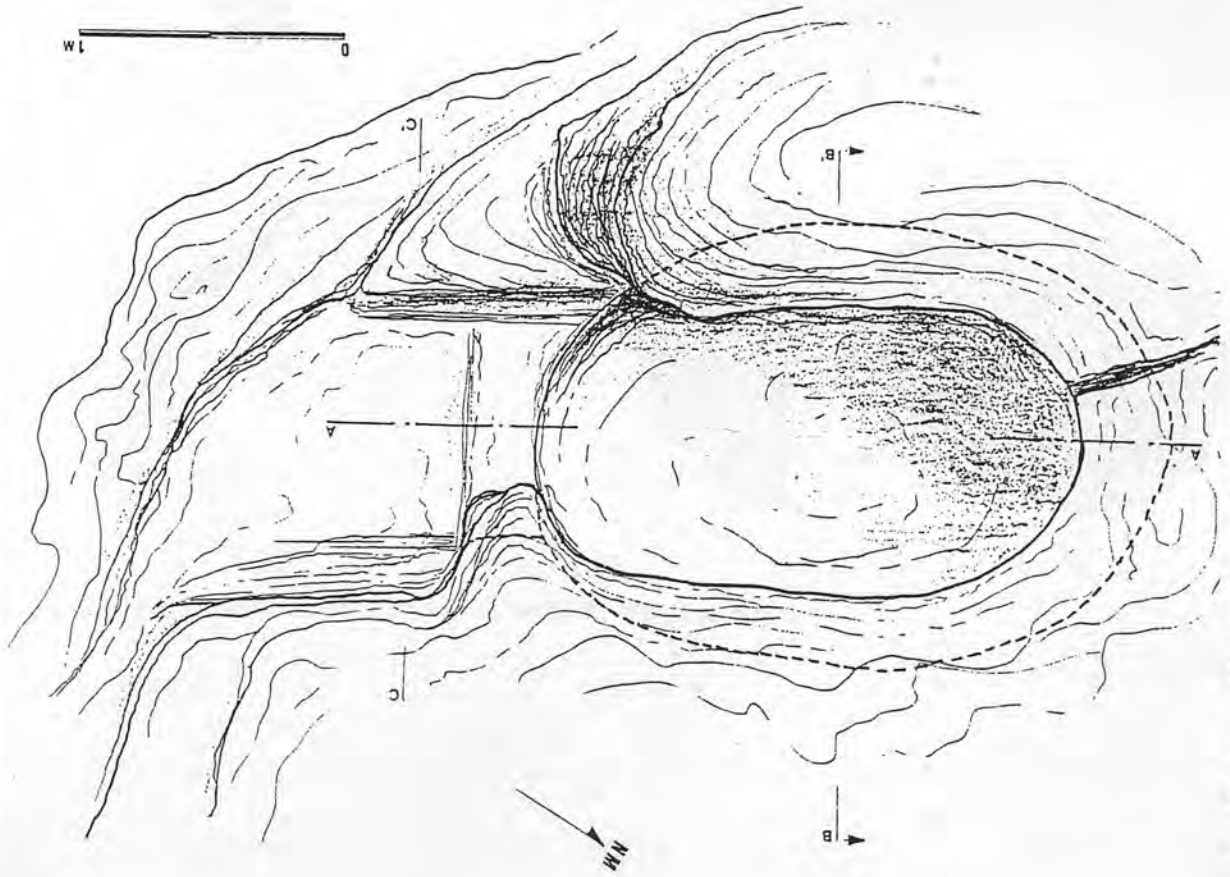
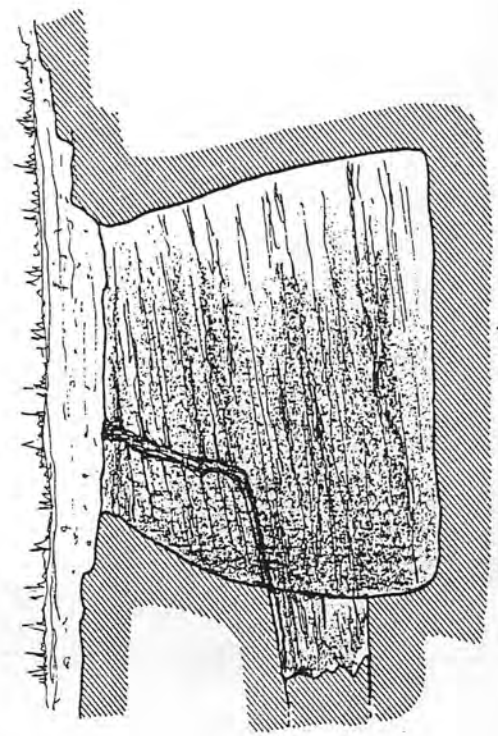
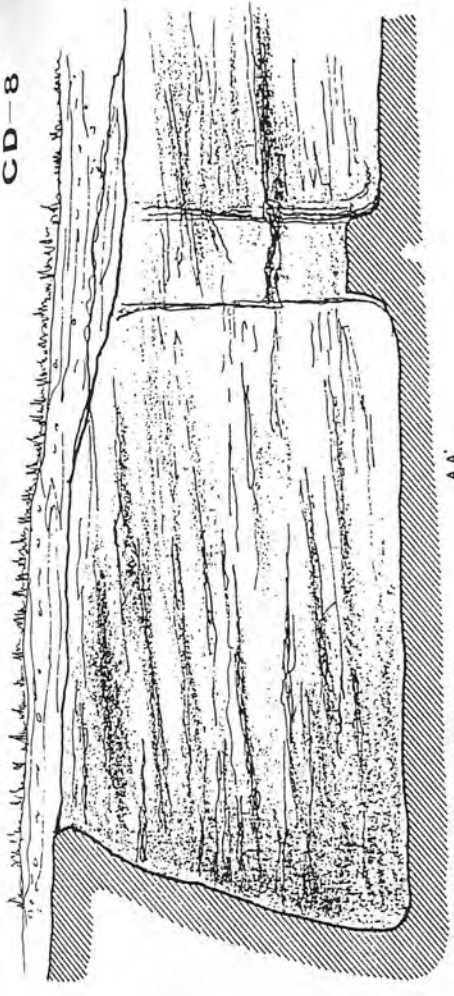


Fig. 171. Sierra Martilla. Fosa CD-8.

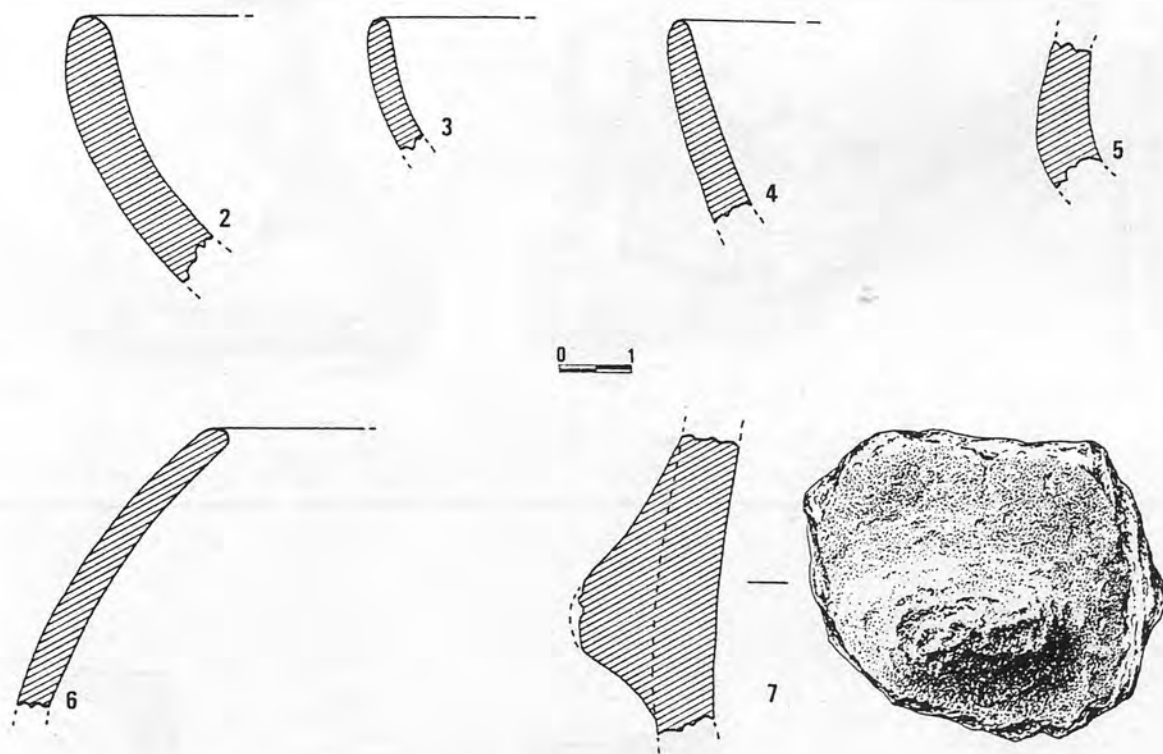
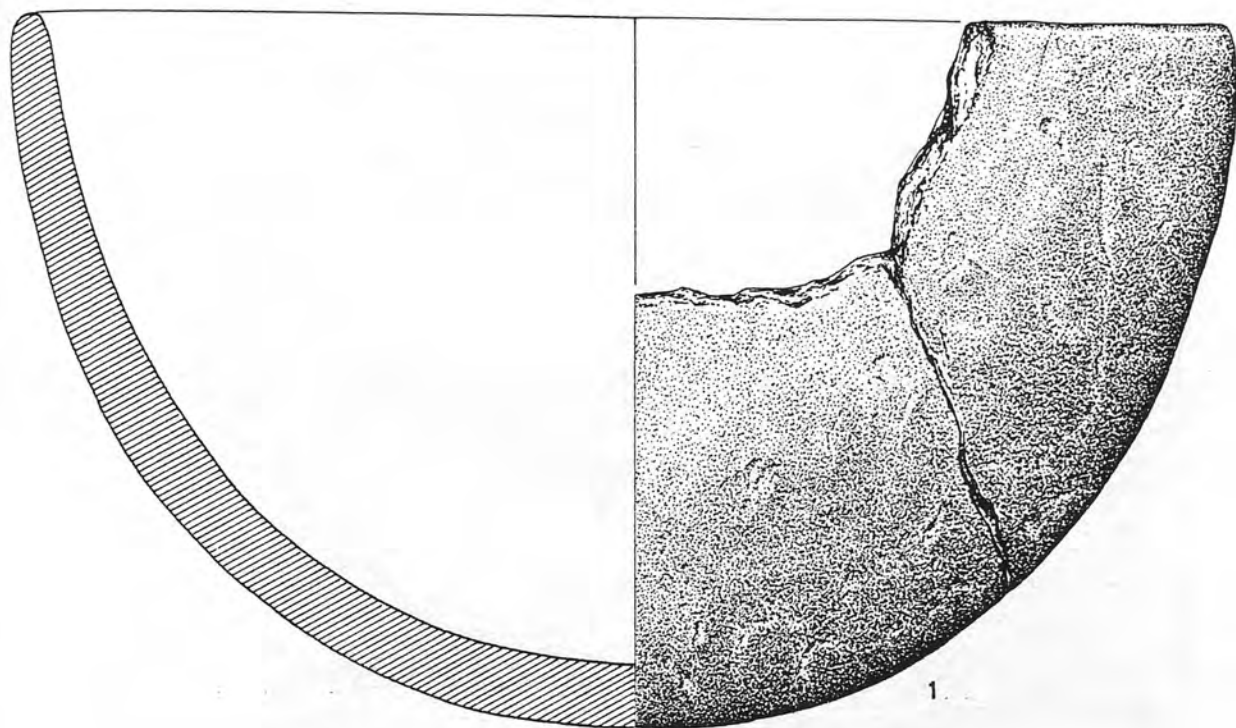
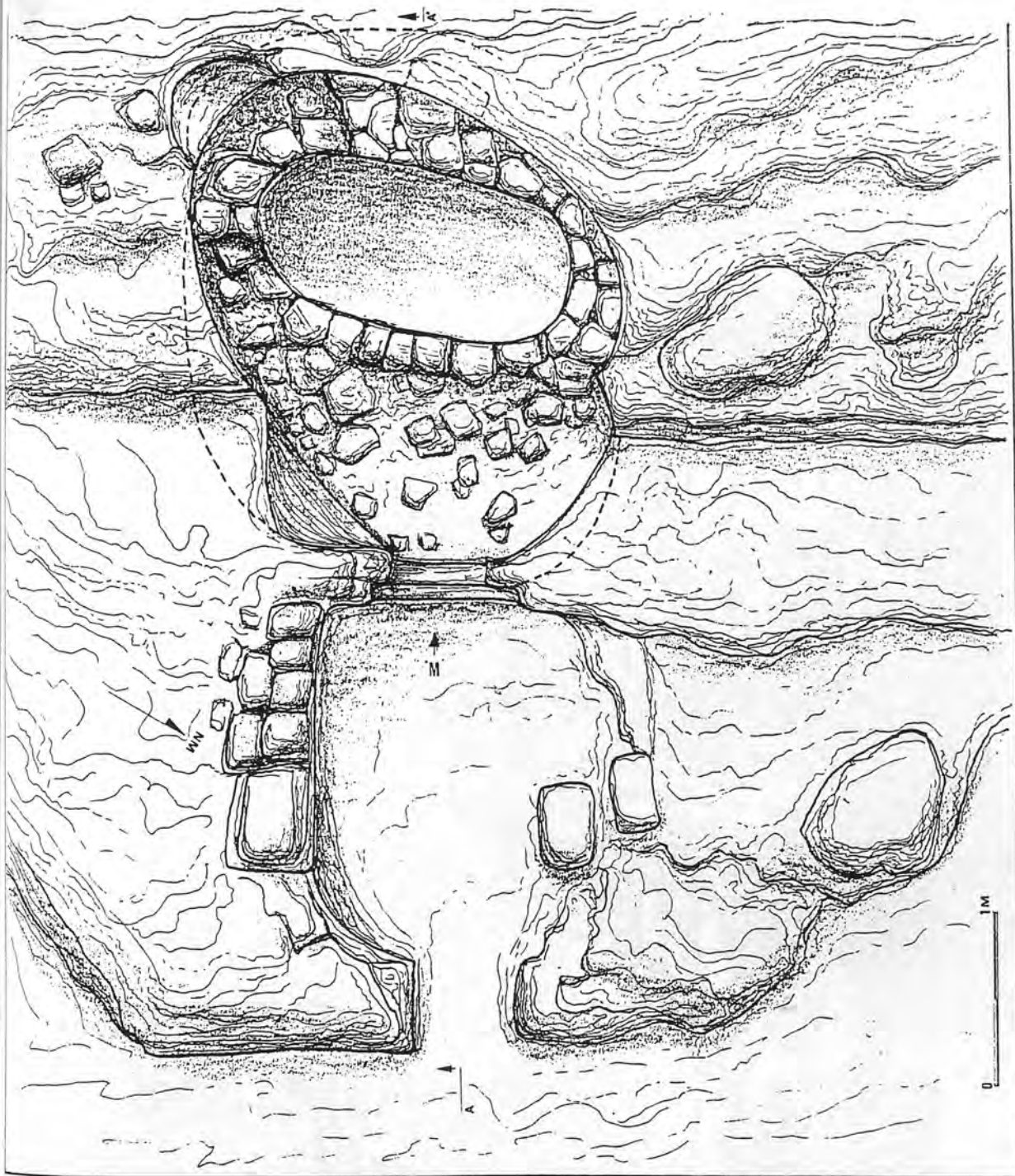


Fig. 172. Sierra Martilla. Sepultura CD-8. cuencos, ollas y mamelón.



B B'

Fig. 173. Sierra Martilla. Sepultura megalítica reutilizada CD-10/a.

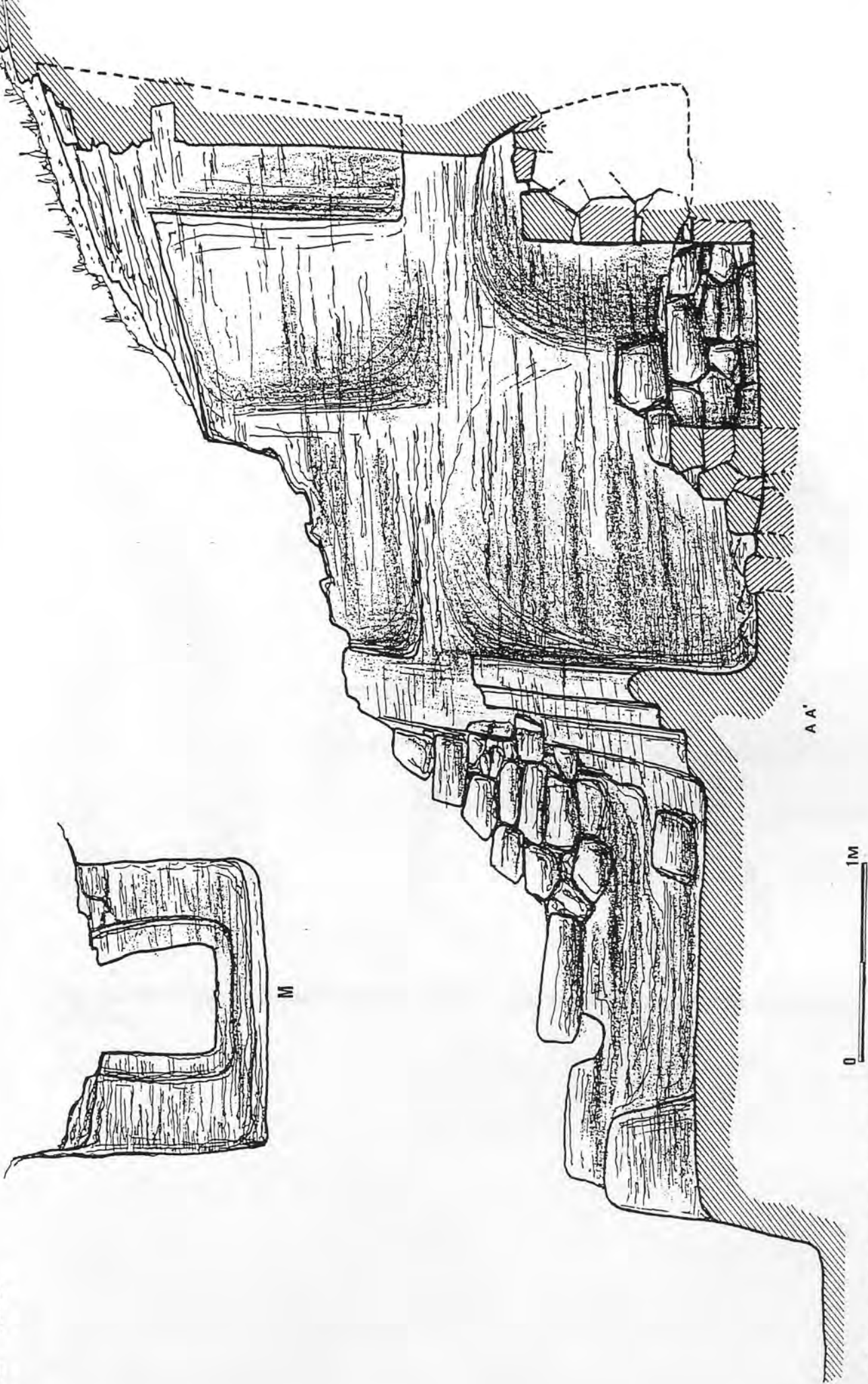


Fig. 174. Sierra Martilla. Sepultura megalítica reutilizada CD-10/b.

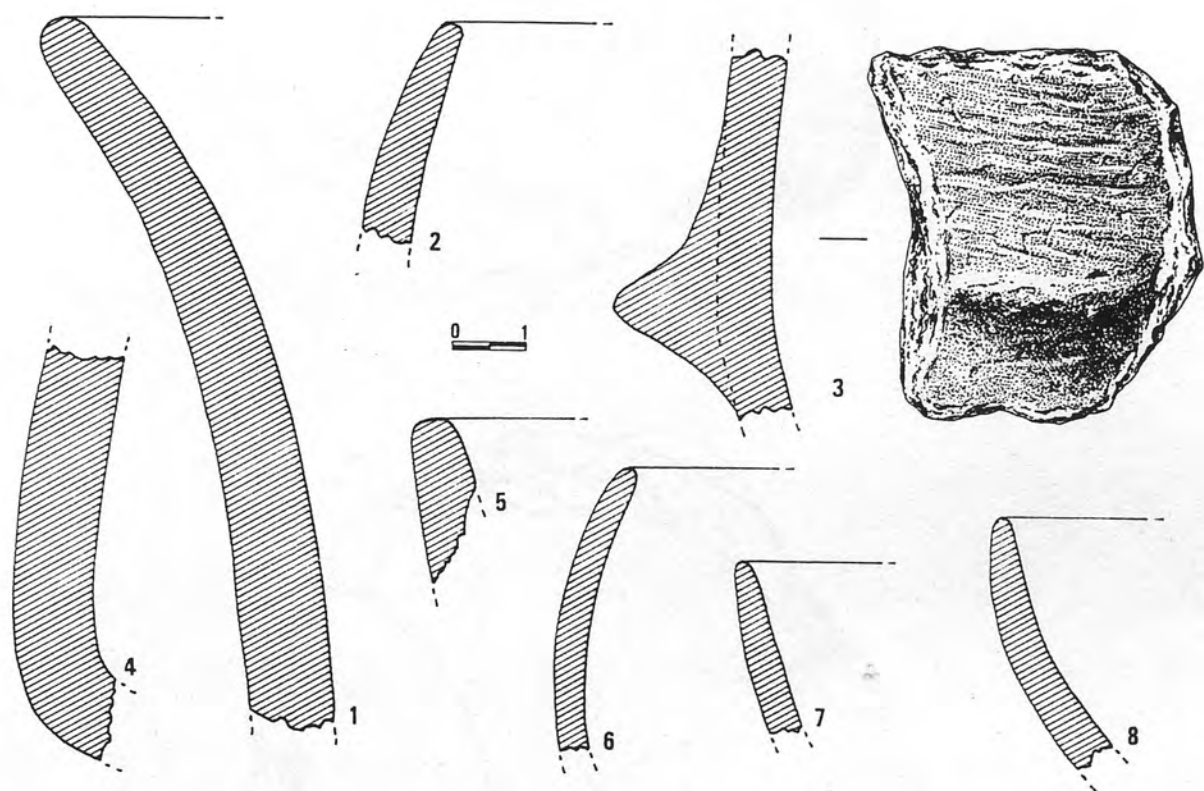
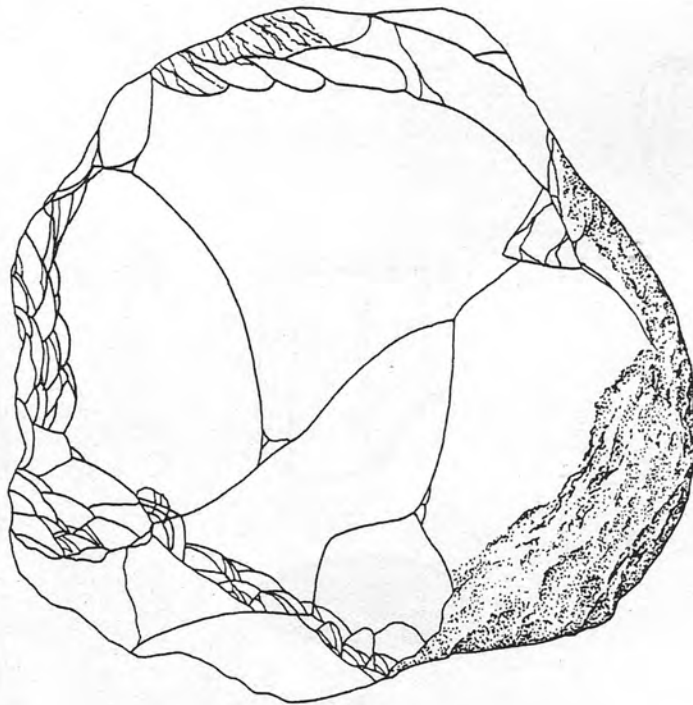
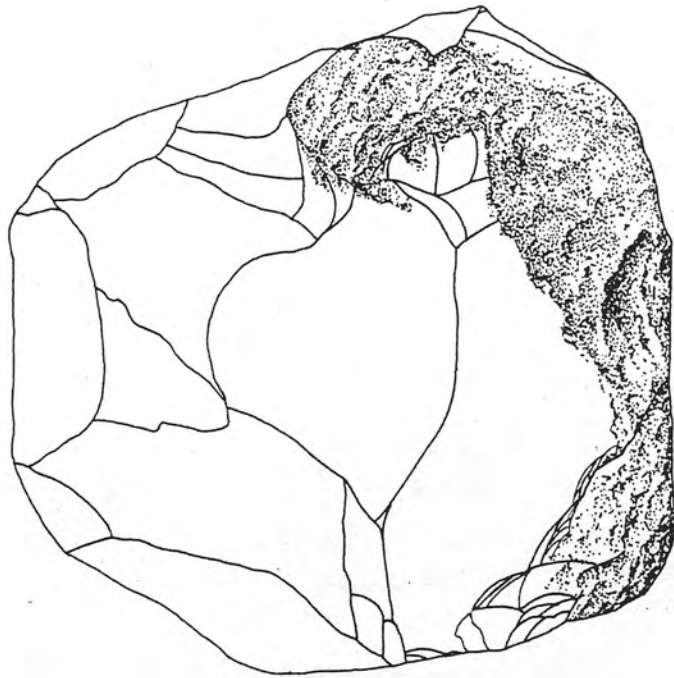


Fig. 175. Sierra Martilla. Sepultura CD-10: cuencos y ollas. Fragmento con mamelón de lengüeta horizontal.



1

Fig. 176. Sierra Martilla. Ind. lítica: percutor.



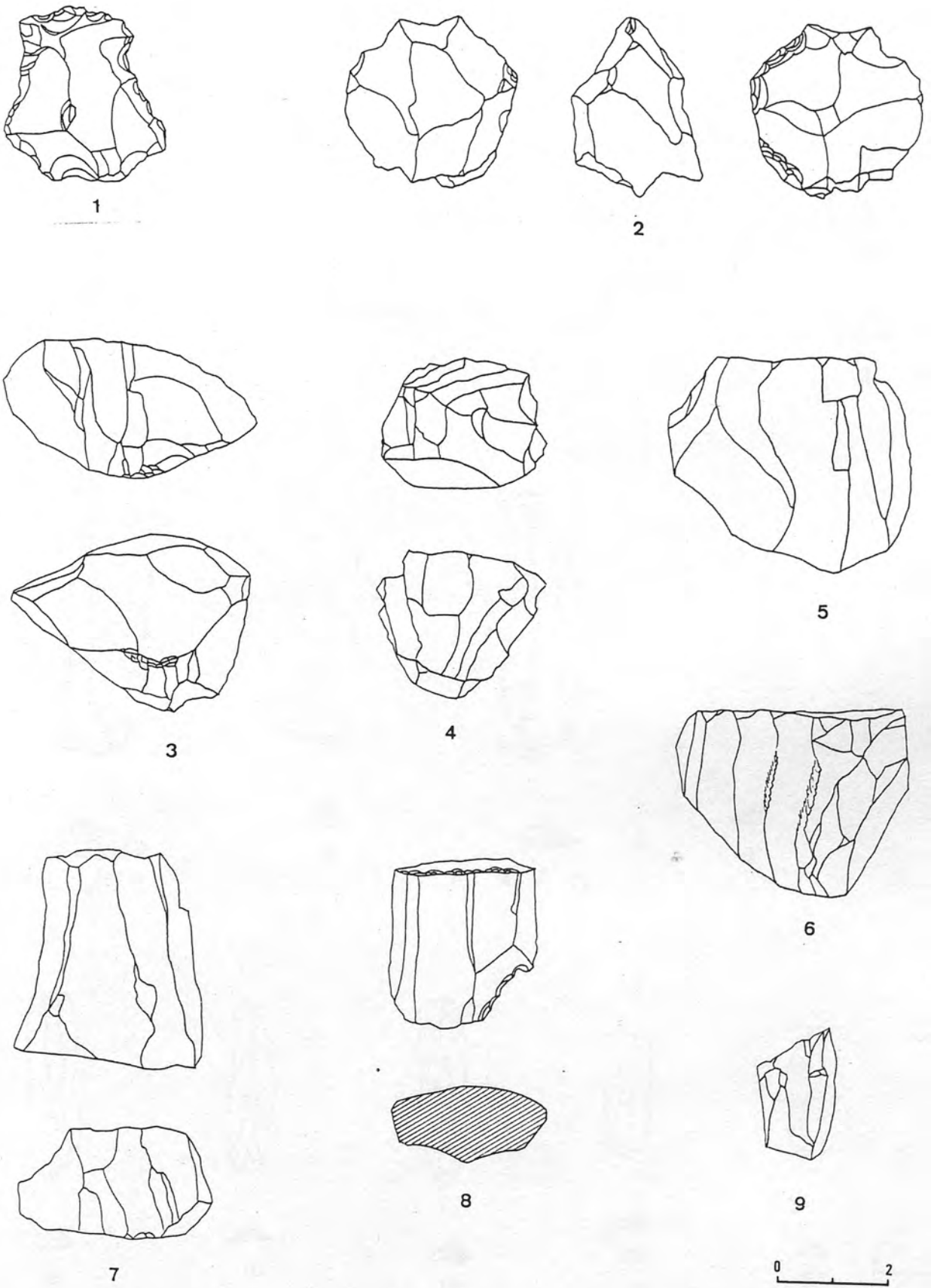


Fig. 177. Sierra Martilla. Ind. lítica: núcleos de lascas (1-3), núcleos de hojas (4-9).

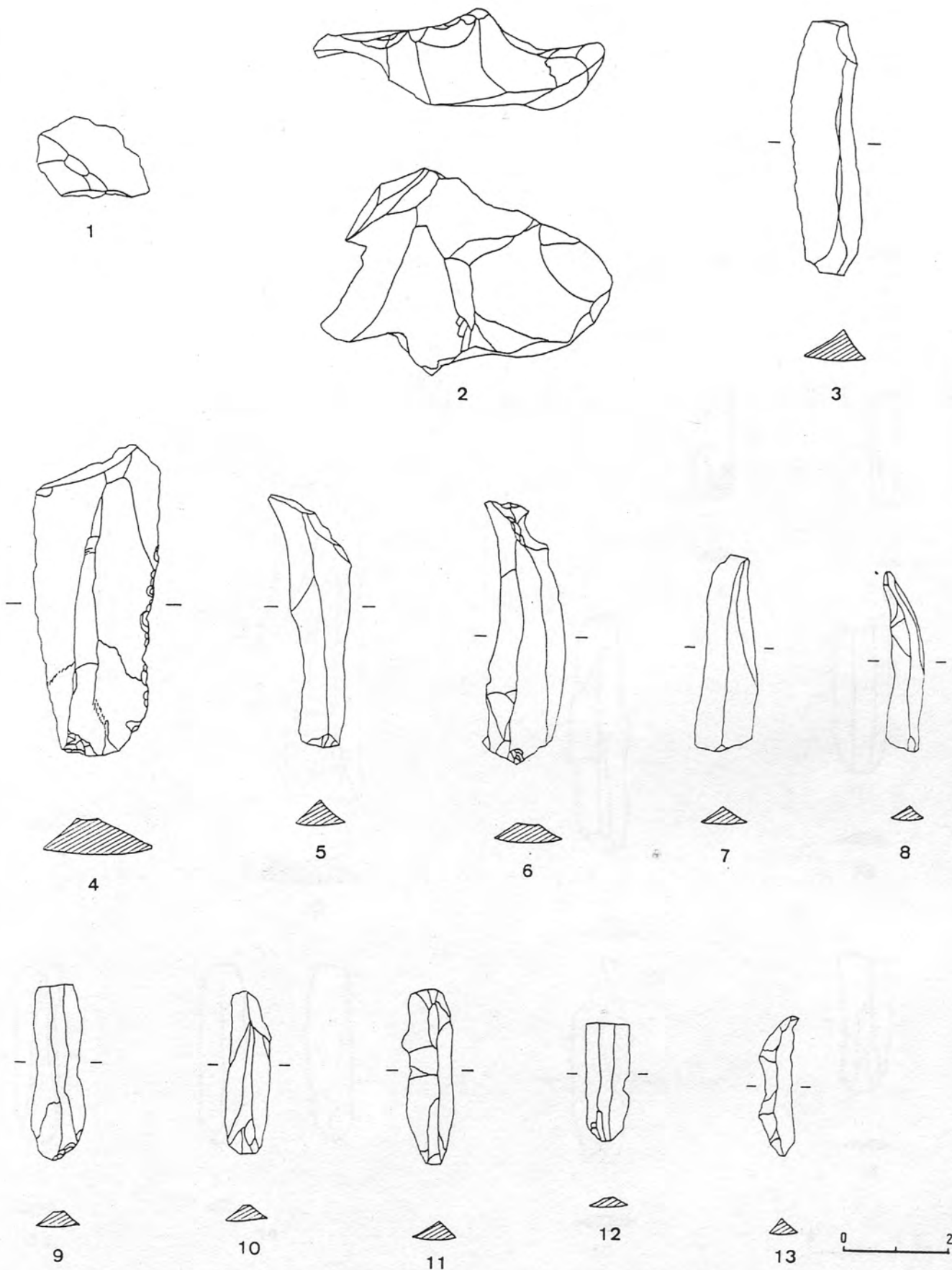


Fig. 178. Sierra Martilla. Ind. lítica: lascas (1 y 2), hojas prismáticas neolíticas (3-13).

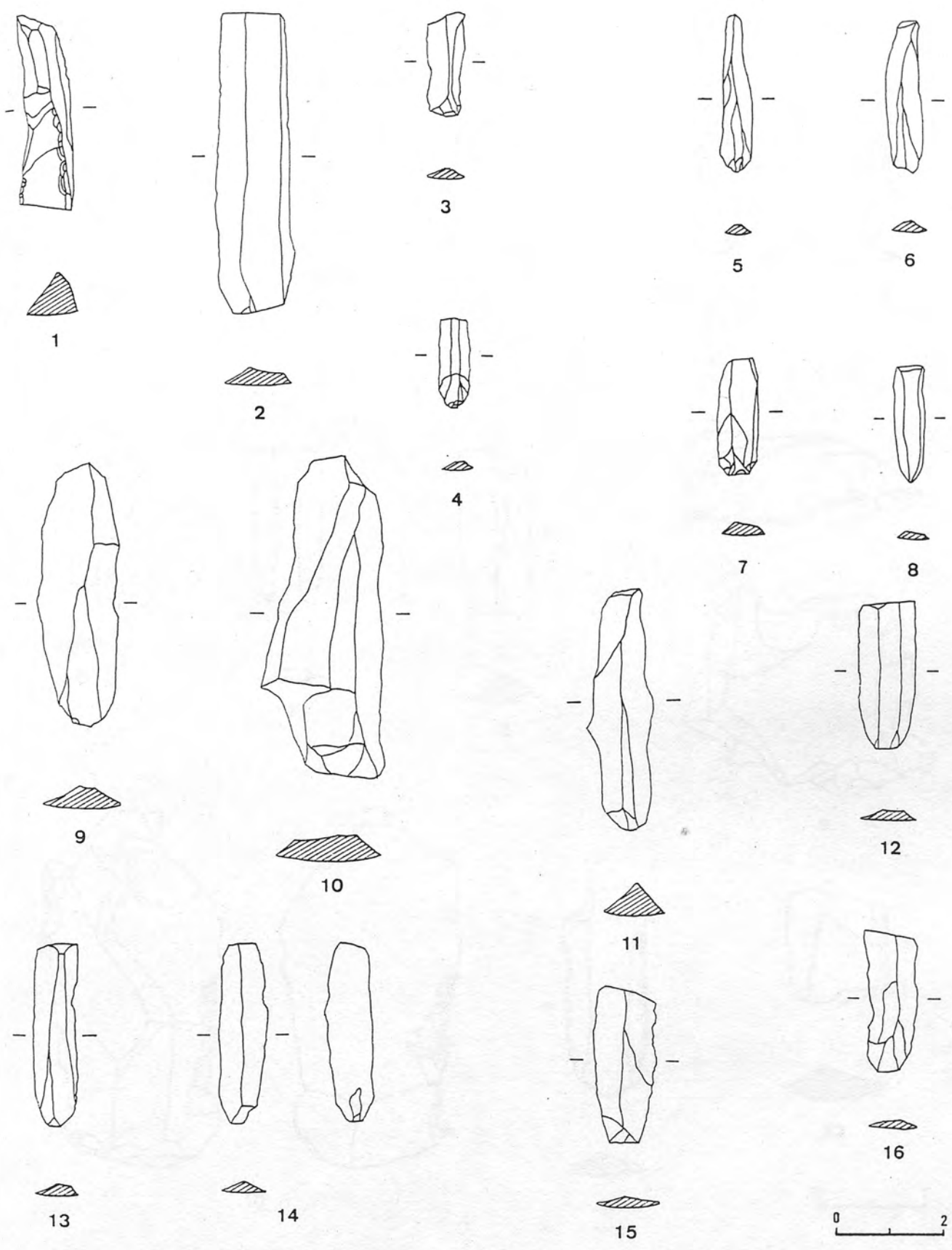


Fig. 179. Sierra Martilla. Ind. lítica: hojas prismáticas neolíticas.

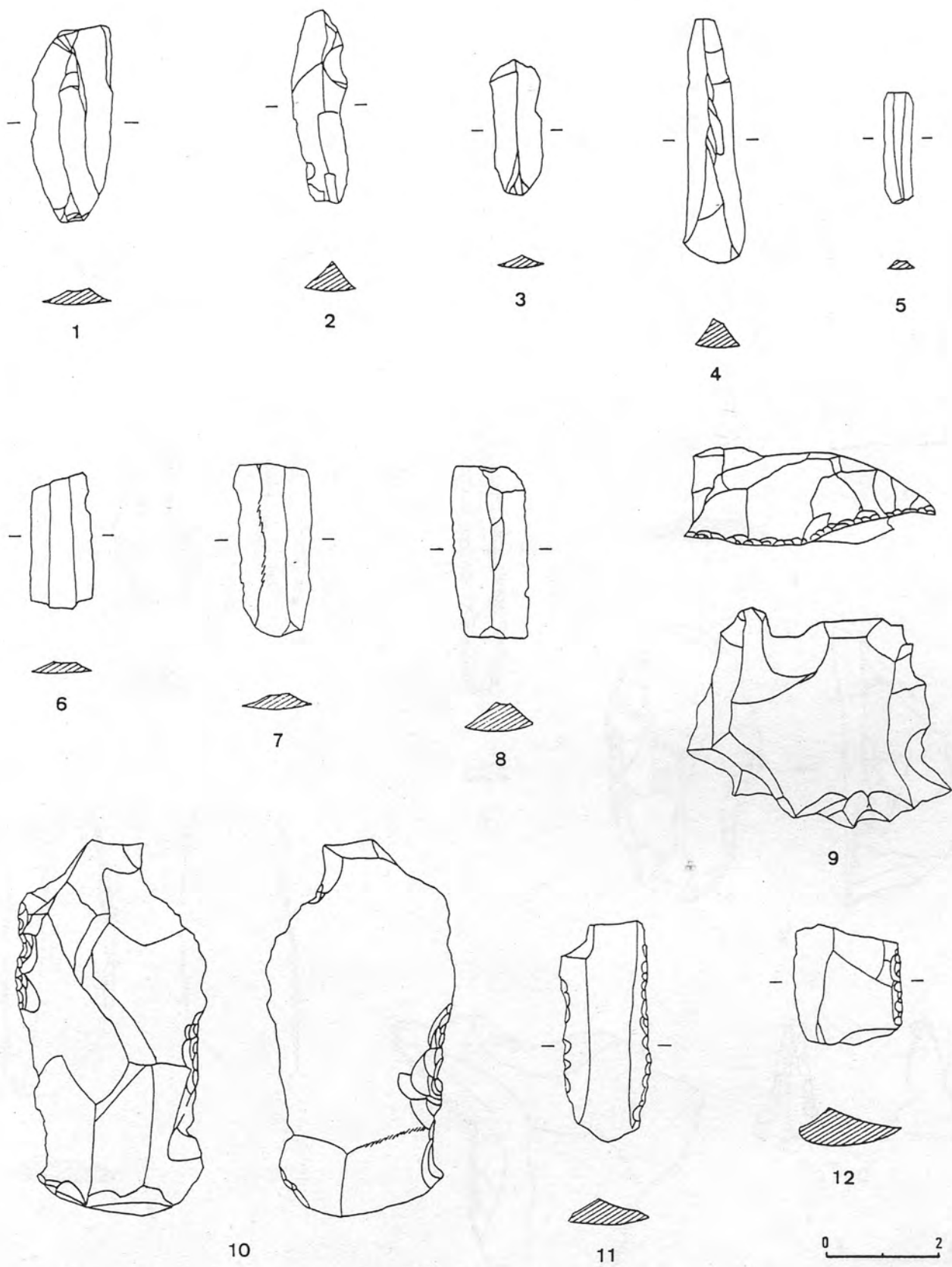


Fig. 180. Sierra Martilla. Ind. lítica: hojas prismáticas neolíticas (1-8 y 11), lascas retocadas (9, 10 y 12).

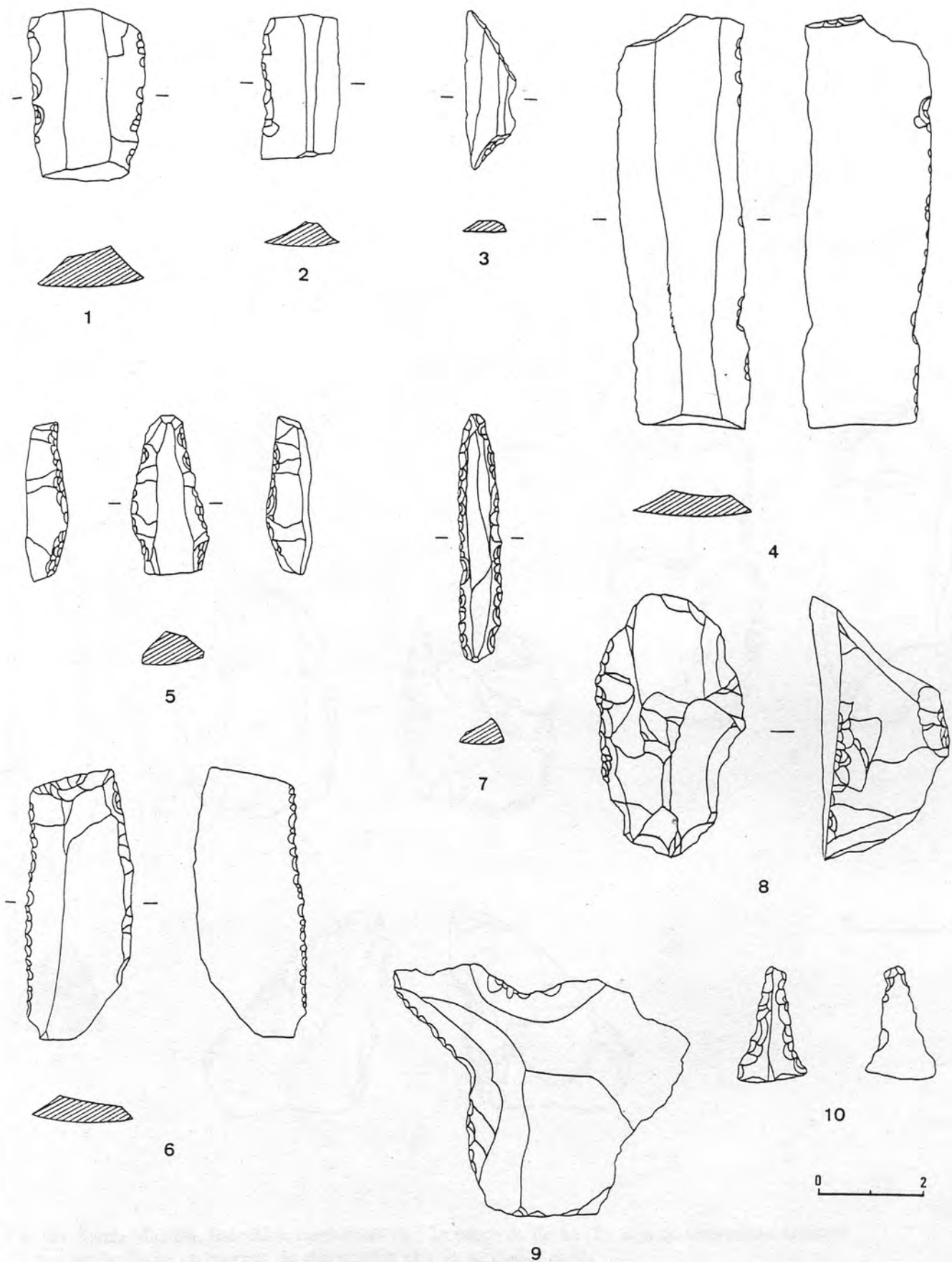


Fig. 181. Sierra Martilla. Ind. lítica: hoja prismática del Cobre (1), hojas prismáticas retocadas (2 y 4), trapecio (3), perforadores (5, 7, 9 y 10), elemento dentado (6), raspador (8).

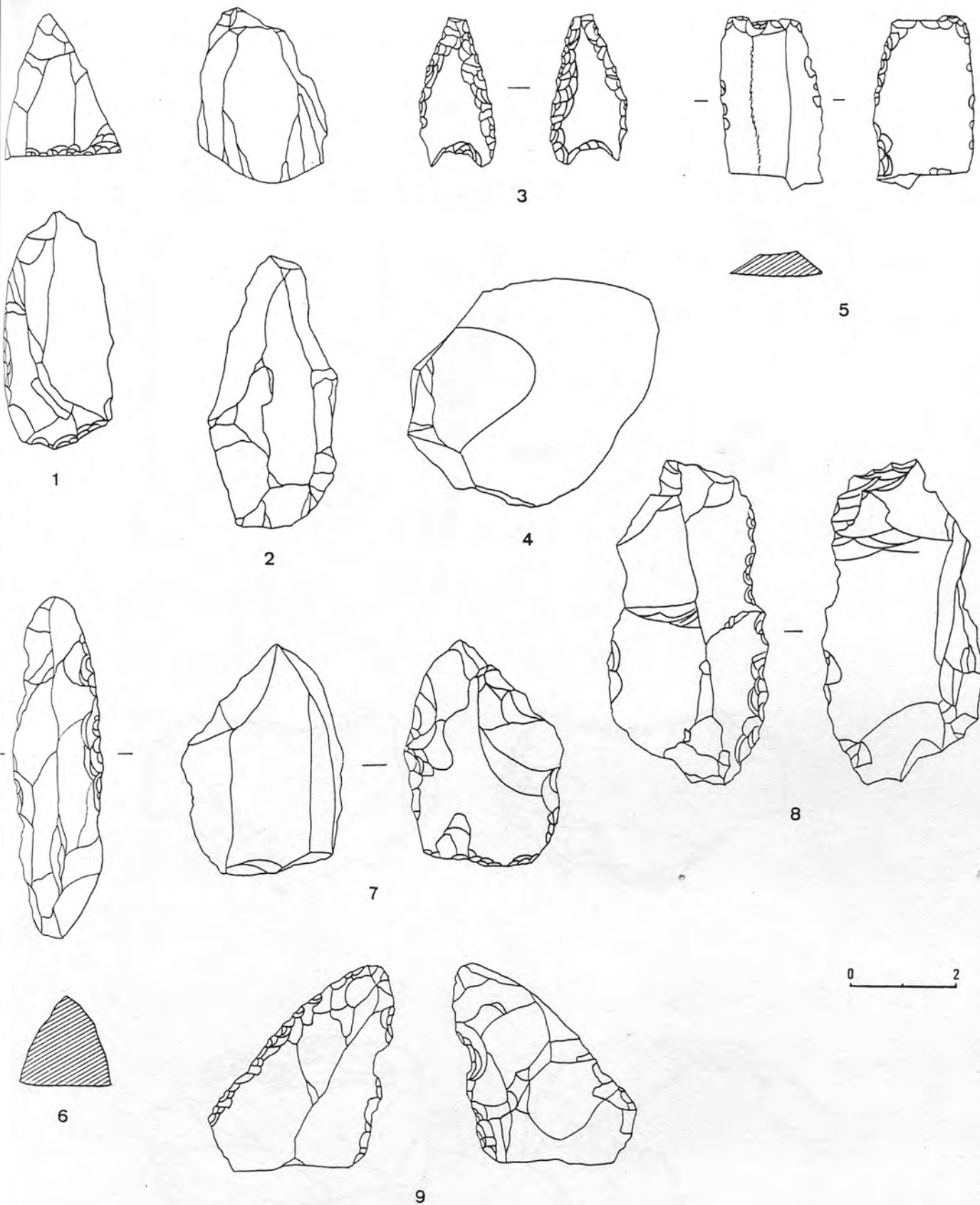
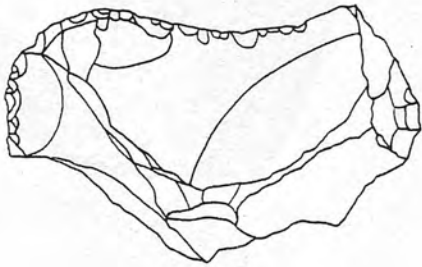
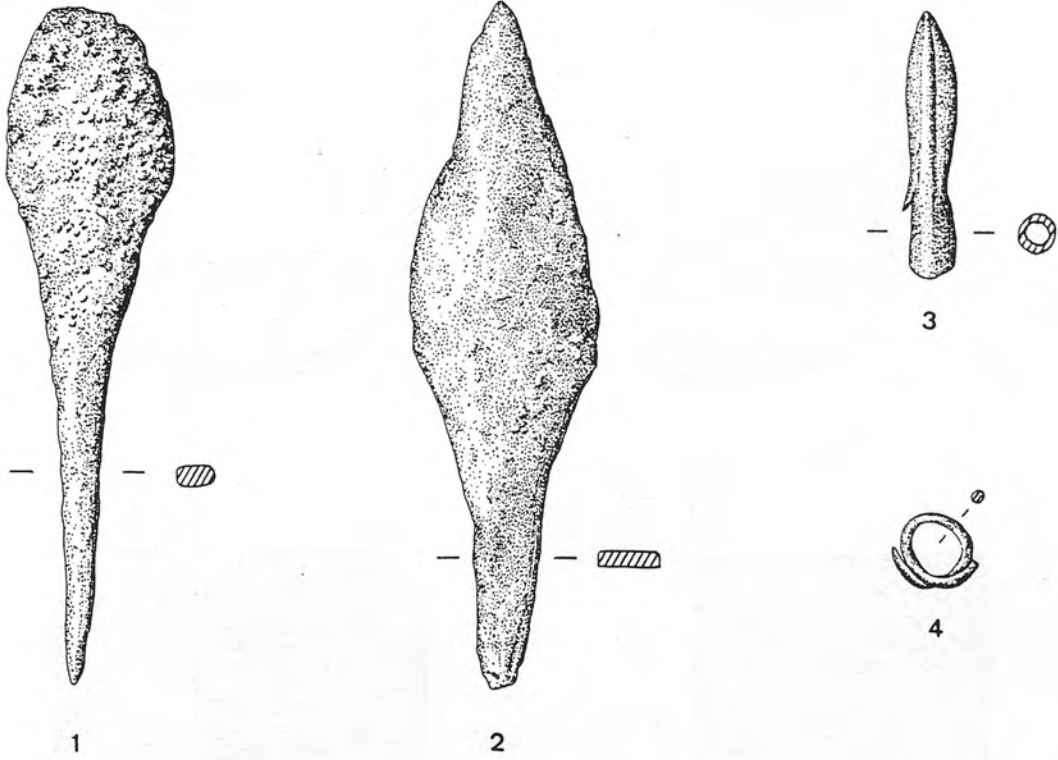
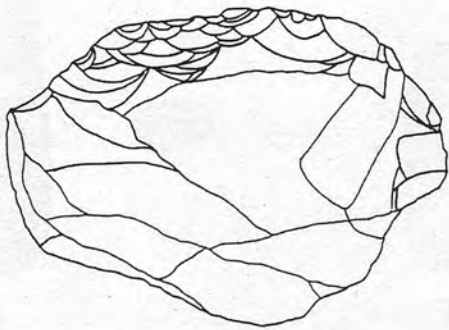
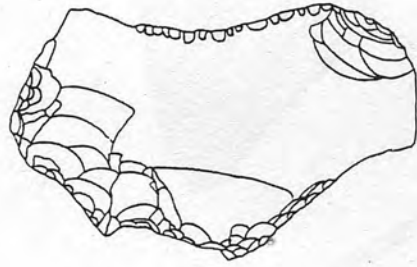


Fig. 182. Sierra Martilla. Ind. lítica: raspadores (1 y 2), punta de flecha (3), hoja de extremidad astillada (5), puntas de flecha en proceso de elaboración (4 y 9), astillados (6-8).



5



6

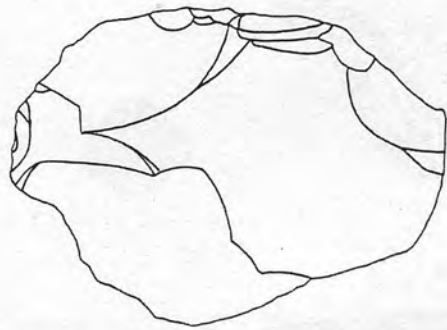
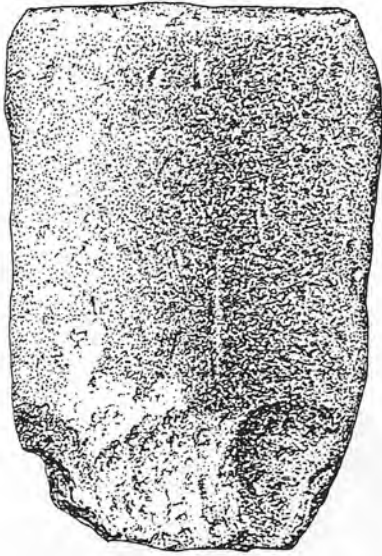
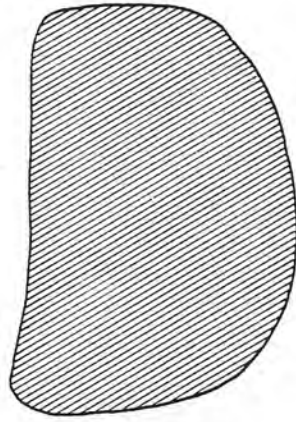


Fig. 183. Sierra Martilla: elementos metálicos y astillados en sílex.

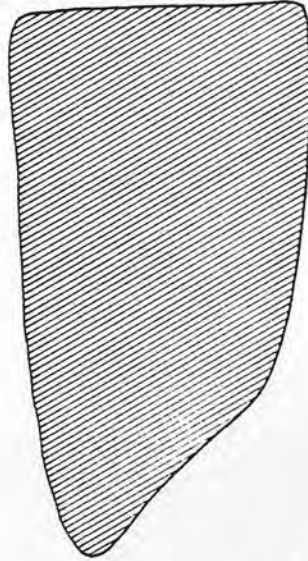
0 2



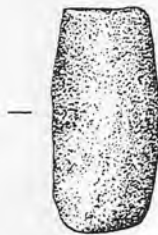
1



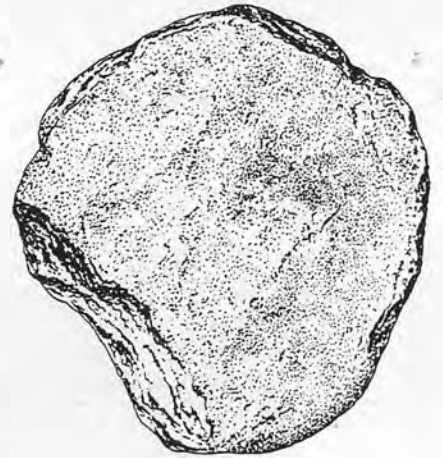
2



3



4



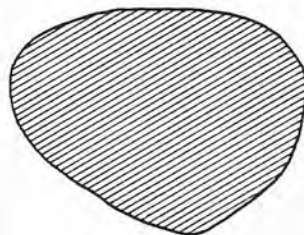
5



Fig. 184. Sierra Martilla: objetos en piedra pulimentada.



1



2

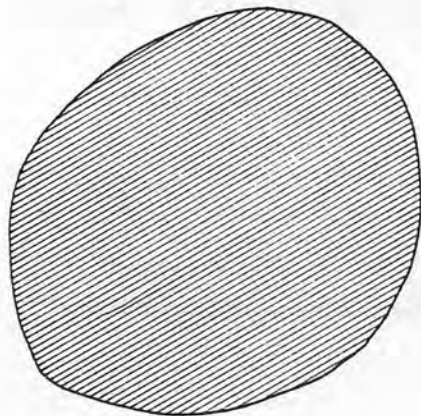
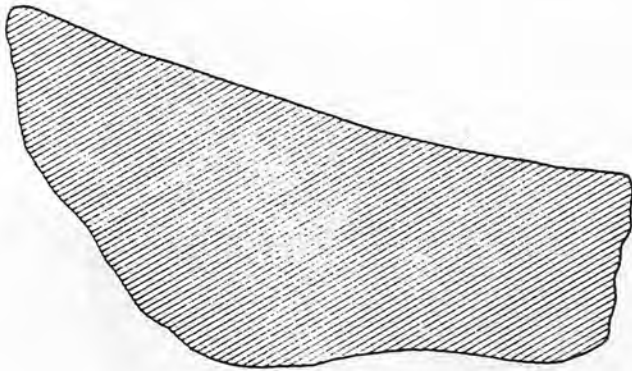
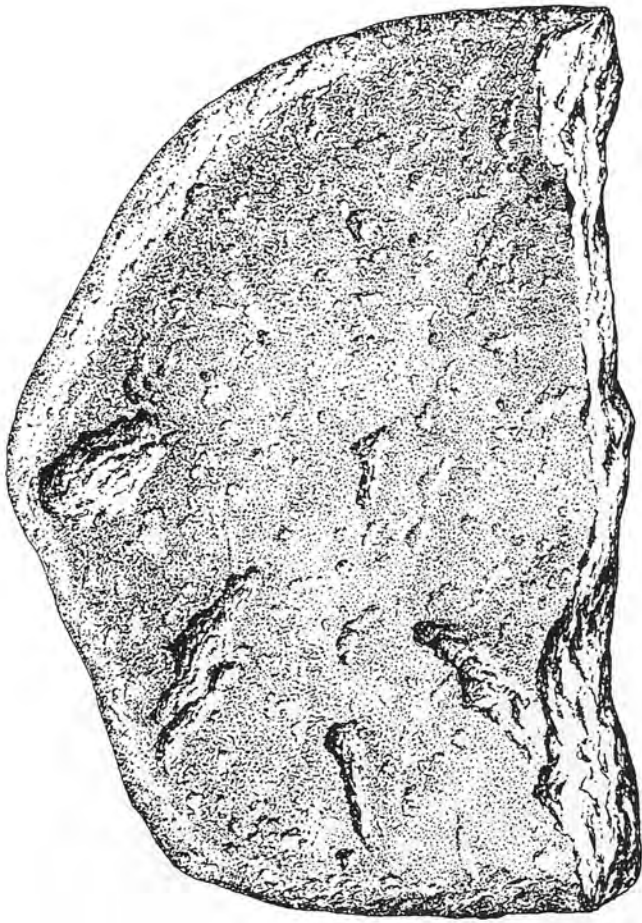
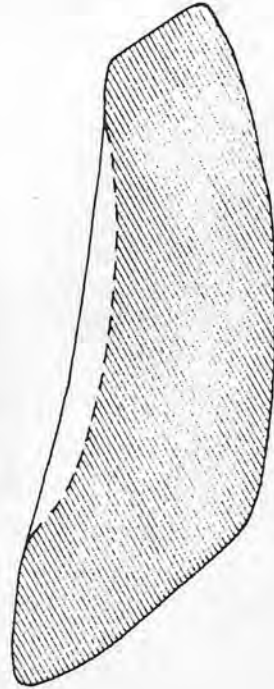
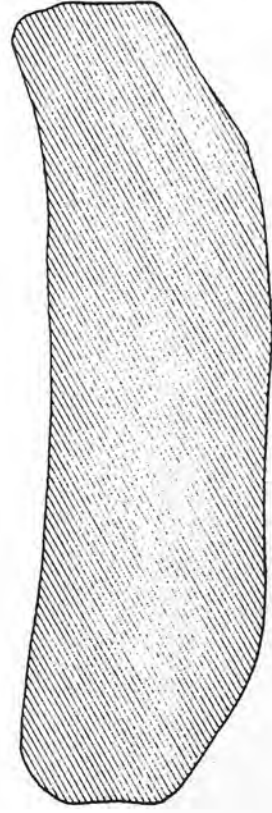
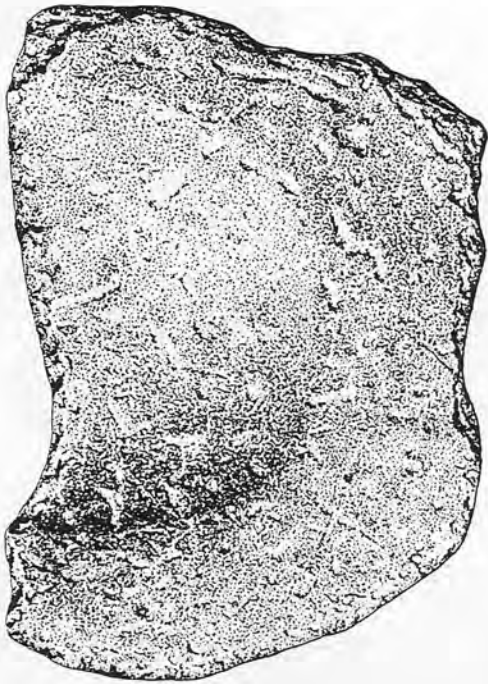
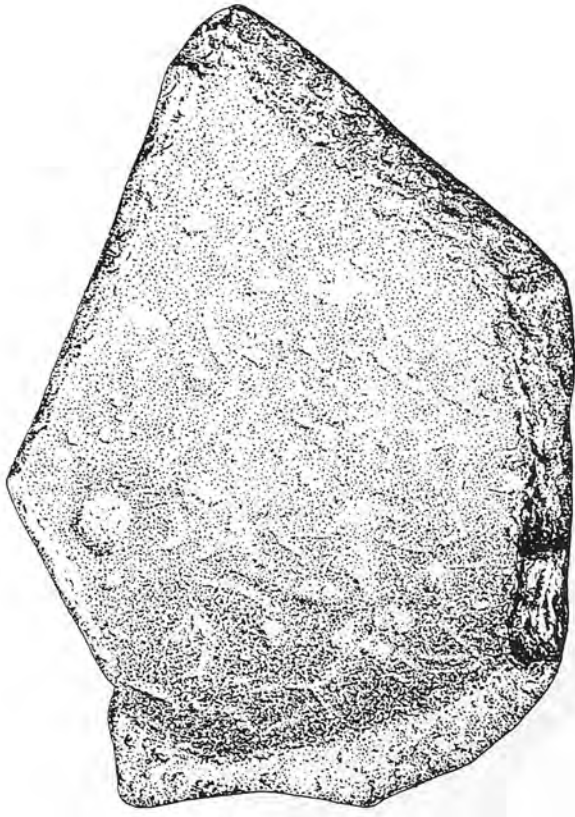


Fig. 185. Sierra Martilla: martillo en piedra pulimentada.



1

Fig. 186. Sierra Martilla: pieza de molino.

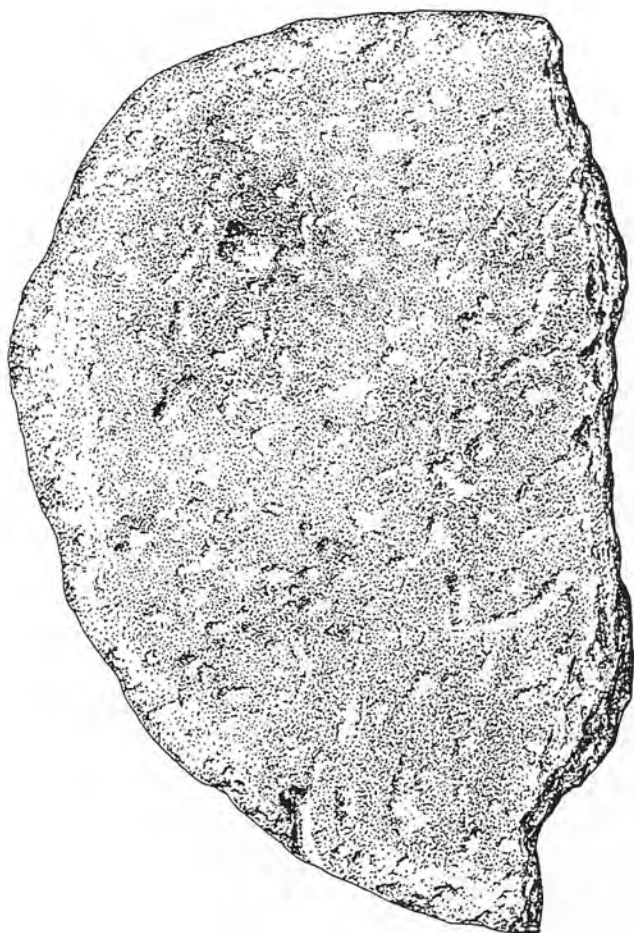


1

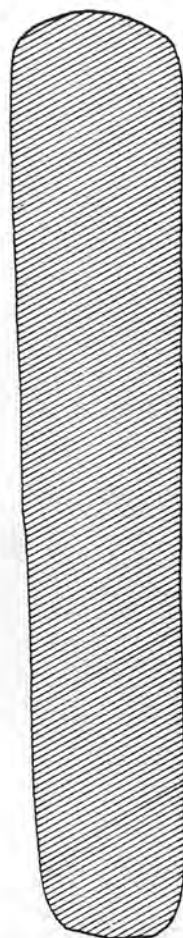
2



Fig. 187. Sierra Martilla: molinos.



1



2

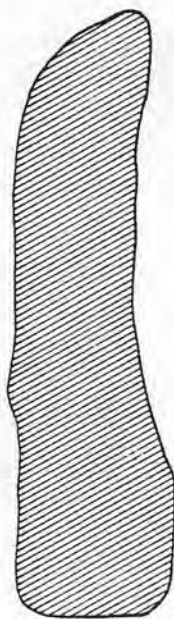
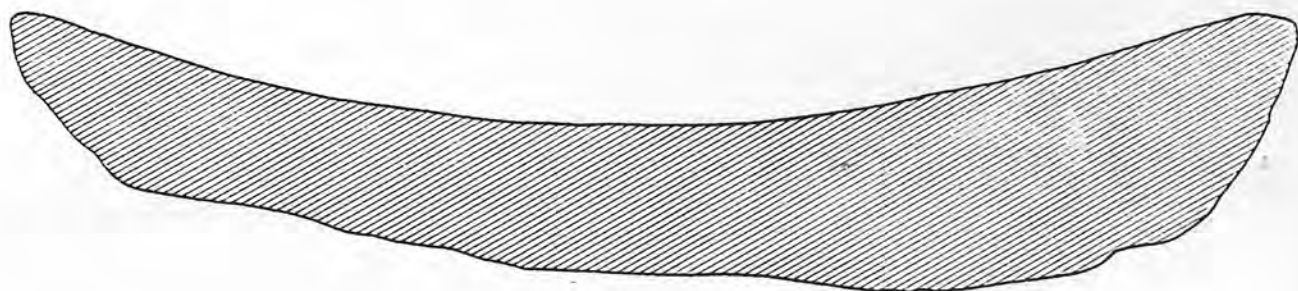
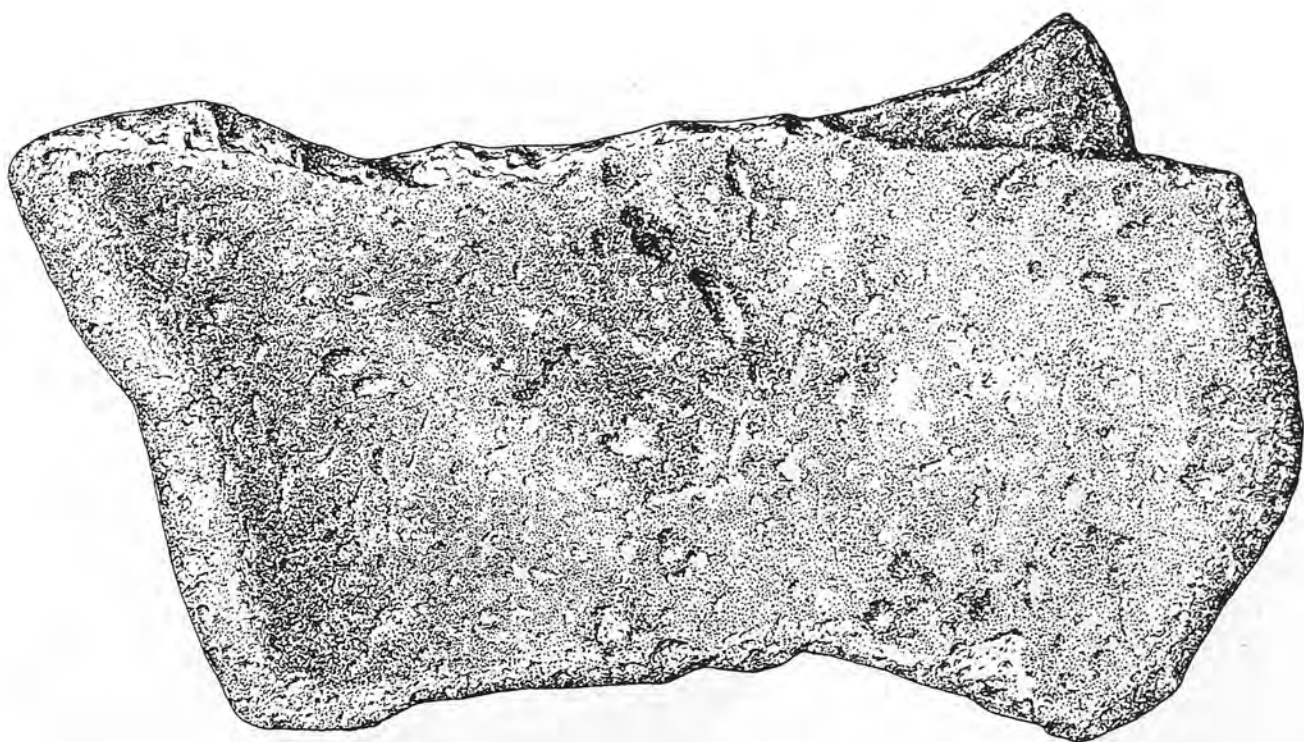


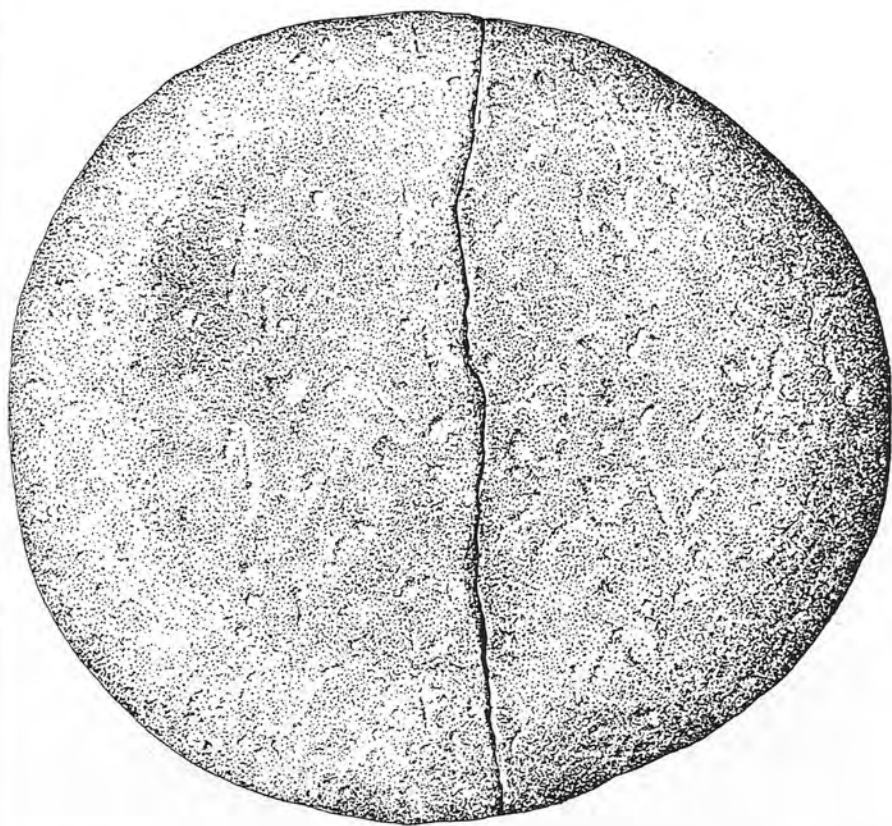
Fig. 188. Sierra Martilla: molinos.



1



Fig. 189. Sierra Martilla: molino .



1

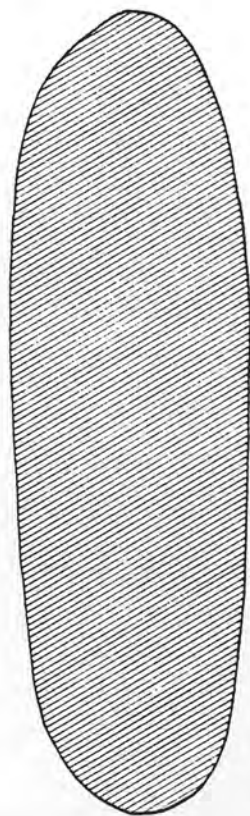
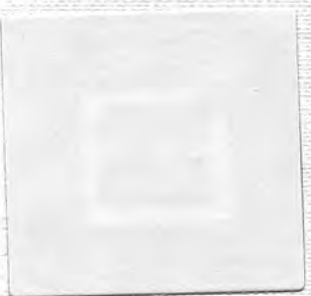


Fig. 190. Sierra Martilla: pieza de molino.



 Biblioteca Universitaria de Granada


01550845